



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

EL MUSEO
MEXICANO

T. II.

AP 63

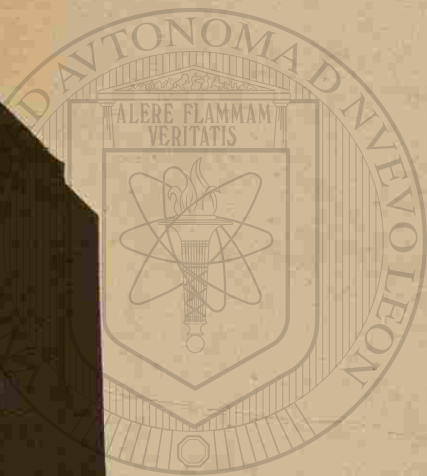
MB

V. 2

R C



1080012089



UANL

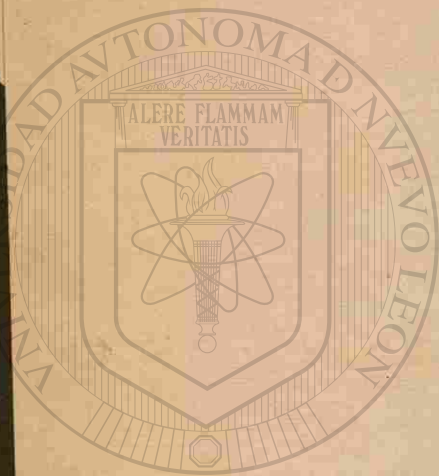
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AP 63
M 8
V. 2



FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

137046

EL
MUSEO MEXICANO.

INTRODUCCION.

Cox la publicación del cuaderno número 24, donde se halla al fin el índice alfabético y la lista de los Sres. suscritores foráneos y de esta capital, ha concluido el primer tomo del **MUSEO MEXICANO**, y al comenzar nuestras tareas para la redacción del segundo, no podemos dispensarnos de decir dos palabras.

En un periódico de esta clase se buscan dos cualidades á saber: utilidad y recreación. Para que las tenga se necesita que sus redactores posean imaginación, talento é instrucción; y como sea dicho con la mejor buena fé, nunca nos hemos lisongeado de tener estas dotes, nos lanzamos á la empresa con el mayor temor y desconfianza. En el discurso de la publicación del tomo referido, no hemos perdonado esfuerzo ni diligencia alguna por hacer el periódico interesante á toda clase de personas, insertando ya documentos inéditos, propios para conocer la historia del país, ya haciendo indagaciones sobre las antigüedades, ya en fin dando lugar á multitud de hermosas poesías, originales de nuestra entusiasta juventud, para quitar la monotonía y el fastidio que causa la lectura de escritos serios y especulativos.—Hemos, por último, presentado al público nuestros trabajos, de la mejor manera posible, aunque convencidos siempre íntimamente, de que no es todo lo que merece una sociedad tan ilustrada y tan culta como la mexicana.

No obstante estos inconvenientes invencibles por nuestra parte, el **MUSEO MEXICANO** ha sido recibido con aprecio, y la indulgencia y benignidad de nuestros compatriotas, ha hecho que vean al través de las humildes producciones publicadas, nuestro ardiente deseo por la mejora de las ciencias,

nuestro sincero amor por los progresos de las artes y de las bellas letras en México.

Así, pues, llenos de gratitud hacia los Sres. suscritores que han cooperado á conservar la existencia del Museo, y á los que han contribuido á amenizar sus páginas con sus producciones, vamos á comenzar el segundo tomo con mas empeño, con mas entusiasmo y constancia que cuando en el principio de la empresa se nos presentaban dificultades casi insuperables.

Continuando nuestras penosas tareas, procuraremos poner solamente artículos originales, como sucede en este cuaderno en que ni una sola línea es copiada ó traducida, sin dejar por esto de publicar los que aunque escritos en frances, ingles ó alemán, sean curiosos ó de importancia para las ciencias y las artes. La publicacion de datos y noticias antiguas, aunque en nuestro concepto de utilidad, la haremos en lo sucesivo en extracto para evitar la aridez que resulta de leer un idioma antiguo y no siempre correcto y castizo.

En cuanto á poesías, novelas y anécdotas, continuaremos insertándolas nuevas, y espresamente escritas para esta coleccion, pues así nos lo han prometido los jóvenes poetas cuyas producciones han visto ya nuestros suscritores en el tomo que concluyó. Continuarán tambien saliendo los retratos y biografías de personajes célebres, así americanos como extranjeros; y por último, no omitiremos ni trabajo, ni estudio, ni diligencia alguna, á fin de amenizar cada vez mas las columnas del Museo, y demostrar así á nuestros benévolos suscritores que no somos insensibles al aprecio con que han tenido la bondad de acoger nuestros escritos.

En la parte artistica se observarán tambien notables mejoras en este segundo tomo. Los jóvenes artistas encargados de embellecer nuestros artículos con oportunos diseños, se dedicarán asiduamente á que sus trabajos merezcan la aprobacion de los inteligentes lectores del Museo; y si profesores noveles de su difícil arte carecen todavía de una larga experiencia, aguardan confiadamente suplir esta falta con un vivo entusiasmo y una aplicacion constante; y no dudan desde ahora afirmar, que dentro de pocas semanas presentarán grabados que en nada desmerezcan al lado de los bellísimos que producen las mejores prensas de Francia y de Inglaterra.

Los Redactores.

EL FRESNILLO Y SUS MINAS.*

PARTE DESCRIPTIVA.

Aspecto del Fresnillo desde la mina de Barreno.—Abandono y mala distribución de la Ciudad.—La Hacienda Nueva.—Ligera idea del beneficio de amalgamacion.—El cerro de Proaño.—Breve historia de las minas.

PARTE CIENTIFICA.

Formacion Geognostica del cerro.—Cridadero y antigüedad relativa de las vetas.—Metales y matrices.—Laborio.—Laborio de los altos.—Desague.—Notas diversas.

I.

Por la izquierda un llano suavemente ondulado con algunos cerros pequeños y azules que se dibujan en el horizonte: por la derecha, un suave declive de Proaño, del cual parece que nace una cadena de cerros que se une con la Sierra de Valdecañas, y al frente dos lomas cubiertas de verdor, de las cuales se ven una porcion de casas ya blancas, ya rojizas, ya color de arena, de en medio de las cuales se destaca la torre de la Parroquia, esbelta, graciosa y ligera, y la pirámide de la plaza como una de esas agujas de las catedrales alemanas; tal es el paisaje que se descubre desde la puerta de las minas de Barreno. Si un pintor lo dibujara añadiendo por la izquierda el grupo de álamos verdes y frondosos que forma la alameda, y por la derecha el jardín de la hacienda, con sus flores y su estanque de agua y una parte de la arquería del patio interior de la misma hacienda, no hay duda que daría en Europa la mas halagüeña idea del Fresnillo. Aun hay mas. Si fuera dado á un pintor colocar este paisaje en una hermosa tarde de verano y trasladar al lienzo esas líneas naranjadas del horizonte, esas nubes de escarlata y oro que resaltan en la tela azul con que Dios cubrió esta lejana y desgraciada tierra de México, su obra seria bellísima y no ponga duda en que algunos ingleses descaendo contemplar el original, dejarían sus nieblas del Támesis y atravesado el Océano y después las sierras y fragosidades de nuestro pais, los tendríamos en el cerro de Proaño el día menos pensado; pero como el que escribe debe imponerse ante todas cosas el precepto de decir la verdad, fuerza es que haga entender á los lectores, que esta perspectiva es puramente de óptica y que desapare-

ce tan luego como uno avanza trescientos pasos. Si acaso se dudare de esto, tómese la pena el lector de dejar las taboñas, las tortas y los montones de la hacienda para otro rato y seguirme en una escursión al Fresnillo, á quien solo hasta ahora hemos visto de lejos.

La mina de Barreno está en la falda oriental del cerro y frente del Fresnillo como ha podido colegirse de lo dicho anteriormente, así es, que tenemos que descender hasta la esquina de la hacienda. Desde este punto no hay que estraviarse siguiendo una vereda que han hecho los transeuntes al pie de la tapia de adoves grises de la misma hacienda. Catorcientos treinta y dos pasos que tiene de largo dicha tapia, hay que andar, y héticos ya dentro del Fresnillo. La calle en que estamos, se nombra de las Minas, y la forman las casas bajas y mal construidas, colocadas de un lado y otro, sin órden ni plan alguno. En cuanto al piso es de roca viva, desigual y escabroso como un camino de la Sierra. Cayendo y levantando, hemos llegado á una pequeña plazita que nombran del Maíz. En efecto, unas cuantas sombras y de peatite cubren los montones de maíz, que continuamente están limpiando los dueños. Esta operacion es tan benéfica para el grano como perjudicial para los transeuntes, pues si tiene una la desgracia de pasar por la parte contraria al viento, seguro es que los ojos, la nariz, la boca y el vestido, se llenarán de escarritas y holijos de maíz. Pasemos antes de que tal cosa nos suceda. Hemos llega-

* Nombre con que en México son llamados unos armazones de palo en forma circular ó cuadrada, que cubiertos de petates ó arpilleras, sirven para defender del Sol y de la agua á los vendedores de fruta y legumbres.

* En el tomo I. del Museo publicamos un artículo sobre este mismo asunto con los datos que entonces se pudieron recoger; pero no habiendo quedado satisfechos con esto, insertamos ahora el presente, que es sin duda, mas estenso y de mayor interés, pues contiene observaciones científicas, hechas últimamente por el alumno de Minería D. Antonio del Castillo.—EE.

nuestro sincero amor por los progresos de las artes y de las bellas letras en México.

Así, pues, llenos de gratitud hacia los Sres. suscritores que han cooperado á conservar la existencia del Museo, y á los que han contribuido á amenizar sus páginas con sus producciones, vamos á comenzar el segundo tomo con mas empeño, con mas entusiasmo y constancia que cuando en el principio de la empresa se nos presentaban dificultades casi insuperables.

Continuando nuestras penosas tareas, procuraremos poner solamente artículos originales, como sucede en este cuaderno en que ni una sola línea es copiada ó traducida, sin dejar por esto de publicar los que aunque escritos en frances, ingles ó alemán, sean curiosos ó de importancia para las ciencias y las artes. La publicación de datos y noticias antiguas, aunque en nuestro concepto de utilidad, la haremos en lo sucesivo en extracto para evitar la aridez que resulta de leer un idioma antiguo y no siempre correcto y castizo.

En cuanto á poesías, novelas y anécdotas, continuaremos insertándolas nuevas, y espresamente escritas para esta coleccion, pues así nos lo han prometido los jóvenes poetas cuyas producciones han visto ya nuestros suscritores en el tomo que concluyó. Continuarán tambien saliendo los retratos y biografías de personajes célebres, así americanos como extranjeros; y por último, no omitiremos ni trabajo, ni estudio, ni diligencia alguna, á fin de amenizar cada vez mas las columnas del Museo, y demostrar así á nuestros benévolos suscritores que no somos insensibles al aprecio con que han tenido la bondad de acoger nuestros escritos.

En la parte artística se observarán tambien notables mejoras en este segundo tomo. Los jóvenes artistas encargados de embellecer nuestros artículos con oportunos diseños, se dedicarán asiduamente á que sus trabajos merezcan la aprobacion de los inteligentes lectores del Museo; y si profesores noveles de su difícil arte carecen todavía de una larga experiencia, aguardan confiadamente suplir esta falta con un vivo entusiasmo y una aplicacion constante; y no dudan desde ahora afirmar, que dentro de pocas semanas presentarán grabados que en nada desmerezcan al lado de los bellísimos que producen las mejores prensas de Francia y de Inglaterra.

Los Redactores.

EL FRESNILLO Y SUS MINAS.*

PARTE DESCRIPTIVA.

Aspecto del Fresnillo desde la mina de Barreno.—Abandono y mala distribución de la Ciudad.—La Hacienda Nueva.—Ligera idea del beneficio de amalgamacion.—El cerro de Proaño.—Breve historia de las minas.

PARTE CIENTIFICA.

Formacion Geognostica del cerro.—Cridadero y antigüedad relativa de las vetas.—Metales y matrices.—Laborio.—Laborio de los altos.—Desague.—Notas diversas.

I.

Por la izquierda un llano suavemente ondulado con algunos cerros pequeños y azules que se dibujan en el horizonte: por la derecha, un suave declive de Proaño, del cual parece que nace una cadena de cerros que se une con la Sierra de Valdecañas, y al frente dos lomas cubiertas de verdor, al pie de las cuales se ven una porcion de casas ya blancas, ya rojizas, ya color de arena, de en medio de las cuales se destaca la torre de la Parroquia, esbelta, graciosa y ligera, y la pirámide de la plaza como una de esas agujas de las catedrales alemanas; tal es el paisaje que se descubre desde la puerta de las minas de Barreno. Si un pintor lo dibujara añadiendo por la izquierda el grupo de álamos verdes y frondosos que forma la alameda, y por la derecha el jardín de la hacienda, con sus flores y su estanque de agua y una parte de la arquería del patio interior de la misma hacienda, no hay duda que daría en Europa la mas halagüeña idea del Fresnillo. Aun hay mas. Si fuera dado á un pintor colocar este paisaje en una hermosa tarde de verano y trasladar al lienzo esas líneas naranjadas del horizonte, esas nubes de escarlata y oro que resaltan en la tela azul con que Dios cubrió esta lejana y desgraciada tierra de México, su obra seria bellísima y no ponga duda en que algunos ingleses descaendo contemplar el original, dejarían sus nieblas del Támesis y atravesado el Océano y después las sierras y fragosidades de nuestro pais, los tendríamos en el cerro de Proaño el día menos pensado; pero como el que escribe debe imponerse ante todas cosas el precepto de decir la verdad, fuerza es que haga entender á los lectores, que esta perspectiva es puramente de óptica y que desapare-

ce tan luego como uno avanza trescientos pasos. Si acaso se dudare de esto, tómese la pena el lector de dejar las taboñas, las tortas y los montones de la hacienda para otro rato y seguirme en una escursión al Fresnillo, á quien solo hasta ahora hemos visto de lejos.

La mina de Barreno está en la falda oriental del cerro y frente del Fresnillo como ha podido colegirse de lo dicho anteriormente, así es, que tenemos que descender hasta la esquina de la hacienda. Desde este punto no hay que estraviarse siguiendo una vereda que han hecho los transeuntes al pie de la tapia de adoves grises de la misma hacienda. Catorcientos treinta y dos pasos que tiene de largo dicha tapia, hay que andar, y hétenos ya dentro del Fresnillo. La calle en que estamos, se nombra de las Minas, y la forman las casas bajas y mal construidas, colocadas de un lado y otro, sin órden ni plan alguno. En cuanto al piso es de roca viva, desigual y escabroso como un camino de la Sierra. Cayendo y levantando, hemos llegado á una pequeña plazita que nombran del Maíz. En efecto, unas cuantas sombras y de peatle cubren los montones de maíz, que continuamente están limpiando los dueños. Esta operacion es tan benéfica para el grano como perjudicial para los transeuntes, pues si tiene una la desgracia de pasar por la parte contraria al viento, seguro es que los ojos, la nariz, la boca y el vestido, se llenarán de escarritas y holijos de maíz. Pasemos antes de que tal cosa nos suceda. Hemos llega-

* Nombre con que en México son llamados unos armazones de palo en forma circular ó cuadrada, que cubiertos de petates ó arpilleras, sirven para defender del Sol y de la agua á los vendedores de fruta y legumbres.

* En el tomo I. del Museo publicamos un artículo sobre este mismo asunto con los datos que entonces se pudieron conseguir; pero no habiendo quedado satisfechos con esto, insertamos ahora el presente, que es sin duda, mas estenso y de mayor interés, pues contiene observaciones científicas, hechas últimamente por el alumno de Minería D. Antonio del Castillo.—EE.

do á la plaza mayor. En el centro hay otra porción de *sombros* que cubren á los vendedores de naranjas, cacahuates, jabón, quesos, y otros efectos. La algarazca de los *pueteros* y *torcileras* es infernal, y multitud de barreteros con anchusimos sombreros de peltre, mugeres con zapatonos y mendigos sucios y cubiertos de harapos interceptan el paso. La iglesia es de una arquitectura bastante común, no tiene el frontón á la plaza, y la torre que parecia cabalta y graciosa desde lejos, presenta un conjunto tosco y tetrico, pues la cantería es entre gris y amarilla y la arquitectura sin gracia. La plaza llamada del Obelisco, es lo menor, nudo. En medio hay una fuente (que no siempre tiene agua), de cuya centro se eleva una pirámide de cerca de 20 varas de altura. Al derredor, hay unos arriates con unos alambos de una á dos varas de alto, y entre árbol y árbol, un asiento de piedra. Lo demás del Fresnillo se reduce á unas empuñadas torcidas y sucias, á multitud de callejones sin salida y á grandes tabernas, donde se ven espavidos en desorden, cuartos sucios y lobregos. Sin temor de equivocacion, puede asegurarse que es una de las poblaciones de México que presenta el aspecto mas triste y desconsolador. Si el Fresnillo era antes próspero, quien sabe, pero este es el estado que guarda hoy, describiéndola sin exageracion y sin falsa poesía. El Fresnillo, pues, es un mastin echado al pie de las minas para mantenerse con los residuos y desperdicios que deja la plata en su rápido tránsito de las entradas de la tierra del Nuevo mundo á las arcas reales de Inglaterra. ¡Atrofia indecible! un pueblo desahogado y miserable, pisando un pavimento de plata!

II.

En cuanto á la *Hacienda Nueva* y á las minas, eso es otra cosa. Hay mucho que observar en un establecimiento, el mas bien organizado del mundo, por la cantidad de metales que se beneficián, por la capacidad de las oficinas, y por el buen orden y arreglo con que se ejecutan todas las operaciones. Esto no lo digo yo, lo han asegurado varios extranjeros instruidos y entre ellos el Sr. Dupont, que visitó el Fresnillo después de haber recorrido las mineras de Alemania y otros puntos de Europa. Esto hace grande honor á los mexicanos, pues en esta negociacion desde los acrobatisas hasta el último minero, son hijos del país, á excepcion de los bomberos que son ingleses y uno que otro empleado en la administracion de las haciendas que aun que extranjeros, pertenecen á la república, por sus relaciones de familia y dilatada residencia.

Lo primero que llama la atención al acercarse á la hacienda es un gran montón de tierra concienista. Este terreno contiene... ¡¡ un millón de pesos!! — La hacienda no ha tenido

bastante poder todavía para extraer los metales sin mermas y desperdicio; así es que como costaría beneficiar el terreno mas de lo que vale la plata, ha sido menester abandonarlo como residuo inútil, y el aire, año por año, va disipando esta riqueza, que bastaría para comprar en Italia una corona de conde. Entrando al gran patio de la hacienda, todo es actividad y movimiento. Las mulas de las tahonas, incansables, sufridas, girando sin cesar en su pequeña órbita: los molinos haciendo resonar el rudo golpe de sus mazos: los peones volteando las tortas con palas: los tahoneros y molineros acarreado costales de piedras hechas graña y barriles de metal molido para formar las tortas. pero todo es lodo, ceno. Las tortas son unas grandes planchas circulares de lodo, las tahonas unos pequeños pozos de piedra donde con otras piedras se remueve el lodo; los lavaderos son otros pozos mas grandes donde se revuelve el lodo, y este lodo es uno de los ejes del mundo; es el lodo que evita y trae guerras; derriba y levanta tronos, hace salear el mar á los marinos, y atravesar el desierto á los transeúntes. ¡Oh! este lodo se convierte con pocas y sencillas operaciones, en plata brillante, lustrosa, nuda, y la plata es el medio de accion en el mundo; mejor dicho, la alma del mundo en el siglo XIX. — He aquí la filosofía que dan de sí unos montones de ceno.

Cuando alguno de mis lectores, que no se número, se halle en una hacienda de plata y vea este tráfico y maniobras, no podrá menos de preguntar por qué medios se consigue convertir la mas despreciable materia que es el lodo, en la mas apreciable, que es la plata. Esto mismo pregunté y procuré indagar, y voy á dar una breve y ligera idea del beneficio llamado de amalgamacion.

Las piedras metálicas se extraen de las labores de las minas, arrancándolas con barretas ó pico, si el pedregano es blando, ó con barrenos de pólvora si el pedregano es duro. Esta carga reunida se estrae por los tiros, y esta operacion se llama *manto*.

Reconocida por los prácticos la ley de las piedras y separada la inservible, se entrega á los *quebracabras*, que con martillos la reducen á fracciones mas pequeñas. — Del patio de la mina de Barrero donde se hace esta operacion se conduce á la hacienda, y comienzan las del beneficio. — La primera es la de la molinda, y se ejecuta en un mortero con ocho mazos, que en los dos lados tiene hornos ó cribs hechas de cuero do res agujerados y que reduce las piedras á graña, es decir, al tamaño de una arena gruesa.

Esta graña se echa en las tahonas, que son unos hoyos circulares, en cuyo centro hay un

espéculo con dos vigas atravesadas, de las cuales penden tres gruesas piedras, que tocando al fondo de la tahona y signiendo dentro del hoyo el movimiento circular de los atravesados quedan están meidas las mulas, reducen la graña á luma fina y sutil.

Esta luma se saca de las tahonas y se echa en el patio en un recinto de vigas, hasta que se evapora la agua superficial. Entonces se le quitán las vigas y quedando las lamas en un estado de compactibilidad, queda formado lo que se llama *tortas*, á las que se les agrega sal-tierra y se mezcla y se revuelven con palas. — Esta operacion se llama *ensalmorar*.

Después se les va mezclando azogue y magistral, con el tacto y conocimiento de los que tienen esta profesion, y reconocido por medio de *tentaduras* que la amalgama se ha verificado, se dejan reposar para conducirlos después á las tinajas.

Las tinajas tienen dos y media varas de alto y otro tanto de diámetro. En el centro hay un molinete con aspas, cuyo eje combinado por la parte de arriba, con otra muela dentada, se mueve con dos mulas, y girando las aspas dentro de la tina sirven para revolver y mezclar bien las lamas. Al fin el agua sale por un bítique que tienen las mismas tinajas, y la plata y el azogue quedan precipitados en el fondo.

Sacado el azogue y plata que quedó en el fondo de la tina, se echa en una manga. Naturalmente el azogue como fluido sale por los poros de la manga, que es de *bróng*, y el polvillo de plata queda. Con este polvillo se forman con un molde de hierro, unas marquetitas, las que se funden, colocándolas debajo de una campana ó capellina de bronce. En esta última operacion acaba de separarse el azogue, y las barras de plata quedan en disposicion de conducirse á la casa de moneda. — Toda la operacion del beneficio cuando el tiempo no es lluvioso, dura de quince á diez y ocho dias, y por mas molesto y dilatado que parezca, hasta hoy no ha podido inventarse otro que convenga á nuestros minerales que beneficián cantidades considerables de metal. — He omitido otra porcion de operaciones mineras que se ejecutan por no fastidiar; pero el que desee imponerse á fondo de esto, puede leer la obra que escribió Don Feliceo Sommerschmid, titulada: "Tratado de la amalgamacion de Nueva-España, sacado á luz por el Sr. D. José M. Fongona, donde con mucha claridad y precision está detallado el método de beneficio usado, con el mejor acierto en los reales de minas de la república."

La hacienda Nueva del Fresnillo es verdaderamente hermosa. Un patio espacioso, con su fuente en el centro y arquería en derredor; caballerizas y almacenes amplios y seguros; pie-

zas para las oficinas; habitaciones para los dependientes. Su gran sala para las juntas semana-rias, su jardín, lleno de flores en la primavera; en fin, puede sin temor enseñarse á cualquier extranjero esta negociacion, con la seguridad de que tendrá mucho que admirar. Al salir observe los letreros colocados en las puertas de las oficinas *Azoguera*, *Tesorería*, *Contaduría*, &c. Positivo placer me dió entrar á la contaduría. Los libros limpios, y bien escritos: los papeles en el mejor orden: la seguridad y estados reúnen la claridad á la exactitud, la simplificacion á la minuciosidad, aunque esto parezca una contradiccion. El sistema que se observa es el de partida doble, y aunque oficina laboriosa y complicada, no tiene ninguna de las marcas distintivas de nuestras oficinas: es decir, muchos empleados ociosos, mucha confusion en las cuentas, mucho desorden en los papeles, mucho polvo, muchas telarañas en aquellos lugares estantes de alambrado, en aquellas mesas inquisitoriales, en aquellos enormes tinteros de plomo, en aquellos ancianos cocahuellistas de frac agudo, sombrero conico, pantalones del tiempo de agua, paraguá encarnado de marca, y pañito palicote. ¡Oh! da grima entrar en nuestras oficinas (*); en las de las minas de Proaño da gusto.

III.

Regularmente á la idea de un mineral va anexa la de unas montañas altas y escarpadas. En efecto, los minerales de Guanajuato, Bolaños, Catorce y Veta-Grande, se hallan entre la Sierra; pero no sucede así en el Fresnillo. El cerro de Proaño es de poca altura, aislado, sin quebras ni desigualdades, un pequeño trozo de plata con su tapiz verde que la Providencia parece que arrojó al descuido, en el Departamento de Zacatecas. No obstante, es menester hacer en el cerro una rápida excursion. Lo primero que mueve la curiosidad, son las máquinas de vapor. Hay objetos que mas ó menos bien pueden describirse pero otros por muy grandiosos ó complicados, es menester cifrarse á admirarlos, sin intentar dar una idea de ellos, que jamas comprenderá quien no los vea. Tal es el mar — tal es un barco — tal es una máquina de vapor. El vapor es el ensayo mas atrevido que ha ejecutado el hombre después de la torre de Babel. Etenos ya ante las máquinas de vapor de Veletta y San Francisco. Y bien, ¿pueden definir y adivinar esta complicacion de piezas grandes y pequeñas, esa regularidad de movimientos, esa fuerza prodigiosa, esa incansable actividad y eterno movimiento? — ¡Gigan-

(*) No deben contarse en este número los ministerios de guerra y hacienda, y la tesorería general, que están con el decoro que debe caracterizar á los establecimientos del gobierno.

tes admirables con su respiración de humo, su voz de trueno, su estómago de fuego, que severos y magisterios están sacando con sus grandes brazos, el agua que mana á mas de mil doscientos pies de profundidad! — Estas son las máquinas de vapor, que, si bien en los países románticos de Alemania tienen poca poesía, en México, país nuevo, se les considera como las señales de un porvenir lleno de prosperidad y ventura. En el cerro se hallan la mayor parte de los tipos. El tiro de una mina es un socavón de trescientas á quinientas varas de profundidad, y se desciende á él por una soga que va anclándose á un cilindro de madera movido por caballos. Para los mineros el descender á una mina colocados en un frágil asiento de mecate atado á la soga, que se llama *onda*, es un acontecimiento ordinario; mas para el que por vez primera se ve suspendido en un abismo de mas de 400 varas de profundidad, sin mas garantías que un hilo y el instinto de los caballos, es uno de los acontecimientos mas terribles. El que está escrito temiendo caer mas allá que lo que cayó Claudio Frolo, no ha querido exponer su pacífica vida literaria; así es que se ha limitado á hacer sus esbozos por las escaleras, que son unas vigas labradas, puestas en tramos y las que si no son de todo seguras, al menos no está uno espuesto al vértigo, y á esa necesidad irresistible que se siente de precipitarse cuando se vé uno en el borde de un abismo. — Es la aflicción de nervios mas fatal é inesplicable.

La idea del Fresnillo y la del Sr. D. Francisco García son a veces, unitarias. D. Francisco García, era uno de esos benéficos ambiciosos que Dios suete arroja al mundo: es decir, lo quería todo para su pueblo, nada para él. Desaba convertir á Zacatecas en un verdadero Eldorado donde corriera á torrentes el oro y la plata, donde la opulencia y el bienestar se difundieran de la base á la cuspide, del pueblo á los propietarios, de la choza humilde á la mansión espléndida. Entre tanto, D. Francisco García conservaba una pobreza verdaderamente evangélica y habiendo pasado por sus manos muchos miles de pesos, murió pobre. Estas líneas, en mi concepto, forman una biografía completa del que fue gobernador de Zacatecas. Penetrado pues de estas ideas compró á algunos de los dueños de las minas, que habia en el cerro, sus respectivas pertenencias, y denunció otras, haciendo con esto poseedor al Estado de una riqueza que se deramó por Zacatecas y por toda la nación. Entonces fué una era de prosperidad para el Fresnillo. El pueblo se vio lleno de pesos, los comerciantes con abundantes consumos, los labradores con fácil salida de sus esquilmos, y la ciudad toda festiva y alegre con la abundancia. El pensamen-

to de D. Francisco García se habia realizado; pero no era lo bastante, sino que el bien fuera duradero, y esto no podía conseguirse con tan sucesivos gastos pues las minas son una especulación como cualquiera otra en que se pierde el dinero cuando se gasta mas de lo que se gana.

El estado de abandono en que por mucho tiempo habian estado las minas, las grandes erogaciones necesarias para el desague por medio de malacates, y si se quiere alguna prodigalidad en los gastos, ponian en apuros al gobierno de Zacatecas y lo hacian prever que no bastarian sus pingües rentas para llevar á cabo una empresa tan árdua; así es que se resolvió á contratarlas con una compañía inglesa, y dió al efecto sus medidas para ello. Los sucesos políticos acaecidos en Zacatecas, la memorable derrota de su numerosa milicia cívica, y finalmente, su sometimiento al gobierno de México, cambiaron abrumadoramente la faz al negocio de las minas, las que fueron contratadas por cuenta del mismo gobierno de México con una compañía de particulares que se denominó Zacatecano-Mexicana.

En esos dias el Fresnillo fué el asunto de las conversaciones mercantiles; todo el que por medianas posibilidades tomó una ó mas acciones, y los contratistas entusiasmados con las ideas erróneas y escageradas que se tienen de los minerales, creyeron que en un año iban á llenar sus cofres de plata. ¡Vana esperanza! Los gastos crecian de dia en dia, la necesidad de establecer dos máquinas de vapor era evidente, y habia que hacer grandes obras en el interior de las minas para esperar una bonanza. Los accionistas estaban materialmente escaspeados con tan continuos desembolsos, y las acciones se llegaron á ver en México con un sesenta y ochenta por ciento de descuento, sin que las diversas comisiones que marcharon á reconocer las minas aseguraran nada de favorable, hasta que en una de ellas fué el Sr. D. José González Echeverría á cargo del cual quedó finalmente la dirección de la empresa.

El Sr. González Echeverría comenzó á introducir reformas importantes, á castigar el robo, á establecer economías en el número de los dependientes, y poco á poco, reformando hoy un abuso, mañana otro, consiguió sistematizar tal manera la negociación, que los accionistas, merced á su infatigable constancia y trabajo, han conseguido reembolsarse de parte de sus capitales, y el gobierno, sin gasto alguno, ha percibido considerables sumas de utilidad.

El escribir extensamente la historia de estas minas era obra de un tomo, y así estos no deberán considerarse mas que como unas ligerisimas y superficiales apuntes; pero puede por último asegurarse, que las minas del Fresnillo es-

tán hoy en una brillante situación, y prometen no esperanzas, sino probabilidades de seguir constantemente dando frutos abundantes, pues su sistema de economía, de contabilidad, de desague y de trabajos, así para el laberío como para el beneficio, prestan garantías que sin dula alguna no tienen otras negociaciones de esta clase.

Lo dicho anteriormente, suplico al lector lo vea solo como unas superficiales impresiones causadas por la vista del Fresnillo y sus minas; pero á continuación hallarán los conoedores y amantes de las ciencias noticias científicas que no podrán menos de ver con interes, tanto mas cuanto que desgraciadamente sobre estas materias de tanta importancia para la república, son muy pocos los que escriben, y mas bien conocen los europeos la rica naturaleza de estas regiones que nosotros que diariamente la podemos observar.

IV.

FORMACION DEL CERRO.

El cerro de Proaño, en que están las minas del Fresnillo, se eleva aislado en medio del llano; otras colinas de poca elevación, como alineadas con él, se extienden al Oriente cortadas por pequeños valles, y van disminuyendo gradualmente hasta perderse en el llano: parecen como el último término de la serranía de Zacatecas hacia el Poniente.

Su altura absoluta sobre el nivel del mar es de 2,833 varas segun Berghes; el Fresnillo tiene 2,631 varas de elevación; así el cerro se eleva 192 varas sobre el nivel del plano de la ciudad. Mas calculado respecto á su base que tiene 1418 varas de largo por 981 varas de ancho, su altura es de 127 varas. La pertenencia es un rectángulo de 2000 varas de lado menor por 3000 varas de lado mayor que se estiese de Oriente á Poniente; y concesion de compromiso contratada por el gobierno á particulares mexicanos.

El cerro de Proaño se compone exclusivamente de dos rocas distintas; la una plutónica que á su salida levanta y se sobrepuso á otra de sedimentación. En algunos puntos de contacto se encuentran trochos ó macizos de un espesor considerable, en que puede observarse que los fragmentos de la roca estratificada están envueltos, embutidos ó mezclados á la masa de la roca amorfa, constituyendo una verdadera brecha.

Adoptando la clasificación del Sr. D. Andres del Rio (1), la formación del cerro corresponde á la division inferior ó inorgánica de la tabla geológica, pues las rocas que lo constituyen son Diorita y Porfido diorítico, Siliza-pizarra y Pizarra azul. Por la faldita Norte del cerro entra

la Siliza-pizarra á las 100 ó 150 varas verticales, y va extendiéndose al Sur en profundidad; de suerte que las vetas paralelas á la principal, cuyo rumbo es Norte-Poniente, al Norte de ellas, pasan de la roca verde á la Siliza-pizarra, á mucha menos profundidad que del lado Sur, donde ya se encuentra á mas de 250 varas de la superficie. Las lajas de su estratificación se inclinan ligeramente al Norte en los puntos donde se les puede observar, en otras está muy confusa; esto sucede generalmente en la inmediatez de las vetas. Estas atraviesan á una y otra roca por la faldita N. E., del lado Sur solo á la roca verde.

La estratificación de la Siliza-pizarra se ve distintamente en las cruces al Norte de la veta principal, despues de algunas varas de *cuelo*: sucediendo frecuentemente que los destajeros no quieren *arrear* esta clase de obras, porque tienen la pésima costumbre de trazar sus barrenos en la dirección de las lajas, en lugar de atravesarlas en ángulo recto (por decautado, despues de sentar uno ó dos barrenos, para tener algunos lados débiles sobre que puedan dirigir su esfuerzo) de lo que resulta que sus cobetes obran mal, ó muy poco, en esta roca, que ellos llaman *Panino mal obrador*.

Por último, desde la cima de este cerro se descubren al N. E., á cosa de legua y media, las paredes arruinadas de la mina de la Leona en el mineral de Plateros, cuya formación es idéntica á la de Proaño. Plateros no es mas que un cerro de poca elevación, achatado y muy rico, unido al Fresnillo por unas cuantas lomas muy aplastadas, confundiendo casi con los llanos. Sus vetas que próximamente puede decirse corren todas de Oriente á Poniente, presentan la particularidad de que hacen (*) hacia el llano, donde se extienden á mas de mil varas, contra las pretensiones de algunos mineros que suponen que las vetas en los llanos no sirven. Bien es, que ejemplos de esta especie muy pocos pueden citarse. Por otra parte creen algunos, que todas las vetas de Plateros no son mas que la continuación de las de los tajos del Pánuco, situados en el extremo Norte de la Serranía de Zacatecas, y como en otro tiempo esta negociación fué famosa por sus bonanzas, el atractivo de este cerro, es ciertamente interesante.

V.

CRIADERO Y ANTIGÜEDAD RELATIVA DE LAS VETAS.

Si detenidamente se reflexiona sobre el gran número de vetas que atraviesan el cerro en todas direcciones, sus diversos *chados*, y su diferente composición, no se decide uno á clasi-

(1) Manual de Geología. Tom. II.—1

(*) Esta expresión denota que las vetas son ricas.

fiar este singular criadero por temor de ser inexacto, ó porque realmente es una excepción.

No presenta este depósito una sola veta principal ancha y regular como la veta de Valenciama en Guaujuato, Veta-Grande en Zacatecas, la Vizcaína, Santa Brígida y Acosta en Real del Monte, sino que hay particularmente hacia la superficie multitud de ellas que no guardan relación alguna, y cuya anchura se estiende desde seis hasta un pie, y muchas veces no pasan de 3 ó 4 dedos de ancho, lo que llaman *cintitas*.

Sin embargo, en las faldas Norte y Oriente del cerro, donde los trabajos han llegado á una profundidad considerable, pueden claramente marcarse cuatro formaciones diferentes: distintas por la dirección de sus vetas, la composición de ellas, (tanto en las sustancias metálicas que contienen como en las de sus matrices) y los fenómenos que se observan, cuando se corren, se dislocan ó quiebran, se juntan ó atraviesan en cualquiera dirección.

La veta más antigua de entre todas las del sistema es indubitablemente la veta de Plateros, cuyo rumbo general es de Oriente á Poniente con su echado al Sur; es atravesada por algunas dislocaciones ligeras, ó es totalmente cortada por otras. Su matriz á poca profundidad es cuarzo careado ó compuesto con óxidos de hierro rojo, que contienen oro en cantidades apreciables, aunque pequeñas.

Es raro que el oro se haya encontrado en algunas vetas (Valdenegros y Jesús María) no más que en pequeños granos embutidos en cuarzo tompaqui sin acompañantes mezclados inmediatamente. Hasta ahora no hay más que dos ejemplos de piedras con oro hallados en las vetas citadas; por lo demás, en grande, los metales no dan ninguna ley de oro.

La veta de Plateros dió muy buenos y abundantes frutos hacia la superficie hasta cosa de 100 á 150 varas de profundidad en los colorados, actualmente en los metales negros contiene solo blanda negra y pardo, Galena, y Pirita de hierro y de cobre de escasa ley no costable.

Otra formación menos antigua que la precedente puede señalarse, con las seis vetas de Veleña casi todas paralelas, dos de ellas más formales con sus echados, uno más inclinado que el otro al Sur, la veta de Barreño con su echado al Norte, la de Oscura, y varias otras, poco más ó menos paralelas á las primeras, que se juntan algunas veces por su rumbo; y lo que es más general, por sus echados, formando una sola y misma veta que constituye la veta principal á la profundidad de cerca de 192 varas, con un rumbo entre 45° y 70° Norte Poniente, y con un echado medio de 63° al S. P.

La veta de Oscura hacia la superficie se presenta con su echado al Norte, según se dijo an-

tes, y parecía ofrecer la anomalía de un cambio de echado á mayor profundidad, puesto que juntándose á la veta de S. Onofre, continuaban con un mismo echado al Sur. Ahora, la veta de S. Onofre en primer lugar es de formación más moderna que la de Oscura, pues á un mismo nivel ó á profundidad igual, S. Onofre está en Colorados y Oscura en negros; en su rumbo S. Onofre se junta á Oscura al Oriente y la reunión por el echado se hace en una línea que considerándola trazada en el primer punto de contacto al Oriente, se va inclinando hacia abajo al Poniente, al paso que se verifica la reunión; además el echado de S. Onofre es menos inclinado que el de Oscura, pues ésta, cuanto más se acerca á S. Onofre tanto más se eleva hasta ponerse casi vertical y luego vertical al juntarse, continuando después unidas con un mismo echado al Sur, y con una potencia ó anchura mayor que la de una y otra. Suponiéramos algunos que la veta de Oscura habría quedado dislocada al bajo de S. Onofre, que los cruces que al efecto se dieron sucesivamente abajo de la reunión, ó que por casualidad rieron á quedar inferiores, no cortaron veta alguna.

Las vetas de S. Pascual y de Agripo por la identidad de sus sustancias componentes, el paralelismo de su rumbo y la misma dirección en sus echados, parecen marcar una misma época ó cuya formación fué contemporánea. Estas vetas atraviesan á la principal, cuya antigüedad, según parece, no puede distar mucho de la de estas, y sus cruzamientos no son los puntos de la mayor riqueza.

Por último, la veta echada de S. Pedro que corta totalmente á todas las que atraviesa y que presenta el fenómeno más frecuente de dislocar las que tienen un echado inverso al suyo, indica ser la más moderna de todas las formaciones en este distrito minero.

Hacia la superficie su echado es de 55° y está dislocada inmediatamente hasta cierta profundidad; más en lo general no contiene metal alguno y se compone de arcillas muy blandas con cristales sencillos de pirita sulfúrea envueltos en esta masa lodosa dotada de un olor desagradable, á huevos podridos, particularmente en los puntos donde se infiltra agua. Este olor, seguramente es debido á la descomposición del agua, cuyo hidrógeno combinado con parte del azufre de las piritas, producirá el hidrógeno sulfurado, cuyo olor es característico. La veta de S. Pedro es estensa, ancha de una á dos varas, con un echado interior de 45° muy uniforme, corre de Oriente á Poniente.

Su poca inclinación, su anchura y esa masa arcillosa que la constituye, parecen indicar un rebalamiento sensible de uno de sus respaldos;

y como se dificulta averiguar cómo ha sido este rebalamiento, si por hundimiento ó sublevación á causa de no haber más que una sola roca, no estratificada, de aquí es que no se puede resolver la cuestión de buscar la veta dislocada á la veta perdida después de atravesar la veta secante (*). Las observaciones prácticas no son más que indicio poco seguros de hacia donde debe buscarse la veta. Así, la veta echada de S. Pedro es de un signo fatal para los mineros, pues luego que dan con ella, pierden la que llevaban en frutos ó como ellos dicen, la destruye.

Los planes de Valdenegros en buenos metales ricos, y los de Colorado son dos ejemplos muy interesantes de estas fatales dislocaciones.

VI.

METALES Y MATRICES.

El que todas las vetas se presenten generalmente desde la superficie hasta cierta profundidad menor de 100 varas en colorados, es un fenómeno notable; tanto porque estos metales son muy ricos, como porque aun algunas de sus sustancias componentes son distintas de las que contienen á mayor profundidad en los negros. Todas las que eran visibles en la superficie, fueron desde luego destruidas por los antiguos, áajo abierto, y por la multitud de estos tajos espaciosos y profundos, que atraviesan el cerro en todas direcciones, se deduce que en general, todas ellas fueron muy ricas á flor de tierra.

El Cloruro de Plata (plata verde y plata cornea) y el Bromuro han sido abundantes inmediatamente debajo de la superficie y constituyen en los primeros tiempos de la explotación, la gran masa de metal que se beneficiaba por un método peculiar á esta sola clase de metales: el beneficio de cazo.

Hay unas vetas particulares, porque hacia sus respaldos la roca está impregnada de hojillas de plata nativa, pedregales de sulfúrea y algo de plata verde, cuya ley llega á ser varias veces de 5 á 7 marcos por montón de 20 quintales; á estos metales llaman *azulaques*, y forman un cuerpo separado del de la veta, estendiéndose como media vara en uno y otro respaldo. Los azulaques son como una sub-especie de los colorados; cuando estos desaparecen no hay ya que buscar *azulaques*.

Las sustancias predominantes en todas las vetas, son la pirita común (metal abruzado) la blanda y la galena (metales michosos) pirita arsenical y magnésica sin ley de plata (bronce caldera), cobre amarillo, blanda negra y parda (metal verdeón). La riqueza de los metales consiste principalmente en la plata nativa finalmente diseminada en las piritas de hierro y de cobre, y

(*) Véase Enxterro sobre dislocación de las vetas.

aun en la matriz, la plata agría, el rosicler oscuro, la polvorilla de plata y la galena plomosa muy abundante en ciertas vetas. La pirita arsenical que en otro tiempo se encontraba con abundancia y de buena ley en la veta de Oscura, no se halla actualmente sino en cantidades muy angostas con mucha plata nativa.

Además hay hierro pardo celular con hierro pardo coraceo y compacto y guijarro ferruginoso, en vetas. Spilomela en cantidades angostas como á 60 varas de la superficie formando por la infiltración del agua en los ciegos de las cañones, las figuras en mozas, en coliflor, en cilindros &c.

El cobre nativo que se creía como extraño á este criadero, se ha encontrado en una veta angosta que atraviesa á la principal, en pedazos de figura denticular, en masas y chapas sobre cuarzo como matriz de un tamaño considerable.

Por último, en las inmediaciones del cerro como á un cuarto de legua hacia el N. E. en las cercanías de la ciudad, se encuentra el Blackwood de los ingleses (Margarsena inflamable) en vetas muy poco inclinadas.

Como matrices abundan principalmente el cuarzo y el spato calizo, estando otras veces los minerales finamente mezclados con la especie de roca en que arran.

La selenita se ha encontrado igualmente como matriz á mas de 250 varas de profundidad vertical en los colorados, (planes de Candelaria) pues aquí la veta principal ha cambiado de negro á colorado no solo en rumbo sino en profundidad, contra los principios de algunas teorías; bien que como hay tantas vetas, es difícil saber si esto es debido á la reunión de alguna de ellas con la principal, aunque aparentemente no se observe.

VII.

LABORIO.

El sistema de laborio de las vetas es el de cañones generales. Las anchuras que se encuentran principalmente á poca profundidad complican demasiado los trabajos. Si se recorren detenidamente los laborios de los altos no se encontrarán más que confusión y desórden, hasta llegar al primer cañon general de Providencia á 60 varas de profundidad vertical, contadas en el tiro de bombas de Veleña situado en la reunión del declive Oriente del cerro con el llano. Desde este primer cañon dado por la compañía aviadora, todas las demás obras hacia abajo se han trazado con un orden regular y bien entendido.

Por supuesto se parte del tiro principal que como se ha dicho es Veleña (punto el más bajo de la faldá O. del cerro) rompiendo frentes al Poniente sobre la veta de 35 en 25 varas verticales, ó de 30 en 30 si se quiere sobre el echado

constante de 60°. La continuación al Poniente de una de estas frentes, siempre sobre la veta y guardando un mismo piso, es decir á nivel con sus respectivos cañones sobre las otras que la atravesasen ó le son paralelas por comunicadas por medio de crucesos, que parten de la principal con un mismo piso, constituyen un cañon general. Así por ejemplo, se llama cañon general de la compañía, á todos los que se concentran sobre las vetas de San Pascual, San Rafael, San German &c., comunicados por crucesos con la principal, y que todos tienen un mismo piso.

En cada cañon se rompen pozos de guía ó de comunicación á cada 50 varas eligiendo los puntos mas ricos ó sobre otros que presenten especulativa: en veta no muy rica y cuyos metales se echan de trecho en trecho en ojos ó boleo se dan de 100 en 100 varas próximamente. La profundidad de estos pozos se arregla por su echado; de piso á piso se han de contar de 25 á 25 varas verticales según el ascenso que se dé á los cañones para hacer correr el agua á los tiros de desagüe. Llegado al piso se suspende la obra y se rompen frentes al O. y P. sobre la veta para ir formando el cañon inmediato inferior, así los macizos entre pozo y pozo se cojen á dos cabos lo que acelera la conclusion de las obras.

Hay nueve cañones generales, la blandura de la roca y la actividad de los trabajos permiten la conclusion de dos cañones generales por año. ¡Ejemplo poco común de un gran movimiento y de una actividad extraordinaria!

Los primeros cañones generales sobre la principal tienen de 800 á 1000 varas; actualmente los últimos ó inferiores han quedado reducidos de 600 á 500 varas de estension entre los tiros de Veleña y Oscura. Los dados sobre las otras vetas de S. Pascual, Agripio, &c., tienen como 300 varas. Cuatro vetas son esencialmente explotadas con cañones y pozos de guía, á saber: la veta principal en que están los cañones mas estensos, la veta de S. Pascual, la veta de S. Rafael y Agripio.

La profundidad actual de los planes es de unas 300 varas bajo el nivel del llano, los tiros de desagüe están siempre 30 ó 40 varas mas adelantados. Hay 29 tiros esparcidos en toda la superficie del cerro.

Los tiros de Veleña, S. Francisco, Oscura, y Buen-Suceso se ahondan á la par de la profundidad de los planes, y van próximamente á nivel, excepto el último. Los dos primeros son de bombas y verticales hasta 212 varas de profundidad, piso del quinto cañon, su continuación es ya sobre el echado de la veta, el primero con una inclinacion uniforme de 60° y el segundo de 67°.

De los dos últimos tiros, el de Oscura es de arrastre desde la superficie y sin perder la veta;

al principio con su echado al Norte hasta el primer cañon general de Providencia á cosa de 108 varas de profundidad; su continuación es ya con echado al Sur sin perder la veta principal.

Buen-Suceso es tiro vertical de extraccion ó manto; tiene 4 varas de largo por 3 de ancho. Hay tambien varios crucesos de investigacion, de los que cinco están actualmente colándose; el principal es el amplio cruceso de la compañía que debe comunicarse con el tiro de Amarilla (mina situada en la falda Sur del cerro), á mas de 350 varas del punto de partida de cruceso; su ejele pasa ahora de 200 varas. Estas y las obras ya citadas constituyen el actual laboratorio de la mina principal, dividida en tres Departamentos, Veleña, Barreno, y los altos de Barreno y Oscura.

LABORIO DE LOS ALTOS.

La vasta estension de los labrados de los Altos, la multitud de vetas disruidas á tajo abierto y abandonadas hace muchos años, han dado lugar á la formacion de hundidos ó caidos enormes, grandísimos tajos, cavidades ó salones inmensos y á un laberinto de ruinas y escombros del tiempo y de los hombres.

Se necesitaba, pues, un espíritu emprendedor y activo para formar de esta confusion subterránea, una nueva mina, un nuevo Departamento arreglado, que produce ahora nada menos que mil cargas semanales.

En efecto, los antiguos, muy lejos de creer que se volveria sobre sus pasos, cuidaron muy poco de la seguridad de sus labores, trabajándolas sin arreglo ni arte ninguno; resultando de aquí las muchas dificultades que la direccion actual ha tenido que vencer para remover hasta el último escombros de aquellos trabajos viejos que se consideraban inaccesibles.

La principal veta en los altos es la de Jesus María, con un rumbo Norte Poniente y su echado al Norte. Sobre ella se han dado cañones y pozos, con arreglo á lo que ya se ha dicho.

Ademas, hay otro pequeño Departamento, de Valdenegros, que produce de 50 á 80 cargas semanales; pero de los metales mas ricos de la negociacion, metales algunas veces de 97 marcos por monton de 30 quintales. Los planes de la cinta de Valdenegros, se pararon porque la cinta fué dislocada por la veta echada de S. Pedro, sin poderse saber á donde se ha de buscar.

DESAGÜE.

El sistema para el desagüe general de las minas, es el de bombas atraentes y bombas impelentes.

Se comienza el primer tramo con una bomba atraente hasta unas 30 varas, bien sea vertica-

les ó sobre el echado, á cuya distancia se coloca á nivel con el piso del cañon correspondiente una pileta; en esta queda sumergido el último cuerpo de bomba de todo el primer tramo. Se continúa otro tramo tambien con bomba atraente, á la que sucesivamente se le van empalmando tubos de bomba hasta otras 30 varas; se establece otra nueva pileta, otras 30 varas; se establece el cañon general, y de mayores dimensiones que la primera; entonces, desarmando todo el primero y segundo tramos de 30 varas, se le sustituye un solo tramo grande de 60 varas con su forzador (bomba impelente) sumergido en esta última pileta, de donde el agua sube hasta la superficie. Se continúa formando el siguiente tramo mejor con las bombas del tramo desbaratado; se coloca su pileta respectiva, y se sigue con el otro hasta terminar los dos tramos atraentes de 30 varas (que derraman en la pileta del tramo superior impelente), sustituyéndolas una segunda impelente, y así los demas. De esta combinacion resulta que en un tiro de bombas todos los tramos superiores son impelentes menos el último, ó los últimos tramos menores inferiores, que son atraentes, y que marchan inmediatos al plan del tiro al paso que se va profundizando este.

En la actualidad el agua es con dificultad arrastrada en los planes, tanto por la respetable profundidad que ya tienen las minas, como porque la potencia de las máquinas ha llegado ya á su limite (el nuevo cañon); con todo, á costa de muchos esfuerzos se ha pasado ya de este término y ha de llegarse al undécimo cañon (60 varas mas); pero ya se hace sentir la lentitud en los movimientos de ellas y sus frecuentes descomposturas, ó como los mineros dicen, "las máquinas estan ya muy pesadas."

Se verifica el desagüe por dos de ellas, una en el tiro de Veleña y otra en S. Francisco. Tienen sus bellas y lujosas casas con sus alissimas chimeneas, cuyo humo, perdiéndose en la atmosfera, da al viajero una idea sublime del poder de los hombres!

El tiro de Veleña en el arrastre tiene 6 varas de largo por dos de anchura, ó contando con el grueso de la madera, dos y dos tercias de ancho; estas dimensiones se dan á los tiros de un solo tramo de manto. En el caso de tener dos, como el de S. Francisco, llevan 10 varas de largo por 3 de ancho; en ambos lados va inclusa una vara que se supone ocupa el ademe. El tramo de las bombas ocupa el centro, y los de ambos lados son, para el manto, de dos varas de largo cada uno.

El diámetro de las bombas es de 14 pulgadas en los tramos impelentes, y de 14 pulgadas y una octava en los atraentes. La carrera del embolo de 9 pies ingleses. Por consiguiente,

cada golpe de embolo estra 9-621 pies cúbicos de agua. Andando regularmente las máquinas para mantener secos los planes, dan 9 golpes por minuto, luego cada una estra 86-589 pies cúbicos, luego la mina hace 173-178 pies cúbicos de agua por minuto.

Ahora, en el distrito de Freiberg las minas hacen 10, 30 hasta 40 pies cúbicos de agua por minuto. El agua que hace la mina de Almaden, en España, á pesar de sus 300 varas de profundidad, no llega á 2 pies cúbicos (*); véase pues, si esta diferencia enorme de la cantidad de agua producida en igual tiempo, no traerá una diferencia mas que considerable en los costos del desagüe. Si nos admiramos de que en Freiberg metales de una y media onza de plata por quintal estraidos de mas de 3,000 pies de profundidad, y que arran en roca durísima, reporten utilidad, no es de menos mérito el que en nuestro país, con nuestros pocos conocimientos todavia sobre mecánica, se estrajen metales de uno y tres quintos de onza por quintal de mas de 1,000 pies, con igual resultado.

NOTAS DIVERSAS.

Cantidad de pólvora con que se carga un barrero segun su longitud, expresada en fracciones de vara.

Un barrero de 625 ó 4 vara se carga con 6 onz. piv.
..... 632 ó 4 " 6 "
..... 639 ó 4 " 9 "
..... 646 ó 4 " 13 "
..... 653 ó 4 " 15 "
..... 660 " 24 "

EN BARRONIA.

Un barrero de 650 ó 4 vara se carga con 21 onz. piv.

Hago esta comparacion para que se note lo imperfecto todavia de nuestro trabajo.—Las gruesas barrenas que se usan en el Fresnillo es una de las principales causas del mayor gasto de pólvora. Se han acostumbrado mas ha abrir los cohetes con barrenas de corona que con barrenas de bisel; pues solo de cuando en cuando usan de estas para desbaratar el bozon interior que se forma con las primeras, y para quitar cualquier protuberancia de la roca antes de romper el barrero, sin cuidar tampoco de que su calibre vaya de mayor á menor, por lo cual siempre quedan en su fondo tan anchos como en la boca. En el Real del Monte solo se usan barrenas de bisel bastante delgadas y el trabajo cunde mas aprisa con estas.

NOTICIAS DE LA GENTE EMPLEADA EN LAS MINAS DE PROANO.

Carpinteros y peones de las máquinas.....	00
Destajeros.....	200
Empleados á sueldo.....	90
Herreros.....	55

(* Esquero,

En los malacates	100
Manteros	50
Paleros	35
Paradas (de día y de noche)	400
Poncos de mina	350
Quebrados	350
Rojaneros y corraleros	70

Total de hombres

1690

La negociación del Fresnillo, que hace algunos años deja utilidades considerables, prueba, á mi ver, que esta clase de especulaciones no se han de comparar con los juergos de suerte como han creído algunos que nada entienden sobre la materia, sino que están sujetas, como otras varias, al cálculo, al saber, al ingenio. Sin alegar en favor de ella que su contrato no ha sido muy ventajoso, pues un avisador merece más gracia, pienso positivamente que más que á la bondad de la mina, á su buena dirección deben atribuirse los felices resultados de la empresa.

(Escrito para el Museo por M. Payno y Antonio del Castillo.)

ESTUDIOS SOCIALES.

LA NIÑA INDIGENTE.

¡Pobre niña! apenas empieza en la carrera de vida, y la desgracia la oprime ya con sus manos de hierro. Es hermosa como los primeros albores de las mañanas de primavera, gentil como la palma del desierto, y pura como los pensamientos de la religión. ¡Pobre niña! con su cuello blanco y torneado, con sus grandes y lánguidos ojos, con sus mejillas pálidas, con sus negras trenzas que caen en ondas sobre su pecho morbido, no tiene en la tierra una apoyo que el de una tía enferma, encorvada con el peso de los años, que vaga en las calles con su precioso ángel de guarda pidiendo un miserable pedazo de pan.

¡Comprendéis lo que es la indigencia! ¡Comprendéis lo que sufre una joven cuando en la edad en que todas las cosas se ven al través de un apacible velo de rosa, no tiene un harapo que cubra sus carnes y purisimas formas! ¡Comprendéis lo que es tener un pir pillido y breve, y frotarlo, por falta de calzado, con las baldosas de una calle á los brezos de un camino! ¡Comprendéis lo que es contemplar esas magníficas carrozas en que atraviesan las grandes las calles de la ciudad, y no tener un techo para cobijarse de la lluvia y preservarse de los ardores del sol! ¡Comprendéis, por fin, lo horrible que es oír al plé de los palacios el retintín de las copas y el choque de los cubiertos de plata y de las vajijas de porcelana, y estar casi espirando de hambre! ¡Oh!... tened compasión de la niña indi-

gente cuando se interponga en vuestro camino, y dadle vuestro bolsillo. Estoy seguro que Dios os lo recompensará.

¡Sabeis lo que hace la sociedad con la niña indigente! La sociedad la desprecia, la rechaza, no la admite ni en sus salones, ni en sus bailes, ni en sus banquetes; hasta que la pobre niña, huérfana, desesperada, casi moribunda, deja manchar su santa castidad, y vende su virtud por el oro; entonces la sociedad le abre las puertas, y deja en la entrada de los salones sus harapos de mendiga, y se presenta con los vestidos de oro y terciopelo de una reina.

La sociedad, no acordándose que la niña ha sido mendiga, quema ante los altares de su belleza el incienso de la adulación, y la ensalza, la sobrepone á todas las mugeres. Por cada atractivo le da una joya, por cada sonrisa un traje, por cada fígar una carroza.

¡Infeliz criatura! Cuando las pasiones han rugido su frente, es otro tiempo candorosa, cuando los orgías han borrado el leve matiz de rosa que pintaba ántes sus mejillas, cuando los insomnios causados por tantas bacanales han enflaquecido las formas ántes redondas y lustrosas, cuando en fin, la hiel que el crimen arroja en el alma no deja asomar en sus labios lívidos más que una triste y helada sonrisa; entonces la niña indigente vuelve á tomar los harapos de mendiga, y á vagar por las calles implorando la estéril compasión de esa misma sociedad que ántes dominaba con solo una mirada.

¡Pobre mujer! ¡Cómo te amaba yo cuando la miseria tenía desnudos tus blancos hombros; cuando pisabas con tus pequeñitos pies descalzos la senda de la pobreza, cuando se adivinaban tras de tu humilde trago unas bellas y castas proporciones, cuando tu hermosura, en fin, solitaria y desconocida vejeitaba aromática y fresca entre las zarzas de la virtud.

No la culpéis; pobre doncella.

La desvanecieron por un momento los incienso de esa sociedad venal y mentirosa. La deslumbraron los trages vistosos, los chales de gasa leves y transparentes como la espuma de las ondas, los muebles voluptuosos y espléndidos que brindan con una engañosa felicidad; pero si vierais, cuántos remordimientos turbaron sus placeres; si pudierais conocer el sacrificio que ya costaban las caricias que prodigaba á los amantes; si hubierais visto su corazón inquieto y destilando sangre, mientras su rostro aparentaba contento en medio de los ruidosos placeres... ¡Ah! cuando veis á la mujer indigente ya sin su anciana tía, con el semblante amarillento, con los ojos humidos, los labios sin color y el pelo erizo y descompuesto, tenedle lástima, y dadle vuestro bolsillo, que Dios os lo recompensará.

Julio de 1843.—M. PAYNO.

TROVA A MARIA.

Otras escuchen amores
De galantes trovadores,
Vida mia.

Yo ensalzare tu hermosura
Con la voz de mi ternura,
Mi Maria.

Flor de mi ignorado asilo,
Fuente de curso tranquilo,
Mi tesoro;

En el silencio de mi alma
Con veneracion y calma
Yo te adoro.

Tú de infortunio inclemente
Me defiendes dulcemente
Con tu sombra.

Tu virtud me hace dichoso,
Y mi labio es armonioso
Si te nombra.

Dulce es en tarde serena
Ver incierta la azucena
Por la brisa;

Pero es mas dulce, mi cielo,
Cuando busca mi consuelo
Tu sonrisa.

Dulce es ver entre el ramaje
Volar el albo ealaje
Por el viento.

Y es mas dulce en tu pupila
Hallar la expresion tranquila
Del contento.

Dulce es palpar con blandura
Con el labio la tersura
De la rosa.

Y me causa mas delicia
Una tímida caricia
De mi esposa.

Tú embelleces, vida mia,
Mi penosa medianía,
Mi destino.

Como entre cerril maleza
Ostenta el rio belleza
Cristalino.

Tú lloras con mi ternura,
Tú ries con mi ventura,
Dulce dueño,

De noche te veo al lado
Del ángel idolatrado
De mi sueño.

Tú mi nombre le enseñaste
Al hijo mio, y le hablaste
De su padre,

Reviviendo embellecido
El recuerdo tan sentido
De mi madre,
Cual se dilata mi pecho
Cuando yo oculto te acecho
Con amor,
Y con mi hijo en las rodillas,
Por mi alzas preces sencillas
Al Señor.

Silencioso voy llegando,
Te miro y estás llorando
De ternura.

Yo te adoro con encanto
Y rio vertiendo llanto
De ventura.

Arbol santo, árbol amigo,
Que amparas con tierno abrigo
La inocencia.

Astro en mi destino incierto,
Fuente santa en un desierto,
Mi resistencia.

Para tí dicha suprema
Quisiera, y una diadema,
Mi Maria.

Feliz viera tu grandeza
Del fondo de mi pobreza,
Vida mia.

¡Ah! tu nombre me enamora,
Tiene evidencia sonora
Y alegría.

Cuando lo pronuncio, blando
Queda en el aura vibrando
Su armonía.

Y aquellos tiempos cuidados
Tan puros, tan ignorados
De la España;

Dicha que cruza escondida;
Pero que torna la vida
Deliciosa.

No sapiero á regío tesoro,
No á que adole humilde el oro
Mi existencia;

Me basta tu amor sagrado,
Y de mi hijo idolatrado
La inocencia.

Y hará risueña mi suerte
Cuando á mi puerta la muerte
Torque amaga;
Pensar que mi dulce esposa
Siempre que miro mi losa
Me bendiga.

GUILLERMO PRIETO.

DON FRANCISCO EDUARDO TRES-GUERRAS.

Era una mañana del mes de Abril de 1842, cuando frío y con los ojos cargados de sueño me levanté de una mala cama colocada en un cuarto de la antigua casa de diligencias de Querétaro, y envolviéndome en un tosco capotón me acomodé dentro del coche para continuar mi camino á Guanajuato. No hay cosa más agradable que esas meditaciones soñolientas que se experimentan en la oscuridad de una diligencia, y que solo se interrumpen con los brinco del carruaje ó los gritos y juramentos del postillon. En esa vez, mil delirios confundidos y revueltos unos con otros se agolpaban á mi cabeza. Hasta que recordé que al pasar por Celaya debía ver el puente, el convento del Carmen y otras obras ejecutadas por el arquitecto Tres-Guerras. Esta idea me preocupó enteramente: pero sea dicho con verdad, fué mas bien por la simple curiosidad de ver edificios que no conocia, aun cuando concibiera que debieran ser muy inferiores á los de México. Había oido hablar de Tres-Guerras, pero vaga y confusamente, y mas idea tenia de las obras de algunos artistas europeos, á pesar de haber existido en el país y en países remotos, que de las ejecutadas por mi compatriota y contemporáneo. Su nombre no sonaba pues á mis oídos con esa magia y dulzura que se experimenta al nombrar á un artista, y su fama, segun he dicho, habia llegado á mi noticia de una manera, por decirlo así, fria é indiferente. — Esta es por lo comun la suerte de los artistas mexicanos, que viven aislados e impereñ olvidados de todo el mundo, y en particular de sus compatriotas. Acaso son mas respetables y conocidos en Europa los nombres de Clavijero, Sigüenza y Alzate que en México mismo. — No se que pensar sobre esto. — Ó realmente no hemos tenido hombres dignos de ser admirados, ó estos necesitan del lente de aumento con que se observan los personajes cuando el Océano está de por medio, ó somos demasiado apáticos y por demas insensibles para tributar al talento el lauro que se merece. Sea como fuere, este no es mi principal objeto al escribir este artículo, y así volvamos al viaje.

Entre divertido con mis pensamientos y soñoliento con el suave vaiven de la diligencia, pasé las primeras horas de oscuridad: al amanecer me encontré caminando por unos planos y hermosos carriles á cuyos lados se estudian verdes y alegres sementeras de maíz. Las casas de

las haciendas, las torrecillas de los pueblos lejanos, las lomas azuladas, todo pasaba rápido y fantástico por mi vista. — La diligencia volaba, y á pocos momentos tuvimos que subir por un puente alto, y arrojado valientemente de lado á lado del profundo y ancho barranco del río de Celaya. Un arquitecto comun no podia haberse atrevido á lanzar á una profundidad grande esos bellos y graciosos arcos del puente, ni á recamar con molduras sencillas y graciosas á la obra destinada para luchar año por año con las fuerzimas crecientes del río. Un arquitecto sin genio hubiera aglomerado piedras y mas piedras, y habria hecho una obra sólida, si se quiere; pero no que reuniera esta cualidad á la elegancia y belleza. — El puente de Celaya es un puente que puede dibujarse en un paisaje; ya se ve es construido por Tres-Guerras, y Tres-Guerras era tambien pintor. Apesar de que pasó rápidamente, la vista del puente hizo una impresion profunda en mi alma, y el arquitecto que lo ejecutó fué desde ese momento para mí muy interesante: de suerte, que llegando á la posta de Celaya me decidí á quedarme allí hasta el siguiente viaje del coche.

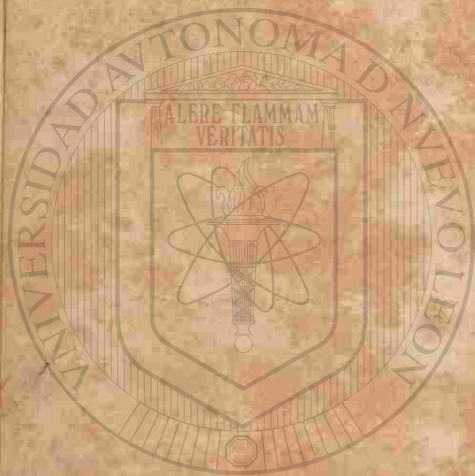
Como eran cerca de las once de la mañana, las iglesias estaban cerradas; pero no pude tener mis deseos de admirar de cerca el Carmen, cuya torre habia divisado al entrar en la ciudad.

Heme ya estasiado ante la fachada del Carmen. Estasiado verdaderamente, porque excepto la catedral de México, no habia visto otro edificio en el cual se pudiera reconocer la verdadera elegancia del arte.

Figuraos un edificio, no esa talla gigantesca de la arquitectura que tuvo su origen en el Egipto, y que mas modificada se propagó en la Europa antes de la edad media, sino un templo esbello y airoso, y permitaseme decir, ostentando toda la coquetería que los italianos supieron dar á las construcciones de época mas moderna. No hay, pues, en el Carmen esos jarrones, esas grandes estúpas, esos pedestales enormes, esas cornizas neciamente labradas que se observan en los templos y casas edificadas en la república en los siglos XVII y XVIII, sino unos pedestales proporcionados, unas columnas delgadas con sus capiteles y cornizas corintias, unos arcos atrevidos y galanos que revelan al instante la seguridad y valentía del pensamiento del



FRANCISCO EDUARDO TRES-GUERRAS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

arquitecto. Figúranos, pues, á un hermoso peristilo ó pórtico de ocho columnas corintias que da entrada por tres puertas al templo, y justamente sobre la bóveda de este pórtico edificada la torre compuesta de tres cuerpos: el primero también corintio, el segundo dórico y el tercero compuesto, rematando con una cúpula algo semejante á las de los palacios chinoscos. Sorprendiente es por cierto ver tanta belleza, tanta maestría y tanta sencillez, en un templo construido en época en que el *Góngora* de la arquitectura habia sorprendido las inteligencias con ese recargo de adornos, de molduras y de toscos relieves que no eran arquitectura egipcia, ni gótica, ni árabe, sino que queriendo remediar y hacer una confusa mezcla de esos géneros, resultaba una bastarda entidad contraria á todas las reglas del buen gusto.

Tres-Guerras, pues, siguió las inspiraciones de su genio, y demasiado enérgico y despreocupado para dejarse dominar por el mal gusto reinante en aquella época, meditó en silencio sus obras, y contra el torrente de la opinión y de la envidia, escogió lo mas hermoso, lo mas bello, lo mas sencillo y lo mas sólido de la arquitectura moderna, y comenzó á levantar monumentos que harán eterno su nombre y memoria. . . . Y lo creará el lector!—Este arquitecto tenía envidiosos y émulos á millones. ¡El gran hombre que solo y aislado en su pueblo meditaba y levantaba en su fantasía templos y monumentos tan bellos como los de Brunellesco!—Despreciaba á los criticos, y hacia bien; mas volvamos á mi visita al Cármen.

A toda costa solicité al sacristan, y tuve la fortuna de encontrar con que era un hombre amable, y deseoso de mostrar á todos los curiosos las magnificas obras de Tres-Guerras.—Introdujéme, pues, en el Cármen.

La hermosa exterior del templo no corresponde al interior, sin que por esto se crea que hay en el espas inmensos plafones dorados y esos santos que parece se conservan como un triste recuerdo de la decadencia de la escultura. Nada de eso: los covaterales son de buen gusto, y construidos algunos por el mismo Tres-Guerras, bien que se conozca que faltaba ya á los carmelitas el dinero necesario para hacer en ese punto obras tan santuosas como la de la fachada exterior.

Cuando hubé dado una rápida ojeada á los altares, traté de salir del templo; mas mi sacristan me instó para que viese una pequeña capilla situada dentro de la misma iglesia, y que se llama de los Cofrades. Entré en efecto, y lo primero que llamó mi atención fué una virgen del Cármen pintada al óleo y colocada en el altar mayor. Era una hermosa y fresca Madona con sus mejillas ligeramente coloreadas de rosa, su mi-

rada santa y celestial, sus labios purpurinos con la sonrisa que emana de un corazón puro y ardiente en amor divino; de sus delicadas manos pendían unos escapularios, que con ahínco procuraban asir las almas del purgatorio que en la parte inferior del cuadro se veian ardiendo entre las llamas; era, en fin, una de esas virgenes escapadas del pincel de Murillo, á las cuales es preciso amar y rezarles de rodillas.

—¿Quién pintó esta virgen del Cármen, señor sacristan?

—El Sr. Tres-Guerras, me contestó sencillamente mi hombre.

—Admirable cuadro; al que no falta, le respondí, mas que la sancion del tiempo.

Aun no habia acabado de admirar tan delicada pintura, cuando volví la cabeza, y á la izquierda observé pintado al fresco en la pared un cuadro del juicio final.

—Y esta pintura de quien es, volví á preguntar al sacristan!

—Del Sr. Tres-Guerras.

Esto merece atención. dije para mí, y retirándome á una distancia conveniente comencé á examinar el fresco. Con efecto, las figuras borradas y casi incomprendibles tomaban formas y se animaban, por decirlo así, á medida que graduaba la distancia. El cuadro me pareció una obra maestra y daré idea de él á los lectores.

En la parte alta ó posterior está el Padre Eterno con su Hijo, la Virgen, los santos y toda la corte celestial, flotando en el éter y las nubes; en la parte inferior, y á la izquierda, se hallan los réprobos, corriendo los unos en tropel, los otros letanando las losas de su sepulcro, y el resto, que ha escuchado la fatal sentencia de Dios, mezclado con los diablos que con tenazas y otros instrumentos compelen á los desgraciados á entrar en las cavernas infernales; por último, á la derecha se hallan los escogidos y benditos de Dios llenos de gozo y apresurándose al subir á las mansiones del cielo, ó dejándose conducir por los ángeles y serafines. La luz y la sombra están perfectamente comprendidas, y la aglomeracion de figuras bastante clara y perceptible; pero hay en el cuadro una singularidad que no debe pasarse en silencio, y es que el autor se pintó tambien en el término medio, entre los réprobos y los escogidos, abriendo su sepulcro, y retratada en su semblante la angustia y la intocion hasta saber el lugar que ocupará en la terrible y final escena del mundo.—Este pensamiento sublime, original y altamente filosófico bastaría solo para caracterizar á un artista.

Por la tarde salí á dar mi paseo por las calles de Celaya y á cada paso me encontraba perenne el genio del arquitecto. No hay casa, no hay puerta de meson ó de accorria que no esté con su fachada elegante, con sus ligeras corni-

sa, con sus torcidas columnas. Si Tres-Guerras hubieran vivido mas tiempo; sin duda alguna habria hecho de Celaya la poblacion mas regular y mas bonita de la republica.—En cuanto al Carmen, puede aplicárselo lo que Carlos V decía del bautisterio de Florencia: á saber, que era tan delicado y tan precioso, que merecia ponerse debajo de un capelo de cristal.

La detemida contemplacion de las obras de Tres-Guerras no pudo menos que inspirar ideas filosóficas, que hacen concebir de lo que es capaz el génio de un hombre. Tres-Guerras era arquitecto, era pintor, era poeta: y donde concibió estas ideas, en qué campo fértil las inspiraciones de su ingenio, en qué escuela perfeccionó estas concepciones delicadas? En verdad, ningunos elementos tuvo este artista para educarse, pues aunque residió en México algun tiempo, México no ha sido jamás una de las mejores escuelas para formar á los pintores y arquitectos, y si Cabrera, Juárez, y otros han sobresalido bastante, esto no prueba mas, sino que ellos, así como Tres-Guerras, eran inteligencias colosales, y de las que puede decirse que no tienen padres ni hijos, como se expresa Alejandro Dumas hablando de Napoleón.

¿Qué habria sido Tres-Guerras si hubiera viajado por Italia y por España, y examinado los grandes edificios y los magníficos cuadros de los autores que han formado época en la historia del mundo? ¿Qué maravillas no habria ejecutado entonces, cuando sin escuela y sin modelos hizo cosas que han hecho decir al conde Beltrami, que Tres-Guerras es el Miguel Ángel mexicano.

Los amantes de todas las grandes inteligencias que ha producido México, no podrán menos de tener sumo interes en averiguar algo sobre la vida de Tres-Guerras. Pues bien, un viaje por el interior les dará una idea completa de la vida de este hombre, pues como ha dicho un talento contemporáneo y amigo nuestro, las vidas y la biografía de los artistas son sus obras. Así, pues, cada voluta, cada capitel, cada arquivitrave, cada columna de los edificios construidos por Tres-Guerras en San Luis, Celaya, Querétaro, Irapuato y Guanajuato, son una página brillante de la hermosa y quieta vida del artista, así como cada campo de batalla es la hoja sangrienta de la existencia de un conquistador; ¿qué diferencia, sin embargo!

El espíritu altivo tendrá incienso, tendrá eronistas que escriban gruesos volúmenes de la historia de sus batallas, mientras el pacífico artista acaso contará solo con que un escritor raquítico y oscuro ocupe unas cuantas líneas con su vida para salir de sus compromisos de periodista, ¿qué diferencia, sin embargo! La posteridad justa é imparcial, terrible en sus fallos, mirará en

su verdadero punto de vista á los dos, y dirá del primero: "este era un asesino de sus semejantes" mientras al otro lo aclamará como bien hecho de la humanidad!

En efecto, legar libros llenos de pensamientos tiernos y de sensaciones expresivas y delicadas, ó monumentos y cuadros llenos de belleza, debe cada generacion que viene al mundo tiene que copiar y que admirar, es mucho mas glorioso que la memoria de unas manchas de sangre en un yermo é estéril campo de batalla.

Así la vida de Tres-Guerras es semejante á la de muchos artistas: quieta, tranquila, ignorada de la multitud, y calumniada de las medianías envidiosas que no tienen alas ni esfuerzo para remontarse en las regiones de la gloria; pero en este punto, es inútil pretender trazar un cuadro cuando tenemos á la vista un documento escrito de la propia mano de Tres-Guerras en que cuenta su vida con un candor y una ingenuidad que en vano pretenderíamos mejorar.

Este documento tan curioso (*) y tan original, y que el autor escribió á un amigo sin pensar que un día lo sacarian á luz los redactores de un periódico, lo vamos á reproducir testualmente á los lectores, porque repetimos, nos pa rece comparable solo á los escritos que sobre su vida y carrera dejó Alberto Dürero.

"Me crió, muy señor mio, con Nebraja y los vates, el trompo y los papelotes, y no podia entonces definirse mi eleccion entre las traversas y estudios; mas mi inclinacion fué siempre decidida hácia el dibujo, nació conmigo, me es conatural.

"Cumplí quince años, y mis estudios; quise ser fraile, y Dios demasiado misericordioso lo frustró, por un viaje que hice á México, y donde á esfuerzos de mi inclinacion abandoné las letras y me entregué al dibujo; estuve como un año aborto en tanta hermosa doctrina; volví á mi patria, y traté de casarme me estaba amonestando cuando los frailes querian reconvenirme con mi antigua pretension; creian virtud en mí lo que en realidad era mogigaté y poco mundo. Valga esta sincera confesion mia, si, porque muy piadoso Dios, evitó mi inadvertida pretension, y me ahorró de unos cargos que, insostenibles á mi génio é inclinaciones, me hubieran prestado el papel mas disipado y delinente.

"Vea vd. mi retrato muy al viro, y casi por dentro y por de fuera. Sobre ya cuando, me destiné á la noble arte de la pintura, á la suave y dulcísima pintura; pero qué dolor! nada medrava con las producciones mas difíciles y gracioso.

(*) Así está como otros apuntes para la formacion de este artículo son debidos al empeño y amistad del Sr. D. Ramon Robison y á la comendacion de la sobrina nieta del Sr. Tres-Guerras.

sa de esta arte encantadora; un estudio que esponia al público de raro pensamiento, misteriosa ejecución, estilo hechicero, dibujo corregido y en todo de un muy regular mérito, se miraba con indiferencia, ni pedian mas deseos encontrar con un conceder; mas luego que embarraba un cochile de verde y colorado, que brillaba el oro de sus telas, que campeaban unos mamarrachos á modo de monas, que se manipulaba el maque, el barniz y otras sandeces de esta clase, entonces, amigo mio, lloraban admiraciones y elogios, y yo tenia que arrinconar todos mis grandes estudios ó papeles, y debía, coincidiendo con tanto ignorante, sacrificar la razon y el buen gusto en obsequio de tanta y casi universal estupidez.

"Estadado ya, quise juntar la música á mi ocupacion, me dispaba y me esponia infinito, no convenia con mi educacion; fui grabador una temporada, carpintero y tallista otra, agrimen sor algunas veces, y siempre vaciando, di de locos en los de arte arquitecto, estimulado de ver que cualquiera lo es con solo quererlo ser; solo se requiere aprender una gerga de disparates como la de los médicos, babosear cualquier arte de arquitectura de tantos como hay; en particular las escuelas de Vitruvo, hablar muy hueco, gerigonzas de ángulos, arcos, tangentes, curvas, segmentos, dobelas, inoocanaps &c.; pero con cautela, siempre delante de mugeres, cajeros y otros que no los entendian; despues entra el ponderar unas obras, echar por tierra otras, hablar mal de los angeles, abrogarse mil aciertos y decidir magisterialmente y hételo ya *Arquitecte* hecho y derecho.

"Así es Paz, que ha licenciado á Querétaro de monumentos ridículos, y así son varios de chuya larga que giran errantes por estos lugares. Llego yo, dije á mi sayo, luego puedo entrar en congo con tanta *Seor Arquitecte*! Saqué á las tablas mis pocos estudios, mis experiencias, mi buen dibujo y otras baratijas que me adornan, y lo que es del caso, las asocié con el engaño y elucinamiento; é tontería de los marcanates, y me hallé capaz de desempeñar el papel de *Arquitecte*, á ciencia y conciencia de griegos y romanos, vándalos y sucesos.

"Ya soy arquitecto, amigo mio, á pesar de folloñez y malandrines; la academia me conoce por su discípulo, y me ha licenciado para cualquier obra, y yo las he ejecutado hasta ahora con felicidad, no debida á mi pericia; pero sí á mi fortuna; se me ha negado el fungir, no cabe en mi ingenuidad, y se me dió la obra del Carmen, y me he continuado, por el padre que ahora es obispo; á este santo religioso le caí en gracia, es vizcaino, y me valió que lo fuese; no pudieron apearlo del juicio que de mí tal cual habilidad formó, las cartas de empeño por Za-

parí, por García, por Ortiz, arquitectos de chuya larga. ¡Creo vd. tal porquería! Pues es evidente; me confaron sus cartas, y es ocioso decir que Paz también echó sus empeños, porque ese es su estilo.

"Aunque me he difundido algo imperitente, yo voy á responder á vd. Estas obras, ruidosas y soñolientas, como siempre piden de por sí mucho dinero, aquí es el sumo negocio que hacen sus directores, creen de mí bastante interes (y se engañan) particular de ellas, y de aquí las habilladas, las sátiras y la envidia; no envidian el arte, no; se puden por el acomodo; mas ya todos están conocidos; Zapari cono denusado, Ortiz echado con desaire de la obra de las Teresas en Querétaro, García acabó con la vida, y Paz demigrado por sus obras, tanto en las de su proceder como en las materiales. Pues yo, con rivales entrometidos é aduladores, cómo no he de ser cortado! Y por mis obrillas en varios lugares ejecutadas con algun acierto, é disfrutando en su manipulo las mayores confianzas en muchos miles de pesos, cómo no he de ser envidiado! Agradezca vd. á la envidia sus esfuerzos contra mí, pues fuera muy desgraciado si no fuera envidiado; algo me donó, y en mucho me singularizó la naturaleza (Dios debemos decir), pues me envidian; yo me contento.

"El que dijo á vd. que mi iglesia ve parecia al interior del templo de Santa Genoveva, mintió grandemente, porque es total su diferencia, y solo coinciden en ser ambas de órden corintio, y en este caso será idéntica al Vaticano, S. Pablo de Londres, que son del mismo órden, y otras muchas fábricas; tengo cosas papeles, y podrá referárselos al que lo quiere. El que un extranjero dijese que se parecia á no sé á qué templo de España, pudo ser; mas no hubo tal cosa con el Sr. Humbolt, prusiano protestante con quien concurre, ni la obra estaba entonces en tal disposicion que pudiese compararla. Que el mapa vino de Roma es una celestre mentira, tengo un caso el que ejecuté, y podrá verlo quien lo dude, y verá los de los altares, y algunos otros solo delineados, y verá mas si quisiere, que echo yo napsas de cualquier asunto uno por cada dedo, porque (en paz sea dicho) estoy dotado de una invencion y fantasia fecundísimas, y gozo de unas fuentes en mis libros y papeles que lluitan prodigiosamente, y á la prueba me romito.

"No he tenido cuestion alguna con artista, grande si chica, luyo de fugir, y es menester que me actelen con el dedo los que me concuen para los extraños, y figan: *quel es?* pues de no, me confundo entre los expectadores ó miradores, muy mogigato de primera, y por otra parte, jamás crea vd. que yo pueda callar hablando de las bellas artes; en ellas es mi afuencia in-

gotable, tengo buen gusto (me atrevo á asegurarlo), he leído alguna cosa, y ya dije que era un crítico ciego, secretario del gran Don Antonio Pons, y muy amigo de razones; jamás censuré yo una obra, sin dar convincentes pruebas de por qué me parece mal, no me aparto de la naturaleza y principios, y busco la verdad á todo costo; y si no, que me toquen con formalidad, con crianza; y lo que es más, con la razón, y verán de bulle mi ingenuidad; mas si es con charlatanería, guárdense, amigo, porque protesto que me se sacudir como el que tomas; por tanto la tal cañonera tengala por de nombre, y por una mera invención satírica y aforada.

—De vd. de barato que mi obra se perezca á esta ó la otra, parece á vd. poco mérito, el acortar en la ejecución, verificándola sin capataces, montadores, ni otros patrones que apregan los que solo se atienen á los oficiales? Pues yo he montado desde la primera hasta la última piezas: todas son de mi invención, aunque siguiendo las huellas del antiguo, sus reglas, proporciones y demás épocas á finuras; he enseñado una porción de maderos, dulceros, carpinteros y lo que vd. quisiere, á canteros, y solo yo doy guerra á 60 oficiales, fuera de 25 abañiles, los talladores, escultores, doradores y otros muchos artesanos que se emplean en la obra del Cármén, una casa muy grande que estoy acabando, el Puente y otras obritas, como el meson, la casa de D. Juan Mugica; me sobra tiempo para otras menudencias, y todo lo ejecuto con cierto aire socarrón y pícaro, que vale un dineral.

Muy poco queda que decir de nuestro admirable hombre después de leído lo antecedente, porque el mismo nos cuenta con franqueza toda su pequeña historia de joven y de artista; mas para satisfacer la curiosidad de los lectores, les comunicaremos algunas mas noticias que no dejan de tener interés.

Tres-Guerras, á pesar de los envidiosos de elupa larga, como él llamaba, era generalmente estimado en Celaya, así por sus talentos, como porque tenía un corazón fiado, y un carácter franco é ingenioso; así es que obtuvo algunos cargos públicos, tales como los de procurador, síndico, regidor, y alcalde de su ciudad, habiendo sido también condecorado con el nombramiento de individuo de la diputación provincial de Guanajuato cuando se restableció la constitución española el año de 1820.

Fué siempre muy decidido y afecto á la causa de la independencia, y cuando finalmente se consumó la obra el año de 1821, se regocijaba en términos de que se creyeron locuras sus demostraciones de júbilo.—Tenía alma de artista, y comprendía lo que vale la libertad para los pueblos y para los individuos.

Por lo demás, su conducta política y privada fué siempre irreprochable, pues el tiempo que no pasaba dedicado á sus trabajos cultivaba la música, la poesía y la pintura, ó se iba á contemplar las escenas del campo á una pequeña hacienda inmediata á Celaya, llamada Romerillo, que aun conserva su familia.

El modo como hacia estos viajes era tambien singular.—Se iba pié á tierra, con un bastón y su capa al hombro, tocando una flauta, y sin mas compañía que un perro á quien llamaba su fiel é inseparable compañero. Unas veces se sentaba bajo la sombra de un árbol, á modular notas armoniosas, en su instrumento favorito; otras se detenía á contemplar la tranquilidad de la naturaleza, y otras, en fin, caminaba jugando, con el candor de un niño, con su leal y constante amigo.

Esta vida activa, sobria y laboriosa, le proporcionó una larga existencia, pues nació el día 13 de Mayo de 1745 y murió á los 88 años de edad, el 3 de Agosto de 1833.

La época de su muerte fué la en que el cólera-morbo assoló á las poblaciones de la república y Tres-Guerras fué arrebatado casi repentinamente por esta terrible plaga; pero días antes de morir puso orden á todos sus asuntos, y la víspera salió precipitadamente de su casa para arreglar á los pies de un confesor la cuenta pendiente entre su conciencia y Dios. Un amigo que lo encontró en la calle, lo detuvo y le dijo:

—¿Dónde va V. tan precipitado, amigo mío? Buena pregunta, le contestó con calma Tres-Guerras: la muerte persigue con un furor tremendo á los pobres mortales, y en cuanto á mí pocas horas me quedan de existencia, en este mundo.

—¡Vah! le replicó el amigo. Aun está V. muy robusto y bueno y sano. Dígame V. de dónde le ha venido esta idea!....

—Amigo, no me queda mucho tiempo para platicar con V. Adios.

Tres-Guerras se alejó dejando al curioso con la palabra en la boca.

Al día siguiente murió, y su alma voló al seno de Dios.

Felizmente Tres-Guerras no dejó al frágil cuidado de sus sucesores el honrar sus restos de una manera digna, sino que teniendo constantemente delante de sus ojos el pensamiento de lo breve y desahuciable de la vida humana, construyó durante su vida una pequeña y hermosa capilla junto al templo de San Francisco, para que después de su muerte fuese sepultado en ella.

En efecto, allí reposa su cadáver; pero su genio vive y vivirá muchos años en el templo del Cármén de Celaya.

Julio de 1843.—MANUEL PAYCO.
(Escrito para el Museo.)

ESCENAS SUBTERRANEAS.

El descenso á una mina es un momento de terror solemne, y que prueba hasta donde puede llegar la audacia humana.

Figuras un pozo de profundidad inmensa. Figuras que para mostrar al curioso aquel fondo abismo, se precipita por aquella boca sombría una estopa despidiendo llamas; que bajo, se hunde, se pierde chispeando en la oscuridad. Figuras el ruido del aire comprimido, la iluminación súbita del alume humedo, que refleja la llama, la ilusión óptica que estrecha en su término el maderamen y hace aparecer como una leve luciérnaga aquella hoguera aérea que antes deslumbró nuestra vista. Figuras todo esto, y formarse en la debilidad de lo que es un tira.

En los instantes de exaltación y amor propio en que se desafia tan evidente riesgo, cuando suspendido en la honda entre el abismo y los aires, vacilando asido del cable, se palpa el contraste que ofrece aquella tiniebla silenciosa, con el cielo purísimo que está sobre nuestra cabeza, con las nubes blancas que vuelan en los aires, con el bullicio que os rodea y la vista risueña de la población que se alza en la llanura. Figuras tambien esto, y entonces comprenderéis el descenso á una mina.

Asido del mismo cable que sostiene al viajero, lo precede la Zorra que es un joven como de catorce años casi desnudo, con su cabello tozadamente rizado, sus formas atléticas, y sus ojos negros reberberando con la tea que lleva en las manos.

Tendría el tiro unas trececientas varas de profundidad, el corazón me palpaba con sorpresa, de una tierna mirada de á Dios á los objetos que me rodeaban, recliné desconfiadamente el cable, vi bambolear la luz de la Zorra y descendí....

El aire silbaba en mis oídos, no era dueño del mas leve movimiento cuando observé que ya no descendía, tiraron del cable á la derecha, y pisé tierra firme no sin una indeliberada sensación de gozo; por nada veis, absolutamente nada, aun dejé conducir de la mano como un niño, dimos multitud de vueltas, cambiando sin cesar de dirección, á veces era el terreno fácil como un embaldosado, á veces tenía quebras y desigualdades como la mas áspera montaña.

La completa ignorancia del lugar en que me hallaba, las luciérnagas errantes que comencé á percibir en las tinieblas, las sombras de algu-

nos operarios crecidas fantásticamente en las paredes de la mina, todo me tenía absorto. Lleno de fatiga dije á mi guía que descanasemos, y entonces atisudado por el achan de mi ágil conductor, comencé á examinar con tanto rodeo.

Ya descubriría bóvedas caprichosas sostenidas por robustas vigas; ya en otros lugares las rocas en desórden, mostraban sus picos decurcados, como desgajándose sobre nuestras cabezas, desfilizándose entre sus tortuosas grietas hilos cristalinos de agua purísima sonando monotonos en las como la péndola de un reloj en el caos; á nuestros pies y divididos por estrechas veredas, se hundían abismos de ataradora profundidad, se derramaban tambien los circuitos de los pozos, se derramaban en tropel los peñascos ó se elevaban ó grandes alturas uniéndose á otras cirvas inmensas de piedras casi desgranándose, y halla muy lejos, revestidas de la misma tiniebla horrible, redistingían ya unas calles; ya la entrada de bóvedas grandiosas y tan dilatadas que el ruido de nuestros pasos se iba repitiendo al infinito hasta sonar como el quejido de un niño.

Descendimos por un pozo, porque mi ánimo era ver una labor, bajamos por una viga con muercas á la que se dá el título de escalera, y después de algun tiempo nos hallamos en el plan que se estaba bajando.

Era un celón inclinado de una y media vara de ancho á lo mas, practicado en las entrañas de la roca viva, y de una extensión de ciento á doscientas pagadas indistintamente en las paredes alumbrado con incierta claridad la multitud de operarios que trabajan. Todo es bullicio, grita, movimiento; el retumbar de las balizas, el sonido redoblado de los picos, el ruido con que se desprenden las peñas y caen en el agua, donde hasta la cintura están sumergidos los barreteros; el palpeo, el vapor, aquella muchedumbre medio desnuda con sus filos en la cabeza, ó los cables flotando en desórden, aquellos peones cargados con sus costales de metal con una mecha sobre la oreja que vuelva y se deslizan fantásticos en la oscuridad; esto, los repetidos gritos de fuerza abajo que se suceden anunciando á los transeúntes el peligro, todo este ahan, este ruido, cuyos ecos se pierden en zonas y dilatadas vibraciones en las bóvedas de la mina, todo, digo, con una sensación inesplicable.

Llega al Niágara, lo ve, y por todos los puntos posibles, asciende á la isla que está en medio de la catarata, baja á la cueva que está en el río, almuerza, fuma, y disputa con un mexicano que le asegura que las guadalupañesas son las más bonitas mugeres del mundo, y las que tienen el pie más chiquito. El inglés entra en curiosidad, y al día siguiente se vuelve á Nueva York, y allí se embarca para Veracruz. ¡Pobre inglés! Tan pronto como que pisa las playas de Anáhuac, le acomete el vómito prieto; mas una negra lo cura con aceite y sumo de limón. By God, tampoco vale nada una poca de vasca. El inglés sigue su camino en la diligencia, y antes de llegar á Puebla lo asaltan los ladrones; pero él saca sus pistolas y los hace huir á toda prieta. Entra á México; pero nada vé, porque su objeto es conocer á las mugeres de Guadalupe. Prosigue, pues, su camino y llega al término de su viaje; pero disgustado deno encontrar en las calles más que mugeres con pies grandes y algunos descalzos, regresa en el mismo día y no para hasta Inglaterra.

Causado por último de tanto viaje, y no hablando ya ni rino que le guste, ni muger á quien amar, ni país que visitar, ni placer nuevo que lo comuene, se va al teatro á ver bailar á Fanny Essler; en seguida se dirige á los salones de Piradilly, y al concluir la noche apurando botellas y fiambres con un corrillo de amigos. En cuanto amaneció el día se retira á su casa y se necesita en un millido lecho hasta las doce; á las doce despierta, pide una taza de té, se la toma y poco más tarde en seguida una pistola en la sien, se encaquilla una onza de plomo en el cráneo, y va á despertar á la otra vida.

By God: lo más original que hay en el mundo es un inglés.—Yo.

BIBLIOGRAFIA.

OBRAS RECIENTES PUBLICADAS.

Una para todos: comedia en verso por D. Manuel Gutiérrez.—Imprenta de Lara.

Las primeras campañas de Richelieu: comedia traducida y arreglada al teatro español, por D. Manuel Gutiérrez.—Imprenta de Lara.

Poesías de D. Wenceslao Alpuché: impresas en Mérida de Yucatán.—Nos ocuparemos de su análisis en uno de los números siguientes.

EN PRENSA.

Galería literaria mexicana.
Costumbres y trages nacionales.
Obras de D. Ignacio Rodríguez Galván.

Han llegado los tomos 19, 20 y 21 de la interesante obra que están publicandó en Paris,

los Sres. D. Patricio de la Escosura y D. Eugenio de Ochoa, titulada: *Revista enciclopédica.*

BOLETIN SEMANARIO.

OCCURRENCIAS.

Domingo 16.—Concurrió el Esmo. Sr. Presidente Provisional á la apertura del Aparato Nacional, mandado reedificar por su órden.

Martes 18.—Llegaron de Campeche los señores D. Crescencio Pinedo, D. Joaquín García Rejon y D. Gerónimo del Castillo, comisionados cerca del gobierno de México, para arreglar las transacciones que deben hacerse con el Departamento de Yucatán.

Id.—Tomó posesion el Esmo. Sr. general D. José María Tornel, del empleo de Director del colegio de Minería.

Miércoles 19.—Se supo en México la invasion de los tejanos en la frontera de Nuevo-México.

Jueves 20.—La Sra. Francisca, dama ajustada para el teatro Principal, llegó felizmente á esta ciudad, procedente de la Habana. El público espera con ansia su salida, que dicen tendrá lugar el domingo, así como la de la Sra. Munguia en el teatro de Nuevo-México.

Los comerciantes del Parian han estado fatigados con la mudada de sus efectos; finalmente, el jueves se cerró.

Las calles continúan componiéndose.

Las lluvias han sido abundantes en la semana.

TEATROS.

En la semana se han puesto en escena dos comedias nuevas en el de Nuevo-México.—El domingo la titulada "*Los independentes*," y el jueves *El Galán Duende*. La primera no gustó; la segunda pareció menos mala.—Las señoras Pavia continúan bailando las más noches y entusiasmando cada vez más á la concurrencia.—Los coches se suben aún en las banquetas, apesar de las torras plegarias de los pedetres que se han quejado de esto en el Siglo XIX.—La rigidez en el cobro de los abonos continúa.

Tambien se han ejecutado en el teatro Principal dos comedias nuevas.—El domingo, *Fabio el noticiero*, que se anunció por medio de convites con una litografía; y el martes, la titulada *El Galán Duende*.—La mayoría Moltizana ha bailado tambien en este teatro con el primer y gracia á que está acostumbrado el añejísimo público que concurre á Santa Paula. Algunas noches se ha notado abundante concurrencia. Varios hermosos quinqués se han sumitido, en los tránsitos que conducen á la entrada del patio y palcos, á los opacos y clásicos faroles que antes habia.

A LOS ZACATECANOS.

LA MONTAÑA DE LA BUFA EN ZACATECAS.

Es un país montañoso, árido, donde las perspectivas sublimes y salvajes de la naturaleza se presentan á cada instante á los ojos del viajero. En la primavera solo unas cuantas florecillas tímidas y graciosas cubren los pies de las altas y escarpadas montañas; en el verano las lluvias se precipitan de las alturas, regiendo con estrépito, y ya formán cascadas de plata, ya se deslizan cristalinamente por la falda de las lomas, ya en caudaloso y turbulentos arroyos, corren haciendo grandes surcos á su paso, y arrojando á los peñascos enormes y también á las pequeñas y humildes flores que nacen en la estacion mas tranquila: en el otoño se oye el huracán silbando entre las grietas de las rocas, y en el invierno los copes de nieve cubren las altísimas crestas de la tierra. ¡Magnífica naturaleza donde se encuentra un emblema de la vida humana! ¡Espléndido y ruidoso paisaje que infunde á la mente ideas filosóficas y grandiosas!

No esperéis ver allí praderas amenas por donde se desliza entre las flores un limpio y transparente arroyuelo, no busquéis esos árboles venerables y antiguos que dan sombra al caminante con su pomposo follaje: no esperéis ver á las cascadas en su techo encarnado retratándose en la agua cristalina... unas montañas altas, llenas de quebras y barrancos, apiñadas unas sobre otras, como si el Señor las hubiera desparcado desde los cielos á la manera que granos finos de arena; uno que otro nudoso mozoquito cuya capa está constantemente combatida por el abrigo... esto es todo... y si no es bello, es aterrador y fantástico como las descripciones del Manfred de Byron.

En medio de esta naturaleza está edificada la ciudad de Zacatecas.

¡Zacatecas! ¡Cómo recuerdo tu pequeña y linda alameda! ¡Cómo el panorama que á cada momento se mira en tus calles! ¡Cómo aquella capilla gótica (1) en cuyo cementerio se halla el túmulo de García rodeado de mirros y anémonas! ¡Cómo á tus hospitalarios y amables moradores! ¡Cómo en fin á tus hermosas hijas, de corazón franco y sincero, de genio amable y encantador!...

(1) Esta capilla, situada detras de la alameda, se llama del Chiquique.

* El autor de este pequeño artículo tuvo la fortuna de recibir algun tiempo en el Departamento de Zacatecas, y recibió de muchos de sus habitantes consideraciones y favores que está muy distante de merecer. Así, pues, como un recuerdo de su gratitud, les dedica el artículo de que se trata.

Y tú, pueblo. ¡Ah! noble y generoso pueblo, que ha volado á derramar su sangre en defensa de sus libertades.

¡Noble y desgraciado pueblo, condenado á vivir debajo de la tierra entre las tinieblas, para sostener tal vez el esplendor de los palacios europeos!

Era una tarde; tarde por cierto hermosa y apacible. La atmósfera estaba diáfana; el cielo azul, limpio y trasparente parecia el gran manto de Dios tendido sobre el mundo, y las aguas balaceaban suavemente los mirtos y alhelios que crecen entre los matorrales en las faldas de los cerros. Yo estaba sobre la alta montaña de la Bufo; encima de mi cabeza aun se elevaban amenazantes y fantásticos los grandes peñascos de pórfido que forman su creston, y á mis pies se extendía un magnífico panorama. Las casas agrupadas y confundidas unas sobre otras; las cúpulas y torres de las iglesias incrustadas unas al parecer en las rocas grises del cerro del Grillo, y las otras aereas, graciosas y como pintadas en el eter; las calles estrechas y angostas como las líneas de un mapa, dividiendo esa aglomeracion de edificios pintados de mil colores; las columnas de humo brotando de las chimeneas de las haciendas, y perdiéndose en líneas delgadas y espirales en la atmósfera, ó formando una nube, mecida lenta y magestuosamente por la brisa: Por otra parte, se veian las montañas de Veta-Grande con una linea blanquecina que indica el camino, y unas cuantas paredes arruinadas de adoves grises de alguna mina antigua. En el último termino y á la izquierda se veía el magnífico acueducto y el camino de Guadalupe, y allá en el fondo muy lejos el azul decaecido y casi blanquecino del horizonte, y algunas nubes de grana que contrastaban con otras aplomadas y sombrías, cuyos bordes doraban los últimos rayos del sol, mientras el centro se encendía por intervalos con la pálida luz de los relámpagos.

¡Sorprendente é indescribible paisajel

Nada hay más romántico que esas pequeñas capillas construidas en las cimas de las monta-

nas. Parece que separadas del bullicio del mundo, elevadas en una atmósfera más libre y más cercana á Dios, y aisladas entre las nubes y las tempestades, están destinadas para oír el llanto y las plegarias que los corazones desgraciados por las penas mundanales dirigen al Señor del universo. A esas pequeñas iglesias donde el silencio es eterno y sublime, donde una lámpara arde delante de la imagen de una santa virgen, donde la sencillez de la arquitectura y la modestia de los adornos, tiene mucho de santo y de candoroso, es preciso entrar con el semblante bajo, con el corazón humilde, con el alma llena de piedad y amor. ¿Quién no se conmueve cuando ve primero á sus pies una ciudad entera ocupada en sus pasiones y en su ambición, y después una mujer que postada de rodillas, reza y suspira en un rincón oscuro de la pequeña iglesia de la montaña! Cuando entramos á la capilla de la Buía, la sombra iba creciendo rápidamente y extendiéndose sobre la ciudad como un crespon fúnebre; las montañas tomaban un aspecto aterrador, el bullicio y el hormigueo de gotes en las plazas se percibía confusamente, y una que otra luz fulguraba en las vidrieras de las ventanas. Entonces la iglesia de la Buía estaba sublime, parecía que entre las masas de sombra que cubrían los dorados pilares, vagaba el espíritu de Dios; la lámpara chisporroteaba por intervalos; el viento zumbaba por las hendiduras de las ventanas de la cúpula, y una mujer sollozaba silenciosamente en un ángulo oscuro del altar.

Solitario y religioso asilo, donde los desgraciados van á buscar el consuelo de sus penas, jamás se olvidará! Tus tiermas y santas inspiraciones aun viven en mi corazón. Tu lámpara temblorosa que alumbraba debilmente el rostro de una hermosa madona, el viento que zumbaba entre las molduras de la cúpula, el sala-pared que cantaba bromaba de cornisa en cornisa, la mujer que rezaba... todo, todo viva en mi memoria.

México, Julio de 1843.—MANUEL PAYSON.
(Escrito para el Museo.)

LA SONRISA DEL NIÑO.

I.

Debajo del sol que deja
Al ocultarse la brisa,
Es ¡oh niño! tu sonrisa
Lo más bello para mí.

Porque es el idioma puro
Del ángel de la inocencia,
De ese ángel que la existencia
Tiene de rosa y carmín.

II.

Bella es la nube que en el cielo ondea,
Cuando sonríe la nácieute aurora;
Y los aceros de su voz caenora
En las selvas modula el ruiseñor.
Bello el semblante de la virgen tímida
Cuando contempla en cristalina fuente
Sus negros ojos, y su blanca frente,
Con la blanda sonrisa del pudor.

Mas si del cuello pendiente
Estás de tu madre ¡oh niño!
Como lo está de los pétalos
De la azucena, ó del mirto,
El pintado coílirí:

Si entonces oigo el susurro
De tu hechicera soarisa
Que raga con alas rápidas,
Cum leve mariposilla
En tu labio de rubí:

Nada te ignora; y de diamante y oro
Sueño en un mundo á mi ambicion estrecho
Donde sería mi mayor tesoro
Una mujer que contra el blando pecho,
De un hijo de mi amor que sonría,

La cabeza oprímira.

Mayo II de 1843.—RAMÓN Y. ALCARAZ.

DOCUMENTO HISTORICO.

JURAMENTOS PRESENTADOS POR LOS HABITANTES DE LA REPÚBLICA.

Año de 1808.—Jura de Fernando VII.
Año de 1809 á 811.—Jura de la junta central, de la de Cádiz, de la de Sevilla y de la Regencia.
Año de 1812.—Jura de la constitucion española.
Año de 1814.—Segunda jura de Fernando VII, cuando volvió á España libre del cautiverio de Bayona.
1820.—Jura de la constitucion.
1821.—Jura del plan de Igualta.
1822.—Jura de Agustín I, emperador de México.
1823.—Jura del plan de Casa-mata.
1824.—Jura de la constitucion federal.
1836.—Jura de la constitucion central.
1841.—Jura del plan de regeneracion.
1842.—De los estatutos del plan de Tacubaya.
1843.—Jura de la constitucion de la Junta de notables.

Parécenos enriosa la antecedente noticia y la inserimos por ese motivo. Cuántos sucesos, inconsecuencias y revoluciones se revelan con la simple lectura de estos acontecimientos. Para conocer la versatilidad humana no hay más que leer la historia, y lo peor es que así son los hombres de todos los tiempos y de todas las naciones.—EE.

MARIQUITA CASTAÑUELA.

COSTUMBRES.

Somos generalmente parciales, describiendo el carácter y la naturaleza de la mujer: es la criatura que á juzgarla por las distintas opiniones que se han vertido acerca de ella, se creea hallar en cada escrito un ser diverso. Idealizado por la imaginacion, envilecida por el positivismo, y presa de la ironía ó del sarcasmo apasionado, ya es el ángel que nos ampara y acompaña en el desierto de la vida, ya el verdadero doméstico que maltrata y marchita nuestro corazón como el niño estropea la flor con que juega.

Prescindiendo de las consideraciones del bello sexo en general, y con la pluma de sedoso cronista, revelaré al mundo y consignaré al Museo la existencia turbulenta y aventurera de Mariquita Castañuela. Estas son sus patéticas memorias, tejido de pequenezes sin importancia para el gran mundo, sucesion de acontecimientos pútriles á primera vista; pero que reconocen por fuente la mas enérgica y constante de las pasiones femeninas, *agradar*.

Yo he seguido momento á momento á esta jóven, he observado sus diversos cambios y accidentes, con el prelijo cuidado que un jardinero su planta querida, ó que un médico los síntomas más imperceptibles de un enfermo favorito.

Sorprenderé la existencia de Mariquita en los momentos de transicion equivocada en que la niña con su tez de rosa y su alma virgen llegaba á las puertas de la juventud.

Vestía elegantemente para su clase, que no era la suprema; aun habia economías en las medias, gracias á sus ejercicios gimnásticos y una que otra vez el esquivo zapaton, ena como un anatema sobre su pie delicado.

Se deslizaba ya el amor propio entre las nacientes flores de la juventud de *Mariquita Castañuela*, y solo el alma privilegiada de una mujer comprende toda la energia del sentimiento que producen en esa edad y al despertar las aspiraciones de la mujer, ciertos inconvenientes; por ejemplo, que una anciana impertinente la escluya de la bulliciosa tertulia en que se comenzaban á deslizar con blando sonido palabras de amor, ó de cróica escandalosa. ¡Cuánto no mortifica á una niña que cuando ensaya el ágil desarrollo de su abanico, la mandan que pida una lumbrera ó que juegue con sus primitos de cinco años!

¡Cuán fatal es, que á esta niña ya orgullosa la condenen á la esquivia *babacha* y la *chancala*, obligándola á ponerse en pat ante el murmurador oficialillo, ó su primo el oficinista. ¡Pobre Mariquita, diálogo de pobreza y orgullo, mal sucedida desde la infancia, entre las relaciones de la alta sociedad, con necesidades positivas y pretensiones elevadas, con una nobleza y una soberbia tradicional, y espuesta, sin embargo, á penalidades que la hicieron sufrir desde niña!

Yo la veia enrojecerse y morir cuando una visita sin provision, tomaba garbosa una silla y se quedaba con el brazo en la mano, ó caía por el suelo una parte del respaldo con estrépito; yo comprendia las penas de su alma, cuando ganaba y estupefacida, referia el antiguo esplendor de su casa y alumbría y atravesaba rápido á las piezas interiores un angelito, con los zapatos mas que raídos, y el holgado sombrero detenido en su frente, por una montaña de género apéndice de su cabeza; yo la veia palidecer, cuando un paciente pobre de esos malhechos y mal vestidos, con sus botas de tacon torcido y su capa de veinte inviernos calor de olivo, aparecía entre la concurrencia tanteando á la mamá, hablaba á la niña, y pintaba con candor sus miserias, tocando por incidencia las de la niña; yo oí por último temblar su voz, y vi demudar su rostro, cuando una doméstica llena de tize y con un cesto negrozco en la mano invadía la sala, pidiendo ante los concurrentes, para pan, velas ú otras necesidades de la casa.

¡Qué discusiones tan originales antes de concurrir Mariquita domingo á domingo á la tertulia de D. Porfirio el mayordomo!

—¡Mamá, cómo voy con este mismo tálalo! dirán que no tengo otro.

—Si, señor, y dirán bien; V. no es ninguna condesa.

—¿Quiere V. que le pida el suyo á Petrita!

—No, señor, vaya V. con lo que Dios le dió.

—Y tambien con este calzado echado en infusion desde á medio día, para que el calzafal se acerle.

—Si, señora.

—No voy, ¡qué dirán los de allí, que dirán! ¡Ay, que sea estoy, y luego las demas que siempren concurren tan decentes, no habrá ni quien me pida una cuadrilla.

—La pobre madre se eternecía, recordaba sus habilidades y a poco, con perjuicio del puchero y el equipo se empujaba algo, y Mariquita tenía un zapato de cinco puntos, de pala baja y de punta cortada.

Entre tanto, los *enaguas de armar*, con arrobas de almidón encima, yacían pomposas en una silla, la llave del zaguán hecha asno, relumbra en la cocina, próxima á descender á instrumento *peluqueril*, la pomada de rosa, estaba frente al espejo, y el hermano chico al lado pronto á caer el *corse estricto*; á pocos momentos salía Mariquita de la recámara, herida como la luna, del fondo de las nubes, elegante como una duquesa parisiense, y digna rival de la flor y la nata de D. Porfirio.

Pero ¡ah! veía los ojos en su derredor y la atormentaba los contrastes que la ofrecían sus acompañantes.

El padre entre, esto, rostro amable y nariz aguileña y escogida, con un sombrero piramidal, y su chaleco al cuadril, su *fraque* descarrado por el pecho y en la espalda, con los botones del puño cruzados en los hombros, y los escuadrados faldoles descendiendo abiertos de su cintura al principio de la pierna, y el pantalón agarrado y asido con oruello de la mediana de la bota, como luyendo del suelo, el angelito su hermano, llevaba el paraguas, y las castañuelas en la mano.

En tanto que la madre también rizada, gorda y rozagante, recordaba las modas de la independencia y ostentaba un hábito lejano de diamantes, al cual el Sr. cura de Tlalpam tenía echado el ojo hacía dos años para palio de aquella santa iglesia!!!

En vista de los heterogéneos personajes de esta malhadada comedia, Mariquita proponía reformas en sus trages, y con sus propias manos, medio cubiertas por elegantes *mitanes* anudada la sjeira corbata de su padre y ponía invisible aquel filo de géneros que completaba la cabeza de su hermano.

Considerada rápidamente en sus penalidades públicas, me será permitido también una ligera reseña sobre su educación moral, por explicarnos así.

Abandonada en su infancia al exclusivo trato de las criadas, estas despertaron su inteligencia á su modo, con maravillosa perspicacia, sabía Mariquita desde muy tierna cuentos y consejos de espantos y duendes; cambiaba con primor sonetos obscenos, y fumaba junto al braceró su cigarrillo con fineza; á un señor de la casa le decía esposo; y su cuerpo lo tenía hipotecado de esta manera.

—Á su papá los ojitos.

—Á su mamá la cabezita.

—Las manitas al contador de la oficina de su papá.

En la amiga aprendió mil lindezas, ya sobre sutilezas que se resiste la pluma á escribir, ya en voz baja decía palabras que tampoco aproba el diccionario alguno, ya á mezclar al rezo gracias irreligiosas, parodiando al popular Ripalda; ya por último inasustanciales lecturas de las que los versitos quedaban en la memoria, con encanto de sus padres, que le hacían repetir las fábulas delante de todo el mundo.

Salía Mariquita de la amiga, mal leyendo, mal escribiendo, y con su corazón y su inteligencia viciados á la par, por los criados y por los maestros, se lanzó á la novelesca vida de la juventud.

Lo esperaba á su entrada, la *Estrangera* y la *Paloma de Underlach*, y lo que es más, en el teatro, lo que todo el mundo sabe &c. &c. Afios ídolos de temor religioso, afios amor á los placeres tranquilos de la vida doméstica, afios altañabulla, afios braceró: la Mariquita era toda una dama, bien educada á nuestro modo.

Completaba esta educación, la escogida tertulia de su casa, un estudiante de medicina, un pasante de abogado, un militar improvisado y un filarmónico, fuera de los rancios amigos de su padre.

El planeto se iniciase galante en el corazón de la muchacha, explicaba las gastritis, le veía los ojos con interés y la pulsaba delante del poder, tocándole el pecho, y besando á escusa su abstrusina espalda, fingiendo escuchar los latidos del corazón por el amago de neuritis, amago que tenía loca de gozo á la niña: el estudiante de leyes, después de emblesar la asamblea con la pintura de los sistemas republicanos, era federal por supuesto, no tenía más que un frac, el equilibrio social, las obligaciones y los gozos de la comunidad, la perniciosa influencia de la oligarquía &c., se esplayaba sobre la desmitificación de riquezas y ponía á los frailes y monjes por los nucleos; después volviéndose á Mariquita y con orgullo asombroso le decía las ventajas del matrimonio como contrato civil, y aunque la veía entre risueña y circospecta le decía, *qué malo es!* él se volvía un torrente de erudición macarrónica.

El militarillo, mas andaz también, mas ignorante y haciendo alarde de viveza y truhanería, confesaba de llo en llano que no había inferno, que el alma se convierte en aceite de almendras y que morimos como el mastuerzo y como se seca la flor de una maceta.

Más manso, pero no menos temido el filarmónico, en una conversacion ya recitada, ya obligada á tener ó á soprano, después de regalar á Mariquita caramelos y malvavisco, gorjesaba á duo *El Suspiro*, la *Ausencia*, la *aria de Assau*, el *Ausente*, la *Chenerentola*, el *Pirata* y otras cosas poniéndose á su frente, con su guitarra, to-

cando impunemente sus rodillas y aprovechando con la voz y con el tacto los intervalos en que se templaba ó discutía en la tertulia lo que se debía cantar.

En medio de tan enciclopédica tertulia, cuando todos gozaban en tropel agusaban á la niña, su praza por los querenceros domésticos crecía, su razón se viciaba y su voluntad indecisa, no se decidía á otorgar á ningún mortal dichoso la palma del reinado.

Las mortificaciones de la niña se acrecentaban á medida que disminuían las pagas de su señor padre. Si un elegante tratinano aceptaba el ofrecimiento del chocolatero, ¡qué apuro, Virgen Santí! Corrían desparavidos todos, se reflexionaba en que la servilleta estaba sucia, que el pocillo no tenía asa, que el vaso de la agua no era abrillantado.

Si alguno se quedaba á comer, como la comprimia, la presencia de la mesa con un *plé* con rilmis de cola y uceate, el mantel corto como un escupulillar y el disimulo y escaso servicio de mesa.

Los hermanitos eran los ángeles malos de Mariquita, bien presentándose á las gentes descarnados y sin alfin, bien arrebatándose la comida, bien diciendo imperinentes los tálalos que tenía la niña, las congojas de los padres por falta de dinero, ó bien, pidiendo medio al estudiante de medicina, que se fingía distraído y hacía ruido con sus eternas disertaciones de arterias y cartílagos, y obstetricia, para que no se impusiera el público del infame pedido.

Por lo que respecta á la parte moral, los amigos dieron complemento á aquella educación débilmente delineada en los parrafos anteriores.

Una la decía, que tal novio horaba día y noche por su amor, y que le había escrito una carta en estos términos.

Señorita.—Un terror pánico se ha apoderado de mí desde que con sus flechas el Dios del amor, penetró las espaldas de mi corazón, descompartió mi sistema nervioso; convertido en una estatua cruel habré de sucumbir, si eso sí, como la panacea de mis males, no alivia á su servidor que B. S. P.

Otra vez el agudor con la mayor reserva puso en sus manos un papel de color con un obles de relieve, que contenía una palomita con una carta.

Las amigas se agolparon en lugar secreto, que por saberse cual es no lo menciono y allí entre risas leyeron.

Amable jóven!—De derecho no tengo título para dirigir á V. mi carta; de hecho sí, por el principio conservador de las sociedades: el amor, este amor volcánico que sin agredir las leyes humanas ni divinas ha tomado posesion de mi alma. Mas de la pureza de mis intenciones respondo, mi la-

bro intérprete de mis puros sentimientos dicto tan mal formadas líneas. Si, Mariquita, yo es amo... ¡Ah!!! ¡Si!!! es amo, y ninguna represalia formalizará el lanzamiento de un amor, que depende ó de una sentencias sin apelacion. ¡El no!!! Ó de la ganancia de la lucha de mis afectos con el *¡Si!!!—Quien* *ed. sube.*

Las amigas comentaban estas cartas ya con la pintura del rostro del pretendiente, ya con el inventario de su ropa y muebles, ya con la caricatura de su árbol genealógico.

Veamos otra carta, porque no es justo que á la posteridad se leque mudado tan precisos archivos.

Mariquita.—Yo es amo, si no me correspondis firmas la sentencias de mi muerte yo volúndome la tapa de los sesos, ya corriendo á los campos de Marte; si esos labios purpurinos me dicen un sí, si esa mano delicada me brinda la copa de la felicidad, no quiero mas laureles, nuestros genios convienen: mi sueldo es corto, mi voluntad grande, no balle V. con ese arpedito de médico que me empalaga, y no lo he hecho escarmentar por respeto á la casa de V.; bebería su sangre, arrojaría la raína y empunaría el acero; aproposito me ocurre, que como en esa vecindad hay tanto observador puede V. contestarme en una carta en forma de cigarro, ó desprendá V. un hilo por el balcón con un alfiler en forma de gancho, y allí la carta con el sí que pide rendido.—*Su amante.*

El filarmónico mas sentimental en una composicion poetica titulada: "El sensible decía"

De las gracias	Si á su lado
El conjunto	Y en un dúo
Contra punto	Me gradó
De primor,	De tenor.
Mariquita	Mariquita
Castañuela	Castañuela
Es y escuela	Me ponuela
Del amor,	Con su amor.
Una dama	Muy mas bella
Sin lorajo	Que <i>Estraniera</i>
Es la eslinge	Hechicera
Del horror,	Cual su voz.
Mariquita	Mariquita
Castañuela	Castañuela
Es la escuela	Me desvela
Del amor,	Con su voz.
Me adormecen	Si un sí tierno
En festines	En crecendo
Los violines	Va cundiendo
Y el fígot,	Nuestro amor...
Mariquita	¡Ah! responde
Castañuela	En otra volcánica
Me desvela	Castañuela
Con su voz.	Por favor.

No tanto por versátiles inclinaciones, cuanto por los diabólicos consejos de las amigas, no se creía Mariquita porninguno y afectuosa con todos sin condescender con nadie, riendo con uno, dando al otro celos afectuosos indistintamente y siempre aspirando á una espléndida fortuna, según sus sueños de vanidad, se fué estragando su corazón, y sin ser corrompida llegó al mas alto grado de coqueterismo.

Nadie, por supuesto, la pretendía formalmente, nadie, porque aunque la circundaba una turba de jóvenes instantáneos y pobres, por esta última circunstancia conocían que Mariquita una coquetera á *Abelardo* que á la escuela, mas al *Señorito* que á la aguja, y misis *Arlecourt* que á la *cañabera*.

Las amigas, por último, protectoras de las amantes la comprometían en citas escandalosas, en fumadas á determinadas horas en el balcón, en caracterizar á sus padres de tiranos porque querían poner celo á desmanes de que ellos eran causa.

Un amante se jactaba en un café de poseer un anillo de Mariquita, otro contaba los interiores de su casa echando el dístico sobre su dejadez y sus novelas; otro mostraba un rizo de pelo, aunque empapado en pomada de rosa, con indicio de la poca frecuencia del peine; otro, era el quinto dueño, mostraba un retrato *tráumático* maltratada *la pintura por las caricias y los celos*; y los bonanzas padres daban siempre bariñ risible á las multiplicadas fabulitas de Mariquita Castañuela.

Aquí cae el telón para aguisa de drama romántico presentar á Mariquita en una segunda época aun mas turbulenta.

Habían fallecido sus amantes padres: primero quedó cabeza de casa, realizando alguna cosa, oyendo consejos de hipocritas estafadores y queriendo aventurarse en giro que no conocía.

Determinó poner casa de empeño, después fiasco ropa y alhajet por último, haciendo dulces, nada, su vanidad la estraviaba, en bailes de otra clase, y compromisos de otro género.

Mariquita aun conservaba cierta frescura, agobiada por la miseria distribuyó á sus hermanas, y sola y con sus tintes de orgullo, de instantaneidad y de novela se lanzó á un mundo por demás estrepitoso y resbaladizo.

Tenia capricho en no salir nunca en la mañana sino de saya, de no concurrir sin guantes á las tertulias, y seguía servil la moda en todas sus fases, á su modo: se usaba abanico de concha, ella de palo pero del mismo tamaño y dimensiones los aretes de oro, eran largos y de tal figura, así se los ponía Mariquita aunque fuesen de alambre: sus tónicos eran una transformación continuada, y uno mismo había padecido mas revoluciones que la república; había pa-

sado de los bordados al bolan y á la alforza: del corpiño con encajes al peto, de la manga de norma á la ajustada manga de chaqueta.

Bajo tales auspicios se limó el seno de la amistad, ya disponiendo en los festines las mesas, ya asistiendo á los enfermos; ya cuidando niñas, semi-amiga, criada ambulante de honor, amiga de esas que hay en todas las casas, y cuya definición aun no es conocida.

Eso si, en tal situación Mariquita, decía voz en cuello que tenía principios y delicadeza, y ni cosa por nada de este mundo, ni sabia si el puchero se condimenta con yerbabuena ó con sal de la mar.

La vejez anticipó sus síntomas en Mariquita, y sus agonías fueron indecibles.

Por supuesto ya se dejó conectar que para el mundo era un epigrama la edad de Mariquita Castañuela, y que cuando recia la conversación sobre esto, era el martirio mas cruel, y ó terminaba la conversación saque alejándola de tan odioso objeto, ó colérica injuriando al que la promovía.

Pero allí en secreto anhelaba sin cesar por combalir los anhelos de su atrasada fecha, no economizaba el jabon ni la leche que rejuvenecía la tez, ni la cratera y la quina para asegurar la dentadura, ni la cal y demás ingredientes con que se fiñen las canas, ni la agua de papas, malvas, heno, carne, pomada de oso &c. &c., con que se impide la caída del pelo. Siempre llena de aromas y esencias, siempre envilecida de los trages de las demas.

Sola, sin familia, sin inspirar compasion por sus ridiculeces, sin saber nada por su instantánea educación, infundiendo su presencia recelos á los padres y á los maridos, llevando en la frente la cronica fivrola de sus locuras, y sin ser criminal Mariquita descendió sabida al abismo de la miseria, y éste es el segundo acto de su drama.

Hela ahí en su cuarto navegando, pero en un lazo está su saya, sus tónicos de musolina y en un rincón su tocador y el depósito de sus aceites, en un clavo su gorro, en la ventana su gorron y su maceta de geranios, y en el centro de la pieza bajo un *Divino rostro*, su bulliciosa viñuela. Mariquita sigue comprando con lo que le dan de limosna, abanicos y esencias, mientras en el desierto brasea, una sola olla helada y hundida en ceniza proclama su miseria.

Pobre Mariquita! pero quien la vea en una tertulia discutiendo sobre modas, diciendo que en casa no se come sino tal ó cual potaje, quien la vea así, le rehusará aun la caridad.

Ociosos por hábito, instantáneos por educación, pedante y vanidosos, su vejez carecerá aun del respetuoso atractivo que tienen unas canas que anuncian la tranquilidad de espíritu y la virtud.

A nadie dice donde vive, en su vejezad se ha cambiado nombre, la palabra cuarto la conturba; pero yo la acecho y para escarmiento de criminales padres que dan educación semejante á sus hijas, he escrito minuciosamente su cronica, encargando al impresor que entre dos manecillas y de letra muy grande, ponga, llamando la atencion, el nombre de mi heroína.

MARIQUITA CASTAÑUELA. FIBEL.

ODA.

A MI AMIGO IGNACIO RODRIGUEZ GAVAN. (*)

¿DÓNDE estás, Rodriguez? Tu renombre
Se eleva de tu lecho funerario,
Como se alza del centro del hosario
Con brillo incierto la fosforesca luz.
Cruzó el mundo cual rápida cenella
Que rompe las tinieblas del vacío:
Cual blanca espuma en turbulento rio
Por la vida pasó su juventud.
Cual ráfaga de fuego que en el polo
Se estiendo avanza sobre el eterno hielo,
Su gélio inmenso en el ingrato suelo
Su riqueza sublime desplegó:
Y al levantarse en el desierto estiril
Se revistió de palidez sombría,
Y ya al macer loché con la agonía
Penetrando en la vida con pavor.

Angel bajó á la tierra, miró al mundo
Y convulso de horror lanzó un gemido.
Que rebalsó en su lira, y su sonido
Un poeta á los hombres reveló.
Yo escuché de esa lira la armonía
Y tra rudo y solemne su concierto,
Como en las nubes el mugir del viento
Cuando pregoná tempestad y horror.

Era la líria pura de ancho rio
Que rompiendo su cauce se derrama,
Y enarata fórmase y rebrama,
Y despoñada y turbulenta allí:
En el abismo agitase furiosa
Cayendo y azotándose rugiente:
Mientras el iris en su torva frente
Desplega su magnífico matiz.

Su alma de rey, sus ansies de mendigo,
Huerfano á través por la existencia,
Daba lumbré á sus ojos la inocencia,
El desengaño al corazón su hiel.
Allá en la soledad del desamparo
Eatonaba sus cantos de amargura,
Cual la ave sola que en la selva oscura
Ignorada lamenta su viudez.

(*) En esta fecha hace un año falleció en la Habana á los veintiseis años de su edad.

Como esa flor que en medio de la roche
Cubierta de la sombra funeraria
Escalaba su perfume solitaria,
Como se entrega una alma á la oracion.
Semejante á esas aguas que se filtran
Y forman subterráneos corvinaes,
Sus ideas ocultas y salvajes
Iban formando un mundo de ilusion.

Génio, génio inmortal, tu patrimonio
Es la miseria y el eterno llanto,
Y ese estérido mundo por tu canto
Se adormece con fivrola placer.
¿Por qué la inteligencia será un crimen?
¿Por qué esos hombres de miseria y lodo
Tu renombre verán como un apodo
Y cual signo de beña tu laurel!

Sarcasmo eterno á la época infelice
En que te vi luchar con la pobreza,
En que miré abrasarse tu cabeza
Para buscar hambriento el pan servil.
¿No miraban que el eco de tu génio
Vengando tu memoria volaría,
Dándote lustre y fama ¡oh patria mia!
A tí que lo mirastes infeliz!

Pero cuán superior á esa miseria
Elevado en tu génio, tu mirada
Hizo brotar un mundo de la nada
Con la eficacia y el poder de un Dios,
Allí en tu altura en medio de ilusiones
Ilustrabas ardiente tu retiro,
Como baña de gualda y de zafiro
El triste espacio refulgente el sol.

Grande inmortalidad, tú que desprendes
Al alma de su cárcel miserable,
De luz y amor raudal ingotable,
Vida del alma, espejo del Criador.
Lámpara sacrosanta que embellece
El legubre sepulcro de la vida,
Mostrando otra mansion esclarecida
Que es la angusta morada del Señor.

¡Ah! Rodriguez, responde, ¿no sentiste
Atravesar un lampo por tu frente,
Y seguirlo perdido en fiebre ardiente
Sin descanzar, con devorante sed?...
Fue la pasion de la inefable gloria
Que apricta el alma, que perturba el sueño,
Fugaz celaje que alzase risueño
Y que del ambrira ingrato al que lo ve.

Gloria, germen que riego con mi llanto
Al borde estéril de la tumba misma,
Incomprendible sueño que me abisma
Y que roe mi pecho sin cesar.
Fuego eterno que en mi alma rebozando
En la materia pátrida se embebe,
Como la lava espira entre la nieve
Que la frente corona del volcan.

Una hoja de laurel, que la fecunde
El mismo llanto de tenaces penas,
Aunque beba su jugo de las venas:
Un rayo de inmortal Eterno Dios.
Un solo pensamiento que se salve,
Y que el olvido horrible no consume
Una sola ilusión, solo una pluma.
Pero que diga el ave á quien cubrió.

Tú lo alcanzaste, ya vísra en tu patria
De tu lira insignifica el encanto;
Tú le diste atractivo á tu tormento,
Tú le diste armonía á tu dolor.
Como el ave que emigra á otras regiones
Sagaz huyendo al rigoroso hielo:
Volaste libre al sempiterno cielo
Abandonado un mundo de alación.

Tú que mis ansias fervido lloraste,
Tú á quien me unió la inspiración de gloria,
Tú de quien amo tanto la memoria,
Hermano que presencias mi genir:
Tú que me ves sumiso venerando
Tu ingenuo colosal, tu alma de niño:
Tú que me ves llorando de cariño
Tu nombre entre mis versos esculpir.

Vengo á tu tumba á derramar mis flores
Vertiendo el alma su respeto inmenso,
Vengo á quemarte sacrosanto incienso
Como ante un tabernáculo de amor.
Tú que buscaste en extranjera tierra
Dónde guardar el polvo de tus huesos,
Y la patria mas llena de embelezos
Su bienhechora tierra te negó.

Que te lleven las ondas de esos mares
Que entendidos é ingratos nos dividen,
Las quejosas plegarias que despiden
Las ya gastadas cuerdas del laúd.
Ya que cual flor trouchada de su tallo
Su aroma deja el inclemente suelo,
Tu espíritu inmortal se elevó al cielo
Cuándo tocó tu cuerpo el atad.
Julio 22 de 843.

GUILLERMO PRIETO.

EL CANARIO.

He penetrado alguna vez en uno de esos salones enriquecidos por la mas voluptuosa molición, con su rica alfombra que apaga el ruido de las pisadas, con su luz apacible templada por los regios cortinajes de muselina y seda que descienden suspendidos de una flecha de oro, con sus sofás siberitas convidando á los ensueños lánguidos del placer y el amor, con sus espejos y sus floreros elegantes, con sus cuadros de mujeres medio desnudas, espuestas á la vista en una muelle embriaguez de deleite, y allí al tra-

vés de la luz opaca, respirando el aroma de las flores naturales que sobre una redonda mesa de caoba espiran sobre el soberbio jarrón de porcelana, allí he escuchado tu piar ¡oh melodioso Canario! Allí en el misterio del silencio me he arrobado con tus delicadas armonías; allí, aherrando travieso tus trinos caprichosos con las sentimentales vibraciones del piano, he envidiado tu feliz prison, músico doméstico.

Helo ahí en su jaula de alambres de oro y de caoba perfectamente trabajada, objeto tierno de los cuidados de la hermosura, confidente sensible de sus pesares y delirios de amor, alada imágen tal vez de un ser seriamente amado. Cuando docil á las caricias de tu dueño abandonas tu cárcel y revelas inconstante melencólico festivo entre las hebras de oro de sus cabellos; cuando te fijas ágil sobre su hombro de alabastro, como un colibrí que liba el cáliz de la azucena; cuando apasionado introduces tu pico de marfil entre sus labios de escarlata respirando un ambiente perdido en el éxtasis de un beso, entonces, ó Canario, ¿á quién no eres capaz de inspirar celos? Mas ¡muere el albergue delicado que te da su seno, que tu cuna de musgo y de hebras sutiles de lino; mas blando su movimiento que te adormece lascivo, que lo traiven imperceptible de las aguas de la fuente en que empapabas tus frágiles alas cuando niño. Tu vida es la vida de la armonía y del amor, tus juegos son esos gozos santos de la soledad doméstica que purifican el alma y que bañan de perfume el corazón, como el incienso el tabernáculo en la soledad sublime del templo.

Tu plumage es amarillo y suave como la seda cardada, las estronidades de tus alas tienen un color pajizo como el cabello blando de la beldad; tu canto tiene la melodía del corazón y tu mirada es aptible como la luz que riela en la gota de lluvia.

En un hermoso y amplio corredor adarado de feraces geraneos, de azucenas virgenes, de pomposas hortensias, de plumbago, rosales y pionias, donde alza sus cabezas el laurel-rosa y el naranjo, la acacia y el arrogante arbusto de Moctezuma; allí en confuso desorden está la céntrica pajarera de Canarios sombreada por la ficuda enredadera y el manto de la Virgen, que suscita con trémulas campanillas el pabelón fresco de follage.

Esa es la mansión de los Canarios, cuyo nombre revela su origen y cuya existencia embellece ó acibara el amor casi esclavitudinario.

La pajarera es amplia y bien ventilada, y la policía debe ser diligente, so pena del esterminio de los habitantes de la alada república; luego que se vé su mansión se distingue el baño público, que comunmente es una fuentequilla artificial donde ordinariamente cada vez que se varían las

aguas, verifican su ablucion los habitantes, por lo que solo se hace esto cada veinticuatro horas.

La mesa de estado se vé á uno de los lados, donde junto al alpiste y la senalla de navo, que es su plato favorito, se suspende la fresca lechuga, antidoto eficaz de sus enfermedades de estómago, y del que usan los gastrónomos con instinto maravilloso como purgante.

Un escritor célebre aconseja que la arena finísima tapice el suelo de la habitación, para que los recién nacidos, aun cuando caigan de sus cunas no perezcan, y esta precaucion contra el infanticidio no me parece irracional. En un lugar apartado y sombrío, velado en negro capuz, como diria un romántico, se ostenta el hospital, jaula indispensable por las razones que despues emitiré.

Vacilante se muestra el juicio de los historiadores de los Canarios acerca de distinguir los individuos de distintos sexos, limitándose algunos á citar como la señal menos fallible, el robusto canto del macho y el piar suave y menos armonioso de la hembra: personas observativas aseguran que puede conocerse al bello sexo en el color mas blanquecino de sus plumas; cuestion es esta que no me atrevo á decidir y paso á otro asunto.

Apenas sonríe la primera, cuando los dorados celajes del amor y el placer embellecen la existencia del Canario; rigidos moralistas quieren reducirlo á una sola compañera; pero parece que la bigamia en ellos es permitida, advirtiéndole la experiencia que la tranquilidad doméstica no por eso se compromete.

El Canario no se deja llevar de instintos puramente brutales, antes de formalizar su enlace, de que depende su existencia, se comunica con su futura; y sin duda mas sensato que muchos hombres, hasta no estudiar su carácter y cualidades, solo y aislado de sus demas compañeros, no progresa su amor á la futura.

Vuelto á la vida comun se puede citar como modelo de fé conyugal; tierno en sus caricias, solícito en sus cuidados y respetuoso en extremo, se abstiene de infundir celos á su esposa, no obstante de estar en medio de las mugeres de sus semejantes tratándose con familiaridad. Generalmente cada mes, segun aseguran, comen los frutos aun en embrión de sus amores, los cuidados maternales, y en este tiempo el padre de familias se muestra mas caballeroso y complaciente.

En sus canastillos de mimbre, que son los mejores, los tapizan de heno y hebras de lino y se entregan al monótono cuidado de la incubación; entonces el consorte alegre aquel retro con sus cantos sencillos, trina revolando en torno de la cuna de sus hijos y desempeña las tareas maternales mientras la casada va á pasco ó al baño: gra-

Tox. II—11

to es verlo rodeado de su naciente familia enseñándole el canto, divirtiéndose con sus inocentes juegos y dándole su papilla de almendras con azúcar. La ventaja que han hallado los Canarios sin duda en tener dos esposas es, que una esté libre mientras la otra cumple con devoto sus tareas de madre, y esta conculcencia sin duda conserva la armonía entre las dos esposas. Pero cuando el amor ilegítimo contagia el corazón del Canario, cuando descarriado infringe las leyes del deber y solicita otra hermosura, entonces solo una muger apasionada y celosa puede comprender los tormentos de la consorte infeliz; acécha el vuelo y las miradas del infiel amante; ríe enarcanada con su rival, ó bien retraída de la sociedad, sin alimento, consumida, despues de tentar todos los medios de reconciliación, la madre ¡qué horror!! destruye á los hijos de su pasión burlesca, y muere ella sobre la cuna de aquellos á quien el adúltero esposo dio la vida.

Este rapto de barbaire, que ni aun el frenesí del celo puede disculpar, me hizo sospechar del buen corazón de los Canarios; opinion que confirmo cuando sepa despues que cuando algun individuo se enferma, lo que se conoce por su melancolía y el esponjado de sus plumas, sus fratricidas compañeros se apellan sobre él, y lo asesinarían sin duda, si al efecto, como antes indiqué, no se tuviese la enfermería.

Varios son las enfermedades de los Canarios: primera, las indigestiones ó gastritis, cuyo antidoto son los purgantes; segunda, la *colera* mortal, y aun no conocido su remedio; tercera, la muda de plumas que se cura con vino agudado; cuarta, el granilo que sale al Canario en la rabadilla; el sintoma es, que el Canario emudece y solo la tijera quirúrgica, estirpando el grano, puede librar del sepulcro al enfermo; por último, el piojo se evita con el uso y se destruye empapando un lienzo en legía, poniéndolo en la jaula y quitándolo durante el sueño de los pájaros para que no se espanten.

Algunos dicen que los olores fuertes llevan al Canario al sepulcro; pero he oido asegurar que esto no es cierto, y en algunas casas (siempre es imprudente) he visto quemar pólvora, sin que uno solo haya sido víctima.

Mucho se ha escrito sobre el fino instinto de los Canarios y el grado de cultura á que los lleva la esmerada educación; para conseguirlo es preciso cultivar sus inclinaciones desde la infancia, asistiéndolos y alimentándolos con papilla de almendra. Cuando se los pone en escuela filarmónica, para lo que el cilindro es el mejor maestro, cuidese de que este no tenga otra entonación, porque algunas veces el delicado pulmon del Canario se estropea, y mas de un cadáver de un músico, puede justificar lo peligroso de aquella falta de prevision.

9

No obstante, algunos Canarios llegan á contar cinco primaveras, siendo su vida una prolongada juventud y un no interrumpido sueño de placeres, de caricias y de amores. Siendo el hijo mimado de la hermosa, la joya de los salones, el cantor risueño de los templos, el ornato

de los jardines, una parte querida de la familia, siendo su piar de niño una ilusión y un encanto, siendo su cadáver mismo un ornato, que diseccionado como el cuerpo de un rey, reposa en una sahuajo su capelo de cristal.

G. P.

QUINA NARANJADA.

Entre las diferentes especies de quina, de este vegetal benéfico cuyas virtudes son tan conocidas, una de las más apreciadas es la llamada vulgarmente *quina naranjada* (*Cinchona lancifolia*, de Mutis), que representa la lámina adjunta. Pertenece, como todas las especies de este género, á la familia de las rubiacées: (*península monogénita*, de Linco.)

Es un árbol de treinta á cuarenta pies de elevación, sus hojas son opuestas de figura de lanza, tienen dos pulgadas de largo y están acompañadas de estípulas lanceoladas y muy pequeñas. Las flores son de color rosado y se presentan de tres en tres, por las divisiones de la pedúncula: el cáliz es de una pieza con cinco dientes; la corola, de un pétalo en forma de embudo un poco encurvado, con cinco divisiones iguales; los estambres, en número de cinco y mayores que la corola; el pistilo es mayor que los estambres, con el estigmo hendido en dos partes; el fruto (esúpula) es oblongo, estriado, con dos celdillas que encierran muchas semillas membranosas por los bordes.

Esta especie indígena de la América del Sur, crece en las cercanías de Pampamarcha y Chachuaasi. Su corteza, compacta y de color pardo por fuera, es de color amarillo claro interiormente.

EXPLICACION DE LA ESTAMPA.

1 El Cáliz.—2 Estípulas agrandadas.—3 Estigmo.—4 Semilla.—5 Frutos.—6 Receptáculo.—7 Pistilo.—8 Anthera.—9 Estambre.—10 Corola, vista interior y exteriormente.
(Escrito para el Museo por P. S.)

CABALLEROSIDAD DE LOS INDIOS BARBAROS.

DURANTE mis escursiones por los pueblos del Departamento de Nuevo-León, y cuando estaban muy recientes los estragos causados por los bárbaros en la memorable invasión del año de 1811, me refirieron multitud de anécdotas, entre las cuales llamó mi atención la siguiente, que llegó á conocer en alta estima hacen del valor estas razas nomadas que no conocen otra ocupación que la de la guerra.

Invadieron, pues, los salvajes en esa época un pueblo (creo que Higueras), y despues de ha-

ber cometido todo género de crímenes, llevaron consigo multitud de muchachas cautivas, entre las cuales se hallaba la hija de Zapata. Este individuo, como he dicho otra vez y saben los que le conocieron, era de un valor y de una decisión extraordinaria para luchar con los bárbaros; tanto que estos, al escuchar su nombre, temblaban de miedo y terminaban por echar á correr, abandonando sus presas de caballos, ingerés, &c. Estas escenas, aunque al parecer raras en nuestra época, es constante que se repetían durante la vida de Zapata con mucha frecuencia en las villas de Tamaulipas, donde el vivía.

Con estos antecedentes, bien conocerá el lector que la hija de Zapata no guardaba la mejor posición en poder de unos enemigos á quienes había hecho tanto estrago su padre. Ella conoció perfectamente su posición, tuvo horror á la vida salvaje y brutal que se le esperaba al lado de los comanches y se decidió á morir mas bien declarando su nombre, que soportar los padecimientos que se le esperaban.

En tres días que duró su indecisión había escimado en union de los bárbaros muchas leguas y se hallaba á la sazón en que se afirmó en su propósito, en una intrincada sierra. Lamó, pues, al capitán comanche y le declaró que era la hija de Zapata, y que supuesto que su padre había matado innumerables indios, suplicaba se vengasen en ella y le dieran muerto en el acto.

El capitán indio se morrió los labios de rabia y quiso en el primer momento traspasar con un puñal el corazón de la muchacha; pero reflexionando un momento, dijo á la cautiva.

El comanche respeta la memoria del valor del capitán Zapata, y devuelve á su hija la libertad.

En segunda reunión cuarenta guerreros de los más robustos y valientes, y les ordenó condujesen á la cautiva hasta las orillas de su pueblo con todo respeto y miramiento, aunque fuese necesario el sacrificio de sus vidas.

La hija de Zapata fué, pues, conducida á su pueblo, sin lesión ni ofensa alguna.

Esta anécdota me la refirieron como muy verídica, y sin salir responsable de su verdad, la cuento también á los lectores.—P.



Quina Naranjada
(*Cinchona lancifolia*)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECAS

ARQUEOLOGIA.

UN VIEJO MUNDO EN EL NUEVO.

PROYECTO de asociación de los Principes de Europa, para una exploración anti-diluviana.

Después de que nosotros hicimos conocer el efecto producido por el ejemplar de las *Antigüedades mexicanas*, que en la última tertulia del marques de Northampton llamó la atención de sus altezas, el príncipe Alberto y el duque de Cambridge, de sir Roberto Peel y de un gran número de personas de distinción, varios diarios y diversas sociedades científicas, se han ocupado con un vivo interés de esta obra notable.

Se ha comprendido ya que los autores de las *Antigüedades mexicanas*, acaban de operar una revolución en la ciencia. Cristóbal Colón descubrió una América nueva y ellos han descubierto una América antigua. Si se llama Nuevo-Mundo á la América de Colón, necesariamente deberá llamarse Viejo-Mundo á la América del conde de St-Priest y de sus sabios colaboradores, que nos dan á conocer una vieja América, donde los monumentos contemporáneos de las primeras edades del mundo, testimonian una civilización mas avanzada que la que existía tres mil años há en nuestro triple continente.

Hoy no se pone en duda que en épocas muy remotas, cuando existían comunicaciones marítimas entre el Africa y la América, sea por el archipiélago de las Antillas, sea por el Brasil, algunos navegantes pasaron las columnas de Hércules y llegaron hasta el hemisferio americano. Otras expediciones penetraron en él por el Océano pacífico, otras, en fin, por el estrecho de Behring, cuando el Asia y la América se encontraban en contacto y aun después que los dos continentes están separados por un pequeño espacio.

Los autores de las *Antigüedades mexicanas* han espuesto en su obra las diversas opiniones emitidas por los escritores que en los últimos tres siglos han investigado el origen de la población americana. Vamos á resumir este gran trabajo.

Varios autores, y en especial Joas de Pinsed, han pretendido que la América no era otra cosa que el Ophir, de que se habla en el cap. 10 del Génesis; que el hijo de Joctan llegó á él por la

parte de la India Oriental y que ese país comenzó á poblarse en 1745; dos mil ochenta y ocho años antes de la era cristiana.

El doctor Sigüenza y el obispo Huet, son de opinión de que la América se pobló algun tiempo después de la dispersion de las naciones, y que la raza aborigen descendió de Naphtulim, hijo de Mezraim, sobrino de Cam, quien después de la confusión de lenguas, abandonó el Egipto y se dirigió á América.

Lescarbot cree que Noé tenía conocimiento de las tierras occidentales, y que habiendo vivido 350 años después del diluvio, para reparar la desolacion de la tierra tuvo cuidado de repoblar los países trasatlánticos; que siendo un gran artífice y distinguido piloto, no le había sido muy difícil pasar por el estrecho de Gibraltar para la Nueva-Francia, ó del Cabo-Verde al Brasil; que no podía lograr se encaminasen sus hijos al Japon, ó el mismo venir desde las montañas de Armenia á fundar el Janiculo sobre el Tiber.

Conforme á la tradición mas generalmente recibida, Votan fué el fundador del primer imperio de que conservan memoria los americanos. Resistían obras históricas acerca de este héroe de la antigüedad y de los primeros habitantes, que el obispo de Chiapas destruyó para acabar con la secta de los magnalistas. "Hay en estos documentos, dice este prelado, muchas cosas pertenecientes al paganismo de estos antiguos habitantes, de que yo no haré mención, si no es alguna vez por notas; porque ellos no servirian mas que para sumergirlos mas y mas en su idolatría."

Segun la primera version, Votan era nieto de Noé; él asistió á la construccion de la grande casa (la torre de Babel), en que cada uno recibió su idioma particular, y Dios lo envió á tomar posesion de las tierras indianas.

Otra version presenta á Votan como originario de Tyro, Tripoli en Siria. Él descendia, así como la nacion Chirvim, de Helth, hijo de Canaan. Otros, en fin, lo hacen nieto de Hércules y descendiente de Cadmo.

Ademas, en la relacion que el mismo Votan

cuidó de dejar, indica su origen. «Yo soy culebra, dice él, porque yo soy Chivim, perteneciente a una nación célebre por haber dado nacimiento al famoso Cadmo, quien por su valor y sus grandes acciones mereció el ser transformado en culebra y ser elevado al rango de los dioses. ¡Por la gloria de su raza yo enéme su culto a siete familias de Tzacuilas, que á la vuelta de mis viajes yo encontré unidas con las siete familias que yo había conducido de Valan-Votan y á las que distribuí tierras.»

Diodoro cuenta que Hércules navegó al derredor del mundo y que llegó hasta Septemaria, hoy Cuba, donde fundó á Abera, capital de la isla. De este modo puede espñarse como Votan, nieto del Hércules tyrio, vino á embarcar en Alecia, que él llama Valan-Votan, su primera colonia para el Nuevo-Mundo.

Parece que Votan emprendió varios viajes al antiguo hemisferio, y que se hallaba en Roma á tiempo de verificarse la erección del templo dedicado á Romulo y Remo. Él fué el primero que suministró á los cartagineses y á los romanos las primeras noticias de América, á donde cada uno de estos pueblos se apresuró á mandar una colonia antes de la primera guerra púnica. Habiéndose prolongado la ausencia de Votan, á su regreso encontró que nuevas colonias se habían reunido á las que había conducido de Célta.

Votan hizo consagrar la memoria de los acontecimientos memorables de su emigración por diversos monumentos, á que pertenecen las *Antigüedades mexicanas*, particularmente la medalla conmemorativa que puede ser considerada como una historia abreviada de la América en una cierta época.

Conforme á los cálculos de varios autores, el imperio de Amagueuacan, fundado veinte años después de la llegada de Votan á México, fué destruido 151 años antes de Jesucristo. Algunos siglos después fué cuando los toltecas, nación poderosa, establecieron su dominación en México.

Según los manuscritos de D. Juan Torres, de D. Juan Macario y de D. Francisco Gomez, los toltecas, descendientes de una tribu á la cual arrancó Moyzes de la cautividad de Pharaon y que habiéndose dado á la idolatría se refugió para escapar del resentimiento de Moyzes, en un lugar llamado las Siete Cavernas, á orillas del mar Rojo, emigraron á América atravesando el mar de las Indias y el Océano pacífico. Jamub, que había dirigido la expedición, fué el primer soberano de los toltecas. Ellos hablaron el Nordeste de América hasta la mitad del siglo VI, en que los pueblos asiáticos que invadieron el Norte los empujaron hácia el Sur. Entonces fué cuando se derramaron en todo el país del Aná-

huac hasta Tula y fundaron varios reinos. El de Guiché, cuya capital era Ulatcan, ha dejado los nombres y los hechos mas notables de diez y siete de sus reyes. Existía todavía cuando el arribo de los españoles, después de algunos siglos que los itz'atcanos, ó sean los últimos mexicanos, se habían apoderado de México.

Encontramos en la obra de Mr. St. Priest observaciones muy extensas y de las mas alto interés, sobre los diferentes pueblos que fueron á establecerse en América, antes de la terrible convulsión que transformó el Océano Pacífico y varias partes del mundo, como lo atestiguan de los pueblos antiguos, hebreos, indios, chinos, griegos, egipcios y americanos. Estas colonias, partidas de los puntos mas opuestos del globo, explican la diversidad de idiomas en el doble continente, donde se han contado hasta 49, cinco de los cuales no guardan ninguna analogía ó semejanza entre sí.

Sentimos que presentándonos en cierto modo el conjunto de todos los conocimientos adquiridos acerca de los destinos antiguos de la América, los comentaristas de las *Antigüedades mexicanas* no hayan creído oportuno explicar su opinión de una manera precisa, sobre la existencia de las razas aborígenes y sobre la edad de los monumentos descubiertos. Les pareció acaso que era bastante para la disposición de los espíritus y para el estado de la ciencia, haber demostrado que las antigüedades de América eran anteriores á todas las de Europa.

Mucho es esto sin duda; pero no todo lo necesario: á sabios tan distinguidos como los Sres. Humboldt, de Chateaubriand, de St. Priest, Alejandro Lenoir, y Warden, pertenecía esclarecer las siguientes cuestiones.

¿La América fué poblada antes del diluvio?

¿Lo fué por una raza distinta?

¿A qué naciones pertenecen los monumentos descubiertos y examinados por los ciudadanos de Carlos IV? Ó al menos, ¿cuál fué la época de ellos?

Encontramos en las mismas *Antigüedades mexicanas*, medios para resolver la primera cuestion; porque el baron de Humboldt en ellas declara, que después de haber examinado atentamente la constitucion geológica de América, y reflexionado acerca del equilibrio de los rios esparcidos sobre la superficie de la tierra, no podría admitirse que el nuevo continente habia sido de las aguas mas tarde que el antiguo.

La opinion de un hombre como el baron de Humboldt, que ha explorado á la América tan largamente, es una opinion soberana y suficiente para dar entero crédito á la de Betancourt y Torquemada, dos profundos observadores que estuvieron convencidos de que la América fué poblada antes del diluvio.

Así se encontraría casi resuelta la primera

cuestion; ella lo será mas completamente cuando hagamos mención de los fósiles descubiertos en América.

En cuanto á la segunda, Mr. de St. Priest nos da á conocer la opinion de Bernardo Romano, quien en su historia natural de las Floridas cree firmemente que Dios ha creado una raza de hombres originarios de América. El lord Kames ha desavencuado la misma opinion, y los filósofos del último siglo sostuvieron, en oposicion á Buffon, que no era permitido mas que á un ciego dudar que los blancos, los negros, los albinos, los hotentotes, los lapones, los chinos y los americanos, sean de razas enteramente diferentes. Se han encontrado hombres y animales donde quiera que la tierra es habitable; quien los ha puesto allí! Es el mismo que hace crecer la yerba de los campos, y no debe ser mas sorprendente encontrar hombres en América, que moscas.

Vemos tambien por las *Antigüedades mexicanas*, que en una parte de la América del Sur se han encontrado dos pueblos, uno de pirmeos de cuatro pies y siete pulgadas, de estatura mediana, y otro de gigantes de cinco pies y nueve ó diez pulgadas, ignorando ambos su origen. Estas observaciones, y las noticias relativas á Noé y á sus hijos, que debieron repoblar á la América, no son los únicos datos suministrados por la obra. Sin detenernos en comentarlos ó aumentarlos, llegamos á la tercera cuestion que ocupa en este momento á todos los espíritus y que no por ser atrevida nos parece menos juiciosa.

Se pretende que los monumentos de Mita, y sobre todo los del Palenque, son anti-diluvianos.

Esta opinion es muy digna de ser examinada. Ella se apoya desde luego en el testimonio del baron de Humboldt, quien establece que las montañas de la América no son menos antiguas que las de los Alpes y de otras partes de la Europa. Ella se apoya igualmente en los escritos de Betancourt, de Torquemada y de otros autores que han sostenido que la América estuvo poblada antes del diluvio. Admitido esto una vez, resta por demostrar que los monumentos del Palenque no han podido ser fundados por ninguna de las naciones que han ocupado el Anáhuac despues del diluvio. Evidente es que no fueron los mexicanos; porque á la llegada de los españoles, ellos ignoraban completamente la existencia del Palenque. En cuanto á los toltecas, que por algunos siglos ocuparon las llanuras de México, es tambien muy verosímil que ignoraron la existencia de los monumentos del Palenque. Se congetura que los toltecas pueden haber construido la gran pirámide de Cholula, sobre el modelo de las pirámides de Teotihuacan, infinitamente mas antiguas; pero aun sobre esto hay alguna duda, porque su famoso *libro divino*

el *Tes-amoxtlí*, compuesto en el octavo siglo por el astrólogo Huematlin y que contenia la historia, la mitología, el calendario y las leyes de la nacion, no menciona fundacion alguna monumental. Está averiguado, ademas, que los toltecas que habitaron el Nordeste por un cierto número de siglos, no dejaron allí traza alguna de monumentos.

Entre las naciones que han precedido á los toltecas en el país de Anáhuac, comprendiéndose entre ellas la de Votan, ninguna echó raíces en Yucatan, ó al menos no residió el tiempo suficiente para fundar allí una ciudad con un radio de tres á cuatro leguas de estension, é ilustrada con porcion de monumentos que atestiguan un poder colosal y una civilizacion de las mas adelantadas. Algunos de los monumentos secundarios esparcidos en los inmensos terrenos de México, como los túmulos, los puentes ciclopeos, las medallas &c., pueden atribuirse á Votan y á otros pueblos; mas es cierto que se llega á mas de mil años antes de Jesucristo, sin haber encontrado á una nacion que haya estado en situacion de poder construir una ciudad como el Palenque, la que ademas se encontraba tan perfectamente espolida en los bosques juzgados virgenes, que solamente la casualidad hizo que la descubrieran los españoles al cabo de tres siglos que ocupaban á México.

Remontándose, pues, mil años antes de nuestra era hasta el diluvio, no puede permitirse la suposicion de que tan grandes cosas hayan podido hacerse y reproducirse por las artes, que monumentos tan maravillosos hayan sido fundados, y que obras maestras hayan sido creadas por un pueblo que no haya dejado ni tradicion, ni recuerdo de su existencia. El Palenque no ha podido pertenecer mas que á una grande nacion. Aun suponiendo que hubiera tenido que luchar contra un pueblo mas poderoso, su ruina no podia ser como la de un hombre solo. En cualquier caso, su veciclor no hubiera deslealdado la posesion de una ciudad tan felizmente situada y tan prodigiosamente hermosa, que no debiera tener igual en América, así como no la hubiera tenido en nuestro hemisferio. Ni la guerra, ni la peste, han hecho jamas desaparecer una nacion numerosa. La del Palenque tenia un tipo de fisonomía tan propio y único, que no se ha hallado en otra raza de hombres. Ella no se ha conservado mas que por su estaturia, en la cual, lo delcuido de los pormenores, la elegancia y alguna vez la pureza de las formas, garantizan la exactitud de la semejanza.

Parece pues, evidente, que los pueblos del Palenque han debido ser envueltos en un gran desastre y en una catástrofe universal, como el diluvio, que haya destruido á la especie humana sin cambiar absolutamente la faz de la tierra.

Así es, que algunos sabios acaban de resolverse a pensar que los monumentos del Palenque son anti-diluvianos. El mismo origen se atribuye con mucha menos verosimilitud a los restos de antigüedades descubiertos en nuestros días en nuestro continente y también en Inglaterra.

La nueva opinión parece encontrar apoyo en el esplendor de esos mismos monumentos, de los cuales Mr. Alejandro Lenoir, al hablar de los de Mida, dice en la pág. 52 lo siguiente: "Betas magníficas obras ejecutadas con un lujo y un gusto que parecerían pertenecer á los árabes, á los egipcios, á los griegos, dan una muy alta idea del poder del príncipe que las hizo construir del género del arquitecto que concibió los planes, y de la habilidad de los trabajadores." En la pág. 73 agrega: "Hemos al fin llegado al Palenque. Aquí comienza otro orden de antigüedades que ningún título hay para llamarlas mexicanas, atendiendo á que el imperio mexicano, propiamente dicho, no existió ni es hasta el siglo XII, y á que las ruinas anónimas, á que se ha dado después el nombre de Palenque, pueden ascender á tres mil años de duración, como las más antiguas del mundo. Esta no es solo mi opinión, es la de todos los viajeros que han visto estas ruinas, la de todos los arqueólogos que han examinado los diseños, la de todos los historiadores, por último, que han hecho investigaciones y nada han encontrado en los anales del mundo, que pueda servir de fundamento para conjeturar la época de la erección de estos monumentos cuyo origen se pierde en la noche de los siglos." En la pág. 81, el mismo Mr. Lenoir, así concluye: "Yo no terminaré sin expresar de nuevo el asombro y admiración que deben causar los vestigios de una civilización tan magnífica en el centro de un hemisferio, considerado por el espacio de tres siglos, como apenas salido del estado del salvaje. Una ciudad de ocho leguas de estension, capital de un pueblo que debió ser potente y numeroso, construida en un clima fértil y en una de las situaciones más favorables, adornada con edificios que conservan todavía, además de su aspecto original, un carácter muy notable de grandeza y de sencillez, una ciudad semejante, olvidada, ignorada por muchos siglos, completando en la soledad una destrucción comenzada por una inmensa catástrofe cuya memoria se ha perdido, tiene derecho indudablemente de excitar un gran interés en los pueblos ilustrados, entre los hombres amigos del arte y de la ciencia histórica. La escultura, la plástica, los geroglíficos, prueba elocuente, aunque muda para nosotros, de una civilización tan adelantada como la del Asia y del Egipto, abrean una carrera muy dilatada para las conjeturas. ... Todas las épocas del arte mere-

cen ser estudiadas: las más remotas escitan, sin embargo, un interés mas vivo. La curiosidad encuentra un nuevo alimento, y nuestra veneración por el viejo género humano se aumenta, reconociendo en los pueblos á los cuales señalamos una existencia remota, que son los sucesores intermedios de pueblos infinitamente mas antiguos, que desaparecieron de la superficie del globo.

Para demostrar el origen anti-diluviano de los monumentos del Palenque, nos falta referir á algunos hechos importantes y lo haremos en pocas palabras. La obra misma de las *Antigüedades mexicanas* nos lo facilita.

Nosotros encontraríamos pruebas muy concluyentes en el magnífico trabajo sobre los fósiles de la América, fósiles terrestres, fósiles marinos, restos orgánicos, vegetales fósiles, fitolitos, bosques enteros petrificados, los restos de mamoths, de elefantes y de otros animales que ya no existen en América y cuya raza no ha podido ser destruida más que por el diluvio.

Podríamos exhibir también en testimonio, un pueblo descubriero en excavaciones subterráneas. Y si se manifiesta asombro de que el diluvio haya podido sepultar un pueblo, dejando en pie los monumentos del Palenque, haremos notar que ese pueblo estuvo situado en lo mas profundo de un valle, mientras que Mida y el Palenque se hallan en llanuras mas elevadas. Conforme á la descripción que se nos ha dado de sus monumentos, su construcción ciclopeana y el espesor de sus bóvedas indican que se combinaron de manera que fueran eternos; como si en este mundo pudiera haber otra cosa eterna que la leona de los hombres.

Mas hay un testimonio que debe dominar á todos: este es el del coronel Dupnix, oficial de un gran mérito, á quien el rey de España encargó que dirigiera la exploración de las antigüedades de México y de la América central, dándole por compañero á Castañeda, primer dibujante del museo de México.

Cuando él llegó á los tres años de su expedición al Palenque, el aspecto de esta maravillosa ciudad, considerada mucho tiempo como fabulosa, le hizo experimentar, como el mismo confiesa, una emoción indecible. Se imaginó que alguna cosa sobrehumana habia presidido á esta inmensa destrucción; y el urvo el presentimiento de que un gran acto providencial habia pasado sobre esas gigantescas ruinas. Mas tarde, después de haber examinado los monumentos que quedaban en pie, le ocurrió el pensamiento de que asistía á una exploración antidiluviana. El se fortificó en esta opinión cuando en uno de los patios interiores del gran templo, emprendió sacar á luz los bajos relieves laterales. No logró verlos por entero, sino después de haber

hecho cortar y escavar hasta el pie del muro en que se encuentran los cimientos del patio, mesa artificial, sobre la cual se hallaba una mesa natural de nueve pies de alto. Las capas de tierra vegetal, acumuladas en tan grande espesor, debieron confirmarle en la idea, de que el templo y los otros edificios eran antediluvianos, particularmente habiéndole parecido, que el terreno era en todo semejante á los de aluvion. Esta era, en efecto, una prueba decisiva.

La profunda impresión que nos ha dejado el caso, nos detenida á que nos hemos entregado, nos ha inspirado un ardiente deseo de ver que se saque provecho de esos maravillosos descubrimientos. Convencidos de que aun es tiempo de volverlos mas fecundos, y de que está abierto un camino para levantar la punta del velo misterioso que nos oculta las primeras edades del género humano, nos unimos á Mr. de Chateaubriand que ha manifestado desear de que una comisión de sabios sea enviada á México, con el objeto de estudiar las ruinas de Palenque y de Mida. Esta compañía, agrega el ilustre escritor, podría componerse de ingleses instruidos en las antigüedades del Ganges, de franceses, compañeros de Clapperton, iniciados en el idioma geroglífico del Egipto. Hombres semejantes lograrían probablemente penetrar el secreto de los anales históricos que encierran esos antiguos monumentos.

La idea emitida por un talento de un orden tan superior, no puede permanecer estéril para nuestra época; ella es digna, bajo todos aspectos, de fijar la atención del mundo entero, y nosotros congratramos que Mr. de Chateaubriand nos permitiera apropiársela para fecundarla y para aumentar el cuadro.

Se ha dicho con frecuencia, que los reyes no han sido inventados mas que para las épocas de luchas y de antagonismo. Mas esto es solamente aplicable á los reyes que no se hallan penetrados de su doble misión: la de paz y de progreso; que parece la mas fácil, es sin embargo la que generalmente hablando, se desazona con menos dignidad. No sería un bello y glorioso espectáculo, muy significativo para la Europa, el observar que sus príncipes, asociados tantas veces para la guerra, y por intereses puramente materiales, se reunieran en fin, por intereses científicos y con un objeto puramente moral? ¿Mas ha podido presentarse una ocasión mas propia; porque se trata aquí de una obra toda real, comenzada por Carlos IV, y que todos los soberanos deben manifestar se sarse celosos de continuar. ¿Qué cosa mas fácil para ellos que reunir, poniéndose de acuerdo los hombres mas eminentes de la ciencia, realizando así los pensamientos de Mr. de Chateaubriand? Una exploración emprendida de esta manera, con el concurso de

los esfuerzos y de las luces, de los príncipes y de los sabios de todos los países, produciría infaliblemente milagrosos resultados. Esta honrosa emulación científica, causaría igualmente el efecto de estrechar entre naciones diversas, los sentimientos de confraternidad y de concordia, que importan tan esencialmente á los progresos del género humano.

Sin embargo, si los soberanos ó los gobiernos no se encuentran á la altura de su misión actual, la ciencia no debe ser ni su víctima, ni su dudamos que una suscripción abierta en Londres y en París, cubrirá prontamente los gastos de la expedición. Una suma de doce mil libras será suficiente, atendiendo á que el gobierno de México se apresurará sin duda á favorecer noblemente una exploración semejante, en cuyo buen suceso es el mas directamente interesado.

(Traducción para el Museo por el general José María Torralba, del *cuadrado* titulado: *El Cerro de la Estrella*, del 22 de Abril de este año.)

CACERÍA DE CABALLADA MESTEÑA.

(COSTUMBRES DE LA FRONTERA.)

Uno de los espectáculos mas curiosos y dignos de observarse es, el de un cacería de caballada salvaje. La astucia, la destreza, y la paciencia, son necesarias de parte de los cazadores, pues de otra suerte perderían su tiempo y sus fatigas infructuosamente. Por lo regular, las *corridas* de caballada se hacen en Noviembre ó Diciembre, es decir, cuando las lluvias del invierno y la nieve fundida, han renovado los aguajes, y hecho crecer al pie de las nequizulas una especie de gramínea. Para estas *corridas* se reúnen ciento ó doscientos hombres animosos y bien montados, y con caballos áridos de mano y suficiente *bestiamento* (*) para veinte días ó un mes, se ponen en camino divididos en fracciones de seis á ocho hombres, y vagan diez ó doce días por las inmensas llanuras, ó por la soledad del desierto, hasta tanto que no reconocen huellas de caballada mesteña, lo cual es muy fácil por el estrago que causa en los árboles la fuga de estos animales.

Cerciorados de la existencia de los caballos, buscan el aguaje que naturalmente debe encontrarse por las inmediaciones, pues es evidente que los animales jamas habitan mucho tiempo un lugar donde les falte agua para apagar su sed y para curarse de multitud de enfermedades. Es admirable el secreto y conocimiento de las gentes de la frontera, para seguir las huellas ó buscar un aguaje en el monte, y esto es de ne-

(*) Quiere decir esta palabra provisiones.

A estos desgraciados poco á poco les falta la respiración, empalidecen, unos se abotagan y otros se secan, el corazón les late fuertemente; cualquier fatiga, por leve que sea, los sofoca, los ahoga, sienten un enorme peso en el pecho que los consume y los lleva al sepulcro; mas la muerte es una felicidad para ellos! Estos cadáveres con vida, estas miasmas minerales escitan el sentimiento de compasión mas íntimo; una bonanza en una labor mal ventilada cuesta mas de cien vidas!

LA SEMILLA INFECUNDA.

Lo que hay de mejor en el corazón del hombre, pertenece de él—na—na—na.

VIVAMENTE hirió mi imaginación la sublime verdad del anterior pensamiento.

¡Cuántas veces he penetrado en la augusta soledad de mis meditaciones, de esas meditaciones aéreas y sin color ni forma, como las nubes que se deslizan en los aires envueltas en las tinieblas de la noche!

¡Cuán impotente he considerado el lenguaje de los hombres cuando he querido reproducir en mis débiles cantos esas internas armonías, que alguna vez escuché en la embriaguez de la voluptuosidad de mi alma!

¡Oh si un solo destello de ese lampo inefable que cruza por la inteligencia, nítido y resplandeciente, pudiera aparecer virgen y libre del contacto de la vil materia que lo enturbia y lo encarna y lo desecora! Ese solo destello sería la gloria del hombre y el mérito á la mortalidad.

¡Este tropel confuso de ideas hermosas que vienen á desahucarse sobre mi frente, y al retirarse la envuelven en una luz resplandeciente y efímera como la que dejan las nocturnas olas cuando se estrella en las rocas!

Esta vibración lánguida y armoniosa de delicados pensamientos que huyen cuando los quiero sostenerme, como suspendido el ave su canto con la presencia de un objeto extraño!

Este poema sacrosanto, como el Dios de Israel, se me oculta durante el día en una nube misteriosa, y lo veo en mis sueños y percibo su inmensidad á la luz de un fuego inextinguible y sublime!

Cuando yo muera se reconocerán los huesos de mi cráneo, porque los ha calcinado esa lava interior que nunca púh nunca encontrará salida!

Poseer audacia para atravesar como la columna eléctrica el espacio, sentir valor para hundirse impávido en el infinito, llamar la inteligencia por renouarse como el águila y perderse entre los rayos del sol. ¡Y ser tan débil! ¡Y morir ahogado en un fango, confundido con los reptiles inmundos!!!

¡Cuántas veces he querido trasladar al idioma

del hombre esos pensamientos que he visto vagar ríanchos en mi mente!

Pero semejantes á ese pez que estraido de su elemento pierde el rico esmalte de sus escamas de oro y de esmeralda, han muerto de mis labios pasando al papel los caracteres de esas ilusiones sorprendentes!!!

Han perdido su forma como las lozanas flores de la sensitiva, con el contacto.

Cuando una flor se hiela en boton y ese boton se abre, riegan el suelo las semillas inútiles y las hojillas en embrión; cuando profian mi pluma una de esas supremas concepciones, solo conduce al papel pensamientos informes y raquíticos, que son el sarcasmo doloroso de mi aturdimiento!

He leído siempre con entusiasmo esas relaciones fantásticas de los viajeros que han penetrado en las grúas de Antiparos, Cacahuatipa y otras. La tiniebla ciega los circunda, brillan las antorchas, y entonces aquel caos pavoroso se convierte en un palacio de cristales y diamantes, en una lluvia de oro y de perlería, columnas transparentes, cortinas diáfanas, leve polvo de plata tachonando el cielo como de estrellas, hebras frágiles de oro que quiebran la luz y la hacen móvil y reverberante, árboles y chapiteles, artesones y cornisas caladas, todo ríanchuendo y formando iris magnífico: esto he leído, y he comparado esta oculta belleza, á las que ignoradas encierra la mente humana, sin que jamás una luz las descubra, ni la palabra tímida pueda revelarlas.

Cuando me entrego á meditaciones lígubres, y pueblo mi mente con las sombras de mi padre y de los amigos que me esperan del otro lado del mar de la muerte, oigo un lejano sollozo de dolor que encierra las mas quejosas armonías, y cuya sentido angustia hace palpitar de amargura mis entrañas, y eriza el vello de mi cuerpo. ¡Cuán insensible me parece este gemido, cuando quiero remedar al eco con el destemplado son de las cuerdas de la lira que ha cesado á cantar!

Cuando se recurre al sol, á los mares y á las flores, para comparar la grandeza ó la hermosura del objeto que á través embellecido con la magia interior del alma, declara el hombre su impotencia!

¡Esposa mía, mi compañera de infortunio en los fértiles días de mi amor, cuando estaba mi corazón jóven, después de verte retratada en mi alma, el sol junto á tí me parecía una flor muerta!

En las horas de mi orfandad, mi llanto salobre era todo lo que humedecía y daba vida á mis labios; yo los creí purificados con este para que fuesen intérpretes de mi corazón: no ha sido así, mis pensamientos al caer en ellos se han enturbiado como las gotas de la lluvia cuando se mezclan con el polvo de la tierra.

Mis ideas caen á mi memoria, y se embelen como la gota de agua en el hierro ardiendo.

Los días pasan, y los pensamientos que pudieran hacerme inmortal, permanecen sumergidos en mi alma como la piedra que cayó al fondo de los mares.

Muchas veces creo que algunos de mis pensamientos se harán visibles y seré feliz; pero huyen y me burlan como la nube inconstante que vió el labrador en el horizonte, que se mecía como prometiendo fertilizar su sembrado, y huye después, y se deshace sin derramar una sola gota.

Me suelo hacer la ilusión de que mis ideas, que cuasi palpo, germinarán; se alzarán frondosas, se extenderán sublimes, y serán los lauros que protejan mi tumba.

Así suele sembrar un hortelano una flor preciosa; pasan días y días mientras se forja dulces ilusiones; se destruyen éstas, cava la tierra para saber por qué se burlaron sus esperanzas, y encuentra un grano corrompido, una semilla infecunda.

GUILLELMO PRIETO.

BOLETIN SEMANARIO.

LUNES 24.—Al rayar la luz se comenzó la demolición del parian por cuenta del supremo gobierno, y á cargo de los arquitectos Heredia y Mazo; se principió por desmenuar la banqueta que rodea al edificio por la parte exterior, y también por quitar las losas del interior: el mártir que lo visitamos, ofrecía un aspecto verdaderamente triste: el suelo se hallaba cubierto de escombros: de trecho en trecho, las losas separadas de su sitio estaban apiladas; la mayor parte de los cajones abiertos ó sin puertas; veíanse algunos con sus elegantes frisos de papel rasgado, ó por el roce de los armazones al salir, ó por la destructora mano de los presidiarios; muchas de las ventanas estaban sin verjas, en otras abandonadas se azotaban las puertas con el aire: solo se percibía en el estenso recinto que aun ocupa el Parian, el ruido de los grillos de los presidiarios; el compasado resonar de las barretas y las masas de tierra y cascajo que se desprendían de algunos techos: una sola silueta en la acera interior que mira al portal de Mercaderes, desquiciada estaba en pie entre la papalada, vidrios rotos, pedruzcos de vigas y otros fragmentos, esparcidos por el suelo; la soledad, la falta de puertas, los huecos que han dejado las alacenas, la vista de los centinelas que á distancias se ven pasear silenciosos, todo como dije antes, inspiraba tristeza.

A las tres de la tarde que volví á visitar el Parian se habían descubierto á medias unos letreros que verá la gente curiosa, grabados en las

piedras de las esquinas, un poco mas arriba de las puertas; dicen así: (*)

Contra-esquina del Empedradillo.

Reinando la Católica Magest de N. R. Y. S. D. Carlos II y gobernando () Conde de Galbe estos Reinos siendo corregidor () se hizo esta al que ideó y ejecutó el capitan D. Pedro Ximenez de los Cobos Regidor.—1695.

Esquina que mira á Cathedral.

Gobernando el Obpo. VI. Dr. D. Juan () se acabó esta cuadra siendo corregidor D. Tristan del Posso () siendo ideado por D. Pedro Ximenez de los Cobos Regidor de esta ciudad y su obrero Mayor.—Año de 1696.

Contra-esquina de la Monterilla.

Reinando la Cath () Magest de () N. () S. D. Carlos II, y gobernando E. () Conde de Galbe () S. R. Ra, siendo corregidor D. Carlos N. () del Poso se hizo esta fábrica que ideó y ejecutó el Cap. D. Pedro Xim. de los Cobos regidor y obrero Mayor.—Año 1695

Idem.—Se dijo que el supremo gobierno habia pasado orden al cabildo para que cercase de una verja de hierro el atrio de la Cathedral.

—Los evangélistas han instalado sus bafetes bajo los árboles que están al frente de Cathedral.

—Se publicó por bando la lista de los individuos del consejo de gobierno, cuyos nombres se hallan en todos los periódicos políticos.

Martes 25.—Se dice que el Escom. Sr. ministro de la guerra D. José María Tornel, ha sido nombrado para arreglar las transacciones con Yucatan.

Idem.—Hoy ha fallecido el capitan de plana mayor D. José Gonzalez, según parece en consecuencia de las penitencias y fatigas que experimentó en la expedición que hizo, en compañía de otros individuos, para el reconocimiento del Istmo de Tehuantepec. La patria ha perdido un virtuoso ciudadano y un valiente militar: las ciencias un alumno esclarecido, y su familia el único apoyo que la sostenía. ¡Ojalá el supremo gobierno dispense su protección á esta familia, y suavice en algo su amargura por una pérdida tan dolorosa!

Con este motivo recordamos que en la semana anterior falleció tambien el Sr. Lic. D. Juan Lacunza, uno de los fundadores de la academia de literatura de S. Juan de Letran, cuyas producciones poeticas conoce el público.

TEATROS.

El domingo se presentaron al público las señoras Francesconi y Munguia, en sus respectivas

(*) Los paréntesis indican los trozos borrados totalmente, ó que no púde comprender.

vos teatros: la primera en el *Hipérita*, y la segunda en la *Ciegosita*; ambas fueron aplaudidas con entusiasmo.

La señora Francesconi se presentó por segunda vez al público en la comedia de Breton de los Herreros, titulada: *El amante prestado*.

Como con esta comedia, según nos han asegurado, se presentó por primera vez al público la señora Cahete, y como en el teatro principal se cometió la impudencia de darlo al público, fijando así un paralelo entre ambas actrices, la concurrencia a *Santa Paula* fue numerosísima, y los partidarios de Belchite concentraron en una. De la pasión con que se ha juzgado á la Francesconi resulta, que á su desgracia su mérito con entusiasmo, ó se deprime con injusticia siempre, hablando de la señora Cahete.

Algunos críticos, á mi entender, inmatamente han emitido su opinión, y otros ciegos partidarios, suponiendo en ellos pasiones que no existen, llaman contra la libertad del pensamiento y la independencia del juicio.

Cuestiones son esas que fácilmente se desquician, y degeneran en disputas pueriles de que por desgracia hemos sido testigos.

Yo no he visto á la señora Francesconi pero aun cuando así sea, la juzgaré sin injuriarla por adulación á los partidarios de Nuevo-México, y huyendo siempre de comparaciones que tanto empeñan el amor propio de señoras que por su profesión y por su sexo merecen indistintamente consideración.

En la noche del sábado 30 del corriente, se repitió en el teatro de Nuevo-México la comedia titulada la *Ciegosita*.—Los aplausos fueron repetidos, y en el último acto una música militar colocada dentro del teatro, hizo escuchar sus hermosos acentos al tiempo mismo que se le presentó á nombre del público á la Sra. Cahete, una corona con este lema: *Al sobresaliente merito artístico de la actriz D^a María Cahete*, y una composición poética impresa en raso, que copiamos á continuación.

Al! nunca más dulce tu inimitable talento
Que dando á tu acento su hechizo el dolor!
Tu vista conmueve, tu voz ensuena,
Domina la escena, das vida al amor.

En vano á esos ojos fálidos el día,
Suspira armonia tu blando decir,
Y expresan ardientes tus bellas facciones
Las hondas pasiones del vivo sentir.

El alma en tu rostro su fuerza concentra,
Sublime te encuentra rendido el mortal;
Y te sizas y reinas ¡oh actriz! cual ninguno,
Mas bella que luna que alumbró la mar.

El alma te admira gozosa en el suelo
Cual vivo modelo de augusta virtud:

Amor ignorado dirige tu planta,
Por ti nos encanta la fiel gratitud.

Cuán hábil produce tu discreto talento
Placeres, tormento, delicia, pesar;
Si ries ufana lloramos de gozo,
Y enciende alborozo tu gracia sin par.

¡Oh ciega! yo miro tu ansioso semblante,
Tu andar vacilante, tu ardiente inquietud;
Y en ese tu rostro hermoso y sencillo,
Vertiendo su brillo la augusta virtud.

Actriz seductora, que vuela la fama,
La escena te aclama su joya y su bien:
Tu grande talento de gloria te inunda,
Mi patria fecunda tu eterno laurel.

A. M. y G.

El domingo 30 se representó en el teatro principal, la comedia nueva de Breton de los Herreros, titulada: *Una noche á pedir de boca*; en la cual se presentó por tercera vez la señora Francesconi.

El juicio crítico lo dejaremos para la otra semana, pues á estrechez de nuestras columnas no nos permitimos emitir ahora.

En seguida bailó la señorita D^a Jesus Moctezuma, la *Manalita*, acompañada del Sr. Gallardo y de la Sra. Sevilla.

El hermoso vestido que sacó la primera, y la buena ejecución y gracia con que bailó, agradaron sobremanera al público.

BIBLIOGRAFIA.

Se ha concluido la publicación de la obra "*La Tierra Santa*," adornada de multitud de biografías. Dicha obra es formada con las relaciones de Chateaubriand, La-Martine y Michaud; y aunque no puede dudarse de la bondad de estos escritores, nos parece que habría sido más perfecta, si se hubiesen citado en su respectivo lugar los nombres de estos insignes autores. Nunca hemos opinado por estas *mezclas* literarias, y después de leer reflexivamente la obra de que se trata, emitiremos nuestro juicio.

Se está publicando un Compendio del Año Cristiano, adornado también con litografías. Hemos leído algunos trozos y nos parece redactado con juicio, aunque en algunas partes carece del alifio y corrección necesarias.

EN PREENSA.

Historia de Napoleón por Norvins, lujosa edición mexicana, adornada con 126 estampas copiadas de las originales de Horacio, Vernet, Raffel, &c.

Obras de D. F. Gavito.

MEMORIAS SOBRE EL MATRIMONIO.

(CONTINUA.)

ASEO Y GOBIERNO DE LA CASA.

Si parecieren imprudentes ó ineportunos á mis lectores los consejos que han leído en lo que va escrito, con la mejor buena fé del mundo y el mas grande acatamiento, los copiaré lo que dice un Breman, y cuidado que esa clase de gente sabe lo que trae entre manos con respecto á mugeres: puesto que en tono oriental asienta: "Hija hermosa del amor, presta oído á las instrucciones de la prudencia, é imprime fuertemente en tu corazón las máximas de la verdad." Por cierto no puede haber verdad más evidente que la de que una muger con el rostro lustroso de la traspiración nocturna, los ojos hinchados y llenos de lagrimas, el cabello erizo y en desórden, el calzado rido, el vestido sucio y enroscado el corpiño en la cintura &c. &c., debe necesariamente disgustar al marido y estibar el mas ardiente y acrisolado amor.

¡Pateñas, patronas!—La muger debe ser amada por sus cualidades morales y no por su belleza.—Ríñase vda. de todos esos sermones, los dulces con pan son menos, y los hombres tenemos mas caprichos á sabio del día, que estrellas el firmamento. Si á la virtud, como he dicho, se reúne la hermosura, buenor—y si á la hermosura se reúne el aseo, mejor. Mediten, pues, el asunto del tocador con mucho detenimiento, y aun si pudieren, adopten la costumbre inglesa de no dejarse ver del marido hasta que no están ríñibles; porque en México por lo regular, no están ríñibles las mugeres cuando se levantan del lecho.

Amigo, dispense V. que lo reciba cuando mi cuarto está en absoluto desórden; pero ¡qué quiero V! al fin cuarto de hombre solo. Esto decimos las *celibatarías* que tenemos necesidad de lucer nuestra cama y nuestro chocolate como Dios nos dá á entender. Pero ¡puede por ventura un hombre casado decir lo mismo! De ninguna suerte, puesto que donde hay muger de por medio, se sobreentiende que hay un conserje minucioso y eficaz que cuida de que las sillas no tengan polvo, de que los espejos no estén manchados, de que ni un popote ensucie el suelo, ni ningún mueble esté fuera de su lugar.

Tom. II—II

1

Así, pues, luego que el marido se vista y salga de la casa, tendrá cuidado la esposa de hacer que se repare el desórden ocasionado la vispera en los muebles y ropa.—El suelo debe barrerse, haciendo desaparecer todas las suciedades arrojadas á él, los muebles sacudirse de suerte que no se estropeen, ó pierdan su barniz con la frotación de gruesos cotones; las vidriaras continuamente estarán limpias, la ropa del marido acapillada y en órden, y en cuanto á sus libros y papeles (si los tiene), será mucho mejor que se conserven, aunque con polvo, en los terrinos que el los deje.

Ya considero que las señoras que lean esto, harán cédula formal al cerciorarse que con letras de molde se les pretende enseñar obligaciones que todas las mugeres deben saber. Con efecto, todas deben saber estar; pero el hecho es, que muchas abandonan esta parte de su quehacer doméstico, á la exclusiva intervención de las criadas, si las tienen, y resulta naturalmente lo siguiente.

Que las criadas al regar el suelo suspiran los marcos dorados.

Que al sacudir los muebles los matrimonios, y las mas veces los ensucian en vez de limpiarlos.

Que no pasa día sin que no rompan un florero ó un espejo.

Que al componer la mesa ó bufete del marido recogen cuanto papel les parece inútil, y tal vez cambian por trozos, ó un escrito, si el señor es abogado; ó una lista de revista, si es militar; ó una oda ó drama, si es poeta; ó unos autos, si es escribano; ó una cuenta corriente si es comerciante.

Que los lapiceros de plata, botones de camisas y dinero que queda en las bolsas de los chalecos, desaparece sin saber por qué y sabiéndose como.

Que la manera brusca con que los criados tratan los muebles, los va destruyendo día por día, y á cabo de poco tiempo, hay necesidad de comprar otros nuevos.

De esta resulta también lo que sigue.

Que el marido ve uno de sus cuadros mas queridos lleno de manchas de agua sucia, y reclama á su muger.

Estraña un papel de su mesa, y reclama á su muger.

Busca sus trastos de lumbre ó botones, y no encontrándolos reclama á su muger.

En fin, todos estos justísimos reclamos forman una querrela que ocasiona lágrimas, y tal vez separacion (por una noche); cuatro ó cinco de estas querrelas forman un disgusto, y una docena de estos disgustos son mas que suficientes para echar al diablo la vida matrimonial! Véase, pues, cómo el desquido de estos minuciosos deberes puede producir consecuencias funestas.

Para sobre todo, donde debe hacerse mas palpable el buen gobierno de una muger, es en la cocina. Criadas sucias y llenas de harapos deben abolirse absolutamente, así como precuar el mayor uso en el condimento de los manjares. Una mosca frita con el saado, un cabello en la sopa, ó una suculidad cualquiera, pueden ocasionar un divorcio. Se dirá que estos son accidentes. Con efecto, una que otra vez debe atribuirse á tal circunstancia; pero si se repite esto casi todos los dias, el marido preferirá comer en una fonda.

Toda muger medianamente instruida en sus deberes, será forzoso que capie y adivine el gusto gastronómico de su esposo, y le prepare diariamente con sus propias manos, si es posible, algunos manjares esquisitos y apetitosos. Un dia lo sorprenderá con un guisado de nueva invencion; otro dia con un dulce sabroso y de figura delicada y armoniosa; otro variará absolutamente el método de cocinar adoptando la francesa ó la italiana. Todo esto ademas de proporcionar al matrimonio un inocente goce, lo verá el marido como una prueba evidente de la afeccion y virtudes de su muger.

Cuando sois novias, no guardais al amante, ya los merengues, ya los mostachones adornados de florecillas de liston, ya la pieza de fruta! Pues ¿por qué cuando sois esposas queréis obligar al marido á que día por día tenga que comer unos manjares monótonos, mal sazoados, y que lejos de avivar el apetito le quitan con su solo aspecto.

Los manteles sucios dan pésima idea de la educacion de una muger.

El aceite de comer en botella corriente de vino, se usa solo en las casas de cesantes y retirados, á quienes jamas paga la Comisaría.

Los guisados y sopa servidos en cazuela, ademas de dar á conocer que no hay platos, indica tambien una absoluta nulidad de buen gusto y educacion.

Los vasos empañados y con las señales de los

labios en el borde, dan la idea mas cabal de la inocencia de una muger.

Muger que come con los dedos mucho chile, que bebe pulque con esceso, y que no sabe guisar buenos frijoles, es insufrible, pésima esposa.

ENTRETENIMIENTOS DOMÉSTICOS.

El fastidio es el enemigo mas temible de la felicidad del matrimonio. Las mas veces destruye y aniquila las ilusiones, hace buscar á la muger diversiones escénicas, y le inspira vehementes deseos de traicionar á su marido. Las casadas, deben pues, evitar con el mas grande cuidado el permanecer dentro de la casa sin ocupacion que las distraiga. Los quecabeceros relacionados en el precedente párrafo, tienen como saben todas nuestras lectoras, tiempo fijo y determinado en las primeras horas de la mañana; así es que en el resto del dia y de la tarde deben buscarse otras ocupaciones que sirvan por decirlo así, de diversion y de tregua á las graves y serias atenciones de una madre de familia.

¿Qué cosa mas propia ni mas adecuada para una señoría que el caneva? Aquellas flores hermosas y vivas que bordan en el lienzo, aquellos matizes verdes y azules que entran en la composicion de los paisajes, aquellas pequeñas capillas lejanas y rodeadas de árboles, que copian; ¡ah! todo esto tiene muchísimo de tierno, y puede decirse de virtuoso. ¡Qué espectáculo tan grato es el de ver á una dama con su peinado de flores, su vestido blanco, sentada delante de su bastidor y rodeada de paisajes, de madejas de lana y seda de mil colores, bordando con sus pequeños y rosados dedos una de esas bellísimas escenas de la naturaleza! Si el esposo sorprende á su muger así, es imposible que deje de adorarla. Este entretenimiento, el de tejer atadores ó tirantes de seda, bordar pañuelos y tapales, hacer calados en las camisas y demás ramos anecios al de costura, que en el dia no ignoran en México, ni las mugeres de la mas ínfima clase, deberá escogerse con preferencia por las casadas cuando hayan concluido sus principales obligaciones.

Cuando la muger permite que su marido se ponga camisas hechas por la costurera, es prueba que no lo ama tanto como debería.

Por regla general no deberá consentir que las ascendas y corbatas que use el marido sean bordadas por mano de la modista ó costurera.

Una muger que no sabe coser y bordar, es como un hombre que no sabe leer ni escribir.

Desgracia y maldicion para la muger que consiente que su marido cosa los botones de sus pantalones y recorte con las tijeras las escresencias que las lavanderas suelen eriar en el cuello y puños de la camisa.

Esceccion eterna para la esposa que por indolencia sale á la calle con lo que se llama puntos en las medias.

Las ocupaciones espresadas de costura, no será conveniente que las tomen con absoluta continuation, pues al cabo de algun tiempo se sentiría de ello su complexion delicada, y enfermalaria del pecho ó del pulmon. Por el contrario, deben evitar todo trabajo fuerte y continuado en los primeros dias de la concepcion y algunos dias despues de pasado el parto; pero perteneciendo esto á la higiene matrimonial, la dejaremos para otro capítulo y continuaremos con el presente.

Hay mugeres que les cansa hasta solo el ver un libro,—esto es malo.—Hay otras que devoran cuanto novela y papelucho cae á sus manos,—esto es peor.—Dice un prologo que en el medio consiste la virtud, y en este punto debe llevarse á puro y debido efecto.

No hay ocupacion mas útil para toda clase de gentes que el leer.—El entendimiento se fertiliza, la imaginacion se aviva, el corazon se delicatiza, y el fastidio huye á grandes pasos ante la presencia de un libro. Todas estas son verdades evidentes, reconocidas, y que otros las habian ya dicho antes que yo; pero estas reglas deben sufrir grandes modificaciones respecto á las mugeres.—El literato, el eclesiástico, el juristaconsulto deben y pueden leer (y eso si tienen ya el juicio y gusto formados) cuantas obras puedan, desde los escritos de Lutero hasta los sermones de Bossuet; desde el Hijo del Carnaval de Pigault Lebrun, hasta Pablo y Virginia de Bernardino de Saint-Pierre; desde los Cuentos de Bocaccio y Fábulas de La-Fontaine, hasta las meditaciones de La-Martine; desde las novelas de Voltaire, hasta los mártires de Chateaubriand; pero ¡una muger! ¡Ah! una muger no debe jamas esponeerse á pervertir su corazon, á desviar á su alma de esas ideas de religion y piedad que santifican aun á las mugeres perdidas. Tampoco deberá buscarse una febril escaltacion de sentimientos que la hagan perder el contenido y tranquilidad de la vida doméstica, y ver á su marido como un poltron é insufrible clásico.

Una muger que lee indistintamente toda clase de escritos, es forzosamente en el crimen ó en el ridículo. De ambos abismos solo la mano de Dios puede sacarla.

Muger que lee las Ruinas de Volney, es terrible.

La que constantemente tiene en su costurero á la Julia de Rousseau y á Heloisa y Abelardo, es desgraciada.

Entre la lectura de las Ruinas de Volney y la de Julia, es preferible la de novenas.

Por regla general, voy á daros un consejo, hermosas mías. Siempre que oigais decir de una obra que es romántica, no la leais; y esto va contra mis ideas literarias y contra mi opinion respecto á escritos; pero generalmente lo que se llama romántico no deba leerlo ni las doncellas ni las casadas, porque siempre hay en tales composiciones matidos traidores, padres tiranos, amigos perdidos, incestos horrosos, patricidios, adulterios, asesinatos y crímenes, luchando en un fango de sangre y de lodo.

Con verdad, este es el mundo; pero ¿qué necesidad tenéis de llenar vuestra alma de miedo, vuestra fantasia de quimeras, y vuestro sueño de espectros y fantasmas! ¿Qué necesidad tenéis de que vuestro juicio se turbe y estravió tal vez, como sucedió al jóven incauto que leyó las escensibles obras del marques de Sada! Y sobre todo, si el objeto es distraerse y no agravar el peso de la vida, que de por sí es las mas veces insoportable y fastidioso, ¿á qué fin leer libros que compriman el corazon!

Ya que he indicado los peligros generales que puede causar la lectura en una muger, justo será indicar tambien las obras que pueden leerse sin peligro.

Acaso habeis oido hablar de un pobre soldado español, que combatiendo contra los moros, perdió una mano en la batalla de Lepanto. Pues este pobre soldado, que fué encerrado despues en una prision bajo el reinado de Felipe II, se llamaba Miguel Cervantes, y este Miguel Cervantes compuso un libro que ha sido leído por todas las gentes y traducido en todos los idiomas. Este libro se llama D. Quijote.

¿Queréis gozar algunos ratos dulces y olvidar las graves ocupaciones que han pesado sobre vuestros hombros de esposa! Pues bien; reunios en una noche de invierno al derredor del fuego, convocad á vuestra familia y abrid las páginas que escribió el génio original, inimitable, único en el mundo. Hallaréis en ellas escenas tiernas, apacibles y sencillas como vuestra alma, otras serias y filosóficas, otras que os arrancarán grandes carcajadas de risa. El Quijote es una tela, un inmenso panorama donde van pasando figuras, siempre nuevas, siempre llenas de encanto; el noble caballero, como dice Julio Janin, con su armadura de carton, su vacía de bar-

bero en vez de yelmo, y su caballo flaco; pero cuyos sentimientos siempre nobles, siempre puros y generosos, hacen verter lágrimas y dan la mas cabal idea de la perfeccion de que es susceptible la humanidad cuando predominan en su corazon tan santos y respetables sentimientos. Despues, podreis leer el *Gil Blas*, obra llena de moral, donde se da á conocer el mundo y la vida en general, y particularmente la sociedad española. *Lezardillo de Tormes*, el *Diablo Cojuelo*, *Guzman de Alfarache*, &c., &c., tambien os harán pasar ratos muy divertidos.

Pero sobre todo si quereis tener materia para mucho tiempo, si deseais pasar largas horas de delicia, tomad á *Walter Scott*. Por mas duro que os parezca su nombre, fúe el escritor que reunió al mas colosal talento el mas caudillo y puro corazon. A la hora de su muerte dijo que no se arrepentia de haber escrito ni una sola linea. Con efecto, sus obras pueden leerse por las niñas tiernas, por las castas doncellas y por las virtuosas casadas. Encontrareis en estas novelas unos cuadros por decirlo así, teatrales, que os sorprenderán unos caballeros leales, honrados y valientes, unas jóvenes enamoradas como *Julietta*; pero cándulas como el firro *Bluaco*, y puras y virtuosas como el aroma que eschalan los campos de rosas. Es la belleza ideal de cuerpo y de alma, realizada en estas creaciones perfectas y originales. Es la mente de Dios que hizo á sus criaturas con una perfecta organizacion, la que se ve personificada en estos seres que cruzan como ángeles vestidos de blanco y oro al traves de las escenas bárbaras y satiricantas de la edad media.—Y no juzguéis que estos amores castos y cubiertos con el albo cenil del pudor, que estas reinas ya clovadas entre el oro y el incienso de un trono, ó florando cabe las rejas de una prision; que estos caballeros, tipos de nobleza y gallardia, y estos varones de corazon de firro alados en la terrible soledad de sus castillos y montañas, son otras tantas invenciones y quimeras de la fantasía del autor; de ninguna suerte es la historia, son los hombres, las costumbres, los acontecimientos de edades mas ó menos remotas, los retratos vivos y animados de todo un pueblo singular que ha llenado y llena el orbe con su nombre y poder. Así pues, sin sentirlo fureis un estudio de la historia de Escocia ó Inglaterra, que fertilizará vuestro entendimiento sin perjudicarlo, y dará materia para que sin que se os atribuya presuncion y charlatanismo, amenicéis con vuestra conversacion la sociedad de vuestro esposo, y de vuestros amigos.

Otros libros hay tambien estremadamente divertidos, y que asimismo pueden leerse sin temor, y son las obras de *Fenimore Cooper*. Este autor tiene el mismo estilo de *Walter Scott*:

y si bien no es tan superior ni tan original como él, describe con bastante exactitud y con brillantes coloridos, los primitivos tiempos de la colonizacion de los eternos bosques y praderas de la América del Norte; aquellos combates encarnizados que sostuvieron los primeros pobladores con las tribus indígenas; aquellos cuadros de la lucha americana para hacerse independiente de la Inglaterra. Es lo que sobresale mas *Cooper* es en la pintura de escenas marítimas, y esto no puede menos que arrebatarse la atencion, y hacer pesar alegremente las horas de ocio.

Ya que se ha tratado de lectura, es indispensable recomendar á nuestras amabilísimas mexicanas la lectura de las obras de sus paisanos. En verdad son pocas hasta ahora; pero no encontrarán en ellas nada que perjudique á su moral. Las poesias de *Navarrete* y *Ochoa*, las de *Pesado* y *Ortega*; los *Años nuevos*, el *Recreo* de las familias, el *Mossico* y otra porcion de escritos donde podrán deleitarse é instruirse.

Los pobres y miseros escritores no tenemos otra ambicion, ni otra recompensa verdadera, mas que la de que las hermosas flores y se rian con nuestros dolores ó sandeces.—Yo.

UN PENSAMIENTO.

Si tras de la tumba un cielo

Se encuentra al dejar la vida,

Si nuestra alma adornecida

Despierta en mejor mansion,

Y venga la muerte corriendo,

Durmamos su eterno sueño,

Y no temamos su ceño

Pues despertamos en Dios.

Y la terrena existencia

Sin amor, sin ilusiones,

Bogando de las pasiones

En el furibundo mar.

Abandonemos riendo

Si entre soles y entre estrellas

Hemos de acentar las huellas

De este sueño al despertar.

Julio 1.º—M. PAYNO.

Ha dicho un escritor que—el talento de los portmenores, es el talento de los tontos, y nada es mas esacto que esto.

El patriotismo para los mas es una especulacion; para algunos un sueño; para muy pocos una virtud sublime.

Las ruinas nos inspiran el mismo religioso respeto que un cuerpo sin alma.

APUNTES PARA LA BIOGRAFIA

DE

D. FRANCISCO JAVIER GAMBOA.

I.

Su familia y su infancia.

Nació D. FRANCISCO JAVIER GAMBOA el 17 de Diciembre de 1717, en Guadalajara, entonces capital de la Nueva-Galicia, y hoy del Departamento de Jalisco.

Una fortuna mediana, la reputación de nobleza, que en las colonias se concedía á todas las familias españolas, y aquellas costumbres de pura moral y encendrada devoción, que eran entonces tan comunes, dieron á D. Antonio Gamboa y á D^{ña} María de la Puente, padres de D. Francisco, una tranquila y honrosa posición social; con lo que se ha dicho ya, que su hijo fue dedicado desde muy temprano á la carrera literaria, porque esta carrera era el único camino que llevaba á los pobres honores que pudiera alcanzar un *criollo*. Las familias acostumbradas á aquella vida profundamente sencilla y del todo inalterable, á aquella vida que la ambición no agitada jamás, aspiraban como á honor supremo, al de contar en su seno un prebendado ó un oidor.

D. Francisco, destinado á la toga, comenzó sus estudios en el colegio de San Juan Bautista de Guadalajara; y aun no había concluido los rudimentos de la gramática, cuando su padre murió, dejando en la orfandad á una familia numerosa. A muy poco tiempo los bienes que esta había heredado desaparecieron, como han desaparecido siempre entre nosotros las fortunas de las familias, cuando muerto su jefe, la vida incapaz del manejo de los negocios, y los hijos, pequeños todavía, miran pasar cuanto tienen al poder de los albaceas, quienes lo convierten en *estancamiento*, es decir en un negocio interminable, y que mientras dura mantiene á los albaceas, á los abogados y á los curiales. A los herederos toca la miseria y el cuidado de hacer eternas reclamaciones.

Los que no han sufrido esto, han visto al menos el cuadro doloroso de una familia entregada á tal desolación. De la felicidad, del plácido descuido del porvenir, esta familia pasa á las más dolorosas inquietudes, pierde las comodida-

des á que estaba acostumbrada, sus recursos diariamente se consumen los unos despues de los otros, muy pronto se ve abandonada y despreciada por sus más antiguas relaciones, no le es posible abandonar aquellos hábitos, á los que mira unidos su posición y el decoro mismo de su nombre, y al fin, se halla reducida á la miseria que se oculta, á la desesperación que consume, con tormentos tanto mayores, cuanto que siendo en México casi generales las más dulces virtudes, la viuda y los huérfanos infelices recuerdan sin cesar los tiempos cuidados, el afecto constante de aquel que han perdido.

Pero muchas veces en el seno de estas pobres familias, en medio de tantos dolores se descubre un resto de felicidad; una esperanza, un consuelo que todo lo alivia; un niño que la madre mira como el retrato de su esposo, y de quien espera que restableciendo un día con honor su nombre, á ella le volverá las comodidades y la consideración perdidas. Dulces ilusiones del infortunio y de la maternidad, que Dios bendiga siempre! Entonces ese niño es el título de la familia; sus agudezas infantiles se toman como el signo de un talento prodigioso: sus menores adelantos se premian y admiran, y se le cuida como á una prenda inestimable. La pobre madre dejaría de comer por pagar sus maestros; rompería sus camisas para vestirlo, y moriría de hambre, antes que hacerle perder su *carro*, dedicándolo á algun trabajo lucrativo. Los parientes más cercanos, los amigos más sincretos, se hacen un deber de contribuir á la obra: le pagan los gastos; lo recomiendan, le regalan los libros que necesita; y si el niño ha presentado su papel; si su alma inocente responde á estas dulces esperanzas, con el empeño de ser digno de ellas; si debe á Dios el beneficio impo-derable de una alta inteligencia y se aplica y aprovecha y aventaja á sus condiscipulos, y obtiene aquellos pequeños triunfos de colegio, en que un muchacho no se cambia por un emperador; la madre vuelve á conocer lo que es la felicidad; la familia se ve contenta, y los parientes reciben con orgullo un nombre que esperan ver



D. FRANCISCO JAVIER GAMBOA.

VI.

Dependencia general de la jurisprudencia en aquella época.

Cual era entonces el gusto dominante del foro mexicano, lo dice la simple fecha.—La elocuencia es hija de la libertad política, y no puede nacer mas que de ella. Transportémosla á la plaza pública de Atenas ó de Roma, delante del pueblo rendido que, agitado por el entusiasmo y animado por la libertad, discute los negocios políticos, resuelve la paz ó la guerra, elige ó destituye, premia ó castiga; y entonces será preciso que una voz todopoderosa resuene para defender la libertad, la justicia y la gloria; y que todos los encantos de la imaginación, y los recursos de la inteligencia sirvan para ornar los votos y las aclamaciones de aquella multitud apasionada y sensible. Pero cuando la libertad no existe, cuando las deliberaciones están proscritas, cuando todo depende de un hombre, no hay inteligencias que convencer, ni corazonces que conmovir, ni gloria que alanzar. Los reyes dejan de tener oradores para que los reyes tengan viles cortesanos. Así en Roma la elocuencia desapareció con la libertad sin que volviere, cuando saliendo la Europa de la barbarie, fué otra vez honrada y embellecida la sublime profesión de defender los derechos de las naciones y de los hombres. El Tasso, el Dante, el Petrarca, recordaron la gloria de Virgilio, los dias tranquilos de Augusto; pero nada recordaba á Demóstenes y á Cicerón. Luego, bajo Luis XIV, la antigüedad pareció renacer. Hubo escritores dignos de llevar los nombres de los Horacios, los Tibulos y los Teófrastos de la Francia, y Racine y Moliere escudieron á sus maestros, sin que conocamos todavía nada que los iguale. ¿Por qué solo los grandes modelos oratorios no tuvieron imitadores? ¿Por qué siendo, como eran, tan estudiados, fructificaron en el público, á que tan estranos parecían, y nada produjeron en el foro? Pero así fue: Voltaire tan empeñado en resaltar aquella época, daba á Petrarca solo por "la claridad, el orden, el decoro y la elegancia de sus discursos"; cualidades que reuerda, fueron del todo desconocidas antes de él (4), y La Harpe hablando de la misma época asegura que Parry y Lemaitre, á pesar de sus eminentes cualidades, no supieron hacerse superiores á aquella moda radicalmente imperitorias, que bajo la pena de aparecer sin talento "y sin instrucción, forzaba á los abogados á hacer de cada alegato una colección indigesta de erudición sagrada y profana, tanto mas aplaudida, cuanto menos relacion tenia con el asunto (5)." El crítico frances admira en el mismo lugar, porque no se reconocia en aquella

época, que "nada era mas extravagante, nada mas contrario á la naturaleza de los objetos que trataban; á la dignidad de las discusiones jurídicas, y á la gravedad de los tribunales, que este torrente de inútiles citas, sacadas de los poetas y los filósofos de la antigüedad, de los profetas del Antiguo y Nuevo Testamento, de los papas de la Iglesia, aquellas comparaciones reliquias del vol, de la luna y de las montañas, aquella multitud de sutilezas inútilmente impudicas"; y para no dar á las instituciones políticas la importancia que merecen, señala como la primera causa de ese corrompido gusto, "la manía de ser ingenioso y de ostentar erudición."

Yo no creo esto verdadero. ¿Aquella manía no era acaso general? ¿No habia infundido desde las composiciones literarias mas sencillas hasta los mas serios escritos de la religion, ¿Cómo pues, en la literatura, abundando en un instante aquellas pobre manías, se volvió á la sencillez, á la ternura, al buen gusto esquisito de la por siempre clásica antigüedad? ¿Por qué Demóstenes y Cicerón concuerdan á formar á Bossuet y á Massillon modelos sublimes de un género que los antiguos no pudieron conocer? ¿No era mucho mas difícil hacer la Abalá á la Oración funebre de María Enriqueta, que componer un alegato conciso, lógico y sencillo? ¿Podía ser desconocido el arte de la dialéctica en la época de Luis XIV, se conoció lo defectuoso que era el gusto del foro, del mal Racine (6) nos dejó una amarga crítica; si no se reformó, es porque la elocuencia no puede vivir sin la libertad. Su genio aguardaba en Francia á la Asamblea nacional. Observemos tambien como una causa de segundo orden, pero importante, la de que los abogados se formaban en los parlamentos, los que en materia de buen gusto eran muy inferiores á la corte.

VII.

Estado de la jurisprudencia en México.

Que se me disculpe esta digresion, traída aqui sin mas objeto, que el de hacer notar cuán injusto sería culpar á México de que no hubiera sido superior al siglo de Luis XIV. Por lo demas, creo que en aquella época el foro español fué hasta cierto punto superior al frances, como lo comprueban esos voluminosos inmensos de comentarios y tratadillas, que á pesar del mal gusto y de su general falta de método y análisis, presentan muchas veces indagaciones admirables y principios que apenas se puede creer fueron de la época. Si en efecto hay esta ventaja, que me parece notar, la creo debida á la superior organiza-

cion política de la España en tiempo de sus antiguas libertades, á la independencia que allí se concedia á los tribunales, y mas que todo, á la ventaja de haber poseído el código mas perfecto y admirable que se conociera entonces en Europa.

En México, el foro se resentia de los mismos defectos, de los mismos vicios que eran generales en todas partes, y que aquí se agravaban con la dificultad de la instrucción, con la ignorancia general de todas las clases, y con la estrecha dependencia que formaba el carácter de las instituciones políticas. Los escritos de los abogados de aquella época, que se encuentran en los expedientes y de los que algunos fueron impresos, presentan el estado del foro. Cada alegato era un volumen lleno de citas sagradas y profanas y de malas y canasadas declamaciones, donde no se podia encontrar ni método, ni orden, ni claridad; y como casi para nada se contaba con las leyes patrias, sino que todo se decidia por las opiniones de los autores y las disposiciones del derecho romano, al que estos lo reducian todo mas ó menos; era imposible descubrir un solo principio de luz en aquellas tenebrosas y complicadas disensiones, sostenidas con una verbosidad tan enfiada como pingüe.

VIII.

El Sr. Gamboa adquiere un gusto y un estilo superiores á su época.

El Sr. Gamboa se separó admirablemente de aquella escena fatal. Yo no he leído mas que los alegatos que imprimió en defensa del marqués de Rivas-Cacho, los cuales merecieron elogios de tan competente juez como Aizate, y he admirado en ellos una obra, que si no pudiera hoy tomarse como modelo, era muy sorprendente para su época. El Sr. Gamboa conociéndola se persuadió, sin duda, de que si él seguía del todo el impulso de su genio y no mostraba aquel lujo de erudición sagrada y profana, que pasara entonces por ciencia, sus estimables trabajos serian despreciados, tanto por el público, como por los jueces acostumbrados á aquella insufrible plañtería; y escogió un medio ingenioso de conciliar las apariencias de tal gusto, con su saber solido; y su razon profunda.

Así, en los escritos que he citado, y sobre todo en sus Comentarios á las Ordenanzas de minería, obra impresa y muy conocida y apreciable, se ve el secreto de su método. Comprendía perfectamente la materia que iba á tratar; la presentaba bajo un punto de vista sencillo y luminoso; la dilucidaba con una síntesis muy rigurosa, dividiéndola con método en las partes convenientes, y tratando éstas con mucha fiacion y claridad. Su raciocinio es en general, claro, sencillo y forzoso; no se le encuentran ni comparaciones ocultas, ni análisis prolongados, ni de-

clamaciones pueriles, ni causadas amplificaciones. Hay trozos que pueden quedar como un modelo de lógica y sencillez, y hay siempre de aplicar á los áridos negocios del foro, los grandes ejemplos históricos y los sublimes modelos de elocuencia poética que los abogados profanaban y parodiaban con tanta frecuencia. La concision y la claridad eran sus dotes eminentes, y ellas lucen á cada paso en los Comentarios. Estas es la obra que Gamboa trabajó con mas descanso, en la que tuvo que vencer los defectos de los tribunales, y la que dedicó al público y á la posteridad; en ella está su genio, la medida de lo que fué, y consiguientemente por ella debe ser juzgado. Que se la lea, que se le compare con nuestros domas comentadores, y que se diga después cual de los de erudita y laboriosa metrópoli, llegó en claridad, sencillez, método y buen sentido, al pobre mexicano que vivió en la oscura y atrasada colonia.

Al leer los Comentarios, nos sorprendemos de encontrar páginas enteras sin una sola cita, y de ver ocurrir sin aquellas cansadas sutilezas que tanto abundan en los comentadores. Gamboa no cita sino cuando es necesario comprobar sus opiniones con autoridades admitidas, ó cuando quiere que el lector recurra á la ley ó á una exposicion mas detallada, y entonces no interrumpe su texto, sino que pone una simple llamada. En cuanto á cuestiones, nunca propuso mas de aquellas que por su interés lo merecian, y después de esponderlas con sencillez, las resolvía brevemente y solidamente.

Cabelece, pues, lo que tendria que sufrir el hombre que pensando y escribiendo de esta manera, tenia en los negocios particulares que descender hasta sus adversarios y que pelear con sus pobres armas. Pero no por eso se les pareció; cuando tenia que ocuparse de sutilezas, porque esas sutilezas alegadas por sus contrarios, podian darles el triunfo, en vez de ser oscuro y ampoloso era claro, sagaz y delicado. Cuando tenia que acumular citas, lo hacia; pero no solo no alteraba el texto, ni lo volvía oscuro, sino que las sujetaba al método rigoroso de sus raciocinios, y las traía con tal oportunidad y en tal orden, que justificando su inmensa y variada lectura, justificaba todavía mas su buen gusto y la exactitud de su lógica. Confesará con todo, porque debo ser justo, que el Sr. Gamboa tuvo un defecto de su época al cual no se hizo superior, y es el de ocurrir para todo á las citas del Derecho romano. Esta fué la manía de los comentadores españoles, y de ella se resentieron no solo los alegatos del Sr. Gamboa, sino sus mismos Comentarios de minería.

VIII.

Célebre del Sr. Gamboa en el foro. Su integridad.

Con tan altas cualidades, y teniendo la fortuna de vivir en una de las épocas en que la colo-

(4) Siglo de Luis XIV, cap. XXXII.

(5) Curso de literatura part. 1.^a lib. II cap. 1. See. 1.

(6) En la comedia titulada: *Los plañterios*, act. 3.^o esc. 3.^a

nia hacia mayores adelantos en las ciencias y la literatura, el Sr. Gamboa llegó á tener un crédito inmenso; vino á ser reconocido universalmente por el primer abogado de la Nueva-España, y estuvo encargado de los negocios mas importantes. Según refiere Alzate, la Santa Iglesia Metropolitana, las mas de las comunidades religiosas de la capital, muchas ciudades y casas opulentas lo eligieron por su abogado. El mismo escritor asegura que no es posible contar el número de las personas particulares que se empleaban por que tomara la dirección de sus negocios, y la cuantía e interés de aquellos cuyos asuntos nos han llegado, prueban que se le confiaban los mas arduos y difíciles. Debe, en fin, saberse (y esto lo calló cuidadosamente Alzate) que la Compañía de Jesus, cuya influencia era grande y en la que habia hombres verdaderamente justos, y no solo le encargó sus asuntos, sino que se relacionó estrechamente con él, circunstancia que mucho influyó en su suerte.

Las autoridades conocían y apreciaban igualmente su mérito. "Los corregidores, dice Alzate, señales ordinarios, justicias y tribunal del consulado, le ocupaban de ordinario con reiteradas consultas." El tribunal de la fe le nombró defensor de presos, y los vireyes y la audiencia le encomendaron muchas veces negocios arduos y difíciles, que desempeñó con tal acierto, que el virey, la audiencia y los dos cabildos secular y eclesiástico pidieron al soberano le confiriése una plaza togada. No sé que algun otro mexicano hubiera alcanzado tan alta distinción, y para tener una idea exacta del concepto que disfrutaba Gamboa, sería necesario leer esas representaciones.

"En ellas, dice Alzate, exponen (aquellas autoridades) al soberano, el alto grado de reputación á que habian elevado al Sr. Gamboa su incesante aplicación al estudio del derecho, la penetración de su entendimiento, su desinterés y buena fe, y su prudencia y tino en el manejo y dirección de los negocios, insinuando al fin que estas cualidades inestimables eran las que le habian granjeado la justa estimación que lograba de sagaz, elocuente y sabio jurista, y habian influido en que no se hubiera tratado en su tiempo ningún asunto importante ni arduo, en que no hubiera tenido parte." Su reputación de abogado, fué posesiva, completa, y ella hará tanto mas honor á su carácter, cuanto que la eminente fama del ilustre hijo de Guadalajara, no era la vergonzosa reputación de esos abogados, á quienes, como á viles sofistas se ocurre para que cubran y defendan todas las injusticias, porque tienen sofismas para todos los errores, medios de defensa para todas las iniquidades.... Su probidad, su delicadeza, su amor á la justicia y su celo por los derechos de los desgraciados, fueron universalmente reconocidas y estimadas, y á ella debían las dulces satisfacciones que en la carrera del foro encantaban la vida, proporcionando el sólido y verdadero placer de ser útil á los demás hombres, de salvar la suerte y la fortuna de las familias, y de arrancar del poder de la injusticia al inocente perseguido. El Sr. Gamboa, durante su larga carrera, se vio siempre lleno de consultas privadas sobre los negocios mas arduos y comprometidos que se presentaban: las familias ocurrían á él como á un magistrado lleno de prudencia, de bondad y de rectitud, para depositar los secretos domésticos, y lograr que con su experiencia ilustrada y su reputación venerable, las arreglase con el secreto y la delicadeza que tales negocios requieren, y una larga experiencia probó cuán digno era de esta sublime confianza. Su discreción llegó al estremo de que ni sus mas íntimos amigos, ni su familia misma, supieran jamás los asuntos reservados, tanto de las autoridades, como de los particulares que le fueron confiados. El Sr. Gamboa merecía bien aquella hermosa definición del Orador, *Vir bonus et arte dicendi peritus*, y esta cualidad, unida á las otras bien relevantes que lo adornaban, justifican el empeño de las autoridades que hemos visto pidieron al soberano le concediése la toga. Un hombre, como Gamboa, era por cierto digno de pertenecer á aquella magistratura, de cuya sabiduría y justificación nos han quedado mil irrefragables documentos. "El empleo de juez en una audiencia (dice el célebre mexicano D. José María Luis Mora (7)), era tan honorífico como lucrativo, y por lo común fué desempeñado por personas de mérito, de instrucción y talento no vulgar."

IX.

Se vió á España.—Instrucciones del Sr. Gamboa en las ciencias naturales y su profisión.

Con todo, la primera de aquellas representaciones no habia producido efecto alguno, y el Sr. Gamboa permanecía en clase de abogado, cuando el 12 de Mayo de 1755 el consulado lo nombró para que con sus poderes pasase á la corte á promover varios asuntos de la mayor importancia. "Todas mis indagaciones para averiguar minuciosamente los fines de su viaje y los resultados que obtuvo, han sido inútiles. Alzate ignoró el objeto de la comision, y Heriastin dice en general, "que la desempeño á satisfacción de sus comitentes y con grandes ventajas del público y de la real hacienda;" pero esto mismo, y las circunstancias de la época, prueban quizá que la historia y la biografía misma, poco esperan de tal indagación.

(7) México y sus revoluciones, tomo I, pág. 177 y 178.

Enpero su viaje, la importancia del cuerpo que lo eligió, y las recomendaciones que en aquella vez le dieron el cabildo secular y el eclesiástico, indican si muy bien la alta idea que se tenía de sus cualidades. Un viaje á la corte, y con una comision cerca del trono, era hace cien años, un encargo de tal importancia y honor, que no creo haya hoy con qué compararlo. Además, la posteridad sabrá muy bien en lo que empleó el Sr. Gamboa su tiempo en España, puesto que en aquella época publicó sus Ordenanzas.

Detengámonos en esta época, porque si la biografía del guerrero consiste en la relacion de las batallas, la vida pacífica y tranquila de los sabios consiste en el cesamiento de las obras en que han consignado sus pensamientos, y sus indagaciones; estas historias, anales del pensamiento y de la inteligencia, forman la parte mas grande y mas sublime de la historia del hombre y de las sociedades.

Considerando al Sr. Gamboa como letrado, se ha dicho ya que en aquella época de general corrupción en el gusto, fué el suyo puro, y exacta su lógica; y esto ha debido hacer sospechar que él habia bebido en fuentes mas puras que las escuelas del derecho. "Se puede asegurar sin temor de equivocarse, que los hombres que mas han sobresalido en el foro han sido los que han tenido conocimientos mas generales; y sin duda que ningunos estudios podian contribuir mejor á la formación del abogado, que los que acostumbra la inteligencia á la rectitud del juicio, y la imaginación á la delicadeza y hermosura de la expresión, es decir, las ciencias exactas y la bella literatura.

En México, ni la una ni la otra eran generales en aquella época; mas el Sr. Gamboa tuvo la fortuna de conocer muy temprano á algunos jesuitas doctos, hombres que superiores á su edad y á su país, cultivaban las ciencias depreciables por el orgullo y la podridura de las universidades; y ellos no solo le mostraron los grandes modelos clásicos, sino que le hicieron sentir sus bellezas y le inspiraron el gusto de aquella simplicidad admirable, perdida entonces por el gongorismo de las palabras, hoy quizá por el de las ideas. Le instruyeron tambien en los secretos de las matemáticas, tales como se conocian en México en aquella época; y todas las obras de su ilustre discípulo prueban que le inspiraron el gusto de aquella geometría sintética, que se tomaba como el tipo de las ciencias exactas.

El análisis que tanto ha influido en el progreso de las ciencias, extendiendo su dominio y simplificando los métodos, no era entonces general, ni usado en Europa misma. Newton habia explicado sintéticamente sus admirables principios, y aquel método tan bien defendido por Descartes, no se habia generalizado aún dominando

la álgebra y las matemáticas superiores, como lo ha hecho después. Probablemente el Sr. Gamboa en aquella época muy poco el análisis algebraico, y por esto su método y sus obras eran rigurosamente geométricos. Mas será siempre admirable que un jóven que habia consumido el tiempo de sus estudios en las penosas tareas del colegio, que un abogado que tenia multitud de negocios que despachar; adviértese que, fuera de aquellos conocimientos á los cuales debia tan brillante suerte y tan abundantes recursos, habia otros cuya posesion era necesaria, y que gastara sus pocas horas de descanso en aquellos estudios que nada agregarían á sus ventajas sociales, y que no encontrarían entre sus compatriotas ni aun apreciadores.

Pero el Sr. Gamboa, como todos los hombres de genio, era superior á su tiempo y se lanzó en aquellos estudios, porque veía en ellos el secreto, pero preciso cambio del saber, y los frutos que sacó le compensaron mas que abundantemente sus esfuerzos; porque no solo gozó los dulces e inalterables placeres de tan hermosos conocimientos; sino que el de las matemáticas fué causa de la celebridad de su nombre.

X.

Sus estudios sobre la minería.—Publicación y exámenes de sus Comentarios.

En efecto, entre la multitud de negocios que se le encargaron, recibí algunos sobre la minería, y este estudio llamó su atención. Un simple letrado no hubiera cuidado mas que de la jurisprudencia de las minas; habria investigado lo necesario para defender con acierto á los clientes, y no hubiera pasado mas adelante. El Sr. Gamboa lo rió todo, comprendiendo cuanto se encerraba en aquella materia, y se dedicó á su estudio con perseverancia y con entusiasmo.

La importancia de la minería en México le fué perfectamente conocida. "Hay en efecto," Señor, decía al ilustre Carlos III, verdaderos montes de estos preciosos metales (el oro y la plata) y de otros, en la Nueva-España. Testigos son de estos los catálogos de abundancia, de minas minerales que van al fin de este libro; testigos en parte los millones que traen de vuelta las flotas; testigos los trece ó catorce millones que pesados en cada año de estos últimos en vuestra real casa de moneda de México, y testigos la plata y oro en tejos, barras y labraduras, que no se cuenta ni amoneda. Dije en parte, porque siendo tan grande esta riqueza, es hoy cierto que no es la decima, ni pudiera decirse la vigésima parte de lo que cada año pudieran rendir las minas. Hay, pues, minas de oro y plata, en la Nueva-España; pero muchísimas abandonadas, muchas á punto de abandonarse, y todas apenas rinden una sexta de lo

"que pudieran" . . . Estas pocas palabras prueban que ochenta años hace un mexicano había conocido la importancia de nuestra minería, tan bien al menos, como medio siglo después la comprendió el fustre extranjero que tanta fama le dió en Europa; y la obra del Sr. Gamboa, es obra fruto de asiduos y jóvenes trabajos, que dedicó al único rey de la casa de Borbón, al que hubiera debido ofrecerla un mexicano; es, obra, digo, probará, que si se exceptúa al insignificante Velazquez de León, ningún mexicano antes ni después de él, se dedicó con mayor empeño á que floreciera el ramo inter-santísimo del que depende la prosperidad de México.

Prescindamos de sus otros títulos; olvidemos la gloria del abogado íntegro y sabio, del literato distinguido, del magistrado incorruptible, del escritor exacto y puro, del filántropo que mejoró la condición de los desgraciados, el solo título que acabamos de indicar no coloca á Gamboa entre el número de los más ilustres mexicanos! ¡No basta para salvar su nombre del olvido ó del abandono en que yace la historia de nuestra existencia colonial! Ni so sospeche siquiera que las palabras arriba explicadas no eran más que una vaga declamación, el simple anuncio de una proposición vulgar que todos repetirán. Una obra entera prueba que aquel aserto era el resultado de un estudio íntenso, de una laboriosidad admirable.

La obra del Sr. Gamboa reúne cuanto tiene relación con la minería, y en las variadas cuestiones que en ella se contienen, se encuentra cuanto sobre ellas se sabía en aquella época. Los Comentarios de las ordenanzas comienzan con la historia de la legislación de minería y abrazan todo lo que ella ha dispuesto sobre la naturaleza de su propiedad y sobre el modo de adquirirla, conservarla y perderla. La teoría y condiciones del denuncia; la concurrencia de varios denunciantes que pone en cuestión á quien deba declararse el derecho; la clase de trabajos que sea necesario hacer para conservar la propiedad; el despueble que hace perder la mina adquirida; las obras á que está obligado el minero ya en beneficio público, ya en el de las minas inmediatas, y la naturaleza y procedimiento de todos los recursos que pueden servir para dilucidar esos derechos; todo se encuentra allí tratado, con la sencillez, claridad y solidez, que hemos dicho formaban el carácter de sus obras. En aquella época regían aun las ordenanzas del Nuevo Cuaderno, las cuales eran con mucho inferiores á las que después formó el sabio Velazquez de León, y admirar por lo mismo cómo el Sr. Gamboa, guiado con su alta inteligencia y sus profundos estudios, completó aquella legislación imperfecta. Aclaró lo oscuro, suplió lo defectuoso, cambió lo que estaba en discordia, y promovió las refor-

mas cuya utilidad demostrará el tiempo. ¡Que mas podía pedirse de un jurisconsulto!

Pero como el Sr. Gamboa no era solo abogado, vió que las leyes relativas á la minería, arreglando los modos de medir y trabajar las minas, entraban en pormenores verdaderamente científicos sobre la topografía, la geometría subterránea y la mineralogía; comprendió la importancia de estos conocimientos en el progreso de aquel ramo, y juzgó que no se podía ni alegar como abogado, ni fallar como juez en aquellas materias sin conocerlas, y desando no solo de esta instrucción, sino guiar á los peritos mismos, de cuya ignorancia se quejaba justamente á cada paso, escribió un tratado de *geometría subterránea* que forma algunos capítulos de sus doctos Comentarios.

Si consideramos esta parte de la obra comprándola con su tiempo, veremos que sobre ningún otro los conocimientos adquiridos en aquella época, su exposición es tan sencilla, tan metódica y tan adaptable, que debió considerarse como un excelente manual práctico. La ciencia ha adelantado hoy inconmensurablemente; los métodos, las fórmulas y los instrumentos recomendados por el Sr. Gamboa, han sido casi todos sustituidos con otros mucho más sencillos y perfectos. Esto consiste en el progreso del tiempo, y en nada disminuye el mérito del que superior á su época y á su país, estuvo al nivel de lo que se sabía en el extranjero.

Ni habría por qué negar el atraso de aquella época; hoy mismo con tantos y tan favorables elementos se conserva la antigua Ordenanza de tierras y aguas, singular monumento de la masa barbara (8) y las operaciones con que las mas veces se verifican las medidas, son de tal suerte groseras é inexactas, que se puede asegurar que no sirven más que de fundar erróneamente los derechos de los propietarios. ¡Qué sería, pues, lo que habría hace noventa años, y lo que se haría en una de las más difíciles aplicaciones de la geometría! El Sr. Gamboa asegura que la mayor parte de los peritos, solo por mal nombre podían

(8) Para que pueda formarse una idea de lo absurdo de esta ley importantísima, basta decir que ella previene que la medida se verifique y calcule, midiendo los lados con el codo, "por cascina de peñas y rascos, acudido y bajando codos, lomas y lodales, pasando por "barrazos secos" con lo cual sin duda la medida será necesariamente mala, muy mala. También admira cómo el que forma tales Ordenanzas, no sabía siquiera el sencillo principio de que "la suma del cuadrado de los catetos, es igual al cuadrado de la hipotenusa" y así á establecer por privilegio que la diagonal de un sitio de ganado mayor ó sea de un cuadrado de 3,000 varas por cada lado tenía 7,000 varas. Me parece que una operación puramente geométrica le habría desengañado de tan grosera error; y no acertó la razón por la que haya substituido una ley tan absurda, dejando que los propietarios midan sus fincas de una manera tan ruinosa, cuando era muy sencillo dar una ley que arreglase esta materia.

llamarse así, que eran tan ignorantes que no sabían ni usar el agujón, y que con sus errores hicieron perder grandes sumas y dieron lugar á mal ruinosos pleitos.

Así el Sr. Gamboa, para desempeñar esta parte de su obra, tuvo que recurrir no solo á los pocos y escasos tratados que corrían en aquella época, en español y en latín, sino á las obras recién publicadas en Francia; y no contento con esto, aprovechó su residencia en Madrid y sus relaciones con el sabio jesuita Cristiano Rieger, que había sido en Viena catedrático de matemáticas y física experimental, y estudió con tesor los mejores escritos publicados en Alemania sobre los trabajos de minas. De ellos tomó la mayor parte de los conocimientos que brillan en su obra, y los mexicanos amantes de los títulos gloriosos de su patria, y todos los hombres que se complacen en ver cómo el estudio y el talento superan las más grandes dificultades, se admirarán, si recorriendo la obra del Sr. Gamboa, ven cuán variada fué su lectura, cuán profundos y sólidos eran sus estudios en estas ciencias, y cómo la rectitud de su juicio, y la prodigiosa fuerza de su memoria, le sirvieron para aprovechar sus trabajos. Se encuentra también en ellos un Tratado del beneficio de los metales, en el cual se conserva perfectamente la historia de la ciencia en aquel tiempo; allí se ve en lo que hemos adelantado, y en lo que aun permanecemos estacionarios.

Pero, aclarada la legislación de la minería, y popularizados los conocimientos necesarios para dirigir con acierto las labores, quedaba todavía que considerar este giro en sus relaciones económicas, muy estrechamente ligado con la prosperidad pública, y promover sus mejoras, considerando este aspecto importantísimo; y esto que solo un hombre superior pudiera conocerlo, lo trató el Sr. Gamboa de una manera que prueba cuánto más le valía su genio que su tiempo.

Comienza por las primeras operaciones, descubre todos los errores de los particulares, analiza la influencia de las costumbres, examina la manera de dirigir esas negociaciones, comprende perfectamente los elementos de su prosperidad; y desde las más sencillas reformas de la economía privada, hasta las más complicadas combinaciones de la ciencia administrativa, promueve útiles reformas. Enunciadas fuera alargard demasiado su biografía. Pero no será por demas llamar la atención sobre las reflexiones que hizo contra el despilfarró habitual de la clase minera, sobre la falta de prevision con que se emprenden en ella especulaciones, y el poco cálculo con que se llevan adelante, sobre el abuso de preferir la rutina á las teorías científicas, y sobre la necesidad indispensable de alentar el espíritu de asociación para esta clase de empresas. Al

tratar esta materia, al mostrar las ventajas de las compañías, desvaneciendo al mismo tiempo la desfavorable impresión que había dejado el mal éxito de algunas, dijo cuánto podría decirse, y un hombre que probablemente murió sin saber que comenzaba á estudiarse una ciencia que se llamaría economía política, trató una de sus cuestiones más importantes con admirable maestría.

La idea de asociar á todos los mineros, y de establecer una dirección general, que fuese al mismo tiempo una junta de avío, esta idea tan recomendada después, le fue conocida y en su obra se ve largamente desarrollada.

Ni olvidemos tampoco que su alma justa y noble, proponiendo esas mejoras, defendió algunas veces con asombrosa energía los derechos de las colonias. En la importante cuestión de azúcares se le ve impugnar sin disraz ni temor, el sistema que hacía tributaria de España la minería de México; y al fundar la necesidad de que se estableciera otra casa de moneda en Guadalajara ó en Zacatecas (9), pintando la miserable situación á la que estaba reduciendo el interior por falta de circulación, y refutando vigorosamente los miserables sofismas con que se pretendía impedir tan interesante mejora, defendió la causa del país contra el pésimo cálculo de los que creen conveniente sacrificarlo todo á la capital, triste sistema que ha costado á México la libertad, y que le costará tal vez la nacionalidad misma! En fin, baste decir que la obra del Sr. Gamboa, es un monumento histórico del más alto interés, para que se comprenda que es necesario verlo, y que no se le puede describir.

XI.

Vista de España de Sr. Gamboa.—Continuación y fin de su vida.

Con lo antes expuesto, queda ya mostrado lo que fué el Sr. Gamboa como escritor, y como este era el más importante aspecto de su vida, temo que concluida esta narración se acabe el interés del lector. Pero estamos concluyendo ya, y creo que es muy natural preguntar, ¿si Gamboa no hizo en la corte más que lo Comentario! Viviendo en Madrid, relacionado con los hombres que se hacían notar más, estimado de la corte y querido del buen Carlos III,

(9) Establecida una sola casa de moneda en México, las plazas pastas de Guanajuato, Zacatecas, Chihuahua, Sonora y demás lugares remotos, venían para ser cambiadas causando, á sus dueños considerables gastos y dilaciones onerosas. Además, la plata no volaba, sino que su valor se comía, en memorias de rebatos, porque no había tampoco más que dos puertos habilitados; y en el interior todos los artículos eran carísimos y la circulación de la moneda tan escasa, que el Sr. Gamboa refiere que para pagar los sueldos de la audiencia de Guadalajara, fué preciso algunas veces mandar de aquí dinero. Calose lo que este solo privilegio de la capital habrá infundido contra la población, industria y riqueza de la república.

no llegaría á sus oídos nada de lo que pasaba entonces en la Francia? Aquella filosofía que consumaba una inmensa revolución social, y que tenía no pocos admiradores entre los cortisanos de España, le fué del todo desconocida? Muchas veces me lo he preguntado cuando en mi estancia he hecho para inquirirlo, y nada he logrado. No he podido leer nada de lo que Gamboa escribió después de su viaje, y ni Beristain, ni Alzate han podido hablar una palabra de tal materia. ¡Lamentable laguna de una vida, cuya relación escrita tanto interes!

Con todo, hay dos datos para sospechar que Gamboa se ocupó de algo más que de los Comentarios, y que no fue extraño á los sucesos y las ideas que se apercibían entonces apenas en la corte; y el primero de ellos es un servicio prestado por él á la humanidad; luego que en 1765 volvió con el cargo de alcalde del crimen, para el que fué nombrado el 11 de Abril de 64 á propuesta del Consejo de Indias. Oigamos á Alzate. "Había, dice, en esta corte la costumbre, ó por mejor decir, corrupción inveterada, de remitir á los obrages á los sirvientes adentados, ó algunos otros á quienes tal vez por ciertas figuras se condenaba á una multa pecuniaria, con el fin de que la devengasen allí por medio de su trabajo personal. Los dueños de obrages que carecían de esclavos, encontraban en estas remisiones un recurso seguro para sus fines, ó bien prestaban á los jóvenes incautos cierta porción de dinero con la condición de que no pagándose éstos al plazo estipulado, pudieran ser vendidos á poderarse de sus personas y tratarlas con toda la dureza é inhumanidad que causara horror aun en un esclavo. En efecto, allí hubian cadenas, grillos, y sé qué se yo que otra multitud de instrumentos y prisiones inventadas para castigo de malhechores."

Los infelices operarios gemían bajo esta miserable esclavitud, sin más esperanzas de salir del poder de estos amos bárbaros que la de la bendición de la deuda. En vano se habían torciendo las mas sábias y estrechas providencias que el superior gobierno para atajar este abuso; los dueños de obrages hallaban siempre arbitrios para eludirlas, y llegó á tanta su insolencia que aun en los días cativos conducían públicamente cargados de cadenas á estos desdichados al santuario de la Piedad y de la Misericordia. Un espectáculo tan cruel no podía ménos que horrorizar á todos los espectadores, que clamaban contra semejante crueldad, "supuesta á todas las leyes divinas y humanas; pero los ayes de estos infelices llegaron últimamente á los oídos del Sr. Gamboa, quien conmovido de tan riguroso tratamiento, formó la loable resolución de extermiar este abuso,

"representando al superior gobierno la necesidad de arreglar éstas oficinas, y de hacer ver á sus dueños que la cualidad de amos, no les daba derecho sobre los miembros de sus sirvientes, y que no estábamos en aquellos tiempos "agrestes de Roma, en que si el deudor no se transigía con su acreedor, podía éste después "de la primera dilación legal, ponerlo en prisión "por espacio de sesenta días, y á continuación "despedazar su cuerpo ó venderlo á los estrangeros que habitaban de la otra parte del Tiber."

Como yo tengo la firme persuasión de que á los filósofos del siglo XVIII, y solo á ellos se deben las mejoras de la legislación criminal, no me parece extraño que la conducta del Sr. Gamboa fuera el resultado del conocimiento que hubiera adquirido de lo que en aquellos años se escribía sobre tan importante materia. Pero sea esto así, ó bien haya procedido su modo de obrar de un sentimiento natural de horror á la injusticia, esta acción le hará siempre grande honor; y sin duda que si tal reforma se hubiera debido á un magistrado en alguna nación europea, por este solo hecho habría sido venerada su memoria, como la de un grande hombre; mientras que en México casi no se conoce ya el por tantos títulos ilustre D. FRANCISCO JAVIER GAMBOA.

También aumenta la fuerza de esta inducción el que la residencia de Gamboa en México, á pesar de que se había señalado con beneficios públicos de la mayor importancia, escitó recelos en la corte de Madrid, la que lo llamó en 1769 para que continuara allá sus servicios. Cuales hayan sido las causas de esta especie de desconfianza, las ignoramos; Beristain manifiesta que tuvo un efecto "del fanatismo con que en aquellos años se trataba á los amigos y discípulos de los jesuitas," y nosotros sabemos solo que merced á las buenas relaciones y ventajoso concepto de que disfrutaba en la corte, logró en 1774 volver á México ascendido á la plaza de oidor, después de haber renunciado igual empleo en la audiencia de Barcelona. Pero volvió á tener que dejar su deliciosa patria para ir á Santo Domingo de regente de la audiencia, de donde, en fin, volvió á México con el mismo empleo, en el que la misma alta importancia y que contenía el honor supremo á que pudiera llegarse en la carrera del foro. Que sea siempre grata la memoria del mérito dignísimo que lo alcanzó con su mérito y lo honró con sus virtudes!

La vida de Gamboa como magistrado, lejos de carecer de interés, ofrece el nuestro subline de un juez sabio, recto é infatigable; ejemplo de gracia está en tener pocos datos sobre ella; pero los que nos han llegado son en extremo apreciables, pues á mas de lo que ya hemos dicho sobre su prudencia, justicia y humanidad, consta se le encargaban los mas delicados é importan-

tes trabajos. En Santo Domingo hizo el Código negro para gobierno de los esclavos, por comisión especial del rey, y formó tambien las Ordenanzas de aquella audiencia. En México, Alzate despues de referir que arregló muchos puntos de policía y administración, como lo de panaderías, pulquerías, tierras, aguas, luterías &c.; que se le debió el desenlace pacífico y feliz de la sublevación del Real del Monte y Pachuca, que tanto alarmó á México en 1766, y que siendo alcalde del crimen rondaba todas las noches, llegando á conseguir que desapareciesen los innumerables ladrones que infestaban á México, concluye con decir que "todo mudaba de aspecto y todo florecía bajo su sabia administración." A estos méritos debe agregarse el que contrao salvando de su ruina y arreglando con impropio trabajo, los fondos de los colegios de Naturales, de Indias de Guadalupe, y de S. Gregorio de esta ciudad.

Este último elogio, que bajo la sabia dirección de su actual rector, le llego á ser incontestablemente el primero de la república, no ha olvidado el nombre de su bienhechor. Su rector se conserva en aquel establecimiento; su nombre está esculpido entre los de los mexicanos ilustres que han honrado á nuestra patria, y uno de los primeros funjones literarios de aquel establecimiento, se consagró á la memoria de este hombre tan grande como olvidado. El que este escrito ofrece estos pobres renglones el rector y á los alumnos de aquel colegio; ellos tienen indisputable derecho á cuanto proclama la gloria de aquel varón, los primeros, han sabido apreciar, y aunque estos simples apuntes, escritos para formar la biografía nada valen, no me ha sido posible reunir mas datos, ni espero lograrlo.

XII

Esbozo de datos para la biografía del Sr. Gamboa.—Imprenta de su época.—Conclusión.

Quando lei en el Sr. Beristain, que la biblioteca pública de esta catedral, poseia las preciosas obras del Sr. Gamboa (10), tuve esto por un ha-

(10) He aquí el catalogo de las obras del Sr. Gamboa, como se halla en la biblioteca Hispano-Americana. Beristain dice: "En su copiosa y selecta biblioteca de-
"lo diez y siete tomos en folio, que escribió sobre diver-
"sas materias; y contiene los siguientes escritos."

"Discurso del célebre D. Manuel de Rivera Cacho, sobre
"la utilidad del establecimiento de un colegio de su mayor Dedicación
"San Juan de los Rios. Imp. en México en la imprenta
"Nueva 1738 en 318 hojas en fol.—Apuntes del informe
"del coronel Juan Cacho, a cargo de los errores cometidos
"en los ejercicios del Sr. Rica. Imp. en México en la
"misma imprenta 1764. fol.—Memoria justificada sobre la
"verdad de las colecciones de Nra. Sra. de Guadalupe de
"México.—Comentarios á las Ordenanzas de Minas, de-
"ducidas del cédulo del Rey D. Carlos III, siempre magnánimo,
"sobre su feliz, siempre augusto. Imp. en Madrid 1761. fol.

"Esbozo de singular mérito, capaz de alzar en la
"posterioridad el concepto de un sabio y eruditísimo le-
"trado. Acompañado á dichos Comentarios tres Opuscu-
"los.—1. De la necesidad de establecer un colegio de la misma

largo, y me dirigí lleno de contento á pedir las, resuelto á leerlas, y saboreando el gusto de formar su biografía, bajo el plan con que yo he creído que debían formarse las de los hombres ilustres de su genero.... Pero los manuscritos ya no existen; las obras del Sr. Gamboa con otros ciento y tantos tomos de inestimable precio, pues continúan todo lo inédito que se había reunido sobre nuestra época colonial, fueron (según me informó el bibliotecario) pedidos hace mucho tiempo por el gobierno; no han vuelto, y no tengo esperanza de leerlos. Quisiera otro mas dichoso que yo, lo conseguirá y descomparará el trabajo que yo ideaba, no consultando mis fuerzas sino mis deseos, de que no quede olvidado lo que nos pertenece; que por incuria y abandono no se pierdan inestimables títulos de gloria nacional.

Siempre he creído que lo era y muy preciso para nosotros y para la ciudad querida en que vi la luz primera, este hombre por tantos títulos venerable. Si un día se escribe la historia literaria y social de México, este personaje que nacido en principios del siglo XVIII, murió en su fin (á de Junio de 1794) viendo cuanto en el país, hará un gran papel, porque es una grande época la suya, y porque él fué tambien grande en ella.

Algunas veces meditando tranquilamente he creído ver un grande y magnifico cuadro en el movimiento de la inteligencia en México, y me he imaginado mirando sus principales partes. Debí, oprimido y amenazado el talento con una poca págimas, pobres anales, apenas ilustrados por un Sigüenza por una Sor Juana, Inés y otras señaladísimas excepciones, cuando aparece una obra que cuenta á Gamboa, á Alzate, á Cobo, á Abán, á Velazquez, á Alegre, á Gama, á Clavelero, á Ellullar, á Portillo, y á tantos otros que hubieran ilustrado cualquier época, y honrado cualquier nación. He aquí un período de sólidos estudios, de difícil saber y esquivo saber; período que todavía podemos reconocer en los poetas, los escritores y los sabios de la edad literaria que se iba á seguir, y que cambió del todo un curso, cuando un gran acontecimiento, la

"de Europa.—2. Epistola que alfabeta de algunas voces
"nuevas en los diccionarios de la N. E.—3. Índice alfabético
"de los miserables de la N. E., capta rones, a que remonera
"sus platas, y sus distancias de la capital de México.—Nue-
"vas Ordenanzas para el gobierno de la real biblioteca de la
"N. E. hechas en 1729. Ms. fol.

"—Se halla tambien en la biblioteca de la Iglesia
"de México.—Discurso de Fr. José Torralba.—Comisión
"sobre utilidad del Real de Minas del Monte.—Discurso
"del Dr. D. Juan Antonio Alzate, abad de Guadalupe.—
"Errores de los Congregaciones de Aranzaco y colegio de
"S. Jerónimo.—Distinciones jurisdiccionales sobre jurisdicción.
"—Agrupación por los curules de México.—Agrupación
"sobre impartir exámenes.—Agrupación en el púlpito de la
"Compañía de Jesús, con Italia.—Congreso de México.—
"Sobre parte de la Potencia en visitador.—Opusculo varios.

to supe por fin dónde vivía Carolina, cuántas componían su familia, y el género de vida que tenía. ¡Pero cómo penetrar hasta esas casas opulentas de los ricos! ¿Cómo insinuarme en el corazón de una joven del alto tono, que dedicaba la mitad de su tiempo á descansar en las milliditas otomanas de seda, y la otra mitad en adornarse y concurrir en su espléndida carroza á los paseos y á los teatros? ¡Ah! si las mujeres ricas y orgullosas, conociesen cuánto vale ese amor ardiente y puro, que se enciende en nuestros corazones; si miraran el interior de nuestra organización, toda oprimida, por decirlo así, en amar; si reflexionaran que para nosotros, pobres hombres á quienes la fortuna no prodiga riquezas; pero que la naturaleza nos dió un corazón franco y leal, las mujeres son un tesoro inestimable, y las guardamos con el delicado esmero que ellas conservan en un vaso de néctar las aromáticas blancas y aromáticas, sin dárnoslas jamás. Su carácter frío las inclina á prendarse más de un chafeco, que de un honrado corazón; de una cadena de oro ó de una corbata, que de un cerebro bien organizado.

Ha aquí mi tormento. Seguir languideando y triste y cabizbajo devorado con mi pasión oculta, ó una mujer que corria libre y descuidada entre el milagro y continuado festín de que goza la clase opulenta de México. Carolina iba á los teatros, allí la seguía yo; Carolina en su brillante carroza daba vueltas por las frondosas calles de árboles de la alameda; también allí me hallaba yo sentado en el rincón oscuro de una banca. En todas partes, ella estaba rebosando alegría y dicha, y yo místico, con el alma llena de acediar y el corazón destilando sangre.

Me resolví á escribirle. Di al lacayo una carta, y en la noche me fuí al teatro lleno de esperanza. Esa noche acaso me miraba Carolina, acaso fijaba su atención en mi rostro pálido, y me tendía la vista. — Era mucho esto: tras de la festiva vendría el amor, y entonces sería yo el más feliz de los hombres. ¡Vana esperanza! En toda la noche logré que Carolina fijase su atención en mi persona. Al cabo de ocho días me desengañé que el lacayo no le había entregado mi carta. Realicé mis insidias y conseguí por fin, que una amiga suya pasase en sus manos un billete, escrito con todo el sentimentalismo y candor de un hombre que ama de veras; pero, ¡Dios mío! Carolina recibía diariamente tantos billetes iguales; escuchaba tantas declaraciones de amor; la prodigaban desde sus padres hasta los criados tantas lisonjas, que no se dignó abrir mi carta, y la devolvió sin preguntar si aun por curiosidad quién se la escribía.

¡Has experimentado alguna vez el tormento

atroz que se siente, cuando nos desprecia una mujer á quien amamos con toda la fuerza de nuestra alma! ¡Comprende el martirio horrible de correr día y noche, loco, delirante de amor tras de una mujer que ríe, que no siente, que no ama, que ni aun conoce al que la adora!

Cinco meses duraron estas penas, y yo constante, resignado, no cesaba de seguir sus pasos y observar sus acciones. El contraste era siempre el mismo: ella loca, llena de contento reía y miraba al drama que se llama mundo, al través de un prisma de ilusiones; y yo triste, desesperado, con un amor secreto que nadie podía comprender, miraba á todas las gentes tras la media luz de un velo infernal.

¡Pasaba ante mi vista mil mujeres; las unas de rostro pálido é interesante; las otras llenas de robustez, y brotándolas al néctar por sus rebeldes mejillas. Veía unas de cuerpo flexible, cintura breve y pia pequeña; otras robustas, de formas altísimas; aquellas de semblante trístico y romántico; las otras con una cara de risa y alegría clásica; y ninguna, ninguna de estas flores que se desahucian ante mis ojos, cuyo aroma perfumaba extra belleza palpaba, hacían latir mi corazón, ni brotar en mi mente una sola idea de felicidad. Todas me eran absolutamente indiferentes; sólo amaba á Carolina, y Carolina. —

¡Ah! el corazón de las mujeres se entornece, como dice Antony, cuando ven un mendigo ó un herido; pero son insensibles cuando un hombre les dice *te amo, te adora*, y tu amor es tan necesario á mi existencia como el sol á las flores, como el viento á las aves, como el agua á los peces." ¡Qué locura! Carolina ignoraba mi amor, como te he repetido, y esto era peor para mí que si me hubiese aborrecido.

En la última noche que la vi fué en un baile de máscara. Su disfraz consistía en un chico de raza negra; pero el instinto del amor me hizo advertir que era ella. La seguí en el salón del teatro, en los pasillos, en la cantina, en todas partes donde la divertían la conducta. El angel puro de mi amor, la casta virgen con quien había yo soñado una existencia entera de ventura doméstica, vería entre el bullicio de un carnaval, sedienta de baile, llena de entusiasmo, embriagada con las lisonjas y los amores que la decían. ¡Oh! si yo tuviera derechos sobre su corazón, la hubiera llamado, y con una vez dulce y persuasiva la hubiera dicho: "Carolina mía, corre por una senda de perdición; los hombres sensatos nunca excusan para esposas á las mujeres que se encuentran en medio de las escenas de prostitución y voluptuosidad; apárgate por pleal de esta reunión cuyo silencio empaña tu hermosura, cuyos placeres marchitan la blanca flor de tu inocencia; ámame sólo á mí Carolina, y encontrarás un corazón sincero, donde vacies cuantos sentimientos

tos tengas en el tuyo; ámame, porque yo no te perderé ni te dejaré morir entre el llanto y los tormentos de una pasión desgraciada." Mil cosas me la hubiera dicho; pero Carolina no quiso escucharme: hula de mí y risueño abalanzó á los que la prodigaban esas palabras vagas y sugesivas, que la sociedad llama galantería. ¡Vive bre Carolina! La amaba tanto, que hubiera querido tener el poder de un Dios, para arrebatarla del peligroso camino en que se hallaba.

Observé que un peímetre de estas almidonadas, inmundables, destituidas de moral y de talento, que por una de tantas anomalías aprecia y puede decirse venera la sociedad, platinaba con grande ínteres con Carolina. En la primera oportunidad le saqué fuera de la sala; lo insulté, lo desafié, y me hubiera batido ó muerto; pero el riendo me dijo: *qué dachos!* tiene vd. sobre esta mujer! — Me desentendí un momento, y con voz ahogada por el dolor, le respondí *¡vamos!* — Pues bien, prolongó diciéndose mi antagonista, yo sí los tengo, y lo va vd. á ver. ¡El infame sacó de su bolsa una liga, un tipo de pelo, un retrato, unas cartas, en que Carolina le llamaba su tesoro, su único dueño. Ya ve, vd. pobre hombre, me dijo alegrándose, Carolina me ama, y con todo la voy á dejar esta noche misma, porque hecelaciones tan grandes á las que ha visto vd. y que tengo en mi cómodo, reclaman mi atención: son de mujeres inocentes y sencillas, y Carolina la mudado ya de lo amante.

Sentí al escuchar estas palabras, que el alma abandonaba á mi cuerpo, que mi corazón se estrechaba, que el llanto me oprimía la garganta. En una silla desmayado, y á poco no vi á mi lado más que un amigo que procuraba humedecer mis labios con un poco de vino.

A los tres días supí que Carolina estaba atacada de una violenta fiebre, y que los médicos desahucaban que me su vida. Entonces no hubo consideraciones que me detuvieran, me introduje en su casa decidido á declararle mi amor, é hacerle saber que si había pasado su existencia juvenil entre frivolas y pasajeros placeres, que si su corazón moría con el desconsuelo y vacío horrible de no haber hallado un hombre que le amase de veras, yo estaba allí para consolarlo que lloraría sobre su tumba, que el snito amor que la había tenido lo conservaría vivo en mi corazón. ¡Oh! estas promesas hubrían tranquilizado á la pobre niña, que moría en la aurora de su vida, y habría pensado en Dios y muerto con la paz de una santa.

Pero era un delirio hablar de amor á una mujer en los últimos instantes de la vida, cuando los sacerdotes rezaban los salmos en su cabeza; cuando la familia llorosa alumbraba con velas benditas de cera, las facciones marchitas y

pálidas de Carolina. ¡Oh! yo estaba loco; agonizaba también, tenía fiebre en el alma. ¡Imbéciles y locos que somos los hombres!

Alfredo se envolvió en su capa y quedó sumergido en la mas profunda meditación. Pasado un momento le dije:

¿Y qué sucedió al fin?

Al fin murió Carolina, me contestó; y yo constante la seguí á la tumba, como la había seguido á los teatros y á las miséras. Al cubrir la fría tierra los últimos restos de una criatura poco antes tan hermosa, tan alegre y tan contenta, desaparecieron también mis miséras esperanzas, las solas ilusiones de mi vida. Alfredo salió de mi cuarto sin despedida.

M. PAYSON.

CARTA DE UN EMPLEADO A SU NOVIA.

(ARTEFACTO ENVIADO.)

Amoroso de familia, puesta amada, y á la que eres ligera; si un pontón olvidado, te dijera que me hebra tu oído.

¡Dices que me dejas llevar de ilusiones! ¿Cómo te cabe de amar y amar, así cosa, sabiendo que es un pan encendido? ¡Ah! ¡dichosa! Venme aquí, amiguito pálido, y me arrobes á contento. ¡No sabes que en esta oficina, el solo efecto que no escansa en el agua, y que estoy en peligro de morir aléptico, porque continúo, como todos los compañeros, el hambre con la sed!

¡A pesar de eso, le obsequio cuanto puedo en atrosas condiciones las obediencias á un caso, los milanes de los minutos, que formos con las excusas primeras; son de suaves y oídos echados á perder; y en papel de timbre nacional he visto envejar una de una *caja de carnos*, y es mi lista de lavado.

¡Tú eres el mismo que me has hecho buen pediatra: las siete horas de oficina las empleo en escribirte mi nombre de forma inglesa, y poner el tuyo entre rasgos é epígrafos que harían honor á Moisés.

Yo suntu á otra parte; pero que otra me amé. ¡Dichosa! Ciento es que un pobre empleado no lleva escuela en la fuente *estudioso*, pero lleva escrito *hambre*, y esto es el conjunto más elíptico de los tematicos.

¡Dices que aspiraré el espumoso Champaná! ¡Desgraciado de mí! No conozco mas botellas que las de la tinta, y es llorar que á ningún bicho hace buen estómago. ¡Distra tus manos, vísteme más, que contigo como con nadie, voy siempre; ni te rido las vibratas de tu ejemplo, como darte elegir; ni te prohibo peligrosas diversiones, como iron teatros, toros, etc., con tal que tu tiempo para la espíritu al espectáculo; ni puedes desahucarme, porque á más de que mi único traje no lleva empleado de monte-pío ni de florido que no lo haya avaluado, no hay caso que no lo tenga en el magín, ni ministro ejecutor que no lo dirijara de á legua; mi solo modo de variarme sería con el uniforme de Adán; pero esto, á más de no estar en mis principios, tendría el grave inconveniente, de que podría reorganizarse el Sr. conservador de los autos, como cosa curiosa en su género, de momia viviente.

¡Insistes en que las artes y las ciencias todo lo han logrado reproducir, menos los maridos, por lo que puedo ser coliculado, aunque ofendista; eso es una chanzas; los empleados pobres somos una especie de género nuevo, que son pesados atractivos para nadie.

He tratado de hablarte á la razón, por ser lo que el empleado tiene en mas abundancia; razones; con ellas quedarías satisfecha, y así restituirías la calma á lo malo que creo tener de carne en mi maltratado cuerpo, el corazón.

Tuyo—Pascual Somoza.



A MI AMIGO ECLARLO MARIA ORTEGA.

Con llanto de entusiasmo te lo ruego,
Dios de la inmensidad, alza mi canto,
Robastece mi voz, y con tu soplo
Purificas las cuerdas de mi lira.
Refleja un rayo de tu luz intensa,
Efigido, vivo, en mi abrumada mente,
Y haz que se reproduzca reflejante
Como en el seno de la mar tanensa
El softomnipotente.
Oigo el crujir de tus divinas alas
Angel de inspiración, yo te saludo,
Ven, arrebatá mi alma por los aires
Como el aura el perfume de la rosa
Que muere ajada entre el innumero fango.
Y así elevada, con la faz radiosa,
Empuñando la lira resonante
Bajo el dovel espléndido del cielo,
Hasta los astros alzaré mi vuelo.

Allá te cantaré, rauda Cometa,
Allí bajo tu cauda esplendorosa
Que ora invade arrogante el firmamento,
Yo pulsaré mi lira de poeta.
Gloria, gloria inmortal, entre tu lumbró
Grande es réter torrenes de armonía,
De este raudal inmenso, inagotable,
Que el Eterno en un rapto de deleite
Lo legó al mundo y lo llamó poesía.

Ven, sublime proserito de los cielos,
Húerfano entre los astros, vagamundo,
Que parece que lloras en la tumba
Del padre de la luz, rey destronado,
¿En dónde está tu corte y tu grandezza?
¿Hacia dónde caminas desearriado?
¿Inútil y extranjera es tu belleza!

Desprendido cual hoja del arbutó
De otro grande y magnífico sistema
Te arranca Dios de tu supremo solío,
Rompió contra tus sienes tu diadema
Y te condena á recorrer los mares.
Cual ignerero olvidado de su síulo,
Vagas solo y salvaje, sin asilo
Como el hijo de Sion, y sin hermanos
Cual planta que germina
Al acaso en desiertos arenales:
¿Cómo debe adorarle el extranjero!
Oh embriena de su lígubre existencial!

Cuando miro tu pátilo semblante,
Tu giro vago por el yermo cielo,
Tu cabello flotante,
Me parece el ángel de la muerte
Que llora por los aires la congoja
Del mundo agonizante.

En la solemne calma de los astros,
¿Oh Cometa sublime resplandeciente
Como un arco triunfal; al firmamento
Embellece tu cauda transparente:
Si ella convulsa amorosa las estrellas
Parece que agrada en el carino,
Parece envuelta la dichosa esclava
De su señor entre la piel de armito.

¿Cuál es tu patria, espléndido Cometa!
¿Vienes á revelar al pobre mundo
Su miseria y su nada,
Mensajero atrevido,
De raza de gigantes,
De otro linaje de astros rutilantes,
Do este sol, este cielo, estas estrellas

Morirán como pálidas centellas,
Volarán como pajas despatricidas!
¿Eres el carro del sublime arcángel
En que la gloria del Señor proclama,
En que hace que palpemos su alto nombre,
De donde lanza energico sarcasmo
Al orgullo pueril del débil hombre!

¡Anuncias á la tierra su agonía,
Gráfico siguo en el espacio oscuro,
Cual la mano sin cuerpo que en la orgía
Grabó escarmento en el soberbio muro!

Fenómeno de luz, llama inconstante,
Fantasma que la tónica tendiendo
Sobre el remoto cielo de occidente
Oculta misterioso su semblante.

¿Quién recuerda al gusano de la tierra
Su duda indagadora y su osadía
Cuando te mira á tí, cuando el se afana
En buscar los arcanos del Eterno
Por no adorarlo franco y reverente,
Alzarle entos y humillar la frente!
A ese cielo divino solo llega
El vuelo de la fé, ¡por qué atardido!
Basar el tubo y el cristal mentido,
Para medir con cálculo inseguro
Las obras grandes del Señor inmenso!

Tú sigues imposible tu carrera,
Bastardo de los astros; yo te sigo
Como del borde de la ingrata playa
Se ve el bajel del desterrado amigo.

Dulce en mi soledad me era confiar
Mis sueños de inmortal, cuando admiraba
Tu frente augusta entusiasmado del vulgo,
Yo entro la multitud te idolatraba,
Yo llorando un mensaje te encargaba
Al padre de mi amor, yo te decía:
Cuando la muerte el polvo de mis huesos
Mezcle al sagrado polvo de la tumba
Del padre que perdí, como las hojas
De un invierno á las hojas del pasado
Volveremos á hallarnos en los cielos.

Y te miré alejar, y tu mensaje
Me dió cariño á tí, me dió ternura,
Hizo eterna en mi mente tu hermosura.

¿Adónde vas errante y solitario
Como ave á quien sorprende la tiniebla?
¿Será que vuelvas en tremendo día
A visitar las ruinas de mi patria,
Cual monarca triunfante que contempla
El techo en que en su infancia tuvo abrigo!
Que débil cual la gota de la lluvia
Que se pierde en el mar embravecido,
De ese sol en el piélagó de fuego
Morirás embestado!.....
¿Será que un día en duelo el firmamento,

El mar cuitado, agonizante el mundo,
Rival del sol, frenético te admiere
Soberbio disputándole su asiento!

Adios, astro de luz, volveré á verte
Que yo soy inmortal: cuando la muerte
Apague con su soplo el sol postrero,
Mi alma sublime ocupará tu asiento,
Mientras del mundo en la pavesa fria
Tal vez indiferente mirará el viento
Tu vil ceniza á la ceniza mía.
Julio 12 de 843.

GUILLERMO TRIETO,

COSTUMBRES.

D. ANACLETO PARSIMONIA.

¡Par!!! y cuando vd. menos lo esperaba, Sr. D. Anacleto, le saludo con el ángel, porque de hablar vivo, y por contar vidas ajenas soy capaz de salirme de misa.

¿Qué quiere decir ese cenio tan hosco? ¿Qué significa esa gravedad y esa prosopopeya? ¡Señores amigos, D. Anacleto; desarrugue vd. esa máscara mientras yo desarrollo el cuadro de sus costumbres á la vista de mis benévolo lectores.

No hay que amosarse, no hay que verme de mal talante, porquelo digo todo, y pongo el grito en el cielo, y nos escuchan los sordos.... Mire vd., Sr. D. Anacleto, que no todo lo que relumbra es oro, y el hábito no hace al monje, y ya saben todos que tras de la cruz está el diablo.

Señores, ¡qué vida, qué renuencia de hacer las paces! ¡Ven vds. que miraba tan despreciativa! No queda por mí, Sr. D. Anacleto, y yo cantando te doy á tu señoría una fiebre. ¡Atención, noble auditorio, oído á la copia.

Tienes una carta
De San Antonio,
Pero unas milas van á
Como un demonio.

Viva el guapo y ¡alejar buleros; vian que ni de molde para servir de retorcido, ó mejor dicho, de estribillo para costarnos la vida de ese señor tan formal y tan circunspecto, y tan de buen corazón.

Es un digno el Sr. D. Anacleto, que presente se halla; lo veis con su sombrero de ala ancha y su corbata blanca, su chaleco al cuadril y su levita abito de la rodilla, su pantalón sin una mancha, su palmeto estrictamente doblado en el bolsillo; su reloj con su cadena de oro terminando en llaves y sellos del propio metal, y su desmedido paraguas, con su funda idéntica, ¿quién lo puede confundir! Ese es D. Anacleto, con su cabello sumamente empujado adelante para cubrir la calvicie; ¡he! ahí, en el santo jubileo de

linojos pasa las horas enteras, sonríe al descuido con el sacristán, oprime en silencio la mano del M. R. P. predilecto. ¡Que éstasis con los santos! ¡Que conmovido reza las oraciones! ¡Quién al verlo no dirá contrito, ¡D. Anacleto!

*Tiene una carita
De S. Antonio*

—Deo gracias.
—A Dios acat donde.
—Me llaman rd. a la madre obrera!
—Oh hermano, ¿cómo le va rd?
—Bien, madrecita; los parrochianos de nuestro padre Sr. S. Nicolás me prueban a las mil maravillas; pero ya se vé, todo es la voluntad del Señor.

—¿Que tal lo hizo nuestro padre capellán?
—Pico de oro, madrecita; duró el sermón como una hora.

—Parecía un santo doctor.

—Hay ven esos bizcochitos y el chocolate, venga vd. en ayunas.

—Sea todo por Dios.

—Madre sor Juana, aquí está nuestro mayordomo el Sr. D. Anacleto.

—Que, si ya no lo quiero a vd.; ¡si nosotros forramos las isabelas!

—A todas las quiero, madrecita, vengo a ver si se ofrece algo.

—Ya concedió su Ilma., indulgencia a mi niño.

—Diecientos días por cada credo y ----

—Toma vd. lechicita sobre el chocolate.

—No se moleste su reverencia, &c.

Con media arroba de cacahúes en el estómago, y hasta media docena de bizcochitos, el cristianísimo D. Anacleto antes de partir, revisa su oficina donde los sobrestantes y uno que otro inquilino lo esperan con el mayor acatamiento.

Allí es lacónico; su aire es sultánico, y sus resoluciones decisivas: todos hablan en voz baja; se inclina en su gabinete frente a su Crucifijo de Guatemala, al lado un nicho con nuestra Señora de los Dolores, elegantes floreros, sendas escudaderas, y junto al brasero de plata un braseroillo humilde de barro, copado de ceniza.

Despoja inquilinos, tormenta empleados pobres y millares sin prorateo; pero a la vecina pisipetra, ojinegra y melosa, del cuarto núm. 8, entre formal y zalamero le esigue a sola la renta, y por fin, por fin, ella se retira nácar como una amapola, mientras él queda componiéndose el semblante y recuperando su gravedad; ojo alerta, que algunos por estas y otras travestillas, ¡mordaces! le achucan

*Malas mañas
Como un demonio.*

Almibar en los labios de D. Anacleto, siempre siempre sus ojos fijos en el suelo; siempre hablando en voz baja y restregándose las manos

al encomendarse al Señor; parece un hombre sin enemigos, tal es su afabilidad aparente; si digo bien.

*El tiene una carita
De San Antonio.*

Pero si aquel santo corazónito abriga un resentimiento venenoso, no por eso lo abandona la humildad ni su tolerante sonrisa: con las mejores intenciones del mundo, afca la conducta de tal empleado, como compadeciéndose de la debilidad humana; publica sus defectos y sus vicios, y ya que encendió los ánimos, ya próximo a consumar la ruina de un infeliz, aboga con resfriador por él y promete a su nombre la enmienda. ¡Cásearas!

*Ésus son malas mañas
Como un demonio.*

Si guando el ejemplo del Salvador del mundo, agasaja a los niños, y los jóvenes lo veneran por sus virtudes; si les aconseja la moral mas pura, la obediencia a los padres, la resignación en los trabajos, y cuando a algun párvulo preguntan por D. Anacleto, luego responde:

*Si tiene una carita
De un San Antonio.*

Pero cuando alguno de esos jóvenes se lleva la palma entre las fellas, y forma contraste su viveza, su elegancia y su edad, con el conjunto de D. Anacleto; entonces, siempre riendo, informa de su conducta a los padres del jóve, le encarga la conciencia, todo por amor al mismo muchacho, y empozoña la existencia de una familia. Respondan ahora francamente, ¡qué es esto!

*Ésus son malas mañas
Como un demonio.*

La fama de D. Anacleto vuela; hombres verdaderamente escudados le confían sus negocios, y los maridos lo hacen confidente de sus culpas domésticas.

Si la esposa es bonita y promete esperanzas, nadie interviene en el arriamiento de los consortes como D. Anacleto; convierte a la esposa, le concede la razon, la regala un tépalo, habiéndola de confesiones y jubileos deja deslizar timorato su mano: despues es el todo de la casa, el padrino del primer niño, el marido le debe, la esposa le agasaja, y la criada de mas confianza, cuando de él se habla, esclama: con cuádro, ¡quien; Sr. D. Anacleto!

*Si tiene una carita
De un San Antonio.*

Nunca, por ningún título cuando entibla una relacion se dirige a las muchachas; las viejas son su encanto, se informa de sus enfermedades, reza con ellas al toque de ánimas, le busca costuras, e influye porque se les pague el montejo, ó en el arreglo y prosperidad de cualquier negocio; dueño ya de los secretos, desvia astuto

los cortajos de la niña, siempre indisponiendo a la madre despues, con cuentacillos y demas, se inicia en el ánimo de la jóve; a los pocos dias la madre está loco de júbilo: porque la sacó a la retreta Sr. D. Anacleto; despues, ¡ah! despues la vieja allá a sus solas llora y se lamenta, diciendo: ¡quién lo creyera de D. Anacleto!

*Tiene unas malas mañas
Como un demonio.*

Si en una casa hay una enferma buena moza, el primero es D. Anacleto en procurar el bien de su alma; viene sin sombrero con un coche con el niño de San Juan ó la Virgen del Campo florido, y al verlo, vela en mano, rezando en latín, y tan compungido, a una voz esclaman todos, es una alma de Dios el Sr. D. Anacleto.

*Si tiene una carita
De San Antonio.*

Se instala en la cabecera de la cama, sin apreciar en nada su lestita, asiste al baño de pies, y cuando todos lloran y se comprimen, D. Anacleto a la espalda ve con ansiedad aquella piel tan blanca y lustrosa de la pierna, aquel pie pequeño, aquellos dedos torzados, y optina porque se prolongue el baño. ¡Capital!

*Ésus son malas mañas
Como un demonio.*

En un día de campo, en un baile, es D. Anacleto un primor, escita a las jóvenes a ardientes retozos; van, corren, se sorprenden, huyen y vienen a refugiarse con él, con el cabello descompuesto, el pañuelo desprendido, palpitando de ansiedad y de amor; D. Anacleto compone el pañuelo y se complace con el seno morbido; las muchachas inocentes dicen, ¡qué buen humor! ¡qué afabilidad de D. Anacleto!

*Si tiene una carita
De San Antonio.*

Yome río y digo: a otro mastin con ese hueso, *Ésus son malas mañas
Como un demonio.*

Un duelo, es una bonanza para el Sr. D. Anacleto; no hay buena moza que se prive que no vaya a dar a sus brazos; allí se las apropinaza, sufre sus convulsiones y cuida de su honestidad, cubriéndoles los pies y el seno, ¡qué oficioso! ¡qué buen hombre! no puede engañar,

*Si tiene una carita
De San Antonio.*

A la vida, si es bonita, la consuela y le aconseja no se deje alucinar por esos jóvenes libertinos; que ni oyen misa, ni temen a Dios; la vida grita, el lloro; se esfuerza sollozando la vida, el gimiendo la eshorta a la conformidad, y el tesoro de su rostro angelico, lo pega a su regoso semblante, siempre respetando la voluntad de Dios.

*Ésus son malas mañas
Como un demonio.*

En los bailes, como iba diciendo, parece no participar del regocijo general, y se retira a un rincón, tal vez junto de los músicos; es el depositario de los secretos y ridiculos, de los tépales y de los abundos; las jóvenes que quedan aisladas son pasto de su alma, no se sabe lo que hablarán: ellos están muy unidos, la niña ruborosa y el risueño, en aquella apitudo doblemente hostil, invade el rodeo y bebe primero que nadie, siempre con circunspección, francamente dice lo que le daña y aunque todos fuerman en el suelo, se le dispone su cama y se le deja solo para que rece sus devociones. ¡Pobre D. Anacleto!

*Si tiene una carita
De San Antonio.*

Detesta las cundillas, influye por trasmano para que se bailen boleras y cachucas; y cuando todos ven las airoas posiciones de la dazarrina, el embaldío en espantoso de deleite mental, con los ojos fijos en los ágiles pies, saborea y se embriaga de voluptuosidad. ¡Séamos imparciales.

*Ésus son malas mañas
Como un demonio.*

Cuando una niña sube a un coche, es el primero en observar hasta dónde se alzó el tónico; en el teatro ocupa lugar entre los bobos que ven subir las escaleras a las señoras, y sin disputa sería el primero en dar razon de los generos de la ropa interior del bello seco.

Cuando desprendido de la empalgosa etiqueta, y desahogado de la agobiadora carga del papel, que tan hábilmente descompete, se junta con otros vejetes de su jaja; allí es un pasajo D. Anacleto; allí detesta la honra de tal casada, los interiores de tal familia, el líneo de tal marido; parece que jamás ha visto el rostro de una mujer; de una estupa sus buenas proporciones; de otra el bello frigid de aquella el pie pequeño; de la otra la robustez y lozania.

Ya no hay manjías ni predicaciones, ni La-Velle, ni el padre Parra; nada, crónicas escandalosas, alusiones obscenas, citas de Figualt Lebrun, nada, nada que recuerde aquella carita de S. Antonio.

Al teatro solo asiste por el baile; se coloca en el mejor puesto, reniega de los calzates y de las medias de color; y cuando la Jala retosa, replica el triángulo, redobla la castañuela, D. Anacleto loro perfido se inclina para ver el pié de la actriz; sale de su estupor y saborea una a una sus excitantes contorsiones.

*Ésus son malas mañas
Como un demonio.*

Sr. Sr. D. Anacleto, esa es una rápida ojeada a su vida de vd. y a sus propensiones; yo lién sé que así se asegura, que así se obtienen altos puestos, que así se roban corazones, y se come y se vive como el just.

Yo sé también, que cuando se vitupera al ca-

lavera franco, porque pretende á tal muchacha, por sus conversaciones imprudentes, por su desenvoltura, á vd. lo acatarán, seductor, aborrecible hipócrita: de vd. harán confianza los padres y los maridos: de vd. dirán los imbéciles ¡es un hombre formal! es un dechado de honradez, y hasta el semblante de D. Anacleto.

*Qué! tiene una carita
De un San Antonio!*

Pero eso no, es conmigo, caballero Parsimonia; yo gritaré y al verlo gasonofo, de ojos bajos, hablando quedo, y lleno de devociones, los diré á mis concidadas ¡zap! Muchachas, ojo alerta con D. Anacleto; lo ven tan puceto y tan másio, pues tras de la cruz está el diablo; aunque vaya al jubileo, aunque persigue cuanto coma, aunque os regale escapularios, y os recomende á los buenos predicadores, ¡zap! D. Anacleto

*Tiene unas molias negras
Como un demonio.—FIDL.*

BOLETIN SEMANARIO.

Muy poesa, ó por mejor decir, ningunas noticias de interés tenemos que consignar en las páginas del Museo: así es que por esta semana nos contentaremos solo con hablar dos párrafos sobre

TEATROS.

El día 3 en que comenzó el nuevo abono, los empresarios y actores de Nuevo-México hacen sus esfuerzos para no perder su situación teatral, y se anunciaron las *Memorias del Diablo*; un hermoso padelló por la señora Mercedes Pavia y su hermano. La pieza ya conocida escitó el interés de su misteriosa intriga, y obtuvieron largos y prolongados aplausos los Sres. Barrera, Hermosilla y Mata. Pero lo que rogoció sobremanera á los partitidos y concurrentes de Bohéto fue el padelló, estrado de *la Encantadora, ó el triunfo de la cruz*, y en la cual los Parias ostentaron toda su habilidad en el arte de Turpicoire.—Si se creen los aplausos y los elogios de los concurrentes, aquel baile fue una obra maestra de gracia, de agilidad y de destreza: los aplausos los interrumpieron muchas veces, y las coronas y los versos vitieron á hacer la ovación triunfal de los jóvenes artistas. Los versos desgraciadamente eran mas que malos.

Día 6.—Se repite el baile con los mismos aplausos y el mismo entusiasmo. Se da por primera vez el *Redactor responsable*, que se anuncia como obra de Breton, y que si lo es, no contribuirá sin duda á su fama, pues que si se exceptúa el mérito nunca desmentido de su verificación y algunas sales, con tal cual escena de

efecto cómico, no vimos ni argumento, ni acción, ni caracteres, ni verdaderas gracias cómicas. La ejecución estuvo apenas mediana.

En el Principal se ha repetido la comedia del Sr. Breton *“Un novio á pedir de boca,”* la cual ha sido muy bien recibida del público, y con mucha justicia, pues la verificación, las sales cómicas que con abunda, y las escenas originales que tiene, como la del escondite detrás del timbo de los tres amantes, y la del desmayo de D. Celestino en brazos de la viuda, la colocan al lado de las producciones que honran la pluma del festivo y fecundísimo Breton.—Alguna vida y movimiento se nota en Santa Paula, pues así la señora Francesconi, como los demás actores, han recibido frecuentes aplausos.—El ramo de baile ha mejorado tambien, pues la señorita Morezuma se esmera cada día mas, y el público la tributa en recompensa multiplicados aplausos.

El domingo 6 se puso en escena en dicho teatro, la comedia de D. Tomás Rodríguez Rubí, titulada: *Los dos Validos, ó Castillo en el aire.* Las hermosas poesías que habíamos leído de este autor, nos hicieron concebir favorables impresiones respecto al drama anunciado, pero nuestras esperanzas quedaron burladas.—El drama no tiene ni interés ni acción. Los personajes no tienen carácter marcado, y el padre Everardo con su lento y pausado hablar, su refinada hipócrisia, y sus intrigas rastreras, nos parece el personaje mas anti-dramático que haya podido imaginarse.—Los actores lo hicieron medianamente, y el padre Everardo ó no sabía su papel, ó creyó que es forzoso que hablen espacio los ministros intrigantes.

D. JOSE LA-MADRID.

Este actor, que hace mucho tiempo estaba separado de la compañía del teatro principal, á causa de sus enfermedades, ha reparado ayer á sus amigos y al público, unos convitos anunciando que el empresario y actores de Nuevo-México le han concedido una función, que se verificará el martes próximo. Tal acción es muy noble y generosa, y por tanto, la justicia nos obliga á elogiarla.—Entre los artistas, es muy loable que reine la armonía y confraternidad.

ESTIMULOS LITERARIOS.

Hace mas de un mes que un señor *cañonero* tiene en su poder un drama original de un joven amigo nuestro, y aun no lo devuelve. Se dice que está haciendo disertaciones teológicas para fundar y comprobar su opinion en un oficio que debe pasar al señor perfecto. ¡Desgraciada literatura, que está bajo la ferula de la policia, como si fuera muger perdida ó ébrio consecundinario.

PANORAMA DE MEXICO.

LA VILLA DE PARRAS.

—>>>BIBL<<<—

Há aquí una población bella y hermosa, que en las estaciones del año se presenta siempre á la vista de un hombre observador, con un aspecto tan caprichoso, tan diverso, y tan pintoresco: se fundó á fines del siglo XVI despues de conquistadas estas comarcas, y retirada la multitud de naciones bárbaras que antes las habitaban. Del Saltillo, capital del Departamento de Coahuila, fundada el año de 1588, salieron pobladores para los otros Departamentos internos, y de allí vinieron tambien los que fundaron á Parras. Por la sujecion á manera con que antiguamente se gobernaban los naturales de este lugar, y por los restos, que todavía se advierten, de algunas familias descendientes de los indios de la gran Tlaxcala, se conjetura que sus primeros pobladores fueron tambien de esa raza.

Cerca de la plaza principal está una roca ó peña escarpada, de poca elevacion, conocida con el nombre de Tescalco; tiene una cueva cuya entrada se percibe aun desde lejos, y por tradición se sabe que unos padres jesuitas acudiendo á los primeros pobladores, y cantando las letanias, llegaron y celebraron en ella la primera misa: este hecho lo hevisto confirmado en una pequeña imagen del Salvador que se conserva en una de las capillas del templo de los jesuitas, y tiene este letrero: “*Ante esta santa imagen se dijo la primera misa en el pueblo de Parras, en la cueva del Tescalco día de la Asuncion de Nuestra Señora: año de 1591, cuando fundaron la Misión los Padres de la Compañía de Jesús.*” Pero sea de esto lo que fuere, Parras está cuarenta leguas al Poniente del Saltillo, tiene ochenta y nueve mil habitantes, y la población está situada en un terreno desigual, no dilatado; y domiñado por un alto que queda al lado del Sur, formando una ladera cubierta de árboles y viñas. De entre estas huertas sobresalen los áridos cerros de la Secasion, y S. Gabriel, que se elevan á mayor altura, y presentan una perspectiva fantástica y colosal.

Por el rumbo del Sur linda Parras con una cadena de colinas sin vegetacion, pálidas, tristes y de un aspecto monótono, que los moradores las llaman las lomas del ojo de agua (1) y cer-

ros del Sombrerettilla: el resto de la población que queda como en un bajío, se estiende por el Poniente hasta el pie de una gran sierra azul, que parece que se eleva hasta el cielo; y en la primavera, la fragosidad y aridez de aquellos cerros, y de esta enorme montaña, contrastan admirablemente con el ameno y delicioso de la población. Media legua al Norte del lugar están las tierras de labor de la hacienda de S. Lorenzo; y por el Oriente linda la población con las casas, viñas y tierras de la hacienda del Rosario, una de las mejores fincas del ex-marquesado de S. Miguel de Aguayo, y que solo forma una pequeña parte, comparada con la cuantiosa concesion de tierras, que á sus primitivos dueños los hizo el antiguo gobierno español, en premio de la conquista de este cultivable y rico territorio.

Seguramente se fundó la población en este sitio, por la abundancia de agua, y por lo fértil, ameno y delicioso del terreno. En el alto que la domina están esparcidos la mayor parte de los manantiales, y la agua se encuentra en él, á poca profundidad, lo que facilita aun el riego de muchas milpas y viñas aunque pequeñas; sin embargo, como las lluvias son generalmente escasas, la agua corriente que producen todos los manantiales, no es suficiente para el riego de las viñas y laborios que anualmente se hacen en los contornos de la población. Quizá presto, los vecinos propietarios de Parras, conociendo sus verdaderos intereses, podrán estruar la que necesitan, sin oponerse unos á otros, determinándose á celebrar *transacciones*, en que concilien el respeto á las posesiones actuales, con la explotación de la agua, que evidentemente se conseguirá, tajando algunos terrenos de esta población, en que mana casi naturalmente. Entonces las pérdidas considerables que han sufrido los capitales, presto se repararian: la miseria y las émitas públicas evidentemente disminuirían; y la villa de Parras adquiriría un aspecto mas bello y mas hermoso que el que ahora presenta en las estaciones del año.

La agricultura es el ramo á que se dedicaron desde su origen los moradores de este lugar, y

(1) En este punto está el mayor y mas grande manantial de este lugar: produce casi un bovey de agua, y

está dividido en cuatro partes, una es del vecindario de Parras, y las otras tres, que antes eran del marqués de Aguayo, hoy pertenecen á los Sres. Sanchez,

por eso se observa que lo mas del año están ocupados en el cultivo y cuidado de sus viñas: en la fábrica y trasiego de los licores: en la labranza de sus laborios de trigo, maíz, frijol &c., y en la siega y cosecha de los frutos de estas empresas. Estos artículos que con abundancia producen este suelo cultivado, forman la riqueza de la población, y son de muy buena clase; pero particularmente la calidad del aguardiente y vino que se fabrican, es tan excelente, que sin duda pueden competir con los licorosos apreciados de la Europa. «La ferocísima villa de Parras», dice el Sr. D. Miguel Ramos de Arizpe (2), «que ocupa cuasi exclusivamente la mayor parte de sus diez mil habitantes en el cultivo de las viñas, forma principalmente su subsistencia en la fábrica de excelentes aguardientes, y muy generosos vinos que sellan á México y otros parages de aquel reino. ¡Desgraciado pueblo de Parras! ¡Cuál sería la opulencia si no te abrumsasen hasta hoy, las mas vergonzosas trabas puestas tantos siglos por la codicia de los monopolistas, y la ambición de los mugrientos que oprimen los robustos brazos de tus laboriosos hijos! ¡Ejunga ya las lágrimas que te ha sacado la miseria, viviendo en el país de la abundancia, y descansa segura de que el tutor y sabio gobierno, que la roto ya las trabas del monopolio anti-agricultor, dará empuchos á tus frondosos viñedos, y te pondrá en goce de las abundantes aguas que te dió naturaleza, para que los haga reverdecer y fructificar con abundancia.»

Por desgracia hasta hoy no se cumplen las patrióticas y benéficas intenciones del Sr. D. Miguel Ramos de Arizpe. Parras con sus habitantes destinados continuamente al precioso ramo de la agricultura, base de la verdadera felicidad de los ciudadanos y de la riqueza y opulencia de los estados, permanece actualmente en la pobreza, y en la miseria mas grande. ¡Ah! la devastación, é innumerales asesinatos que anualmente cometen las tribus bárbaras y feroces; y los efectos de las extraordinarias heladas que habiéndolo en estos últimos años, tambien han venido á aumentar enormemente la constricción y la decadencia de sus desventurados hijos.

LA PRIMAVERA

Para fines del mes de Marzo los propietarios de Parras han cultivado ya perfectamente la mayor parte de sus fincas, y la primavera sigue desarrollando sobre los árboles y las viñas, las nacientes vástagos y sarmientos, llenos de brotes y hojas lustrosas, de un verde claro y apacible con que las cepas comienzan á abrir sus copas.

(2) Memoria presentada por el Sr. Ramos Arizpe en las cortes generales y extraordinarias de España, el día 1.º de Noviembre de 1811.

Las macollas de azucenas, y claveles de diversos colores, la multitud de cercados y rosas de Castilla: los lirios, las amapolas, y otra innumerable variedad de plantas, que abundan en este sitio, ostentan en esos meses sus matices, su brillantez, y sus formas: la población en todas partes se presenta esmaltada y caprichosa, y el aire se encuentra perfumado con las emanaciones de las flores, de la allahaca, del toronjal, y otras plantas odoríferas.

¡Pero qué embeloso es ver á Parras en las noches de luna de la primavera! Los templos y las casas apenas se advierten, como hundidas entre un fúncoso arbolado: los albaricokes, higueros, duraznos, perales &c.: los fresnos, los almendros, los sauces y otros árboles corpulentos, sombreado con sus grandes follajes á las parvas, y otras plantas pequeñas que están á sus pies, se presentan entre las viñas á manera de gigantes, y causan una sensación inesplicable cuando la luna desde el zenit plata sus verdes hojas con los destellos de su pálida luz. ¡En cuántas sitios con placer puede el hombre detenerse á contemplar los dignos objetos y maravillas de la creación! Algunas veces el silencio de estas noches es inalterable, y apenas lo interrumpen el susurro de las aguas de los manantiales que se derraman en la población, el canto de los ronzales, y de algunas otras pájaros nocturnos. Difícil es entonces resistir á la tentación de subir al alto, ó trepar en las cumbres de los cerros de la Secusion, y San Gabriel, porque ellas parece que invitan al bello espectáculo que dominan, y que la población alumbra presentada á sus faldas.

En los meses de la primavera, es cuando los moradores de Parras tienen menos que trabajar en sus fincas: todas las viñas y demás árboles frutales han anunciado ya el fruto que se ha de cosechar, y solo exigen que en esta estación se empiecen las plantas pequeñas y floridas: sin embargo, como la bevada del 11 de Marzo de 1811, y la helada del día 15 de Marzo de este año, han destruido los viñedos, hasta el extremo de reducir las fincas á la mitad de su valor, la operación de *catacar las viñas* es ahora de mucho costo, y es tanto mas importante, cuanto que solo de ellas, y de las nuevas plantaciones que se hagan en los años venideros, depende la reparación de la enorme pérdida que han sufrido las capitales, con aquellos acontecimientos raros y memorables.

EL ESTIÓ.

La primavera ha renovado y desarrollado los ramos, las hojas y los frutos de las viñas, y los árboles: mester es que las calores del verano y las tempestades ó rictos agüeros: del

estío, vongan á acelerar la fuerza de la vegetación, y á preparar la maduración de las frutas. Esta es la estación, en que así como las demás poblaciones del Departamento de Coahuila, la de Parras tambien experimenta muchas veces esos vientos abismadores y molestos. El territorio del Norte de nuestro continente, que comprende los Departamentos litorales, y está situado en la zona templada, tiene un clima variabilísimo; frecuentemente á un extraordinario aumento de calor, le sucede un brusco, que oscurece la atmósfera á veces forma el granizo y lo despidió con fuertes truenos y explosiones eléctricas; y aunque por la regular comienzan en Parras las lluvias á fines de Junio, y duran Julio, Agosto y Septiembre, son siempre mucho menos frecuentes que en las poblaciones situadas en la interior del país.

Los meses en que la primavera ha estado desarrollando los cerros de la vegetación, á los moradores de Parras los ha reinado tambien, recordándoles los frutos y las utilidades de la agricultura de las tierras, para que repitan de nuevo las empresas de su industria agraria: es por eso, que ningún año los labradores dejan de preparar con tiempo los pocos terrenos á propósito que hay en los contornos de la población, para hacer en ellos sus laborios, conforme caen las primeras lluvias del estío.

En esta estación tambien se les multiplican sus trabajos, sus quehaceres, y sus gastos: por una parte, las limpiezas de las viñas, las siembras de maíz y frijol, &c., y por otra la siega ó cosecha del trigo, hacen que hasta las inmediaciones de la población están llenas de gente, y que se observe un gran tráfico formado por los labradores, los jornaleros, los fletos &c. Todo este conjunto de faenas y rústicos trabajos escitan los mas vivos afectos, y las meditaciones mas agradables; pero la impresión que se siente las tardes en que ha presentado un grande aguacero, unida á la que por sí causa el aspecto de la labranza, es casi inesplicable. Las nubes atraídas por el viento comienzan á amontonarse pausadamente hasta que interceptan la vista del sol y de la bóveda celeste: forman luego una sola mole densa, pesada y en partes negra, hasta que disolviendo en la atmósfera el agua que contienen, la precipitan con fuerza, y desciende acompañada de truenos y relámpagos frecuentes. Yo he salido muchas veces al campo despues que ha caído un grande aguacero, solo por gozar del bello espectáculo que entónces presenta la naturaleza: de las viñas y los árboles ruedan y caen innumerables gotas cristalinas de la lluvia de que quedan empapados: sifitese aun á gran distancia el estruendo de los alubionos ó avenidas de que vienen crecidos los arroyos que parten el poblado: observase una ale-

gría y un contento general en todos los labradores, y á muchos se les vé llenos de inquietud, correr sin pérdida de tiempo con los instrumentos de su agricultura, á donde á regar sus sembrados, ó como ellos se esplican, *á atajar acachala para las milpas*. Las nubes velas y ondulantes, comienzan luego á dividirse y á cambiar de forma, dejan ver un cielo azul, purísimo y hermoso, y el sol radiante y próximo á su ocaso, brilla entre esas mismas nubes que dura y hace resplandecer cual si fueran montañas celestes; y el Oriente ¡Oh qué embeloso causa ver en el Oriente muy inmediato y diseñado desde la tierra hasta el firmamento el magnífico arco-iris, que se presenta reflejando los bellos y hermosísimos colores que se compone!

EL OTOÑO.

Este es el tiempo de la mas grande concurrencia de los forasteros á Parras: la época de las cosechas de todas las frutas: es la estación de las vendimias, ó aquella en que se cortan las uvas, para convertir sus zumos en los vinos generosos de Parras. El aguardiente, el vino blanco, el vino dulce y carlon, son los licorosos que generalmente se fabrican de este fruto especial y benéfico. Las torias de pass á ligio, el crejon de rosa ó durazno, las nueces y la uva pasada, son por la regular las frutas de que salen cargados los atajes de mulas, que con otros efectos entran á Parras en el otoño.

En todo el mes de Agosto se hacen todos los preparativos necesarios para la vendimia: los toneleros componen y arriatan las pipas, los toneleros, las cubas &c., y los operarios estancan todos estos muebles de las bodegas: registran los cobreros, los alambiques y los cazos, y tapan aun los agujeros mas pequeños que en ellos se advierten: componen y limpian el allahai los lagares, las pallas y las aguarderías, y todos los propietarios se empeñan en tener un gran acopio de leña, para la destilación del aguardiente, y los cocidas de arrope.

El mes de Septiembre llega, y las viñas todas con sus pimpános medio secos, presentan descubiertos sus maduros racimos, para que los moradores de Parras principen sus vendimias, y urden otros dias el tedio que causa la mala dicha pobreza general. Todas las mañanas de Septiembre, los operarios ocurren á las bodegas de los propietarios: ir recibir sus cestos ó canastos para irse al corte de las uvas, y en el resto del día se encuentran con frecuencia *cuadrillas* de á diez, veinte, cuarenta, hasta setenta jornaleros en hilera, y conduciendo en la cabeza sus canastos llenos de aquel fruto. En las calles, en los lagares y en las buertias, gritan, cantan, y aumentan el estrépito del continuo tragar, que en Parras se observa durante la vendimia; y den-

tro de las bodegas se disfruta de un grato espectáculo, ya mirando la destilación del aguardiente, ya el aderezo de los mostos, ó viendo en los lugares pisar las uvas al son de una vihuela, sin cuyo instrumento nada puede avanzar el trabajo de los jornaleros.

Todo el mes de Septiembre se emplea en tan agradable y útil trabajo, de suerte que las vendimias y su tráfico acaban en el mes de Octubre, y solo continúan las destilaciones del aguardiente. Cuando llegan los últimos días de este mes, ya está aderezado y envasado en las pipas el mosto que ha producido cuarenta ó sesenta mil cargas de uva, y finalmente se aguardan las primeras heladas para cosechar y trasladar el suave licor á que se destinó.

EL EXPERIMENTO.

Acabó el otoño, y acabó también la primavera y la frondosidad de Parra; entra el invierno deshojando apresuradamente las viñas y todos los árboles: retorciendo y endureciendo sus aspéras y desmenuzadas ramas y amontonando á sus pies los pámpanos y las hojas muertas y tostadas. Diciembre, Enero ¡oh! ¡cuántos tristes, cuán melancólicos son estos meses en Parra! Aquellas colinas, aquellas montañas, cuyas cumbres y perfiles se diseñaban claramente bajo un cielo hermoso y azul, ahora se ocultan con frecuencia entre nieblas densas oscuras y frías.

La escena toda ha cambiado; el frío de las nubes todo lo arrasa, y las nieblas á veces son tan espesas, que aun impiden la vista de los objetos ó bultos que están á veinte ó treinta pasos de distancia; pero á pesar de esto, los labradores y operarios envueltos y heridos por los hielos, corren sin embargo en esta estación á impedir los daños de las grullas y los ánsares, y á hacer en sus laboriosas sus cosechas abundantes de maíz y frijol. En estos meses, así como en los del estío, se pueblan los contornos de la población, y se advierte el mismo tráfico; pero hasta en la desvanecida alegría que muestran los campesinos, se manifiesta lo crudo de la estación y lo terrible del clima; y qué, después de tanto trabajar y de haber preparado de antemano tan abundantes cosechas, no lograríamos alguna vez gozar esa ventura, y esa felicidad que sin cesar buscamos! ¡Ah! cuando entre esa general congelación de los últimos días del año, voy y acompaño á mis concitadanos á recoger los sazonados frutos de nuestros rústicos trabajos, veo también que no por eso debemos aguardar para después descansar ni reposo alguno: esos días tristes y melancólicos del año moribundo, no son más que el alba del año nuevo que se aproxima; pero, ¡cuántas bellas escenas de la naturaleza tenemos también que admirar en esta anual transición de los tiempos! Esos hielos que en

el invierno vemos con frecuencia desgajarse en brillantes y transparentes trozos; ese inmenso conjunto de copos de nieve, que á millares vemos caer sobre nuestros montes, nuestros prados y nuestras viñas, y que los hacen aparecer rutilantes y blancos como las coronas de las azuleñas, atenuan cuando me pongo á contemplarlos, los pesares de la vida, y me infunden un consuelo agradable; ¡dichoso yo si toda mi vida pudiera emplearla contemplando los admirables y grandiosos objetos de la naturaleza, para esclamar continuamente: *¡Cuán sabio, cuán omnipotente es el Ser ESCELSO que creó todos los seres que están á mi vista!*—J. M. AVILA.

Carta de un Sub-teniente pibe á su querida.

(ARTÍCULO REMITIDO.)

Amorosa querida, La trompa bética y el tronco parecían llamarse á la guerra, y es forzoso partir. Acaba la parte cortada, con su filosa guadaña los días de tu adorador, y me volveré á veros sino en el valle de lasañas. En febrero, pues, que sepas mi última voluntad y seas dueña de los brazos que dejo, pues no sé que en la tierra mas personas de mi estacion, que tú y mi caballo. Adios, pues. En una peseta de mi cuarto, que tú ya sabes. Hay una niñeta sin cuello ni vestidas.

It. un foro de julio para sembrar, con cuatro ó cinco partiduras.

It. Una charretera que fué en un tiempo de hielos de oro. It. Un pastelito de cintura de botana.

It. Una caligüeta de acero, arboza.

Todo esto lo venderás al mejor postor, y pagarás con su importe, dos meses de renta que debo al casero, y que te cobrará, según se lo he encargado.

Los muebles de la pieza, consisten de un banco de cama viejo, una silla sin asiento, una mesa sin un pie, un candelero de barro, un caballete apollado, y una Ordeñadora descamada; vendi todo esto á mi hijo de la calle de S. Francisco, y con su producto pagarás á D. Guajardo el alquiler, lo que le deba de pastura para mi pibe, compraré el caballo.

Siempre el hacer algo bien en la tierra para Dios en el cielo así, querida mía, te encargo muy mucho, que unos fragmentos de calzones blancos, unos delantales de cambray, varios calcetines tricolores, dos corbata de encaje, y otras frioleras curiosas de ese jorje, que encontrarán en un rincón del suodicho cuarto, las repartas entre los pobres, encareciéndoles que mi número, ruega á Dios por el descanso de mi alma.

Á tí mi charra biclarada, te doy el millo de colche que le compramos á Doña Olegaria, un florido, un pelo, una porción de prochinias de mi general, que pueden servir para modas de señoras, una parada de carraños, una pistola descompuesta, y la Lucinda, el Hijo, del carnaval, y otras obrutas con que tanto nos divertíamos.

Considero, negra de mis ojos, que te pondrás á llorar cuando veas estas disposiciones testamentarias; reflexiona que yo más que una precesión por ti muriera; mas por el contrario, yo creo que vivieras; y que regresaras á mi lado con mi charretera al lado derecho, y la bolsa mejor que yo tenia, para que nos demos nuestros besos en Santa Anita, como lo hacia cada vez que me daban praxateo.—No te aflijas, sierva de Texcoco, siliódel parim de Tolsa, y Nayade de la Vira, porque pronto verás de nuevo en tus brazos á un amante y conciente Marte, depositando á tus pies los laureles con que lo haya coronado la trompeta de la fama; y con mas amor que el mismo dios Cupido.

Conservate bien, y no te equivoques con mi compadre D. Juan, porque tus buenas y malas partiduras las ha de saber en esta villa ó en la otra tu amarielido.—*Pibe Roguile.*

NOVELA.

EL MARQUES DE VALERO.

I.

ENTRE los regocijos y demostraciones públicas con que celebraron el arribo al puerto de Veracruz de D. Baltasar de Zúñiga Guzman Somatoray y Mendoza, duque de Arion y marqués de Valero, allá á principios del año de 1717, como sucesor en el gobierno del benéfico duque de Linares, se distinguieron especialmente algunos bailes, en que la porción mas escogida del pueblo veracruzano desplegó su tradicional magnificencia á los ojos del representante del augusto monarca.

Concurría á tan selectas reuniones un capitán mexicano residente en aquella plaza, que aunque por su graduación debería ser excluido de tan aristocráticas tertulias, poseía una mujer hermosísima, y cuya maestría en el canto formaba entonces el embellezo de la alta sociedad veracruzana. No obstante su habilidad rara, y el esmerado aprecio con que se la distinguía en todas partes, la maleficencia misma respetaba su conducta, siendo citada generalmente como un modelo de virtudes y de amor conyugal.

Luego que vió el presente virey á Lucéita Ruiz, que este era el nombre de la esposa del capitán, se singularizó en cortejarla con cuanta expresión le permitía la dignidad del puesto que tan pronto iba á ocupar. Muy especialmente quiso captar la voluntad del marido con promesas de la protección mas franca y honajera; pero el robusto se firmaba todo pretexto de intimidad, entreviendo sin duda el verdadero objeto de tan intempestiva munificencia. Respetando, como debía, la opinión, continuó concurriendo á los parques mismos que el marqués; pero con mucha menor frecuencia, y dando á sus visitas la menor duración posible.

Era Lucéita una de aquellas mujeres indefinibles, de quienes la inconstancia, la sensibilidad extrema y la ligereza, ó el capricho, forman el carácter: una de aquellas mujeres que floran fáciles con las lágrimas del niño, y ven insensibles las agonías del amante; que se llegan á persuadir á sí mismas que aman con pasión á un hombre, y una flor, ó un vestido, ó un pasee las hace olvidar del juramento; así era Lucéita: se sacó con el capitán Carnacho, mas bien por la resistencia que al principio opuso su familia, ó por la

novedad del estado, que por amor; y ya esposa, en el canto y las diversiones buscaba un recurso para evitar la monotonía de una existencia uniforme y tranquila.

No así el capitán; la adoraba con vehemencia desde que la vio; esa propia versatilidad de carácter lo apasionó mas y mas; y aun poseyéndola, era rendido como un amante.

Era una consagración sublime, como la del ángel á Dios, representada en los mas tímidos cuidados, en los gustos mas frívolos, en las pequeñeces mas imperceptibles. ¡Cuántos trabajos! ¡Cuántas privaciones para mantenerla con un lujo superior á su clase! ¡Cómo sazonaba con su capisita ternura el pan de su honrosa mediocridad!

Habia notado el amable capitán, desde que con prudencia se alejó de la tumultuosa vida que antes seguía, cierta frialdad concentrada é impetuosa en el trato del marqués, que le hubiera inquietado menos, si el desprecio y ciertas ritas frecuentes y sin motivo con su esposa, no le hubiesen infundido profundo sobresalto.

¡Airoz posición la de un marido celoso! ¡Sentimiento infernal que devora el corazón, fibra á fibra! ¡Sentimiento equívoco, que es la hiel del alma, y quemaa y atormenta como ninguno! ¡Consagrar la mas sublime de las prerogativas del hombre, la libertad, á una mujer, en cambio de ser su único dueño, vivir para ella, consumirse trabajando por ella...! ¡Cómo celaría sin hacerse odioso! ¡Cómo despreciarla, si se puede escitar su venganza! ¡Si le es tan fácil la consumación de ésta, y el aniquilamiento de nuestro orgullo y de nuestro honor! ¡Y después que la afrenta nos ha marcado, y después que el hombre vió frustrado un porvenir de dicha y sosiego. Después de todo, ¡le espera en el mundo la compasión á su desgracia, el aprecio...! ¡No, le espera el ridículo...! Y luchar con un poderoso, desde el fondo de una suerte desgraciada, y verlo alzarse, y considerarlo á los ojos de la esposa, con prestigio, con riqueza. ¡Ah! eso es horrible.

Devoraba en silencio el capitán sus penas: á veces veía fijamente á su esposa, y quien sabe lo que pasaria en su interior; pero se retiraba de su lado, porque la voz le faltaba, y tenia los ojos inundados en lágrimas.

Estas que al principio eran sospechas, se hicieron más profundas, por la exigencia con que en su cuartel se lo recargaban los trabajos; por el empeño con que su mujer andaba por ciertas concurrencias, y por la estudiada transposición con que hablaba Lucesita del marqués.

Una noche, en su cuerpo de guardia, recibió en el camastro mismo de su cama un pipet súbitamente, que decía: —*Cuida tu honor, esta noche.* — ¿Quién da crédito á un soldado? Preguntando á un coloso, preguntémosle á miles: al soldado cubre la armadura, pero hace, por lo mismo, mucho más peligrosa la herida.

Era una noche escrutinada en una callejuela escusada, al costado de San Francisco de Veracruz veíase un hombre laudable, como una roca, con los ojos fijos en una casa que parecía entrada al año, como sus habitantes: nada interrumpía el silencio, sino el murmullo sordo de la mar, que parecía descansar de su lucha con los vientos de los días anteriores.

Ya se disponía á retirarse el incognito, cuando oyó unos pasos: fijó la atención, y se disimuló el ruido, como si una persona se aventurase á entrar por la calle escusada; á ese tiempo, el reloj dió una campanada como si ella hubiera movido un resorte, abrióse una ventana, y el capitán desentendió su acero, registrando con feroz complacencia su aguzada punta.

—Sr. marqués!

—Lucesita!

—Van á abrir.

Como se lanza un tigre á su presa, lanzóse el capitán con su espada sobre el detestable rival; éste estaba, al parecer, demasiado prevenido. Cruzábanse los aceros, arrojaban chispas, y resonaban con precipitación y fuerza extraordinaria: se oía el respirar fatigado de los combatientes; separábanse, se encontraban de nuevo, perdían y ganaban terreno, hasta que un extraño combate se presentó en la lid y tomó el lado del marqués, cargando frenético sobre el capitán. Defendiéndose éste contra una pared, continuó en la lid con encarnizamiento: ábrese entonces la puerta de la casa, aparece una luz, lízase á ella distraído Camacho, y vá á caer junto á ella vacilante, traspassado por los dos chicos enemigos.

Moribundo, arrojando sangre, hizo Camacho un nuevo empuje: se alzó asiendo á sus adversarios del empuje, y hundiéndolos con la sangre que arrojaba; el ruido cunido; abriéronse los balcones; acudió la justicia; iba á asegurar á los criminales: uno de ellos se cubrió absolutamente el rostro, mientras el otro personaje llevó la luz á su semblante.

Los esbirros se descubrieron.—El Sr. soldado Bracamonte.

El hotel estaba desmayado.

—Conduzcan ved. á ese hombre á San Juan de Ulúa.—Despejad.

—Buenas noches.

Ambos personajes se alejaron á paso mesurado de aquel sitio: la puerta entreabierta se cerró, quedando la calle, como antes, envuelta en la oscuridad y el silencio!

II.

—Bendito sea Dios, mi capitán: lo veo á vd. muy restablecido.

—Difícilmente cicatrizan las heridas del alma, compañero, y ojalá las de mi cuerpo me hubiesen librado de un porvenir de desengaño y de vergüenza, por...

—Eso es faltar á lo pactado: capitán, recuerde vd. su promesa, de no tocar un asunto que termine siempre por lágrimas. ¡Voto vd. que me en mi corazón! y más que todo, pronto estará vd. libre; y entonces, por Cristo que queda tiempo suficiente para olvidar y reirse de una ingrata... La indiferencia es el antidoto del amor mal pagado.

—Indiferente! ¡Pobre de mí! Indiferente, y la amo todavía! Y por más que me envilece su infamia, el odio y el despecho con que la recuerdo me horrorizan; porque es tan íntimo, tan constante, tan apasionado que casi lo confundió...

—La mujer quiere desprecio, capitán: todo el llanto de las hijas de Era no vale la ceniza del puro de un valiente; tocar á olvidado, y amor con amor se cura, como dijo el otro.

—Inercible me parece! Vd., Veracruz entera, la ví salir gozoso, triunfante, la víspera del día mismo que su detestable seductor, en medio de las salvas de artillería, y de los alegres repiques, partía á empujar el bastón del mundo; yo el otro de ese fábulo, revolviéndome de dolor en este lóbrego calabozo; me devengue mis heridas; golpeé mi frente en estas paredes húmedas, y amulido y desfallido sollozaba en silencio después, atormentado de sentir, y disonante á mi mismo compasion. ¡Era tan bella! De noche alzaba su cabeza de la almohada y la ponía sobre mi corazón; yo contemplaba su frente angelical; y al componer su cabello de seda con mis manos, librada de ternura; sí, compañero, la reconocí aquí, donde está la cicatriz de la herida que me hizo su infidelidad!

—Malo, malo, capitán; dejemos esto, que yo no tengo corazón de bronce.

—Capitán! ¡Pues cómo ignora vd. mi despojo! ¿Pues cómo ignora vd. las proposiciones vergonzosas que se me hicieron para partir de aquí rico, para España ó Manila, ó de deponerme con villipendio, por haber abandonado la guardia en aquella noche fatal...!

—Todo lo sabía; pero no soy yo quien habla

de afligir á tan guapo soldado con mis impertinentes noticias.

—Ahora se me pone una orden en las manos. ¡Insultante sarcamo! «El virey, usando de su indulgencia paternal, concede á vd. libertad» después de tanto padecer, después...

—Acepto, acepto la libertad y la indulgencia...

—¿Qué piensa vd. hacer?

—Pienso saborear con detenimiento y ferocidad una venganza, única y terrible, que pido de rodillas al infierno me la sugiera; pienso ir silencioso, y llegar á la opulenta casa de la que fué mi esposa; y llegar, y verla, y forzarla á que palpe mis heridas, á que me halle envejecido y pálido, y decirle yo: aun te adoro; pero... ¡ah! y morir allí; á sus pies, de dolor; pienso á veces lanzarme en las orgías, apurar la prostitución, presentarme á sus ojos con otra que me ame, más bella y... esto es imposible...

—Así se pierde la chaveta: capitán, piense vd. en divertirse, que mujeres hay, y donde menos se piensa...

—Bien, bien compañero, se ofrece algo para México!

—¿Cuándo es la marcha?

—Dentro de tres días parto, en la noche; espero á vd. en los callejones de Vergara.

—Corriente.

—Adur, capitán.

III.

A cuántas mujeres pueden aplicárseles los versos del inmortal Saavedra:

Era un sepulcro de liciente mármol,

De podredumbre y de gusanos cárnel.

Cuántas de esas deidades terrenas, que brillan con el oro y pedrería, que visten seda, y más bien se deslizan que andan sobre régias alfombras; que parecen dispensar á su arbitrio la felicidad, se horrorizan cuando descienden á su mal, máximas de crímenes inmundos; y ríen, y parecen felices, y alegran las tertulias, y embalsan en los convites, y llevan un torcedor en el alma; es horrible el mundo de la realidad.

La suerte de Lucesita, en México tenía todas las apariencias de feliz; hablaba, y á su voz acudían cien esclavos, con la cabeza desentada á ejecutar sus órdenes. Su vida era un festín prolongado; y el que dominaba la Nueva-España como un retil de ovejas, venía de loeógnito, noche á noche, á sus pies, á obedecer sus caprichos y á acatar su voluntad, ógél como un niño.

El religioso decoro con que en aquella época se entablaron relaciones de la naturaleza de las del virey, impidió la solemnidad á su erimen; pero en silencio disfrutaba Lucesita todos los gores que pueden honrear más el orgullo de una mujer; sin embargo, Lucesita era infelicitísima.

Hemos dicho antes, que la insustancialidad era lo más dominante en su carácter; y que con la fidelidad que había condescendido con las criminales miras del virey, con la misma se atormentaba por el suero de su esposo, á quien amaba; según amn esas mujeres de la naturaleza de Luz.

Vivia en una calle escusada, donde, como hemos indicado, el virey de ineógnito la visitaba; daba el frente de su casa á una calle, y el costado de ella á unas plazuelas entonces totalmente despobladas; la devoraba constantemente la tristeza, y ésta se hizo notar más desde que el inocente fruto de su amor adúltero vino á recordarle momento á momento su crimen, y la suerte infeliz de su esposo.

Un día, era el 3 de Noviembre de 1717, á la caída de la tarde, avisaron á Lucesita que un desconocido desesaba hablarle, y que había estado esperando desde antes que se sentaran á la mesa. Al escuchar el inesperado mensaje, cubrióse Lucesita de mortal palidez; ordenó que pasase el desconocido á la sala, no sin advertir al criado, que estaba muy interiorizado en sus secretos, que se notaba que la conversación se acaloraba, mandase llamar precipitadamente á su compadre, el oidor Bracamonte, que vivía en la casa contigua.

A pocos instantes presentóse á su vista un hombre, que por los harapos que lo cubrían, su barba erizada, sus facciones cadavéricas y su estenuación, nadie lo hubiera reconocido, si antes la iniel esposa no lo hubiera advertido: con su corazón.

Quedaron inmóviles, frente uno de otro; ella con los ojos clavados en el suelo, y como una estúpida; él con la vista fija, y aplomo sobre la frente de Lucesita.

—Señora: no sé como hablé á vd., porque mas que ningún otro sentimiento, me ocupa la vergüenza de la infamia que fratricida está vd. leyendo en mi semblante.

Lucesita hizo un movimiento de terror.

—Pregunto á mi ceguedad y á mi pasión cómo burde, el objeto de una entrevista que mas me envilece á mí que á vd.; pero ya casi convertido espectro, hablando na ruzon con mi amor, que te degrada, he venido á preguntarte; vd. sabe lo que es aliar una vida entera, de quien la adora con frenesí! ¿Vd. sabe lo que ha hecho! ¿Vd. sabe lo que es la obliacion de una asistencia, por conseguir un objeto con quien se soñó de niño, por quien se deliró de jóven, en que se deposita como en una arca sacrosanta el honor, la vida, las ilusiones, el porvenir? ¿Vd. sabe lo que es dormir un instante en brazos de quien nos acerió á cerrar los ojos, y nos despierta hieludenos con alvosia!... ¿En qué puede ofenderte? Yo obedecía tus caprichos como

leyes, yo te imprecaba con mi ternura como si fueras un dios; yo te amparaba con mi corazón, como si fueras la hija de mis entrañas; yo con orgullo te presentaba como la señora de mi alma; y cuando estabas enferma velaba como un lebral á tus pies, humilde, cuidando tu sueño.

—Lucesita sollozaba.

—Hoy que vendiste el tesoro de tu corazón para olvidar mi pobreza, hembra y tranquila; hoy que ves las llagas de mi alma, llorando en mi abandonado lecho, ¿tibia todavía del duche ingrato, con mi vida de irrisión y de mendicidad, ¿añadido aya, amándole con dolor, con resentimiento de no poderle oír?

—Lucesita estaba de rodillas, apando su vestido de seda, con las manos levantadas, implorando perdón.

El criado la oyó, y partió á cumplir sus órdenes.

—Perdón, esposo mío, perdón ¡ah! Soy tan desgraciada; perdón! Compadécete, te...

—Compasión, compasión, de vil, señora, en altitud y opulencia; compasión, el mendigo que pedía en el calabozo una gota de agua, cuando en tu mesa robaban los fioceros de los festines...

—Fui engañada, se me ofreció mejorar tu suerte.

—Mientes.

—Me ofrecieron tu dicha.

—Mientes.

—Creei acríñete me á tu felicidad.

—Silencio; mientes; yo no quiero, yo no escijo satisfacción; venia á ver, á que este contraste de mis harapos y tu gracia te acusara, y te acusara esta tez marchita, y te acusaran estas cicatrices de la sangre que fecundó tus placeres criminales. Remordimiento eterno á ti, que crearás verme interrumpir tu deleite; á ti á quien mi recuerdo te hará el sueño inquieto y acibarará tus manjares; yo te adore porque eras mía, y tu posesión la debí á Dios; yo te adore, porque criminal y perjura, me atormentas con esta fiebre de felicidad frustrada.

—Iré contigo, lo renuncio todo; ten compasión de mí. Ah!!!

Esta exclamación se la arrancó á Lucesita la presencia del oidor, que seguido de la justicia, empujó la vidriera de la sala.

Camacho se dirigió á él con una sonrisa de dignidad y de desprecio.

—Señor oidor, complázcase vd. ¡Reconoce vd. á su víctima, al que hirió cobarde, cómplice servil de un crimen para vd. sin goce!

—Conduzcan á ese hombre.

—¡Atrás! Me conducirán después de hacer la revelación de los crímenes de este asesino. Él me robó la mitad de mi alma; á mi esposa que la adoraba como el oso salvaje á sus hijos...

—Ese hombre está loco; conduzcanle vdes. á

San Hipólito, dando recado al R. P. Fray Diego Morales. ¡Entiendan!

—¡Vamos!

—Monasterio detestable, caiga sobre tí la maldición de Dios!

—Señores: es inocente, no está loco.

—Señora: este nuevo baidón á tu esposo, añadirá un título á tu amor criminal.

—Su esposo, ahí ahí está loco.

El oidor retiró á Lucesita á las piezas interiores, amenazándola en voz baja con el escándalo y su perdición.

La justicia condujo á S. Hipólito á Nicolás José Camacho, que fué recibido bajo la partida siguiente:

“Nicolás José Camacho, hijo de Lorenzo Camacho y de María Osorio, españoles; casado, de edad de 28 años, eretico de San Juan del Río, entró demente en este hospital y convento de S. Hipólito, á 3 de Noviembre de 1717 años.”

IV.

Quiero pasar en silencio los tormentos que sufrió Camacho en aquel sepulcro de la razón, con la sociedad de hombres que se mueven, que hablan en desconcierto como produce sonidos una harpa abandonada al viento; sin embargo, conduxo de tal modo circunspecto, y por mejor decir, fué tal el desprecio con que lo vieron sus enemigos, que á los pocos meses andaba en la calle; pero Camacho tal vez con miras futuras, fingióse renuente loco, pasando por la bafa y el escarnio público.

Tal estado de demencia regocijó al virey, y aun á Lucesita misma, que se creyó en cierto modo libre de un formidable perseguidor.

Vagaba indistintamente, seguido de los muchachos y del populacho curioso; y ya entraba diciendo á un cuerpo de guardia, que era el redentor del mundo; ya en las tabernas ó los paseos públicos predicaba sermones disparatados, recibiendo en cambio, mendrugos duros de pan y alguna otra aliménto de que subsistía.

Era llamado generalmente, “el loco;” pero cuando alguna vez, rodeado de una sociedad escogida, tomaba la palabra y daba vuela á su elocuencia real, á su instrucción variada, y á su verdadera educación, descubrían muchos una careta que solapaba hondos pesares, y una mira sombría é indelible.

Para dar mayor viso de verdad á la dolorosa parodia que se había prometido desempeñar, cometió algunos desatenciones por los cuales, con satisfacción del virey y del oidor, volvió á S. Hipólito; saliendo á pocos días de tal modo conceptuado de demente, que aquella era segura garantía para que gozara sin zozobra el virey su amor criminal.

Muchas veces Lucesita dejó peserosa el paseo,

porque desebuciendo desde surico forlon un grupo de gente, distinguía en medio de él al loco infeliz, objeto de la rechida general; otras veces, cuando estaba dominando en su tertulia agasajada por su voz sonora, oía una carcajada convulsiva, que le era muy conocida, y cesaba su canto; y hubiera querido soñar con el aliento del murmullo hurlon del populacho, que seguía al pobre loco.

Era el 16 de Junio de 1718; la gente hormiguaba en la estensa plaza de la hermosa México; los cajones de géneros, frutas, vituallas &c., estaban con esmero adornados; y una primorosa coronada, marcaba el camino de la solemne procesion del Corpus; siguiendo á los gigantes, cantando divagado frente á las poses, y danzando ágil junto á la traseca colosal, con su séquito de muchachos, mugeres y gente perdida, iba Nicolás José Camacho, tan pronto comenzando con gravedad risible una loa, como entonando el *Tedeum*, en medio de los albedos y la algaraza general.

Pasó la procesion, siguieronse los coches que conducían á los señores de la audiencia y tribunales; y despues todos se quitaron los sombreros, porque marcaba el camino de la solemne procesion del Corpus; siguiendo á los gigantes, cantando divagado frente á las poses, y danzando ágil junto á la traseca colosal, con su séquito de muchachos, mugeres y gente perdida, iba Nicolás José Camacho, tan pronto comenzando con gravedad risible una loa, como entonando el *Tedeum*, en medio de los albedos y la algaraza general.

Una nube sombría pasó por la frente de Camacho; era la realizacion de un sueño de venganza; que habia refrescado con sangre sus labios sedientos, despues de muchos dias de padecer.

Escabullóse silencioso entre la multitud; atravesó por entre los puestos de frutas, y confundido entre el gentío se colocó tras el pilot que está frente á la escalera del primer patio de palacio.

Retumbó la última salva de artillería, y comenzó á entrar en palacio el acompañamiento de S. E.

Apáronse los ministros; despues dieron el brazo á S. E. para que descendiese, cuando al tocar el primer escalon, un hombre se le abalanza, oprime su pecho con fuerza herálica, veloz como el relámpago, y en medio de la estupefacción general, le suca el espaldin, y al tocar con la punta su corazón, lo asen de los brazos, estropean su cuerpo, cuando el murmullo, se convierte en alarma, se alza la grito; el virey pálido y desconcertado se oculta á la vista de todos en su habitación; y Nicolás José Camacho, en medio de la execrecion y las injurias de una plebe estúpida y servil, es conducido á una rigorosa prision, donde se le carga de grillos y se le forma cauco con toda proligridad.

Tom. II.—17

Al dia siguiente, ¡desfachatez inaudita! el virey mismo en acuerdo extraordinario, dió cuenta sobre el suceso acaecido, y se procedió á la formacion de la causa.

Ante esa audiciencia degradada y aduladora, cargado de opprobrio y sufrimientos, teniendo por presidente al virey, bajo su dosel de púrpura, apareció Camacho; su andar era reposado y digno, su continente tranquilo, su frente espaciosa, erguida, y sus ojos desafiando el crimen del odioso seductor, que fingia estar distraído, jugando con las bayetas del dosel.

Hizo la señal de la cruz, y con voz de trueno dijo su patria y nombre; preguntósele por qué se habia atrevido á sacar el espada para el señor virey? Entonces su fisonomía cobró una indecible animacion; su sangre subió al rostro; y con una energia que dejó asombrado al numeroso auditorio, comenzaba la relacion de sus martirios, de su infamia, volviéndose alternativamente al virey y al oidor Bracamonte, que le veia con afectada compasion, diciéndole al escribano Sanchez que estienda la declaracion, ¡esté loco! ¡Pobre del loco!

La lucha no fué indecisa un solo instante; todo estaba previsto; alzose un murmullo despreciativo, levantó Camacho la voz; creció el murmullo; indigno cabala tan inicua; acusó á la audiencia; mostró su pecho blanco con las cicatrices de la alveosa lucha; y el escribano lo hizo callar; asentando que habia prorumpido en disparates, bafa horrible que hizo estallar su furor; y así perdido con ese nuevo ultrage, agobiado por la presencia de un triunfo criminal, lo arrastraron de aquel sitio, pidiendo á gritos su muerte el concurso adúlador.

¿Para qué seguir uno á uno los trámites de esa causa escandalosa, formada por las sugerencias del virey, monumento vivo de degradacion y de bajeza? ¿Para qué citar la opinion del proto-medico, ignorante é inico, que despues de limitarse á hacer al infeliz Camacho pueriles preguntas, concluye asegurando su locura, y sin embargo pide se le castigue como perpetrador de un delito de lusa-magestad, *in primo-cupite*? ¡Y el parecer del fiscal, y todos conapitrando contra el débil, con violacion escandalosa de la razon y la justicia!

De acuerdo el virey con Bracamonte, y habiéndose este ministro de una indulgencia pífida, interpuso los respetos del marqués influyendo con generoso olvido de su ofensa, para que á Camacho se restituyese á S. Hipólito, rapado y con el saco que vestian los dementes. Así, con aquel vestido de escarnio, con las entrañas desgarradas de odio y sufrimiento, atravesó Camacho á su prision entre los viles ministros del virey, y seguido de la algaraza del populacho soez.

V

Continuó el marqués en el tranquilo ejercicio del mando, rodeado de honores y acumulando riquezas, como la mayor parte de los vireyes; un poco más cauto en sus visitas á Luz, porque el suceso del día de Corpus había sido muy ridículo; concurría á su casa después de las once de la noche, emborrachado en su capa y seguido de su alabardero Manuel Delgado, que poseía su confianza.

Con el tiempo, y los obstáculos que había tenido aquella pasión ilegítima, se hizo más enérgica y poderosa, y el amor intenso que el virey profesaba á su hija, tan alegre, tan cándida y hermosa, hacia de su casa un solaz delicioso para reposar de las fatigas del mando.

Entretanto, Camacho gemía en su oscura jaula, y devoraba momento á momento una existencia emponzoñada por la persona más amada de su alma.

El tiempo fue borrando poco á poco las impresiones que dejó el pobre loco por su atepado; y creyéndolo bastante mansas y restablecido el guardián, le otorgó la libertad, no sin prevenirle sabiese de México: así, al parecer, lo verificó; porque ni se le veía en público, ni nadie, después de algún tiempo recordaba su nombre.

VI

Sin embargo, todo esto era apariencia y nada más; Camacho oculto, acechó los parages que frecuentaba el virey; las horas en que se retiraba á la casa de Luz, imponentes en permanencia de que se supo aprovechar hábilmente.

Era la noche, todos sabían el estado que guardaba la policía de México antes de la venida del inmortal conde de Revillagigedo, no se distinguía al frente de la casa de Luz, sino un farolillo de papel frente á un retablo de ánimas de la espalda de la iglesia; se oía el lejano ahullar de los perros, y los pasos de tal cual transeunte que volaba á su habitación; serían las nueve y media ó diez de la noche; en la acera de la casa de la esposa infiel no había luz ninguna, y solo en el balcón del costado, que era de su recámara ardía descuidada una bujía.

Camacho hacia una hora que estaba enfrente, resignado y silencioso, viendo cruzar rápido de tiempo en tiempo, por la vidriera, el baldo de su esposa, que parecía esperar con inquietud.

Ya desde antes había tirado una escalera de cuerdas al balcón, por donde en cuanto escuchó las diez, ascendió rápido, presentándose repentinamente y formidable á los ojos de su esposa, que quiso gritar; pero no pudo, porque la contuvo el imperioso ademán de silencio de su esposo.

—Retírese vd., retírese vd. ó grito, asesino!!! yo tengo poder, yo....

—Poder!!!

—¿Qué me quieres vd.? ¡Cuál es su objeto de arrojarse aquí como un bandido!

—¿Aun insultarme? ¡Aun no morir de remordimiento y de vergüenza!

—Yo he pedido á vd. perdón; lo ha rehusado. ¡Nuestra unión es imposible, imposible!

—Perdon, y cuando manchado de asfrenta, verdugo de mi alma, vengo á tí por una pasión profunda, me calumnias con la irritación, me dejas arrancar de tus brazos como demente, sales á tu balcón á verme escárnio y juguete del vulgo!

—Compasión! Perdon!!!

—Caballero, cese este diálogo.

—Vengo á apagar una sed que hace tres años me devora en un desierto de desamparo y de infamia; mira, mira mis lagrimales tostados con mi llanto, ¡ah! ¡maldita seas!

A este tiempo, cuando las oscilaciones de la luz batida por el viento, daban á aquellas dos figuras cierto aire fantástico y diabólico; cuando la actitud altanera de la mujer, y los ojos desencapados, el temblor de los miembros, y el rechinar de dientes del hombre espantaba; viva, alegre, brincando en uno de sus pies, moriéndose como una Sifilide, con su pelo flotando en la espalda, jugueteaba entre la hija de Luz, que quedó en silencio ¡á vista del desconocido! Este al verla, al ver las farraciones de su padre, lanzó su horrible carcajada; la mujer la comprendió; lanzóse al suelo, se arrojó para oprimir sus rodillas.

—Mamá! Mamá! ya viene papá!

Tocaron la puerta; Luz sonrió con desprecio indicando al loco el balcón.

Éste, sin darle tiempo á más, se lanzó á su cuello con ambas manos, lo comprimió convulsivo, mezclando en risa al exterior de la mujer; se oyeron unas palabras ahogadas, lanzó un último gemido: desprendiéndola Camacho de sus manos, é innóvil y sonriéndola la vie, con los ojos aun abiertos, vacilar sobre sus rodillas y quejar después de dos ó tres convulsiones tendida en el suelo sin movimiento.

La niña, asustada, llamaba á su mamá.

Camacho depositó rápido el cuerpo en la cama, y tomando á la niña en los brazos se dirigió al balcón.

A este tiempo, estando ya todo tranquilo, entró el virey.

—¿Lucasita, vida mía, ¿te has dormido? ¡Ya no me esperabas! ¡Luz! Tomó entonces la bujía, se sentó en la cama, inclinó su cuerpo sobre el pecho de su amante, y lanzó un grito; había reconocido el cadáver; este grito fue contestado por la risa de estombero del loco, convulsiva y prolongada. Aquel era un desafío á muerte; cayó el marqués sus cachorros, y se dirigió al balcón; Camacho, siempre riendo, estaba un escalón más abajo del barandal con la niña suspendida de una mano, mientras se mecía con la otra en la escalera.

—Infame, dame á mi hija, por Dios.

—Ah! Ah! Ah!

—Mi hija, si no eres víctima.

—Tíre vd., señor marqués; y puso á la niña sobre su cabeza, sirviéndose como de un escudo.

—Infame, ¡maldita seas!

—¡Socorro! Mi hija; ¡socorro!

Se volvió así gritando; á las puertas interiores; pero sin alejarse del balcón; entonces, Camacho descendió de la escala, y en la oscuridad se oyó su risa.

Gritaba frenético el padre infeliz; á su voz acudió una ronda.

—Seguido, seguido.

—Se oyó una carcajada al extremo de la calle.

—Entonces, volviendo la espalda la ronda, dijo al marqués:

—Señor, es el loco.—FIDEL.

EN LA IGLESIA DE.....

Oro brotar del órgano sonoro

Puro raudal de mística armonía;

Siento la ardiente inspiración que envía

La santa religión.

Las bóvedas del templo se conmueven

Al solemne erugir; arde el incienso,

Y del coro levántase al inmenso

Profética oración.

Un bálsamo en mi pecho se difunde;

Puro mas libre respirar; mis venas

En blanda pulsación agita apenas

De mi sangre el correr.

Mi alma á la sombra del altar se acoge;

Grato frescor mi pensamiento orea,

Y vaga en el consolante idea

Del increado Ser.

¡Por qué será que el misterioso ambiente

Del templo los ámbitos recorre,

Tan pronto el llanto de mis ojos borre,

Y de mi alma el dolor?

¡Por qué será que al viejo peregrino

La sombra amiga de la aislada palma

Seque, del día en la abrasada calma,

De la frente el sudor!

Aquí está Dios, inmenso y poderoso;

Aquí derrama su gigante sombra;

Aquí la boca que con fi te nombra,

Halla tregua á su sed.

Aquí es su voz el órgano sonoro;

Aquí una religión, como él, grandiosa,

Su mano omnipotente y misteriosa

Escribe en la pared.

Aquí luce la estrella de los tristes;

Aquí la Virgen del dolor me llama,

Y de su aliento el bálsamo derrama

Benigno sobre mí.

Como ella padeció, madre amorosa,
De mi amargo pesar se compadece.

Ah! por eso mi llanto desaparece,

Y mi dolor aquí!

Tú, que en la oscuridad de mi existencia

Eres, Señora, luminoso faro,

Desciende á mi profundo desamparo,

A mi hondo penar.

Yo acudiré á tu templo solitario;

Yo aspiraré su brisa perfumada,

Y aquí, en mi corazón, ¡Madre adorada!

Te clerearé un altar.

¡Con qué lengua decir, Virgen sublime,

Mi amor, mi adoración! ¿Cómo la lira

Con los ecos mundanos que suspira

Tan alto amor dirá!

Jamas mi corazón tu amor confunde

Con el amor tiernísimo de aquella

Madre, que llora en otra playa bella

De ese mar más alta.

¡Oh flor del Paraíso! en tu santuario

Tu perfume adoré. ¡Ruega ¡oh María!

Por mí, cuando las fúmbas dore el día

De justicia y terror.

No mi sentencia temeré, si entonces

Tu labio ¡oh Madre! ante el Señor me nombra;

Si la escucho de hijos, á la sombra

De tu materno amor!

Julio 20 de 1843.—C. COLLADO.

El amor á la patria lo engendra la sensibilidad, lo corrobora la inteligencia, y lo pervierte la ambición personal; por eso, para los indiferentes, para los tontos y para los egoístas, el amor á la patria es una frase sin significación.

Una vida laboriosa y ocupada, y una esposa tierna y virtuosa con quien partir los pesares á las dichas, es la felicidad mayor que puede alcanzarse en la tierra.

Las gaviotas lanzan gritos de júbilo y se complacen en mecerse sobre las olas agitadas; hay hombre cuya grandeza solo puede conocerse en los peligros.

Las rocas no padecen detener el curso de los ríos, y los acontecimientos marchan sin detenerse á pesar de todos los obstáculos.—V. Hugo.

¿Quién conoce el valor de un peso!—El que carece de él.

El entendimiento es la luz del alma.—El alma de un necio es un día sin sol.

DESTRUCCION DE LA ATLANTIDA.

PLATON nos habla de un gran país situado más allá de las columnas de Hércules; es decir, al O. de la entrada del Estrecho de Gibraltar, hacia el gran Océano. Esta vasta región se encontraba, según aquel filósofo, en la parte donde se pone Vesper, ó planeta Venus, y designa perfectamente el O. por el movimiento de los cuerpos celestes. Aquí, según la costumbre de los antiguos pueblos, de personificar hasta las cosas naturales, se encontraba el jardín de las Hespérides, donde un dragón guardaba los árboles que producían las manzanas de oro. Este gran país fue sumergido por un terrible cataclismo, que abriendo el Estrecho de Gibraltar unió el Océano Atlántico con el mar Mediterráneo, único mar conocido de los griegos primitivos y de los fundadores de la soberbia Roma, que colocaban á su estremidad las columnas de Hércules, ó límites del mundo conocido.

El mismo nombre de Océano Atlántico, conservado por tradición hasta nuestros días, no puede dejarnos duda acerca de la antigua existencia del país de los atlantes, que no es para mí más que las islas Canarias, formadas de montañas tortuosas y cortadas perpendicularmente (*abruptas*), que son los puntos culminantes de la antigua Atlántida que han quedado fuera del agua, después del hundimiento total de estas vastas regiones, que unían en otro tiempo el África y la América.

Los antiguos conocieron el país de los atlantes; pero no fué hasta más tarde, cuando sus interminables guerras con los cartagineses los condujeron á él, en tiempo de la primera guerra púnica. Esto es tanto más probable, cuanto que los cartagineses poseían una parte del reino de Marruecos, porque en la parte de Mogador se encuentran aun ruinas romanas, y muchas de sus medallas, de las que formé una buena colección durante mis numerosas expediciones por aquellos sitios.

Este país, según las tradiciones, estaba limitado al E. S. E. por la Atlántida, y un poco más al Sur por el lago *Tritimide*, que desecado hoy forma el inmenso desierto de Sahara, en donde á más de doscientas leguas del mar, he encontrado magníficas conchas marinas, perfectamente conservadas entre las capas de sal marina llamada anatron, que se encuentran en este desierto. Casi todos estos semi-fósiles tienen aun

sus vivientes análogos, tanto en las playas africanas como en las islas Canarias; pero entre ellas se encuentran, de cuando en cuando algunas especies que probablemente pertenecían á este gran lago, que al desecarse las hizo perecer á todas.

Los hechos geológicos siguientes son una nueva prueba, que no debo pasar en silencio, de lo que acabo de decir.

Los ríos del continente africano presentan las mismas capas y los mismos terrenos que los de las islas Canarias; y esas mismas rocas de asperones (grés) calcáreos ó volcánicos, producen los mismos líquenes. Por todas partes se encuentra la orquilla (*Rocella tinctoria*), y las mismas plantas *Phanerógamas*. Además, en *Puerto-Ventura* la mayor de las siete islas, se encuentran tropas de camellos y de dromedarios, que se multiplican allí con la misma profusión que en la costa de África, y al S. en las montañas de *Araxia*, se ven numerosos robales de cubras salvajes, parecidas á las que se encuentran en las montañas de Marruecos, y particularmente en el cabo Bojador.

Todos estos hechos coincidentes prueban de una manera incontestable, la antigua reunión de las islas Canarias á la costa de África. La ficción de los poetas es también una verdad. Las manzanas de oro del jardín de las Hespérides no son otra cosa, que el fruto perfumado del naranjo, que ciertamente es indígena de estas islas, pues yo he encontrado en ellas la impresión de las hojas, las flores y aun los pequeños frutos, en una antigua roca calcárea, cubierta de muchas capas de rocas basálticas prismáticas, que fueron producidas por las erupciones de los volcanes primitivos.

Estas señales extraordinarias se encuentran también en el centro de la isla la Gran-Canaria, en la vertiente S. de la montaña llamada *Doramas*. En este sitio he encontrado algunas impresiones de hojas de higuera, y algunos lígnes fósiles, conteniendo en su interior cristales de carbonato de cal. En una cantera abierta en la vertiente opuesta, para sacar piedra de cal, encontré entre las capas de esta formación algunos restos de sauce lloron [*saltix babingtoni*], que no se encuentra vivo en esas montañas, y que tan común es en las costas septentrionales de África:

El dragón que guardaba las manzanas de oro, no es otra cosa que el *dracena-draco*, que se encuentra en las islas de *Tenerife* y la *Gran-Canaria*, de cuyo tronco fabricaban los antiguos abalorios sus escudos. Los poetas, en sus comparaciones mitológicas, dicen que el dragón vomitaba por sus cien bocas una sangre negra y olorosa, y el *dracena-draco* despidió continuamente, por los poros de su corteza, una resina olorosa de un rojo oscuro y violado, á la que han conservado los farmacéuticos el nombre de sangre de dragón.

Todas estas pruebas, históricas y geológicas, afirman la reunión de estas islas al continente africano: réstame probar, que también estuvieron unidas al de América.

Partiendo de Europa, y dirigiéndose del Estrecho de Gibraltar hacia el O., se encuentra una cadena de islas, que tocan por una parte á la costa de África, y por la otra á la de América. Las primeras son las *Azores*, la *Madera*, las *islas Canarias*, las de *Cabo-Verde*, las *Luceyas*, *S. Martín*, *Puerto-Rico*, *Sto. Domingo*, *Cuba*, que forman las grandes Antillas, la *Dominica*, la *Guadalupe*, *Santa Lucía*, *María Galante*, la *Tortuga*, la *Martinica* y la *Jamaica*, que casi tocan á las costas de la América. Estas islas tienen una constitución geológica parecida á la de los Andes, y las cimas de sus montañas mantienen aun algunos volcanes en actividad, como los de la *Guadalupe* y *Martinica*. Y no se limita aquí esta vasta formación que parece salir de los Andes, sino que hasta la isla del *Fuego*, en el archipiélago de *Cabo-Verde*, es toda volcánica, de lo que le ha venido su nombre; y el famoso pico de *Teyde*, en *Tenerife*, humea aun y despidió vapores sulfúricos, que se condensan en las paredes del cráter formando hermosos cristales. Otro hecho positivo es la existencia de esos inmensos bancos de arena que comienzan en la costa de África, y se dirigen al S. O. con el nombre de gran banco de *Arginus*; el banco de *Bahama*, y más al Norte el de *Terranova*, que son otras tantas pruebas de que estos grandes continentes estuvieron en otro tiempo unidos, y que estas islas son los puntos más elevados de aquel vasto país, que han quedado al descubierta sobre la superficie del agua, como para atestiguar su antigua destrucción.

Las tradiciones conservadas por las historias de salvajes de la América del Norte, corroboran también mi hipótesis. Durante el tiempo que permanecí entre ellos me dijeron muchas veces, que habían conservado una tradición de sus antepasados, que enseñaba que, en un tiempo muy remoto, su patria estaba unida á un vasto país situado en la parte por donde aparece el sol; pero que el gran Ser, para castigar á los hombres de esta blanca que habitaban esta parte del mundo,

los había sumergido bajo una inmensa masa de aguas, vengando de este modo á los hombres rojos.

Estas tradiciones, unidas á las observaciones precedentes, y á las que siguen, servirán para levantar el velo que cubre la historia de unas regiones y unos hombres cuya antigüedad se pierde en la noche de los tiempos, y darán igualmente un verdadero mérito á la hipótesis establecida con tanta claridad por el sublime talento del barón *Bory de St. Vincent*, á la que no he hecho más que añadir algunas pruebas materiales, producto de mis largas peregrinaciones científicas.

Me falta añadir á este artículo algunas observaciones más, y son las siguientes.

Durante mi residencia en las islas Canarias, pude procurarme tres momias, un hombre y dos mujeres, conservadas según el método egipcio. El hombre es de una estatura gigantesca, lo que se confirma con las tradiciones sobre los antiguos atlantes. Las mujeres tienen los cabellos largos, negros, y trenzados con tiras de cuero tejido de encarnado ó verde; el vestido está plegado por delante, y una especie de *zarape* corto los cubre el pecho. El calzado se compone de una suela fijada al pie con correas tejidas de encarnado, y guarnecidas de pedacitos de obsidiana muy bien trabajados. El hombre tiene por vestido una túnica y un manto fijado sobre el pecho por un nudo que ellos llamaban *tamarca*. Cual sería mi placer, cuando llegado al interior de los Andes, encontré allí á las mujeres vestidas del mismo modo, y que su peinado era idéntico al de mis dos montañas! Las armas que se encuentran con ellas, son la lanza, armada de una punta aguda de obsidiana, una honda, un arco, flechas guarnecidas de una escama triangular de pescado, y una especie de hacha doble, parecida á la mazaca mexicana.

Su religión tenía mucha semejanza con la de los antiguos aztecas, y como estos, ofrecían al Sol la sangre de sus prisioneros de guerra, degollados por sus sacerdotes sobre un altar parecido á la piedra de sacrificios de México.

En las playas africanas, cerca del Estrecho de Gibraltar, se encuentran amontonados en medio de las arenas, esqueletos de animales, unos africanos, otros americanos, y algunas especies raras de que hoy no se encuentran los vivientes análogos, y que probablemente pertenecían exclusivamente á la antigua Atlántida sumergida. Por otra parte, no hay memoria de que la América haya estado poblada de elefantes, y en las orillas del Ohio y del *Missisipi*, y hasta en la cumbre de los Andes, se encuentran muchas osamentas gigantes, de que he podido procurarme algunas, y entre ellas una columna vertebral entera, encontrada cerca de *Huehuetoca*.

Los monumentos de estas tres regiones, que han permanecido hasta nuestros días, son piramidales, lo mismo que los del antiguo Egipto, como las pirámides de Tempe en las fronteras de Tejas, y las que se encuentran en el Departamento de Puebla.

En la isla de Fuerte-Ventura, una de las Canarias, se encuentran en el estado salvaje numerosos robosos de caracillos y de saltras, que se hallan en abundancia en las costas de Mogador, y que no han podido atravesar por sí mismos un estrecho de doce á catorce leguas, ni ser trasportados por un pueblo que no tenía la menor idea de navegación.

Todos estos hechos reunidos prueban mi hipótesis, suplicando á mis lectores vean con indulgencia este trabajo, sobre una materia tan difícil de aclarar.

Hacienda del Mayorazgo, Junio 20 de 1843.
—Jean M. Despréaux.

(Escrito para el Museo.)

EL JEPYA Y MESINA.

MESINA es una gran ciudad situada á las orillas del mar, y su interior es espléndido. Todos sus numerosos palacios de mármol tienen magníficos pórticos de todos los órdenes de arquitectura griega y romana, según el gusto del que los ha hecho construir. Aquí dormí una noche con un buen amigo, que después terminó sus días en la Habana del *árbol ictericoide*; séame permitido dedicar estas líneas á la memoria de mi buen compañero, que fué víctima de la misma venganza que me persigue hace doce años con tanto encarnizamiento.

Al día siguiente, antes del alba, estábamos á caballo, acompañados de dos guías sicilianos armados como nosotros hasta los dientes, y provistos todos de una pequeña corneta de cobre, para poderse encontrar por sus sonidos, entre las asperezas y desigualdades de las montañas. Cuando comenzamos á subir, apenas la primera luz de la mañana adornaba el horizonte de una línea purpúrea que reflejaba sobre las cumbres nevadas del volcan, dejando aun en la oscuridad los sombríos bosques de pinos y castaños que lo rodean, cortados de profundas barrancas.

El camino, aunque pendiente y malo, es bastante hermoso, y cubierto á los dos lados de matorrales (*Erica arborea*), mezclados de madroños (*arbutus undec.*... *arbutus andachnis*), de algunas palmas (*phoenix dactylifera*) y *chamarops humilis*, cuya fruta se come verde como la coliflor. El suelo estaba cubierta de rosales, de violetas, de anémonas y de jacintos, cuyas hermosas flores celestes, perfumaban deliciosamente el aire que respirábamos.

Estábamos entonces en la primera region, porque en estas magestosas montañas que bañan sus pies en el mar, y cuya altiva cabeza, siempre cubierta del humo espeso y betuminoso que sale de su cráter, va á perderse entre las nubes anonotadas que le sirven de diadema; la vegetación está dispuesta por zonas isotermiales, descritas por el celebre Humboldt en su viaje á las regiones equinociales. Pronto dejamos esta region escabuda, y entramos en la segunda zona formada de bosques de laureles, cuya humilde vegetación es enteramente distinta de la primera. La atravesamos alegremente, y llegamos á la region de los castaños, que forma la tercera zona. La vegetación se compone de algunas especies parecidas á las plantas alpinas.

Presto el camino á dejar los caballos en poder de uno de nuestros guías, que se encargó de guardarlos, y comenzamos á subir con trabajo por una vereda de escorias y cristales volcánicos, entre los que crecen algunos pies de una nueva especie de violetas y algunos líquens crustáceos; pasada esta última zona, se halla la roca enteramente desnuda, y se camina sobre una arena volcánica, compuesta de cenizas, de piedras pómez y de obsidianas.

Una ancha cortadura por donde corría en otro tiempo un torrente de lavas negras cubiertas de *Higera* escorias, da paso hasta la cima del cráter, y por allí subí con mi guía. Favorecido por el viento que llevaba el humo al lado opuesto, pude descender hasta el ángulo saliente de una roca, y cual nuevo Empedocles, sin temer por eso el mismo desaligo que aquel, mi vista pudo penetrar en la luminosidad del cráter á donde observé con sorpresa el movimiento de la lava que se elevaba y bajaba con un ruido sordo, imitando el flujo y reflujo de un mar agitado, y los gases que se desprendían venían á chocar en las paredes interiores, con una especie de silbido.

A poco rato comenzamos á bajar y bien pronto, llegados al lugar en donde habíamos dejado los caballos, tomamos el camino de Mesina.

Mayorazgo, Mayo 16 de 1843.—J. M. Despréaux.

(Escrito para el Museo.)

Pensamiento.

El que vive entregado á un vicio, sea el que fuere, debe esperar el efecto que producirá indubitablemente: si es holgazan, la pobreza; si desordenado, enfermedades; si hujurioso, una muerte prematura.—La virtud y el trabajo, proporcionan al hombre cuanto puede desear en esta vida.—R. R.

A LA SEÑORITA DOÑA ***.

ESCENAS DE LA VIDA DE MARIA STUART.



1676 - 1677 - 1678 - 1679 - 1680

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

AVILA MA BACALAY

I.

Nació María Stuart en 1542 (1), en el castillo de Linlithgow, y fueron sus padres Jacobo V rey de Escocia y María de Lorena. Por la muerte del primero fué reina desde la cuna, y aun no llegaba á los cinco años cuando la solicitó Enrique VIII para esposa del príncipe Eduardo, heredero de la corona de Inglaterra. Su destino, por catónes, la llamaba lejos de su patria, pues destinada á participar de la corona de Francia con el Delfín (después Francisco II), la condujeron á S. German en Laya, y colocaron en un monasterio, donde su educación fué objeto de las mas prolijas atenciones.

Así, los primeros dias de la vida de María se desahozaron entre los tranquilos placeres de la infancia, y las agradables ocupaciones de su educación, de suerte, que cuando salió del monasterio á los 16 años de edad, era un tesoro de gracias, de virtud y de hermosura. En esa época fué conducida al altar por su gallardo esposo, á quien ella casó con el título de rey de Escocia.

Diez y seis años, un corazón virgen, una alma pura y amorosa, un esposo galano y amable, dos reinos de que disponer, y un porvenir sembrado con todas las ilusiones y sueños de la juventud; he aquí los elementos que hicieron á María un corto instante, la mujer mas feliz de la tierra.

La asistencia de la reina, fué como se verá mas adelante, sombría, tempestuosa, y esa época corta tambien fué el único lampo de luz que cruzó por su alma, dejando siempre un vivo y fierísimo recuerdo. A instigación de sus tíos los duques de Guisa, tomó el título de reina de Inglaterra y de Escocia, lo cual despertó los primeros temores y celos en el corazón de su parienta Isabel, y causó grande clarivescencia en los bandos religiosos que luchaban en ese entonces, con inaudito y bárbaro furor. A esta circunstancia se reunió la de la prematura muerte del Delfín; así es que María quedó huérfana y viuda casi á un tiempo, y comenzó su larga carrera de errores é infortunios.

La que poco antes tenía á sus plantas dos grandes y poderosos reinos, se vió de pronto sin ninguno. Triste é aislada en la popa de un baje, miró desaparecer entre las ondas del mar esa hermosa tierra de Francia, donde habia pa-

sado los dias de su niñez, donde se habia desarrollado su juventud, como la flor pomposa á quien el cuidadoso jardinero riega y cultiva con esmero; donde, en fin, habia recibido esas dulces impresiones de amor, y habia reinado por la hermosura, por el talento, y por el poder. Allá entre el rechinar de los mástiles y cables se escuchaban los acentos que la reina viuda y desdoronada cantaba.

Adios [2] hermosa region
Donde escuchaba ecos tiernos,
Donde los crudos invigeros
No me causaban pavor.
Adios flores hermosas,
Donde en mis años primeros
Entre juegos placenteros,
No escuchaba mas que amor.

Quedaos, que yo abandonada
Surcando las negras ondas,
Penas crueles y hondas,
Desgarra mi corazón.
Quedaos, macaradas flores,
Quedaos, cristalinas fuentes,
Que estáis salobres corrientes
Me heran lejos de vos.

Tristes y melancólicas ecos, que se perdían entre el ruido de las ondas, y morían entre las brumas y nieblas de la mar, como los silbidos y pausados gemidos que escuchaba el niño al dormirse en el seno maternal: sentidas armonías que expresaban: cuanto sufría la reina, al tener que volver á su país á vivir entre las nieblas, á escuchar el disonante eco de esos ecos, y á luchar con el orgullo de una rival, y el capricho y barbaridad de sus subditos.

Después de algunos dias de navegación, y escapando de los riesgos á que se vió espuesta, de naufragar en los escollos, ó de ser aprehendida por la flota inglesa, llegó á Leith, y seguida de sus tíos y otros nobles, tomó posesion de su nueva capital, en medio de las aclamaciones de júbilo de un pueblo que se tenía por feliz en ser gobernado por tan discreta y hermosa soberana.

Puede decirse, que excepto algunas desazonas necesarias á quien lleva sobre sus hombros el peso

(2) La reina María compuso una balada, intitulada *Adios á su Francia*, que no hemos podido acabar de traducir por falta de tiempo.

(1) Biografía universal y diccionario histórico.

entero de un reino agitado por la ambición de la aristocracia y el fanatismo religioso, María gozó algún tiempo de calma y tranquilidad, dividiendo su vida entre los quehaceres del gobierno, y los ejercicios que se acostumbraban en aquella época; como eran las correrías al caballo por los parques de Edimburgo, la caza de halcones, y la pesca en los lagos.

Pero la naturaleza de María no era común; su corazón necesitaba amar; sus recuerdos juveniles, que sin cesar tenía delante, desigian otro género de atenciones donde reconcentrar sus pensamientos. Pensó decididamente en casarse;

mas, como entre personas de familia real, se consulta para esto á los intereses sociales y políticos y no á los sentimientos del corazón, María no sabía á quien debiera escoger de entre los muchos poderosos pretendientes que solicitaban su mano; hasta que por fin se decidió por Enrique Darnley, hijo de conde de Lennox. Resolvió María á malentender porque había recibido favorables informes respecto á su futuro esposo, y porque tambien imperitabile hacer estrados derechos á la corona de Inglaterra, caso de que Isabel muriese, ó de que el partido católico (papista) se robusteciese lo bastante para destruir á la protectora de la religion reformada. En todos estos asuntos estaba mezclada la ocalta y astuta politica de Isabel, y de los enemigos de la Escocia; pero en cambio á María que entonces no cumplia veinte años, lo miraba mas bien como un negocio personal, y que iba á influir en su felicidad doméstica. ¿Cuánto se engañaba!

Niña como era la reina, y al parecer descuidada de los asuntos de estado, habia conseguido calmar, hasta cierto punto, la irritacion de los ánimos en el pueblo, y la insolencia de los nobles; y estaba de tal manera querida por sus súbditos, que de lejanas tierras venian los barones y condes á admirar su belleza, á bendecir sus virtudes, y á ofrecerle sus servicios y sus bienes. María era todavía feliz.

May pronto, un incidente dió ocasion para menoscabar su opinion y dar lugar á las murmuraciones de los partidarios, y vamos á ver ya el origen de todos sus infortunios.

Cazando un día en las cercanías del palacio de Holy Rood, con sus damas y comitiva, oyó los lejanos acenos de un laud. Procuró acercarse hacia el parage de donde salian tan dulces armonías, y vio en efecto, sentado al pie de un árbol, un jóven de lengua cabellera rubia, ojos azules y expresivos, y tez rosada como la de una doncella. La imaginacion romancesca de la reina se creó; y dando la vuelta á palacio, ordenó que le llevasen á su presencia al melancólico y solitario cantor.

—Acércate, hijo mio, le dijo la reina luego que se le presentó delante el músico.

El jóven se acercó temblando, hincó una rodilla, y besó la mano de María sin atreverse á levantar los ojos.

—Dime, ¿qué hacías ayer tarde, cantando en aquella soledad!

El músico se puso encendido, y con voz trémula contestó:—Señora, el cantar en la soledad es el único consuelo que queda á los desgraciados.

—Eres desgraciado! interrumpió María, dando á su voz un acento de ternura.

—Si señora, contestó el músico, fijando sus grandes y expresivos ojos azules en el rostro de María.

—Pues tambien tu reina no es del todo feliz. Levántate, trae tu laud, y canta una de esas baladas tan tiernas que te oí ayer.

El músico se levantó para ir á traer su laud; pero la reina le dijo:—Aguarda, deseo saber tu nombre.

—David Rizio, noble señora, humilde servidor vuestro.

—Y tu patria!

—Italia.

—Hermosa tierra; dijo la reina suspirando y haciendo seña á David para que saliese. A poco volvió á quitar y con una voz de esas dulces, amorosas, penetrantes, cuyos ecos suenan eternamente en el corazón, cantó una balada que hizo asomar dos lágrimas á los ojos de María.

David Rizio [3] era de una baja estraccion, hijo de un músico de Turin; y llegó á Escocia con la comitiva del embajador del Piemonte. Su talento músico le dió por grados entrada al lado de la reina, y despues sus maneras comedidas y su carácter afable le ganaron una confianza tal, que María le nombró su secretario particular, y le dispensó grandes consideraciones.—A contar desde el dia en que Rizio cantó la balada, su suerte cambió de tal manera que su opulencia y su bato escitaron las quejas y animadversión de toda la nobleza, que no podia ser indiferente al alto favor que gozaba cerca de la jóven soberana, un oscuro extranjero.

II.

La voz, las gracias, la adhesion sin limites de David, cultivaron á María de tal suerte, que sentia indefinible complacencia con su trato y sociedad, y despreciaba por tanto las murmuraciones de los nobles, siempre envidiosos y atontados de arrojar hiel en los mas licitos goces de una reina.

Era pues el cariño de María á David, uno de tantos caprichos indefinibles de la mujer; sentia que el amable músico no fuese un príncipe

[3] Robertson, Historia de Escocia.

para poder partir con él su lecho y su reino; pero jamas el orgullo de soberana y el honor de dama, consintió que Rizio se tomase una licencia mas allá de los limites permitidos á un servidor (4) que no podia tener derecho por su nacimiento mas que á la benevolencia de la reina.

Entrosto María, á pesar de las intrigas de la reina Isabel y de la oposicion de su hermano natural, el conde de Murray, que se hallaba á la cabeza de los protestantes de Escocia, resolvió casarse con Enrique Stuart, conde de Darnley; y se confirmó mas en su idea, cuando habiendo llegado este á Escocia, vió María al caballero mas perfecto y mas hermoso que pueda imaginarse.

Las impresiones que hicieron nacer en el corazón de María los modales nobles y caballerosos de Darnley, su bello rubio y su fisonomia varonil y hermosa, fueron intimamente profundas. María no era, como hemos dicho, de esas mujeres que, elevadas á un punto culminante en su época, pierden la sensibilidad de muger ante la párpura y el cetro real. Este era el carácter de Isabel, que dominada por su orgullo juana quiso partir su amor con un esposo, por no partir tambien una parte de su dominio y poder. María por el contrario, pensaba con el candor de una niña, en una tranquila y apacible vida doméstica; deseaba un corazón que comprendiera el suyo; un ser á quien comunicar sus pesares de muger, y un esposo con quien partir libremente su poder y esplendor de reina. Noble y tierno corazón, calunniado por los fanáticos y trasteros partidarios de aquel tiempo tempestuoso! Adorable y cándida muger, que superior á las innobles pasiones y la barbarie de su tiempo, no podia ser comprendida ni por Darnley, ni por Leicester, ni por ninguno de los cortesanos que cercaban su trono. Dos gentes solamente sabian lo que valia María Stuart, y eran, Isabel de Inglaterra y el músico David Rizio. Pero la una rival y el otro plebeyo, solo se interpusieron en el camino de la reina para arrojarla en un abismo de desventuras.

No obstante este amor, María tuvo algun tiempo en completa incertidumbre á Darnley; tanto, que éste trabó amistad estrecha con David Rizio, el cual empleó su influencia con la reina para persuadirla á que verificase su consentimiento matrimonial. Prueba evidente es esta, que si existieron acaso afecciones amorosas entre David y María, cada cual conoció su posicion, é hizo el generoso sacrificio que convenia (5).

Verifícase á fin el casamiento de María con

[4] Voltaire en el Essayo sobre las costumbres no vacila en afirmar que Rizio tuvo amores con María Stuart; pero esto no lo asientan ni Walter Scott, ni Robertson, quienes son de creerse mejores jueces en este punto histórico.

[5] Walter Scott.—Historia de Escocia.

Darnley (año de 1565), y fué solemnizado con demostraciones de júbilo por la nobleza y pueblo de Escocia, y la reina creyó ver realizadas por fin esas dulces y santas aspiraciones de felicidad doméstica.

Por su parte, con su corazón de niña, virgen, y entregado absolutamente á su pasion, prodigó á su nuevo esposo todo género de caricias, le dió mas parte de la que hubiera debido en el gobierno del reino; y despreciando el resentimiento de Isabel, el enojo del conde de Murray y el descontento de muchos de los nobles de Escocia, no perdonó ni la influencia que le daba su posicion, ni los atractivos de su hermosura, ni sus sencillas coquetías y mimos de joven, para fijar de una manera positiva el corazón de Darnley. Cualquiera otro hombre, con una ligera dosis de sensibilidad, habria consagrado su existencia entera á amar y á complacer á su esposa semejante; pero Enrique no obró así. ¿Sus pensamientos hizo! A los pocos dias de su casamiento con María abandonó aquel porte caballeroso y moderado; y arrojando impudentemente la máscara, se entregó á todo género de excesos y de escandalos. Pasaba las noches en las tabernas y las orgías, y ebrio, manchado con los vicios mas degradantes, se iba á arrojar al lecho real, y á buscar con baldones á mujeres, las caricias y el amor de la criatura mas hermosa, mas delicada y mas discreta de la época.

En los primeros dias, María concibió la esperanza de atraerlo al buen camino, por medio de la dulzura y de las atenciones; pero nada bastó: los excesos, la brutalidad, y el áspero trato del conde se aumentaban de dia en dia. Cuando María vió traicionado de una manera tan brusca su amor; cuando se vió ultrajada torpemente, hollada y menoscabada su dignidad de muger y de soberana; cuando, en fin, vió con la luz de la realidad, que la esperaba una vida de continuados é insufribles tormentos, y que sus ilusiones de felicidad doméstica habian sido unos frágiles castillos levantados en una imaginacion de veinte años; entonces cambiaron naturalmente sus sentimientos. La ingratitude es lo único que destruye el amor, y María si no tenía derechos al amor de Darnley, porque es un sentimiento espontáneo, si los tenía á su reconocimiento. Habia sido reina de Francia, lo era de Escocia; tenía veinte años y estaba en la mas ríspida aurores de su vida; y tímulo, honor, poder, belleza, talento, amor, todo lo habia dado á su esposo, y éste hallaba tantos tesoros juntos y se entregaba á la crápula y á la disolucion. ¡Terrible situacion en que se pone á la muger en la alternativa de morir de pesar ó de cometer un crimen!

Nos hemos detenido algo en esta escena de la vida de María, porque es, por decirlo así, el eslabon de la cadena que la condujo al cadalso,

y porque no siendo estos unos graves y serios estudios históricos, deben tomarse en cuenta estos acontecimientos domésticos, que tanto infelices tuvieron en los públicos de los tiempos calamitosos de Escocia, en la época en que hemos colocado esta narración.

A medida que la reina concebía mas aversión por Darnley, aumentaba la privanza de David Rizio, y por consecuencia la odiosidad contra él de los mas poderosos cortesanos. La estrecha amistad que habia nido a Rizio y Darnley, se habia roto enteramente; y el segundo creyendo que los consejos del primero, impedían a María coronado rey de Escocia, se unió con los loras amigos de Murray y encamizados contrarios del músico, y se decidió á deshacerse de él por cualquier medio por reprochable que fuese.

Necesitamos descansar algun tanto, para armarlos del valor suficiente para referir tan horrorosa é infame catástrofe.

III.

Era una noche del mes de Marzo de 1567, cuando María estaba en una de las góticas salas del palacio de Holy Rood en Edimburgo, reclinada en un sillón de púrpura y sumergida en la mas profunda meditación: sacaba de ella la llegada de un servidor que le anunció que el Señor David Rizio, pedía permiso para hablar á S. M.

—Que entre, dijo la reina; y al mismo tiempo que salió el criado entró David, vestido elegantemente, con su pérupe de terciopelo bordado de pedrería y oro, y una capota de capa ó ferrero que con gracia y doblaje caía sobre su hombro derecho.

—Mucho te has hecho aguardar, mi buen David, le dijo la reina, procurando dar á su rostro el aire de benevolencia que le era habitual.

—Con verdad he tardado mas de lo que quiero, mi noble señora, respondió David, doblando una rodilla y besando la mano de María; pero he tenido que atravesar algunas calles oscurecidas para llegar á palacio, pues sabea que cada favor que me otorga la clemencia de V. M., me cria un enemigo mas.

—Es posible, David! reposó María con agitación; no crea, en verdad, que se atrevieran á atentar contra la vida de uno de mis servidores. Ya se vé, David, lo harán porque la ingratitud y la perversidad, reina entre esos que se dice forma lo mas noble y escogido de mi reino; mas si sabea quienes están complicados en esta trama, dímelos, que los haremos entender que á pesar de los sinsabores y fidel que ha arrojado en mi corazón mi noble esposo, aun queda bastante poder en nuestras manos reales para castigar á los traidores.

—Gracias, mi noble reina, por tantas atencio-

nes, contestó David en tono humilde; pero vuestro servidor sabe manejar una espada tan bien como el laud.

—Vamos, David, reposó riendo la reina; te has vuelto demasiado temerario y no diré mas; pero sabea no gusto de que se me digan cosas que no sean ciertas.

—Crea por ventura V. M., interrumpió David, que no sabia defender mi vida!

—Lo que creo, David, es, que mientras estás bajo nuestra real protección, á nos toca cuidar de esa existencia; y á vos, cantar y pulsar el laud para disipar la tristeza de la reina de Francia y de Escocia, y diría de Inglaterra si no temiera que se enojase mi noble hermana y tutora Isabel.

David tomó el laud, y la reina sonando una campanilla de plata dió orden para que trajesen la cena á hiciesen entrar á la condesa de Argyll y á dos de las damas de honor.

A poco momento comenzaron á saborear los esquisitez manjares; y David con sus trobas, y la reina con sus agudezas y buen humor, zambaban la cena (1).

De improviso, y como si fuera una evocación infernal, apareció un caballero armado de punta en blanco, pálido, y con las mejillas y ojos hundidos. María se sobresaltó por lo pronto; pero recobrando su tranquilidad dijo:

—Podremos saber el asunto que trae á nuestra presencia al lord Ruthven y por qué causa entra sin pedir permiso hasta nuestras habitaciones privadas?

Lord Ruthven permaneció en silencio, y solo arrojó una mirada infernal sobre David, y este leyó en los ojos del conde su sentencia, y se estremeció.

María hizo un esfuerzo sobre si misma, y con voz enérgica dijo: os he preguntado, mi lord, qué motivo os trae delante de vuestra soberana, y nada respondéis. Veo, pues, que vuestro desamato necesita contenerse. Al decir esto tocó la campanilla de plata.

El lord Ruthven soltó una ronca carcajada y

(1) El 3 de Marzo, Morton entró al palacio del laud con cinco sesenta hombres, y sin ruido, y sin encontrar resistencia alguna, se apoderó de las puertas. La reina estaba cenando con Rizio, la condesa de Argyll, y un cierto número de damas. El rey entró de ligeros por una puerta secreta, y después le hizo Ruthven, que estaba pálido y estremado, á causa de la larga enfermedad que habia sufrido. Esta silla y repentina aparición llamó á los circunstantes, y Rizio comenzó desde luego, que al oírlos destinados á ser la víctima; y sobrescogido de un terror pánico, se refugió detrás del sillón de la reina, creyendo que la magnates real lo libertaría de la muerte que le aguardaba, etc.

María recurrió á las lágrimas y á las amenazas para salvar á sus favoritos pero todo fué inútil, pues el desgraciado Rizio fué arrastrado con violencia, y sus miembros desmenuzados contra el muro. Le dieron cincuenta y seis heridas. —Robertson, *Historia de Escocia*.

dijo:—Es en vano, señora: vuestras gentes están aseguradas y no os oírán, mientras que las de vuestro esposo Darnley, están apoderadas de las puertas de palacio.

—¿Queréis asesinarnos, Milord! dijo la reina sobresaltada; esa es una infame traición que no sufrirá el pueblo escocés.

—Por San Andrés, contestó Ruthven, que de vos señora no queremos otra cosa, sino que gobernéis en justicia, y según vuestra opinión; pero para esto es menester arrancar de vuestro lado este reptil, esta sabandija italiana.

—Silencio, Milord, interrumpió la reina con voz enérgica; matadnos mejor, y no vengais á insultar á una muger y á una reina.

—Lo veis, señora, exclamó Ruthven furioso, lo veis: ese miserable italiano domina absolutamente vuestra voluntad, y ultraja con una privanza sin medida, á toda la nobleza de Escocia.

—Silencio, Milord, exclamó la reina colorada.

—Es menester acabar de una vez, interrumpió Ruthven sacando un puñal.

David corrió á ocultarse entre las vestiduras de María.

—Miserable cobardo, sin resolución para defenderse, y sin valor para morir, contestó Ruthven levantando el puñal que tenía en la mano derecha, mientras con la izquierda trataba de asir á David, que se ocultaba entre el vestido de María.

—Por piedad, Milord, calmaos, exclamó la reina estremada al ver el frenesí y la saña del conde.

—Entregad á ese hombre, señora.

—En nada os ha ofendido, Milord, contestó la reina en tono suplicante: es una preocupación injusta contra él; porque si hay males y calamidades en Escocia, no son culpa de él, sino

—Entregad á ese hombre, señora.

—Milord, exclamó María sollozando, os pide vuestra reina de rodillas la vida de este hombre.

—Entregadlo, señora.

—No os conmueven, Milord, una muger que llora, una reina que suplica arrodillada ante su súbdito!

El conde estaba á punto de entermecerse, porque María estaba bella como nunca con su llanto y sus gemos; pero á este tiempo entró Darnley y las gentes que estaban complicadas en esta trama infernal; y Ruthven recobrando su rabia arreanó violentamente á David del lado de la reina, y le hundió el puñal en el pecho.

—Milord Ruthven, por la sangre de Jesucristo, tened compasión de vuestra reina, de una pobre muger que llora y que abraza vuestras rodillas perdonado.

—David murmuró á media voz, una estrofa que cantaba frecuentemente:

Muerto andánote, lo juro.

Ruthven le hundió el puñal en el pecho.

—¡Ah! Milord, dijo la reina arrancándose el peinado, sois un cobarde, un infame. Habiéis venido á manchar las vestiduras de vuestra soberana con la sangre de su favorito, de su secretario; y esto no lo perdonaré jamás; la venganza de las mugeres es terrible.

Ruthven arrastró á David á la pieza inmediata.

—¡Ah! Conde Ruthven, algun día os haré subir á un cadalso tan alto como vuestro crimen y ¡Jesus, tened misericordia de mí!—María cayó desvanecida en brazos de la condesa de Argyll.

Darnley, pálido, con marcadas señales en los carrillos de su vida disoluta, miró á la reina y dejó escapar una sonrisa trémula.

David aun imploró el auxilio de María, la cual vuela á sí de su desmayo; se interpuso entre sus asesinos; pero estos rechazaron á la reina, y arrastrando al desgraciado músico á la pieza inmediata, le dieron cincuenta y siete puñaladas (2).

Cuando entraron los asesinos á la habitación de la reina, les preguntó:

—¿Habiéis acabado de matar á David?

—Respondieron afirmativamente.

—Pues bien, infames asesinos, contestó con voz enérgica, y como si no hubiera presenciado tan horrorosa catástrofe, ahora es menester enjugar mis lágrimas y pensar en la venganza.

Al día siguiente partió en compañía de Darnley (3) para el castillo de Dumbair, donde en breve se le reunió el conde Bothwell y otros nobles, con un ejército de mas de ocho mil hombres.

IV.

Muy poco tiempo habia pasado, cuando la reina María se presentó á las puertas de Edimburgo con un ejército numeroso, para castigar la temeridad de los conjurados y asesinos de Rizio; estos, por su parte, desordenados enteramente con la fuga de Darnley, y sin recursos ni gente para detenerle con buen éxito, huyeron á Inglaterra, y la reina entró triunfante en Edimburgo. Las medidas para la aprehensión de los asesinos de Rizio se redoblaron; mas la reina, buena y elemental, perdonó á muchos, cuya culpabilidad no estaba plenamente probada, y solo dos individuos (y no de alta clase) fueron decapitados (4).

Dejemos á María ocuparse en los serios asun-

(1) Walker, Scott, historia de Escocia.

(2) María aunque conoció que en esposo era acaso el principal agente del asesinato de Rizio, disimuló por el pronto, y lo previniendo á que retirara la guarnición de conjurados, y se fugase con ella al castillo de Dumbair, hizo con el fin de separarlo de los conjurados, y castigados con rigor.

(3) Keith, apéndice 130, 334.

tos del gobierno, en prevenir las intrigas de la corte de Inglaterra, en calmar la efervescencia de los partidos, y en adoptar medidas que aseguraran el establecimiento de la fe católica en Escocia, y considerémos rápidamente sus penas mortales.

Un acontecimiento tan trágico como el de la muerte del músico, en que el crimen y la insuflencia vulneró de una manera tan atroz la dignidad soberana de María, en que ésta vio paliado; tembloroso, agonizante, cubierto de sangre el que había sido objeto de sus afectos, hizo una terrible impresión en su alma; y le abrió una llaga tan profunda en el corazón, que nada era bastante para cicatrizarla; así es, que frecuentemente padecía unos accesos de melancolía, que degeneraban en locura.

A los cuatro meses del suceso mencionado dió á luz un niño (pues estaba en cinta cuando se cometió el crimen), que fué bautizado con el nombre de Jacobo VI (10). Este suceso volvió á María parte de su tranquilidad perdida, pues la ocuparon los sentimientos tiernos y sublimes del amor maternal; mas á poco tiempo se consideró convenientemente, para la seguridad del príncipe, separarlo de su madre; y ésta no tuvo ya ni siquiera amor, ni con quien llorar sus infortunios. ¡Práste condición la de las personas elevadas, que no les es permitido amar ni aun á sus hijos!

Una vez que se ha comenzado á trazar, aunque en compendio, la interesante vida de María Stuart, desearíamos bien no omitir los mas insignificantes pormenores de ella, mas como sería necesario extenderse demasiado, y no lo permitiera el estrechar de un periódico, fuerza será que lleguemos al punto donde otra catástrofe horrible tuvo lugar.

Darnley ahogó muy pronto los remordimientos que le ocasionara el crimen referido, y volvió á su vida disoluta, hasta que se enfermó gravemente en Glasgow. Aunque sobran á la reina motivos para aborrecer á su esposo, se puso en camino conmovida de su situación, y el prodigio, durante su gravedad, los mas solícitos cuidados.

Darnley, recobrado ya en el uso de sus sentidos, pereció una mañana, en su cubecera, á su esposa, y con la insolente audacia y la arrogancia sonriente que acostumbra, le dijo:

—Milagro patente de San Andrés ha sido el que aun me conserve con vida.

(10) Su hijo Jacobo VI, rey de Escocia y de Inglaterra, que nació cuatro meses después de esta aventura, tembló toda su vida á la vista de una espada decantada á pesar de los esfuerzos que hacía para sobreponerse á esta disposición de sus órganos. Tenia así el nervio de la naturaleza, cuando ella obra por resortes desconocidos!—VOLTAIRE.—Ensayo sobre las costumbres.

—Con efecto, Enrique, contestó María, vuestra enfermedad ha sido grave.

—No crea mi noble esposa que yo hago consistir el milagro en haber escapado de la enfermedad, sino en vivir cuando vos me habeis asistido.

—¿Qué queréis decir con eso, Enrique?

—Quiero decir, que lo que no hizo la enfermedad podria haber hecho un veneno, ó un puñal.

—Enrique, exclamó la reina encendida en cólera, esas son sospechas muy viles!

—¿Que querria, noble dama! cada cual es dueño de sospechar lo que le agrade.

—Os digo, Darnley, interrumpió María, que son sospechas que solo un corazón como el vuestro puede abrigar.

—Es que...

—Lo que es cierto, Darnley, que vos sois un mal caballero; y digo más, un ingrato. Os preferiré entre mil nobles caballeros, príncipes y reyes, que solicitaban mi mano, y os hice, de un simple y despreciable vasallo, el señor y dueño de un reino.

—Os entregué mi hermosura, mi corazón, mi voluntad, mi amor.

—Os hice dueño de mis tesoros, de mi opulencia, de mis palacios.

—Os di parte en el gobierno del reino, os...

—Amé, Enrique, con toda la fuerza de mi alma, y hubiere dado mi vida á la mas leve insinuación vuestra.

—María sollozaba.

—Darnley guardaba silencio.

—Y vos, Darnley, qué habeis hecho en compensación de tanta generosidad? ¡Ah! tenéis óbrio, erupción, á bollar mi amor, á profanar mi lecho real, á llenar mi hermosura de haldon y de oprobio. Vos, os habeis unido contra los enemigos de vuestra esposa y de vuestra reina, y esto no es cumplir con los deberes de marido, ni con los de subdito. Vos, Darnley, habeis bebido de sangre los vestidos de la reina de Francia y de Escocia, le habeis echado acibar á torrentes en su vida, la habeis humillado como á la última mujer perdida del pueblo.

—María se mordía los labios, y lloraba.

—Darnley se valió del otro lado, recogió los celos, y le dijo con tono despreciativo y altivo.

—Pecáis imprudentemente, señora, y haréis muy bien en volveros á Edimburgo, sin echarme sermones ni repincheadas.

—María salió de la alcoba, diciendo: mi sangre, mi vida entra diaria yo por la venganza.

El conde de Bothwell que habia escuchado todo este diálogo, oculto detrás de la tapicería, salió al encuentro de la reina y le dijo:

—MUCHO sufrís, reina mia; cualquiera diría al ver esa palidez, que vais á morir.

—Con efecto, conde, sufro mucho.

—¿Queréis un caballero que...

—Mi vida y mi sangre daría por la venganza.

—Seréis satisfecha.

El conde de Bothwell hizo una reverencia á María, y desapareció.

La reina se retiró á su habitación á llorar de rabia y de despecho.—Nunca habia sufrido tanto como en esta entrevista.

V.

Asegurado el conde de Bothwell con la palabra de María, dió rienda suelta al odio que habia concebido por el rey, y meditó una venganza digna de su saña. Bothwell estaba enamorado de la reina, y con esto queda explicado todo.

La habitación en que estaba Darnley en Edimburgo, donde habia regresado con la reina á pesar de la aclarada cuestión de Glasgow, era una casa perteneciente al capellan de una colegiata llamada *Kirk of Field* (iglesia de los campos) [11]. Su situación en una plazuela aislada, en un terreno elevado, le daba mil ventajas por la salubridad del aire; pero al mismo tiempo la soledad parecia que favorecia cualquier atentado.

Bothwell, constante en sus proyectos, reunió una tropa de laudidos, y procurándose unas llaves falsas, penetró con ellos por las bóvedas subterráneas de la iglesia; colocó justamente debajo de la alcoba de Darnley un barril de pólvora, y dejando una mecha encendida, se salió con mucha tranquilidad á esperar la explosión en un lugar retirado. En efecto, á poco momento, un horrible estallido se escuchó; los fragmentos de piedras y maderamen volaron por los aires, y con la luz del combustible, se vió un cuerpo—era el de Enrique Darnley, rey de Escocia.

La reina estaba á la sazón en un balle de máscaras; pero al estirando que se escuchó salió precipitada. En la balaustrada del corredor estaba Bothwell pálido, inmóvil y fijo como una estatua de mármol.

—¿Qué ha sido eso? preguntó María, agitada. Bothwell se acercó al oído de la reina y le dijo: «Darnley no existía ya.» Mañana á estas horas desearé tener una entrevista con S. M. en el palacio de Holy Rood.

VI.

Al día siguiente, el conde se presentó á la hora convenida, y la reina lo recibió con muestras de indignación. María era una mujer fogosa, de pasiones vivas y ardientes; pero la sensibilidad dominaba sus acciones, y jamás podia aborrecer á los desgraciados. Bothwell conocía esto; pero habia dado un paso en el crimen para lograr su ambicion, y la cólera de la reina le importaba poco; no obstante, permaneció con una «rotila doblada delante de María sin hablar palabra, hasta que ésta lo hizo.

(11) Robertson, historia de Escocia.

—¿Stabéis, conde de Bothwell, que me habeis perdido!

—No fué esa mi intencion, noble señora; pero si así lo crece V. M., estoy pronto á reparar mi falta.

—Con vuestra cabeza, ¡no es verdad!

—De ninguna suerte: con mi mano, contestó el conde con mucha sangre fría.

—¡Vive Dios, conde! Creeria que venis á mortafaros, ó que estais loco; levantaos, y habládme mas cuerdatamente en nuestra real presencia.

—Lo que he dicho es lo único que conviene á V. M. Si no soy príncipe ni rey, soy por las hazanas de mis antepasados, uno de los vasallos mas poderosos de vuestro reino; y ademas, señora, es amo con toda mi alma...

—Callad, conde: os repito que delirais, añadió María con una marcada solemnidad; y si habeis venido para esto á nuestro palacio, os damos nuestro permiso para que os retiréis.

—Veo que V. M. no tiene hoy benéplico de escucharme; mas os hablaré breve y claramente, y eso terminará una entrevista, de la cual debiera resultar mas bienes á V. M. que á su humilde vasallo.

—Os escucho, conde.

—No ignorais, señora, la suerte que Dios destinó al difunto rey.

—La infamia y la maldad mas inaudita, no Dios, lord Bothwell.

—Como queráis, noble señora; pero os diré que lo que vos necesitabais era venganza: la venganza ya está ejecutada.

—Milord, milord, vos me calumniais; jamás os dije una palabra.

—La memoria es muy frágil, señora... decia que esto lo dispuso la Providencia; y no tiene ya remedio; pero el pueblo, señora, que no puede saber lo que vos sufristeis con vuestro esposo, que no puede comprender el corazón de una mujer cuando la mas negra ingratitud lo destruye, dice...

—¿Que dice? Milord, acabad.

—Dice, señora, que vos... y vuestro vasallo, han sido los asesinos del rey.

—Ah! Milord, me habeis envuelto en una trama horrible que va á costar mucha sangre á la Escocia.

—Os aseguro, señora, que yo no he tenido parte alguna en ella; pero repito que el pueblo y los envidiosos de la grandeza y hermosura de V. M., tendrán un pretexto...

—Les hablaré, les diré que vos...

—Mi inocencia...

—¿Que sois inocente; pero mirad que no os escucharán...

—En efecto, mientras que este diálogo tenia lugar, se escuchó el rumor de una reunion que fué

riosa clamaba contra los asesinatos del rey, dejándolo escapar algunas imprecaciones contra María.

—Lo veis, señora: el pueblo grita ya contra la hermosa reina á quien antes idolatrara. . . .

María en un momento de debilidad tan común en las mujeres, y figurándose que el pueblo podía amotinarse á incendiar el palacio, exclamó conmovida; salvadme, Milord de Bothwell, salvadme porque todo el mundo me abandona.

—Oh señora, decidios por piedad, os amo, os adoro, y daré mi vida por la vuestra. Aun me quedan numerosos vasallos que á mi voz tomarán sus escudos y sus lanzas para defender á su soberana. Nos marcharemos á uno de mis castillos, allí reuniremos á nuestros amigos, y haremos espiar en el pueblo, el arroyo de los tejedores que os insultan!

—Mas sangre todavía, donde?

—Pues bien señora, vos perdonareis, vos mandareis, vos seréis árbitra de ejecutar vuestra soberana voluntad, y yo no seré mas que vuestro esclavo. . . .

El pueblo seguía gritando, y la reina dijo: Conde, oíd al pueblo; aquietadlo, salvadme, y haré cuanto gustéis.

—Gracias señora, gracias; me habeis hecho el mas feliz de los hombres.

Bothwell salió, y tomando cincuenta lanzas de la guardia de la reina, atravesó por en medio de la multitud gritando con voz de trueno: —Ata, canalla, marchad á vuestras casas, si os hago colgar uno á uno. El pueblo se dispersó.

VII.

Poco tiempo después, la reina emprendió un viaje de Edimburgo á Sterling, y Bothwell emboscado con mil caballos en el camino, se apoderó de la persona de la reina, y la condujo al castillo de Dumbur, donde la retuvo cautiva ocho días. El hecho histórico es, que apesar de esta aparente violencia, María se casó al fin con Bothwell, y que este casamiento que se atribuye á un exceso de pasión en la reina, fue causa de multitud de desgracias.

Las naciones aliadas ó vecinas de Escocia, se disgustaron altamente con estos sucesos, que repetidos de boca en boca, llegaban á las cortes extranjeras con los mas horribles colores; estas murmuraciones despertaron al pueblo de Escocia del letargo en que lo tenían las maquinaciones de Bothwell, y se sublevó enérgicamente: los nobles contando con este poderoso apoyo, se conjuraron contra María, la obligaron á separarse de su esposo, y la condujeron prisionera al castillo de Lochleven.

Entre tanto Jacobo VI, fué coronado rey y el conde de Murray nombrado regente del reino. María apesar de los errores de su corazón,

era aun amada y querida de muchos de sus vasallos, lo cual le proporcionó la oportunidad de fugarse de su prisión, y reunir un numeroso ejército, á cuya cabeza presentó batalla á sus enemigos, en el camino de Dumbarton, en una eminencia llamada *Langside Hill* (la colina de Langside). La fortuna que abandonaba ya enteramente á la intrépida María, y la impericia de sus generales, hicieron que la batalla se perdiera. Entonces María llena de terror, y casi loca y delirante, corrió sin tomar aliento hasta la Abadía de Dundrenan, distante como veinticinco leguas del sitio en que se había dado la acción. —Singulares aventuras, que parecen pertenecer á la novela!

En menos de diez días se vió la reina separada de su esposo y prisionera; después libre y á la cabeza de un numeroso ejército, y por fin sola, prófuga, al través de los bosques, y sin tener un amigo con quien llorar sus pesares.

Bothwell, prófugo tambien, miserable, sin amigos, se reunió con unos bandidos, armó unos barcos, y se convirtió en jefe de piratas. Después de mil combates y aventuras, fue hecho prisionero en las costas de Noruega; y aunque el haber descubierto su ruego le evitó la muerte infame de sus compañeros, padeció diez años en una dura prisión, hasta que agobiado con los sufrimientos y las enfermedades murió, sin tener el consuelo de que una sola gente del mundo hiciese de él una tierna memoria.

Resumamos. —Francisco II, primer esposo de María, murió súbitamente en su mas florida edad. —Rizio, su secretario, asesinado. —Darnley, su segundo esposo, incendiado con un barril de pólvora. —Y Bothwell, entre los hierros de una prisión.

Muchas tempestades se levantarán en la alma de María durante este tiempo; muchos dolores sentirá en su corazón; muchos tormentos la cercarán. La pluma no tiene poder para describirlos.

VIII.

Rápidamente hemos trazado las principales escenas de la vida de María Stuart; vida agitada, llena de amarguras y pesares; existencia triste, y devorada constantemente por el amor y por los celos; corazón herido y marchito por la ingratitude de los hombres; hermosura profanada por maridos bárbaros y disolutos; alma llena de muger con todas sus debilidades y sus flaquezas, á quien faltó una dirección y un auxilio, para seguir constantemente un camino recto.

Arrojada María de su trono, proscrita, en union de un corto número de amigos, desecado su corazón, perdidas todas sus ilusiones, y presa de los mas crueles remordimientos á causa de sus funestos errores: la segunda época de su exis-

tencia la pasó entre los lentos é insufribles martirios de una cautividad de diez y nueve años, durante los cuales, sufrió con santa resignación los mas viles ultrajes, los tratamientos mas duros de parte de sus enemigos.

Después de la derrota de Langside, el único recurso que quedó á la reina de Escocia fué acogerse á la protección de Isabel, y ésta en vez de tratarla como una parienta, como una amiga, como una aliada, vió llegado el suspirado momento en que podía disponer de la suerte de una muger, á quien habia constantemente envidiado y temido. María, pues, fué conducida prisionera al castillo de Bolton.

Entretanto, los partidarios de María alzaron el estandarte en su favor, el regente Murray fué asesinado, y el fanatismo mas encarnizado, y las escenas mas sangrientas que pueden contarse en historia alguna, tuvieron lugar en Escocia. Nada de esto resultaba en provecho de la cautiva, pues antes por el contrario, cada victoria, cada tentativa favorable del partido católico, aumentaba el furor de los protestantes, y ponía á la soberana de Inglaterra en el caso de estrechar mas y mas la prisión de su hermana de Escocia, y á trasladarla de un castillo á otro. De Carlisle, se la condujo á Bolton; de Bolton á Tutbury, á Wingfield, á Conventry, á Chatsworth, y en todas partes la tristeza y el abatimiento, seguían á la ilustre cautiva.

Increible parece que en tan largo tiempo tuviese María la energía de alma necesaria para sobreponerse á los rigurosos tratamientos de las cárceles, á las crueles y groseras humillaciones que dia por dia la hacian sufrir sus enemigos. —Diez y nueve años de una vida semejante, es una eternidad entera, y solo en tiempos de barbarie y de revoluciones tan sangrientas, puede concebirse que tanto se liciera padecer á una muger, y á una muger reina, hermosa y desgraciada. —Cuántos títulos para la veneración y el respeto!

IX.

Forzoso es abreviar una narracion tan penosa, y aproximarse al desenlace de estos acontecimientos, visitando á María en sus últimas prisiones de Charley y Rotheringay.

Una tarde en que la reina se hallaba hecha presa de la mas negra melancolía, entró Curly su secretario y le dijo:

—Señora: Sir Tomas Georges acaba de llegar, me ha dicho que trae instrucciones de la reina Isabel, para moderar el rigor de nuestro cautiverio; y que en consecuencia se os permite que salgáis á caballo á dar un paseo por el parque.

—Dile á Sir Georges, contestó María con tono indiferente, que de á mi nombre. Las gracias á mi noble hermana Isabel, porque me concede

permiso para montar á caballo, cuando mi salud apenas me permite tenerme en pie; que esa es una bondad sin límites, y una prueba de la esquisita sensibilidad de una reina de Inglaterra. . . . Pero no le digais eso, mi padre Curly. . . . decidme simplemente, que si pueden, usará de su permiso. . . .

—Pero Señora, interrumpió Curly, desearé saber á efectivamente saldréis.

—No me moveré de aquí, Curly; las fuerzas físicas y morales me han abandonado de pocos dias á esta parte, y no deseo mas que salir de esta miserable y desgraciada vida.

—Os haria tanto bien el aire del campo, señora, que me atrevo á suplicaros que os aprovechéis del permiso.

—Curly, me haria acaso mas perjuicio que bien! ¡Ver los lagos, las flores, los pájaros que vuelan libres por el viento, después de tantos años de prisión y cautiverio! ¡Oh! esa emoción me mata.

—Bien, señora, bien voy á disponer lo conveniente para vuestro paseo, pues veo que aun podéis gozar de algunos momentos de felicidad.

—Sea como lo desees, Curly.

El secretario salió y María quedó gozosa, pensando en su paseo, con el placer infantil con que un niño aguarda algun dígito curioso.

Imposible sería describir la alegría de la reina, cuando se vió en el campo, libre, y respirando el puro ambiente de las flores. ¡Oh! decís, ¡qué hermoso lago, tan tranquilo, tan azul, tan terso como un espejo! ¡Que arboles tan verdes y tan copados! ¡Que ares tan hermosas! ¡Que aspecto tan risueño el de la naturaleza! Como ella ho sido tambien feliz como estos árboles he tenido una primavera en la deliciosa Francia; como estos pájaros he sido yo libre y desquiciada del poderar. ¡Oh! Curly, soy feliz; y esta ligera que asoma á mis ojos ahora, es la primera que me ha hecho derramar la alegría, después de diez y nueve años.

Mientras que la pobre María se entregaba á estas emociones, Sir Tomás Georges oprimió las personas de los servidores mas adictos de la reina; y fracturando las gabelas donde tenia encerrados sus papeles mas secretos, se apoderó de ellos con el fin de entregarlos á Isabel.

María regresada de su paseo, y multitud de mendigos la rodearon para recibir la limosna que tenia costumbre de darles. —Hijos míos, nunca puedo daros, porque ahora soy tan desgraciada y tan indigente como vosotros.

Al entrar en su habitación encontró á Sir Georges, que salía con los papeles en la mano.

—¿Qué haceis, Sir Georges? ¡Por que habeis anulado nuestra habitación, y fracturado nuestros muebles, como un bandido!

—Esa reconvencción hacecía á la poderosa reina Isabel, de cuya órden he venido.

—Comprendo ya por qué se me permitió salir á pasear.

—Mucho me alegro, señora.

—Idos, Sir Georges: sois demasiado vil, y demasiado rastrero, para que la reina de Escocia se abata hasta el punto de dirigiros la palabra. Decid solamente á vuestra orgullosa reina, que hay dos cosas que no tiene poder para quitarme, y son: mi sangre escocesa, y mi fe católica (12).

Sir Georges se retiró avergonzado y confuso. El 25 de Septiembre de 1585, se le trasladó á su última prisión del castillo de Fotheringay, y allí se le friccionaron los mas degradantes ultrajes. Se le quitó el trono que tenía en su habitación: se omitió darle el título real: los guardias permanecieron con la cabeza cubierta en su presencia, y hasta se le privó en los últimos días de un lecho en que dormir.

Cuando los pocos amigos de María consideraron que las intrigas de los reformistas estaban á punto de precipitar á Isabel á cometer un atentado, estrecharon de tal manera al conde de Leicester, que consiguió al fin el que la reina inglesa concediese una entrevista á María, para lo cual se permitió á ésta que saliese á dar unos paseos por las cercanías de su prisión, á la vez en que sabiendo á cazar por el mismo sitio, se encontrasen las dos como por casualidad.

La Salud de María cada vez se debilitaba, mas; de suerte, que era necesario que su nodriza Ana, y alguna otra de las pocas servidoras que tenía, la tomasen de los brazos, y la ayudasen á andar.

Conforme se había previsto, las dos reinas se encontraron una tarde debajo de un soto de árboles. ¡Que contraste! Isabel arrogante, llena de pompa y esplendor: María abatida, enferma, con dos únicas mujeres, piadosas y compasivas que la acompañaban en su desgracia. La una, con un gran reino humillado ante sus plantas: la otra, con una prisión por palacio.

El primer movimiento de María, luego que vio á Isabel, fue el de retirarse: pero el conde de Leicester se lo impidió, diciéndole en voz baja:

—Señora, la esperanza de vuestras amigos está fijada en esta entrevista: no os rehuséis á ella, quizá será para vuestra salud.

Muy pocas esperanzas me quedan de testiblearla, querido primo, contestó María, con una amarga sonrisa; pero cierta predilección que tuvisteis por mí, en tiempos menos azarosos, no se me olvida. Consentiré.

—Cred, dijo Isabel acercándose, que ya que la casualidad nos ha hecho encontrar, rehusaba mi noble hermana....

—Señora: desde mi venida á vuestro reino,

[12] Walter Scott.—Historia de Escocia.

contestó María con dignidad, he solicitado tener una entrevista con vos, y lo habeis rehusado.... En cuanto á mí, nada tengo que me impida el hallarme frente á frente de mi augusta pariente, la reina de Inglaterra.

—Muy pálida y muy estenuada estáis, noble María, repuso Isabel sin darse por entendida del sarcasmo.

—Es muy posible, señora: los baldones y sufrimientos que he tenido en diez, y nueve años de cautividad, no son los elementos mas apropiados para conservar la salud y la belleza. En cuanto á vos, mi noble hermana, os encuentro mas hermosa, con unos colores de rosa en las mejillas que demuestran que sois feliz, muy feliz. Eso os he deseado siempre, desde los solitarios y profundos lieros de mi prisión: crédito, señora.

—Decias, hermana mía, interrumpió Isabel, procurando desviar la conversación del giro que tomaba, que os han tratado mal.

—Y me lo preguntais, señora?

—Yo he dado órden de que se os prodiguen todo género de atenciones, de que vuestras habitaciones estén adornadas con el bato real que merecéis, y de que se conserve á vuestros servidores.... En fin, he deseado que en mis castillos reales, donde os he guardado por la seguridad de vuestra propia persona, no tuvierais que estrañar á vuestros palacios de Holy Rood, de Dumbur y de Glasgow.

—Gracias, mil gracias señora, respondió María con sonrisas irónicas: os digo que estoy muy reconocido, y que en verdad, no he estrañado mis palacios de Dumbur y de Glasgow. Me habeis mandado carceleros tan humanos y tan complacientes, habeis procurado complacerme hasta en las minuciosidades mugeriles; os habeis por último portado tan bien, que todo esto me tiene con la cabal salud, y con la alegría, con el buen humor que veis.

—Si esta entrevista debe prolongarse, espero que mi hermana dejará ese tono de sarcasmo, y tendrá en cuenta que habla con la reina de Inglaterra.

—No lo he olvidado, Isabel, mientras nunca quereis recordar que antes que vos, he sido yo reina de Francia y de Escocia.... ¡Cree por ventura la reina de Inglaterra que viene á hablar con una pobre paisana que se ha de humillar, que ha de bañar sus rodillas con llanto.... ¡Oh! no: primero morir. Os mandé decir con vuestro convenio, que todo me quitarías menos, mi sangre escocesa y mi fe católica. La primera nos dá orgullo, y la segunda nos presta resignación. Ya veis, Isabel, que no tengo porque variar de tono.

—Sois injusta, María. Cuando me he prestado á una entrevista que sollicitasteis vos, me lu-

sultais; vos no quereis entrar en explicacion alguna.

—[Explicacion, señora! Nada, por desgracia, tengo que explicaros, y vos á fe mía, tendríais que explicaros; por qué me habeis tenido cautiva tantos años, cuando vine á ponerme bajo vuestra proteccion y á implorar vuestra generosidad. ¡Por qué me habeis tratado como una muger perdida y criminal, cuando he sido vuestra aliada, vuestra hermana y vuestra amiga!

—Esa explicacion, María, la encontrareis en vuestra conciencia. Acordaos de Rizio, de la iglesia de Kirk-of-Field, de Bothwell, de....

—Os he dicho, señora, contestó María, que vine á vuestro reino no á que me juzgáseis, sino á que me protegíseis. Vos habeis abusado, y con verdad, es lo único que tengo que deciros. —Inútiles son vuestros dictarios, María: decidme al que quereis algo, y concluyamos esta entrevista.

—Lo que tengo que pedir, señora, es, que me restituíais la libertad de que me habeis privado tan injustamente: que castigáseis á vuestros súbditos que han hollado las prerogativas de la magestad real; y que restituyéndome al lado de mis amigos, haya entre nosotros una reconciliacion franca, ó una guerra noble.

—Estais demente, noble reina: ¡quereis que, cuando os tengo en mis manos, me deje de mi trono real de Inglaterra para colocaros á vos! ¡Que cuando voy logrando hacer triunfar la causa de la iglesia, entregue la monarquía á esos fanáticos papistas que todo lo aniquilan y destruyen! Muy poco favor me haceis, María; y habia yo juzgado mejor de vuestro talento.

—Decis bien, Isabel, estoy demente al concebir que vos seriais noble y generosa con vuestra rival: pero os pido una sola gracia, que no me negareis; y es, la de que me hagais morir en breve. La vida me es insostenible; y á precio de que me libertéis de ella, os perdono cuanto me habeis hecho padecer durante diez y nueve años.

—No soy yo quien debe decidir de vuestra vida, sino la alta cámara.

—No olvidéis, sin embargo, mi súplica, Isabel. María volvió la espalda, y casi desahellada á causa de un dolor agudo de pecho, se volvió á la prisión; mientras la reina de Inglaterra en su veloz caballo, y seguida de sus cortesanos se internó en un soto de árboles.

Esta entrevista, en que los amigos de María tenían su última esperanza, tuvo por resultado como se habrá conocido, el que las dos reinas se separasen mas enemigas que antes, y el que naturalmente se dispusiese con mas precipitacion de la suerte de María Stuart. Agraváronse mas las circunstancias, con una conspiracion contra la vida de Isabel, tramada por un nombrado Ba-

Tom. II—7

bington, y otros celosos partidarios de la reina de Escocia, y á la cual se erigió la principal autora, ó cuando menos, cómplice de tal maquinacion.

Nombróse, en consecuencia, una comision que marchó á juzgarla á su propia prison en el castillo de Fotheringay. María se defendió con dignidad, negó enérgicamente cuantos cargos calumniosos se le hicieron, y negó, por último, la competencia y legalidad de un tribunal arbitrario y parcial, instituido contra todas las reglas de derecho, y por solo el capricho de una orgullosa y vengativa rival.

Nada de esto valió á la cautiva. Se hallaba abandonada de todo el mundo, como sucede frecuentemente á los poderosos cuando se hallan en desgracia; y el tribunal que juzgó á María, reunido en la cámara estrellada de Wetsminster, declaró de conformidad (13): "Que María, era cómplice en la conspiracion de Babington, y "que contra el estatuto sancionado para la seguridad de la vida de la reina, habia inventado varias cosas, que tendian al detrimento, á la muerte, y á la destruccion de la reina Isabel."

A pesar de las monstruosidades é iniquidad de una sentencia semejante, fue sancionada por la reina de Inglaterra, la cual manifestó aparente repugnancia; pero secretamente murió á los nobles para que le pitiesen la muerte de su desgraciada pariente.

El 7 de Febrero de 1588, se presentaron en la prison de la reina María, los condes de Kent y Shrewsbury; luego que ésta supo su llegada, se apresuró á reparar el desorden y abandono de sus vestidos, y á peinar graciosamente su delgado y abundante cabello; hecho esto, dió órden para que entraran.

—Muy bien venidos, millores, á la prison de la reina María.

—Señora, contestó el conde de Kent, de todo corazón hubiera deseado que nuestra visita fuese para consolar á V. M. ó informarnos de su salud; pero debo anunciaros que tiene por objeto el haceros saber que vuestra poderosa soberana la reina Isabel, no ha podido resistir á las exigencias de la nobleza, y de... Señora.... no tengo valor para sacaros de decir, continuó el conde conmovido....

—Si á lo que venis, millores, ó al menos mi corazón me lo avisa y estoy conforme, enteramente conforme, en entregar al Señor una vida que ha querido esta llena de tormentos y pesares. ¡No es la sentencia de mi muerte la que venis á leerme, millores! Pues bien, os repito que sinceramente os perdono, y aun os agradezco que seais prisioneros de una noticia, que no puede menos de ser grata á la pobre María de Escocia que tanto ha sufrido.

—Señora, interrumpió el conde de Kent, con

[13] Robertson, historia de Escocia.

conformidad y esa magnífica resignación, me conmueven al extremo; y por mi parte dejo á otro el cargo de leerlos la sentencia, y con vuestro real permiso me retiro....

—Milord, ¿cuánto me enternecen vuestras atenciones! He experimentado tan malos tratamientos, aun de los más viles soldados: he visto constantemente á mi lado semejantes tan altaneros y feroces; me han hecho sufrir tantas humillaciones, que á vos, milord, de veras os quedo muy agradecida; y si el Señor de los cielos me hace la merced de llevarme á mejor vida, allí rogare por vos, milord de Kent. Vamos, no os aflijas, leed, leed mi sentencia, os escuchó.

El conde de Kent no tuvo valor para leer, y su compañero con voz bronca pero conmovida, relató á María la sentencia que la condenaba al último suplicio, por haber conspirado contra la vida de su hermana y aliada, la reina Isabel de Inglaterra.

—Me he enterado, milores, dijo la reina sin dar señales de emoción, y aunque no creía yo que mi augusta hermana se hubiese resuelto á violar la santa sagrada de una soberana (14), ni á tratar como criminal á una amiga y aliada, estoy conforme con mi suerte, porque, os repito, milores, que tengo grandes esperanzas de que Dios me abrirá las puertas eternas del paraíso. ¡Dios, milores! habéis cumplido con vuestra obligación, y no tengo que quejarme de vosotros.

—Nada tiene que ordenarnos V. M.
—En verdad, milores, soy algo olvidadiza; mis enfermedades han hecho que pierda la memoria, y ya se me pasaba pedir os un favor.

—Decid, señora, lo que gustéis.
—Mi pobre nodriza Ana, y mi doncella Catarina, que me han acompañado durante mi cautividad, desean no abandonarme en mi última hora. ¡Nobles y benévotos corazones! ¿No es verdad, milores?

—Está bien, señora, damos permiso para que vuestras damas os acompañen.
—Gracias, milores.

Los condes se iban á retirar; pero María los detuvo. —Decid á mi hermana Isabel, que siento infinitamente que haya echado en su glorioso reinado un borron, mandando quitar la vida de una manera tan ilegal á una reina; pero que le juro, que no tengo el menor resentimiento contra ella, que la perdono, y que rogare al Eterno por su felicidad, así como por la de vosotros, milores condes.

Los condes besaron la mano á María, y se retiraron.

Ana la nodriza, Catarina y las otras damas de María que lo habían escuchado todo, entraron bañadas en llanto luego que salieron los condes, y se arrojaron á los pies de la reina.

(14) Robertson, historia de Escocia.

—Es posible, mi adorada hija, decía la nodriza, que os he de ver morir de una manera tan terrible, después de tanto sufrimiento? ¡Ah! ¡Maldita la hora, como decía el santo Job, que vieron mis ojos la luz primera, cuando habian de llorar lágrimas tan amargas! ¡Maldita la hora en que me escogió el rey Jacobo, vuestro padre, para que os alimentara con la leche de mis pechos, y que os cuidara como mi perla preciosa. ¡Ah! Señora, si yo no hubiera visto crecer vuestra vida, tranquila y lozana como las flores, si no os hubiera acompañado en vuestras desgracias, me mezclaría con ese pueblo feroz, para celebrar vuestra muerte. Valía más.... ¡Dios mío! ¡Me has conservado tan larga vida para ver morir á mi hija, á mi desgraciada hija, porque en este momento, señora, os puedo llamar así!

Las doncellas sollozaban, y Catarina cubría de besos y de lágrimas la mano de María.

—Me enternecéis y me quitáis todo el valor necesario para morir, hijas mías. Consoláos: en vez de ser este un mal, es una felicidad para mí, porque el mundo ha sido una eterna y lobregacién. Placer muy grande es abandonar la vida, cuando una á una se han destruido las fibras del corazón, cuando las enfermedades y los martirios hacen que el alma y el cuerpo permanezcan en una lenta y dolorosa agonía. Tú lo sabes, Ana; yo he amado mucho y nadie me ha amado á mí; he tenido un hijo y me ha deruelto el mundo real que se bode con mis manos, que regué con mis lágrimas en mi prisión. Esposos, amantes, amigos, soberanos aliados, todo, todo ha pasado ante mis ojos como un sueño.... y la realidad es que todos me han abandonado; solo tú, mi querida madre, solo vos, mis constantes amigas y compañeras habéis amado á la pobre María.

Las doncellas salieron comprimiendo el llanto, y Ana salió casi marginalmente de la sala, como si hubiera perdido la razón.

La reina se retiró á su dormitorio, y arrodillada ante un Crucifijo, rezó y oró largamente. En seguida escribió su testamento; y después se recogió en su lecho, y durmió un sueño profundo y tranquilo, como en los primeros días de su infancia.

Al día siguiente, fijado para la ejecución, se levantó alegre y risueña, como no lo había estado hasta muchos años; unas ligerísimas tintas de rosa, aparecían en sus hundidas mejillas, y en sus grandes ojos melancólicos, estaba retratada una santa conformidad.

Ya próxima la hora de su ejecución, salió de su alcoba á la sala inmediata; y cuando todos la creían casi moribunda de terror, se admiraron de verla con un traje de crespón blanco, un pergamino de terciopelo carmesí, y un peinado tal como lo usaba en un día de baile. Otros adornos, tales como un *agnus Dei* que pedía del cuello de

la reina, un rosario de oro y naçar, y un Crucifijo de marfil que tenía en la mano, anunciaban que tan elegante y primoroso vestido era de duelo y no de regocijo. Sus doncellas y demás servidores, que estaban vestidos de luto y en el más profundo silencio, comenzaron á sollozar cuando vieron á María; ésta, arrojándose, exclamó: «Señor y criador mío, que tanto padeciste por los hombres en esta Santa Cruz, dame el valor y fuerzas necesarias para soportar con resignación esta última prueba, que tu providencia divina ordena, para el provecho y salvación eterna de mi alma.» Oró en seguida un corto momento, y levantándose valerosa y resignada, llamó á su nodriza y doncellas.

—Hijas mías: mucho habéis sufrido al lado de vuestra señora durante su desgracia, y esta santa paciencia merece el más alto premio que Dios os acordará. En cuanto á mí, la pobreza y la desgracia me han privado de todo lo que poseía, y hoy no tengo más que estos anillos que ofrezco, para que los conservéis como un recuerdo de la infeliz reina de Escocia.

—Tomad, Catarina, vos guardaréis este esmeralda; vos Jane, este rubí; vos Isabela, este solitario, y vos, madre mía, conservareis este Crucifijo y este rosario, como un recuerdo de vuestra hija.

Las doncellas tomaban los gages que les regalaba María, los besaban y empapaban con su llanto. En esto, entró Melvil, mayordomo de María, que se había separado hacia algun tiempo, y volvía de Roma.

—Oh! Melvil, vuestra llegada me regocija mucho, pues os preguntaré antes de morir, por mis buenos tíos de Guisa, y demás parientes de Francia.

—Señora, respondió Melvil después de haberle dado las noticias que deseaba, sabía que no os proporcionarían el consuelo de morir al lado de un sacerdote de la religión católica, y heme aquí con poder de escuchar vuestra confesión, y de daros el reino de los cielos.

—Gracias, Dios mío, gracias por este nuevo favor. Retiraos, mis buenos amigos, y vos Melvil, escuchad mi confesión.

La reina cayó de rodillas ante el sacerdote. Cuando había concluido, Burleigh y Sir Amys Paulet, entraron á anunciar á la reina que la hora se aproximaba.

—Cuando gustéis, respondió María con calma, y apoyándose ligeramente en los brazos de Burleigh y Paulet, marchó con paso firme y semblante sereno, al lugar del suplicio, que estaba en la misma sala del castillo de Fotheringay, donde la comisión pronunció la inicua sentencia.

La nodriza Ana la seguía, así como Melvil, Catarina y las demás doncellas.

—Tened vuestros amigos míos, les decía la reina, porque á esta condición os han permitido que me acompañéis.

Burleigh quería impedir á la nodriza, el que acompañara á la reina; pero ésta dijo:—Sed compasivo, Milord, y permitid que la que me recibió en el umbral de la vida, me conduzca también con su dulce mano á la muerte. (15)

María subió al patíbulo; y quitándose su velo y sus adornos, puso su cabeza bajo de la cuchilla. Uno de los verdugos trató con aspereza brutal de arrancarle el justillo que cubría su blanco pecho; pero ella le dijo con dulzura: dejadme, amigo mío, yo arreglaré mi cuello, de manera que no tengáis que trabajar mucho para separarlo de mis hombros. En seguida tomó el Crucifijo, y besándolo con emoción dijo:—Mi Redentor y salvador, recíbime en brazos de vuestra misericordia: vos sois testigo de que perdono de todo mi corazón á los que me conducen á la muerte; que vuestra misericordia me abra las puertas del cielo, y los perdona en el día terrible, como yo los perdono ahora.—Y vos padre, continuó dirigiéndose al capellán de Peterborough, hacéme la gracia de no seguir vuestras exhortaciones, pues habiendo vivido y muriendo en el seno de la iglesia católica, no me es permitido escuchar las plegarias de la iglesia protestante.

Los verdugos arrancaron violentamente, el pergamino de María, y su cuello y seno blancos como el alabastro, quedaron descubiertos (16).

María entregó su cuello á los verdugos y mientras uno le tenía las manos el otro lo separó de dos golpes de sus hombros, y tomando en la mano por los cabellos á la hermosa cabeza pálida y ensangrentada de la reina, gritó en alta voz: «Así perecen todos los enemigos de la reina Isabel (17).»

Los espectadores guardaron un profundo silencio, y solo el conde de Kent respondió Amen.

Así terminó su trágica vida María Stuart, reina de Escocia: todas sus faltas, si falta es el exceso de amor en un corazón ardiente de mujer, quedaron purificadas con los largos tormentos de un cautiverio de diez y nueve años.

Sus cenizas reposan en la capilla de Enrique VII en la Abadía de Westminster, frente del sepulcro de su poderosa hermana Isabel. La tumba ha nivelado ya á estas dos soberanas: la una orgullosa y vengativa, y la otra desgraciada é injustamente sacrificada á las pasiones y caprichos de una época de luto y horror, que recuerdan las páginas sangrientas de la historia de Inglaterra.

Agosto 10.—MANUEL PAYNO.

(15) Schiller, tragedia de María Stuart.
(16) Brantome.
(17) Robertson, historia de Escocia.

COSTUMBRES.

ESCENAS CAMPESTRES.

—¡Cual! ¡cual! ¡arrel para!
—Arrea, cho! cho!
—Aquí tiene su mereo los andantitos.
—Hola! aquí están los burros.
—¡Arriba muchachos! ¡los burros!
—Este ligerito es el mio.
—Paulita.
—Clucula.
—Muchachas.
—A escoger sus cabalgaduras.
—Este es el mio.
—Tara ra ra, ta ra rá: Mamá, este burrito es mio.
—Niño, baje vd. de ahí: si empiezas á mortificarme no te llevo.
—Pase y contrapase; yo voy en pié.
—Quieto, niños.
—Una colcha para este aparejo.
—Una banda, una banda para este metepé.
—¡Cho! cho!
—Oiga vd., Bifirraín, ese erreo que es burro; yo no voy ahí.
—Señor licenciado, ¿qué vd. también va en burro?
—¡Viva el progreso!
—¡Jal! jal jal!
—Orden, señores, no nos revolvamos.
—Mozo, ¿dónde llevas esas botellas?
—Señorita, voy á unirte con mis compañeros.
—Ayuden aquí á levantar el canasto del pan.
—¡Chaf!
—¿Cuántas se rompieron!
—Dos vasos, señorita.
—Vamos, vamos, en arreglo.
—Arrieten los caballos.
—Vale más prescindir de semejante diálogo, porque es indescribible la batibola, la alucinación, la grita y algaraz del jovial concurso que se prepara para el paseo en burro.
—Ocupen el estenso patio de la casa campestre los animales, cómplices de la diversión, como siempre formales, taciturnos, remuentes, y torpes, á los empellones y varazos, con que oprimiendo su lingo pescuezo, se les quiere conducir al lugar en que deben recibir su carga; las colchitas, zarapes y frazadas para hacer blandos

los aparejos, se reparten con profusión: los jóvenes diligentes, ordenan los metepés, multiplican las pruebas alzando en peso á deliciosas bondades; para que se cercioren de la comodidad del aparejo; los apañados riñen y ven complacidos las revelaciones que hacen los brincos y desenosos repitidos; los músicos, con sus bandolones y flautas, esperan ruminando pan y queso, á que se apréte el carro que debe conducirlos en amable concordia, con los domésticos de ambos sexos: algunas relamidas ancianas, buscan quien las custodie en su peregrinación; y ciertos perimetres, de esos campesinos y arriegados, á caballo desahucando los pacíficos asnos, alzan sus reatas á los fieros de sus fogosos corceles, cueglan sus espaldas á las niñas, como si fueran á acometer una empresa guerrera; mientras el seaso hormoso terciaba sus infijos rebocos sobre su pecho, y los anuda debajo de su brazo, colocando sobre sus aienes un gracioso sombrero tendido, de seda ó de pelo, dejando flotar su trenza en la espalda, ó bajo el ala del mismo sombrero, descubriendo sus delicados rizos, que les dan cierta gracia sencilla y pastoril.

—¡Hola! ¡todo está dispuesto!
—¡Toda.
—Ya van adelante los criados!
—Sí, señor.
—¡Músicos!!
—Aquí estamos en nuestro coche.
—¡Bueno.
—Llévate el asado del señor cura, que está de dieta!
—Sí, señor.
—Y la magnesia de D. Margarita, que después tiene jaqueca!
—¡Todo está.
—¡Alto, vámonos.
—Este es un momento de animación extraordinaria; riñen los muchachos, relinchan imprudentes los caballos, las ancianas hacen mil aspavientos, las niñas timoratas y los amantes, se procuran impudentemente, no muy inocentes libertades.
—¡Ay! ¡Ay! Jesús, contengan á este animal, que me ladeo.
—Aquí sostengo á vd. ¡Está flojo el metepé! Verémos.

—Estése vd., no es por lay. ---
—Hombre, chat, alto, sofrena tu caballo.
—Me da vd. una cuadrilla, Mariquita! La primera.
—No es tiempo de eso, que me vé vd. en este precipicio!

—¡Ah! Ah! Ah! Ah!
—¿Qué es eso?
—Ah! Ah! Ah! Ah!
—¡Cubrele los pies á esa señora. Ah! ah! ah!
Pára, burro. Ah! ah! ¡Kéese vd. el sombrero, que se le hundió hasta la nariz.
—¡Ay! la verdad, yo me apeo.
—¡Aquí está ni andante.
—Orden, señores, orden.
—¡Abran la puerta.
—Silencio, niños.

Salió, por fin, de la casa la interesante caravana; el sol está dulcemente nublado, la mañana es fresca, el viento apacible, y desde las calles del pueblo se ven los pomposos árboles frutales de las huertas, se aspiran los aromas del chicharro, del jazmín, de la azucena y la retama; el pueblo en regocijo á la vista de los paseadores; y estos parecen chireados de una atmósfera de bienandanza y de placer.

Forman una dilatada hilera los asnos, que terminan por los custodios ginetes, y tal vez, por el coche en que camina cómoda la señora enferma con el señor cura del lugar.

¡Momentos deliciosos! ¡Reunión encantadora, que se vé á lo lejos con el matiz de los diversos y elegantes trajes, los adornos de flores de los sombreros, y los rostros alegres y satisfechos de los cortejos de las damas!

Van ya asida con ambas manos de un aparejo, descendiendo la rienda y cesigiendo tímida el vigilante celo de su querer, cumpliendo sosudo, torpe en cabalgar, que tal vez al subir descendiendo por el lado opuesto con regocijo general: aquella joven garbosa y diestra, va en conversación sacrosanta con Angelito Pifiniqué, que tiembla por la existencia de su ajustado pantalón; otra, vejestorina imprudente, estiendo su democrata palacate sobre su sombrero para hacerse sombra, y atormenta al pretendiente de su hija con mandatos, mientras él ve á su futura suñada por tal oficialillo que va á caballo; tal marido infeliz, lleva en la silla á su retentido llorón, mientras la esposa conduce á la grupada su animal, á D. Rufino Triguiraque, que la abraza á medias, se protesta de arrendar bien el caballo; los señores grandes marchan circunspectos, discurrendo sobre política, mientras los jóvenes, rancheros de café, se colean unos á otros, sofrenan sus caballos para ejercer su buena gobierno, y se arremeten, y se balonean de las sillas, probando con los burros su superioridad y valentía.

Una vez á otra sobresale, á los cuchicheos de

amor, á la risa y al gozo general, el rebuzno solemne de un andante enamorado, que halla eco en otro asno sentimental; se insurreccionan las cabalgaduras, y hay dos ó tres golpes que amenizan el camino, haciendo mas sabrosa la diversión.

Ya se atravesó alegremente el polvoso camino, que á muchos ha parecido cortísimo. ¡Quién fija los ojos en la encantadora perspectiva que rodea á los paseantes desde la loma descarnada, yendo ellos mismos tan distraídos y arrobados en sus negocios!

Ni la lejana vista de la capital con sus mil torres, sus techos agrupados, y sus contornos llenos de verdura, ni la arquera y la aislada hacienda de la Teja, alzándose en medio de sus fertilísimos prados, ni al lado opuesto los poteros extensos con pueblitos y haciendas esparcidas, ni la dilatada laguna de Texcoco, ni el monarca de las montañas del valle, brillando con su diadema de eterna nieve. Nada: dió vuelta la concurrencia y ha penetrado ya en el encantador Chapultepec.

Un grito de universal alegría lo saludó, regocijense los semblantes, aligeran su peso los asnos, y á poco los cubre el inmenso dosel que forman los ahuehuetes sublimes, con sus cabezas cubiertas de heno, que oscila suspendido como tópanos de hielo, que se entreda formando lazos caprichosos que tapizan el suelo como una alfombra.

¡Lugar angusto, que casi profana el placer! Penetra la tropa regocijada, por la calle tortuosa: de un lado tiene la alberca con sus aguas manas y transparentes como el cristal; del otro, ilumina el horizonte el corro salvaje, con sus enormes peñascos casi desprendidos, teniendo en sus grietas piras y nopales, yerbas silvestres y florcillas núcacas, amarillas y blancas, que parecen clavadas en el suelo; y silá al frente, por entre los troncos y las ramas de los árboles, que forman una óptica encantadora, se descubren los llanos verdes, los sembrados feraces, algunas ventanitas y portallidos de las haciendas y molinos cercanos, y Tacubaya como trepado tortuoso por las lomas del Sur, los ganados de los campos, el humo de las chocillas ahizadas, el polvo sutil del camino, la torre lejana, los árboles gigantes, todo parece que está delante de mis ojos.

—¡Alto, alto.
—Descienden de sus cabalgaduras los paseadores en un lugar próximo á la gloria principal.

Ya han tomado possession de su sitio los cocineros, prendiendo carbones en el suelo, sacando á luz las viandas envueltas algunas en papeles, rodeándose de los canastos del pan, y poniendo las botellas en ala y con simetría, en uno de los bancos de piedra; entretanto los músicos templean sus instrumentos, gorgea la flauta con interrupción, y á su sonido voluptuoso y festivo,

responden los palinotes animados de los concurrentes, y el trinar de los pájaros que saltan entre las ramas de los árboles.

Ya están todos reunidos y pis á tierra hasta la enferma y el señor cura; hasta cierta perezoza pareja de quien todos hablan, menos el condescendiente marido, que saborea con su infante un buen trago de marraquinos; hasta cierta matrona que llega con el sombrero en la mano, el pelo en desorden, merced á los tumbos que recibió por su usaci hasta cierto petimetre que viene jugando con sus guantes de cartrilla, hecho una criba la parte posterior del pantalón, y con una traba rota; todos, están reunidos y contentos; vibra excitante el bandolón, suspira la flauta, se separan ciertos obstáculos de la improvisada sala de baile, y á una voz se grita:

- Cuadrillas, á una, muchachos, cuadrillas.
- Músicos!
- Las de la Lucrecia.

A esta voz, los ancianos se retraen á su cómodo puesto, y tal cual se alza melancólico del sitio; las señoras grandes se agrupan á murmurarlo todo, y á recordar sus tiempos; tal amarelado deja á su dueña en el poder bandalico de un gresido de cuerpo. ¡Estúpido! y ¡por qué?... por ir á hundirse en un fango hasta la rodilla, á espasarse todo, á... por cojer una florcilla para el peinado de su bien.

Aquel par de taimados, fingiéndose francos y haciendo buen tono la desfachatez, se acercan astutos á la cocina, á asaltar los platones y comer los manjares aun sin sazonar, haciendo gala de estracres camato pueden; otro mas pecaminoso aun, se presteó de jugar con los niños, entabla diálogos mas que profanos con su ojinegra y rolliza conductora, y sabe Dios en lo que pararán; otros, tambien positivistas, se alejan del lugar del baile, dizque para que la niña pasee en su caballo, que es mansísimo y... tambien yo no podré decir en qué pararán.

La señora dueña de la función, como es el tono, de lejos y al disimulo, ve el estado de la cocina, precedida por su delegado de Laurent & Paoli, Frisard &c., y que pondrán una cuenta llena de galicisms; pero encreciendo un ochocientos por ciento una rama de peregril en un plato de porcelana, y unas papas bañizadas con un nombre incapaz de agriñarse.

- Vamos, señorita, solo esta cuadrilla.
- Señor, no bailo.
- Chist, ce!
- Oye, esa señorita no baila.
- Es celoso su marido!
- No, se lo prohibió D. N. y viene á dar fe su hermano; miralo.
- Señorita, ruegue vd. á la señora... ¡Alto, allá voy.
- Niña, no seas descontenta.

—Esa no baila, porque su marido la lleva á los bailes con orden de no bailar.

- ¡Vaya un celoso en regla!
- A una.

Comienza el baile. ¡Qué hermoso, qué risueño y encantador espectáculo! Bajo aquel dosel de árboles magníficos, que dejan un círculo por donde se admira el azul purísimo del cielo, y uno que otro celage blanco y apacible como una ilusión infantil, alentados por las armonías de una música voluptuosa y ardiente, vuelan, se deslizan, se balancean, dan vuelta en pos de sus compañeros.

- ¡Bien! ¡Perfectamente!
- A vd. le toca.
- ¡Estaba tan distraída!
- Sí, ya entiendo.

Allí las citas de amor; allí las presiones trémulas de manos; allí las declaraciones apasionadas, las miradas de celo, las risas de satisfacción; acullá, los señores formales aplaudiendo el buen cuerpo de una, la agilidad de aquella, la fleccibilidad de la otra; mas lejos, tal marido, rabioso, indispueto, fingiéndose con jaqueca para sustraer á su consorte de los asaltos de su almirado compañero; otros, despreocupados esposos, bien abandonan el campo al rival, yéndose á la sombra de un árbol á filosofar tendidos á la bartola, bien hacen caballo y entretienen á los hijitos para que no molesten á la mamá, bien agasajan á la joven que tienen al lado en presencia de la esposa, que todo lo lleva á la chanza y se desquita como puede, aunque sea con el helado inglés que tiene á su lado, y quiere hablarle de su tierra, ó finge no poder pronunciar ciertas frases para excitar el interes y la risa, sacando de todo partido.

—Señores, cese el baile: vamos á la mesa.

La mesa es espléndida; fruteros elegantes de porcelana llenos de flores naturales, con una pera enfermiza y ocho chavaconos raquíticos; platones estensos con hojas de lechugas, donde yace un payo que se dió en espectáculo por primera vez en la pásca de Tlaljam, hecha un mes; pasteles hechos un laberinto de vueltas, y retrucanones conteniendo un punto imperceptible, como hongo, llamado con enfasis trufa; la marjolesa, con su capa vaporosa de huevo, conteniendo tambien un esquivo polineto, que parece viuda de empeludo desnuda; todo se halla en la mesa; de un lado, los niños engullen á la par de sus pilmarmas, entablado ruidosos diálogos con los de la mesa; en un extremo, hay un grupo de cócoras que se escitan á comer.

- Come, chico; mientras haya buenos contratos no tengas miedo.
- Qué contratos! si con esto serán como quinientos pesos que deben al fondero.
- Que mas dá; eso precisamente es buen tono.

- Observa, ya perdió una mano D. Tadeo.
- ¡Y el marido de...!
- El marido, hace cuatro minutos poría por trinchar áquel pollo.
- ¡Buen vino!
- ¡Pues qué se conoce que no pagó derechos!
- ¡No digo tanto!
- ¡Mira cómo D. Tarragon aprovecha el tiempo!

- ¿Cómo! ¿Pues de qué habla con el Sr. N...?
- Quiere ser...
- Bien, bien; por eso regaló tan buen soterne.
- Señores, brinda.
- Bien, bien; ¡qué talento!
- Como punta de bola.
- Otro, otro.

Sigüense los brindes, unos por la patria, otros por la belleza, y todos aplauden, y al retinido de las copas se mezclan los compases de la música.

Nada ofrece especial una mesa campestre entre la clase de personas que me he propuesto describir, porque aunque haya desorden y embriaguez y todo... es con tanta finura, con tan estricta observancia de las reglas de la etiqueta, que hasta el ridículo solo sacaría partido participando el escritor del champaña espumoso, que tiene ahora tan ocupadas las cabezas de nuestros amigos.

Muchas mas singularidades ofrece una tertulia de buen tono en el campo, una mesa de juego de buen tono tambien, en esas temporadas campestres, y otra multitud de cosas, que si no se rompe el molde, esto es, si no muero, tendrán de ver la luz pública cuando esté de humor. Por ahora dejaré la pluma, pues todos saben el fin de un día de campo, tal cual gastrónomo, indigesto, tal cual pareja perdida en la aspereza de un camino, como la palma de la mano para el porvenir, una deuda mas, el dueño de la casa, ojertiza de algunos rivales, celillos de maridos y amantes, algunos trastos rotos, un mantel sucio de burlicos, una página mas en la crónica escandalosa, y otras travesserillas, que paso en silencio y que entre nosotros, la gente pedestre, serian una falta y un crimen; pero que forma lo que tiene de mas seductor y gracioso el buen tono.—PIBEL.

UN RECUERDO.

A MI HERMANO JACOBO.

Era la noche, el susurrar del viento
Una voz melancólica tenia,
Que lo fatimo del pecho conmovia
Y hablaba en lo interior del corazón.
La luna en el zenit, entre las nubes
Esparcía su brillo amarillento
Alumbrando el inmenso firmamento
Con su débil y triste resplandor.

Alcá mi viste á la mansion celeste,
Gran multitud de estrellas la adornaba,
Delgada nubecilla la surecaba
Cual surca frágil barco extenso mar.

Apartame un instante de este mundo,
Deje mis ilusiones transitorias:
Por las dulces y plácidas memorias
Que me vienen vivieron á agobiar.

Recorde, hermano mio, que hubo un i
En que una mano tierna acariciaba
Mi frente, y que amorosa resbalaba
Por mis mejillas llenas de placer.
¡Era bello vivir en aquel tiempo
Solicitos buscar en su regazo
Un tierno beso, un maternal abrazo,
Sin pensar en mañana, ni en ayer!

¡Era bello encontrar siempre en su seno
Descansa en nuestros juegos infantiles,
Gozar de dichas y placeres milés,
Sin recordar de nuestra vida el fin!
¡Era bello mirar sobre su rostro
Señales de placer y de contento!
¡Bello escuchar su maternal acento,
Ella bello su cándido reir!

¡Oh! tú la amaste, cual he amó mi pecho,
Cual yo, floraste su temprana muerte,
¡Te agobia acaso como á mí la suerte
Llenando tu resistencia de dolor!
Nunca tan duro tu destino sea
Como el que tiene tu infeliz hermano,
Lágrimas y gemidos, todo en vano,
Nada es bastante al triste corazón.

Recuerdas su reir puro y gracioso,
Su penetrante y lánguida mirada,
Sus labios, cual la rosa escarada,
Como azucena, cándida su tez.

¡Oh! yo la miro en medio de mis sueños
De arcángelos cercada y de querubes,
Hermoso pabellon de blancas nubes
Envuélvete á la que de ambos madre fué.

Pronto despierto, colro mis sentidos,
Miro desecho el sueño lisongero...
Solo veo en el insuño vendido
Parda mortaja y misero ataúd.

¡Pienas que me intimida!, No por cierto,
La muerte es lo que quiero el alma mia,
La muerte al cielo mi alma llevaria,
Tan solo allí se alcanza la quietud.

¡Qué me importa mi vida, si es tan triste,
Si pasa en la desgracia y desventura,
Como el arroyo que su liná para
Conduce por el áspero zarzal!
Di, ¿que importa que muera si no dejo
Una alma que me llora en este mundo!
La tumba cure mi dolor profundo,
Que mi pecho atormenta sin cesar.
Zacatecas, Julio 31 de 1843.

OCTAVIANO PEREZ.

Pensamientos.

El que desea adelantar en riquezas, debe adelantarse en su trabajo. Es un sistema perjudicial á lo sumo, y añadiré que manifiesta una disposición perezosa, el hacer por la tarde lo que debía de haberse hecho por la mañana.—R.

Después del trabajo, bueno es procurarse alguna recreación; pero el que se dedique más á sus recreaciones que á su trabajo, pronto no tendrá trabajo á que dedicarse.—R.

BOLETIN SEMANARIO.**TEATRO PRINCIPAL.**

VIERNES.—Después de representado bastante bien, y particularmente por el Sr. Valero, el hermosísimo drama de Alejandro Dumas, titulado: *El Mulato*, aparecieron diez parejas, diez que de aragoneses, á bailar la Jota. El bullicio y la festiva locura de tal baile, ejecutado por doce parejas, sacaron de sus casillas á la venerable y circunspecta concurrencia de *Santa Paula*, que está habituada al silencio y á la melancolía. Nada tenemos que decir de la Jota, sobre lo bien ó mal ejecutada, porque desgraciadamente no hemos tenido el placer de verla bailar en su patria nativa; pero observamos que las genuflexiones y meneos del Sr. Castañeda, escedian á toda ponderación hasta el grado que parecía que los aragoneses tenían alguna buena dosis de *espíritu*, rempujado á la cabeza. Ergo, baile donde los que lo ejecutan parecen ébrios, no puede ser bello ni agui ni en Aragón.

Vá de serio.—El Sr. Castañeda baila bastante bien, y á nuestro juicio no ha menester imitar esos *meneos* [alguna vez indocentes], que cuando no se hacen con *naturalidad* y *arte*, son del todo punto insufribles. Si los señores y señoritas Pavia, tienen una sultura y agilidad verdaderamente admirables, lo deben á que han tenido una excelente escuela; en la conocida y hábil Fanny Essier, pero el que pretenda *remedar* á la familia de que se trata, no conseguirá bailar bien, sino hacerse chocarrero é intolerable. Sentiríamos infinito que la señorita Moctezuma participase de ese contagio de mezquina imitación, y abandonase la naturalidad con que baila; entonces, á nuestro pesar, tendríamos necesidad de darle algunos sinceros y amistosos consejos.

En el de Nuevo-México, la semana anterior se empleó en repasar algunas de las piezas representadas la última temporada, y presentándose por primera vez, *Un navío á pedir de boca* y *la Solterona*. Está ya en otro boletín el juicio que hemos formado de la primera pieza; y en cuanto á su ejecución se distinguieron en ella los señores Barrera y Hermosilla, sin que causase gran

sensación en el público; el cual corrió muy alborozado á la Solterona, porque debía seguirle el baile, titulado: *El desertor francés*, y en el cual cada concurrente creía disfrutar por largas horas, los delicados y airesos movimientos de los Pavia, reproducidos por veinte parejas. La primera parte fueron pantomimas [bastante buenas], y carteras [bastante apaisa]; y la segunda, una serie de evoluciones militares, al mando del capitán Dural, que causaron tanto disgusto y hastío, que se oía, como dice Moratin, *una maraca sorda con anuncios de tempestad*; hasta que por fin, varias voces gritaron: "¡toro, toro!" lo cual saben muy bien los lectores lo que quiere decir. Las evoluciones continuaron sin embargo, y el auditorio *Balchiteño* estaba lo que se llama dado al diablo, y es mucho decir. Por fin, un quinteto bien bailado, pero que no tiene nada particular, terminó lo que quizá equivocadamente se anunció al público, con el, hoy, sonoro y pomposo título de *baile*. No faltó quien dijera que los *soldados-mites* estaban que ni mandados hacer para el regimiento de granaderos de la guardia de los supremos poderes. Estamos por la opinión, con lo cual se cubrirá que otra vez en lugar de baile, nos regala la vista con las evoluciones de cuatro *mites*, como si no miráramos todos los días en la capital soldados en abundancia, sin que por ello paguemos un centavo.

En cuanto á la pieza, la Solterona, es un pobre Vaudeville traducido al español, como tantos otros que harían bien en quedarse originales. Tiene una aventura inverosímil sin ser travesía, ni interesante, y caracteres poco naturales sin que pudieran llamarse personajes cómicos. Solo había una que otra escena de bien combinada, y la circunstancia de que el papel de Leonor es prestado muy bien á aquella gracia, á aquella ligereza, á aquella especie de coquetería delicada y risueña con que la señora Cañete es inimitable. . . . Pero el papel no lo hizo la señora Cañete, cuya aparición sobre las tablas es rara; por que la señora Peluffo continúa encargándose con frecuencia de esos papeles tan impropios de su carácter. Como se trata de una actriz, y no desesperamos del remedio, basta esta recomendación á los señores directores, sobre la propiedad en el reparto de los papeles, sin que nos sea preciso entrar en un análisis desagradable, que la continuación justificará.

Advertencia á nuestros suscritores.

Cox el fin de no diferir para el número siguiente la conclusión de las *escenas de la vida de Maria Stuart*, y deseando evitar el desagrado que produce la interrupción de artículos como el citado, cuyo interes, tal vez solo consiste en el conjunto; nos resolvimos á adelantar un pliego, constando esta entrega de cuatro.

JANIL
 TOMA DE NUEVO LEÓN
 GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIOGRAFIA MEXICANA.

DON MIGUEL RAMOS ARIZPE.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

Nació este mexicano ilustre en el valle de S. Nicolás de la villa del Saltillo, capital hoy del Departamento de Coahuila (antes una de las cuatro provincias internas de Oriente), el día 15 de Febrero de 1775: sus padres fueron D. Juan Ignacio Ramos de Arcoleta, y D^a Ana María Luisa de Arizpe.

Comenzó sus estudios en el colegio Seminario de Monterrey, del que fué colegial fundador: concluyó en él su curso de filosofía y teología moral; pero no habiéndose aun establecido las cátedras de cánones y leyes, emprendió su marcha para Guadalupe con objeto de dedicarse á tales facultades. En Monterrey, obtuvo en todas las cátedras los primeros lugares, desempeñando á satisfacción de todos con el mayor lucimiento las funciones públicas que se le encomendaron.

En Guadalupe obtuvo iguales distinciones, y allí recibió el grado de bachiller en filosofía, y los menores de cánones y leyes, comenzando en seguida su práctica con tan general aplauso, que solo se conocerá por la multitud de asuntos que durante ella se le encargaron.

En 9 de Enero de 1803 recibió en México el sagrado órden del presbiterado del obispo de Monterrey, el Sr. D. Primo Feliciano Marín de Párras, quien lo llevó luego en su compañía para Monterrey, de capellan y familiar suyo, y como sinodal de aquel obispado.

A más de esto fué por dos años y medio promotor fiscal eclesiástico y defensor general de otras pías, cuyos encargos desempeñó muy á satisfacción de su prelado: fué asimismo por igual tiempo primer catedrático de derechos canónico y civil en el espresado seminario de Monterrey, los que enseñó con pública y general aceptación.

Por ausencia y renuncia del Lic. D. Fermín de Sada, sirvió con actividad y acierto los empleos de provisor y vicario general, y de juez de

testamentos, capellanías y otras pías del mismo obispado.

Hecha la secularización de algunos curatos en la provincia del Nuevo-Santander (hoy Departamento de Tamaulipas) fué el primer cura secular de la villa de Santa María de Aguiayo, y vicario *in capite* y juez eclesiástico, tanto del referido curato como de los de Gihemes y Padilla. En su ministerio, que duró tres años, se distinguió de una manera notable por su celo y eficacia en el cumplimiento de sus deberes, y por el muy particular que tuvo por la instrucción de sus jóvenes feligreses, criando y dotando escuelas, y siendo él mismo el primer maestro de ellos. Era aneja á su curato la misión de indios neófitos Pizones de S. Pedro Alcántara, á quienes al mismo tiempo que les inculcaba los principios de la religión, los estimulaba igualmente al trabajo de la agricultura y á otros muy propios de la vida civil. Solo viéndose las innumerables certificaciones que le dieron las autoridades todas de aquellas poblaciones, podría llegarse á medio entender cuántos y cuántos bienes hizo en su curato de Aguiayo.

Por el año de 807 volvió á Guadalupe á concluir sus funciones literarias, y sujetándose á los estatutos de su universidad recibió en ella el 19 de Enero de 1808 los grados mayores de licenciado y doctor en sagrados cánones, sin discrepancia en los votos, y con muy particular aplauso de todo su claustro. Hizo en 5 de Febrero del mismo año una muy lucida oposición al concurso de curatos, no obstante que por haber perdido la gracia de su obispo el Sr. Marín, se le previno se presentase á sínodo á las ocho de dicho día, cuando solo hacia doce horas que había llegado á Monterrey.

En consecuencia de él, se le dió el curato del Real de Santiago de Borbon, con positivo agrado.

(*) La biografía de un mexicano, tan distinguido como el Sr. Ramos Arizpe, y cuya pérdida recientamente deplore todavía la república, merecía por mil títulos un lugar preferente en este periódico, cuya publicación tiene entre otros objetos, como muy principal, el de conservar la gran memoria de aquellos de nuestros compatriotas que se distinguieron por sus esclarecidos talentos ó sus útiles servicios.

Tomemos, pues, el placer de cumplir con este deber, publicando un retrato del Sr. Ramos Arizpe, sacado del impreso en Londres, cuya semejanza es tan perfecta, y reimpugnamos en este periódico el artículo biográfico publicado en estos días por el Sr. D. Manuel Guzmán Peñaranda. A hacerlo así, presentándose de dar un artículo nuestro, nos ha decidido no solo el deseo de aprovechar un trabajo tan bien desempeñado, sino la circunstancia de que no habiéndolo sido los redactores de este periódico (según oímos de los sucesos, pasados en España, nuestra relación nunca podría suplir la del que reúne aquella importantísima circunstancia.—E.E.

vio á sus méritos y conocida literatura; y fué vicario y juez eclesiástico de dicho curato, donde hizo tantos bienes como en el de Aguayo.

El 9 de Septiembre del mismo año hizo igual oposición á la canonía doctoral de Monterey, y sin embargo de la enemiga que le tenía su obispo el Ilmo. Sr. María, manifestada de muchas maneras, mereció con todo que aquel venerable cabildo lo propusiera en primer lugar con las expresiones mas honoríficas y calificativas de sus funciones, conducta y literatura; y si no fué doctoral es debido á que no quiso serlo, cuando en España estuvo en su mano haberlo conseguido.

El 4 de Agosto de 1810 tuvo su examen de abogado en el ilustre y nacional colegio de los de México, y previa la unánime aprobación de todos los miembros concurrentes á él, fué recibido por la audiencia el 10 del mismo mes.

El 19 de Septiembre del mismo año fué electo diputado propietario por su provincia de Coahuila, á las cortes extraordinarias de Cádiz, para donde salió el 28 de Diciembre, y tomó posesión el 22 de Marzo de 811. El desempeño de su encargo hasta el 10 de Mayo de 814 en que el poder absoluto derrocó la representación nacional, fué el mas eficaz en favor no solo de su provincia, sino de toda la América. Su historia en este punto ofrece una de las mas bellas páginas de la vida pública de este hombre verdaderamente patriota y amante de la libertad de su país, que supo despreciar una mitra y toda clase de promesas halagüeñas por no hacer traición á sus opiniones y rememorar así las cadenas de nuestra dependencia.—Su conducta en esta parte le atrajo el odio del monarca, y fué preso en un calabozo de la cárcel de Madrid, y privado de toda comunicación por cerca de veinte meses, al cabo de los cuales fué desterrado por cuatro años mas á la Certuja de Aracristi de Valencia, en donde estuvo hasta el año de 1820 en que se restableció el régimen constitucional.

En este año volvió á las cortes como diputado suplente, en que como tal trabajó por la América con el empeño y acierto que es muy sabido. Y en el mismo año fué nombrado chantre de esta santa iglesia catedral, de cuyo destino tomó posesión á su nombre el Sr. D. Pedro Piñero, en 22 de Agosto de 1820.

Volvió á su patria el año de 822, después de haber preparado los medios de hacerla independiente y libre.

Fuó luego electo diputado al primer congreso constituyente mexicano el año de 823, en que se le nombró presidente de la gran comision de constitucion.

Sus trabajos consignados en esa acta constitutiva y en esa constitucion federal de 824, serán juzgados y apreciados debidamente por la generacion que viene.

El 19 de Junio de 1825 se le nombró oficial mayor del ministerio de justicia y negocios eclesiásticos; y el 29 de Noviembre del mismo año, fué electo ministro de la misma secretaría, cuyo empleo sirvió hasta el 8 de Marzo de 1828.

En 1830 fué nombrado por el supremo gobierno, ministro plenipotenciario para arreglar en México los tratados de esta república con la de Chile, los que fueron aprobados.

En 1831 ascendió á dean de esta santa iglesia catedral de Puebla. En Diciembre de 1832 contribuyó de una manera tan eficaz, como algun dia se sabrá, á terminar la guerra civil que desolaba á esta república, y volvió á servir el ministerio de justicia y negocios eclesiásticos hasta Noviembre de 1833.

Desde entonces vivió llorando en secreto y en el retiro de su casa los males de su adorada patria, hasta Octubre de 1841 en que fué nombrado individuo del consejo de representantes, á consecuencia de las bases de Tacubaya.

Ultimamente en Abril de 1842 fué nombrado por su pais natal, el Saltillo, sin embargo de saberse cuán delicada era su salud, diputado al congreso constituyente de ese año, al que no pudo llegar, á concurrir por impedirlo sus graves enfermedades.

Un entendimiento claro y despejado que percibia los objetos todos sin en sus mas minimas relaciones, una dedicacion no comun al estudio y lectura de buenos libros, y un corazon sumamente recto, lo hicieron aparecer con el carácter de sabio y justo en toda su vida publica; y este carácter será mas apreciado y conocido á medida que se le contemple de mas lejos de la época actual. Su laboriosidad en todas épocas, su amor á la justicia y órden, su generosidad y beneficencia especialmente para con los americanos pobres y desgraciados en España; y sus trabajos, sacrificios y afanes por ver á México independiente y libre, lo hicieron aparecer en el mundo bajo el nombre de patriarca de la libertad é independencia de su patria.

Participó del destino comun á todos los buenos patriotas, la ingratitude de sus concompañados, que hasta ahora han querido negarle la merquina cantidad que se le debe de dietas de todo el tiempo que estuvo privado de su libertad en España, comparada con sus grandes trabajos y sacrificios para servir á su patria.

Las penas del último viaje que hizo á México en fin de 841, sus esfuerzos por regularizar la revolucion que terminó en Tacubaya, y el pesar profundo que tuvo cuando vió el diverso sendero que llevaban las cosas públicas, abatiéronle tal manera su espíritu, que le ocasionaron un ataque apoplítico en Marzo del año anterior. Resaltado de él con el auxilio de la medicina, solo le quedaron paralizados un brazo y una pierna.

En esta se desenvolvió últimamente la gangrena seca; cuyo terrible mal á los diez y siete dias de haber aparecido, hizo terminar su apreciable vida hoy 25 de Abril de 1843 á las ocho y cinco minutos de la noche, á los 68 años 2 meses 13 dias de su laboriosa existencia, despues de una agonía la mas dulce y tranquila: su muerte fué la del varon justo.

Los sentimientos que de preferencia lo animaron en sus últimos dias eran del todo religiosos, y sus disposiciones espirituales y temporales fueron muy anticipadas y hechas con el acierto que caracterizaba su genio.

Fuó hombre grande y esclarecido en todos aspectos: excelente eclesiástico, excelente párroco, excelente amigo; sabio, justo, amable, desprendido, caritativo y humilde: liberal sin escaltacion, y religioso en extremo, sin hipocresía: fué en fin, gran político, gran patriota, y patriarca de la federacion mexicana.

La patria ha perdido uno de sus mejores hijos: sus amigos uno distinguido; su iglesia catedral, un dean ilustre, y los que suscriben el mejor tío.

Josefa María, viuda de Ibarra, y sus hijos Manuel, Domingo, Francisco y Concepcion Ibarra, sobrinos de hombre tan respetable, en union de José María María su buen amigo y médico, que lo asistió hasta los últimos momentos de su preciosa vida, depositan juntos con su cadáver estos recuerdos que han redactado el día de su muerte, en medio de las lágrimas y del pesar. En sus corazones los conservarán mientras palpiten, y llorarán para siempre su irrecuperable pérdida.

Los antecedentes apuntes biográficos, depositados en el retiro que encierra las cenizas del Sr. D. Miguel Ramos Arizpe, forman el mas cabal panegirico de este buen ciudadano; y para que sus servicios y sus virtudes no queden olvidados, á instancias de los amigos del difunto descendió su familia en que se publiquen esos sencillos rasgos de la vida del mexicano esclarecido que en Europa y en América honró á su patria con sus hechos, merecedores de ocupar un lugar distinguido en la historia.

Las revoluciones políticas al interrumpir y cambiar las uniformes hábitos de las sociedades, facilitan el desarrollo de las facultades morales de los individuos: de ahí es que en las grandes revueltas vemos con asombro alzarse de entre la multitud hombres extraordinarios, que influyendo poderosamente en los sucesos, y ensañándose del destino, determinan los acontecimientos sucesivos, y se convierten en gentes tutelares de los otros hombres, ó se vuelven el terrible azote con que Dios castiga á los pueblos delincuentes.

La revolucion de España en 1808 produjo, como era natural, ilustres ciudadanos que le hicieron mucho bien, y malvados ominosos que le

causaron mucho mal. Esta revolucion se propagó hasta las antiguas colonias de aquella nacion; y en ellas, por identidad de razon, salieron á la escena personajes famosos que las colmaron de gloria, y detestables ambiciosos que las han llenado de oprobio. En México uno de esos célebres personajes fué D. Miguel Ramos Arizpe.

Electo diputado en Septiembre de 1810 por la provincia de Coahuila para las cortes extraordinarias de Cádiz, llegó á aquella ciudad en 1811; y en 22 de Marzo del mismo año comenzó á ejercer las funciones de legislador, que desempeñó cumplidamente hasta Mayo de 1814, en que el poder arbitrario de un rey derribó la representación nacional, á cuyos esfuerzos debió España su independencia y el ingrato rey su trono. En esos tres años de angustias y de combates, la noble conducta de Ramos Arizpe y sus talentos de gabinete, le habian creado una reputacion entre sus colegisladores y un nombre honorable entre los americanos: el que leyere las calificaciones políticas de aquella época, denominadas *Señalanzas*, advertirá en todas ellas (aunque producciones de los partidos) el juicio favorable de los españoles sobre las cualidades morales y políticas de nuestro distinguido compatriota. El desde su nombramiento de diputado comprendió muy bien que la invasion francesa en la Peninsula española, era un grande acontecimiento que produciria con el tiempo la independencia y separacion de la Metrópoli de las colonias del continente americano, y preocupado de esta idea gigantesca obró en consecuencia.

Peró sus operaciones fueron las de un profundo político, y su conducta la de un hombre de Estado. El advenimiento del rey al trono debia causar un cambio en la política del gabinete de Madrid estensivo hasta las colonias; y era conveniente estar á la mira de la marcha que emprendiese el nuevo gobierno para poder utilizarla. El rey, que á su vuelta de Francia utilizó desde Valencia el rayo contra sus libertarios, procuró ganar á las persona influentes que pudieran hacer oposicion á sus designios. Ese manejo corruptor, penial de todos los tiranos, proscribió á los piés del monarca á hombres cuya virtud se juzgaba esenta de los atractivos de la seduccion. En el mismo congreso nacional aparecieron setenta refractarios, conocidos despues bajo el apodo de *perzars*; pero Ramos Arizpe resistió á los ofrecimientos de un rey, al brillante porvenir que se le prometia, al ejemplo de varones condecorados y á la sugestion de sus mismos amigos! El canonigo Ostolaza le propuso, á nombre del soberano, la mitra de Puebla, ó cualquiera otra dignidad eclesiástica que quisiera elegir, haciéndole enterar al mismo tiempo la desgracia y la persecucion en caso de repulsa. Arizpe, sin vacilar en la res-

Desbaratados los designios de Zavala, dejó Arizpe la Francia en 14 de Octubre: pasó á la Habana, de allí se dirigió á Tampico á donde arribó el 31 de Diciembre de 821, despues de once años dos dias de ausencia de su patria.

Aquí tevies, ¡oh mexicano! un compendio de la conducta política de nuestro conculcado el Sr. D. Miguel R. Arizpe durante el tiempo que permaneció en Europa como apoderado y agente de los pueltos de que era representante. El se portó con la resolucion que correspondia al cavildo de una nacion grande, aunque humillada, y con la destreza necesaria al negociador de una colonia, que reclamaba ya la posesion de los derechos imprescriptibles de la naturaleza. El Sr. Arizpe, sin cesar á solicitar el bienestar de la América, se dedicó tambien con ardor á salvar á la España hundida en un abismo de que únicamente la heroicidad de sus hijos y la virtud de sus legisladores pudieran sacarla. Ese noble proceder le mereció el aprecio universal, y los aplausos de los mismos que debian consistir como antagonista de la opinion de los españoles obstinadamente apegados á sus derechos de conquista; mas sin embargo de los compromisos y de los embarrazos que debió encontrar en su carrera, sobreponiéndose á los obstáculos y triunfando de los segundos, manifestó que á una alma fuerte y virtuosa nada se le resiste.

Desde 1822 hasta su muerte, el público, para quien escribió, ha sido testigo de la vida laboriosa, patriótica é inmaculada del Sr. Arizpe: á sus profundas meditaciones se debió el establecimiento del régimen federal; y á la experiencia y al desagrano se debió algún día el resablecimiento de ese sistema, que bien cumplido haria la felicidad pública. Cuando desaparece esta generacion nacida entre el choque de las opiniones, erizada entre el conflicto de las pasiones, y victima de la revolucion en las ideas y del cambio en las habitudes, vendrá otra mas enorgañada, mas quieta y mas filosófica, y ella hará justicia á los Mieros de N. Leon, á los Llares de Córdoba, á los Guerrero de Oajaca, y á otros hombres ilustres que han pasado por entre nosotros sin ser dignamente apreciados, ni debidamente sentidos. Si, llegará tiempo en que nuestros descendientes mas justos que nosotros, cubran nuestra vejez, nuestra ligereza y nuestro descuido.

Los pueblos todos siempre y por siempre, han procurado transmitir á la posteridad las acciones de sus héroes para eternizar sus nombres; pero entre la copiosa multitud de esos personajes ¡cuán pocos son acreedores á un placido recuerdo! La mayor parte de ellos merece botarse á la obscurecion pública, por haber obrado sugeridos de un culpable egoismo, ó impulsados por pasiones desenfrenadas. Hoy que las

naciones han obtenido cierto grado de civilizacion; hoy que la cultura y la razon hacen juzgar de las cosas cuerdamente, solo deben encomiarse los hechos de aquellos hombres que han sido benéficos á sus semejantes, aunque en su vida no hayan sorprendido al insensato vulgo con el falso brillo de ruidosas hazafas, regularmente fúnestas para la humanidad. ¡Maldicion eterna á los genios inquietos, discolos y feroces, que derramando inútilmente la sangre de los pueblos, han sido el azote de sus contemporáneos! ¡Bendites sean mil veces los varones mansos, desinteresados y filántropos, que empleando sus talentos y sus virtudes en utilidad de sus hermanos, jamás se mancharon con el crimen! El hombre célebre que pregono perteneció á esta categoria, y su memoria reclama de sus compatriotas un solemne homenaje.

MANUEL G. PEDRAZA.

LA MUJER.

ACÉRCATE, ¡oh mujer! que siento yo el contacto de tus sutiles cabellos; que beba la inspiracion divina en tus rasgados y radiantes ojos; que contemple ese seno de alabastro; que me estase con las admirables proporciones con que te dotó la naturaleza. Si vieras ¡oh mujer! cómo palpita mi corazon, cuando el crujido de tus vestidos de seda me anuncia tu presencia; si vieras cómo discurre por mis venas un suave deleite, cuando escucho tu sonora voz; si vieras cómo olvido todas las penas y desgracias de mi vida, cuando sonrías bondadosa, cuando tus ojos me miran con amor; si vieras cómo un calorito hace estreñecer mi cuerpo todo cuando vas á pronunciar una dulce y consoladora palabra. ¡Oh mujer! ¿Por qué huyes de mi presencia cuando te amo? Tú eres el sol de mi juventud, el alma de mi existencia, el fresco y consolador rocío que mantiene á mi pobre vida, que cual planta parásita y marchita, vegeta solitaria en esta tierra.

Te alejas ¡oh mujer! sin escuchar mis plegarias, te mezclas entre la multitud que rie, sin acordarte del hombre que llora. ¡Ah mujer! ven por piedad, porque siempre te he amado con una pureza celestial; porque he pensado que mi única felicidad en el mundo, sería reclinarme mi frente marchita en tu amoroso seno; porque tú eres la única que sanaría la profunda herida de mi corazon; porque tus caricias y tu amor volverían á mis mejillas las tintas de nácar que las pintaban en los tranquilos dias de mi niñez; porque á tu lado bendeciría y amaría mas á Dios; por...

¡Ah! la mujer se aleja entre la multitud que rie, y olvida al hombre que llora; porque la mujer es tan bella como ingrata. ¡Pobre mujer! va á su perdicion, porque serán burladas á su vez por el hombre, sus massantas y tiernas afecciones.

(Escrito para el Museo.)

BOTÁNICA.

FISIOLOGIA VEGETAL.

Reproduccion de los vegetales.

El reino vegetal, sometido á las eternas leyes establecidas por la sabia y previsora naturaleza para la reproducción de los seres organizados, está lo mismo que el reino animal su vecino, provisto de órganos reproductores, que no difieren de los de éste, mas que en la forma; pero cuyas funciones son las mismas y producen el mismo resultado.

Las diferencias características son tan pequeñas, y se confunden de una manera tal, que no se sabe dónde detenerse para formar una separacion natural de estas dos grandes series, que á pesar de las definiciones mas sutiles no se confunden menos, cuando se desciende á las últimas clases de estos dos reinos organizados.

El célebre naturalista sueco Linneo, mas metódico que filósofo, establece del modo siguiente los caracteres que deben servir para distinguir y clasificar los vegetales y los minerales.

Los animales viven y crecen por *intussusception*, sienten y están dotados de los órganos de la locomocion.

Los vegetales viven y crecen por *intussusception*, sienten y están fijos al suelo que los ha visto nacer.

Los minerales crecen por *justaposition*.

Esta manera de definir los seres organizados es no solamente vaga é incierta, sino que no puede ser aplicada mas que á las especies que forman por una parte la gran division de los animales perfectos, y á los vegetales *dicotyledones* que están todos dotados de órganos sexuales aparentes, y cuya accion es perfectamente conocida, porque si descendemos á los órdenes inferiores, todo acaba por confundirse, sin poder señalar con certeza los verdaderos caracteres que separan los animales de los vegetales.

Efectivamente, los últimos anillos de la gran cadena de los seres naturales, los unen de una manera tan perfecta, que muchos de los géneros que los componen, han pertenecido segun los sistemas de los mas célebres naturalistas, unas veces á la primera clase y otras á la segunda.

Citaré algunos ejemplos para probar la inexactitud de la definicion de Linneo.

En las *Orchideas* algunas especies poseen una

locomocion aparente. La planta varía cada año de posicion, sea para adelante, para atrás, ó para los lados, respecto del lugar que antes ocupaba, y esto es por la destruccion de los bulbos antiguos, y el crecimiento de los nuevos tubérculos.

Las *confernes* y las *oscillatorias*, tienen un movimiento que se ejecuta de derecha á izquierda, ó al revés y con frecuencia, determinando sobre sus filamentos un movimiento en espiral. Estos dos grandes géneros pertenecen hoy al reino vegetal.

En el reino animal hay muchos géneros que no gozan de la facultad locomotiva; tales son las esponjas, los pólipos flexibles, los pólipos pétreos, que siempre están fijos á la roca donde se formaron; en fin, los alciónes por tanto tiempo desconocidos y que unen ahora las medusas á los animales mas perfectos, &c. Por otra parte, los líquenes se unen á los minerales por el *Lecanora tartarea* cuya costra es calcarea. Se ve, pues, que el inmortal Cuvier, cuyo gran genio no descuidó ninguno de estos pormenores, no se equivocó cuando estableció su grande escala de los seres.

Estas combinaciones tan variadas, son sin duda producidas por la misma fuerza que ha sometido todos los seres del universo, á las leyes generales é invariables de la atraccion y de la afinidad, y que justifica la sublime sentencia de Pitágoras, *omnia ex uno*. En efecto, todo parece ser producido por la modificacion de una sola y única molecula, llamada integrante en los minerales, globulina en los vegetales, y espermatina en los animales. El análisis químico de estos diferentes seres, prueba de una manera incontestable esta primera proposicion, porque en todos se encuentran tan mismos principios constituyentes, oxígeno, hidrógeno, azoe y carbono.

En cuanto á la inercia de los minerales, ella no es mas que relativa, porque en sus cristalizaciones y combinaciones innumerables están sometidas á las fuerzas generales de la atraccion y de la afinidad molecular. Los vegetales, como dejo dicho, están dotados de órganos reproduc-

tores muy variados, y que voy á describir lo mas sucintamente posible.

PRIMERA DIVISION.—[*Phanerogamas*, ó *Dicotyledonas*.] Plantas en que todas las partes de la flor son visibles y bien conocidas. De las dos palabras griegas *phaneros*, aparentes, *gamos*, bodas ó matrimonio.

SEGUNDA DIVISION.—[*Cryptogamas* ó *Acotyledonas*.] Plantas cuyos órganos reproductores son poco aparentes, y cuyas funciones sólo se conocen por analogía. *Cryptos* quiere decir oculto.

Las *Phanerogamas* se dividen en tres grandes secciones *Dicotyledones*, *Monocotyledones*, y *Acotyledones*, segun que tienen dos ó muchos cotyledones, uno solo, ó ninguno, comenzando entonces por la *A* privativa de los griegos.

Habiendo observado *Bernard de Jussieu* estos caracteres al tiempo de la germinacion, se sirvió de ellos para establecer esta primera division, que subsistió despues en familias naturales, y estas en géneros, especies, variedades sub-variedades.

En las dos primeras los numerosos seres que las componen están provistos de órganos sexuales bien visibles, y perfectamente conocidos, á la vez que en la tercera, estos órganos son hipotéticos, de modo que sus funciones solo se determinan por analogía. Estos órganos reproductores están ó reunidos en la misma flor ó divididos en el mismo pie bajo cubiertas diferentes, cuando en la tercera division parecen estar enteramente.

Los órganos se componen primero, de un filamento llamado por los botánicos franceses, *filé*, cuya base está fijada aun el mismo ovario, ó en su base, rodeándolo como un círculo estrellado lo que se expresa por las palabras *epigynas hypogynas* (encima, debajo), y *perigynas* (al rededor) cuando están unidas á la base. La parte superior termina en la antera que contiene en sus casillas el polvo fecundante.

Los órganos femeninos son el pistilo, el ovario y la placentas.

El pistilo se compone de una especie de columna perforada longitudinalmente de un agujero capilar, apoyada en el ovario, con el que comunica directamente, y terminada por el *stigma* que hace aqui las funciones de la matriz de los animales. Esta parte es simple ó lobulosa: el tejido que la forma es suave y poroso: sus colores son el amarillo, el rojo, el blanquizco, ó el violeta mas ó menos oscuro.

El ovario se compone de una ó muchas cavidades que contienen los embriones de los granos sostenidos sobre la placentas por el cable, que hace las funciones del cordón umbilical, y sirve para transmitir á las semillas, el alimento elaborado de los jugos propios del vegetal.

Al tiempo de la fecundacion se observan diversos fenómenos que describiré comenzando por el *Aram Muscivorum*, cuya flor es una corola monopétala en forma de cuerno, de un rojo oscuro, y de una sensibilidad extraordinaria. Cuando un insecto, atraido por el licor viscoso que se encuentra en el fondo, y cuyo olor es semejante al que echula la carne, que empieza á corromperse, se introduce al fondo de esta corola, esta se cierra y el insecto se encuentra copado en el lazo. El pistilo al tiempo de la fecundacion, despide un calor mayor que el natural.

El mismo fenómeno se observa en el *Silene Muscipula*, cuyo ovario encierra un licor meloso que produce igual efecto en las moscas que vienen á posar en él.

El *Berberis* [*Berberis vulgaris*], presenta el fenómeno siguiente al tiempo de la fecundacion. Cada estambre á su vez, se encorva y acerca la *stigma*, que irritando la antera, la hace abrir por un movimiento convulsivo, y arroja sobre los órganos femeninos el polvo fecundante.

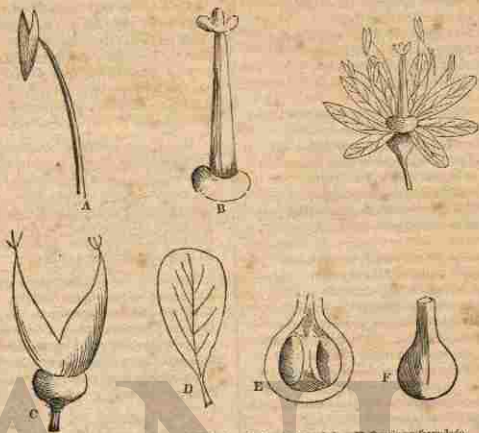
Entre una infinidad de fenómenos, que la estension de este articulo no me permite citar, el mas curioso es el que presenta la *Vallisneria* [*Bellinera spiralis*]. Esta planta crece en las aguas del fondo del canal del Medio-día, que atraviesa la Francia meridional, y se compone de una raíz fibrosa y barbuda, que sostiene una media docena de hojas largas, angostas y flexibles. De entre ellas se eleva un tallo muy delgado en forma de espiral, que sostiene una ó dos flores hembras. Las flores masculinas están fijadas por unos cortos pedúnculos á las bases de las hojas. La espiral sirve para mantener las flores hembras siempre á la superficie del agua, desenrollándose cuando las aguas crecen y recorrigiéndose cuando bajan.

Hacia el 15 de Julio las flores masculinas, se desprenden espontáneamente de sus pedúnculos y vienen á abrir sus corolas á la superficie del agua, atraidas por una fuerza oculta junto á las flores hembras, las que fecundadas se retraen por un movimiento del espiral al fondo á nutrir sus granos. Terminada la operacion, las flores masculinas son llevadas lejos por las aguas.

Las plantas *monoiques* cuyas flores están separadas en pies diferentes, tienen un modo particular de fecundarse, y el viento es el agente principal para trasportar las semillas algunas veces á una enorme distancia, y cayendo en la atmósfera que rodea las flores hembras, las fecunda por una absorcion bien extraordinaria. Tales son la mayor parte de las palmeras.

He aqui la figura de los órganos que acabo de describir. (*)

(*) El grabado que se halla al frente, es el primer ensayo de un jóven moricano muy apreciable, que lo ha ejecutado sobre madera, casi sin instrumento, y solo guiado de su amor á las artes.—EE.



A Estambre.—B Pistilo.—C Flor.—D Flor.—E Ovario fecundado.—F Ovario no fecundado.

Mayo, Junio 20 de 1843.—JUAN MARIA DESPREAUX.

VEINTITUN AÑOS.

I.

Venid á mí, recuerdos de la infancia;
Venid, memorias de la ciudad tranquila.
En que, cual rica fuente por el mármol,
Por la inocencia resbaló mi vida.

Venid á mí, pasad ante mis ojos,
Reflejados en mi ánima tan vivas
Como en las quietas aguas de los lagos
Las rojas nubes que en los aires giran:

Y cual pasando van, sin que en las ondas
La débil huella de su sombra impriman,
Así pasad, fantásticas borrando
De vuestras huellas la señal impresa.

Impis, sí, porque en el alma quedan
Las heces del veneno que desfiló,
Y en los senos recónditos del pecho,
Como ruidal de fuego cae y filtra!

Venid á mí: venid por un momento
A engañar mi estéril fantasía,
A herir mi corazón y mis sentidos
Con el soplo fugaz de vuestra dicha.

Tom. II—7

Un momento no mas, y huid veloces
Antes de que mi voz ronca os maldiga,
Al herir del puñal de la presente
Mi ardiente corazón, la punta fría.

Desde el lóbrego abismo del tormento
Se alza á vosotros la memoria mis;
Temo miraros, é impotente y débil
Torno á vosotros, sin querer, la vista.

Me arrastra irresistible mi destino;
Mis ojos y mi espíritu dominar;
Os quiero detestar, y fíaca el alma
Mas os adora cuanto mas os mira.

Brotad de entre las sombras de esa nada
A do mi ardiente juventud cunina;
Brotad á despertar vuestras venturas,
Que hártio he librado por mi mal perdidas.

Y removiendo el polvo del olvido,
Salid, salid, fantasmas de otros dias
Que la edad disipa, como los vientos
Las blancas nieblas al pasar disipan.

II.

Silfido ó maga, en la callada noche
La vi agitar su túnica de nieblas;

Vila, al romper la aurora las nieblas,
Por la serena atmósfera bajar.
Mis cabellos rozó, de mi existencia
Al tocar las estériles regiones,
Como rozan pasando los alcones
La espuma de las olas de la mar.

Mis ojos y mis ansias la siguieron
Para ver y adorar tanta hermosura,
Tembló mi corazón: la mano dura
De un nuevo sentimiento le oprimió.
Tenía la visión cabellos de oro;
Caían por la nieve de su espalda
Desprendidos del nudo de esmeralda,
Que á su corona de oro los juntó.

En su frente un osado pensamiento,
En sus ojos la llama del sol brilló;
El fuego del placer en su mejilla
Imprime andaz sus huellas de carmín.
En su labio el desden y la arrogancia;
En su seno la miel... y el mismo seno
Guarda, cual aspid, partido veneno.
Que del tacto del amor, brota sin fin.

Con la cintura de la antigua Venus
El carcomido corazón cubría:
La luz boreal que en torno despedía
Realizaba la mágica ilusión.
Llegóse á mí: qué entonces me importaba
Que encubrieran las rosas, las espigas,
Y que encerrasen formas tan divinas
Tanta humana miseria y corrupción!

En la juventud! Su voz sonaba
Como un canto de amor sobre los mares...
La postrer vibración de sus cantares
En eco estéril de pensar tornó.

Por su voz de sirena fascinado,
Le abrí mi ardiente corazón sencillito:
¡Deslumbréme lo falso de su brillo;
Lo cierto de sus males me alumbro!

Ahora de placeres en tormentos
Y al embate cruzé de mis pasiones,
Voy hollando mis propias ilusiones
En pos corriendo del placer fugaz.
Se agolpa el desengaño á mi camino;
Rompo mi plé su hilo, y sigo osado
En pos de otro placer, jamás cansado,
Con amargura siempre, y sin solaz.

Errando inquieto, delirante y ciego
Desprecio lo que atrás deja mi paso;
Hacia adelante voy, aunque al acaso;
Ni lo que busco, ni lo que hallo sé.
Al borde del delirio pongo el labio,
El fastidio está allí, y huyo sediento...
Pero agotar el caliz del tormento
Hasta las heces, con valor podré,

Un instante fatal probé el deleite
Unir de un puro amor al embeloso,
Y de mi labio palpitante el beso
De una hermosura marchitó la sien.
Su nombre es mi feroz remordimiento;
Quema mi juventud cual roja lava:
La espina atroz que el corazón me clava
No arrancan ni otro amor ni otro desen.

La duda, la tristeza, el desengaño;
La ambición, el amor; un ansia loca
Que mancilla ó destruye cuanto toca,
Mi espíritu combaten con furor.

A su empuje tenaz, siento que el alma
Un dardo emponzoñado me atraviesa:
Cual crimen sin perdón, sobre mi pesa
El despecho sombrío, aterrador.

No puedo con el llanto por los ojos
El veneno lanzar que me devora,
Y en vano busco la tremenda hora
Que me liberte por piedad, de mí.

¡No sonará jamás! Vivo temiendo
Que no la haya el Eterno señalado;
Y maldigo la edad á que he legado,
Siempre dudando y padeciendo así.

Ante mí el porvenir estiendo inmenso
Las alteradas ondas de sus mares;
Vagan en sus espumas los pesares,
Esperando un objeto á que asaltar.
¡Sorlas nugen las olas solitarias,
Combatido las playas del presente;
Un paso más!... y el tiempo refulgente
Mi pobre barca alumbrará en el mar.

Cada día, cada hora, cada instante
Me hundo en el porvenir, como el navío
Que al romper por las rocas del bajío,
Al salobre elemento el seno abrió.

Cada instante, cada hora, cada día
Es un nuevo eslabon de esa cadena
Que enlaza la vez con la serena
Edad, que cual relámpago pasó.

Detrás de mí, esqueleto lo pasado
Su fosforica luz vibra en la nada,
Dó al sumergir mi língüida mirada
Palpitante en recuerdos le entreví.

Su hojas ¡ay! las rosas del deleite;
Mis mágicas enaños sin colores;
Mis deseos sin brío, y mis amores
Sin ardir ni ilusión están allí.

¡Cómo apartar los ojos de esa nada
¡Oh mis memorias de un ayer perdido!
Si aquí, en mi corazón, os he sentido
Cual serpientes de fuego discurrir!

Si al menos al calor de vuestra lumbre
Mas tranquila mi vida resbalara;
Si esa pálida luz arroborara
Los negros nubarrones del vivir;

Si mitigar pudierais mis deseos
Y la insaciable sed que me devora;
O si un día á lo meos, si una hora
Os veis sin afañ mi juventud;

En vosotros la vista clavaria,
Y fijo el pensamiento en vuestra nada,
Os dirigiera la postrer mirada
Desde el fondo del fúnebre ataud.

III.

Grato es del alta noche en la pavana,
Hacia la luz que en el hogar oscila
Tornar sin esperanza la pupila
De un medio de apartada selva oscura.

De un medio de un presente de amargura
Grato es también tomar á la tranquila
Edad, el pensamiento que vacila
Entre temores de la edad futura.

Comparando lo que es y lo que ha sido,
Al porvenir amargo se previene
El ánimo, y espera resignada
Sabiendo que el vivir muy pronto es ido;

Y que si un breve mal de Dios nos viene,
Nos guarda un largo bien en su morada.
Abril 15 de 1843.—C. COLLADO.

EL JARDIN BOTANICO

DE PALACIO DE MEXICO.

TRADUCCION DEL VIAGE DE MR. BEULLOCH UN
trozo en que habla del jardin botánico de Pala-
cio. Mucha diferencia se notará entre esta des-
cripción y el estado en que actualmente se halla
dicho sitio, y solo la publicamos para excitar con
este motivo al supremo gobierno, á que designa-
ndo algunos pequeños fondos, se atienda y
cultivo dicho jardin, donde sin duda alguna
tendría que admirar los estrangeros el esplendor
y fertilidad de la naturaleza de Mexico. En el
día, aunque se conservan algunas plantas esquisi-
tas y que su lozania y frescura son admirables,
como dice Mr. Beulloch, las calzadas están llenas
de yerbas, y las macetas sin cultivo alguno. Esto
no lo atribuimos á los encargados de él, sino como
queda expresado, á la falta de fondos que no
permiten hacer las mejoras debidas. Dice así:
"Este hermoso establecimiento ocupa uno de los
ángulos del Palacio, y aunque colocado en medio
de una población considerable, las producciones
vegetales crecen con perfecto vigor. El estran-
gero encuentra allí un delicioso refugio contra
los rayos de un sol ardiente, y el botánico ó ad-
mirador de las bellezas de la naturaleza, un re-
galo tal que ninguna otra parte de la Nueva-Es-
paña, y aun puede ser del mundo, podría ofre-
cerle. El jardin está arreglado al estilo español,
esto es, con calzadas rectas y de una vista óptica,

en cuyos lados hay grandes macetas con flores.
Estas calzadas son mucho más frescas por la mul-
titud de plantas enredaderas, que subiendo por
los árboles, y reuniéndose en el centro, forman
una especie de pabellón ó techo á una fuente
constantemente llena de agua. De este lugar
salen pequeños arroyuelos que corriendo por to-
das partes en este pequeño paraíso, infunden vi-
da y frescura á multitud de plantas elegantes
que con sorpresa ve el europeo florecen al aire
libre en este clima de eterna primavera, y espar-
cen sus perfumes sin el socorro de la mano del
hombre. ¡Qué diferencia entre su rico y bri-
llante aspecto, al que presentan las plantas, que
merced á los cuidados y artificio, se cultivan en
Europa, y las cuales apenas se pueden conservar
enfermizas y raquíticas algunos años, sin
conseguirse la reproducción de su especie!

"Las manzanas, las peras, y otros frutos euro-
peos, crecen al lado de las aguacates y de los mas
deliciosos zapotes que recuerdo haber gustado
en mi vida. El famoso árbol de las manitas (*),
que tanto ha escluido el interes de los botánicos,
crece con gran pompa y lozania. He traído al-
gunas imitaciones en cera de estas curiosas flo-
res, y de varias especies de cactus extraordinarios,
casi todos originarios de México y que
abundan en este jardin.

"Un número infinito de lindos pájaros, fre-
cuenta este sitio encantador; y como jamás son
molestados, se muestran estroñadamente confi-
ados y familiares. El 3 de Abril vi en este jar-
din el primer pájaro-mosca, al que no había
podido observar desde mi partida de Jama-
ica. Un mes despues los observé en gran núme-
ro; sus graciosas evoluciones y sus brillantes plu-
mas, aumentaban en gran manera los placeres
inocentes que se disfrutaban en este sitio en-
cantador."

Aquí manifiesta gran sentimiento el viajero,
de que los fondos destinados para la conserva-
cion del jardin botánico hayan escaseado, y teme
por tal causa, que se descuide ó arruine este
establecimiento; luego concluye: "Me he pro-
curado semillas y plantas de los árboles mas es-
quisitos de este jardin, que estaban en florecen-
cia al tiempo de mi regreso á Europa; estas se-
millas están ahora en una tierra inglesa, y pare-
ce que prosperan, merced á los cuidados del Sr.
Tato, en el jardin botánico de la calle de Sloana.
Como la mayor parte de ellas son originarias de
las regiones altas y templadas, tengo esperanzas
de que naturalizadas en nuestros dias, y en
veremos florecer en dentro de pocos tiempos, y en
nuestros campos."

(*) Muy pronto tendremos el gusto de publicar una
litografía iluminada, que represente este árbol que tanto
ha llamado la atención de los europeos; acompañada
de una descripción científica.

JUANA DE ARCO.

*Terra subalterna nobis, eademque necesse
est utriusq; virtutis proxima sine recessu.*

Era una hermosa mañana del mes de Julio, y por las puertas de la antigua ciudad de Rheims, una brillante procesion caminaba lentamente en medio de los aplausos y vivas del pueblo entusiasmado. Precedía una tropa de guerreros armados por Dunois, el mas noble y caballero justador de la corte de Carlos VII. Prelados avanzados con todo el lujo y brillantez que la iglesia católica permite en sus magnates; señoras ricamente adornadas; caballeros cubiertos con todos los arreos de su galante y atrevida profesión, otros que habian substituido á la brillante celada, el mas pacífico *mortier*, y á la pesada obra de los artifices de Milan la mas ligera y pomposa de los de Gante y Bayeux; monjes envueltos en su tosco burel; soldados, mugeres y un inmenso gentío de todas clases, completaban la magnificencia de este cuadro verdaderamente encantador.

En medio de toda esta pompa marchaba el joven mozaque de Francia, sobre un hermoso alazán, ricamente enjaezado. A su derecha, sobre un caballo blanco como la nieve, aderezado con el mismo gusto y riqueza que el del rey, iba una jóven doncella en cuya fisonomía estaban retratadas la inocencia y la virtud. Una alegría angelical parecia difundirse por sus facciones al oír los elogios que por todas partes le tributaban sus agradecidos compatriotas. Llevaba la cabeza cubierta de un pequeño halmete que apenas bastaba á cubrir los numerosos y dorados rizos de su larga cabellera; su destra sostenía un estandarte, estandarte misterioso que cual otro Labarum, habia sido la señal de salvacion para todo un pueblo. Manejaba con desprecio y bizarria su fogoso corcel, y en sus movimientos, su aire, su tallo y sus miradas, se notaba un *no sé* qué de divino y sobrenatural que inspiraba respeto, al mismo tiempo que predisponia en su favor. Esta jóven era la doncella de Orleans, la célebre Juana de Arco.

Nacida en la pequeña aldea de Domremy, de padres pobres, pero honrados, habia manifestado desde sus primeros años un excesivo afecto á la religion. A los trece de su edad tuvo una vision, á la cual le siguieron otras muchas, resultado muy natural de una imaginacion viva y

fogosa excitada por un sentimiento religioso exagerado. En ella se figuraba hablar con todos los santos de la corte del cielo, que le decian que solo ella podia salvar á su patria, sumergida entonces en la desgracia. Largo tiempo luchó con sus inspiraciones, ó como ella las llamaba sus voces; hasta que por fin cediendo á su impulso, abandonó la casa paterna y emprendió un viaje de ciento y cincuenta leguas, por pais enemigo y en medio del invierno, con el objeto de presentarse al rey, y darle cuenta de su mision. Fué bien recibida, y habiéndosele vestido de una armadura completa, marchó á Orleans donde se hallaban encerradas las tropas francesas, y reducidas por los ingleses á la última estremidad. Arengó al ejército, le explicó la influencia divina que la animaba, y le aseguró la victoria. Efectivamente, esta se siguió poco despues en una batalla en que Juana hizo prodigios de valor. A este triunfo se siguió la toma de Jargeau, defendida valerosa aunque inútilmente, por el gefe de los ingleses, Suffolk. La batalla de Patay, y las tomas de Mont-pipeau, Saint-Sigmond y Sully, completaron la derrota de los ingleses.

Ahora llena de gloria y colmada de honores la doncella de Orleans, acompañaba al jóven rey á Rheims, donde debia celebrarse su coronacion.

La cabalgada siguió su curso brillante hasta las puertas de la catedral. En esta fue Carlos VII unido al jóven rey de Francia, y terminada la ceremonia, el soberano se dirigió á Juana de Arco, diciendole que pidiere el premio que quisiese por sus relevantes servicios. Carlos la concedió la primera, añadiendo un título de nobleza para toda la familia; pero en cuanto á lo segundo, respondió que la juzgaba demasiado necesaria para su conservacion, y que de ninguna manera se privaria de los auxilios y seguridad que su valor le proporcionaba.

A pesar del desaliento que se apoderó de la heroína desde aquella época, aun obtuvo algunas victorias. Sin embargo, habia llegado el momento de estincion para aquel lumínar.

El día 24 de Mayo de 1430, estando situada en Compiegne, por el duque de Borgoña, hizo una vigorosa salida en union de Jacome de Chaban-

nes, Poton de Xaintrilles y otros caballeros. Logró al principio hacer replugar á los sitiadores; pero volviendo estos con mayor ímpetu y número, dispersaron á las pocas fuerzas de Juana, que se encontró repentinamente cercada de enemigos. Defendióse mucho tiempo con desesperacion; pero cayó al fin del caballo, y fué hecha prisionera por Lyonel de Vendome, caballero borguino. Grande fué el regocijo de los ingleses al verse dueños de aquel ser frágil y delicado, que tantas veces los habia hecho temblar. Desposos de dar algun colorido de justicia al atentado que pensaban cometer, cosa bien fácil en aquel siglo de supersticion y de barbarie, la acusaron ante un tribunal eclesiástico como maga y hechicera. Amenazas, falsedades, preguntas insidiosas, todo pusieron en práctica sus depravados jueces para hacerla aparecer como criminal; pero nada fué bastante para hacerla vacilar, y frecuentemente los confundió con la justicia, energia y dignidad de sus respuestas.

Concluyese, por fin, la obra de iniquidad. El día 24 de Mayo de 1431 (un año despues de su prision), Juana fué conducida al cementerio de Saint-Ouen de Rouen, á vista de todo el pueblo. Un sacerdote fanático le predicó un mal sermón en que insultaba á Carlos VII y á su heroína. Ella lo desmintió en alta voz. Este hecho acabó de irritar á sus inicuos jueces que pocos dias despues la condenaron á ser quemada á fuego lento.

La mañana que le notificaron la sentencia, ya para conducirla á la hoguera, su corazon no pudo soportar tanta afliccion, y prorumpió en lágrimas al recordar el día de su brillante entrada en Rheims; ¡qué distancia tan inmensa entre uno y otro día! Entonces coronada con el laurel de la victoria, resonaban en su derredor las aclamaciones de un pueblo agradecido, y ahora triste, desamparada, por donde quiera que volviése los ojos solo encontraba una muchedumbre de gentes feroces y fanáticas, que la llenaban de impreaciones y denuestos. Y al cabo de su penosa travesía se hallaba una hoguera; una hoguera que iba á consumir su florida juventud y sus mentidos sueños de gloria!

Ningun recurso le quedaba en la tierra, y elevando los ojos al cielo: "Apelo, dijo, al gran Dios, de las iniquidades que conmigo habeis hecho." Subió despues serenamente al cadalso y se ejecutó la bárbara sentencia de la inquisicion. Pretenden los historiadores, que se elevó de sus cenizas una blanca paloma, simbolo de su pureza virginal. El cardenal de Winchester las mandó recoger y arrojar al Sena, para que ni esta memoria quedase de la jóven entusiasta y magnánima, victima del amor de la patria.

Tal fué el desgraciado fin de la doncella de Orleans. Su memoria quedará siempre graba-

da en los corazones de las personas sensibiles, y servirá de eterno baldón á sus cobardes asesinos. Su historia nos enseña que siempre han sido instrumentos de los crímenes mas horrendos el fanatismo y la supersticion.

A. A. FRANCO.

AMOR PATRIAL.

Los anales de la república romana son los anales de la libertad, y por consiguiente de la virtud. En aquel pueblo de héroes es donde debian aprenderse el amor á la patria, el desinterés, la magnanimidad, el amor filial; en una palabra, todas las virtudes que conservan y engrandecen á las naciones; su nombre solo ha venido á ser el recuerdo de los hechos gloriosos, la inspiracion de las almas libres. Cualquiera de nuestras naciones junto á aquella vírgen austera, coronada con los laureles de la victoria, no es mas que una cortésima impura, que debil y corrompida se adormece con cantares de disolucion, y se embriaga con el aliento del deleite. Para nosotros es ya casi fanático un Bruto que hace dar muerte á sus propios hijos que conspiraban contra la república, y un Caton que se atraviesa el pecho con su espada por no deber su vida á un tirano.

Mas ya que pasaron aquellos dias de gloria, dirijamos siquiera de cuando en cuando una mirada á la patria de los Camilos, y de los Fabricios; leamos una sola página de esa crónica inmortar de virtudes sin ejemplo.

Un día del año 206 de Roma, se notaba en esta ciudad un inmenso trastorno: las mugeres vagaban por las calles con los ojos bañados en llanto; los niños corrían desparvoridos en seguimiento de sus madres; los hombres se aprestaban al combate, y los viejos con voz trémula elevaban sus plegarias á los dioses.

A cuarenta estadios de la ciudad, se veía un campamento de Volscos, que era el que difundia en ella el espanto y la consternacion, y todos los soldados mostraban el ardimiento y la confianza del que tiene por segura la victoria. Mas por qué tan arrogantes ahora aquellos mismos Volscos que cinco años antes habian sido derrotados por las huestes romanas? Porque el general es el alma del ejército, y ellos tenian á su cabeza á Coriolano.

Este romano, celoso defensor en tiempo de la república, y ahora su mortal enemigo, ganó en la toma de Coriolo, el sobrenombre de Coriolano con que era conocido, sirvió siempre á su patria con lealtad, y aunque patriótico, logró grangearse con sus hazafas el amor del pueblo. Mas dotado de un carácter violento é inflexible como no le permitia ceder un ápice en sus pretensiones; con su conducta y lenguaje incon-

derados, se enagenó la voluntad del pueblo, y fue condenado á destierro por los mismos que lo habían proclamado su libertador.

Se refugió en el país de los Volscos, y allí encontró medio de llevar á cabo un proyecto de venganza contra una patria que había recompensado tan mal en su concepto, á uno de sus más fieles servidores. Hizo por medio de intrigas, que los romanos rompiesen una tregua pactada con los Volscos, quienes teniendo un pretexto para declararles la guerra á los primeros, le nombraron general del ejército que debía marchar sobre Roma, y he aquí por qué estaba capitaneando á los Volscos, el mismo que los había vencido en Coriolo.

Convencido el pueblo romano de la pericia y el valor de tan ilustre general, quiso que se implorara su clemencia, y se le prometiese levantarle inmediatamente el destierro, y apesar de que el senado se oponía á semejante paso, hubo al fin que ceder á las instancias de una multitud poseída de terror. Le mandaron pues, una embajada compuesta de los príncipes y de los amigos que tenía en Roma el orgulloso desterrado; por este la recibió con aspeza, y se mostró inflexible á los ruegos y á las promesas. Habiendo salido segunda vez la misma embajada, y habiendo tenido el mismo éxito, se le mandó una treceava de sacerdotes y pontífices, con sus vestidos de ceremonia, con toda la pompa imponente y sagrada de la religión; mas Coriolano que se había mostrado insensible á la amistad, se mostró tambien indiferente al lenguaje augusto de los representantes de los dioses. Entonces llegó á su colmo el desaliento en el pueblo; todos aguardaban por momentos el asalto, y contemplaban con horror en su mente, á Roma entregada al pillage, y envueltas quizá entre las llamas á sus hijas y á sus esposas, presa de un vencedor desapiadado, á los viejos y á los niños pasados á cuchillo por los Volscos. ¡Qué terrible era esta situación entonces, que la conquista era un torbellino que arrasaba las ciudades, un torrente que no dejaba ni una huella del pueblo conquistado!

Entretanto Veturia, matrona respetable, y Volunmia jóven hermosa, con un niño en los brazos y otro de la mano, seguidas de otra multitud de damas ilustres, se encaminaban al campamento de los Volscos con la seriedad augusta y al continente magestuoso de aquella edad dorada en que la muger era la diosa del amor, y la sacerdotiza de la patria. Al mirar á lo lejos Coriolano, aquella multitud de mugeres sintió su corazón palpitar con la misma tranquilidad porque su alma era insensible á las seducciones del placer; pero cuando dijo uno de sus oficiales que las dos mugeres que venían á la cabeza de las demás eran Veturia y Volunmia, aquel hombre a-

dusto, nacido para hollar los deleites y desoir las súplicas, se estremeció, como la cierva á la vista del cazador; una lágrima quizá vacila un momento en el borde de sus párpados, y rueda después por su mejilla; turbado precipitose de su tribunal y se adelanta á encontrarlas. — ¡Ah! Veturia era su madre y Volunmia su esposa. Ya las encuentra; sus brazos abiertos van á estrechar á la que le había criado á sus pechos, á la que le había arrullado con sus besos y calentado con su aliento; pero Veturia extendiendo desdeñosa su brazo hacía él. "Aguarda, lo dice, sepamos primero si hablo con un hijo ó con un enemigo de mi patria; si me ves como á tu madre ó como á tu cautiva. ¿Como has podido devastar la tierra en que viste la primera luz, y que te crió en su seno? ¿Cómo pudiste alzar tu brazo contra los muros que encierran á tus dioses á tu madre, á tu esposa, y á tus hijos? ¡Desdichada muger, que no ha sido madre sino para darle á su patria un opresor! Si no hubiera tenido un hijo moriría libre en una patria tambien libre. Mas, ¿de qué me quejo yo cuando mis males terminarían presto con mi vida? Mira á tus hijos, ó quienes aguarda una muerte pronta ó una larga esclavitud. Coriolano estrecha á su madre entre sus brazos exclamando: Veturia, has vencido; abraza luego á su muger y á sus hijos, dirije ¡pobre desterrado! su última mirada á Roma y levanta su campo. ¡Qué muger! ¡Qué hijo!

JUAN N. NAVARRO.

BEMITIDO.

Sres. redactores del Museo Mexicano.—Mis apreciables amigos y conciudadanos.—En el número 3 del acreditado periódico que vdes. redactan, he leído con el mayor placer una biografía del Sr. D. Francisco Javier Gamboa, escrita por nuestro esclarecido literato el Sr. Otero. La obra como salida de tales manos, es perfecta; pero nada ha hecho mas profunda impresion en mi corazón, que la sinceridad y buena fe con que el Sr. Otero asienta en el párrafo 9 de su biografía "que ningunos estudios pueden contribuir mejor á la formación del abogado, que los que acostumbra la inteligencia á la rectitud del juicio, y la imaginación á la delicadeza y hermosura de la expresion, es decir, las ciencias exactas, y la bella literatura."

Tal ha sido siempre mi creencia; y cada día me ratifico en ella mas y mas; pero ¡con cuánto dolor veo que esa creencia no es la mas general! Las garas de la rutina han dejado tan profundas huellas en nuestro sistema de enseñanza, que centenares de personas juzgan todavía que el estudio de las ciencias exactas, y de la bella li-

teratura, es incompatible con el de cualquiera otro ramo de los conocimientos humanos. Confieso que en nuestros colegios se estudia como preliminar de la facultad mayor, esa indigesta compilacion llamada filosofía; pero en lugar de que esta idea sea consolatoria, trae consigo la de que el *ergo* todavía resuena en nuestras aulas.

Estoy lejos de pensar, como muchos, que la forma silogística, conduce necesariamente al error; y de ancha cabida á los sofismas. No siempre se debe tachar el uso de una cosa; las mas veces será suficiente tachar su abuso. Desgraciadamente, como dice Dumarsais, el hombre todo abundará primero que sus preocupaciones, y hombres nutridos con el insalubre alimento mental que les proporcionan nuestros institutos, juzgarán un crimen de lesa-majestad literaria, esta sencilla manifestacion de mis opiniones; mas yo les suplico que desunándose, si es posible fuere de toda prevención, cesaminen con la calma y sangre fria de la razon y el buen sentido, los irreparables males que acarrea consigo nuestro vicioso método de enseñanza.

Permítaseme trazar la carrera de un estudiante de colegio, restringiéndome al caso de que trate de emprender la profesion de abogado.

Generalmente á los ocho años, cuando ya el niño ha salido de la escuela, donde ha permanecido cuatro años por lo menos, escribiendo de suelta y leyendo de corrido, para servirme de la fraseología pedagógica, entra al colegio á estudiar *Gramática*; mas no se vna á creer que la de su propia lengua, porque esta á lo sumo la estudia por el foro en la escuela. Entra á estudiar *Gramática latina*, y en esto se pasan tres años, si es medianamente aplicado, porque si no...

Nada diré de la multitud de reglas con que le atestan la cabeza; baste decir que si al concluir el estudio del latin, se le presenta á Tácito, Salsus, ó otro escritor del mismo genero, grandes dificultades ha de haber para que les pueda esprimir algun sentido.

He aquí el estudiante que pasa á filosofía, tal vez después de una lucida oposicion en que ha ostentado sus profundos conocimientos en la lectura de los autores clásicos, y recitando grandes trozos de los bárbaros versos latinos de Nebrija, ó de las insulsas redondillas de Iriarte. Va á estudiar *filosofía*. La pluma se me cae de las manos al escribir esta palabra. Filosofía entre nosotros quiere decir un vasto conjunto de cosas útiles é inútiles, espuestas sin ningun respeto á las leyes del método, plagado de errores, de inevidencias, de falsedades... en fin todo encuentra uno allí, menos lo que busca, y su nombre, como el del demonio que nuestro Redentor lan-

zó á la para de cerdos, es *legion*. Entonces el jóven aprende que: "asserit A. negat O. &c." con otras mil lindezas de este jax: entonces se le inicia en los profundos misterios del ergetismo, y al cabo de tres años sale triunfante de las aulas, y se le califica de apto para pasar á estudiar *facultad mayor*. He dicho que consideraría tan solamente al estudiante que se dedica á la carrera del foro. Así pues, echemos una mirada sobre los conocimientos que se juzgan entre nosotros suficientes para comenzar el estudio del derecho. Pesimo latin, una cosa que llaman lógica *quasi lucus à non lucendo*, metafísica ética, matemáticas y física, que dividen en general y particular. "Ni están todas las que son, ni son todas las que están," dice un prolego vulgar, que viene muy á pelo en el caso presente. Cosas hay en esto que no son absolutamente necesarias para un abogado, en tanto que faltan muchas, muchísimas que le son indispensables. ¿Dónde está el estudio de la historia, que con tanto encarecimiento y con tanta razon recomienda al estudiante de derecho, el ilustrado Dupin! ¿Dónde está el estudio del arte de hablar, sin el cual jamas podrá un abogado hacer valer la justicia de sus partes! Nada de esto hay por cierto: *bon gré, mal gré*, se deberá conformar el cursante de jurisprudencia con lo que el expo en suerte aprender en el curso de artes. Ya tenemos á nuestro mártir literario de quince á diez y seis años, cursando la cátedra de leyes, ó de cánones, ó de leyes y de cánones, como sucede en algunos colegios. Allí tiene en ciertos dias de la semana obligacion de impugnar ó defender á su autor, método ciertamente muy adecuado para conocer la solidez de los fundamentos del derecho, ó mas bien, de donde aparte la ironía, para imbuir desde la cuna de su educacion jurídica, al jóven abogado en las sutilezas y miserables subterfijos de la chicanería. Y en esto se pasan tres años, y si alguno demuestra que es necesario reformar semejantes ideas, y considerar á la educacion bajo un punto de vista mas liberal é ideológico, se le tiene por un réprobo, por un hereje, digno de salir con Sambañito y vela verde en algun auto de fe literario!

Vdes. dispensen, Sres. Editores, el desfilio de estos renglones que he trazado, impellido del amor á mi patria y á mis conciudadanos. Accedo en otra carta que dirija á vdes., amplificaré las ideas que en esta he vertido; y entretanto, me repito su afectísimo amigo y servidor, q. b. es. m.—F.

El sublime amor de una madre por sus hijos, es la última afeccion en que no se mezcla el egoismo.

EL CEROXILO, Ó PALMERO DE CERA.

Sobre las cimas mas elevadas de la cadena de los Andes del Perú y las mas inmediatas á las nieves eternas, crece el mas grande de los palmeros conchilos, aquel al que se ha dado el nombre de *Ceroxylum andicola* por la singular propiedad que tiene de dar cera. Su cima, que se pierde entre las nubes, sube á mas de 50 metros; algunas veces aun llega á 60, é insulsa el poder de los vientos. Sus hojas aladas tienen de 6 á 8 metros de largo, lo que anuncia una fuerza de vegetación extraordinaria, sobre todo, bajo la influencia de una temperatura tan baja como la de los sitios que se complace en habitar exclusivamente este soberbio, este útil palmero. Por medio de un raspador los habitantes de los cordilleras, y en particular los de Quindín, recogen con cuidado la cera que se escapa de los anillos, que resultan de la caída de las *palmas* ó hojas inferiores) y que forman á lo largo del tronco una capa de 5 á 10 milímetros de espesor. Esta sustancia se llama por ellos *cerca de palma*, y les sirve para fabricar bujías y tejas que venden. El fruto del ceroxilo es una *drupa* violada, que hace las delicias de algunos pájaros. Está situado en la cima de la alta columna; y ocupa el centro de esa roseta que forman las hojas que la terminan. Este palmero pertenece á la *Poligamia monocóica* de Lin.

La *Ceroxilina* ó cera de palma, es una materia combustible, una verdadera resina que da un tercio de cera pura. Se le pone á hervir en agua, y cuando está casi fría, se le retira, y se forma de ella una masa. Se ha dicho que tiene una grande analogía con las resinas; en efecto, la solubilidad en la agua de una cierta porción de su materia estrueta emerja, la solubilidad mas notable en el alcohol frio de su resina soluble; en fin, la disolubilidad completa en el alcohol hirviendo y en el éter de su parte insoluble en el alcohol frio (la sub-resina), le asemejan enteramente á las resinas, aunque carece del aceite volátil que le es inhórrente. Por el enfriamiento, la materia cristalina toma la consistencia de una gelatina, bajo la forma de cristalización *byssoida*. El aspecto de la cera de palma, es de un amarillo blanquizco, es de una ligereza notable, porosa, poco consistente, de un olor casi nulo á la temperatura ordinaria; pero que se hace mas sensible por el calor, y sobre todo por la

aproximación de un cuerpo en combustión; entoncez escchala un olor resinoso, débil y agradable; Su sabor amargo no es apreciable sino cuando se le pone á disolver en el alcohol. La cera de palma sirve en la economía doméstica; se lucen de ella bujías, que dan una bella luz y poco humo.

Del Perú se han introducido á la república varias plantas, como el *árbol del Perú*, *Molle* ó *echinus Molle*, y algunas variedades de *papa*. Seria tambien de grande utilidad para México la introducción y propagación de la Quina y de la Palma de cera. Plantado este hermoso palmero en nuestras mas áridas montañas, supliria en mucha parte la falta de los pinos, encinos y cedros que formaban nuestros antiguos hogares, y proporcionaria un nuevo ramo de industria. Esperamos que el gobierno, ó algun rico propietario del país, se honrará muy pronto con la benéfica introducción de la palma de cera, y que muchos mexicanos se empeñarán en propagar un vegetal tan útil y tan bello.—L. R.

BOLETIN SEMANARIO.

Se presentaron á la Academia los proyectos para el monumento que para perpetuar la memoria de la independencia debe erigirse en la plaza principal. El Sr. Griffin obtuvo el premio, y fue desde luego admitido en el seno de la Academia, lo mismo que el Sr. Hidalgo que obtuvo el *accesit*. Sin embargo, se dice, que el proyecto de nuestro compatriota el Sr. Casarín es muy digno de considerarse, porque reúne la corrección á la belleza.

Los periódicos políticos de esta semana anuncian el incendio del bergantín *Tartar*, que tenia á su bordo la artillería mandada construir por el supremo gobierno de la república, para la marina y castillo de S. Juan de Ulúa. Este suceso acaeció en la rada de Southampton el día 2 de Junio anterior.

El día 16 se desprendió una pared del teatro que se está construyendo en la calle de Vergara, causando la muerte de dos operarios, y dejando otros tres gravemente heridos.

El Parian se sigue destruyendo á gran prisa valiéndose de lazos que derriban lienzos enteros de las paredes.

(*) Este artículo contiene mas pormenores sobre la *palma de cera*, que el que publicamos sobre la misma planta en el tom. 1.º de este periódico.

ó mal le conegre unos renglones en esta serie de fríos y mal forjados artículos que he querido llamar impresiones de viage.

La noche que el cura Hidalgo se pronunció en Dolores por la independencia, ocasionó seriamente su conciencia, y halló que no era ni general, ni coronel, ni aun simple soldado, sino únicamente un anciano cargado de achaques, y cuyo saber se limitaba á las pacíficas ocupaciones de la agricultura y de las artes. Esta reflexión lo llenó de un profundo desconsuelo; pero á poco, creyó de deber á los doctos serenos que lo acompañaron en su atrevido pronunciamiento, y con una calma glacial, dijo: "La muerte está echada, y pagará con mi cabeza; pero he atrevido una semilla que jamás atravesará la España." Desde este momento, como el viejo hablaba con el espíritu y la coherencia de un profeta, se llenó de entusiasmo, y mundo repicar las campanas de su curato.

El vaticinio se cumplió.—Cayó la cabeza del cura y cayeron otras muchas; pero parecia que de cada tumba nacía un héroe, que de cada corazón helado por la muerte, brotaba otro corazón lleno de ardor y de entusiasmo por la causa de la libertad. Así es que, aunque plagado el país de uno á otro extremo de bandidos despiados y de bandidos liberales, á inundado de la sangre de mexicanos y españoles, se veían aparecer y lucir cada vez mas claros algunos genios que merecerán la veneration, no solo de sus paisanos, sino aun de sus mismos enemigos.

Todas las cosas del mundo comienzan por un orden regular. La espina no nace ya robusta y corpulenta, como tampoco las faculdades del hombre se desarrollan totalmente en su principio; así es que debemos comenzar por observar á un teniente coronel de artillería bien apersonado, instruido en la ciencia de su arma, y alegre y risueño con la íntima convicción de que defendía una causa que habia de triunfar. Este jefe estaba por el año de 1811 en el rumbo de Oajaca, unido á las fuerzas independientes que habia por aquel país, y como es de suponerse, las escaramuzas se habían sucedido unas á otras; pero sin que se percibiese una ventaja conocida, hasta que Alvarez, que mandaba entonces la provincia de Oajaca, con mucha artillería, pertrechos y víveres, puso sitio al pueblo de Cilaoyapan. Un día dijo Sesma, que mandaba las fuerzas independientes, al teniente coronel de que nos ocupamos:

—Sabe vd. compañero, que vamos á ser destrozados por los españoles!

—Bien que lo sé, porque tienen mucha artillería.

—Y no discute vd. un medio de librarnos?

—Solo uno.

—¿Cuál es?

—Quitarles la artillería.

Sesma menó la cabeza y volvió la espalda diciendo entre dientes: Buena adivinanza la del teniente coronel.

La noche siguiente, con mucho silencio salió el teniente coronel con unos cuantos hombres decididos, se dirigió al lugar donde los enemigos tenían su artillería al cuidado de un capitán llamado Perez, y cayendo de improviso, comenzó él y su gente á repartir sendas cuchilladas y porrazos á diestra y siniestra. A poco salió la luna, y el teniente coronel vió que no habia ya ningún enemigo á quien ofender, pero sí muchos cañones que llevarse, lo que en efecto ejecutó.

Como los enemigos se vieron privados de la única arma útil para el ataque de plazas, levantaron humildemente su campo y dejaron á los sitiados en paz.

Sesma dió un abrazo al teniente coronel, y el congreso de Apatzíngan le envió un escudo de honor.

Este hecho anunciaba que el teniente coronel entonces, sería despues el Excmo. Sr. general D. MANUEL DE MIEN Y TERAN.

En el instante en que se da el grito de rebelion, aunque tenga por causa la mas santa y justa del mundo, los vínculos que ligán al hombre con la ley quedan disueltos. Há aqui por qué se necesita revolucionar con las conveniencias sociales y no con el entusiasmo de los hombres; con los intereses, y no con el patriotismo, con las pasiones, y no con la virtud. El que duda de esto, tómese la pena de recordar épocas, y no muy remotas, y se convencerá que es cierto lo dicho. Siguese tambien que los vínculos de la obediencia rotos, el caudillo tiene que lidiar no solo con sus natos y naturales enemigos, sino con la ambicion de sus aliados.

Sucedía esto con frecuencia en tiempo de la insurreccion, en que se veían unidos al parecer á los caudillos mexicanos para luchar por una misma causa; pero devorados en lo interior del pensamiento de sobreponerse á los demas, y aun muchas veces querían abrogarse el derecho de mandar despóticamente sobre los otros jefes. Uno de estos era Rossains, hombre arrebatado, colérico, y hasta sanguinario, segun se deduce de la historia de sus hechos.

Teran militaba á las órdenes de Rossains en la provincia de Oajaca, y aunque puede decirse que no estaba en todo acorde con sus ideas, lo seguía en sus espoliciones, y llegó el caso de que arrastrado por su espíritu de obediencia, ó por otras causas que es difícil averiguar, se vio obligado á trabar, el 27 de Julio, una accion en las barrancas de Jamapan con un guerrillero llamado Luna. La lucha fué sangrienta, y los mexicanos desentendiéndose de su objeto, se mataron unos á otros delante de su comun enemico.

go. Por desgracia esto se ha repetido con frecuencia de entonces acá.

Teran no era de esos hombres comunes que obran sin pensar, y que despues que obraron no reflexionan; así es que, considerado naturalmente que habia sido en este lance un instrumento de los caprichos de un hombre, y no un campeón de su patria. Despues de hecha esta reflexion, Teran ni amaba ni obedecía de corazon á Rossains, aunque lo siguió por de pronto á una espolicion por el rumbo de Huamantla, en que se trataba tambien de huir á Oaxaca, otro cabecilla insurgente, que habia negado la obediencia á Rossains.

Allegó pues una ocasion en que por uno de esos cambios infinitos de la guerra, se aborcase Teran con el mismo guerrillero Luna á quien habia batido, y llevara á cabo el proyecto que habia concebido.

Bastante desgracia fué, amigo Luna, que nos hubiéramos batido en las barrancas de Jamapan, le dijo Teran con una voz compungida.

—Eso mismo pensé yo cuando me fueron á atacar; pero vd. vé que la defensa es natural.

—Y cree vd. todavia que yo tuve la culpa de que llegáramos á ese estremo?

—No.

—Yamos, amigo Luna, le interrumpió Teran, dándole afectuosamente una palmada en el hombro, yo he sido amigo de vd. y ademas, reflexionará que una vez que he tomado las armas contra el gobierno español, no las habia de convertir contra mis hermanos.

—El Sr. Rossains, contestó Luna, me ha asegurado que vd. tuvo la culpa de todo, y luego como vd. mandó la accion y...

—Rossains!... exclamó Teran mordiendo los labios.

—Si señor.

—Francamente quiero que me diga vd., continuó Teran, si el hombre que promueve y fomenta la discordia, y hace que se asesinen hermanos con hermanos, es verdaderamente patriota.

—Cree que no, respondió Luna.

—Bien, y me estaria á las órdenes de un hombre semejante!

—No.

—Pues sepa vd. que Rossains es el que ordenó batiera á vd. hasta no dejarle un hombre.

—Rossains!... exclamó Luna.

—El mismo, dijo Teran, y por mi parte estoy resuelto á separarme de su obediencia.

—¿Es posible!... Pero...

—Si vd. no me quiere ayudar en esta empresa, la acometeré yo solo; y si no puedo, me marcharé á mi casa.

Luna se mordía las uñas, sin responder una sílaba.

—¿Con que no responde vd., Luna! Acús-

dese que el pobre Martínez murió atravesado de balas, por oponerse á la autoridad de Rossains.

—Eso mismo pensaba yo, y por lo cual no me parece acertado el plan de vd.

—Y cree vd. le interrumpió Teran, que soy un niño que me dejare matar impunemente! Cuando yo le digo á vd. esto, es porque cuento con la tropa, porque podemos sorprenderlo de una manera segura, y en una palabra, porque la empresa no tendrá riesgo.

—En ese caso...

—¿Cuanto con vd. inc es verdad?

Luna presentó la mano, que Teran lo estrechó, y ambos quedaron citados para la noche.

La mañana siguiente, que era 20 de Agosto, estaba Rossains en su cama con una gran montaña de dormir, y jurando como un cabo, por no sé que falta de su asistente.

—Voto á Dios! le decía, que te he de machucar la cabeza, pedazo de animal; ¿Por qué no has hecho lo que te ordené?

El pobre soldado que estaba delante de su jefe temblando de miedo, apenas tartamudeó unas cuantas palabras. Rossains continuó:

—Voto á Dios! Todos vdes. son una manada de animales que no andan sino á palos. Te prometo que te de sacar mas de cuatro gotas de sangre. ¡Voto á Dios! que esta gentualla ha dado en perderme el respeto; pero ya se vé, lo mismo eres tú que ese otro menguado de Oaxaca, muy ufano con sus hechos, y es mas bestia que un cabo de escuadra. ¡He! márchate; ¡voto á Dios! ó te rompo la nuca con... diciendo esto, se agachaba á tomar algun trasto con que ejecutar lo que decía; pero el soldado mas que de prisá dió la vuelta, abrió la maquina, y se presentaron á ese tiempo Luna y Teran.

—Voto á Dios! continuó Rossains, que me ha dado un buen desayuno este bribon asistente.— ¡Qué se ofrece, que tan de mañana tengo á vdes. por mi casa!

—Hay asuntos, le contestó Teran, que no ofrecen demora.

—¿Véamos cuáles!

—Ciertos hombres de genio violento y arrebatado, sirven mas para perjudicar á la causa de la patria que para defenderla.

—Y ¿dónde están esos hombres! interrumpió Rossains, frunciendo el ceño.

—No están muy lejos, continuó Teran con mucha calma, y por fortuna podemos deshacernos de ellos. ¿Le parece á vd.?

—Si, sí, me parece...

—Para no andar con mas rodeos, vd. es uno de esos hombres, y por tanto venimos á prenderlo.

Rossains se incorporó á tomar el sable, que creyó estaba en la cabecera; pero Luna sacó un par de pistolas y se las puso al pecho, con lo que

Rosains se quedó en la posición en que estaba y dijo:—Mal hice en no romperle el alma á ese pícaro asistente que no puso la espada y las pistolas á mi cabecera. En efecto, el sable no estaba en el lugar acostumbrado, ni había otra arma por allí cerca.

—Es inútil la resistencia, prosiguió Teran, porque toda la tropa está de acuerdo, y no le queda á vd. mas arbitrio que resignarse con su suerte; con que háganos vd. favor de vestirse, y de lo contrario lo haremos á vd. con todo y colchon, y como un farlo inútil, lo dejaremos olvidado en el calabozo.

Rosains se puso encendido, se mordió los puños, y dijo:

—Muy bien, Sr. Teran. No crea yo que vd. era un traidor.

—Hay muchas creencias que salen erradas; yo crea que vd. era un buen patriota, y cuando me desengañé de lo contrario, he venido á quitar á vd. de en medio, para que no perjudique al país.

—Si, sí; fastidiarlo es lo mejor, dijo Luna, con una voz bronca.

A estas palabras, Rosains dejó caer de las manos los pantalones que había tomado, y se puso pálido como la muerte.

—Ruego á vd. que se vista, interrumpió Teran con una dulzura, mirando el fatal efecto que habían hecho las palabras de Luna. En cuanto á la suerte de vd., el traidor Teran se encargará de liquidarla; tranquilícese vd.

Con esto se recuperó un poco, y acabado que hubo de vestir, salieron los tres de la recanara.

D. Pablo Mendivil, hablando de Rosains, dice: «Pué entregado á Luna, conducido después al Departamento de Osona, y al fin puesto en calidad de arrestado á disposición del congreso. Logró fugarse, obtuvo el indulto por medio del secretario del arzobispado de México, y quedó purificado haciendo los ejercicios espirituales que se le impusieron en penitencia.»

El hecho de quitar la artillería á los sitiadores de Cilaueopan fue el de un soldado valiente; y el que acabamos de referir amonesta, que el soldado reunía el valor, la astucia, el talento, tres cualidades que constituyen á mi modo de ver un gran militar.

En efecto, este acontecimiento, llevado á su fin con toda felicidad, proporcionó á Teran el quedar sin rival en el mando militar, aunque no exento de algunos temores, respecto á que Rosains era uno de los favoritos de Morelos, de ese grande hombre de la libertad mexicana.

No habían pasado dos meses del suceso que ya referido, cuando una mañana muy temprana salió Teran de su habitación, con el rostro encendido, los puños cerrados, y gritando fuertemente: «*que toquen generala; que toquen botasilla;*

que toquen asamblea; ¡si las armas! corramos!».—Los soldados de guardia creyeron en su jefe se había vuelto loco, y no sabían que hacer, hasta que el cabo cuadrándose á su frente y con la mano en el casco, le dijo:—«*¡Que ordena mi coronel!*»

Esta intercalación sacó de su éxtasis á Teran; su rostro volvió á su color habitual; sus puños crispados tomaron poco á poco su elasticidad, y recobrando su sangre fría, sonrió con los soldados, y le dijo al cabo:—«*Tenemos que marchar hoy mismo, y cuento con mis buenos y valientes soldados.*»

—*Viva nuestro coronel! ¡viva la patria! interrumpieron los soldados!*

El coronel continuó:—Cabo, vaya vd. en persona á decirle al mayor que venga al momento.

El cabo corrió á ejecutar la orden, y el coronel arreglando su vestido, echó una mirada de satisfacción á su reducida tropa, y se retiró.

El mayor no se hizo aguardar.

—Buenos días, mayor. El mayor se inclinó. Tenemos que marchar en este momento á Teotitlán. Alvarez tiene sitiado en este momento á mi hermano, y es preciso auxiliar á ese jóven que puede hacer alguna locura.

—Está bien, mi coronel.

—Que se dé el primer toque de marcha.

—¿A qué horas se da el segundo?

—A las once.

—Y el tercer?

—Cuando yo lo mande.

—Muy bien. ¿Tiene vd. otra cosa que ordenar?

—Mucha actividad y mucho sigilo, mi valiente mayor.

—Con permiso de vd., mi coronel.

El lacónico y valiente mayor se retiró.

Al día siguiente la pequeña tropa, que apenas se compondría de doscientos hombres, iba en marcha por unos senderos pendientes y escabrosos, por donde costaría trabajo pasar aun á los mismos leopardos y lobos. Los soldados estaban casi agonizando con la fatiga, y fuertes y acostumbrados á las penas, como eran, se les escapaban las lágrimas por el dolor que les causaban los guijarros y malezas que herían sus pies descalzos. El coronel iba á caballo y sumergido en una profunda meditación. De repente dió orden de hacer alto á la tropa, y bajándose del caballo se quitó las botas, y descalzo comenzó á marchar al frente de sus valientes. En esta vez los soldados lloraron de ternura y de entusiasmo.

—Adelante, adelante, mis bravos muchachos, exclamó lleno de decisión; cuando se trata de sufrir por la patria, el soldado y coronel son iguales.

Los soldados reanimados, gritaron:—*Viva el*

coronel! ¡Viva la nación! y siguieron caminando por las rocas y precipicios con la agilidad de unos gamos.

«*Qué sublime sería ver este puñado de hombres!*»

Aunque perdieron en la marcha mucha parte de sus fuerzas corporales, con el ejemplo de su jefe aumentaron las fuerzas de su espíritu, y en este estado acamparon con mucho silencio una noche cerca de las avanzadas del enemigo.

El coronel dió orden que todos se mantuvieran con las armas listas, en espera de la señal de ataque, y tomando el un par de pistolas que se colocó en el cinto, se puso en camino para el campo enemigo, ya arrastrándose por los matorrales como una serpiente, ya deslizándose como una fantasma por los barrancos y desigualdades del terreno. Llegó en efecto á la avanzada y encontró á los soldados durmiendo, con la tranquilidad de unos canónigos. Bien, dijo él: estos soldados son excelentes para mi plan. Continuó su camino, hasta que se colocó en una eminencia, donde con la claridad de la noche pudo ver solo á unos cuantos centinelas inmóviles como unas estatuas; aplicó el oído y ni un rumor humano se escuchaba; simplemente el grazido de las aves nocturnas turbaba el silencio del campo. Satisfecho con su observación, se deslizó por un arroyo, y describiendo un medio círculo, para no pasar por en medio de la avanzada, vino á juntarse con sus soldados. Inmediatamente ordenó la marcha en hilera, y con un silencio increíble, y hasta conteniendo la respiración, llegaron al sitio donde estaba la avanzada. Antes de que pudieran dar el grito de alarma, se vieron rodeados de los enemigos, y el sub-teniente Ezeta que mandaba el piquete, se vió asido del cuello por una mano robusta, que le hubiera á poco esfuerzo podido apagar para siempre la respiración.

—Oficial, ¿quiere vd. conservar la vida?

—Perdon, gracia, gracia, prorumpió el oficial desparovido.

—Silencio es lo que quiero, le interrumpió Teran. Si vd. está quieto con su tropa, le prometo concederle la vida, y aun le permito que vuelva á roncar como un ganapan, á pesar de que es contra ordenanzas.

—Todo lo que vd. quiera hará.

—Bien. Cabo, dirigiéndose á un soldado robusto, quédate junto al señor oficial, y si acaso se mueve un soldado ó el chista palabra, lo claves con la bayoneta.

Teran siguió en silencio su marcha, y luego que estuvo en la pequeña forma, mandó hacer fuego sobre el campo.

La luz de los fogones alumbró una porción de bultos informes. Dada la primera descarga avanzó con sable en mano, y sus soldados tras él con

bayoneta calada. La confusión y gritaría fué horrible; pero quince minutos después mandó tocar reunión, porque los seiscientos enemigos habían abandonado el campo á toda prisa. La fortaleza de Teotitlán, que estaba á punto de rendirse, quedó salvada, y los dos Teranes se dieron un doble abrazo, porque el amor fraternal y el amor patrio eran vínculos que los hacían amarse doblemente.

En estos tiempos azarosos, de agitación y de guerra, los acontecimientos se sucedían unos á otros, de manera que para el mes de Noviembre ya nuestro coronel, que se hallaba en Tehuacan, tenía noticia de la próxima llegada del congreso, que convocó en Chilpancingo el Sr. Morelos, y pensó seriamente que esta reunión, perjudicial en aquellas circunstancias, iba á darle bastante molestia, y á interrumpir el libre y violento curso de sus operaciones militares. En efecto, el 16 del referido Noviembre tuvo que salir á recibir al congreso, y como nuestro coronel era de maneras finas y ámbles, no mostró ninguna prevención hostil contra los ambulantes diputados; pero sí determinó, para mayor seguridad de tan honorables miembros, el trasladarlos á una hacienda llamada S. Francisco.

En cuanto á los gobernantes, mandaban donde quiera que se hallasen, ya fuese en la ciudad ó en la aldea, en el bosque ó en el llano, y cuidaban á pesar de su inestabilidad de ejercer su poder en todas y cada una de las oportunidades que se ofrecían, á la manera que el digno preoste Tristan L'Hermite, armado de su garrucha y escalera, administraba en todos los lugares la justicia en nombre de su augusto amo el Sr. Luis XI.

Bien que el congreso no ejerciera actos de crueldad y despotismo, sí daba multitud de decretos inoportunos que embarazaban las operaciones militares, y que á creer lo que nos dice un historiador de conocido talento, causaron la ruina de Morelos.

Estas y otras mas consideraciones vinieron á la mente del coronel, y pensó decididamente en hacer con la respetable asamblea lo mismo que había hecho con nuestro buen conocido Rosains. Esta idea vino á ratificarse en su cabeza, cuando el superintendente de hacienda, bien conocido hoy entre nosotros por sus modales bruscos y groseros, trató de castigarle cuentas, y como se presumirá, no de la manera mas atenta.

—Rayo del cielo! dijo Teran. Es la cosa mas admirable del mundo que estos señores vengan desde el otro extremo de México á pedirle cuentas. Les daré cuentas de las balas que han silbado cerca de mi cabeza; de las lanzas que he visto cerca de mi pecho; de las hambres horribles que he sufrido en las montañas; de los volés

ardientes que han tostado mi rostro; de los lados que por la suerte de los buenos patriotas ha dado este corazón leal, incapaz de manclarse con la vil codicia.—Mayor, mayor, continuó con mucha agitación, es menester á toda costa deshacerme de esta reunión de locos que se llama congreso. Le cabe á vd. en el juicio que mis paisanos, me tratan de ladrón! Vive el cielo, mayor, que podría á poco que quisiera, tener sus cabezas delante de mi ventanal!... Y lo hará, si se for...

El mayor se estremeció, y el coronel habiéndolo advertido, prosiguió:

—Tiene vd. razón, mayor; su silencio me dá á entender que no es vd. de mi dictamen. Un momento de cólera me ha hecho prorrumpr en inútil necesidades. Si yo he de vivir en la historia de mi país, no quiero tener una mancha de sangre que oscurezca mis pequeños sacrificios. Por otra parte, esos hombres esponen tambien su cabeza por la patria, y no debe ser un mexicano el que la separe de su cuello.

El mayor se recobró un poco.

—Será conveniente quitarlos de enmedio, ca decia, disolverlos de una manera pacífica, ponerlos presos, por ejemplo, unos dias, y despues dejarlos en libertad de que se marchen á sus casas... ¿Los muchachos están listos?

—La tropa, respondió el mayor, está á las órdenes del coronel que la ha conducido tantas veces á la victoria.

—Siendo así, mayor, dará á vd. mañana mis instrucciones; por ahora necesito descansar un poco y meditar el plan que debemos seguir.

La mañana siguiente convocó una junta, y resultó de ella la disolución del congreso, y el nombramiento de un directorio ejecutivo, compuesto de los Sres. D. Antonio Cumplido, D. Ignacio Alas y D. Manuel de Mier y Teran.

Los miembros del congreso fueron arrestados; pero á los tres dias comenzaron á salir en libertad. Fes así como sin crímenes ni traiciones se vió elevado Teran, en poco tiempo, desde la esfera de subalterno despreciado por su jefe, al rango de magnate del gobierno provisional de la república.

Nuestro respetable historiador y anticuario D. Carlos Bustamante, al hablar de este acontecimiento, no puede menos de indignarse contra Teran, y de considerar este acto como un borron que empaña su gloriosa carrera militar; pero en esta vez, séame licito separarme, en uso de mi libre albedrío, de su opinion, y acogermé á la de otro historiador mas atrevido y mas enérgico para pintar á las cosas y á los hombres. D. Lorenzo Zavala, hablando de este acontecimiento se expresa así: «D. Manuel Teran se encontró «embarazado con muchos mandones, despues de

«haber conseguido libertarse de uno, con el «dulto de Rosains. Vió que una junta de «clarigos y abogados, que se llamaban diputados de «la nacion mexicana, pero que en realidad no «eran mas que unos usurpadores de este título «honorífico, nombrados los mas por sí mismos, «sin siquiera las cualidades de valor y concel- «mientos, que hacen tolerable la usurpacion, ve- «niam á poner obstáculos á sus empresas mili- «tares, y á causar en la provincia de Oaxaca los «males que ya habian hecho en la de México y «Valladolid.»

Que Teran tenia ideas liberales no cabe duda, puesto que sus acciones lo comprobaban; pero conocia que en las circunstancias que guardaba la insurreccion del país, no convenia así el establecimiento de un gobierno democrático, bueno solo para cuando los países están en tranquilidad, y los hombres con el juicio y las virtudes necesarias para ocuparse con pacífica detencion de los intereses domésticos del pueblo; así es que pensó despues de la disolución del congreso, en establecer otra nueva forma de gobierno, que si bien reuniera la opinion de los independientes, no tuviera el poder de embarazar las operaciones de una guerra, en que era necesario oponer una actividad igual á la de los enemigos. Sus ideas, buenas ó malas, no tuvieron acogida, pues los gefes á quien las comunicó las repelieron, y sus dos cólegas se separaron del puesto, dirigiéndose al interior, con grandes riesgos y peligros personales.

Este golpe no desanimó á Teran: reflexionó que para ser algo en el mundo se necesita pasar por una serie de peligros y por una cadena de sinsabores y contradicciones, y una vez puesto en este camino áspere que conduce á la inmortalidad, aceptó gustoso la muerte que podian darle los enemigos, y la ingratitud con que prevale la pagarian sus convecinados. Con el mismo entusiasmo y ardor con que comenzó sus campañas, salió á otra nueva por el rumbo de Tepegi de las Sotas. Sabiendo que la plaza de Acatlan, donde mandaba el conde de la Castaña, se hallaba sitiada por las fuerzas de Guerrero, se aproximó y sostuvo con un cañon y alguna infantería, cuatro dias, un fuego vivísimo hasta que supo que Sansiego se encaminaba á atacar á Tepegi. Voló, pues, en auxilio de su hermano que se hallaba allí; pero los enemigos se habian retirado á la hacienda del Rosario, donde marchó á atacarlos, lo que en efecto ejecutó con un valor y denodo incomparables. La jornada dió por resultado la total dispersion de las tropas españolas, mandadas por un jefe llamado Barradas. Esta escena se habia de repetir catorce años despues en las riberas del Pánuco.

Teran, despues de esta feliz expedicion, re-

gresó á Tehuacan, y desde allí dirigia continuamente guerrillas que interceptasen los convoyes enemigos, y hostilizasen las fuerzas realistas; pero ya se ha dicho que Teran no era de esos hombres sanguinarios y bárbaros que mezclan sus hazafas con crímenes, y que el furor del partido ciega su vista y embota la sensibilidad de su corazón. Estaba intimamente convencido de la justicia de la causa porque peleaba; pero esto no le hacia olvidar el derecho que tienen los hombres de reclamar de sus enemigos la observancia de las leyes divinas y humanas que señalan los derechos de la humanidad en general. Esto en tiempos pacíficos y entre sociedades adelantadas en la civilización, nada tiene de singular; pero sí lo era en la época de la insurreccion de México, en que tanto los gefes españoles como los caudillos mexicanos, se dejaban guiar muchas veces por un espíritu infernal, que los arrastraba á cometer crueldades y asesinatos, propios mas bien de los remotos tiempos de Caligula y Nerón que de una sociedad del siglo XIX.

Conocido ya el carácter de Teran, debe creerse que cualquier violencia militar lo incomodaba demasiado, y una de ellas fue la de la noticia que tuvo del desenfreno é iniquidades del capitán Fiallo en el pacífico pueblo de Tepegi. Mandó arrestar inmediatamente y formarle causa como era debido. Fiallo se mostró sumiso y resignado; pero aprovechándose de los quejosos y descontentos, que nunca faltan, formó una conspiracion dentro del mismo calabozo, que tenia por objeto asesinar á Teran y sus adictos; mas como venenos, sus proyectos se frustraron.

Una mañana entró Teran al calabozo de Fiallo, con el designio de tener una conferencia con él, y encontrar acaso algun medio de que la causa no se pusiera en un mal estado. Fiallo era valiente, y Teran estaba inclinado á salvarlo.

—Me acaban de decir, capitán, que vd. solicitaba verme, y como justamente salí con esa intencion, el asistente de vd. me encontró en la mitad del camino.

—Quería hablar á V. E., respondió el capitán, levantándose de una tarima donde estaba sentado, de los asuntos relativos á mi causa, porque espero que oyendome vd. se convencerá de que muchos de los crímenes que se me imputan son falsos.

—Mucho me alegraría de ello, le contestó Teran, y describir con toda mi alma que saliese vd. purificado, porque me ha merecido el concepto de valiente, y los crímenes que se le imputan son propios de un cobarde.

El capitán se puso entendido, y respondió: —En cuanto al valor que tengo, tal vez pronto lo acreditaré á V. E.

Teran no entendió el sentido de estas palabras, y le respondió:—Sí, hará vd. muy bien: si

sale libre, debe lavar con hechos gloriosos la tacha que echó vd. á su carrera.

A este tiempo Teran observó en la pared la sombra de un brazo armado con un puñal, y volviendo la cara, se encontró con que un soldado cruzado de brazos estaba detrás de él.

—¡Hola! y qué haces tú aquí? ¿Como te has introducido sin ser sentido? ¿Que hace este soldado aquí, señor capitán?

El capitán cayó pálido y casi sin sentido en la tarima. Teran comprendió al momento que habia algun enigma en esto, y volviendo con mucha cólera á interpelar al soldado, lo tomó del brazo.

—Por Dios que si no me dices por qué estas detrás de mí, y á qué has venido, te mando dar cuatro balazos en el acto.

El soldado tembló, cayó de rodillas exclamando: ¡perdon! ¡perdon!

—Vamos, levántate, y como digas la verdad, serás perdonado.

—Señor, yo venia á... matar á vd., y al decir esto tiró por el suelo el puñal que tenia oculto.

—¡Hola! continuó Teran, con calma y levantando el puñal del suelo, ¿con que este es el valor que quería vd. darme á conocer, Sr. capitán?

El capitán pálido, con los ojos desencajados, y la boca entre abierta, murmuró unas palabras ininteligibles.

Teran entonces dijo con indignacion al soldado:—Olvida para siempre que te has encontrado frente á tu jefe con un puñal en la mano, y márchate, que no quiero saber tu nombre, porque en un acto de debilidad podria vengarme. El soldado salió temblando.

—En cuanto á vd., señor capitán, la ley le castigará con el suplicio destinado á los cobardes asesinos.

El capitán fué fusilado á pocos dias. Despues de este acontecimiento, Teran tuvo multitud de lance de guerra; pero ya la fortuna se habia cansado de protegerlo: sufrió una derrota y experimentó crueles padecimientos en la expedicion que intentó á Goazacoalcos.

Despues de reñidas y desastrosas acciones, capituló en 21 de Enero de 1817, con Bracho, y este entró en posesion de Tehuacan y Cerro Colorado, que eran los puntos mas fuertes de los insurgentes. Teran, despreciando con la dignidad de un héroe, las ofertas que por parte del gobierno español se le hicieron para colocarlo á él y á sus hermanos, se retiró á Puebla, donde vivió algun tiempo en la oscuridad y en la pobreza, convencido de que sus honra esas ambiciones y sueños que los hombres apellidan gloria; pero nunca arrepentido de haber luchado con tanta constancia, valor y honradez por la causa de México.

Como este artículo es solamente un recuerdo de uno de los militares más valientes, hábiles y honrados que ha producido México, se me permitirá trasportarme hasta la segunda época de su vida, que comienza el año de 1827, en que nombrado comandante general de Provincias Internas, salió de la capital de la república a llenar la misión impuesta a su talento, ya que había cumplido lo que Dios le señaló á su valor en la lucha de la libertad de la porción más hermosa del mundo de Colon.

El general Terán, porquís ya entonces era general de brigada, partió pues con el placer de que dejaba tras sí esa multitud de partidos, ese palacio de México, donde como en una caldera hierven los odios y las pasiones políticas, y que iba á sustituir á las imágenes sangrientas y horroscas de la guerra, las dulces contemplaciones de los astros del cielo, y de los prodigios de la tierra. No se equivocó. Las Provincias Internas no habían experimentado muchos vaivenes en tiempo de la guerra de independencia; así es que, en el año de 1827 todavía se encontraban con esa rústica moralidad, con ese candor primitivo de las colonias, con esa paz interior, con esa calma y tranquilidad que tanto simpaticaban con un hombre que buscaba ya sus ilusiones en la ciencia, y que cansado de combatir á tantos enemigos, de destruir tantas intrigas y de lidiar con todo género de caprichos y pasiones, solo quería la sincera amistad de los libros y el silencio de las aldeas.

Matamoros entonces no se hallaba como hoy, con un primoroso edificio en la plaza (*), con una calle elegante (†), y con una multitud de mejoras y reformas; pero en cambio, el comercio era más activo, la usura no se conocía, y las muchachas bellas, frescas, lozanas, que pueblan las orillas del Rio Bravo, bailaban cándorosas, risueñas, alegres, casi todas las noches, en la puerta de sus folios jacales, al son de una tambora y un violín. Esto era precisamente lo que quería el general Terán, una población nueva, sencilla, pacífica, á quien crear, proteger y engrandecer. Las tierras fronterizas del Norte, tienen siempre encima la horrible plaga de los salvajes; así es que la felicidad y calma de aquellas vastas soledades, venía de vez en cuando á ser turbada por el silbido de un pito, por los ladridos de los perros, ó por la fuga de la caballería, todo lo cual era seguro anuncio de la proximidad de aquellos hombres del desierto que eternamente se vengán de los ultrajes que recibían, y del menosprecio con que nosotros, hombres de fraze y levita, los miramos. Pero el general Terán procuró en el acto reorganizar

(*) La casa de la Sta. Doña Juana Garza de Peña.

(†) La llamada del Comercio.

zar las compañías presidiales, animar á los vecinos, y poner cuantos medios estaban á su alcance para restablecer la confianza y asegurar la existencia de las familias, apartadas en los bosques y desiertos de la frontera. Esto era obrar como un padre, y no como un comandante militar.

Por lo demás, fué una era de felicidad que recuerdan con ternura los habitantes de Matamoros. La tropa que tenía á sus órdenes el general Terán, no era altanera y viciosa; no se mezclaba jamás en los asuntos y querrelas del pueblo, no robaba ni el oro, ni la castidad de las mugeres, y cumplía del todo con el objeto de su institución. No es exageración lo que voy á decir, porque hay todavía muchos testigos que pudieran desmentirme.—En Matamoros y en las Villas se dormía con las puertas abiertas, y ni un solo pañuelo se perdía.

En cuanto á Tejas ¡oh! Tejas era la adoración del general Terán. Aquellas vastas y verdes llanuras, aquellos bosques de nogal y roble, aquellos rios, anchos, magestuosos, á la vez que risueños, eran su encanto y embudo. No hubo rio que no sondeara, bosque que no reconociera, florista ni playa que no hubiera visitado. Lo acompañaban en sus expediciones el coronel Noriega, que era su secretario, y los individuos que componían la comisión de límites, que era D. Constantino Tarnava, teniente coronel de ingenieros y excelente matemático; D. Rafael Chowell, hermano de ese héroe jóven que fué mandado decapitar en Granada, y D. Luis Berlanley, conservador del museo de Ginebra, y que por amor al general Terán y á esos fértiles campos de Tejas, renunció su carrera, y sus derechos de ciudadano suizo, por tomar los de ciudadano mexicano.

Quien hubiera visto á esta reunión de hombres civilizados, vagando por los desiertos y entre las tribus bárbaras, les habría tenido compasión. Pero no, estos hombres con sus telescopios, con sus teodolitos, con sus sextantes, con sus libros y cálculos, eran felices, y muy felices, descubriendo nuevas familias á las plantas, nuevas clases á los peces, y encontrando en la hora de la salida del sol, en el medio día, en la tarde, en la noche, nuevos atractivos y nuevas ilusiones en la naturaleza y en los cielos.

Todas las veces que yo he platicado con estos señores, los he visto casi llorar con el recuerdo del general Terán y de esas academias literarias y científicas en medio de los bosques y desiertos de Tejas; y en las diferentes posiciones que hoy guardan en la sociedad, he conocido que cambiarían gustosos su tiempo presente por el pasado, y volverían á errar por esas vastas y hermosas soledades. En efecto, llegar á un país virgen, ser el primero que comprende

yo que ve los encantos de una naturaleza hermosa é ignorada, plantar los cimientos de una choza, sembrar los pequeños arbolitos al alrededor, criar, educar, por decirlo así, á la tierra salvaje, es una clase de ocupación tierna, interesante, y que no se puede comprender más que por aquellos que ejecutan estas empresas.

Y no se diga que el general Terán vagó sin utilidad ni objeto por las Provincias Internas. Cada paso que daba era una observación. Levantó planos, formó itinerarios, marcó exactamente el curso de los rios, sondeó las barras y bahías, indagó las costumbres y usos de las numerosas tribus bárbaras que viven en Tejas; fundó poblaciones, dictó ciertas reglas para el manejo de los colonos que existían; concilió los intereses de estos con los de los mexicanos, y proveyó cuanto era posible en un país nuevo, á las necesidades y seguridad de los que lo habitaban. El general Terán fué en la estension de la palabra, un sábio como Arago, y un político como Guillermo Penn.—No me atrevo á decidir cuál sea la época más gloriosa del general Terán, si la de sus trabajos militares en Oajaca, ó la de sus trabajos científicos en Tejas.

En Septiembre de 1829, luego que supo el desembarco de los españoles en Cabo-Rojo, volé á su encuentro, sin que tuviese aun orden para ello, pues comprendí que un soldado no necesita de órdenes cuando el enemigo exterior invade el suelo de su patria.

Bien que como es generalmente sabida la fuerza del genio y el valor de la fortuna dió al general Santa-Anna el completo triunfo, Terán tuvo mucha parte en tan honrosa y completa victoria. Sus medidas prudentes y energías, su oportuna situación en el paso de Doña Cecilia, su denuevo y sangre fría, contribuyeron á dar á conocer al enemigo, que por más desorganizado y dividido que estuviera el país, había soldados valientes, alocados en la guerra, y gefes que con entusiasmo estaban decididos á recoger los verdes laureles de una victoria, ó á escudalar por su patria el posterior aliento en las solitarias playas del Golfo. Fué sin duda Dios que se apiló de la suerte de México, el que preparó se reuniesen en Tampico dos generales que con opuestos elementos y disposiciones para la guerra, afianzaron para siempre la independencia de la república.

En cuanto al general Terán, grabó en esta jornada el penúltimo y más glorioso capítulo de su vida. Su espada no había de desvanecerse ya, sino para herir su propio corazón.

Después de firmada la capitulación y tranquilizada perfectamente aquella parte del país, regresó á Matamoros, y siguió, segun entiendo, en sus expediciones á Tejas y en sus indagaciones y progresos científicos. Juzgo que los dos

años que trascurrieron desde la sccion de Tampico hasta su regreso á Padilla, fué feliz, si es posible que el hombre sea feliz luchando con esta misera y caprichosa naturaleza humana. Así juzgamos aparentemente, un hombre que lidió como un valiente por la libertad de su patria, que mantuvo constantemente su dignidad y energía, que se conservó limpio y puro en medio de la corrupción política, que siguió á la independencia, y que había empleado el último tercio de su carrera en las sabrosas ocupaciones de la ciencia, parece que debía encontrar grandes motivos de satisfacción y de tranquilidad. Pero no era así, como veremos.

A fines del año de 1831, se hallaba por las haciendas de los Sres. Quinteros, en Tamaulipas, y entretenida una correspondencia con algunas de las personas más notables de México. Un trozo de una carta que dirigí al Dr. D. José María Luis Mora, dá á conocer sus ideas. (*)

“Yo no soy político, ni me gusta esta carrera, que no trae sino cuidados y enemistades: mi profesión es la de soldado, y mis gustos son por las ciencias que proporcionan una vida pacífica, instructiva y agradable. El tiempo que he trascurrido desde el año de 1825, que me separé definitivamente del torbellino político, ha sido para mí el más útil y agradable, porque he aprendido mucho y porque nadie puede quejarse de mis mis enemigos han olvidado sus pretendidos agravios, y mis amigos me han conservado su estimación....”

Es imposible dejarse de estremecer al copiar estas líneas y reproducir estos pensamientos. ¿Cómo un hombre que tenía tan íntima conciencia de su honrado manejo político, se suicidó en un desierto, sin querer escuchar en sus últimos momentos ni la voz de sus amigos, ni las oraciones consoladoras de la religión? Esto no prueba más sino lo incomprensible que es la naturaleza del hombre, y que ya sea político, ya literato, ya científico, debe dejar en su corazón cierta dosis de ese bálsamo consolador de la religión cristiana, que lo sostiene y alivia de los dolores que causa en su alma la inutilidad é inconsecuencia del mundo.

Ya que es preciso llegar al fin de mi capítulo, lo haré antes que la paciencia abandone á los lectores. Si fuera un romance, sin duda alguna sus materias ó mis héroes; pero como escribo con la historia en la mano, y delante de testigos, fuerza es ajustarme á la verdad.

Amaneció en Padilla el día 2 de Julio de 1832, diáfano, radiante, hermoso. El cielo estaba azul; los árboles verdes, los pájaros bulliciosos alegres en demasía, el rio cristalino, las flores amarillas, haciendo brillar en su cáliz las gotas

(*) Véase la página LXI del tomo primero de las obras sueltas de D. José María Luis Mora.

de rocío, las cañas balanceándose suavemente al impulso de una brisa fresca. Todo respiraba vida, todo daba evidentes señales de que el aliento de Dios había llegado á la naturaleza. Solo dos cosas formaban contraste con esta escena, y eran, el pueblo de Padilla, solitario y apático, con sus casuchas destruidas y sus centenarios paredones de adobe, y el alma del general Terán, agobiada con el fastidio, y devorada por una idea fatal, diabólica.

Salió de la casa donde estaba alojado, que era la misma donde había pasado Iurbide sus últimos instantes, y se dirigió á las orillas del río. Allí vio aquella calma de la naturaleza, aquella dulce melancolía de la soledad, y agitado con su funesta idea, se quedó inmóvil como una estatua. A poco salió de su meditación y exclamó:

—Soy un hombre desgraciado, y los desgraciados no deben vivir sobre la tierra. Sonrió amargamente, y se alejó á pasos lentos de las frescas orillas del río.

—¿Por qué era el general desgraciado? Quién sabe. Por la misma razón que es desgraciado el magante sentado en su silla de terciopelo y oro, recibiendo los incensos y las lisonjas de los cortesanos; el rico lleno de lujo y de esplendor, el joven que gasta su vida entre el vino y las orgías. En cuanto al general Terán podremos ver algunas de las causas que lo tenían disgustado.

Al retirarse del río, se encontró con su secretario el coronel Noriega, y con un semblante risueño lo saludó.

—Juzgue, mi general, que pudiera vd. haber venido por aquí, y me dirigí á encontrarlo.

—En efecto, la mañana está hermosa, y las orillas del río bastante frescas. ¿Ha ocurrido algo de nuevo?

—Nada, absolutamente.

—Bien, iremos á almorzar, aunque no tengo mucho apetito.—Los dos se dirigieron á la casa, y el general almorzó con tranquilidad.

Guardó un rato de silencio, y á poco dijo en un tono melancólico:—Estamos muy mal: el horizonte político se oscurece cada vez más, y el resultado va á ser la pérdida de Tejas; de Tejas, coronel, donde tanto hemos trabajado, donde nuestra cabeza se ha encañecido recorriendo sus bosques y florestas. ¡Oh! Daría yo mi vida entera porque en México conocieran cuán hermosa y fértil es esta tierra. Pero nadie se acordará de ello, porque con verdad, los hombres por allá tienen bastante en que entretenerse con sus intrigas y su ambición.

—Pero vd., Sr. general, contestó el secretario, tendrá probablemente la mayoría de sufragios para la presidencia, y entonces podrá remediar los males que se temen.

—Es una locura, replicó el general; ¿crece vd.

por ventura que en ese palacio se puede pensar con la libertad que lo hemos hecho en nuestros desertos? ¿Cree vd. que esa turba de hombres que cerca al gobierno, deja penetrar un rayo de verdad al salón del presidente? ¿Cree vd. que la honradez y la buena intención son bastantes para acallar ese torrente de ambición y aspiración? ¿Juzga vd. que la moderación y lenidad serían bastantes para destruir el odio de los partidos y formar de esos bandos que se chocan y se asesinan, una nación de afectuosos hermanos y de sinceros republicanos?—Créame vd., coronel, he pasado por bastantes alternativas en el curso de mi vida militar y política, y he adquirido una sola ciencia cierta e infalible, y es, la de que un hombre que gobierna una nación sin educación y sin virtudes, no puede descender del puesto más que con el oprobio y el desprestigio de sus conciudadanos. Si cumple exactamente con la ley, lo llaman tirano; si adopta el camino de la lenidad, lo llaman de imbécil. Cada partido quiere su triunfo esclusivo; cada hombre sus conveniencias é intereses, y el que gobierna no puede saciar tantas ambiciones. En cuanto á esas pobres gentes, que los modernos publicistas han bautizado con el nombre de masas, sufren con paciencia cuantas estorsiones les infiere desde el primer magistrado hasta el grotesco alcabalaro; pero esas masas arrojan maldiciones sobre el que manda, y esas maldiciones, como un veneno, corrompen el corazón y llenan de hiel todos los instantes de la vida.... Este es un presidente; esta suerte se me esperaría á mí, y vería, sin poderlo remediar, perderse á Tejas, á Tejas que me ha costado tantos desvelos y tantas fatigas....

Hubo un momento de silencio en el que ni las moscas se atrevieron á volar.

—En cuanto á estos libros y á estos instrumentos, continuó, desviando con desden unos mapas que estaban sobre la mesa, digo á vd. con mi corazón, que no solo nada valen, sino que crían en el alma una ambición y un orgullo, comparable solo al de Lucifer. Cinco años me ha visto vd. estudiar día y noche.... y hoy.... nada sé, nada, porque el hombre es muy miserable y muy pequeño; y.... demos puntos á estas reflexiones, que me ponen casi fuera de juicio.... Arreglemos estos papeles, porque esta mesa está llena de estorbos, y además, nada se pierde con que todo esté en su lugar, porque yo sé bien la suerte que correremos en la revolución: no lo dude vd., la revolución está al estallar, y Tejas se pierde. Al concluir esta frase, suspiró profundamente, y ambos se pusieron á arreglar los papeles, mapas y libros que había esparcidos por la mesa.

Por la tarde el general Terán salió á dar un paseo, no quiso ir á la orilla del río, y así des-

pues de vagar un rato, vino á encontrarse involuntariamente delante del sepulcro de Iurbide. Se paró, y como una estúpida estuvo clavado con los ojos fijos en la piedra que cubría el cadáver del caudillo de la independencia. Al fin prorumpió en mil exclamaciones:—La inmortalidad! ¡Dios! ¡El alma! ¿Qué quiere decir todo esto?.... Pero, bien, todo lo creo, ¡mas por qué el hombre no ha de tener derecho de salir de su miseria y de sus dolores! ¿Por qué ha de estar encadenado eternamente con una existencia llena de fastidio? Y este espíritu que me anima, que mueve mis miembros, que llena mi cerebro de ideas, ¿dónde irá?... Verémos, el espíritu está incómodo, él me manda que lo liberte, y es menester hacerlo. De repente se contuvo horrorizado, los cabellos se erizaron en su cabeza, un horrible calor se apoderó de su cuerpo, y un vértigo fatal le acometió, de suerte, que la pequeña iglesia que tenía delante le pareció que crecía como una fantasma; que el mezquite que estaba cerca, giraba en su derredor, y que un espectro livido, ensangrentado, crugiendo sus huesos, le decía con una voz espantosa: "*He aquí el fin de las grandezas humanas y el término de la ambición.*"

Cuando Terán entró en su casa, estaba pálido y algunas gotas de sudor helado caían por su frente.

El coronel Noriega le dijo:—Sr. general, parece que está vd. enfermo.

—Es poca cosa, amigó mio. Un ligero desvanecimiento me acometió, pero va calmándose. El asistente le trajo un vaso de agua y bebió unos tragos.

Cerca de las nueve se acostaron todos. A la media hora un ligero quejido se escuchó; el coronel Noriega dijo desde el catre en que estaba acostado:—Sigue vd. enfermo, señor!

—No es nada, me siento bueno. Sin duda estaría soñando. El general se había metido entre las costillas media pulgada de un estoque; pero temiendo comprometer á los que dormían en su cuarto, desistió por entonces de su idea.

A la mañana siguiente salió á las siete, muy en silencio, dió una vuelta por la plaza, y encontrando en la puerta del cuartel á un cabo de la compañía presidial de Aguaverde, le dijo:

—Si tu general muriera, ¿qué harían vds.?—Otro reemplazaría á V. E., le contestó el cabo con una rística sencillez.

Esta respuesta lo confirmó en su propósito, y dando algunas vueltas y revueltas para no ser visto, se dirigió detras de una pared arruinada que estaba frente á la iglesia; allí apoyó el puño de su espada contra una piedra y la punta contra el corazón. Hizo un esfuerzo, sus ojos se cubrieron de una nube sangrienta, vaciló un momento, cesólo el último y doloroso quejido,

implorando sin duda la misericordia Divina, y cayó sin vida traspasado de parte á parte con la espada.

Por la noche, cuando la única y triste campana de Padilla daba el toque de ánimas, un caáver livido, cubierto con un lienzo blanco, estaba tendido en medio de cuatro velas en el salón donde el congreso de Tamalulpa decretó la muerte de Iurbide.

Era el valiente patriota, el hábil político, el profundo matemático, el Esco. Sr. general de división del ejército mexicano, D. MANUEL DE MIER Y TERÁN.—M. Payno.

RECUERDOS.

BELLOS celages de carmin y plata
Que arceidos los vientos dispararon:
Que mecos que sin volver raudos volaron.
Un recuerdo dejando que llorar.

Flores que en el sendero de la vida
Brotaion ostentando mil colores;
Delicias que gozara en mis amores
Perdidas del dolor al suspirar.

Tiempos en que arrobada el alma mía
Disfrutaba de amor tantos placeres;
Fantásticas, seráficas mugeres
En cuyos brazos ciego me adormí.

Decídme, ¿dónde están tantos contentos,
O si nunca ensueños solo fueron?
La paz y la ventura, ¿qué se hicieron?
Y aquel cielo encantado que perdí?

Atoyca, aun recuerdo tus riberas,
De esmeralda sus vegas dilatadas,
Las ondas de tus aguas argentadas
Que besaran las auras al soplar.

Me parece que miro en tus orillas
Bañando sus cabellos cien hermosas,
Retratando sus formas voluptuosas
Tus líquidos cristales al pasar.

Y ese tu cielo de zafir bellísimo
Dazel de tu corriente dilatada;
Con su horizonte cieta nevarada
Que circunda la tierra por do quier:

Y tus aves acáticas que juntas
Vagau por el ambiente placenteras,
Y al percibir tus insigias praderas
Se miran en parvas descendier.

El sol que al sepultarse en Occidente
En los montes lejanos reflejaba,
En tus ondas purísimas reñaba
Muelle lanzando su postrer fulgor:

Ese sol rutilante, tan sublime
Que en sus contornos me miró dichoso,
Hoy se ostenta como antes prodigioso,
Sin curar de mi ausencia y mi dolor.

Mañana, cuando ufano, cuando riente,
Te saludó la aurora nacarada,
Con cantos placenteros la alborada
Mil vírgenes delante al despertar;
Y el astro de la luz vivificante,
Al calentar sus miembros delicados,
Mis restos fríos, tal vez, inanimados
Verá bajo la losa sepultar.

Mas ¿qué importa la vida, si en el pecho
Ya no cabe el amor ni la ventura,
La gloria, la amistad, y la hermosura
Ya no megen mi yerto corazón?
Mi juventud cansada desfallece,
Los pesares conjuáranse en mi daño,
Del placer al funesto desengaño,
Acabé para siempre la ilusión.

El mundo es una cárcel para el hombre
Indiferente á sus delicias raras;
Lejos de mí, falaces cortesanas;
No adoro, no, vuestro mentido amor;
Yerto contemplo ya vuestra belleza;
Vuestras necias caricias no deseo;
En vuestros juramentos ya no creo;
No miro en vuestras frentes el pudor.

Venid, venid, recuerdos de otros días,
De Atoyac trasportadme á las orillas,
Sus campesinas quiero ver sencillas
Bajo sus arboledas reposar.

A mi memoria ven, bella María,
Ven á sibirar este fatal hastío
Que mi vida consume. ¡Ángel mío!
Ven mis negros pesares á calmar.

Tú me diste á probar el placer puro
Al pronunciar de amor el juramento;
El pudor tu semblante aquel momento
Con sus tintas de púrpura bañó;
Y antes que de tu labio nacarado
Revelación tan plácida escuchara,
El fuego que en tu seno se ocultara
Mi corazón sensible adivinó.

Tú me adoraste, sí, tú solamente
No te burlaste de mi amante fuego,
¡Con qué placer al escuchar mi ruego
Piadosa depositaste tu rigor!

Y no te veré mas, y sufro y lloro,
Sin remedio encontrar á tanto duelo;
En vano imploro al enojado cielo
Que termine la muerte mi dolor.

Recuerda aquellas horas, ánge! puro,
En que lleno de amor y de alegría,
El fuego que en tu seno se encendía
En tus labios de púrpura bobó;
El placer embargaba mis sentidos,
Saltaba el corazón dentro del pecho;
A tanta dicha, miserable, catrecho
El mundo entero contemplar creí.

Naturaleza bella sonreía.
Mi pecho palpaba de contento,
El bosque, el prado, el apacible viento,
En mi alma derramaban el placer.
Juzgaba yo sin término la dicha,
La juventud mi frente coronaba,
El amor mis cnauellos arrullaba,
En la gloria buscaba un nuevo ser.

Sin ilusiones, sin placer, sin gloria,
Vago en la tierra, triste, macilento,
Busco en el vino alivio á mi tormento
Y siento mas mis penas aumentar;
Una memoria, un solo pensamiento
En medio de la noche me desvela,
¡María! eres tú la que mi pecho anhela,
Eres tú la que lloro sin cesar.

Si por acaso alguna vez, voi vida,
De Atoyac las riberas vistarás,
De sitios que conmigo frecuentaras
Con llanto regarás al contemplar.
Mil recuerdos antiguos á tu mente
Se agolparán en tan atroz instante,
Que las delicias que gozaste amante
No concéjgo que puedas olvidar.

Respirarás el aire embalsamado
Que tantas veces refrescó mi frente,
Escucharás la música doliente
Y el vespertino canto pastoril.

Verás tu nombre en la arboleda umbría
En cada tronco por mi amor grabado;
Verás cual los rosales se han secado
Que plantara tu mano de marfil.

Serás presa de un negro sentimiento,
Sentirás en tu pecho hondo traño,
Maldecirás á tu destino impío,
Vendrás luego tu pena á adivinar.
Verás que las praderas, los vergeles,
Nada importan á la alma destruzada;
Inconsolable, loca, desolada,
No podrás ni una lágrima llorar.

Y presurosa huirás de aquellos sitios;
Pasarás una vida de amargura;
En vano correrás tras la ventura,
Bella ilusión que para mí acabó.

Y al fin desengañada, vida mía,
Indiferente en tu dolor profundo
Verás los oropeles de este mundo,
Y anhelarás la muerte como yo.

Bella, apacible, tierna, enamorada,
Tu imagen tengo siempre en la memoria;
Tu nombre en los anales de mi historia
Como un sol resplugente brillará.

Cuando las sombras de la muerte lenta
Vayan nublando mi amarilla frente,
El adiós mas sentido, balbuciente
Mi moribundo labio te dará.

Mas si antes tú, de padecer rendida,
Al confín de la vida has ya tocado,
Por el que aquí en la tierra te ha adorado
Intercesora rogará á Dios;

Y al volar de la tierra á otra morada,
Para colmar mi gloria y mi esperanza,
Allá en aquel país de bienandanza
Morarémnos sin término los dos,
Agosto 10 de 1843.—FELIX M. ESCALANTE.

MOVIMIENTO ESPONTANEO

DE UNA PLANTA.

El Edisaro girador (1) (*Hedysarum girans*) merece seguramente una atención particular, como planta que ofrezca movimientos; y los anales de la ciencia, no presentan planta mas singular bajo este aspecto. Hace muchos años que yo tenía noticia de ella; y hallándome en París, y habiendo tenido la fortuna de presentar al Museo de historia natural algunas frioleras, tuve tambien la satisfacción de conocer y tratar al Sr. Brogniart, director entonces del establecimiento. Ofreciéndome de él cuantas semillas yo quisiera; pero como ya me habia provisto abundantemente en otras partes, solo acepté su favor para procurarme la *Dionca coge-mosca*, y el Edisaro de que voy á hablar. Solamente tres semillas de cada una de estas plantas pudo darme; y olvidadas en una cartera, las di mucho tiempo por perdidas. Sembradas al fin, he logrado una de Edisaro.

Tiene hoy un tallo débil, ligeramente colorido de morado, catorce hojas, y en todo su porte, cinco pulgadas, cuatro líneas. Cada hoja, cuya figura es como la aquí pintada, consta de tres hojuelas. La mayor de éstas *duerna* doblada en la línea a por el gozque que la sostiene sobre el peciolo, quedando éste unido arriba contra el tallo, y la hojita csida hacia abajo, con el envés para dentro. Durante el día, el peciolo se separa, formando con el tallo un ángulo



(1) Sé bien, que ni Edisaro ni girador son palabras recibidas en castellano; y que Zolla, Espareira ó Esparquilla, y Pipitigallo, son los nombres de algunos Edisares, así como giratoria la palabra empleada para de-

pre. A veces su plano es perfectamente paralelo á la tierra; á veces solo lo es la dirección general de uno de sus bordes, estando el otro levantado hasta 40 y 50°; y á veces el nervio central de la hoja, no forma una dirección continua con el peciolo, sino que se aparta á los lados de 10 á 12°.

Pero nada de esto es tan curioso como el movimiento de las dos hojuelas laterales, que á toda hora del día y de la noche lo ejecutan sin interrupción. Este se verifica en un cuarto, ó en una mitad de círculo de alto á bajo; y entiendo que depende inmediatamente de los peciolos, que, según parece, se retuercen. En la India, como lo dice Broussonet, citado por Lamarck, el movimiento de subir y bajar se concluye en dos minutos, mientras que en los invernales de Europa necesita mas tiempo: aquí, en mi casa (19° 50' lat. net.), basta un minuto para cada revolución completa, cuando la temperatura es de veintitres centígrados, y el aire está húmedo. Raras veces, el movimiento de cada hojuela es regular y uniforme; en las mas salta y se sacude como por bríncos, ya al subir, ya al bajar, y no solo para esto último, como asegura Broussonet, y repten Mirbel, Turpin y cuantos lo han copiado.

Lo mas comun es, que una hojita suba cuando la otra baja; pero tambien sucede, que ambas bajen y suban simultáneamente, ó que la una esté inmóvil, ya arriba, ya abajo, durante varias revoluciones de la opuesta. Un calor ó un viento fuertes disminuyen este movimiento, hasta volverlo apenas sensible; pero nunca cesa del todo, y es tan natural á la planta, que fijando una ó las dos hojitas, aun por varias horas, vuelven á moverse luego que están libres.

“Este movimiento de oscilacion (2), dice Broussonet, es de tal modo propio de la planta, que no solamente continúa dos ó tres dias sobre un ramo que se haya cortado de ella, y conservado en agua, sino que se verifica tambien en hojas cortadas, y aunque no se pongan en agua.” (He repetido esta experiencia, y mis hojuelas solo conservaron sus movimientos seis minutos, lo que atribuyo al estado higrométrico del aire, que generalmente es aquí muy seco). “No se podría, en este género caso, comparar en cierto modo este movimiento, con los latidos del cora-

signar una cosa que se *mouve en redoublé*; pero los nombres dichos señalan especies determinadas, y de ellas ninguna es la mía; y mi planta no se *mouve en redoublé* de cada, sino que tiene ciertas partes *giratorias* dotadas de movimiento *giratorio*. Me he tomado, pues, la libertad de decir, *Hedysarum girans*. (2) La palabra *oscilacion* es muy poco adecuada á nuestro caso: ella indica el movimiento de *cabeceo* que ejecuta en arco un cuerpo *oscilante*, y aquí no hay eso. Como en castellano y en francés *oscillar* significa la misma cosa, el nombre *oscilans* *oscillans*, que los franceses dan á esta planta, incluye una idea falsa.

zon arrancado á un animal! Parece que las hojas hacen en las plantas las veces de aquel órgano; aumentan por su movimiento el curso de los fluidos, como las contracciones de aquella viscera determinan la circulación de la sangre. Luego que se arrancan á un vegetal sus hojas se suspende el progreso de la vegetación, y las plantas se parecen entonces á esos animales, cuyo sueño periódico se caracteriza por disminuirse los líquidos del corazón."

"Los Indios, que son entre todos los pueblos los que mas se han dedicado al conocimiento de las plantas, habían notado ya este movimiento; pero era cosa demasiado extraordinaria, para que en una nación tan supersticiosa, no tuviese un culto particular. En determinado día del año, recogen, pues, dos de las hojas laterales, en el instante en que están bien cerca una de otra, y molidas con la lengua de cierta especie de mochuelo (1), forman un talaman, cuya posesión dá al crédulo amante plena confianza de ser correspondido."

Miladi Mousson, á quien el cielo por la historia natural le hizo emprender su viaje á la India, fué la primera que reveló á la Europa la existencia de esta planta, habiéndola observado en los lugares húmedos y pantanosos de las inmediaciones de Bacea (2). En Marzo de 1777 floreció por primera vez en Europa, en el jardín del Lord Bute, en Lutonpark. Introducida en Francia por el año 1798, comenzó á popularizarse su noticia, y son pocos los naturalistas que no la aprecien.

Terminaré este imperfecto bosquejo con una reflexión de Mirbel. "¿No podría atribuirse el movimiento del Edisaro girador á esa especie de traques torcidas en espiral, y que parecen destinadas á recibir el aire y ayudar la circulación de la savia? Irritadas por la acción de los fluidos, no pueden dilatarse y comprimirse alternativamente, y ocasionar un movimiento particular? Sea cual fuere la causa de este movimiento, él será siempre una de las singularidades mas notables en la vida vegetal.

Julio 19 de 1843.—O. (M.)

Fajas ó Zonas Isotermicas del Barón de Humboldt, y su comparación con algunas de las que he observado en mis viajes.

GRACIA.

Subiendo al Taygetus, montaña cuya elevación es de 1900 toesas, observé las zonas siguientes:

(1) *Noticia monédula*: al menos yo supongo que sea esta especie, aunque no la determino Broussonet, por que abunda en Benalá.

(2) Capital de Bengala en tiempo de Aureng-Zeyb (1700), sobre la orilla izquierda del Viejo Ganges.

tes principiando en las orillas del Mediterráneo. —18: la region de los mirtos (*mirthus vulgaris*). —20: la de los olivos. —22: Region de las palmas. —40: Region de las encinas (*quercus robur*). —Q. *aglylops*. —Q. *racemosa*. —Q. *coccifera*. —Q. *olivieri*. —50: Region de las violetas. Pasada esta quinta region solo se encuentran algunas gramíneas que desaparecen al pié de las nieves perpetuas.

SICILIA.

En el Etna, la 18 region á las orillas del mar, se compone de palmeras (*chamaropo humilis*): la 20 de dos especies de laureles: la 30 de encinas (*quercus agrilops*. —Q. *coccifera*): la 40 de castaños (*castanea vulgaris*) y la 50 de violetas (*viola atrinensis*).

OCEANO ATLÁNTICO.

Subiendo al pico de Tejde, en la isla de Tenerife, se hallan las zonas siguientes: 18 region: dragos (*dracena draco*). —20: *laurus canariensis*: id. *barbusano*. —22: pinos (*pinus canariensis*). —40: castaños (*castanea vulgaris*). —50: *citius umbigenus*. —60: violetas (*viola tejdensis*).

ANDES MEXICANOS.

La region (tierras calientes) palmeras (*saccharum officinale*) *chamaropo* (dos especies) *pharus dactylifera*. —20: *tamarindus officinalis*: *acacia longi siliqua*. —30: *maguey* (*pitheusa*) algunas especies de *mimosas*. —40: encinas (*quercus*) muchas especies. —50: *dracena endícola*. —60: pinos (*pinus*) tres especies. —70: *ayacahuel* (*ebies*). Esta zona es la última, y se halla en los Andes, en los últimos terminos de la vegetación.

Se advierte por los cuadros que he formado, que en ninguna parte se reducen á tres las zonas isotermicas, como lo estableció el célebre naturalista prusiano; que en todas partes son cinco ó seis, y que en los Andes ascienden á siete por su proximidad al Ecuador. Humboldt observó que en estas altas montañas se encuentran tres temperaturas diferentes, y fijó tres fajas ó zonas isotermicas, y con razon; pero omitió las zonas intermedias, lo que ha hecho defectuosa su observación como muchas de sus conjeturas.

Mi objeto al publicar este artículo, ha sido el rectificar un error de este célebre viajero, cuyos escritos han hecho tanto ruido en Europa.

Hacienda del Mayorazgo, Agosto 19 de 1843.

J. Maria Desprez.

(Escrito para el Museo).

Si algun placer puede haber en la vida, es el de gozar del tierno y casto amor de una mujer.

PANORAMA DE MEXICO.

ALREDEDORES DE MORELIA.

No recuerdo haber visto en los pocos lugares de la república en que he estado, un cuadro mas risueño y pintoresco que el que presenta la campiña de Morelia, durante los meses de Junio, Julio, Agosto, Septiembre y Octubre, cuando despues de los abrasadores calores del estío, que secan los tallos de las plantas, vienen las aguas del otoño á humedecer la tierra, y á darles nuevos jugos con que alimentarse. Parece que los primeros truenos de Mayo, tan poéticos para los labradores, van á despertar á la vegetación, un tanto adormecida, y á forzarla á engalanarse con la vistosa pompa con que le brinda la primavera. Cúbrense el campo de pronto de una alfombra de verdura, matizada con los colores variados de mil flores que se disputan la belleza y lozanía, y no interrumpe sino por las superficies de plata de cuatro ó cinco lagunillas, que con las avenidas de las aguas suelen formarse en las hondanadas que resultan de las partes declives del terreno, ó por los hilos diáfanos de los arroyos, que de las colinas vecinas descienden murmurando mansamente. Todos los árboles de las inmediaciones, que desde la primavera habían visto reproducirse su follaje y brotar sus flores, se han ido despojando poco á poco de estas últimas, para dar lugar al fruto que al principio verde, y despues sazonado y maduro, servirá en seguida para regalo y delicia de los habitantes de la ciudad. Vense el Fresno, el naranjo, el durazno, el granado, la higuera, el peral, el manzano, cargados de sus dorados frutos, mecidos mansamente al soplo de las brisas vespertinas, circundando á la ciudad, y haciéndola aparecer como situada en medio de una isla florida, mil veces mas seductora sin duda, que aquella en que los griegos colocaban la mansion de la madre de los amores.

Mas ¡ah! esta naturaleza tan hermosa y galana es abandonada á su feracidad propia, y el trabajo solicitado del hombre, que en otras partes ha conseguido fecundar hasta la dura superficie de las rocas, duerme aquí, confiado sin duda en aquella Providencia que con mano tan prodigiosa derramó sus dones sobre aquel suelo privilegiado. De suerte que esta predilección decidida del cielo, ha sido sin duda la causa del carácter apático que se observa en todos los habitantes

del campo de aquel Departamento, quienes no se ocupan mas que en sus siembras anuales indispensables, de maíz, de trigo, de frijol y otros granos que forman el principal alimento no solo de los habitantes del Departamento, sino aun de los de toda la república.

No sé qué viajero moderno ha dicho, que en Michoacán, era el lugar en que parecia que todas las flores del globo se habían dado una cita para reunirse; asercion avanzada, hija del entusiasmo, que por una parte es cierta; mas que por otra es verdaderamente falsa. Michoacán, en efecto, es el lugar de la república en que se observan mas flores indigenas de una belleza rara; mas mucho le falta todavía, para llegar á acimantar todas las especies que se ven ya en otros puntos de la república. Esto no ha dependido evidentemente, sino de la morosidad que ha habido allí en procurárselas, porque el terreno es apropiado, como todos lo han asegurado, para las producciones de todas las zonas. ¿Cuánto no se embellecería la capital y sus alrededores, cuando á las flores que allí se admiran, se uniera el cultivo propio de todas aquellas de que hasta aquí han carecido!

Por lo que toca á los árboles, no han sido ciertamente menos descuidados que con las flores, y á excepcion de todos aquellos que son tan comunes en toda la república, como el granado, la higuera, el manzano, el naranjo, el chirimoyo y otros cuantos entre los frutales, y el sauce y el Fresno entre los demás, y que se observan allí en abundancia en las huertas de S. Pedro, pocos hay de los que crecen igualmente en otros puntos de la república. ¿Qué inconveniente hay, por ejemplo, en trasportar allí la guinda, el ciruelo conocido con el nombre de España, la fresa y otros muchos árboles frutales que apenas se conocen por el nombre? Sobre todo, hay un ramo en que en Michoacán, y principalmente en la capital y sus alrededores, están sumamente atrasados, y es en el cultivo de los viñedos y olivares, aunque en esto, con poca diferencia, lo están igualmente en toda la república. No sé, á punto fijo, si el terreno será apropiado para toda clase de cultivo; pero yo creo que no dejará de serlo, y que le resultarán incalculables ventajas á la población, de que se

hiciese un reconocimiento, para hacer luego plantíos en grande de viñedos y olivares, que con el tiempo llegarían á dar todo el aceite, y un parte del vino que allí se consume, y que ahora se ven precisados á importar. La poca protección que los españoles dispensaron á la agricultura, es la causa de que ahora carezcamos de esos productos, que formando en ese tiempo uno de los principales ramos del comercio de España, era natural que se interesase en prohibir su extracción; y el medio más seguro para impedirlo, era sin duda el prohibir el cultivo de viñedos y olivares. Fomentando esta clase de cultivo, vérase cubierta esa llanura de Santa María, árida y triste durante la estación de las secas, de frondosos viñedos que agobiados con el peso de sus frutos, añadirían una tinta más al cuadro que presenta la ciudad con sus alrededores. No ignoro que en estos últimos años, se han plantado multitud de incensos de China para la cría de gusanos de seda, lo cual le anuncia un porvenir grandioso á Michoacán; pero cuánto más grandioso no sería, si á este cultivo se añadiera el de viñedos y olivares tan interesante, no limitándose á las cercanías de la capital, sino haciéndolo extensivo á todo el Departamento.

La agricultura, tan descuidada hasta hoy no solo en Michoacán, sino en toda la república, es acreedora á una protección especial, porque es una quimera pensar en industria, cuando la base de esta, que es la agricultura, se halla en un estado de abandono tan vituperable. Todas las naciones han sido al principio agrícolas, y después industriales; ¡por qué México, nación nueva y bisona, quiere separarse de la norma comenzando por donde debería acabar!

Más dejando á un lado esto, y volviendo á los alrededores de Morelia, los que no dejan de ser menos poéticos, por la falta de olivares y viñedos, cuando en las tardes de Agosto, Septiembre y Octubre, las familias abandonan sus casas y van á disipar el fastidio de la ciudad en la quietud y tranquilidad del campo, á respirar el aire libre de las praderas, á sentarse en la yerba en la margen del arroyo, y bajo el cielo más puro del orbe. ¡Oh! qué objetos tan sublimes de meditación presentan á los ojos del filósofo, y qué cuadros tan animados á la imaginación del poeta, aquellas familias que semejantes á las de los patriarcas, se unen á la voz del padre, donde las jóvenes puras y sencillas sin la máscara hipócrita con que una sociedad corrompida las obliga á disfrazarse, corren tras unas mariposas, ó ansiosas por coriar un grupo de flores blancas que depositan en el seno de su madre, ó entregan ribombadas á su amante, y donde los amantes reciben un beso dulce y apasionado, en premio de la guirnalda con que cubrió la frente de su amada! Así pasan las tardes, y á la vuel-

ta, cuando el sol ha abandonado ya nuestro horizonte, y las nieblas de la noche comienzan á caer, váise grupos infinitos de jóvenes, niños y viejos, entonando cantos de alegría, al son de dulces instrumentos, y coronados de girasoles, dalias y rosas. Por todas partes se presenta la misma animación, porque tan poéticos son San Pedro y la orilla del río, que están á la salida de Morelia, como las haciendas del Rincon, la Huerta, Quinceo, los baños de Guincho con su imponente alberca, y el pueblito llamado de Santa María.

Digno es este último sobre todo, á que se haga de él particular mención.

Á cosa de una legua al sur de Morelia, y limitado por un lado la llanura llamada de Santa María, se levanta una colina de cosa de unos trescientos pies de elevación, y unas siete ó ocho leguas de longitud, en cuya falda hay un miserable pueblito de indios llamado *Santa María de la Asunción*. En esta colina, la más regular y graciosa que he visto, no se descubre un solo árbol, y su principal belleza consiste en otro, en la cortina de flores que la cubre, y parece colgada por una parte de los cielos, y sostenida por otra con la de la llanura, hasta terminarse en la orilla de la ciudad. Parado en su falda, despiégase á la vista la perspectiva más imponente y seductora, la ciudad en medio con sus cúpulas, y sus gallardas torres; el río por un lado con sus derrumbaderos espantosos, sus quintas apacibles; el anfiteatro de hermosas colinas que á su espalda se elevan, y la gigantesca montaña de Quinceo, pico de la elevada cordillera que se extiende por todo el Departamento, que se mira en el fondo; por el otro la llanura con sus flores, en los arroyuelos sus corderillos juguetones, sus bueyes majadores, y las aves que en bandadas vienen á volar alrededor de las sementeras, cantando tristemente. El que esto mira con su imaginación aborta, emudece ante los prodigios de una naturaleza tan fecunda, y bendice admirado la sabia mano de aquel que arregla sus estaciones y su riego más apacible á las flores. — ¡Ah! cuántas veces considerándome sentado en uno de aquellos peñascos solitarios, me he embriagado con tus encantos, y permanecido ecstático ante ti, ¡oh naturaleza de mi suelo natal! acompañado de mis recuerdos melancólicos, y preguntando con los ojos inundados en lágrimas á tus puentes, á tus flores y á tus aves, por todos aquellos objetos que tanto amó mi corazón en otro tiempo!

En cuanto al pueblo en sí mismo, es miserable como todos aquellos que no se componen más que de indios. Estéril por descuido, y quizá también por el terreno, no ha tenido ninguno atractivo para los morelianos; sin embargo, estos se han preocupado, y han cerrado los

ojos para no ver las ventajas que el pueblo puede presentarles. Colocado á una altura tan considerable, respirándose un aire puro, gozándose de una temperatura uniforme y constante, y construida en un terreno desprovisto de humedad, es sin duda uno de los temperamentos más sanos que se conocen, y lo prueban los recuerdos que aun quedan de los pocos estragos que han hecho allí las epidemias. Hago por ejemplo, memoria de haber oído decir que en el cólera morbo no murió allí más que una pobre india, y esto por no haber guardado la dieta severa que á los convalescentes se imponía, habiéndose libertado de los horrores de la epidemia cuantas familias abandonaron sus casas en la ciudad, y fueron á refugiarse á este pueblo. De suerte que muy bien harían los morelianos en construir aquí casas, aunque por ahora no fuera más que con el objeto de reservarlas para estos casos extraordinarios, que quizá con el tiempo podrían servirles de recreo, cuando menos morosos, y aprovechándose de la fecundidad de su suelo, lleguen á poblarlo de árboles y flores.

Cuanto más pudiéramos decir de estos alrededores, será objeto de artículos separados.

R. I. ALCARÁZ.

PARTE CIENTIFICA.

TEORIA DE LOS POZOS ARTESIANOS.

La construcción de los pozos artesianos, se funda en el conocimiento de la siguiente teoría:

La tierra es una esféride elevada hacia el ecuador, y deprimida hacia los polos. La diferencia se calcula en 219. Esta forma es la que presentan los cuerpos que ruedan en el espacio, de modo que el centro de gravedad siempre es perpendicular al movimiento y al eje de rotación.

Tal forma prueba que la tierra estuvo en el principio en el estado de fluidez, y que sus capas de condensación han sido sucesivas de la circunferencia al centro.

No resta averiguar cuál fué esta fluidez.

Dos teorías han sido admitidas por los diferentes geólogos, las cuales han formado los dos sistemas adoptados hasta hoy.

Creeda la primera por Werner, y seguida generalmente por los mineralogistas alemanes, más bien en razón de la simpatía que les ha inspirado su célebre compatriota, que por convicción, se apoya sobre la fluidez acuosa del globo, y de aquí dimana la calificación de los Wernerianos ó Neptunianos.

La segunda, adoptada por los geólogos franceses é ingleses, tiene por base la fluidez ígnea, por lo que se le ha dado el nombre de Plutonianos ó de Volcanianos, según que adoptan la

TOMO II.—51

fusión completa ó parcial de la esféride terrestre.

Teniendo el sistema de los Plutonianos más verosimilitud, y estando en un todo conforme con los fenómenos que diariamente observamos en el gran laboratorio de la naturaleza, lo hace prevalecer sobre el primero, á pesar de la gran reputación de su autor. En consecuencia solo hablaré del segundo.

DEL SISTEMA PLUTONIANO.—Esta socia de filósofos ha adoptado los principios siguientes: La tierra fué en su principio una masa de fuego, que armada por la atracción solar, la obliga á dar vueltas sobre su eje, y es lo que forma su revolución diurna, siguiendo las leyes eternas de la gravedad, é impulsada por un movimiento de proyección en torno de este astro; describiendo una elipse inmensa, determina la revolución anual.

Poco á poco el movimiento rápido, y la condensación de los vapores acuos en las regiones etéreas, y la caída de estos vapores en forma de lluvias abundantes, fueron otras tantas causas que motivaron el entramiento de las capas superiores del globo.

Estas primeras capas, muy delgadas al principio, se rompieron por la presión de los gases que continuamente se levantaban del núcleo central, y que elevados en el espacio, aumentaban al volver á caer en forma de aguacero, el espesor de las primeras capas por entramiento sucesivo.

Una observación que prueba hasta la evidencia este sistema, es la disminución diaria del número y de la intensidad de los volcanes; porque apenas se cuentan el día de hoy algunos en actividad en las grandes cadenas de montañas que atraviesan de N. á S. el vasto continente americano, toda el Asia Central, una parte del África y la Vieja-Europa.

Sentado este principio, nos resta el determinar las causas que producen la ascension de las aguas en los largos tubos de los pozos artesianos. Para llegar á este fin me parece indispensable dar una ligera ojeada á la disposición que presentan las diferentes capas que componen nuestro planeta.

Los geólogos modernos han dividido los terrenos en tres clases, en el órden siguiente:

- Primitivos.
- Secundarios.
- Tercerios.

De trasporte ó de aluvión.

Los terrenos primitivos son inferiores á los otros, y se componen de granitos gresuinos diabases, schistas micáceas, plodolitas pórfiros primitivos &c.

Los terrenos secundarios están encima de los primitivos, y generalmente separados de estos

—Pues bien, será así, dijo Iurbide algo violento; véis, me instan por la primera vez para que sea simple espectador en esta clase de escenas.

En seguida dictó sus disposiciones. El impávido Epitacio se puso al frente de quince dragones: en este número iban un gallardo y joven alfez, y dos antiguos insurgentes que venían presos por algunos desórdenes que habían cometido cuando se pronunciaron por el plan de Iguala en el Bajío; pidieron á Sanchez con un ardor lleno de enternecimiento que los llevase consigo; tomia y con razon, que por resentimiento se vieso comprometida su consistencia; pero Epitacio disimuló, y sus prisioneros todo lo olvidaron en aquel solemne momento, lanzándose con él á la refriega.

Quince cazadores del regimiento fijo de México, al mando de un denodado capitán, era toda la infantería; ambos trozos se desplegaron á derecha é izquierda, con aquel desprecio á la muerte y ambicion á la gloria que forman el tipo de los héroes.

A pocos pasos quedó la reserva, compuesta de unos asistentes; reserva terrible en que estaba el genio con todas sus concepciones: allí estaba Iurbide.

Díjase que este había lanzado un rayo á su enemigo; tal fué la cesación con que se batióron sus soldados, que hicieron prodigios, con que dieron un nuevo realce al valor; estos hombres acreditaron todo lo que les había hecho sentir y comprender su general y cuanto daba de sí la emoción que experimentaban en ser ellos el centro de las miradas de su jefe, del ejército entero, de la nación toda! Peleábase por ambas partes con entera igualdad, la infantería y su comandante se escedían á sí mismos: la caballería se multiplicaba con su jefe tan inagotable de firmeza y actividad. En una carga á la lanza, Epitacio iba á traspassar un mayor del regimiento del Príncipe; de repente el jóven alfez cubierto de sangre, enemigo le grita: «Señor, es mi padre; no lo quite vd. la vida." El mayor era D. Juan José Miñón: el alfez es hoy el general D. José Vicente Miñón, prisionero actualmente en Uta; por grande que sea su fatalidad, se envante brillar su brazo izquierdo. . . .

Después de una lucha tan desigual por parte de los independentes, y obstinada por la de los realistas estos: retiraron velozmente á Querétaro, hasta cuyas trincheras fue perseguido Bocinos, dejando en poder de los vencedores, 45 muertos y heridos, siendo de estos últimos el teniente coronel Soria, el ayudante mayor de Zaragoza Latorre, y el capitán Velez; y prisioneros, Miñón (1) y el alfez D. Miguel Azzarate. La vic-

(1) El mayor Miñón, aunque independiente de corazón y deseoso de una honrosa oportunidad para unirse

toria, volvió al campo donde estaban la temeridad y el patriotismo. Luaces quedó estupefacto, y el rubor lo martirizó. . . .

Iurbide durante la acción estaba atormentado de impaciencia y sus ojos centellaban de desesperación, viéndose privado de tomar parte por no faltar á su promesa. De cerca seguía por todas partes á sus valientes, y hubo momento en que olvidándose de sí llevado de su genial fogosidad iba á dejar consignado en la historia el haber combatido como simple soldado. En esto el enemigo se retiraba; el triunfo ya no era dudoso. El júbilo de Iurbide no conoció límite, colmando de elogios á todos los suyos y de consuelo á los heridos y prisioneros.

Existió un general que en el último tercio del año de 41 fué objeto de las conjeturas y sentimientos contradictorios de los partidos; que en Agosto de ese año sus compañeros de clase y mando apellidaron desleal y sedicioso, y en Octubre siguiente, los mismos lo saludaron héroe, por haber impulsado el primero, la regeneración. Este general á quien la fortuna colmó de favor, dividió á dejó entero á otros el presente de la velozidad deidad; ella lo ha hecho descender á la vez de tres puestos elevados, colocándolo en una olvidada posición. La posteridad sabrá si es para siempre. Como quiera que sea, lo pasado, no partecipa de la incertidumbre del porvenir; por caso es que en los fastos de 821 constantemente se leerá, que el capitán de cazadores del fijo de México, que con rara impetuosidad hizo depouer con su guerrilla el orgullo militar al segundo batallón de Zaragoza, es á la presente el Excmo. Sr. general de división D. Mariano Paredes y Arrillaga.

Los dos insurgentes prisioneros que iban al lado de Epitacio, rescataron su fortuna mereciendo la confianza y el aprecio de este, y recibiendo del general su libertad y una espada cada uno. Ambos prisioneros eran hermanos de Sebastian Gonzalez.

La alta resolución de Iurbide se había ya nacionalizado: la libertad y la gloria fecundizaban por el jefe de las tres garantías, lo presentaron en Arroyo-hondo á la patria como una de sus más brillantes adquisiciones.

Las inspiraciones de Iurbide confiadas á la ejecución de Epitacio Sanchez y de Paredes, hacían que los hombres valiesen uno por quince. Una de esas inspiraciones en el mismo campo de batalla, arrebató á la fama un escudo sin rival, y que la nación aplaudió hasta el delirio. Ese escudo tiene por lema: "TRINTEA CONTRA CUATROCIENTOS."

México, Junio 7 de 1843.—D. REVILLA.

se á sus compatriotas, tuvo la delicadeza de no desertarles ó pasarse en medio del peligro. Iurbide después lo consideró.



AGRICULTURA.

ARTÍCULO 1.º

ANTES de pasar adelante quiero consagrar algunas líneas á manifestar mi reconocimiento al noble pueblo mexicano, por la favorable acogida que me ha dispensado, y en particular á los Sres. García Izabalcoeta, y á D. J. M. Acosta, agrónomo instruido y administrador de la hacienda del Mayorazgo. Reciban aqui un testimonio de mi vivo reconocimiento por sus bondades, que jamás se borrarán de mi memoria, y con él la dedicacion que les hago de estos artículos.

Los antiguos honraron de tal modo la agricultura, que cacogian sus hombres de estado entre los que la ejercian, como hicieron los romanos cuando enviaron embajadores para llevar á Cincinato la noticia de su elevacion al puesto de dictador, los que lo encontraron en su campo con el arado en la mano, y allí mismo le revisitieron de las insignias del primer magistrado de la república.

Esta ciencia, la mas útil en una nacion civilizada, pues que sirve de base á su industria y á la felicidad de sus ciudadanos, se divide en dos secciones, que son la agricultura propiamente dicha, y la horticultura. La agricultura comprende muchas secciones, y una de ellas es la division de los terrenos y sus preparaciones para ponerlos en estado de producir la mayor cantidad posible de los mejores granos, que le son confiados por la mano del diligente agricultor,

La segunda seccion comprende la jardineria y el cultivo de las plantas exóticas y de ornato. Comenzáremos por la primera como la mas útil.

DE LA LABRANZA. (Labourage.)

En esta operacion, el labrador instruido debe fijar su atencion en trabajar la tierra lo mas profundamente posible, por medio de arados mas perfectos que el usado hoy en México, cuya figura daré en el próximo artículo.

Para este efecto el arado debe poderse graduar como se quiera, á fin de abrir el surco mas ó menos profundo segun la cantidad de los terrenos cuyos caracteres constitutivo esplicaré en otro artículo. La reja debe estar dispuesta de modo que separe la tierra de encima, y haga aparecer la nueva que ha producido anteriormente, y por este medio se disfruta casi siempre de un terreno virgen penetrado de las sales vegetales que contienen los abonos disueltos por las aguas lloviznas y precipitados con ellas á las capas inferiores.

Para limpiar las tierras labradas se usan en Europa dos instrumentos llamados rastras (Aerces) guarnecidos de dientes, los del uno de hierro, encorvados; los del otro de madera dura. Estos dos instrumentos ó grandes rastrillos (rastraux) van el uno tras del otro. El primero arranca las raíces de las malas yerbas, y el segundo divide bien la tierra y cubre con ella las semillas, cuya vegetacion se activa de este modo.

El estudio de los terrenos y el clima es de gran importancia, así como la preparacion de

los abonos, sin los cuales la mejor tierra se esteriliza al cabo de algunos años, trastornando los cálculos del pobre agricultor.

La época de la siembra está siempre en relación directa del estado de la atmósfera, y como ésta varía en todas las latitudes, no puede darse ninguna regla fija.

Sentado este principio, comenzaré por indicar los medios para formar los *estercoleros* (Pumiers) de que acabo de hablar.

Se abre una fosa de 80 pies de largo y 30 de ancho, sobre 3 de profundidad, donde se arrojan las hojas secas de los árboles, la paja de los trigos y las cañas del maíz, con el estiércol de los bueyes, mulas, caballos, &c., recogido con este objeto por los muchachos, mezclándose un poco de arena húmeda, y al cabo de cuatro ó cinco meses está este abono en estado de usarse. Para servirle de él, se distribuye sobre los terrenos que han de labrarse, y la reja del arado lo mezcla con la tierra. Preparada ésta se siembra, y después se pasa por encima un rodillo que da vuelta sobre su eje.

Maduro el grano se le corta con una guadaña que economiza mucho tiempo y disminuye los gastos.

En el próximo artículo, daré la descripción de algunos instrumentos usados en Europa para las operaciones de que acabo de hablar.

Mayrazgo, Junio 22 de 1843.—*J. M. Despreaux.*

LOS HORACIOS Y LOS CURIACIOS

Cuando los anales de Roma comienzan á tomar un carácter verdaderamente histórico, un episodio del reinado de Tulo Hostilio les vuelve todo su colorido poético: al recorrer la historia de los Horacios y los Curiacios, parece que se lee un canto de la Ilíada; sin embargo, si en ella se ha mezclado la epopeya, preciso es confesar que ha hecho su invasión en el dominio de las crónicas desde los tiempos mas remotos.

La ciudad eterna, á la cual debemos tan grandes y memorables recuerdos, contaba apenas 82 años de existencia, cuando el pueblo eligió á Tulo Hostilio para suceder á Numa, rey pacífico, y piadoso legislador, quien había instituido el templo de Jano, que permanecía abierto durante la guerra y cerraba sus puertas cuando el pueblo disfrutaba de los dulces encantos de la paz. Al morir Numa, el templo quedó cerrado; pero su sucesor, hombre altivo, y que se ocupaba poco en los santos establecimientos de Numa, considerando menos digno de él postarse ante los altares que marchar á la cabeza de sus ejércitos, deseaba con ansia una ocasión de satisfacer sus deseos, cuando algunas violencias efectuadas entre ciudadanos de Alba y de Roma

habian ocasionado que mutuamente se enviases embajadores á pedirse satisfacción. El rey de Roma, con el objeto de hacer recaer sobre los albanos la responsabilidad de un injusto rompimiento, detuvo á sus diputados haciendo celebrar festines, para demorar así su presentación al senado, hasta que se recibiese la contestación negativa de los albanos, y Roma declaró la guerra; todo se efectuó según los deseos de Tulo, y el templo de Jano fué abierto para no volverse á cerrar hasta la conclusión de la primera guerra púnica, el año 515 de Roma.

Un día del año 87 de Roma, estaban acampados á pocas millas de esta ciudad, el ejército romano y el albano. En aquellos tiempos una sola batalla decidía de la suerte de una nación, ya los guerreros murmuraban de la lentitud de los gefes, cuando Sulficio Metio, dictador de Alba, fué en busca de Tulo, y le propuso el que se decidiese qué pueblo debía someterse al otro, por medio de un combate entre seis guerreros, tres por cada ciudad. La propuesta fue aceptada con júbilo por todos los guerreros, y cada uno de ellos tenia la esperanza de ser elegido para combatir por su patria. Acordóse una tregua de diez dias, y en el transcurso de ellos se eligieron á los campeones.

Había vivido en Alba, según refiere Dionisio Halicarnaso, un hombre llamado Sequio que tenia dos hijas; á una de las cuales la casó con un Horacio de Roma, y á la otra con un Curacio de Alba; parieron éstas en un mismo dia tres niños cada una: Sulficio elige á los tres jóvenes albanos, y lo participa á Tulo indicándole á los tres Horacios. Tulo lo hace llevar á su presencia, ellos piden el que se les conceda despedirse de su padre, y éste los abraza y felicita por la resolución que han tomado.

El momento decisivo ha llegado; ya están los Horacios y los Curiacios unos al frente de los otros. Antes de combatir se abrazan derramando lágrimas de manera que todos los espectadores se conmuevan. La señal está dada; se lanzan los unos sobre los otros, como furiosos y hambrientos leones; ninguno piensa en el inminente peligro que corre: combaten por su patria y no debe ocuparlos otro pensamiento. Se atacan mas encarnizadamente; un horroroso temer se apodera de los circunstantes, y en la incertidumbre del resultado, nadie oye ni aun respirar; reina un profundo silencio, interrumpido solo por el ruido de las armas. Bien pronto la sangre que brota de las heridas de los combatientes, hace ponerse pálidos á los espectadores; los tres albanos están heridos; pero dos de los romanos caen en tierra y espiran, casi en un mismo instante. A la caída de los Horacios, se oyen los gritos de júbilo de los albanos, y el ejército romano pierde toda esperanza y hembra por el guerrero que

nun se encuentra rodando por los Curiacios: éste no estaba herido, logra separarlos y huye, seguro de que los enemigos le seguirán según se lo permitan sus heridas: le siguen en efecto; pronto va á ser alcanzado por uno de ellos, cuando Horacio retrocede, mata á su perseguidor y se prepara á una nueva lid. Este inesperado suceso arranca un grito de alegría á los romanos, y animado su campeón, derriba á otro de los Curiacios: llega, en fin, al tercero, quien debilitado por sus heridas pronto sucumbe al brazo terrible del Horacio. *Alba ve otra víctima á la superioridad de Roma*, exclamó éste, y se encuentra vencedor. Alba quedó vencida, y sus ciudadanos incorporados á la ciudad victoriosa, cuyo pueblo debía algún dia dominar al mundo.

Pero los hombres rara vez aprovechan el momento en que la suerte abre benigna sus brazos para recibirlos; rara vez la posteridad puede decir: «he aquí un héroe digno de serlo.»

La alegría de esta victoria fué turbada por un crimen, que empañó la gloria del que acababa de libertar á su patria, el cual no contento con haber triunfado de sus enemigos, empapó sus manos en su propia sangre.

Cuando los romanos conducían en medio de las exclamaciones del júbilo, al que acababa de asegurarles la supremacía, la hermana de Horacio que unaba á uno de los Curiacios, con quien debía haberse casado, vino á recibirlo y viendo conducir las armas de su amante lloró, y lanzó terribles imprecaciones. Indignado Horacio con sus lágrimas, la mató exclamando: *Así perezca cualquiera romana que llora á un enemigo.*

El rey honóbró los decevarios, para que juzgasen al culpable y fué condenado á muerte; el apelo al pueblo ante el cual su padre abogó con calor, y después de un patético discurso obtuvo su perdón.

Tito Livio dice, que aun se veían los sepulcros de estos guerreros en los lugares en que habían succumbido; los dos romanos juntos mas cerca de Alba y los tres albanos, del lado de Roma.

Aunque la ciudad de las siete colinas haya sido posteriormente el teatro de toda especie de catástrofes, siempre ha sido la mas magnífica de todas las ciudades; sus brillantes recuerdos envuelven gran prestigio y reúnen á una encantadora belleza, sublime magestad.—*P. M. de T.*

FANTASIA.

I

LÁMPARA triste y solitaria miro
Arder enfrente del sagrado altar,
Y en torno de ella en susurrante giro
El aura inquieta escucho revolvar.

Ya se estingue la llama lentamente
Perdiendo sus colores al morir;
Mas enséñase luego y de repente,
Con brillo nuevo se la ve lucir;

Y visiones fantásticas formando
La sombra en la pared al reflejar.
Al temeroso corazon va dando
Estraño miedo y sin igual pesar.

Arrullada por céfiro halagüeño
La incauta llama dormitar se ve,
Al fin despierta de su dulce sueño
Que imágen triste de su muerte fué.

Y poco á poco su vigor perdiendo
Con moribunda luz resplandeció,
Y al soplo de la brisa suscumbiendo
Plegó la frente, aspiró y murió.

II.

En el halagüeño Abril,
Nace la fragante rosa,
Y se ostenta primorosa
Como reina del pensil:
Llena de aroma el ambiente
Que en torno á sus hojas vaga,

Tambien los ojos halaga
Con el rojo de su frente;
Pero ¡ay triste! su belleza
No la libra de la muerte,
Que el cielo fijó su suerte
Y ya á padecer empieza.
Si su signo es adornar
La cabeza de una hermosa,
Será arrancada la rosa
Sin su perdón alcanzar.

Sin su perdón alcanzar,
¡Pobre flor! aprisionada
Entre cabellos prendidas,
Correrá tu breve vida
Y al fin serás despreciada,
Porque el olor te dejó

Y la hermosa perdiste;
La culpa no la tuviste,
Lo tuvo quien te arrancó,
Si en el campo permanece,
El fuerte viento, el calor,
Le quita aroma y color
Y lentamente perece;
Sus hojas una por una
Caen al suelo desprendidas,
Se ven holladas, perdidas,
Después no existe ninguna.
Moriste al fin, pobre flor!
Ya ni tu memoria existe,
Antiquada te visto

Por el viento y el calor.
Como reina eras mirada
En el jardín de la vida,
¡En que estás hoy convertida!
Volviste al fin á la nada.

III.

Como la antorcha pálida
Se extingue lentamente,
Y en vibraciones trémulas
Acaba por morir.

Como la rosa mísera
Hoja tras hoja pierde
Y su hermosura rápida
La abandona por fin;

Así mi vida se consume quiero,
Uno por uno los placeres huyan,
Con su recuerdo de dolor destruyan
El gozo postrimer del corazón.

Ni un sueño que mi mente halague tierno,
Ni un lisonjero y dulce pensamiento,
Que quiero ver morir cada momento
Un placer, un recuerdo, una ilusión.

Cuando mi desecado corazón no aliente
Ni una chispa que alumbré el porvenir
Inclinaré la dolorida frente,
Tranquilo el mundo me verá morir.
Enero 4 de 1843.—M. Esteva.

Reflexiones y máximas de Vanvenargues.

Un poco de cultura, mucha memoria, y demasiado atrevimiento en las opiniones y contra las preocupaciones, hacen que un hombre aparezca como un talento colosal.

Los hombres sencillos y virtuosos, mezclan la delicadeza y la utilidad hasta en sus placeres.

Nunca pueden comprender las mujeres que haya un hombre que las ame con desinterés.

La utilidad de la virtud es tan manifiesta, que los malos la practican por interés.

La paz hace á los pueblos felices, y á los hombres débiles.

Cuando se ama la vida, se teme la muerte.

Muy pocas cosas hay que sepamos bien.

El valor es la luz de la adversidad.

BOLETIN SEMANARIO.

No ha ocurrido cosa particular en esta semana, mas que los actos y funciones literarias que han tenido los estudiantes de los colegios. Por cierto es digna de consignarse al Museo la época en que esa juventud, inteligente y apli-

cada, presenta á sus maestros y al público el fruto de sus tareas y estudios en el año.

Ayer se verificó en la Universidad, la distribución de premios á los alumnos de S. Juan de Letran, con toda la solemnidad que se ha acostumbrado otros años, aunque no pudimos menos de recordar á dos poetas que en otro tiempo han hecho resonar sus versos en elogio de las ciencias. Calderon y Rodriguez.

Sin embargo, otros jóvenes cuya literatura y talento es conocido, amenizaron la función. D. Joaquin Navarro leyó un discurso en elogio de la química, que si nos viene á las manos tendremos mucho gusto de publicar.

D. José María Lafuaga, leyó otro discurso alusivo á la función, y D. Guillermo Prieto una poesía en elogio de las ciencias, terminando este acto literario con la repartición de los premios á los alumnos que por su talento y estudios fueron dignos de ellos.—Como nos fué imposible asistir á la referida función, no podemos dar mas que esta ligera idea de ella, por lo que hemos oído referir, sin poder extendernos mas por temor de padecer alguna equivocación.

ESTIMULOS LITERARIOS.

Hace dos meses que el drama original de que hemos hablado, escrito por un joven amigo nuestro, anda de la prefectura á los censores, y de los censores á la policía, sin que el mísero autor sepa hasta ahora el resultado que ha tenido. Estos trámites y moratorias, son ciertamente las mas apropiadas para entusiasmar á la juventud, y animarla en sus débiles ensayos dramáticos. Se nos ha asegurado que hay tres censores, cosa que ignorábamos; que uno de ellos (y es cabalmente el que ha detenido en su poder mas de un mes la comedia de que se trata) fué nombrado por el Sr. Vieyra cuando era gobernador, contra lo prevenido en un nuevo reglamento firmado por el mismo Sr. Vieyra. Tal hecho que ha quedado hasta ahora en silencio, se hace forzoso advertirlo para que se ponga remedio, tanto mas cuando que el señor tercer censor, ha dado pruebas evidentes de su buen juicio y empeño por cumplir con este encargo. ¡En un mes no ha podido decir si la comedia es representable ó no! Prodigiosa actividad.

A propósito de censores: nos parece que lo más regular y conveniente seria, que el Ateneo ó Academia de Letran, que son los dos cuerpos literarios que existen en México, propusieran al gobierno una terna, y éste escogiera de ella el censor ó censores, los cuales seria conveniente que se cambiaran cada seis meses ó un año, por que repetimos nos parece una cosa indebida, que la importante literatura dramática esté sujeta á la intererención de la Prefectura.

CIENCIAS.

Discurso de M. Arago, pronunziado en los funerales de M. Poisson.

Señores: todavía ayer existía uno de los mas brillantes talentos de la academia, uno de esos hombres raros cuyo nombre sale de la boca de todos, cuando las naciones se disputan la preeminencia intelectual hoy no quedan mas que unos restos inanimados, y un ataúd que el sepulcro ha devorado, y que para siempre va á desaparecer de nuestros ojos, bajo unas cuantas azadas de tierra. . . . No, no, desechemos estas ideas desconsoladoras, estas tristes comparaciones; el genio no muere, sobrevive en sus obras; los descubrimientos con que ha enriquecido á la ciencia, deben hacer pasar su nombre hasta nuestros últimos nietos.

Lejos de mí la idea de mezclar en este momento á vuestros profundos sentimientos y á vuestras lágrimas, un análisis minucioso de la vida científica de Poisson: vida aunque corta por el número de los años, larga y fecunda para el que considera la estension é importancia de los trabajos de que fué capaz. Citaré solamente algunos datos, y reniré algunos recuerdos: estos serán los puntos de dirección de la biografía detallada, que el secretario de la academia consagrará á su ilustre compañero.

Poisson nació en Pithiviers, en 1781, de un padre que como soldado, había valerosamente vertido su sangre en la guerra de Hanover: este, Sres., á los ojos de la razon, es un noble origen.

Las lecciones estenográficas de la escuela normal, que la convención remitió periódicamente á todos los administradores de distritos, nos parecian una prodigalidad, respecto á nuestros hábitos mezquinos y monótonos, en materia de enseñanza pública. Sin embargo, fueron estos enudernos los que despertaron el genio matemático cuya pérdida lamentamos, y que determinaron á la familia de Poisson á enviarlo á la escuela central de Fontainebleau, donde sus progresos escitaron la admiración de los profesores y de los discípulos. Apenas tenia 16 años, cuando Poisson se presentó al concurso para la escuela Politécnica, y se le recibió aun sin los requisitos acostumbrados. Los gefes de este célebre establecimiento notaron á primera vista, al traves de una corteza algun tanto

salvaje, todo lo que la ciencia podía esperar del joven discípulo; creyeron con razon que los reglamentos no son hechos para estos casos excepcionales y raros, y dispensaron á Poisson de los penosos ejercicios gráficos imperiosamente exigidos de todos aquellos que deben seguir la carrera de los trabajos públicos, y así le facilitaron el dedicarse esclusivamente á sus estudios favoritos. Pero despues, el alumno de complexion débil, cuerpo pequeño y maneras infantiles, encontró una demostracion simple, concisa, elegante, de un importante teorema de álgebra relativo á la eliminación; sobre el cual el análisis no habia aun producido sino un volumen enorme y casi ilegible. Este era el primero y brillante anillo de la larga serie de memorias que debía dar á Poisson un rango tan distinguido entre los hombres célebres de nuestra época.

Laplace quiso conocer á un gémetra que descollaba así. Algunos minutos de conversacion aumentaron todavia la alta opinion, que la lectura de la Memoria sobre la eliminación, le habia ya inspirado. Caracterizó inmediatamente sus esperanzas, el autor de la Mecánica celeste, de una manera á la vez enérgica y familiar, por estas palabras proverbiales del fabulista:

*El pequeño Poisson ligará á un granito,
Con tal que élis le prestaviera.*

Me habré equivocado, Sres., al pensar en una anecdota que podia recordarse aquí, á pesar de su aparente frivolidad, y que me permitia reunir en un solo grupo los nombres de tres ilustres nacionales: la Fontaine, Laplace, y Poisson.

Lagrange, Laplace, Monge, Berthollet, allanaron solícitos los obstáculos que un joven aido encuentra siempre en los preludios de su carrera. Pocos meses bastaron á Poisson para pasar de los bancos de los alumnos, á la silla de profesor. Allí tambien mostró toda su superioridad. Por esta época aun se creia en nuestra Francia que los talentos superiores son la fuerza, la riqueza, el honor de las naciones civilizadas. Luego que comenzaban á despuntar, cada uno los cultivaba con un cuidado paternal, cada uno les prodigaba sus votos, su protection; se les

rodeaba de una triple barrera de atenciones, al través de la cual la envidia con su aliento venenoso habría raramente intentado abrirse paso. Este retroceso hacía tan lejanos esos y costumbres de nuestros tiempos, épica como en poco tiempo Poisson fue conocido en todos los salones de la capital como el joven geómetra; pasó sucesivamente de las serias reuniones de los Cabanis, de los Tracys y La-Fayette á las mundanas y festivas orgías, acaso igualmente instructivas, de las que varios artistas célebres como los Gérards y los Talmas, eran en cierto modo los ejes principales.

Un talento candoroso y fino, unido á la facultad de considerar las cuestiones bajo aspectos nuevos, de penetrar en la esencia misma de las cosas, de no dejarse jamás fascinar por el brillo engañador de las superficialidades, hicieron de Poisson uno de los verdaderos ornamentos de la sociedad parisiense. Me apresuro á decir que estos triunfos efímeros no le deslumbraron.

Perdonadme, Sres., un recuerdo personal y dulce: como 36 años hace cuando después de haberse sustraído á las seducciones del gran mundo, Poisson al entrar en el recinto silencioso de la escuela Politécnica, tenía frecuentemente la bondad de llamar á la puerta de la modesta celda, donde al lado de su aposento un alumno muy joven aun, se preparaba por meditaciones nocturnas á los trabajos del día siguiente.

Jamás dejaba entonces de enumerar con sentimiento las horas y minutos que la sociedad acababa de robarle á sus sabias investigaciones. Por lo demás era una deuda sagrada que se apresuraba á redimir á expensas de su sueño. Así, yo confidente y testigo de las primeras impresiones de su juventud, no me sorprendió el ver mas tarde á nuestro ilustre compañero concentrarse en sí mismo, aislarse poco á poco de lo que se ha convenido llamar el mundo, circunscribir sus relaciones al estrecho círculo de una familia poco numerosa y de algunos amigos, imponerse en su vida de benedictino. Me equivoco; el símil de que acabo de hablar no es exacto. Los religiosos del orden de San Benito eran sin duda infatigables exploradores de los viejos archivos, de las antiguas cartas, de los viejos documentos de la historia; pero las obras que han salido de sus manos, á pesar del saber que en ellas se nota, apesar de su incontestable utilidad, no salen del cuadro de compilaciones.

Por el contrario, la invención brilla á cada paso en los trabajos de Poisson, sobre las cuestiones mas sutiles y mas importantes de las matemáticas puras; sobre las aplicaciones del cálculo á los movimientos de los cuerpos celestes; sobre los fenómenos tan complicados de la física corpuscular. Se ha dicho que el análisis ma-

temático es un instrumento. Se puede admitir la comparación con tal que se convenga al mismo tiempo, que este instrumento como el Plectro de la fábula, deba sin cesar cambiar de forma. Ningun geómetra poseyó nunca en mas alto grado el arte de las transformaciones analíticas como Poisson. Cuando sus formulas no superaban la dificultad al primer golpe y por un ataque directo, ellas la circundaban, la estrechaban, la sondeaban en todos sus puntos. Era raro que ellas no penetrasen tambien hasta el corazón mismo de la cuestión, de una manera elegante, rápida, é imprevista. Las Memorias de Poisson están llenas de estos artificios analíticos. Los geómetras encontrarán en ellas resoluciones, todas preparadas de una multitud de problemas, que los progresos de la ciencia va dando á conocer de día en día. Varias de las colecciones que nuestro compañero ha sacado y seguido en todas sus ramificaciones, servirán en adelante de modelo. ¿Cómo habia de olvidar de estar aquí en primera línea, dos admirables Memorias sobre la distribución de la electricidad en reposo en la superficie de los cuerpos? Ninguna ciencia ha marchado mas rápidamente que la de la electricidad. Nació á mediados del siglo diez y ocho. Grey en Inglaterra, Dufay en Francia, descubrieron los primeros fenómenos de alguna importancia; Kleist, Cuneus, Moscheubrock, observaron los admirables efectos de la botella de Leyden; Franklin dió una explicación plausible, é inventó los pararrayos; Coulomb armado de un instrumento nuevo, hizo medidas de una exactitud extrema, aun donde ni las medidas groseras se habían intentado. Poisson en fin unió todos los resultados aislados, á una causa única, y los encadenó por fórmulas analíticas generales. Soamente llegado á este punto es cuando una ciencia queda completa. ¡No speribis, Sres., el rango eminente que nuestro compañero ocupa en esta pléyada de hombres célebres!

Cuando para el cálculo de las perturbaciones planetarias, nació el método fecundo de la variación de las constantes, el nombre de Poisson se encontraba gloriosamente mezclado á los de Lagrange y de Laplace.

Uno de los mas bellos problemas que los hombres se han propuesto, jamás, puso de nuevo frente á frente á los tres rigurosos atletas.

Esta vez la ventaja quedó incontestablemente por Poisson. Se trataba (semejantes cuestiones conservan toda su magnitud aun sobre el borde mismo de la tumba), se trataba de saber si nuestro sistema solar presenta condiciones reales de estabilidad y de duración. Newton pensaba en la necesidad de una mano reparadora que de tiempo en tiempo fuese á contener el desorden y la circunscribiere dentro de estrechos límites. Laplace reconoció el primero que por la ma-

taleza misma de las fuerzas, el elemento principal de cada órbita, el grande eje, es invariable; que desde luego ni los grandes, ni los pequeños planetas, ni el colosal Júpiter, ni nuestra Tierra con sus modestas dimensiones, irían á abismarse en la materia inflamada del Sol. La misma consecuencia brotó con evidencia nueva del análisis mas elegante y mas completo de Lagrange. En fin, Poisson escolló los límites de aproximación mas allá de los cuales sus dos ilustres predecesores no habían creído posibles los cálculos. Añadió tambien nuevos millones de años á la inmensa duración que los precedentes trabajos de Laplace y Lagrange habían ya asignado á nuestro mundo solar.

Si necesario fuera, la magnífica memoria sobre la invariabilidad de los grandes ejes, probaria que Poisson tenia un interes personal en avanzar sus miras hacia tan lejanos siglos.

No continúo, aunque no haya mas que tocar por encima el testo rico, brillante, variado, que los trabajos de Poisson ofrecen á sus biógrafos. El célebre geómetra ingles Cotes, no era todavía conocido mas que por el descubrimiento de un solo teorema de análisis, cuando murió demasiado joven. Al saber Newton esta pérdida prematura, exclamó: "Si Cotes hubiera vivido, nosotros sabríamos alguna cosa." Y nosotros, Señores, á quienes Poisson había ya enseñado tanto; nosotros testigos de su infatigable ardor por el trabajo, de su increíble fecundidad, nos seria vedado eschalar tambien el profundo sentimiento que experimentamos al pensar en las veinte, en las treinta bellas memorias, con las que las ciencias matemáticas se hubieran enriquecido, si nuestro compañero hubiese vivido lo que viven regularmente los académicos.

¿Se ha notado suficientemente á cuántos hombres hizo la muerte antes de tiempo, enemigo de nosotros?

Sucumbió Malus, al siguiente día Fresnel, despues, uno tras otro, Fournier, Cuvier, Ampère, Dulong, Poisson. Esta lista funeraria por el brillo de los nombres que contiene, suscita dudas crueles. Se pregunta, ¿si la Francia á pesar de toda su fecundidad, reparará tales pérdidas con la brevedad que las hace! Si tendríamos la desgracia de ver á la academia descendiendo del alto rango que hoy ocupa? ¿Si hay medios de escapar á estos tristes presagios! ¿Si conseguiremos el conservar intacta la preeminencia científica que nos ha sido puesta como un depósito en nuestras manos!

Poisson ha respondido de antemano á todo lo que en estas dudas, en estas cuestiones se encuentra al alcance de los hombres. Nos dice desde el fondo de su sepulcro, como cuando vivia lo decía por sus acóbores, que es necesario colocar el título de académico mucho mas arriba de aque-

llos con que nos podemos vestir por el favor del pueblo, ó por el favor ni menos frágil de la autoridad; de no considerar este título como un vano honor; de acordarnos del antiguo dicho de nuestros padres: "Noblesse oblige;" de considerar bien que en un siglo de esfuerzos, de progresos incansables, universales, el que se define un solo día se queda atrás; de inculcar estas máximas á la juventud estudiosa por nuestro constante ejemplo. Hé aquí, señores, hé aquí lo que nos dice el que consagró su última hora, su última mirada, la última pulsación de su corazón al cumplimiento de los deberes académicos. De este modo únicamente se adquieren en la carrera de las ciencias títulos duraderos á la estimación, al respeto, á la admiración de los contemporáneos y de la posteridad. Permittedme añadir (al pensamiento podrá suavizarnos nuestros sentimientos) de este modo es como se llega á ilustrar la vida sin acibararla.

(Traducción del Anuario de la escuela politécnica por A. Costello.)

EL OTOÑO.

Tranquilo el sol á occidente
Con lento paso declina
La frente de oro declina
En la púrpura del mar.
Acaso sobre las crestas
Sombras del alto monte
Se ve, ó por el horizonte
Alguna nube asomar.

Los vientos secos de Otoño
Por las cabadas silbando,
Van los ecos fatigando
Con su monotonó son:
La yerba dobla á su empuje
Cortos tallos amarillos,
Y saltan los cordilleros
En el árido peñón.

Secas las hojas del árbol,
Van cayendo una por una,
Bajo la mano impertuna
Del obrero asolador.
Y las que acaso olvidadas,
Aidas al árbol quedan,
En su murmullo remedan
Un gemido de dolor.

Antes amor de las auroras
Eran con su verde pompis ...
Fuera es que, secas, las rompa
El viento ronco despues.
¡Triste condición precisa
De la desventura humana.

El idolo de hoy, mañana
Arrojé roto á los pies!

Las que amontonadas yacen
Al pié de árbol corpulento,
Una ráfaga de viento
Barre con furia mayor:
Y en las ramas, en los brezos
O en las peñas tropezando,
Vau por el aire formando
Melancólico rumor:

Cruzan selvas, valles, ríos;
Y hasta la opuesta ribera
Las siguen siempre, do quiera
Su mengua, su sequedad,
¡Pobres hojas que parecen
Por los vientos impelidas,
Las ilusiones perdidas
Que va arrastrando la edad!

Do quier se vuelven los ojos,
Ven ansiedad y tristeza;
Solo dura en la maleza
El verdor sombrío mas.
Los delicitos con sus flores
De almiduro, encan apenas
Y se secan; mas las penas
No se marchitan jamás.

Ya el acento de la slondra
No suena por el ambiente;
Ni en las selvas, el doliente
Suspiro del miselior,
Y silba entre los zarzales
Ondulante la culebra,
Las ondas del lago quiebra
De la rama el estertor.

Todo preludia el invierno,
Con sus aballos de nieve,
Con el hábito que bebe
En el vorto Septentrión:
Con sus tampanos de hielo
Que, cual cristalinis toces,
Cubren las cóncavas rocas
Donde fija su mansion.

Tal á una edad de la vida
Se anuncia la vejez yerín,
Con la cabeza desierta
Y encanecida quiza,
Y con los ateridos miembros
Y el espíritu sin brío,
Con el corazon vacío
Y sin esperanzas ya.

¡Ah! si á aquella edad llegase,
¿Cómo tornara los ojos
Llorando, hácia los despojos
De mi ardiente juventud!

El último sentimiento
Mi corazon moveria,
Y á mirarlos todaria
Volviera con inquietud.

Así bajo el árbol patrio
Por el Otoño marchito,
Mira el salvaje proscrito
De sus campos la aridez.
Se alza; una lágrima enjugo;
Ya de su patria se aleja;
Y aunque desierta la deja,
Vuelve á mirarla otra vez.
Julio 13 de 1843.—C. COLLADO.

EL SEPULCRO DE MI ESPOSO (1).

De la noche en el triste silencio,
Cuando todo reposa en la calma,
Los pesares que cercan el alma
La destroran con doble furor.

Blando sueño mis ojos no cierra,
Ellos se alzan al cielo llorando,
O á la tierra se inclinan buscando
Aquel sitio que oculta á su amor.

Este sitio fatal y sombrío
Para mí mas que todo precioso,
Es la tumba en que yace un esposo
Cuyo amor mi ventura formó.

Un esposo que mil y mil veces
Repetía que á mí sola adoraba
Y constante la fe me guardaba,
Que en las aras un día me juró.

Si á la luz de la pálida luna
Majestuosa su sombra mirara,
Si un acento á mi oído llegara
¡Oh gran Dios, cuál sería mi placer!

Si piadoso tal vez á mi ruego,
De su tumba la entrada me abriera;
Si á su lado un lugar me ofreciera,
Al sepulcro bajara con él.

El dolor que á mi pecho devora,
Solo calma al pensar que algun día
Esta misma, esta lípida fría
Mis cenizas también cubrirá.

¡Oh buen Dios! tú recibe clemente
La espacion de mi vida angustiada,
Y del justo en la eterna morada
Su alma bella la mia encontrarás.

Agosto 10.—Lorenza Viscaya de Lobo.

(*) Con mucho gusto insertamos esta poesia, cuya ternura y expresion es digna de elogio. La Señorita Viscaya puede consignarse de que los redactores del Museo admitirán cuantas composiciones tenga la bondad de enviarnos.

EL ROSARIO DE CONCHA NACAR.

I.

FIGURAS, si podéis, amabilísimos lectores, un inmenso edificio colocado en unas amenas montañas. Figuras que entráis á este edificio y que veis patios espaciosos, suntuosas arquerías, sostenidas por columnas delgadas y esbeltas como el tallo de un rosal, cornisas caladas y pulidas como un obra de platería de Benvenuto Cellini, fuentes de mármol, surtidores blancos por donde corre una agua cristalina, naranjos copados de sus dorados frutos, dahalias, jazmines, yedras, pasionarias y claveles. Figuras tambien que una tarde de verano estáis sentados en ese sitio, que los nombran los españoles la Alhambra de Granada, respirando los aromas del campo, y adormeciéndoos con el voluptuoso ambiente andaluz, y el lento y compasado murmullo de las fanatas, y que de repente veis salir de entre las flores una muchachita de quince años, con un rostro expresivo y alhagüeño, una cintura de abeja, y un gracioso y natural garbo que hace ondear su túnica blanca, y la vista busca con avidez una pierna morbida, torneada, encantadora, y unos pies pequeños que giran veloces, de los que podría decirse:

Flores nacen donde pisan.

Naturalmente la primera idea que tendríais es, que esta figurilla fantástica que ha venido á turbar vuestra voluptuosa soñolencia en los patios de la Alhambra, es una mora encantada, una odalisca que aun recorre sus palacios y jardines, y aguarda las trovas delicadas de algun enamorado árabe. Pues no, la vision peregrina y bizarra que habeis visto pasar rápida y flotante como una maga, no es otra sino la niña María Paquita. Mas adelante sabreis su historia; por ahora basta con lo espuesto para que no dudéis cómo es la heroína de una novela romántica.

II.

Ni otomans, ni soñes de damasco, ni cortinajes de tisú, ni soberbios espejos, ni candelabros, ni nada de lo que puede recrear la vista y predisponer el ánimo á gratas sensaciones, habia en la casa de Paquita. Unas cuantas sillas ordinarias, una mesa de madera blanca, un lecho aseado, pero pobrísimos; una tinaja en un rincón, la escoba, el plumero y algunos trastos en una tabla: estos eran los muebles que habia

colocados en un aseado cuarto de una calle de Granada; pero la figura esbelta de Paquita daba ser y alegría á esta modesta habitacion. Nunca son mas hermosas las flores que cuando macen entre los zarzales y malezas. Lo mismo es una muger: cuando se la ve entre la caoba, el oro y el mármol, la atencion se divaga, y muchas veces se admira mas el tisú de un sofá que la hermosa que está inelmente reclinada en él.

Paquita, pues, estaba sentada una tarde delante de una ventana, arreglando una tunicela de terciopelo, bordada de oro y lentejuelas, cuando entró un joven de ojos pequeños y hundidos entre las cejas, bigote y perilla negros como el azabache, y cabello un poco mas claro, largo y rizado en las estremidades. Vestia un traje negro, que descubrió al desembozarse la magnífica capa de pelo azul con cuello de nutria que traía puesta. Fácil era, pues, reconocer en D. Fernando García (que así se llamaba) uno de estos jóvenes elegantes que concurren día por día en Madrid á la puerta del Sol, y noche á noche al teatro del Príncipe. D. Fernando, por entonces, por los motivos que pronto se sabrán, habia abandonado por algun tiempo la corte, y residia en Granada, habiéndolo una de las mas elegantes posadas de la morisca ciudad.

Apenas María vió al personaje que acabamos de describir, cuando arrojando la costura que la tenía ocupada, se puso en pié con visible intento de arrojarse en brazos del joven; mas arrepentida quiza, se detuvo á mitad de su camino, y haciendo los ojos, exclamó:

—Fernando, ¿es posible que seas tan cruel! Tres dias han pasado sin que hayas venido á verme.

—Es verdad, María, tres dias hace que no te veo; pero tambien tres dias hace que no vivo. Y bien, María, ¿por qué no me abrazas! ¿Por qué te arrepientes de ejecutar lo que te dictaba el corazon!

—Dices bien, Fernando, contestó María tendiéndole la mano, mi primer movimiento cuando te ví entrar fue echarme en tus brazos; pero eres tan ingrato....

—Amante hasta la idolatría deberias decir, replicó Fernando, estampando un beso en la rosada mano de María; pero ¿qué quieres! Me encargarán en mi casa que visitara en su quinta de

campo á la condesa de Peña Negra, y me ha sido imposible desprenderme, sin dar motivo á sospechas que no quiero que por ningún título concida mi familia.

—Siempre en visitas en casa de las marquesas y condes, exclamó María con mirada colorada; ya se ve, esas visitas se pueden hacer á la luz del día; me así las que de tarde en tarde se hacen á una pobre huérfana... á una bailarina.

—Siempre estás celosa y preocupada, María. Las visitas de la gente de alto rango me fastidian, me incomodan, no así cuando te veo, cuando gozo las dulces horas que me proporciona tu gesto vivo y alegre.

—Palabras vanas, que voy dejando de creer, pues me las repites todos los días, y nunca... nunca me has dicho que piensas seriamente en... porque un hombre honrado, ó mejor dicho, un hombre que ama, trata de asegurar para siempre la felicidad de su querida.

—La quería yo como á tal. Tu sabes que he abandonado los placeres de la corte por venir en pos de tí; sabes que jamás he arrojado por la violencia una sola caricia tuya.

—Ah, Fernando! dijo la muchacha suspirando; pero las has arrojado por el amor.

—Me amas? Me amas, María?

—No te lo he dicho?

—Si, es verdad; pero es tan grato oírlo repetir por tu boca infantil, es tan agradable escuchar una palabra tan dulce de una criatura inocente; porque tú eres inocente aún, María.

—María se sonrojó, y una lágrima asomó á sus párpados.

—Siempre triste, siempre llorando y ocultando en tu alma un pesar que te devora. Dímelo, María; dime, te lo he suplicado mil veces y siempre te has obstinado en guardar ese secreto.

—Me aborrecerías en el momento que supieras mi historia.

—De ninguna suerte, María, cualquiera que sean las cosas que me cuentes, jamás te aborreceré. Si has tenido alguna falta...

—Pala, Fernando! exclamó cáterica la muchacha.

—Perdon, María. Sé que eres pura, incapaz de cometer una acción mala por voluntad, y solo quería yo hablar de esas pequeñas faltas de niña.

—Es forzoso al fin, que sepas cuánto he sufrido en mi corta vida. Después, si te place, puedes aborrecerme ó amarme más; pero no quiero ocultarte nada de lo que te importe saber. Las bailarinas somos á veces más ingenuas que las condesas.

Fernando se mordió los labios al escuchar este sarcasmo; pero disimulando, dijo á María:

—Habla, habla, hija mía, que nada podré hacer que varíe mi amor.

III.

Durante esta conversación, los interlocutores habían permanecido en pie; pero antes de comenzar María su historia aproximó una silla, y habiéndose sentado, hizo señas á Fernando para que hiciese lo mismo. Después de un rato de silencio, María comenzó así:

—La historia de una huérfana, es una historia llena de lágrimas. ¿Qué otra cosa puede contar una pobre criatura que no conoce á su madre, que ha vagado de puerta en puerta pidiendo un pedazo de pan y un rincón en que albergarse.

—Pobre María! exclamó Fernando tomándole una mano, ¿con que no sabes quien te dió el ser.

—No lo sé, Fernando, ni lo quiero saber, porque estoy segura que no amaría á mi madre.

—Y esa Dorotea de quien me has hablado, no era tu madre!

—La quería yo como á tal. La pobre anciana me cuido en la cuna, compró á costa de su trabajo una cabra para que me criase, y me enseñó á leer, á coser y á rezar. Si vieras con que ternura me sentaba sobre sus rodillas, y alisando mis cabellos, que entonces eran delgados y castaños, me decía:—Hija mía, eres muy niña; pero el día que crezcas y que te encuentres sola, los hombres te dirán que eres muy hermosa, que te adoran, que te harán feliz. ¡Ah María! no los creas, porque te engañarán, y te harán desgraciada. Tú no estás en edad de comprender lo que es honor; pero cuando tengas quince años acuérdate de las palabras de tu madre y sítdate del mundo. Después, Dorotea me cobajaba, se separaba de mí, y oía yo que un vez baba, y con una ternura indefinible decía:—Pobre inocente! ¿qué será de tu suerte cuando yo le falte! No sé qué tenías de amargo y de terribles para mí estas palabras; el caso es que hacían estremecer mi corazón infantil, que hacían llenar de lágrimas mis ojos de niña. Pasado un momento todo lo olvidaba yo, y reía y jugaba alegremente.

Se aproximó, por fin, el lance que tanto temía Dorotea. Una tarde llegó á casa, pálida, con los ojos desecados, y el aliento trabajoso. En cuanto la vi en ese estado, me arrojé á sus brazos diciéndole: ¿qué tienes, madre mía! ¿Sufres! ¿Estás enferma!

—Muy pronto voy á dejarte para siempre, Mariquita, porque presiento que esta enfermedad me llevará al sepulcro, y te quedarás sola, absolutamente sola en el mundo. Dios velará por tí, puesto que tiene cuidado de sustentar al pájaro que está en el nido; mas sin embargo, moriré enteramente tranquila si no te dejara á tí, mi pobre niña, hija mía.

Habia tanta melancolía en estos razonamientos,

que me puse á sollozar, y mientras, Dorotea aplicaba sus labios calenturientos á mis ojos y secaaba mis lágrimas con sus besos ardientes. Comprendí en el instante lo terrible de la soledad, y el mundo alegre y brillante hasta entonces para mí, se me presentó como un inmenso caos. ¿Qué haría yo sola! ¿A qué techo me acogería! ¿Cómo ganaría para comer! ¿A quién amaría cuando dejara de existir Dorotea! ¿Quién enjugaría mi llanto! ¿Quién tendría piedad de mí! Un pensamiento de suicidio vino á mi cabeza. Era inocente y ya meditaba un crimen; porque el inuado y la soledad me aterrorizaban.

La noche que siguió á esta tarde, Dorotea la pasó delirando con su hija María, y su hija María acostada junto del lecho de la enferma sollozaba y envolvía su cabeza entre las ropas de la cama, sobrecogida de un terror y calorío terribles.—Comprendes, Fernando, cuán amarga es una situación semejante, cuando no han corrido más que quince años de la vida!

—Mi pobre María! Si entonces te hubiera conocido, te habría servido primero de padre y de protector, y luego de esposo; pero sigue, sigue tu historia.

—Cuando amaneció el día, Dorotea dormitaba, aunque con algunos agitados, y yo que había pasado en vela toda la noche, me levanté de puntillas, y traté de implorar el favor y la ayuda de una señora que vivía cerca de nuestra casa, con quien mi madre adoptiva tenía amistad. Concluido esto, y habiéndome hecho prometer de la vecina que iría á mi casa luego que sus ocupaciones se le permitieran, volé al lado de Dorotea.

Luego que me vió me incorporé en el lecho y con una voz dulce me dijo:—Mariquita, estoy mucho mejor que anoche, quizá Dios me dará vida.

—Así lo espero, madre mía.

—Sin embargo, temo que el delirio se apoderó otra vez de mí, y entonces no podré decirte cosas que te interesan. Toma esta llave, abre mi cofre y dentro de él hallarás una pequeña cajita, sácala y tráela.

Hice lo que Dorotea me ordenaba, y ella abrió la cajita y sacó de ella un rosario de oro y concha úscar, y me lo puso al cuello diciéndome:—Esta es la única alhaja que tienes, Mariquita; consérvala por mi memoria, y porque algún día te puede servir.

—Con efecto, madre, servirá á la pobre huérfana, para comprar un pedazo de pan el día que no tenga que comer, ni techo que la acoja.

—Tal vez te será útil para alguna cosa más. Merced á ella podrás conocer á una persona que te amparará, y te pondrá tal vez en el rango en que debes estar.

Maquinalmente tomé la cruz del rosario y la besé, instando á mi madre para que me explicara

de qué manera podría serme de tanta utilidad, y ella acomodándose en el lecho continuó así:

—Una noche, me acuerdo como si acabara de pasar, en que tronaba la tempestad, la lluvia caía á torrentes, y los relámpagos se introducían por las hendiduras de la ventana, tocaron fuertemente la puerta; no me asombré, pues á consecuencia del ejercicio que hace muchos años que tengo de revendedora de ropa, era muy frecuente que á todas horas del día y de la noche, viniesen á mi casa multitud de personas. Con esta confianza, pregunté quien llamaba á la puerta, y habiéndome respondido una voz suave y agradable, abrí sin dificultad alguna. Una mujer encubierta se precipitó hasta el fondo de mi cuarto, y dejó sobre la cama una criatura, diciéndome:—Señora Dorotea, conozco el buen corazón de vd., y le dejo esta criatura. Es fruto de los amores ilícitos de una joven principal, condena nada menos: vd. salga el honor de la madre, y la vd. la vida á una infeliz inocente. Dios le recompensará este beneficio. Al decir esto salió precipitadamente, dejándome espantada y confusa. Cuando volví de mi asombro, mi primer idea fué, tomar á la niña y ponerla en la calle ó en la puerta de otra casa. ¡Dios me lo perdone, pues con ese intento corrí á la cama y la cogí en mis brazos; pero la vi tan linda, con su pequeña faz rosada, sus ojos negros abiertos... y luego el angelito sonrío... en lugar de llorar, pues estaba enjupado y temblando de frío.

Esa noche acudí á las vecinas que tenían chiquitos, para que me lo diaran de mamar; y al día siguiente reuniendo mis ahorros, compré una cebra para que criase á mi niña, y desde entonces cada día se ponía más hermosa, más risueña, más amable, y yo la adoraba como si fuese mi hija.

Ahora tiene quince años, y la voy á dejar abandonada para siempre.—Dorotea reclinó su cabeza en mis hombros y lloró, á la vez que se exclamaba:—¡Con que no eres mi madre! ¡Con que yo soy huérfana! ¡Oh! yo quiero que seas mi madre, porque á tí sola te amo, y tú sola me has educado.

—Si, tú eres mi niña, mi hija; pero voy á morir, y este rosario puede darte á conocer algún día á tu verdadera madre.

Ya ves, Fernando, lo que hacen las condesas! Gozan, aman, y arrojan á sus hijos á la orfandad, sin volverse á acordar jamás de ellos.

—Esto es infame, murmuró Fernando.

—Sin embargo, si yo encontrara á mi madre todo se lo perdonaría, y la amaría como amé á Dorotea.

—Pero, al fin, María, ¿qué sucedió!

—Desde el momento que Dorotea me hizo esta revelación, doblé mis atenciones por ella, vela día y noche á su cabecera, y pedí á la Virgen con fervor que me conservara los días de

que me puse á sollozar, y mientras, Dorotea aplicaba sus labios calenturientos á mis ojos y secaaba mis lágrimas con sus besos ardientes. Comprendí en el instante lo terrible de la soledad, y el mundo alegre y brillante hasta entonces para mí, se me presentó como un inmenso caos. ¿Qué haría yo sola! ¿A qué techo me acogería! ¿Cómo ganaría para comer! ¿A quién amaría cuando dejara de existir Dorotea! ¿Quién enjugaría mi llanto! ¿Quién tendría piedad de mí! Un pensamiento de suicidio vino á mi cabeza. Era inocente y ya meditaba un crimen; porque el inuado y la soledad me aterrorizaban.

La noche que siguió á esta tarde, Dorotea la pasó delirando con su hija María, y su hija María acostada junto del lecho de la enferma sollozaba y envolvía su cabeza entre las ropas de la cama, sobrecogida de un terror y calorío terribles.—Comprendes, Fernando, cuán amarga es una situación semejante, cuando no han corrido más que quince años de la vida!

—Mi pobre María! Si entonces te hubiera conocido, te habría servido primero de padre y de protector, y luego de esposo; pero sigue, sigue tu historia.

—Cuando amaneció el día, Dorotea dormitaba, aunque con algunos agitados, y yo que había pasado en vela toda la noche, me levanté de puntillas, y traté de implorar el favor y la ayuda de una señora que vivía cerca de nuestra casa, con quien mi madre adoptiva tenía amistad. Concluido esto, y habiéndome hecho prometer de la vecina que iría á mi casa luego que sus ocupaciones se le permitieran, volé al lado de Dorotea.

Luego que me vió me incorporé en el lecho y con una voz dulce me dijo:—Mariquita, estoy mucho mejor que anoche, quizá Dios me dará vida.

—Así lo espero, madre mía.

—Sin embargo, temo que el delirio se apoderó otra vez de mí, y entonces no podré decirte cosas que te interesan. Toma esta llave, abre mi cofre y dentro de él hallarás una pequeña cajita, sácala y tráela.

Hice lo que Dorotea me ordenaba, y ella abrió la cajita y sacó de ella un rosario de oro y concha úscar, y me lo puso al cuello diciéndome:—Esta es la única alhaja que tienes, Mariquita; consérvala por mi memoria, y porque algún día te puede servir.

—Con efecto, madre, servirá á la pobre huérfana, para comprar un pedazo de pan el día que no tenga que comer, ni techo que la acoja.

—Tal vez te será útil para alguna cosa más. Merced á ella podrás conocer á una persona que te amparará, y te pondrá tal vez en el rango en que debes estar.

Maquinalmente tomé la cruz del rosario y la besé, instando á mi madre para que me explicara

de qué manera podría serme de tanta utilidad, y ella acomodándose en el lecho continuó así:

—Una noche, me acuerdo como si acabara de pasar, en que tronaba la tempestad, la lluvia caía á torrentes, y los relámpagos se introducían por las hendiduras de la ventana, tocaron fuertemente la puerta; no me asombré, pues á consecuencia del ejercicio que hace muchos años que tengo de revendedora de ropa, era muy frecuente que á todas horas del día y de la noche, viniesen á mi casa multitud de personas. Con esta confianza, pregunté quien llamaba á la puerta, y habiéndome respondido una voz suave y agradable, abrí sin dificultad alguna. Una mujer encubierta se precipitó hasta el fondo de mi cuarto, y dejó sobre la cama una criatura, diciéndome:—Señora Dorotea, conozco el buen corazón de vd., y le dejo esta criatura. Es fruto de los amores ilícitos de una joven principal, condena nada menos: vd. salga el honor de la madre, y la vd. la vida á una infeliz inocente. Dios le recompensará este beneficio. Al decir esto salió precipitadamente, dejándome espantada y confusa. Cuando volví de mi asombro, mi primer idea fué, tomar á la niña y ponerla en la calle ó en la puerta de otra casa. ¡Dios me lo perdone, pues con ese intento corrí á la cama y la cogí en mis brazos; pero la vi tan linda, con su pequeña faz rosada, sus ojos negros abiertos... y luego el angelito sonrío... en lugar de llorar, pues estaba enjupado y temblando de frío.

Esa noche acudí á las vecinas que tenían chiquitos, para que me lo diaran de mamar; y al día siguiente reuniendo mis ahorros, compré una cebra para que criase á mi niña, y desde entonces cada día se ponía más hermosa, más risueña, más amable, y yo la adoraba como si fuese mi hija.

Ahora tiene quince años, y la voy á dejar abandonada para siempre.—Dorotea reclinó su cabeza en mis hombros y lloró, á la vez que se exclamaba:—¡Con que no eres mi madre! ¡Con que yo soy huérfana! ¡Oh! yo quiero que seas mi madre, porque á tí sola te amo, y tú sola me has educado.

—Si, tú eres mi niña, mi hija; pero voy á morir, y este rosario puede darte á conocer algún día á tu verdadera madre.

Ya ves, Fernando, lo que hacen las condesas! Gozan, aman, y arrojan á sus hijos á la orfandad, sin volverse á acordar jamás de ellos.

—Esto es infame, murmuró Fernando.

—Sin embargo, si yo encontrara á mi madre todo se lo perdonaría, y la amaría como amé á Dorotea.

—Pero, al fin, María, ¿qué sucedió!

—Desde el momento que Dorotea me hizo esta revelación, doblé mis atenciones por ella, vela día y noche á su cabecera, y pedí á la Virgen con fervor que me conservara los días de

mi infeliz madre adoptiva, ó al menos le pagara con un alto lugar en el cielo, la caridad que habia hecho de recoger á la desvalida criatura á quien sus padres arrojaron de su casa.

—Y al fin!

—Al fin, murió Dorotea. La sexta noche de su enfermedad, apenas pudo hacerme señal de que me acercara; lo hice así, y tomándole mi mano con la suya sudorosa y fría, comencé á boquear. Yo est de rodillas, y rogando pedía al Señor recibiese el alma de la única compesera que tenía en el mundo. Á las once de la noche espiró Dorotea, y yo niña de quince años, sin experiencia, sin apoyo, sin amparo, me encontré sola, frente á frente de un cadáver que se llevaba á la tumba toda mi dicha y todas mis esperanzas.

Doña Petra Cisneros, así se llamaba la amiga á quien te dije le di aviso luego que se enfermó Dorotea, se presentó á la mañana siguiente, dispuso el entierro, vendió los pocos muebles que habia, y me llevó á su casa.

A los pocos días, cuando aun mis lágrimas no cesaban de caer, y el corazón me dolía de pena, me llamó D.^a Petra, y me dijo:—María, eres huérfana y pobre, y es menester que ganes el pan con tu trabajo.

—Muy bien, señora, le contesté; dígame vd. en qué puedo ocuparme, y no solo tendré gusto en ganar para mi subsistencia, sino en ayudar á vd. á vivir.

—Sabes, replicó, que soy una pobre, que como lo hacía tu madre Dorotea, gano mi vida vendiendo papa usada, así es que voy á despedir á la criada y te haré la caridad de darte la comida, y la casa porquo me sirvas.

Estas son, Fernando, las caridades y los beneficios que hacen las gentes del mundo con sus semejantes. Mis padres me lanzaron como una sardañita de su casa en cuanto nació, y una mujer me hacía la caridad de tenerme por esclava. Acostumbrada á los carifutos mímos de Dorotea, se me hizo dura, humillante, bárbaro la condición á que tenía que someterme. Acepté porque no habia otro remedio.

Un año entero pasé trabajando como una verdadera esclava. A las cinco de la mañana tenía que acarrear agua, después que asar la carne, guisar, coser, y aguardar en la puerta como un perro á D.^a Petra, que nunca entraba antes de la una de la noche. Bebía en silencio mis lágrimas; no tenía á quien quejarme; estaba desesperada: una mañana D.^a Petra me suplico con tono amable, lo que era en ella muy raro, que le prestara mi rosario; díjelo que mi madre me habia encargado no que nunca se separase de él. Ella con tono áspero insistió, yo rehusé, ella quiso arrancármelo por fuerza, yo me defendí; entonces hirió mi frente con una llave, y me arrojó de su casa. Esta fué la caridad de D.^a Pe-

tra. Después la he encontrado miserable, pidiendo limosna y no le he rehusado ni un asilo, ni un pedazo de pan, ni una camisa con que cubrir su desnudez.

—Noble criatura! exclamó Fernando, ¿y qué hiciste, mi linda María, cuando esa infame te arrojó de su casa tan cruelmente!

—No puedes imaginar el tormento que sufrí al verme abandonada en una calle, sin tener donde ir, ni donde pasar la noche. Mi primera idea fué entrar de nuevo á la casa de Doña Petra, echarme á sus pies y pedirle que no me arrojase tan inhumanamente de su casa, prometiéndole ser su esclava, darle mi rosario, y mi vida si la quería; pero tentó la sangre que corría de mi frente; el orgullo me dió valor, y eché á andar resuolvemente por la ciudad.—Es muy tarde Fernando, y tengo precisión de concluir mi vestido para bailar esta noche en el teatro; por otra parte lo que falta que contarte es lo mas terrible de mi pequeña historia, y tantos recuerdos, tantas emociones de una vez me matarían.

—Vé, Fernando, ve por la casa de tu condesa de Peña-Negra y déjame; necesito estar sola.

Antes de que Fernando pudiera articular una sílaba, María entró en una pequeña alcoba, y cerró tras sí la puerta con llave.

Fernando se retiró cabizbajo y pensativo.

IV.

Por la noche se representó en el teatro la tragedia de D. Manuel José Quintana, titulada: El Pelayo. Aquel amor terrible de Ormesinda, aquel valor y caballerosidad de Pelayo, aquellas concepciones sublimes del venerable poeta clásico, arrancaron lágrimas á los espectadores y los dejaron hechos presa de profunda melancolía; mas después se levantó el telón y apareció María Paqueta con un justillo de terciopelo negro bordado de oro, una tunicea de crepon blanco; y un sombrero nícar adornado con flores, y que dejaba descubiertos dos delicados rizos de su cabello. La orquesta comenzó á modular esas notas voluptuosas, alegres y vivas, en que abundan las sonatas y canciones españolas.

María hizo al público una graciosa coqueta, y comenzó á bailar, con mesura y dignidad; después la música vibraba con una armonía celestial; el octavino y el flageolet enviaban sus armonías de giguero hasta al fondo del alma, y María movía los pies veloces, su figura esbelta se arrojaba, su tunicea flotaba graciosamente despidiendo oleadas de luz. Ya se percibía en el fondo oscuro del proscenio como una silueta llena de claridad, ya se acercaba ejecutando rápidos movimientos y mudanzas. Un pincel, el pincel de Miguel Angelo, para pintar esa cintura flexible y delicada, esos pies pequeños, ligeros y casi invisibles, esas ondas graciosas y

rebrumbrantes de la tunicea, ese rostro en fin de ángel expresivo, animado, encantador... Si, un pincel, porque la pluma... la pluma es menester botarla y pisarla con rabia. cuando no tiene poder bastante para pintar un cuadro voluptuoso, espléndido, lleno de la luz de los mil quinientos que alumbran un teatro... Los espectadores aplandieron con furor; el baile se repitió, y se repitieron los aplausos. El gran ingenio de Quintana quedó multiplicado, ante la mágica belleza é incomprendible agilidad de María Paqueta. Fernando loco, delirante, ebrio de amor y de ilusión, corrió al cuarto de Paqueta; pero la puerta estaba cerrada y la criada le dijo que su ama no lo podría recibir, sino en su modesta casa á las cinco de la tarde del siguiente día.

Como es de suponerse, el galán no se hizo esperar mucho. A las cuatro y media de la tarde se dirigió á la casa de Paqueta, y la encontró lo mismo que en la visita anterior, es decir, sentada delante de la ventana, ocupada en su costura.

—María, has estado anoche, le dijo Fernando al entrar, hermosa, encantadora, sublime. No sé qué sentí cuando la concurrencia entusiásmada aplaudía con estrépito. Todos esos aplausos, toda esa gloria es mía, reflexionaba yo, porque esta criatura que arebata, que enseña á lo mas noble, á lo mas escogido de la población de Granada, es mía, absolutamente mía. Si yo le mando que lloro, llora; si lo ordeno que ria, rie; si estoy melancólico, también ella participa y siente mis pesares.—Pero ¡no es verdad, María, que nunca he tenido contigo estos caprichos! ¡No es verdad que siempre te he amado sin oprimirtle!

—Tal vez será verdad, Fernando, repuso Paqueta, alzando una faz melancólica hacia su amigo; mas lo que yo veo, es que la pobre bailarina no sirve mas que para divertir los oídos de esa gente rica, noble y selecta de quien hablas; gente que concibe una ilusión momentánea, pero que en el fondo del corazón desprecia y odia á las juglares que le entretienen. Si la pobre bailarina se mirase mañana tullida, enferma, ahadita, nadie se acercaría á sus puertas para consolarla y socorrerla. ¿Qué importaría á las condesas, allá en el fondo de sus alcobas de oro y terciopelo, la suerte de una huérfana, de una comica, de una afortunada? ¿Que joven pensaría en una flor marchita y ajada? Esto es terrible, Fernando, y perdona si te descubro esto hondo pesar que oprime mi alma noche y día. ¡Oh! no quiero teatro, no quiero servir de espectáculo ni de juguete á esa ociosa y vana multitud.

—¿María!

—Pero soy huérfana, infeliz, y no tengo de qué vivir, continuó María con marcado abatimiento.

—María, yo te haré dichosa.

—Días luce que el joven noble, rico y galán repite á la bailarina que la hará feliz, y nunca llega ese caso, porque le falta valor para arrostrar las preocupaciones sociales. Ya se ve, Fernando, he sido una loca en creer que podría aspirar á ser tu esposa.

—Basta, María, te juro que no pasarán ocho días sin que veas cumplidas mis promesas. Todo lo voy á disponer, y aunque mis padres, mis amigos, el mundo entero repruebe este enlace, lo verificaré y viviremos solos, aislados, pero en el seno del amor y de la felicidad. Dices bien, niña, la sociedad es una odiosa multitud llena de vicios y de quimeras, que jamas puede darnos la dicha, y sin embargo nos arrebató con su influjo la que podemos disfrutar en el silencio y el retiro:—¿Lo entiendes, María! Dentro de ocho días serás mi esposa, y no te presentará el teatro, sino que llevarás mi nombre con la frente erguida é inocente.

—Gracias, Fernando, gracias; eres bastante generoso, y tu amor es la única esperanza de mi vida; pero es forzoso que concluya mi historia. Este va á ser el lance supremo que me indique si debo aguardar un porvenir tranquilo, ó soportar toda una existencia de orfandad y de lágrimas.

—Habla, hermosa, habla. Te escucho, porque la relación de tus infortunios me interesa demasiado, y deseo conservarla.

María continuó así:

—Luego que perdí la esperanza de entrar de nuevo á la casa de Doña Petra, procuré alejarme á toda prisa del barrio donde podía ser conocida de las vecinas, y desatinada, con los ojos llenos de lágrimas, y el corazón comprimido y doliente, vague la mayor parte del día, hasta que pasé ante la puerta de una iglesia, y entré á pedir auxilio y abrigo á la Virgen; ya que me encontraba completamente desamparada y perdida en el mundo. ¡Ah! Fernando, las palabras no tienen poder para expresar estas agonías, estos tormentos agudos que rompen fibra á fibra, todas las esperanzas de nuestro corazón. Largo rato recé y lloré ante una Dolorosa á quien Velazquez supo dar toda la expresión de amargura que tendría la madre de Dios cuando gemía al pie de la cruz de su Hijo; al fin me levanté de las gradas del altar, donde habian goteado las lágrimas que arrancaban los pesares á unos ojos de quince años, y salí del templo si no tranquila, al menos resignada. En la puerta encontré á una anciana que tocado como afectuosamente al hombre, me dijo con dulzura:

—¿Qué tienes, hija mía, que estás tan pálida y llorosa!

—Nada, señora, nada, le respondí.

—Nada! es imposible, ese rostro expresiv

y gracioso está muy demudado, y alguna desgracia te ha acontecido. ¿Te ha venido tu madre?

—No tengo madre, señora.

—Bien, pues tu padre, tu tía, tu madrastra?

—Ningun parente tengo en la tierra.

—¿Casiplá exclamó la anciana; pero entonces ¿dónde vives?

—En ninguna parte.

—¿Es posible?

—Sí señora. Servía yo en una casa donde por caridad me recogieron; mas me han arrojado de ella, y no tengo ni donde reclinar mi cabeza.

—Es prodigiosa tu historia, y necesito que me la cuentes. Ven conmigo, niña, yo te dare casa; te vestiré, te amará como a mi hija. ¿Quieres?

—¿Señora?...

—Decítele, no tendrás de qué quejarte. Eres muy hermosa y podré proporcionarte una buena suerte.

—Yo no comprendí el sentido de estas palabras, y seguí á la anciana.

—Un año permanecí en su compañía, y en todo este tiempo que de stenciones y cuidados no tuve para conmigo. No hubo deseo que no indicase, que no fuera satisfecho al momento; no hubo cosa que yo pidiese, que no me la presentara en el acto. Ni trabajaba, ni sufría ningún género de molestia. La costura, el bordado, el baile, esas eran mis únicas ocupaciones. Yo amaba á Doña Silveria tanto como á mi infeliz madre Doña Rosa.

—Dios bendiga á esa mujer que tan bien se portó contigo, María. Si la conocieras, recomendaría lo que hizo por ti, con mi vida, si fuese necesario.

—¡Ah! Fernando, prosiguió María con despecho, Dios la habrá perdonado, porque es clemente; pero ¿sabes lo que quería decir esa generosidad? Esa mujer fue á arrancar á la huérfana de un lugar sagrado para especular con ella, para venderla por oro, como una mercancía.

—¡Oh! infamia, infamia atroz, interrumpió Fernando celoso y revolviéndose en la silla.

—Observaba, continuó María, que entraban multitud de hombres embosados á nuestra casa, desde la oración de la noche en adelante; pero niña inocente como era, creía que también Doña Silveria tenía comercio de ropa, y por otra parte siempre me encargaba que no saliese de mi cuarto á esas horas. Solo dos veces me llamó cuando estaba de visita un general viejo y melancólico. La última vez que aconteció esto, al retirarme de la presencia del general, oí que le dijo á Doña Silveria, "es celestial esta muchacha, y juzgo que me quitará esta melancolía y este mal humor que me consumen."

—Dios quiera sanar con esto á V. E., le respondió Doña Silveria. Yo me encerré en mi recámara y si bien satisfecha con los elogios del personaje, no volví á pensar más en semejante ocurrencia.

—Pasado algun tiempo me ordenó Doña Silveria, me pudiese los mejores vestidos. Lo hice así, salimos á la calle y nos dirigimos á una magnífica casa. Un criado nos introdujo á una sala adornada con extraordinario lujo, en la cual me dijo Doña Silveria que me quedara, entre tanto ella iba á avisar á las señoras que querían conocerme. No sé qué temor repentino me produjeron aquellos grandes espejos, aquellos muebles de mármol, aquellos sillones de seda y oro; temblando y sin atrever á sentarme, y estoy por decir que ni á respirar, puseme como un cuarto de hora, á cabo del cual se abrió una puerta y apareció el mismo general á quien me había presentado Doña Silveria en nuestra casa.

—Por fin, Paquita, me dijo echándose los brazos al cuello, te resolviste á venir á mi casa, y á amenizar la soledad de un viejo soldado.

Rápido como una exhalación cruzó por mi mente un siniestro pensamiento; conocí de improvisa la infamia de Doña Silveria, y repuesta algun tanto de mi primer asombro, quité de mi cuello los nervudos brazos del general, y me arrojé á sus pies exclamando:

—Piedad, señor, piedad!

—Piedad, Paquita! ¿Y por qué ese llanto, esas lágrimas, esa conmoción, cuando todos estos muebles, todas mis riquezas y todo mi amor van á estar á tus ordenes?

—Señor, os han engañado vilmente, y á mí me han vendido.

El general reflexionó un momento, y luego con voz pausada dijo:—engañado... vendida... ¿Con que no sabías á qué venías á esta casa! ¿Con que no te han dicho nada! ¿Con que han sorprendido tu inocencia!

La voz suave, y el mirar honrado del general, me volvieron al mismo, y brevemente le conté mi historia, ocultándole lo que pudiera obligarle á instarme para que me quedase.

Escuchóme con paciencia, y así que concluí me dijo:—Pobre criatura; me ha destrozado el corazón! ¿Quieres tener carrozas, muebles, criados, opulencia, y ser la señora de mi fortuna y de mi corazón?

—Quiero, señor general, le contesté resueltamente, que me permitáis salir de aquí.

—Muy bien; tu franqueza me agrada. Toma esta bolsa, y la puerta está abierta. Yo me retiro, porque me espionaría á cometer un crimen. Cuando sepas que el general es viudo, no olvides que te ha respetado. Págame entonces esta acción con tu mano, y hazlo feliz. ¿Lo harás?

—Lo juro, señor general.

—¡Ah! gracias, niña, gracias. La buena acción que acabo de hacer, y la esperanza que has arrojado en la oscuridad de mi vida, me hacen por ahora feliz; pero júralo otra vez.

—Basta. Ahora es fuerza separarnos. Si Dios quiere, volveré á juntar á la preciosa María con el antiguo soldado español.

—El general se dirigió á la otra pieza, y cerró la puerta tras sí; yo avanzaba rápidamente el corredor, bajé las escaleras y me encontré en la puerta de la calle tan sola y aislada, como el día en que mi madre me arrojó al mundo.

—Esa yo entonces joven, muy joven...

—Lo mismo que ahora, María, y además muy hermosa.

—No me toca á mí, contestó estúpidamente María, calificar en este punto, y así, prosigo: Apenas de mis pocos años, la dura escuela que habia soportado me enseñó que todas las acciones que hacen las gentes en la vida, pueden calificarse con esta sola palabra "egoísmo"; así es que no pensé en dirigirme á buscar abrigo en ninguna casa, sino á preguntar por el hotel de posadas, pasar allí la noche, y marcharme á Valencia, á Córdoba, á Sevilla, á cualquier parte que no fuese Granada. Con efecto, al día siguiente á las tres de la mañana, que oí el ruido de las cadenas, y los gritos de los cocheros, bajé de mi cuarto, y me coloqué en la rotunda. ¿A dónde me dirigía! ¿Qué iba á hacer! ¿Cuáles eran mis designios! ¿Por ventura se me presentaba! Tinieblas, confusión indefinible en mi espíritu, tristeza letal que desgarraba mi corazón, esto era lo que sentía mi alma en aquellos momentos que tendré siempre presentes, en que calenturiento y desolado, me hallaba yo en la oscuridad del carruaje. En la primera jornada mandé solicitar un gorro, un velo, y una capota para abrigarme del frío de las mañanas, y evitar, cubriéndome el rostro, la curiosidad que era natural inspirarme á los compañeros de viaje, y transcurrió. El segundo día, lo mismo que el anterior, no me tocó ningún compañero en la rotunda. El tercero, un par de ancianos traficantes fueron mis compañeros, los que naturalmente me agobinaron á fuerza de preguntas; pero yo les contesté que me dirigía á Sevilla, á reunirme con una tía, pues habia muerto mi madre en Granada, dejándome huérfana. Parecieron satisfechos de mi respuesta, y siguieron hablando de sus paños y lanas. Luego que llegamos á la posada como lo habia hecho en los días anteriores, me metí en mi cuarto, á meditar sobre el partido que podría escoger. En estas horas cavilaciones llegó la noche, mis párpados se cerraron, pues desde mi salida de Granada no habia podido dormir; un sopor se apo-

deró de todos mis miembros... la puerta estaba abierta y... Fernando, tan piadoso de mí, y avistame que el rubor cubria mis mejillas.

—Acaba, acaba, por Dios, María, exclamó Fernando.

—Cuando desperté estaba deshonrada, perdida, hecha presa de la vergüenza.

—Esto es terrible, atroz...

—Y sin embargo era inocente. La fortuna, la fatalidad, el inferno mismo conspurcó á perder á la pobre huérfana. Vienen los hombres, y con la misma facilidad que arrancan una flor, la deshojan, la pisan y se olvidan de ella, arrojan á la desgracia y á la perdición á una mujer que nunca los ha visto, que nunca los ha amado. El seductor se marchó, jamás lo conocí, porque el cuarto de la posada estaba oscuro; porque mi cuerpo y mi alma, rendidas al enorme peso de tantos contratiempos, no tuvieron fuerza para defenderse y para luchar contra la perversidad de un capricho momentáneo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! dame fuerzas para soportar este pesar, cuyo solo recuerdo me sofoca y me mata.

—Al día siguiente continué mi camino, sin cubrirme el rostro, sin ocultar mi orfandad ni mi desamparo. Mis compañeros de viaje eran unos cómicos que se dirigían á Sevilla. Dijéles que sabia bailar, y en la noche después de haber hecho prueba de mi habilidad, quedé ajustada, y desde entonces acá he tenido una vida errante, llena de triunfos y llena de adoradores. Afortunadamente mi corazón estaba seco y mi alma indiferente, y esto me ha servido para conservar mi honor hasta hoy, en que una loca pasión me ha hecho confiar á la bondad de un joven noble y de la alta sociedad. Esta es mi historia; ¡a saber si abandonas ó te enlazas con la bailarina.

Fernando habia estado sumergido en la mas profunda exhalación, hasta que saliendo de ella dijo á Paquita:

—¿Venias túnic blanco la noche que aconteció esa aventura?

—Sí.

—Y estabas junto á la cabeza un gorro color de rosa, y una capota gris.

—Sí.

—Te acuerdas qué día fue esto!

—El 23 de Mayo de 182...

—¡Oh! perdón, perdón, María, dijo Fernando cayendo de rodillas.

—¿Qué haces, Fernando!

—Perdón, María, perdón.

—¿Qué significa eso! ¿Conoces al seductor?

—El seductor está á tus pies...

—Sr. D. Fernando García, interrumpió María; ahí tenéis la puerta, salid. En lo sucesivo podéis entrar como esposo cuando queráis, pero como amante nunca.

Y.

Mis lectores me permitirán que abandone por un momento á nuestros amantes, con el fin de darles á conocer un personaje, cuyo nombre han visto estampado en las páginas antecedentes.

Luisa Eleonora de Viveros, condesa de Peñanegra, era la poseedora de cuantiosos bienes que como á hija única, le había dejado su padre, el cual hacía como quince años que había muerto, según se dijo, á consecuencia del pesar que le causó una gran desgracia doméstica. En un principio el vulgo murmurador se atrevió á herir la reputación de su hija, que entonces era una niña cuñida como una paloma, tímida como una cervatilla, y hermosa y fresca como un jardín de Andalucía; pero después la conducta ejemplar de la huérfana, su recogimiento, y puede decirse su habitual seriedad, pusieron freno á los lenguajes, y olvidadas enteramente las primeras especies, volvió por toda Granada la buena fama de Eleonora, tanto que muchos la juzgaban una santa. A la época de esta nunciación ya era una matrona de treinta y cinco años; pero de esas matronas hermosas á quienes parece que respetar los años, y un vez de robarles los atractivos se los aumentan y renuevan de una manera palpable.

Eleonora tenía unos ojos extremadamente negros, un poco hundidos, y sombreados, con unas rizadas pestañas. Su tez era sumamente tersa, de un blanco brillante, con unas ligerísimas tintas de nácar en las mejillas. El resto de las facciones de su rostro, examinándolas con atención, nada tenían de delicado; pero en conjunto presentaban una figura sorprendente, capaz de arrebatarse la admiración del hombre más helado é indiferente. En cuanto á su cuerpo era también elegante: talla alta, formas robustas, cuya morbidez se advertía al menos desmenu del traje; andar mesurado y airoso, movimientos pausados, pero nobles; miradas de refintago, y una sonrisa equívoca que se realizaba de tiempo en tiempo, de unos labios, por donde salía el sonido de una voz armoniosa y espesa.

Eleonora, desde la muerte de su padre, que acació en Madrid, se había retirado á una quinta que poseía en las cercanías de Granada, sin recibir á mas visitas que á la familia de Garcés, y una que otra vez á un general que había sido amigo del difunto conde.

Dos días después de la escena que pasó entre María y D. Fernando, la condesa Eleonora se hallaba en una magnífica alcoba, adornada con esplendor y lujo oriental, reclinada en una otomana de damasco carmesí, y sumergida en una especie de éxtasis que la tenía con los ojos fijos en un hermoso canasto de flores que estaba dibujado en la alfombra. Pasado un cuarto de hora salió de su

enagamiento, y cubriéndose el seno y los hombros, de donde poco á poco había ido desprendiéndose la suelta y trasparente bata de muselina blanca que los cubría, tocó una campanilla de plata. Al instante se destacó del marco de una vidriera azul, una mouchachuela, risueña, esbelta y ligera, que poniéndose en pié delante de la condesa, le dijo:

—¿Qué mandáis, mi buena señora?

—Es menester que traese mis cabelllos, que dispongas el mejor vestido, que... Vamos, Isabel, apresúrate... es tan tarde, si muy tarde; y tu permanencia inmóvil como una estatua, cuando te he mandado que me alozaes.

—Mi hermosa señora está hoy de peor humor que otros días, á lo que parece, contestó Isabel tomando en sus manos el cabello negro de la condesa, y comenzando á peinarlo y á ceparse aruvas en él.

—Mi humor es triste toda la vida; pero á fe de Eleonora, que hace días tengo sobrados motivos para estar disgustada. ¿Te parecen buenos prosaños de felicidad, el que en diez días solo se haya presentado una sola vez en mi casa, el que debe ser mi esposo?

—Mi buena señora, le respondió Isabel, deberá considerar que D. Fernando ha estado ocupado en asuntos urgentes que ocurren en casos semejantes.

—Asuntos!... ¿Y qué asuntos pueden ocurrirle, cuando no tiene ni futuro esposo mas que entrar á esta quinta y hallar cuanto es necesario para la vida, hasta una muger hermosa como yo?

—Pero hoy debe venir, no es verdad, señora?

—Sí, dentro de un momento. Apresúrate á concluir mi peinado.

—Al instante, señora condesa. ¿Os gustan los rizos? ¿O queréis que os haga del fioco unas trenzas anchas, que pasemos por detrás de las orejas?

—Lo que te agrade, Isabel; tú tienes excelente gusto para el peinado.

—Muchas gracias, señora; pero apropiado, ¿qué vestido os pones el día de la boda?

—Ah! Isabel, piensas tú como una niña que no ha sufrido la amargura de la vida. ¿Crees que pueda enlazarme con un hombre que ama á otra?...

—¿Amá á otra D. Fernando?

—Tengo vehementes sospechas de ello, Isabel. La soledad y los infortunios me han dado mucha calma aparente; pero en lo interior sufro mucho, mucho... ¿Quisiera decir mi cosas á D. Fernando; mas temo que la explosión de mi orgullo la interprete como una pasión tierna, y... en ese caso prefiero enterrar los celos dentro de mi pecho. Una sonrisa sardónica asomó á los labios de la condesa.

—Es imposible, señora condesa, que un hom-

VI.

bre que os ve una vez, deje de pensar un momento en vos y ame á otra. Por mi parte, si fuera hombre os amaría con delirio.

—Gracias, mi fiel muchacha, interrumpió la condesa haciendo un carino á Isabel; tu corazón es noble y tierno; pero el de los hombres en lo general es corrompido é indiferente. Si te dijera yo que la condesa, llena de riquezas, de fuero y de hermosura, es despreciada por una aventurera, por una muger del pueblo.

—Eso es imposible, señora.

—Debería serlo, si los caballeros no abandonarían la senda del honor, y se bajarán hasta las mugeres del pueblo, hasta la escoria de la sociedad, hasta lo mas vil y mas despreciable que tiene el mundo.

—¿Pues á quién ama el señorito D. Fernando?

—Te lo he dicho: á una vil muger, á María la ballarina.

—¿Y María! interrumpió asombrada Isabel.

—Sí, á María.

—Eso es imposible, señora. La pobre muchacha tiene el suficiente talento para conocer su posición, y no aspirar hasta el rango de esposa de un noble caballero.

—Eres demasiado cañilla, Isabel. Tu amiga María no aspirará á la mano de Fernando; pero eso no le impedirá ser su querida.

—¿Oh! no digáis eso, mi hermosa señora. María es una muchacha honrada, y no es capaz de esa locura. Es pobre, y baila en el teatro como yo os sirvo á vos, por tener un abritio con que subsistir.

Isabel se puso algún tanto colérica, y encendió al decir esto, y como la condesa lo notara, procuró calmarla.

—Tienes excelente corazón, Isabel, y me agrada que tomes la defensa de tus amigos con tanto entusiasmo; pero yo he vivido más que tú y conozco el mundo.

En esto se escuchó el ruido de una carroza, y la condesa poniéndose en pié, continuó:—Breve, Isabel, concluye... recoge el pelo solamente, y dame la red de oro y el vestido celeste, que D. Fernando ha llegado.

Isabel colocó en la cabeza de Eleonora unas graciosas reds de oro, le puso un vestido azul bordado, y un calzado blanco, y encendiendo unos pibetores de plata que estaban sobre el tocador, salió de la alcoba.

A poco momento volvió á entrar y dijo á la condesa:—El general Bernardes deseó hablar á mi noble señora.

—El general Bernardes, ¿que quiere aquí? Siempre el general Bernardes en mi casa. Dile, Isabel, que no estoy visible.

Isabel iba á salir; pero Eleonora, dejándose caer con impaciencia en la otomana, le ordenó que introdujese á la visita anunciada.

—Señora condesa, á vuestras piés.

—¿Puedo saber, señor general, que motivo me proporcionó el honor de veros hoy por mi casa? dijo Eleonora, sin moverse de la postura voluptuosa en que se había colocado.

—Siempre tengo algún motivo para veros, Eleonora, respondió el general tomando una silla y sentándose frente de la condesa; en primer lugar, admitir vuestra hermosura, que es mayor ahora que cuando la costéis al soldado que venia cubierto de gloria del sitio de Zaragoza; y en segundo, preguntaros si habéis podido indagar de la suerte de esa pobre criatura que arrojaís al mundo?

—Siempre destilan acibar y veiganza vuestras palabras, general. ¿No os habéis cansado de martirizarme? Cuatro años hace que nos volvimos á ver después de la época fatal de nuestros amores, y día por día son pocas interrupciones, me habéis hecho esa misma pregunta.

—Con efecto, tiene algo de extraño. Yo soldado, rudo, criado entre los combates y la pólvora, debía haber olvidado enteramente á mi hija; mientras que vos, dama hermosa, reclinada en vuestras otomanas de tisú, y respirando los aromas de las naranjas y pelotes, debíais haber tenido presente á todas horas, que la pobre criatura que arrojaís de vuestra acasa, acaso mendiga ahora un pedazo de pan; acaso su miseria la ha puesto en la carrera de la prostitución. Ved los fenómenos que nos presenta el mundo. Al traves del corazón encalificado del soldado, penetra un sentimiento tierno y sublime de amor paternal, y el corazón delicado y suave de una gran señora, no tiene un lugar para el recuerdo de su hija. Esto es muy criminal, señora, y la indiferencia con que escucháis mis preguntas, y las algunas diligencias que practicáis para averiguar la suerte de esa inocente, me exaltan hasta el grado de que el día meo pensado os ordenareis esas misérics de cantidad con que aparecéis á la vista del mundo, y proclamareis que habéis tenido una hija, sino que...

—Piedad, Bernardes, piedad. ¿Por qué empeñarse en acibar mi vida? ¿Por qué inflamar una llaga dolorosa y siempre abierta en mi corazón! Soy madre, y daría mis tesoros, mis joyas, mis castillos, por encontrar á mi pobre niña, besar una vez su frente, y morir en seguida; pero vos turvisteis la culpa, habiérais ocurrido aquella noche á la cita, la niña estaría hoy en vuestro poder.

—A la hora de la cita estaba yo tendido, nadando en sangre, casi moribundo...

—Es posible y no me lo habíais contado.

—Vuestro padre me desafió, yo no admití, me llenó de insultos, y los sufrí; sacó la espada y la hundió en mi costado, y yo no eché una que-

ja, porque prefería la muerte antes que ofender al padre de Eleonora. Mientras esto pasaba, Eleonora, muger sin valor, sin energía, sin sentimientos de madre, enviaba á la hija que acababa de dar á luz, á... sépalo Dios. He menester olvidar estos acontecimientos. Hablémos de otra cosa, señora condesa.

—Como gustéis, respondió en voz baja Eleonora.

—Será bueno que os diga, condesa, que una vez perdida la esperanza de encontrar á mi hija, ha necesitado mi corazón amar, distraerse, gozar aunque sean placeres ilícitos, porque quiero aun á costa de mi felicidad eterna, sacudir este peso que agobia mi vida, arrojar de mi corazón un dolor-sorbo que hace verter lágrimas á mis ojos, á todas las horas del día. Ya sabéis lo que es esto, Eleonora: un amor malogrado; una hija perdida.

—Por piedad, general.

—Vamos, condesa, os hablaré de cosas más alegres, puesto que tanto os contrastan esos recuerdos. Sabed, pues, que hace días que tengo la idea de llevarme á vivir á una de mis casitas de campo, á esa pequeña ballarina tan graciosa que llaman María Paquita.

—Y bien, general, qué tengo yo que ver con esos caprichos? Haced lo que queráis.

—Allá vamos. Necesito que vos me entregéis á esa jóven.

—Yo! exclamó colérica Eleonora.

—Vos, condesa, y de una manera muy sencilla. Salid vos un día de vuestra casa, y decid á vuestra dueñecilla Isabela, que convide á su amiga María á pasar el día con ella; entonces yo vendré y todo se hará.

—Eso es una infamia, general; y ya que tanto me habeis atormentado, no me ofendáis con tanta dvergencia. Salid de mi casa, general.

—Calma, Eleonora, calma. Aprended á sufrir de mí, que diez y seis años llevo de guardar nuestro secreto, y merced á él aparecéis casta, pura y santa á los ojos del mundo. Aprended de mí, que no os partí el corazón cuando lo entregasteis á otro amante.... Os digo, que cuando que hagáis lo que llevo dicho, continué el general con voz energética, ó de lo contrario....

—James lo hará. Obrad como os parezca.

—Veo que es necesario desistir de mi idea, repuso el general, y esais hoy intratable. Apropósito, ¿cuándo os casáis?

—Dentro de ocho días, contestó secamente la condesa.

—Me temo que no sea así.

—¿Por qué lo decís?

—¿Priolera! Vuestro futuro esposo está enamorado como un Orlando, de esa miniatura de María, y á fe que tiene razón.

—Enamorado!... Eso es mentira, replicó

Eleonora dejando ver en sus labios su amarga sonrisa.

—Podrá ser; pero yo lo he visto salir tres días consecutivos de la casa de María.

—¿De veras?

—Figuraos si un amante como yo, no espíara los pasos de su rival. Os digo que tres días consecutivos lo he visto salir de la casa.

—¡Oh! mi orgullo se ofende mucho de esa preferencia, general.

—¡Oh! Y el mío también, condesa.

—Es una vergüenza que una condesa se vea despreciada y olvidada por una aventurera, por una ramera.

—Es una vergüenza que un general que cayó bajo las escombras de Zaragoza, se vea aplaudido por un Marica barbi-lampijio.

—Verdadamente estoy por decir que tengo celos, general.

—¡Oh! yo rabio, condesa; también tengo celos.

—Esa muger me humilla, dijo la condesa.

—Ese hombre me pone fuera de sí, replicó el general.

—Es una infamia esa muger.

—Es un malvado ese hombre.

Habo un rato de silencio....

El general tomó su sombrero y dijo á la condesa:—

—¿Con qué no aceptais lo que os propongo?

—Todo estará dispuesto, respondió Eleonora.

Venid mañana á medio día.

—Adios, condesa.

—Adios, general, contestó Eleonora, dejando sonar un amarga sonrisa.

VII.

—Vamos, Fernando, levanta esos ojos, levanta y rie, y canta como lo hace tu amigo.

Suena la tromba, &c.

—¡Hola! traigamos una botella de Málaga, unos salchichones, unos buenos trozos de queso, cualquier cosa. Canario! llevo catorce horas de correr á todo galope sin probar bocado, solo por anunciaros que en esta tarde llega tu familia, y que pasado mañana serás el esposo de la hermosa Eleonora.

Fernando levantó la cabeza que tenía apoyada en una mano, y miró al interlocutor, que era un jóven de regular figura, y que vestía traje de camino.

—Y bien, Fernando, ¿qué dices de esto?

—Precisamente me recuerdas un asunto que tenía olvidado.

—¡Olvidado! ¿y por qué?

—Porque no puedo absolutamente casarme con Eleonora.

—¿Has hecho algún voto monástico.... ó el romanticismo y la locura te han asaltado?

—Ni lo uno, ni lo otro.

—Entonces....

—Es un asunto muy sencillo. Caminando una vez de Granada á Sevilla, paré en un meson donde lo hacían también la diligencia.

—Vamos! aventura tenemos, asunto sentimental; para que García Gutierrez haga otra Magdalena (¿) pero es menester enojarnos la boca, y el vino ha llegado á tiempo.

—Un criado se presentó con un par de botellas de vino, unas copas, y algunos salchichones y fiambres.

—A la salud de tu futura, Fernando. Ahora prosigue.

—Eres un loco de atar, Miguel, y te perdono las sarcasmos, porque sé que no tratas de ofenderme.

—Te oíré con seriedad, prosigue.

—Traté de informarme por curiosidad cuántos pasajeros conducía el carruaje, se me dijo que un par de viejos y una jóven que caminaba sola, y sola también se había alojada en un cuarto cuyo número se me indicó. Por la tarde crucé varias veces por delante de la puerta, y solo pude distinguirla con un velo verde y una capota, sentada en el fondo del cuarto, en bñeja y triste. Me retiré decidido á dormir por levantarme temprano y llegar á la quinta de mi tío. Era las nueve cuando había formado esa resolución; pero el diablo sin duda me inspiró la idea de pasar por última vez delante del cuarto. No había luz ya; empujé la puerta y encontréla abierta: entré á tientas conteniendo la respiración, dando á pausa pequeños pasos. Oí una ligera respiración; el enagenamiento me dió valor....

—¡Infeliz jóven! suspiraba, lloraba, la ahogaba los sollozos.... Hoy he encontrado á esa jóven, la amo, y deseo por otra parte reparar mi falta y hacerla feliz. He aquí el motivo porque he desistido de la idea de casarme con Eleonora.

—Y quién es la tal jóven?

—María Paquita, ballarina del teatro de Granada.

—¿Ta ta ta.... esa es la locura gotda, exclamó Miguel, empuñándose un vaso de vino. Desprecia á una muger hermosa, con mas de treinta mil duros de renta, por una miserable condesa, que sabe Dios cuál habrá sido su vida!

—Y es posible que seas tan cándido, Fernando! Todas esas mugeres del mundo tienen una historia sentimental que contar; todas están en mala carrera por la perdida de un seductor, ó la traición de un amante. Mentiras solennes. Embustes que tienden con un anzuelo, para pescar á los crédulos ó imbeciles.

—Dejo correr tu lengua porque no tiene remedio; pero te advierto, que ademas de que yo estoy persuadido de la buena fe de esta muchacha, la amo, y con esto queda dicho todo.

—Allá arreglarás esas cuentas con tu padre. Cabalmente diviso un coche: Miguel se asomó al balcón y exclamó:.... justo.... él es....

A poco rato un coche paró en la posada, y se apeó de él D. Saturnino Nemesio Garcés, padre de nuestro héroe.

VIII.

Era D. Nemesio Garcés un hombre como de cincuenta y cinco años, delgado, de cabeza caña, está rugado y rojo. Su carácter era agrio, y sus ideas estaban enteramente ajustadas al molde antiguo, de suerte que en el fondo del alma era un carlista hecho y derecho, aunque en lo aparente, había adoptado por cálculo y conveniencia la opinión del partido liberal. Apenas descendió del carruaje, cuando se arrojó á los brazos de su hijo con afectada jovialidad, y ambos subieron la escalera y entraron al cuarto, en cuya puerta quedó aguardándolos nuestro nuevo conocido Miguel.

—Os ha ido bien en el camino, padre mío?

—Regularmente. Lo único que sucedió fué, que creía ahogarme en fuerza de la violencia con que he andado.

—Y por qué tanta precipitación?

—Porque era forzoso llegar á tiempo de impedir una locura.

—Señor, tengo una deuda de honor que pagar.

—¡Chitón! no quiero oír referir esas historias que me tienen fastidiado. Todo lo sé....

—Entonces cumplire con los deberes de caballero.

—¡Lindo propósito! ¿Qué fuera de vdes. los jóvenes, si se debieran casar con cuantas mugerzuelas encontraran en sus orgías y lujurias! Graciosa cosa! El hombre se estraviar por un momento; pero luego vuelve á la senda del honor. Hablemos claros: si tú te casaras con esa ballarina, era menester que te ausentaras de España; y eso no lo podías hacer, porque merced á tus buenas disposiciones no sabes ganar un centavo por tu ciencia.

—Linda felicidad conyugal! Figurate casado con una muger sin educación, sin moral, sin nada, vamos.... y luego pobre y obligado á llevarla á los teatros, para que vendiendo su pudor á la vista licenciosa del público, mantuviera al ilustre conde imbecil marido. Conoces mi carácter, Fernando; sabes que no retrocedo, que tomaria una pistola y te volaría el cráneo antes que faltar al compromiso que hemos contraído con la condesa Eleonora.... Por una parte tienes una muger virtuosa, noble, rica, que te proporcione mejor posición y amplias comodidades en el mundo; por otra la miseria, el aislamiento, el disgustado amargo que trae consigo el tener que vivir con una muger de condición tan desigual; el anatema que arrojará la so-

ciudad sobre tí, y lo que es mas, la maldición y el enojo eterno de tu padre. En tu arbitrio está el escoger. Mañana deberemos ir á concluir con la condesa el asunto del casamiento, y tienes cerca de 24 horas para pensar. Te dejo solo, y me retiro á mi cuarto.

El vicio se salió, y Miguel despues de echar los últimos tragos de vino, salió tambien riéndose de lo que él llamaba tontería insaudita de Fernando. —Este por su parte cerró la puerta de su cuarto y se arrojó al lecho.

Al cabo de cinco horas que volvió en sí de este vértigo, de esta dolorosa soñolencia en que lo había sumergido la difícil posición en que se encontraba, se dirigió maquinalmente á la caja donde estaban sus pistolas. Entre la lucha del amor y el egoísmo, el diablo quería poner por interito el suicidio.

Perder para siempre, decía Fernando, á tan noble, tan hermosa y tan desgraciada criatura, abandonarla en su camino de lágrimas despues de haber arrancado el velo á su virginidad. ¡Oh! ¡jamás! Iré esta misma noche, hablaré á María, la obligaré á huir, y abandonaremos á mi padre, á la condesa, á mi familia, á mi patria.

—¡Huir! ¡Condenación! ¡y con qué recursos cuento, cuando no tendría ni aun para pagar la diligencia!—Ella tendrá.—¡Ah! no, tampoco viviré á espensas de una hueraña, de una pobre, esto sería infame y vergonzoso.

Fernando enrieciendo reconocía y volteaba de todos lados las pistolas.

Despues quedaba sumergido en un éxtasis de avaricia, en que se encontraba dueño de relictos carozas, de soberbios castillos, de magníficas casas de campo, y amado por una mujer si no jóven, si bastante hermosa y llena de esos atractivos que fácilmente advina la mente de un jóven. Entonces juzgaba que María era una muchacha falaz, que trataba de seducirlo con embustes y fingidas historias. Se figuraba escarnejado y deshecho del círculo de esa sociedad en que había vivido, teniendo que subsistir á espensas del trabajo de su muger, y abatido hasta el grado de consentir que sirviera de pasto y espectáculo á la lubricidad de los espectadores. La balanza se inclinaba por la condesa.

Pero luego, la voz angelica y persuasiva de María, aquella historia profundamente trágica y dolorosa de diez y seis años de orfandad, aquel acento tan candido y tan puro de la criatura, casta, aunque no virgen, en que le había exigido una reparación de caballero, venían á la presencia de Fernando. Veía sonreír la pequeña boca de María, veía nublarse sus negros ojos con el llanto, sentía los rizos de pelo flotantes que pasaban rozando su frente, sentía el contacto eléctrico de una mano, oía repetir á este serafín las dulces palabras, Fernando mio, yo te amo, cres

la única esperanza de mi vida. ¡Oh! Corría de un lado á otro, se reclinaba en el lecho, se ponía de nuevo en pié, los latidos del corazón lo ahogaban, y la calentura ensudecía su frente.

La balanza estaba inclinada por María. Luego venía el recuerdo del acento duro del padre, las palabras enérgicas y lacónicas, brotadas por decirlo así, de un pecho de acero. La pobreza, la imposibilidad de fugarse con María, el remordimiento de un crimen no reparado, las ilusiones de amor desvanecidas, el rasallage humillante á una condesa orgullosa. —Aquí el diablo ganaba, y el suicidio dejaba á la balanza incierta.

Horrible, atroz, encarnizada lucha la que emprende el amor con las conveniencias sociales.

Asomó la luz, y Fernando aun permanecía con el enagenamiento é insomnio que hemos procurado describir. Abrió la ventana, y el aire fresco de la mañana calmó algun tanto la fiebre que devoraba su sangre. Se acostó en seguida y durmió dos horas, á cabo de las cuales se levantó un poco convulso, pálido, y con unas líneas moradas al derredor de los ojos.

La lucha había terminado. El egoísmo mañó al amor, y Fernando se puso al toaudo, mientras de que venía su padre, resuelto á casarse con Luisa Eleonora, condesa de Peña-Negra.

IX.

Mucha destreza y maña tuvo Eleonora para persuadir á su doncella Isabela, para que convidara á hiciese que María fuese á pasar á la quinta el día, la cual consintió sin dificultad, y antes bien tenia la esperanza de desahogar en el seno de su amiga, los pesares amorosos que la agobiaban. Se dispusieron, por fin, las cosas de tal manera, que cuando llegó el general, la condesa que había fingido salir, pero que en la realidad permaneció oculta en las habitaciones lejanas de la quinta, le dijo con su amarga sonrisa: —Bernardes, tenia ya á vuestra víctima dispuesta; pero sabed que esto lo he hecho por vengarme, y no por obedeceros.

—Está bien, Eleonora, para mí todo es igual, repuso el general en tono irónico; y puesto que me habeis servido como yo os mandé, poco me importa el motivo.

La condesa iba á contestar el insulto; pero el general no le dió tiempo, pues volteándole la espalda se dirigió á la parte de la quinta que le había indicado la condesa.

—Por fin te volví á ver, niña hermosa, exclamó el general, introduciéndose en la recámara donde estaba María, y cerrando la puerta con llave.

—¡Señor general! gritó asombrada la muchacha.

—Gracias á Dios que no me has olvidado.

—Era imposible, Sr. general, que olvidara al que tuvo compasion de mis lágrimas, y me socorrió en mi desventura. Pero ¡por qué habeis cerrado esa puerta! Isabela vendrá, y la señora condesa puede llegar á saber. —

—No haya cuidado, María, nada nos interrumpirá, y en cuanto á la condesa, bastante ocupada está en el asunto de su boda, para que pueda ocuparse de nosotros.

—Se casa la condesa! interrumpió María.

—Y con D. Fernando Gürcés nada menos. María se puso pálida, hasta el grado de que sus hermosos lábios de coral, quedaron blancos como la azucena.

—Te he dicho la verdad, María.

—Eso es falso: Fernando no puede casarse, contestó la jóven con mucha agitación, vos me quereis engañar, vos quereis matarme; vos sois muy cruel, señor. D. Fernando es honrado, y tiene que devolver el honor á una muger á quien se lo arrancó infamemente en medio de las tinieblas, en el silencio de la noche, como lo hace un cobarde, un traidor. Perdonadme, señor, si profiro estas palabras.

—Tienes razon: sé que te ha engañado, que te ha burlado, y que no tienes otro recurso sino olvidar á un miserable que no es digno de tu amor.

María reflexionó un momento, y con tono resuelto dijo al general: —habeis envidiado ya! —No, María; pero te amo, te amo, con esa pasión frenética de anciano que no conoce límites. Si hubiera envidiado, desde la primera noche que te vi bailar, te habría hecho mi esposa.

—Pues entonces, señor general, dejadme ir con mi desesperación y mis martirios, como me dejasteis salir la otra vez de vuestra casa con mi orfandad y mis lágrimas.

—Abandonarte ahora, María! Eso es imposible. Te hablaré francamente: La vez que te vi en mi casa, eras un ángel inocente, á quien no quise arrancar su único patrimonio que era el candor y la pureza; hoy son otras las circunstancias, conosco ya el mundo, y ningún remordimiento me causará el obligarte á que seas mía, cuando lo has sido ya de otro infame que prefiera las riquezas y la avaricia á tu amor.

—Ese acento me espanta, señor general. Abrid la puerta, dejadme salir, matadme si quereis. ¡Oh! ¡piedad, piedad!

—La vez primera, María, me conmovieron esas dos palabras que acabas de pronunciar; pero hoy mis sensaciones son de amor, de delirio. —María. —María, es forzoso que me ames, es necesario que dulcifiques mi vida, es fuerza que calmes esta fiebre que quema mi alma, que rompa mis sienes, que destruya mi corazón.

Al decir esto, los ojos del general estaban ar-

dientes, sus labios espumosos, su nariz hinchada, su respiración dolorosa y entrecortada.

María se arrojó de valor, y desencadenándose de los brazos del general, le dijo:

—Señor general, esos arrebatos os hacen aborrecible á mis ojos; calmos por piedad, á os juro que me matareis, me hollaréis á los piés, antes que consentir á una sola de esas caricias. —

—Compasion, María, compasion! exclamó el general cayendo de rodillas, y asistiendo fuertemente de las manos de María.

María se retiraba, diciendo: —Soldadme, señor, soldadme.

El general arrastrándose de rodillas no cesaba de gritar, compasion, piedad!

Escena era esta que participaba de lo trágico y de lo cómico. Ridículo seria ver al general anciano y valiente, arrastrándose, con el cabello blanco en desórden, los ojos centellantes y las manos crispadas ante una muchacha. Sublime seria contemplar á esta muchacha mas hermosa, con los colores encendidos que la cólera hacia brotar en su rostro, rechazando heroicamente los halagos del amante.

Duró largo rato esta escena, hasta que el general cólico se levantó, y dijo á María: —Me obligas á ser cruel y brutal. —La fuerza. —

María corrió amustada al otro extremo del cuarto; el general la siguió. Ella se escabullía, se ocultaba tras de los muebles, lloraba, gritaba, se ocultaba tras de ellos, el general la tomó entre sus brazos, y lo primero que hizo: fué desgarrar la pleguina de seda que cubría su alto seno. —Retrocedió espantado, desencajó los ojos, abrió la boca, y un temblor sobrecojió todos sus miembros; despues cayó de rodillas con las manos encadenadas, exclamando con emoción:

—Gracias, Dios mio, gracias; tu infinita bondad me ha evitado un crimen, y devuelto á mi hijo.

María oía con asombro estas exclamaciones del general; y juzgaba que había perdido el juicio.

—Dime, María, repuso el general con una voz dulce; ¿eres hueraña?

—Ya es lo he dicho, señor.

—Y cómo has adquirido este rosario de concha nácar, que llevas pendiente en tu cuello?

—Señor, la pobre muger que me crió como á su hija, me lo dió cuando estaba próxima á morir, diciéndome que algun día podría yo saber merced á él quien era mi madre.

—Y has sufrido mucho en tu vida; ¿no es verdad, hija mia!

—Mucho, señor general, mucho, contestó María enjugando su llanto y cubriéndose el seno que aun tenia desnudo.

—Y dime, María, ¿me perdonarás la lorura que acabo de hacer? Te quería ultrajar, te que-

ria ofender; pero... no sabía lo que hacía, María. ¡Me perdona!

— Señor...
— Y si yo quisiera adoptarte por hija! ¡Si mi frenesi se cambiara en un amor santo y puro! ¡Si te indemnizara con mis atenciones paternales, de tanta humillación, de tantos pesares como has sufrido tú, mi pobre niña!

— ¡Ah! sois muy generoso, señor general: todo el olvido por mi parte, y no veo ya sino el hombre leal y franco que no quiso macillar mi inocencia.

— Pero sabes, María que... que... quiero abrazarte, porque ese rosario fué un regalo que yo hice á tu madre, porque... perdóname, María.

— Señor! Señor!
— ¡Ah! Si vieras cuánto sufro, si vieras cómo temo que me abortezcas...

— ¡Sabeis quién es mi madre, señor! Decidmele, decidmele al momento para postrarme á sus pies, para bañar su rostro con mis lágrimas. ¡Ah! Madre mía! Madre mía!

— María... María... dijo el general sollozando, ¡tú eres mi hijo!... ¡Me quieres abrazar!

— ¡Ah!... Señor!... Padre mío! exclamó María, arrojándose en brazos del anciano.

Los dos lloraron. ¡Dulces lágrimas las que se derraman en una ocasión semejante!

Mientras esto pasaba, Eleonora que había estado platicando con Fernando, procuró curiosamente indagar hasta qué punto llegaba el amor que éste profesaba á María. Fernando, disculpándose, dijo:— Que era un amor frívolo y sin consecuencias, nacido más bien de la compasión hacia una pobre huérfana, á quien sus padres abandonaron poco tiempo después de nacida.

La condesa, interesada vivamente, quiso saber todos los pormenores, y cuando Fernando le refirió que la única prenda que tenía la huérfana para ser conocida de sus padres, era un rosario de coucha nácar, corrió desolada á la habitación donde estaban el general Bernardes y María.

— ¡Ah! general! ¿Qué habéis hecho? exclamó la condesa mirando á María sentada en las rodillas de Bernardes.

— ¿Qué he hecho, condesa! Encontrar á mi hija.

— ¡Gracias, Dios mío! exclamó la condesa.

— Abrazá y perdona á tu madre, María, dijo el general. Todos hemos sido desgraciados; pero este momento de felicidad solo es comparable á los que se gozarán en los cielos.

— María trató de arrojarse á los pies de la condesa; pero ésta la levantó en sus brazos, le besó la frente, las mejillas, los ojos, lloraba, rein, estaba á punto de volverse loca.

— ¡Ah! hija mía! Hija mía! Tú me has vuelto la dicha y la paz de la vida. Tú has quitado de

mi corazón un peso terrible que hacía diez y seis años que lo oprimía: tú eres el ángel del cielo que va á acompañarme en mi soledad. Vida mía, olvidas que te abandoné recién nacida! Olvidas que durante tu juventud no he sido tu madre! Olvidas que por mí has sufrido el hambre, la vergüenza y la desnudez!

— Señara y madre mía: no me acuerdo sino de que os tengo entre mis brazos; que confundí mis lágrimas con las vuestras, que soy feliz en poder pronunciar ese nombre sublime y delicioso de madre.

— Ahora, dijo el general, es menester pensar en la suerte de María. Haced que venga D. Fernando aquí, condesa. La condesa salió y regresó en breve, acompañada de Fernando.

— Señor García, le dijo el general, nuestro amor y vuestros votos se ven hoy cumplidos. Aquí tenéis á María: no es una muger del pueblo; no es una ballarina: es la hija de un valiente soldado y de una noble señora.

— ¿Cómo?... explicadme.

— Es nuestra hija, Fernando, interrumpió la condesa, y si vos lo queréis, será vuestra esposa y llevará un noble apellido, y cien mil pesos de renta. ¿Qué decís?

— Que la admito por esposa, porque la adoro, señora, y porque un caballero debe satisfacer lo que debe al honor. En cuanto al dote, lo renunciaré para ella, pues ya tengo á quien dedicar mi existencia y mis pensamientos.

— Abandonad esas locuras, Fernando, interrumpió el general: la condesa y yo somos ricos, y todo, todo es para la felicidad de nuestra hija. Esta noche os casareis, y mañana partireis á Nápoles: dentro de pocos días, la condesa y yo nos reuniremos con vosotros, y en esa tierra de cielo azul, de brisa perfumada, como la de Granada, pasaremos felices y tranquilos el resto de nuestra vida.

Con efecto, en la noche se casaron María y Fernando, y al día siguiente tomaron el camino de Nápoles. A los dos meses, la condesa de Peña-Negra y el general Bernardes se casaron también y partieron á reunirse con sus hijos.

Dios hizo desde entonces á toda la familia, la más feliz de la tierra.

Agosto de 1843.—MANUEL PAYNO.

REKIZ el hombre que no sale en su vida de una honrosa mediocidad. No lo rodeará la lisonja ni la opulencia; pero en cambio trascurrirá su vida apacible y pura, como los ignorados y tranquilos arroyos que corren en el desierto.

La embriaguez de la adulación, es más que la del vino.

La indolencia es el sueño del talento.

JUANIL

NOMA DE NUEVO LEÓN

RAL DE BIBLIOTECAS

ESCENAS DE LA VIDA DEL GENERAL

DON JOSE MARIA MORELOS Y PAVON.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

D. JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN

DIRECCIÓN GENERAL

ACABABA de tronar el grito de libertad en Dolores, el pueblo mexicano había despertado á una vida de gloria: veloz como el relámpago se había difundido el entusiasmo patrio hasta los mas remotos confines del continente, y las sangrientas escenas de Guanajuato tenían contrahados á nuestros aulaces dominadores.

La voz de un párroco sesagenario, poco antes entregado á las tranquilas ocupaciones de la ciencia, la industria y los deberes de su ministerio, fué una convocacion de guerra que encontró eco en todos los corazones.

Desde el opulento hacendado hasta el humilde labrador; desde el sedoso letrado hasta el indio abyecto, todos se improvisaron guerreros y en chusma turbulenta y desordenada salian de la capital de Valladolid con direccion á México.

Digna de Tito Livio era la pintura de un ejército de mas de sesenta mil hombres, la mayor parte medio desnudos, en marcha confusa, armados de hondas, de palos, de picos, de fusiles, de machetes, y de instrumentos de labranza, enarbolando lienzos de distintos colores, llevando algunos de ellos estampados la imagen de la Virgen de Guadalupe; empapados otros en la sangre vertida á torrentes en *Granaditas*, y esta multitud mezclada de mugeres, de niños, y de ancianos, todos entusiastas, todos con un solo corazón para sentir el fuego de la libertad, y con una voz que lanzaba un anatema de esterminio contra la España.

En un pueblecito miserable, llamado *S. Miguel Clara*, distante cuatro leguas de Valladolid, mientras atravesaba el llamado ejército, recibian los obsequios de una persona particular los primeros cuerdillos, en una casita de la plaza.

Se hablaba con orgullo de las pasadas victorias, se recordaban con alegría los heroicos hechos, se soñaba en laureos y renombre, y la alegría y el entusiasmo regocijaban los pechos y daban animacion á los semblantes.

Entre tanto, sonaban fuera de la casa los gritos de la chusma belicosa que victoreaba á sus gefes idolatrados, al pasar frente al lugar en que estaban posando.

Mientras la oficialidad, en su mayor parte no muy subordinada ni circunspecta, bebía y charlaba estrepitosa en un extremo de la mesa, en el

otro conversaban con calor dos personajes que quiero describir.

Era el uno de cabello cano y frente morena y espaciosa, su mirar concentrado y enérgico, su nariz aguileña, y su cabeza inclinada hácia adelante, que se veía por el peso de los años ó agobiada por sus grandes concepciones, como se doblaba la rama cargada de frutos.

Formaba contraste con tan grave personaje, el joven con quien hablaba; serto su edad como de treinta años ó treinta y cinco á lo mas, sus maneras francas, su frente espaciosa; pero cubierta por sus rizados cabellos rubios que caian sobre ella en desorden, su mirada ardentísima, su hablar resuelto, y su continente marcial.

— Señor cura, decía, dejeme vd. con mis dragones, que vive Cristo! que no me queda titere con cabeza, y créase vd. que mientras no se discipline esa chusma, no vale un camino.

— Sin embargo, Sr. D. Ignacio, ella ha vencido en *Granaditas*, y sesenta mil hombres y valientes no son fáciles de destruir; ademas, se que ellos aprenderán.

— ¡Sesenta mil hombres! véalos vd., unos cargan con sus hijos, otros quieren ir en formacion como quien vá á una romería, y hace poco, ¡yo! vd. que me tuvo que echar á pechos un vaso de aguardiente, para desengañarlos que no tenia veneno....

— Vd. lo quiera todo en una hora.
— No, señor; quiero que el soldado sea soldado, que se subordine, porque si no, ¡vive Dios!...
— Vea vd....

— Vimos, calma, que todo se remediará.
— Pues á ese paso....; pero yo los arreglaré fuera mugeres, fuera muchachos, su ejercicio, su ordenanza.

— Esos son castillos en el aire; tienen escuela donde aprender, y parece que no han estado muy torpes en la primera leccion; dígalo *Riño*.

— Mas se hubiera acalorado la conversacion, si la presencia de un personaje que se acercó con paso tímido, y rozó con su vestido el respaldo de la silla en que estaba uno de los interlocutores, no hubiera interrumpido la conversacion.

Era un hombre de regular estatura, pero robusto; su color trigüño, un poco pálido; el cabello áspero caia sobre su frente con descuido;

su barba terminaba como una línea á la mitad de su carrillo; su ceja era fruncida, y su nariz roma; su labio superior, tosco, con una ligera expresión de sonrisa; pero en sus ojos ardientes, penetrantes y vivísimos, revelada una alma enérgica y emprendedora.

Aceróse, como he dicho, con embarazo y poca gracia á los personajes descritos, y con dificultad expresó tartamudeando, que deseaba se le admitiese en la clase de capellán del ejército, para lo cual tenía licencia.

—¿Cómo es eso? ¿Se resuelve vd. á abandonar su curato?

—Sí, señor.
—Y está vd. decidido á cambiar una vida tranquila por nuestras aventuras?

—Hace tiempo que lo estoy.

Hablaron luego en voz baja los tres que sostenían el diálogo, mientras los curiosos y la oficialidad burlona y maligna, se divertía á costa del original capellán que iba á tener.

—¿Han visto vdes. una figura más poco militar? ¿Quién lo conoce?

—Es el cura de Cárnicuaro.

—¿Cómo se llama?

—No recuerdo; pero se cuentan de él mil estoriaciones.

—Es un hombre oscuro, sin carrera.

—Dicen que es hijo de un carpintero, que se dedicaba hace algunos años á la herrería, que en uno de sus viajes compró en México un *Nebrija*, y después de estudiarlo, cuando tenía 25 años, se le metió en la cabeza ser clérigo.

—Estamos haciendo tal adquisición de padres, que se hace increíble cómo anda el diablo tan suelto entre nosotros.

—Silencio, oírnos lo que responde: acaba de preguntarle el señor cura, que cómo se resolvió á seguirnos.

Callaron todos, y se oyó la voz del cura de Cárnicuaro que decía:

—Vias, como dije á vdes. á Valladolid en fines del año pasado, á la casa de mi hermana; convidáronnos á un coloquio, y no faltó allí quien hablase del tumulto de Iturrigaray, y las prisiones ejecutadas en aquellos días (la voz del cura se animaba gradualmente), no sé lo que sentí; se me representó nuestra opresión, nuestro odio, y concebí un odio contra los tiranos que me tuvo inquieto, y engendró espontáneo y eterno un pensamiento de combatir por la libertad de mi patria.

—Bien, muy bien.

—Retíreme con esa idea, proyecté construir un fortín en mi curato, soñándolo punto de defensa; allí á mis solas, después de mis trabajos, pensaba en ejércitos, en asaltos, en victorias, y lloraba después al ver mi ignorancia en todo. Al decir esto, su voz era de trueno, su mirar impo-

nente, tenía arrebatado y esternecido á su auditorio.

—Padre: me parece que mejor ha de ser vd. un general que un capellán. Vamos, déjese vd. de cosas, arroje la turca y cargue contra el mundo si se nos oponen.

—Un pliego de papel.

Llovieron el papel, escribieron, y al calce firmó el anciano que estaba en la cabecera de la mesa: *Miguel Hidalgo y Costilla*.

—Con que lo dicho: á revolucionar el Sur, y veámos si de aquí á algún tiempo recibimos cartas del coronel Morelos, que anuncian que han ólido su pólvora en Acapulco.

—Camarada! venga un abrazo: si algo se ofrece, cuatro letrados, ya sabe vd., á *Ignacio Allende*, y vive *Cristóbal* que aquí está un corazón que sabe ganarse amigos.

Quedaron unos murmurando, otros aplaudiendo al coronel Morelos, mientras éste silencioso y modesto, tomó su casaca para su curato, sin más auxilio que el del cielo; pero ufano, con el pensamiento suadaz de dirigirse á Acapulco dentro de pocos días.

Trasladémonos ahora al cerro del Veladero, situado en la costa de Acapulco: el cura de Cárnicuaro acababa de llegar con cerca de 700 hombres; mientras su tropa se alojaba y disponía á resistir al enemigo.

—Galana, dijo á un oficial, ¿deje vd. recordado á Avila el Ahuacatlillo?

—Sí, señor.

—Y ese Niño, cuándo le llora en el oído á París?

—Yo creo que para principios de Diciembre entrante lo tenemos encima, y estaremos en apuros.

—¡Apuro! En poca agua se ahoga vd. ¡No ve vd. que salió del curato con dos *trabucos* y una *carabina descompuesta*, y ahora ya hasta artillería tenemos!

—Sí, artillería, un señor Niño.

—Ese Niño ha de dar muy malas noches á los *gachupines*: no se olviden las avanzadas por las *Crucex* y *San Márcos*.

—No, señor.

—Vaya vd., que yo mientras soy ingeniero, con cueros de res y con latillos.

El día 8 de Diciembre de 1810, serían las ocho de la mañana cuando distinguieron á D. Francisco París, que venía sobre el campo de Morelos con 1500 hombres; éste hizo al principio varias tentativas para evitar un rompimiento en que iba á derramarse sangre de hermanos; todo fué en vano, empeñóse la lid, las fuerzas de París combatían con increíble denudeo; el señor Morelos resistía con igual intrepidez. Montado en un brioso caballo, con su lanza en la mano, recor-

ría los puntos más comprometidos, animaba con su ejemplo á los soldados, distribuía sagaz las fuerzas, se multiplicaba en sus acertadas disposiciones, y una no desmentida serenidad infundía esfuerzo á sus soldados.

A la caída de la tarde retiróse el enemigo avergonzado, y las fuerzas insurgentes proclamaron con delirio el nombre de su gen.

No era aquella gente una chusma desordenada que atacaba en grupos, que se descarriaba desobediente, ni eran soldados subordinados que con regularidad y con destreza se defendían.

París se retiró á *Jondalepe* para volver de nuevo á la carga, después de reponerse un poco.

No perdió un instante Morelos, estable negociaciones secretas en el campo enemigo, se impuso de sus oficiales, de las cualidades de estos, hizo que los principales un capitán,

D. Mariano Tabares, ofendido por haber sido preso en aquellos días, porque desaprobó la prisión de Iturrigaray.

Era una noche oscurísima; el ruido de las olas y el grito de quién vive! de los centinelas interrumpía solamente el silencio; el señor Morelos se paseaba inquieto en su curato, reflexionando su crítica posición por la carencia de víveres, y conociendo que necesitaba una victoria para acreditar su nombre á inspirar confianza á sus soldados, fijó el codo sobre una mesa que allí había, apoyó su frente abrazada en su mano, después tomó una pluma, trazó algunas líneas, y una expresión de júbilo bañó su semblante.

—Señor ayudante, exclamó, que me llamen á D. Julian Dávila.

—A pocos momentos se presentó éste.

—Señor!

—Báscume vd. á D. Márcos Landín.

En presencia de los dos extendió Morelos el papel donde había trazado las toscas líneas, y poniendo un calabón en manos de uno de ellos para que sirviese de contrasena, los dejó partir.

Los soldados no sabían donde los llevaban. La mayor parte de ellos quedó oculta en un bosque.

Repentinamente rompió la oscuridad el relámpago vivísimo de sesenta armas de fuego disparadas por los insurgentes en el centro del campo enemigo; poblaron los aires los gritos de viva Morelos, y muera los tiranos! Introducida por la inesperada descarga la confusión, muchos huyeron espantados, otros se rindieron, y París mismo lleno de pavor, salió disfrazado del campo preguntando por Morelos, ardid que le salvó la vida.

La sorpresa anterior reveló á la luz de la victoria, no á un guerrillero temerario y constante, no la mano que ejecuta á ciegas su venganza, sino la inteligencia sagaz y combinadora, terri-

ble en el ojo; era la fuerza dirigida por el talento, combinación hasta entonces descuidada entre los insurgentes.

Ochocientos prisioneros, setecientos fusiles, cinco cañones, y algunas cargas de parque, víveres y dinero, fueron el resultado de esta empresa gloriosa.

Poco tiempo reposó Morelos á la sombra de sus nacientes laureles. Uno de los días de Febrero de 1811, serían las cuatro de la mañana, cuando á cierta distancia de la fortaleza de Acapulco brillaba en el campo una luz solitaria, defendida del viento un farolillo, la tropa marchaba en el mayor orden y silencio, se oía el rumor de las pisadas, y las toses reprimidas de los soldados.

El señor Morelos marchaba risueño como siempre que se veía frente al peligro.

—Señor cura, mucho temo una traición, porque no han contestado con su luz á la de nuestro farol.

—Tengo dadas mis disposiciones; creo que Gago no nos venderá; pero siempre y desconfiando, he distribuido la tropa de modo que no toda se comprometa; que no muevan el farol de *Puente de Hornos*.

—Mi general, avanzáremos nosotros, darémos la contrasena, y después irá vd.

—No, marchémos adelante, muchachos.

Llegó la tropa hasta la puerta de la fortaleza, parecía está desierta, mantúvose algunos momentos indecisa la tropa, nada interrumpía el silencio. . . Oyéronse unos pasos, y por la cerradura preguntaron con misterio:

—¿Viene ahí el señor cura Morelos y el comandante Tabares?

Morelos dijo á otro que respondiese que no; hizo así, y á esta palabra se coronó súbitamente el castillo de gente; parecía un volcán la fortaleza, retumbaba el suelo con el estampido de la artillería, y eran tan redobladamente sostenidas las descargas, que brillaban los alrededores del castillo como si este se hubiese incendiado; la reflexión del fuego en el foso, el sillar de las balas, las nubes de humo rasgábanse por los relámpagos de nuevas descargas, y sobre todo la sorpresa, desordenó al ejército insurgente, solo Morelos en pie y tranquilo, parecía complacerse en aquel espectáculo terrible.

Conociendo que era menuda que huiesen sus soldados, los echórtó á volver el frente al enemigo; revolviéndose indecisos, tronaba su voz ahogando la grita de la soldadesca española, y oyéndose entre el estrépito de los cañones por fin, deshábábase su gente y emprendía la fuga.

—Correís, cobardes, exclamó iracundo; yo les pondré un puente que facilite el paso; y tomando la delantera de la tropa, se arrojó al suelo en un estrecho de preciso tránsito. Los soldados retrocedieron espantados á vista de aquella bar-

ra, levantaron á su general, y se unieron á su derredor con entusiasmo.

—Por qué hoy vdes.? ¿No estábamos ya fuera de peligro?

El virey Venegas conoció la superioridad terrible del nuevo campeón que saltaba á la arena, y mandó numerosas fuerzas para que lo persiguiesen; pero como la relación minuciosa de sus encuentros y victorias no es de mi objeto, ni posible de reducirse á los límites de un artículo, dejo al escaso biógrafo tan preciosos materiales, para elevar una sublime columna de honor á su héroe, mientras yo cambiando las decoraciones de mi teatro, traslado la escena al frente de Tixtla, ocupada entonces por los comandantes españoles *Cosío* y *Guevara*.

Brillaba la feliz aurora del 14 de Agosto de 1811; el alegre toque de flauta despertaba al soldado, para que realizase sus sueños bellicosos; el canzonero de saludo era como el himno á la salida del sol, y el ruido de las armas, el relinchar de los caballos y todos los aprestos militares indicaban la proximidad de la batalla.

El sol doraba el campanario del pueblo de Tixtla, coronado de tropas realistas y fortificado, lo mismo que la plaza del *Calvario*, que dejaba ver de trecho en trecho en sus reforzadas trincheras aprestada la gruesa artillería.

Pero el humilde cura de *Caracurao*, aquel hombre oscuro y sin carrera, había desplegado su vuelo de relámpago, y era el general adulto, por la victoria, y había caminado desde la ardiente costa de Acapulco hasta Tixtla bajo un dosel de laureles; sus criados que eran entonces toda su compañía, se habían tornado en un ejército respetable, valiente y moralizado, y en su derredor levantaban sus frentes los Galeanas, los Matamoros y los Bravos.

La campaña es el festín del soldado, por eso se impacientaba los insurgentes á la vista de Tixtla, y por eso un clamor de júbilo mezclado á la música y los vivas, respondió al primer bonazo disparado desde las trincheras de aquel pueblo, á las nueve de la mañana.

El cielo estaba sereno, el campo alegre, y por la impaciencia tranquila subió lenta la columna de humo de los primeros fuegos. Morelos continuó su conversación llena de donaire y cuentos oportunos, mientras las granadas reventaban á su frente, y se cruzaban las balas en todas direcciones; tenía su traje sencillo, su *chageta de lienzo*, su pañuelo blanco cuidadosamente amarrado en la cabeza.

Repartíéronse en orden las tropas; al principio se interrumpió el tiro, después empezóse en una parte, en otra; hizoce por fin general una nube espesa ocultaba la población y el campo: como sombras veíanse discurrir los soldados

y surcaban las ráfagas de fuego de las descargas, y las llamaradas del cañon, aquel humo negro, y amarillento por el resplandor vivísimo del sol.

Defendíanse los realistas con una intrepidez increíble: con encarnizamiento combatían los insurgentes: retemblaba el suelo al estampido de los cañones, y los ecos de la música marcial enardecían las almas y levantaban clamores entusiastas, entre los que se percibían el resollar de los caballos fatigados ó el gemir doliente de los moribundos.

Se alzaba la llama del cañon en un punto comprometido! Alumbraba la frente imposible de Morelos que alentaba á sus compañeros. Retumbaba un acento en medio de la mas empinada trinchera! Era la voz de Morelos.

—¡Cuidad en el áite mil vivas alegres! Era la presencia de su general, á quien lo saludaban como á un Dios, con ternura, con la seguridad de vencedores.

El combate se prolongaba, manteniéndose indeciso hasta mas de la mitad del día, aunque el esfuerzo no minoraba; en las tropas insurgentes se comenzó á notar la escasez de parque que se hizo muy sensible á la caída de la tarde; en estas circunstancias empeñose una vivísima lucha en una batería antigua, se distinguió allí por su arrojo temerario un joven moreno de ojos ragados y vivísimos, y que reía en medio del asalto, dejando ver su dentadura blanquísima.

El muchacho alegre, insolente, todo lo animaba, y su alborozo inspiraba ardimiento y placer; de repente desaparece de entre sus compañeros, deslízase arrojándose como una serpiente bajo la rueda contraria, y al ir á dar fuego un artillero, dispárale un tiro, apoderase del cañon, levanta en sus manos un saco de pólvora, y lleno de gozo les grita á sus amigos: —¡Ya tenemos parque!"

Este incidente infuyó no poco en aquella acción; los realistas se defendían con despecho: el sol estaba al ocultarse, suspendido en el borde del horizonte, cuando una llama ardiente penetró entre el torbellino de humo, y gritaron: ¡quemazón!"

Efectivamente, comenzaron á arder las principales casas del pueblo, erujían las vigas, y de tiempo en tiempo se desplomaban las techos, cuando las llamas para trépar después arrojadas en las paredes y levantarse terribles.

La confusión no tuvo límites, los lloros de los niños, los alaridos espantosos de las mugeres. Los realistas desamparados refugiáronse en la parroquia, sonaron las campanas, y el cura de ella, agente servilísimo de los españoles, se presentó en la puerta de la iglesia; Morelos le mandó que se retirase, y no perdió momento en reparar las fortificaciones, previendo que podía ser hostilizada aquella plaza.

Después de dejar guarnecido el pueblo con 104 hombres al mando del intrepido Galeana, pasó Morelos á Chilpancingo donde se solemnizó con diversiones públicas la Asunción de Nuestra Señora, patrona de aquel pueblo.

En el mismo día se supo en Chilapa, cuartel general de los españoles Fuentes y Recacho, la salida del Sr. Morelos, y la falta completa de parque de los de Tixtla.

Fuentes precipitó su marcha, y penetró con aire triunfal por algunas calles del pueblo; pero al llegar á las trincheras de la plaza, encontró una resistencia que no esperaba.

En medio de las diversiones dieron á Morelos esta noticia en Chilpancingo, y le pedían parque con suma urgencia; pero aunque en aquel pueblo había una fábrica de pólvora, estaba húmeda é inservible; Morelos dijo al correo que al otro día haría una visita á Galeana, que lo esperase por Cuauhtlapa.

En efecto, la mañana siguiente en medio del mas empinado tiro, y cuando entreveían los españoles insolentes una victoria, suena repique á vuelo en la parroquia de Tixtla, los realistas lo interpretan como un ardid, para excitar al entusiasmo insurgente, y casi tocaban con la mano las trincheras, preguntando con mófa si estaban locos, cuando el cañon Niño tronó á sus espaldas en una altura.

Volvieron el rostro y vieron al Sr. Morelos con el lanzatigo aun en la mano, porque él había disparado tiro tan certero.

Los soldados insurgentes respiraron aquel aire de victoria que rodeaba á Morelos; los vivas llenaron el viento; las músicas y el repique alegraban las almas; quisieron los realistas formar cuadro; pero saltando la trinchera entre una nube de humo, y blandiendo su lanza Galeana, se arrojó entre ellos, los desordenó violento como el rayo; acudieron sus fieles soldados, y los lanceros impetuosos de Morelos, y entonces la batalla fué completa y la cañillería horrible; quedaron en el campo lagos de sangre; corrían al acaso caballos sin ginetes, y veíanse revolver los heridos en el suelo; hicieron los insurgentes cerca de ochocientos prisioneros, descañonados muertos, recogiendo ademas equipages, municiones y víveres. Nada faltó para hacer brillante esta victoria, ni la muerte de un traidor, porque fué cogido prisionero Gago el de Acapulco, y mandado fusilar al instante.

En la noche de ese día dictaba Morelos á su secretario una carta dirigida á Rayon, en la cual entre otras cosas le decía:

Hasta esta fecha, 16 de Agosto de 1811, he tenido veintiseis batallas, ventidos ganadas completamente, y en cuatro hice una retirada honrosa.

Lejos de envanecerse con una carrera triun-

fal magnífica y feliz, que hacia ondear el pabellon insurgente en casi todos los puntos del Sur de la provincia de México, con un ejército que los adoraba como á un padre, y con un prestigio robusto y prepotente, manifestó en la administración civil un juicio y un talento admirables (1); su primer principio fué no hacer variacion ninguna en el estado de las cosas, limitándose á remover las personas que no le inspiraban confianza, para lo cual nombró intendentes y subdelegados; pero la administración de justicia y la de hacienda continuaron en los términos establecidos por las leyes, sin permitir que los comandantes se arrogasen ni la una ni la otra, como sucedia frecuentemente entre los gefes insurgentes que no estaban bajo sus órdenes; tampoco se permitió á los gefes militares imponer contribuciones, ni molestar los habitantes con vejaciones arbitrarias, tan comunes en otras partes; y que habian hecho odiosa la insurreccion.

La junta de Zitácuaro entendia inmaduramente en el sistema político, en los momentos que se disputaba palmo á palmo el terreno, y cuando no había aun naciones de que fuesen representantes aquellos miembros.

Desaba el Sr. Morelos el establecimiento de un gobierno; pero lejos de convertirse en intérprete arbitrario de la voluntad nacional, quería que fuese esta declaracion obra del pueblo, cuya soberanía reconocia.

Rehusó reconocer el título hipócrita que tomó la junta de Zitácuaro, de representante de Fernando VII; y aunque esto se quería palmar como medida de conveniencia y de una política sagaz, el Sr. Morelos no quiso que aquel cuerpo tuviera otros títulos que los que le otorgase la espontánea voluntad de los pueblos en el goce de sus derechos.

Estos rasgos pintan el instinto de la política verdadera, como agente de la felicidad comun, y no como el arte de la superchería y del engaño. En nuestros tiempos hemos visto muchos sucesores audaces de las pitonisas de la antigüedad que quieren interpretar los oráculos de su divinidad, el pueblo, en quien no creen mas que cuando los incensa, ó se deja alucinar con sus doctrinas.

Grande para mí sería poderme detener en la relación de las victorias del Sr. Morelos, que sucedieron á las de Tixtla.

Chilapa, Izúcar, Tenancingo y otros pueblos aclamaron su nombre victorioso, lo vieron terrible en medio del calor de la batalla, lo admiraron en el campo de Tenancingo, enfermo, sobre una caja de guerra, en medio de las balas, dando sus órdenes tranquilo y risueño, como si asistiese á un festín; allí tambien lo vieron par-

(1) Mora, Tom. 1.º págs. 307 y 8.

tir su alimento con el soldado indio, que abrirá su corazón salvaje y oprimido al rocío de una amistad generosa y franca.

Pero ha llegado Morelos á Cuautla de Amilpas; y quiero descansar con mis lecturas, mientras la pluma fácil del Sr. Mora (1) nos describe aquel lugar, donde germinaron tantas hazas.

«La población está formada sobre un terreno de poca elevación, que domina las cercanías á considerables distancias, y á las inmediaciones de la línea interior en que terminan las casaca, se hallan grandes plantas de plátanos y arboledas espesas; su mayor extensión es del Norte á Sur en poco mas de media legua, y su anchura de Este á Oeste no excede de un cuarto de legua. En la parte del Oeste corre de Norte á Sur una atarjea de mampostería, de vara y media de espesor, que va gradualmente elevándose de doce á catorce varas, y termina en la hacienda de Buenavista: entre el pueblo y las lomas de Zacatepec, que se hallan al Este, corre el río cuya caja es de mas de doscientas varas; pero en su corriente, aunque abundante y rápida, no ocupa por lo común sino una parte muy corta, cifendose á un canal de doce á quince varas.»

En los primeros días de Febrero de 1812, salió de México D. Félix María Calleja con dirección á Cuautla, al frente de un ejército que había llenado de terror el Bajío; el 15 dejó el campo de Pasillo, con el objeto de reconocer á Cuautla, y el 16 formalizó su primera tentativa de asalto.

Desde una altura percibió el ejército el general Morelos, que platicaba festivo con sus oficiales.

«Está vd. cierto de lo que me dice, curial? Dirija esta pregunta á un hombrecillo de mediana estatura, rubio, picado de viruelas, y con unos ojos azules llenos de viveza y expresión: era Matamoros.»

«Como si estoy cierto? Son mas de ocho mil hombres; uno á uno no hemos de dejar ninguno, y si no, permítame vd. que les vaya á saludar, ipso vobis de...»

«Coronel General vd. sus bríos para Buenavista, y cuando con el nombre no hay que cogerse por fada de esta vida. ¡Y dígame vd., Sr. Galeana, San Diego que tal está de fortificada! porque lo que de noche se hace...»

«Es cierto, señor; se trabajó toda la noche pero no por eso está mal.»

«¡Hola! ¡Hola! Vean vds., dijo con interés Morelos, parece que tiene mucha prisa de saludarnos Calleja; forzoso será dar nuestros órdenes para recibirlo. ¡Mi escolta! ¡Dragon, acerca mi caballo!»

Galeana se puso al paso del general, y aunque dócil y tímido en su trato, le rogó encare-

cidamente no se aventurase en un reconocimiento imprudente.

«Déjeme vd. (1); Galeana, sólo voy al Cuartel á reconocer con mi antejo al enemigo.»

«Acompañaré á vd., mi general, replicó el valiente.»

«No, no es necesario; voy de paseo.»

Y el invencible Galeana se morfió en silencio los labios, y pensoso vio alejar á su amigo general al frente de su escolta.

«Está visto, dijo casi con las lágrimas en los ojos y sin perderlo de vista, va á ser una de las suyas; ¡y estar yo aquí!»

«¡Hola! Señor oficial, continuó, mande vd. poner al momento vigías en las torres que observen al general.»

Pasábase inquieto Galeana cerca de su caballo, reprimiendo sus tentaciones de montar, y acrobizando su crin negra como el zano.

Oyóse de repente el fragor de la artillería, que desde antes habia emboscado Calleja á los indios del camino: espantados los vigías de las torres, gritan: «que nos cogen al general!» y Galeana en su corcel, rápido como la voluntad de Dios, desapareció al socorro de su jefe.

Entró tanto, al rededor de Morelos se habia agrupado la fuerza enemiga, la sorpresa y la lluvia de balas dispersaron su escolta, no quedando sino muy pocos á su lado: junto de él acababa de caer, acerbillo de heridas, un soldado querido; se revolvió en un círculo de enemigos como un león cercado de diestros cazadores; pero se hacia campo con sus armas, disparando sus pistolas á los que mas de cerca lo seguían, y sin perder su gravedad magestosa y tranquila. «¡Muchachos, decía con fiema, no corran, que las balas no se ven por la espalda (2).»

«Mi general, mi general, salvémosnos, corramos, mi general.»

«Mas honroso es morir matando, que entrar en Cuautla corriendo.»

«Avancémos, mi general.»

«Este es el paso de mi caballo, el que quiero que lo siga.»

Los realistas creían tener su presa entre las manos, anticipaban gritos de contento y redoblaban su esfuerzo.

Mientras en el campo de Morelos cundía la confusión y se propagaba la alarma, en los momentos mas desesperados apareció el acero invencible de Galeana y de sus arrojados cazados: como el huracán dispersa las arenas, abuyentó á los que cercaban á Morelos; los soldados se encarnizaron al estremo de arrojar las armas de fuego para combatir con sus machetes.

El ejército, después de recobrado su general,

(1) Bustamante, Cuadro histórico, carta 4.^a pág. 2.^a

(2) Bustamante, id. id. id.

lloraba de gozo, y Galeana con la risa en los labios y las lágrimas en los ojos, no cesaba de abrazar á su general, haciéndole al mismo tiempo cariñosas reconveniones por su arrojo, y sobre todo, porque no lo habia llevado consigo.

Al siguiente día, el ataque fué mas formal: Calleja marchaba á la retaguardia de su ejército en un coche, seguro de su triunfo; penetraron los realistas por la calle Real, la artillería y la infantería redoblaban sus tiros, cubriábase los contendientes con una nube espesísima de humo, poniéndose á medio tiro de la trinchera de la plaza de San Diego.

El coronel que mandaba aquella seccion perció á Galeana, sublime y terrible como era siempre en medio del combate, y dejando oír su voz entre el estruendo de las armas, le gritó desprendiéndose de sus filas:

«¡Ah infame! Sal, que á ti te buscaba.»

Galeana estaba á su frente. Disparóle el español una pistola, sonrió Galeana, apuntó al insultante coronel, y cayó en tierra.

«Era valiente, dijo Galeana; y lo condujo en sus brazos dentro de la trinchera para que le ministrasen los auxilios divinos.»

La tropa realista seguía enfurecida su lucha; penetró por el interior de las casas barrenándolas para comunicarse por este medio: las familias se arrojaban desprovistas ante la soldadesca ciega, y se multiplicaban escenas que desgarraban el corazón.

Un malvado propagó dentro del campo insurgente la voz de que Galeana habia perdido la plaza: cundió el desaliento, quedó la batería de San Diego casi solitaria, y solo un jovencillo oscuro estaba junto á la artillería. Aprovechándose de su desamparo un dragon, le hirió en un brazo; derribado el joven, dejando un rastro de sangre en el suelo en que se arrastraba, y alzándose con dificultad, prendió fuego al cañon, contentiendo al enemigo que avanzaba sobre la batería.

Quedaron en el campo como 400 cadáveres, y muchos fusiles que recogieron los insurgentes.

«El día 20 de Febrero de 1812 remitió Calleja al virey el estado de muertos, heridos, contusos, estraviados en la accion del día anterior, en los términos siguientes (1):

Oficiales muertos, 4.—Heridos, 7.—Contusos, 11.

Muertos de tropa, 15.—Heridos de tropa, 65.—Heridos levemente, 40.—Contusos de tropa, 43.—Estraviados, 3.

Mas en el oficio ó parte de 21 del mismo mes, se expresa así:

«Yo me encuentro embarazado con mas de 200 heridos y enfermos mal asistidos, que dudo si los remitiré á Orizaba, desde donde por Chal-

co podrán con menos incomodidad dirigirse á esa, ó si me sitúan en alguna hacienda inmediata por no esponerlos á que el camino los empeore.»

El día 5 de Marzo (2) Calleja comenzó formalmente el sitio, pronunciando que no dejara piedra sobre piedra de la población rebelde, y creyendo fácil de realizar sus proyectos exterminadores en poco mas de ocho días. Aunque en lo público se menta oficialmente, exagerando los triunfos de los realistas, y pintando Cuautla como un sitio sin importancia, muy fácil de someterse á la obediencia, sofocando así la revolución en el Sur de México, la correspondencia reservada entre el comandante en jefe y el virey era amarga, y en sus groseras contradicciones realzaba los talentos de Morelos, presentándolo realmente como un enemigo astuto y formidable.

Los disgustos entre Calleja y Venegas habian llegado á conocimiento del público, debilitando la opinion entre los realistas mismos, y siendo eficaz agente del prestigio del general Morelos.

Desaba Venegas que en un asalto y por la fuerza de las armas, se terminase una lucha que tenia despertada la atención; y Calleja por su parte rechazaba aventurar en un ataque la nobleza adquirida en sus anteriores campañas. Veía uno la exigencia del asalto como una venganza, y el otro interpretaba las demoras del sitio como ineptitud y cobardía.

No obstante, se prodigaron á Calleja los recursos, situándose en Chalco tropas suficientes para mantener franca la comunicación con México.

Entre tanto, el general Morelos en su terreno sumamente abierto con sus reducidas fuerzas, y sin mas recursos que su ingenio y su inflexible constancia, recurria á sus inspiraciones, y todo lo creaba para resistir al enemigo.

Se provió de viveres, improvisó trincheras, entabló relaciones con algunas de sus partidas errantes para interceptar las comunicaciones del gobierno y proporcionar los recursos, y amplió su talento inagotable las fallas todas que se notaban.

Ya como guerrero, el primero en el campo, sus huellas guiaban á sus soldados á combatir ya como general astuto, entablaba negociaciones con los descontentos para imponerse de cuanto le convenia; ya por último, alegre compartía con sus oficiales sus alimentos, dándoles ejemplo con una conducta intachable.

Celebraba con regocijo y hacia cumplir las acciones heroicas de sus soldados; fomentaba el contento con diversiones que daban testimonio de su desprecio al enemigo, y muchas veces al retumbar el cañon y al rasgar los víres las bom-

(1) Mora dice que el día 7 se comenzó á formar, pág. 245, tom. 4.^o—Yo digo al Sr. Bustamante, carta 4.^a Pág. 11.

(1) Bustamante, Campañas de Calleja, pág. 173. Tomo II.—vii.

bas, triscaba con sus amigos en festivas jamaicas, llenando el aire las músicas miliferas.

Imposible es seguir la detenida relación de un asedio que duró sesenta y tres días, marcado cada sol con mil hazallas dignas de renombre: este ascenso forma por sí solo la epopeya sublime de la existencia de Morelos, y el panegírico completo de sus ilustres generales, es el episodio más bello de la guerra de la independencia y el orgullo de nuestros recuerdos nacionales.

Combatir día á día, momento á momento, contra fuerzas diez veces superiores, con la agonía de la sed y del hambre, con el azote de una epidemia destructora, y encontrar para todo recurso, y convertir en un festín el teatro de la muerte; hechos son estos que escritos en otro idioma y oídos por otros hombres menos indolentes que los de México, pasarían tradicionales á las generaciones futuras, cada vez con más lustre y encanto.

Pasara en silencio, el recobro del agua por el impetuoso Galeana, construyendo entre una lluvia de balas un fortín para impedir que la cortasen.

No mencionaré el ardor del capitán Anzures en medio de la noche, tocando con un tambor por diversos puntos á deguello, desconcertando así una vil tradición, y convirtiendo ésta en perjuicio de los realistas, que enojados se destruyeron mutuamente.

Mientras las numerosas huestes de Calleja, redobladas al último estremo, aun insultaban con desprecio á los insurgentes en medio de la consternación más sombría; así se expresa este general mismo hablando de los sitiados (1).

"Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla, fuese con moralidad y dirigida á una justa causa, merecería algún día un lugar distinguido en la historia.

"Estrechados por nuestras tropas, y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos, enterran sus cadáveres con repiques, en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara y bailes el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracias y de reñidión. Este clérigo es un segundo Mahoma, &c."

Las víctimas de la peste, en el campo americano, eran numerosísimas, y los horrores del hambre se hacían palpables de día en día; pero á aquel ejército de hierro nada lo desalentaba, renunciando su vigor del fondo mismo de sus calamidades.

Resolviöse, pues, Morelos á dar un ataque decisivo á las baterías del Calvario, que estaban al mando del brigadier Llano; distrajo la atención del enemigo por varios puntos donde tenia

repartida su fuerza. Lanzaron sobre el baluarte de dicho, granadas de mano, y reforzando la tropa que mandaba Morelos en persona, los valientes de Galeana, tomaron la artillería y los obuses de Llano.

Esta victoria no fué sin embargo de importantes consecuencias, porque los soldados por apoderarse de los viveres se distrajeron en la persecución del enemigo.

La dilación del sitio, las prevencciones de Calleja, y las simpatías que se habia creado Morelos en la capital misma, tenían en graves conflictos al gobierno español, que herido en lo más vivo su nombre y poder, veia prolongar sin esperanza una lucha en que se encontraba altamente comprometida su existencia.

Recurrió Calleja entonces al halago y á las promesas de indulto; al efecto, el 30 de Abril hizo señal y conduxo el alférez Calapiz al campo insurgente, indulto para Morelos, Galeana y Bravo. El primero recibió el papel, y sin vacilar escribió en su reverso: "Otorgo igual gracia á Calleja y los suyos."

La situación de Calleja llegó á ser tan comprometida, que el 2 de Mayo declaró virey oficialmente:

"Ejcmo. Sr.—Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo más pronto posible; y por lo que respecta á mi salud, se halla en tal estado de decadencia, que si no la acudo en el corto término que ella puede darme, llegarán tarde todos los auxilios.—V. E. se servirá decirme en contestación lo que deba hacer.—Dios &c.—Campo sobre Cuautla, Mayo 2 de 1812.—A las cuatro y media de la mañana (2)."

Decididase, por fin, Morelos á evacuar Cuautla, y una noche de los primeros días de Mayo, á la luz de la luna, comenzó á salir en buen orden y con las precauciones debidas el reducido ejército, por el baluarte del Agua, en medio del Calvario y Amelcingo. Galeana ocupó la vanguardia, entre ésta y el centro iba el general Morelos, mandando la retaguardia el capitán Anzures, de quien hemos hablado.

Muchos de los vecinos de Cuautla se unieron al ejército: había avanzado este un largo trecho, cuando resonó el ¡quien vive! de un centinela realista; Galeana lo contestó con la muerte; pero entonces se hizo la alarma general, y el fuego se rompió por todas partes. Los gritos de: ¡Viva nuestra Señora de Guadalupe! ¡Viva la América! fueron la señal del combate, que se empezó con encarnizamiento; no obstante, el ejército insurgente verificó una retirada lenta y honrosa, retirada que equivalió á una victoria, segun conceptuó á los americanos.

He aquí el rápido bosquejo del celebre sitio de Cuautla: en el gasto el gobierno español

1.700.000 pesos, sacrificando lo más florido de su tropa, menoscabando extraordinariamente su opinión. El sitio de Cuautla fué el sepulcro de la reputación de Calleja.

Así se expresa Zavala (1) hablando de Morelos despues del sitio.

"La fama del héroe se llevó entonces hasta las estrellas un entusiasmo que ocupaba los espíritus de los criollos. En México mismo se cantaban los elogios del campeón nacional, y su nombre ya era una señal de triunfo para los mexicanos."

Despues de la salida de Morelos de Cuautla, Huajuapán, Tehuacan, Orizava y otros varios pueblos aclamaron sus armas victoriosas. En este momento llama nuestra atención una tienda de campaña situada en la villa de Etla, cerca de Oajaca.

En el 24 de Noviembre de 1812: la tropa que rodeaba la tienda de campaña, aun no reposaba de las fatigas de un camino fragoso y despoblado.

En el interior de la tienda habia algunas piedras que servían de asientos á varios oficiales, muchos bultos de equipaje esparcidos sin orden, y algunos asistentes en un estremo disponiendo la cena.

Morelos dictaba á un oficial sus órdenes; todos lo escuchaban en silencio.

—Señor amanuense, haga vd. saber á los señores la orden del día. El escribiente leyó.

—A *acuartelarse en Oajaca.*

Todos hicieron un movimiento de sorpresa: Oajaca estaba al mando del teniente general Gonzalez Saravia, perfectamente parapetada y defendida por un ejército valiente y numeroso; la tropa de Morelos acababa de llegar, sufriendo las fatigas de un viage penoso; en su mayor parte estaba desnuda y hambrienta.

—No dirán vdes., señores, dijo Morelos á sus oficiales, que no les buseo para mañana mejor alojamiento.

—Bien, bien, mi general, verémos al famoso coronel Saravia, en esa puerta de la Soledad.

—Firme el pulso mañana, señor colega! vd. va á mandar la artillería.

—No hay cuidado, señores; aqui con mi lápiz estaba mapeando el terreno.

—Bien me parece, señor Terán.—Y vd., señor Galeana, dónde trae el mapa?

—Ahí lo formarán, señor, los cuerpos de los *gachupines* que deje tendidos.

—Eso es pedirme la vanguardia; se la doy á vd.

—El señor Bravo el centro.

—Y yo me quedo mano sobre mano, mi general!

—Señor Matamoros, vd. manda la retaguardia, y la reserva yo: ven vdes. que soy el menos ambicioso.

Ardiente es el sueño que antecede al combate. Al día siguiente, antes de las nueve de la mañana, todo estaba listo y en poder del gobernador Bonavía, una orden de puño de Morelos, intimando que se retirase antes de dos horas.

La intinación fué despreciada, y entre los gritos de júbilo rompieron las músicas, y retumbó el cañon como el primer grito de muerte ó de victoria.

La artillería obraba prodigios; el jóven que la mandaba dirigia sus tiros certeros con el mejor éxito; Morelos lo admiraba goceado de los jóves con su antejo; dejémosle notificar sus triunfos á los que tiene á su lado.

—Perfectamente, señor, Terán tomó la puntería; ¡qué horror! ha caido un soldado junto á el; pero ni movió el pulso.—¿Embarazo, ya hace trasportar á brazo el cañon de Llano: ¡Que viva! ¡Bien!... ahora corre por toda su linea, ya no lo percibo.—¡Maldita humareda! ¡Jesus!... ca cierto, véamos, véamos... saltó al puente, se apoderó de él. Valiente jóven; tú serás la gloria de tu patria; ya avanzó... ¿Dónde está? Oigan el repique; ha entrado á la plaza.

Muchachos, ¡viva Terán!!

—Asistentes, traigan aqui el almuerzo.

Esto lo decía bajo la granizada de balas del fortín de la Soledad, y en inminente riesgo; sin embargo, allí daba sus órdenes tranquilo, allí inspiraba su serenidad y ardimiento.

Entre tanto el teniente coronel Victoria sostenia una encarnizada lucha del otro lado del foso, inmediato al juego de pelota; dia empeñado el tiroto en las calles y plazas, evidenciaba los triunfos de sus compañeros que anubianaba los repiques del Cáronen, Santo Domingo y San Diego; pero sus obstinados adversarios defendidos por el foso, le dirigian una granizada de balas y hacian repique á sus soldados; resgabai el centro las granadas y bombas; en el agua del estero foso caian á plomo los cadáveres, y como fieras encerradas en una jaula, veian á sus enemigos que los burlaban con audacia.

—Aqui lo aguardamos, gritaron los artilleros realistas.

Entonces Victoria demandando el acero lea dijo: va mi espada en prendas, voy por ella; y en seguida se arrojó al foso.

A pocos momentos proclamaba la libertad sobre la muralla enemiga.

Terán, Galeana, Larios, Matamoros y Morelos mismo, habian penetrado en la ciudad, sosteniendo en cada calle un combate, disputando se palmo á palmo un terreno sembrado de cadáveres; el estrépito de las armas, el repique á vue-

(1) Bustamante, Cuadro histórico, carta 5, pag. 7.

(2) Bustamante, Campañas de Calleja, pag. 173.

lo de las campanas, los gritos de vencedores y vencidos, la confusión, el tumulto, ofrecían cierto contraste con las puertas de las casas cerradas y con el aspecto lúgubre de la ciudad, que parecía esperar conternada la decisión de lucha tan sangrienta.

Nadie pudo contener los desmanes de la soldadesca victoriosa; entregase al saqueo y al desorden; sobre el campo de muerte se entronizó la orgía. . . . Siguiéronse las repesalias y castigos. . . . Cúmpla el severo historiador con la dura ley de consignar estas manchas que afianzan la historia en el libro de la inmortalidad.

Una inmensa riqueza recogieron en Oajaca los insurgentes.

Morelos respetó al clero que lo había escarceado; el obispo tuvo un único síntoma de talento en su vida, fugarse á la hora del peligro. Este hombre servil había desertado á Morelos con cuernos y cola como á los demonios de retablo. Religión santal mas te han perjudicado, ministro como estos, que Lutero y Voltaire!

Morelos descansó de sus fatigas organizando nuevas fuerzas, visitando á sus soldados, creando una maestranza que dirige D. Manuel Terán, y tratando de borrar los recuerdos de la pasada catástrofe, con diversiones públicas y actos benéficos, captándose en poco tiempo la voluntad general.

Habían transcurrido poco mas de dos años, desde que el humilde cura de Carácuaro, al frente de una fuerza reducida y bisona, combatía por la primera vez en el Veladero con el ejército de D. Francisco Páris.

Era el día 26 de Marzo de 1813, cuando un ejército engrandecido y un general fido de su patria y mimado por la fortuna, se presentaba con sus huertes victoriosas en aquel mismo punto al que le puso por nombre con tanto dominio *Paso á la eternidad*, cuando apenas brillaba la aurora de su espléndido ingenio militar.

Preparó con detenido cálculo el ataque de la ciudad y fuerte de Acapulco; fue tomada la primera el 12 de Abril á las oraciones de la noche.

Intimóse la rendición del castillo, que estaba al mando de D. Pedro Velez, natural de la villa de Córdoba; pero este mexicano inflexible, manifestó la mas decidida resistencia.

La posición ventajosa que ocupaba, la abundancia de recursos que recibió por la isla de la *Roqueta*, distante dos leguas del fuerte, la retirada por mar, y la superioridad de sus armas, le daban si no certeza del triunfo, al menos esperanza de resistir cuanto fuese necesario para que lo auxiliasen con buen éxito las tropas realistas que enviase el gobierno.

Morelos, ingratable en concepciones felices, emprendió un sitio para él de un nuevo género,

hostilizando á los sitiados por mar y por tierra, sosteniendo recios y continuos combates.

El invencible Galeana, aventurándose en una débil canoa, favorecido por las sombras de la noche, tomó la isla protectora de que hemos hablado; sin embargo, el ejército español persistió en la defensa del fuerte.

La dilatación de un asedio que afligía tanto á los sitiados como á los sitiadores, las enfermedades y la hambre que atormentaba á los insurgentes, decidieron á Morelos á volar el castillo, tomando el terreno; pero estando para concluir esta operación, aventuró una última tentativa de asalto, en consideración á las familias inocentes que encerraba el castillo.

“El 17 de Agosto en la noche, dice el señor Morelos (1), determinó que el señor mariscal D. Hermenegildo Galeana, con una corta división ciniera el sitio hasta el foso, por el lado de los Hornos, á la derecha del castillo, y el siempre valeroso teniente coronel D. Felipe Gonzalez por la izquierda, venciendo éste los grandiosos obstáculos de profundos voladeros que ceden al mar, rasando el pie de la muralla, y dominado del fusil y granadas que le disparaban en algún número. Supúese todo, no obstante la oscuridad de la noche y la dificultad del señor mariscal, de pasar dominado del cañon y de todos sus fuegos, sin mas muralla que su cuerpo, hasta encontrarse el uno con el otro, y sin mas novedad que un capitán y un soldado heridos de bala de fusil.”

Tan imponente maniobra aterró al enemigo, suspendió sus fuegos y pidió parlamento, que dió por resultado la completa rendición del castillo, despues de seis meses de resistencia.

Por aquellos dias se hicieron palpables las diferencias entre los vocales de la junta de Zitácuaro, Rayon, Verdugo y Liceaga, encontrándose por momentos, y perjudicando notablemente la causa de la patria.

Para terminar tan odiosas diferencias, favorecido por la reciente victoria de Acapulco, creyó el señor Morelos llegado el tiempo de la reorganización de la propia junta, titulóla congreso, espidiendo al efecto formal convocatoria.

Aunque algunos han juzgado con sangrienta severidad la junta de Zitácuaro, como entredecedora de las operaciones militares, y como ávida de la resuscación de los poderes, es innegable que contribuyó eficazmente á moralizar la revolución, que se dedicó á discurrir los principios mas luminosos de libertad y de conveniencias políticas, que ramificó é hizo extensiva la revolución cuanto fues posible, y que bajo sus auspicios se dirigió la opinion pública por medio de la prensa, de la manera mas eficaz y honrosa para la nacion.

(1) Cuadro histórico, tom. 9.º, carta 95, páq. 6.

Antes de que se concediese en México la pasajera libertad de escribir, las brillantes plumas de Cos y de Quintana, discutían nuestros derechos, legalizaban nuestras causas, profundizaban cuestiones sublimes que vindicaban nuestro nombre en Europa, y creaban simpatías por nuestra causa.

El *Ilustrador americano*, debido á la ingenua imaginación de Cos, propagaba doctrinas llenas de buen juicio y claridad.

Por otra parte, los sucesos de España en aquella época, la atrevida discusión de los escritores europeos sobre los derechos del pueblo, y la lectura de las quejas de los diputados á las cortes españolas, sobre la conducta de nuestros dominadores, despertaban á México de un letargo en que habia durado trescientos años.

En México mismo, el Lic. Bustamante y otros, ya con las festivas alusiones de la crítica, ya en escritos llenos de dignidad, combatían al poder al frente de su sólo, y en medio de peligros incalculables.

Cierto es que se ansiaba por las bases de un sistema que garantizase la existencia de la nación independiente y libre; pero esto exigía detenida meditación, porque en tiempos de revueltas suele ser de finesta trascendencia toda ecaageración de principios.

La opinion de Zavala es, que el señor Morelos debió haberse restringido á fijar por sí mismo ciertos principios generales, que tuviesen por objeto asegurar garantías sociales, y una promesa solemne de un gobierno republicano representativo, cuando la nación hubiese conquistado su independencia (1).

De todas maneras parece inmadura la instalación de un cuerpo que realmente no podia ni aun contar con el terreno en que quería deliberar nada menos que sobre la constitucion mexicana.

El congreso de Chilpancingo estuvo muy distante de ser un rebaño de esclavos del poder militar; pero en cambio, si hemos de creer á Zavala, multiplicó de tal modo sus disposiciones impracticables, que hizo embarazosa la marcha de Morelos en los instantes que le era mas necesaria la concentración del poder, para obrar rápido con arreglo á las exigencias del momento. Muchas veces las imaginaciones escaldadas no calculan la distancia de las teorías á los hechos, y ya hemos visto sacrificada mas de una conveniencia pública, á un elegante giro oratorio ó al amor propio empuñado en una cuestion escolástica.

El congreso mismo parece convencido intimamente de estas verdades, pues en su reglamento redactado por una pluma que ha sido el escudo de la patria y la gloria de nuestra literatura, mas bien se establecia la división de poderes, como una fórmula consecutiva con los principios liberales y la civilización del mismo, reservando de hecho el ejercicio real del poder al señor Morelos.

Despues el congreso fué el receptáculo de quejas contra Morelos mismo, un recurso de insubordinación, y un obstáculo de los planes militares.

Debo á la bondad de mi maestro y favorecedor, el Sr. Lic. D. Andrés Quintana Roo, el siguiente documento inédito, en que se cita el señor Morelos de la conducta observada por el congreso de Chilpancingo. Dice así:

“El reglamento bajo cuyo pie se regeneró nuestro gobierno y reinstaló el congreso, V. E. lo dictó. —Haga por su parte se cumpla, é infuya todo lo posible, para que con la integridad que nos caracteriza se vaya reformando con la solemnidad de las actas, para que el pueblo no anule lo practicado, conforme al reglamento ó lo que se haga con este.—En el reglamento se queda el congreso de representantes con solo el poder legislativo, y en el día quiero ejercer los tres poderes, cosa que nunca llevará á bien la nación. Aquel reglamento se publicó; varios ciudadanos tienen copia y saben quien fué su autor. ¿Cómo, pues, ha sido esta mutación tan repentina? No hablo mas, porque á V. E. le toca, y hasta ahora no me ha manifestado su arrepentimiento ó nuevo descubrimiento. V. E., pues, tomará á su cargo la conferencia privada y particular con los compañeros, hasta allanar estos gravísimos inconvenientes.—No estoy tan ciego que no conozca necesita alguna reforma; pero ésta debe hacerse con la misma formalidad por actas disueltas, en las que sea oido el generalísimo, aquel á cuyas instancias se regeneró el gobierno. Digame V. E. su sentir, para que no perdamos tiempo.—No sé cómo se asienta en el plan que quiere adaptar S. M., que los pueblos no quieren valen en cubrir, pues con continuación están ocurriendo á esta superioridad; y ahora que estoy escribiendo ésta, acaba de llegar un memorial acerca de eso. Dios guarde á V. E. muchos años. Huacura, Mayo 18 de 1814. José María Morelos.—Escribo Sr. vocal, Lic. D. Andrés Quintana.”

Perdónese esta cansada digresión sobre el congreso de Chilpancingo, y añadiendo el orden cronológico de los sucesos, acompañamos al general Morelos despues de asegurada la fortaleza de Acapulco, y dejar instalado el congreso, en medio del regocijo general, en 13 de Septiembre de 1813.

Dirigióse Morelos á Valladolid con su división, victoriosa; y aquí comienza la serie de sus desgracias, porque hay hombres que siguen la vida de los astros; llegan al zenit, hermosos y

(1) Tom. 1.º, páq. 70.

radiantes, y no vuelven á adquirir su brillo sino pocos momentos antes de desaparecer á nuestros ojos.

El general vencedor en cien combates yace ahora sombrío y silencioso en una estancia de la hacienda de *Puruarari*; ha visto desaparecer á sus ojos lo mas florido de su ejército: á los que daba el título de compañeros y de amigos los ve en poder del hárbano enemigo retorcedo aun su nombre, y oye la mano de la guadaña de la fortuna inconstante, cavar el sepulcro de sus ilustres generales; pero nunca fué mas grande Morelos que visto á la luz livida de la adversidad.

Fue la batalla de Puruarari sangrienta, y mi pluma se resistió á describirla: el brillo del acero realista desapareció bajo la sangre americana: en lo mas recio del choque vió Morelos caer de su caballo al general Matamoros, y cargó frenético para salvarlo; pero lo alejaron, y entonces una lágrima aislada surcó la mejilla, tostada por el sol de las victorias.

La conducta de Morelos se comentó desfavorablemente, porque la adversidad no tiene mas amigos que Dios.

Morelos descollaba en medio de su desgracia, como el cedro robusto que se salvó del incendio de la selva. El 5 de Febrero de 1814, con voz segura y entera, de entre las ruinas de su ejército y su gloria, dirigió al Sr. Quintana Roo la notable comunicación que original se ha servido franquearme, y á la letra dice:

«Escmo. Sr.—Es preciso llevar con paciencia las adversidades. Acompaño á V. E. copia del oficio órden que despacho al coronel D. Victor Bravo para que mitigue en parte los cuidados, no porque yo sea capaz de quitarlos. Consultando á la mayor seguridad y economía, perderé mañana domingo en preparar los mejores lugares de Tepaniltlan, para cunto y maestranza, pues no podemos estar ocho dias sin estas oficinas; pero el lunes *Deo dante* seguiré á alcanzar el ejército, y á que nos veamos *quam proximam*. El religioso, el mal religioso despachado por Calleja (1), merece acabar sus dias en una bartolina, privado absolutamente de la comunicacion aun de los pájaros. Yo encargo á V. E. esta privacion, para que no engañe á los simples. La premura del tiempo no me permite extenderme á mas; y si no fuera arrogancia, añadiría que aun ha quedado un pedazo de MORELOS y DIOS ENTERO.—Dios guarde á V. E. muchos años. Tepe y Febrero 9 de 1814.—José Maria Morelos.—Escmo. Sr. Lic. D. Andrés Quintana Roo »

(1) Me han asegurado que estere en un fraile agustino que iba al congreso de Chilpancingo, con el objeto de ofrecer indulto á sus miembros, ó envolverlos á los mas perjudiciales á la Estada; le cogieron el apéndice con que debió haber perpetrado crimen tan atroz.—G. P.

En tropel acosaron las desgracias al ejército insurgente, y de abismo en abismo se iba precipitando á su esterminio. Hubo dia en que perdida toda esperanza aquel general Galeana, que por sus altos hechos mereció el renombre de invencible, despojándose de sus vestidos militares en presencia de Morelos, le dijese con voz entronquecida por el llanto.

General, es forzoso que nos separemos.
—Cómo! ¿Podría vd. abandonarme en la adversidad, amigo mio!

—Señor, á vd. lo defiendo su saber y su nombre, yo voy á mi pobre casa á ocultar mi vergüenza de no haber muerto en el campo con mis compañeros: vuelvo casi desnudo, y sin mas auxilio que el de Dios; yo no sé ni escribir una letra; pero labraré la tierra con mis manos y ella me sustentará.

—Cuando me llamaba la victoria, compañero, pude vacilar en seguirla; ahora que me espera la muerte, no dudo, es fuerza ir á su encuentro.

—Eso no, mi general; siganos vd., yo lo obedeceré, lo defenderé, y comeremos un propio pan, hablando de nuestras campañas y de las desgracias de la nacion.

—Vea vd., Galeana, aun tengo esperanzas; debemos continuar nuestros trabajos; si estos fueren inútiles, vd. no admitirá en sus tierras, y las labraré para ganar el sustento.

Interrumpimos este diálogo, que sucesos mas graves, deben ocupar mi pluma.

Es el 5 de Noviembre de 1815: á alguna distancia del pueblo de *Teamalaca*, se percibe un ejército custodio del congreso de Chilpancingo.

Sus ilustres miembros tocan el término de una dura peregrinacion, en medio de los sobresaltos de la guerra, cambiando de lugar constantemente por la obstinada persecucion de Negrete; impertinente y unidos en su desgracia, acababan de publicar una constitucion, en que á pesar del juicio aere de Zavala (2), se consignaban nuestros mas preciosos derechos, proclamando la soberania del pueblo.

Al frente de este ejército marcha un hombre á quien todos iban sometidos, que les prodiga ba paternales cuidados, y empleaba por ellos su vigilancia personal.

Los archivos, el parque, las mugeres y niños, ocupaban los carros y se dirigian á Tehuacan.

Brillaba el sol con apacible claridad, ondeando sus reflejos en las armas: serian las diez de la mañana; adelantóse el señor Morelos por las lunas á reconocer Teamalaca, cuando en una barranca lo atacaron los enemigos: empeñóse la accion con su reducida tropa; los fuegos lo bañaban por todos lados en tan desventajosa posicion.

—¡Avancen! ¡Avancen, cazadores! repeta to-

(2) Tom. 1.º, pág. 73.

mando la delantera, y entre una lluvia de balas; pero unos despues de otros caian al tocar un punto dominado por los fuegos enemigos.

—¡Lobato, evite vd. la fuga de esa tropa.

Entonces este gefe comprendió mal el movimiento, y abandonando uno de los flancos se introdujo la mas horrible confusion.

—¿A que corre! decía Morelos: aqui tenemos un sepulcro al natural.

La tropa se reanimó, el esforzado D. Nicolás Bravo estaba al lado de Morelos.

—Viva la América! y cargaron con mayor brío; pero el sitio era tan escabroso y profundo, que parecian á cenitarse los insurgentes, sin oír ni su clamor de muerte fuera de la barranca.

—Señor Bravo, retirese vd., *vaya á escuchar el congreso, que aunque yo perezca importa poco.*

A pocos momentos de la retirada de Bravo, decía Morelos con un solo criado; pero aun se defendia con denuevo. Cayó su caballo acerbilado de balas; tomó otro de un dragón, diciendo:—«Pronto se cansó este caballo, y anduvo bien poco.»

—¡Alto, cobardes! Moriré combatiendo con el mas valiente.

Cesaron los fuegos enemigos. Morelos quiso desembarazarse de las espuelas, echó pis á tierra para pasar por la aspereza. En ese momento lo cercaron los realistas al mando de Carranco, cobardes desertor de los americanos.

—¡Cuidado quien dispara al general!

—No lo esperaba de vd., amigo; parece que nos conocemos; y le regaló uno de sus relojes por premio de su accion.

El repique, los coletes y las dianas publicaron esta prision, mas importante para los españoles que cien victorias.

Cargado de grillos, entre los ultrajes de una soldadesca brutal, y en medio del insultante zaqueo de un populacho estúpido, atravesó las poblaciones desde Teamalaca á Mexico, donde el gobierno español, aterrado con su presa inermes, multiplicó sus medidas de seguridad.

El gobierno militar, y esa hiena en traje religioso, cuyo nombre adivina el odio público, se disputaban la oprobiosa primacia de ser verdugo de un héroe.

El 27 de Septiembre el Santo tribunal, villipendio de la raza humana, presentó en traje de escarabajo el señor Morelos, y le hizo veintitres cargos, escritos por esa mano de tigre que desgarró las entrañas del mundo, y que no quiero reproducir.

El señor Morelos respondió con dulzura, defendiendo la justicia de su causa, vindicando el nombre insurgente, y desvaneciendo los cargos de heresia que se le hicieron.

Bañados en el aceite de la venganza los inquisidores, oyeron leer su sentencia en voz alta, en que lo condenaban á la pena de deposicion, (1) á que asistiera á su auto en traje de penitente, con sotanilla sin cuello y vela verde.

En consecuencia de haber aprobado la causa una junta de teólogos, procedióse á la degradacion.

Alli en un banquillo, frente á un tribunal de panteras, revestido de los sagrados paramentos, con la hiel que derramó el hombre en la solemnidad de estos actos, y con un suentero que forma la tortura de las almas religiosas, fuéronlo despojando uno á uno con calma y satisfaccion infernal de los ornamentos sagrados, hasta llegar el verdugo iniciado á raser sus manos; momento tremendo en que se oyó un gemido ahogado al señor Morelos, y se vieron salir de sus ojos dos lágrimas que sin enjugarse rodaron á su vestido.

Así ultrajado, así esprimido y atormentado su alma por el Santo tribunal, con el dolor de no sobarear por mas tiempo una á una sus agonias, lo entregó á la cuchilla militar, que consumió la obra.

General Morelos no fué á tu existencia para ser heroica, ni la intervencion del Tribunal inicuo para quien toda execracion es débil.

Una noche en uno de esos calabozos horribles de la inquisicion, cuando mas atormentado se hallaba por sus penosas circunstancias, sonó la puerta, y no volvió el semblante, porque era frecuente que lo fueran á insultar en su desgracia algunos españoles que con tal objeto colchaban al carcereño.

Pero cuál fué su sorpresa cuando se oyó nombrar con la mayor dulzura.

—Señor, vengo á pedir á vd. un favor.

—¿Cuál es?

—Muy grande, señor; aquí tiene vd. las alhajas de mi muger; esta es la cajita de mis pobres ahorros, señor.

—¿Qué quiere vd. decir con eso?

—El carcereño duerme el sueño de la embriaguez, vd. no tiene grillos, en las puertas no hay centinelas. . . . Sálvese vd., señor, que su vida es el tesoro de mi patria.

—Sin poder casi articular palabra Morelos por el llanto del reconocimiento, dijo á su libertador:

—Amigo mio, es muy fácil cosa averiguar que vd. me ha sacado, pues vd. entra y sale por razon de su destino en estas cárceles; vd. tiene familia, y de consiguiente, dentro de poco es perdido con ella.

El cirujano oía, con los ojos rasados de lágrimas, y en medio del mayor desconuelo. Morelos continuó:—No permita Dios que yo le

(1) Bustamante, Cuadro hist. carta 18, pág. 7.

cause el menor daño; déjeme morir, y en mí terminará todo.

La resolución de Morelos fué inflexible, contentóse con que el cirujano le dijese su nombre. Este con un enojo mezclado de ternura, le dijo abrazándolo:—Francisco Montes de Oca.

Fué trasladado en medio de la noche el señor Morelos á la Ciudadela, donde permaneció con las seguridades correspondientes, mientras le formaba la causa el señor Bataller, con un sigilo extraordinario.

México estaba en un estado de consternación difícil de pintarse: en los templos se decían misas por el alivio de su suerte, y todos corrían en tropel á conocer al caudillo mexicano; desde las puertas y ventanas, los padres alzaban á sus hijos, en brazos para que lo vieran; las mugeres no podían reprimir sus lágrimas, y la juventud generosa no se cansaba de admirarlo.

Ni un signo de temor, ni una mirada de abatimiento, ni un solo movimiento de impaciencia; ni hacer alarde de un quijotismo pedante, más que muchas voces de almas apocadas, conversaba afable con los oficiales que lo custodiaban captivando su voluntad (1).

El día 22 de Diciembre de 1815 lo sacaron de su prision, habiendo tomado sus precauciones sobre la salida de las tropas; tan pública así era la ansiedad general por la existencia de Morelos.

Poco mas de una legua de México, en medio de llanuras áridas, y ocultándose entre montes de tierra en que están las salinas, hay un pueblito de indios que se llama San Cristóbal Ecatepec; á él llegó el señor Morelos, y á poco se sirvió la comida que se tenía preparada de antemano.

Los asistentes á la mesa estaban pálidos y desconcertados; mas de un oficial mezclaba á su alimento sus lágrimas.

El señor Morelos hablaba de cosas indiferentes.

Señor Concha, sabe vd. que esta iglesia no es tan ruin como yo creía. Vamos, coma vd., que el camino abre el apetito.

Señor, efectivamente, la iglesia es bonita. Solo el terreno si es demasiado árido; ya se ve, donde yo nací fué en el jardín de la república.

—Me han dicho que es vd. de un pueblito inmediato á Valladolid.

—No señor, nací en la ciudad; pero como desde niño tuve una vida errante, pocas veces he permanecido en Valladolid.

Acabáronse de servir los manjares; algunos dejaron la mesa con precipitación, y unos á

(1) He tenido á la vista para formar esta relación, el Cuadro histórico, de que he tomado mucha parte, é informes de personas fidedignas.

otros se veían en un silencio, que tenía no sé que de pavoroso é imponente.

Pasábase Concha precipitado, llegaba hasta cerca de Morelos y se retiraba arrepetido; por fin, con una voz insegura le dijo:

—Sabe vd. á qué ha venido aquí?
—No, á punto fijo; pero lo presumo.... Á morir.

Los oficiales se estremecieron y quedaron pálidos.

—Temeso vd. el tiempo que necesite.
—Compañeros, antes fumáremos un puro, porque está es mi costumbre.

Fumado de espacio, siguió hablando con calma y dulzura, tal que los oficiales no se atrevían á levantar los ojos, enjugándolos al descuido.

Encerróse despues con el vicario, y como católico, levantó el alma con fervor al Dios de las misericordias.

En este momento se oyó el redoble.
—Hola, dijo Morelos, á formar.... no mortifiquemos mas.

—Vamos señor Concha, venga un abrazo.
—Señor general!
—Nada de alfileras: será el último.

Metió despues los brazos en su turca: *¡vafesta será mi mortaja! aquí no hay otra.* Sacó en seguida su reloj: compuso con solemnidad una *Cruz*, y *marchó*.

—¿Qué va vd. á hacer? preguntó al que le iba á vender los ojos. *No hay aquí objetos que me distraigan.*

Los soldados tenían pintado el dolor y la consternación en los semblantes, guardaban un silencio sepulcral.

Insistieron en que se vendase los ojos, lo ejecutó por sí mismo, preguntó con voz enérgica por el lugar... dijéronle:—adelante.

—Fuego.

Tronó la descarga, y con horribles convulsiones se quiso levantar: entonces dispararon una segunda, azotóse el cuerpo trémulo en un lago de sangre; despues lanzó un gemido penetrante y horrible, y quedó inmóvil.

GUILLEMO PRIETO.

Por no dejar trunco el artículo titulado: "Escenas de la villa del general Morelos," consta este cuaderno de cinco pliegos; tanto mas, cuanto que celebrábase en este mes tantos recuerdos de nuestra gloriosa libertad, nos persuadimos que acogerían con agrado nuestros lectores un artículo semejante, que ya acompañamos de un retrato del Sr. Morelos.

En el número siguiente insertaremos una noticia que se sirvió remitirnos el Sr. Lic. D. Carlos Bustamante, de las acciones en que se halló el expresado Sr. Morelos, y asimismo publicaremos un retrato del Sr. cura Hidalgo, acompañado de su respectivo artículo. Tampoco nos fue dado publicar, por falta de lugar, el Boletín semanal; pero lo haremos en el próximo número, dando noticia de las funciones que haya en el 11 de Septiembre, aniversario de la acción de Tampico.

HISTORIA NATURAL.

EL CENZONTELE.

CANORO trovador de las florestas: cuando en la soledad silbas de amor y trinas con ternura, las aves emudecen para escuchar absortas tus cantares; porque es dulce tu voz como los tonos de la colina, sonora como el harpa de los poetas. La naturaleza dió á otros pájaros formas hermosas y espléndidos plumajes; á ti, la melodía, una armonica voz y acentos filarmónicos para cantar gozoso entre las selvas.

Bardo alado de México: tú no envidias al ruiseñor sus suaves trinos, ni al gilguero su meliflao gorgéjo, ni al canario sus dulces silbios; porque tú imitas el canto de todas las aves, y la voz de los animales salvajes, las canciones humanas, y esas murmullos de la naturaleza, apacibles y misteriosos, que aun no tienen un nombre entre los hombres. Y cuando imitas con tu canto todos estos sonidos, tu garganta flexible los hace melodiosos. Eres salvaje y libre, y vives en la soledad como los poetas. Allí mezclas tus cánticos de amor con el bramido del buracan, con el estruendo de las cascadas y torrentes, con el gemido del viento, con el rumor ligero de los céfros, con el estallido de la tempestad, con el leve susurro de la noche: cuando el sol de las flores derrama su vivífico ardor sobre la tierra, sales de la umbría selva, y tú el primero entre los pájaros cantores, saludas á la bella estación con dulces himnos. En los primeros dias de la primavera silbas con suavidad, imitando el murmullo de las fuentes; y tu armoniosa voz se desliza por tu garganta, fugaz y rápida, como el mamánil que corre entre los maguezos. Despues de estos silbios pías con dulzura, como los pajarillos, que implumes todavía, comienzan á cantar entre sus nidos. Inspirado por el amor, lleno de afectos voluptuosos, diviertes á tu amada, modulando tu acento melodioso, variando á cada instante tus métricos cantares. Ya se eleva tu voz aguda y armoniosa, solfocando todos los cantos de la selva; ya se escuchaba sonora como el acento con que vibran las cuerdas de una lira; ya pías y melodiosa como

los tonos de una flauta, desfalece lánguida y suave para un gemido de amor, como un suspiro, para elevarse á poco meliflúa y cadenciosa, pasando por variadas inflexiones. Sigue á tu canto un poético silencio, y cuando crees ¡o pájaro canoro! haber agotado todas las armonías que te inspiró el amor, te distraes, imitando con grata entonación todas las voces de la naturaleza, todos los cantos de la soledad, y todas sus rumores misteriosos. Silbas como los torlos y los mirlos; cantas con argentina voz, como el gallo que anuncia la alborada; maullas como el gato montés que anda entre las breñas; ladras como el lebrech; trinas como el gurrion; y pías como el polluelo; chillas como el águila y el halcón, graznas como los anáseres del lago, aullas como el coyote; das á tu voz una entonación grave para imitar al buho y á la lechuzca solitaria; zumbas como el radiante colibrí. Chifas como el meliflao cutiachoche, y con modulación mas lánguida y mas suave, repites los arrulllos de amor, los flébles murmullos con que gimen las tórtolas del bosque.

Así pasa, en los dias de tus placeres, tu poética existencia: es una vida de inspiración, de amor y de ternura, durante la que saboreas todas las armonías y murmullos en todos los idiomas palabras afectuosas. No hay entones para tí otro deleite que el de amar, ni otra ocupación que el canto de amor, ni otra pena que la melancolía que aquel afecto infunde aun á las aves, y que disipas tú silbando voeinglero entre la selva. No hay réposo para tí, porque entonas tus cantos armoniosos desde que el sol baña en la luz del alba su rábida cabellera, hasta que apaga su fulgor en el ocaso; y vuelves á cantar desde que centellea en el cielo como un diamante la estrella vespertina, hasta que la noche recoge susurrando sus alas tenebrosas. Pocos instantes, durante el dia, callas para respirar y para gozar en la soledad delectos amorosos. Tú saltadas á la noche sombría, silbando canoro cuando todas las aves están emudecidas; entonas á

(*) Mr. Buffon no conoció al cenzonele, sino por las descripciones de Hernández, y por los dibujos imperfectos de otros viajeros; no obstante, describió estas aves bajo el nombre de *Méques*, dando á sus descripciones el encanto y esplendor que admiramos en todos sus escritos. Esperamos poder publicar en esta miscelánea, dos dibujos de aquellas aves mucho mas exactos que los que aparecen en la Historia natural del conde de Buffon. Se puede ver una descripción del cenzonele, hermosa y muy exacta, en el *Mosico Mexicano*.—L. R.

la luna himnos sonoros y llenos de armonía, interrumpidos con flautados gorgoros, con suaves arrullos y con silbidos melódicos; las entonces á tu voz musical una entonación tan lánguida, y á tu canto cadencias tan armónicas, que el ángel de la noche suspira al escucharte. Verdaderamente estás inspirado entonces por un espíritu, porque hay en tu voz algo de angelical y de divino. Pocos instantes duermes inclinado, en tu nido, y todavía interrumpes de cuando en cuando tu fuerza ensueño con un dulce gorgoro, con el preludio de un nuevo canto que los delirios del sueño te inspiraron.

No cantas solo por instinto como otras aves, sino que te deleitas tus propias armonías, y al escucharte saltas de contento, vuelas, giras, te estremeces de gozo, y trémulo y ardiente agitas voluptuoso tus alas centiscadas. Llegas, en fin, la estación en que te despojas de tu pardo plumaje, y entonces empuñadas, arrancas con el pico tus suaves plumas, te escondes en la espesura de los bosques, y te aleargas inclinado en las juncas. Estás entonces triste, como el poeta que ya no tiene inspiraciones, silencioso como la lira que los bardos de Israel colgaron de los sauces de Babilonia para que nadie pulsase en el desierto sus cuerdas armoniosas.

Reducido á cautiverio por el hombre, te deleitas con tu armonía, y suavizas con melodiosa voz las penas de su vida. Desfallece tu corazón en este cautiverio, y te adormeces como en los días de muda; mas pronto te consuelas, porque hallas en la domesticidad armonías más encantadoras que las que oías entre la selva; porque el acento de la mujer que te acaricia es también sonoro como tu voz, melódico como tus amorosos gorgoros, suave como el chifido con que enneas el canto á tus polluelos. Tu existencia salvaje era una vida de amor y de placeres, de esperanzas y deleites. Tu existencia doméstica es una vida de ilusiones, y de ternuras y poéticas memorias; saboras en ella el encanto de la melancolía, sus brillantes delirios, sus grates ilusiones. Oyes de noche las serenatas que canta el trovador; oyes vibrar las cuerdas de su lira con célicas melodías, y recoges luego en tu corazón aquella armonía, y palpita tu pecho de amorosos recuerdos agitado. Los acentos del piano y de la flauta, y la vihuela llevan también á tu alma torrentes de armonía, que la inundan en plácidas delicias; pero te enorgañas con infatigable placer cuando la voz de la mujer hace resonar en tus oídos una canción de amor; cuando mezcla á sus ternuras modulaciones suspiros y sollozos; cuando interrumpe por un instante su angelical concenato para gemir, para enjugar alguna lágrima; cuando comienza, en fin, á su meliflua entonación aquel estremecimiento voluptuoso con que su corazón palpita eternamente.

cido. . . Interrumpes entonces el silencio de la verdad, cantor de las florestas del Anáhuac, y silbas las canciones de Rossini repetidas por tu voz. Los bríos de Bellini son más melancólicos y más encantadoras; eres un poeta que traduce á su idioma las trovos de otro poeta, y que emite sus cantares con nuevas armonías.

Si te escapara alguna vez del cautiverio y vuelvieses á los bosques, ¡con qué grata sorpresa escucharías los pájaros salvajes, los acentos armoniosos de Norma, y tantas canciones de amor y de ternura, que aprendiste viviendo entre los hombres! Atónito te oírías todas las aves, porque la música es el lenguaje armonioso de las pasiones, y solo el hombre que tiene inteligencia puede recoger en su corazón todas las voces de la naturaleza, todos los sonidos del viento, todos los rumores de la soledad, y coordinarlos con armonía, y hacerlos melódicos.

Conozle encantador: he estudiado en la soledad la vida de las aves que pueblan nuestros bosques, de las que habitan en las riberas de nuestros ríos, de las que nadan en nuestros lagos, magníficos y bellos, y de aquellas que vienen á nuestro país de climas muy lejanos, que habitan aquí como faros, y que emigran, dejando con peser un suelo tan hermoso. Al primer destello de la alborada, he sorprendido á la aguilta que dormía sobre una peña, con su cabeza oculta bajo una ala. Al salir el lucero matutino, he visto á la garza que se mece en las ramas de un sauce, y que levantaba su hermoso cuello para ver si la luz que aparecía era el albor de la mañana, ó el incierto fulgor de alguna estrella. He visto en Chapala al hermoso pelicano del lago, que se despercebaba y batía sus alas, porque las ondas se habian enrojecido, y la aurora doraba los celages, y cubría el horizonte de oro y nácar. He visto al chaparrón fabricar su nido de musgo entre el rosal, girar radiante como un pajarillo de oro y de esmeraldas, reposar después para empollar sus huevecillos, volar medroso radiando como un prisma, y volver á su nido cubriéndolo con alas resplandecientes; y por defender aquel tesoro ha estado inmóvil y trémulo, hasta que yo lo he tomado con mi mano. He visto cómo al soplo del viento se mece la alondra en su nido de heno, que oscilaba como una hamaca, cuando la luna se mece también en el cielo, asomando su frente entre las nubes. Al resplandor del astro melancólico, cuando el aliento de las auras perfumaba las selvas silenciosas, he visto al pájaro-carpintero, que dormía en la oscuridad de un árbol carcomido; he silbado como el halcón al acercarme al nido, y la avecilla ha chillado de horror, y trémula, azorada, ha cubierto sus huevecillos con sus alas color de rosa, y los ha ocultado con timidez bajo sus plumas. A la media noche he

BOTÁNICA.

salado en su nido de abrojos al cutiacho que silba para anunciar los buracanes, he llevado conmigo el nido y sus desnudos pajarillos; los avecillas he ido á la jaula á darles de comer; y yo entre tanto admiraba la rara prevision con que construyen estos pájaros sus nidos; los tapiaban en el interior de plumas suaves, para que reposen sobre ellas sus polluelos, y los cubren en el exterior de zarzas y de abrojos, para que la zorra y el ardillon se espinen al tocarlos. Me admirado el hermoso nido del mensajero, construido con simetría, y con asombrosa inteligencia. Al ponerse el sol he visto en Chapultepec, á ese pájaro que sale de la espesura de aquel bosque magnífico, á la hora del crepúsculo, y que vuela entre los rayos de oro y grana, entre las rufagas anteadas y entre la luz que cae como una lluvia de oro sobre los ahuehuetes gigantes. He oído en la soledad esas armonías encantadoras, esas voces melódicas y suaves, esos cantos sonoros y cadenciosos, esa sinfonía deliciosa con que las aves desahogan su ternura; y á pesar del entusiasmo que han encendido en mí alma estas bellezas, he cazado á los pájaros canoros, y á las aves de espléndido plumaje; ó los he cautivado, ó los he herido; pero cuando te he visto oh pájaro armonioso! no he dirigido mis tiros contra ti, porque hay en tu voz algo de poético y sublime, que transporta á nuestra alma y la embalsea; hay en tu canto inspiración, y este don de Dios hace gozar al hombre de las delicias inefables.

Ave armoniosa y poética, yo te amo cuando interrumpes mi sueño con tu flautada voz, cuando entretienes mis ardientes vigiliás con tus dulces arpegios, interrumpidos con pausas melancólicas. Cuando en el templo ha resonado el órgano con sus cien voces magestuosas, cuando el eco sonoro de estas voces se pierde entre las cúpulas sombrías, yo te veo volar en tu jaula de oro y de ébano, y te distingo cuando saltas festivo entre las nubes del incienso, y entre los rayos del crepúsculo. Interrumpes entonces el silencio de la oración con angelica melodía, y transportas nuestra alma de delicia, no sabemos si ómos tu voz, ó el himno de un arcángel.

También, como á los poetas, te inspiran los sepulcros silenciosos, y volando de noche entre las tumbas, cantas con lánguida armonía, como si también para tí hubiese allí, como para los hombres, ternuras memorias, recuerdos dolorosos y tristes predicciones. ¡Bendigo el Señor, ave canora, porque así entonas con triste melodía, el himno de los muertos; porque das entonces á tus tonos tan dulce afinación; porque recreas con tus dolientes trinos á los que allí reposan con el letargo de la muerte; también ellos tienen como los que aun vivimos, dulces memorias, recuerdos afectuosos, y ternas esperanzas!—L. R.

Sres. redactores del Museo Mexicano.—Puebla, Agosto 29 de 1843.—Muy señores míos: En el núm. 5 del 29 tomo del apreciable periódico que vdes. redactan, he leído un artículo sobre botánica, escrito por el recomendable señor Despreaux, y habiéndome parecido notar algunos errores, que ya sean provenientes de la celebridad con que se concibió ó escribió dicho artículo, ya de equivocara otro motivo, influyo mucho en la ciencia, por tocar á algunos puntos fundamentales de ella: voy á tomarme la libertad de indicar las faltas que he creído encontrar, protestando, tanto á vdes. cuanto al señor Despreaux, que solo el amor á la verdad y á las ciencias me obliga á escribir esto: procedo, pues, á hacer mi manifestación.

En el citado número, pág. 112, se lee.—"Primera division. (*Phanerogamas* ó *Dicotyledonas*). Plantas en que todas las partes de la flor son visibles y bienconocidas." Aquí me parece hallar la primera falta: las plantas *dicotyledonas* no son las únicas que tienen todas las partes de la flor visibles y bien conocidas; tambien las *monocotyledonas* tienen esta circunstancia, razón por que es un error hacer sinónimas las palabras *phanerogamas*, *dicotyledonas*, cuando la primera abraza en su significación todas las plantas cotyledonadas, aun cuando solo tenga uno; y este error el mismo señor Despreaux lo contradice en uno de los párrafos siguientes, al hacer la division de la *phanerogamas* en mono, dico, y acotyledonadas; y aquí al ver enmendada una falta, notamos otras: las *phanerogamas* nunca han comprendido á las *acotyledonadas*, que precisamente son las únicas que forman la otra de las dos clases en que se dividen los vegetales; es decir, la *Cryptogamia* de Linnæo, ó *Agamia* de Jussieu. En el mismo hecho de ser una planta cotyledonada es *phanerogama* de modo que son sinónimas, *phanerogama*, *cotyledonada*, *criptógama*, *scotyledonada*; mas nunca serán sinónimas las palabras que como tales pone el señor Despreaux, puesto que los vegetales que comprende la segunda no son los únicos que forman la clase que expresa la primera.

En la misma columna, en uno de los párrafos siguientes, al hacer la descripción de los órganos sexuales, pone como partes integrantes de ellos, tanto el filamento en la antera como el estro en el pistilo; y esto tampoco es exacto, porque existen muchas anteras que están inmediatamente insertas en la corola ó cualquiera otra parte de la flor, así como hay tambien muchos estigmas que sin tener un estilo están insertos al ovario; es cierto que existe un conducto entre el estigma y el ovario; mas para esto no es necesario que haya estilo ni filamento. No insisto mas en estos hechos por ser tan conocidos

aun de aquellos que poseen superficialmente la ciencia: solo si, para concluir diré algo sobre las diferencias que separan los animales de los vegetales: esta es una cuestión muy difícil; mas no tanto que no se puedan distinguir muy bien estas dos clases de seres, aunque el señor Despreaux parece que se empeña en confundirlos.

Yo convengo con Pitágoras y con el mismo señor Despreaux, en que *omnia ex uno*; mas nunca contendré en que *omnia sint unum*; que todos los seres tienen un origen común, y que todos están formados de los mismos elementos ó cuerpos simples de la naturaleza, es evidente; mas no se infiere de aquí que todos los seres sean iguales: es cierto que en la gran cadena de los seres, los mas contiguos se confunden; pero los que no están tocándose se diferencian muy bien unos de otros, tanto que el hombre puede percibir sus diferencias; y si esto no fuera, ¿en qué fundar esas clasificaciones? ¿De dónde sacar esos caracteres genéricos, que son el fundamento de las ciencias naturales? Luego es necesario que haya, y en efecto la naturaleza ha establecido diferencias, para que el hombre pueda conocer colectivamente todos los seres, ya que la poca capacidad de su alma no le permite conocerlos en particular: vamos, pues, á ver si hallamos estas diferencias entre los reinos vegetal y animal.

No ha faltado autor (*) que con tanto ingenio como tino, haya clasificado los seres naturales de esta manera: "Los minerales no tienen ni vasos ni nervios; los vegetales tienen vasos y no nervios; los animales tienen vasos y nervios." Confieso que esta es la clasificación que mas me satisface; pero como se encuentran vegetales que tienen alguna contractibilidad, y por lo mismo les cree provistos de nervios, y no faltan animales que por carecer de movimiento y sensibilidad, se les cree privados de ellos; aunque estos hechos son aislados, que solo prueban la confusión en que vive el hombre, no me detendré en probar que este es el mejor sistema; solo me contentaré con haber indicado una diferencia; pasemos á buscar otra.

La mayor parte de los autores dicen: los animales se mueven, mudan de lugar; los vegetales están siempre fijos en uno mismo: esta diferencia tambien me parece muy notable. El cierto que se citan algunas plantas que parecen moverse de un lugar, y algunos animales que siempre están fijos en el mismo; pero en primer lugar sería necesario probar que es verdadera locomoción de los vegetales; y en segundo, de

hechos raros que se observan en pocos individuos, no puede sacarse una regla general; luego bien podemos tomar de aquí otra diferencia. ¿En cuántos vegetales encontramos un verdadero aparato locomotor? ¿Y en cuántos animales dejamos de encontrarlo? En pocos, muy pocos. El hecho con que el señor Despreaux y otros han querido atestiguar la locomoción de los vegetales, nada prueba; porque aunque la misma planta *in genere* varie de lugar, no es un mismo individuo, pues los que aparecen sucesivamente en otros lugares, son nuevas plantas que han desarrollado los tubérculos, que siendo producción de otros, no pueden ocupar el mismo lugar de la planta, cuyo tubérculo ó raíz les dió el ser.

Todos los seres están formados de una misma materia común, modificada de diversas maneras; pero no podremos encontrar alguna diferencia en estas mismas modificaciones? ¿Cuál es la base de composición de los vegetales? ¿Cuál es el cuerpo que hallamos en sus hojas, en sus ramas, en sus raíces, en la mayor parte de sus órganos? El carbon. Y en los animales, qué elemento hallamos en todos sus tejidos, sirviendo tambien de base de composición? El azúcar. Este otro hecho, reconocido de todos los químicos, es uno de los mas preciosos y que aclaran mas la cuestión.

Otras muchas diferencias pudieran tambien establecerse, considerando otros caracteres particulares de unos y otros seres; pero para manifestar cuán diversos son estos grupos, pareceme que basta lo dicho, de lo cual podemos inferir sin ninguna violencia, que

<i>Los vegetales</i>	<i>Los animales</i>
no tienen nervios,	tienen nervios,
no sienten,	sienten,
no mudan de lugar,	mudan de lugar,
tienen el carbon por base de composición.	tienen el azúcar por base de composición.

Y podemos decir que no hay diferencias que distinguan unos seres de otros? Diremos únicamente lo que tantos otros han dicho ya, que las diversas series de las cosas creadas, al tocarse por sus extremidades se confunden.

He insistido en esta cuestión, no tanto por contrariar la opinión del Sr. Despreaux, que por otra parte no niega absolutamente estas diferencias, y solo descuida el apuntarlas, cuanto por decir algo sobre esta preciosísima e intrínseca cuestión, contribuyendo en lo que pueda al loable fin que se han propuesto los Sres. redactores del Museo.

Muy agradecido quedará á estos Sres., si dignando las fallas, se dignan dar lugar en las páginas de su apreciable periódico, á éste y otros artículos que con mucho gusto los remitiré su afectísimo servidor Q. SS. MM. B.—*Fernando Orozco y Berra.*

(*) D. Miguel Barnades en sus "Principios de Botánica sacados de los mejores escritores etc." edición de Madrid, 1767 páq. 46. Y ya que he citado este autor, sea citado á su vez, en apoyo el Sr. D. Mariano Gal, hombre recomendable por su educación y sabiduría, á quien debo muchos conocimientos en Botánica.

LITERATURA.

LAS ORACIONES.

¡Raza del Anáhuac, con qué grandeza
Alzas al cielo tu sublime frente,
Cuando corona el sol desde Occidente
Con sus filinos rayos tu cabeza!

Entre el blanco vapor de niebla para
Rehumbra tus veletas elevadas,
Como joyas brillantes y preciadas
Que engalanan tu rica vestidura.

De toaca piedra desde el duro asiento
Te contemplo á lo lejos embebido,
Mientras de insecto vil suena en mi oído
El rumor triste al suspirar del viento.

Bañan mi faz los tibios resplandores
Del astro rey que tras los montes arde,
Y respiro en la brisa de la tarde
El suavísimo aroma de las flores.

De cementerio triste y silencioso
Canta una ave en el muro solitario,
Y en el alamo sombrío y anacrino
Responde con murmullo misterioso.

El cuervo con monótono graznido
Hácia el Fresno elevado ansioso vuela,
Y la doliente tórtola revela
Su penar con arrullo dolorido.

Mas de repente, trémulo se eleva
De la ciudad, un cántico sublime,
Que con acento religioso gime,
Que la oración del hombre, hasta Dios lleva.

Tado enmudece... Son las oraciones
Plegaria melancólica y divina;
Parece que la estrella vespertina
Se estremeca, á las graves vibraciones.

¡Dios de la inmensidad! tambien yo entono
Débil acción de gracias con fe intensa,
A par del himno que con voz ímmana
Eleva la creación ante tu trono.

Yo, mezquino mortal, tambien te imploro
A ti, á quien mi gemido no importuna,
A ti, que velas hora de la luna
La frente virginal con gasa de oro.

¡Las oraciones son! En un instante
Cambió la escena que admiraba mudo:
¡Lámpara de la noche! te saludo;
¡Salve mil veces, astro rutilante!

Mas el himno espiró; ya su armonía
Ansioso quiere repetir en vano
El eco sordo con rumor lejano,
Del bosque espeso en la extenion sombría.

Cesaron los dulces conciertos
Que entre las tumbas graves resonaban,
Que con soplo vivífico animaban
Las heladas cenizas de los muertos.

Tal vez un hijo, arrodillado ahora,
Y una urna entre sus brazos estrechando,
Repite una y mil veces sollozando
El nombre de la madre á quien adora.

¡Hijo dichoso! tu tesoro cuida,
Enciérralo en tu pecho, en tus entrañas;
Esas cenizas que con llanto bañas,
Son mas que el mundo todo, son... tu vida.

Mas yo, madre de mi alma yo el veneno
Del dolor, lento apuro en copa odiosa,
Y no me cae dado orn sobre tu losa,
Ni tu polvo apretar contra mi seno.

Yo, en la tierra cansado peregrino,
Sin tu sombra amorosa que me abrigue,
Ni encuentro fuente que me sed mitigue,
Ni hallo una flor sembrada en mi camino.

Ven, pues, á consolarme, sí, desciende
De la mansion eterna donde moras,
Desplegando tus alas brilladoras,
Tu vuelo de ángel por el éter tiende.

Adormirás con grata melodía
A tu hijo, que vela al son del llanto;
Abrazados los dos, en amor santo
Confundirás tu alma con la mía.

Y tal vez, de la cárcel solitaria
Do en vano busco apacética calma,
Un día volará contigo mi alma,
Al sonar de la tarde la plegaria.
Agosto 30 de 1843.—JUAN N. NAVARRO.

HISTORIA NACIONAL.

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA LIBERTAD MEXICANA.

Hace algunos años que por primera vez pasé por el pueblo de Dolores. Era para mí un nombre mágico que había escuchado cuando era muy niño, y que me despertaba las dormidas memorias de narraciones de batallas, de acciones heroicas de nuestros caudillos nacionales: memorias tiernas y agradables que se graban en la mente y en el corazón, con todo el brillante colorido y la poesía que acompaña á los mas insulsos cuentos que se escuchan en los primeros dias de la vida.

Cuatro años despues pase otra vez por Dolores. La misma calma, la misma soledad en el pueblo, las mismas apacibles huertas sombreadas con abundantes viñedos, las mismas torres delgadas, graciosas. Nada habia cambiado.

Dolores es un pueblo perteneciente al Departamento de Guanajuato, situado en uno de esos fértiles valles de la cordillera, con algunas casas aseadas y de buena arquitectura; pero tiene un tinte de melancolía indefinible. Un pueblo donde tuvo su origen la libertad, un pueblo donde tantos años vivió oscuro el grande hombre de nuestra independencia, sin un monumento que lo adorne, sin una poblacion que lo engrandezca, sin un porvenir que lo aliente, es un espectáculo triste y desconsolador, que casi mueve á compasion.

Allí en el silencio de una huerta, debajo de la sombra de una higuera, en la orilla de un tranquilo y trasparente arroyo, se presentaron á mi imaginacion, confusos, aglomerados, é indescribibles, los recuerdos de los primeros tiempos de la libertad mexicana. En este lugar solitario medité sus planes grandiosos un cura aislado, pobre y oscuro: bajo las bóvedas de la modesta iglesia resonaron los débiles ecos de los buenos mexicanos que rogaban al Señor hiciese triunfar la causa de la libertad: en la pequeña plaza, en las estrechas calles se atrevieron los ciudadanos á proclamar sus derechos: en Dolores, en fin, despertó el pueblo de un sopor de trescientos años, y se desbordó por la república como un río de lava, llevando por delante el terror que hacia temblar á sus opresores, en el centro el hierro y el fuego que los aniquilaba, y en pos de sí el olvido y el generoso perdon que ha-

bia de sancionarse cuando el tiempo borrara la sangre derramada en los campos de batalla.

Cuando se contemplan detenidamente estas trasformaciones súbitas y momentáneas que experimentan los pueblos; cuando se ve patentemente que á pesar de las insuperables barreras que oponen la maldad y espíritu altanero de algunos hombres, se realizan irremisiblemente las ardientes aspiraciones de los pueblos por la libertad, se ve un tentado á creer que la causa de la libertad es la causa de Dios. Y no puede esto menos de ser cierto: esos campos de rosas, esas sementeras de granos, esos rios someros y apacibles que fertilizan la tierra, esas montañas en cuyo centro se erian en el silencio y las tinieblas los mas preciosos metales; en fin, esa armonía prodigiosa del universo, está criada para regalo de todos los hombres indistintamente, y no para que sirva de patrimonio á unos pocos. Hé aqui lo que los pueblos conocen, cuando rompiendo sus cadenas remontan hasta los cielos su vuelo de águila, para caer despues sobre los tiranos y reconquistar los derechos que el Autor del universo les concedió al echarlos al mundo.

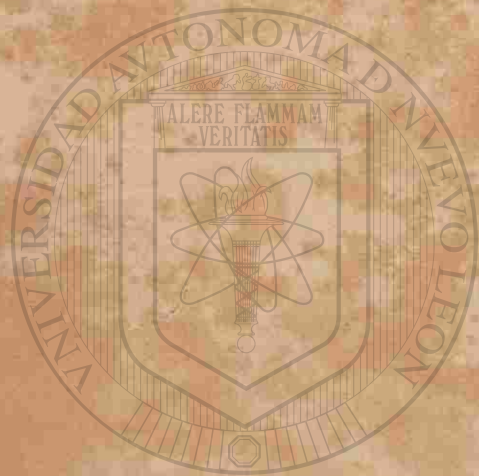
La imaginacion me trasportó á esos tiempos sangrientos á la vez que gloriosos, y me puso delante de los ojos una inmensa tela ensangrentada, donde sin embargo descubria algunas páginas brillantes y puras, que el génio mexicano deberia conservar eternamente en su trágica historia.

Era la noche del 15 de Septiembre de 1810. Los habitantes del pueblo de Dolores descansaban tranquilos y deseniados en brazos del sueño. Nada parecia turbar la monotonía no interrumpida durante doscientos y pico de años. Se observaba, sin embargo una que otra ventana ó puerta iluminada; pero poco á poco fueron distinguiendose las luces, los perros se echaron á reposar, y todo quedó oscuro y silencioso, excepto el pequeño postigo de una casa situada en una calle próxima á la iglesia, donde se percibia la tenue claridad de una bujía.

El cuarto ó alcoba de donde salia la luz, era de un tamaño regular, y adornado de una manera, que en los tiempos de que vamos hablando,



Miguel Hidalgo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

no dejaba de ser extraña. En una mesa tosca de madera, con carpeta de paño azul, había dispuestos algunos libros que por la pasta y cautos dorados no podía dudarse que eran pertenecientes á un eclesiástico, y junto de ellos algunos otros con forros de pergamino raído; sobre otra mesa se veían algunos planos y cartas geográficas, confundidas y remeltas entre varios crisoles de barro, un telescopio pequeño, y algunos compases y escuadras; en la pared se veían colgados también algunos mapas, alternando con grandes pantallas de cristales y por filitino, junto de un estante de libros estaba colgada una estola y unos relicarios de cera de *agnus*, y en un costado de la mesa estaba colocado un Santo Cristo y una imagen de la Virgen de los Dolores. Lo demás del cuarto no presentaba cosa digna de llamar la atención, á no ser multitud de canastos llenos de tierra, algunos pequeños hornillos, y una solmenera de palo. A pesar de los signos evidentes de que el que allí moraba era no solo un buen cristiano sino un ministro del culto, cualquiera habría dicho que tal habitación era propia para un astrólogo ó alquimista del siglo XV.

En la habitación que hemos procurado describir, se hallaba envuelto en una turca negra un anciano, un *señor* no es inclinado hacia adelante, de frente espaciosa, nariz afilada y ojos vivos y chipreantes. Una vez se paseaba con grande agitación de uno á otro extremo de la pieza, otras se sentaba delante de la mesa, y con la mano en la frente quedaba sumergido en honda cavilación; de repente tomaba la pluma y trazaba en un papel rápidamente algunas líneas y vocablos. Se contaba que tenía un gran pesar, ó que lo ocupaba algún proyecto inmenso.

De esta agitación lo sacó el rumor lejano del galope de un caballo. Pásose en pie, y aproximándose lentamente al postigo, se puso á escuchar con atención. A poco, el rumor se hizo mas perceptible, y finalmente, un fuerte embuzado se abrió en la puerta de la casa. Nuestro personaje tomó la buja y abrió el zaguán al embuzado, el cual sin mas ceremonia, introdujo al patio su caballo y cerró tras sí la puerta.

—Estamos perdidos, señor cura, exclamó el recién llegado.

El cura iba á soltar la buja, á causa de la sorpresa; pero recobrándose, le contestó con calma.—A lo que veo, estamos todavía libres y con vida; y siendo así falta mucho para que nos consideremos perdidos; mas espíquese vd.

Entretanto, los dos personajes entraron á la alcoba: el cura tomó asiento en su poltrona y el embuzado en otra silla frente de él.

—Diga vd. ahora cuanto guste, continuó el cura con voz tranquila, que estoy dispuesto á escucharlo.

—Pues señor, la conspiración ha sido descubierta esta misma mañana en Querétaro.

—Descubierta!... ¿y cómo?

—Hace días que en una taberna hubo una rifa, de la cual resultó un asustado. La policía acudió y se apoderó de los agresores. Uno de ellos teniendo ser sentenciado á muerte, ofreció descubrir secretos de importancia vital de que se le perdonase. Se le garantizó la vida, y todo lo ha descubierta. En consecuencia, el señor corregidor Domínguez, aunque amigo de vd. y de la patria, toma en cumplimiento de su deber, medidas enérgicas, y mañana á estas horas, el señor Allende, vd. y otros varios, caerán en poder de García Rebollo.

—Nada de esto me asombra, amigo mío, porque entre los valientes hay también cobardes, y entre los hombres leales hay traidores miserables; pero, ¿cómo ha podido vd. saber todo esto?

—La cosa es muy sencilla. La esposa del señor Domínguez, que como sabe vd. es una señora entusiasta por la libertad, y generosa, y... vamos llena de virtudes, me llamó para decirme que importaba que yo mismo pusiera en conocimiento de vd. todas las noticias, ó de lo contrario la patria se perdía, y vd., señor cura, sería fusilado.

—Amigo mío, cuando hay corazonces tan nobles, es menester confiar en que triunfará la buena causa: continúe vd.

—Yo que conozco todo lo que importaba que vd. supiera las cosas, prometí á la señora, á fe de hombre, que sería cumplido su encargo. No tenía caballo, no tenía armas, no tenía dinero, y así es que me salté como un loco á vagar por las calles, pensando como vencer tanta dificultad. Estaba á punto de llorar como un muchacho, cuando observé que un indio se abrió en la puerta de una barbería, con el fin de rasurarse y cortarse el pelo. Quiso Dios que el barbero cerrara su puerta: entonces con mucho tiempo tomé el cabestro, me monté en el caballo y eché á correr, y no he parado hasta aquí. ¡Pobre animal! Veinticuatro leguas ha caminado sin tomar resuello. Con que ya que sabe vd. todo, es menester que huya vd., que se oculte, que...

—¡Bobada! contestó el cura dejando asomar á sus labios una sarcónica sonrisa.

—¿Cómo?... ¿qué piensa vd. hacer entonces?

—Aprovechar el generoso aviso de vd., y obrar con energía.

—Señor...! Está vd. loco.

—Estoy mas cuerdo de lo que á vd. le parece.

El cura se puso á escribir, y continuó: es necesario que ahora mismo se marche vd. para Querétaro, pues vd. tiene una familia á quien hacerle falta, y podría comprometerse. De paso ponga vd. con reserva esta carta en manos de D. Ignacio Allende, que se halla en San Miguel,

Le daré á vd. otro caballo, y... Vamos, amigo mío, no hay tiempo para pensar mucho ahora. Recházalo, este abrazo en prueba de mi gratitud, y... Dios lo guie por buen camino....

—Adios, señor cura, dijo el ginete besándole la mano que el eclesiástico le tendió.

—Adios, amigo. En la caballería hay varios caballos; escójalo el que le parezca, que es fuerte, y no olvide mi encargo.

El personaje salió; el cura se dejó caer en su sillón, e inclinó su venerable cabeza cansa sobre el pecho.

A poco se escucharon las pisadas del caballo, y el ginete, que hacía un cuarto de hora que había llegado, partió de nuevo á galope.

—Este muchacho, dijo el cura saliendo de su estupor, es activo: como llegue á tiempo la carta á manos del capitán, todo saldrá bien. Ahora veamos los elementos con que cuento para fundar la libertad mexicana. Así como un abridor una gaveta del estante, y comenzó á contar unas monedas: cinco, diez, veinte, treinta. Vaya, no llega á doscientos pesos: lo que tengo; pero no hay cuidado, Dios nos ayudará. En seguida sacó un par de botellas de licor y algunos vasos, todo lo cual colocó en la mesa y volvió á sentarse.

Sonaron en el relax de la iglesia, tres cuartos para las doce; se escuchó el ladrido lejano de los perros, y á poco volvió á reinar un profundo silencio. ¡Oh! exclamó el cura, dando una fuerte palmada en la mesa, cómo vuela el tiempo, sin que haya medio de detenerlo; pero... un tropel de gente á caballo se acerca.... ¡Cuánto sentiré perder la vida á morir entre los hierros de un calabozo sin haber hecho nada por la libertad de México!... sin duda vienen á prenderme... veamos.

La calabazada se detuvo en la puerta de la casa del cura, y éste tomó la luz, y acompañado del criado abrió la puerta. Un ginete se apeó y abrazó al cura.

—Señor cura, ¡vd. en vela á estas horas!

—Señor capitán, ¡vd. corriendo por esos cerros tan tarde!

—¿Qué quiere vd. si los enemigos no se desquitan, y esmenester andar listos, y esto es que aun no comenzamos.

—Entrémos, señor capitán, tratándolo el criado coloca á los caballos en la cuadra, y les da un pienso de maíz.

—No necesitan á mí, porque han galopado mucho.

Los dos personajes entraron, y el criado se dirigió á la caballería con las calabazaduras.

—Sabe vd. que nos han descubiertos, dijo el capitán arrebolándose en una silla, y desviando de su ancha frente su pelo rubio.

—Lo es, Sr. D. Ignacio, contestó el cura con

calma, tomando asiento en su poltrona y envolviéndose en su turca.

—Así pues, continuó el capitán, todo se ha frustrado. Quince días más, y damos un golpe maestro.

—Aun es tiempo, contestó el cura resueltamente.

—¿Quién sabe? respondió el capitán con tono de duda. A estas horas, Querétaro y Guadalupe están en la mayor alarma, y se toman providencias muy enérgicas y severas. Vea vd. como no duermen.... al decir esto arrojó un papel sobre la mesa.

—Conque nos querían prender! repuso el cura con cachaza.

—Cabal! pero felizmente intercepté este oficio, y antes de que se tomaran el trabajo de buscarnos habitación, ensillé mi caballo y ya me tiene vd. aquí.

—Y el amigo Atalaso!

—Le he avisado lo ocurrido, y no dilatará en venir.

—Bien, muy bien, amigo mío, contestó el cura. ¿Y el regimiento de dragones de la Reina, en qué estado se halla?

—A nuestras órdenes, replicó el capitán.

—Y los amigos de Puebla y Valladolid?

—En el cortante; pero para el 1.º de Octubre.

—Pues entonces no hay que pensar; el tiempo es corto, y la actividad y la energía nos salvarán.

—Permitame vd., Sr. cura, que le diga que no veo ángeles elementos para hacer una revolución; y si no cuenta vd. con otros materiales, los que existen en esta habitación son propios para fabricar platos, y criar abejas y gusanos de seda; mas no para sublevar á ocho millones de habitantes llanos de preocupaciones, y acostumbrados á la ciega obediencia al rey.

—Y esas objeciones, capitán, tienen algo que huele á temor?

—Vive Dios! exclamó el capitán, que nunca me acuerdo haber tenido temor, mas que á Dios, señor cura. Supongo que esta es una chanza.

—De lo contrario....

—De lo contrario ¿qué hacía vd., capitán?

—¿Qué hacía?.... abandonar la amistad de vd., correr yo solo al peligro, y morir luchando como un hombre!

—Capitán, vd. es el hombre digno de ser compañero del anciano cura de Dolores.... Era una chanza afectivamente, mas no han dejado de llamarme la atención las prudentes reflexiones de vd.

—No soy valiente por entusiasmo y por convencimiento de que debe dedicarse los últimos años de mi vida en alguna cosa útil; pero vd. es intrépido por carácter, por temperamento, y porque circula en sus venas la sangre ardiente de la juventud, y no debe haber ningún género

de reflexión, tanto mas, cuanto que de una manera ó de otra, el cadalso amaga nuestro cuello.

—Tiene vd. razón, señor cura, y casi me avergüenzo de haber hecho semejantes reflexiones: sin embargo, como no veo aquí ni armas, ni parque, ni gente, ni....

—El pueblo duerme, capitán; pero cuando lo despertemos una vez con las mágicas palabras de religión y libertad, no volverá á reposar hasta que no haya lanzado del otro lado del mar á sus opresores. A mi vez confieso que tiene vd. razón de preguntarme cuáles son los elementos con que cuento: muy bien, se los enseñaré á vd. Diciendo esto sacó las pocas monedas que había en la gaveta, y señaló al capitán las botellas y vasos que estaban sobre la mesa.

Los dos personajes se quedaron un momento mirando uno al otro, y después prorumpieron en una carcajada de risa.

—Somos unos locos, señor cura.

—Somos valientes, señor capitán.

—Así, señor cura....

—Así, señor capitán, es menester no olvidar cuanto hemos platicado debajo de los pomposos árboles de Guadiana (1), que hacen que se realicen esos sueños dulcísimos de gloria, que han sido durante mucho tiempo el delirio de ambos. Sin embargo, capitán, esos sueños terminarán, ¡sabe vd. cómo!

—¿Cómo?

—En un patíbulo, al que subiremos juntos.

—Como también juntos hemos de participar de la gloria, y de los triunfos que se nos esperan, señor cura.

—Bien dicho, capitán. Aun conozco que puedo empuñar una lanza y un fusil, que puedo estrechar entre mis rodillas un fogoso caballo; que puedo como el rayo de Dios, hacer temblar á los ejércitos de los españoles.

Al decir esto brillaban los ojos del anciano con indecible alegría; su cuerpo aparecía derecho y galano, y en su frente se leía esa íntima seguridad que tienen los valientes en sus empresas.

El joven capitán, lleno también de alegría exclamó:—Señor cura, en este momento no me cambio por el mas poderoso de los reyes de la tierra. ¡Vive Cristo! Los deseos que hemos tanto esplayado en nuestras conversaciones, debajo de aquellos frondosos árboles de mi patria, van á realizarse, y acaso después de las penaltades y fatigas de una sangrienta guerra, veremos á México libre y poderosa. Esta esperanza, señor cura, es la felicidad de mi vida.

—Valiente y virtuoso joven! murmuró el cura á media voz, y luego alzándole le dijo:—Debo saber cómo se descubrió la conspiración, pues el que me dió el aviso pocos momentos antes

(1) Hermoso paseo de San Miguel el Grande.

tes de que vd. llegara, me aseguró que fue á consecuencia de unos asesinatos....

—Con efecto, unos dicen eso, y otros que el Dr. Hurriga que á la hora de esta habrá pasado á la otra vida, lo declaró todo en sus últimos momentos (2).

—¡Cobarde! replicó el cura, como si el procurar la libertad del pueblo fuera un pecado....

—¿Qué quiere vd.?... la conciencia. En cuanto á mí, juzgo que Dios nos favorecerá.

—Esta es mi creencia también; pero veo que estamos perdiendo el tiempo; las doce de la noche van á dar, y aun no hemos pensado en los medios de salir de este atolladero.

—Eso mismo pienso yo; mas nada digo á vd. porque....

El cura quedó un momento sumergido en una profunda meditación, y luego dijo:

—En verdad que la empresa es mas difícil de lo que parece. Es tan tarde.... pero ¡miserable de mí! he dicho que es mejor obrar que pensar. De todas maneras hemos de perder la cabeza. ¿Está vd. conforme?

—Lo he dicho.

—Venga esa mano. La libertad ó la muerte, Sr. D. Ignacio Allende.

El capitán estrechó la mano al cura contándole:—la libertad ó la muerte, Sr. D. Miguel Hidalgo y Costilla.

—¡Hóla! gritó el cura Hidalgo con voz de trueno.

Un criado humilde con su calzon de cuero, su sombrero tendido de petate, y su jerga de lana, se presentó, y cruzando los brazos dijo:—¿qué manda su merced, señor cura.

—Ve con mucho silencio, y hara uno por uno á todos los serenos que encuentres: si te preguntaren para qué, les dirás que su necesidad de ellos mucho.

El criado asintió.

A poco llegó un sereno, luego otro, y luego otro: por fin, se reunieron doce individuos.

—Amigos, ha llegado la ocasión en que deseo probar, al el afecto y respeto que profesas al pobre viejo cura de Dolores, es verdadero ó no. Voy á esigiros un gran favor: si no me lo concedéis, ¡paciencia!... entonces tendré que abandonar este pueblo, y quizá para siempre.

Los serenos pusieron sus faroles en el suelo, y el cura tomó una botella, llenó los vasos de licor, y con voz muy suave y dulce les dijo:—¡Hicor, y con voz muy suave y dulce les dijo:—

(2) El Dr. Mora en su obra, Mexico y sus revoluciones, asienta que el Dr. Hurriga fué quien estando gravemente enfermo descubrió la conspiración; pero yo lo he oído contar en Querétaro á varias personas bien informadas en los sucesos de esa época, de la manera que al principio lo refirió yo. El Sr. Bustamante en su Cuadro Histórico dice que un eclesiástico, cuyo nombre no menciona, fué el que hizo la delación. El lector escogera lo que mas le agrade.

jos míos, es una noche esta, que por mí se ha de ser de eterna memoria en México, y merece que brindemos por... —Acercaos.

—Señor cura: no nos atrevemos á beber en presencia de vd., dijo uno de ellos: esas cosas las hacemos por necesidad, por costumbre, pero entre nosotros, y no en presencia de un hombre tan venerable.

—Vaya, hijos míos: —acercaos, no tengais temor. Dios ha criado las cosas para regalo del hombre, y este lo tucón que debe hacer, es usar con moderación de ellas. —Embrigararse es malo; pero beber un tragó en compañía de los amigos... —porque yo soy, no un cura agrio y regañón, sino vuestro amigo, ¡no es verdad! procuro vuestra felicidad: planto fábricas de loza, para que no haya necesidad de que vengán de España; cultivo las moreras y las viñas... Lo que sucede es que muchas veces no podemos hacer todo lo que queremos: el gobierno lo impide y... —pero ¡no habeis! Afuera miedo y vergüenza, os repito, que soy vuestro amigo. El cura repartió los vasos de licor, y los serenos los tomaron casi borrachos.

—No es malo este vino, continuó el cura colocando con cierta indiferencia el vaso sobre la mesa; pero si se nos dejara, podríamos hacerlo con uvas más buenas en Dolores mucho mejor que en Méjico y en Ierax, pero ya lo he dicho: el gobierno español ha prohibido al que aquí se fabrica vino por no perjudicar á España, como si los que viven en América no fueran sino unos perros. —¿Qué dicen vdes. de está?

—Que es muy mal hecho, señor cura, y que debíamos pedir el que se permitiera á los dueños de viñas en Dolores (1).

—Será en vano, no harán caso: lo que es necesario es pedirlo, pero por la fuerza. Justamente he llamado á vdes. para eso. —Esta noche es menester pronunciarse por la libertad.

Al escuchar esta palabra dicha con energía y decisión, retrocedieron espantados los serenos.

—Os sustiant dijo el cura, encarándose resueltamente con ellos.

—No es eso, señor cura, respondió uno, sino que el tomar las armas contra nuestro rey y nuestro gobierno, es cosa que jamás nos resolveremos á ejecutar. Ordénanos que nos echemos del balcón ajeno, y lo faremos al instante, porque queremos á vd., mucho; pero hacer armas contra nuestro gobierno... —nunca.

—Compadre, interrumpió otro, es menester no poner obstáculo á lo que quiere el señor cura. Cuando el nos dice una cosa, es señal de que nos conviene.

(1) El Sr. Lic. D. Carlos María Bustamante, en su Cuadro Histórico, observa que la prohibición de fabricar vino de uva en México, influyó mucho en la subsistencia de que se va hablando. De palabra me ha repetido esto mismo hace algunos días.

—Vd. hará lo que quiera, compadre; pero yo le digo á vd. que los pelos del cuerpo se me erizan solo de pensarlo. Me voy: con permiso de su merced, señor cura, con estos otros muchachos que son mis amigos, y no quiero que den una pesadumbre á su familia.

El interlocutor tomó su sombrero, y otros cuatro lo imitaron.

—Miserable canalla! exclamó el cura colérico. Cuando nuestro anciano cura está pronto á derramar su sangre en defensa de vuestra libertad y de vuestra religion, lo abandonais y tenéis miedo como si fuerais unos niños. Id, esclavos, no os necesitó. Que el gobierno os venda como bestias; que os quite vuestra religion; que os trate como si no fuerais hijos de Dios, y criaturas inteligentes; que usurpe ciertamente un suelo que os pertenece todo, todo, nada importa: al fin tengo el placer de que pocos días me quedarán de vida, porque al fin debo ser fusilado: la orden para prenderme está dada, aquí la tenéis sobre la mesa.

Los serenos que veneraban al cura como á un Dios, que lo querían como á un padre, por las frecuentes obras de caridad y por la dulzura con que trataba á los pobres, quedaron aterrorizados con sus formidables palabras, y exclamaron:

—Perdonadnos, señor cura: haced lo que gustéis, y os seguiremos aunque sea al suplicio.

—Entrad en razón, hijos míos: se quiere que no tengais ya esa religion santa: se os oprime, se os trata mal, y todo esto escisge remedio. Estais en poder de los Egipcios, y es menester librarnos de la cautividad. Acordaos de mis sermones, y no seais desconfiados como los Israelitas.

Los circunstantes oían con marcada compuncion las palabras del eclesiástico; este continuó:

—Perdonadme, hijos míos, si he podido esaltaros; pero el hombre débil, no es dueño de sus acciones.

—Señor cura!

—Nada de violencia: el que no quiera tomar parte que se retire á su casa, en la inteligencia que no por eso me incomodará. —¿Quié debate quiere retirarse?

—Ninguno: respondieron á una voz.

—Gracias, hijos míos. —El cura llenó los vasos de vino.

—Brindo porque el aislado grito de libertad, que va á resonar en Dolores, tenga eco del uno al otro extremo de México, y porque los mexicanos no dejen la espada hasta haber conseguido su libertad.

Los circunstantes bebieron.

—Bien, muchachos, muy bien: mañana á estas horas habremos hecho mucho. El señor capitán Allende tiene á su disposicion el regimiento de dragones de la Reina, y contamos también

con el de Celaya. Ahora es menester mucha actividad.

El cura comenzó á distribuir dinero entre los serenos, y continuó:—Dos de vdes. á la torre á repicar las campanas: dos á buscar cohetes: otros dos á los alderedores á convocar gente en mi nombre; y entrad á las calles á gritar.

—Viva el señor cura Hidalgo! exclamaron todos.

—No, tened: el cura formó una banderola con un paño, y pegó en el centro de él una estampa de la Virgen de Guadalupe. Gritad: Viva la Virgen de Guadalupe! Viva la libertad, y muera los gachupines!

Los serenos gozosos, como si se hubieran sacado la lotería, salieron de la casa del cura, gritando:—Viva la libertad!

A poco, multitud de cohetes tronaban: las campanas y esquilas se escuchaban; y las gentes y muchachos que por curiosidad salian á las puertas y ventanas de las casas, se reunian al grupo y gritaban maquinalmente:—Viva la libertad! Viva el cura Hidalgo! Viva la Virgen de Guadalupe! Muera los gachupines!

Diez minutos despues, un inmenso gentío con hachones, cañaverales, y banderolas formadas con pañitos, discurrea y ondeaba como una gran terribiente de fuego, por todas las calles de Dolores.

El cura condujo á la ventana al capitán Allende, y señalándole á la multitud frenética, que se desgajaba le dijo:—La chispa está arrojada; el combustible es mucho, y el incendio no se apagará fácilmente.

El reloj dió doce campanadas.

Cuando se supo en México la noticia del grito de Dolores, el inmenso edificio del gobierno, construido con la calma de trescientos años y consolidado con sejas preocupaciones, tembló hasta sus cimientos.

Así comenzó la libertad de México. Si no hubiera historia de ella escrita, y testigos presenciales, se creería que era una fábula ó cuento, inventado para entretener á los niños.

Dice Víctor Hugo: «El odio que crían los actos parciales de arbitrariedad, va encerrándose en el pecho del pueblo, pero llega un día: los pechos se abren y he ahí una revolución.» Nada hay más cierto que esto, y justamente aconteció en la época de que hablamos. Si el gobierno español menos suspicaz, más inteligente, por decirlo así, en su dominacion, hubiera concedido ciertas franquicias á los criollos, hubiera otorgado al pueblo ciertos derechos y prerogativas, tal vez hoy seríamos como la isla de Cuba, una colonia de España; pero tenía dos medios para conservar su poder: la supersticion y el terror. La supersticion se combatió con la misma su-

persticion; y el terror se dominó con la perspectiva del libertinage. Así, rotas estas dos terribles barreras casi con los mismos elementos que se habian construido, el pueblo como un torbellino, como un huracan, como una columna de fuego, se desbandó aislando y sembrando la muerte y el espanto por donde quiera que asentaba sus formidables bueltas.

Pero en todos estos grandes sucesos, así como en los mas pequeños accidentes de la naturaleza, es menester reconocer patente y visible la mano de Dios.

Los sucesos biblicos se repiten diariamente, sin que lo notemos. El pobre pastor David hirió la frente de Goliath; el párroco de Dolores también dió un golpe mortal á un gigante de mil ojos, de mil bocas, de mil brazos.

Cuando se nos viene á la memoria que allá en los remotos tiempos, cuando las tierras de México eran virreyes, cuando moraban en la soledad de las selvas unas tribus de indigenas débiles y humildes, se los arrancó con el hierro y con el acero sus costumbres y su nacimiento civilizacion, se les incendiaron sus poblaciones, se les violó á sus mugeres, se degolló á sus hijos, y se les condenó en fin á huir á las montañas y á las selvas, y á vivir errantes como las fieras, y luego se contemplan con filosofía las escenas de los primeros tiempos de la libertad, proclamada por un párroco, oscuro y desvalido, y sin mas elementos que la práctica de sus virtudes, es menester creer y confesar que hombres semejantes obran impulsados por una fuerza omnipotente y sobrenatural, y son instrumentos ciegos de un poder superior, que nunca deja en la tierra sin un premio las virtudes, y sin un terrible castigo los crímenes.

Hidalgo (1) era en la época de la revolucion de Dolores, un hombre de una edad en que la experiencia y los desgajos apagan las ilusiones, y estinguen completamente el entusiasmo; sin embargo, cuando menos se esperaba, el anciano recobra todo el vigor de un jóven, sucede la constante monotonía de su estúpido vida, descorre el velo que lo había tenido oscuro é ignorado por los pueblos de la Tierra-entro, y aparece de improviso radiante como un sol, derribando preocupaciones, salvando atrevidamente obstáculos, proclamando principios que fueron combatidos como herejías, luchando con las costumbres, con el carácter del pueblo, naturalmente pacífico y hasta indolente. ¡Prodigioso y sublime incendio, á cuya luz se vieron caer, rodar, huir, desaparecer por fin las preocupaciones arraigadas por centenares de años!

(1) Cuando se leen las obras del Dr. Mora, y se palpa el desprecio é injusticia con que juzga á Hidalgo, no puede menos de lamentarse el que un singular y claro talento como el de Mora

La acción de Hidalgo en un país donde hubiera estado en uso la libertad civil y religiosa, habría sido grande; pero comparada con el tiempo en que vivía, no solo es grande, sino magnífica, sublime, digna de que resucitara Tácito para inmortalizarla debidamente.

Tiempo es ya de cortar esta digresión, y de dar cuenta de los sucesos que tuvieron lugar el día que siguió el 16 de Septiembre de 1810.

Hállase reunido ya Abasco (1) á los señores Allende é Hidalgo, y en breve confianza se decidieron á ponerse en marcha para San Miguel el Grande, dando antes providencias para asegurar las personas y bienes de algunos españoles residentes en Dolores.

Cuando salió el improvisado ejército independiente, ya contaba con cerca de dos mil hombres, compuesto de los jornaleros de las haciendas, los artesanos y campesinos, armados unos con arcabuzes, otros con puñales, otros con palos y lanzas.

Antes que el gobierno pudiera tomar providencia alguna, la nube descargó en San Miguel. Allí se incorporó á los insurgentes el regimiento de dragones de la Reina y parte de los de Celaya y Guanajuato, y multitud de gente de todas clases, que guiada por el instituto, quería participar de las glorias y del botín.

El 18 continuó su marcha el ejército para Celaya.

luego que en esa ciudad se confirmaron las noticias, que desde por la mañana habían corrido, toda fue confusión y desorden. Los españoles cerraron las puertas de sus tiendas, aglomerando detras de ellas fardos y sacos; las familias se salían de sus casas, y corrían las calles procurando abrigarse en paraje seguro; carretas cargadas de muebles, cargadores con costales de dinero y fardos, y gentes cadavericas atravesaban de unas calles á otras, sin saber verdaderamente á qué iban ni lo que hacían. Entretanto, algunos frailes del Carmen, montados á caballo (2), con espuelas, sables y pistolas, y un Cenecio en la mano, recorrían los suburbios de Celaya, gritando:—Hijos míos, los herejes vienen á Celaya; levántalos en nombre de Dios, y marchad á confundirlos. Sin embargo de esto, el pueblo se desbandaba y salía á reunirse con los independientes, ó aguardaba en silencio el momento de obrar.

A las dos de la tarde se diviso una inmensa polvareda en el camino. Era la vanguardia del ejército insurgente.

Sin embargo, no entró á la ciudad, y con las

(1) En uno de nuestros números publicaremos unas escenas de la vida de la Sra. D.^a Mennida Taborda, esposa de Abasco; así como la Biografía de la Sra. D.^a Leonora Vicario, cuyo patrioismo y virtudes son dignas de escribirse con letras de oro.

(2) Dr. D. José María Luis Mola, en la obra titulada: México y sus revoluciones.

sombras de la noche se aumentó el terror y la consternación de las familias.

El prior de San Agustín abrió las puertas del convento y dió asilo á multitud de familias, y la noche fué llena de inquietudes y agonías.

A la mañana siguiente entró Hidalgo en Celaya, y el 28 de Septiembre, es decir, diez días después del pronunciamiento aislado de Dolores, se hallaba al frente de Guanajuato con cerca de treinta mil hombres (3).—M. PATNO.

ACCIONES DE GUERRA GANADAS POR EL SEÑOR GENERAL MORELOS, Y MANDADAS POR EL EN PERSONA.

Ofrezco á mis lectores con placer, como apéndice á las escenas de la vida del señor Morelos, la siguiente relación de sus campañas; parece excusado decir que la debo á la pluma infatigable del Sr. Lic. Bustamante.

Ahora que el deseo de acertar, me ha hecho ver una pequeña parte de lo escrito sobre la insurrección, he palpado la injusticia y ligereza con que á este apreciable ciudadano lo ridiculizaban aquellos mismos que se han aprovechado de sus trabajos casi literalmente, desechando errores y debilidades que no es mi objeto defender. Hace mucho tiempo que me ha inspirado veneración una vejez que delira por salvar del olvido la historia de su patria, en medio de mil privaciones y desprecios: reciba el señor Bustamante este sincero testimonio de mi respeto y estimación.—G. P.

Primera acción que recibe en S. Marcos y las Cruces, en que resiste al comandante español D. Francisco París en la costa de Acapulco.

Sorprendió á París en el campo de Tonaltepec en su campamento; le tomó 700 fusiles (sin los que ocultaron los negros), cinco cañones, nueve cargas de parque de fusil, muchos víveres, no poco dinero, le hace 700 prisioneros, con cuyo pie comienza su campaña.

Rechaza al comandante español Cosío en los Cajones.

Ataca á Tixtla, y derrota completamente al general Fuentes y oidor Reacho, le toma cuatro cañones, cerca de ochocientos prisioneros. Esta acción le dirige el mismo Morelos, haciendo la puntería de la artillería muy certera. Dióse este ataque en 16 de Agosto de 1811. Murieron en el alcance de Tixtla á Chilapa, mas de trescientos realistas. Por esta acción, espacionaron los españoles la noticia de que Morelos había sido artillero en el ejército del rey; y cierto que no conocía esta arma.

(3) La estrechez de nuestras columnas, y el temor de familiar á los lectores con artículos largos, hace que no hayamos insertado mas que este no obstante, los demás en que se habla de la acción de Gramadines, y demás hechos de Hidalgo, los iremos insertando en esta colección.

Ataca al español Musitu en Chautla de la Sal situado en el curato, posición fuertísima: le toma por asalto, hace prisioneros á este gefe, á quien manda fusilar, y al Dr. D. José Manuel Herrera que toma partido en su ejército, hace prisionera la sección enemiga y se apodera de un cañón llamado el *Mata-Morelos* (diose esta acción en 4 de Diciembre de 1811).

Toma Morelos á Ecatepec, donde es atacado por una gruesa división al mando del marino D. Miguel Soto Maceda, el cual muere de las heridas recibidas. Morelos sigue el avance de los dispersos hasta la hacienda de la Galarza; es envuelto entre los dragones del rey, que huyen sabiendo que allí venía este gefe. Diciembre 13 de 1811.

El brigadier D. Rosendo Porlier ataca con una gruesa división á Morelos en Tenancingo, en 24 de Enero de 1812. Enfermo Morelos, manda la acción sentado en una caja de guerra; pone en fuga la tropa enemiga, y toma una hermosa culubrina de la fábrica de Manila.

Aproximase Calleja á Cuautla, en 18 de Febrero de 1812, y Morelos en persona bate su descubierta. Al día siguiente, derrota el ejército de Calleja en las calles de Cuautla y le hace una enorme mortandad.

Ataca Morelos, la noche del 5 de Abril, la batería del Calvario y la toma; mas luego la abandona su tropa, por apoderarse de cigarreros y galleta de que tenía mucha necesidad.

Manda á Calleja un papel de desafío para que saliera á batirlo, y no lo acepta.

Sale Morelos de Cuautla; está á punto de ser prisionero, y se bate con una partida de dragones de Armiño.

Ausilia Morelos á Trujano, situado en Hunjupam, hace levantar el sitio, destruyendo á los sitiadores, á los que les toma mas de mil fusiles, cañones cañones, y mucho parque.

Sorprende la guarnición de la hacienda del Ingenio junto á Orizava, y toma cuatro cañones. Ataca á esta villa el 28 de Octubre de 1812 y la toma á viva fuerza; apoderase de mas de mil armas, y mas de cuarenta cajones de parque. Hace mas de doscientos muertos en la acción, y se apodera de porción de tabaco.

Morelos es atacado en Ozumba por el coronel Aguila, y aunque sufre alguna pérdida, logra pasar para Tehuacan un comboy de barras de plata venidas de Zacatlan.

Ataca Morelos á Oajaca y le toma á viva fuerza, aunque fortalecido con cuarenta y dos parapetos y dos puentes levadizos, en 25 de Noviembre de 1812.

Marcha para Acapulco, toma la ciudad por armas en 12 de Abril de 1813.

Emprende el sitio del castillo, y después de reiterados ataques capitula la fortaleza, en 19 de Agosto.

El 13 de Septiembre de 1813, instala Morelos el congreso de Chilpancingo.

He aquí las principales acciones de guerra dadas personalmente por el señor Morelos. Muchas mas y muy gloriosas se dieron por gefes subalternos, los Bravos, Galeanas, Guerrero, Matamoros, Teranes y otros.

En el índice alfabético de las causas formadas á los antiguos insurgentes, que se remitió á España en el artículo *Correspondencia del coronel Morelos con los principales gefes*, legajo núm. 3. pág. 47 vta. se lee lo siguiente: Morelos á Rayon desde Tixtla en 12 de Agosto le dice:

“Hasta esta fecha he tenido veintiseis batallas, veintidos ganadas completamente, y en cuatro hice una retirada honrosa. Hallándome sin socorro, y adueñada la caja en algunos miles, he resuelto sellar cobre, pues de este modo nos presta el rico y el pobre... Estando escribiendo esta llegaron los oficiales D. Mariano Tabares y D. David Páco que me dan parte de la victoria conseguida en Zitacuaro.—Tixtla, 12 de Agosto de 1811.

“En 19 de Octubre de 1812 le dice desde Tehuacan: Por la suma escasez de reales, no pasa mi ejército de siete mil hombres, tres mil de armas de fuego, mil de lanza, y los demás de cuchillo y hondas.” Pág. 50 dicho índice. Cuando el señor Morelos estaba atacando á Acapulco, le dirigieron desde el castillo un cañonazo á la casa en que posaba. Tenia á su lado al ayudante D. F. Gonzalez, á quien estaba dando órdenes, cuando una bala de cañón estrelló á este pobre oficial con la pared; un pulpo de su carne ensangrentada cayó sobre la cabeza del señor Morelos, y lo tuvo ciego todo aquel día; no obstante esto se mantuvo sereno, y continuó dando sus disposiciones. Otro tanto pasó en la garita del Marquesado en Oajaca, por donde entró, pues colocado bajo el cañón del fortín del cerro de la Soledad, una bala de cañón le arrebató á un soldado de su escolta; viéndolo muerto dijo á sus soldados:—Alken véte, á ese hombre, y recojan sus armas; que no se pierda tola. Otro tanto le pasó en Cuautla cuando salió á batirse con la descubierta de Calleja... He aquí un guerrero extraordinario, el mayor acaso que hemos conocido en América. Con cuánta justicia deplora la nación la pérdida de hombre tan singular!—Carlos María de Bustamante.

Pensamiento.

La gratitud jamás entra en los cálculos mercantiles; sin embargo, es el solo precio á que venden algunas almas sus mas costosos sacrificios.—G.

LITERATURA DRAMÁTICA.

DON ENRIQUE DE VIVAR.*

Drama original en tres actos por Don Felix M. Escalante.

ESCENA III.

EL TEATRO REPRESENTA UNA CELDA CON SOLO UNA PUERTA EN EL FONDO.—LA DECORACION SE MUDARÁ SIN ECHAR EL TELON.

Aparece en la escena Amelia con hábitos de novata, y una mujer profesora con un niño en la cuna. Al comenzar á hablar Amelia, se la escuchan á cierta distancia.

AMELIA.

¡Cuán amarga es la vida, cuán amarga
Para quien fuera una pasión lamenta;
Nada vale de amor en la tormenta
De la mujer sensible la razón.
¡Enrique! Enrique, en el sepulcro helado
Tal vez reposará, querida amiga!
¡Ah! quiera el cielo que feliz le siga.
Que es ser solo lo que anhela el corazón.
Duda terrible turba mis sentidos.
Si es muerto ó vivo, sin saber estando.
En vano busco en mi dolor pensando,
¡Cómo tener noticia! No lo sé.

MONJA.

Templad vuestro dolor; esas ideas
Procurad desahogar, un voto eterno
En poco tiempo...

AMELIA.

Me abriré el infierno
Porque perjura á mi Señor seré.

MONJA.

Olvidarle es preciso, no hay remedio.
¡Qué conjunto á Dios Enrique! ¡Qué es un hombre!

AMELIA.

Nombradle por favor; oírse su nombre;
Solo así mi dolor se calmará:
Aunque en la fiebre que mi mente enciende
De consuelo he perdido la esperanza.

MONJA.

Tened, tened en el Señor confianza:
La calma que buscáis el os dará.

AMELIA.

Encantos mil, delicias celestiales,
La memoria recorre de amor llena,
La ilusión mis sentidos engaña
Mágica sombra de un perdido amor:
Hermosas horas, pasajeros gozos,
Porque volaron como el humo vano.

Perdonadme ¡gran Dios! delirio insano
Enciende mi alma; dame tu favor.

MONJA.

Tranquilizaos, amiga, que en el claustro
Deponer es preciso tanto afecto.

AMELIA.

Mas terrible es de amor aquí el efecto.
Desechad ese fuego mundanal.

MONJA.

Decidme, ¡nunca amáiséis! ¡Insensible
Fuisteis al ruego de un amante fino!
¡No conocéis aquel placer divino
Que anega el alma!

MONJA.

¡Nunca!

AMELIA.

¡Con razón

No comprendéis entonces lo que siento!
Conocéis el amor solo en el nombre:
¡No sabéis que en los ojos tiene el hombre
Una luz que penetra el corazón!
¡No sabéis que su voz, su dulce acento,
Es la armonía, la música del alma!
Sois insensible: vuestra insulsa calma
Es indigna, por Dios, de una mujer.

MONJA.

(Oh cuanto se estravió! (Aparte).

AMELIA.

No, no puede,
Ni por fortuna vive, abandonarme:
¡Y á Dios en voto cruel puedo entregarme
De su vida ó su muerte sin saber!
En el jardín recuerdo que una noche
Estaba con Enrique, y ¡oh tormento!
Un espantoso, un negro sentimiento
Vino á turbar la calma de los dos.
Ocultando la luna, negra nube
Se extendió por los aires de repente,
Y escuché por los aires de repente,
Mil rayos con horrisono fragor.
Sinistra luz en torno se miraba,
Por que el cielo y tierra se estendía;
Mas súbito, de pronto se estinguía,
Dejando las tinieblas y el pavor:

Y remedaba el huracan silbando
El lamento de un hombre agonizante;
Yo lo miré después ¡fatal instante!

MONJA.

No debéis esas cosas recordar.

AMELIA.

Salgamos de esta celda, es muy estrecha,
Es la prision del alma, es un tormento
Vivir entre paredes, ni aun el viento
Puede en este recinto penetrar.
Yo tengo aquí una cosa muy terrible,
Que me oprime, que atroz me desespera;
Salgamos, sí, salgamos allá fuera,
Respiraré tal vez.

MONJA.

¡Eterno Dios!
Dad fuerzas, verted en su cabeza
El bálsamo divino de la gracia.

AMELIA.

Fortalecedme, sí, en mi desgracia;
¡Quién puede levantarme, sino vos!
Y de este amor la lava abrasadora,
Que por mis venas corre, estingue santo,
Para que no profane el sacrosanto
Divino altar con mi perjurio infiel.

MONJA.

Rogad á Dios, la religión aleaza
Lo que nada alcanzara en este mundo.
Y que sea vuestro ruego tan profundo
Como el dolor que os anonada cruel;
Recordad que en la tierra no hay contento,
Que no se torne en pena y desventura;
Rogad á Dios con esperanza pura,
Y el os dará felicidad, quietud.
Recordad que la tierra es el camino
Sembrado de pesares y de duelo,
Y que al fin de su curso se halla un cielo
A que conduce solo la virtud;
Recordad que los lazos de este mundo
Son efímeros, breves, temporales,
Y los del cielo firmes, eternos.
Como el Dios que nos vela sin cesar,
Pensad que el hombre, el matrimonio santo
Infiel profana con amor impuro;
Del Señor el afecto siempre es puro,
Sed su esposa, jurado ante el altar.

AMELIA.

Amiga, amiga, son vuestras palabras
La inspiración de la verdad sagrada:
Me habeis dejado absorbida, anonadada
Cual si un ser escuchara superior.
Por otra parte: Enrique ya no existe,
¡Cómo viviendo, infiel me abandonará!
¡Qué espero ya! El alma se prepara
A casarse con Dios nuestro Señor.
Así podrá rogarme ante su mesa
Por el que aun mi corazón inflama,
Y será de mi amor la ardiente llama,
Antorchas santa de su salvación.

MONJA.

Os dejo sola, procurad, amiga,
Descansar y dormir. Hasta mañana. Se va.

AMELIA.

Rogad á Dios que mi pasión liviana
No venga á conturbar mi corazón.

Esposa del Redentor,
Cuando siento el alma llena
Del amor que me engaña,
Del mas criminal amor:
Cuando el mundanal ardor
Siento en mis venas correr,
¡Cómo puedo de Dios ser!
Un corazón angustiado,
Nutrido con el pecado,
¡Debo al Señor ofrecer!
A la esposa quiere pura,
El Redentor en la cruz,
Cual de la aurora la luz
Que en la mañana fulgura:
La que sueña en su locura
Con criminal ilusión,
La que abriga una pasión
Que insulta á su magestad,
Merece en su ceguedad
No su amor, su maldición.

BOLETIN SEMANARIO.

SOLEMNIDAD DEL 11 DE SEPTIEMBRE.

Como habrán visto nuestros lectores por bando de 6 del corriente, se declararon días de solemnidad nacional el 11 y 27 de este mes; en consecuencia se expedieron las órdenes respectivas á las corporaciones para que asistiesen de etiqueta al palacio á las felicitaciones de estilo.
«Anunció la aurora del día de ayer la salva de artillería y el repique á vuelo de las campanas.

«Después, entre nueve y diez de la mañana, se oían por distintas calles las músicas militares cuyos cuerpos rodeados del paisaje curioso se dirigían á la plaza. Esta presentaba un aspecto magnífico. Se contempló por primera vez en toda su grandeza y hermosura; parecía la catedral mas soberbia y angusta, y palacio mismo cobró cierta belleza; las azoteas de los portales de Mercedes, la Diputación y las Flores: estaban coronadas de gente, lo mismo que los balcones del Palacio, Empedradillo, &c., dando las sombrillas y la diversidad de colores, cierta animación de que parecían participar los edificios. La artillería estaba al lado de catedral, dando el frente al portal de las Flores. En el centro de la plaza se elevaba airoso una elegante tienda de campaña; resguardada por centinelas y adornada en lo interior con sillones y una mesa, sobre la cual se distribuían pronto á los soldados va-

(*) Este drama después de haber estado cerca de dos meses en poder del señor tercer censor, D. Luis de Ezeiza, ha sido prohibido.

hientes que coadyuvaron á la consolidación de la independencia en las márgenes del Pánuco.

“Que grandiosa y opulenta aparecía la plaza, despejada en su centro, rodeada de tropas que á porfía brillaban en la magnificencia de los trajes, en el lujo de los trénes, y en el arreglo y mejoría de las músicas. Las compañías de granaderos con sus gorras europeas, negras como el ébano, y con sus énficos escudos de metal reluciente; con sus húsares de ricos dolmanes y caballos soberbios; con sus artilleros, y sus trénes en el mejor orden y hermosura; con *Celaya, el II* y todos los demás cuerpos, que divagaban la vista con el brillo de sus armas y la multiplicidad de sus bordados.

“Formose después de los premios la columna de honor, dirigiéndose por las calles del Relox, y pasando frente á Palacio, en cuyo balcón principal se hallaba el Escmo. Sr. presidente, acompañado de los secretarios del despacho, de su estado mayor, y varios generales del ejército.”

“Mientras pasa la columna de honor, describiremos el interior de Palacio.

“Los amigos de S. E. el presidente, iban por para anunciarle un baile, en celebradón del triunfo de las armas nacionales en Tampico; de consiguiente algunos preparativos se percibían desde la mañana.

“El corredor que contage á las habitaciones interiores del señor presidente, estaba ricamente alfombrado, pendiente del techo de distancia en distancia vistosos candeleros, que ya tenían sus velas de esperma y flores de papel de color. En la pieza que media entre los dos salones, el de antiguos besamanos, y hoy de etiquetas, y el en que hoy recibe frecuentemente S. E., se elevaba cosa de dos varas un toldado donde debía en la noche colocarse la música, para que se pudiese bailar en los dos salones á la vez.

“La sala en que S. E. recibía las felicitaciones estaba perfectamente tapizada de un género punzo; de trecho en trecho se alzaban en las paredes espejos colosales, y sobre ellos, candeleros de cristal con esperma también había candeleros de metal suspendidos á cortísimas distancias, y candelabros en los rincones; regía alfombra, nobrejos sofás, y sillas de caoba y terciopelo, guarnecían el salón: en el fondo se dejaba ver tocando el cielo el dosel de terciopelo carmesí, con flecos y borlones de oro, descansando en varillas de metal amarillo, graciosísimas.

“El salón del lado opuesto era mas alegre con sus hermosos cuadros de la historia de Napoleón, con sus sofás que lo circuevan con sus alfombras y candeleros. Ha pasado ya la columna.

“La suprema corte nacional, la plana mayor del ejército, las oficinas generales y demás corporaciones felicitaron á S. E. en medio de un concurso numerosísimo en que brillaban los bor-

dados de los uniformes, y se veían los plumajes de los militares, al lado de los otros distintivos.

“Terminada la ceremonia, se retiró el Sr. presidente á su habitación, y se dispersó la concurrencia.

“En la tarde se situaron las músicas en la Alameda, el paseo estuvo muy concurrido: á las cinco y media de la tarde se presentó S. E. solo en su coche antecedido por los Sres. ayudantes y ministros lo seguitan los húsares, pasó las orillas de la Alameda, que ven á la Mariscal, Santa Veracruz, y S. Diego; se dirigió al paseo de donde volvió á las oraciones por el mismo rumbo.

“Al baile no asistimos, si alguno nos quiere favorecer con dirigirnóslas.”—FIDEL.

TEATRO PRINCIPAL.

La boda en los infernos, es uno de tantos recursos mercantiles que se han puesto en ejercicio con el solo fin de especular. En ellos nada tiene que ver el talento dramático, ni esos semejantes: el público que grita y se conmueve por la falta de exactitud en los trajes, por la inverosimilitud de tal obra, por tantas cosas, se agolpa ansioso á ver las danzas de los diablos, y á einguarsarse con las combinaciones del tramoyismo.

Desde que la celebre *Pata de cabra*, en estos últimos tiempos, empujó el retiro de la magia, parecen lánguidas y sin novedad las invenciones posteriores, y el público que concurre á las suertes que al drama, sa le descontento si no admira en cada escena un prodigio y no oye en cada palabra el anuncio de un encantamiento.

En tales comedias nada puede decirse de los actores secuestrados por el tramoyismo, que los convierte en instrumentos de su combinación.

La mano que arrebató á *Nuspiro*, y de la que él se asió ya que no lo agarraba, era potente y como la de Sansón; por un tris derriba una columna; las aguilas ligábres y coteadas á cuyo compás bailaron los desdichados, estropeacion al auditorio, y jamás el infierno inspiró sentimientos mas castos y tranquilos.

Poco generosos y gastronómicos los diablos, tratan á *Nuspiro* á su modo como espíritus, contribuyendo el Colillon rebelde á que se parecieran los habitantes del infierno muy poco hospitalarios y serviciales. El Sr. Castro, que ofreció encender unas velas que estaban apagadas, no lo cumplió hasta ahora: ¡lástima de tal atraso en sortilegios y hechicerías, en un joven que tenía grandes comercio con el rey del fuego!!!

La vista del enfermo fué magnífica ¡pecaminosa humanidad! agrado lastimante, y los diablos se poseyeron tan al vivo de su papel en el baile, que todos los creyentes enérgicos por lo menos,

BOTANICA.

Sres. editores del Museo Mexicano.—Casa de vdes., Agosto 21 de 1843.—Como la lámina litografiada que han acompañado vdes. á su número 2, del 29 tomó de la miscelánea que redacta, es copia de la iluminada que tuvo el gusto de dirigirlas; y el artículo con que vdes. la han publicado no está conforme con la descripción y utilísimas aplicaciones de la planta que representa y que ofrecí á vdes. comunicar, creo que sería conveniente llamasen vdes. la atención de los suscritores al referido periódico en un nuevo artículo sobre esta importante materia. La llamo importante por las circunstancias que paso á manifestar.

Durante mi residencia en Roma, llegaron á mi noticia el año de 37, las felices aplicaciones que se hacen en aquella ciudad, para la curación de las fiebres intermitentes, de la quina del *Pitayó* procedente de la Nueva-Granada, y las relaciones de amistad que mantenía con el muy apreciable secretario de la legacion de aquella república, mexicano por nacimiento, el Sr. D. Fernando Lorenzana, me facilitaron la adquisicion de alguna de aquella celebrada quina, de la lámina que la representaba, y de la descripción y análisis que se habian publicado por orden del gobierno de la Nueva-Granada.

Todo el que haya permanecido en Roma durante el estío, se habrá impuesto de los muchos casos de ritos ó fiebres intermitentes que cada año tienen allí lugar, y que anagan á nativos y extranjeros de una manera imponente, por la obcecacion con que resisten algunas veces á las medicinas mas enérgicas y febrífugas mas acreditadas: enfermedad que acaso debe su origen á los pantanos no muy distantes de la ciudad, que producen mortíferas emanaciones, y constituyen lo que allí se conoce con el nombre de *Aria Cattiva*.

Aunque yo no he sido atestado nunca por esta penosa enfermedad, he tenido ocasión de observar sus terribles efectos en los diversos pueblos de nuestras costas y tierra-caliente que he recorrido, y esto me hizo tomar interes en Roma, tratándose del específico que habia producido tan buenos efectos en la curacion de las intermitentes, pues muy bien podria ser que entre la lamensa cantidad de árboles y plantas que producen nuestros fértiles terrenos, y entre las

cuales hay tantas todavía por examinar, se encontrase esta utilísima quina, y con esta mira tuve la honra de dirigir á vdes., señores editores, la lámina indicada, ya que el Museo Mexicano circula por todos los Departamentos, y ahora acompaño el impreso en donde consta su descripción y buen éxito de sus aplicaciones, confirmado últimamente en la Nueva-Guatemala, segun me ha referido el Sr. D. Manuel Díez de Bonilla, por los ensayos practicados por los facultativos de aquella ciudad, con las pequeñas cantidades que pudo procurarse al efecto de la que llevó de Roma.

Si esta rectificación fuere de la aprobación de vdes., creo que no tendrán inconveniente para que se inserte en el útil periódico citado, pues sin duda el artículo que acompaño á la lámina consabida, se contrajo á la simple *quina naranzada* que tiene escrito al pie, sin los antecedentes que detalla el artículo que ahora remite á vdes. su atento y seguro servidor y amigo Q. B. SS. MM.—*Joaquín Velazquez de Leon*.

RELACION DE ALGUNOS EXPERIMENTOS HECHOS EN LAS SALAS DE MEDICINA CLÍNICA DE ROMA POR EL PROFESOR JOSÉ DE MATTHEI, DIRIGIDA Á SU EMINENCIA REVERENDÍSIMA EL SR. CARDENAL TOMÁS BERNETTI, SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD.

Eminentísimo príncipe.—La filantropía acollida con que V. Em. se ha dignado satisfacer mis ardientes deseos, suministrándome una suficiente cantidad de la nueva *quina del Pitayó* para experimentarla en las salas clínicas, me impone ahora el honoroso deber de presentarle por la prensa el resultado de los experimentos médicos que se han hecho. Y en cuanto á lo primero, sean dadas sinceramente infinitas gracias á la paternal bondad del soberano pontífice Gregorio XVI, por su solicitud en beneficio de los hombres; pocos, apenas se le suplico, quisó ser generoso y sabio dispensador del obsequio de aquella corteza, que le habia hecho el gobierno americano de la Nueva-Granada; desiniendo por medio de V. Em. algunas libras para el uso de las salas clínicas, después de haberla suministrado al gabinete de materia medica del archiconvicio, y tambien á la análsis química para hacer conocer mejor su composicion y naturaleza.

Empleo verdaderamente nobilísimo, y saludable, que auxiliando los progresos de la ciencia no menos que las necesidades de la humanidad, honra al excelente príncipe con aquello que tenemos de más honroso, que es la pública utilidad. La interesante carta que me ha dirigido mi ilustre colega el Sr. Dr. Folchi, profesor de materia médica, (*Diario Arcade de Roma, vol. 75 y 76 de los meses de Febrero y Marzo de 1839, págs. 129 á 139*) manifiesta con exactitud la forma y caracteres externos de esta corteza, fuera de otras muchas noticias históricas sobre la misma, no menos que la análisis química practicada por otro ilustre profesor de farmacia, el Sr. Pedro Peretti. Se confirma por esta análisis aquello que otros habían anunciado antes: esto es, la falta de la llamada *quina y cinchonina* en la tal especie de nueva quina, la que en vez de aquellos principios presenta un nuevo alcaloide, en el que es de suponerse con bastante probabilidad que reside la virtud antifebril que ella posee, como en la quina de las otras quininas, y como en otros alcaloides las virtudes de otras muchas sustancias medicinales; por ejemplo, de la morfina en el opio, de la emetina en la hepática, de la stricina en la nuez vómica, &c. Para uniformarse con el uso introducido en la ciencia, han acordado darle á este nuevo alcaloide el nombre de *pitaina*, sustancia poco amarga en su estado sólido y puro; pero de eminente amargura luego que, salicada con los ácidos, se disuelve en el agua ó en el alcohol, ó cuando se halla fundida á una temperatura mas alta de 100°, pues entonces despide vapores amargosísimos. Habría sido ciertamente un doble placer para nosotros, si á los experimentos antifebriles obtenidos con la nueva quina en polvo, hubiésemos podido añadir otros ejecutados con la *pitaina* y conseguir ciertos proporcionados, como es lícito suponerlo. Mas este nuestro justo deseo no ha podido satisfacerse hasta ahora, porque después de los muchos experimentos con la corteza reducida á polvo, no quedó cantidad suficiente para estrair de ella, con los reactivos químicos, una dosis bastante de *pitaina* para experimentar de una manera concluyente y segura. Debemos entretanto declarar que la falta absoluta en esta nueva quina de la quina y cinchonina, propias de las verdaderas quininas, y la ignorancia en que permanecemos hasta ahora del género y de la especie á que pertenece el árbol de que se ha estraido esta corteza (no conociéndose todavía por alguna descripción botánica), hacen bastante verisímil la opinión de aquellos que creen se deba numerar mas bien entre las falsas que entre las verdaderas quininas. Pero sea cual fuere el verdadero género y la verdadera especie botánica de la corteza de Pitayó, nosotros, por los efectos saludables que he-

mos experimentado en las salas clínicas de la universidad, no podemos dudar que la distingue.

La extraordinaria sequedad del estío pasado, prolongada por casi todo el otoño, ha influido de tal modo, que han sido rarísimas las fiebres y pocos los enfermos que se han visto en los hospitales de Roma de tal enfermedad, como lo que sucede ordinariamente. Feita feliz y favorable escasez de febricitantes, no ha disminuido sino solo retardado por algunos dias el conveniente número de nuestros experimentos públicos. En esto, y precisamente desde fin de Junio á principios de Agosto, se han cometido catorce enfermas, entre hombres y mugeres, al uso de la nueva quina. Sus fiebres, aunque todas manifestamente periódicas ó intermitentes, han sido de distintos tipos, y diversas tambien por su cualidad y circunstancias. Las hubo con tipo de terciaria y de cuartana; no faltaron *perniciosas*, habiendo habido entre ellas dos biliosas; algunas desmenuadas recientemente, otras intreradas y después reproducidas en aquellos dias. Para disiparlas no nos vimos obligados casi nunca á aumentar la dosis de dos onzas y media de la nueva quina, dividida cada una en seis papillos, y administrada con intervalos proporcionados de tiempo, en las horas de la intermisión. En una cuartana solamente, la dosis fué aumentada hasta dos onzas dos tercios, sin llegar nunca á las tres onzas, supuesto que otras dos onzas han sido casi siempre suficientes para la curación, y algunas veces menos. Dos de estas intermitentes fueron solo de primera esplosion, es decir, suscitadas entonces por la primera vez, pues todas las otras eran reproducidas en cuerpos que las habían sufrido otras veces, ó en el mismo año ó antecedentemente. Finalmente, dos libras y media de la *quina de Pitayó* se consumieron con feliz suceso en la curación de las fiebres de estío, queriendo nosotros reservar una dosis todavía mayor para el otoño, estación mas propensa á las mismas fiebres, y que las hace mas obstinadas y peligrosas á juicio del mismo vulgo. Por tanto, al principiar Noviembre, volvimos á los mismos experimentos, y en todo aquel mes hasta la mitad de Diciembre, fueron tratados con la nueva quina otros diez y seis enfermos con fiebres periódicas de diverso tipo, cuatro de los cuales con el de cuartana, y casi todas acompañadas de obstrucciones al hígado y al bazo, efectos ordinarios de los repetidos accesos de las mismas fiebres, que con tales complicaciones suelen ser tanto mas perniciosas y rebeldes. No obstante esto, administrada la nueva quina, con el mismo método y en las mismas dosis, se han obtenido siempre los mismos felices resultados; pues con el uso de dos onzas de la tal corteza finamente pulverizada, algunas ve-

ces con una draema de mas y otras de menos, los distintos febricitantes salieron todos curados de las salas clínicas, algunos mas temprano, otros mas tarde. Y si permanecieron algunos dias mas, fuera de los necesarios, esto fué por observar mejor el curso de su convalecencia y asegurarnos mas de su curación. Todos conocen la pertinacia y la difícil espulsion de las fiebres cuartanas: han venido á ser uno de los oprobios de la medicina, porque resisten frecuentemente á las mas crecidas dosis de la corteza peruviana, y muchas veces es necesario esperar su terminación mas bien del cambio de la estación ó del tiempo, que de los remedios. Al presente seis casos de cuartana han tenido lugar entre los treinta fiebres periódicas que hemos combatido con la nueva quina; y aunque estuvieron complicadas, segun lo ordinario en las cuartanas, con profundas obstrucciones del bazo, no han resistido en ningun caso á la virtud febrífuga de la quina Pitayó en dosis muy moderadas: porqu, administrada segun nuestro método con justa distribucion dentro de los dias del acceso, nunca hubo necesidad de llegar á las tres onzas. Poco mas de una onza moderaba el paroxisismo, y poco mas de otra onza lo cortaba del todo; así bastaban comunmente dos onzas y media de la nueva quina para disipar las mas pertinaces entre las periódicas; cuando por el contrario se necesitan muchas onzas de la quina comun como les es notorio á todos los médicos; y no raras veces sin suficiente efecto, aun viéndola á otros medicamentos que se tienen por auxiliares. El ser bastante esta menor dosis de la quina de Pitayó para deterrar las fiebres mas obstinadas, como las mas peligrosas, forma la mejor prueba de su mayor virtud y de su mas grande eficacia antifebril, de conformidad con la opinion que tienen de ella los mismos americanos.

Mas si esta nueva quina se introdujera en el comercio, adquiriendo bien pronto la reputacion que merece, tendríamos mucho que temer de las acostumbradas adulteraciones de los comerciantes, que aun mas su propio interés que la utilidad de los otros. Ni semejantes fraudes sería siempre fácil descubrirlos; y si han tenido lugar en otras especies de quina, desde su primera aparicion en Europa, con tanta mayor razon deberíamos temerlos al presente en la mas eficaz y útil, como mas aparente para provocar la codicia de los traficantes. La historia refiere que los atenienses habian establecido una magistratura particular (los sicofantas), que vigilaba sobre la cultura, sobre el comercio y sobre la esportacion de los higos de la Atica, de que eran ellos estramadamente aficionados. Sería mucho mas racional y justo que los americanos del Perú y de la Nueva-Granada establecieran un magistrado particular sobre los árboles de la quina, de que

abundan sus países. El deberia vigilar sobre la cosecha y estraccion de las cortezas, alejando toda suerte de alteracion y de fraude en un género que es ciertamente mas precioso y útil que los higos. En efecto, constituye el remedio mas seguro de la mas frecuente enfermedad de los hombres, cual es la fiebre periódica, muchas veces funesta y mortifera bajo la forma de perniciosos. Ni deberian estar separadas de los reglamentos de América las correspondientes medidas, aun en los puertos de Europa, con que siempre se pudiera garantizar mas la legitimidad de las diversas cortezas de quina.

Recibid, eminentísimo príncipe, con vuestra acostumbrada bondad, esta muestra bien pequeña de nuestro celo y de nuestra inmensa gratitud y respeto. Tened ademas la complacencia de proporcionar oportunidad para que la ojea con paternal clemencia la Santidad de nuestro señor, que el cielo conserve y prospere largamente para el bien de Roma y de la iglesia.

Entretanto, permíteme el honor de ser de V. Ema. Rm. humilísimo, devotísimo, y obedientísimo servidor.—*José de Mattheis*, profesor de medicina clínica en la universidad de Roma.

CARTA DE FOLCHI AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR PROFESOR DE MATTHEIS, SOBRE UNA NUEVA ESPECIE DE QUINA DENOMINADA Pitayó.

Habiendo la Santidad de nuestro señor Gregorio papa XVI, recibido por regalo de la república de Colombia, una cierta cantidad de quina con la denominacion de *pitayó*, que allí se tiene en grande aprecio, y se prefiere á las otras especies para la curación de las fiebres intermitentes, vd. euído de pedir á su eminencia reverendísima el señor cardinal Bernetti una muestra, tanto con el fin de depositarse en el gabinete de materia médica de la universidad, como con el de examinarle por el análisis químico, para verificar si la eficacia de esta especie era debida á los alcaloides ya conocidos, ó bien á otra nueva sustancia. Habiéndose dignado Su Santidad conceder la muestra pedida por medio del enuncioado, purpurado, vd. se sirvió darme una parte de ella invitándome á hacer su descripción, y otra á nuestro colega el señor profesor Peretti escitándolo á examinarla químicamente. Por consiguiente, era muy justo que yo dirigiese á vd. mis cortas observaciones, que felizmente ha querido aumentar el Sr. Peretti, con los importantes resultados de sus indagaciones, desciendo unirse conmigo para darle una prueba de gratitud y obsequio.

Por lo tanto siento no poderle suministrar de mi parte mas que escasas é inciertas noticias acerca de la procedencia de esta corteza, no haciendo mencion de ella sino solamente tres au-

tores que yo conozco. El Sr. profesor Brera, en su *Desideratum*, la llama *Pitaya quina* y dice haber venido el año de 1817 de Guayaquil á Liverpool bajo el nombre de quina peruviana, y extendiéndose de Hamburgo por la Alemania con tal denominación y también con la de quina nueva. Añade que algunos la han confundido con la quina Tacsmes y Bicolorata; pero que son tales las diferencias físico-químicas que hay entre estas cortezas, que no es posible reducir las á la misma especie. Ciertamente, yo que tengo á la vista todas las tres mencionadas cortezas del gabinete, puedo asegurar, que si la pitaya se distingue en sus caracteres de la Tacsmes, no tiene con la Bicolorata la más remota semejanza. El Sr. Batka de Praga, en una interesante memoria presentada á la academia real de medicina de Paris, nombra simplemente la Pitaya, anunciando que este nombre suele darse en Inglaterra á la quina bicolorata; y he aquí repetido el mismo error poco antes notado. El que habla con alguna mayor extensión de la Pitaya, es el Sr. Guibourt, quien en la segunda edición de su historia de las drogas simples vol. I.º pag. 456 refiere, que una corteza con esta denominación ha sido recibida de Colombia por el Sr. de Londe; la que tenía los mismos caracteres que él describe brevemente. Después añade que, habiéndola analizado el Sr. Henry hijo, encontró en ella tanta quina y cinchonina que bastaría para colorar la nueva corteza al lado de las verdaderas quinas; si no la separasen de estas sus caracteres físicos. Por lo tanto, tenemos entonces razón para dudar que la corteza de que habla Guibourt sea idéntica á aquella de que es mi objeto hablar tanto por que los caracteres físicos de ambas no son enteramente conformes, como también porque en la nuestra no se han manifestado en su análisis los alcaloides propios de las verdaderas quinas. Estas son las únicas noticias que he podido procurarme acerca de la Pitaya, las cuales como V. bien vé, poca ó ninguna luz nos dan, habiendo inútilmente consultado la preciosa memoria de Humboldt sobre las quinas, inserta en el *Atmaceo* de Berlin; el *procurus* de Decandolle; el *sistema vegetabilium* de Roemer y Schultes; la monografía de Bergen; ó iguales obras de farmacología y de materia médica de que he podido disponer.

Las cualidades físicas de las muestras que he obtenido por medio de V. son las siguientes. Los pedazos mayores están arrollados por la mitad sobre sí mismos; los menores tienen aproximadas sus márgenes á manera de canales; los primeros de mas de un pie de largo, de mas de una pulgada de diámetro, y de una y media línea de espesor. La costra exterior, formada de los epidermis y de la membrana celulosa, es varia en los diversos pedazos: en algunos, par-

ticularmente en los mas grandes, se observa una película blanca destruida en gran parte por el rozamiento, y semejante á la película perlada de la quina de Caragena; en otras la costra dicha es algo esponjosa, tuberculosa, desigual y ligeramente henchida, en algunas partes laminaosa y de color ceniciento sucio, algunas veces con muestras de película perlada, presentando hieles dentro un color amarillo rojizo. El liber, ó tela fibrosa, se compone de fibras menudas acumuladas, de color naranja rojizo, mas oscuro en la cara interior de la corteza; la fractura es desigual, poco fibrosa, y aparecen en ella las fibras casi dispuestas en tejido: el sabor amargo, persistente y desagradable. Algunos pocos liquena foliáceos, se desarrollan en la superficie esterna.

El lugar nativo del árbol de donde se ha sacado esta corteza, está en los montes de Pitayó de la Nueva-Granada: el género y la especie á que pertenece dicho árbol están hasta ahora indeterminados. Careciendo la corteza de quina y cinchonina, según las indagaciones del Sr. profesor Peretti de que luego daré cuenta, parece que no podrá asignarse la planta al género *cinchonoides*, principalmente después de la reciente separación hecha de este género por el Sr. Decandolle de muchas plantas que indistintamente habían sido comprendidas en él por otros. Los Sres. Brera y Guibourt son de parecer que pertenece probablemente la Pitayó al género *Escostemma*, y el segundo así lo piensa, encontrando una grande semejanza entre las voces pitayó y pitón, que puntualmente es la denominación vulgar de una especie de *escostemma*, es decir, la *escostemma floribundum*, quina pitón, ó de Santa Lucia, descrita la primera vez por Baillon en 1789. Yo no tengo mas que una sola razón que oponer á esta suposición del Sr. Guibourt, y no me parece del todo despreciable. En los árboles que producen las quinas verdaderas ó falsas, nosotros observamos una cierta regularidad y constancia, respecto de su lugar nativo; así, para aducir algunos ejemplos, sabemos que los géneros *Lecydia* y *Hymenodictyon* son propios de la India oriental; que el *Daniis* nace en las islas de la Africa austral; que el *Finkneria* vegeta en la Carolina y la Georgia; el *Remiya* en el Brasil; y así se puede ir señalando la geográfica distribución de los otros. Ademas, el género *escostemma*, particularmente la primera sección *Pitonia*, en la que se hallan incluso los verdaderos *escostemma*, es propio de las Antillas, region muy diversa de aquella de donde, con certeza, sabemos que proviene nuestra Pitayó. ¿Pertenecería ella acaso al género *biuina*? Yo á la verdad me inclino mucho á creerlo, considerando que este, como también el género *cinchona*, se han encontrado casi constantemente en los Andes del Perú, y de la Nueva-

Granada, patria esta de la Pitayó, y hasta ahora no se conoce mas que una excepción, que recae sobre la *Buena esperanza* ó quina del Riojancito, que tiene por patria al Brasil. Es inútil que yo haga advertir á V. ser el género Buena aquel mismo que Ruiz y Pavon, autores de la Flora peruana habían denominado *Cosmbuena*, reuniendo el pronombre y nombre de Cosmo y Buena, á quien hubian dedicado el nuevo género; Pohl, al cual no le agrado esta composición de palabras, ha suprimido el pronombre y ha sido seguido de otros botánicos.

Ahora, para dar á V. una breve noticia de las indagaciones hechas por el Sr. Peretti sobre los elementos de la Pitayó, diré que este sabio químico ha ensayado desde el principio una pequeña cantidad de dicha corteza, y que después ha repetido y variado sus operaciones sobre una dosis mayor. En el primer ensayo ha dirigido inmediatamente sus indagaciones á descubrir los alcaloides comunes á las verdaderas quinas, siguiendo el procedimiento acostumbrado, es decir, haciendo hervir la corteza en agua acidulada, precipitando el liquido con el amoníaco y con el carbonato de potasa, recogiendo y desecando el precipitado, y tratándolo finalmente con el alcohol, al que se le ha añadido un poco de ácido sulfúrico para obtener el alcaloide que se buscaba en el estado de sulfato. A pesar de toda la diligencia empleada en examinar las materias, él no ha podido encontrar ni quina ni cinchonina; cuyo resultado merece ser notado, como contrario al del Sr. Henry y como capaz de dar alguna luz sobre el género de la planta, de donde se ha desmembrado la quina Pitayó. Mas si por esta parte ha sido infructuosa la indagación, por otra ha sido provechosa, en cuanto por ella se ha conocido: 1.º que el precipitado obtenido por el ácido hervido, mediante el amoníaco, contiene una *sustancia amariza particular* unida al tannin: 2.º que una porción de dicha sustancia se precipita por el alcohol al tiempo de la evaporación, y otra se resuelta en disolución: 3.º que el mismo precipitado contiene las dos materias colorantes *sólida* y *falsa*, así denominadas por el Sr. Peretti, y son aquellas que resisten á la disolución en el espíritu de vino. 4.º que el carbon animal que se emplea para clarificar la solución alcohólica se apodera de pequeñas resinas de la corteza y de una parte de la sustancia amariza: 5.º que el precipitado obtenido por medio del carbonato de potasa, se mezcla con el éter, evaporado esto se obtiene la sustancia amariza en forma de pequeñas aguas cristalinas, que disueltas en el ácido acético hacen amarquizimo el liquido: 6.º que el cocimiento en agua pura de la quina pitayó se enturbia enfriándose, tinte ligeramente de rojo el papel de tornasol; precipita en coá-

gulo la gelatina animal; en pardo el persulfato de hierro; y suministra tambien un sedimento con el carbonato de potasa y oxalato de amoníaco: 7.º en fin, que haciendo hervir primeramente la corteza en agua pura, y después en agua mezclada con un poco de ácido hidroclórico, y precipitando uno y otro cocimiento con el amoníaco, si los precipitados se tratan con el éter y se volatiliza el solvente, se obtiene la sustancia amariza en forma cristalina; y esta á juicio del Sr. Peretti es tal vez el mas corto y expedito medio de procurársela.

Hecho este ensayo, ha obrado el dicho químico sobre una dosis mayor de Pitayó, y he aquí en compendio la serie de sus operaciones. Ha hecho hervir seis onzas de corteza en agua destilada, y la reducida el cocimiento á extracto, que tuvo el peso de dos onzas. Tratando este con el alcohol de 34.º, una porción se ha disuelto, y se ha puesto por separado; la otra no disuelta ha presentado los caracteres de goma y del galate de cal. A la solución alcohólica se ha agregado un poco de agua, y destilada ha dejado un residuo acuoso, que tenía de rojo el papel azul; precipitada en coágulo la gelatina animal; se enturbia con el sulfato de hierro, y tenía un sabor eminentemente amargo y astrinjente. Estas cualidades ya denotaban bastante que contenida el tannin con exceso de ácido gálico, la sustancia amariza y la parte colorante; no obstante esto, se ha precipitado la solución con el amoníaco; y una porción del sedimento blanco amarillento, tratada con el éter, ha dado por medio de la evaporación el tannin de la sustancia amariza, ó del nuevo alcaloide, dejando atrás la materia colorante falsa.

El remanente del sedimento blanco amarillento, se ha puesto en contacto con el agua hirviendo y se ha disuelto en parte; de la otra han pasado luego. En la solución acuosa se ha mezclado un poco de ácido sulfúrico clarificado el liquido con el carbon animal, estado después un poco de evaporación, se cal para quitarle el exceso de ácido, y elevada la evaporación hasta la sequedad, el residuo se ha disuelto en el alcohol, y con la evaporación de éste se ha obtenido el sulfato del nuevo alcaloide, bajo la forma de pequeñas agujas cristalinas, dispuestas en forma de abanico.

La parte del sedimento no disuelta en el agua hirviendo, se ha cimentado con el hidrato de potasa y ha formado un liquido de un rojo de rubí vuelta á tomar la potasa con un ácido, se han depositado las dos materias colorantes sólida y falsa.

Recordando el Sr. Peretti que el carbon animal goza de la propiedad de absorber y retener algunas de las sustancias en que se le emplea para depurarlas, y sospechando que en la opera-

cion poco antes referida se hubiese apoderado de una porcion del sulfato del alcaloide, supuesto que de este se habia obtenido una muy corta cantidad, lo trató primeramente con el alcohol simple hirviendolo, y así pudo recobrar alguna parte del sulfato. Considerando despues que la parte colorante, sobre la cual ejerce el carbon la mayor afinidad sin otros de impedimento, para que del mismo estrajera el alcohol todo el alcaloide, ha hecho obrar el alcohol hirviendolo con la adición de hidrate de potasa: de este modo ha obtenido un liquido muy amargo de color de esmeralda, que se ha mudado en amarillo pálido, estrajó la potasa mediante el ácido sulfúrico. Evaporó despues el espíritu de vino, trató el residuo con el éter, y diluata la solución etérea con el agua destilada, ha obtenido la mayor parte del nuevo alcaloide que apenas conservaba una pequeña porcion de la materia colorante, y este ha sido el caso en que se ha manifestado la sustancia amarga alcaloide en una dosis mas significativa.

Despues de haber dicho que la corteza de Pitayo en seis onzas de peso habia sido hervida en agua pura, y el cocimiento reducido á extracto, sobre el que se siguieron las operaciones referidas, resta añadir que la misma corteza se ha hecho hervir de nuevo en el agua unida con el ácido gálico, y que, mezclado en el cocimiento el anterior, se ha obtenido un precipitado rojo amarillento: cincuenta granos de éste, tratados con el éter, han dado un liquido amarguísimo destilado de amarillo, y volatilizado el éter ha quedado un residuo granujiento, compuesto de mucha materia colorante sólida, de un poco de ácido gálico, y de la sustancia amarga. La combinacion de la sustancia amarga, con el tanin, observa el Sr. Peretti no ser nueva en la química orgánica, porque en este estado se presentan la salicina en la corteza del sauce, la quinina y la cinchonina en las verdaderas quinas, &c. Ni puede dudarse de la combinacion antes dicha, pues si ademas de las otras pruebas se disuelve en el agua destilada el extracto alcohólico de la Pitayo, se clarifica el liquido con el carbon animal, y evaporado se trata el residuo con el espíritu de vino frio; se tendrá una tenue cantidad del alcaloide combinado con el ácido hidrocórico, proveniente tal vez del carbon preparado, y la parte no disuelta en el espíritu será galate de cal; mas si el carbon empleado en este experimento se lava perfectamente en el alcohol, que tiene en disolucion hidrate de potasa, se podrá obtener todo el alcaloide junto con el tanin. En fuerza de estos experimentos, se cree autorizado el Sr. Peretti para concluir que la quina Pitayó contiene

Una sustancia amarga, de índole alcaloidea.
Dos sustancias colorantes unidas al ácido gá-

lico, que forman el rojo cinchonico de los quimicos franceses.

Galate de cal. Goma. Resina. Parte fibrosa.
Los caracteres del nuevo alcaloide, que respecto de su procedencia podria llamarse *pitayina*, son principalmente el no tener notable amargura en el estado sólido puro, el cual carácter se desvirtúa todas las veces que se disuelven en el agua ó en el alcohol, ó en el éter, las sales cristalizables y solubles que forman con los ácidos. Es, sin embargo, amarga la solución del alcaloide simple en el éter y en el alcohol, en los cuales líquidos es muy soluble, y de donde se puede obtener en estado cristallino. Se funde á una temperatura que excede de 100° y escapa primero vapores amarillentos, que recogidos se condensan en menudísimos prismas; despues escapa vapores empíreumáticos, que tocando un papel tendido en azafrañ lo enrojecen. Se descompone por la acción del ácido nítrico caliente y concentrado: se combina con el ácido sulfúrico en la proporcion de 96 partes del alcaloide y 4 de ácido, y forma una sal blanca amarga en pequeños prismas divergentes á manera de abanico, con el ácido acético compone una sal amarga inestabilizable.

El Sr. Berzelius en el tomo 9° pag. 223 del Tratado de química, hace mención de una corteza procedente de Colombia y conocida entre las quinas; mas esa se distingue de nuestra Pitayó, en cuanto contiene la quinina y la cinchonina, segun el ensayo analítico del Sr. Kuhlman. Mas bien parece acercarse á la nuestra en la composicion química otra corteza, de la cual habia igualmente el Sr. Berzelius en el citado volumen, pag. 222, bajo la denominacion de quina nueva; tanto mas cuanto que por asercion del Sr. Brera la misma denominacion se le ha dado en la Alemania, y en otras partes á la Pitayó. Los señores Pelletier y Caventou que la han analizado, han estraido sebo, una sustancia resinosa roja, tanin, una materia colorante amarilla, goma, almidon, ácido quínico, y han tenido indicios de un álcali vegetal, que el Sr. Gruner mira como una base particular. De cualquier modo que sea, yo tengo por seguro, que mas bien la experiencia médica, que las investigaciones químicas, pueden probar la importancia de una nueva especie de quina, particularmente en nuestro suelo, en donde por la obtencion de las intermitentes han fallado aquellos febrífugos que en otras partes gozaban de mucha celebridad. Y ninguno ciertamente mejor que vd. está en el caso de hacer la prueba á la cabezera de los enfermos, siendo uno de los profesores de nuestra clínica médica, y autor de los primeros experimentos hechos en el mismo instituto sobre el sulfato de quina, la emetina, la morfina &c., de los cuales vd. ha dado cuenta en una carta inserta en las Efemérides de Roma,

ESTUDIOS MORALES.

LA MUJER FEA.

ACABA de cumplir quince años la pobre Juana. Edad terrible en que la mujer sale con su corazón cándido de paloma, de los juegos inocentes de la infancia. Edad en que los primeros dolores del amor se sienten en el alma: edad en que se percibe ya el rugido de las tempestades de la vida: edad en que es forzoso que el corazón ame, que la imaginacion ardiente se alimente de quimeras: edad, en fin, en que ciegos y delirantes procuramos aspir ese fantasma brillante que se llama felicidad, y que desaparece con nosotros en el borde de la tumba.

¡Si vierais como Juana se dormía arrullada con esos sueños dulcísimos de la juventud! Si vierais cómo en sus solitarias cavilaciones se figuraba un joven de voz sonora, de gallarda presencia, de elegantes y finas maneras, que le ofrecía su amor, su mano, su existencia, su vida... ¡Ah! Juana lloraba de placer cuando se persuadía que podrian realizarse tan gratas ilusiones.

¡Delirios! Un día Juana se puso en pie delante de un espejo de cuerpo entero: su tallo no era flexible y delicado, sino tosco y tallado, á semejanza de algunas defectuosas esculturas antiguas: su color era moreno, sus ojos pequeños y verdiosos, su frente deprimida, sus labios pálidos y regredidos, su nariz abultada y un poco torcida, su cabello negro y erizo. Cuando Juana vió tanto conjunto de fealdad, se quejó de la naturaleza, se quejó de los padres que la habian arruinado á la vida, de Dios que le habia negado aun la gracia, *lozemia* y *foscura* que concede á todas las mugeres á los quince años de edad. Juana lloró de nábia, y se alejó maldiciendo al severo espejo que tan cruel desengano le habia dado.

Desde ese momento desaparecieron para siempre las ilusiones de Juana; no esperó ya ni dicha, ni amor, ni tranquilidad en su vida. — ¡Habría, decía, un hombre que me llame su esposa, su estrella, su encanto, su amor? Estas dulces palabras que enorgullecen, que embriagan á todas las mugeres, jamas vibrarán en mis oídos, jamas me amarán nadie, porque... soy fea, y el ridiculo, el sarcasmo, la mofa, caerán sobre mí desgraciada juventud.

Felizmente el tiempo nos recatumbra á sobrelevar las mas crueles desgracias de la vida. Así Juana aunque siempre triste y estraña á todas

las tiernas afecciones de la juventud pasaba resignada sus dias. Se ocupaba, para distraerse en todo género de quehaceres domesticos y por necesidad practicaba los ejercicios de virtud. Juana, en verdad, tenía un corazón tan hermoso, cuanto era deforme su rostro. A los veinte años Juana bordaba flores tan primorosas, que se creian que tenían vida y aroma como las naturales: trabajaba rancias y calados que podrian avergonzar á los fabricantes flamencos: disponia potages y adornaba una mesa digna de un rey; en una palabra, no habia género de ocupacion mugeril en que Juana no sobresaliera infinito. En cuanto á sus cualidades morales ni se diga: jamas veía un mendigo sin socorrerlo; jamas encontraba un niño desnudo sin conversar hasta el punto de llorar; jamas se alteraba ni aun con los criados: su genio, siempre igual, siempre con una humilde y santa resignacion.

Juana, pues, era un tesoro de virtudes y una alhaja que habria hecho feliz á un hombre filósofo que la hubiera adoptado por esposa; pero Juana era fea, y los hombres son todavia en este siglo poco filósofos para resignarse á vivir con un tipo de fealdad física.

Contar una á una las humillaciones y los sufrimientos de la vida de Juana, sería nunca acabar. Los espejos eran su tormento, y las modas sus crueles verdugos que sin piedad la martirizaban. — ¡Cómo ponerse un vestido de gros azul claro sobre un pecho color de acrituna! ¡Cómo adornar con *perpallinas* y *figuras*, una cabeza redonda y cubierta de un escaso pelo grueso! ¡Cómo poner sobre una frente llena de pecas y de pelo, esos lindos pajaritos de oro y diamantes! Juana, en fin, tenia que renunciar á esos adornos tan graciosos, que tanto realizan la hermosura de las jóvenes, y reducirse á usar un vestido modesto y de color oscuro. Esto es un tormento tan cruel como el de Tántalo.

Y no se crea que esta modestia en el vestido la ponía á cubierto de sus padecimientos. En los teatros si la miraban erica con fundamento que era para criticarla: en las tertulias no la sacaban jamas á bailar si no era para completar unas escarillas: en la calle en lugar de escuchar esos rumores que arranca la hermosura á un corrillo de jóvenes, llegaban á sus oídos las palabras de fea,

REVISIÓN DE OBRAS.

CANTOS POPULARES DEL NORTE.

TRADUCIDOS AL FRANCÉS POR X. MARMIER.

ULTIMAMENTE ha llegado á nuestras manos por conducto de nuestro apreciable compañero el Sr. Thivrol, editor del *Correo Francés*, la obra que se expresa y que por su originalidad merece que demos de ella una ligera idea á nuestros lectores.

En los viajes que emprendió el distinguido y sabio literato Marmier, al Norte de Europa, llamaron su atención la multitud de canciones y romances que vagan anónimos en la boca del pueblo, y emprendió el asiduo y delicado trabajo de traducirlos y formar una colección, como lo hizo efectivamente, dedicándolos á su alteza real la duquesa de Orleans. Con tal obra, Marmier ha hecho un positivo servicio á la literatura francesa, porque esos cantos, esas coplas y trovás anónimas como las baladas escocesas, como los romances españoles, y como los poemas árabes, dan idea, no de un poeta, no de una literatura, sino de un pueblo entero. ¿Quién no adquiere una idea completa de esa vida poética y singular del árabe, cuando lee el hermosísimo poema de Antar (1)? ¿Quién no se deleita y se contempla transportado á las elegantes y pomposas cortes de Córdoba, Sevilla y Granada, cuando lee los romances moriscos (2)? ¿Quién, en fin, no participa de esa dulce, y por decirlo así, terrible melancolía, cuando medita esos cantos de Ousán (3) en que la naturaleza y los hombres están descritos con su sublime sencillez, con su corteza salvaje; pero también con su poética y sublime ingenuidad? A nuestro modo de ver esta clase de lectura cuando se hace con reflexión, es una de las más interesantes, porque como hemos dicho, se ve reunido en un volumen el talento entero de un pueblo, la imagen fiel de unas costumbres singulares, y la representación viva de una época que pasó, que si nadie pensara en ello quedó para siempre consignada en los cantos y romances.

Al recorrer la obra de que vamos hablando, se encuentran algunos cantos rítmicos, otros obs-

cenos, otros sin gracia y sin expresión; pero todos ellos tienen un sello característico y singular como los pueblos de donde han tenido origen, y no es difícil encontrar pensamientos ingenuos, tiernos y preciosos como un diamante. Sirra como una muestra de candor, de ingenuidad y de ternura el siguiente canto que traducimos.

ROSA.

«Rosita sirve en el palacio del rey, y permanece allí durante ocho años.

No era por interés de ganar un salario, sino porque el joven duque le parecía muy hermoso. El duque se pone en camino para un país extranjero. ¡Rosita, Rosa no ama á otro!

Mientras que el duque permanece en el país extranjero, se obliga á Rosa á que reciba á un conde por esposo.

Rosa entra á su alcoba, y bañada en lágrimas escribe una carta y llamando á un barquero le dice: «Poned esta carta en manos del duque.»

El barquero llega á la tierra extranjera, y pone la carta en manos del duque.

El duque ensilla su caballo moro, y galopa con una velocidad que el viento del pájaro.

Cuando llega al puente del Molinero, mira brillar la luz sobre la mesa de los desposados.

Cuando llega á la casa de su padre, los criados están en la puerta.

Venid, les dijo, y encargaos de dar un recado á Rosita.

Rosa está en su habitación, donde circula el vino y la cerveza, mientras el duque está en la parte de afuera con las mejillas llenas de lágrimas.

Rosa está dentro con el cabello flojante, y el duque ahora sentado en el dintel de la puerta.

A estas palabras, Rosa se levanta de la mesa con tal precipitación, que derrumba las copas de vino y de cerveza.

Se precipita en los brazos del duque, y los dos hablan largo tiempo de los dolores del amor.

Habían mucho tiempo de los dolores del amor, hasta que espiran abrazados el uno de la otra.

Se colora á la pequeña Rosa en un ataudado, y al duque sobre dos ramos de encina.

A Rosa se la envuelve en un lienzo fino, y al duque en un grosero lienzo y en una piel.

A Rosa se la deposita en el cementerio, y al duque al Sur en un lugar lejano.

Pero no tuvo reposo ni día ni noche, hasta que fue conducido á la tumba de su adorada.

Un álamo crece sobre su sepulcro. Sus ramas son verdes y sus hojas son blancas.

Sobre las hojas blancas está escrito: «Mi padre me responderá en el día del juicio.»

Una novela, un drama entero es este sencillito canto. La pobre Rosa que ocho años había servido por amor del duque, se ve de improviso separada de él, y después ligada á otro por un nudo indisoluble. El duque llega, y cuando tiene á la pequeña Rosa entre sus brazos, hablan largo tiempo de los dolores del amor y mueren.

Mueren de amor porque no tenían ya esperanzas, porque toda esperanza de felicidad había huido de su corazón. Dolor sublime, dolor terrible, que Shakespeare pintó en Julieta y Romeo con tanta delicadeza y maestría. Ya que hemos leído un canto de amor, leamos otro de religión, que se llama:

NITZA.

Hubo un tiempo en que era yo muy pequeño; no tenía más de dos pies de altura. Cuando pienso en este tiempo derramo dulces lágrimas y lloro frecuentemente en él.

Jugaba en los brazos de mi tierna madre: cabalgaba en las rodillas de mi abuela, y no esperaba ni turbación, ni fastidio, ni pesar.

Me parecía que la tierra era mucho más pequeña de lo que es, y al mismo tiempo que era menos mala. Veía brillar á las estrellas como chispas, y hubiera querido tener alas para volar á cogérselas.

Veía inclinarse la luna hacia la tala, y decíame que me este yo en esta tala sabría de qué tamaño es la luna, y si es hermosa y redonda.

Veía al sol ponerse en Occidente y dormir un momento sobre el dorado seno de la mar, y por la mañana levantarse en el Oriente y enrojecer la superficie del cielo.

Pensaba en el Dios generoso que me había criado á mí, el hermoso sol, y á estas líneas de astros celestes que fulguraban bajo sus manos del uno al otro polo.

Con mi devoción infantil, mis labios tiernos murmuraban la oración que mi piadosa madre me había enseñado. ¡Oh Dios mío! hacía que siempre me esfuerce yo en ser sabio, en ser virtuoso, y en obedecerle.

Rogaba por mi padre, por mi madre, por mi hermana, por toda la ciudad, por el rey á quien no conocía, por el pobre mendigo que pasaba suspirando cerca de mí.

Han huido, han huido estos días felices de mi

infancia: mi calma y mi reposo han huido también con ellos. ¡Oh Dios mío! no me queda de ellos más que el recuerdo; haz que no lo pierda jamás, jamás.»

Nada hay más tierno ni más religioso que este canto, en que, están trazados con un lenguaje sencillito los recuerdos dulcísimos de la infancia: recuerdos á que ningún mortal es indiferente. Todos tenemos en la vida una aurora. De este género hay otro canto de la creación, en que se encuentran mil pensamientos hermosos, y algunos de una absoluta novedad. No lo traducimos, por ser muy largo; pero no podemos dejar de poner algunos trozos.

El bardo comienza con un lenguaje bíblico.

«Levántate polvo, y entona un himno de alabanza. Todas las zonas alaban al Señor; todas las naciones bendicen á Dios.»

Luego continúa describiendo los objetos de la naturaleza, sacando la consecuencia, que obras tan maravillosas proclaman la existencia y el poder de Dios; y prosigue de esta manera:

«¿Dónde está el Criador mío! correr mis lágrimas, y me enviaste á la mujer con su dulce sonrisa. Me senté en paz en las raíces de la encina, y exclame: ¡Dios es bueno!

Vi los astros luminosos brillar sobre la tierra; contemplé el esplendor del sol y mi pensamiento se ahogó en la profundidad de los cielos, pero yo estaba solo, y en medio de mi dicha me asaltaba la tristeza. ¡Lleno de deseos me acercaba á un árbol, y después á otro. ¡Qué árbol del bosque era capaz de comprenderme!

Tú viste, hermano mío, á mis ojos llenos de lágrimas, y otro ser igual á mí salí de entre el bosque. ¡Oh! Dios es bueno, exclamé, ¡Dios es bueno! respondí yo. He visto la púrpura brillante del oriente, y la luz del día; pero ¿qué es la sonrisa de la aurora, y el rayo brillante del sol? ¿Qué es el resplandor de los astros cerca del fuego que arde en nuestro corazón, cerca de las alegrías de nuestra alma? ¡Oh amor! por tí existimos nosotros. ¡Oh amor! tú eras, eres, y serás nuestra felicidad.

Te alabamos, Dios mío, te damos gracias en el esplendor de tu luz, y en la espaciosa calma de la vida; reconocemos tu poder y escuchamos tu acierto en la oscuridad de la noche, y en el sordo murmullo del terror.

Tu trono se oscurece: el sol se oculta detrás de espesas nubes; los sombríos elementos salen del abismo, y tiemblan los cimientos de la tierra. Los valles se elevan y las montañas caen. La llama devastadora se estiende sobre las olas, y al través de las ruinas se ve brillar la luz de los relámpagos. En medio del tumulto y del fracaso de las montañas que crujen, y de las rocas que se rompen, el carro de tu justicia misteriosa

(1) Viage al oriente de La-Martine.
(2) Romancero.
(3) Mærsherten.

riosa rueda con el fragor del rayo al través del cielo.

«Dios justo! Dios terrible! Desde el polvo en que hacemos escuchamos tu palabra.»

Pocos trozos pueden darse más sublimes que estos. La moda, el refinamiento, el buen gusto literario moderno tendrían trabajo para producir hoy estas salvas y alaridas armonías del Norte; bellas como sus auroras boreales, á la vez que graves y rudas como sus ríos ocultos.

Para concluir traduciremos un canto pequeño, pero delicado como una margarita.

EL ARROYO.

«La joven está sentada en la orilla, y baña sus pies en el arroyo. Un pájaro que vuela en el aire le dice: Dancella, ten cuidado, porque si turbas la tranquilidad del arroyo ya no se reflejará el cielo en él. La joven alza sus ojos bañados en llanto y exclama: No te afijas al ver que se turban estas ondas, porque ellas se tranquilizarán muy pronto; mas cuando un día me viste sentada al lado de un joven, debías haberle dicho:—No turbes la alma de la joven, porque no se tranquilizará jamás, ni volverá á reflejar en ella el azul del cielo.»

Hay en la colección de que hablamos, multitud de cantos guerreros, dignos de traducirse. Por ahora nos contentamos con lo dicho, reservándonos á insertar más adelante los que juzgamos que deben agradar á nuestros lectores.

—M. P.

A MI AMIGO D. GUILLERMO PRIETO.

EL CANTICO DE DAVID.

Traducción del libro 2.º de los Reyes, cap. 12.

CONSIDERA ¡ó Israel desgraciado!

Quiénes son esos fieles soldados

Que su sangre vertieron osados.

Y sus vidas perdieron también;

En tu misera montaña, miraste

De tu pueblo la flor caer herida,

¡Cómo el fuerte ha perdido la vida!

¡Cómo el bravo ha humillado la sien!

Que en las plazas de Get y Ascalon,

No se escuche la funebre nueva:

Que no el gozo agite y conmueva

De sus hijas el cruel corazón.

Que no entonen alegres cantares,

Que no el gozo las haga saltar;

Que tal vez no podrán escapar,

De la espada del hijo de Sion.

Y que á tí, malhadada Gelboe,

Ni el rocío ni la lluvia te riegue

Tus campañas, primitivas le niegue

De Judá el poderoso Señor:

Porque en tí, de los fuertes las armas
Y de Saul el escudo glorioso,
Se manchó con tu ceno asqueroso,
Cual si ungado no fuera por Dios.

Jonatas, nunca, nunca, fúe en vano
De tus flechas el tiro violento,
Que teñidas en sangre al momento
Las miraste al contrario ragnar.

Y la espada de Saul tantas veces
Que de gloria su vía coronada,
Y jamás se miró desahogada
Sin estrago y horror derramar.

Jonatas y Saul siempre unidos,
En valer y hermosura lucieron,
Mas ligeros que el águila fueron,
Mas valientes que indómito leon.

De la vida en la senda intrincada,
Siempre unidos los vemos marchar,
Ni aun la muerte los pudo apartar,
Que á la vez perecieron los dos.

Llorad, pues, tiernas hijas de Israel,
De Saul en la tumba funesta;
Recordad que en concierto y en fiesta,
Os vestía de púrpúreo color;

Que ceñía vuestra esbelta cintura
Y los brazos torncados y el cuello,
Y adornó vuestro hermoso cabello
Con el oro más rúbico que el sol.

¡Cómo el bravo ha podido morir
Del combate en el choque violento!
Y un hermano también ¡ó tormento!
En la cumbre de Gelboe fúe!

Jonatas, caro hermano del alma,
Tan gallardo como un ángel bello,
Cual de amor ardoroso el destello,
Amable ora, querido mortal.

Yo te amé con aquel mismo amor
Que una madre á su fruto primero;
Con amor puro, tierno y sincero,
Que del alma es el único bien.

Y las armas heroicas de Israel
Allí dieron tremenda caída:
¡Cómo el fuerte ha perdido la vida!
¡Cómo el bravo ha humillado la sien!

Tehuacan, Agosto 21 de 1843.—Francisco de Paula Estrada.

PENSAMIENTOS.

No se conoce el hombre, y cree conocer el corazón de los demás.

La enfermedad de amor es la más terrible que hay en el mundo.

ARQUEOLOGIA.

UN VIEJO MUNDO EN EL NUEVO.



Baro este título se halla en el núm. 2 del tomo 2.º de esta miscelánea, un artículo traducido del *Correo de la Europa*, en que los señores editores de este periódico manifiestan las utilidades que resultarían de una asociación de soberanos, para explorar las ruinas del Paleolítico, suponiéndolas anti-diluvianas. Tal pensamiento es grande, importante y benéfico en sus resultados, pues sobre las noticias publicadas por tantos sabios, que llamaremos máximas, se harán otras más pormenores, que pondrán en su verdadero punto de vista unos países que hasta hoy no han sido ni estudiados ni comprendidos suficientemente: tomarán movimiento multitud de cosas que están adormecidas: se conocerán otras nuevas: se apreciará lo que hoy se abandona, y se verá con desden lo que todos codician y todos anhelan: algunos pueblos se convencerán de que el bien y prosperidad de estas repúblicas, no es incompatible con el mayor y más productivo espendio de su industria; y en fin, la civilización actual será para ellas una luz que las guíe, y no un relámpago que las deslumbré.

Naturalmente yo, que tanto amo á mi patria, tuve grande satisfacción al leer el mencionado artículo; pero ella subió mucho al notar una muy importante coincidencia con mis opiniones, respecto á la historia antigua y á la geografía mexicana, pues casi en unos mismos días escribía mi «Cofre de Perote», cuyas lavas me han servido para rastrear una remota población, cuando en Europa se rastreaba también esa misma población, tomando por punto de partida al Paleolítico: en otros varios conceptos nos hallamos conformes aquellos señores y yo; mas como sería sumamente raro el que en todo estuviésemos de acuerdo, hemos disentido en la época en que existieron aquellas gentes, y por supuesto en la catástrofe que hizo perder su memoria.

No una vana presunción de saber, ni la mal entendida gloria del acierto, me estimulan á hacer algunas observaciones en apoyo de mis conjeturas; las haré por un sincero deseo de esclarecer esta importante materia, con aquella cortejidad del que conoce su poco caudal literario, sujetándolas al mejor juicio de dichos señores, y sobre todo, para que no se establezca una base

equivoca, que en un asunto tan grave sería muy trascendental.

Es sabido que el territorio mexicano se eleva repentinamente poco mas ó menos, 1120 toesas sobre el mar, dejando solo una faja de tierra baja, que forma las playas del Océano Pacífico y del Seno Mexicano; sobre aquella «Mesa central» montan aun multitud de cordilleras de cerros que se suspenden hasta 1645 toesas sobre ellas, y que mantienen las nieves perpetuas mas diseminadas que creo que se encuentren en ninguna parte, y de aquí se siguen naturalmente esos singulares fenómenos de gozarse de unas temperaturas frescas, sanas y deliciosas, viviendo en tierras cuyos antipodas se abrasan constantemente. Estos caracteres del país, la inesperada producción de ciertas plantas, la existencia ó desaparición de tales enfermedades, y otras cosas demasiado visibles, están también al alcance de todos; pero falta aun mucho que investigar para hacerse cargo del influjo tan rápido, tan variado y tan estenso que tiene en todas las cosas, la sola y simple elevación de la tierra; y así es que los cálculos que se fundan en analogías de aquel y este continente, son generalmente equivocados, pues solo mirándolo puede uno persuadirse que en la latitud de México hielo casi todos los veranos; que en las costas de Tamaulipas los nordestes del invierno hagan bajar el termómetro cerca de cero; que los hombres de la tierra caliente apenas soporten el frío si suben veinte leguas; y que unas mismas razas de animales hayan variado tanto; que el caballo en las costas de Veracruz sea exactamente el árabe por su figura, su mansedumbre y su velocidad; que los de la Mesa central en todo conserven el brío y las monadas de los andaluces; y que los del Nuevo-Santander tengan el tamaño casi de los fitones, con su fuerza é índole pacíficas; yo mismo no hubiera presentado algunos vislumbros de estos contrastes en mi «Rosiquejo geográfico del Departamento de Veracruz» si no me relevara de la nota de osagerativo la facilidad que todos tienen de confrontarlos con los originales.

El sistema de demostración que es necesario para esta clase de discusiones, me ha hecho for-

mar el prófumo antecedente, para decir que el templo de Cozo y las ruinas que se han encontrado en excavaciones hechas en Europa, no pueden probar que sean anti-diluvianas las del Palenque; y para fundar mis alegatos, creo que el camino más seguro es el examinar cómo obran hoy el aire y la lluvia sobre esta tierra, para deducir humanamente el cómo obrarían en aquel castigo de Dios.

Apenas se verifica la mas pequeña lluvia, que no sea acompañada y aun precedida de un viento impetuoso, de modo que puede asegurarse que ni una sola vez deja de romper algunas vidrieras: otras ocasiones, no tan frecuentes, arranca los árboles, destruye las casas, arruina las siembras, y en casi todas las temporadas anuales, se notan que las cubiertas de agua (maniguetas) caen con furia, y forman esas barrancadas (torrentes) que destruyen cuanto encuentran, siendo común en las Antillas que los huracanes asolen las poblaciones; y en nuestra república hemos visto hace poco, que ellos pasaron por tierra á Sotola-Marina y otras ciudades de Tamaulipas, y que toda lluvia fuerte que dura dos horas, arranca los pláncos que cae, ó forma las barrancadas que en un instante aplaman los edificios más robustos, como sucedió hace dos meses cerca de México, cuya Esquina municipalidad promovió inmediatamente informaciones para la seguridad de la capital, por este suceso, y por el aspecto imponente que tomaron las aguas que nos rodean, luego que las lluvias fueron un algo más de lo regular: de aquí es que si en el estado natural de las cosas, el viento y el agua destruyen muchas veces los edificios, en la disolución completa de uno y otra, no hubiera podido las casas del Palenque resistir á su impulso: mas supongamos que no fue así, sino que el agua fue cayendo según lo corriente, sin otra diferencia que su mayor duración, y entonces es evidente que estando dicha ciudad en la inmensa lelera que es por todas partes según la he delineado en mi "Bosquejo geográfico," las corrientes que descendieron por ella llevaron una fuerza que apenas se puede calcular, si se atiende á no descomponer de diez ó más leguas, y á una masa de agua española: nuestro hermoso y celebre Puente Nacional situado entre Jalapa y Veracruz, presenta también otro punto de comparación, pues es constante que cuando el río ha subido hasta el arranque de los arcos, el puente todo se estrecha tanto, que no hay persona tan atrevida que lo pase, hasta que las aguas han bajado; y si esto sucede con una obra sólida, construída con todas las reglas para burlar el impulso de las aguas de solo un río, resistirán las paredes del Palenque el choque de tantos raudales? Pero permitamos también que el Palenque resistió á estos combates, y que ha-

biéndolo cubierto pacíficamente las aguas niveladas ya con la mar, quedó libre de sus estragos; en este caso tenemos otro orden de destrucción, pues como es sabido, cuando la mar, los lagos, &c., pasan de cierto tamaño y cierta profundidad, tienen siempre y en la mas tranquila calma esa inquietud desde la superficie hasta su fondo, que yo he observado en mi "Viaje de Tampico á Veracruz," y cuya vaiven sería horroroso en unas aguas que tuvieron miles de brazas de hondura, y cuyo rozamiento no dejaría sobre la tierra mas escorpiacas que aquellas tan fuertes como las montañas, ó tan elásticas como el olivo, de cuyas dos cualidades parece el Palenque.

He leído también una observación puesta en el Diario de nuestro gobierno, núm. 2470, y tomada del mismo Correo de la Europa bajo el título "Palenque," en que se supone anti-diluviana esta ciudad, por la comparación de que si un barco subsiste muchos años debajo del agua sin ser destruido, lo mismo subsistiría el caserío de ella: digo á esto, que los casos no son iguales, pues si se ha sacado algún barco de alguna bahía ó otro parage de aguas masas y de poco fondo, no sé que nunca hayan permanecido enteros los bajeles sumergidos en mares abiertos y en grandes profundidades, ni comprendo cómo puedan sacarse ni reconocerse asertivamente los cuerpos grandes que se hallen á mas de cien brazas de fondo. Tendrían menos las aguas del diluvio. Pueden hacerse ademas porción de observaciones al intento; pero bastará decir que un barco es un vaso boca-arriba, cuyo punto de gravedad está en su centro, y que una casa es una tapadera boca-abajo, cuyos puntos de gravedad están en su derrador: que un bajele es capaz de grandes movimientos sin destruirse, aun estando sumergido en el agua, y que una casa no es capaz de moverse con fuerza aun estando fuera de ella, sin ser destruída; cuyas diferencias son tan notables que no pueden hacer un argumento al caso.

Las anteriores observaciones obran en mucha parte en la disminución de las aguas pasados los cuarenta días que duró el incansable llorar, pues como hoy vemos, los ríos, las lagunas &c. corren á juntarse con la mar, atropellando y venciendo cualquiera obstáculo; mas teniendo tanta analogía este procedimiento con lo que se ha referido, será prudente dejarlas al discurso del bondadoso lector. Sin embargo, es necesario hacer una que presenciaron todos los años los habitantes de las costas: toda creciente de los ríos y toda irrupción de la mar por momentánea que sea, deja en la tierra multitud de palos, de piedras, de basura, de animales muertos, y en suma de cuerpos pesados, que por su choque ó su gravitación destruyen generalmente las obras que están: luego habiendo quedado sobre aquel

caserío tantos de estos escombros los desplomaron ó derribaron necesariamente.

Esas materias que se han encontrado en uno de los patios del Palenque, nada me parece que proban en el país en que han sido volados á grandes distancias cuerpos de toda clase, aun aquellos criados en inmensas profundidades debajo de la tierra, y en prueba de esta tenemos que por los años de 1790, hizo su última erupción el pequeño volcan de San Andrés Tuxtla (cuarenta leguas en la costa Sur de Veracruz) y sus cenizas cayeron muchos días en esta ciudad y en la de Oajaca, que está mucho mas distante.

Tampoco debemos olvidar á la desercionanza de los edificios y demas cosas del Palenque, con los que encontró H. Cortés sobre la mesa central de la república, pues notándose hoy esas mismas variaciones por las causas que he demostrado, los efectos debieron ser iguales en aquellos gentes á los que nosotros estamos palpando: una chusca de los pastores de cereza de Perote, es una verdadera cubita suiza (1223 toses sobre el mar) y desde ella se ven claramente sin necesidad de anteojos, las aguas del río de la Antigua á cuyas márgenes están los mismos juncos que hay en el Congo y Carabalé. Es esto creible si se ve.

La historia civil y geográfica, es á mi juicio, como un montón de materias que han recolectado los tiempos por consiguiente, cuando se trata de escoger algunas de ellas, conviene formar un camino de probabilidades, tomadas aun de las desajustadas, si se les nota cierta coincidencia: heyo estas principios ya he formado mi pobre concepto de las muchas opiniones que he leído y de los datos que presta el país, y desde luego me parece, primero: que hasta ahora no hay pruebas para creer que aquí hubo gentes antes del diluvio. Segundo: que las que hubo después no fueron de raza asiática, y si que tuvieron relaciones con el otro continente. Tercero: que su extinción ó gran disminución fue por esa revolución volcánica en que todos convienen. Cuarto: que la Mesa central de la república, por lo menos estuvo deshabitada mucho tiempo hasta la llegada de los asiáticos.

Parece por último que debe formarse una opinión sobre quienes construyeron esta ciudad del Palenque: digo, pues, que es muy natural el que los pobladores de la mesa central ahuyentados ó asustados por tantas y tantas reventanzas volcánicas, huyeran hacia el Sur y se establecieron en Tabasco, prolongándose tal vez á las Antillas después de fundar el Palenque, cuya grande extensión no es de extrañarse si se atiende á que las guerras, el sistema de agricultura, y el gobierno de aquellos pobladores, propendían á remirar toda una nación en un solo caserío, cuya práctica se vió entre los mexicanos

por igualdad de circunstancias. Si Cortés no tuvo noticia de la repetida ciudad, esto no prueba que los habitantes de la tuvieron; los cuales estaré porque fueran dominados por los descendientes de los asiáticos; ó por su comunicación íntima con ellos, se mezclaron de tal modo, que se hicieron insuperables las diferencias de unos á otros: sin embargo, las astucias militares que usaron contra los españoles, la mejor organización de los tropas que les opusieron respecto á las de los mexicanos, el haber conservado la vida por mucho tiempo á dos españoles, y la refinada educación de Doña Marina, son pruebas de que allí existía una cultura superior á la de los demas naciones que ocupaban el territorio hoy mexicano.

Para recapitular lo expuesto en una sola proposición, digo que de ninguna manera se amuda el hilo histórico de los pobladores de este país después del diluvio, que suponiéndolo roto por esa catástrofe volcánica que á mi juicio ha sido el suceso mas notable ocurrido en el mundo después de su total inundación: acaso este suceso formó esta grande elevación de terreno: acaso el abrió el Seno Mexicano, y acaso hizo también esas grietas, barrancas, que refiere el Bosquejo geográfico que he citado: por esto creo de la mayor importancia que los inteligentes se dediquen á examinar el país bajo todos aspectos; y como acaso se crea que yo intento el desvanecer el propósito de los reconocimientos anti-diluvianos llamando la atención á otra parte, declaro que nada de esto pretendo, pues mis deseos son que esos reconocimientos se verifiquen, y que aun mas, se hagan otros sobre la multitud de objetos que encierra el país, pues los mas felices resultados que puedan ofrecer aquellos no pueden compararse con las ventajas que se obtuvieran de estos. La Inglaterra por ejemplo, sabrá que un buque que salga de Londres puede arribar el costado á los mismos cortes de cuantas maderas, cobre, betunes, y resinas quiera para su armada. La Francia verá igualmente en donde puede tomar todos los diversos metales para su minería. La Alemania escogerá á su placer los terrenos y las temperaturas que conserven y reproducen á sus hijos, reduciéndolos de la mortandad que sufren en otras emigraciones, y en fin, se verifícará esa tan sufrida crisis agrícola, mercantil, y artística, que tarde ó temprano ha de operar una revolución civil en el mundo, que traerá inmensas ventajas á la humanidad.

México, 1.º de Septiembre de 1841.—N. I.
(Escrito para el Museo.)

La avaricia es mas fuerte en el corazón de los viejos, que el amor en el de los jóvenes.

ALBERTO Y TERESA.

I.

Agosto 14 de 1841.

ERAN las diez cuando te vi por la última vez. La mañana estaba hermosa. El sol disipando unas ligeras neblías que se elevaban sobre las praderas como un césped flotante, se levantaba majestuosamente y espléndido por encima de las montañas. Los pájaros cantaban y revelaban gozosos, las flores abrían sus cálizos, y las gotas de rocío fulguraban como diamantes en las hojas de los naranjos. El cielo azul radiaba con el oro de los rayos del sol las flores despedían aromas, y el viento traía á su paso los cánticos de los labradores, el balar de las ovejas, el bramir de los toros, y todos esos mil sonidos allagüeños de la naturaleza, cuando bulliciosa y festiva se aparta de los brazos de la noche para bendecir con su voz sublime á los genios de la luz. Y tú estabas allí, Teresa, tú que con tu cabello entrelazado con anémona y madreselva, con tus mejillas teñidas por el carmin de la juventud, y tu vestido blanco como la nieve, parecías el ángel de la mañana, que con su aliento dá perfume á los campos, y con sus pequeños dedos rosados abre las azucenas y los jazmines. Tú, Teresa, me pareces que te has muerto; otras veces creo que te alegrarás de mi ausencia, ó que el amor de otro te hará olvidarme. Esta idea es atroz. Perdónamela, ángel mío; pero qué quieres, el amor es desconfiado y algunas veces hasta ridículo.

chos bosqueques, muchas montañas; estoy nada mas que á sesenta leguas de ti, y sin embargo parece que una eternidad entera nos separa, que el horizonte que tú ves, no lo miraría yo en un siglo de camino. Esta idea me oprimía el corazón, el pecho me dolía, y un manantial de lágrimas comprimidas me ahogaba. Lloro como llora un niño, como llora una mujer, ó mas bien dicho, Teresa mía, como se llora cuando se ama. Las lágrimas me han quitado un poco la horrible opresión del corazón; pero despues me he puesto á pensar, ¡qué haré yo con los días, con las horas, con los instantes de mi vida! Esta idea me vuelve loco. Decididamente en todas partes voy á encontrar fastidio, y este deseo continuo, irresistible, de aspir una felicidad que huye como una sombra delante de nosotros, vá á consumir lentamente mi vida. No obstante, Teresa, la esperanza es el final de nuestra vida, y cuya luz nos acompaña hasta la tumba. La esperanza me dice que te volveré á ver pronto, que otra vez vibrará tu voz musical en mis oídos, y que aun podré dar un casto beso en tu frente de angel.

Por lo que mas quieras en la tierra, escribeme. Me parece que te has muerto; otras veces creo que te alegrarás de mi ausencia, ó que el amor de otro te hará olvidarme. Esta idea es atroz. Perdónamela, ángel mío; pero qué quieres, el amor es desconfiado y algunas veces hasta ridículo.

Adios, bien mío. Sé feliz, y recibe el corazón de tu—ALBERTO.

II.

Agosto de 1841.

Teresa adorada: Ocho días he estado devorado de una fiebre ardiente y delirando con tu memoria, recordando en mis agonías aquellas pequeñas fleecitas de que los argemones hacen tanto ruido. Los cuidados y atenciones de unas pobres gentes que me ofrecieron su choza, sus vigías, sus cuidados y sus oraciones, á mí, hombre desconocido, desesperado moribundo, me han reconciliado con la vida; he bendecido la misericordia de Dios, de quien quizá habia blasfemado. Perdón, Teresa mía. Esto te asustará á ti tan religiosa y tan pura. Mil veces perdón.

Habrás recibido probablemente mi primer carta. Qué sé yo qué cosas te decia en ella. Te

hablaba de la luz, de las flores, de los ángeles, de todo, porque mi cerebro estaba en un estado de agitación indefinible. ¡Qué disparates decimos los amantes en esos momentos! Tú los disimularás.

Ahora han pasado los instantes de delirio; pero me agobia una tristeza letal, una desazón continua, un presentimiento vago de desgracia que hace á cada momento zallar á mi corazón. ¡Qué será esto, Teresa? Decididamente conozco que no podré vivir si no es á tu lado, respirando el aire que tú respiras, mirando lo que tú ves, sintiendo lo que sientas. Mi mundo estaba reducido al pequeño recinto de limones y naranjos donde nos pastabamos; mi sociedad á tu compañía, y mis placeres en agradarte. ¡Qué haré yo, Teresa, en este tumulto, en esta vorágine que se llama sociedad, donde es menester estudiar una sonrisa y una caravana, poner una cara festiva cuando el corazón está devorado de pesar; hablar, reír, murmurar, cuando no quiere el alma otra cosa mas que el silencio y la meditación! ¡Creeré los elogios que me tributen! Juzgaré amigos á todos los que me estrechen la mano! Miraré como protectores á los que se sienten conmigo en la mesa á tomar café. ¡Oh! ¡qué terrible es esta sociedad, donde hay un continuo cambio de sarcasmos é injurias! ¡Qué atroz es lo que se llama política, cuando no enseña mas que á cubrir con un falso velo los sentimientos del corazón! Me he convencido que en esta vida solo tres personas son capaces de amar desinteresadamente: la madre, el padre, la esposa. A mí, pobre huérfano, no me ha quedado mas amor que el tuyo, Teresa. A mí, hombre combatido por la suerte, no me ha quedado en quien creer mas que en ti. El día que tú no me amaras, no creería ni en el amor, ni en la amistad, ni en la patria, ni en nada. Tu romperías la ilusión mas benéfica, la esperanza mas allagüeña, el consuelo mas dulce que tiene el hombre, la religión. No lo harás, Teresa; estoy seguro de ello.

Ya mas restablecido, me juzgo con fuerzas para continuar mañana mi camino. Un camino lóbrego, desierto, solitario, en que la tristeza me derota. Cada día de camino, nueva atmósfera, nuevo horizonte, nuevas montañas nos separan. Esto es terrible.

Sé feliz, Teresa, y consuela con una carta al que te idolatra.—ALBERTO.

III.

Agosto de 1841.

Alberto mío: Te has separado de mí sin decirme ¡adios! Sin estrecharme la mano, sin que siquiera nuestras miradas, quizá por la última vez, se cruzaran y se comprendieran. ¡Oh! Una separación es horrible, mucho mas cuando habias pensado que solo la muerte podría dividirla

nuestra existencia, y... ¡qué digo! La muerte... la muerte nos habria abierto las puertas del cielo para no separarnos allí nunca, para amarnos en el seno de Dios. ¡Sabes, Alberto, que cuando supé que te habias marchado estuve á punto de volverte loco! ¡Sabes que ese día no tuvo para mí ni el sol, ni las flores, aroma, ni los gorgoros de las aves melódica! ¡Ah, Alberto! porque tú eres mi sol, mi amor, mi ídolo, y todo me ha fallado desde el momento en que me abandonaste. Si vieras cómo pesa la soledad en el corazón de la mujer; si contemplaras cuán amargas son nuestras horas; si te persuadieras cuán de lo terrible que son esas noches en que las lágrimas de nuestros ojos empapan las almohadas, y la fiebre y el delirio se apoderan de nuestros sentidos; si reflexionaras cuánto es el sufrimiento de esas viglias, en que ni se vela ni se duerme, y una fantasma inóvul, fija, terrible, reposa en nuestra cabeza! Todo esto lo sufrimos, lo sufrimos; pero no la podemos explicar. ¡Lo comprenderás tú, Alberto! ¡Participarás de mis sufrimientos! Sí; amar mío, sí, dime qué entendes mis quejas, porque de lo contrario me moriría de pensar... Aquí llegaba yo, el llanto está de mis ojos, algunas lágrimas borran las líneas ya escritas, y necesito reposar un momento para poder continuar. En esto, el Sr. B. entró á mi cuarto y puso en mis manos tu amabilísima carta. La abrí, recordé ansiosa todas sus líneas, y entordecida de que ningún mal te habia acontecido, volví á leerla de nuevo, y... Alberto, ¡qué de memoria pues has escrito tres días que no hago otra cosa mas que leer tu carta, morarla con mi llanto y secalarla con el fuego que devora á mi corazón. Me ha visto tentado de ponerme en camino y seguirte hasta el finel mundo si fuese necesario; pero ¡dónde va mi pobre mujer así que no sabe los caminos, que nunca ha pisado mas que el umbral de su casa y el de la iglesia!... ¡Oh, Alberto! vuelve pronto, muy pronto, si no hallarás mi frente pálida, mis mejillas hundidas, mis labios secos, mi corazón sin fuerza para latir... Hallarás tal vez un cadáver. Vergüenza me da decirlo, porque vas á creer que soy una mujer de novelas; pero un vértigo no me deja continuar esta carta, y aun temo que no comprendas estas últimas líneas.

Alberto, no abandones á tu amigo, á tu hermana, á la que tú has llamado en tiempos mas felices tu amada y linda Teresa. Dios te dé felicidades, y á mí el consuelo de que tanto necesita mi alma.

IV.

Septiembre de 1841.

Gracias, ángel mío, gracias por tu amable carta que he besado una y mil veces; gracias por que me enviaste en ella las lágrimas de tu amor

gracias porque me amas, mucho más de lo que yo merezco.

Todas las desgracias, niña mía, tienen su compensación en este mundo. Separarse cientos de leguas de una querida, es acrios; pero recibir una carta suya llena de ternura y de entusiasmo, es lo más dulce que pueda imaginarse. Vuelva el conaueño á tu corazón, Teresa; reaníme la esperanza á tu abatido espíritu; pues mi vuelta debe ser pronto, muy pronto; acaso cuando menos lo pienes te tendré entre mis brazos, y entonces nos uniremos para no separarnos jamás. En la vida tendremos un mismo techo, en la muerte una misma tumba, en el cielo un mismo asiento... qué se yo; estas ideas tienen algo de lágubre, y como no quiero te entristezcas, te voy á hablar de otra cosa. De qué te hablaré... ¡A propósito, ¡si vieras que espectáculo tan magnífico, tan sorprendente, es el que se goza á la entrada de México. Una vasta llanura verde se desarrolla á la manera de un lienzo en el panorama. En esta llanura hay esparcidas, ya las casas de magníficas haciendas, ya las chozas humildes y pintorescas de los labradores. Por donde quiera que se dirija la vista, se encuentra ó una graciosa y delgada torre que se dibuja en las montañas azules, ó un pueblito que como una isla flotante, parece que reposa en la niebla; ó un grupo pintoresco donde hay árboles, corderos que pacer la grama, bueyes que surcan la tierra con el arado, flores silvestres que crecen á las orillas de los arroyos... ¡Oh! todo es lindo, muy lindo. Acercándose más se percibe la reverberación de los lagos que como inmensos espejos están tendidos á los pies de la coqueta ciudad. Después se ve el grupo de montañas del santuario de Guadalupe; después las sombrías y colosales torres de la catedral; después, cúpulas de azulejos, y torres encarnadas, y miradores, y cascos y almenas que parece brotan de una canasta de flores.

¡Sabes lo único que faltaba para animar este cuadro?... ¡Ah! todo me parecía triste, solitario, desierto, porque mi Teresa no estaba á mi lado, porque el ángel de mi amor no sopla su aliento vivificador en esta escena. Si tú hubieras estado conmigo, me habrías estrechado la mano, habrías tu corazón palpitado de júbilo... pero yo estaba solo, enteramente solo. ¡Qué suerte tan fatal!

Aun hay tiempo para que antes que me ponga en camino me contestes esia carta. Hazlo, Teresa, porque de lo contrario no tiene momento de tranquilidad tu infortunado—ALBERTO.

V.

Septiembre de 181... .

Esposo idolatrado: Cuando recibí tu segunda carta, me hallaba en una hacienda distante cinco leguas de esta población. Mi excelente

madre ha comprendido los martirios que sufro mi corazón, y trata de mitigarlos haciéndome variar de objetos. ¡Vano esfuerzo! ¡Qué me importa que haya en la hacienda un hermoso y cristalino estanque de agua? ¡Qué me importa que la huerta esté llena de flores y de árboles frutales?... Tanto valdría habitar un desierto lleno de espinas y malvas. Para mí todo es igual hoy; todo lo veo con indiferencia; solo el recuerdo de Alberto vive eterno, fijo, inmutable en mi corazón. Volverte á ver y estrecharte en mis brazos es lo único que deseo.

¡Cuánto has padecido, mi pobre Alberto! Enfermo, solo, sin mas auxilio que el de Dios, has debido pasar terribles momentos, parecidos á los que yo he tenido que soportar; al fin, la vista de tu patria, de tu familia y de tus amigos, ha debido consolarte algun tanto; pero yo, Alberto, nada tengo que me consuele. Instantes de desesperación; un deseo de dejar de existir; largos días en que no tengo mas ocupacion que llorar. Creo que ya te he dicho esto mismo en otra carta; pero te lo repito, porque es la historia única de las mujeres, suspirar, llorar, sufrir en silencio.

Me he atrevido á darte el título de esposo, y no sé si habré hecho mal en esto. Recordé los juramentos que me has hecho mil veces, y como están de acuerdo con los sentimientos de mi corazón; no he vacilado en llamarte esposo mío, y en considerarte ya con todos los derechos de tal. ¡Qué falta, Alberto, para que legítimamente nos amemos para siempre! Nada, más que la bendición de un sacerdote... Yo estoy loca, Alberto... Faltó todo, todo, puesto que no somos felices, y estamos á tan inmensa distancia uno de otro. Todos los días paso largas horas en la iglesia, arrodillada en las gradas del altar pidiéndole á Dios que seas feliz, y que me des valor para soportar los contratiempos que tengo nos sobrevengan.

Recibe el único corazón de tu querida, de tu amigo, de tu esposa que te idolatra—TERESA.

Omitiré: Las demás cartas que por espacio de seis meses continuaron escribiéndose los amantes, porque sería alargar demasiado esta historia. Todas ellas estaban concebidas en el lenguaje melancólico y apasionado de amantes separados á gran distancia y cuyo único consuelo es la dulce esperanza de reunirse otra vez para no separarse nunca.

Passaron después como tres meses sin que Teresa recibiera una sola letra de Alberto. Mil dudas asaltaron á la pobre niña; mil tempestades levantaron los celos en su inocente corazón, mil tormentos incomprensibles sufría en las horas de cavilaciones y silencio en que se consideraba abandonada por su amante, y á este gozando de las delicias del amor, en brazos de

otra mujer.—¡Qué infelices son los que aman!

Un día que ocurrió como de costumbre en busca de cartas, recibí una con el sobre de una letra desconocida. La abrió y leyó:

«Señorita, el que iba á ser esposo de vd. ha muerto traspasado de una bala, me encargó en su agonía que noticiara á vd. esta catástrofe. Su nombre de vd. fué el último que vagó en sus labios. Era un excelente muchacho, y amaba á vd. mucho. Llégrole vd. con las lágrimas de una querida. Yo he derramado sobre su tumba el llanto de la amistad.

Sea vd. feliz, si puede serlo después de una pérdida tan dolorosa, y disponga de su servidor, que le R. L. P.»

Teresa sonrió tristemente al acabar de leer esta carta y dijo á media voz: «Todo se acabó para mí en el mundo.»

El dolor de Teresa era de esos dolores profundos que matan el alma y el cuerpo al mismo tiempo. Esa sonrisa triste y helada era como el último pitido que el viento arranca de la flor marchita. Todo se había acabado efectivamente para la pobre niña, hasta las lágrimas de sus ojos y los gemidos de su corazón. Teresa desde ese día resignada y conforme, aguardó la muerte con tranquilidad: la alegría no aparecía en sus ojos; las rosas de la juventud pintadas en sus mejillas blanquecieron poco á poco; los contornos airoso de su cuerpo perdieron su morbidez; su frente siempre estaba bañada de un sudor helado, y sus pulsos agitados y calenturientos; por último, Teresa se consumía lentamente como si un veneno de esos que matan por grados, destruyera sus entrañas. Teresa era de esas almas sencillas, virtuosas y ardientes, que nacen para el amor; educada lejos de la corrupción de las ciudades populosas, desconocía los artificios de la falsa política, y no sabía más que amar; porque le parecía que era el único sentimiento digno de alimentar la existencia de una mujer. Cuando muere la esperanza, es preciso que muera también el cuerpo. Teresa moría de amor.

Un día Teresa se sentó al piano y moduló uno de esos preludios melancólicos como las últimas vibraciones del harpa del poeta; como los últimos gorgoros del fuselador de Julieta. La pobre criatura sonreía tristemente, y las armonías de la música hicieron correr dos lágrimas por sus mejillas: las primeras que había derramado después de la muerte de Alberto, y las últimas que tenía su corazón. Se escuchó el galope de un caballo, y á poco momento Alberto tenía á Teresa entre sus brazos; pero no era un cuerpo virgen torneado y bello el que estrechaba en su seno; era una imagen pálida de la muerte; una sombra de esa hermosura celestial; una

flor sin aroma, sin color, que lentamente había marchitado el viento de la desgracia.

—Teresa, Teresa mía, estoy aquí para hacerte dichosa, para volverte la salud, la felicidad, la vida.

Teresa entreabrió sus ojos, tomó una mano de Alberto, la llevó á sus labios, y dijo con una voz apagada:—Has llegado muy tarde, Alberto mío; mi alma va á volar al seno de Dios, y solo allá nos reuniremos.

—Teresa, bien mío, deja esas ideas melancólicas que me desesperan; alienta, reposa en mi seno, vive para que seas feliz.

—Estoy mas tranquila, Alberto: tu presencia es para mí, como la del ángel invisible que guía nuestros pasos.

Teresa se puso al piano, y aun hizo resonar algunas notas tiernas y sonoras, como la voz del canario; pianas y dulces como el tímido canto del canario. Después Teresa inclinó en el respaldo del sillón su hermoso busto pálido, y todo quedó en silencio. Teresa no existía ya; su alma voló en brazos del ángel con las últimas vibraciones de la música.

He aquí la historia de un amor malogrado: historia dolorosa de esas que en el silencio del hogar doméstico se repiten diariamente sin que nadie lo advierta. ¡Cuántas mujeres se enferman, se marchitan, y se acaban lentamente devoradas por una pasión oculta, que concluye por llevarlas á la tumba! ¡Cuántas existencias pomposas y alegres acaban de repente, sin saberse la causa de su mal!—Pero estas muertes súbitas solo tienen lugar en esas mujeres cándidas, con una alma de niño, y un corazón de paloma, que no conocen ni la sociedad, ni la corrupción del mundo, para las cuales el amor es un sentimiento puro y santo; que forman una religión en su alma, y que quieren anticipar en este mar de miserias y crímenes que se llama mundo, uno de los gozos de los ángeles. La pobre Teresa era del corto número de estas criaturas que van á la tumba con el esplendor de la inocencia; y era preciso que cuando vivió malogrado su amor, que era el sol de su corazón y la luz de su alma, muriera, y muriera de amor.

Restáanos ahora tratar la rápida pero también terrible y dolorosa historia del hombre solo.

—El que sea huérfano, el que no tenga una familia; el que tenga que llorar en silencio en su humilde retiro los dolores de su corazón; el que tenga una alma sensible y vea á la mujer no como un ser caprichoso y voluble, sino como un ángel enviado por Dios al mundo para dulcificar nuestra miserable existencia, comprenderá lo que es un hombre solo. Un hombre solo es un árbol sin hojas, una flor sin aroma, un arroyo sin agua, un campo sin verdura. ¡Qué son las diversiones y las orgías de la sociedad para el

hombre que tiene su corazón seco, su alma enferma, su pensamiento sin objeto? ¿Que es en fin el hombre, cuando le falta una mujer á quien amar? ¿Qué es la vida, cuando se estingue el fuego que mantiene el alma? ¿De qué sirve la existencia cuando no hay unos ojos que nos hablen el mudo pero sublime idioma del amor; ni una mano á quien estrechar en la desgracia, ni un corazón que comprenda el nuestro? Así, cuando se han apagado estas dulces ilusiones de la vida, cuando se han disipado esas imágenes de felicidad que un tiempo relaban en nuestro pecho y nos dormían con sus mentrosas promesas, vemos el mundo descarnado, horrible; la traición, el vil interés, la ambición, la mala fe, la falsedad, dominan e imponen en la sociedad; los más santos votos, las más sagradas promesas se rompen, se violan á cada instante, y en vano se busca un destello de virtud que alumbre este caos de vicios. Esto es lo que sucede al hombre solo que pierde á la mujer á quien amaba, y esto es lo que sucedió á Alberto.

Cuando se depositó en su postrera y funeral habitación el cuerpo de Teresa, Alberto rezo sobre su tumba, la regó con lágrimas, y se separó de aquel lugar, dejando en el sepulcro de la mujer que amaba, todas las ilusiones, todas las esperanzas de su vida. El sepulcro, pues, recitó los restos de la querida y la dicha del amante.

Era para él lo mismo un lugar que otro; en todas partes la indiferencia y el fastidio lo seguían. Se resolvió pues, á viajar; y efectivamente se embarcó con dirección á Nueva-York. El mar, ese gran espejo de Dios, apenas le causó admiración. Llegó á los Estados-Unidos y vió un pueblo egoísta, ocupado enteramente del mercantilismo y la ambición. Esto no podía consolarle. Se resolvió á embarcarse para Europa; quizá esa nación francesa, grande, inteligente, pensadora, le proporcionaría algún alivio.

Se dió á la vela en el vapor Presidente. A los seis días un baneo de hielo chocó con el vapor, y la mayor parte de los pasajeros y tripulación perecieron. Alberto fué uno de los que encontró su tumba en medio del Océano.

¡Felicidad grande, porque hombre solo no debe vivir en el mundo!

Septiembre de 1843.—MANUEL PAVO.

EL COPLERO Y EL PÚBLICO.

Poco á poco, críticos religiosos;
moderata nuestro celo, porque per-
diera vuestros latinajos.
EPIGRAMA.

Como iba de mi cuento; los que imaginan que la gloria del poeta es envidiable, no tienen mas que recorrer la historia de Camoens, del Tasso, de Cervantes, y la de Andrés Chénier.

Por juez tiene á una sociedad que se cura de todo lo que le afecta por el momento; pero que no fija nunca su atención en el fondo de un pensamiento nuevo que envuelve, ó el destino futuro de un pueblo, ó el drama animado del hombre, cualquiera que sea el suelo en donde haya nacido.

Ahora, si descendemos á cierta fracción pequeña de esa misma sociedad, que por sus hábitos es cosmopolita, por sus tendencias gusta de la anarquía, y por las opiniones que manifiesta es absoluta, ¡pobre del poeta que cae en sus garras! A él toda la culpa de los males que padecer; y luego tiene que sufrir la rectificación con que socómente lo regala su presuntuosa ignorancia.

Nada; deseché vd. la idea de que los comediantes sean en el fondo lo que aparentan, ora en la escena, ora en el trato común, siempre tendrán la ficción presente, y considerarán á vd. como un personaje ficticio, y el mismo público á sus ojos no será mas que simple compare, delante del cual hará el papel de siervo unas veces, y otras de señor. Siempre conceda, ¡pobre amigo! siempre farsa, y lo peor es que los comediantes de profesión serán la imagen viva de nuestra ruin especie.

¡Quiere vd. darse de mí Encierre su comedia bajo de siete llaves, y no pase por la censura de ese aréopago, que cuenta el mérito de la pieza por el número de versos más ó menos hinchados que le cubren á cada uno de los personajes. ¡Poeta dramático quiere vd. ser, y poeta en México! ¡Guarda, Pablo! Compre vd. un cordel y ahórguese mejor. ¡Qué razon tengo para darle tan funnoral consejo! Escúcheme vd.

Me hallaba en la edad de las pasiones ardientes y generosas, como á vd. sucede hoy; mil mundos de poesía rodaban entonces por mi cabeza, y quería dar á luz algunas de las creaciones que debían immortalizar mi nombre según imaginaba. Por desgracia, los modelos que á la vista tuve, fueron Comella, Valladares y otros, esto es en cuanto á versificaciones por lo que respecta á preceptos, solo conocí á Montano; ni manía ó *dadá* era entonces la tragedia.

Creíame afortunado al ver que podía lucir mi buen ingenio, componiendo un alegórico melodrama, y que no sería estéril tan impropio trabajo, porque acertó á estar en la ciudad una compañía de cómicos de la legua, y me propuse que representara ella mi composición.

Algo entendía yo de achaques galantes; comencé á ingeniarme con la primera dama, la señora Leonarda, y seguí adúltero á su buena madre, D^a Tecla, como apuntadora de la compañía. Tener de mi parte á una y otra era muy esquisita diplomacia, era contar con el favor de la nobleza histriónica.

Partia con el barba D. Píoquinto Moreira, los cuartejos que tenía; le pagaba lo que bebía en la

uberna, y cuidado que su vientro era poderoso por lo inmenso; pero así podía disponer de su buena voluntad para conseguir mi loable objeto.

Parabálo fantástico de las tres unidades, no me separé de ellas al escribir mi obra. *Iurbi-de en Igualda* fué el título del melodrama histórico-alegórico-patriótico. Después de fusilar el héroe á seis espáñoles sospechosos que usaron palabras duras contra el libertador en la plaza, se levantó el pueblo, pero allí precisamente. El reino de México estaba representado por una mastrona y se le aparecía tambien en la plaza; como la tal mastrona empuñada lo condojo en el carro de su imaginación hasta la capital, le hizo ver su coronación, su destierro, y su muerte; mas todo en la plaza; temiz el héroe como todos ellos, grita independencia, sacan chirriñas, reaparece México, y después de los versos siguientes que á *Iurbi-de* dirigía, cae el telon muy á mi gusto, porque me parecia todo lo mas peregrino del mundo. Juzgue vd. del brocado por la muestra.

En ti el Argel prolijo

Me ha vuelto el mejor hijo

En recreo de rosas y claveles,

Haciendo á mis *argel* mis *vergeles*.

En ti la oscuridad de aquella sombra.

Que tuvo por alfombra

Desde aquella caída.

Cuando en un árbol tropezó mi vida,

A vista de este sol que luces cree,

Melrosa huve y se desapareció

Con que con luz no escasa

Dentro, en mi pecho pasa,

Para mas gloria mia,

Lo que á ti te ha pasado con el día;

Pues para mayor palma,

Divina luz me amanejó en el alma,

Que *suicida* en *suavidades*,

Dia volviése las oscuridades.

En ti, en fin, se ha cifrado

Todo mi bien: en ti mi gloria he ballado.

Según el plan del melodrama, ¡dígale vd. amigo, si estos requiebros de la patria no salen á pedir de boca, y si no es muy natural que los pronunciará entusiasmado! Presentar ella en 1821 el porvenir á su empuje, me parece que estaba autorizado por el ejemplo de la sacerdotisa Troyana que anunció su destino al buen *Agamenon*, y todo en un mismo lugar delante de los mismos personajes.

Argumento mas clásico é interesante, no puede darse: sucesion no interrumpida de sucesos tan sorprendentes y extraños, raramente se buscarían en los mejores dramaturgos (voz tan nueva como pintoresca).

Pues bajo los auspicios de mi concepcion portentosa, con el patrocinio de las dunas, hija

y madre, con la inapelable aprobación del barba, el *galan* se puso de uñas conmigo disimuladamente y á una parte considerable del público lo dispuso en mi contra.

¡Qué motivo tamaño encono! ¡Ay amigo! era coplero, tenía buena educación, me distinguía en su efecto la graciosa Leonarda; y el antiguo poseedor de su cariño en otro tiempo, rabioso de celos, me puso en berlina con los espectadores, y me precipitó en un abismo del que jamás he podido salir.

Pero dirá vd. ¡qué tenía el público de común con el poeta! La actriz les guiaba desde la escena; cada uno entendía que para sí era tan señalado favor, y hémeme aquí sin pensar, rival de todos mis juecos, que solo llevabas al teatro pasiones y no recto criterio.

Tuve la desgracia de que la viépera de la noche en que debía representarse mi drama, la compañía puso en la escena una comedia á lo divino. Era el argumento, la persecucion de Santa Genoveva; una *bruja* muestra cierto espejo al marido, en el cual ve la infidelidad de la casta esposa; indignado el seca la espada para matarla, cuando ¡quero caso! el panzon barba que hacía de viejo quero volar, se rompe la *soga* y da un barrigazo furibundo sobre los lucadores del fagot y clarinete que inmediatamente estaban. Todo fué palmo y concurrencia: hicieron levantar á Moreira y aplaudieron el golpe que se dió como lo mas brillante de su representación.

Era la memorable noche del 16 de Septiembre de 1825, aniversario del glorioso grito de Dolores; noche de alegría para todos y de inquietud para mí; con todo, tenía confianza en la bondad del *ilustrado* público, que juzgaba yo recibida perfectamente mi obra. La dicha estaba empuñada en hacerme lucir, y el bicho con todo y el parrazo anterior, se comprometió á desempeñar lo mejor que sabia, el personaje de *Echicarrí*.

Tan solo el *galan* se manifestaba frío, y envestido cual yo quería; pero semejante desaliento considerábase como genial en la mayor parte de los galanes, y aguardaba que mi asentimiento poético lo animara tan luego como recitase algunos versos de mi diestra mano.

Es de advertir que el teatro era una plaza de gallos de Tepic (lugar del suceso), que el foro era chico, que no se usaba concha para el apuntador, y que todas las decoraciones se reducían á una sala común y á un bosque. ¡Do que suerte se podían realizar entonces como ahora, las producciones dramáticas. Menos era posible persuadir al espectador de que se representaba un suceso verisímil cuando veía correr al apuntador con vela en mano, detrás del telon, y á los actores casi adheridos al lienzo, á guisa de figuras de lapiz flamenco.

Luchando con tantos inconvenientes se abrió la escena; el galán comenzó á darme mala espina cuando en vez de decir de los *pisos al coladriño*, gritó al *coodrillo* (risotadas del público y suspiros mios). En lugar de pronunciar *encierro perpetuo*; también gritó *entierra*, y yo era el muerto, pues el digno espectador aplaudía.

¡Oh amigo del alma! Aquel javali cuya figura todavía me persigue, aquel histrion *makite*, en el segundo acto, hizo un retrucano infernal que me puso en ridículo, porque debiendo exclamar:

Antes el cielo se desplomó y hundió,

con voz estentórea pronunció *desplume*, e yo tan solo fui á quien pelaron impiamente por su causa. *La mareta sorda* de Morán la oí bramar con toda su elocuencia.... Yo temblaba como si tuviera frío de cuariana, y el galán se reía fuertemente de mi martirio. Pero se había concluido el acto.

Seguía el tercero viento en popa y recobraba mi vigor, cuando levantado el telón de boca, el público aguardaba algún personaje que no aparecía en la escena. La apuntadora, que como toda vieja floca, era iracunda y esencialmente biliosa, con antojos afanzados en su aguda nariz, con voz gangosa, vela en la mano izquierda, y en la derecha el drama, gritaba que gritaba á Severino el galán: éste no parecía.

Por mi mal, el telón de bosque en lugar de tener plomo en el extremo, le hacía peso un palo mas largo que el telón, este era un tercio menos ancho que lo que aun se veía del foro. La vieja sin saber cómo, se puso precisamente mirando para el bastidor opuesto encima del palo: pedía rabiosa la ventida del galán y el cambio de decoración al mismo tiempo; de suerte que sin aguardar mas subieron el bosque. No era este un mal, sino que la vieja cuando menos pensó cabalgaba en el susodicho palo: atendiendo únicamente á su seguridad, arrojó comedia y vela, y afanzada como un marcelesgo á tela vieja, no la soltaba, y de vez en cuando exclamaba:— ¡Señores, que me mató! Señores, no me atojen!... Los espectadores por diversion gritaron: ¡no queremos *brujas!* ¡Afuera las comedias de brujas!... Un silencio general hubo por el momento; después llovieron naranjas sobre la infeliz apuntadora.... cayó el telón.... En cuanto á mí....

— ¿Que sucedió?

— Prometi no escribir mas comedias para el público.

— ¿Pero si es ilustrado?

— Siempre hay vulgo.

— Si es benigno y cortés?

— Siempre es vulgo, amigo mio; abandone vd. esa manía: cualquier accidente ageno del poeta, basta para ponerlo en ridículo; luego hay de zoi- los envidiosos un enjambre que nadie puede di-

sipar; agregue vd. á esto, que el poeta como es el mármur de la sociedad, ella que presiente la gloria de aquel, se complace en hincar su emponzoñada garra en la reputación del que allá en la posteridad los cubrirá de ignominia.

— De ignominia?

— Si, porque ninguna poeta deja de pintar á su época, queriendo representur otra; y porque destruir los abusos existentes por medio de la palabra, y con el ejemplo derrumbar los crímenes de los poderosos, es una lucha desigual que sostiene contra el fanatismo, de un mundo que jamas perdona ni menos agradece á quien le enseña y le mejora.

México, Septiembre 14 de 1843.

(Sección de las Memorias de Quintana)

LA LA GRINA PERDIDA.

SOLTARIA pasó ante mi pupila;

Soltaria en mi párpado vacila,

Y solt rodará.

Las demas, como plomo derretido

Cayeron en mi pecho, caremido

Con los pesares ya.

Cual la trémula gota de rocío

Cae del árbol, la recibe el río,

Y la devora el mar;

Así mi brillante lágrima olvidada

Irá á morir al golfo de la nada,

¡Oh Elvira! á mi pesar.

¡Ultima vibración del harpa rota!

¡Ultimo brillo de la luz que azota

El vorto septentrion!

¡Unica muestra de un dolor sublime!

¡Unica voz con que en silencio gimo

Marchito el corazón!

¡Ay! esta sola lágrima destruye

Toda mi juventud; con ella huye

MI esperanza, mi paz;

Quema do pasa, y mi dolor no cede....

¡Será tal vez la última que ruede

Por mi pálida faz!

Esta lágrima crucl, dentro del seno

Con mi sangre formada y el veneno

De un secreto pesar;

Esta lágrima inútil que aniquila

El seco corazón de do desilla

Tras largo suspirar;

Esta trémula lágrima de fuego

Que quema mi virtud y mi sosiego,

Mis creencias, mi fe;

Estéril ¡ay! sin brillo y sin potencia

Caerá en la infecunda indiferencia

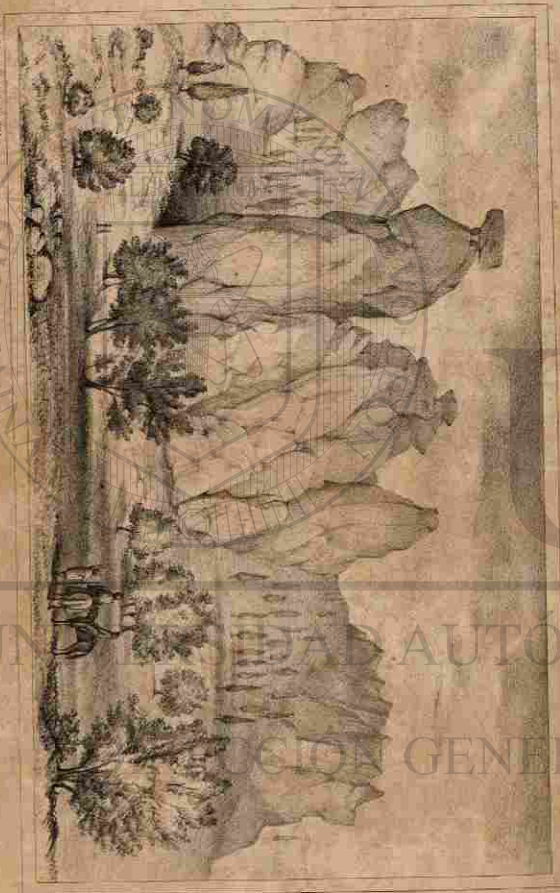
De la mujer que amé!

Agosto 31 de 1843.—C. COLLADO.

PANORAMA DE MEXICO.

LAS PEÑAS CARGADAS.

Distrito del Real del Monte.—Departamento de México.



Se está publicando actualmente en Londres una obra titulada (*Mexican Scenery*) Escenas de México, acompañada de litografías que representan algunos de los paisajes sorprendentes de nuestra naturaleza. Hasta ahora han llegado á nuestras manos dos entregas solamente, y de la primera hemos tomado la lámina que ofrecemos á nuestros benévolo suscritores del Museo, y la cual representa un grupo de peñascos gigantescos de pórfido, sobre los que se observan otras inmensas rocas que parecen colocadas artificialmente. Esta singularidad unida á la frondosidad de los árboles que vegetan al pié de estas caprichosas montañas, y á las tintas variadas que forman en el horizonte la no interrumpida sucesión de lomas y cerros de la cordillera central de la república, hacen que la vista de que se trata, sea una de las más sorprendentes y maravillosas que puedan imaginarse.

La litografía del *Mexican Scenery* está acompañada de una descripción que aunque no está hecha con mucha imaginación, ni valen á sí, á conocer el interior que comienza á inspirar en Europa, todo lo que pertenece á México.

El *Mexican Scenery* se expresa así: Entre los muchos, bellas y magníficos sitios de México, pocos hay que presenten una más rica y variada escena que el distrito del Real del Monte, á más de 9000 pies de elevación sobre el nivel del mar. Se extienden aquí sobre las elevadas montañas y en los profundos y románticos valles y llanuras, dilatados bosques de pinos y encinos, mezclados de arbustos, matorrales y abundantes planicies diversas; mientras que en otras partes sobresalen aisladas de los lados ó cima de las montañas, ó de entre la espesura de los bosques, enormes masas columnares de roca de pórfido, tomando frecuentemente tales figuras fantásticas, que la imaginación puede figurárselas como á los gigantes Titanes, guardando el paso de la selva.

El dibujo representa la vista de uno de los mas notables de esos grupos de peñascos, llamado las Peñas cargadas, situados á cosa de tres millas al Oriente de las minas del Real del

Monte. Se encuentra en el diario de la residencia en México del capitán Lyon, una buena descripción de la escena. "Hay cerca del rancho del Guajolote, uno de los mas preciosos sitios de rocas pintorescas que jamás he visto, llamado las Piedras ó Peñas cargadas: son de una formación particular en columnas colosales: aisladas de pórfido, que descuellan sobre los pinos del lado opuesto en un profundo y montuoso valle. Varias están agobiadas por anchistras masas de roca, desprendidas como la del Logan en Cornwall. A la derecha de estos notables pilares se separan las montañas, y la vista vaga espaciosamente al Sur sobre vastas llanuras, interrumpidas aquí y allí por montañas barrancas, y limitadas á lo lejos por los sombríos picachos de las montañas, mas allá de las cuales los volcanes de México vuelven á mostrar sus nevadas cumbres."

Sería de desear que los artistas á quienes la naturaleza dotó con genio para trasladar al papel con el pincel á la pluma estas maravillas de la naturaleza, se dedicaran á pintar y describir la multitud de sitios hermosos en que abunda la república, y principalmente el Departamento de México. Por nuestra parte hemos publicado algunas descripciones con el título de *Panorama de México*, y lo continuaremos haciendo con el *Chorro de S. Miguel, la cascada de Querétaro, el Desierto, las minas del Real del Monte*, y otros lugares donde haremos nuestras excursiones luego que nuestros quehaceres nos lo permitan. Entretanto, repetimos que las columnas del Museo están á la disposición de los que gusten honrarlos con este género de producciones, pues nuestro deseo es nacionalizar cuanto sea posible este periódico.—EE.

BOLETIN SEMANARIO.

El día 12 falleció la Escena. Sra. D^a Agustina Bonilla, esposa del Escmo. Sr. D. José María Tornel. Esta apreciable señora, era un modelo de virtudes privadas. Su existencia fué de

casas modestas y tranquilas que no hacen ruido en el gran mundo. Fue una flor que se abrió en el silencio del hogar doméstico, y cuyos perfumes y colores embellecieron constantemente la existencia de la familia. Como si el Señor no hubiera quedado contento con tanta virtud, la purificó con el martirio de una lenta y dolorosa enfermedad, que por fin condujo su cuerpo a la tumba y su alma a los cielos. Imita la familia estas líneas como un sincero tributo de la admiración y respeto que tributó a la virtud, después que ya la cuentan, los redactores del Museo. El cadáver de la señora fué sepultado en el panteón del santuario de Guadalupe, y el duelo estuvo sumioso.

FESTIVIDAD DEL 16 DE SEPTIEMBRE.

Según el programa de la función, comenzó la solemnidad patriótica desde la víspera en la noche, pronunciándose el discurso anunciado en la Universidad, distribuyéndose los premios y leyendo una poesía del señor Gutiérrez; la lluvia desahució un acto tan interesante. A las once de la misma noche se desató el repique á vuelo de las campanas, y miles de cohetes poblaron los aires; por algunas calles, no obstante la lluvia, se veían victoriosos con fachas, precedidos de una música de viento á la que el pueblo mezclaba sussonoros vivas á la independencia y la libertad.

El 16 amaneció lluvioso entre las salvas y repiques de estilo; á las diez de la mañana se celebró la misa pontifical y se cantó el solemne *Te Deum*.

En el soberbio salón de los embajadores, esperaban ya los gefes de cuerpo, generales, corporaciones, comunidades religiosas y colegios, y los Escosmos, Sres. ministros, que á nombre de S. M. el presidente y acompañados de su estado mayor, debían colocar la primera piedra del monumento, mandado erigir á la independencia nacional.

Hervía el gentío en la plaza y se derramaba por toda la carrera de la procesion, marcada por la vela que se extendía desde la puerta principal de Palacio hasta la puerta de la Alameda que dá al Puente de San Francisco; las tropas de infantería de la guarnición formaban en dos hileras una extensa vallada; los coches y caballos se agrupaban en las bocas-calles; los balcones y azoteas estaban coronados de gentes, en los cuales ostentaba el bello sexo su lujo y hermosura; todo el tránsito ofrecía la mayor animación, ondeaban pendientes de los balcones cortinas de musolina y seda, y las músicas mezclaban los suspiros de Bellini y los raptos de Rossini con el repique de las campanas, los clamores de los victoriosos, y el retumbar solemne de la artillería.

Terminada la misa salió en tropel la concurrencia de Palacio, presidida por los Escosmos.

Sres. secretarios del despacho, y se dirigieron al centro de la plaza: por la confusión en que salió la concurrencia, muy pocos presenciaron la solemnidad de la piedra.

Regresó en el propio desorden la comitiva á Palacio, donde después de algunos saludos á los señores ministros se dispersó en su mayoría, ordenándose la procesion que marchó á la Alameda, presidida por el Excmo. Sr. gobernador del Departamento y la junta patriótica.

La Alameda es como las mugeres realmente hermosas; el mas sencillo atavío les sienta y embellece; en sus puertas se suspendieron arcos de tule y flores naturales; en sus calles que inundaba la multitud, había toda clase de frutos y vendimias, y en sus risueños praditos improvisaron puestos de comestibles, en que el licor nacional hacía su interesante y popular papel.

En las fuentes se veían los juegos hidráulicos, y en la glorieta principal se alzaba el templete, perdiéndose su cúpula entre los árboles; adornaban el templete cuatro retratos que podían haberse suprimido, porque tenían afinidad íntima con las caricaturas, ó por lo menos podía por su aspecto, interpretar la malignidad, que de muy mala cara nos dieron patria nuestros héroes: dos ortavas completaban el alorido del templete: aspechamos que saldrían buenas de la pluma de sus autores; pero estaban tan mal escritas, tan mal puntuadas, tan desfiguradas en fin, que juro que sus autores mismos no las han de haber conocido.

El elocuente orador jalisciense, pronunció con voz clara su discurso: á los que aman la buena literatura y comprenden las efusiones líricas de un corazón inspirado por el fuego patriótico pareció bien; los otros, que besan efusiones que ni son del lugar, ni del día, habían con variedad.

En la tarde, el paseo de Bucarelli estuvo concurridísimo; caballos arrogantes, carruges soberbios, simones catelridos y de mal trabajo, que acompañaban con el pasado chirrido de sus ruedas, la algarabía musical que se escuchaba en las fuentes de la Victoria y la Constitución.

En la plazuela de San Fernando hubo maromas, y la lluvia mas antipatriótica, empapó al público pedestre y las unigénitas casaca de los señores de comercio, escribientillos y demás gente que solicita su necesid al gran tomo.

No obstante lo fuerte del chubasco se prendieron los fuegos artificiales, pudiendo anunciar con satisfaccion, que el cohetero los vió á su placer, sin esponerse al temerario fallo de la multitud.

En la noche se representó en el teatro la familia de Falkland, cuyo juicio crítico nos ha ofrecido un amigo, é insertaremos en esta miscelánea, ó en el Siglo XIX.

FRAGMENTOS

DE UN VIAJE A EUROPA EN 1841.

Mi muy amado señor de todo mi respeto.—Burdos, capital del Departamento de la Gironda, está situado sobre el Garona, brazo izquierdo del río que da su nombre al Departamento; á 90 kilómetros de la torre de Cordouan, y 616 S. O. de Paris. El almanaque del Buzo de longitudes, le dá 217,000 habitantes, y dice que su latitud es 44° 50' 19", su longitud 2° 54' 56" O., y la altura de su suelo sobre el nivel del Océano 6,6 metros, tomada desde el pavimento de la catedral. Llegamos ayer, entre cuatro y cinco de la tarde, y hospedados en el lugar y modo que verá vd. en las de L. y B. que de intento incluyo abiertas, lo primero en que pensamos fue en comer, porque quien almuerza á las nueve y está sin negocios urgentes, nada tiene que hacer mas ejercitarse á las cinco de la tarde. S. M., el mas despedido de nosotros, como viajador consumado, y práctico además en las oscuridades del país, como hijo de él, dirigió el servicio, y luego comencé á estrafalar la manera de él. Pidió sopa para tres, cabeza de buey en aceite para otros tantos, de un pescado para dos, de otro para cinco, chicharos con azucar para cuatro, y conserva de grosella para igual número; eran los cinco emburgo cinco los posados en aquel hotel, y en cierto modo la clientela de este señor. Firmé en mi idea de no juzgar por las primeras impresiones, esperé pacientemente el resultado de lo que yo suponía ayuno, y que me parecía tanto mas extraño, cuanto que quien lo había recreado es no solo conocedor, sino aficionado en gastronomía, y está acostumbrado, como es fácil advertirsele, á estar en buenas mesas.

La supera que trajeron contenía una *paradeux croûtons*, que es lística que no sea común en México, y que fue no solo suficiente, sino abundante; lo fueron igualmente los demás platos, y la conversacion que sobre ellos promoví me hizo saber que la porcion de cada uno es abundantísima, de manera que bastan dos para matar á cualquiera, y que por lo mismo, quien sabe dirigir los pedidos cuando hay dos ó mas personas juntas, sabe proporcionarles variedad, sin aumentar los costos de una comida ordinaria. En efecto, la mas ordinaria consta de cuatro platos, y nosotros habiamos comido bastante de seis, sin que el costo fuera mayor, lo que es difícil en mi interior por uno de los adelantos europeos en economía doméstica, y una de las mas agradables combinaciones de los usos del

país: generalmente cada plato contiene para dos que piensan comer tres ó cuatro cosas.

Como las representaciones comienzan temprano y la mesa se sirve con tanta lentitud, pues cada plato pedido tiene á veces que comenzar por la cochura del objeto, apenas nos levantamos, cuando ya era hora de ir al teatro. Como me habia propuesto hacer lo que los demas, mientras estuviera en su compañía, yo tambien fui; y á mi proposito se agregaba el deseo de ver este teatro tan ponderado, y que pasa por el primero de Francia en cuanto al material. Y tienen razon: el edificio es hermoso, vasto, regular, y aun puede decirse magnifico en su exterior; interiormente corresponde mas al número de concurrentes que podrá contener diariamente, que á los tamaños exteriores: quiero decir, que la sala es mas chica de lo que pudiera esperarse. Está pintada con el mal gusto que indica siempre la multiplicidad de colores y la profusion de dorados; pero es bonito, y sus palcos enteramente distintos de los nuestros, tienen la forma de balcones salientes: la línea que ocupan nuestros primeros, es aquí una amplia cornisa sobre el patio que tiene asientos en gradas, y detrás los palcos primeros ó *loges de premiers*; la *parterre* (nuestro patio) está mucho mas inclinada que la nuestra, lo que favorece la mejor vista aun desde sus últimos asientos; nuestra casaca, que aquí se llama chistosamente *paraisin*, no sobresale de los muros de apoyo, y sostiene á sus concurrentes con cuerdas como entre nosotros. Nos colocamos en la galería de los primeros enfrente de las tablas, y como cuando llegamos ya habia comenzado la representacion de la pieza, que estaba ya en su declinacion, no sé bré decir á vd. nada sobre ella. Creí que seria una cosa del gusto del público burdés: por lo mucho que aplaudió; pero no pude entender su objeto, ni me acuerdo del nombre que tenía en el cartel. Durante el entreacto nos islimos no solo de la sala sino del teatro todo, á fumar nuestros cigarros, pues no lo hubieran permitido ni en la puerta exterior.

Cuando volvimos entré muy contento, pues lo que segun era una parte del Moises, y como conozco esta ópera, me prometia hacer comparaciones que no me era posible en lo demas, é falta de término. Mi esperanza de gozar un buen rato se aumentó, cuando apenas comenzada la representacion salió Moises, porque fue acogido

con tal entusiasmo y con tantos aplausos que supuse sería un artista eminente. Podía yo adivinar que este mismo entusiasmo, degenerado en la más indecente furia, debía privarme enteramente del espectáculo? Podía yo ni sospechar lo que se siguió y determinó á míaleman á irse á dormir, ni cómo pudo tal determinación unida á mi aburrimiento y mis distracciones, cerrarme dentro de poco las puertas del teatro? Pues lo cierto es que nada bueno vi. El *palmetó* se prolongó, fueron agregándose á él silbos y gritos de reprobación, patadas, golpes sobre las bancas, y cuantos ruidos puede producir el hombre desprovisto de tambores, campanas, cañones y demás instrumentos estrepitosos; la bulla era espantosa: el aire tanto y tan diversamente agitado, comunicaba su vibración hasta á los asientos.... Tal vez hasta los muros.... Si el juicio final debe anunciarse con ruido, pocas imágenes podrán verse de él más semejantes que esta groserísima escena. Duraba ya más de ocho minutos, cuando el *mer* (*maire*, magistrado civil) que varias veces había ensayado en vano hacerse oír, logró por fin un semi-silencio, y lo aprovechó en decir que quedaba adelantado II, tal actor, puesto que una mayoría inmensa sufragaba por él; que.... Fue imposible saber lo que seguía diciendo: el ruido continuó con mayor estrépito como si hubiera sido reprobado. Los actores esperaban, mudos y viendo se unos á otros, el resultado de tal frenesí: los espectadores desintencionados estábamos mohinos y violentos, y los gritones solos triunfaban y se complacían en cantar su victoria. En verdad no puedo concebir, á pesar de haberlo presenciado, cómo seres que parecen racionales, se pueden entregar á tal delirio, y para expresar este ruido se me viene involuntariamente á la memoria el ridículo ejemplo, que cierto *arte político* nos propone como modelo de las imitaciones latinas:

*Trápalo, trápalo, barahúnda, chacota.
Frúndese la casa, toda la gente clama.*

Mi alemán, que ya había ocupado en cierta indicación á nuestro buen muchacho el burdeles que desde el patio donde estaba había venido á hablarnos, le suplicó lo acompañara á la posada porque no sabía, dijo, irse solo, y deseaba retirarse ya. El pobre tenía razón: no conociendo ni una palabra del francés, y siendo además poco aficionado al teatro, había venido solo por acompañarnos, y la música que nos daban los alborotadores, no era propia para reconciliarlo con las tablas. Pareciéndome que no sería grato para nuestro hospedador dejar la compañía de sus paisanos, é interrumpí por segunda vez en sus goce, y deseando al mismo tiempo que servir de algo, descañar mis orejas algunos minutos, pues hacía más de veinte que me zumbaban, me ofrecí por conductor, y nos salimos inmediatamente.

Quando reflexioné que no había yo cuidado de pedir á nuestra salida los boletos necesarios para volver á entrar, ya no era tiempo de hacerlo, y aunque me pesaba haber dejado á mis compañeros sin despedida, no quise esponerme á que me rechusaran la entrada, sin entrar en las esplicaciones necesarias para ella, ni menos aun comprar nuevo boleto; así pues me resolví á quedarme con mi compañero de cuarto y aprovechar un rato en escribir esta.

Antes de acabarla debo decir á vd. que el aspecto que Burdeos presenta de noche, me ha parecido más agradable aún que el que tiene de día: como el comercio continúa abierto hasta muy tarde, y como casi todas las tiendas están lujosamente decoradas y con una iluminación abundantísima, la vista está como encantada. Pero entrando en casa el contraste no puede ser mayor. El mezzquino quinqué que alumbraba la escalera de caracol apenas emitiendo su benéfica luz á las primeras vueltas; cuando subimos con nuestra vela, no hacía falta; pero ahora que he bajado y vuelvo á subir solo, extraño mucho tal incuria en una casa, que por lo demás me parece muy buena. También tengo que hablar á vd. de nuestro cuarto, á fin de darle idea de lo que aquí llaman *hotel meuble*: estamos en un tercer piso porque no había otro desocupado: nuestro cuarto tiene á cada lado de la puerta, en los rincones, amplias alacenas; enfrente de aquella la chimenea con su corchisa de mármol, su grande espejo, y dos ventanas á los lados con sus respectivas colgaduras: enfrente de cada ventana hay una mesita con una botella blanca, un vaso, un pichel, un lebrillo, y dos servilletas ó toallas; de estas mesitas siguen nuestras camas que son de cuoba, y consta la dotación de cada una de un jergón llamado *paillasse*, por estar lleno de paja, un cojón de pluma encima, y otro más de lana sobre éste; dos almohaditas y muy limpias sábanas de cáñamo, un boñillo de plumas, y un orejillo que diferencia de nuestras almohaditas por la forma que aquí es cuadrada y el relleno que es de plumas también, y una manita, frazada ó sobrecama de algodón, muy suaveita. Los pies de la cama corresponden á las ventanas. Hacia la cabecera está un.... con su correspondiente vaso y en medio del cuarto una mesita redonda.

Pero ya es media noche; el tiempo, cuando no estamos esperando, pasa con la velocidad que ha dado ya lugar á tantas reflexiones, y aunque no tengo sueño, la hora y la descripción que he procurado dar de la buena cama, me están diciendo *acústate*; y yo contestaré como repite á cada instante el sabio médico que vd. quiere tanto, *obedexo*. —O. (M.)



EL SABINO DE PLATA.

Esta especie de sabino nace en las regiones más frías de la América del Norte. En los Estados Unidos, Canadá y Nueva Escocia, se conocen bajo los nombres de *Sabino de Plata*, *Sabino Balsámico* y *Balsamo de Gilead*. Hacia el Sur de aquellos países, crece tan solo en las cumbres de los Alleghanes, y especialmente en las altas montañas de la Carolina del Norte. Por lo común crece con más lozanía en los terrenos arenosos.

Su altura rara vez pasa de enaenta pies, con un diámetro de doce á quince pulgadas. Si el tronco mide un pie de diámetro en la superficie de la tierra, á la altura de seis pies disminuye hasta un diámetro de siete á ocho pulgadas.

Cuando se conserva aislado y se desarrolla por sí solo naturalmente, sus ramas (que están profundamente guarnecidas de hojas) disminuyen en longitud á medida que nacen á mayor altura del tronco; y así es que el todo forma

una pirámide perfecta. La corteza es lisa y tierna. Las hojas miden seis ú ocho líneas de largo, y nacen separadas en los lados y en las estremidades de las ramas son estrechas, fuertes y planas, de un hermoso verde arriba, y de un blanco plateado abajo, de cuyo color probablemente se deriva el nombre del árbol. Florece en Mayo, y en seguida produce unos conos frágiles de forma casi cilíndrica, de cuatro ó cinco pulgadas de largo y una pulgada de diámetro, é invariablemente dirigidos hacia arriba. Las semillas maduran en otoño, y se las deja en el árbol: caen y se despararran por sí mismas.

La madera del Sabino de Plata es ligera y algo resinosa, y el corazón es amarillento. A veces se emplea para hacer duelas para barriles de empaquetar pescado; aunque por lo común se prefieren para este uso otras muchas maderas. La resina de los pinos se extrae por medio de incisiones que se hacen en el tronco del árbol,

por las cuales sale, destilándose de los poros de la corteza y de los vasos de la savia del alborno. En el Sabinio de Plana, la resina se deposita naturalmente en un caperío de vejigüillas que nacen en el tronco y en las ramas, y se recoge abriendo estas vejigüillas, y dejándola caer en vasijas á propósito. Esta resina se vende en Europa y los Estados-Unidos bajo el nombre de *Balsamo de Güilán*, aunque todo el mundo sabe que el verdadero balsamo de este nombre se saca del *Amirip Güilantensis*, árbol muy diverso y nativo del Asia. Tal vez se le aplicó aquel nombre á causa de alguna semejanza en el sabor y el olor de aquellas dos sustancias. La trementina fresca es un fluido verdoso, y trasparente, de un sabor acre penetrante. Tomándola con exceso produce irritación en la vejiga, y aplicada á las heridas causa inflamación y dolores agudos. En Inglaterra ha sido celebrada al mismo, y se recomienda en ciertos grados de la tisis pulmonar.

(Traducción del *Family Magazine* para el Museo).

SOCIEDAD LITERARIA DE PUEBLA.

AMANTE del adelantamiento y de las glorias de una patria querida, no podemos menos de ver con gozo en el lector los rápidos progresos que hace en toda la república el amor á las ciencias y á las letras. En estas los hombres de los acendramientos revolucionarios; convencidos ya plus no es ahí donde se encuentra la tranquilidad y la ventura de nuestro desgraciado país; desengañados á trueque de costosos sacrificios y de penas sin número, manifiestan su deseo de encontrar en consuelo á las desgracias que los han dostrado, y creen fundadamente hallarlo en el estudio de la literatura y de las ciencias. Siempre ha existido en México ese deseo ardiente del saber; pero débil y casi sofocado por las circunstancias políticas del país, ha sido un germen de vida que no había podido aun desarrollarse. Ese germen se va desenvolviendo, y los frutos de su árbol santo pronto se verán sazonados. Honor á la juventud de la era presente, á la que parece que el cielo había reservado imprimir á la república el movimiento intelectual que se nota por todas partes! Honor á todos aquellos que uniendo de corazón el imperio de las luces, hacen los mayores esfuerzos por establecerlo entre nosotros! Como muestra de esos laudables esfuerzos pueden citarse en México, la Academia de literatura de S. Juan de Letran y el Ateneo; en Zacatecas el Instituto literario, y en Puebla el establecimiento cuyo nombre va al frente de este artículo.

Cuando una asociación científica se plantea cuando se ve una multitud de jóvenes agruparse en pos de las coronas literarias, formando acade-

mias donde recibir esa instrucción apetecida; cada vez que uno de estos acontecimientos tiene lugar, es un día de gloria para la patria. Una señal de las guirnalda á que aspira la juventud estudiosa, lo es ofrenda mas grata que mil de los laureles ensangrentados que brillan en la frente del soldado.

Uno de estos días de gloria queremos anunciar, y jamas hemos empleado nuestra pluma en objeto mas digno y halagüeño. Algunas personas recomendables por sus luces, persuadidas de lo que arriba dejamos dicho, resolvieron formar una asociación científica y literaria de que carecía Puebla. Un ánimo constante y decidido les hizo superar los obstáculos que se presentan por desgracia, siempre que se trata de un establecimiento útil, y lograron ver colmados sus deseos y llevado á cabo un pensamiento que les hace honor, encontrado en el señor rector del Colegio quien secundara sus miras, facilitándoles generosamente un amplio local en dicho colegio, para que la *Sociedad* tuviera, sus sesiones.

Digno es entre otros de particular mención y elogio por su empeño y aplicación, uno de los fundadores del establecimiento, D. Fernando Orozco, joven amigo nuestro, de grandes esperanzas, y de quien tenemos el gusto de presentar hoy á nuestros lectores una bella poesía, no siendo éste el único género á que se ha dedicado, pues hemos insertado ya en nuestras columnas alguna producción científica de su pluma.

Instalado, pues, la reunión, el primer cuidado de sus recomendables socios fué, el de abrir algunas cátedras servidas por ellos mismos. Al referir las que seguimos, no se crea por esto ser las únicas, y si en la enumeración de los académicos, así como de los individuos que desempeñan otros empleos, omitiéramos algun nombre, advertimos desde luego que debe atribuírsele á olvido involuntario, pues nada nos causa mas contento que estampar en nuestro periódico los nombres de los buenos mexicanos, que contribuyen en cuanto les es posible á los adelantos de su país.

Las cátedras de que tenemos noticia son las siguientes: de filología, que sirve D. Félix Bértiz; de gramática castellana, D. Anselmo Guzmán; de literatura, D. Manuel Salazar (también vice-presidente); de geografía, D. Manuel Orozco, antiguo alumno de minería, hermano de D. Fernando; y de quien se conocen en México algunas brillantes producciones. Tiene la *Sociedad* un presidente, que lo es D. Manuel Cardoso, un vice, un secretario D. Rafael García, un tesoro D. Manuel Zamacona, y un bibliotecario D. Rafael Illiescas; y aunque este último empleo podría parecer algo inútil, ciertamente no lo es, pues la liberalidad de los socios ha hecho que se cuente ya con una escogida aunque pequeña bi-

blioteca, que según se nos ha asegurado se aumenta día ríamente. Sabemos tambien que se ha formado un reglamento que no dudamos contribuirá mucho á los progresos de una *Sociedad*, por la que nos interesamos, deseando sinceramente que prospere y cuente en su seno poetas insignes que el tierno y melancólico *Rodríguez*, que aun lloramos; oradores eminentes, geógrafos consumados, hombres distinguidos de todo genero.

Reciban, pues, los miembros de la *Sociedad Literaria* de Puebla este artículo, que les dedicamos como una ofrenda debida á la aplicación y al trabajo; como un testimonio de nuestras simpatías por ellos; y si quieren publicar en México sus producciones de cualquiera clase que sean, les ofrecemos desde luego las columnas del *Museo*, nunca mejor empleadas que cuando contribuyen á dar publicidad á obras de mérito, estimando con ello á personas tímidas, y manifestando nuestros ardientes deseos de que se multipliquen en la república establecimientos de la clase del de Puebla, que son el termómetro de la civilización de los naciones.—EE.

ARTOS.

Á MI AMIGO RAMON L. ALCARAZ.

VAGABA por la vega silenciosa
Penando en lo que fue y en lo futuro,
Y á mi vista se ofrece un viejo muro,
Que un palacio magnífico guardó.

Un palacio que ayer era potente,
Asiento de alegría y de grandeza,
Donde nunca la legübre tristeza
Ni el mutador fastidio penetró.

Cuando la noche oscura el bajo suelo
Entre sus negras sombras envolvía
Desde sus altas torres difundía
Torrentes puros de radiante luz.

O si los claros rayos de la luna
Sus gigantescas formas dibujaban,
Sombra y abrigo á los amantes daban
En su jardín las ramas del sauz.

Y del festín el ruido se escuchaba,
Y la voz del concierto sonorosa,
O la dulce canción que alguna hermosa
Entonaba el compás de su laúd.

Y cuando ya la multitud rendida
Al reposo del sueño se entregaba,
El sol desde el Oriente iluminaba
Un cuadro de hermosura y de quietud.

Mas hora ya no habitan sus salones
Mil doncellas de fices peregrinas;
Solo habitan agrestes golondrinas
O alguna pardizca atolondrada avicón.

Y en la noche no se oyen los conciertos,
Sino el graxax descompasado y triste
De nocturna lechuza que resiste
Parada en la alta torre, el aguilon.

TOMO II.—X

No crecen del jardín entre las ramas
Los pájaros alegres, bullidores;
Ni crecen ya las caprichosas flores,
Derramando perlas por lo quier.

Hora entre acas zarzas se desliza
El vil gusano que la tierra mide;
Y el foso, muerto ya, solo despidie
Por todas partes sucia feldipe.

Viejo castillo, ¿que es de tu grandeza?...
Hora tan solo quedan las señales
De tus quebrados diáfanos cristales,
O la dorada almena rota ya.

Mas á mi no me espanta tu tristeza:
Yo vendré á meditar en tu ruina,
Cuando el sol moribundo ya declina
Y otras regiones alumbrando va.

Porque tú eres la imagen de mi alma;
Tú revelas mis gustos ya pasados,
Y los preventos horridos cuidados
Que destrazan mi triste corazón.

Ayer tambien mi pecho fué morada
De mil dulzuras y de mil placeres,
Y entre halagos de candidas mugeres
Nunca el rostro mire de la aflicción.

Y hora en mi faz doliente se retrata
La pena que devora el pecho mio,
Como en tu frente, legübre y sombrío
Se ve del tiempo el destructor poder.

Ya no canto de amor las dulces trovas;
Solo echoho en mi amargo desconsuelo
Triste suspiro que ni llega al cielo,
Ni calma mi continuo padecer.

Siempre al lucir la estrella de la tarde
A tí vendré con meditar profundo,
Lejos de la ciudad, lejos del mundo,
Donde pude en otro tiempo ser feliz.

Haré mi habitación en tus escorbros,
Y la caída ya, rota cantera,
Me servirá de blanco estalocera
Para en la noche legübre dormir.

O contemplar tranquilo y sosegado
El puro azul del cielo cristalino,
O el brillante lucero resperpino
Que cual mi vida declinando va.

O la faz de la luna melancólica
Que sus rayos derrama blandamente
Sobre el cuadro terrífico, imponente,
Del mundo adormecido en la maldad.

Si, yo quiero habitar en tus escorbros;
Cesará, cual tu gloria, mi amargura,
Y encontraré mi triste sepultura
So el raído cimiento de un torreon.

Todo lo olvidaré... mis infortunios,
Mis placeres tan dulces cual miserables;
Y desde aquí á los hombres miserables
Con triste voz diré: "Por siempre, adios!"

Octubre 25 de 842.—Fernando Orozco y Berra.

GERONIMO SAVONAROLA.*

I.
VENID, acordé á mi acento, ó vosotros á mí, privilegiados, republicanos entusiastas, águilas atrevidas, que no conociendo rey en el espacio abrigais bajo vuestras alas á los pueblos, y solo estendeis vuestras garras para abahir las cerviceras de los despotas! Venid á mí. Yo os convoco para celebrar un gran recuerdo, como el padre de familias convoca á sus hijos para celebrar el de una madre muerta en la primavera de la vida.

Ved el horizonte: está puro, y el ángel de la mañana con su ropaje de oro y de púrpura, que flota allá en los cielos, bajo riuicóns á abrir los pétalos de las flores, y á vertier sobre ellas el aroma celestial que nos embriaga. Recoged las solicitudes, antes de que el sol marchite su belleza; y formando guirnaldas otorasas, venid á depositarlas al san de dulces instrumentos, en el ara santa de la libertad. Aquí os espero, acompañado de mis recuerdos tiernos y de mis brillantes ensueños de felicidad para los pueblos, bajo la fresca y apetible sombra del divino hijo del cielo, del sublime apóstol de las repúblicas cristianas, del humilde fraile Geronimo Savonarola, junto á quien los orgullosos conquistadores, despreciados hijos de la tierra, no son mas que unos ridículos pigmeos.

¡Venid á mí, hijos de la libertad! Venid á mí, y arrodillaos, y después de haber besado sus plantas, cien mil veces benditas, nos saborearemos con la relación de sus hazañas como los hijos amorosos con las de un padre muerto honrosamente en los campos de batalla; y hablando como ellos su desastroso fin, lanzaremos nuestro postor gemido, que encontrará ecos en un mundo que duerme, mas que no ha muerto, bajo la planta de los tiranos.

Venid á mí, hijas de la libertad! Venid, regocijao, y escuchadme.

Mas ha de trescientos años, que para prior del convento de San Márcos de la vieja ciudad de Florencia, salió electo en el capítulo que en Roma celebraron entonces los dominicos de

aquella provincia, Fr. Geronimo Savonarola; hombre de edad de treinta y seis años, de aspecto severo y tréto ábido, de costumbres rígidas, de un saber profundo, y de un acendrado patriotismo. Nacido en Italia y en el siglo XV, época de los grandes descubrimientos y de las grandes acciones, así como de los grandes abusos: época en que el feudalismo moribundo, creia profanar un tanto su espantoso existencia, adormeciendo á los pueblos con los excesos de todo género para debilitarlos, y en que la faz radiante de la restauración, asomaba ya por el horizonte de Europa, desvaneciendo las densas nieblas que lo oscureceran, y precedido por Dante de Castiglione, Jacobo de los Pazzi y otros, Geronimo Savonarola levantó su cabeza del seno de aquellas congregaciones religiosas, centro de la ilustración y del saber en la edad media. Indignado por los abusos y la opresión de la mexicana Roma moderna, y animado por los recuerdos de la antigua soberana del universo, y por sus ideas de religion y humanidad, sintió dentro de sí mismo, como todos aquellos hombres á quienes destina el cielo para grandes cosas, aquel convencimiento de la posesion de una fuerza moral, que haciéndole superior á las inconsecuencias y debilidades humanas, le haria capaz de contrarrestar á los tiranos con solo la fuerza de su palabra para hacer de su patria un pueblo libre.

Los grandes crisis han sido en todos tiempos, y en todas las naciones, las madres de esos hombres extraordinarios, de esos hijos de la revolucion, como se les ha llamado, que tan poderosamente han influido en lo sucesivo en su felicidad ó en su desgracia, y que han perecido tambien bajo el peso de la obra gigantesca que ellos mismos con sus manos levantaron, y que el torrente de los acontecimientos ha derribado en su curso fatal. Savonarola era, pues, uno de esos partos asombrosos de una época necesaria de transición, destinado como el Icaro de la fabula, á remontarse hasta el sol para caer desde esa al-

tura, mas no era el único, porque en esa crisis universal en que la Italia y la Europa entera debían mudar de aspecto, otros muchos estaban destinados á alzar el estandarte de la libertad al lado del hermano Geronimo Savonarola, como Italia le llamaba. No obstante, en medio de tantos entusiastas que habian concebido un mismo proyecto, Savonarola marchaba solo, porque sus fines, y los medios de que para llegar á ellos debiera valerse, eran distintos de los de los demas; eran exclusivamente suyos, porque eran hijos de su fe, de su esperanza y de su caridad.

La juventud italiana, embriagada y seducida por la lectura de las hazañas de sus antepasados, de los hijos primitivos de la que fué señora del mundo, ansiosa, es cierto, por la libertad, y por volver su antiguo esplendor á la ciudad eterna, y al par á las demas ciudades de la Italia; mas olvidadas de sus nuevas creencias en materia de religion, hubiera abandonado la de Cristo por las prácticas supersticiosas del culto de Júpiter; por ver un día reunido el antiguo senado con sus consules, por oír á los tribunos algar por el pueblo, y por ver á este entusiasmado y precedido del sagrado *liberum*, entonando vivas á la libertad, y á las demas naciones humilladas, ofreciéndole á Roma sus tesoros, como á su soberana. No así Savonarola: su nuncio era versado tambien en la historia de Grecia y la de Roma, con una imaginacion ardiente, y con una alma enérgica, aleccionada por aquellas, se habiamunido ademas desde muy niño con la lectura diaria de las Sagradas Escrituras, y de los padres de la Iglesia; y habiendo meditado detenidamente en el evangelio, llegó á persuadir á su corazón, y á convencer á su entendimiento, de que según aquel libro sublime, dictado por un Dios, deberían ser en adelante gobernados los hombres, pues es sin duda el mas apropiado para librarlos de la opresion y de la miseria. De esta suerte, por una combinacion del todo nueva en la politica con la religion y con la moral, llegó á concebir un sistema fundado en estos cuatro principios eminentemente sociales, á saber: *el temor de Dios, el amor de la patria, el odio de las injurias, y la igualdad de los derechos*. Al par de su reforma política ideó su grandioso proyecto de reforma religiosa, por la que el árbol santo de la religion, hasta allí regado con sangre y lodo, creceria en adelante, bañado únicamente por las lágrimas puras del verdadero creyente, y podado por una mano humilde y sencilla, como la de los primitivos fieles. ¡Qué, pues, le quedaba que hacer para llevar á cabo su empresa, una vez concebido el plan, y convencido de la justicia de su causa! Urdió acaso silencioso su trama, conspiró en medio de las tinieblas, y añiló su penal durante la primera vigilia de la noche, para ir como los de-

mas, á la hora en que el gallo canta por tercera vez, á cortar las cabezas de cien tiranos que oprimian á la Italia! No, ciertamente, porque semejante á los discípulos de Cristo que se derramaron por el mundo á predicar el evangelio, sin mas armas que su convencimiento y su palabra, Savonarola visitó el sayal, y acompañado de su elocuencia subió á los púlpitos á incendiar en el corazón del pueblo la eterna verdad de sus principios, y á hacer una triple guerra al fanatismo, al despotismo y á la hipocresía, en bien de un pueblo á quien amaba, como Cristo á aquella multitud que por do quiera lo seguia, ávida de escuchar el acento de su voz peransuiva y elocvente.

Tal era Savonarola, y tales eran sus principios el día en que llegó á Florencia á pie y descalzo, con la cabeza baja, como el peso de los gigantescos proyectos que en su interior se fermentaban: la agobiase y sin levantarla, sino un solo momento para contemplar de paso aquello que la Providencia le habia destinado para tanto de sus hazañas, antes de lanzarse al combate arrojó una mirada pasajera sobre el ámbito del circo. A su llegada encontró á Lorenzo de Medici, ocupando la silla fiscal, oprimiendo al pueblo con onerosas gabelas, y derramando por todas partes la corrupcion, único medio de asegurar, en su concepto, su bastarda posteridad. Vió á la ciudad convertida en una inmensa orgía, donde á la luz de mil candelas, y entre la algazara y divergenzia de la mas florenciosa embriaguez, el padre prostituída su esposa y á la hija; el hijo vendida vil y despididamente al padre, asistaba cobardemente al hermano, y hacia trallón al amigo; y donde el llanto y las quejas lastimeras del pobre y miserable, eran contestadas por los viles celos cruzados del noble y del poderoso. Vió al que debiera ser la imagen de Dios envilecido por sí mismo en aquel centro de prostitucion, donde no se oian mas que maldiciones y blasfemias, y donde semejante á un demonio y amado en un tróbo de lúscos, y desfilando sangre por los labios, Lorenzo de Medici contemplaba su obra con sonrisa maligna.

Savonarola vió y habló....

Y tendiendo la vista por toda la Italia, contempló aquella hermosa reina del Mediolano tan envilecida por todos los principes, pedida y casi escamoteada, dormitando en los brazos de la mas desenfrenada prostitucion. Los grandes ensoberbecidos rasgaban las carnes del pueblo con látigos de ruego, y este ora en la miseria y gemiendo ogebido por el dolor, se arrojaba á ocultar de la vista de sus tiranos las lágrimas de su desesperacion, ora riendo imbecil e humillaba hasta besar sus plantas con toda la bajeza de la situacion, temeroso de sucumbir á tanto despotismo.

(*) Nació en Ferrara el año de gracia 1492, de una familia honrada, y en la suel. combite por abuelo á I. M. Savonarola, caballero de Rodas, cuyas obras de medicina fueron muy apreciadas en el siglo XIV. á los diez y ocho años de su edad tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de este nombre de su ciudad natal, y en 1488 fué nombrado prior del convento de S. Márcos de Florencia en donde murió, víctima de su amor á la libertad, de su odio á los tiranos, y de su celo apostólico. De sus obras no queda mas que el *Tratado erático*, impreso en Florencia en 1492. su vida ha sido escrita por Pico de la Mirandola, por el P. Nicolas Scarponio y por Sarati. Su nombre es popular en Italia, y principalmente en Florencia; y en la historia de esta ciudad es á fines del siglo XV, uno de los principales personajes.

la república; y allí mezclados nobles y plebeyos, ricos y pobres, y ancianos y jóvenes, y mujeres y niños, vestidos todos como para un día de triunfo, manifestaban en su semblante una grande inquietud, y las pasiones opuestas de que se hallaban poseídos. Todas las ventanas, y todos los tejados estaban cubiertos de caballeros y damas; y en el interior de la plaza hervía y olatea una multitud, formada cortillos en los cuales ora disputaban acaloradamente sobre cuál de los dos campeones tenía la razón de su parte; ora vocaban como unos energúmenos, impacientes á por ver un milagro, ó por escuchar las gritos y lamentos de dos hombres á quienes consume el fuego.

Eran ya los doce, y ninguna de las dos comunidades franciscana y dominica aparecía aun. Viose á poco llegar á los franciscanos, en medio de los cuales venía Apollá, cabalzo y con los brazos cruzados, quien con afectada moderación habló al pueblo, rehortándolo á que tomase el buen camino, después de aquella prueba, en la que el pereciendo triunfara.

En esto, aparecieron los dominicos, llevando consigo la hostia consagrada. Savonarola, Maruffi y Buonavicina caminaban juntos; aquellos iban tristes y meditabundos, y éste alegre y confiado, cual si caminara á un festín. Savonarola había ya predicado en su convento, y había anunciado á sus creyentes su próximo fin, aquella trágica muerte á la que le condenaría aquel mismo pueblo al que no había hecho otras que palabras de amor y de caridad, y al que había hecho el inextinguible presente de su holgada libertad. Ambas comunidades se dirigieron á la galería llamada la *Loggia di Sanz* (1), que de antaño se le había destinado.

Suscitose aquí una disputa que contra el parecer del pueblo retardaba el momento de la prueba, y fue que los franciscanos se opusieron tenazmente á que Buonavicina entrara en la hoguera con la hostia, alegando el ejemplo de su compañero que se presentaba solo. A esto contestaban los dominicos que *jamás se separarían de su Dios, mucho menos en los momentos en que más necesitaban de su auxilio*. Y mientras infructuosamente se acaloraban ambos contendientes, el tiempo corría presuroso, y la impaciencia del pueblo, acorralo por el hambre y por la sed, llegaba á su colmo. Era ya las dos de la tarde, cuando la disputa tocó á su término, habiéndose decidido que ambos combatientes entrarían solos á la hoguera. Dispuestos estaban ya estos, y la hoguera iba á encenderse, cuando una nueva circunstancia vino á frustrarlo todo, y á acabar de echar por tierra la poca reputación y el poco

prestigio de que aun gozaban Savonarola y sus discípulos.

Mientras disputaban, una nubecilla tan pequeña y tan pura, como la que desde el Carmelo vió Elias remontarse del Oceano, apareció en el horizonte; la cual se fué extendiendo poco á poco llevada por el viento hasta transformarse en un negro y espeso millarón que cubrió la extensión del cielo y que en el momento en que el pueblo iba á suzarse con aquel horrendo espectáculo, se desgajó á torrentes sobre la ciudad, cubriendo los techos de la hoguera, y obligando al pueblo á dispersarse furioso, iritando y blasfemando contra aquel á quien pocos días antes incensaba como á un Dios. Apollá cayó victorioso; los abusos derribados levantaron su monstruosa cabeza sonriendo; gimó la libertad, y las viejas instituciones se aprestaron á renacer de sus propias cenizas.

Todo fué ya confusión desde aquel instante; el pueblo se dispersó, los frailes volvieron á sus conventos respectivos, la plaza quedó vacía y Savonarola respetado antes como un profeta, era ahora temido en menos que un verdugo por un pueblo que llamándose engañado pedía su muerte; por un pueblo mas ciego á su curazon, que su propia vida; por un pueblo que lo había visto trabajar fuertemente en enseñarle la senda de la felicidad con máximas y ejemplos llenos de caridad, y de dulzura; por un pueblo, en fin, que le debía su libertad, el don mas precioso de los pueblos; pero que al mismo tiempo es el que menos saben apreciar. ¡Ah! Una funesta fatalidad ha perseguido á todo hombre que impulsado por su filantropía ha roto las cadenas de un pueblo. Esto lo ha despreciado como los lobatos despedazan á la hoba que les dá su leche y su calor, mientras que un tirano respetado y temido muere en su cama rodeado y adulado por aquellos mismos á quienes ha hecho mordor el suelo donde han pisado las plantas de sus inmundas pies. ¡Quiere con esto el cielo enseñarnos acaso que la mayor virtud social es el egoismo! Los ejemplos de la historia nada valen; y todo hombre que tremola el estandarte de la libertad en un estado gobernado despojado, debe hacerlo con la convicción de que aun cuando consiga su objeto, él se comorará indolentemente, en ese abismo constantemente abierto, que se ha tragado tantos héroes.

Los arabíes dormían, no habían muerto; el desenfreno del pueblo fué su toque de alarma, y reuniéndose, y echándose sobre los piagnoni, hicieron en ellos una horrenda carnicería. Al día siguiente rodearon el convento de los dominicos, pidiendo enfurecidos á Savonarola y á sus dos discípulos Buonavicina y Mareff, y cometiendo las tropelías y errores con que tanto les place á los partidarios coronar su triunfo. La

comunidad rodeó á su prelado, y juraba antes de ir que entregarlo en manos de turba tan impudica mas Savonarola inalterable, así en la prosperidad como en la desgracia, no veía en aquello sino el fin necesario de todo aquel que sueña hacer libre á un pueblo; y esto es al par que Bruno, el no busca no obstante la muerte en el suicidio, ni murmura contra la virtud. Consoló á sus hermanos, y eshortólos á que no desmayasen en aquella grande obra que el habla comenzado por inspiración del cielo.

— Hermanos míos, les dijo, os dejo en un mundo que corta la mano del que lo alimenta, y la lengua del que lo consuela. ¡Desmayaréis! No, hijos, hermanos míos, es un jardín cuya entrada está cercada de espinas, y el que quiera respirar el ambiente embalsamado que allí se respira, de pasar tiene por los dolores de su trabajo camino. — Y abriendo las puertas se entregó con sus dos discípulos en manos de sus enemigos, con la serenidad de un justo, y con una conciencia tan tranquila y pura, como el agua que dimana en una fuente de cristal.

El pueblo loaba ya su occidente; preciso era que así respaldiera con mas brillo, y el papa y los nobles mirasen con su triunfo, se apresuraban á la venganza. ¡Venganza! Al recorrer las páginas de la historia de nuestra raza y al ver en cada una de ellas grabada esa infernal palabra, no se diría que en vano Jesucristo dijo: *Dirigite inquit vestros*, y que en vano grabó el mismo en su Evangelio esa maldición sublime que contiene en sí sola toda su divina moral.

III

Un infante condecorado llevaba la *Vie Rosalita*, él en Florencia el 23 de Mayo de 1498, y mil escarmos, y mil milidones caían sobre tres hombres vestidos de blanco que entre diez y once alfilerías caminaban silenciosos, opacando á las bestias e injurias de una multitud desenfrenada, el aspecto grave y sereno de la virtud. ¡Quisnos eran estos hombres que así, con la sonrisa en los labios, la serenidad en la frente y cambrios con las insignias del último suplicio caminaban á la muerte! Apollós que pocos días antes había conducido, en triunfo por aquellos propias lugares, por donde ahora la fragorosa, impudica por la fatalidad, los arrestró á su hoguera; él que crisis de las almas, del que las suyas libros del poco rico terreno que les quedara, debían salir tan puros, como el alma de un niño, para ir á reposar en el seno de aquel que los engrandeciera con solo el soplo de su divino aliento.

Habían sido degradados por manos quizá mil veces más impuras que las suyas, y condenados á la hoguera por miembros corrompidos de aquellas sociedades á las que ellos pertenecían, y por cuya reforma tanto se habían; por ministros en

fin, de la venganza de Alejandro VI. ¡Mas cuál era su crimen! El haber clamado contra los abusos, el haber dado libertad á un pueblo, y el haberle pronosticado su felicidad! (1)

(1) Ocho días después de que los Ambrosios apoderaron de los tres reliquios, mandó el papa á Florencia al obispo Bonvicino, y á B. Mariano de Ghinza, para que juzgaran á Savonarola y á sus dos discípulos. Empeñáronse al principio en que no se confesasen sin ciertas cuantias falsas acusaciones de los herejes más, como no lo consiguieron, recurrieron al tormento. Buonavicina y Maruffi, de constitucion vigorosa y adalida, resistieron á aquella bárbara prueba; mas Savonarola, de constitucion colébric y nerviosa, y contra quien especialmente se dirigían las acusaciones, no pudiendo resistir los dolores del tormento, confesóse enano de lo que se exigía; pero apenas lo quitaron del pozo, según cuanto había confesado por fuerza, verificándose esto dos á tres veces, en que alternativamente la poñian á lo quitaban del tormento. Apresuráronse las fuerzas á agregar á la causa aquellas confesiones armadas por fuerza, en la que se le obligó á declarar, 1.º que sus profecías eran falsas; 2.º que él había predicado, habia sido por vulgaris *seris* *sermonibus* 3.º que él había predicado que la ciudad de Florencia era buena ciudad para establecer un príncipe; 4.º que para conseguir á un príncipe había predicado al pueblo lo contrario que se cumplió en Roma; 5.º que él quería que las reyes y príncipes conversasen con un confeso, para que éste desmintiera á aquellos profetas, y con el papa, para que si no lo hiciera el papa, desmintiera él mismo al papa; luego después de él. Así refieren este hecho muchos cronistas de la época, y los todos historiadores modernos. La opinión es, que el tormento lo forzó á confesar aquello de que después que salió de él se desdijo, y que la venganza del papa y de sus jueces, que eran sus enemigos personales, todo lo le condujo á la muerte. Esta parece ser también la de Pelicón das Cominos, cuando tituló el capítulo XIX de su *Crónica* en Carlos VIII, que ya ha citado, del siguiente modo: *Quisiam de Sani Ananice fratris Hieronymi fidei heres á Florentia, per eum qui hoc est nisi sit, fuit de quibus die quibus de pluribus contra Florentiam et Pontificem. El obispo Bonvicino era vengado.*

No opinan ciertamente así otros. Juan Nanciero, cronista alemán, refiere como confesó Savonarola lo que antes he referido más arriba, haber sido todo el efecto del tormento. Dice así, en el tomo segundo de su *Cronología de las genealogías: Pólen* *denum* *die* *decimo* *anno* *quarta* *senatus* *(Aprilis)* *tres* *senatus* *viris* *ignotis* *per* *ipsum* *procuratorem* *inter* *illos* *est* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *quibus* *die* *quibus* *assessores* *duos* *procuratores* *habuit* *procuratorem* *et* *quos* *procurator* *Christus* *Francisci* *et* *Bonavicina* *et* *Maruffi* *et* *qu*

Entre el bullicio y la algazara llegó aquel estúpido concurso para el cual los gritos de la agonía de un hombre, eran cantos de placer, á la plaza del palacio ducal, donde se había levantado otra vez infamemente y despidiendo por todas partes pavorosas llamas, aquella hoguera en que un mes antes esperaban ansiosos, ó ser testigos de un milagro, ó convencer á un hombre de impostura.

¡Hélo ahí, pueblo imbecil! averguézate de verlo alegre y regocijado, hoy que tu ingratitud debía fundirle su magnánimo corazón en lágrimas que pasando por sus ojos los secarían. ¿Que sea tu mayor tormento el ver que no puedes reír y burlarte de su debilidad, porque él, grande y esforzado como el adeta romano, sonríe en el momento en que la bestia feroz se le arroja para despedazarlo: lávalo en tus manos, arréjalo en la hoguera; y si débil allí sale de su boca un payric loco, y séciate con su agonía!

Un verdugo falaba: apareció entonces un hombre enmascarado, que dirigiéndose á donde estaban los sentenciados, se lanzó furioso sobre Savonarola; y dejando que los otros condujesen á Buonvicino y á Maruffi, se apoderó él de Savonarola, y levantándolo con la fuerza de un gladiador avezado á la lucha, corrió con él, lo arrojó en la hoguera, y se perdió luego entre la multitud.

A poco vióse á Ghinazzani disfrazado en la miserable ventana de una oscura y elevada buhardilla, contemplando atento aquella escena de horror.

Habiase apoderado ya la hoguera de su presa, y había comenzado ya entre los tres héroes la lucha tenaz entre el dolor físico y la fuerza moral; y aquellos labios que ya estaban próximos á lanzar el ¡ay! lastimero del dolor, al sentir el contacto de aquella llama que había devorado ávida la piel, se cerraban fuertemente, cuando la voz interior de su convencimiento les gritaba: "no os quejéis, sois inocentes." Savonarola especialmente había tenido que vencer la debilidad de su constitución, para aparecer mas tarde. El convencimiento de la inocencia había hogado, pues, el dolor físico, y aquellas tres desgraciadas víctimas, semejantes á los niños del horror de que nos habla Daniel, entonaban himnos á Dios, reprimiendo sus dolores, al son del ruido un al devorar la leña seca el fuego produce; y al mismo tiempo de los gritos de júbilo del pueblo que o curándose nunca de buscar un justo medio, empuja los extremos. ¡Horroroso sufrimiento! Ver uno mismo consumirse sus carnes

pastores, y mas cuando iban á jugar á un hombre que llamaba por su reforma; y mas aun, cuando no faltó quien afirmase que el segundo era á tal punto enemigo de Savonarola, que á mismo encendió la hoguera que consumió á éste.

y calcinarse sus huesos! ¡Desgraciada humanidad!

El espectáculo era terrible; y la muerte, mas humana que aquellos tigres, gimió apidándose de tanto padecer; y fué á cerrar con su mano fria los ya apagados ojos de aquellos tres infelices. Estos se incorporaron un poco ya casi esánimicos, y exclamando á una voz y con una débil sonrisa, dulce expresion de su confianza en Dios: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum; espiraron.*

La plaza quedó luego vacía, y solo una carejada de júbilo, y unas palmadas de aprobacion, se oyeron bajar de lo alto de una buhardilla.

Así murió aquel astro, que débil en su oriente y claro en su zenit, había despedido brillo tan vivo, aunque tan pasajero en su ocaso: veintitres de Mayo del año del Señor, mil cuatrocientos y noventa y cuatro.

Sus cenizas fueron arrojadas al Arno, que las llevaria sin duda al mar. ¡Digna tumba de tan grande hombre! Pasado el furor de los partidos, los Florentines conocieron su culpa, y honraron al hermano Gerónimo Savonarola; y hoy, tristes y abatidos, solo muestran, en el convento de S. Marcos, al viajero admirado de las maravillas de su ciudad, la humilde celda en que vivió.

México, Septiembre 21 de 1843.—RAMON L. AZCARÁZ.

LA PATRIA.

La patria es la madre común: la unidad en la cual se ingieren y confunden los individuos aislados: es el nombre sagrado que explica la fusión voluntaria de todos los intereses en uno solo, de todas las vidas en una vida, perpetuamente durable.

Es esta fusión, manantial fecundo de inagotables bienes, y principio de un continuo progreso, imposible sin ella; esta fusión, cuyo objeto es aumentar indefinidamente la fuerza de la cooperación, el poder del desarrollo, la seguridad y la prosperidad, cómo se operaría. Por el desprendimiento de cada uno por el bien de todos; por el sacrificio personal; por el amor, en fin, que ahogando el egoísmo, contribuye á la unión perfecta de los miembros del cuerpo social.—*L. — Meneses.*

(Traducido para el Museo.)

La pobreza es hija del pecado, cuyo germen está en cada hombre, y de la servidumbre, cuyo germen está en cada sociedad.—*L. M.*

El amor doceana en el fondo de las almas puras, como una gota de rocio en el cáliz de una flor.—*L. M.*

ESTUDIOS HISTORICOS.

27 DE SEPTIEMBRE DE 1821.



DIRECCION GENERAL DE ESTUDIOS HISTORICOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE ESTUDIOS HISTORICOS

I.

En los últimos días del mes de Septiembre de 1821, México, la más bella ciudad del Nuevo-Mundo, la capital del imperio de Anáhuac contrastaba con sus alrededores.

En su recinto se dejaba oír con toda su fuerza un roncó gemido de venganza; eran los terribles acenos del poder colonial acosado por todas partes; era la gria de la desesperación del absolutismo que presenta su próximo fin; pero que quería secular su postrimer aliento ahogado en su propia sangre á la *virgen del mundo*. Aquellos regimientos expedicionarios de Castro Ordoñez, Castilla, Murcia, Lobera, Barcelona, Zaragoza, y Saboya; y los negros y mulatos de Yermo, en los que estaba reconcentrado el odio á la independencia, caminaban acá y allá, para imponer y sofocar los conatos del espíritu público. Veáase formar y marchar esas masas compactas llenas de vigor y lealtad al león de España, á las órdenes de Novella, Lilián, Llanos, Bucelli, Concha y Arriajo, ensenigos implacables de los americanos. Esfuerzos inauditos se hacian para conservar la *integridad* de los Españoles; esfuerzos impulsados por la tenacidad castellana. A la vista de todo esto; al ver desfilar silenciosos á esos regimientos *en que cada soldado era un oprobio*; al leer en su semblante su mal comprimido resentimiento, pronto á caer sobre sus contrarias; al aspecto de su marcha insultante; mas aun al brillo de sus armas y de sus ricos uniformes, y al eco de sus cornetas y al de sus dorados tambores, que sostenía ó aumentaba la resignación que les sugería en amor propio ofendido y la fuerza de sus juramentos á sus gefes, á su patria, y á su rey, los habitantes de la capital temblaban y se hallaban sumergidos en la más dolorosa consternación.

II.

No así el campo en donde se hallaba situado el ejército trigarante, estrechando cada vez mas el sitio. La Piedad, la Ladrillera, el Peñol, Zacoalco, Villa de Guadalupe, haciendas de la Patera y Ahuehuetes, Atzenpotalco, Tacuba, los Morales y Tacubaya, comprenden una aerea de diez leguas; pues bien, en toda esa circunvala-

ción se oían las dianas al romper la aurora y los demas toques del ejército. De todos aquellos puntos, se veían las altas torres de la catedral, y á su aspecto renacia en cada soldado mexicano, una idea, un sentimiento que terminaban en el deseo de combatir y morir, colocando en esas poéticas torres el pabellon tricolor.

Con tan noble ambicion el campo era una escuela práctica de virtudes guerreras: las fatigas de una campaña tan corta, pero por lo mismo la mas esforzada y llena de penalidades, no se sentian, y antes escuchaban en cada combatiente el mas bien desarrollado entusiasmo que haya caracterizado al patriotismo.

Un gran número de personas habia concurrido de todas partes á presenciar tanta decision y á participar del júbilo que producía la espléndida escena del ejército sitiador.

El cuartel general era el centro de donde partian mill órdenes con que el genio de Iguala reformaba y criaba los diversos ramos de la guerra y administracion para todos los puntos del imperio. El alma ardiente de Iturbide impulsaba á la vez sentimientos, opiniones é intereses los mas contradictorios, *fundiéndolos* entre sí para producir un solo efecto, la INDEPENDENCIA. Acaso ningun hombre público jamas se ha visto en una posicion que fuese mas complicada; mas estensa; ni que necesitase de un tacto mas delicado para concebir y ejecutar, para prescribir y consumar grandes planes sin ningun sintoma de murmuración, llevando todas sus concepciones el sello nacional de la aprobacion pública. A la satisfaccion de ser en todo aplaudido, reunia la de ser secundado, y en el cuartel general de Tacubaya se veían multitud de gefes y personas notables por sus diversas posiciones, esperando que una boca se abriese para recibir una orden, y contar con orgullo el honor de cumplirla. Es un hombre que imprime sus ideas á miles de almas; es una voluntad á la que un gran número de voluntades se sujetan.

III.

Un dia (el 23) á causa de un despacho de cuartel general, el gefe de una division se hallaba á presencia del primer gefe del ejército en u-

ESTUDIOS HISTORICOS.

27 DE SEPTIEMBRE DE 1821.



DIRECCION GENERAL DE ESTUDIOS HISTORICOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE ESTUDIOS HISTORICOS

I.

En los últimos días del mes de Septiembre de 1821, México, la más bella ciudad del Nuevo-Mundo, la capital del imperio de Anáhuac contrastaba con sus alrededores.

En su recinto se dejaba oír con toda su fuerza un roncó gemido de venganza; eran los terribles acenos del poder colonial acosado por todas partes; era la gria de la desesperación del absolutismo que presenta su próximo fin; pero que quería secular su postrimer aliento ahogado en su propia sangre á la *virgen del mundo*. Aquellos regimientos expedicionarios de Castro Ordoñez, Castilla, Murcia, Lobera, Barcelona, Zaragoza, y Saboya; y los negros y mulatos de Yermo, en los que estaba reconcentrado el odio á la independencia, caminaban acá y allá, para imponer y sofocar los conatos del espíritu público. Véanse formar y marchar esas masas compactas llenas de vigor y lealtad al león de España, á las órdenes de Novella, Lilián, Llanos, Bucelli, Concha y Arriajo, ensenigos implacables de los americanos. Esfuerzos inauditos se hacian para conservar la *integridad* de los Españoles; esfuerzos impulsados por la tenacidad castellana. A la vista de todo esto; al ver desfilar silenciosos á esos regimientos *en que cada soldado era un oprobio*; al leer en su semblante su mal comprimido resentimiento, pronto á caer sobre sus contrarias; al aspecto de su marcha insultante; mas aun al brillo de sus armas y de sus ricos uniformes, y al eco de sus cornetas y al de sus dorados tambores, que sostenía ó aumentaba la resignación que les sugería en amor propio ofendido y la fuerza de sus juramentos á sus gefes, á su patria, y á su rey, los habitantes de la capital temblaban y se hallaban sumergidos en la más dolorosa consternación.

II.

No así el campo en donde se hallaba situado el ejército trigarante, estrechando cada vez mas el sitio. La Piedad, la Ladrillera, el Peñol, Zacoalco, Villa de Guadalupe, haciendas de la Patera y Ahuehuetes, Atzenpotalco, Tacuba, los Morales y Tacubaya, comprenden una aerea de diez leguas; pues bien, en toda esa circunvala-

ción se oían las dianas al romper la aurora y los demas toques del ejército. De todos aquellos puntos, se veían las altas torres de la catedral, y á su aspecto renacia en cada soldado mexicano, una idea, un sentimiento que terminaban en el deseo de combatir y morir, colocando en esas poéticas torres el pabellon tricolor.

Con tan noble ambicion el campo era una escuela práctica de virtudes guerreras: las fatigas de una campaña tan corta, pero por lo mismo la mas esforzada y llena de penalidades, no se sentian, y antes escuchaban en cada combatiente el mas bien desarrollado entusiasmo que haya caracterizado al patriotismo.

Un gran número de personas habia concurrido de todas partes á presenciar tanta decision y á participar del júbilo que producía la espléndida escena del ejército sitiador.

El cuartel general era el centro de donde partian mill órdenes con que el genio de Iguala reformaba y criaba los diversos ramos de la guerra y administracion para todos los puntos del imperio. El alma ardiente de Iturbide impulsaba á la vez sentimientos, opiniones é intereses los mas contradictorios, *fundiéndolos* entre sí para producir un solo efecto, la INDEPENDENCIA. Acaso ningun hombre público jamas se ha visto en una posicion que fuese mas complicada; mas estensa; ni que necesitase de un tacto mas delicado para concebir y ejecutar, para prescribir y consumar grandes planes sin ningun sintoma de murmuración, llevando todas sus concepciones el sello nacional de la aprobacion pública. A la satisfaccion de ser en todo aplaudido, reunia la de ser secundado, y en el cuartel general de Tacubaya se veían multitud de gefes y personas notables por sus diversas posiciones, esperando que una boca se abriese para recibir una orden, y contar con orgullo el honor de cumplirla. Es un hombre que imprime sus ideas á miles de almas; es una voluntad á la que un gran número de voluntades se sujetan.

III.

Un dia (el 23) á causa de un despacho de cuartel general, el gefe de una division se hallaba á presencia del primer gefe del ejército en u-

na pieza del palacio Arzobispal de Tacubaya, que acababa de ser disocupada por otras personas, según el desorden en que habían quedado diversos asientos al derredor de una mesa. Turbide estaba en pie, dando la espalda á esta, y teniendo en las manos un papel que acababa de escribir; se notaba en su semblante la agitación que produce la larga discusión de los arduos negocios y las disposiciones dadas sin intermisión: luego se dirigió al jefe que acababa de llegar y le dijo:—Y bien, amigo Filisola, ¿cómo se halla la 13ª división?

—En el más brillante estado, señor.

—Y los gefes y oficiales?

—Animados del mejor espíritu.

—Y la tropa?

—Llena de entusiasmo y disciplina.

—Bueno, amigo; no podía esperarse otra cosa de los vencedores de la Huerta. En prueba de mi distinción á la 13ª, le cedo el honor de que ocupen mañana á su cabeza la capital del imperio; recomiendo á vuestra prudencia esa ciudad y á sus habitantes: que no se escuche ninguna voz ofensiva; que se respeten las opiniones y las propiedades; y que los soldados del ejército no desmientan con su ejemplo, ni su heroísmo, ni los principios que han proclamado.

— Señor, la 13ª división y su jefe, sabrán corresponder á la confianza de la patria y de V. E.; sus órdenes serán cumplidas leal y honrosamente.

Se despidieron ambos gefes, satisfechos uno del otro, y Filisola pasó á ejecutar las disposiciones que se le habían encomendado.

IV.

En la tarde del día 21, casi á la misma hora de la procesion de la Merced, se advirtió una universal conmoción por el rumbo de este templo. Se oyeron en seguida las fuertes exclamaciones de: "los independentes."

A poco se presentó la florida division del héroe de la Huerta, de tan poderosos recuerdos. Todos los cuerpos que allí se hallaban batido, venian marchando en medio de la armonía de sus músicas, y de las vivas á la independencia. Entre la brillantía de la division venian dos piezas conquistadas en aquella reñida accion.

Grande era el pavor que animaba á cada uno de los habitantes de México; pero podría decirse que no era completa. Filisola ven á Turbide y á todo el ejército para que se acabasen de borrar las improntas que habian hecho los frecuentes juramentos del obsecado especionario al partir fuera de la capital.

Un dia despues, se oyó un toque en todo el campo independiente, que indicaba una orden para el ejército. Era la orden general del estado mayor que se pasó á las divisiones: hé aquí tal cual se dictó.

"Estado mayor del ejército.—Orden general del 25 al 26 de Septiembre de 1821 (*).—El jueves 27 del corriente deberá entrar á la capital el ejército imperial, llevando la vanguardia la division del centro al mando del segundo, el señor coronel D. Anastasio Bustamante, con su correspondiente artillería, formando á su vanguardia una compañía de cazadores formada en guerrilla; á ésta, las piezas de artillería con su parque; luego toda la columna de infantería, dividida por majadas ó frentes iguales; seguirá la caballería con su frente proporcionado al que deban ocupar en las calles; este ejército formará su cabeza apoyándola por el camino que llaman de la Verónica, ó la puerta del fuerte de Chapultepec, y deberá estar en su formacion y en punto de las siete de la mañana.

A esta division seguirá la de retaguardia en los mismos términos y orden de formacion, apoyando su derecha á la izquierda de la que precede, tomando parte del camino de los Hospicios que se dirige hacia Tacuba.

Seguirá, á la izquierda de esta division, la de vanguardia, ocupando el terreno que necesite hasta Tacuba, en el de Atzacapotzalco, para no retardar el movimiento general en todo el ejército. El señor jefe de la vanguardia procurará dar sus órdenes y emprender su marcha con la anticipacion que sea necesaria.

Las tropas de este cuartel general emprenderán su marcha á las cinco de la mañana, con el objeto de ir á ocupar sus puestos en las respectivas divisiones á que pertenecen en la línea que á cada una le está señalada.

La tropa del mando del señor coronel Filisola saldrá de México antes del amanecer, dejando en dicha capital solo la fuerza muy precisa con los rancheros, y pasará á ocupar el puesto que la compete en la division á que pertenece.

Las cargas de los batallones y escuadrones, con los equipajes de los señores oficiales, quedarán al cargo de un oficial con una pequeña escolta á retaguardia del todo del ejército, y no entrarán por pretesto alguno, ninguna en la ciudad, hasta tanto se avise, que siempre será una hora despues de haber entrado el ejército; para lo cual se detendrán sin distincion, todas, en la garita de Belen, nunca por donde se permite la entrada.

Desde que empiecen á marchar las columnas, irán todos los señores oficiales de infantería pie á tierra, y solo podrán ir á caballo los señores gefes y ayudantes, para lo cual dispondrán que los caballos de los que deben ir á pie se queden con las cargas.

(*) Este documento lo debió á la amabilidad del modesto coronel D. Manuel Reyes Vermedo, uno de los amigos más sinceros de la victima Isurre de Pailla.

Los ayudantes del estado mayor, destinados en las divisiones, irán al lado de los señores gefes que las manden, como igualmente los ayudantes de orden de dichos gefes, y todos estos irán á caballo.

El estado mayor general irá al lado del señor primer jefe, para cuando se le ofrezca mandar.

El señor primer jefe encarga muy particularmente á los señores gefes de los ejercicios, y á los de los respectivos cuerpos que lo componen, procuren que la tropa se presente con el mayor asco que sea posible, atendidas las circunstancias de falta de vestuario; con el armamento y corraje en el mejor estado de asco; y por último, encarga el mayor silencio y moderacion, tanto en la marcha el día de la entrada, como tambien en los subsecuentes de la permanencia en la capital, haciendo que todos los individuos que componen el ejército trigarante, guarden la mejor armonía con los habitantes, dando con eso más pruebas de su disciplina, subordinacion y buen comportamiento.

Los cuarteles serán señalados por el jefe del estado mayor, para lo cual acudirán los ayudantes de éste, destinados á los ejércitos, por las respectivas boletas de alojamiento.

Para no molestar á las otras tropas disantes, se mantendrán en sus puestos, excepto las señaladas en esta orden, las que deberán marchar como está indicado.—Cuartel general en Tacubaya, Septiembre 25 de 1821.—*Malchor Alvarez*, jefe del estado mayor."

Aun antes de romper el día 27 ya se escuchaban los toques de marcha en todo el campo, para ocupar sus respectivos puestos las divisiones. Pasémos la vista por las secciones que las formaban: véamos, pues, esos cuerpos que pertenecian á ese ejército tan eminentemente nacional, y detengámonos un momento en contemplarlos. Todavía habrá valientes que al recorrer este glorioso registro, digan con orgullo: "yo era de ese regimiento; yo perteneci á ese ejército."

Veá, pues, el ejército segun un documento inédito y conservado por un ayudante del señor Turbide (*).

INFANTERIA.

1ª Seccion.

Cuerpos	Hombrs.	Total.
Regimiento de la Corona.....	353	
Idem de Celaya.....	490	
Granderos imperiales, columna.....	258	1.101.
2ª		
Tres Villas.....	368	
Guadalupe.....	134	
Santo Domingo.....	162	664.
Al frente.....		1.765

(*) El Sr. coronel D. José María Aréchaga.

Del frente.....	1.705
3ª	
Cazadores de S. Luis.....	47
Regimiento de Fernando VII.....	382
Ligero del Imperio.....	153
4ª	
Ligero de Querétaro.....	318
Segundo de la Libertad.....	196
5ª	
Batallon de S. Fernando.....	239
Ligero de Morelos.....	139
Segundo de la Union.....	170
Primero de la Libertad.....	455
6ª	
Fijo de Puebla.....	265
Cazadores de la Patria.....	62
Comercio de Puebla.....	157
Tlaxcala.....	54
7ª	
Batallon de la Lealtad, Tlaxcala y Huachinango.....	205
Guajuato.....	81
Zacualtipam.....	94
8ª	
Comercio de México.....	339
Batallon primero Americano.....	359
9ª	
Regimiento fijo de México.....	516
10ª	
Constantia.....	100
Valladolid.....	95
Batallon Mixto.....	209
11ª	
Primero de la Union.....	329
Segundo de México.....	370
12ª	
Infantería del padre Izquierdo.....	500
ARTILLERIA.	
65 piezas de todos calibres, con 783 artilleros.....	703.
CABALLERIA.	
1ª	
Escuela del Sr. Turbide, al mando del señor coronel D. Epitacio Sanchez.....	300.
2ª	
Dragones de México.....	305
Caballería del Sr. Chárri.....	186
Dragones de Santander.....	190
3ª	
Fuertes del Potosi.....	300
Dragones del rey.....	169
Sierra-gorda.....	155
4ª	
San Carlos.....	310
Provinciales de México.....	89
A la vuelta.....	10.164.

De la vuelta.....	10.164.
52	
Dragones de Valladolid.....	448
Moncada.....	240
63	
Regimiento de Toluca.....	250
Caballería del padre Izquierdo.....	300
72	
Regimiento de Querétaro.....	283
Idem del Príncipe.....	241
82	
Dragones de Puebla.....	119
Idem de Tulancingo.....	324
83	
Idem de Puebla.....	132
92	
Dragones de la Libertad.....	400.
104	
Dragones de Atlixco.....	83
De la Unión.....	380
Voluntarios del Valle.....	130
Voluntarios nacionales.....	247
114	
Dragones de América.....	150
Idem de Guanajuato.....	363
Idem de la Sierra de Id.	37
122	
Dragones de San Miguel.....	120
Chilpancingo.....	124
Del Sur.....	92
132	
Dragones de los Campeones.....	168
Santa Rita.....	130
Compañías del Sur.....	60
Escuela del general Guerrero.....	146
142	
Flanqueadores.....	87
Compañías de Monte alto, Tehuacan y Temascaltepec.....	180
152	
Dragones de Atzacotalco.....	200
Idem de Xilotepec.....	114
162	
Dragones de S. Luis.....	500.
Total.....	10.134.

V.

Antes de emprender la marcha el ejército, Irburde estaba pensativo, como si dudase de lo que su tenacidad había emprendido, y su prudencia realizaba, obligando á escribir á la historia en sus anales, una página que comprendía una campaña de siete meses, tan fecunda de heroicidad, y tan grande como el valor con que la abrió. . . . Fijados sus ojos en la hermosa ciudad á donde se dirigía, decía á su estado mayor: —Compañeros: allí el orgullo nacional quedará satisfecho: aquellos muros encierran todo nuestro porvenir: allí una gloria inmortal nos aguarda: ella nos pasará á la posteridad para vivir

en sus recuerdos. Marchemos á merecerlo." Aplausos repetidos acogieron estas mágicas palabras.

Desde muy temprano se agitaba y conmovía toda la población de México, y la de los pueblos inmediatos que se dirigían hácia la granja de Belen, por donde el ejército debería hacer su entrada: lo más selecto de la población estaba en las casas y balcones de las calles de la Ahumada, S. Francisco y Plateros, y el pueblo iba y venía, animado por los sentimientos más nobles.

Un arco de triunfo estaba preparado por donde deberían pasar el ejército y su jefe. A los diez de la mañana creció más la conmoción universal: todo el mundo estaba en expectativa. Reinaba ya una indefinible alegría; pero llena de agitación: la impaciencia en unos, la exaltación en los otros, producía aquella confusión que nace en escenas meramente nuevas.

El murmullo de la multitud anuncia que se acerca el ejército: avanza en medio de las aclamaciones universales: el júbilo se pinta en todos los concurrentes, y se oyen los vivas prolongados y repetidos á la independencia, al ejército y á su jefe: vivas cuyos ecos se pierden entre el sonido belicoso de las músicas de los regimientos que llegan, entre el estruendo de la artillería y entre el estrépito de mil campanas. Cinco batallones abrían la marcha: en seguida aparece un grupo de oficiales superiores. Desde luego se percibe sobre un fogoso caballo prieto, adornado de una soberbia montura, al primer jefe: su apostura galana, su espaciosa frente en la que apenas caían unos rubios cabellos; sus miradas fieras y penetrantes; lanzadas con unos ojos centellantes y expresivos, poseyendo el secreto de captivar á la primera vista; su sonrisa á veces apacible, á veces dulce y melancólica, indicaba que era el genio de Iguala: bota fuerte, fraz verde, sombrero montado con tres plumas y cuerdas tricolor: una banda con los colores que flameaban en las banderas de sus legiones, atravesada del hombro á su cintura, de la que pendía una lujosa espada (*), eran el traje y atavío militar con que se presentó á la cabeza del ejército.

Á la vista de este hombre de tanto prestigio, todo fué un torrente de emociones: los más dulces sentimientos escuchados por él, inundaban á todos los corazones. Los hechos recientes en que los prodigios se multiplicaron á su voz, hicieron olvidar y borrar de la memoria una época pasada y luctuosa. . . . Mas ahora está rodeado de amor y decisión, de lealtad y entusiasmo, y un solo pensamiento ocupa á todas las imaginaciones de los que lo siguen y lo ven. Sus ayes

(*) Una persona apreciable por sus virtudes y patriotismo, le hizo el obsequio de la banda, espada, sombrero y cascacas, que estaba firmada de empuñadura, rubias y brillantes.

dantes y el estado mayor, cuyo digno jefe era el brigadier D. Melchor Alvarez, vienen después; luego aparece con toda su gallardía el bravo Epitacio Sanchez, uno de los vencedores en Arroyo-Hondo, mandando la escolta del primer jefe, en la que no se alista nadie sino después de haber hecho notables prodigios de valor.

Tiene el honor de marchar como primer cuerpo del ejército la columna de granaderos, viniendo á su frente el coronel D. José Joaquín de Herrera, cuya memoria está unida á la sangrienta victoria de Tepenca, ganada sobre el terrible coronel Hevia. Sigúele el denodado coronel D. Anastasio Bustamante con su división, trayendo un laurel y una gasa funebre: el primero por la victoria de Atzacotalco, y el segundo por la meritoria de Encarnación Ortiz, modelo de valor y patriotismo, á quien estas palabras se tributaron por su jefe con los honores de héroe, y el que pasase revista de presente. Desfilaba en seguida la división del indomable y resuelto general Guerrero, de la que algunos soldados habían vitoreado con Morelos ó con Galeana, con Matamoros ó Pedro Asensio, viniendo á ser mas esforzados bajo las órdenes de su nuevo general, con el que habían asombrado al Sur por mas de una vez. Es, pues, esta la división con que Irburde afirmó su empresa, proclamando á los oídos del ejército la independencia mexicana. Sucedían las divisiones del declinado coronel D. Luis Cortazar, la del modesto y no menos valiente coronel D. Miguel Barragan, la del impasible y magnánimo coronel D. Nicolás Bravo, también vencedor en Tepenca y Puebla, siendo el comandante de su artillería el antiguo general insurgente, D. Manuel de Mier y Terán; la del fiel y desinteresado coronel D. Rafael Ramiro, apoyado constante de las esperanzas nacionales, en una época incierta y en que se juzgaba que todo se había aventurado; las de los coroneles D. Joaquín Parra y D. Pedro Zarzosa, con los regimientos de Fieles del Potosí y dragones de San Luis, honor de la caballería mexicana; la bien conceptuada del honrado coronel Filisola; y por último, entraba en formación la del coronel Chávarri, vencedora de Bracho y S. Julian, luciendo en todas á competencia el aire marcial y la fletica militar, trayendo á la memoria un hecho en que cada regimiento había sobrepujado las esperanzas de sus jefes.

Pues bien, todos estos hombres estaban dispuestos á derramar la última gota de su sangre, cuando el jefe que los reunía é inspiraba lo hubiese querido, porque aquella época era la de los sacrificios, y porque el pundonor de ese tiempo se complacía en solicitarlos ó admitirlos.

No había facciones que luchasen entre sí para ofuscar y degradar un triunfo tan espléndidamente adquirido. Con este espíritu absolutamente patriótico, se abrieron á Irburde y á su ejército las puertas de México, presentando el espectáculo menos brillante si se quiere; pero mas nacional y sublime que la entrada de Bonaparte á Milan, Roma, Alejandría y el Cairo, y de Napoleón á Berlín, Dresde, Viena, Madrid y Moscow, porque no había una sola opinión que contrariase, ni una lagrima derramada de luto que lo entristeciese.

VI.

En frente del convento de San Francisco se detiene el ejército: es porqu Irburde estaba pie á tierra para recibir el ayuntamiento, que viene á su encuentro.

—“Señor, le dice el primer alcalde, el ayuntamiento de la capital del Imperio mexicano, por mi conducto, tributa los homenajes de admiración y gratitud al magnánimo caudillo que en el pueblo de Iguala proclamó segunda vez la independencia de la patria, y que al fin de siete meses ha consumado con tanta gloria. El desgraciado pueblo que por trescientos años gemió en el dolor y en el infierno, hoy se osculta de júbilo y amor hacia su libertador. El ayuntamiento á su nombre os presenta esta llave (*) de la ciudad, que ninguno mejor que vos deberá depositar.”

—“Dedid al pueblo, señor, respondió Irburde, que nada he hecho que no fuera un deber mio, pues que su felicidad, objeto constante de mis acciones, ha sido una obligación procurarla: que le estoy reconocido por su distinción, lo mismo que á la ilustre corporación que presidis, y en la que debe quedar dignamente esa llave que me presentáis.”

Como le impidiese una pierna, que tenía enferma, continuar á pie, montó á caballo y aguión hasta el palacio: en la travesía se repiieron con mayor esfuerzo los vivas y aplausos del inmenso pueblo que lo seguía, y de todos los habitantes cuyas simpatías eran tan pronunciadas á su favor: en la plaza se explicaron más ardientemente esas simpatías, y se advirtió luego que los acentos que se elevaban hasta los cielos, eran de hombres libres. Por la primera vez en esa plaza, al frente de ese palacio colonial y contemporáneo de infusitos acontecimientos, á la vista de esa majestuosa catedral, y cuando reinaba un sol puro y sin que una nube debilitase sus rayos, se oían las voces sagradas de libertad, por tanto tiempo comprimidas. Los muros y edificios parecía que participaban de esta alegría tierna, vehementemente palpitante.

El palacio retembó cuando Irburde pisó sus umbrales: aquellos corredores y salones en que

(*) Era una hermosa llave de oro, puesta en una fuente de plata que tenían cuatro naceros, y el alcalde lo era el Sr. general D. Ignacio Ormaechea.

se había promovido su destrucción y votado su muerte, místicos y silenciosos poco ha, ahora á su vista, con su voz sonora y eléctrica, parecen animarse. El generoso O'Donoghé (cuya memoria la mas estúpida ingratitud ha condensado al olvido) lo esperaba para recibirle. Despues en el balcón principal ambos vieron desfilar el ejército trigarante. A su aspecto ¿qué de recuerdos! ¿qué de sensaciones no experimentaba! ¡Irbidid! ¡Cuántas esperanzas satisfechas! ¡Cuántas combinaciones realizadas! ¡A ocho millones de hombres y á sus generaciones borrarles de la frente la ignominia, inscribiendo la dignidad y la gloria!....

VII.

La gigantesca empresa de Iguala, acometida por la mas sublime inspiración, combinada con la mas profunda prudencia, y sostenida por la mas ardiente impetuosidad, ESTA CONSUMADA. Su autor ha ganado en la historia, los envidiables títulos de sagaz diplomático y profundo político, de soldado arrojado, y de héroe general. Ha llegado al apogeo de una gloria que la humanidad ha aplaudido: la fama dió á conocer al mundo.

Resonarán, por siempre en la posteridad las elocuentes palabras que un corazón comprimido de gozo y patriotismo le dió en aquel memorable día.—Oid (*).

“Mexicanos! decía, ya estais en el caso de saludar á la patria independiente, como os anuncié en Iguala; ya recorrí el espacio que hay desde la esclavitud á la libertad. Ya me veis en la capital del imperio mas opulento, sin dejar atras arroyos de sangre ni campos tñados, ni viudas desconsoladas, ni desgraciados hijos que llenen de execración al asesino de sus padres; por el contrario, recorridas quedan las principales provincias de este reino, y todas uniformadas en la celebridad, han dirigido al ejército trigarante vivas espresivos, y al cielo votos de gratitud. Estas demostraciones daban á mi alma un placer inefable, y compensaban con demasía los afanes, las privaciones, y la demudez de los soldados; siempre alegres, constantes, y valientes. Ya sabeis el modo de ser libres; á vosotros toca señalar el de ser felices.”

Los frutos de tan grande revolución y una gloria tan incomparable, no fueron bastantes para conceder una garantía, en Padilla, al hombre que en Iguala hizo flamear en la purísima atmósfera de México el mas hermoso pabellon que se ha enarbolado en los aires, y emblema de tres garantías, preciosas para la especie humana.—La religion, la independencia, y la union.

Qué ha sido de ese ejército tan valiente, tan florido, y tan virtuoso!....

(*) Cuadro histórico del Sr. Lic. Bustamante.

¿Qué ha sido del jefe que lo condujo tantas veces á la victoria?

Un recuerdo en nuestros tristes anales, y una página sangrienta en Padilla, esto es lo único que ha quedado de tanta pompa, de tanto esplendor, de tanta magestad!....

Septiembre de 1813.—D. REVILLA.

DESARROGO.

Al mar corren los cristales
Que lleva el humilde río;
La lágrima del rocío
Encuentra amparo en la flor.

En la arena se adormecen
Las olas del mar profundo;
Pero á mi nadie en el mundo
Me acompaña en mi dolor.

De la planta la semilla
Que arrancó el viento enemigo,
En la tierra tuvo abrigo,
Y tornóse linda flor.

El llanto que á mi me arranca
Las mas tenaz desventura,
Ni halla piedad, ni ternura,
Porque es llanto de dolor.

El cenizillo solitario,
En medio á la selva umbría,
Vierte su dulce armonía
En sus éxtasis de amor.

Y hay en el bosque un murmullo
Que á la voz le presta encanto,
Porque no es como mi canto,
Un gemido de dolor.

Tranquilo ha mirado el mundo
Mi duelo atroz y mi pena,
Cual sonríe que entre arena
Pudre infecunda el calor.

Y el corazón llora sangre
Cuando revuelvo mi historia,
Y en mi interior mi memoria
Gime de intenso dolor.

Mi llanto cayó en la lira,
Sus cuerdas se estremecieron;
Sordas al temblar gimieron,
Y me causaron pavor.

¡Ah! nadie sepa mi pena;
Quédate, adios, harpa rota.
Mientras mudo, gota á gota
Bebo el cáliz del dolor.

GUILLERMO PRIETO.

PANORAMA DE MEXICO.

EL PASEO DEL RIO EN MORELIA.

La campaña de Morelia es una de las mas hermosas que tienen nuestras ciudades. La naturaleza, bella en sus obras mas pequeñas, ostenta allí toda su magnificencia; y parece que Dios, cuando extendiendo su mano sobre el caos, hizo brotar de su seno millares de mundos, miró con una sonrisa apacible aquella tierra de bendición. Temperaturas agradables, ciclo purísimo, árboles gigantes, flores de hermosos matices, y fragancia suavísima; una le faltó á la cuna de Morelos, para ser la morada venturosa que el Homero inglés cantó con acento tan sublime!

Hacia el Norte de la ciudad se encuentra el paseo llamado del Rio, por limitarlo uno conocido por el Rio-grande, ó de las Lecturas, y por haber numerosos sembrados de esta planta. Es cuando colocado este paseo en un nivel muy bajo respecto del de la ciudad, situámonos para describirlo, en la cima de la pendiente que se forma para llegar á él, desde el convento de los carmelitas. Desde allí se descubre de una parte los plantados cañales que de chicharos, y los multiplicados sauces que los riegan, y de otra el rio coronado de sauces que le forman un follaje, y van señalando el curso que sigue en una estension dilatada. A la izquierda del espectador está la capilla de la Virgen de los Urdiales, capilla ruinoso cuyas paredes desmoronadas solo ofrecen asilo á la viudeta golondrina, y en cuya torre ha enmudecido la campana que convocaba á las solemnidades religiosas. Es inapreciable el efecto que produce en el indio aquella hermosa alameda, que con su humilde cementerio cercado de malezas, amargueda y musgos, provoca en el que la contempla ese sentimiento apaciblemente triste, la dulce melancolía de los recuerdos.

A la derecha se ve el puente de Santiago, y la calzada del mismo nombre; y á un lado de ésta un campo que inundado por las lluvias la mayor parte del año, forma una lagunilla poblada de aves y de plantas acuáticas. Multitud de castaños con techos de paja, y con entrales cercados con estacas, para encerrar ovejas ó bueyes, completan aquel cuadro tan campestre, tan sencillo, y tan singularmente hermoso. Si extendemos ahora la vista hasta que se pierda en el horizonte, cobrará nuevo realce la encantadora perspectiva. Una cordillera no interrumpida de mon-

tañas azuladas que aparece en el fondo, y lomas vestidas de verdura que hacen graciosas ondulaciones, y se pierden al Nordeste, forman un anfiteatro el mas bello que pudiera imaginarse. La hacienda de Quincé, el pueblito de Santiago, el molino de Santa Catalina y la trox de Atapano, salpican con otras tantas bellezas, el cuadro que contempla estasiado el espectador.

En la cuarentena es cuando buscan allí el solaz los habitantes de la ciudad. Multitud de gentes de todas edades y condiciones, van á gozar de la frescura de la tarde, sentándose á la sombra de los sauces del rio, ó discurriendo por la estension del paseo; mientras una turba alegre de niños vuela sus cometas ó *papelotes* con gózosa algazara. ¡Qué espectáculo tan animado, tan hermoso, ofrecen entonces tantas personas que con el contento retratado en el semblante, y con todos sus sentidos abiertos al placer mas puro, gustan las plácidas delicias del campo, y se dejan mecer blandemente por la naturaleza, en una cuna de flores! Pero cuando ya el sol se ha sumergido en el horizonte, y no alumbra á la tierra mas que un débil crepúsculo, puede el poeta amante de la meditación, encontrar allí una fuente inagotable de esas inspiraciones puras, que Dios manda con larga mano á sus hijos predilectos, en esa hora misteriosa en que se complace, haciendo gala de las maravillas de la creación. El pájaro pescador que pasa rozando apenas la superficie de las aguas, y va á buscar al saiz su asilo nocturno: las bandadas de ánades que cruzan por el cielo formando figuras simétricas; mil luciferas que brillan y se operan instantáneamente; nubes que cubren con un losel de oro aquellos prados de esmeralda; el arroyo que revuela en torno de la capilla arruinada; el balido de la oveja en el redil; el eco lejano del labrador que con canto sencillo dirige su oración de la tarde al Dios de sus padres.... Pero ¡quien puede describir lo que solo el Poeta Rey seria capaz de comprender! Contentémonos, pues, con este bosquejo, que aunque débil, es un corto tributo de admiración que pago á mi hermosa patria.

En alguno de los números siguientes procuraremos hacer una relacion menuda, de los establecimientos literarios de aquella ciudad.—J. N. Navarro.

LEYENDA.

EL MONTE DE SAN MIGUEL.

Sin contradicción, el Monte de San Miguel es uno de los más curiosos monumentos de Francia. Colocado en medio de una playa inmensa, sobre la cima de una roca entre el cielo y la tierra, asombra al primer aspecto.

A las profundas impresiones que se sienten á la vista de una naturaleza serena, y los pensamientos que nacen de la presencia de estos atrevidos trabajos del hombre, la historia viene á mezclar sus recuerdos llenos de drama y poesía.

El Monte de San Miguel fué primeramente habitado por un colegio de Druidas, y en el siglo V poblado por los Cenobitas. Durante el reinado de Childberto II, San Auberto construyó una pequeña capilla á lado de la cual hizo un número considerable de celdas, donde la fe naciente encontraba un asilo en esos días azarosos. Destruída la capilla á fin del siglo X, fué reedificada por Ricardo I, duque de Normandía, que estableció allí á los religiosos del orden de S. Benito.

El Monte de San Miguel era á la vez un monasterio y una fortaleza. Fué sitiado frecuentemente, y tomado, y vuelto á recobrar durante las guerras de la edad media. En un período de cien años fué quemado ó derribado tres veces por el fuego del cielo; pero estas ruinas desastrosas no desanimaban nunca á sus piadosos habitantes: después de cada terremoto, después de cada incendio, el monumento se levantaba más hermoso, más brillante que nunca. De estas multiplicadas reconstrucciones resultó una gran confusión de estilos, que desconciertan algn tanto al arqueólogo; pero que en sustancia no presentan más derogante que algunas adiciones modernas, como la de la fachada, mitad griega y mitad romana, adherida indirectamente á la nave ogival de la capilla.

Luis XI, á la vuelta de una peregrinación que hizo en 1469, fundó el orden de San Miguel. La divisa latina (*) que dió á los caballeros, lleva el sello de las impresiones y sentimientos profundos que despertó en el corazón del rey el triste aspecto de este monasterio, espuesto al embate de todos los vientos. No debía ser en el principio este orden más que de treinta y seis miembros, los cuales llevaban un collar de oro, formado de conchitas entrelazadas con un doble

(*) Inimicus tremor Oceani.

lazo, y colocadas sobre una cadena de oro, de donde pendía un rico medallón representando al arcángel abatiendo al diablo. En los días de ceremonia, los caballeros llevaban además unas capas de damasco blanco, forradas de armiño, bordadas de oro, y recamadas de conchitas y lazos, y se cubrían la cabeza con un sombrero de terciopelo carmesí. El capítulo debía reunirse todos los años, el día 29 de Septiembre, en el Monte de San Miguel, en la sala llamada de los caballeros; pero después la sala de los franciscanos en París, fué señalada para estas reuniones: esta orden, en la cual eran admitidos los extranjeros, no tardó en decaer, y casi desapareció bajo Enrique III, que hizo una tentativa para establecer el orden del Espíritu Santo, y Luis XIV queriendo reformarla hizo desaparecer hasta las huellas de la primitiva institución, porque las insignias de la nueva orden no consistían más que en una cruz colgada de un listón negro.

No solamente en nuestros días se ha pensado en el Monte de San Miguel, para hacer una prisión política. Se muestra todavía en los subterráneos el lugar donde el cardenal La Balue fué encerrado en una jaula de fierro. Francisco I, Luis XVI y Luis XV, encarcelaron, el primero, á un síndico de la Sorbona; el segundo á un periodista de Frankfurt, y el tercero á un poeta imprudente que lo había atacado por medio de algunas epigramas á la revolución, sobre todo, estaba reservado el emplear dignamente esta prisión. El terror aglomeró víctimas sobre víctimas, y llegaron á reunirse hasta trescientos sacerdotes, entre los que se contaba un obispo constitucional.

Pero nuestra intención no es, pues, referir la historia del Monte de San Miguel, porque para esto se necesitaría escribir volúmenes. Esta célebre fortaleza ha representado un papel importante en las guerras de la liga, y en la dilatada tan desastrosa para la Francia, y terminada gloriosamente por la intervención de la Virgen, inspirada de Vaucluse. Lo que queremos referir, pues, no es la historia, sino una leyenda cuyo recuerdo se conserva en el país.

Por el año 1323, el conde de Escala sitiaba el Monte de San Miguel, defendido por Sir Roberto de Estouville, y un puñado de caballeros bretones y normandos. La plaza, atacada ríamente, fué defendida con valor y el sitio duró

tres años. Este tiempo debió parecer muy largo á todo el mundo; pero sobre todo á un joven caballero normando llamado Roberto de Beauvoir, que la víspera de su casamiento había dejado á su hermosa desposada para volar al puesto donde lo reclamaban el honor y el deber de caballero. Durante las lentas y ociosas horas del sitio, se sentaba frecuentemente en una de estas ventanas ogivas que se ven todavía en la fachada de la abadía, y desde allí, salvando la distancia con el pensamiento, se contemplaba en las tortuosas ziberas de la Vira; y en frente del antiguo castillo de Avenel, donde habitaba Guillemina, su futura esposa. Una noche que se entregaba así á sus ensueños de dicha, un mensajero que había logrado cruzar por las avanzadas enemigas, vino á hablarle. Era un servidor de la casa de Avenel, que traía al caballero funestas y tristes noticias. Dijo que Burket, uno de los capitanes del ejército inglés, había pedido la mano de su desposada; y habiendo recibido una respuesta negativa, lejos de desanimarse recurrió á un medio indiano y reprobado. Como el ejército inglés ocupaba las llanuras, Burket amenazó á la dama de Avenel, asegurándole que incendiaría el país y haría pasar el arado sobre los cimientos del castillo de Avenel, si no se le concedía la mano de su hija. Tuvo, pues, miedo porque estaba sola y su hijo, y declaró á su hija que era necesario resolverse á este sacrificio. Guillemina lloró; pero no resistió á la orden de su madre, y solo se limitó á enviar un fiel servidor á su amigo Roberto, para asegurarle que no obedecía sino por una cruel necesidad.

Al escuchar esta noticia, se apoderó un gran furor del caballero normando, y envió un mensaje á Burket, echándole en cara su conducta desleal y feroz, para provocarlo así á un combate á muerte. Burket por toda contestación aporósu su casamiento, y al día siguiente el altar estaba adornado con hermosos ornamentos para la benedición nupcial de los esposos. Cuando el sacerdote que debía sellar estos lazos formados por la violencia, dirigiéndose á la joven le preguntó si aceptaba á Burket por esposo, y si juraba ante Dios tenerle amor y fidelidad, se vió á la mochaella vacilar y ponerse pálida.

—¿Temblas, Guillemina? le dijo el esposo.—No, respondió la fiel amiga de Roberto, no me muero.

La mañana siguiente había una tumba más en el panteón del castillo de Avenel.

Roberto de Beauvoir lloró amargamente la muerte de su desposada, y prometió tomar venganza como leal caballero. Entrenaba los ingleses que habían fabricado dos celeberrimas inmensas, consolidadas con clinchos de fierro, resolvían dar un asalto general, pues querían hacerse dueños de un sitio tan ardentemente co-

diciado. Los sitiados no los esperaron detrás de las murallas: eran menos que uno contra veinte; pero peleaban por su hogar doméstico, y por otra parte los franceses no acostumbraban contar los enemigos. Desde el primer ataque los ingleses fueron rechazados, tanto que se vieron precisados á refugiarse á sus atrinchamientos. En medio de la pelea el caballero de Beauvoir se batía como un león, y derribaba cuanto se oponía á su furia, buscando por todas partes á su enemigo. De repente reconoció el penacho de Burket, del cual lo separaba una masa de combates. Se abre un camino y llegaceren de donde estaba su rival; más al momento en que va á reunirse lo ve caer en la plaza derramando sangre á torrentes. No obstante, como el capitán inglés respiraba aún, fué conducido prisionero á la plaza, cuyo sitio fué levantado pocos días después.

La herida de Burket, aunque profunda, sanó en poco tiempo, merced á los cuidados de un joven que vestía el hábito de novicio, y que no se separó de su lado durante su enfermedad. Apenas se había restablecido, cuando las cadenas de prisionero comenzaron á pesar sobre el capitán inglés, habituado á la vida libre y á las emociones del campo de batalla. Pensaba pagar un rescate, aunque debiese comprar la libertad con toda su fortuna, cuando el joven que le había prodigado tantas atenciones, entró en la celda que servía de prisión, y le dijo:—Burket, nadie os retiene aquí: estad libre.

El capitán trasponiendo de gozo, iba á precipitarse al cuello de Roberto, porque él era el caballero normando que había recurrido á un disfraz para acercarse á su enemigo, y contribuir con sus cuidados á su pronto restablecimiento; Roberto le rechazó suavemente la mano, y volviendo á otro lado la cabeza, le dijo con una voz tranquila:—Señor, no os entreguéis á la alegría tan inconsideradamente; porque si os concedo la libertad es á condición de que me juréis otorgarme una gracia que tengo que pedirnos á la libertad es á condición de que me juréis otorgarme una gracia que tengo que pedirnos á la vida es vuestra.

—¿En lo que veremos más adelante, murmuró Roberto; y después dirigiéndose al inglés, le dijo: hay en el mundo un infame que me ha infundido la injuria más sangrienta que se pueda hacer á hombre alguno: es tener que yo me venga.

—Su nombre... su nombre... decidme, y os juro sobre mi espada de caballero....

—Su nombre... Es inútil decirlo en este momento; más después de un mes, cuando háyais acabado de recobrar las fuerzas, ocurrirá al amanecer al camino vicino al Puente de Avenel, y el infame estará allí. Hacedos acompañar de un

testigo, y llevad vuestras mejores armas, porque se trata de un combate á muerte. ¡Asistiréis donde os digo, de hoy en un mes!

—Seré puntual: os lo juro á fe de caballero.

—Bien: que el cielo proteja la buena causa, y la espada que la sostendrá.

El caballero normando salió sin escuchar los agradecimientos ni las protestas del inglés.

Pasado un mes, se hallaban al trazar el fin en el camino del puente de Avenel, Roberto de Beauvoir y su compañero de armas. Dos caballeros que se aproximaban seguidos de pagos que conducían armas de refacción, marchaban también silenciosamente á lo largo de las riberas de Plaine-Leuvre, hacia su confluencia con la Vira: muy pronto se reunieron con sus adversarios. Se abreviaron los preliminares todo cuanto fué posible, y convenidos en que Roberto y Burket combatirían solos, se señaló el campo á los contendientes y la lucha comenzó: ella fué encarnizada y la victoria permaneció mucho tiempo incierta. Después que se rompieron seis lanzas, que las armaduras se abollaron y las cinereras y almetes volaron hechos pedruzcos, los caballeros se aparearon de sus caballos fatigados y se acometieron cuerpo á cuerpo. Se oprimieron hasta el grado de romper sus armaduras de acero, y anbolaban por encontrar las hendidas de la coraza para herirse con el puñal.

Roberto por fin desfiló su daga por entre el collarín de su adversario, y sumergió toda la hoja en su garganta. —El inglés cayó sin movimiento, vomitando torrentes de sangre.

Orgullosa Roberto con su triunfo y su venganza, se levantaba arrojando un grito de victoria, cuando se contuvo, merced á una aparición misteriosa que de repente se presentó ante sus ojos. —La hermosa imagen de su desposada se le aparecía en medio de sus recuerdos: estaba delante de él revestida de gloria y de luz; pero su mirada era triste y las lágrimas corrían por sus mejillas blancas y bellas como las flores del lirio; Roberto cayó de rodillas sin poder articular una sola palabra.

—¡Roberto! Roberto! dijo la vision con dulce y melancólica voz; ¡que has hecho, bien mío! ¡Era á tí á quien tocaba lucreto el juez de Burket! ¡Era á tí á quien Dios había confiado el cuidado de vengarme! ¡No sabes tú lo que está escrito! ¡Desgracia al que mata á su semejante! ¡Desgracia al que sacrifica una víctima á su odio y su venganza! Al morir Dios á manos de sus verdugos, dió el ejemplo del perdón y maldijo á los que no lo imitarán. Roberto, acabas de cometer un gran crimen: haz penitencia y llora, que quité Dios te perdonará.

La vision se desvaneció poco á poco, murmurando varias veces la palabra: adiós, mas y mas tenue á medida que la aparición se lucía mu-

nos visible, y que sus vagos contornos se escapaban de la vista.

Roberto se precipitó sobre el cuerpo de Burket regalándolo con sus lágrimas, y solivoltando en sus brazos para volverle la vida; pero todo fué inútil; el inglés estaba muerto.

El caballero normando después de haber cumplido con los últimos deberes que exigía la situación de su enemigo, renunció á la gloria y al mundo y vistió el cilicio y el hábito de monje del Monte de San Miguel, donde no pasó un día sin que rogase á Dios por el descanso eterno del alma de Burket.

Se añade que muchos viajeros han visto en el lugar donde pasó la última escena que hemos referido, cosas misteriosas que no pueden describir; pero que tampoco le es posible olvidar.

(Traducción para el Museo.)

EPITAFIO PARA EL SEPULCRO DE UN NIÑO,

ERA un ángel que del cielo
A este mundo descendió:
Mas que remonto su vuelo
Cuando manchar en el suelo
Sus blancas alas temió.—R. I. A.

BOLETIN SEMANARIO.

DESEANDO cortar la monotonía que produce la relación minuciosa de la solemnidad del 27 de este mes, por lo muy semejante á la de los días 11 y 16 del mismo, que ya hemos ofrecido á nuestros lectores, la omitimos. No advertiremos nada de particular, si no es haber suprimido el discurso que debió haber pronunciado el Sr. Lic. D. José María Lafraña, á causa de su prisión, verificada la víspera de dicho día; por los motivos y con las circunstancias que espesan minuciosamente los periódicos políticos que se publican en esta capital.

Poco después de la una del día, el Excmo. Sr. gobernador de este Departamento, general D. Valentín Canizales, colocó en el Egido la primera piedra del cuartel de Inválidos, á nombre del Excmo. Sr. general, presidente provisional, D. Antonio López de Santa-Anna, quien no pudo concurrir á un acto tan solemne, por motivos que nos son desconocidos.

En la noche se representó en el teatro de Nuevo-México, en solemnidad del día, un drama nuevo del célebre Dumas, titulado: *Lorenzina*, en cuyo desempeño brillaron con especialidad y comprendieron sus papeles los señores Barreira y Mata, y la justamente aplaudida actriz D^{ña} María Caffete.

BIBLIOGRAFIA.

México, ó las Memorias de un viajero; por Isidoro Lowenstern, autor de: "Los Estados Unidos y la Habana." Un tomo en 4^o, en francés, impreso en París por Arturo Bertrand.

PARACE que el génio del mal es el que inspira á algunos viajeros de Europa y de los Estados-Unidos, visitar nuestro país con una malevolencia y con una decisión por la caricatura y el sarcasmo, que desmenten los estudios filosóficos á que se suponen entregados. Cuando el sabio verdadero se resuelve á viajar, examina primero á la especie humana en su conjunto, para comprender las relaciones que existen entre todas las partes de ese gran todo; y como ha puesto el globo terráqueo delante de sí, ninguna cosa estraña ni le sorprende después, porque la fisonomía de la especie humana no se desmiente, y los hombres son los mismos donde quiera que están colocados en iguales situaciones. Mas el viajero superficial, que en realidad no es mas que un tuopé, pretende que el mundo no admite diferencias: que los otros países y sus costumbres sean precisamente semejantes á las que observó desde su nacimiento; que la regla invariable de lo bueno y de lo perfecto, sea no mas lo que ha visto, y que merezcan un anatema de reprobación las cosas y los hombres que no habia examinado. Si el tal viajero ha nacido en la Noruega, maldecirá al hermoso sol de Italia y á la fecunda vegetación que produce tanto calor y tanta vida: al el viajero, por el contrario, vió la luz primera bajo ese cielo, siempre azul y siempre dorado, se aficionará con el humo de las chimeneas de Londres, á cuyo derredor se agrupan las señoras inglesas, muy contentas con sus espléndidos vestidos y adornos. ¡Pobre mentecato! Si hace una correría á los Estados-Unidos, y ha vivido en una monarquía absoluta, se escandalizará de que en los tiempos modernos vestida un pueblo rey; y si el fuere cutáker de la Pensilvania y llegare á encontrarse en París, se creará obligado á señalar el puñal y á introducirlo en el pecho del buen monarca de Julio. Insufribles son los tales viajeros; y si les viene la tentación de escribir sus relaciones, caudal se necesita de paciencia para sufrir sus ascos literarios, sus injusticias sistemáticas contra los pueblos que les dispensaron acoso la hospitalidad mas

generosa, y contra todo lo que no se encerraba en el mezquino círculo de sus investigaciones.

Manja ha sido esta de muchos escritores de viajes, y especialmente de los que han venido al Nuevo-Mundo, después de que conquistó su existencia independiente, y después de que ha comprobado con hechos victoriosos, que es posible establecer los principios republicanos, sin mengua del orden y estabilidad que se solicitan con ansia en todos los sistemas de gobierno. Sin embargo de que los Estados-Unidos adelantan incesantemente en prosperidad y en fuerza, no han faltado viajeros que como el capitán Basilio Hall y Mrs. Trollope, se propengan satirizar desapiadadamente las costumbres y los hábitos políticos de los americanos. Algunos viajeros y escritores de estos, han participado del espíritu de detracción de aquellos, cuando han pisado nuestro suelo, especialmente desde que la cuestión de Tejas envaneció todas las relaciones entre México y los Estados-Unidos. Es natural suponer, que los viajeros europeos, tratándose de México y de todas las colonias españolas que ahora forman naciones independientes, se esmeran en publicar críticas amargas y tan severas que dejan trastruén un sistema irracional y perjurso de enemistad. Si exceptuamos al illustre baron de Humboldt, que viajó en México como imparcial investigador, los mas de los que han escrito acerca de esta noble parte del continente americano, son tan poco dignos de crédito, como Mignet Chevallier, el escéntrico editor del diario de los Debates. No era mejor que estos hombres ligeros, escribieran novelas, en las que pudiera dejarse correr á la imaginación sin las trabas y embarazos de la crítica, que no pudiese dejar de ser circunspecta, justa y verdadera! Tal conducta ha inspirado una general desconfianza sobre los escritos de viajes, y cuando la curiosidad se dirige con shínico y con anhelo á esta clase de investigaciones, se encuentra burlada y también ofendida.

Con el título de "Memorias de un viajero," ha publicado el Sr. Isidoro Lowenstern, una in-

fame sátira cuyo blanco ha sido nuestra patria, y felizmente desde el prólogo de su obra, descubren sus intenciones y su fin político, que es el de inclinar á las potencias de Europa á que intervengan en los negocios de América, transformando sus gobiernos y transformándolos en monarquías. "En los Estados-Unidos, dice, las costumbres vulgares de las masas, la vanidad en todas las clases, y sobre todo, el despectivo de quince millones de reyezuelos (yo no me atreveré á contar los dos millones de negros), rechazan al europeo, y lo vuelven insensible al mérito de esa nación energética, inteligente y laboriosa. En México, la depravación de una nación entera es lo que irrita: el descubrimiento completo de hombres incapaces de gobernarse es el que espanta. Mas allí no chocan, como entre los americanos, la falta de alma y de sentimiento. Se siente, se lamenta ver en ese país, adorado con los dones mas preciosos de la naturaleza, á hombres cuya alma es susceptible de sentimientos pables y generosos, hundidos en el abismo de la ignorancia y de la demoralización, hechos absolutos de seguir la senda de sus inclinaciones viciosas, y de sus costumbres disolutas. Trazando el retrato del anglo-americano, hay que esforzarse para oponer á los partidarios de las bellas teorías, el efecto de su aplicación. En la penosa tarea de pintar al mexicano, se concibe la esperanza, se honorea al escritor, de llamar la atención sobre hombres á quienes se ha abandonado largo tiempo á sus pasiones. La Europa es la que gravitando sobre ese país en los siglos en que reinaba la ley del mas fuerte, llevó á él los gérmenes de sus males presentes. La Europa es, pues, la única que puede y que debe hacer cesar una situación tan deplorable, contraria al espíritu de una época ilustrada, en que la felicidad del mundo es el voto de los soberanos y de los pueblos."

¿Quién no conoce, quien no percibe que el designio del viajero es, monarquizar á la América, rehuyendo ó anulando el mérito de sus instituciones, con la pintura atroz de hábitos y costumbres que se suponen salvajes? Como si no hubiera descubierto en el ocaso de los países que visitó en el Nuevo-Mundo, mas que objetos degradados y motivos de indignación, escrita á los soberanos y pueblos de Europa á una nueva propaganda, á nombre de la filosofía, cómo si no fuera bastante evidente escribirlo la que es misma Europa emprendió á nombre de la religión. Habiendo penetrado una vez que el Sr. Lowenstern, es un fanático, por el sistema de las monarquías, lo encontramos consecuentemente en su propósito de rebajar y envilecer el carácter de los mexicanos, que han cometido el horroroso crimen de formar y sostener una república.

El autor ha dividido su obra en 31 artículos,

y solamente tomaré de ellos, lo que sea suficiente para formar alguna idea de las intenciones del escritor.

En el capítulo 19 después de haber referido Mr. Lowenstern, con entusiasmo poético, su navegación y su llegada al puerto de Veracruz, agrega: "Por favorable que sea la idea que se concibe del suelo mexicano á una cierta distancia, por la vista amable que ofrecen sus volcanes, tales como el de Orizava, el Coñra de Perote, toda ilusión desaparece cuando uno se acerca á esa costa llana y desierta, y la admisión se reemplaza por la tristeza, á la presencia de Veracruz, de esa ciudad ligubre, construída al nivel del mar, y cuyas casas producen el efecto de los monumentos de un cementerio. Melancólica es la impresión al acercarse á esa ciudad funesta, á ese sepulcro del extranjero, que jamas abandona la fiebre amarilla, azote tan destructor como la peste, y donde el ángel exterminador no deja de ejercer sus estragos. Ese primer aspecto de la costa, puede servir de emblema al país. Esos nevados, esos volcanes magisterios, eran el símbolo de la idea que yo me habia formado de ese país histórico, tal como yo lo habia visto en mis ensueños; y esos desiertos, esa playa tan baja y desolada, era el símbolo de la triste realidad que debia yo encontrar en este país tan destruído." ¿A quien le habia ocurrido adivinar la condición moral de un pueblo, por el aspecto físico de un pedazo de costa y de una ciudad? La preocupación habia corrido un velo sobre los ojos del escritor alemán, y nunca lo levantó para descubrir la verdad en las relaciones políticas y morales del pueblo mexicano. Las medidas sanitarias y las precauciones de la policia que deben ser mas activas y aun mas severas en un país enfermizo, sorprendieron en Veracruz á nuestro viajero, y descargó su mal humor con su mezcla de ridiculo, porque encontró evidentes pruebas de que se acercaba á un pueblo civilizado. Las leyes y prácticas aduanales le chocaron demasiado, como si no tuviera experiencia de lo que pasa en esos aduanas del Rhin, las que apesar de tantas mejoras como se han introducido, son siempre el martirio de los caminantes.

El Sr. Lowenstern se lamentó de haber penetrado desde Veracruz las afecciones de la república para con los extranjeros, y supuso que los ingleses, aunque herejes, son los mas favorecidos en la opinion, por haber sepultado sus hermosas guineas en las minas de la república.

Con motivo de los obsequios que le prestó el cónsul de los Estados-Unidos, Mr. Burrough, y después de tributarle un elogio que supongo justo, agrega lo siguiente: "Aunque estaba provisto de cartas de recomendación para las dos principales casas mexicanas del comercio de la ciu-

dad, ellas no me sirvieron mas que para conocer lo poco que debia confiar en la hospitalidad tan ponderada de los mexicanos, y para estimar en su justo valor las ofertas de servicios de que son tan prodigos." Es acaso la primera vez que un viajero niega á nuestros compatriotas la estimable virtud de la hospitalidad, que los produce incesantemente tan crueles desengaños. Los que hemos viajado por otras naciones, hemos podido comparar su carácter con el generoso del pueblo mexicano, y en verdad que el juicio que formamos, es del todo favorable al último. Nuestro pueblo es tan hospitalario como el turco, y en varios de los mas acreditados del mundo civilizado, la hospitalidad no se puede buscar mas que en la bolsa, contando el número de guineas, de soberanos, ó de notas de algún banco. ¡Habría llegado en México el caso de que algún miserable pereza de hambre! Yo lo dudo mucho, y si hemos de dar crédito á los periódicos de Europa, tales desgracias son allí muy frecuentes.

Lo mas gracioso que contiene el capítulo 20 de "las Memorias," es la favorita descripción de los robos de las diligencias: "Tanque que llegan los señores ladrones, entra la competencia para saltar los mas prontamente de la diligencia y acostarse boca-abajo, no abandonándose esta humilde postura mas que cuando se trata de despojar á uno de su ropa y de otros vestidos menos indispensables. Cuando los bandidos lo encuentran todo en regla, es decir, algunos pesos en las bolsas de los viajeros, nada se opone para que continúen su viaje. El bandido mexicano conserva en su oficio la suavidad nacional, y no mata si no es en caso de defensa. Así que, si un viajero en México pretendiera deturberse en un carruaje público, se lo impedirían sus compañeros de viaje. Unicamente á la pusilanimidad de la generacion actual mexicana, debe atribuirse la audacia de semejantes crimenes. El que viaja á caballo, provisto de armas, especialmente de fuego, casi nunca es atacado, como después tuvo ocasion de experimentar. El que juzgara el valor de los mexicanos por el de los españoles, participaria de mi asombro sobre tantos riesgos de cobardía de que fui testigo en ese pueblo. En una hermosa mañana, cuando yo residia en Jalapa, llegaron seis viajeros en la diligencia de Veracruz, en el simple traje de sus antepasados éra de la conquista; y estas seis personas que eran todas jóvenes, fuertes y robustas, se habian dejado despojar por dos hombres, de los cuales el uno estaba armado con un fusil y el otro con un sable." Cualquiera que se instruya de estas exageraciones, creerá que el robo de diligencias se practica diariamente; lo que es falso de todo punto. Claro es, por desgracia, que algunas veces son asaltados los carruajes públicos, y tambien lo es que los viajeros extranjeros se resig-

nan con tanta humildad como los mexicanos, al forzado despojo y al abatinamiento del ventero. En Europa, en los Estados-Unidos, son robadas de tiempo en tiempo las diligencias y las masas; y en punto á crimenes no hay mas que leer sus gacetas de los tribunales, para conocer que nos llevan la ventaja en una horrible desproporcion. Los prozos de Garouche en Francia, y las de Fra-Diabolo en Napóles, no son sus desconocidos; y desafiarnos á nuestro antagonista á que nos presente la historia de héroes semejantes en esta república que considera semi-bárbara.

Refiere que en su camino hasta Puebla no encontró mas que cruces, para anunciar los asesinatos y otros crimenes cometidos, y asegura que en México no se hallan otros monumentos, y raras veces cementerios. "Los mexicanos, dice, entierran sus muertos en las iglesias, sin señalar el lugar de las sepulturas, y no se encuentra en esta nación otro culto para el difunto que el prescrito por la religion. La memoria del que ha dejado de existir se pierde al mismo tiempo que la vida y esta es una prueba de la ligereza de su carácter, y que no es susceptible de ningún sentimiento profundo y duradero."

El capítulo 21 de las Memorias está consagrado á la Puebla de los Angeles y Cholula. Ponderando la riqueza del clero de la ciudad, lo hace de fanatismo y le advierte el peligro que le amenaza de ser aguijudo, si el partido federalista llega á apoderarse del manejo de los negocios. "Los principios revolucionarios, son sus palabras, que han sido tan funestos para la religion en tantos países, han tenido en México las mismas consecuencias, aunque en un grado menos violento; y ella será respetada mientras que el partido centralista ó conservador, pueda sostenerse; pero si el partido federalista, compuesto de hombres á quienes el liberalismo sirve de máscara para su ambicion, llega á la codicia y para la falta de principios, llegara á sobreponerse, se desplegará muy pronto, con las demas plagas que devastan á este desgraçado país, la de ver á una poblacion ignorante, privada de los socorros y del freno bienhechor, que la religion impone sobre los hombres. El partido destructor codicia las riquezas que el clero posee todavia en México, sin reflexionar los sacrificios que hace para atender á las necesidades de la nacion; y vista la audacia de este partido, y el apoyo que él encuentra en el desagrado de las masas, sus concesiones son muy prudentes, porque están en relacion con la decadencia del país."

Es, en verdad, suma injusticia suponer que en México existan un partido abiertamente pronunciado contra la religion; y un partido tan insensato, que aspirara á destruir creencias tan arraigadas en el pueblo. Verdad es, que han pasado algunos épocas de exaltacion; pero fueron cor-

regidas por el espíritu público, y no llegaron á consumarse los desiguales concebidos por unos cuantos. ¡En cual nación del globo, no han transcurrido tiempos semejantes, de desencuero y de delirio! En México jamás serán derribados los altares como en Francia, ni se acompañarán las aras con el sangre de los sacerdotes, como en Inglaterra; un gran principio moralmente en México la religión, y arraigado este principio en los corazones, no hay temor de que jamás desaparezca.

Porque las autoridades de Puebla fueron tan bondadosas para con el Sr. Lowenstern, que le facilitaron escolta hasta Cholula, que no necesitaba ni piden para tan corta distancia, si no son los hombres muy miedosos, embita á estos pobres soldados, y para degradarlos los compara con los degolladores de aquellos mismos años, con los héroes de Solís en la Historia de la conquista. ¡No era mas propio de un viajero ilustrado, con sus puntos de arqueólogo, el que hubiera disertado sobre este pirámide de Cholula, que cohitara razonar las miradas del sabio! ¡Y aspirará el Sr. Lowenstern al honor de este título! La única circunstancia que le llamó la atención en la pirámide, fue que hubiera sido construida de ladrillos cocidos (adobes), semejantes á los que emplean los tallales del Egipto para formar sus caballos. Si en ese monumento de los aztecas, creía hallar el Sr. Lowenstern las mismas maravillas que en las orillas del Nilo, su misma imaginación lo castigó, porque nunca pueden compararse las obras perfectas del arte con los primeros y débiles ensayos de la civilización.

El viajero consagra su capítulo 49, á la descripción de nuestra magnífica capital, de la cual asegura que no merece la calificación de *la mas hermosa de las ciudades*, que algunos viajeros le han concedido, imitando el estilo cesarizado de los espaholes, y aunque elogia el ensalzado de nuestras calles, se lamenta de que estas cubiertas de léperos y de indios, tan chocantes por su suciedad. El escritor alemán, es digno de que se le aplique el apólogo del lobo que declaró apostoso al cordero, porque lo oía no mas por donde apeataba.

El capítulo 50 no es en parte mas que la continuación del 49, no solo porque se ocupa de México, sino porque sigue explicando su disgusto y fastidio, de las posadas, de las comidas, y de cuanto recibe el nombre de mexicano. Después de aventurar algunas observaciones acerca de la suerte y condicion de los extranjeros en la republica, sostiene la nueva paradoja, de que en todos los tratados que ella ha celebrado con naciones extranjeras, las desventajas han estado de parte de estas, y los beneficios por la de México. Si algunos testimonios hemos dado, que persuasieron mucho tiempo infieles, de nuestra experiencia y esta trafo caudal, han sido esas mismas transaccio-

nes en que se sacrificaron los intereses de nuestro comercio, de nuestra industria, y aun de nuestra politica. Mas como el escritor nos contempla como una raza corrompida y degradada, hubiera apetecido para nosotros un trato semejante al que recibian las potencias hechas en el siglo pasado y la miserable China en el presente. Seria muy de apreciar que los gobiernos de las naciones ligadas por tratados con la mexicana, se arrepintieran de haberlos aprobado, y nos dejaran en libertad para atender, lo que seria lo mejor, á los principios del derecho internacional y de gentes, sin tratados especiales; ó de retornarnos de una manera mas conveniente á nuestra embarazosa situacion, y á nuestras necesidades.

El capítulo 69 contiene un análisis parcial y mezquino del sistema de gobierno observado en México desde que conquistó su independencia. El viajero decide magistralmente que en México no se puede esperar un gobierno en armonía con el carácter, las costumbres, el grado de civilización y los antecedentes de la republica mexicana. Rebojando el merito del valor y de los talentos del caudillo de Iguala, considera á sus inferiores á los que lo reemplazarian en el ejercicio del poder, y en todas las faes que ha presentado la revolucion mexicana no descubre mas que *usurpaciones, escándalos y ruinas*. Si le parece anacrónico el sistema federal adoptado, y un pobre remedo del de los Estados Unidos, tratando del centralismo asegura, que faltó á sus agentes la conciencia de su poder, y que habiendo preferido las medias medidas, dejaron el pais al arbitrio de las facciones, que continuaron destruyéndolo, hasta que un gobierno sabio y firme se establezca, que ahora parece incompatible con el sistema republicano verdaderamente realístico, segun su opinion, en nuestro territorio.

En el capítulo 79 comprende en una sola razon, la poblacion de la republica y su estado militar. Lamenta la falta de datos para conocer la estadística de México, y desprecia los trabajos practicados hasta aquí en un ramo tan importante de la administracion. El ejército le sirve de materia para el ridiculo, sin que se escapen ni los uniformes, ni los pantalones, cuya moda dice que es difícil señalar, cuando no son mas que copias del traje militar europeo. El único mérito que confiesa al soldado mexicano, es el de la sobriedad. "Las revoluciones, asienta este atrevido, que en otros países, generalmente hablando, han desarrollado talentos militares ocultos entre la multitud, y que han servido de alguna compensación á las desgracias que ellas producen, en México no han sido útiles mas que para que ciertos hombres destituidos de talento y de espíritu militar, hayan podido llegar por medio de la

ninga, á los puestos eminentes. La audacia en los pronunciamientos, y jamas el valor, ha sido el punto de partida de hombres muy medianos, para alcanzar los empleos mas elevados de la republica, y para ocupar al mundo entero con una fama usurpada, que conservan todavía, manteniendo una influencia tan funesta para la felicidad y tranquilidad del pais, despues de haber dado tan numerosas pruebas de su incapacidad administrativa y militar." Por este rasgo se obtiene un pleno convencimiento de que es muy condescendiente el escritor en el intimo propósito de anudar á todos los mexicanos dotados de algun talento y energia, para deducir monstruosas consecuencias contra el suelo que los ha producido.

El capítulo 80 habla de los establecimientos científicos. Si bien conviene en que la educacion elemental se halla bastante generalizada, objeta que las masas no obtienen mas que un grado muy bajo de civilizacion; dice que la marcha hacia el saber, no es mas que débilmente progresiva; no encuentra en nuestro pais otras notabilidades literarias, que los Sres. D. Carlos María Bustamante, D. José Gomez de la Cortina y D. Lucas Alamán. Por esto podrá juzgarse de la escititud de las noticias que se adquirió el viajero, quien asegura rotundamente, que *la literatura, las ciencias y las artes, nada han ganado despues de la revolucion*. Tal aserto, es no menos injusto que odioso, y sin que yo rebaje el mérito de los mexicanos que conomia, estoy muy distante de conveir en que sean nuestras únicas antorchas literarias.

Los hospitales y ceremonias religiosas, son la materia del capítulo 91. Comienza el atribulativo escritor por afirmar que el sentimiento religioso, á que deben su existencia los establecimientos de beneficencia, se pierde diariamente, y que no es reemplazado por ese espíritu filosófico que le ha sucedido, segun las ideas modernas. Atribuyendo exclusivamente al clero el estado de esos hospicios, supone que en sus funciones bienhechoras, son siempre guiados por el Sr. D. Lucas Alamán, cuya actividad se manifiesta en todo lo que puede conducir á la felicidad de sus concudadanos. Es claro que el Sr. Lowenstern no visitó otro hospital que el de la Concepcion ó de Jesus Nazareno, lo que para los mexicanos fue una fatalidad, porque en él le contaron que *una masa estúpida y ciega iba á profanar las cenizas del mayor y mas noble carácter que nos presenta la conquista del Nuevo-Mundo y que este acto inaudito de vandalismo, fue evitado por la decision de un hombre que ha consagrado un culto profundo á la memoria del héroe, y que logró frustrar del poder de manos sacrilegas esos restos preciosos, cuyo asilo despues se ignora*. No es esta la

primera vez que se calumnia, de una manera tan desmerecida como atroz, al pueblo mexicano, que jamas concibió el negro designio de vengar en las cenizas frias de Hernán Cortés, las crueldades que cometi6 en este pais, y que disculpamos un tanto, por el genio del siglo en que vivió. Si nuestros gobiernos no hubieran descuidado tanto lo que pertenece á la gloria nacional, hubieran hecho muy severas investigaciones contra los autores de un robo verdaderamente sacrilego, y que ha privado á México, no sin recompensa segun se asegura, de una reliquia que no dudare en llamar preciosa y que los mexicanos estimaban como una riqueza histórica. Si alguno de ellos ha contribuido con semejantes hechos y con semejantes noticias, al descrédito de sus concudadanos, yo le consagro aquí una página de oprobio y de indignacion. En las consideraciones del escritor sobre el clero, es menos exacto, que cuando habla de otras clases del estado; pero dice que las iglesias han sido saqueadas y los conventos demolidos por los mismos hombres que se prosternan delante de los sacerdotes. ¡Hase visto un descarado y una calumnia mayor! ¿Qualquiera se rie en México de tales saques y demoliciones, como puede reirse con la lectura de los Cuentos tártaros, ¡Y que esto asegure un nativo de Europa, donde los saques y demoliciones de los templos, son hechos históricos de todas las épocas, sin exceptuar la presente en que domina el espíritu de un siglo mas ilustrado!

Sigue el autor narrando á los mexicanos, en su capítulo 102, será suficiente copiar algunos párrafos. "Por interesante que sea la ciudad de México, nada hay sin embargo de memor atractivo para un extranjero que su larga permanencia en ella, cuando no le demandan sus negocios. Las relaciones sociales son allí muy limitadas. Acogido el extranjero por los mexicanos en sus tertulias con cierta desconfianza y embarazo, no se encuentra en ellas satisfecho, y no puede gustar del tono monótono que en ellas reina. Las relaciones establecidas con los extranjeros en esta capital, ofrecen aun menos recursos; pocos de ellos pertenecen á las clases elevadas de Europa, cuyos modales se estudian sin embargo, en copiar, afectando pretensiones muy ridiculas, defecto general en todas las colonias. El extranjero, pues, queda abandonado á sus propios recursos, y las maravillas de ese lugar célebre vistas y revistas una vez, lo reducen á distracciones, la mayor parte insipidas, que son las que se ofrecen al público de esta ciudad." La desconfianza que el Sr. Lowenstern nota en las tertulias mexicanas, respecto del extranjero, es el preciso é inevitable resultado de su pretendida superioridad para con los nacionales, y de la injusticia jamas desmentida, con que califican

los actos mas recomendables de la sociedad mexicana.

Duros son los rasgos con que el escritor describe la esagerada pasion de los mexicanos por el juego, por la lid de toros, y por las peleas de gallos. ¿Y qué, no se juega en Europa? ¡No hay lucha de gallos y hasta de hombres en Inglaterra! ¿No mantiene España todavía las corridas de toros, que heredó de los moros? ¡Por qué tanta maldiccion y escándalo! Yo me atengo al espíritu del siguiente refrán: *en todas partes crecen habas, y en mi casa á Calderas.*

Los costumbres mexicanas, que minuciosamente se pormenorizan en el capítulo 11, son presentadas en su lado mas desfavorable, por el escritor, que nunca se separa de su esageracion sistemática. «Pocas familias hay, dice, en que el padre despues de haberse dado á las ocupaciones de su estado, goce de la felicidad del interior de su familia: la disipacion y el juego absorben la mayor parte de su tiempo. El hijo crece bajo la influencia de estos malos ejemplos del padre, y queda únicamente confiado á la indolencia é incapacidad de la madre, para que le sirva de guía y vele por su educacion. El interés ó las conveniencias de familia, son las que dictan los matrimonios en México. Los dos esposos observan entre sí una atencion reciproca; pero la fidelidad, al menos por parte del marido, no merece consideracion alguna. Yo dudo que exista un pais que se llame civilizado, en que el culto de Cithæra sea mas abiertamente profesado que en México. Este desarreglo de costumbres procede especialmente de la facilidad con que las madres de las clases comunes, se prestan por la ganancia, á la deshonra de sus hijos. Una circunstancia que choca al extranjero es, el que sin embargo del número crecido de estas victimas, no se encuentren, si no es rara vez en las calles de la ciudad, esas desgraciadas que horriguaban en las capitales de Europa.»

«Uno de los defectos mas comunes del mexicano es, su propension á la prodigalidad, que procura atenuar con su codicia especial para todo lo que es ganancia. Individuo hay que disipa enormes cantidades de sus rentas, y se emplea en el negocio mas insignificante que le promete algun lucro, con tal de que sea ageno de sus ocupaciones acostumbradas. Yo he visto á un médico de los que se hallaban mas en boga en la capital, abandonar por tres dias á sus enfermos, para ganar veinte pesos en el correaje de algunas mercancías inglesas. Causa admiracion en México el talento de sus habitantes para deshacerse de su dinero, sin que las cantidades que gastan prodigalmente les procuren el menor placer, y ni aun el de que se hable

de ellos. La sola pasion de los juegos de azar, que se encuentra en todas las clases, es mas que suficiente para absorver sus fortunas. Aun los mexicanos mas avaros, clase que en aquel pais es numerosa, porque en él no mas reinan los extremos de la disipacion y de la mezquindad, llevan al juego su tributo, con la esperanza de aumentar su caudal, así como el prójimo con la do aerecer los recursos de su disipacion.»

Digno es de sentirse que la especie humana sea en todas las partes del mundo pecadora, y que tanto abunden los sacerdotes y sacerdotisas consagrados al culto de Venus y tambien al de Brijan; pero toca los extremos del ridiculo el que un europeo, que habria tal vez conocido las cien mil prostitutas de Paris y sus bancas de juego, se haya nombrado del desarreglo, en verdad poco notable, que existe en México. Ciertamente es por desgracia, que el mexicano es gastador y hasta prójimo, vicio que fué debido al escaso cariño ó lánimes chiqueo de sus padres; y cierto es igualmente que hay algunas familias excepcionales, cuyas costumbres no son tan puras como era de desearse; mas no es general la corrupcion como se supone; siendo tambien de notar que las costumbres de una nacion, no se conocen por las de sus capitales, donde se aglomeran elementos de disolucion que son muy raras en otros lugares. ¿Por qué no llamarán la atencion del viajero, las virtudes domésticas de tantas familias que son la honra de nuestra sociedad? ¿Por qué no conoció que nuestro pueblo va aficionándose al trabajo, y que existen millares de brazos empleados en nuestra nacion industria, lo que es un retén del vicio y un estímulo para la virtud? Dígame lo que se quiere, la condicion moral de nuestro pueblo mejora cada dia, y mejorará necesariamente bajo los auspicios de la paz pública, cuando las instituciones republicanas hagan tan difícil la rueta del despotismo como la de la mariposa. La proverbial docilidad del carácter mexicano, prestará oerda á las lecciones y ejemplos de una virtud austera, y no es imposible, como se supone, la correccion de costumbres y que desaparezcan las leves manchas que tanto esageran viajeros injustos y presuntuosos.

Las costumbres mexicanas se examinan con mas estension en el artículo 12 que en el antecedente, notándose en él la misma disposicion para encontrar defectos é imperfecciones en el carácter nacional hasta donde no existan. Burlase el escritor de las tertulias mexicanas, del cigarro de las señoras, de su modo de sentarse, de sus conversaciones favoritas, y hasta de las frases ingenuas, francas y sencillas con que obsequian al extranjero. No pudiendo dejar de confesar que los mexicanos de los dos sexos poseen mucho talento natural, agrega que el me-

xicano sin tener otra instruccion que la que le proporciona una lectura, por lo comun frívola, se considera en estado de juzgar acerca de objetos de los que no tiene mas que nociones generales é incompletas. Los acusa de que no habiéndose nutrido mas que, con la lectura de folletos, se creen á la altura de todos los conocimientos, sean legislativos, administrativos ó de cualquiera otra clase. «Eos son, dice, los que se apoderan de la conversacion acerca de todas materias, y los que sostienen la opinion, que equivarian con la obstinacion de la ignorancia.»

«La idea, continúa, de su propia superioridad, combinada con el odio contra todo lo que es extranjero, sentimientos característicos de todos los pueblos en que la civilizacion no ha hecho mas que débiles progresos, los vuelve muy sensibles á la menor contradiccion. Los mexicanos, así como sus vecinos del Norte, agudizan del extranjero la aprobacion mas completa sobre todo lo que dice relacion á su pais, y se muestran ofendidos por cualquier observacion franca que se les haga. En compendio, nada iguala á la presuncion del mexicano sobre sus propias luces, sobre la fuerza de su nacion y sobre su valor, mas que el desden con que él trata á todos los otros pueblos.»

Como para el trato social no existen preceptos como los del Decálogo, fijos, invariables y comunes para todas las naciones, lo que ha parecido chocante en la sociedad mexicana al Sr. Lowenstern, no lo es en sí mismo, así como las costumbres de ciertos pueblos de Europa, que parecerian repugnantes al mexicano, dejau serlo no mas precisamente porque sus costumbres, cuyas tradiciones ignoran acaso los mismos que las practican. Disonante ha parecido al escritor alemán el uso del cigarro, tan generalizado entre los mexicanos; y disonante me pareció á mí, cuando visité á los Estados Unidos, el que mascararan tabaco los caballeros de mejor educacion, repugnáronme sobremedura la especie de ramito prieto que este uso producía. Mas reflexionando despues que para todo hay su razon en este mundo, dejé de condenar lo que otros juzgaban plausible, y para lo cual podrían tener sus motivos especiales.

En México, como en todas las partes del mundo, existen hombres instruidos en una ó muchas materias de ciencia; algunos mas, que sobresalen por su instruccion superficial, y el resto que carece aun de las nociones mas vulgares. Mas juzgando del conjunto, México no es uno de los pueblos del globo mas atrasados en civilizacion; y cuanto permiten sus antecedentes, las circunstancias actuales y los obstáculos que producen los trastornos civiles, innegable es que ha obtenido adelantos, que si no pudo percibir el viajero, es, ó porque sus ojos no son tan claros

como los de un filósofo, ó porque le plugió cerrarlos ante los hechos que contradecian sus absurdas opiniones.

Este sentimiento de animadversion hacia todo lo que es extranjero, no es comun entre los mexicanos; y si ha progresado, debido es á la insolencia con que somos tratados: á la superioridad que tanto afectan los habitantes del Viejo-Mundo, aun cuando hayan vestido en él la librea de los lacayos; á la desprobacion irritante de nuestras costumbres, y al zelo mezquino con que se disputa por los estrangeros nuestro valor, nuestras proezas, y nuestra gloria.

Ha contribuido tambien á alejar las afecciones del pueblo, de los estrangeros, la miseria que le ha calido en suerte por haberse apoderado ellos de todos los giros productivos. El pueblo que debió prometerse un cambio favorable de situacion cuando conquistó su independencia, y se sustrajo del yugo colonial, ha experimentado todo lo contrario, y es hoy mas pobre y mas infeliz que en aquella época, que hizo cesar por un grande y meritorio esfuerzo. Las diatribas que de tiempo en tiempo se han permitido publicar contra la nacionalidad de los mexicanos, escritores que estuvieron animados del mismo espíritu ofensivo y calumnioso en que tanto sobresale el Sr. Lowenstern, han acabado de enagenar las voluntades de estas gentes, que aunque sencillas, saben sentir cuanto es el precio de la dignidad de su patria. Yo no busco excusas, ni señalo causas: muy conocidas son las que obran en el espíritu de los pueblos, y que vanamente contraria el filósofo, cuyas aspiraciones se dirigen siempre, á que se restablezca el estado normal, porque á un tiempo condénia los motivos y sus resultados.

El escritor alemán atribuye á causas muy mexicanas, el buen suceso de la lucha de independencia, y nos supone ambiciosos y petulantes para con todas las naciones, porque supimos vencer á la que nos dio origen. Estrafas no son en un pueblo nuevo las frases de pompa, y ciertos desahogos de vanidad; pero es necesario que se conozca, que existe en el pueblo mexicano un sentimiento enérgico y dominante de independencia, que se desarrollará con actividad y hasta con furor, si viese atacados algunos vez sus derechos, y combatidos sus intereses mas sagrados.

Describe el caritativo escritor alemán las corridas de toros que tió en México, y con tanta estraneza, como si ignorara que cerca de diez siglos ha que se introdujeron en Europa, y que allí se ha gozado de ellas con un placer indefinible. En México se ha robado infinito gusto por esa bárbara diversion que introdujeron los españoles, y muy pocas son las ciudades en que hoy se mantiene. ¡No sería bue-

no, y glorioso también, que desaparecieran en Inglaterra los escándalos del pugilato? El filósofo condena estos extravíos de la razón; mas al compadecer á la especie humana por sus delirios y hasta por sus crímenes, no es justo que un pueblo solo de la tierra, cargue con la escaración, que en caso de ser merecida, es universal y no exclusiva de un solo pueblo.

Los pobres indígenas de nuestro suelo, blanco de una saña apasionada de extranjeros que afectan filantropía, y distan tanto de poseer esta fuente consoladora de innumerables virtudes, merecieron del Sr. Lowenstern, que les dedicara todo su capítulo 13, y por los rasgos que copiaré, se advertirá cuál era su emponzoñado espíritu.

«Todos los indios tienen una disposición de las mas pronunciadas por el robo, y nada sería capaz de separarlos de ella. Yo podría citar un número de ejemplos en apoyo de esta aserción; pero me limitaré al hecho siguiente, que es al mismo tiempo un testimonio de su ingratitude. Uno de mis amigos tenía, en tiempo del cólera, una india á su servicio, la que se habia portado tan bien, que contra la costumbre del país, donde no se cuida mucho de la salud de los domésticos, le hizo prodigar los cuidados mas asiduos cuando fué atacada de esa enfermedad, y se extendió su generosidad hasta á darle un colchón. Ella sanó, y para manifestar su gratitud á su amo, se salvó en el primer día de su convalecencia, con su colchón; dote magnífico para una india, que necesariamente le proporcionó un marido.

«El amor no es entre los indios mas que una pasión brutal, á la cual se abandonan sin límite y sin reserva; se ve á los dos sexos en las calles de la capital marchar entrelazados los brazos de uno y otro, y cubiertos con un zampo, como si no existiera mundo al derredor de ellos.»

«Las muertes, los asesinatos en los caminos públicos son frecuentes, y muchos caminantes demasiado confiados en la probidad de sus domésticos, que ellos creían haber probado en muchos años de buenos servicios, han pagado esta seguridad con su vida. El extranjero sobre todo, es el que debe guardarse de su tracción, porque están persuadidos de que todo es lícito contra un herege. (Cuánto no he tenido que sufrir yo mismo, por la mala fe de mis criados, sin embargo de que los había escogido por recomendaciones las mas propias para lisonjearse sobre su fidelidad!»

«Los criados mexicanos, especialmente cuando pertenecen á las razas mistas, son el no plus ultra de la perversidad. Por mucho que

sea el tiempo que han pasado en el servicio, jamas se aficionan á su amo, y aun despues de veinte años los roban en primera ocasión.»

«Son ellos de una astucia la mas peligrosa, ó de una estupidez estrema, que á veces ellos fingien. Las palabras que pronuncian son otras tantas mentiras; pero esta moda es tan general en México, aun entre la buena sociedad, que no se les debe reprochar demasiado.»

«Si bien es cierto que existen defectos y vicios en las clases superiores de México, se encuentran al menos algunas excepciones honrosas; pero el populacho no presenta allí mas que un conjunto de crímenes, y las costumbres mas vergonzosas, sin ninguna buena cualidad que pueda compensar tanta perversidad. En el se encuentra acumulada toda la degradación del esclavo libreto. El no se compliance mas que en la anarquía de las revoluciones, y en la anulación de las leyes, de la que él espera toda su ganancia. El oprime, en fin, al país en que el orden y la justicia no existen mas que en los programas de las diversas constituciones.»

Este desesperado escritor, si hubiera vivido algunos siglos atrás, hubiera arrebatado su pencil al Dante, para pintar mas horriblemente su inferno, y á Milton para bosquejar con mayor propiedad á los principes de las tinieblas; mas para esto necesitaba de figurarse que México era el Averno, y los miserables mexicanos los trabajos ó los cómplices de Lucifer. En efecto, Mr. Lowenstern ha agotado el veneno de una pasión rencorosa, y ha trazado sus líneas para no ser creído de persona alguna, porque la perversidad que atribuye á un pueblo civilizado, es una paradoja que jamas autoriza la buena crítica.

La condición de los indígenas de nuestra patria, no ha podido mejorar en los pocos años que han transcurrido desde que se consiguió la independencia, porque los efectos de una degradación sistemática de tres siglos, no se destruyen tan fácilmente. Mas se han hecho grandes esfuerzos para aliviar y mejorar su suerte, y les está abierta la puerta del merecimiento y de la virtud, nivelándoseles en derechos con todos los mexicanos. Solamente un escritor tan precipitado como nuestro antagonista, ha podido no notar las relevantes cualidades que poseen nuestros indígenas, sus virtudes espartanas, y los servicios que prestan sin interes alguno á su patria. Ellos cultivan nuestras tierras, sirven en nuestro ejército, y soportan con admirable resignación las cargas de la sociedad. De todas las clases ó castas, es la que menos participo ha tenido en las revueltas civiles; y cuando llegue á consumarse la grande obra de la filosofía á que contribuyen hoy todos los buenos mexicanos, se le verá levantar con glorio-

ria del polvo de la abyección, y entrar en el goce real de todos los derechos políticos.

Verdad es que se cometen algunos asesinatos en los caminos públicos; mas son verdaderamente raros, y por esto es por lo que se advierten. A pesar de la vigilante policia de Europa, la que supone la necesidad de este grande recurso administrativo, para prevenir los delitos, son allí muy frecuentes los de esta clase, como lo anuncian las tablas estadísticas del crimen, que de tiempo en tiempo se publican. No hay, pues, motivo para este escándalo, y si lo hay para admirarse de que en un pueblo, donde propiamente no existe lo que se llama policia; se moderen estos excesos por la natural suavidad y dulzura del carácter mexicano.

Como los viajeros que visitan nuestro suelo, vienen de antemano preocupados contra los criados mexicanos por las osageraciones que otros han hecho de su mala fe en el servicio, suponen y despues repeten, que son otros tantos asesinos, ó cuando mas capitivamente se les trata, otros tantos ladrones. En esto, como en todo, se procede con una grande injusticia; muchos de los criados son buenos, y particularmente fuera de las grandes ciudades; se adhieren á las familias, les prestan muy útiles servicios, y envejecen bajo el mismo techo en que pasaron los dias de su juventud. La maldad que se presenta como regla general, no es mas que su excepcion; y esto muy cierto de que el mexicano con todos los ponderados riesgos, preferiria siempre al nacional sobre el extranjero para su domestico, y le confiaría de mejor voluntad sus intereses y tambien su vida. En México las casas de comercio extranjeras, prefieren el servicio de los mexicanos.

En el capítulo 14 refiere Mr. Lowenstern, su escursión á las minas de Xochicalco, y á la cueva de Cacahuamilpa. No pudo dejar de confesar que en el monumento de los aztecas es de las formas mas regulares, y que manifestaba en tiempos distantes existieron relaciones entre México y el Norte de Africa. En este capítulo como en el siguiente, no se olvidó de su favorita manía de figurarse en perpetuo peligro de muerte, con los criados mexicanos que llevaba consigo, y consecuentemente en su manía de hablar mal de todo el mundo, no perdono ni á los extranjeros que lo acompañaron en su viaje, á los que tachó de una vergonzosa cobardía.

Como en el capítulo 16 solamente se ocupa el viajero de describir las minas del Real del Monte, no contiene, lo que en verdad es una rareza, alguna de sus acostumbradas diatribas. En el 17 describe su vuelta del Real del Monte á San Juan Teotihuacan, y un pobre ranchero que en el camino tuvo la indiscreción de admitir su convite para la mesa, hizo todo el gasto de su erit-

ca. «Me hallaba, dice, comiendo, cuando un jóven campesino entrando en la posada, arrojó miradas muy apasionadas sobre el plato que tenia yo delante de mí. Tan necio como todo extranjero que pretende imitar las costumbres del país que habita, le dije con la mayor indiferencia: ¿dónde gustas? esperando que me diera las gracias, formula negativa empleada en semejantes ocasiones. Mas él aceptó mi oferta, y se apoderó sin cumplimiento de mi asado, que devoró tan pronto como se dá una ojeada, con la ayuda de los cubiertos de uso natural en México. Yo me asemeje al pobre Gil Blas, cuando apenas salido de la casa paternal, se encontró con un parásito en el primer meson. Pero al menos aquel le recompensó con un buen consejo, mientras que mi querido comensal habiendo vaciado el plato, bebió un trago de pulque; se limpió la boca con los cubiertos que he descrito, y levantándose sin decir adios ni otra despedida, me enseñó á mi costa á ser mas circunspecto en lo sucesivo con el ¿gusta tú? de los mexicanos.»

«Estos imitando á todo el mundo con las frases mas pulidas, faltan totalmente á las formas mas simples, dictadas por la decencia ó el reconocimiento. Jamas sale de su boca la confesion de los servicios que se le prestan; la palabra *gracias* no existe mas que en el vocabulario de los mendigos que horrugean en el país, y quienes al mismo tiempo que os recitan su frase, se burlan de la que han sido tan necio que les ha dado una limosna. Esta es la costumbre general en México, con todo el que seducido por hermosas palabras, se decide á dar algun socorro.»

El lector menos irritado por esta serie continua de injurias y despropósitos, no encontrará en el Sr. Lowenstern al filósofo que razona, sino al gloton que hora todavía no haber podido devorar, con hambre canina, un pedazo de carne asada. He aquí una hambre verdaderamente alemana, y una mezquindad que merece el rango de proverbial. Hambre á la Lowenstern, será en adelante una hambre canina, una hambre como la que refiere Josefo que sufrieron los judios cuando el memorable Tito sitió á su desolada Jerusalem.

Y esa hambre no se le olvidó al gloton alemán. Llegado á Texcoco, cuenta que su Intepeda le preparó una pequeña comida, mientras que su marido guardaba á sus hijos con una paciencia verdaderamente angelical. «Mas él se distrajo, continúa, en sus funciones por la llegada de dos de sus camaradas, tan malas personas como él, que se rodaron de mi mesa. Pero gracias á la experiencia que habia yo adquirido en S. Mateo, el ¿gusta tú? no salió de mi boca, ocupada en hacer elogios del talento cocinero de mi hués-

guerra, de la independencia, y sobre todo por esas virtudes tan austeras, tan republicanas, que practicó durante su vida inmaculada. Mas no es cierto que su patria lo ha olvidado, porque en vida le dispensó los mas altos honores, y después de muerto ha recibido en el salon de la cámara de diputados, la mayor distinción que se concede á los hombres eminentes, y el supremo gobierno lo ha decretado un monumento que guardará sus preciosas restas. Ni pongo á disposion los encomios que tribuía el escritor al Sr. D. Lluís Alamán, ni menos los enviados: *zum cutge*. Por lo que respecta á mi difunta, agrade el Sr. general D. Luis Cortazar, jamas estuvo dispuesto á cooperar al establecimiento ostensivo de un trono en México, y puedo asegurarlo con tanta mas seguridad, cuanto que era yo poseedor de todos sus secretos políticos, no conociendo finitas su confianza en este punto. El general Cortazar, era republicano por convicción y por sentimiento, y sus aspiraciones no eran otras que las de hacer efectivos los bienes de un sistema combinado de órden y de libertad, de esa libe- rta sabia y moderada que es el programa del siglo y su economía especial. El mozo tan talentoso que manifestaba en toda su obra el viajero alemán no le permitió descubrir los talentos colosales de Humboldt, cuya empresa gloriosa de errar una nacion donde no encontró mas que una colonia, denota un génio de esos extraordinarios que señala una época, en un siglo lleno de acontecimientos importantes. A fin de rebajar este mérito incomparable, escribía los primeros días de la vida pública del héroe, y cesó en ejercicios defectos propios de las circunstancias, y por los males no es digno el Sr. Humboldt de especial reproche, atendiéndose á que tal fue el giro que tomó una revolución para la cual desgraciadamente no estaban preparados todos los espíritus. ¿Por qué ese infame detractor, no recuerda que si Humboldt se dejó deslumbrar por el esplendor de una corona, supo abdicarla y renunciar á la lucha de muerte con que pudo haber sostenido su categoría en la sociedad! ¡No es merecedor de encomio y de gratitud el hombre que para no entrar á su país á los horrores de la guerra civil, prefiere un desierto y se deja de una patria donde contaba todavía con numerosos partidarios! No se entranza el escritor con la esperanza de que sus insultos encuentren eco en corazones verdaderamente mexicanos. La gloria de Humboldt es como la de Rómulo, fundador de un grande imperio: es mayor que la de Rómulo, porque aquel levantó una ciudad, é Humboldt ha sido creador de una nacion: un filósofo hubiera considerado á Humboldt bajo este aspecto. Un crítico mordaz, lo insulta porque no lo comprende.

Parte al fin el viajero de la capital, y en el capítulo 21 nos cuenta lo que vió y observó hasta

la ciudad de Querétaro. Por despedida, mide por el mismo rasero á los extranjeros que se han fijado en México, con los hijos del país, y no mas excepción á un Mr. Henderson, á quien concede grandes conocimientos, que supongo acreditara en sus comercios de la tienda del Portal. Chocaronle y lo molestaron en el cambio las pesquisas de los empleados de las aduanas, aunque él lo atribuye á que no podía el secreto que hace dormir á los cerzoros de las garitas.

Querétaro, Colaya y Guanajuato, son la materia del capítulo 22, y los ladrones y las escuelas la de su crítica. Hé aquí á un hombre asustado siempre por su imaginacion, y entregado á terrores pánicos que le hacian aparecer enbrigos y vestigios en todas las energújallas. Las minas de Guanajuato y el viaje del Sr. Lowenstern hacia Guadalajara, llenan todo el capítulo 23. No me ha llamado la atención mas que el empeño en desalentar á las empresas mineras, con la mira sin duda de hacer mas tímidos á los empresarios. El capítulo 24 lleva el título de Guadalajara. Hablando de la Academia de bellas artes establecida en aquella ciudad, dice, que sin encontrar entre los escolares talentos extraordinarios, notó algunos cuyas disposiciones eran buenas para copistas de modelos. Sin embargo de que en esta ciudad recibió el viajero los obsequios del Sr. general Parades, y del R. P. Nájera, estamos, que las costumbres disolutas de su plebe escuden, por difícil que parezca, á las de la capital. Sigue después una extensa historia de un robo que sufrió en el meson de Zafrajan, y que pongo en duda, porque cometiendo el crítico apasionado degenera en novelista.

En el capítulo 25 expresa sin embargo que dejó con sentimiento á Guadalajara, para dirigirse á Tepic. En el 26 nos avisa que partió de Tepic para Mazatlan, y regula á aquella ciudad con la historia ridícula de un baile de máscaras. Llegamos al capítulo 27 acompañándolo en su viaje, para que nos refiera con su acostumbrado tono burlesco, que un arriero no le dijo, que el general Urrea era hombre de bien, porque no se apoderaba mas que de las cajas del gobierno y de la fortuna de sus enemigos políticos; pero que en cuanto á los viajeros él sabia respetados. Sintió Mr. Lowenstern que el título de hombre de bien se aplicara á un mexicano, y asegura que sin embargo de esas hermosas palabras, sabia ya bastante de español para conocer lo que significa ser hombre de bien en México, y que si se marchó no fué por la confianza que tenia de lo que era un hombre de bien en los pronunciamientos. No dejó de inquietarse un poco por el del general Urrea, y no se consoló hasta que supo que el general Alcora lo habia derrotado en un punto llamado la Quebrada. Medroso como siempre, el pasar un rio, é invaria-

blemente maligno, agrega, que los habitantes del país son de tan mala condición, que ninguno le indicó el paso. «Reunidos, dice, en la orilla se burlaban de nosotros, y estaban esperando que el *maldito extranjero*, ó al menos alguna de sus mulas, se ahogaran.» No dejarían de tener razón los tales multivolos, si aconteciera que otra vez pasara el rio el escritor alemán, después de formada y conocida su obra, de desear que él y ella se perdieran en un abismo. ¿Cuántos abogados habrá habido en el mundo mas inocentes que el furibundo escritor!

Mas dejando á un lado las chanzas, veámos en el capítulo 28 lo que fué un pronunciamiento en Mazatlan. «En Mazatlan fué donde yo recibí los portemonedas de la accion de Urrea. Como de costumbre, la distancia habia servido para engrosar esta precil empresa, que pintaba sin embargo el estado actual de la república. El general Urrea es hijo de un oficial superior, quien ejemplo de sus colegas, habia llegado por medio de especulaciones mercantiles á formarse una fortuna considerable. Heredero del espíritu especulativo de su padre, inpuso una contribucion de cincuenta mil pesos á los habitantes de Mazatlan, donde fué recibido con aclamacion por el populacho, y por los leperos que infestan aquella ciudad, y con estupor por los negociantes, que eran demasiado pusilánimes para oponer alguna resistencia á fuerza tan miserable. Urrea quedó de señor absoluto, y aunque restableció el gobierno federalista, comenzó su reinado como buen centralista, *por la bolsa*. ¿Quién se atrevería á oponérsele! En ese singular gobierno liberal, el militar es el que domina. Urrea como financiero consumado, señalaba las pesonas y las calificaba como hábil político. Todo el que era rico, natural ó extranjero, era declarado del partido opuesto.»

Por desgracia de Mazatlan, el viajero le contó tambien el capítulo 29, donde asegura que «los mexicanos de Mazatlan son la escoria de toda la nacion, porque no arriban allí mas que los que pretenden hacer fortuna por medio de fraudes como negociantes, ó los empleados de las aduanas como sus encubridores. La clase baja es de una especie de leperos, cuya mayor parte vive del deshonor de sus mugeres y de sus hijos.» Sirva de leccion este óvulfo recuerdo para que no corria la liviandad, si alguno existe en esa ciudad, á la cual lisonjea la esperanza de un gran porvenir.

Gracias al cielo que el cordónazo ocupó al Sr. Lowenstern en todo su capítulo 30! Mas el 31, que es el fin de la obra llama vivamente la atencion, y habrá de copiarlo casi entero. «El estado actual de México, en opinion del Sr. Lowenstern, no puede continuar. El imperio poderoso de los Indios no podia permanecer como colo-

nia: el saeudú el yugo. Una masa ignorante no puede gobernar por sí misma: la república cesará. El mexicano español ha nacido en el principio monárquico, y está formado para este gobierno. Es preciso que vuelva á él, ó que de asilono que fué de España pase á ser un paria de los anglo-americanos. Esas islas de libertad, de soberanía en las masas que se ejecutan entre los puritanos, con un suceso todavía equivoco, han arraigado al descendiente de los españoles, dotado de un carácter mas vehementemente de pasiones mas vivas, á su pérdida, y han colocado á una nacion que posee sentimientos nobles y generosos, en un caos de sordídesos y de crímenes. Sin embargo de las manchas que existen en el carácter mexicano, encisten en esa nacion gérmenes preciosos, que un gobierno egoísta y distante no quiso, y el refinado de las pasiones no ha podido desarrollar. El mexicano posee en general un talento claro y una concepcion fácil. Las cualidades de su corazón no se han desenvuelto todavía; pero ellas existen: la sensibilidad está sofocada por la hiegrera de carácter y no por esa corteza de egoísmo que rodea al anglo-americano. Elno posee de este, ni la energia ni la actividad; mas tampoco la dureza y ese espíritu de cálculo que se estiende sobre todas sus acciones. Se imputa á los españoles haber sembrado la mayor parte de los defectos en el carácter de los mexicanos; pero no puede acusárselos de todos los males que pesan hoy día sobre su antigua colonia. El estado de la América Española era injusto; mas él no era desgraciado. La pasion de las conquistas, que dominaba en los siglos pasados, no vivió en América mas que una nueva posesion, un aumento de poder y de tesoros para la metrópoli. El objeto, pues, del gobierno español no fué otro que la conservacion de sus colonias, y sacar de ellas las mayores ventajas posibles. Este principio fué la fuente de la servidumbre física y moral del pueblo de aquellos países. De él salieron la ignorancia que no se combatía mas que débilmente; la inmoralidad que se toleraba, y la inercia en que se veian sepultados con gusto á los colonos. Tales fueron los gérmenes funestos amentados sobre el americano español por un deplorable egoísmo, para enflorir la moral, y para debilitar las fuerzas físicas. Mas á esto se reducen todos los errores de España, y por reprobables que sean, ya está sufriendo su castigo. Privada de los tesoros de ese Nuevo-Mundo que el español habia considerado durante tres siglos, y despreciando los que le brindaba su propia patria, no encuentra ahora mas atraída que aquellas naciones de que en tiempo de la conquista era la gloriosa rival. En nacion lleon de sí por su moralidad y por su religion, y con un carácter tan valeroso, no ha conservado mas que esta última

cualidad, y con la espada vencedora de los moros se está destrozando ahora á sí misma. El gobierno mas fiero por el lustre que derivaba del soberano mas poderoso de la tierra, dota en nuestros dias al antojo de una democracia desenfrenada y de soldados ambiciosos. La fe religiosa ha sido reemplazada por el desprecio del culto. Así es la Naimis, que ha pagado á España con usura el mal que habia llevado á sus colonias. Mas no agravemos sus faltas con reproches severos; reconozcamos mas bien los cuidados que empleó para mitigar las consecuencias de su egoismo. La España sin embargo de que humillaba al colono y que lo sacrificaba á las exigencias de la metrópoli, cuidaba de su bienestar material, cuanto era compatible con sus intereses favoritos. Leyes calculadas con equidad sobre el estado en que vivían aquellos pueblos dependientes, mantenían allí el orden y la seguridad. La instruccion elemental se habia establecido y se cultivaban las ciencias de una utilidad reconocida. Cierta es que existía la diferencia de castas; pero era mas soportable que la que existe hoy entre el blanco y el hombre de color en los Estados Unidos de América. Los privilegios de las clases superiores no podían afectar á hombres nacidos con el habito de admitir las prerogativas, acostumbrados á considerar al europeo como superior, y que lo era en efecto por su educacion y por sus otras cualidades. Además, no se conocía en México esa reserva y elasticidad que se encuentra entre las clases privilegiadas de diferentes países, colocándose la soberbia Inglesa á su cabeza. Una corteja misma, un cierto abandono, eran linajes en el criollo, y naturalmente se encuentran en el español, de donde habian tomado origen. Mas el sistema seguido por España no entra en mi propósito, mas que por lo que ha influido en el estado presente de México, y por el efecto que produjo despues que las causas desaparecieron con la dominación de la metrópoli. Los acontecimientos en España, cuando la ocupacion de la Península por las armas francesas, abrieron los ojos de sus colonos. El espíritu nacional que se desarrollaba en España contra una dominacion extranjera se manifestó por la institucion de juntas, que pretendieron ejercer un poder disputado en la metrópoli misma, en los lugares que consideraban como dependientes. Un sentimiento de dignidad hasta entonces desconocido, el del amor propio ofendido, se desarrolla entre los colonos. Ellos reconocian, en fin, la humillacion de su dependencia, y la sintieron mas pare con las juntas. El brillo de la monarquía, aunque distante, los habia deslumbrado hasta entonces. La clase misma que constituía el apoyo mas firme de las monarquías, el clero, el único que entre los criollos era capaz de pensar y de juzgar, se colocó á la cabeza de

la insurreccion, cuyo objeto era únicamente la independencia de México y no el establecimiento de ideas democráticas. Ningunas máximas podían ejercer influjo sobre masas de indios embrutecidos; el interes, la abolicion de ciertos impuestos, debieron arrastrarlos al sostén de la causa. Desde 1810 la discordia reina en la Nueva-España. Los dos principales ejércitos de esa primera insurreccion, Hidalgo y Morelos, acaban; pero su caida y su fin deplorable, no terminan esas convulsiones, nacidas de un espíritu de independencia nacional, al cual se aliaron los odios, las ambiciones personales y la satisfaccion que encuentra la ignorancia en la destruccion y en el espíritu de anarquía. El restablecimiento de la dignidad real en España no pudo poner término á semejantes males. La ingratitude de un monarca que olvidaba las promesas hechas en la adversidad, no era propia para reunir bajo su centro á países envilecidos bajo el yugo extranjero, y que se sentían fortalecidos por sus esfuerzos para sacudirlo. Dos naciones, la una rival antigua de España, la otra vecina de México, añazan ese fuego que sirve á sus intereses. Ellas introdujeron entre los americanos-españoles ideas hasta entonces ignoradas por hombres tan aducados en la civilizacion. Máximas democráticas se venen el objeto de la independencia. La lucha continúa, hasta que nuevos acontecimientos en la metrópoli, consecuencia de la ineptitud y de la mala fe de su gobierno, hicieron inclinar la balanza en favor de los americanos. Un hombre se levantó, partidario el mas ardiente de la dominacion extranjera, mientras que la creyó favorable á sus intereses; él la abandonó; él declara la independencia de la colonia en el momento que creyó propicio, para erigirse el mismo en soberano. Él traza el plan de Iguala, él se cubre con la égida de la religion, á mas bien de la intolerancia; él afecta fidelidad á sus monarcas para enmascarar su traicion, y oculta el despotismo bajo formas populares. Mas este plan que prueba tanto la falta de sinceridad como el genio de Iturbide, contiene lo único que puede formar hoy día la tabla de salud para México. (Siguen los cuatro primeros articulos del plan de Iguala). Este plan llevo á su autor hasta el trono, y en ese mismo plan encontró los motivos de su caida. Iturbide succumbió. Á las ideas de independencia nacional, las de libertad é independencia personales. El ejemplo del anglo-americano sedujo al mexicano. El sacudido la usurpacion de un dictador y la reemplazó con el imperio de la hídra democrática. Yo no trazaré las consecuencias, porque lo tengo hecho en mi obra."

El objeto y desiguos del autor, no son una adivinanza, porque el mismo los señala, y descendiendo con la mas escrupulosa nulacion á los pormenores. El Sr. Lowenstern es un

apóstol descubridor de las ideas y doctrinas monárquicas, y luego que escogió su tesis, pagado tal vez por algun soberano del Norte de Europa, se lanzó á buscar las pruebas, y como no las halló á su placer en el estado moral y político de México, se vió precisado á insertarlas, á fin de servir á un propósito que lo ocupaba. De aquí es, que traiciona frecuentemente á las mitas generosas de un filósofo, que se separa de las reglas de la critica; únicas que pueden producir la certidumbre que busca; que pretendiendo pasar por historial de un país poco visitado y muy poco conocido, no es mas que un novelista con la tacha infame de la detraction y de la injusticia.

En toda la serie de sus capitulos intentó prevenir al lector, y conducirle naturalmente á la que llama única tabla de salud de México, la monarquía. Tenemos bien entendido que en Europa no han faltado ni faltan deseos de destruir el ejemplo canceroso de repúblicas que se erguan permanentemente, y subimos tambien que esa empresa no se acomete porque se halla rodeada de dificultades insuperables. Mas si se pretende seducir á los americanos, para que desengañados de sus errores democráticos vuelvan sobre sí y los contengan por un movimiento espontáneo, el medio escogido es el peor de todos los medios, porque la calumnia, la ignominia, la degradacion y la mas amarga censura jamás han sido los recursos del convencimiento.

Habría creído el escritor alemán que ignoramos cuáles son las tendencias, cuál el espíritu, cuál el impulso del siglo que trascurre. La democracia es la que domina, y la verdadera polla de los tronos de Europa, y á no ser porque se han sentado en ellos monarcas avisados y prudentes que se preclean á las transacciones, la esplosion se hubiera precipitado, y reinaria ya el pueblo sobre las ruinas de esos monumentos seculares. Convénzase el escritor, de que misio en una propaganda que está fuera de apoyo, mejor le convendrá volver á sus investigaciones como naturalista, y dejarnos en paz con nuestros vicios, con nuestra ignorancia, y con nuestras costumbres democráticas. Aconsejole por último, que gurdie al genero humano los respetos de que es merecedor, y que sea mas imparcial y mas justo con un pueblo libre y digno de serlo. — José María TORREAL.

México, 11 de Septiembre de 1843.

LA BALADA DE LOS MUERTOS.

DYRING se fué á otra isla y se casó con una linda muchacha.

Vivió con ella siete años y tuvo seis hijos; pero la muerte pasó por la isla y el hermoso lirio succumbió.

Dyring se fué á otra isla y escogió una nueva esposa, y así que se celebró el matrimonial condujo á su primera casa. Desgraciadamente la mujer era de buen ríen, y de condicion malvada; así es que cuando entró y vio á los pequeñitos que la miraban llorando, los rechazó asperamente.

No les daba ni cerveza ni pan, y les dijo:— Vosotros tendréis hambre y sed.

Les quitó sus colchones azules, y les dijo:— Dormiréis sobre la paja.

Les quitó sus cirios brillantes, y les dijo:— Quedaréis oscuros.

Por la tarde los pequeñitos lloraban: su madre los oyó en el fondo de su sillero, y resolvió volver al mundo á consolarlos.

Se dirige al Señor, y le dice:—Permitidme que vea á mis pequeños hijos.

Imploró tanto tiempo la clemencia del Señor, que al fin le permitió que volviese á la tierra, con la condicion de que siempre regresase á su sepulcro antes del canto del gallo.

Levantó, pues, sus débiles piernas, y salvó las paredes del cementerio. Pasó por la ciudad, y los perros hicieron resonar sus ladridos en el aire. Cuando llegó á su habitación encontró á su hija mayor de pie en el umbral de la puerta.— ¿Qué haces aquí, querida hija mía? ¿Dónde están tus hermanos y tus hermanas?

—Tú no eres mi madre, respondió la muchacha. Mi madre era joven y hermosa: mi madre tenia sus mejillas blancas teñidas de rosa, y tú estás pálida como una muerta.

—¿Cómo puedo ser joven y hermosa, si he estado en el reino de la muerte? ¿Cómo he de tener mis mejillas blancas y rosadas, si hace mucho tiempo que estoy muerta?

Entra, pues, en la alcoba de sus hijos, y los encuentra llorando. Aséa al primero, peinó los cabellos al segundo, consuela al tercero y al cuarto, toma al quinto en sus brazos como para darle de mamar, y dice á su hija primogénita. Vete á llamar á Dyring.

Cuando Dyring llegó á la recámara, exclamó colérica su muerta esposa:—Había dejado aquí cerveza y pan, y mis hijos tienen hambre; había dejado unos cojines azules, y mis hijos están acodados en la paja; había dejado cirios brillantes, y mis hijos están en la oscuridad. Si es necesario que yo vuelva aquí, es sobrevivirá desgracia, que yo vuelva aquí, es sobrevivirá desgracia, y to-Ahora, escuchad: el gallo encamado canta, y los muertos deben volver debajo de la tierra. Escuchad: el gallo negro canta, y las perrieras del cielo se abren. Escuchad: el gallo blanco canta, y yo no debo permanecer aquí mas tiempo.

Desde este día, cada vez que Dyring y su segunda mujer oían cantar á los gallos ó ladrar á los perros, daban pan y cerveza á sus hijos, y cada vez que oían ahullar á los perros, tenían miedo de que volviese á aparecer de nuevo la muerta.

PANORAMA DE MEXICO.

EL PUENTE NACIONAL.

Esta suntuosa obra, que por su estension, por su solidez, por la regularidad de sus dimensiones y por el buen gusto de su arquitectura, llama justamente la atencion del viajero observador, es uno de los doce puentes que se construyeron al formar el camino carretero de la capital del Departamento á Perote, en el cual se trabajó desde el 15 de Febrero de 1803, hasta fin de Diciembre de 1811. El *Puente Nacional* titulado en un tiempo *del Rey*, y cuyo director fue el Sr. D. Diego Garcia Conde, está colocado sobre el rio que lleva su nombre; y casi en la mediania de la carrera de Veracruz á Jalapa, pues dista doce leguas de la primera ciudad, y catorce de la segunda; presentando sus cercanias vistas que convidan á detenerse en él, cuando no lo impiden los ardientes rayos del sol. Su longitud es de doscientas sesenta varas; su latitud de doce, y su altura de diez y ocho. Tiene siete ojos, sin incluir el que sirve para el desagüe del rio de la Antigua en sus crecientes, siendo el del centro de veinte y cinco varas de diámetro. En suma, el Puente de que se trata, y que repesca con bastante exactitud la estampa precedente, es uno de los mas bellos y magníficos de la república.

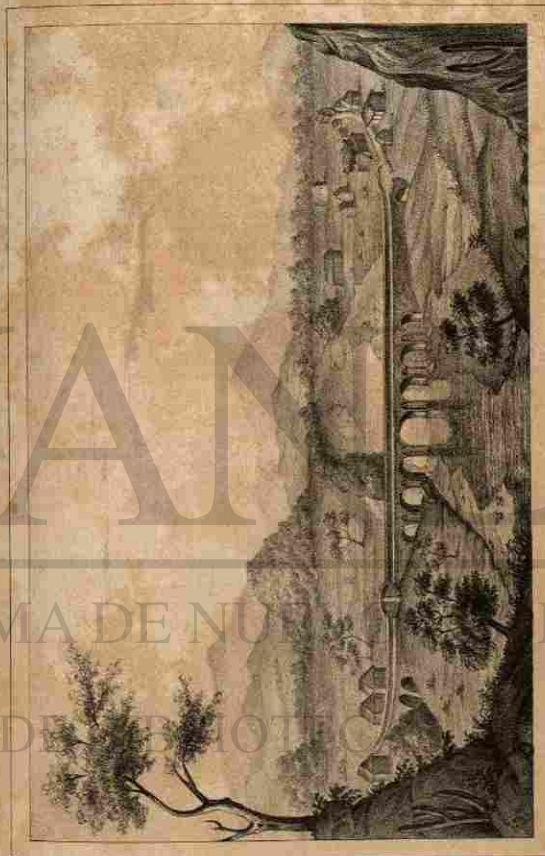
El rio que corre entre cominencias en la parte en que se halla el Puente, no es de gran caudal en este parage durante las secas. Aunque vadeable entonces, es siempre impetuoso, pues siendo considerable el declive de su lecho, su curso es en consecuencia muy rápido. El violento choque de la corriente con las grandes piedras que descuellan sobre la superficie, produce un mugido fuerte y un oleaje espumoso, como si las aguas enfurecidas por el obstáculo que aquellas le oponen, expresaran de este modo su cólera. En la estacion de las lluvias suben á veces extraordinariamente. En estas grandes crecientes son bien necesarios para el paso del rio, los siete ojos del puente, y es asimismo bien necesaria toda la solidez, toda la fortaleza de este, para que resista el terrible ímpetu del primero.

A la salida del Puente Nacional en rumbo al interior, se halla el pueblo del mismo nombre, al cual no es notable bajo ningun aspecto. Tie-

ne una sola calle que es la que forma el camino: sus casas son de rajas y zacate, con excepcion de tres ó cuatro que hay de cal y canto, y su poblacion que constaba en 1831, de setecientas treinta y nueve almas, segun la estadística del Departamento publicada en ese año, es hoy sobre poco mas ó menos, la misma. Estando casi á igual distancia de Veracruz que de Jalapa, como antes se ha insinuado, los que se dirigen de esta á aquella ciudad, ó al contrario, rinden comunmente en el su primera jornada; por cuya razon existen en el propio pueblo dos posadas, en que se encuentran una regular asistencia.

Observándose con un ojo militar el camino de Veracruz á Jalapa, se encuentran en él diversos puntos apropiados para hacer con gran ventaja, la guerra de posiciones, á impedir por consiguiente la internacion hasta la segunda ciudad, de una fuerza invasora. El Puente Nacional, ó para hablar con mas exactitud, la parte del propio camino comprendida en esta denominacion, es uno de estos puntos, y si no el mas ventajoso, solo puede disputarle el primer lugar en este respecto, segun algunos inteligentes, la cañada de Cerro-Gordo. Aunque no pueda compararse ni escasezacion con el desfiladero de las Termópilas, ni deirse con propiedad que es una garganta, pues que sus flancos proporcionan pasos con salida muy arriba de él, esto no arguye en contra de la importancia que se le considera, porque tales pasos por su irregularidad y por la naturaleza del terreno, no son en realidad sino senderos mas ó menos escabrosos, intransitables en las aguas; y que es muy fácil hacer impracticables en las secas, en el caso de una guerra defensiva, hasta para partidas á la ligera. Un ejército estranero, que marche, pues, con todo su tren y bagage, con objeto de internarse en el país por el rumbo indicado, tiene seguramente que transitar por el Puente Nacional, sujetándose á las grandes dificultades y peligros que deben presentarsele si se le disputa el paso con pericia y decision.

La importancia del Puente Nacional como punto militar, proviene esencialmente de dos alturas ó cerros laterales muy inmediatos, de notable elevacion, y cuya subida es bastante aspe-



EL PUENTE NACIONAL EN VERACRUZ.

®

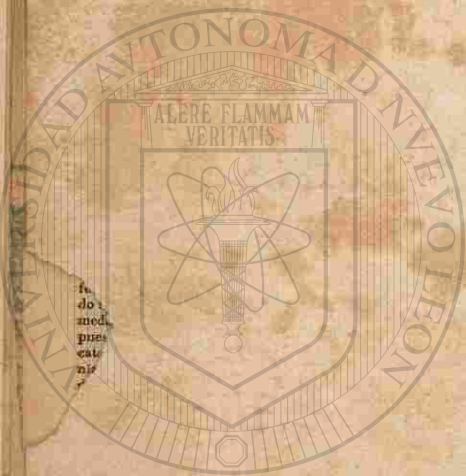
ra y escarpada. Estos cerros que dominando el terreno á gran distancia por ambos extremos del Puente, prestan á éste una completa protección, se denominan actualmente *la Concepción* y *San Fernando*. El primero, que se halla á la izquierda subiendo de la costa, es el mas elevado; tiene un reducto de mampostería, y le sirve en mucha parte de foso el rio que corre por su base: el segundo, situado á la derecha y en la margen opuesta, por esta última circunstancia solo puede ser asaltado por el lado de Veracruz, despues de tomado el Puente. Fortificadas las cimas de ambos con reductos bien dispuestos y arillados: acrecentadas las dificultades naturales de las pendientes, con aquellos trabajos propios para aumentar la defensa de los puestos: fortificadas igualmente las cabezas del Puente con flechas, ó con otras obras de la clase de mistas, ó de la de compuestas, análogas á la localidad: obstruido ademas este en su interior, con todos los embarazos á propósito para disputarlo palmo á palmo, y obstruidas asimismo completamente todas las avenidas; fortalecidas en resumen, estas posiciones diestramente por el arte, para aprovechar las ventajas que les da la naturaleza, y sostenidas por tropas entusiasmadas y en numero suficiente, puede asegurarse que en el caso de un ataque por asalto, las probabilidades de buen éxito estarán mas bien de parte de los defensores, que de parte de los que atacan. Si el enemigo, ya porque se haya dado el caso de haber sido rechazado, ó ya porque procure evitar este reves, estableciere un bloqueo para tomar por este medio las posiciones á que se alude, tambien entonces pueden estar las probabilidades de buen éxito á favor de los defensores, si están bien preparados para este evento, porque siendo el clima, ese terrible y poderoso auxiliar con que contamos para el sostén de nuestra independencia, tan ardiente y malsano como el de la costa, y debiendo suponerse que las tropas invasoras no están acimadas, su detencion en aquel lugar traerá bien pronto sobre ellas la desoladora plaga del *cólera prieta* y otras enfermedades agudas, que desmembrándolas y desalentándolas considerablemente, las obligarán á retirarse.

Y un punto como el que se ha descrito, no era natural y consiguiente que fuera teatro de acciones sangrientas durante la insurrección! En esta prolongada y reñida contienda fué en efecto disputado varias ocasiones ese peligroso paso á los soldados del rey por los llamados insurgentes. Algunos de los primeros ostentaron en el Puente y sus alturas un valor digno de mejor causa; algunos de los segundos dieron en los mismos lugares, pruebas relevantes de su denuedo y de su patriotismo; y algunos de los caudillos que han sido despues considerados jus-

tamente como patriarcas de la independencia, cogieron allí laureles que han contribuido á ilustrar sus nombres. Con fortificaciones provisionales, débiles é imperfectas, sin artillería y sin otros elementos indispensables, consiguieron los patriotas algunas veces rechazar á las fuerzas enemigas, tan superiores en recursos como en organizacion y disciplina; lo cual si bien acredita la decision de los primeros, demuestra asimismo la fortaleza natural del punto, y dá á la vez una idea de toda la defensa de que es susceptible, fortificado segun las reglas del arte, provisto de todos los medios necesarios, y sostenido por tropas bien organizadas. Si otras veces la resistencia fué infructuosa, logrando el enemigo abrirse el paso, esto fué debido, ó á la poca constancia del jefe patriota que mandaba, ó á la falta de disciplina de sus subordinados; ó mas comunmente, á que agotadas las municiones, era forzoso abandonar el puesto. Como estos hechos de armas tienen el carácter de históricos, y son por este motivo de doble interés, se referirán los mas notables con la concision que demanda la naturaleza de este escrito.

Habiendo tenido noticia en Diciembre de 1812 el Sr. general D. Nicolás Bravo, que acababa de encargarse del mando de la Tierra-Caliente de este Departamento, de la salida de Mexico de un valioso convoy con destino á Veracruz, á cargo del brigadier Olazaval, reunió en el Puente Nacional la mayor fuerza posible, levantó un fortín en el cerro de San Fernando, que se halla, como se ha indicado, del lado de Jalapa, é hizo otras preparativos adecuados al intento de impedir á todo trance el paso al convoy. Estas disposiciones fueron coronadas por un éxito feliz. Aunque la crecida fuerza que escoltaba á aquel, atacó con tesón é intrepidez el puesto defendido por los patriotas, fué al cabo rechazada. Obligado entonces el general español á retroceder en solitud de otro paso, tomó en seguida el rumbo de Huatusco, y dando un considerable rodeo por caminos irregulares y escabrosos, logró llegar á su destino despues de una marcha bien dilatada y penosa, que ocasionó como era consiguiente, grandes fatigas á la tropa, y algunas pérdidas al convoy.

Otra de las acciones dignas de relatarse, sin embargo de que su término no fué tan favorable á los llamados insurgentes, como el de la que se acaba de referir, es la que tuvo lugar á fines de 1814, entre una seccion respetable de tropas del rey, que conducian un correo de Veracruz á Jalapa, y la fuerza del mando del capitán José Antonio Martínez; oficial que, sea dicho de paso y en honor de su memoria, llegó á gozar de una ventajosa y bien merecida reputacion aun entre los adversarios mas encarnizados de la noble causa que defendía, por su arrojo, energía y hu-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VERACRUZ

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTUDIOS

manidad. Este oficial, pues, que había molestado con tesón desde Loma-Alta á Paso de Ovejas, es decir, por un espacio de dos leguas, la retaguardia de la fuerza contraria, observando que ésta había hecho alto en el último punto, emprendió una rápida marcha de flanco con dirección al Puente Nacional, del cual se posesionó, cerrándolo en el acto con una trincheira de piedras, y una tala de espino; cuando el enemigo se presentó, fué rebuido con un vivo fuego. Dos veces intentó quitar la tala para asaltar la trincheira, y ambas veces tuvo que retroceder en desorden, dejando abandonada una pieza de campaña que había apesoniado para proteger aquella operación. La victoria hubiera premiado seguramente con sus laurelos la decisión de los soldados del bizarro Martínez, si hubieran contado con las municiones necesarias para sostener el punto por mas tiempo. Faltos de ellas, los fué forzoso retirarse, y la seccion realista pudo en consecuencia proseguir su marcha; ventaja que le fué no poco costosa, por haber sido considerable el número de sus muertos y heridos.

El primer encuentro que tuvo en la provincia de Veracruz el Sr. general D. Guadalupe Victoria, de grato recuerdo, con las tropas del rey, fué en el Puente Nacional. Noticioso este insigne caudillo de hallarse en camino un cenovoy, procedente de la plaza de aquel nombre, con destino á México, dispuso se fortificara violentamente el punto mencionado, encargo de su defensa á un gefe de conocido valor, y se puso á la cabeza de una seccion de caballería, para operar exteriormente contra el enemigo, cuando se hallara empeñado sobre el propio punto. La fuerza que escoltaba el cenovoy, no escusó ciertamente peligro ni fatiga de ningún género para franquear el paso. Un día entero estuvo batiendo al Puente con actividad, al mismo tiempo que se defendió de la caballería del señor Victoria que la molestaba bastantemente por la retaguardia; sus tentativas para tomar por asalto las improvisadas fortificaciones de los patriotas, fueron diversas y rigorosas; pero todo fué infructuoso. Considerando entonces el gefe encargado del cenovoy que sus operaciones sucesivas no debían ser mas felices: que los ataques de la fuerza que tenía á su espalda debían ser cada vez mas atrevidos; que un movimiento retrogrado era muy espeso y difícil; y finalmente, que su permanencia en el lugar en que se hallaba debía conducirle á los penosos extremos de rendirse ó perecer; por salir de tan crítica y angustiada situación, resolvió evadirse durante la noche por el camino lateral de Chiptla, dejando el cargamento que por su mayor peso le era imposible llevar. Habiendo tenido la buena suerte de levantar su campo sin ser sentido por los patrio-

tas, y tomado la áspera senda que queda expresada, salió al otro día al camino principal cerca de la Calera, dos leguas mas arriba del Puente, aunque con la pérdida del único cañon que tenía, y del resto del cargamento, por haberle sido forzoso abandonar uno y otro en el tránsito.

El último ataque que sufrió el Puente Nacional en el transcurso de la primera guerra de independencia, aunque proporcionó un día de gloria á los antiguos patriotas, fué al fin tan fatal para estos por su término, como por sus consecuencias. El gobierno virreinal con la mira de facilitar la comunicacion de la capital del reino con el puerto principal, y para precaver á la vez en lo sucesivo los descalabros que habian experimentado hasta ese tiempo los convoyes y los correos en el tránsito de Veracruz á Jalapa y viceversa, determinó se estableciera un campamento militar entre ambas ciudades, cuya operación se encomendó al brigadier D. Fernando Miyares, quien se dirigió en consecuencia con una respetable division á ocupar los puntos mas apropiados para establecer la respectiva linea de destacamentos. Luego que situó el del Plan del Río, construyendo para la seguridad de esta fuerza un reducido de mampostería en la altura inmediata mas dominante, siguió sobre el Puente Nacional, en el cual encontró regularmente fortificado y bien cubierto por las tropas del mando del Sr. Victoria, el cerro que se halla á la derecha, bajando del interior. El general realista creyendo fácil apoderarse del fortín levantado en la cima de aquella eminencia, resolvió atacarlo en el acto, y el coronel de Lobos, Márquez Donallo, marchó animosamente al asalto, llevando al cuerpo de su mando con él arma á discrecion. Mas lejos de que desconcertara á los patriotas la actitud imponente de esta columna, la dejaron subir sin la mas leve oposicion hasta bien cerca de los parapetos, y rompiéndolos entones un vivo fuego, le obligaron á retroceder precipitadamente. Frustrada esta intencion, y penetrado desde luego el brigadier Miyares de que otra de igual clase debió tener igual resultado, adoptó el partido de bloquear el puesto y burló activamente con artillería. Despues de ocho días de un fuego incesante, el gefe á quien el Sr. Victoria habia encomendado la defensa de esa interesante posicion, la abandonó por un impulso superable de debilidad, retirándose con la fuerza que tenía á sus órdenes por el rumbo de Chiptla, en la madrugada del día de la Purísima Concepcion, por cuya circunstancia se dió el cerro este nombre, que como se ha dicho, lleva todavía. Realizado, pues, el intento de Miyares, las tropas del rey se posesionaron sólidamente de un punto hasta entones tan disputado, regando tantas veces con sangre española y mexicana, y lo conservaron hasta el año de 1821, en que resonó

por tercera vez y con mas feliz éxito el grito de independencia.

Aun despues de esta época memorable, no ha dejado el Puente Nacional de suministrar materia para las páginas de nuestra historia, destinadas á la relacion de los acontecimientos militares. Proclamada la república en 2 de Enero de 1823 por el benemérito general presidente, el reconocido general D. Guadalupe Victoria que se unió al instante á S. E. para ayudarlo en su grandiosa empresa, ocupó con una regular fuerza al punto á que se alude, el cual fué poco despues bloqueado por las tropas imperiales, cuyos esfuerzos para tomarlo fueron tan inútiles como los que impidieron para apoderarse de Veracruz las que se hallaban sobre aquella plaza. Ocupado asimismo en 1828 por una seccion de las tropas pronunciadas por el plan de Perote, fué igualmente bloqueado por las del gobierno, las cuales lograron posesionarse de él, porque agotados los recursos de las primeras les fué forzoso evacuarlo. Finalmente, en el año de 1832 que las guariciones de Veracruz y Uliá se declararon contra el ministerio del general Bustamante, fué ocupado tambien el propio punto al principio de tan dilatada campaña, por las tropas llamadas ministeriales; habiendo tenido lugar en el despues de la separacion de aquellas, las conferencias acordadas en el convenio de Corral-Falso, con el objeto de procurar un acomodamiento entre las fuerzas beligerantes.

Aunque en el *Mosáico* se publicó un artículo sobre el Puente Nacional, no por esto es el presente inoportuno, porque el primero á causa de su poca estension, no podia dar una idea exacta del importante punto á que se contraía, ni una noticia que instruyera siquiera medianamente de los remarcables acontecimientos de que ha sido teatro el propio punto. Esta consideracion ha impulsado, pues, al que suscribe, á encargarse del asunto para tratarlo, si no con perfeccion, al menos con el necesario detenimiento.

(Escrito para el Museo por J. Soto.)

LA MUERTE DEL CORAZON.

¡Pobres Elisa! voló de tus mejillas
El purpúreo carmin que las pintaba,
Cual vuelan desaparecidas las hojillas
De la flor que galana se ostentaba.
Reña del bosque, gala del pensil,
¡Pobre niña! tan bella, tan virtuosa;
Era tu vida dulce e inocente
Como la de la frágil mariposa.
Que vagó desolada en el ambiente
Que espalhan las praderas en Abril.

Cual corre entre las guijas apatible
El tímido arroyuelo trasparente,

Sin pensar que tal vez no es imposible,
Que vaya al torbio y bramador torrente
Sus difanos cristales á perder.
Tú, ¡pobre cristales desvalida,
Arrullada en tus grasas flusiones,
Enturbialas las aguas de tu vida,
Mazelando en un torrente de pastores
La pura linfa de tu claro ser.

De entonces ¡ay! el mundo que muy bello
Apareció á tus ojos celestiales,
Es lobrega prision, y ni un destello
De esos mentidos gozes mundanales
Alumbra tu desgracia y tu dolor.

Desdichada, ignorabas que en la vida,
Almas como la tuya de paloma,
Flores son que la nieve derretida
Arranca de sus tallo, y sin aroma
Yertas deja sin brillo y sin color.

Ignorabas que amor, Elisa mía,
Es un fuego sagrado que se apaga,
Dejando al alma solitaria y fría,
Cual la neblina tenebrosa y vaga
Que no alumbra jamás la luz del sol.
Ignorabas que amor es como un faro
Cuya luz si se estingue naufragamos,
Y en profundo y amargo desamparo
En ancho mar sin brújula bogamos,
Sin esperanzas ¡ay! y sin timon.

Así, mi pobre Elisa, solitaria
En tu triste orfandad y desamparo,
Es tu llanto la última plegaria
Que dirigiste al moribundo faro
Que para tí por siempre se apagó.
Así en tu edad tranquila la horrasca
Sufriste horrenda de la dura suerte,
Y solo esperas que el Señor te plazca
Envíarte el triste alivio de la muerte,
Postrer remedio á tu fatal dolor.

Una lágrima sola tú vertiste,
Postrera muerte de dolor profundo,
Como el último acento moribundo
Que vibra del poeta en el llanto.

Cual la pálida luz que el sol derrama
En el lobrego seno de los mares,
Como el último son de los cantares
Que las aves dirigen á la luz.

Miradla ahí con su fatal sonrisa;
Miradla sumergida en su agonía;
Mirad como se pierde y se extravía
La luz de su clarísima razón.
No tiene ya delicias en la vida,
Perdió la dulce paz que la cerebala;
La pobre niña con delirio amaba;
Mas no ama ya. . . . murió su corazón.

TARHUI.

(Escrito para el Museo.)

La Partida del Guerrero.

MUSICA DE DON R. P.—LETRA DE DON GUILERMO PRIETO.

ALLEGRO. *con Sa.*

CON BRIO. *con Sa.*

con Sa.

con Sa.

ff

A dios!! me gir---cum--da la bé---li---ca pom-pa ya ir--

ri--ta la trom-pa so-no-ra el va---lor,

la bé---li---ca pom-pa ya ir---ta la

trom---pa so--no--ra el va---lor. ya pue--blan los ai---res los

grit--tos de guer--ra, ya cim--bra, la tier---ra, la voz del ca---

Non ya cim-bra la tier-ra, la voz del ca-ñon. Al

ron-co re-do-ble de parches guer-re-ros ban-de-ras ya-

ce-ros lu-cien-do do quier, y al vi-va en-tu-ssis-ta que e-

le-va el va-lien-te, so-gu-ro sin pa-cien-te re-lin-cha el cor-

cel, al ron-co re-do-ble de par-ches guer-re-ros, ban-

de-ras ya-ces-ros, lu-cien-do do quier, y al vi-va en-tu-

ssis-ta, que e-le-va el va-lien-te, re-lin-cha el cor-cel, y al vi-va en-

tu-ssis-ta, que e-le-va el va-lien-te, so-gu-ro sin pa-cien-te re-
con Sa.

lin-cha el cor-... cel / fo-go so-im-pa-ciente re-lin-cha el cor-... cel.

Adios! me olvidada la bella pompa,
Ya brinca la trompa sonora el valor;
Ya pueblan los aires los gritos de guerra:
Ya cimbra la tierra la voz del cañon.

Al roncó reoble de párelos guerreros,
Banderas y aceros relucen do quier...
Y al ¡viva! entusiasta que eleva el valiente,
Fugoso, impaciente, relincha el corcel.

La música vierte su alegre armonía;
Adios, vida mía, mi encanto, mi bien;

La frente en que ardiente un beso se embebe,
Forzoso es que lleve de gloria el laurel.

¡Oh glorias! ¡Oh delirio del noble soldado!
Mi encanto adorado, mi tierna delidad,
Ensueño del niño, del joven encanto,
Recuerdo el mas santo del fiel militar.

Mirad! ya partieron; la gloria ó la tumba!
El bronco reumba, y anáblase el sul.
Adios!... de su acero se ven los reflejos,
Y se oye á lo lejos rugiendo el cañon.—G. F.

BOLETIN SEMANARIO.

Pocas cosas han sucedido en la presente semana, que merezcan llamar la atención de los lectores del Museo que buscan en este periódico un rato de solaz; pero no ha sucedido así para los que se interesan por los sucesos políticos del país.

El domingo último de Septiembre se reunió el colegio electoral, y según se nos dijo, despues de acalorados debates, se fijó definitivamente en los individuos que deben ser diputados al congreso nacional. La elección parece que no ha salido en lo general á gusto de ninguno de los partidos que contendieron. En cambio á nosotros, humildes folletinistas y componedores de cuentos y novelas, solo deseamos tengan acierto los nuevos padres de la patria, cualquiera que sea su color político.

En estos días ha llamado la atención del público, el Manifiesto del supremo gobierno sobre la campaña de Yucatan, y llamó particularmente la nuestra, la manifestacion del distinguido literato D. Andrés Quintana Roo. Este documento merece vivir eternamente como una selecta pieza histórica y literaria, y hará eterno honor á la pluma que lo produjo, y á la nacion que cuenta entre sus hijos al Sr. Quintana Roo.

Los disgustos entre el encargado de negocios de la Gran Bretaña, y el gobierno mexicano, parece que han continuado, dando hasta ahora por resultado la interrupcion de las relaciones mer-

cantiles, hasta tanto se reciben comunicaciones de S. M. la reina Victoria.

Ha fallecido el sábado último, la viuda del general D. José María Mexia.

TEATROS.

En el principal se han representado algunas piezas nuevas. Maria, ó la niña abandonada, que es una composicion muy mediana, por no decir mala, y que no sabemos ni por qué razón se anunció con letras tan de bulto en el convite, ni por qué perdieron su tiempo los actores en estudiar semejante pieza, pudiendo emplearlo en poner comedias mas del gusto del público.

La Zaida de Garcia Gutierrez, aunque con una hermosa versificacion, es muy semejante en el argumento á la Judia de Toledo de Asquerino, de que hemos hablado en el Siglo XIX. Las demas funciones se han reducido á repetir comedias mas ó menos nuevas; pero que el público sabe ya de memoria. Si puede decirse que algo notable ha habido en el teatro principal, es un padeñú bailado por la señorita Doña Josefina Pautrot, que ha merecido justos aplausos. Estába anunciado un baile por el señor Villanueva, con quien sabe cuantas docenas de cuchillos atados en los pies, y felizmente no se ejecutó este espectáculo, muy propio para las maromas del Puente Quebrado; pero de todo punto insufrible para un teatro, y que letrará el Principal.

JANIL
COMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

RECUERDOS BIOGRAFICOS.

D. IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.



DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y LINGÜÍSTICAS

Que la independencia, rompiendo el velo que nos ocultaba los progresos científicos y literarios hechos en todas las naciones civilizadas de Europa, poniéndonos en comunicación directa con ellas, y desembarazando otra infinidad de obstáculos con que desde luego se tropezaba en el cultivo de las ciencias y artes, los dados en México un poderoso impulso al movimiento intelectual, es un hecho que no se puede poner en disputa, á vista de esa juventud sedienta de leer, estudiar y escribir que nos rodea, y que llena todas las avenidas que conducen á la fuente del saber.

Entre los primeros jóvenes que desde luego correspondieron á este llamamiento, á la vez patriótico y literario, distinguióse notablemente el malogrado, cuyo grato nombre va al frente de este artículo, y cuyas composiciones han deleitado en los últimos años á los habitantes de la república, habiendo servido sus trabajos literarios de emulación y ejemplo á otros jóvenes, que á su vez han sentido bejar la inspiración á sus pechos, y arder en su alma el fuego de la gloria y de la ciencia.

En compensación de los innumerales obstáculos y dificultades de todo género que tienen que vencer los que se dedican al cultivo de las letras, cuando éstas están todavía en su cuna en algun país, gozan no obstante, de una sola ventaja, inapreciable si se la considera con atención. Por poco escasa que obtegnan sus propios esfuerzos en la carrera que han emprendido, el ejemplo que han dado, la emulación que han hecho nacer, da vida á nuestros ingenios no mas fervientes, pero tal vez mas felices, que ponen manos á la obra con un fondo de esperanza agena, que les ahorra inútiles tentativas y los coloca desde luego en el verdadero camino, por el que llegan á esa gloria tras que en vano corrió su modelo, y que va á relajarle y á cubrir con su luz la frente del maestro que los despertó de su sueño. Lejos de nosotros sin embargo, el creer que la memoria de Rodríguez necesite de esa luz agena, para brillar en nuestros annales literarios; creemos por el contrario, que la posteridad siempre imparcial, subirá apreciar su propio mérito con mas justicia aún que

sus contemporáneos; pero al recordar que uno de los jóvenes que hoy dan mas bellas esperanzas (1), llamó acaso por primera vez la atención pública, por los sentidos y patéticos lamentos que consagró á la muerte de nuestro poeta, compácese pensar que sobre sus cenizas, aun tibias, nuevos cantores sorprendieron sus armonías, y en el mismo tono con que habia llorado la muerte de otros, lloraron su propia pérdida. Reflexion consobadora para la causa de las letras, si bien no basta á templar el dolor de sus amigos.

Una existencia que como la de D. Ignacio Rodríguez, se distinguió mas por el trabajo interior y progresivo de la inteligencia, que por la variedad de situaciones y sucesos exteriores; una existencia á que tan pronto vino á poner fin una muerte prematura, da poco que decir bajo un aspecto, al mismo tiempo que bajo otro presenta materiales inmensos, muy superiores á los límites en que se debe encerrar este artículo, y á la capacidad del que lo escribe. Una vida de esa clase está toda en los escritos: allí es donde el biógrafo, crítico por necesidad, debe ir á sorprender el desarrollo gradual del ingenio, á seguir la marcha del espíritu, á palpar la influencia que ejercian sobre el escritor, los libros que leía, las nuevas ideas que despertaba en el estudio. Una biografía de este género, escrita con tino, sería, como todo lo que se hace con él, muy amena é instructiva: sería ademas ofrenda digna á la memoria de nuestro amigo, pues sola ella podría poner en su verdadera luz todos sus trabajos, todos los obstáculos que tuvo que vencer, y superó felizmente á fuerza de estudio, en la carrera que habia emprendido; todas las vigili-
 (1) D. Ramón L. Alcaraz.

no por eso mas poética, de atender á la vida, solo las noches y no todas, podia dedicar al alimento del espíritu. Se puede asegurar sin temor de equivocarse, que casi todas sus composiciones han sido escritas en medio del silencio de la noche: tal vez á la luz del sol, y llegando á sus oídos el ruido de ese mundo que durante el día se agita y se entrega á los placeres, su genio habria tomado una fisonomía mas risueña.

Interesantísimo, repito, que sería el cuadro de la vida laboriosa de D. Ignacio Rodríguez, trazado bajo ese plan por una mano hábil: en él natural y necesariamente se presentarían á la pluma del escritor, con ocasión de los estudios del poeta, y con motivo de sus sucesivas producciones, mil cuestiones importantes que amenazarían su asunto por su interés, y lo harían útil por su gravedad, relativas ya á la literatura en general, ya á los caracteres que la abrazado en México, y á la influencia que sobre este último han ejercido los escritos de nuestro amigo. Desde la época en que solo resonaba la lira mexicana con tonos imitados de Meléndez, hasta el día de hoy, en que es eco de las literaturas indígenas de Inglaterra y Alemania, de la copia de estas la francesa moderna, y de la antigua española, una completa revolución literaria se ha efectuado en México. Que Rodríguez fue el primer defensor que tuvieron las nuevas doctrinas, no se puede poner en disputa; y que aun después que halló compañeros para la misma obra, permaneció siempre el mas ardiente, el mas infatigable, el mas laborioso, es un hecho en favor del cual deponen todos sus escritos en prosa y verso (1). En unos y otros, ya con el ejemplo, ya con la proclamação, jemas olvidaba sus ideas favoritas: tenia un verdadero fanatismo por ellas, y secundado por una constancia, que nada era capaz de hacer desmayar, tarde ó temprano habia de obtener la palma del triunfo.

Prescindiendo de esta clase de consideraciones, la historia de Rodríguez está reducida á tres palabras: nació, vivió infeliz, murió. En su vida podrían acaso notarse algunos incidentes de aquellos que suelen ser frecuentes en una juventud ardiente y ávida de emociones, algunas pasiones que contribúan á alimentar la actividad interior de su alma; pero si el mismo fue tan reservado en vida, y se abstuvo de publicar composiciones en que halló alusiones demasiado claras á la perso-

(1) D. José María Heredia, D. José Joaquín Pendo y D. Guillermo Prieto, habian escrito bellísimas composiciones en el gusto de la nueva escuela, antes que salieran á luz las primeras de D. Ignacio Rodríguez; pero ninguno antes que él, y acaso ni aun después, ha tenido ese ardiente espíritu, por dentro así, de secta, que le hacia no perder nunca de vista en ninguno de sus escritos, los nuevos principios. A mayor dicho, la entusiasmación de las antiguas reglas que ha venido á proclamar el romanticismo

na de su amada, ¿con qué derecho sus amigos revelarían lo que él quiso tener oculto? Creemos, no obstante, sin que se nos acuse de indiscreción, poder publicar las tres últimas octavas de una poesía de ese género, pues por desgracia la circunstancia que refiere es tan comun en la sociedad que no podrá servir á descubrir la heroína.

Respetemos, empero, la desgracia De jóven que infeliz desde la cuna, De una madre cruel perdió la gracia, Y en los garras cayó de la fortuna. Madre que ardiendo en impureza, sacia El deseo pútrax que la importuna. Y porque así el honor (honor!) lo escaja, Como vil animal regala su hija. . . .

¡Madre! . . . ¡Sagrado nombre! y te profano Una hembra criminal y disoluta Que recogida en la opulencia vana Lanza á su niña cual podrida fruta! ¡Madre será la impura cortesana Que de zambros y cráspulas disfruta, Mientras vaga su hija sin abrigo! . . . Si tal es una madre, la maldigo.

¡No! ¡No! Una madre á socorrernos vuela Si el infortunio atroz nos amenaza: Es enviado de Dios que nos consuela Cuando el dolor nuestra alma despedaza; Angel que al niño cuando duerme vela, Y le sirve de escudo y de coraza. Una madre es así. . . Yo tuve una: Robóme la envidiosa la fortuna.

Nunca mas elevada, mas humana y filantrópica la misión de la poesía, que cuando agota todos los colores de su paleta, sus tintas mas fuertes, sus sombras mas pronunciadas, para pintar en todo su horror una de esas escenas en que la humanidad por temor ó vergüenza se despoja de todos los sentimientos naturales, y con valor para haber cometido el crimen, no lo tiene para cargar con sus consecuencias: nunca mas noble que cuando, como en estas octavas, imprime una marca ardiente é ignominiosa, sobre la frente del crimem. Y ántese el bellísimo contraste entre la madre, que como vil animal regala su hija, y la que como un ángel vela su sueño cuando duerme. Todos hemos tenido madre: naturalmente el poeta al hablar de las de otros, pensó en la suya: su piedad filial le imponía como un deber no dejar dudas sobre la madre que le habia cubierto en suertes; no se fuera á creer que los vivos colores con que habia pintado á una madre desnaturalizada los habia encontrado en los sucesos de su propia vida. Cumple religiosamente con este deber en tres palabras; y después, la memoria de que tan pronto le retiró el cielo el favor de una madre que hubiera acudido á consolarlo en el

infortunio de su vida, le arranca este sencillo y tierno verso:

Robóme la envidiosa la fortuna.

Esa madre, D^a María Ignacia Galvan, que tan pronto dejó huérfano á nuestro poeta, lo dió á luz en el pueblo de Tizayuca, en 22 de Marzo de 1816. Bautizado en el lugar de su nacimiento con los nombres de Patricio Ignacio; permaneció en él durante once años, cumplidos los cuales lo condujo su padre, D. José Simón Rodríguez, á México; lo colocó en la librería de su tío materno D. Mariano Galvan, y desde esa época Rodríguez se separó de la casa paterna para no volver á habitar en ella. El 19 de Noviembre de 1840 salió de la casa de su tío, con el objeto de dedicarse á otra clase de ocupaciones que se aviniese mas con sus gustos favoritos, y que le permitiese entregarse con mas constancia á sus estudios predilectos, y en principios de 1842 fue nombrado oficial de la legación extraordinaria cerca de los gobiernos de la América meridional. Partió Rodríguez para su destino el 15 de Mayo, y en la noche del 25 de Julio, atacado del vómito, murió en la Habana, donde al día siguiente fue sepultado su cadáver. ¡Pobre humanidad! ¡Y como la Providencia parece complacerse á veces en trocar el cumplimiento de nuestros deseos, burlando nuestras mas caras esperanzas! Para Heredia habria sido una felicidad el que reposasen sus cenizas en tierra de Cuba; y las de Rodríguez van á ocupar su lugar, y los despojos del primero quedan en México bajo el mismo cielo extraño, que si bien acogió como placer sus acentos robustos, presencié igualmente su prolongada y cruel agonia. D. José María Heredia, en los últimos días de su enfermedad, cuando la suma debilidad del cuerpo no habia servido sino para aumentar la energia de su espíritu, y para hacer mas viva la aguda sensibilidad de sus dolores, se arrastraba á veces en medio de sus padecimientos físicos hasta la librería de Galvan, á hablar un rato con Rodríguez, á buscar en su corazón simpatías de poeta, á maldecir juntos un rato de la poesía, fuente de la desventura de ambos, como se hace á veces con lo que mas se ama, y á predecirle á orillas del sepulcro las crueles desgracias que á él lo habian perseguido en el curso de su vida, y lo habian conducido tan pronto al término de su carrera. Una comun pasión hacia entrever á Heredia para los dos una suerte comun: y de hecho, á poco tiempo, después de una carrera brillante, pero corta; después de haber sentido ambos ese desconsiego interior, patrimonio del genio y de las almas ardientes, descansan las cenizas de ambos en una tierra extranjera, lejos de la patria que ambos amaban.

Hace cinco años, en el de 1839, Rodríguez en una composicion dedicada á D. Joaquín Navar-

ro, al querer pintar sus ilusiones, según lo anuncia el título, describió, desliziándosele la pluma, ese desasosiego interior que lo aguiaba, esos vagos deseos que hacian fluctuar á su alma entre la esperanza y el desengano. Allí está toda la vida de Rodríguez; allí está retratada su alma con mas fidelidad que lo que nosotros podríamos hacerlo en nuestra humilde prosa. No es esa composicion un estudio hecho sobre un modelo que ha entusiasmado y se quiere imitar; no; es un grito partido de lo íntimo del alma, una espresion candida y fiel, de lo que siente el poeta, de los recuerdos que amargan su vida, de las esperanzas que la sostienen, y de los desengaños que se temen de un porvenir en que se tiene poca fé. En esa bellísima composicion, tal vez una de las mas acabadas que escribió nuestro amigo, cada pasion tiene su tono, cada sentimiento su lenguaje. El poeta al hacer memorias sobre lo pasado, al meditar sobre lo presente, y al formar conjeturas sobre lo futuro, halla en todas las épocas de su existencia, en lo que ha gozado, en lo que siente, en lo que espera, ese vacío inmenso que presenta siempre la vida.

La noche está tenebrosa;
Do quiera reina la paz,
Y Paz nocturna,
Y no hay mano cariñosa,
Pero que halague mi faz
Taciturna.
Por donde la vista giro,
Allí retratada miro
La tristeza;
Ansioso tiendo mi mano
Buscando infeliz en vano
Una belleza.
Belleza que con su aliento,
Su mirar, su dulce voz
Y caricias,
Trocará mi abatimiento
Y este martirio feroz
En delicias;
Y ahriego consolador
Me diera contra el dolor
Inelmente:
Y si triste me mirara
Su blanda mano pasara
Por mi frente.
¡Oh! si en mi pecho sintiera
Su pecho (grano desecol)
Palpitár,
¡Oh! si mi nombre se oyera
Por el ancho coliseo
Resonar!

Esta composicion se escribió el 6 de Septiembre; su autor estaba agitado por el temor y la esperanza de la acogida que daría el público al primer drama suyo, que dentro de pocos días debia

representarse, Muñoz, *visitador de México*. El deseo que aquí forma el poeta se cumplió á los veintidós días: todos sus amigos recuerdan con placer la feliz noche del 27 de Septiembre de 1838, en que amedido del entusiasmo y de un delirio universal, salió Rodríguez al foro á recibir el premio de sus tareas, y entre una multitud de aplausos estrepitosos, á oír su nombre

Por el ancho coliseo
Resonar.

En aquel feliz instante
Buscar ansioso á mi amante

Bella y fiel;
Y de mis sienas quitara
Y en las suyas colocara

Mi laurel.
No la ambición me desvela,
Ni amor de oro se abrigó

En mi pecho;
Ni de damasco la tela
Suspirando extrañe yo

En mi lecho.
Abrasa mi corazón
La ardiente voraz pasión

De la gloria;
¡Oh si en mi patria querida
Durara mas que mi vida

Mi memoria!

Este segundo deseo de Rodríguez se ha cumplido también: mientras exista uno solo de sus amigos, su memoria tendrá un corazón en que abrigarse, y podrá siempre ser presentado á los jóvenes como un modelo de aquella laboriosidad infatigable, sin la cual no se adquiere la gloria; como un ejemplo de aquellas prendas sin las cuales no se tiene un amigo que conserve fresco nuestro recuerdo, cuando la muerte haya echado sobre nosotros la losa del olvido. Ojalá y á estas mal trazadas líneas fuera dado hacer eterna su memoria; jamás hemos deseado tanto estar dotados de uno de esos ingenios que marcan con el sello de la inmortalidad cuanto bañan con su soplo vivificador; pero por fortuna Rodríguez tiene un garante mas seguro de ello en los bellísimos versos que trazaba á inspiraciones de la pasión mas tranquila, pero por eso mismo mas duradera, la melancolía.

La ilusión que me c mnuere
Y mi corazón anima

Y así halaga,
¡Qué cosa es!... Un soplo leve
Que la lámpara reanima

Y la apaga.
Es cual rápido placer
Que arrebatá á la mujer

Su hermosura.
Brisa que mece las flores
Robándoles sus olores

Y fresca.

Dolirando, en mi amargura
Veo á mis padres amados

Que me cercan;
Y me miran con ternura
Y de gozo enagenados

Se me acercan.
Se agita mi corazón:
Aquella dulce vision

¡Cuál me asombra!
Temo, me adelanto, dudo,
Y estrecho, de terror mudo....

¡Una sombra!
Si agobiados mis sentidos
Busco descanso á mi pena

En la cama,
Blandamente en mis oídos
La voz de mi madre suena

Que me llama.
Y tu faz amable y grata
En mi mente se retrata,

Madre mia;
Sonríe, me correspondes:
Pero te hablo y no respondes....

¡Suerte impial

—
¡Has sentido, amigo mio,
Como yo, en tu corazón,
Ya una bárbara opresión,

O ya lánguido vascío?
Y los días,
Pasando por tu cabeza,

Te dejan solo tristeza,
Tedio atroz, melancolía?
Prefiere de pena acerba

El asolador estrago,
Al deseo inquieto, vago,
Que mis sentidos enerra.

—
Bascaris
Objetos que llenen tu alma,

Y solo pesada calma.
Donde quiera encontraras.
De la ciudad la estrechura

Ardiente dejar ansio,
Y en un ligero navio
Surcar la inmensa llanura

De la mar.

Nuestro poeta desato, dejó conforme á sus deseos la estrecha ciudad que habitaba, y fué á trocarla por una habitacion mas estrecha lejos de su pais: surcó el mar, y el navio fué bien ligero para trasplantarlo á la tierra de su sepultura; pero no para sacarlo á tiempo de enmedio del clima mortífero á que lo habia conducido. Nueve días antes de su muerte se incendió el buque á cuyo bordo debia salir de la Habana al día siguiente, circunstancia que lo retuvo para siempre en las playas que guardan sus restos. ¡Quién habia de decir á nuestro amigo, que tan bien es-

pera en sus versos el ansia que lo devoraba por viajar, que el principio del cumplimiento de esta esperanza seria el término de su carrera, y que desataba su muerte al formar este inocente deseo!

De la ciudad la estrechura
Ardiente dejar ansio,
Y en un ligero navio

Surcar la inmensa llanura
De la mar;

Y sentado en la ancha popa,
Las ricas playas de Europa
A lo lejos divisar,

Ya en la orilla del Genil
O en la Alhambra colosal
Miro la sombra fatal

Del inhumano Boabdil.
Ya en Sevilla
Miro la Giralda hermosa,

La Giralda prodigiosa,
De la España maravilla.
Ya estar en Venecia quiero,

Y en una noche serena
Oigo dulce cantilena
Y el remo del gondolero;

Y al besar
Bajo de góticos arcos,
La campana de San Márcos

Temblando siento vibrar.
A Jerusalem visito:
El sepulcro miro ya;

Y ya escucho en Josafat
De los Profetas el grito.

—
Relumbrar
Miro del árabe fiero

El corvo tajante acero,
Y oigo el corcel relinchar.
Pero mi patria adorada

En la mi mente aparece:
Veo que opulenta crece
Del mundo todo acatada:

—
¡Oh placer!
¡Oh incomparable ventura!...
¡Qué envidiada es su hermosura!

¡Qué temido su poder!
¡Oh nécia imaginación!...
¡Quien sabe si ante mis ojos

Serán sus campos despojos
De una pérdida nación!

—
Veracruz
Al zumbir de la granada,
¡Tal vez se verá alumbra

Del incendio con la luz.

El poeta no está encadenado por los lazos del amor; sus padres no existen; desea viajar; no hay nada que lo detenga; desea vagar para ver si recorriendo el mundo halla donde llenar ese vacío que siente en el corazón; pero el destino parece tan difícil de realizarse como la felicidad de su patria, sobre cuya suerte en busca de con-

—
Tom II.—xii

suelos, dirigió en vano una triste mirada. Sin embargo, Rodríguez pisó la tierra de esa misma Veracruz, que poco tiempo despues de su profecía se vió alumbra por la luz de las bombas; sintió su cuerpo sacudido por las olas del Océano; no: un año hace que su alma se ha ido á unir á la de sus padres, y su patria no ha dado un solo paso en la carrera de la dicha. Fíjese de un cuadro tan sombrío, ¡sólamente volver los ojos á la amistad: pero allí mismo encontrará, como nosotros, una nueva espina.

En tan feroz desconcierto,
En tan horrible tormenta,
Mi espíritu se amedrenta:

La amistad será mi puerto
De salud.
Venid, amigos, á mí,

Venid.... Uno falta.... Allí
Mirando estoy su ataúd!

Larrañaga, amigo suyo é íntimo nuestro, acababa de morir en el mes de Agosto; sus almas están ya unidas; pero mientras que Rodríguez miraba el ataúd de su amigo, y tenía sus cenizas para desahogar sobre ellas su dolor, una tierra estrangera guarda los despojos del primero, y solo su memoria, pero no su sepulcro, puede ser visitada por nosotros, regala por nuestras lágrimas y saludada con nuestros suspiros.

México, Septiembre 21 de 1843.—J.

EN LA MUERTE

D. IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.

Como anhelo se me muere
Y así me voy en las foz,
Cálidos de la tierra.

—
Mueras, mueres.... feliz tú
Que abandonas este suelo;

Feliz tú que vas al cielo,
Y que cesas de gemir.

—
¡Joven mueres, si, muy joven
De aqueste mundo te alejas,
Sus galas, sus pompas dejas,
Y no lloras al morir....!

—
¡Llorar!... tú que conociste
Sus quimeras, y sus locas
Vanidades, cuando tocas
De la vida el lúlide ya:

—
¡Llorar!... tú que de dolores
El cáliz siempre apuraste,
Tú que gemiste y lloraste
Siempre en tu vida fogaz:

—
Tú, cuyos cantos divinos
De tu alma son el espejo,
Donde eco vivo reflejo
Se retrata tu dolor:

—
¡Llorar!... no: que en cambio vago
En tu labio una sonría,

Mas suave que la brisa
Que mece la blanca flor.

Abandonado en la tierra,
Solo tal vez desde niño,
Quizá el maternal cariño
Nunca tu infancia arrulló.
Y de entonces tu mirada
Melancólica, abatida,
En el festín de la vida
Nunca alegre sonrió.

Y por el mundo vagaste,
Despreciado, sin consuelo;
Mas tu génio alzó su vuelo
Y su ala hirió tu laúd;
Y amaste: . . . tu primer canto
Fue tal vez de amor un trino,
Que alzó el fiero destino
De tu infansta juventud.

Una virgen no encontraste
Pura, cual tú la idealas,
Ni en el en tu amor soñabas
Encontraste una mujer;
Y la historia de tu vida
Tal vez pasó sin amores,
Tal vez entre los horrores
De un continuo padecer. . .

Pero cantaste á María,
Cantaste al ángel luciente,
Y tu corazón ardiente
Latió al cantar al Señor.
Cantaste á los hombres miseros,
Cuando en la desgracia gimen;
Cantaste tambien al crimen;
Pero con canto de horror.

Y dolientes, y terribles
Tus súbiles concepciones,
Conmueven los corazones
Y los hielan de terror;
Y la amargura de tu alma
Se retrata en todas ellas.
Son las sentidas querellas
De un llagado corazón.

Ries. . . porque ya descubres
Un mar inmenso de gloria,
Porque no hay en tí memoria
Ya de este mundo, al partir.
Porque al nacer al poeta
Eschala triste vagido;
Al padecer, un gemido;
Y una sonrisa al morir. . .

Yo tambien, cual tú padecio;
Cual tú gimo; cual tú, peno;
Como tú he vivido ageno,
De la dicha, del placer.

Y el corazón me desgarra
Un recuerdo, una memoria. . .
Tambien es triste mi historia,
Como la tuya lo fué.

Huye, huye de este mundo;
Huye de su loca orgia,
Que ya en el cielo Maria
Espere tu corazón;
Y aquel ángel la acompaña,
Aquel ángel que soñaste,
Y en tus ensueños cantaste
Con ternura y devoción.

Ambos luciente aureola
Preparan allá á esa frente
Que en el mundo indierente
Coronó nuestra virtud. . .
Vuela, vuela. . . que inmortal
Serás en tu patria y mia
Mientras dure la armonía
De tu sonoro laúd.

Agosto 24 de 1842.—RAMON L. ALGARAZ.

Pensamientos.

UNA mujer coqueta nunca desecha la pretension de agradar, y el concepto que tiene de su belleza. Mira el tiempo y los años como una cosa que solamente arruga y afea á las demas mugeres, olvidándose de que la edad está escrita en su rostro. El mismo atavio que embelleció en otro tiempo su juventud, desfigura ahora su fisonomía y realza los defectos de su vejez. El melindre y la afectacion, no la desamparan ni en el dolor, ni en la fiebre; muere ataviada y con ciñtas de color.—L. B.

Si fúsemos inmortales, seríamos seres muy miserables: es sin duda muy duro morir; mas es tambien dulcísimo esperar que no siempre se vivirá, y que una mejor vida acabará con las penas de esta.—R.

La tiranía de un príncipe no pone á un estado mas cerca de su ruina, como pone á una república la indiferencia por el bien comun. La ventaja de un estado libre consiste, en que los negocios son mejor administrados, y cuando lo son mal, á lo menos no existen favoritos; pero cuando en lugar de los amigos y de los parientes del príncipe, es necesario hacer la fortuna de los amigos y de los parientes de la que gobiernan en una república, todo está perdido; las leyes son eludidas mas peligrosamente que cuando son violadas por un príncipe, porque siendo éste el primero y el mas grande ciudadano del estado, tiene por lo mismo mayor interés á su conservacion.

(Montesquieu, Grandeza y decadencia de los romanos, Cap. IV.)

CONQUISTADORES DE LA AMÉRICA.

DON DIEGO DE ALMAGRO.

Fué este personaje uno de los aventureros que contribuyeron una eficazmente á someter la América á la corona de España, y es demasiado célebre en la historia, así por la activa parte que tomó en las hazañas de Pizarro, como por su trágico y desgraciado fin. Su nacimiento, como el de Pizarro, fué muy oscuro, pues según Gomara, lo encontró tirado en el umbral de una iglesia de la pequeña ciudad de Almagro (de donde sin duda tomó el apellido), una caritativa mujer que se encargó de criarlo y educarlo. Los historiadores no refieren la época en que Almagro, como tantos otros, pasó á la América en busca de la fortuna; mas se le ve aparecer por primera vez en la escena pública el año de 1535, celebrando con Francisco Pizarro y el sacerdote Hernán Luque, un tratado en que los tres se comprometen de mancoman á emplear sus fortunas y esfuerzos personales en el descubrimiento de nuevas tierras. En cumplimiento de este contrato, se embarcó Pizarro el mismo año en un solo bajel, y acompañado de unos cuantos hombres, y dió la vela con direccion á las costas del Perú.

Durante esta expedicion, en la que se emplearon años, y en la que experimentaron los aventureros fatigas, trabajos y riesgos inauditos, y que no dió por resultado mas que el descubrimiento de una corta porcion de tierra cerca de Tumbes en la costa de Guayaquil, el papel de Almagro se limitó á enviar á Pizarro reiteradas, y á este fin hizo frecuentes viajes de Panamá á varios puntos. El resultado de esta expedicion emprendida con tan escasos recursos, fué la ruina de los tres asociados. Pizarro entonces se marchó á España, y dió por al emperador Carlos V del descubrimiento del Perú, y atribuyéndose todo el merito y honor, con perjuicio de Almagro, pidió y obtuvo el título de Adelantado y gobernador, que obtuvo al mismo tiempo que logró otras ventajas. Contando con estos elementos volvió á Panamá; pero enterado Almagro de su perfidia se indignó altamente, y desde ese momento se encendió entre los dos aventureros un odio profundo que debia algun día ser fatal á ambos.

A fin del año de 1531, Pizarro partió de nuevo solo, con direccion al Perú; desembarcó en Tumbes el 10 de Noviembre del año siguiente, se apoderó en Bajamaras del inca Atahualpa, después de haber degollado á cinco mil personas de la comitiva del desgraciado príncipe Atahualpa, quien para escapar de la muerte habia prometido un rescate cuantioso, pagable en oro: comenzaban á enviar al cautivo de todas partes gruesas sumas, cuando apareció Almagro con cerca de doscientos cincuenta hombres, que antes habia tenido la intencion de captanear por su cuenta y emprender nuevos descubrimientos; pero en el camino el ruido de las riquezas del Perú llegó á su noticia, y juzgó mas ventajoso reunirse con su asociado. Se le rehusó así á él como á sus gentes el darles parte del botín inmenso, á cuya adquisicion no habian cooperado; y sea por vengarse de esto, sea por otra causa; se empeñó ardientemente Almagro en que se diese muerte á Atahualpa.

Después del fin trágico de este infortunado príncipe, Francisco Pizarro envió á España á su hermano Fernando con el fin de anunciar á la corte el resultado de la empresa y pedir ampliacion de poderes. Esta demanda fué acompañada con un regalo que consistia en parte de los despojos del Inca. Entretanto, Pizarro pasó á Cuzco y Almagro lo acompañó, y desde entonces aunó que sin consecuencias de entidad, comenzó á manifestarse el odio que mutuamente animaba á los dos caudillos.

Transcurrieron dos años, durante los cuales los principales jefes que estaban á las órdenes de Pizarro, fueron enviados en diversas direcciones para imponer á los naturales el yugo español! Almagro no recibió comision alguna de este género; mas sin embargo se sabe que en 1533 marchó hasta Quito á socorrer á Benalcázar, que experimentaba la obstinada resistencia de un antiguo general de Atahualpa que se habia refugiado en estos sitios, en union de algunos partidarios. A la vuelta de Almagro á Cuzco, se preparó á invadir al Chile, cuyas riquezas se ponderaban mucho, después de haber tenido con Pizarro; que se hallaba entonces en Lima, seria y detenida que se hallaba entonces en Lima, seria y detenida

da conferencia. Con efecto, á principios del año de 1535, se puso en marcha á la cabeza de quinientos cincuenta españoles, y mas de quince mil indios, destinados para la conduccion de las cargas; pero en vez de tomar el camino de las llanuras, entre las costas del mar Pacifico y los Andes, se empeñó en atravesar la cadena de montañas, á pesar de todos los consejos que se le dieron. Lo que tuvo que sufrir este pequeño ejército en estas montañas inaccesibles, cortadas á cada paso por profundos precipicios y cubiertas de hielos eternos, sobrepaja á todos los tormentos que es capaz de concebir la imaginacion. Ciento cincuenta españoles, y mas de diez mil indios quedaron muertos de frio. Ocho años despues el segundo virrey Alderete envió á reconocer si habian quedado huellas de esta memorable expedicion, se encontraron los cadáveres balados en la misma posicion que tenian al tiempo de morir: los de los españoles tenian todavía la brida de los caballos enredada en las manos, y en una actitud de caballeros que disfrutaban perfecto reposo.

Legó, por fin, Almagro al valle de Copiapo, donde fue acogido perfectamente por los indios, que conociendo la sed de oro de que estaban devorados los extranjeros, se apresuraron á regalarles todo el que tenian en su poder, de suerte que en poco tiempo reunieron los españoles un valor poco mas ó menos equivalente á trescientos mil ducados. Dirigióse en seguida hacia el Sur del pais; pero algunos actos de crueldad ejercidos por él y sus gentes, sublevaron á los indios, y tuvo que sostener varios combates, de los cuales salió siempre victorioso. Seis meses hacia que estaba ocupado de estas conquistas, cuando dos capitanes españoles que conducian doscientos hombres de refuerzo, le anunciaron el regreso de Fernando Pizarro, á quien Carlos V habia acogido con distincion, y convirtiéndolo de nuevo con el título de marqués para su hermano, la confirmacion de su autoridad, y una donacion de sesenta leguas de terreno que debian añadirse á las doscientas que se le concedieron por las primeras patentes, y que debian medirse desde la línea equinoccial en adelante. Almagro fué al mismo tiempo nombrado *adelantado* y se le concedian tambien doscientas leguas de terreno colindantes al Sur con el de Pizarro. Al enterarse Almagro de estas nuevas, consideró que podia quedar en absoluta posesion del Chile, y formar un imperio, rival del de Pizarro, y lleno de ambicion se propuso regresar al Perú.

Cuzco, la ciudad del sol, era el objeto de su ambicion, y cuyo dominio habia disputado mas de una vez á Pizarro, formaba segu su cálculo, parte de su gobierno, y se apresuraba por tanto en entrar en posesion de ella. La real

cedula, desgraciadamente no estaba concebida con la claridad que hubiera sido de desearse, y daba lugar á disputas en materia de tanta importancia. Volvió, pues, Almagro sobre sus pasos, y en esta vez en lugar de tomar el camino de los Andes, prefirió atravesar el desierto de Atacama, que separa al Perú del Chile y llegó á su destino, sin mas contratiempo que la pérdida de unos cuantos soldados.

Durante su ausencia, graves revueltas habian acaecido en el Perú. El legitimo heredero del imperio de los incas, Manco Capac, cansado de aguardar el vano efecto de las promesas que le habia hecho Pizarro de colocarlo en el trono de sus antecesoros, se resolvió á comenzar las hostilidades, cuyo principio fué la sublevacion de numerosas masas de naturales, y la destruccion (segun asegura Pedro de Leon) de mas de setecientos españoles. La llegada de Almagro puso fin á estas campañas, pues no hallándose Manco Capac en estado de resistir á los enemigos, se fué á las montañas y no volvió á aparecer jamas.

Almagro se dirigió á las inmediaciones de Cuzco, donde se hallaban á la sazón, Fernando y Gonzalo Pizarro, y se apoderó de ellos y de la ciudad por medio de la traicion. Francisco Pizarro que estaba en Trujillo, envió al socorro de sus hermanos algunos cientos de hombres al mando de Alonso de Alvarado. Almagro marchó al encuentro de éste, y la accion tuvo lugar en las márgenes del Rio Abancay: dando por resultado la prision de Alvarado, y la completa derrota de sus tropas. Dilatadas negociaciones ya pacíficas, ya hostiles, comenzaron entonces entre Almagro y Pizarro, dando por lo pronto el resultado de que la catedral se decidiese por árbitros imparciales, y que los prisioneros fuesen puestos en libertad, lo cual se ejecutó. Finalmente, los dos hijos tuvieron una entrevista, en la que habiéndose separado mas desavenidos que nunca, resolvieron terminar la querrela por medio de las armas. Fernando Pizarro fué el comisionado por su hermano para mediar la expedicion que se dirigió sobre Cuzco, donde el contrario se habia retirado, y la accion tuvo lugar en las cercanias de esta ciudad, en las llanuras de las Salinas, el 6 de Abril de 1538. Los pizarristas obtuvieron la victoria; pero la mancharon con el asesinato de todos los prisioneros, barbaridad inaudita y digna de los conquistadores de America! Almagro, que á la sazón estaba enfermo, y que asistió al combate desde una altura, viendo la cabal derrota de sus tropas, apeló á la fuga y se encaminó á la ciudad, donde sin oponer resistencia alguna, se dejó hacer prisionero. Fernando Pizarro, á quien Almagro habia perdonado cuando estaba en su poder, recompensó esta generosidad, mandándole construir brevemente una sumaria y condenándolo

á muerte. Al saber la sentencia Almagro, que tenia entonces sesenta y cinco años, y estenuado con las fatigas y trabajos de la guerra, se abaló de una manera indigna de su vida pasada, á fin de conmovér á sus verdugos, y salvar el corto resto de dias que le quedaban. Todo lo que consiguió fué el que se le concediera el ser ahorcado secretamente en la prision, como se efectuó; mas en seguida su cadáver fué colocado en un cadalso erigido en la plaza mayor, y allí el verdugo le cortó la cabeza. Un dia entero permaneció el cadáver á la espectacion pública, sin que ni sus amigos (que eran muchos) ni sus enemigos, se atreviesen á retirarlo. Ya muy entrada la tarde, dice Garcilazo de la Vega, un negro que habia sido esclavo del pobre difunto, compró como Dios le dió á entender, un miserable lienzo; envolvió en él á su amo, y acopiado de algunos indios que habian sido tambien servidores de D. Diego, lo llevaron á la Iglesia de nuestra Señora de la Merced, donde los religiosos derramando muchas lágrimas, le dieron sepultura en una capilla que está de fuera del altar mayor. Así acabó su vida el gran D. Diego de Almagro, que no dejó otra memoria mas que la de sus altos hechos, y la de su trágico fin.

Almagro, como todos los conquistadores, poseia altas cualidades: era valiente, sufrido, y constante en sus propósitos; pero su genio era violento y lo dominaban un orgullo y ambicion sin límites. Se cansó de él hecho que prueban una gran generosidad. Al partir para Chile prestó á sus soldados mas de treinta mil ducados, y á su llegada á Copiapo, en recompensa de las fatigas que habian soportado, les perdonó la deuda y rompió los recibos y obligaciones que le habian otorgado. Si la suerte no le hubiese dado por rival á un hombre mas hábil que él, su nombre figuraria en primer lugar, entre los de los aventureros que inundaron á la America de sangre y de lágrimas.

Despues de todo es imposible compadecerlo, pues su muerte no fué mas que el cumplimiento del justo decreto de la Providencia que condenó á los conquistadores á degollarse mutuamente, como castigo de los crímenes y graves faltas que cometieron durante la tercera parte de un siglo.

Almagro dejó un hijo (llamado como él, Diego) que habia resultado de los amores que tuvo con una india del Perú, y este hijo vengó muy pronto á su padre. Recien muerto éste, fué conducido á Lima el jóven Almagro, donde Pizarro le recibió y trató bondadosamente. Poco á poco fueron reuniéndose al lado del jóven los amigos de su padre, y el domingo 26 de Junio de 1541 se unieron trece conspiradores, que aprovechándose de las pocas precauciones con que vivia Pi-

zarro, asaltaron su casa y le dieron de puñaladas. Proclamaron en seguida gobernador del Perú, al jóven Almagro; pero no gozó mucho del título y del poder, pues á poco tiempo de este suceso llegó el Lic. Vaca de Castro, nombrado por el papa de España juez supremo del Perú, y con plenos poderes para terminar todas las cuestiones, y someter el pais á una estricta obediencia á la autoridad real.

El jóven Almagro rehusó sujetarse á la rescision del juez, y éste tenaz en la comision reunió muchos prosélitos, y comenzaron de hecho las hostilidades. Dióse una accion decisiva en Chupas el 16 de Septiembre de 1542. Almagro fué hecho prisionero y condenado á muerte inmediatamente.

El mismo verdugo que cortó en Cuzco la cabeza del padre, cortó la del hijo, y los dos cadáveres reposan juntos en la misma tumba.

(Traducido y extractado para el Museo.)

EL DIA NUBLADO.

He aquí un dia en que el sol no dora con sus rayos de oro las torres y las cúpulas de la ciudad: en que las gotas de rocío parecen diamantes empastados en que las plumas de los pájaros no brillan con los fulgentes colores del iris; en que los arroyos silenciosos y tristes reflejan en sus aguas las pardas sombras; en que la naturaleza florosa parece que se envuelve en un negro manto; y to y apaga sus sonos, cesa en sus armonias, y como emudece como el cuitillatuche al mirar los celajes que anuncian el invierno. ¡Qué querria! Es un dia nublado en que las nubes negras y melancólicas cubren la frente azul y apacible de las colinas. Es un dia en que la niebla rodando sobre las praderas apaga los rayos del sol. Es un dia triste del fin del otoño, en que caen las melodiosas gotas de lluvia sobre los campos que comienzan á perder su verdor; y sobre las flores silvestres mistias y deshojadas. Un dia sin sol es como un corazón sin amor. Y luego si en esos dias tan lugubres nos hallamos entregados en la soledad y el silencio á la contemplacion de las desgracias morales de nuestra vida; si en esos dias no oimos la voz suave y sonora de una mujer... Si en esos dias no está delante de nosotros y melancólico no está delante de nosotros y nos saca de esas meditaciones dolorosas que destruyen y carecen de la contra vida; que se desliza entre los martirios y las lágrimas.—M. PAVNO.

Llorar la pérdida de lo que se ama, es un bien en comparacion de vivir con lo que se aborrece.—L. B.

MEDITACION.

PIAT VOLUNTAS.

Hay días en que la existencia pesa como un universo de plomo sobre el hombre.

Hay horas enteras como siglos, en que todas las penas de la vida, todos los recuerdos horribles de nuestras desgracias se aglomeran en un punto, como toda la electricidad de la atmósfera se reúne algunas veces en una sola nube.

Y esa nube negra se mece pausadamente sobre nuestras cabezas, oprime la atmósfera de nuestra vida, nos amaga, se retira y vuelve imponente y amenazadora.

¡Ah! si en estos momentos pudiera el hombre llorar, sería feliz. Si en estas amargas agonías del alma, alguna mujer viese con su ingenua sonrisa á mirarnos con ternura, y á estrechar contra su seno nuestro afligido corazón... entonces... sería la mujer como el ángel que habló al Señor, cuando la sangre brotaba de su santa frente, y empapaba la tierra del huerto de Salem.

Pero en estos momentos solemnes de amargura, ¿quién es el ser que comprende nuestros dolores? ¿Quién adivina ese martirio doloroso que sufre el corazón, pechado de lágrimas que no pueden brotar por los ojos? ¿Quién nos aranca este círculo invisible de tormentos, que en nuestra profunda soledad separa absolutamente nuestra existencia de las continuas orgías del mundo? ¿Quién en fin, es capaz de consolarnos cuando nos abandona la mujer que amamos, ó cuando no emplea en nuestro alivio el maravilloso instinto que la naturaleza ha puesto en su alma, para adivinar los dolores internos del corazón del hombre?

¡Y ésta es la vida, Dios mío! Lágrimas y duelo hemos de encontrar en el brevísimo camino que separa á la cuna del sepulcro! Por donde quiera que he dirigido mis cansados pasos, he encontrado ya una niña cuyo corazón está yerto y helado cuando se abra cabalmente para ella la cándida flor de la juventud; ya una mujer triste á quien consumen los sordos remordimientos; ya el atud de una madre á cuyo derredor se agolpan los hijos florosos y desolados; ya una criatura tierna y bella como los serafines, que espira de hambre; ya un anciano sin familia, cuyo único porvenir es la tumba. ¡Miseria humanidad! Si se recogieran tus lágrimas, se

formaría con ellas un nuevo mar. He visto crecer frondosos y lozanos los fresnos y los sauces; he visto á la flor ufana esparcir sus aromas, y brindar á las abejas con la miel de su cáliz; he visto á los arroyos de agua transparentes y tersos, girar en calma entre las flores y la grama de los campos; he visto á los pájaros volar cantando de rama en rama, y dormir después en sus nidos arrullados por el amor; he visto á los pequeños gusanillos pintados de mil colores, dormir quietos en el seno de las rosas; he visto en fin que todo es feliz en la naturaleza: todo río, solo el hombre llora. ¿Por qué, Dios mío, has criado tan bellas y magníficas obras, junto del hombre tan miserable y tan desgraciado! ¿Por qué das el reposo y el contento á los mas pequeños insectos, mientras has permitido que combatan con furor las pasiones á nuestro corazón?

¡Piedad, Dios mío! Piedad, porque intento escudriñar tus altos arcanos. Ya oigo tu voz que dice: ¡Hombre pequeño y miserable! No te he enviado al mundo á que gozaras de un continuado festín. Pequeño y miserable criatura serás físico; pero te di una alma grande y elevada que romperá un día su cárcel de barro, y volverá á recorrer estos millones de astros que como polvo de oro, cubren la inmensidad de los cielos. Si padeceras en el mundo, es porque te dejás arrastrar de tus pasiones, porque olvidas que yo soy el que mando á los mares que braman, y el que sustento al pequeño pajarillo; porque te olvidas que yo soy el que derribo desde mi trono una gota de felicidad en el corazón que busca en mí el alivio de sus penas....

Tu voz, Dios mío, es la santa verdad, y tus palabras el consuelo del mortal abandonado del mundo.

He escuchado tu voz en el dulce murmullo de las selvas, y he reconocido tu poder en el fragor del rayo, y en el mugido de los mares. Tú eres, Dios mío, el que nos das el verdadero bien, y cuando nos prestas resignación, los tormentos se cambian en placeres.

Espereemos confiados en que la pobre humanidad que llora en la tierra, la llevará á otro mundo mejor.—*M. Payno.*

(Escrito para el Museo.)

HISTORIA DE MEXICO.

DOCUMENTOS RELATIVOS A HERNAN CORTES.

CARTAS

Escritas al emperador Carlos V desde 15 de Mayo de 1520 hasta 10 de Octubre de 1530 sobre la conquista de la Nueva España y descubrimiento de la mar del Sur, y las varias expediciones que mandó hacer para la especiería. Y al fin un suenorial que presento á S. M. en Valladolid á 3 de febrero de 1544, pidiendo mandase pagar otros juicios para la determinacion del pleito que tenía pendiente con el fiscal sobre la escritura de merced que S. M. le hizo. Dichas cartas originales, firmadas del mismo Hernán Cortes, y algunas por duplicado, se hallan en el archivo general de Indias de Sevilla entre los primeros legajos rotulados de *Patronato Real*, de donde se han copiado.

CARTA DE HERNAN CORTES AL EMPERADOR CARLOS V.

Cayucatan 12 de mayo de 1521.

Muy alto y potentísimo Príncipe, muy católico e invictísimo Emperador, Rey y Señor.—Con la presente envío á vuestra Cesárea Majestad larga y particular relacion de las cosas subeditas en esta Nueva España, que por orden es tercera, despues que yo á ella vine, y la poblé y conquisté con los trabajos y peligros que por ella y por las otras vuestra Alteza puede mandar ver, la que envío juntamente con los oficiales de vuestra Majestad, que á todo ó lo mas se han hallado presentes. Suplico á vuestra Alteza la mande recibir ó oír benitamente, pues en ella se verán obras no de nuestras manos, mas de Dios, con cuyo favor á V. M. se han hecho tantos servicios en estas partes, que por no me alargar los dejo de significar, y tambien por ser yo en parte de ministro de ellos. Lo que á V. A. quiero solamente hacer saber es, que despues que en esta tierra estoy, que las mas de tres años, siempre he escripto y avisado á V. M. y á los de su Consejo de Indias, cosas que importaban mucho á su servicio y nunca hasta agora de cosas dellas he habido respuesta. La causa creo ha sido ó no se bien recibidas mis cartas y servicios, ó la distancia de la tierra, ó la negligencia de las personas que solicitan mis negocios, á lo mismo ha asociado á los pobladores á conquistadores desta Nueva España que allá tienen sus procuradores. Y viendo esto y la mucha necesidad que hay de informar á V. M. de las cosas de acá, agora toman de nuevo á enviar sus procuradores; y porque dellas, y de los que tienen mi poder V. A. será muy particularmente avisado, en

esta no me alargaré mas de suplicar á V. Cesárea M. tenga por bien de mandar dar abdiencia á los unos y á los otros recibir dellos el servicio y muestra que á V. A. hacemos desta su nueva y abundantísima tierra.

Por la relacion que agora envío, verá V. M. la sollicitud y diligencia que yo he puesto en descubrir la mar del Sur (*), y como gracias á nuestro Señor la he descubierto por tres partes, lo cual puede V. A. tener por uno de los mas señalados servicios que en las Indias se han hecho, y tambien verá como para descubrir y saber todo el secreto, que sin duda, segun la noticia tenemos, se han de hallar maravillosas cosas, he comenzado á hacer cerca de la costa, bien noventa leguas destas provincias, navíos y bergantines; y porque antes de agora, teniendo alguna noticia de la dicha mar, yo avisé á los que tienen mi poder de ciertas cosas que se habian de suplicar á V. M. para la mejor y mas breve expedicion del dicho descubrimiento, y despues acá no solamente yo lo he descubierto la dicha mar, pero aun en cierta costa de ella tengo poblados doscientos y cincuenta españoles en que hay currenta de caballo; y porque aquel aviso mio no sé si habrá recibido, porque fué por diversas vias, la persona que agora envío con mi poder, informará á V. A. muy larga y particularmente desta negociacion, suplico á V. Cesárea M. tenga por bien de la mandar oír, porque este negocio es de tanta importancia que es mucha razon que V. A. le tenga en mas que á todo el resto de las Indias, segun de lo que, como digo, tenemos relacion.

Potentísimo Señor: Dios nuestro Señor la vida y muy Real Persona y muy poderoso estado de V. Cesárea M. conserve y abmente con acrecentamiento de muchos mas reinos y señoríos como su Real corazon desea. De Cayucatan á 15 dias de mayo de 1522 años.—Potentísimo Señor: de vuestra Cesárea Majestad muy humilde siervo y vasallo que los muy Reales pies y manos de vuestra Alteza besa.—Hernando Cortés.

CARTA DE HERNAN CORTES, AL EMPERADOR CARLOS V. Tomelitan, 11 de Septiembre de 1522.

Sacra Cesárea Católica Majestad.—Porque (*) Descubrimiento de la mar del Sur.

por lo que tengo escrito á V. M. así del cabo de Honduras ó de las Hibueras, como desde la isla de Cuba viniendo ya de camino á esta Nueva España, está V. M. informado de lo que ha sucedido despues que los procuradores Diego de Ocampo y Francisco de Montejo fueron despatchados, agora informará á V. M. brevemente de lo que ha pasado despues de mi llegada; y porque el despacho postrero que envié desde Cuba, fué encaminado por vía algo dudosa, irá con la presente lo que entonces escribí, suplico humildemente á V. M. mande ver lo uno y lo otro. Así mesmo envío agora á V. M. con la presente una relacion bien larga y particular de todo lo que me sucedió en el camino que hice á las Hibueras, y al cabo della luego saber á V. M. muy por extenso lo que ha pasado y se ha hecho en esta Nueva España, despues que yo parti de la isla de Cuba para ella. Y porque podría ser que por la larga escritura V. M. no lo pudiese todo ver, tocaré en esta simultaneamente en ello para que con relacion mas breve V. M. sea informado, como quiera que todavía suplico á V. M. á lo menos que al Presidente y á los de su Consejo de las Indias mande bien ver y examinar la dicha relacion para que vista informen á V. M. de lo que en ella digo.

Yo me hice á la vela del puerto de la Habana de Cuba á 16 de mayo, y llegué al puerto de San Juan desta Nueva España á 24 de mayo deste año de 1526. Vineme á la villa de Medellín que está á dos leguas del dicho Puerto, y supo allí muchas cosas de las que habían pasado en mi ausencia, y de otras bien peligrosas que se trababan creyendo que habiera mas dición en mi venida, y no quiero encarecer á V. M. el servicio que en la presteza della hice postponiendo mi peligras, pues es tan notorio cuantos abortos y escándalos dentre los españoles y malos tratamientos de los naturales se evitaron con mi llegada, porque como estaban tan recientes los males y daños hechos por Gonzalo de Zalazar y Pedro Armadillo, y por los que los siguieron, había tanto desasosiego; y como quiera que el tesorero Alonso de Estrada y el contador Rodrigo de Albornoz los tenían presos, cada día había mil movimientos y abortos que llevaban muy mal remedio si Dios no lo remediasse con su mano, ó como lo remedió con mi venida, lo cual se mostró bien en el regocijo y alegría que mostraron en ella, así los naturales como los españoles.

Yo me parti luego para esta ciudad de Temixtitan y llegado hallé ser verdad todo lo que escribí á V. M. desde la isla de Cuba, así acerca de los agravios y afrontas hechas á mis deudos y amigos, y á mi hacienda, como á los naturales, y pudiera entenderme mas entones y agora, salvo que por ser la cosa tan pública no quiero repetirla mas. Hallé presos á Zalazar y Armil-

dez, y otros que fueron acreos en todos los daños pasados; y movieron y levantaron la tierra á voz de comunidad; y aunque á muchos de ellos Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz habían sacado de algunos monasterios, yo les hice volver y restituir á ellos, dado caso que segun la calidad de sus delitos no debían gozar de la inmunidad de la iglesia; pero por ser cosas que demas de tocar á los vasallos de V. M., tocaban á mi persona, yo holgué que fuesen restituidos; y porque no me acusasen de apasionado, aunque había muchas causas para ello, no quise entender en las culpas de aquellos.

Dende á pocos días que yo llegué á esta ciudad, me escribieron de la villa de Medellín que al Puerto habían llegado ciertos navios, y que en ellos venía el licenciado Luis Ponce de Leon por juez de residencia de V. M., y el teniente de aquella villa me escribió que había ido al navio en que el dicho Luis Ponce venia, y que me había dado una carta de V. M. en que le mandaba que hiciese todo lo que el dicho Luis Ponce le mandase de parte de V. M., y que el dicho teniente le respondió que en todo sería obedecido y acatado, y así lo puso luego por obra. E yo respondiendo á la carta que el dicho teniente me escribió, le encargué mucho el buen recibimiento y tratamiento del dicho Luis Ponce. El cual dende á pocas días que desembarcó, se partió para esta ciudad de Temixtitan, y desde el camino me envié una carta de V. M. por la cual me mandaba que luego como llegase el dicho Luis Ponce, fuese recibido conforme á su provision y le fuesen entregadas todas las varas. El cual llegó á esta ciudad, que fué un día bien de mañana, no quiso aquel día presentar la provision que traía de V. M., sino ver la ciudad y platicar conmigo algunas cosas de las destas partes, en lo cual conocí bien la obediencia y fidelidad que yo había tenido y tenía al servicio de V. M. Luego otro día el dicho Luis Ponce presentó su provision, la cual por mí y por mis oficiales fué ovidentemente recibida y cumplida, y en continente en presencia de los oficiales de V. M. y de todo el pueblo, ellos á yo le entregamos todas las varas, y comenzó á usar su cargo como V. M. mandaba.

Aquella misma noche, ó del trabajo del camino, ó de mudanza de la tierra el dicho Luis Ponce adeleció de unas calenturas de que creímos que no recibiera peligro; y como le fueron algo traido de V. M. en el Licenciado Marcos de Aguilár que había venido con el dende la Española á ejercer el cargo que tiene de Inquisidor de las Indias, y el dicho Licenciado Aguilár aceptó el dicho poder y usó del hasta que el dicho Luis Ponce falleció, que fué á diez y ocho ó diez y nueve días despues que á esta ciudad

llegó, y sin duda entristeció tanto su muerte á todos como si fuéramos sus deudos propios; y se hizo tanto sentimiento como si le hubiéramos conversado toda nuestra vida, y cierto con harta causa, porque su persona y cordura mostró bien merecer aquello y mas. Y entre algunas fortunas contrarias que se me han ofrecido en el descubrimiento, conquista y pacificación destas partes, una de las mas adversas para mí, ha sido la muerte de Luis Ponce; porque así de la buena fama que de su persona había, como por sus apereciencias mostraba traer muy verdadera intencion para el servicio de V. M., y para le hacer relacion de las cosas destas partes, en especial de mi fidelidad y serrietas, que era á lo que mas principalmente V. M. le enviaba, é yo mas deseaba tener.

Muerto Luis Ponce, la Justicia y Regimiento desta ciudad, juntamente con los Procuradores de las otras villas, me rogaron muy afectuosamente que tornase á recibir en mí el cargo de la gobernación, pues que esparaba con la muerte del dicho Luis Ponce el poder que había dado al Licenciado Marcos de Aguilár, y principalmente porque le parecia que convenia así para el sosiego y pacificación destas partes, é yo me escusé dello por cuantas vías pude, por que conozca y vea V. M. la cobdicia que tengo y he tenido de cargos y administración de justicia; y así quedé y queda la gobernación de la justicia civil y criminal por V. M. en el dicho Licenciado Aguilár hasta que otra cosa mande proveer; y los cargos de Capitan General y administración de los indios queda en mi hasta que V. M. sea servido; y esto acepté porque como persona mas experimentada, podré mejor servir en ellos.

Las cosas destas partes despues de la venida de Luis Ponce, quedan en los términos que á V. M. he dicho. Está la tierra algo fatigada con las alteraciones pasadas; pero con la conservación y buen tratamiento de los naturales que yo siempre procuré, se irá presto restituyendo, siempre á Dios, porque los indios, aunque no es posible menos sino recibir fatiga con nuestra conversacion, como trabajo de los relectar, multiplican y van tanto en crecimiento, que parece que hay hoy mas gente de los naturales, que quando al principio yo vine á estas partes. Los religiosos que acá han venido y vienen, hacen grandísimo fruto, especialmente en los hijos de los principales. Vase plantando tambien la fe y religion cristiana, que V. M. es muy obligado á dar muchas gracias á Dios por ello.

Mucho ha que hice saber á V. M. como había ciertos navios en la mar del Sur para descubrir, y aunque aquello es cosa muy importante, por otras ocupaciones y cosas que se me han ofrecido, ha cesado hasta agora que los navios

están á punto. Envío por capitán á una persona bien cuerda y experimentada, que es Diego de Ordaz (1), el cual ha estado en esa corte de V. M. por procurador desta tierra; plegue á Dios lo encamine. Creo se hará á la vela en todo el mes de... (2).

Juan de Rivera á quien yo envié por mi procurador y á hacer relacion á V. M. de las cosas destas partes, y á que residiese en esa corte en mis negocios, me dijo que conociendo la necesidad que V. M. tenía, así por las grandes guerras que por tantas partes, se le ofrecían, como por las alteraciones pasadas en esos sus reinos; y conociendo así mismo la voluntad con que yo siempre he servido á V. M., se había ofrecido en mi nombre que yo enviara á V. M. cierta suma de oro, é que sobrello é sobre ciertas mercedes que V. M. me hacia, había mandado tomar cierto asiento con el dicho Juan de Rivera y con Fray Pedro Melgarejo; y que estando aderezando su viaje para estas partes, V. M. les mandó volver á esa corte con el despacho que se les había dado, el cual por mandado de V. M. habían entregado en el Consejo de las Indias. Y así mismo el dicho Juan de Rivera me dijo que V. M. despues le había dicho que había mandado proveer á Luis Ponce para saber como yo había hecho las cosas de nuestro servicio, y para que se viesen y conociese mi limpieza en cuanto á lo del ofrecimiento que á V. M. se hizo de mi parte. Ninguna cosa he deseado ni deseo mas en este mundo que ofrecerse caso en que mi voluntad se experimente por todas vías en el servicio de V. M.; y aunque á la sazón yo estaba pobre y adeudado, quisiera toda mi posibilidad porque se cumpliera lo que de mi parte se había prometido á V. M.; y así lo hiciera agora, sino que, como á V. M. en la relacion escribo, estoy tan alcanzado y pobre, que de todo cuanto he conquistado, y ganado y servido á V. M. no me queda sino mi persona lastimada y herida en diversas partes y puesta en necesidad, ella, y todos mis amigos. Y si esto no es así, veanse las astucias y diligencias que Gonzalo de Zalazar hizo por descubrir mis riquezas, y los tormentos que dió á quien tenía cargo de mi casa, y como ha aró y cavó por muchos lugares hasta que quedó satisfecha su mala intencion. Y en entanto á saber V. M. como yo he hecho en estas partes las cosas de su servicio y que se vea mi limpieza, si mis obras y servicios no han bastado para ello, bien sé que no ha estado el defecto en ellos, sino en mi dicha y en los envidiosos de lo que he servido. Y porque en la relacion larga que envío á V. M. toco mas largo en esta materia,

(1) Expedición de Diego de Ordaz á hacer descubrimientos en la mar del Sur.

(2) Aquí hay un espacio en blanco, y el mismo se halla en un duplicado de esta carta.

aquí no diré mas de quedar aparejado y obediencia á todo cuanto V. M. fuere servido de me mandar, como siempre lo he hecho.

En lo que toca á la hacienda de V. M. no sé que decir, sino que en lo que en mí es el procurador, como haría á la salvación de mi ánima. Los oficiales harán relación de ello á V. M.; solamente quiero decir que tengo por muy dificultoso haber buen recabdo en ella por las muchas y grandes diferencias é intereses que entre ellos ha habido y hay.

El cargo de Alguacil mayor de esta Nueva España, de que V. M. mandó proveer á Diego Hernandez de Proano, se le entregó luego como presentó su provision, y comenzó á usar del. Así mismo se entregó la fortaleza que se hace en esta ciudad, á Pedro de Zalazar como V. M. lo mandó, y son personas en quien caben muy bien semejantes cargos. Las atarazanas de esta ciudad, donde estan los bergantines, se entregaron á Lope de Samaniego. En esto nos pareció que V. M. nos agravió, porque no era cargo aquel de que V. M. mandara proveer á un mancebo que servia ayer á Rodrigo de Albornoz. Suplico á V. M. por mí y por los conquistadores destas partes, que cuando semejantes cargos mandare proveer, mande primero saber que personas son y de que calidad, y no parezca que V. M. tiene en tal poco esta tierra, que se da lo que pide al primero que llegue; y lo mismo suplicamos á V. M. haya respecto en los oficios de regimientos, porque aquí se han recibido algunos que en la Española y en las otras islas se explicará dello.

Estando escribiendo esta me vinieron unos indios mensajeros de una provincia que se dice Tecoaatepecque, que está á la mar del Sur ciento veinte leguas de esta ciudad, y trájome dos cartas, una de un español que yo tengo en aquella provincia, y otra de un Guevara capitán, y por ella entendí como á aquella costa había aportado una nao de la conserva del capitán Loaisa (1), que V. M. había mandado despachar de la Coruña para las islas de Maluco, sin batel y con mucha necesidad de mantenimientos. Y viendo que eran vasallos de V. M., luego proveí que fuese una persona de bien á ver la necesidad del dicho capitán y le proveíese muy cumplidamente, y le escribí que si él quería ir en compañía en seguimiento de su derrota, que yo tenía tres navios y á punto para ir en busca de la especería, y que irían todos juntos, ó que viesse lo que quería hacer, que yo le haría todo buen tratamiento y le socorrería en todo lo que hobiese menester. Y después recibí carta del dicho capitán y del piloto del navio, en que me hacían saber que estaban en Puerto Seguro y que habían recibido muy buen tratamiento de la persona que yo allí tenía, y las dichas cartas envío con la presente á V. M.

(1) Noticias de la expedición de Loaisa.

Así mismo envió una relación que un Juan de Arayago, clérigo natural de Guipuzcoa, me dió, del viaje que el dicho Loaisa hizo después que salió de la Coruña, hasta que embocó y desembocó el estrecho de Magallanes, porque desde que desembocaron, el navio Sanctiago donde él venia, perdió la flota é arribó á esta costa, que yo tengo descubierta de la mar del Sur. Creo que holgará V. M. de lo saber, especialmente si el navio en que iba por capitán D. Rodrigo de Acuña, y el navio Numeida (2) que creen estos que no quisieron seguir á Loaisa, no han aportado á esos reinos.

De algunas personas que á estas partes han venido, especialmente de Juan de Rivera que residió en la corte de V. M. en mis negocios, he sabido como V. M. no solamente no me tenía en servicio el trabajo y gasto que hacia en descubrir y sujetar á su servicio algunas tierras y provincias destas partes, pero que no lo tenía por bueno, y que los del Consejo de V. M. se lo habían dado á entender muchas veces, diciendo que en lo que yo tenía pacífico y sujeto á V. M., había harto en que entender. La verdad es, que si yo pospusiera lo que debía el servicio de V. M. por seguir tras mi interés, que había harta disposición en esta Nueva España sin entrecarrarme en descubrimientos y subjeción de tierras; pero yo he tenido propósito de servir á V. M. con mucha fidelidad é ensanchalle su señorío, pesponiendo para ello todo trabajo y costa. Y en la verdad desta nao se parece si era cosa provechosa descubrir y pacificar la tierra; porque si yo no tuviera pacificadas mas de 800 (3) leguas de costa, á ninguna parte pudiera aportar aquella nao ni otra ninguna, que no mataran la gente della. Suplico á V. M. lo mande ver y considerar, y hallará que en todo el descubrimiento y pacificación que he hecho en estas partes, he servido mucho á V. M.

Invietísimo César: Dios nuestro Señor la vida y muy poderoso estado de V. Sacra M. conserve y aumente por muy largos tiempos como V. M. desea. De la ciudad de Temixtitan á 11 (4) de septiembre de 1536 años.—De V. Sacra M. muy humilde siervo y vasallo, que los muy Reales pies y manos de V. M. besa.—Hernando Cortes.

CARTA DE HERNAN CORTES, AL EMPERADOR CARLOS V.

Fecha en México, 11 de Septiembre de 1536.

Sacra Católica Magestad.—Por otra mia que va con la presente hice saber á V. M.

(2) Se nombra este navio en uno de los originales, y en el otro queda en blanco.

(3) Así en uno de los originales en el otro en lugar del número 800 hay un blanco.

(4) El original tiene la fecha de 11 de Setiembre, y el otro del 3 del mismo mes y año. Esta copia se ha hecho por el de 11 de Setiembre, pero en la confirmación se ha tenido presente el otro para linar algunos rraños.

como despues de la muerte de Luis Ponce, la Justicia y Regimiento desta ciudad, y los Procuradores de las otras villas de esta Nueva España, me habían requerido afectuosamente que tornase á recibir en mí el cargo de Gobernador segundo pareco por un requerimiento que sobrello me hicieron, el cual envió al Consejo de V. M.; y porque el dicho Luis Ponce me había dado su poder al Licenciado Marcos de Aguilar y principalmente porque V. M. consensase mi obediencia y fidelidad, no quise aceptar lo que taña la tierra me requiría, sino que el dicho Marcos de Aguilar quedase por Justicia de V. M.; y porque el dicho Luis Ponce no me había suspendido el cargo de Capitan General, ni la administración, ni encomienda de los indios, yo quedase con aquellos cargos hasta que V. M. mandase proveer otra cosa, segun que todo esto en la carta que escribo á V. M., hago mas larga relación. Y puesto que yo conosco que para que la dicha jurisdicción quedase con Marcos de Aguilar, Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz habían puesto mucha diligencia y lo procuraban con tanta eficacia como si cosa del mundo no conviniera mas al servicio de V. M., y veia claramente que su fin era para traer despues á su propósito el dicho Marcos de Aguilar, y con voz de Justicia hacer algunas cosas en deservicio de V. M. y en perjuicio de mi persona, y que por evitar estas cosas, que todas se me representaban como si la tierra, convenia mucho que quedara en mí el dicho cargo de Gobernador, todo lo quise poner por mostrar mas clara mi limpieza y no aceptar el dicho cargo de Gobernador.

Despues de haber quedado la gobernación de la Justicia con el dicho Marcos de Aguilar, los dichos Estrada y Albornoz hacían tantas juntas y cabildos con el induciéndole á algunas maneras de provision, en tal manera escondulosas, que ponían casi toda la tierra en alboroto; y todo lo enambaban á fin de me hacer errar, viendo que en lo pasado yo había acertado; lo cual todo yo dala ligar y dilaminacion, porque me parecia que en esto servia mas á V. M.

Como yo siempre he procurado y procuro el buen tratamiento y conservación de los naturales destas partes, habia para ello hecho, ciertos dias habia, unas ordenanzas muy provechosas á los indios sobre la manera que habían de tener sobre el servicio de los españoles, y lo que ellos de su parte habían de hacer para que los dichos naturales fuesen bien tratados y relevados, y ellos aprovecharlos, las cuales envió á V. M.; y como ya he dicho á V. M. el cargo de Capitan General y administración de los indios había quedado en mí, yo hice pregonar las dichas ordenanzas porque solamente tocaban en el buen tratamiento de los naturales. Y como esto vieron

los dichos Estrada y Albornoz, juntaron gente armada y van al dicho Marcos de Aguilar, diciendo que aquello yo no lo podía hacer; y que era usar de jurisdicción, y que estaba suspenso de aquello y de todo lo demas, y que lo remediasse y castigase. Y por culpa mia induciron al dicho Marcos de Aguilar á que luego saliese á la plaza desta ciudad, y diese un pregon que todos acudiesen á él y á sus llamamientos, y obedeciesen sus mandamientos y no de otra persona; el cual se está estando yo presente, y respondo que yo sería el primero que acudiría á su llamamiento de dia y de noche. Y hizo pregonar una cédula ó provision de V. M. que traia Luis Ponce, en que mandaba á todos los vecinos lo siguiesen y acudiesen á él para todo lo que les mandase; lo cual hacían y hicieron por me desfavorecer y dar á entender á las gentes que V. M. holgaría que yo fuese desfavorecido, y no porque había necesidad del dicho pregon. Luego otro dia el dicho Marcos de Aguilar, inducido y requerido por los dichos Albornoz y Estrada, me requirió y mandó que mostrase por donde usaba el cargo de Capitan General, y de la encomienda y depósito de los indios, y si tenía para ello provision de V. M. despues de la muerte de Luis Ponce, y sino que no usase de lo uno ni de lo otro. E yo por obedecer á la Justicia que tiene voz de V. M., me desistí de dichos cargos con ciertas protecciones, segun parece por los autos que sobrello pasaron, y envió al Consejo de V. M. Pienso que V. M. se irá satisficando de mi limpieza, pues no solamente obedeci y cumplí lo que el Juez envió por V. M. me mandó, pero aun obedezco y cumplo todo lo que me manda el Juez que no tengo por competente, ni fui ni es nombrado por V. M. ni por su Consejo, en lo cual padrezco hartos disfavores, y no tal tratamiento cual mi servicios merecen, ni creo que V. M. no lo constituirá si lo viese, y todo lo cusan estos sus oficiales que por el odio y envidia que me tienen, trabajan continuo de me pagar, no en las obras que de mí han recibido, y parece que su ventura los ha traído á esto Licenciendo á la nao para conseguir lo que quieren hasta que V. M. lo mande remediar; pero no podrán tanto ellos ni ninguno dellos, si serán sus intrincaciones tan bastantes que me compelan á salir de mi sufrimiento y paciencia. Y porque sobre todas las cosas del mundo yo he deseado dar á conocer á V. M. mi fidelidad y obediencia, y despues de la venida de Luis Ponce hasta agora se han ofrecido cosas en que lo he mostrado y lo mostraré mas mandándome V. M. tomar cuenta y residencia de mis cargos, humildemente suplico á V. M., pues esto es así con la muerte de Luis Ponce, y el Licenciado Marcos de Aguilar no me la quisa tomar, que V. M. provea como se me tome la dicha residencia

porque se acabe de quitar de mi el obstáculo y sospecha que sin merecimiento se me ha opuesto.

Invitísimo César: Dios nuestro Señor la vida y muy poderoso estado de V. S. sacra M. conserve y aumente por muy largos tiempos como V. M. desea. De la ciudad de Temixtitan á 11 de setiembre de 1826 años.—De vuestra Sacra Majestad muy humilde siervo y vasallo que los muy Reales pies y manos de V. M. besa.—Hernando Cortés.

CARTA DE HERNÁN CORTÉS AL OBISPO DE SILLA (1).

Escrita en 13 de febrero de 1827.

Reverendísimo y muy magnífico Señor.

Aunque ha poco que escribí á S. M. y á V. S. largo de las cosas de acá, la distancia debe causar que en poco tiempo haya siempre que escribir, y así agora escribo á S. M. lo que de nuevo hay que hacerle saber; y pues V. S. lo ha de ver, no quiero en esta repeticion, mas de le suplicar que lo mire todo con benevolencia habiendo respecto á lo que yo he servido y á los trabajos que en estas partes me he puesto por hacer en servicio de S. M. todo lo que antes: posibilidad, y certifico á V. S. que son tantas: que yo no osase á emprender á los escribir de principio hasta el cabo, aunque pensase haber gran galardón; y pues ya cuando esta llegare habrá V. S. visto lo que acá nos habia sucedido, suplico á V. S. que conociendo que mis servicios lo merecen, sea favorable con S. M. en todo lo que antes y agora le envío á suplicar porque de otra manera no osaría serle importuno.

Yo V. S. sabrá como vino de allá despachado con ciertos fraires dominicos un fray Tomas Ortiz, é según yo he sabido y he sido certificado, el trabajo mucho por se venir en el tiempo que S. M. tenia prohibido que no pasase ningun navío á las Indias hasta que Luis Ponce de Leon partiese, á fin de me avisar y persuadir á cosas que despues pasaron entre su persona é la mia; é como no pudo poner en el efecto lo que deseaba, vino con el dicho Luis Ponce y entró con el juntamento en la ciudad de Temixtitan, y luego me fue á hablar y representáronme (2) lo que habia trabajado en que nuestra vista fuera mucho antes; y tras desto me certifico que Luis Ponce traía provision de V. M. para me prender é degollar é tomar todos mis bienes, é que lo sabia de muy cierta ciencia como persona que vestia de la corte; y que porque él me deseaba todo bien y acrecentamiento, y le parecia que aquello era muy al revés de lo que yo merecía, me aconseja que para lo remediar, yo no recibiese al dicho Luis Ponce, y esto fué tantas veces,

con tanta instancia é exortaciones dicho, y bastara mudar (3) y ablandar un corazón de acero; y lo mismo trataba con los Padres Franciscanos con quien yo tenia mucha familiaridad, para que me persuadiesen á que no resistiese al dicho Luis Ponce. Y en todo este tiempo como yo tenia el corazón fiel, nunca hallé en mi repeticion que consonase á su propósito como quiera que me hacia dar vuelta á mil pensamientos porque su negociacion era de tal calidad que así lo requería. Postestamente yo le respondí que bien podia S. M. hacer conmigo lo que le pareciese con justicia ó sin ella porque yo habia de obedecer é cumplir su mandado sobre todas las cosas, y para efecto dello dejé los obstáculos que el dicho fray Tomas me ponía, luego otro dia que entró á la ciudad de Temixtitan recibí al dicho Luis Ponce como á V. S. tengo escrito poco ha; y entonces me le hizo relacion desta cosa porque me parecia que encarecía mi obediencia, y tambien porque yo creia que aquel Padre, aunque me tofiese buena voluntad, me persuadía á su propósito mas con ignorancia que con saber lo que decía, ni el cual y los otros religiosos que con él vinieron, fueron y son de mí bien tratados y hallaron tan buen acogimiento como si fueran mis propios hermanos; y en sus enfermedades fueron y son de mí y de los de mi casa tan visitados como si á mí me es posible. Y despues el dicho Fray Tomas Ortiz determinó de ir á España como allá V. S. habrá visto, y comuniqué conmigo é según me informaron, estando para se embarcar en el Puerto, donde quiera que se hallaba y publicaba algunas cosas feas en mi perjuicio y especialmente que yo habia muerto á Luis Ponce, y esto dijó tan publicly, que aunque yo tenia mucha incredulidad dello, se averiguó habello muchas veces dicho, y aunque ello sin gran fiesidad y levantamiento, no pude sino responderle que con un hombre teniendo aparencias de buen religioso, osase poner en su pensamiento é lengua tan gran maldad, habiéndolo recibido de infinitas buenas obras, y mostrándole él á mí tan buena voluntad; y aunque esto sea cosa que yo la debiera dejar por vana y no dar parte á nadie, quisé hacer saber á V. S. así por ser aquel fraire de su orden, y ser V. S. en ella el mas presenciente para que le conozca y no se le fué cosa de que pueda venir injuria á su religion. Los Padres que acá quedan están tan fuera de juicio en ver su desvergüenza y testimonio falso, que pienso yo, que no se acabaria con ellos estar á su obediencia. El dicho Luis Ponce fué curado en su enfermedad por dos buenos médicos, é el uno trajo el consiogo y el otro estaba acá. Un padre reverendo, que

gine acá las veces del obispo, les mandó su pena de excomunicacion, que declarasen el cognoscimiento que tuvieron en su enfermedad é como procedieron en ella segund V. S. verá por dos testimonios que á V. S. envío. Quisé hacer esta diligencia para con V. S., aunque la notoria falta de mi ignorancia bastaba, porque como digo, no di crédito á cosa que aquel Padre dijere. Tambien leví á V. S. cierta declaracion que unos frailes franciscanos hicieron cerca de lo que fray Tomas ordenaba y trabajaba para que yo no recibiese á Luis Ponce, porque vea que muchas (1) del diablo tiene aqueste Padre, y con que negociacion lo traía el demonio á mucha prieta. Suplico á V. S. lo vea, é si no resciba importunidad con mi largo escribir.

Reverendísimo Señor: Dios nuestro Señor la vida y muy magnífica persona y estado de V. S. conserve y aumente como V. S. desea. De Coahuayac á 12 de enero de 1827 años.—Hernando Cortés.

CARTA DE HERNÁN CORTÉS AL EXCELENTISIMO CARLOS IV.

Escrita en 13 de febrero de 1827.

Sacra Católica Magestad.—Despues que besé las manos á V. M. en Barcelona, y le di cuenta de las cosas que hasta aquella sazón habian sucedido en esta Nueva España, estuve algunos dias en Madrid para que los del Consejo de las Indias supiesen lo que V. M. les envió á mandar, cerca del remedio destas partes, porque como quien mas que á nadie le dolia, tenia dello mas cuidado. Estando entendiendo en esto, llegó una cédula de V. M. en que mandaba al arzobispo de Santiago Presidente de las cosas de Real, que entendiese en proveer las cosas de acá, y fué provision divina, y como de tan Católico y Christianísimo Principe se espera; y no en balde tiene Dios el cuidado de las cosas de V. M. que hasta aqui ha tenido; pues tanto V. M. tiene de su honra y de Dios, que nuevamente á ella se convierten; y tenga V. M. por el mayor premio que ante Dios merezca, porque en todo el universo no hay cosa donde su santa Iglesia mas se engrandezca (2).

El arzobispo de Santiago se comenzó á informar de las cosas de acá para mejor acertar en su provision, y á esta cabia lobo alguna dilacion; y en este tiempo llegaron muchas informaciones de religiosos y de otras personas zelosas del servicio de Dios y de V. M. por donde al Arzobispo y á los del Consejo de las Indias les constó y les insultó y robos y otros daños que V. M. sabrá por otra parte, que el Presidente é oidores que acá estaban hacian, y la necesidad que habia de breve remedio, y así comenzaron á dar mu-

cha prieta en buscarle, y hablaron á algunas personas para encomendarles la Presidencia de la nueva abdiencia que provenia, y con ninguna se concertaron. Las cabas ellos las habrán dado á V. M.

Visto que en esto habia alguna dilacion, y como V. M. me mandó diese mucha prieta en mi venida, determiné de me partir antes de ver la conclusion desto; aunque deseando que todos viniéramos juntos por escusar algun escándalo que se me representaba que habia de haber con mi venida. Me detuve en Sevilla y en San Lúcar muchos dias, y aun en Santo Domingo de la Isla Española dos meses y medio, creyendo que cada dia me alcanzaria, y como yo traía mucha costa con la mucha gente que traje, no pude detenerme, y así me vine: verdad es que primero supe como la Emperatriz, mi Señora, y los del Consejo habian ya dado fin en este remedio, y señalado todos los oidores, y por Presidente al obispo de Santo Domingo y la Concepcion, y Presidente de la Isla Española, que tambien me pareció cosa provida de Dios, segund la que yo allí conocí de su persona y vi en las obras que hacia en su oficio, y tengo por cierto que Dios no tiene olvidados á estos que con tan buena voluntad descan su salvacion, y tan á rienda suelta se convierten y tan milagrosamente conocen su Criador.

Yo llegué al Puerto desta Nueva España á 15 de julio deste año, y en la cibdad de la Veracruz, que es el primer pueblo de españoles, presenté ante el cabildo della la provision de V. M. en que me manda sea su capitán general en estas partes, y allí fue obedecida con todo acatamiento y pregona publicamente. Antes desto habia escrito luego que llegué á las Indias, de esta abdiencia, haciéndoles saber mi llegada y diciéndoles que saltando en tierra les haria una larga relacion de lo que V. M. me mandó.

Alli junto cinco leguas de la ciudad de la Veracruz está un poblado pequeño que se dice la Rinconada, y antes le llamaban los indios Yzacapan, y es uno de los que V. M. me hizo merced, y por virtud della tomó la posesion con los tributos y diligencias necesarias ante escribanos públicos. Y como los oidores supieron que el Arzobispo de V. M. habia sido obedecido y cumplido por los del cabildo de aquella ciudad de la Veracruz, y supieron que habia tomado aquella posesion, sintieron mal dello, porque quisieron hacer con estos provisiones lo que con todas las otras que V. M. y la Emperatriz mi Señora han enviado, que es no haber cumplida ninguna, en especial lo quisieran mucho efectuar en estas, por que demás de la enemistad que á mí cosas han mostrado, si se les diesen todos los mas destes pueblos míos, y se sirven y aprovechan dellos, unos

(1) Era D. Fray Garcia de Loaysa, presidente que fué del consejo de Indias. Véase su vida en el tom. 1.º, pag. 404 de la Descripcion historica del obispado de Oaxaca de Lopezraz.

(2) Sería equivocacion, pues debió decir representáronme.

(3) Así el original. Debí decir á mudar.

(4) Quizá inadvertidamente se puso embudo por está.

(1) Morosa por osada.
(2) Debe decir engrandecida.

puestos en cabeza de V. M., otros en sí mismos, otros en deudos y criados suyos, y de todos estos depósitos no tienen mas del nombre, y los intereses llevan ellos como pareciera por los libros de los oficiales de V. M., que se verán cuantos son los intereses ó rentas que de los pueblos que para V. M. tienen señalados, se le han seguido como yo otra vez hablabo á V. M. en esta materia le dije, y quisieron hacer alguna alteración ó bullicio, y envió á prender los que obedecieron la provision de V. M., y hicieron muestra de juntar gente, y aderezar artillería, y hacer capitán della, y otros bullicios desta ciudad muy en deservicio de V. M. y desasosiego de la tierra. Como yo lo supe hablé al obispo de Tascala, y al Prior de la Orden de Santo Domingo á al Guardian de los franciscos, y los rogué y dije de parte de V. M. que fuesen á los oidores y les diesen como yo habia sabido aquella novedad, y que ya sabian cuanto desasosiego era para la tierra y cuanto V. M. se deserviría y que si hacia aquel aprehentamiento de artillería é junta de gente para alguna cosa que conviniese al bien é pacificación de la tierra, que ya sabian como yo era Capitan General, y que ellos habian visto la provision que V. M. me dió y temida muchos dias, que me lo hiciesen saber, porque luego iria con mi persona, y con toda la gente que traía y con la que mas fuese menester á entender en ellos; y que si no era para este efecto, que les rogaba y aun requeria de parte de V. M. que no hiciesen aquel bullicio ni alboroto porque seria muy dañoso; antes les pedía que nos conformásemos en todo para el servicio de V. M., y bien y sosiego de la tierra, y otras muchas cosas que me pareció que convenia decirselos y aunostiarlos para que se compliese la voluntad de V. M., pues yo mejor que nadie la sé en este caso.

Este obispo y religiosos aceptaron mi ruego y fueron á la ciudad de Méjico donde ellos residen, y yo me quedé en la provincia de Tascala, porque la Emperatriz mi Señora me envió á mandar por una su cédula, que no entrase en la dicha ciudad con diez leguas á la redonda á casa que entro los dichos Presidente é oidores no hubiese algun escándalo, y así lo obedecí y cumplí, y hablaban á los dichos oidores é significaron mi voluntad, y ellos respondieron que tambien la suya era de toda conformidad; pero las obras no correspondieron, ni hasta agora han sido conformes á esta respuesta; porque no solo no han querido cumplir provision ninguna de las que V. M. me mandó dar, ni merced de las que me mandó hacer, antes han tenido y tienen muchas formas para proseguir en hacerse daño, porque luego que les costó la merced que V. M. me hizo del Valle de Guaxaca, habiendo visto las provisiones originales, porque tuviese

contradiccion, y por dar color á su dagaña voluntad fundaron una villa en el dicho valle, y repartieron los pueblos del que yo tenia, y V. M. me hizo merced, á los vecinos de la dicha villa, los cuales son todos hermanos, parientes, allegados de los dichos Presidente é oidores; é se tomaron todos los otros pueblos que yo tenia en en esta Nueva España sin me dejar ninguno, é los repartieron así mismo por personas desta ciudad para que hobiese opositores é defendiese la posesion, pues no era menester mas de oponerse siendo ellos los jueces, á los cuales dieron luego que en la tierra entré, mandamientos de amparo, y con ellos me requirieron. Por manera que demás de haberme tomado toda cuanta hacienda, mueble y raiz yo dejé en esta Nueva España, me quitaron los dichos pueblos é me han dejado sin tener de donde haya una manega de pan ni otra cosa de que me mantenga. Y demás desto porque los naturales de la tierra con el amor que siempre me han tenido, vista mi necesidad, é que yo y los que conmigo traía nos moriamos de hambre, como de hecho se han muerto mas de cien personas de las que en mi compañía traje, por falta de refresco (1) y necesidad de provisiones, me venían á ver é me proveían de algunas cosas de bastimento, enviaron los dichos oidores alguaciles á prender á los dichos naturales que conmigo estaban, é prendieron á llevarlos presos muchos dellos con mucho escándalo y alboroto, á fin que los dichos naturales no me proveyesen, é se les diese á entender que yo no era parte para nada en la tierra, é para que con estas afrontas é con ponerme en estrecho de necesidad, ya no pudiese hacer sino resistir algo por dar algun color á lo que tan falsamente han propuesto é querido (2) decir, por tener, como han tenido la tierra en firmita; é que no hobiese en ella quien contradiccion les hiciese, para no obedecer, como hasta aquí no han obedecido ni cumplido carta ni provision de V. M., sino como absolutos señores della han robado así á los naturales como á los nuevos pobladores, y destruydola en tanta manera, que certifico á V. M. que si les durara, que en muy breve tiempo la pusieran en el término que á la Española y á las otras islas porque ya falta mas de la mitad de la gente de los naturales á causa de las vejaciones y malos tratamientos que han recebido, que ni han bastado para lo estorbar las ordenanzas que para defensa desto V. M. mandó hacer é enviar, antes las han tenido suspiendas sin cumplir ninguna dellas; y ahora fuesen de yo venido andan en darles limitacion, diciendo que no se pueden sufrir; é para me enmenjar con los españoles dicen é publican que yo fui el que las hice y di á V. M. el aviso dellas; y ni tampe-

(1) Así dice el original p. 2 r. fr. 5. r. 1.

(2) Quisiera por quietud.

co ha bastado la proteccion que V. M. mandó que tuviese el electo obispo de Méjico, porque jamas han querido cumplir ni obedecer las provisiones que para esto (1) traje; antes porque el dicho electo ha trabajado de defender que no sean los naturales tan mal tratados, le han á él maltratado y ofendido, así en la persona poniendo las manos en él, como en la fama levantándole mil testimonios falsos, siendo como es uno de los buenos religiosos, y de buena doctrina, y ejemplo que pueden ser, y como tal V. M. le escogió (2) para el cargo; mas porque si el dicho electo lo tuviera, ellos no pudieran haber tenido como tienen cada cincuenta mil castellanos en un año, sin casi otros tantos que han gastado en pagar muchas deudas que trajeron, y enviar á esos reinos como han enviado en cabeza de otros, mucha suma de oro y joyas, y en banquetes y fiestas con mugeres y otras deshonestidades, que porque hay destes muchos cronistas, y aun algunas de las corónicas han enviado á V. M. y á su Consejo, yo no me entrometo, y tambien porque no quiero ser autor de lo que no he visto.

Yo ando entreteniendo lo que puedo porque no hagan dar causa á algo de lo que ellos desean por colorar su maldad, y sufriré todo lo posible, aunque certifico á V. M. que ya no puedo sufrir, ni son sufrideras las afrontas que me han hecho y cada dia me hacen, ni la grand necesidad en que me ponen por haberme quitado los alimentos, como hicieron al electo obispo desde que no tuvieron otra cosa que hacer con él, y sufriré hasta esperar la nueva obediencia; mas si se tarda será imposible que no haya de tomar los pueblos que V. M. me hizo merced, pues para ello me da autoridad y poder, para mantenerme, y que no se me acabe de morir de hambre la gente que me queda, que en otra cosa no pienso entremeterme hasta que como digo venga la nueva obediencia, porque venidos estos V. M. será mejor informado de los de las cosas que está han pasando y pasan.

Tambien Nuño de Guzman, Presidente de esta obediencia, vista la provision que V. M. me mandó dar de su Capitan General en esta Nueva España que la tuvo en su poder muchos dias, porque la tomó á la persona con quien yo la envié desde Castilla, como tomaba todas las otras, y cartas que de aquellas reinos á esta Nueva España venian sin autoridad alguna, ni poder de V. M., hizo mucha gente y ha ido por muchas Provincias que yo tenia vistas y andadas, y algunas dellas muy pacíficas, é hálas robado é alborotado, en especial la de Mechoacan, que V. M. sabe cuanto tiempo ha que está en su Real servicio atormentado al Señor della, y lo sacó mucha suma de oro y plata; é porque no se supie-

se la cantidad, le maté, diciendo que el dicho Señor tenía cierta gente de guerra para pelear con él, que fós muy contrario de la verdad. Y puesto que por cartas de muchas personas de los que están en su compañía y por informacion de algunos que de allá han venido, he sabido el poco fruto que hace en la tierra por donde anda, por no haber pasado de las provincias que yo tenia andadas, antes se está en ellas gastandolas y alborotandolas, y conozco, (y así es notorio á todos) que de su estado Dios nuestro Señor y V. M. son muy deservidos y la tierra muy destruida y alborotada, yo quisiera evitar aquel daño con ir á enviar mi Lugariente para tomar aquella gente, y con ella, y con la que mas traje é la que conmigo fuere de buena voluntad, sin los llevar por fuerza, como él hizo para pasar adelante, y descubrir, y poblar muchas tierras, y asegurar las que estaban descubiertas; no lo he osado ni oso hacer porque no me levantan que doy causa á desasosiego; y hálo hecho saber á los oidores, y á ellos bien les consta todo lo que he dicho, pero tambien quieren suspender esta provision como todas las otras, porque les parece que sus terminos conmigo la compañía que con Nuño de Guzman tienen.

Ya V. M. sabe como al tiempo que yo me partí para esos reinos, dejé en la costa del Sur cinco navios ena anclados para enviar en seguimiento de los que V. M. me mandó que enviase á Maluco (1), y despues se hizo otro que fueron cinco, y estaban muy á punto con todas las cosas necesarias para seguir el dicho viaje, de donde tengo por muy cierto que V. M. fuera muy servido así en socorrer aquellas gentes que se enviaron y en poblar alguna parte de aquellas islas, como en descubrir otras; llegados los dichos oidores, quitaron la persona que yo dejé para entender en los dichos navios, é le trajeron preso á esta ciudad, é quitaron los pueblos que entendian en la obra dello, é la suspendieron por manera que todas las jarcias é otras cosas que estaban para los dichos navios, se robaron y las llevó quien quisó, y los navios están casi perdidos, y los maestros estuvieron cerca de un año sin hacer nada; y despues condenaron á la persona que dejó en cargo los dichos navios, en tres mil y tantos castellanos de los salarios que pidieron aquellos maestros del tiempo que estuvieron suspensos, habiéndolos ellos suspendido, é para pagarlos se vendió mucha hacienda, por manera que toda la obra cesó, y no sé si aprovechará la que estaba hecha porque está muy dañada y destruída, y robada toda la jarcia, como dicho tengo, y los maestros idos por muchas partes, donde demas del interés de V. M., que no es poco, á mí me destruyeron mas de veinte mil castellanos que tenía gastados en la obra é aparejos de los

(1) El original dice sobre.

(2) Escogió por escogió.

(1) Nueva expedicion al Maluco, que no tuvo efecto.

dichos cinco navíos, todo á fin que no pareciese servicio mio; y en verdad que esto he sentido mas que toda la otra hacienda que me han destruido, que pasan de treientos mil castellanos, por lo que se ha estorbado de servir á Dios y á V. M. con aquella armada; y por lo que yo conosco del deseo que V. M. tiene de saber el secreto destas partes, y por el que yo traía de emplear mi persona en este descubrimiento, plega á Dios que no permita que el demonio de viciadas estorbos en esta obra, sino que se cumpla la voluntad que V. M. tiene de servirle, y que por estas partes se prodigie su santo Evangelio, que yo apatejado estoy á seguir esta jornada hasta muerte en ella; y que esta nueva abdicación no se tarde, porque venida tengo mucha esperanza que habrá remedio; porque aunque no conozco los odores, al Presidente tengo por persona de mucha rectitud y conciencia por el tiempo que le converse en la Isla Española. En viniendo hará mas larga relación á V. M. de lo que he oído.

Suplico á V. M. sea servido mandarme siempre avisar de su voluntad porque yo acierte, pues es este mi principal deseo, y lo mande así á los del Consejo, pues estan mas cerca para hacerlo; y tambien me haga merced de me mandar escribir las nuevas de todo lo acontecido á V. M. en estas partes, porque acá demos gracias á Dios y nos regocijemos con sus victorias, que yo espero por la santa intención de V. M. el por estas partes, y nosotros por estotras, hemos de traer al corral mucha parte de las ovejas perdidas.

Sacra Cesárea Católica Majestad: Dios nuestro Señor la muy Real Persona de V. M. guarde y conserve en su servicio por muy largos tiempos con acrecentamiento de mayores reinos é señorías. De la ciudad de Tezcuco desta Nueva España á 10 de octubre de 530 años.—De vuestra Sacra Católica Majestad muy humilde criado y vasallo que sus muy Reales pies y manos besa.—El Marques del Valle.

CARTA 4. MEMORIAL DE BERNARD CORTES AL ENOBERALDON GARCERA Y.

Valadolid á 6 de febrero de 1541.

Sacra Cesárea Católica Majestad.—Pensé que haber trabajado en la juventud, me aprovechara para que en la vejez tuviera descanso; y así ha cuarenta años que me he ocupado en no dormir, mal comer, y á las veces ni bien ni mal, traer las armas á cuestras, poner la persona en peligros, gastar mi hacienda y edad, todo en servicio de Dios, trayendo ovejas en su corral muy remotas de nuestro hemisferio é inocetas (1) y muy escritas en nuestras escrituras, y acrecentando y dilatando el nombre y patrimonio de mi Rey; ganándole y trayéndole á su yugo y Real cetro muchos y muy grandes reinos y señorías de mu-

(1) Inocetas por ignotas.

chas bárbaras naciones y gentes, ganados por mi propia persona y expensas, sin ser ayudado de cosa alguna, antes muy estorbado por muchos émulos é invidiosos que como sanguiuécula han rebentado de hartos de mi sangre.

De la parte que á Dios cupo de mis trabajos y vigiliass asaz estoy pagado, porque reynó la obra suya, quiso tomarme por medio y que las gentes me atribuyesen alguna parte, aunque quicn conociere de mí lo que yo veré claro que no sin causa la divina Providencia quiso que una obra tan grande se acabase por el mas llaco é inútil medio que se pudo hallar porque á solo Dios fuese el atributo.

De la que á mi Rey quedó, la remuneración siempre estubo satisfecho, que *ceteris paribus* no fuera menor por ser en tiempo de V. M. que nunca estos reinos de España donde yo soy natural y á quien cupo este beneficio, fueron poseidos de tan grande y católico Principe, magnánimo y poderoso Rey; y así V. M. la primera vez que le besé las manos y entregué los frutos de mis servicios, mostré reconocimiento dellos y comensé á mostrar voluntad de me hacer gratificación, honrando mi persona con palabras y obras, que parecíanome á mí que no se equiparaban á mis méritos, V. M. sabe que rehusé yo de recibir.

V. M. me dijo y mandó que las aceptase porque pareciese que me comenzaba á hacer alguna merced, y que no las recibiese por pago de mis servicios; porque V. M. se quería hacer conmigo como se han los que se muestran á tirar la ballesta, que los primeros tiros dan fuera del terro y enmendando dan en él y en el blanco y fiel, que la merced que V. M. me hacía era dar fuera del terro y que iría enmendando hasta dar en el fiel de lo que yo merecía; y que pues no se me quitaba nada de lo que tenía ni se me había de quitar, que recibiese lo que me daba, y así besé las manos á V. M. por ello. En volviendo las espaldas quitáome lo que tenía, todo, y no se me cumplió la merced que V. M. me hizo; y demas destas palabras que V. M. me dijo y otras que me prometió, que pues tiene tan buena memoria no se le habrán olvidado, por cartas de V. M. firmadas de su Real nombre, tengo otras muy mayores; y pues mis servicios hechos hasta allí son honorarios de las obras y promesas que V. M. me hizo, y después acá no lo han desmerecido, antes nunca he cesado de servir y acrecentado el patrimonio de estos reinos con mil estorbos, que si no hubiera tenido, no fuera menos lo acrecentado despues que la merced se me hizo, que lo hecho porque la merced, no sé porque no se me cumpla la promesa de las mercedes ofrecidas, y se me quitan las hechas, y si quisieren decir que no se me quitan, pues poseo algo, cierto es que nada é inútil sou una mesma cosa, y lo que

tengo es tan sin fruto, que me fuera harlo mejor no tenerlo, porque hoierra entendido en mis ganancias, y no gastado el fruto de ellas por defenderme del Fiscal de V. M., que ha sido y es mas dificultoso que ganar la tierra de los enemigos. Así que, mi trabajo aprovechó para mi contentamiento de haber hecho el deber, y no para conseguir el efecto del, pues no solo no se me siguió reposo á la vejez, mas trabajo hasta la muerte, y pluguiese á Dios que no pasase adelante, sino que con la corporal se acabase, y no se entendiese á la perpetua, porque quien tanto trabajo tiene en defender el cuerpo, no puede dejar de ofender el ánimo.

Suplico á V. M. no permita que á tan notorios servicios haya tan poco miramiento, y pues es de creer que no es á culpa de V. M., que las gentes lo sepan, porque como esta obra que Dios hizo por mi medio, es tan grande y maravillosa, y se la extendió la fama della por todos los reinos de V. M. y de los otros Reyes cristianos, y aun por algunos infieles; en estos donde hay noticia del pleito de entre el Fiscal y mí, no se trata de cosa mas y unos atribuyen la culpa al Fiscal, otros á culpas mías, y estas no las hallan tan grandes, que si bastasen para por ellas negármelo el premio, no bastasen tambien para quitarme la vida, honra y hacienda; y que pues esto no se hace, que no debe ser más la cultereres y rentas de lo que me despojan, y está claro que no han de sentenciar contra sí; no les he querido recusar en este caso porque siempre creí que V. M. fuera servido que no llegara á estos términos, y yo seyendo V. M. servido que haya mas jueces que determinen esta causa, serme la forzado recusar al obispo de Cuenca y á Salmeron, y pesarmeha en el ánimo porque no podrá ser sin alguna dilación, que para mí no puede ser cosa mas dañosa, porque he sesenta años, y anda en cinco que salí de mi casa, y no tengo mas de un hijo varon que me sucede, y aunque tengo la muger moza para poder tener mas, mi edad no sufre esperar muchos; y si no tuviese otro, y Dios dispusiese de este sin dejar sucesión que me habria aprovechado lo adquirido, pues sucediendo hijos se pierde la memoria. Otra y otra vez toro á suplicar á V. M. sea servido que con los jueces del Consejo de Indias se junten otros jueces de otros Consejos, pues todos son criados de V. M., y les fa la gobernación de sus reinos y su Real conciencia, no es inconveniente fuerles que determinen sobre una escritura de merced que V. M. hizo á un vasallo de una particia de un gran todo con que él sirvió á V. M. sin costar trabajo ni peligro en su Real persona, ni cuidado de espíritu de proveer como se hiciese, ni conta de dineros para pagar la gente que lo hizo, y que tan limpia y lealmente sirvió no solo con la tierra que ganó,

mas lo vieses, mejor alcanzarian lo que se debía hacer.

Vénome viejo, y pobre y empedrado en este reino en mas de veinte mil ducados, sin mas de ciento otros que he gastado de los que traje é me han enviado, que algunos dellos debo tambien, que los han tomado prestados para enviarme, y todos corren cambio, y en cinco años poco menos que ha que salí de mi casa, no es ni mucho lo que he gastado, pues nunca he salido de la corte con tres hijos que traigo en ella, con letrados, procuradores y solicitadores, que todo fuera mejor empleado que V. M. se sirviera dello, y de lo que yo mas hoierra adquirido en este tiempo. Ha ayudado tambien la ida de Argel. Pareceme que al coger del fruto de mis trabajos, no debia echarlo en vasijos rotos y dejarlo en juicio de pocos, sino tornar á suplicar á V. M. sea servido que todos cuantos jueces V. M. tiene en sus Consejos, conozcan desta causa, y conforme á justicia la sentencien.

Yo he sentido del obispo de Cuenca que desea que hobiese para esto otros jueces deenas de los que hay, porque él y el Licenciado Salmeron, nuevo oidor en este Consejo de Indias, son los que me despojan sin oírme de hecho, siendo jueces en la Nueva España, como lo tengo probado, y con quien yo traigo pleito sobre el dicho despojo, y les pido cantidad de dineros de los intereses y rentas de lo que me despojan, y está claro que no han de sentenciar contra sí; no les he querido recusar en este caso porque siempre creí que V. M. fuera servido que no llegara á estos términos, y yo seyendo V. M. servido que haya mas jueces que determinen esta causa, serme la forzado recusar al obispo de Cuenca y á Salmeron, y pesarmeha en el ánimo porque no podrá ser sin alguna dilación, que para mí no puede ser cosa mas dañosa, porque he sesenta años, y anda en cinco que salí de mi casa, y no tengo mas de un hijo varon que me sucede, y aunque tengo la muger moza para poder tener mas, mi edad no sufre esperar muchos; y si no tuviese otro, y Dios dispusiese de este sin dejar sucesión que me habria aprovechado lo adquirido, pues sucediendo hijos se pierde la memoria. Otra y otra vez toro á suplicar á V. M. sea servido que con los jueces del Consejo de Indias se junten otros jueces de otros Consejos, pues todos son criados de V. M., y les fa la gobernación de sus reinos y su Real conciencia, no es inconveniente fuerles que determinen sobre una escritura de merced que V. M. hizo á un vasallo de una particia de un gran todo con que él sirvió á V. M. sin costar trabajo ni peligro en su Real persona, ni cuidado de espíritu de proveer como se hiciese, ni conta de dineros para pagar la gente que lo hizo, y que tan limpia y lealmente sirvió no solo con la tierra que ganó,

pero con mucha cantidad de oro y plata y piedras de los despojos que en ella hubo; y que V. M. mandó á los jueces que fuere servido que entendieran en ello, que en un cierto tiempo que V. M. les señale, lo determinen y sentencien, sin que haya esta dilacion, y esta será para mí muy gran merced, porque á distarse, dejárobme perder, y volverme á mi casa, porque no tengo ya edad para andar por mesones, sino para recogerme á aclarar mi cuenta con Dios, pues la tengo larga, y poca vida para dar los descargos, y será mejor dejar perder la hacienda que el ánima.

Sacra Majestad: Dios nuestro Señor guarde la muy Real persona de V. M. con el acrecentamiento de reinos y estado que V. M. desea. De Valladolid á 3 de febrero de 544 años.—De V. Católica M. muy humilde siervo y vasallo que sus muy Reales pies y manos besa.—El Marques del Valle.

EL TORRENTE.

ISIDRO PERESA.

La tempestad ha fulminado sobre aquellas montañas. Las aguas desprendidas de las nubes derepente han aumentado el torrente: rápido y turbio desciende, y sus mugidos repiten los ecos de las cavernas distantes. Ven, Zaphné, que es muy placentero sentarse después de la empesad en la orilla del torrente que precipita con estrépito sus espumosas ondas.

Este lugar sombrío me enagena; aquí estoy solo contigo, cerca de tí. Tu cuerpo delicado descansa entre mis brazos, y tu frente reclinada en mi pecho. Hermosa Zaphné, repite el canto de amor que tan melódioso es en tu boca. Tu voz es apacible como el soplo de la brisa entre las flores al despuntar la aurora; pero yo la escucharé, sí, yo la escucharé á pesar del torrente que precipita con estrépito sus espumosas ondas.

Tus acentos poncrán hasta el corazón: mas la sonrisa que los sucede es más deliciosa todavía. Si, la sonrisa atrás y prométe el beso. . . Ángel de amor y de placer, tus labios de rosa son más dulces que la miel. Sed discreto, ó torrente, que precipitas con estrépito tus espumosas ondas.

El beso de la mujer que se ama, enciende todos los deseos. ¡Cómo! ¡Válida tu ternura cuando quisiera retardar el instante de la felicidad! Mira; una flor arrojó á la rápida corriente: huye. . . y desaparece. ¡O mi dulce amiga! de esta flor la imagen eres; y el tiempo es más veloz aun, que este torrente que precipita con estrépito sus espumosas ondas.

Hermosa, esa nueva sonrisa me reanima; tu recato y modestia espíran con un nuevo beso. Mas tus miradas parecen inquietas; ¿qué temes? Este lugar solitario solo es conocido de las

tórtolas amorosas; los ramos entrelazados forman un espléndido pabellon sobre nuestras cabezas, y los suspiros de la voluptuosidad se pierden con el estrépito del torrente que precipita sus espumosas ondas.

Pachuca, Septiembre 30.—J. J. S.

(Traducido para el Museo).

LA FLOR DEL SEPULCRO.

I.

Está tejido el cielo de Occidente
De gualda y oro, de zafiro y grana;
Y parece el clamor de la campana
El gemido postrero de la luz.
Lingüidas en el aura se adormecen,
Vertiendo aromas púdicas las flores;
Y dispersos eslabos de colores
Bogan tranquilos bajo el cielo azul.

Aun se ve entre las crestas de los montes
Del astro de la luz la faz suprema,
Y en arco inmenso brilla su diadema
Realizada de la sombra en el capuz.

Y triste del arroyo es el murmullo,
Triste el balar de la distante oveja;
Y el apacible viento que se queja
En las fogabres ramas del sauz.

Cándida resplandece entre las nubes
De la tarde la estrella solitaria,
Y en la tierra se eleva una plegaria
De infortunio y de lágrimas á Dios.
Despejados los cielos del Oriente
Son trono de la luna; que del día
Hace angusta y solemne la agonía
Que es astro de ternura y de dolor.

Es subline el imperio del silencio,
Santo y misterio su semblante modo:
Mi planta temeraria solo pudo
Tu parteroso reino profanar.

Hame cabe un sepulcro; no lo adorna
Ni mármol ni oro, fústo, ni grandezas:
Sobre polvo reclinó su cabeza
Quien vino aquí del mundo á descansar.

Y tal vez turbulenta una existencia,
Aquí apagó sus ansias y su pena,
Como la ola horridora que en la arena
Ignorada y sumisa se perdió.

Delirios de ambicion, sueños de gloria,
Fiebre de amores, esperanza, todo
Ceniza y nada mas, miseria y lodo,
¡Es esta nuestra vida, eterno Dios!

II.

Entre la ruda aspereza
Que sobre el sepulcro crece,
Tímida y pura se mece
Una flor; humilde flor!

No te levantas ufana
Sobre tu tallo risueño,
Que estás cerca de su dueño
Como símbolo de amor.

¡Ay! me parece que lloras
Sobre esta tumba sencilla:
¡Inocente florecilla,
Es sublime tu humildad!
Me parece que brotaste
Con el ósculo de un niño,
Que te contó con cariño
Su pobreza y su orfandad.

Tal vez, sepulcro, ese cuerpo
Que en tu centro está guardado,
Llevó en el pecho encerrado
Un sentimiento de amor.
Y que quiso revelarse
Enmedio de un cementerio,
Y tu vida es un misterio
Para otra alma, hermosa flor.

No te cortejan las auras,
Ni los pensiles perfumas,
Ni aves de pintadas plumas
Vienen á libar tu miel.
Hija del duelo y el llanto,
Simbolizarlo es tu suerte;
Tú vives para la muerte,
Y eres extraña al placer.

O Dios quiso que nacieras
Sola en esta sepultura
Para que fueras, flor pura,
Una elocuente inscripcion.
Que la ignorara el bullicio
Que entre zarzas se escondiera,
Y solo la comprendiera
Mi sensible corazón.

¡Con qué ternura te admiro,
Flor modesta y solitaria!
Me pareces la plegaria
Que alza á la Divinidad.
Una alma santa, inocente,
Pero amante y conmovida,
En la playa de la vida
Y al ir á la eternidad.

Te erio á veces un signo
De dulcísimo consuelo,
Que recuerda al triste suelo
Otra existencia mejor:
En otro lado del mundo
D. los bienes no perecen
Y eres, flor, de las que crecen
Junto del trono de Dios.

Tal vez desolada esposa,
Vino aquí á llorar de hijos,

Y con llanto de sus ojos
Cándida flor te nutrió.

Y al verte aquí una mañana,
Dolorosa en su tormento,
Del yerto esposo el aliento
En tu aroma percibió.

Tal vez congojosa madre
Te preguntó, flor querida,
Por el hijo de su vida,
Por su niño, por su amor.
Y te acaricia llorando,
Y le encanta tu presencia,
Y respeta tu existencia,
Porque te ama, hermosa flor.

Porque eres un resto hermoso
Del hijo de su esperanza;
Porque halla en tí semejanza
Y semejanza infantil.
Ella es la flor de su cuna,
Tú de su lecho de muerte,
Y una misteriosa suerte,
Flor hermosa, lo unió á tí.

En tumultuosos festines,
La flor olvidada espira,
Anque su aroma respira
Indolente la beldad.
Tú no inspiras alegría;
Tú vieta un misterio encierra:
Es la oblation de la tierra
De la muerte en el altar.

Signe formando contraste,
Flor bella y privilegiada,
Entre la vida y la nada,
No mueras, hermosa flor.
Que la vista en esta tumba
De un tallo seco y marchito,
Dejara un recuerdo escrito
De angustia y desolacion.

Flor de llanto, triste emblema
De dolor y de ternura,
Tú tienes una hermosura
Que el alma sabe apreciar.
Desprecia la fútil gala
Que brinda inconstante el suelo,
Y fallace, flor de duelo,
Sobre el lecho funeral.

De otras arrogantes flores
Me encantaré la hermosura;
Pero escitar mi ternura,
Sola tú, flor de dolor. . .
La sombra envolvió la tierra;
Ya todo reposa en calma,
Y eterna vivirá en mi alma
¡Una tumba y una flor!

Septiembre 24.—GUILLERMO PRIETO.

REMITIDO.

Srs. editores del Museo Mexicano.—Pázcuro, Septiembre 21 de 1843.—Muy recomendables señores: La delicada pluma que dedicó sus tareas para dar á conocer al Ilmo. Sr. D. Vasco de Quiroga como fue verdaderamente, ignora por sin duda el paradero de los venerables restos de tan digno prelado. Esta circunstancia parecerá nada para no dejar incompleto el artículo publicado en el número 19 del primer tomo, y el cual trae consigo la recomendación de pertenecer á tan sabio periódico; pero á mi juicio, no sería inoportuno añadirle el documento de que remití copia, haciendo de él el mérito de que son dignas tan apreciables reliquias. Basta solo recordar de quién son para llenarse de ternura y sentimiento, pues pertenecen á la beneficencia personificada, á la humildad por escolencia, á la subiduría profunda, al primer padre de los indígenas en Jesucristo.

Los justos homenajes de respeto que se tributan á los restos de un hombre por tantos títulos venerable, han procurado su conservación tan sorprendente, por dársele su existencia de tanto tiempo, y sin embargo, cuando la casualidad ha conducido á este lugar á personas, cuyo mérito las ha colocado en un puesto distinguido, y que el amor á la de que se trata los hace procurar el objeto de su admiración, han manifestado el mayor agrado en ver aquellas cenizas que excitan en sus almas sensibles los mas profundos sentimientos, y á quienes su memoria coasagra algunos instantes, para recordar silenciosa sus virtudes y su bondad, no habiendo faltado algunos que aprovechando la ocasión y al descuido han tomado de la urna en que se guardan, algunas de las piezas que componen su no formado esqueleto, con el fin de conservarlas en su poder como una prenda muy cara de tan amable personaje.

Este pastor dignísimo, cuya pérdida lamenta todavía la presente generación en esta ciudad, y que florará el Departamento entero, murió defacto en Uruapan á las tres de la tarde del día 14 de Marzo de 1565; empero su caláver fué conducido hasta aquí en hombros de los pobladores de Pázcuro, en medio del amargo llanto que naturalmente debió producirles la gratitud hecha un prelado que se condujo con ellos como un tierno padre y como el mejor amigo.

Así, pues, entiendo que el siguiente documento tendrán vdes. á bien publicarlo, como conclusión de aquel artículo, en que constan comprendidas la vida, ideas y costumbres de nuestro Ilmo. Sr. obispo, el primero de Michoacan, D. Vasco de Quiroga.

“En la ciudad de Pázcuro, á diez y siete dias del mes de Agosto del año de mil ochocientos

treinta y uno, el Sr. bachiller D. Francisco Javier Orozco, cura encargado y juez eclesiástico de este partido, por el propietario, que lo es el Sr. bachiller D. José María Rayon, estando en la iglesia de la Compañía de esta dicha ciudad hizo reconocimiento á presencia de seis testigos, que lo fueron, D. Mariano Alvarez, D. Ignacio Cortés, D. Diego Rodríguez, D. Pedro Herrera, D. Pablo Arciga y D. Francisco Rivera, todos de esta vecindad, y por ante mí el infrascrito notario nombrado de este juzgado eclesiástico, de las reliquias del Ilmo. Sr. obispo D. Vasco de Quiroga, que se conservan en dicha iglesia en un nicho que está en el presbiterio al lado del Evangelio, y se hallaron existentes las siguientes:

El cráneo y la mandíbula inferior.....	2.
Los cubitos y radios, huesos que componen cada brazo.....	4.
Costillas.....	10.
Las vértebras lumbares que componen la columna torácica.....	13.
Las fémures, huesos de los muslos.....	2.
Las rótulas ó chiqueraelas.....	2.
Las tibias y peroneas, huesos que componen las piernas.....	4.
Los calcáneos, huesos que forman el talón.....	2.
Varios pedruzcos de otros diferentes huesos, en número de.....	4.
Son piezas.....	53.

“Cuyas reliquias vistas, reconocidas y contadas en el número total que aparece por el señor cura y testigos presentes que van expresados, lo firmaron para constancia.—Francisco Javier Orozco.—Mariano Alvarez.—José Ignacio Cortés.—José Pablo de Arciga.—Diego Manuel Rodríguez.—Pedro Herrera.—Francisco Rivera.—Y yo el nombrado notario nombrado, certifico y doy fé, que el número de dichas reliquias es el mismo que aparece en la lista de la vuelta, acreditado con las firmas del expresado señor cura y testigos, las que estamparon cada uno á mi vista de su propio puño, y son las mismas que usan y acostumbra siempre en todos sus asuntos, á cuyas personas conozco. Y para que conste sienta la presente por duplicado, en esta propia ciudad, dicho día, mes y año, para que se guarde junto con dichas reliquias, para la mayor seguridad de ellas. En testimonio de verdad.—Andrés Venegas, notario nombrado.”

Sírvanse vdes. señores editores admitir este documento como una muestra de mi distinguido afecto, y nunca como corrección: í retrato tan singular como el que vdes. han hecho del Ilmo. Sr. Quiroga, cuya memoria respetará siempre su afectísimo seguro servidor Q. B. SS. MM.—José Ignacio García.

RECUERDOS BIOGRAFICOS.

D. DIEGO DE LEON, CONDE DE BELASCOAIN.

"Como el caballero Bayardo, sin miedo y sin tacha."

"El cadalso no deslumbró a Diego Leon; el castaño en su vida metoscó las glorias que tan justamente habia adquirido."
(Discurso pronunciado por el general S. Micou, ministro de la guerra, en la sesión del congreso del 20 de Enero de 1842.)



Hay en los períodos terribles de guerras civiles y trastornos sociales con que la Providencia aflige algunas veces á los pueblos, personajes que si desuellan sobre los demas por la parte activa que tomaron en la lucha, por sus grandes hechos de valor, y por su lealtad y nobleza, llaman todavía mas la atención, por el fin desastroso de su vida. Tal es el ilustre personaje cuya biografía vamos á trazar, no sin desconocer la gran dificultad de satisfacer en el aprecio que de los hechos hagamos, todas las pasiones, todos los partidos que en ellos han intervenido. Carentes todavía las cenizas del héroe de Belascoain; preocupados aun los ánimos con los sucesos que ocasionaron su triste fin, peligroso es incurrir en la desgracia de todos los partidos; pero llevamos al menos la ventaja que ninguno de ellos ha puesto jamás: en duda la esplendorosa caballería, la acrisolada nobleza, la invariable lealtad, y el indisputable valor del general Leon. Y como no ser así, cuando aun sus más encarnizados enemigos presenciaron su denodado arrojo en cien combates, y á él debieron en muchos el lauro de la victoria? Pudiéramos, pues, encontrar sus grandes hechos militares sin el menor recelo de ser contradichos: no así tal vez su lealtad, porque esta cualidad moral, si bien descausa en principios eternos, es diferentemente juzgada por los partidos políticos, durante el vértigo que los domina. Dia llegará en que la imparcial historia clasifique y de su justo valor á las acciones y procedimientos de los hombres que han representado un gran papel en el prolongado y sangriento drama de nuestras discordias civiles. Seremos, pues, para evitar estos escollos, meros cronistas de los sucesos que tengan relacion con el personaje, tan ilustre

como desgraciado, de cuya biografía nos ocupamos dejando á cada cual la apreciación de ellos, según el espíritu que le domine. Los sucesos que terminaron en gloriosa cesación, son todavía demasiado recientes para pertenecer á la historia. Todos los hemos presenciado; todos sabemos sus causas; todos lloramos sus tristes resultados. Consignémoslos solo en nuestro trabajo los hechos de público sabido; envueltos están aun algunos en la oscuridad que las circunstancias no han permitido aclarar; pero con el tiempo quedarán fijados.

Tampoco nos permite lo reducido de nuestro trabajo, el hacer una detenida enumeración de los hechos militares del general Leon durante la guerra civil. Y para que, cuando están llenos todos los papeles públicos de la época, de sus combates y hazañas? Así, pues, pasaremos rápidamente por la gloriosa carrera militar, para detenernos algun tanto mas en la corta, pero notable vida política del general Leon.

D. DIEGO ANTONIO DE LEON Y NAVARRETE, primer Conde de Belascoain, Caballero gran Cruz de la real y distinguida orden de Carlos III, de la americana de Isabel la Católica, y de la militar de S. Fernando, condecorado con la medalla de S. Fernando, condecorado con la medalla de segunda clase de la misma orden, y con otras varias de distinción por gloriosas acciones de guerra, gentil-hombre de cámara de S. M. con ejercicio, condehombre de la orden real de la Legion de honor de Francia, teniente general de los ejércitos nacionales: nació en Córdoba el dia 30 de Marzo de 1807, siendo sus padres el Marqués de las *Atalayas*, condehombre de la orden de Calatrava, gentil-hombre de S. M., y brigadier coronel del regimiento Provincial de aquella ciudad, y D^a María Teresa Navarrete y

Valdivia. Fué educado con el esmero y según á su distinguida clase correspondia, y al concluir sus estudios en el colegio de la Asuncion de Córdoba en 1823, manifestó los mas vivos deseos de seguir la carrera militar, en la que tantos dias de gloria habia de dar á su patria. Condescendiendo su padre con sus deseos, y según habia sido costumbre en otros tiempos, propuso al gobierno beneficiar una compañía de caballería en favor de su hijo D. Diego, á lo que accedió el gobierno concediéndole el título de capitán del regimiento de caballería de Almansa 19 de dragones, á D. Diego de Leon en 25 de Agosto de 1824, en cuyo mismo día hizo su padre entrega formal de 74 caballos, cuyo costo ascendió á 100,000 reales. En dicho cuerpo continuó Leon sus servicios, hasta el 20 de Diciembre de 1825, en que fué nombrado ayudante de campo del comandante general de la guardia real de caballería, el Marqués de Zambrano. En 19 de Julio de 1827 obtuvo el empleo de capitán del regimiento de coraceros de la Guardia Real.

Llegó el año de 1829, y con él la celebración del augusto encaje del rey Fernando VII con la princesa de Nápoles D^a Maria Cristina de Borbon, que tan halaguenas esperanzas infundió á todos los españoles; en celebracion de aquel memorable suceso, se concedió á Leon el grado de coronel. Continó sus servicios, accendiendo en 7 de Octubre de 1834 á comandante de escuadrón de lanceros de la guardia; y habiendo solicitado ir á campaña, pasó al ejército de operaciones del Norte en el mes de Diciembre, dando principio á la serie de memorables hechos de armas en que brilló su nombre. El 17 de Enero de 1835 peleó denodadamente en la accion de Urbiza: el 27 del mismo mes en la de Muez; el 5 de Febrero en el campo de Nazar, Assarta y Puente de Arquijas; poco despues tomó el mando de los escuadrones de campaña, y concurrió con ellos á la accion de los Arcos el 24 de Febrero, á la del Puente de Lárraga en 5 de Marzo, y el 29 del mismo mes á la de Arzonja. Combatió el 9 de Mayo en la retirada del fuerte de Treviño; el 16 en el reconocimiento sobre el Carrascal; el 13 de Junio en la retirada del sitio de Salvatierra; el 10 de Julio en la gloriosa accion de Mendigorria; el 2 de Septiembre en la de los Arcos, en la que con 72 caballos sostuvo una columna enemiga, habiendo perdido en aquella accion dos caballos muertos y uno herido de los que montaba, mereciendo por tan heroico comportamiento que el general en jefe le pusiese en el acto la cruz laureada de S. Fernando, dispensándole la reina del juicio contradictorio, por la notoriedad del hecho en que la habia adquirido. El 11 del mismo mes, combatió de nuevo en los campos gloriosos de Mendigorria; el 17 de Octubre en Salvatierra y en el reconocimiento sobre Guova-

ra, habiendo deslojado á los enemigos con el escuadrón de su mando de las posiciones que ocupaban; el 28, en la marcha desde Villareal á Vitoria, sosteniendo la retirada de aquel ejército con cinco escuadrones que mandaba, y con los cuales dió dos cargas á los enemigos, valiéndole este hecho una mencion honorífica en la orden general. Peleó en Estella el 15 de Noviembre y el 16 en Montejuara, donde logró pasar con 7 lanceros el desfiladero de aquel monte y cargar con tan corta fuerza á dos escuadrones enemigos, haciéndoles huir y apoderándose de treinta prisioneros. El 19 de Enero de 1836 se halló en la accion dada sobre el castillo de Guera, y el 16 y 17 en las sangrientas de Arlaban; el 23 en el reconocimiento sobre aquel castillo; el 25 de Febrero en la de Berrio Plano, en la que cargó valerosamente á los enemigos; el 5 de Marzo en la de Zubiri. El 23 salió con 150 infantes y 64 caballos en persecucion de dos batallones y un escuadrón enemigos que mandaba el Rey, y á los que alcanzó y batió al romper el día. Por real despacho de 12 de Marzo fué nombrado coronel del regimiento húsares de la Princesa, y con él concurrió el 25 de Abril al reconocimiento sobre Villareal de Alava. Marchó en seguida á proteger el fuerte de Villaba de Lona, habiéndose ya de vuelta en Arlaban cuando tuvieron lugar las memorables acciones del 21, 22, 23, 24, 25, 26 y 27 de aquel mes. En Junio salió en persecucion de Gomez por las provincias de Asturias, Galicia, Castilla, Aragon, Cuenca, Mancha, Andalucía y Estremadura. Entonces fué cuando alcanzó su espada la inmarcesible gloria de Villarrobledo, en cuya jornada con 1,500 húsares hizo pedazos á 11,000 infantes y 1,000 caballos, quedando en su poder 1,500 prisioneros, 2,000 fusiles, y 200 muertos en el campo. Por tan brillante victoria fué ascendido Leon al empleo de brigadier. El 14 de Octubre liberó á la ciudad de Córdoba del poder de los enemigos, siendo el primero que entró en ella, y en 29 de Noviembre logró alcanzarlos y batirlos de nuevo en Alcaudete.

Hasta aqui hemos copiado la hoja de servicios de Leon, y en el inmenso número de acciones de guerra en que peleó, hemos citado las fechas, para que la historia pueda facilmente encontrar y extender los pormenores de ellas. Ahora hablaremos del general ilustre, cuyos gloriosos hechos están enlazados con la historia del ejército en los últimos años de la campaña.

En el Otoño de 1837, mandando el general las fuerzas de su expedicion, tuvo lugar la batalla de Grá en Cataluña, y en ella Leon con 57 húsares deslizo á cuatro batallones y dos escuadrones enemigos, decidiendo del óscito de El Estilla. Continó despues á las órdenes del general Expartero en persecucion del enemigo hasta la re-

tirada de éste á las provincias del Norte, dando fin á aquella campaña con la victoria que alcanzó en Huera del Rey. Allí sin mas fuerza que 69 húsares de húsares, venció y derrotó á 9 escuadrones enemigos, haciéndoles 93 prisioneros y apoderándose de 78 caballos. En 11 de Noviembre fué ascendido Leon á mariscal de campo. La expedicion carlista volvió á pasar inmediatamente el Ebro, y Leon obtuvo el mando de las fuerzas destinadas á operar en Navarra. La situación de aquel pais era entonces sumamente crítica para las tropas de la reina, faltando los recursos para mantener al soldado, á causa de haber extendido el enemigo su dominacion durante las expediciones. Persuadido Leon de la necesidad de emprender las operaciones, para reconquistar el pais perdido, acometió enmedio de tantos obstáculos y consiguió en breve la difícil empresa de arrojar al enemigo al otro lado del Arga. Fijó en seguida su atencion sobre la importancia del puente fortificado de Belascoain, punto de fácil y segura comunicacion con el Carrascal, y manifestó al general Alaix, virey entonces de Navarra, el pensamiento que habia concebido de atacar aquel fuerte. Aplaudió el virey la idea, pero no aprobó su ejecucion, desconfiando del óscito. Leon, sin embargo, acometió la empresa; con cinco batallones y sin artillería de batir, derrotó á los enemigos, que contaban con siete batallones, y logró arrojarlos al mismo pueblo de Belascoain. Evió entonces un oficial de su estado mayor á pedir al virey artillería para batir el fuerte, y sin esperar aquel auxilio indispensable para tamaña acometida, al amanecer del siguiente día rompió Leon el ataque sobre el pueblo, del que se hizo pronto dueño: en tan crítico momento supo la negativa formal del virey á facilitarle la artillería; pero no por eso desmayó, é decidido á poner término á aquella lucha, acometió á la carrera todas las posiciones y líneas atrincheradas. En breve fué todo suyo, manifestó al virey que solo necesitaba pólvora para volar el fuerte, y raciones para dar de comer al soldado. Abandonó por poco tiempo el teatro de Navarra, disgustado de las contestaciones que se veia precisado á sostener con el virey, quien encargado de las operaciones en aquella parte, experimentó en Septiembre un fuerte descalabro en Legarda. Leon que se hallaba á larga distancia al frente de la caballería del ejército, recibió del general en jefe la mision de encargarse de nuevo del mando de las fuerzas de Navarra. Marchó sin detenerse, y á la hora de haber llegado, con las mismas tropas que antes se retiraba, derrotadas, batió al enemigo y le obligó á pasar el Ebro. Venció de nuevo en Sesma en Belascoain, donde el ejército español le vió con asombro apoderarse á caballo de las fortificaciones, y entrar á caballo por la tro-

nera de un cañon. Allí ganó el título de Conde de Belascoain.

Mas adelante y pacificadas ya las provincias del Norte, á consecuencia del memorable convenio de Vergara, se trasladó con el ejército á Aragon. Combatió en Sigüra, en Castellote y en Morella, y puso término á tantas hazañas, ayudando al Duque de la Victoria en la toma de Berga, donde perdió su caballo, y descargó el último golpe de lanza que se dió en la guerra de siete años.

Tales son en bosquejo los grandes hechos de armas, las insignes proezas del general Leon; tales fueron hasta entonces los grados y distinciones que obtuvo con el valor de su pecho y con el esfuerzo de su potente brazo. Hazañas que ostentará la España en dias menos aciagos, como una de sus glorias mas brillantes y duraderas. No se olvidará fácilmente á nuestros soldados la memoria del esforzado caudillo que tantas veces les condujo al combate y les alcanzó la gloria; ni el pueblo español olvidará tampoco los grandes servicios que prestó á la causa de la libertad, y á la consolidacion del trono legitimo.

Hemos bosquejado rápidamente los mas importantes sucesos de la vida militar de Leon, no permitiéndonos los limites de nuestra reseña presentar todos los rasgos, todas las acciones sublimes que caracterizaron al esclarecido capitán. Vamos á recorrer ahora su vida política de corta duracion, como corta fué tambien su vida física, por desgracia de la patria.

«Con la cara al enemigo y la espalda vuelta á nuestros deseos políticos.» Con estas palabras, que á nadie con mas verdad que al malogrado Leon pueden aplicarse, calificó la conducta del ejército en los movimientos de 1835, uno de nuestros mas distinguidos oradores. En efecto, el general Leon desde su llegada al teatro de la guerra no tuvo otra atencion, no le unió mas deseo que combatir al enemigo de su reina y de su patria. Todo lo demás era para él indiferente; la política, sus partidos, sus divisiones, sus tendencias, palabras vanas para el que solo habia recibido la mision de combatir y triunfar.

Pero debía llegar el día en que el vencedor de cien combates tendiese su vista sobre la escena política, y esta se presentó á sus ojos por la vez primera en el por desgracia famoso lugar del Mas de las Matas. Allí, en la inaccion del invierno, mientras el caudillo principal se aprestaba para la próxima campaña, y para otras empresas en mayor provecho suyo; aunque aciajas para la nacion, allí oyó leer el celebre documento en que un secretario del general en jefe se declaraba autorizado para decir al pais entero, que la marcha seguida por el gobierno, de acuerdo con la representacion nacional, no merecia la aprobacion del jefe de los ejércitos. Aquel do-

cumento, que debía enviarse á los periódicos de la corte para que sirviese de señal á los preparativos de un gran suceso, fué presentado á Leon, y se le pidió su parecer delante del que le había redactado, y en presencia de otros muchos que rodeaban al general en jefe. No vació Leon el manifestar su oposicion fuerte y declarada á todos los actos que tendiesen á dar al ejército una influencia indebida y siempre perjudicial en los negocios públicos, desaprobando del modo mas enérgico aquella declaracion. No retiraron sus palabras á los que de antemano habian resuelto seguir otra conducta, y por lo tanto y desde entonces, su situacion era violenta en el ejército. Conoció así, y pidió, y obtuvo licencia para Madrid; y la corte le vió durante treinta dias que permaneció en ella, ageno á las cuestiones políticas que se debatian, y sin contrar alianza con ninguno de los hombres notables de los partidos que á la sazón figuraban en la escena.

Sabidos son los escandalosos y deplorables sucesos del 23 y 24 de Febrero de 1840, en que una turba pedicosa insultó y amenazó á la representación nacional en las puertas mismas de su palacio, con mengua y menoscabo de las autoridades, que no supieron contener ni castigar semejante atentado. No faltó entonces quien aconsejase á S. M. el nombramiento de Leon para capitán general de Castilla la Nueva; pero la incertidumbre del destino pesaba entonces sobre la madre augusta de Isabel II, que sin embargo no desconocia ni dejaba de apreciar la lealtad, el valor y los grandes servicios de Leon. Quiso premiarlos con el empleo de teniente general; pero Leon que habia venido á la corte huyendo del contagio político del cuartel general, no podia renunciar á la gloria de terminar la campaña, y su excesiva delicadeza no le permitia aceptar un ascenso que no hubiese sido ganado como los anteriores, en el campo de batalla. Hizola así presente á S. M., añadiendo que esperaba conquistar en breve en la guerra el nuevo premio ofrecido, tan noble conducta le hizo, entonces mas digno de la bondad de su reina, que le concedió la distinguida honra de nombrarle su genil-hombre. Muy honsegado Leon con el nuevo favor soberano, dispuso su regreso al ejército, y llegó á tiempo de empezarse las operaciones sobre Segura. Desde entonces hasta los sucesos de Barcelona, no se ve figurar á Leon en la esfera política.

Con la toma de la ciudad de Berga habia terminado la guerra, y el general en jefe, ocupado en Barcelona en operaciones de otra clase, se encontraba entonces poco de la compañía de Leon. Situado éste con su division á distancia de aquella ciudad, devoró en silencio y con amargura los agravios y los repetidos atentados contra la magestad del trono. Un rumor vago, de esos que

suelen preceder á la adopcion de una medida grave, anunciaba ya por entonces que Leon debía salir del ejército para un mando importante: él, en su lealtad de sentimientos, condescendió con los hombres á quienes creyera un dia sus amigos, habló detenidamente con el Duque de la Victoria acerca de las probabilidades de obtener el mando superior militar de Madrid. Manifestó el Duque su desaprobacion á este proyecto; pero poco despues cuando ya era positivo el nombramiento de Leon para la capitania general de Castilla la Nueva, y en visperas de conocerse el movimiento insurreccional de Madrid, de 19 de Septiembre, el general Espartaco dejó de manifestar toda oposicion, y el desgraciado Leon marchó á encargarse de su nuevo destino. Antes de llegar á Zaragoza se vió cercado de graves é inminentes riesgos, y le fué imposible penetrar en aquella ciudad insurreccionada tambien. Derrotado en su marcha, escribió al Duque de la Victoria solicitando instrucciones, que éste se negó á darle, recomendándole que se dirigiera á S. M. á la sazón en Valencia. Leon desobedeció el efecto un espreso con pliegos para el soberano supremo; y por orden de éste corrió á encargarse del mando de todas las tropas que se hallaban mantenido fieles, y se hallaban reunidas en Tarazona. Desde aquel punto contempló los progresos de la revolucion, sin hostilizarla, porque tales eran las instrucciones que se le habian dado. Tales eran tambien sus rígidos principios de obediencia y disciplina. A la historia corresponde apreciar en su dia, si en aquella disolucion social debía ó no prescindirse de sus deberes militares, y obrar segun los generosos impulsos de su arriesgada lealtad.

Nombrado el Duque de la Victoria presidente del consejo, le vió pasar desde Madrid á Valencia con sus compañeros, y fiel le hubiera sido apoderarse de ellos, evitando tal vez de este modo el último golpe de destrucción; pero no lo intentó siquiera. Tal vez no halló cabida en su pundonoroso corazón la idea de los acontecimientos sucesivos. Desde Valencia le escribió el Duque de la Victoria en términos que no desmentaban la antigua amistad, acusándole que renunciase el mando de Castilla la Nueva. A la hora de haber recibido aquella comunicacion, le remitía á Valencia la division aconsejada y una solicitud de licencia para Francia. Caudé está concedida, y aunque se le recomendó que no la usase, como tampoco le fué permitido por el poder militar que imperaba entonces en Madrid y descansara al lado de su familia; partió para el vecino reino. Fue allí objeto de veneracion y respeto de parte de todos los militares ilustres: en Burdeos pasó una revista á las tropas de aquella division, y sin visitar la capital de Francia, por un sentimiento de delicadeza

que no se supo apreciar en el interrogatorio capcioso que despues se le hizo sufrir, regresó á Madrid, donde triste y silencioso pasó sus dias en la ocuidad y la miseria.

Evitemos hacer una relacion del estado á que el país habia quedado reducido á consecuencia del trastorno de Septiembre, y de los sucesos posteriores. Los hechos son demasiado recientes, y sabidos son de todos el malestar y el descontento que reinaban en todas las clases, y en el ejército en particular. Estas causas dieron lugar á los acontecimientos de Pamplona, Vittoria, Provincias Vascongadas, Zaragoza y otros puntos, cuyo objeto era la destruccion del gobierno existente, y el restablecimiento de la realeza de la augusta madre de Isabel II. Los generales que mas se habian distinguido en la última guerra, los que mas pruebas habian dado de valor y lealtad, tomaron parte en aquella insurreccion, cuyos detalles, asi como las causas de su mal éxito, no son todavia bien conocidas, ni tampoco de este lugar.

Desde el momento en que fueron conocidos en Madrid los acontecimientos de primeros de Octubre en las provincias del Norte, decíase de público que iba á estallar una revolucion militar; habíabase de un pronto movimiento, lo que dio lugar á que el gobierno redoblase su vigilancia y mandase salir de Madrid á las personas que suponía cómplices ó autores del plan, las cuales habian desaparecido ya cuando fueron á buscarlas á sus domicilios, siendo una de ellas el general Leon. Separáronse el dia 7 de Octubre por la mañana á muchos oficiales del primer regimiento de la Guardia Real, y en la tarde de aquel mismo dia se dió orden á los sargentos de no dejar entrar en el cuartel á los oficiales separados, y á los centinelas de hacerles fuego si lo intentaban. Al anochecer resonaba por las calles de Madrid el ruido de los tambores de la milicia nacional, tocando generala, y todo el mundo se persuadió que era llegado el momento de realizarse la sublevacion de que tanto se habia hablado. El general Concha, con parte del regimiento de la Princesa, y las compañías de la guardia real que estaban de servicio en palacio, se habia apoderado del real alcázar. Hallábase este rodeado por la milicia y otras tropas de la guarnicion, sufriendo los sublevados el fuego que desde el exterior se les hacia.

Así como de la noche montó el general Leon á caballo vestido con su uniforme de házar, y seguido de un ordenanza, atravesó por entre las tropas que miraban y hacian fuego al palacio, y penetró en él, arregó á las fuerzas allí reunidas, y subió en seguida por la escalera principal, con ánimo de poner en salvo á S. M. Mas al ruido y á las vivas dados por los agresores, previniéronse los 18 guardias alabarderos que daban

la guardia interior, quienes hicieron una denodada resistencia. Los sublevados se presentaron delante de la puerta que conduce al salon de columnas, y allí se trabó un combate digno de mejor causa. La reina y su familia hermanas pasaron á la estancia mas retirada del edificio, donde permanecieron toda la noche abatidas y conseruadas, pero seguras de todo riesgo, pues solo la mas negra villanía pudiera imputar el designio de atentar á tan preciosas vidas, á los que mil veces habian espuesto la suya por la conservacion de su trono, y estaban dando una notable prueba de su lealtad.

Durante aquella infausta noche el ánimo y bizarría del general Leon y de sus compañeros escuden á cuanto puede concebirse. ¡Oh! para mas altas empresas debian haberse reservado aquellos ilustres caudillos, que se aventuraban empelar la gloria de tantos años, en los azares de una infausta noche.

A las tres de la madrugada del 8, reducidos solo á 300 hombres los que habian quedado en palacio, y perdida la batalla, sin esperanza para ellos de capitulacion ni tregua, los generales Leon y Concha con algunos caballos y una compañía de infantería, salieron por el Campo del Moro, donde les dieron el *quéen vivo* las avanzadas enemigas; contestaron ellos: *ronda mayor*, y cuando se acercaron á reconocerlos, arrollaron á la avanzada y siguieron á escape hacia la puerta de Hierro, donde encontraron otra avanzada de caballería, y sufrieron una carga en la que perdió el general Leon su caballo, viéndose precisado á tomar el de un soldado, en el que le prendieron las fuerzas de caballería que á las seis de la mañana habian salido en su persecucion, encontrándole solo á seis leguas de distancia, y conduciéndole preso á la capital, donde se le colocó en el cuartel de nacionales. Igual suerte cupo á muchos de sus esforzados compañeros.

Nombrado el consejo de guerra de oficiales generales para fallar las causas formadas con motivo de la insurreccion del día 7, no sin notable infraccion de lo dispuesto en las ordenanzas, ocupóse el fiscal en instruir el proceso del general Leon con celeridad poco acostumbrada. Y el 13 á la una del dia se leyó escuadra D. Dionisio Capaz, de los murcielas de campo D. Pedro Méndez Vigo, D. Nicolás Istiño, D. Pedro Ramírez, D. José Cortinez, y D. José Grases, y del brigadier D. Ignacio Lopez Pinto, siendo fiscal el brigadier D. Nicolás Mitusir. De cuantos componían aquel consejo, dos solo tal vez habian podido admirar en los campos de batalla el heroico valor del que iban á juzgar. Sus votos no fueron contrarios. El general Leon, acompañado de su defensor el general Ronchi y de

dos ayudantes, y conducido en un coche con la correspondiente escolta, arrojado un inmenso pueblo, que atónito y aterrado se agolpaba á su paso, se apeó en el colegio imperial, donde se celebraba el consejo, retirándose á un aposento mientras se estaban viendo su causa y conservando el público espectador un triste y espresivo silencio. Manifestaba el acusado en su declaración, que si bien sabía que existían planes para quitar la regencia al Duque de la Victoria, nunca había consentido en ponerse al frente del movimiento, por más instancias que se le hicieron. En la noche del 7 cuando oyó el toque de generala y vio la gente correr por las calles, él, que transitaba por la del Príncipe, se dirigió á su casa, y desde ella á la ca que desde el 5 se encontraba escondido. Que allí hizo llevar por medio de un criado su uniforme de hábit, que le entregaron sin saber, y vestido con él se dirigió á palacio á las doce y media de la noche, sin entrar en ningún cuartel ni pararse en parte alguna. Confesaba que al presentarse allí había sido victorioso por los soldados sublevados, á quienes contestó, que donde estaba S. M. la reina D^a Isabel II, solo á ella debía victoriarles. Que después se presentó á los alabarderos pidiéndoles que cesara de hacer fuego, pues era el medio de que cesara por la parte contraria, y se causara alarma á las reales huérfanas. Que no habiéndolo conseguido, se marchó á pocos momentos, tomando el camino de la puerta de Hierro, perdiendo en su caballo, que quedó sepultado en una zanja que intentó saltar, continuó su camino á pie hasta encontrar á dos cazadores de la guardia real á quienes compró un caballo, refusingo las ofertas que le hicieron de seguirle. Que al llegar á Calzadilla, decidió volverse á Madrid, y entonces fué hallado por las huérfanas, á quienes él mismo se entregó. Disponía el haberse presentado en palacio cumpliendo con su deber, por haber convenido con varios generales de cuartel en Madrid que aquel sería el punto de reunión en caso de alarma; declaración confirmada por deposiciones de testigos.

Figuraba también en los autos una carta hallada en su cartera, sin fecha, escrita y firmada de mano del general Leon, y dirigida al Duque de la Victoria, del tenor siguiente:

«Sr. D. Baldomero Espartero.—Muy Sr. mío: habiéndome mandado S. M. la reina gobernadora del reino Doña María Cristina de Borbón, que restablezca su autoridad usurpada y hallada á consecuencia de sucesos, que por consideración hacía V. me abstengo de calificar, y como el honor y el deber no me permiten permanecer sordo á la voz de la augusta princesa, en cuyo nombre y bajo cuyo gobierno, ayudado por la nación, hemos dado fin á la terrible lucha de los seis años; para que no descomozca V. el móvil

que me llama á desenvainar una espada que siempre empleé en servicio de mi reina y de mi patria, y no en las banderías ni privadas ambiciones; le noticio que en obediencia de las órdenes de S. M. y para el bien del reino, he debido comunicar á todos los gefes de los cuerpos del ejército, que S. M. hallándose resuelta á recuperar el ejercicio de su autoridad, me precieve llamar al ejército bajo su bandera, la bandera de la lealtad castellana, y lo apertura y disponga á cumplir las órdenes que en su real nombre estoy encargado de hacerles saber.

«En su consecuencia las leales Provincias Vascongadas y el reino de Navarra con todas las tropas que lo guarnecen, á cuya cabeza se halla el general D. Leopoldo O'Donnell, se han declarado en favor del restablecimiento de la legítima autoridad de la reina; y como los gefes de los cuerpos que ocupan las demas provincias del reino, han dado igualmente la voz del deber y del honor, y se hallan dispuestos á seguir la bandera de lealtad, el movimiento del Norte va á ser secundado por el del Mediodía y el del Este, y el gobierno salido de la revolución de Septiembre, palpará bien pronto el desengño de haber desconocido los sentimientos de fidelidad á sus reyes y á las leyes patrias, que animan al ejército y al pueblo español.

«Como esta situación va necesariamente á ponerme en pugna con el poder de hecho que V. está ejerciendo, antes que la suerte de las armas decida una contienda que la justicia de la Providencia tiene ya decretada, habla en mi recuerdo de que hemos sido amigos y compañeros, y desearia evitar á V. el conflicto en que va á verse, si la historia un ejemplo de triste severidad, y al país el nuevo derramamiento de sangre española.

«Consulte V. su corazón y oiga su conciencia antes de empeñar una lucha, en la que el derecho no está de parte de la causa á cuya cabeza se halla V. colocado. Deje ese puesto que la rebelión le ofreció, y que una equivocada noción de lo que falsamente creyó su duda castiga el interés público, pudo solo hacerle aceptar, y yo contaré todavía como un día feliz aquel en que recibiendo en nombre de S. M. la deposición de la autoridad revolucionaria que V. ejercía, pueda hacer presente á la reina, que en algo ha contribuido V. á reparar el mal que habia causado.

«Reciba V. con esta la última prueba de la amistad que nos ha unido, la expresion de mi deseo de encontrar todavía en V. los sentimientos de un buen español, que son los que animan constantemente á su atento y seguro servidor Q. B. S. M.—Diego de Leon.»

Después de leído el proceso tomó el jefe la palabra su defensor el general Roncalli, vertiendo abundantes

lágrimas, y arrancándolas del numeroso auditorio, refirió los triunfos de su cliente en cien combates, examinó la acusación fiscal en que se pedía la sangre de tan ilustre guerrero; examinó la composición del consejo de guerra, en el que veía personas que por su posición en la noche del 7 podían ser parciales, siendo testigos y jueces á la vez; probó que mal podía haber sido cabeza del motin quien permaneció cinco horas sin presentarse á sus soldados, y se marchó al poco tiempo de haber llegado á palacio. Tachó la acusación fiscal de apasionada é incompleta; manifestó la crueldad que habia en juzgar por la ordenanza un crimen político; añadiendo que la Europa, en la que hasta se habia encontrado indulto para el regicida, se estremecería al saber que se habia aplicado la última pena á semejante delito; y concluyó recordando en un sentido epilógico, que arrancó nuevo llanto á los circunstantes, los gloriosos timbres del general Leon, cuya lanza fué la última que en Berge puso fin á la guerra civil, y pidiendo al consejo desechase la horrible idea de la pena capital, decretando la inmediata.

Presentóse después ante el consejo el general Leon y con reposado continente y sereno semblante dijo: que se le quería presentar como gefe del levantamiento, y que era falso. «Si así hubiera sido, dijo, si yo me hubiera presentado en palacio mandando los soldados, hubiera sido fácil encontrar mi cadáver entre los de los valientes; pero nunca se me habria hallado fugitivo.» Frases que arrancaron del concurso un grito de *¡bien!* Se ratificó en su declaración, y manifestó que la carta al Duque la tenia para entregarla á quien se le dijera, puesto que él no quería tomar parte en lo que se intentaba; y resuolviendo por el presidente, por no haber dado parte al gobierno y al regente de los planes que se preparaban, contestó que ni sabía bien estos, ni se creia obligado á ser delator.

El consejo dió la sentencia siguiente: «Hallándose formado por el brigadier D. Nicolás Minisist el proceso que precede contra el teniente general D. Diego Leon, conde de Balmocin, y el mariscal de campo D. Manuel de la Concha, acusados del delito de sedición militar en la noche del 7 al 8 del que rige; en consecuencia de la orden inserta por cabeza que le comunicó el Excmo. Sr. conde de Tarraspano, capitán general de este distrito, lucidándose por otro señor relator de todo lo actuado, el consejo de guerra perteneciente de oficiales generales, reunido en capilla de S. Indro de esta corte, siendo juez de él los Excmos Sres. mariscales de campo, D. Damián Capuz, gefe de escuadra, presidente; D. Pedro Mendez Vigo, D. Nicolás Izá, don Pedro Ramirez, D. José Cortinez, D. José Grases, brigadier D. Ignacio Lopez

Pinto, y asesor el auditor de guerra D. Pablo de la Aveilla; compareció en el el citado general D. Diego Leon, y vistos los cargos con la defensa del procurador, ha condenado y condena el consejo, por mayoría de votos absoluta, á los referidos generales á ser pasados por las armas, con arreglo á los artículos 26 y 42, trat. S. cap. 10 de las reales ordenanzas; sin perjuicio de que si el general D. Manuel de la Concha se presentase á fuese habido, se le oigan los descargos que pudiese hacer.—Madrid 13 de Octubre de 1841 á las ocho de la noche.»—Siguen las firmas.

Segun de público se ha dicho, los generales Grases y Cortinez, y el brigadier Lopez Pinto votaron por la pena inmediata, resultando empate en la votación, que decidió el voto del presidente. «Que diremos nosotros, simples biógrafos sobre este hecho! Los contemporáneos lo han juzgado; la historia no lo creerá. Contentémonos con trasmitir aquí, en contraposición de aquella conducta, algunos párrafos de la carta dirigida al rey de Francia por el respetable mariscal Monev, negándose á ser juez de su compañero el desgraciado Ney. «... Mi vida, mi fortuna, cuanto tengo de muy apreciado es de mi país y de mi rey, pero mi honor es mio, y no hay poder en lo humano que pueda arrebármelo. Yo habia de decirle sobre la suerte del mariscal Ney! Pero, Señor, permítame que pregunte á V. M., dónde estaban los acusadores cuando Ney recorria los campos de batalla? ¿Abstú la Rusia y los aliados no pueden perdonar al vencedor del Moskowa, ¿puede olvidar la Francia al héroe del Beresina?—Y condenare yo á muerte á aquel á quien tantos franceses deben la vida, tantas familias sus hijos, sus esposos, sus parientes! Reflexionando, Señor, ¿quién es la vez postrera que la verdad llega á vuestro trono es muy peligroso, muy impolitico, el hostigar á los valientes hasta la desesperación.—¿Abstú Tal vez si el desgraciado Ney hubiera hecho en Waterloo lo que tantas veces hizo en otras partes, no se veria ante una comisión militar. Tal vez los que hoy piden su muerte implorarian su protección.»

La sentencia fué aprobada después de haberse conformado con ella el tribunal supremo de guerra y marina, y á las doce del día 14 de Octubre de 1841, se presentó en la prison que ocupaba en Santo Tomás el general Leon, el fiscal de su causa, acompañado del secretario que le leyó la sentencia: «Vida aquel valiente con la serenidad de ánimo que ostentaba en los combates, y solo exclamó: «éste es el premio de haber peleado siete años por la libertad!» En todo aquel actiido dia continuó sereno y tranquilo arreglando sus asuntos particulares, con admiración de cuantos le vieron; contó acompañado de su defensor y de dos personas de su intimidad, que no le abandonaron

en tan duro trance, los Sres. D. Manuel de Arizcuna y D. Joaquín de Roncalli. Pasó después por mas de dos horas asido del brazo de uno de sus amigos, por su habitación, y cerca de las once de la noche escribió su testamento y dos cartas para su desventurada esposa e hijo mayor. Después de haber cumplido con tan sagradas obligaciones, con los deberes religiosos que su triste posición le imponía, manifestó destos de descansar, y encargó al general Roncalli que cuidase de despertarle á las tres de la mañana. Llegada esta hora, dudó su afligido amigo si le privaría del último sueño que disfrutaba en esta vida, sueño dulce, apacible y sereno, el sueño de un héroe; hasta que por último, acercándose á la cama cumplió con tan triste encargo. Al despertar el desgraciado Leon no dio señal de sobresalto; no mostró la conmoción mas ligera: poseído del mismo valor que antes ostentara, cuando al través de la ventana distinguía la luz primera del infuasto día 15, asiendo del brazo á uno de sus inseparables amigos exclamó: **¡EL ÚLTIMO DÍA!**

Mientras en la prisión pasaban estas tristes escenas, la fisonomía del pueblo de Madrid presentaba el carácter verdadero que imprimen los sucesos cuando afectan los sentimientos de todos. Apenas se supo la fatal sentencia del héroe de Belascoain, vióse á un pueblo entero consternado, desiertas las calles y los paseos, y pintado en los semblantes de todos el pesar y la aflicción. Algunos abrigan sin embargo la esperanza de que satisfecha la vindicta pública con la sentencia, el clamor de algunos, los recuerdos de las pasadas glorias del acusado, y su antigua amistad con el regente del reino, alcanzarían de éste, en uso de sus facultades constitucionales, una conmutación de pena, que todos deseaban, que todos hubieran recibido con marciales muestras de agradecimiento. ¡Ah! vano esperar! En vano se publicó la tierna escena ocurrida con S. M., y su intercesión; en vano el capitán de nacionales herido el día 7 pedía gracia desde el lecho del dolor; en vano la imploró una gran parte de la milicia nacional; en vano rogó por la vida del general Leon una señora que á instancia del mismo general había pedido antes y alcanzado del regente el indulto para una criada suya que le había robado crecidas cantidades; en vano el Sr. Beltrán de Lis, que ha visto perecer en un patíbulo á sus hijos por la libertad, se dirigió á los sentimientos de la milicia; en vano suplicaron los valientes alabareros que pelearon en aquella infuasta noche; en vano pidió gracia el ilustre decano de los generales, el duque de Bullen; todo fué inútil.

Acercábase la hora en que el general Leon debía dejar para siempre el mundo, y una patria en que había recogido tantas glorias. Rodeábase ya la tropa encargada de ejecutar la fatal senten-

cia, y desconociendo el general el nuevo uniforme del regimiento de milicias de Alcazar de S. Juan, preguntó tranquilamente, que tropa era aquella, y habiéndole contestado, replicó: "¡ah! sí, ese es el regimiento que tenemos en Morelia y que lo mandaba un coronel herido." Dirigiéndose después al general Roncalli: "Camarada, le dijo, ¿sabe V. que se me figuró que no han de darme? ¡Son tantas las veces que me han tirado de cerca y no han acertado!" Palabras que en aquellos momentos, en boca del general Leon, significaban la magnanimidad, la familiaridad con el peligro, la última ilusión del héroe. A la una en punto salió el general Leon de su prisión con paso noble y magestuoso, llevando el mismo traje de lúsar con que se presentó al consejo de guerra, adornado con todas sus cruces y condecoraciones, cubierta la cabeza con el schakó de ordenanza, y creciendo en valor y heroísmo subió al coche abierto que le estaba esperando en compañía de su defensor y de un sacerdote. Cubrían la carrera desde su prisión hasta fuera de la puerta de Toledo, sitio destinado para la fatal catástrofe, la milicia nacional y las tropas de la guarnición. Durante todo el tránsito, no se oyó en un solo momento su mirada viva y fogosa, y al contemplar á su amigo y defensor el general Roncalli, sin fuerzas para sobrelevar tan grande infortunio, le dijo: "¡Alma, alma, Federico! No es ocasión de abatirse." Llegado al fin al sitio designado, tomando una actitud noble y magestuosa delante de la bandera de las tropas que formaban el cuadro, con la mano derecha puesta en el schakó, se dispuso á oír la lectura de su sentencia.

El oficial secretario de la causa, encargado de esta formalidad, no podía leerla, porque el llanto se lo impedía; entonces Leon le dijo: "no hay motivo para tanto; si es necesario, yo mismo la leeré." Pocos instantes después abrazó estrechamente, y por dos veces, á su amigo el general Roncalli, diciéndole: "este abrazo para mi familia, y éste para la de V." Se despidió de su confesor, del sacerdote afectuoso y tierno que había derramado en su alma cristiana los consuelos de la religión; se preparó al fatal golpe; dió las tres voces de mando, y... espiró!

Sus armas se rompieron por orden suya, después de su muerte.

Así terminó su gloriosa existencia á los 34 años cumplidos de su edad el héroe de Belascoain y de Villarrobledo, el que en cien combates había probado á los enemigos el poder de su lanza, y dado á su patria numerosos días de gloria. Murió el general Leon vencido, pero no infamado, porque solo un crimen político causó su muerte. Amigos y contrarios lloraron su pérdida, por que no ven ya en el mundo un partidario de una opinión política, sino al insigne cau-

dillo de los ejércitos nacionales, al bizarro caballero, honra y prez de las armas españolas, é invidiable gloria de su nación.

Se cadáver fue llevado desde allí al cementerio de la puerta de Fuencarral, donde descansó bajo una losa negra que toca al suelo, y en la que se lee este breve epitafio:

D. DIEGO DE LEON,
CONDE DE BELASCOAIN.

Ni el día, ni el año, ni la edad, ni la clase del que allí se encierra, se leen sobre aquella losa: no hace falta; nadie lo pregunta: la breve y sangrienta historia que allí pudiera grabarse, está grabada hondamente en el corazón de todos los españoles.

El desgraciado general Leon ha dejado una esposa desconsolada y dos hijos varones, que sin duda imitarán las virtudes de que su padre les dió tan alto ejemplo.

Hemos concluido nuestra tierna bosquejando rápidamente la vida y las hazañas del gran soldado, del virtuoso ciudadano. Como hemos dicho antes, al principiar nuestra tarea, no es llegado todavía el momento de apreciar debidamente las causas que contribuyeron á su triste fin. Las generaciones futuras, los que no hayan tenido como nosotros, la triste dicha de conocer aquel hombre; los que como nosotros no hayan participado de las afecciones y antipatías que los partidos engendran, podrán juzgarle con verdad. Nosotros nos hemos limitado á exponer sus hechos de armas, su vida pura é inocente, á comparar sus glorias y sus merecimientos, con el triste fin que tuvieron sus días. Si hubiéramos querido engolfarnos en las consideraciones á que los últimos sucesos de su malograda vida daban lugar, ni hubiéramos podido prescindir de las afecciones de partido, ni tal vez hubiéramos conseguido hacer tan agradable la lectura de la vida de nuestro héroe, á los que de ellas cual nosotros no participan. Hemos referido los hechos, expuesto los acontecimientos; unos y otros son recientes, y cada cual puede investigar las causas, sacar las consecuencias, hacer las comparaciones á que dan lugar. Creemos haber cumplido con nuestro deber, consignando solamente los hechos de la vida del general Leon, cuya gloria vivirá siempre en la memoria de los españoles, así como el triste recuerdo de su cruento sacrificio.

Esta biografía la debemos á la amistad del Sr. D. Hermenegildo Villa y Cosío, y la hemos insertado en nuestro periódico, persuadidos de que la verá con agrado nuestros conciudadanos, así como la multitud de españoles que nos favorecen con suscripciones al Museo. El fin trágico de un general tan valiente como D. Diego Leon, que

fue víctima de los errores y del fanatismo de las revoluciones civiles, ha excitado en México un sentimiento de admiración y piedad. Los valientes, los sabios y los desgraciados, excitan simpatías universales, sea cual fuere la nación á que pertenezcan. La patria de estos hombres es el mundo.—E.E.

LA BARQUILLA.

CORTAÑO ligera.

Las ondas de gualda,
De azul y esmeraldas,
Del fervido mar,

Se ve una barquilla
De paja dorada,
De vela encarnada
Ligera bogar.

Un canto melancólico se eleva
Que se pierde en la bruma del mar;
Un canto solitario que se lleva
La brisa de la tarde al suspirar.

De la desierta ribera
Me aleja tu ingrato amor;
Oye por la vez postrera
Mi plegaria de dolor.

Aquí en los salobres mares
Quiero mi vida concluir;
Oye los tristes cantares
Que te dirijo al morir.

Triste nube, amenszante,
Empataba del cielo el esplendor,
Y lagubre, tenaz, siempre flotante,
Era presaga de muerte y de pavor.

Como siempre de fuego centellante,
Un rayo á la barquilla descendió;
Quebrada y rota vesela un instante;
Después... una ola... todo se acabó.

TARJUN.
(Escrito para el Museo.)

Pensamientos.

Hay hombres que no aman sino á sí mismos, y estos son hombres de odio, porque no amar sino á sí mismos, es absorber á los demás.—L.M.

La amistad pura es un sentimiento de que no pueden gustar las almas medianas.—B.

El tiempo, que afirma las amistades, debilita el amor.—B.

El impío está solo en el universo.—L.M.

LA VIA-LACTEA.

¡Ves el étéreo cielo, que con sus nubes doradas por el sol, con sus celajes argentados parece una inmensa bóveda de mármol azul jaspeado de oro y plata!... Pues ese cielo, ahora tan bello y tan espléndido, no era más que un abismo tenebroso; era una soledad inmensurable, en la que no existía sino el Criador omnipotente. Contemplando su escuela magestad, recreándose en sí mismo, su inmenso pensamiento llenaba aquel abismo. Era este pensamiento la concepción magna y fecunda de un mundo que iba á crear Dios, y de millones de millones de mundos que tiene bosquejados en su divina inteligencia. Cuando plugo al Criador que el caos desapareciera, fijó la vista sobre el abismo, y la eterna luz, destello de sus ojos, salió de ellos como un torrente, oníico nítida y pura, inundó el caos, y estendiéndose como un velo magnífico y espléndido, se formó de ella el pabellón que cubre al firmamento. La miró Dios y se complació al verla tan hermosa; porque el Escabelo mismo estaba sumergido en un Océano de luz; rebosaba ella en el seno de Dios, como una esponja de oro, y la vertían sus manos á raudales. El Señor extendió sus alas y radiaron con filigranas destellos; acudió de ellas la luz, y esparció como polvo las estrellas. Cuando se bafía el caje al necesario, esponja su plumaje sobre la agua, y arroja por el viento un rocío, que brilla como lluvia de diamantes; así cuando el Señor volaba en el empireo, arrojaba como rocío los soles y luceros. Entonces se estamparon las huellas del Señor en el azul del firmamento; y ese rastro del vuelo del Todopoderoso, es el que resplandece todavía, es la vía-láctea que vemos en el cielo. Mirad ese torrente de luz más fulgida que el oro acrisolado, más pura que el albor de la mañana. No veritira más claridad un copioso raudal de plata derretida; no es más blanco que aquella luz el ampo de la nieve, ni fulgura más que ella la piedra del diamante que ríela entre las llamas.

La inteligencia humana ha contemplado aquel portentoso, y ha visto con asombro que en esa zona de claridad que ciñe al orbe como un cenital de plata, cada partícula de su luz es una estrella, cada átomo es un sol, cada chispa un lucero reluciente. El hombre ha preguntado entonces á la naturaleza si todos esos mundos no fueron criados sino para deslumbrar con su esplendor, para agobiar con su magnificencia á una criatura

miserable, á un sér que pasa como un relámpago sobre la tierra, ó que se desliza por ella como una sombra; que llora cuando nace, como si predijese ya su infatuada suerte; que vive suspirando, como si nada sobre la tierra le complaciese; y que gime al morir, como si esta manion de llanto y de pesares mereciese todavía el recuerdo de un triste pasajero; como si fuese digna de que un moribundo le consagra una sola lágrima, y de que lo diga, para siempre, un tierno adiós al hombre desdichado.

Quizá cuando dejemos la ligübre morada de la tierra, nuestras almas elevarán su vuelo á esas regiones, en las que el Señor esparció las estrellas como un rocío de fuego. Si, allí habitarán los espíritus de aquellos que admiraron las obras de Dios y contemplaron su grandeza. Allí en una atmósfera de luz, parecida á la aurora boreal que vemos en la tierra, desplegarán sus alas, ardientes como llamas, resplandecientes como las ráfagas de un púlsara; reverberarán aquellos espíritus como el sol, travesarán por el cielo como el rayo; recorrerán los orbes con la celeridad del pensamiento. Si esto es una ilusión, no gozarán tan placidos ensueños los que estinguieron su noble inteligencia en el letargo y la embriaguez de los dolores; arrojaron una mirada estúpida sobre el inmenso cielo, y bajaron luego su vista hacia la tierra, como si nada hubiese que contemplar en ese firmamento, en esa tela de luz, azul como el zafiro, que es el manto de Dios salpicado de estrellas y luceros. Vieron esa serpiente de luz que se estienda tortuosa por los cielos, y quizá no volvierón á mirarla, ni preguntaron lo que era ese portentoso. El mundo entero les pareció un caos, sus astrós unas chispas pasajeras, y Dios un sér oscuro; cuando mas, un fantasma que cubre con su sombra al universo.

No es oscuro ese Dios, cuya mirada ilumina á la niebla y la hace aparecer como una esponja de cristal que flota por el aire; plátas los celajes, fíje las nubes de arrebol, colóra los vapores como el rubí, ó los enciende como fuego, cubre al censo con un tinte de topacio, y da á cielo después de la alba el rosicler y el nícar de la concha. Encendió las magníficas estrellas, recogió los astrós con sus manos como si fuesen átomos, y arrojando un puñado de luceros, firmó de ellos un río de luz, más blanca que lo leche.

—L. R.

PARTE HISTORICA.

DOCUMENTOS SOBRE EL DESAFIO

Del emperador Cárlos V, con Francisco I, rey de Francia.

Estos documentos, todos originales, se hallaron en la Torre de Goycoerrotta, en la villa de Elzotbar de la provincia de Guipuzcoa, desle donde D. José Vargas Ponce los remitió de Real orden en 3 de Febrero de 1804 al ministro de estado, que á su sazón lo era D. Pedro Ceballos. Vargas Ponce antes de hacer entrega de ellos sacó copias, las mas escritas de su mano que se conservan entre sus manuscritos y que son las que ahora publicamos. Añadimos una carta del Condestable de Castilla, sacada de la Biblioteca del Escorial.

CARTA DEL CONDESTABLE DE CASTILLA.

13 de Mayo de 1508.

Se ha copiado de un códice en folio de Misceláneas de la Biblioteca del Escorial, señalado 41-9-7, letra del siglo xv. No dice á quien va dirigida; pero creemos que á D. Francisco de los Cobos, secretario de S. M. Es original.

Muy noble Señor: agora me han escrito de allá que la embajada que trajo un rey d'armas del Rey de Francia, fué tornar á desafiar á S. M. persona por persona, sobre algunas palabras que S. M. habin dicho en su perjuicio de no haber cumplido lo que como Rey y como caballero debía. Si esto es verdad, bien sé que donde estais tan buenos esos, que sería excusado hablar yo en esta materia, mas en la verdad demas del servicio que debo á S. M. tengo mucho amor á su Real Persona, y temo tanto su cañuelo y grand corazón, que aquello me háce hablar, y podría ser que á S. M. le hiciese errar. Lo que á mí me parece que S. M. debía de responder, es esto:

A este rey d'armas decille que con otro rey d'armas S. M. enziará la respuesta, la cual habia de ser haciendo relacion de lo que el rey d'armas de parte del Rey de Francia le habia dicho, y que Dios sabe que á S. M. le pesa de haber ligado las cosas dentro éllos al estado en que están; pero que pues el Rey de Francia siente tanto que se hable mal en su persona y sobre aquello ha hecho este desafio, que ya él sabe que los desafios se ordenaron en los casos que no se puede prot. y la fealdad de que puede ser acusado ningun caballero, y que porque vean que S. M. se quiere justificar en este caso, que se nombren luego por entramas partes, que vean y determinen si el como buen caballero ha cumplido lo que se le obligó, y si se hallare que no lo ha cumplido, que le requirien que lo cumpla, lo

cual S. M. cree que el hará segund parece que sienta cualquier mançilla que se puede poner en su persona; y si sentenciaren que no ha quebrado sus firmas, y sellos y juramentos, que entonces S. M. le responderá como pertenece á la honra de su Imperial Persona.

Si lo que aquí, Señor, os he dicho, os parece bien, mostradlo allá; y si os pareciere mal, pidoos por merced que rasguéis esta carta, pues hablo tan sin empacho con vos como con cualquier de mis hijos. Guarde nuestro Señor vuestra muy noble persona y casa. De Berlanga 13 de mayo.—A lo que me mandáredes.—El Condestable.

CONSULTA DEL CONSEJO SOBRE EL DESAFIO DEL EMPERADOR.

12 de junio de 1508.

S. C. C. M.—Viernes á 12 de este mes de junio el Presidente dio en el Consejo el desafio que el Rey de Francia hizo agora á la Persona Real de V. M., y mostró la carta que V. A. le escribió sobre ello, y vimos un traslado del cartel que fue enviado de esa corte, el cual parece que contiene en sí palabras con mucha cautela y mal miradas; y como quiere que V. M. mejor que ninguna otra persona sabe lo que en esto se debe hacer y deba responder; pero por ser el caso tal y de la calidad que es, que tanto toca al servicio de V. M., y á sus reinos y á toda la cristiandad universalmente, con la lealdad que debemos y somos obligados, aplicámos á V. M. con todo acatamiento que pues tiene en estos sus reinos Grandes, Prelados, Caballeros y personas sus fieles consejeros que tanto aman su servicio, que antes que V. M. se determine ni responda, les de parte de esto y que oya su parecer, porque cuando el caso es mayor, tanto mas V. M. debe tener y tomar en él muy gran consejo y parecer de sus súbditos, porque en cosas tan grande y tan importante en la respuesta, y prosecucion y orden que se deba tener en eso, se haya consideracion al enalzamiento del honor de Vuestra Real e Imperial Persona, y bien y prosperidad de todos vuestros reinos, que es á lo que V. M. principalmente tiene obligacion y

se ha de tener fin.—De V. M. sus muy humildes servidores.—J. Compostellanus.—Licenciatus de Santiago.—El Licenciado Polanco.—El Licenciado de Aguirre.—Doctor Guayana.—El Licenciado Acaña.—El Doctor Vazquez.—El Licenciado Medina.—El Licenciado Gomez.—Fortunio Dercilla.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Emperador y Rey nuestro Señor.

En el membrete. A S. M.—Del Consejo 12 de junio sobre lo del desafío.

CARTA DEL PRESIDENTE DEL CONSEJO AL EMPERADOR.

12 de junio de 1528.

S. C. C. M.—Hoy por la mañana recibí la letra de V. M. en que me mandó hacer saber del nuevo desafío que el Rey de Francia envió, y luego mostré la carta á los del Consejo, como V. M. lo mandó, y todos sentidos del negocio envié la cualidad de la requerir, y por que en la carta que todos escribimos á V. M. le enviamos á suplicar lo que en este caso nos ha parecido que conviene á su servicio, yo no tengo en esto más que decir sino suplicar á V. M. que aunque la grandesa y animosidad de su corazón Real le ponga deseo de ponerse muy adelante en este negocio, V. M. no olvide de tener consideración á la reverencia y acatamiento que aquel malaventurado y fementido es obligado á tener á su Imperial Persona y dignidad, y que si él como hombre deshonrado y olvidado de su honor, siendo prisionero de V. M. y teniendo tanta obligación de servirlos y agradecer los beneficios que de V. M. recibí, no mira lo que de ley divina y humana es obligado á V. M. que no por eso V. M. conservando lo que sea necesario para satisfacción de la honra, deje de mirar la preeminencia, autoridad y reputación de su Imperial corona; y sobre todo suplico muy humildemente á V. M. que pues por experiencia ha visto cuantas y cuasi diversas veces, este enemigo de toda virtud le ha mentido y burlado, que V. M. esté tan sobria aviso de no ser fiar de sus engaños, que por ninguna manera él pueda usar de las malas artes que acostumbra, porque en ningún tiempo podrá hallar aparejo para ello que no sea peor que lo pasado. Yo espero en nuestro Señor que lo encaminará como los criados de V. M. deseamos, y por no ser en esto enojoso me remito al secretario Cobos, á quien escribo algo más sobre esto.

Las cartas para Castellanos del reino y de las órdenes militares envío con la presente, señaladas del Consejo. Guarde y cuasque nuestro Señor la vida y Real persona de V. M. por muy largos y bienaventurados tiempos. De Madrid 12 de junio.

A la Emperatriz mi Señora hemos dicho muchas cosas para le deshacer este negocio y po-

nerle buen ánimo; y aunque tiene siempre temor de que V. M. lo ha de poner adelante; mas con las dificultades que son notorias y con su prudencia está en ello como conviene.—Humilde siervo y capellán de V. M.—J. Compostellanus.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Emperador, y rey nuestro Señor.

En el membrete. Del Presidente 12 de junio sobre lo del desafío.

OTRA CONSULTA DEL CONSEJO.

20 de junio de 1528.

S. C. C. M. Recibimos una cédula de V. M., fecha en Manzana á 15 del presente mes, con la cual nos mandó enviar el cartel que el Rey de Francia envió á V. M. con su fanarte, é lo que en ello ha pasado hasta el día de la fecha, é nos envió mandar que enviemos nuestro parecer en escrito de lo que V. M. deba hacer que contenga á la honra de su Real Persona. Besamos los R. P. y M. de V. M. por la merced que nos hace en nos hacer saber cosa de tan gran calidad: lo cual, muy Poderoso Señor, se ha visto y platicado con todo el estudio y cuidado que somos obligados, é después de lo haber conferido y platicado preténces que según ley divina y razón natural son prohibidos y damnados semejantes á los que V. M. como Emperador, Rey y Señor, no puede ni debe efectuar este desafío, porque V. M. tiene mas obligación á la observancia de la ley divina y natural, que ningún otro Príncipe cristiano del mundo, é los de vuestro Consejo no podemos ni debemos dar otro consejo á V. M., ni conviene á la honra de Príncipe tan católico y tan justo, por ser sobre cosa de la calidad sobre que está fundado el dicho desafío; cuanto más que por efectuarse el dicho desafío no se acabarían las guerras, é disensiones é males, antes creemos se encenderían más, lo cual sería grandísimo daño de toda la cristiandad y grande ofensa de Dios nuestro Señor, á quien V. M. tiene tanta obligación, de cuya poderosa mano ha recibido y recibe cada día tantos beneficios. Suplicamos á V. M. con la lealtad que le debemos como personas de vuestro Consejo Real, y en nombre de vuestros reinos, que no traya á efecto este desafío, pues que no puede ni debe por las causas sobredichas, é por otras muy conyunctas, que diremos en presencia de V. M., la cual nuestro Señor alumbre para que en esto y en todo haga su santa voluntad. De Madrid á 20 de junio de 1528 años.—J. Compostellanus.—El Licenciado de Santiago.—El Licenciado Polanco.—El Licenciado de Aguirre.—Doctor Guayana.—El Licenciado Acaña.—El Doctor Vazquez.—El Licenciado Medina Gociavel.—Fortunio Dercilla, Doctores.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Emperador y Rey nuestro Señor.

En el membrete. A S. M.—Del Presidente é los del Consejo á 20 de junio.

SEGUNDA CARTA DEL PRESIDENTE DEL CONSEJO AL EMPERADOR.

20 de junio de 1528.

S. C. C. M.—Por la carta del Consejo verá V. M. lo que allí ha parecido en lo del cartel del Rey de Francia. Solamente no podrá yo callar una cosa, y es que aunque el Consejo como letrados y buenos y fieles consejeros digno lo que hayan escrito en los libros, que en cuanto á la respuesta del cartel en que principalmente yo entiendo que agora se debe tratar, pues que esto es mas cosa de caballeros y de ejercicio de armas, V. M. consultando con los de esta profesión como lo ha hecho, lo ordeno de manera que la honra y reputación de V. M. quede bien satisfecha porque no haya falta en lo que para este efecto fuere necesario.

En lo demás yo tengo por cierto que aunque V. M. guardando el parecer de los del Consejo y de otros muchos que aman su servicio y están en la misma opinión, se determinase de procurar que esta cosa pasase á efecto, hay tan grandes dificultades é inconvenientes que no se pueden remediar en la ejecución de ello, que sería cuasi imposible; y por tanto yo suplico muy humildemente á V. M. que no se ofrezca en su respuesta á cosas desatinadas ni á lugares no bien seguros y sin sospecha, ni V. M. con cobdicia de llevar la cosa adelante, no se pretenda á hacer cosas perjudiciales á su estado y Persona Real: ni se deje mas engañar de las palabras de franceses; y sea V. M. cierto que en la prosecución de este negocio guardarán menos verdad si pueden, que en ningún otro caso; y tengo por averiguado que su cartel y todo su pensamiento es tentarle si podrá engañar por esta vía, ya que tan avisado tienen á V. M. por todas las otras formas de negociar. Y pues el Rey de Francia es él que ha quebrado su palabra, fe y juramento, é es obligado á confesarse de V. M. y de su palabra Real, y V. M. no le pase por pensamiento fiarse de cosa que pueda tener sospecha de engaño é de poca seguridad en este caso, porque si el Rey de Francia no piensa engañar ó usar de alguna cautela, yo creo que no saldrá á otros medios ni se satisfará con lo que sea razonable.

Y suplico á V. M. que para templar y amansar el deseo que justamente puede tener de vengarse de la persona de este enemigo común y proseguir el género de batalla que V. M. ha deseado tener aquí él, vea que este no es bastante remedio por los males que ha causado y hace en el mundo, y V. M. considere cuánto debe á Dios, á tantos favores y victorias ha recibido de su mano, y como debe procurarse de tener muy clara y limpia su conciencia y su corazón para con su divina presencia, y enderezar á su servi-

cio todas sus obras, afecciones y deseos. Y pues que este género de batalla no es licito entre cristianos como V. M. en Toledo en el caso de Valdeviso y en otras ha sido consultado por los de su Consejo, V. M. que ha de ejecutar y cumplir en la tierra la ley divina, y dar ejemplo y ley á todos, no es razón que en su Real Persona quebrante a queste precepto, que que sin ofenderse á notorios y evidentes peligros é á cosas no haceleros, no lo pueda efectuar aunque quisiera.

Mayormente que no remos utilidad pública que de ello se pueda seguir, y son evidentes muchos daños que se podrían acaburar en mayor turbación de la paz universal de la que hoy vemos, aunque es muy grande. Porque si V. M. venciese al Rey de Francia como se debe esperar en Dios que sería, él no pierde nada porque está tan deshonrado y tiene tan mal nombre en el mundo, que en ser vencido de V. M. no perdería honra, antes, si puede decirse ganaría en haber tenido ánimo de combatir con tan grande y animoso Príncipe, que ya sabe la clemencia y humanidad de que V. M. suele usar cuando es vencedor; y V. M. aventura en ello tantas y tales cosas, que no puede nadie acaburar de pensar si la cosa se quiere en tal discreción.

Lo primero que V. M. hacer hábile para combatir á hombre tan deshonrado, y tan infame y perjuro como él, que de mas de romper y quebrar su palabra, fe y juramento, osa poner en el cartel que él no es obligado á cumplir lo que prometió estando guardado, seyendo de ley y obligación natural, y precepto y usanza de las gentes, acostumbrado aun entre los infieles, que lo que un caballero promete por el beneficio que recibe en su deliberación, es obligado á lo cumplir, ó por ello que en mal caso, cuanto más habiendo fe y juramento y pudiendo él volverse á la prisión si no podía cumplir, V. M. puede habilitar cuanto sea servido, pero crea que Dios ni las gentes no deben tener por hábile persona que tan mal sienta de las leyes de la fidelidad y virtud; y aunque V. M. le habilite para presentar cartel de desafío, no creo que le licencia para que afirmase en su escrito una tan falsa conclusión, pues que V. M. no vio lo que contenía el escrito; y hombre vencido, prisionero y tan prendado no debía así ser admitido. Señor: dice el derecho canónico que entrar en estos casos es tentar á Dios, y que van contra aquella autoridad que dice: *Non tentabis Dominum Deum tuum*. Y en verdad yo creo que tomarlo con tal persona es la tentación más que doblada, y aun manera de cuasi desperation poner en ventura una cosa tan preciosa é inestimable como es la persona de V. M. y su autoridad é Majestad Imperial y Real, contendiendo con persona tan mal estimada en el mundo y tan aborrecida de sus subditos y de los que no lo son,

aunque sea Rey; y demas que á V. M. no es oculto que es tenido por loco y parlero, estimado por inconstante, y persona sin ser.

Demas de esto debe V. M. considerar que uno de los casos en que dicen no haber lugar á desafío, es cuando la cosa sobre que se contiene, está clara y no ha menester probanza para la averiguación; pues haber el dicho Rey jurado, prometido y dado su fe y palabra, V. M. lo tiene por escrituras auténticas que no se pueden contradecir ni negar: haberlo el todo quebrantado, al mundo es notorio, y hoy permanece en su dureza; pues ser el perjuro, infame y fementido, derechos son claros. Pues estando el fecho así, querer V. M. admitir y habilitar tal persona, parece querer oscurecer y poner en duda su derecho trayendo la cosa á tal estado; y por la lealtad que á V. M. debo y verdad, como á mi Señor natural, le debo decir que de mi fecho juicio V. M. ningun buen fruto puede sacarse de llevar este negocio al cabo, antes erco que no lo podría ejecutar sin incurrir en asaz detrimento de la reverencia y acatamiento, y preeminencias que á un Cesárea é Imperial Persona son debidas, y esto mismo veo que sienten personas de buen celo y entendimiento; y no sé que mayor honra V. M. podría dar en esta vida al Rey de Francia, pues si V. M. mira lo que conviene á la conservación del bien público de sus reinos, y que de su vida y salud pende la de todos sus súbditos, y la quietud, paz y repaño de sus tierras y estados, pídele á V. M. que los dejaría bien reguñados y consolados poniéndose en tal tentación con un miembro de Satanás, sabiendo que está escrito que en algunas batallas muchas veces el que tiene la victoria y la justicia es vencido, y por oculto juicio se da la victoria al menos esforzado. Y esta es una de las causas porque se repueba el tal examen como se podría mostrar por diversos ejemplos de historias antiguas y modernas; y por no ser cojoso á V. M. con mas larga carta, dejaré de poner otras causas que se podían traer, pues que escribirían tantos en este caso, que no será menester alargarme.

Otra vez torno á suplicar humildemente á V. M. que por ninguna via V. M. se ofrezca á cosa que sea demasiada, ni se fiere de sus enemigos ni de sus aliados ni afincionados, ni de personas que con V. M. tenga negocios de intereses, y que V. M. tenga mas consideración al bien público y á lo que conviene á todos sus súbditos, que no á cumplir y ejecutar su voluntad y lo que su grande y ardiente animo le inclina, pues que tiene tanta obligación á refrenar en este caso y aun negar su propia voluntad por el bien universal.

Y si V. M. todavía presupone que de esta causa se ha de seguir paz é bien público en la cristianidad, querría saber que áquel se lo puede haber revelado, porque juzgándolo por la razon

y por lo que hacemos en casos semejantes, no solamente no se suele conseguir paz por tal via... para los presentes y sucesores... de lo que se debía, y aun sé lo que mi hábito requiere. Resciba V. M. la lealtad y amor que á ella me fuerza, y Dios Todopoderoso inspire en el Real corazón de V. M. paz que se conforme con su santa voluntad, y lo de tan larga y bienaventurada vida como los suyos deseamos y hemos menester.

Hoy recibí otra letra de V. M., y á la hora se despachó la provision en lo de los beneficios de los naturales de esos tres reinos conforme á lo que V. M. mandó, porque aquello nos pareció justo, y la lleva esta posta. De Madrid sábado 20 de junio.—Muy humilde servidor y capellan de V. M. Q. S. R. R. M. B.—J. Compostellanus.

CARTA DEL ARZOBISPO DE TOLEDO AL EMPERADOR.
12 de junio de 1688.

C. M.—La letra de V. M. de 9 de junio recibí y por ella ví que V. M. mandó que se me escribiese cerca del cartel de desafío que por el farante del Rey de Francia se presentó á V. M., y como quiere Señor, que esta cosa es tan grande y tan nueva, no puede dejar de oírse y sentirse con mucha novedad, especial á la Emperatriz nuestra Señora; en el remedio á buena provision de esto se ha hecho todo lo que hemos podido para que S. M. lo recibiese con menos alteracion. Yo vi la carta de V. M. me partiera á la hora á besar las manos si la Emperatriz nuestra Señora no estuviera en tal disposicion; pero pues yo tampoco puedo servir y aprovechar, para el tiempo que á nuestro Señor pliegue de alumbrar á S. A. besaré las manos á V. M. porque me dá licencia para que haya (1) esta jornada que espero en Dios, dándome salud, la podrá hacer tan brevemente, que besadas las manos á V. M. me pueda volver en tiempo que mi servicio no haga aun falta. En tanto lo que yo suplico á V. M. es que se acuerde que aunque en vuestra Real y gran corazon haya la voluntad que todos conocemos con las muchas oraciones que ha dado el Rey de Francia para llegar á cabo esta materia; pero ella de sí es tan grande, así en estado como en honra, que conviene, Señor, mucho ir por ella con toda consideracion y consejo, pues no solamente en las obras sino en las palabras se puede perder y ganar tanto; y como quiera que esto está tan abundantemente en vuestra Real Persona y prudencia, y así mismo en vuestro Consejo, pero la cosa de su misma es tan subjecta á ser juzgada de todos, que así parece inconveniente no ser conseyado de muchos especiales, pues V. M. por la bondad de Dios tiene tantos vasallos que por sus estados, lealtad y experiencia podrían tan bien hablar en esto y dar

(1) *Benga por luego.*

razon de lo que aconsejaron; y entonces la eleccion de V. M. se hará con menos trabajo y mas seguridad de honra, la cual las mas veces se alcanza con avisar los negocios con mucha consideracion, y entonces no puede tener inconveniente la breve ejecucion. Esto digo, Señor, porque á mi me mostraron el traslado del cartel del Rey de Francia, y aunque de estos negocios yo no tenga mucha experiencia, parece que áquel no carece de todo artificio, pues quiere parecer desafiador y gozar de privilegios de desafiado, y en otras muchas palabras que con razon se pueden y deben de notar, y con ellas mismas advertir á las respuestas dellas. Por la carta de 4 del mismo mes que recibí con el correo antes deste B. L. M. á V. M., y al yo acerió á servir á la Emperatriz nuestra Señora como yo debo, V. V. M. M. ternán razon de tenerse por servidos y yo por contento. S. A. está, loores á Dios, buena, aunque se le parecen estos cuidados, y el Principe lo está así mismo y tambien trae trabajo con sus ilientes. Dios les guarde, y la Real Persona de V. M. y su estado conserve y acreciente por largos dias como es menester. De Madrid hoy viernes 12 de junio.—De V. M. humilde servidor que sus R. M. B.—Tolcanus.

En el sobre. A la C. C. M. del Emperador y Rey nuestro Señor.

Ez el membrete. A S. M.—Del Arzobispo de Toledo 12 de junio sobre lo del desafío.

REQUERIDA CARTA DEL ARZOBISPO DE TOLEDO AL EMPERADOR.

12 de junio de 1688.

La carta de V. M. de 15 del presente recibí con la relacion de lo que cerca de este cartel del Rey de Francia ha pasado, sobre que V. M. me mandó le escribie mi parecer; y verdaderamente, Señor, como ya á V. M. he escrito, esta materia es tan grande y tan estraña que requiere parecer de muchos, pues de pasar por juicio de todos, no solo de los que ahora son, mas de los que serán adelante, y asímara yo, Señor, mucho poder en el tiempo y ocasion servir á V. M. con el parecer que á tal negocio conviene; pero mi hábito y profesion es de tal cualidad que aun en las palabras pone ley muy estrecha, las cuales en casos semejantes y de tan aperejada ejecucion han de ser limitadas en persona eclesiástica, y demas desto la poca experiencia que de tales negocios tengo, y aun el peligro que estos pareceres suelen traer dados por carta, que no pudiendo responder por sí, queda obligada á tales juicios, me hacen muy dificultoso el escribir sobre esta materia. Pero pues V. M. lo manda y esto toca á la honra de su Real Persona, donde no podia haber negligencia ni veros pequeño, diré aquí algo de lo que siento, no tanto por dar consejo, ni determinarme yo desde acá en el caso, como para advertir de lo que

me parece que un tan alto, y tan eclesiástico y tan prudente Principe debe considerar para mejor gozar lo que á su persona, honra y estado conenga proveer en esta deliberacion. V. M. debe primeramente mirar que en semejante materia que esta, el demasiado orgullo y aficion de ejecutar sin notoria obligacion para ello, es cosa muy dañada y prohibida en nuestra Religion; pero aun entre personas sabias y expertas en el mundo no carece de reprehension; pues así que cuanto un hombre es mas bastante para vencer peligros y afrentas, tanto suele ser menos ligero de ofrecer y poner á ellas, pudiendo sin perjuicio de su honra excusarlas. Y si esto se juzga así en todo genero de hombres, cuánto mas se debe juzgar en los príncipes, cuyo esfuerzo ha de ser muy diferente del de los súbditos, pues tiene otros muy mas altos objetos en que emplear su ánimo y fortaleza, que en el peligro de sus personas, de cuya conservacion depende la honra, paz y seguridad de sus reinos y estados.

Y aun demas desto el desafiar ó aceptar sin suficiente necesidad de cumplir con la honra, todavía parece que presupone haber habido alguna quiebra en ella, ó daño en el estado y hacienda de que por singular combate se deba tomar enmienda. Y pues por la bondad de Dios desto está V. M. tan lejos como el Rey de Francia cerca, muy clara necesidad ha de ser la que deba obligar á V. M. á poner vuestra prosperidad y bienandanza con su desventura y afrenta; de otra manera cierto, parecería no eslimar V. M. en lo que es razon las grandes mercedes que cada día Dios nos hace contra vuestros enemigos por medio de ministros y servidores, antes presumir de las alargar y adelantor por la propia persona, no contento de las recibir sin peligro della y como Principe tan favorecido de Dios.

Mas cuando la necesidad de la honra forzase á V. M. á no despreciar esta demanda, lo primero que me parece se debe advertir en este cartel del Rey de Francia es la cautela de que usa en mudar del todo la sustancia de la querrela, diciendo que V. M. le haya consentido de haber salido de la prison en que sobre su palabra estaba, á la cual no pudo tener obligacion por haber sido guardado. Y pues la verdad del fecho es en contrario, y la intencion de V. M. y palabras dichas al embajador tan tan fuera de aquello, parece que en fingirlo podría tener diversos fines: uno sería dar á entender al mundo que no debe á V. M. la libertad que tiene, salvo á su industria y buena maña que para escaparse de prison haya tenido.

Otro podría ser para que aceptando V. M. el desafío sobre tal querrela, pueda él decir que tiene la verdad y justicia de su parte, y sin duda la tenia en este artículo, pues en lo que toca al punto de su deliberacion, no se le puede cargar

culpa ni falta de su palabra habiendo recibido el beneficio de su libertad por mano y voluntad de V. M. sin otra industria suya en que pudiese encontrar quebrantamiento de fe; y en caso que V. M. rehúsa el desafío sobre la dicha querrela negando haberle acusado de lo que su cartel dice, parezca haber él cumplido con su honra en sacar de V. M. la negación de su demanda. Y si este artículo parece se debe tener advertencia por el peligro y delicadeza que negaciones del hecho traen consigo en tales casos, y así parece que la respuesta que á esto os debe dar, ha de ser declarando la querrela que V. M. realmente tiene contra el Rey de Francia, conforme á lo que V. M. dijo y escribió á su embajador, que es por haber quebrado la fe y palabra que dió de cumplir lo capitulado en Madrid, é volver dentro de cierto tiempo á poder de V. M. como su prisionero de guerra, pues de haber faltado en esto no tiene excusa ninguna: esto todo por palabras afirmativas excoñando de responder á este artículo por negativas, pues habría en el son de ellas el inconveniente dicho y sería alterar la sustancia de la querrela y dar ocasión á alterar sobre ella, siendo la que contra él se tiene tan justa de parte de V. M. y tan injusta de la suya.

También se debe considerar que por el tener de este cartel el Rey de Francia no se muestra desafiado ni hace mención que de parte de V. M. hayan precedido palabras de desafío, salvo solamente su injuria y agravio contra su honra, para descargo de la cual parece que el tiene en desafío según costumbre de agravados; y por otra parte vemos que escoge las armas como desafiado; y pues él mostrándose retador, quiere gozar de la ventaja de retado, y cargar á V. M. la seguridad del campo que entre tales Principes es tan dificultosa que parece imposible, no se le debería dar lugar á esto, antes seguir el tenor de su cartel, teniendo á él por desafiador y injuriado y no consintiendo salir de la ley y costumbres de semejantes casos en las ventajas del combate, pues esto parece se puede muy bien hacer sin perjuicio de la honra, y por el contrario darle de gracia la ventaja que no le pertenece, no caería de alguna demostración de soberbia de que se suelen seguir grandes inconvenientes como muchas veces vemos.

Y lo que sobre todo me parece se debe mucho advertir como cosa muy importante, es que la intención del Rey de Francia con un cartel tan confuso y cauteloso debe ser que aceptándose este combate, V. M. quede prendado y sin libertad de poder entrar en war ni en batalla, y el libre del recelo que tiene de la jornada que con alguna buena ocasión V. M. podría hacer fuera de sus reinos para crecimiento de su estado, y seguro de recibir daño por guerra que V.

M. en persona le quisiese hacer, teniendo siempre puesto este embarazo á V. M. durante la dilación del combate, la cual estaría en su mano poniendo siempre inconvenientes que no careciesen de color á la seguridad del campo, y esto creo yo debe ser el mayor fruto que el piensa sacar de su cartel.

Esto es lo que sin perjuicio de mi profesión con mi poca experiencia me pareció digno de consideración en este caso. La entera determinación del de lo al parecer de los que en presencia de V. M. lo platican; pues no podría en tal manera pasar adelante en palabras ni aun como he dicho se podría bien hacer esto por carta, que no puede así dar razón de lo que dice. Esto he hecho mas por cumplir el mandamiento de V. M. que por pensar que sea menester mi parecer donde le hay de tantas y tales personas tan sabias y expertas en estos negocios, y tan celosas de la honra y servicio de V. M. y su Real Persona y muy alto estado nuestro Señor, guardarle y acrecientar con mucho aumento de reinos y señoríos. De Madrid 20 de junio de 1528.—De V. M. humilde servidor que S. R. M. B.—A. Toletanus.

CARTA DEL MARQUE DE VILENA AL EMPERADOR.

15 de junio de 1528.

S. C. C. M.—Recibi la carta de V. M. su fecha en Monzón á 15 de junio, y juntamente con ella la relación que V. M. me mandó enviar de las cosas pasadas entre V. M. y el Rey de Francia hasta el punto en que agora están. Y aunque hasta agora he sentido mis trabajos y enfermedad como agora me los hace sentir, ver que en este caso en que yo me había de debía de hallar cerca de su muy Real Persona para mas que aconsejar, de que yo sé que V. M. está bien cierto que lo hiciera, no tenga la disposición que para esto es menester, y quien de esta carece, y se ha de contar por hombre que ya no es vivo, no debe poner la lengua tan lejos de donde había de tener la obra y las manos. Y esta que es causa muy justa, y tener V. M. cerca de sí y en su muy alto Consejo y fuera de él tan señaladas y notables personas y de tanto valor para obrar y aconsejar, y estar yo mas para dar cuenta á Dios que para entender en semejantes negocios, me hace excusar de no dar en esto otro parecer sino de tener yo muy cierto que la mucha justicia y razón que V. M. tiene, la cual en estos sus reinos y en toda la cristiandad y fuera de ella está sabida y averiguada, sacará á V. M. de esto tan prospera y bienaventuradamente como lo ha hecho de todas las otras cosas que se le han ofrecido, y principalmente despues de guiarlo á Dios y permitirle así como quien sabe y conoce la justa causa que el rey de Francia sigue, y la que ha hecho en todo lo que á V. M. prometo, y la liberalidad y clemencia de que con él usó, y el

valor de su esclarecida Persona y sangre. Yo espero en su misericordia que satisfará cumplidamente á todo aquello que un tan señalado Principe debe hacer. Nuestro Señor guarde y prospere la vida y muy Real Persona de V. M. con acrecentamiento de mas señoríos. De Escalona 18 de junio.—De V. S. C. C. M. servidor Q. S. M. R. M. B.—El Marques.

En el Sobre. A la S. C. C. M. del invictísimo Señor Emperador y Rey nuestro Señor.

En el membrate. Del Marques de Villena á 18 de junio.

SEGUNDA CARTA DEL MARQUE DE VILENA AL EMPERADOR.

10 de octubre de 1528.

La carta de V. M. recibí sábado por la mañana diez del presente y con ella la relación que me mandó enviar de lo que ha pasado al rey de armas de V. M. con el Rey de Francia cerca de la aceptación de su desafío, y de otras cosas á esto tocantes; y sus muy reales manos beso por la merced que me manda hacer, así en que yo supiese lo que pasa, como en que de mí pareciera sobre el caso; y en lo que toca á darlo, ya por otra tengo escrito á V. M. la causa porque lo dejo de hacer, y aquella misma me excusa agora. Solamente digo que doy gracias á nuestro Señor que tanto cuidado tiene de hacelle mercedes tan señaladas y notorias, las cuales dan á entender la justificación y buenos deseos de V. M.; y conociendo esto el Rey de Francia y viendo como le sucede en todas las cosas que con V. M. debate, antes debe querer sufrir su falta, que llegar la cosa al último fin della, pues el camino que lleva, esto quería dar á entender. Notorio es que V. M. ha cumplido lo que un Principe de tanta excelencia era obligado, y así lo es de no haberlo hecho el Rey de Francia, y aquí se puede bien decir: que cuando uno no quiere dos no barajan. Plega á nuestro Señor que para con Dios y para con el mundo siempre á V. M. le sucedan las cosas de manera que él sea servido, y la Persona de V. M. en extremo grado estimada como lo queda del caso presente. Nuestro Señor guarde y prospere la vida y muy Real Persona de V. M. con acrecentamiento de mas señoríos.—De Escalona 10 de Octubre de 1528.—De V. S. C. C. M. servidor que sus M. R. M. B.—El Marques.

En el membrate. A S. M.—Del Marques de Villena 10 de octubre.

CARTA DEL DUQUE DE NAJERA AL EMPERADOR.

19 de junio de 1528.

S. C. C. M.—A 18 de junio en la noche recibí una carta de V. M. y lo que el Rey de Francia escribió despues que con él se hizo la capitulación en Madrid. Beso las Reales manos de V. M. por la merced que me hace en mandarme á hacer saber este negocio, que no pequeña pena nos

da á vuestros siervos pensar el cuidado que V. M. tendrá en dar el campo que el Rey de Francia pueda tener por seguro, aunque ninguno terná por tal, que por esto se atreve á pedille y á decir palabras excusadas. Yo quisiera mas servir á V. M. con mi persona como le supliqué en Burgos, que decir á V. M. mi parecer como manda, pues es mas para hacermee merced que por necesidad que del haya, para el cual quisiera agora ser mas viejo y tener el experiencia de mi padre, el cual creo que dijera que para haber esta batalla la causa había de ser secreta y no tan publica como el Rey de Francia lo da firmado y sellado. Piadosamente se puede creer que pues no ha cumplido en lo pasado, que se desira en lo venidero, teniendo V. M. tanta justicia y razón juntamente con el gran valor de su Real Persona; mas mucho se debe pensar si conviene hacer al Rey de Francia requeridor ó no, porque mirando á su cartel parece que llama á V. M. á la batalla, y si vemos lo que V. M. pasó en Granada con su embajador, y despues con el rey de armas y lo que escribió V. M. al mismo embajador, parece que V. M. provocó al Rey de Francia; mas por eso no parece que del todo V. M. se hiciese requeridor de este desafío por no haber pasado en cosas que para requerir convenían. Mas no sé, Señor, cual será mejor, darle campo cierto ó tomalle por dudoso; él no se ha de fiar de ningún principe, ni V. M. parece que tiene ninguno que mas justamente pudiese dar este campo que el Señor Rey de Portugal, por ser antiguo amigo de V. M. y hermano de V. M. Si esto no basta, fiesse de sí mismo, y V. M. tambien de sí, juntando ejercitos, y que de estos V. M. escoja un caballero de allá con tantos caballeros, y el Rey de Francia otro de acá con otros tantos, para que apartados dos á tres leguas de estos ejercitos tenga el Rey de Francia el campo seguro y V. M. tiempo para vencielle; y pues V. M. pasó con el embajador y rey de armas y despues escribió lo que dicho, y asimismo habelle V. M. habilitado y no haber campo seguro que el Rey de Francia os pueda dar sino engañoso.... y aunque no de lo que es muy grave cosa que V. M. le de el campo y que él haya de escoger las armas, pero por cumplir el mandamiento de V. M. mirando solo á la honra de vuestra Real persona, por quien yo he de poner mil vidas si tantas tuviese, como su muy Real criado y tan antiguo vasallo, digo que es muy bien que V. M. acepte lo que el Rey de Francia pide y muy mayor cumplimiento envialle el campo por acabar de concluirle. Seguridad de rehenerse ya no pueden bastar pues no aprovechan las de sus hijos, y pues V. M. ha de ver otros pareceres y el suyo como mas sabio y experimentado será el mejor, á él me remito. Los bienaventurados dias y Reales estados de V. M.

nuestro Señor acreciente. De Madrid á 19 de junio.—De V. S. C. C. M. muy humilde siervo que S. R. M. B.—El Duque de Najera.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Rey nuestro Señor.

CARTA DEL DUQUE DE ALBA AL EMPERADOR.
19 de junio de 1585.

S. C. C. M.—Hoy viernes de noche á diez y nueve de junio recibí una carta de V. M. con el cartel que el rey de armas del Rey de Francia trujo á V. M. y con los actos que sobre el pasó, y pienso que se afecta mas el Rey de Francia en la imposibilidad que le parece que puede haber en la seguridad del campo, que en el habilidad de su persona y en la verdad de su derecho; y la grandeza del negocio es tal que V. M. vea, que para hablar en ello eran menester muchos días de pensamiento, especial quisa para sus negocios pequeños le falta juicio como á mí, mas por cumplir el mandamiento de V. M. como soy obligado, á la lealtad que os debo como á mi Señor y mi Rey, y al amor que os tengo como á buen caballero, diré lo que me pareciere, teniendo respeto mas á vuestra honra que al peligro de vuestra persona, porque sé que esto es lo que vos queréis. Muy poderoso Señor, lo que en tal caso todos los caballeros cristianos usan es tener justificada su causa y justificalla con Dios, y despues no popando su vida hacer lo que cumple á sus honras, así en el hecho como en los modos que tocan á la negociacion. En este caso á mí, muy poderoso Señor, me parece, hablando con el acatamiento que debo, que en tan gran caso no puede hombre hablar sin hacer muchas protestaciones, que el Rey de Francia os responde pasados dos años de la primera plática que V. M. hizo con su embajador en Granada, y para cosa de tanta importancia no ha tomado muy largo tiempo. Y porque el vuestro es mayor que el suyo, sería mi parecer que V. M. dierdes la respuesta hasta que viniédes á estos vuestros reinos, pues no pueden ser los días muchos y son bien menester para que V. M. y vuestros servidores pensemos en este negocio. Y si esto V. M. no hobiere por bien, por cumplir vuestro mandamiento diré lo que me parece, y es que aunque V. M. tenga privilegio como recuestador, si lo sois, de dar el campo, que renunciais este privilegio en el Rey de Francia, y así como él se ofrece á dar las armas, que le deis el cargo de dar el campo seguro, y que dándole, que luego estais presto y aparejado de ir á cumplir con él, y en esto justificais mas vuestro negocio y mostrais mas la gana que tenéis de venir con él á las manos; pues el privilegio que á vos os da por gracia la ley de escoger el campo, le renunciais en vuestro enemigo. Y en caso que haya imposibilidad de haber el campo, quedará el cargo sobre él y no sobre vos, y esto es, muy poderoso Se-

ñor, lo que me parece incontinenti, y de aquí á que venga yo tomaré trabajo de pensar lo que denas de esto conviene en este negocio, y será luego á besaros las manos en viniendo á Castilla para poder hablar mas largamente en ello. Fato es cuanto á lo de V. M.

Cuanto á mí suplico á V. M. que si la cosa se hobiere de entender mas de vuestra persona sola, que no me hagais tan grande agravio que me olvideis á mí para servirlos en esto si hobiere lugar, porque yo os prometo que si en ello me poiseis, que ni os parezca viejo ni flaco. Parecenme Sacra M., que si algunos cosa se detienen las Cortes, que es muy justa causa para que os vengais á Madrid esta de este desafío, para que junteis allí vuestros leales servidores para concluir el negocio como á vuestra autoridad cumple. Guarde nuestro Señor V. C. y C. M. De San Felices 19 de junio.—S. C. C. M. S. M. R. B.—El Duque.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Emperador y Rey nuestro Señor.

En el membrete. Del Duque de Alba á 19 de Junio.

SEGUNDA CARTA DEL DUQUE DE ALBA AL EMPERADOR.
14 de octubre de 1585.

S. C. C. M.—La carta de V. M. recibí con los actos que vuestro rey de armas hizo al Rey de Francia, y por ellos parece que el dijo al Rey de Francia que él levaba el campo seguro, lo cual el Rey de Francia ni quiso ver ni examinar; y no me parece fingido loco en ello, porque mas sin trabajo pudiera mandar callar al rey de armas en Paris, que cumplir con lo que V. M. le enviaria á ofrecer, y aunque para tan grande cosa como cualquier que toque á V. M., especialmente á vuestra honra, es menester tener mucho tiempo para pensar quien hobiere de hablar en ello, pero pues V. M. manda que yo diga mi parecer, diré lo que supiere por la voluntad que siempre tengo de hacer lo que fuere de vuestro servicio. En tal caso, muy poderoso Señor, entre caballeros de otra calidad muy diferente de la vuestra y de la del rey de Francia, acordámbrese cuando uno da campo seguro á otro y el otro no cumple, correle el campo con aquellos actos y solemnidades que en tal caso se requiere; mas en este vuestro caso yo no estoy muy determinado en que esto se deba hacer, porque como acaecen muy pocas veces entre semejantes personas estas cosas, por experiencia no se pueden sacar, y por discrecion sobre la cantidad del caso á mí visto. Lo que me parece que os aconsejaria sería hacer saber en vuestros reinos lo que ha pasado y el cumplimiento que habeis fecho, y no á muchas personas, y en Italia á vuestro Capitan General é algunas personas pocas de vuestro ejército, y no haria mucho caudal de hacer grandes cumplimientos con los otros Príncipes extranjeros, porque todo lo que V. M. signiere diciendo ver-

dad, signirá otro tanto el Rey de Francia diciendo lo que él quisiere; y pues V. M. está satisfecho y todos vuestros servidores lo debemos estar de haber cumplido con vuestra honra, y os hizo Dios tanta merced que habia dado caso para que pudierdes realmente cumplir, y señalar campo seguro al Rey de Francia por lo que él mismo habia aprobado para sí y para sus hijos, lo cual era imposible dar si aquello no hubiere pasado, V. M. se debe satisfacer con lo fecho, porque yo aunque soy un escudero no parece que me satisfaría para mí de haber fecho lo que vos habeis fecho. Y pues nuestro Señor á vuestra persona y vuestro ejército favorece tan claramente, V. M. no se debe olvidar de servirlo en trabajar de pacificar la cristiandad y en estorbar tanto derramamiento de sangre y tantos males inconvenientes como nacen de la guerra, y esto no lo podeis hacer si queris todas las cosas que os pertenecen. Plega á nuestro Señor de alambra á V. M. de manera que vos le serviereis tan bien como él os trata á vos. Nuestro Señor la Imperial Persona de V. C. M. guarde y prospere. De San Leonardo de Alba 14 de Octubre.—S. C. C. M. L. R. M. de V. M. B.—El Duque.

En el sobre. A la S. C. C. M. El Emperador y Rey nuestro Señor.

En el membrete. A S. M.—El Duque de Alba. (CONTINUARÁ).

COSTUMBRES. CANCION POPULAR.

I.

Ascito sombrero poblano
En la despejada frente;
La manga al hombro pendiente,
Y su jarana en la mano.
Negra calzonera abierta,
Con rica botomadura;
Luenga daga en la cintura
Con nácar banda encubierta.

Así á la luz de la Luna
Canta travas Pepe el Tuno,
Recordando uno por uno
Los lauces de su fortuna.
Retora la jaranita
Bajo sus dedos lascivos
Y á sus cantos espavatos
Su ghina alegre palpita.

II.

Bendiga el cielo, triqueño,
sus brillantes luceros,
tan vivos, tan zalameiros,
Tan sagaces, tan así.

Cuando los guñas alegre,
¡Vive Dios! que pierdo el juicio;
Me sublevo, y me desquicio,
Y no sé lo que es de mí.

Maldigo yo los amores,
Que no son así de holgorio,
Que parecen renosporio
Según el gemir tenaz.

El amor es el contento;
La delicia el abandono;
Quédese para el buen tono
Con llantos enanorar.

Cuando estrecho tu cintura,
Por Cristo, que no me engañas,
Ni á una resma de brestas fia;
Debes en aspecto galán.

Cuando de tu linda cara
Un beso y otro te arranco;
No me queda un ruedo blanco,
Cual quien come muezapan.

Hay caras de perspectiva,
Caras que causan hechizo;
Pero que parecen friso
De abayalde y de carmin.

Son caras de casa propia,
Que casi no valen nada;
Y pueden por la fichada
En el público lucir.

Cuando ostentas salerica
Tus encantos seductores,
Rejuvenece las flores
El viento de tu cestor.
Y cuando su falda astuta,
Con tu andar afiroso vuadas,
Reluceen sus lentejuelas
Como destellos del sol.

Breve pié, delgado el labio,
Con in perceptible buzo;
Bajo el delgado rebazo
Leciendo un fiel corazón.
Para la gente plebeya
Es la vida la hermozura;
Ni hay comercio en la ternura,
Ni contrato en la pasion.

Ni un hombre al pedir la mano
De una muchacha al notario,
Hace primero inventario
Al objeto de su amor.
¡Adios, china.—Adios, amigo:
Embido.—Quiero.—Atrevida:
Nos casaremos, mi vida,
Y que nos bendiga Dios.

Si te miro en un fandango,
De esos de harpa y de dos luceros,
Me entusiasmo y me hago crucos
Admirando tu primor.

¿Qué saque! ¡oh Dios! ¿qué jalco!
¿Qué redoble!... y otro salto:
Mas pianito; no tan alto,
Porque se enoja el Señor.

¿Canario! que esa cabriola
Diera gozo al mismo infierno:
¡Alto! que me desandaron;
Tenga compasión de mí.

Mas ¡jirabe, mas mistela!
Luz, que la pieza se opaca:
Si esto va, no nos alaca
El almirante Baudín.

Pero, ¡ay! quien te hable, triguena,
Yo le daré, ¡por San Pablo!
Un recado para el diablo
En la hoja de mi punal.

De un bote apago las luces,
Como frenético cambisto;
Vale que de Cristo á Cristo,
Solo Dios es capitán.

Cántame un son, mi triguena,
De esos de tono sabroso,
De esos de acento amoroso
Que me derriten á mí;

De esos que dejan recuerdos,
Y que me inspiran contento;
De esos que eschalan al viento
Un aroma de jasmín.

Yo te adoro, mi triguena,
Con delirio, encanto mío;
Y siento hasta calofrío
Cuando me hallo junto á ti.

Cuando prodigan del cielo,
Te vienen á mi memoria;
Yo ya sé cómo es la gloria,
Que conozco á un serafín.

Te adoro de cuerpo entero;
Te adoro con toda el alma;
Te adoro enmoldo á la calma,
Y te adoro en el dolor.

Por mas que miro en las calles
Tanta orgullosa catrina,
Digo, mas linda es mi china,
Y su enagua de castor.

III.

Y... la ronda.—Dense presos;
Pepe el Tunó.—Nada importa:
Por portador de arma corta,
Al grillete por un mes.

No flores, por Dios; te llevo
Del pecho entre tela y tela:
Yo soy hombre, el tiempo vuelas;
Que no te conozca el juez....

FIDEL.

HISTORIA NATURAL.

EL LEÓN.

PELLEO LEÓN.

En los países calientes los animales terrestres son mas grandes y mas fuertes que en los países frios ó templados; son tambien mas atrevidos, mas feroces, y todas sus cualidades naturales parecen sujetas á la influencia del clima.

Nacido el león bajo el sol ardiente de la Africa, ó de las Indias, es el mas orgulloso y el mas terrible de todos nuestros lobos y demas animales carnívoros, lejos de ser sus rivales, apenas serian dignos de servirle de sustento. Los leones del monte Atlas, cuya cima está algunas veces cubierta de nieve, no tienen ni el atrevimiento, ni la fuerza, ni la ferocidad de los de Beldalgerid ó de Sahara, cuyas llanuras están cubiertas de abrasadoras arenas. En estos desiertos es por la común donde se encuentran estos leones terribles que son el espanto de los viajeros, y el adro de las provincias vecinas. Felizmente esta especie no es muy numerosa, y parece que diariamente disminuye, á creer el testimonio de los que han viajado recientemente por esta parte del Africa, que aseguran que no se encuentran hoy tantos leones como en otro tiempo.

En los inmensos desiertos de Sahara que parecen separar dos razas de hombres totalmente diversas: negros y moros, entre el Senegal y las extremidades de la Mauritania, en las tierras habitadas que están mas allá del país de los hotentotes, y en general en todas las partes meridionales de la Africa y de la Asia, se encuentra un número considerable de leones en un estado completamente salvaje. Acostumbrados á medir sus fuerzas con todos los animales que encuentran, la costumbre de vencer los hace intrépidos y terribles; no conociendo el poder del hombre, no temen ni habiendo experimentado la fuerza de sus armas, parece que los insultan y desafían. Las heridas los irritan, pero sin asustarlos, y tampoco se atemorizan ni desconfían con la vista de un grande número de enemigos: uno solo ó varios leones del desierto atacan una caravana entera, y cuando despues de un largo y tenaz combate se sienten sin fuerzas, en lugar de huir continúan haciéndose en retirada, dando siempre la cara y sin volver jamás la espalda. Por el contrario, los leones que habitan en los alrededores de las rancherías de la India y Berbería, pierden mucho de su valor natural, y llega el punto de que obedezcan á su voz amenazante, y no se atrevan á atacarlo, terminando con apelar á la fuga, seguidos acaso por mugeres ó muchachos armados de palos.

Este cambio y esta docilidad en el natural del león, indica que es susceptible de recibir buenas

impresiones, y que debe tener docilidad para amansarse hasta cierto punto y recibir una especie de educación. La historia nos habla de leones uicidos á los carros de los emperadores, y de leones que eran conducidos á la caza ó á la guerra, y que no empleaban su valor y su fuerza sino contra los enemigos de sus amos.

Lo seguro es, que educado el león desde pequeño entre otros animales domésticos se acostumbra á vivir en paz con ellos, y algunas veces juega y roza inocentemente. Es dulce y festivo con sus amos, sobre todo en su primera edad; y á algunas veces resperece en el su natural ferocidad, raras ocasiones la emplea contra los que le hacen bien.

Como sus movimientos son rápidos é impetuosos y sus apetitos vehementes, no debe presumirse que las impresiones de educación que reciba, puedan siempre contraponerse á estas cualidades: así, pues, sería una indiscreción hacerle sufrir el hambre ó contrariarle sus manías, atormentándole sin justicia, porque no solamente se irrita con el mal trato, sino que lo conserva en la memoria y parece meditar una venganza; como jamas olvida los beneficios. Podría citar gran número de casos particulares, en los cuales aunque haya esageracion, son por lo común demasiado auténticos, y prueban evidentemente que la cólera del león es noble, su valor magnánimo, y su indole sensible. Con frecuencia se ha visto que desdena enemigos pequeños, desprecia sus insultos, y les perdona sus atrevidas ofensas. Se ha visto tambien, que reducido al cautiverio se fastidia, mas no se incomoda, y por el contrario adquiere costumbres suaves, obedece á su amo, lame la mano que le mantiene, y perdona algunas veces la vida á los que se le habian entregado para que le sirvieran de pasto: continúa despues con su generosa proteccion, vive tranquilamente con ellos, les da parte de su alimento, y prefere en ocasiones sufrir el hambre mas bien que perder el fruto de su primer beneficio.

Podría asegurarse que el león no es cruel, puesto que no lo hace sino por necesidad; que solo asalta la presa necesaria para su alimento, y queda en calma luego que ha saciado su hambre, mientras otros animales inferiores á él, como el lobo, el tigre, la pantera, el puma, &c., dan la muerte á sus victimas por solo el placer de dárselas, y en sus horriboras carnicerías mas bien parece que desean saciar su rabia que su hambre.

El exterior del león no desmiente sus grandes cualidades: tiene una figura imponente, la mirada segura, el andar altanero, y la voz terrible; su estatura está de tal manera proporcionada, que parece ser el modelo de la fuerza reunida á la agilidad: tan sólido como nervioso, no estando

recargado de carne y de gordura, ni conteniendo nada de superabundante, su cuerpo es todo compuesto de nervios y músculos. Esta gran fuerza muscular se nota desde luego por los saltos y cabriolas prodigiosas que el león acostumbra hacer, y por el brusco movimiento de su cola, capaz de derribar á un hombre; por la facilidad con que mueve la piel de su cara, y particularmente la de su frente, lo que añade mucho de terrible á la expresion de su fisonomía; y en fin, por la facultad que tiene de sacudir su crin, la cual no solamente eriza, sino que cuando está poseido de cólera la mueve y agita en todas direcciones.

Los leones de la mas grande estatura tienen ocho ó nueve pies de largo desde la nuca hasta el nacimiento de la cola (la cual es por lo regular de cuatro ó cinco pies), y sobre cuatro ó cinco de altura. Los leones pequeños tienen sobre cinco pies y medio de largo y tres y medio de alto. La leona en todas sus dimensiones es siempre como una cuarta parte mas pequeña que el macho.

El león tiene una crin, ó mejor dicho, un pelo largo que cubre todas las partes anteriores de su cuerpo, y que le crece á medida que adelanta en edad. La leona no tiene nunca este pelo largo, por mas vieja que sea.

Aunque no se encuentra este noble animal sino en los climas cálidos, puede, sin embargo vivir en los países templados, y aun prodigándole algunos cuidados, podría conseguirse el que procreara. Gesner refiere que nacian leones en la leonera de Florencia: Willughby afirma que en Nápoles una leona encerrada en su madriguera con un león, parió cinco leoncitos de un mismo tamaño. Estos ejemplos, aunque raros, son verídicos, y bastan para probar que el león no es absolutamente extranjero en los climas templados. No obstante, no se encuentran actualmente en ninguna de las partes meridionales de Europa, y tampoco en los tiempos de Homero los habia en el Peloponeso, aunque los hubiese entonces y aun en el tiempo de Aristóteles, en la Tracia, la Macedonia y la Tesalia. Parece, pues, que en todas épocas han escogido estos animales los climas cálidos; que raras veces se han acostumbrado á los templados, y jamas han habitado por las tierras del Norte.

La leona pare en la primavera, y no concibe mas que una vez cada año, lo que indica que por varios meses está ocupada de cuidar y amamantar á sus chiquelos.

En los animales, todas las pasiones aun las mas tiernas, son vehementes, y en esta clase el amor maternal llega á un grado increíble. La leona menos valiente, y menos vigorosa que el león, se pone furiosa cuando tiene hijos, y es entonces sin duda mas feroz que el macho: no teme ninguna clase de peligros, y se abalanza indistinta-

mente sobre los hombres y sobre los animales que encuentra, los mata, carga con su presa; y participa de ella á los leoncillos, á los cuales enseña cuidadosamente á desgarrar la carne y beber la sangre. Por lo común pare en los lugares mas recónditos y de mas difícil acceso; y cuando teme ser descubierto, oculta sus pasos y borra sus huellas con la cola; y llega al caso que aumentándose sus temores, conduce á sus hijuelos á otra parte, y si algún incauto arrebatarellos, destroza con furia tremenda á cuantos objetos tiene delante.

Se ha creído que el león no tiene ni la vista ni el olfato tan perfecto como otros animales, y se ha notado tambien que la luz fuerte del sol le incomoda; así es que raras veces camina durante el día, reservando sus escursiones para la noche. Se ha observado asimismo que no descubre por el olfato á los otros animales, y que solo los caza cuando los ve, y no siguiendo su pista como hacen los perros y lobos, cuyo olfato es muy exquisito.

Cuando el león tiene hambre ataca de frente á todos los animales que se le presentan: mas como es muy temido y huyen todos de él, tiene necesidad de ocultarse y esperarlos á su paso. Acusábase sobre el vientre en un lugar boscoso, y desde allí se lanza de un solo salto con tanta violencia, que las mas veces abate á su víctima.

En los desiertos y bosques se mantiene ordinariamente con gazelas y monos, aunque estos últimos no se los come sino cuando bajan de los árboles. Come mucho de una vez, de manera que queda satisfecho para dos ó tres días; tiene los dientes tan fuertes, que rompe fácilmente los huesos y se los traga con todo y carne. Se asegura que soporta muchos días el hambre; mas no así la sed, pues bebe agua todas las veces que se le proporciona. Necesita purificarse sobre quince libras diarias de carne, y prefiere la de los animales vivos, y sobre todo cuando el mismo los degüella: nunca sino, por extrema necesidad devora los restos de los cadáveres infectos, y prefiere el trabajo de adquirir una nueva presa, que volver á nutrirse con los restos de la primera.

En tan fuerte el rugido del león, que cuando lo repiten los ecos en el silencio de la noche, se asemeja al fragor del rayo. Este rugido es su voz ordinaria, pues su cólera la expresa por otro grito diferente, agudo y recontenado, en vez de que el rugido es un grito prolongado, una especie de gruñido grave, mezclado con un retintido agudo. Ruge cinco ó seis veces al día y muy frecuentemente cuando está próxima á caer la lluvia. El grito que lanza cuando está colérico es mucho mas terrible que el rugido. Entonces se azota los bijares con la cola, rasca la tierra, eriza la melena, mueve la piel de su frente, agita sus gruesas pestañas, muestra sus dientes amenazantes, y saca la lengua armada de puntas tan

duras que bastaría para arrancar la piel y aun parte de la carne, sin el auxilio de las garras y de los dientes. Es mucho mas fuerte por la cabeza, las mandíbulas y las manos, que por las partes posteriores del cuerpo: ve en la oscuridad de la noche como los gatos: duerme poco y despierta cada rato; pero es una vulgaridad creer que duerme con los ojos abiertos.

El andar ordinario del león es alivo, lento y grave, aunque siempre oblicuo: cuando corre no es con un movimiento igual, sino á brincos y saltos; sus movimientos son tan bruscos, que no se puede detener en el instante, y casi siempre va mas allá de su objeto. Cuando salta sobre su presa, salta doce ó quince pies, cae sobre ella, la coge con las manos, la despedaza con las uñas, y en seguida la devora con los dientes. Mientras es joven y ligero se alimenta de su caza, y rara vez abandona sus desiertos y selvas; pero cuando ya es viejo, pesado y menos propio para el ejercicio de la caza, se aproxima á los lugares frecuentados, y entonces es mas peligroso para el hombre y para los animales domésticos: lo que si se ha notado es, que cuando ve hombres, y animales juntos, siempre ataca á los animales, y nunca á los hombres; á menos de que lo maltraten, porque entonces conoce perfectamente quién le ha ofendido, y abandona su presa para vengarse. Dícese que prefiere la carne de camello á cualquier otra; gusta mucho tambien de la de los elefantes jóvenes; estos no pueden resistirle porque sus colmillos aun no han brotado, y fácilmente los vence, si la madre no acude á su defensa. El elefante, el rinoceronte, el tigre y el hipopótamo, son los únicos animales que pueden hacer frente al monarca de las selvas.

(Traducido para el Museo.)

Pensamientos.

No se conoce todavía una obra maestra de ingenio que sea obra de muchos. Homero compuso la *Iliada*; Virgilio, la *Eneida*; Tito Livio sus *Decadas*; y el orador romano sus *Oraciones*.—L. B.

¡Qué suplicio oír declamar pomposamente un discurso frío, ó recitar versos mediocres con toda la enfiase de un mal poeta!—L. B.

¡Triste condicion la de nuestro siglo! Sobran críticos y faltan lectores.—Montesquieu.

Todo el talento de un autor, consiste en definir bien, y en pintar bien.—L. B.

El método, la constancia y la prudencia, son la escala del saber.—R.

ESTUDIOS MORALES.

UN CALAVERA.

Ha dicho un bardo moderno español, en el prólogo de sus poesías, que la sociedad ha perecido en Europa, y que no hay mas que individuos. Nos atrevemos á pensar que semejante principio es á toda luz absurdo. Volved los ojos á la edad media, y en ella si que encontraréis al individualismo en toda su preponderancia egoista y perjudicial; pero volvedlos á nuestra época en seguida, y en esa comunicacion de ideas y de conocimientos, en esa division de riquezas y de intereses, en ese espíritu de asociacion que vivifica á la moral, á la política, á las letras y á las artes, observareis facilmente que es el individuo quien desaparece de nuestro sistema, mientras que la sociedad se robustece y vigoriza. Sábido es que en los tiempos de la feudalidad el individualismo diversificaba todos los impulsos del espíritu humano, todos los movimientos de un cuerpo incompleto ó descoyuntado: si ahora marchan las sociedades mas compacta y uniformemente á un fin, deberemos atribuir la mayor unidad de sus movimientos á ese individualismo con que se pretende caracterizar á nuestro siglo, en vez de atribuirlo á su espíritu altamente social y humanitario! Verdad es que del mayor número de ideas, del gigantesco desarrollo de la inteligencia, ha procedido un número mayor de hombres pensadores, cuyos caracteres, principios y opiniones, modificados y diversificados hasta lo infinito por el génio, por las pasiones, por la educacion, por el temperamento, por la posicion social, por mil circunstancias, en fin, aparentemente insignificantes, los convierten en otras tantas especialidades, si nos es lícito usar de esta palabra tan abstracta como de moda: pero hay un lazo misterioso que las une, implendiendo así el continuo choque de intereses contrapuestos y disimolvas ideas, y ese lazo, que no es otro que el socialismo, mantiene á lo que hoy se llama especialidad, á una larga distancia del individuo.

Uno de esos caracteres especiales, un calavera peculiar nació solamente de esta época, es el que nos hemos propuesto analizar, si bien desconfiando, como es justo, de nuestras propias fuerzas. Ninguna palabra mas equivocada en sus acepciones, ni comprension de mas diferentes grados que la de *calavera*: título de vanagloria para unos, esentencia de reprobacion para otros; y obra desde el imberbe y travieso mozalvete, hasta el varon barbudo, que recorriendo de dia tabernas y parios, duerme de noche sobre las

mezas de los villares. Pero de esa luenga nómina de calaveras, de los cuales unos hacen consistir su gloria en mugeres seducidas, otros en orgias y festines, otros en juegos de uña y vicio de no peores condiciones, y otros, en fin, en vestidos lujosos, nunca olvidados de la memoria de los sastres, sacaremos un personaje, que como dijimos, será tal vez una especialidad de esta época; mas no faltará quien vea en él algunos de sus rasgos característicos, y en su vida, algunos de los acontecimientos que por él hayan pasado ó tengan de pasar.

Jóven, rico, de gallarda figura, de un talento despejado, y de una educacion esmerada, disfruta nuestro héroe así de una libertad sin limites, como de un grato y universal prestigio en la sociedad que le rodea: no hay aspirante ó calavera que no imite la elegancia de su vestir, la fura de sus modales, la graciosa amabilidad y satírica intencion de su lenguaje; ni hay coqueta que no haya tendido con hábil disimulo, ó con astuta franqueza, las redes de sus brillantes atractivos para amarrarle al espléndido carro de sus victorias; pero si nunca sus infinitos amigos alcanzan á competir con el modelo propuesto, tampoco fué mas feliz en sus empresas el ejercicio de coquetas que se disputaban su posesion, y cuyas tramas ingeniosas desconcertaba facilmente, y en perjuicio de ellas mismas, el perspicaz talento de nuestro modelo D. Juan Tenorio.

Hombre de esta época de escepticismo, cínico por naturaleza, huella todas las preocupaciones porque carece de creencias. Es proclive por su dinero, no por hacer beneficios, pues que no cree en la gratitud; pero por el placer de una vana ostentacion: es elegante por el de serlo; mas sin creer seriamente que pueda conducir á nada útil la decencia en el vestido: es cásuista, mordaz, y con cada uno de sus epigramas destruye una reputacion, por el placer de manchar una virtud en que no cree, y de turbar una hora de que se burla. Se burla con un amante á quien haya robado el cariño de su querida, ó con un marido á quien haya deshostrado; pero sin temor y riéndose del zelo feudal del primero, y del equívoco temor del segundo porque en el caso de aquel, se burlaría sin picarse, del sucesor que le diera su adorada, y pensando indiferente el *Per te di rane lacryme*, daría la vuelta á la inmediata esquina, entrándose en la casa de algunas de sus innumerables conquistas, alegre y bullicioso; y porque si hubiera cometido la que él llama tor-

peza de casarse, y su muger la de serlo infiel, procuraría por única venganza ponerla, y también á su rival, en ridículo delante de una numerosa concurrencia, para poder reír de entrambos á sus anchas con sus amigos y camaradas. Tiene cien de estos, á quienes regala por vicio; pero de quienes sabe que ninguno es verdadero: tiene otras tantas queridas, coquetas y de mundo las unas, sencillas y sponadas las otras; sin creer en el amor de estas, procura conseguir las por placer, y busca en aquellas el mismo placer, pero tanto mas grato, cuanto mas saben ellas irritar su deseo: y si hay quien le moteje de haber hecho la infelicidad de alguna muger, que llora sola y deshonrada en el secreto de su familia ó en el misterio de un claustro; si hay un padre ó un hermano que se lamenta de la pérdida de una hija ó de una hermana, vendrásele á las mientes alguna sentencia de Pirron, ó algun verso de Quebedo. . . . En fin, para él no hay mas religion ni mas Dios que el placer; y como no cree en el sino á medias, necesita que sea continuo y vario: porque desde que cese ó le fatigue, morirá el único simulacro de creencia que le guía en la vida, y acaso con él acabará tambien esta.

Pero lleva en sí mismo el principio de su punición, y el germen oculto de un daño que brotará en su corazón cuando desaparezcan esos placeres, que dan mas sed cuantos mas se beben, que dan mas hambre cuantos mas se devoran. Unos deseos vagos, unos pensamientos llenos de desencanto, una inquietud y una duda continuas y desgarradoras, son por ahora los preludios de esa hambre y de esa sed que al cabo con nada se satisfarán. De ellos hacen esos vagos malos humores que le asaltan sombríos é inesperados, enmedio de sus diversiones, de sus placeres; esas distracciones profundas y melancólicas que le ensimisman á veces enmedio de las mas brillantes tertulias ó en sus horas de soledad y recogimiento, y de las cuales le arrancan la voz ó la risa de una querida ó de un amigo, á cuyo llamamiento responde con una histórica carcajada, que es un sarcasmo contra su propio corazón y pensamientos, ó con una palabra triste que recoge inmediatamente su amor propio cubriéndolo con otras frivolas, alegres ó cáusticas.

La edad va creciendo, y con ella la ruina exterior de nuestro héroe y el germen interior de su perdición. Entregado á los placeres no curó de su fortuna, que merced á su vida dispendiosa, ha desaparecido como la niebla ante el sol, y con ella los falsos amigos en quienes no creía, pero cuya defecion sin embargo ha herido el corazón de su orgullo; éste ha sellado los labios á su resentimiento; no ha proferido ni una sola queja, y todo el veneno ha quedado en el fondo de su alma. Las mugeres coquetas le han abandonado, cuando su estoicismo no era ya harto fuerte para

despreciarlas; y le han despreciado, cuando la soberbia ultrajada levantaba sobre su propia insensibilidad una cabeza de gigante. Las mugeres virtuosas ó sencillas que le amaban de veras, le aman mas aun en su desgracia, recordándole así un tiempo pasado, y renovando la sangrienta herida de su amor propio. . . . He aquí lo bastante para que huya de ellas, para que les deteste. . . . Abandonado de todos, solo, sin fortuna, sin esperanza, sin creencias, se sumerge en un horrible aislamiento, precisamente cuando declinando la vida al Occidente, es tan grata la tranquilidad de una familia, en el hogar doméstico, descansando de los errores pasados á la sombra de la virtud presente, ó continuando la no interrumpida serie de buenas acciones.

El principio de su punición se ha desarrollado inmenso é incontrastable; el escepticismo ha crecido con la desgracia; y la misantropía atizada por aquellos recuerdos siempre delante de los ojos, por aquellos remordimientos siempre dentro del alma, por aquella soledad siempre en derredor de él, se ha apoderado finalmente de su espíritu, aturdiendo su inteligencia, y sofocando sus esperanzas.

Sin creencias, pisado ya el único simulacro que de ellas poseía; la semi-creencia en el placer tampoco tiene consuelos, y llegará á la vejez sin ellos y sin ilusiones: porque generalmente han caído ya todas del corazón cuando empiezan á caer de la cabeza los cabellos blancos, como se desprenden del arbusto las flores antes que las hojas amarillentas. ¡Cómo volverá los ojos á un Dios de quien duda, y á una religion en que no cree! ¡Cómo se entregará á la última esperanza del hombre en la tierra! ¡Cómo respirará ese aire purísimo, interpuesto entre el sepulcro y la eternidad? ¡Cómo podrá mirar frente á frente á esa luz boreal, que ilumina los espacios que separan á la existencia de la nada!

Su porvenir, negro y horrible cuanto fue en la apariencia dorado y risueño lo que pasó, empieza en el sepulcro en donde él, materialista y aereo, quiere y cree ver el último término de todas las cosas. . . . ¡Muere sin esperanza, porque ha vivido sin creencias!

Mas antes de bajar á ese frio sepulcro en que piensa ver convertirse en polvo á la materia, y en nada al espíritu, cuánto desencanto en su corazón! ¡cuánto desgarrador tormento en el alma! . . . Goethe le hubiera llamado al suicidio; Byron le hubiera señalado los impetuosos avalanches que se desprenden al borde de los abismos de los Alpes!

¡Ah! mil veces feliz quien conserva en el profundo de su alma las creencias de sus años, ó logra á lo menos volver á abrazarlas un día de errores harto espaldas en la misma incredulidad. ¡Beatus ille. . . .!—C. COLLADO.

UNIVERSIDAD
 ANIL
 TOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

EL PARIAN Y LAS CASAS CONSISTORIALES.

Las casas consistoriales son casi tan antiguas como el ayuntamiento de México: esta corporación representante é inmediata, encargada de los intereses de la mas bella ciudad del Nuevo-Mundo, fué instituida por D. Fernando Cortés, y celebró el primer cabildo, bajo la presidencia y en la morada del conquistador, el lunes 7 de Marzo de 1524. El mismo con el carácter de gobernador, hizo varios repartimientos de solares, y entre ellos se señalaron seis en la plaza principal para el ayuntamiento. No pudo procederse inmediatamente á la edificación de las casas de cabildo; y esta demora ocasionó que algunos de los que intervenían en el gobierno provisional de la colonia, quisieran destinar los solares á usos diferentes, dando así uno de los primeros ejemplos de las violencias que estaba destinada á sufrir la capital; pero esto dió tambien motivo á uno de tantos actos de justificación del emperador D. Carlos V, que en cédula de 13 de Diciembre de 1527 previno á la audiencia restituyese á la ciudad en su propiedad.

Las memorias que existen de la edificación de las casas consistoriales, datan desde el 15 de Abril de 1528, en que se compraron doscientas dos piedras con ese objeto; y no habiéndose adelantado en mas de tres años cosa importante en la fabrica, señaló la audiencia, en 7 de Noviembre de 1531, setenta indios para que sirriesen de operarios, dándose otras disposiciones dirigidas á la compra de materiales. En 10 de Mayo del siguiente año 1532, concluyó el edificio, tomó posesion de él el ayuntamiento.

En cuanto á la estension y forma de esa antigua finca, no existen datos muy seguros; pero sí parece que no debía ser bastante completa para sus objetos, pues que habiendo adquirido la ciudad en Febrero de 1564 las casas de fundicion que compró al rey en 12 000 pesos, y que parece se hallaban en el sitio perteneciente á la primera calle de la Montecilla, despues de haberse dado diversas providencias para que se hiciesen pilares en las casas de cabildo para hacer la alhóndiga, y para que se reparase el edificio, se mandó que se concluyeran las casas junto á la carniceria mayor, y en 14 de Mayo de 1582, vista la planta de las casas de la ciudad, se mandaron hacer las condiciones con que habia de re-

matarse la fabrica, siendo los objetos de su destino, la residencia del ayuntamiento, la cárcel, la carniceria mayor y la alhóndiga.

El domingo 8 de Junio de 1663, accedió el tumulto levantado con motivo de la escasez de maiz, y en esa noche fué incendiada gran parte del edificio, que duró ciento sesenta años un mes, corriendo desde su ruina mas de veintidos años, sin que se diera paso importante á la obra de reposicion; sin embargo, en 1714 se habian fabricado ya algunas paredes en la parte de la alhóndiga, y tratándose entonces de practicar un reconocimiento en la cárcel, los arquitectos dijeron que las piezas altas y bajas de que se componia, en 3 de Octubre del citado año, se encontraban amenazando ruina, por ser muy antiguas y de mala construcción, y que por lo tanto no admitia otro reparo que fabricarla enteramente de nuevo. Así es, que el fuego de la noche del tumulto, aunque contribuyó á ese deterioro, no fué la causa única de él, en la parte que ocupaba la cárcel. En 26 de Noviembre de dicho año de 1714, mandó el virey duque de Linares, que se procediese á la nueva fabrica de la alhóndiga, casas de cabildo y cárcel, comisionando al marqués de Alamira para que se encargase de la direccion de la obra y sus costos, erogándolos con suplementos de su peculio; y no se le franqueó mas arbitrio efectivo, que la suma de 2 704 pesos que se habian mandado entregar de los bienes de un D. Rodrigo de Rivera, á virtud de real orden de 19 de Junio de 1710, por la cárcel; se mandó terminar el concurso de dicho individuo, quien estando obligado para con la municipalidad á hacer la cárcel, no cumplió con este deber, y murió fallido.

La falta de recursos ocasionó todavía mas demora, pues en los seis años que corrieron hasta Octubre de 1730, el marqués de Alamira edificó y repuso otros propios de la ciudad, cuyas rentas pudiesen administrar recursos para hacer las casas consistoriales. Encargado despues de esta obra el conde del Fresno de la Fuente, pudo llevarla al cabo, ya con dichos recursos, ya con capitales que consiguió á réditos, los cuales quedaron pagados en poco tiempo, sin que los fondos ni el publico se gravasen. La obra duró desde 3 de Octubre de 1730 hasta 4 de Fe-



brero de 1724: su costo fué el de 67,861 pesos 4 reales 2 granos, del cual dentro de poco nada debía ni debe la ciudad.

Respecto del destino de las casas consistoriales, los corregidores como miembros del ayuntamiento estuvieron viviendo en ellas, cuyo local se ocupó en parte en tiempo de la federación en las oficinas del gobierno del distrito, y después para las autoridades del Departamento, que posteriormente desocuparon esa parte hoy empleada en los juzgados constitucionales.

La cárcel que se llamaba de ciudad, porque lo era de los reos sujetos a la jurisdicción de los alcaldes ordinarios, y que debió cesar cuando concluyeron estos funcionarios, continuó ocupando parte del edificio, hasta que á virtud de una orden suprema de 26 de Octubre de 1835 se distinguió, quedando solo un corto depósito de detenidos, importante para el despacho de turno de los jueces letrados. Este ocupa dos piezas, y dicho depósito algunas otras, habiéndose dado á las oficinas municipales la extensión que reclamaban, y que mientras duró allí la cárcel no pudieron tener.

El local en que estaba la alhóndiga, desde que esta acabó, se halla arrendado á los Sr. escritores de la lonja de comercio, que está allí establecida.

La alfombra litográfica representa el parian y las casas consistoriales, cuyas últimas reparaciones han borrado casi del todo en este edificio, las finestras huellas que lo dejó impresa la revolución de 15 de Julio de 1840, y la del siguiente año.

NECROLOGIA.

TAL vez asunto es á la verdad para escribir la vida de aquellas personas que ya no existen, y que contemporáneas nuestras, educadas bajo un mismo sistema de principios, y sujetas á las mismas influencias de la sociedad en que vivimos, siguieron con nosotros casi por una misma dirección el incierto camino de la vida. Pero cuando además de estas relaciones generales, nos ligaron con los que han desaparecido ya, los vínculos de una amistad más pura, contraídos desde los tempranos días de la niñez, y estrechada más y más en los bulaguetes de la juventud, un sentimiento agudo de dolor ocupa nuestro corazón, y no deja lugar mas que para extrañar, para sentir.

Los deberes de esta amistad sin embargo exigen muchas veces de nosotros, que haciéndonos superiores á esos amargos sentimientos que deja impresos en el alma la pérdida de los que nos fueron queridos, consigamos algún obsequio á su memoria, para no dejar su nombre abandonado del todo en el común olvido. Tal es la causa que hoy me impelo á dar alguna

noticia del malogrado jóven DON JUAN N. LACUNZA, cuya muerte prematura é inesperada, á la vez que ha sido causa de amargo sentimiento para su familia y amigos, ha privado á la literatura nacional de uno de sus mayores apasionados y sostenedores.

Nació D. Juan N. Lacunza en esta capital el día 22 de Noviembre del año de 1812. Tuvo por padre á D. Juan María Lacunza, antiguo literato mexicano, cuyas obras se publicaron con aplauso de su tiempo, y del que existían aun algunas otras inéditas, entre ellas una traducción de los Salmos, de bastante mérito, según juicio de personas inteligentes, y por madre á Doña Ana María Blengus, hija de una de las principales familias de la ciudad de Veracruz. Por muerte de estos señores, siendo aun muy niño, quedó huérfano y bajo la dirección de una señora tía suya, la que desde luego, desempeñando los oficios de madre, trató de darle la educación mas esmerada, y de colocarlo en una carrera ventajosa y distinguida.

Concluida su instrucción primaria, pasó al colegio de San Juan de Letran el año de 1826, agraciado por el gobierno con una beca nacional; allí fué instruido en la latinidad, filosofía, derecho canónico y civil, como asimismo en el idioma francés y en los elementos del dibujo. Se comenzaba en aquella época en algunos de nuestros establecimientos literarios á instruir á la juventud en el idioma francés, y San Juan de Letran fué uno de los primeros que dió á sus alumnos el conocimiento de un idioma en que se han escrito tantas bellezas en la literatura, tantos descubrimientos de primera importancia en las ciencias exactas, y tan luminosas verdades en la de la moral, del idioma, en fin, de los sabios en el siglo XIX.

Habiéndose dedicado Lacunza al estudio de este idioma, hizo en él un bueno progreso, como las que hacia constantemente en los demás ramos de su carrera literaria; pues reuniendo á los dones de un talento muy claro y una comprensión muy pronta, una constante dedicación al estudio, logró obtener tantos premios y honrosas calificaciones, cuantas fueron las cátedras que tuvo que cursar en todo el periodo de su carrera.

Defendió varios setos en la Universidad, y graduado en filosofía y en derecho canónico, comenzó la práctica de jurisprudencia el año de 1833: en ella se distinguió por su acierto en el despacho de los negocios, principalmente en el ramo criminal, á que de preferencia lo destino su maestro; y por una disertación que leyó en la academia de jurisprudencia teórico-práctica, que obtuvo la aprobación de los mas respetables profesores, habiéndole sido señalada de ingenuo sobre un punto que ofrecía bastante dificultad. Se recibió de abogado en Febrero de 1837, desum-

INQUIETUD.

31 DE JULIO, JUAN N. LACUNZA.

Ex vivo paso la impotente mano,
Para arrancar de mi abrasada frente
Un pensamiento lánguido y ardiente
Que empujaba tenaz mi corazón.

Pinge contento hipócrita el semblante,
Dando un mentís al implacable duelo:
Es la corteza pérdida de hielo
Con que ceñito el volcán de mi pasión.

Azotando el torrente de mis dudas,
De la razón en la barrera inerte,
Ni durmiendo en los brazos de la muerte,
El alma herida encontrará quietud,
Y grito de dolor, y mi gemido
No da fin al ansioso secreto,
Y de mi labio el respirar inquieto
Tuesta el tallo á mi débil juventud.

Y es mi llanto la lava abrasadora
Del incendio que cunde en mis entrañas,
Y que en silencio empapa mis pestañas,
Porque el que sabe mi pesar soy yo.
Es un ensueño de delirio vago,
Es de dudas revuelto torbellino,
El equivoco grito del destino
Que truena entre una nube de terror.

Y es mi anatema el susurro del viento,
Que dócil menea las nacientes flores;
Y un anatema leo en los colores
Del iris bello, símbolo de paz.
Y el eco blando y el rumor sonoro
De los cristales del tranquilo río,
Acusan ¡ay! al pensamiento impío,
Que niega del cristiano la bondad.

Y relucir sin fin en agonía,
Sin llegar á los bordes del torrente,
Volando en torno el lisonjero ambiente
Que banta en sus orillas el verjel.
Y comprimiendo sin cesar el pecho
Ferre mano de indolentes pesares,
Y acibarando el llanto mis mangares,
Y en los recuerdos apurando hiel.

En medio á los desiertos de mi infancia,
Una sombra de muerte me horroriza;
Con sangre de mi padre en la ceniza,
Escribe indiferente mi orfandad.
Niño crucé con la desnuda planta,
Por las ásperas quiebras de la suerte;
Niño vi entre las sombras de la muerte,
La esperanza dulcísima y la paz.

En la áurea copa de la infancia pura,
Vertí para beber mi amargo llanto;
En el ingrato seno del quebranto
Veces mil sollozando me dormí.

plando un exámen muy lucido, y continuó ejerciendo la abogacía con igual empeño y dedicación al estudio.

Se dedicó asimismo al de la bella literatura, y era tal su afición á leer toda clase de obras en este género, que aun de muy niño se le hallaba continuamente en su casa ocupado en la lectura. Al despuntar su juventud se dedicó á la poesía, y como era de esperar en semejante edad, los primeros sonetos de su lira fueron consagrados á la hermosura y al amor.

En el año de 1836 fué uno de los que fundaron la sociedad literaria conocida en el público con el nombre de Academia de Literatura de San Juan de Letran. Contribuyó con varias composiciones á los ensayos que con el título de Año Nuevo comenzó á publicar dicha sociedad en 10 de Enero de 1837, y esta fué la primera vez que los versos de nuestro poeta vieron la luz pública. Se imprimieron otras varias de sus poesías en diversos periódicos literarios de la capital, las que fueron acogidas con agrado y clasificadas de bastante mérito por los literatos contemporáneos; y compuso algunos dramas que se representaron con aceptación. Se está escogiendo entre sus composiciones una colección de poesías, que será publicada lo mas pronto que las circunstancias lo permitan.

Establecido ya en el teatro del mundo, caminaba por su senda lleno de las esperanzas de la juventud; pero sus días no debían de ser muy prolongados, pues el 13 de Julio del presente año, á los treinta de su existencia, le sorprendió la muerte entre los brazos de su familia y de sus amigos, que ni aun tenían tan funesto acontecimiento. El solo la previó, y estaba preparado á ella con la resignación del cristiano.

Lacunza poseía una memoria muy feliz, una imaginación viva y un talento muy despejado. Tenía habilidad para hacer con perfección cualquiera cosa que emprendía; fué franco, generoso, oficioso con sus amigos, y de un carácter tal, que se hacía apreciar de cuantos le trataban; le era fácil conciliar la amistad de toda clase de personas. Su muerte fué muy temprana, y esto la hace doblemente sensible.

Cuando de este modo desaparecen para siempre las personas que nos fueron queridas, no nos queda otra cosa que un llanto que derramar por la amistad, un recuerdo de nuestro fin, y decir con Chateaubriand: "Hombre! tú no eres mas que un sueño rápido, un desvarío doloroso: no te castigas sino por la amargura de tu alma, y la eterna melancolía de tus pensamientos."—M. T. R.

Los hombres y las mujeres rara vez convienen en el mérito de sus muger. Sus intereses son muy diferentes.—L. J. Brasseur.

La tempestad tronó de las pasiones,
La ambición levantóme de mi lecho,
Y dando brío al sacrado pecho
Con la gloria ¡insensato! sonrei.

¡Ay! que crucé cual cábrico nocturno
Que gime ronco en la tiniebla umbría,
Y el eco humilde de la lira mía,
En el olvido adusto se perdió.

No tribúte mi intenciosa á la fortuna,
Ay! presenté que en el dorado lecho
Gime también inconsolable el pecho,
Y ahuyenta el sueño bárbaro el dolor.

Roceda inútil la perla de rocío
En el tallo infecundo por el hielo;
El corazón marehito por el duelo
Es insensible á la aura del placer.

Adios, adios, fugaces ilusiones,
No profaneis mi pensamiento vterio,
El viento que se pierde en el desierto
Perfumando susurra en el verjel.

Id, y buscad la juventud, la vida;
Id y buscadla en provechoso giro,
Y allí como en un cielo de safiro
Desplegad vuestras alas de carmin.

Otros hallen hechizo en los placeres,
Y otros de amor en la hermosura;
Los recuerdos profundos de amargura
Y el llanto del dolor, dejadme á mí.

Y siempre, siempre en sempiterna lucha,
¿Dónde el destino bárbaro me arroja?
Ni una sola esperanza en mi congoja
Se atrevera ni labia á refrescar.

Lloro cuando más hijos adorados,
Puro renuevo de mi triste vida,
Con júbilo mi frente compungida
La vienen inocentes á besar.

Temo, ¡ó Dios! que sus labios virginales
Los contagie el veneno de mis penas,
Y trasmitir la fiebre de mis vejas
A sus cuerpos de arcángel de Dios.

Y á ti también, esposa idolatrada,
Temo mirar pacífica á mi lado;
No muera con el árbol derribado
La yedra que á sus ramas se enlazó.

Señor, Señor, las nubes tempestosas
Rompen omnipotente con el trueno,
Y en cielo azul, magnífico y sereno,
Muestras al mundo reluciente el sol.

Haz que rizando el ala de la brisa
De mi dolor los turbulentos mares,
Se apacigüen sumisos mis pesares,
Y que brille la paz del corazón.

Yo iré hasta tí cual se dirige al templo,
Después de rudo y lóbrego camino,
A dejar el cansado peregrino
El encorvado báculo al altar.

Así yo, fatigado, en el sepulcro
Dejaré satischo la existencia,
Si dulce me sonre tu clemencia,
De mi carrera al término llegar.

Octubre de 1843.—GUILLERMO PARETO.

MEMORIAS SOBRE EL MATRIMONIO.

LIGEROS APUNTES SOBRE LA COQUETERIA.

[Primera conversación.]

ENTRAN LAS POQUÍSIMAS AMISTADES FOMENTADAS QUE CULTIVO, CUENTO LA DE DOÑA SUSANA. Es una mujer que raya en los cuarenta años; de tez fresca, de proporciones mórbitas, y de facciones expresivas, que anuncian que en sus tiempos juveniles fue una de esas magníficas y espléndidas bellezas que traen á los pobres hombres al retorcero. Da Susana, además, es una mujer de genio amable, de talento claro, y de un gran mundo. Sabe todas las anécdotas escandalosas de la alta sociedad, y las refiere con mucha gracia y sal; tiene relaciones con las niñas que comienzan á florecer, bellas y candidas en la vida, y le cuentan sus cuentos de amor, y le piden, como tímidas palomas, consejos para librarse de los *hombres milanos*. Los *hombres corderos* también le refieren sus historias; y ella, amable y compasiva como una hermana de la caridad, les da preservativos para que liberten á su corazón de las uñas de las *mulieres butires*. Ya ven, lectores y lectoras; que mi buena amiga Da Susana es una de esas joyas esquisitas que es menester apreciar debidamente.

Como decía: una que otra vez, cansado del fastidio y monotonía de una vida sedentaria, me dirijo á casa de mi amiga, y allí hablamos largamente de nuestra sociedad moderna, y nos alimentamos de ese suave y delicioso manjar que se llama crédito público, y que es el maná de todos los concurrentes á los tentos; á los toros y al café del Progreso. Resulta de estos intercesos entretenimientos, que suelo dejar en casa de Susana algunas de las pocas ilusiones que han quedado á mi corazón, y que salgo más fastidiado y más molesto que lo que entré. Por ejemplo, le hablo á Da Susana, con entusiasmo, de Pepita Recoter; Da Susana sonrie, y me cuenta una anécdota secreta de amores, y adios ilustro por la virtud de las niñas.

No obstante, algún provecho saqué de sus conversaciones, y día llegarán que cuando mi amiga Da Susana y yo cerramos el ojo, vea la luz pública unas memorias sobre la sociedad contemporánea, que sin vanidad podrán andar á un canal.

—Vd., señor Yo, me dijo un día Da Susana, parece que quiere escribir algo sobre el matrimonio?

—Sí, señora; pero tanto hay que decir sobre esto, que juzgo que será menester formar, no un artículo aislado, para que ocupe lugar en la parte de variedades de un periódico, sino una obra de dos ó mas tomos.

—Con efecto, mucho hay que hablar sobre la materia; mas sería oportuno que dedicara vd. un capítulo para declarar contra la coquetería, pues á fe de Susana, creo que no hay cosa que perjudique más á las mujeres y á los hombres.

—Por mi parte, señora, estoy resuelto á escribir no solo sobre la coquetería, sino hasta sobre la lengua chinesca, que jamás he oído hablar; pero á mi modo de ver, la coquetería (cuya palabra no es muy castiza por cierto) es el arte que tienen las mujeres para realzar los atractivos de la hermosura; para dar mas viveza á ese sentimiento indescribible que se llama amor.

—Muy dueño es vd. de creer lo que le agrade; pero si quiere atender á mis explicaciones sobre esta materia, le servirán acaso para formar algunos apuntes y publicarlos el día menos pensado, porque vd. tiene furor de publicar cuanto se le viene á las mientes.

—No se equivoca vd., señora.

—Pues señor, en mi juicio la coquetería puede dividirse en dos clases. La primera es, aquel instinto natural que tienen las niñas cuando salen de la amiga ó del convento, y que las obliga sin pensarlo á buscar los mas elegantes adornos para el peinado, los mas bonitos colores para los vestidos; todo con el fin inocente de agradar á las que las ven, y oír murmurar en los corrillos y salones las dulces y mágicas palabras de *bonita, encantadora, celestial*.

—¿Cómo le parece á vd. que llamemos á esto? le interrumpí.

—Coquetería instintiva.

—Cabal.

—La segunda, que llamarémos *coquetería meditada*, prosiguió Da Susana, es aquel deseo de parecer bien; pero con el doble objeto de satisfacer un orgullo dilatado, y herir, destrozar y derribar adornadores con la magia de la belleza, con el atractivo de las sonrisas, y con el fuego del atractivo de la mirada; á la manera que un fiero conquistador derriba, hiere y mata á sus enemigos en un campo de batalla. Desgraciados los *hombres corderos*, que arrastrados de su entusiasmo concurren á esta terrible lucha! Corazones desahucados, ilusiones desvanecidas, esqueletos pálidos, y entresijos de amor, son los trofeos que van en torno de una coqueta, que con la alegría en los ojos y la sonrisa en los labios, mira satisfecha florar, arrastrarse á sus pies, morir de rabia y de dolor á sus infelices víctimas.

—Muy cruel es la coquetería meditada, mi querida Susana, y no veo que pueda resultar gloria á ninguna mujer, de marchitar tantas espe-

ranzas, de deshojar las flores náceres y lozanas del corazón, de hacer verter á los pobres hombres corderos tantas lágrimas, que caen en la esterilidad y la indiferencia del corazón egoísta de una coqueta.

—¿Qué quiere vd.? Estas son las anomalías que se ven en el mundo, y cuya explicacion es tan difícil hallar, como hacer oro con los rayos del sol. Acoséjole, pues, que tenga mucho cuidado, pues vde., escritorzuelos, que se vanaglorian de tener mundo, y de adivinar los sentimientos del corazón de la mujer, caen redondos en la trampa cuando menos lo esperan: mas oiga vd. la confesion franca y sincera de mis faltas, y encontrará el retrato de una coqueta.

Tenia quince años: mi corazón estalla todavía virgen; pero la coquetería instintiva hacia que riera al zapatero, porque el zapato tenía la pala más ó menos ancha; y á la lavandera, porque el oian del vestido no estaba bien lavado, ni encarrujado con esmero: pasaba horas enteras en el tocador, poniendo ya un ramo en mi peinado, ya una flor en mi pecho, ya un dije ó una fíatol en las trenzas, ya un collar en el cuello; me lavaba el rostro con aguas aromáticas; esparcía aceites y bálsamos en mi cabello; y cuando la toilette, como dicen hoy, terminaba, me ponía delante de un espejo de cuerpo entero, y contemplaba con orgullo mi fresca tez de rosa, mis ojos negros y rasgados, mis dientes blanquitos, mi cuello terso de alabastro, mi delgada cintura, y mi pié pequeño, calzado con un zapato de raso negro. Satisfecha de mi misma, y preocupada, salía al balcon, pensando en que cada hombre que pasara esclamaria por fuerza: "¡Qué hermosa es!"

No me engañaba, pues cuantos transiaban por mi calle alzaban la vista, y cuando habían andado dos cuadras, no podían menos de voltar la cara y dirigirme una última mirada, que sin duda quería decir: "¡Aquí, en mi corazón, ya grabada tu imagen!"

Hasta aquí todo era un recreo pueril, si me quiere, pero inocente; pues sin remordimiento ni pena me acostaba en mi lecho, y me dormía arrullada por la grata satisfaccion que causa el ser el objeto de la admiracion de los demas.

Poco á poco me fueron haciendo vehementes deseos de saber aserivamente cuántos eran los que se interesaban vivamente por mí, y ya se figurarí vd. que para esto habian oportunidades felices. Una tarde me dijo Antonia, criada joven, vivarachita y de toda mi confianza, que un señor le habia prometido darle una carta para mí.

—Tráemela, le respondi, sin decirle que yo estoy de acuerdo: nos divertiríamos.

—A la noche me entregó Antonia, no solo una, sino ocho cartas á un tiempo. ¡Qué risa! ¡Qué burlas á los pobres autores de las epistolast

Ja, ja; Antonia, este se quiere matar si no le correspondo; el otro me amenaza con que buscará un labrador que le maré el tercoero es mas respetuoso, dice que me amará eternamente, y que si yo no le amo se conformará con ser mi amigo; el cuarto quiere que le envíe un rizo de mi pelo; el quinto, me manda una sortija dentro de la carta, y dice que se casará conmigo dentro de ocho días, si yo consiento; el sexto es un necio, ha copiado su carta de un libro; el octavo ¡qué horror! me da una cita, y agrega que se subirá por el pié de gallo del farol de la calle, y...

—Pero, ¿qué hacemos, señorita! me preguntaba Antonia.

—Lo vas á ver, le contesté: ocho amantes es muy poco; quiero tener veinte, treinta, cuarenta; pero no de la calaña de estos pobres diablos, que solo estresnan un frac el día de su santo, y que van al paseo á pie dando tumbos y saltos por el lado; no de estos hombres pacaos y oscuros, que no los conoce nadie, sino de esos jóvenes ya corridos de mundo, que visten elegantemente, que van á caballo al paseo, y que tienen ya experiencia y...

—Pero ¿estós qué se les dice!

—Lo vas á ver. Tómá la pluma y escribí: «Señor: Nunca le he dado á vd. motivo para que se tome la libertad de dirigirme una carta; mas ya que la criada me forzó á recibir la de vd., le manifiesto que pierda toda esperanza de conseguir mi correspondencia, y cese en sus instancias que me son demasiado molestas.» Mira, Antonia, copia diez cartas iguales á ésta, y repártelas á los pretendientes.

Antonia, con su mala letra y peor ortografía, copió mi serena carta, y al día siguiente repartió siete iguales. Todas estas conferencias eran en el silencio de la noche, y cuando mi familia me creía gozando de un sueño tranquilo é inocente. La coquetería estudiada comenzaba á aparecer en mí.

Desde entonces pasaba horas enteras delante del espejo, no arreglando mi peinado, ni entallándole el traje, sino ensayando el modo de sonreír y de mirar, colocándome en posiciones voluptuosas y académicas. Ya me reclinaba muellemente en el sillón, con la cabeza ligeramente inclinada á un lado, y los ojos entre-languidos y dormidos; ya me coloraba rubia y con semblante orgulloso; ya procuraba dar á mi rostro un aire de melancolía, y al descuido arreglaba mi traje, de manera que el pié, y una pequeña parte de la pierna, quedara visible; ya en fin, me ponía en pié y estudiaba la manera con que debía andar, sentarme, y dar vuelta. Quién me hubiera visto, habría dicho que era una loax era simplemente una coqueta, y todo va á dar allí.

No crea vd. que había nacido en mi corazón ese sentimiento puro y celestial, que se llama

amor; por el contrario, mi deseo era brillar solamente, arrebatar la admiración de los hombres, y tener un gran número de amantes para despreciarlos á todos, para divertirme con sus necesidades, para reírme á carcajadas cuando los veía firmes y constantes, sufriendo recios aguceros embudidos en el umbral de una puerta, frente de mi balcon. Síe embargo, les otorgaba de vez en cuando alguna recompensa; por ejemplo, un saludo espresivo en el paseo, una mirada, una sonrisa, una tos, cualquier cosa: el caso es que llegué á contar hasta treinta, y entonces pensé seriamente en fijarme en el que me pareciera menos malo.

Un jóven pálido, de porte serio, de andar inseguro y de agradables maneras, fué el preferido. Conocía yo que el pobre diablo me adoraba con delirio; nunca me había escrito; nunca me había hecho una seña, ni dirigido una palabra en la calle, ó al entrar á la iglesia ó al teatro; pero cada vez que me veía observaba yo que se demudaba, que casi vacilaba y quería caerse, y una que otra vez vi tambien, que al disimulo enjugaba una lágrima que rodaba por sus mejillas. Timido hasta el extremo, como verdadero amante, no se había atrevido á tentar ningún medio para manifestarme su cariño de una manera mas terminante; pero Antonia se encargó de esto, y desfiló á los tres días tenia yo en mi poder una carta suya, sencilla, pero tierna y elocuente: se conocía que el infeliz muchacho la había escrito con el corazón. Se la contesté haciéndole concebir algunas esperanzas, y me respondí otra llena de tanta ternura y emoción, que estuve á punto de que se me salieran las lágrimas. Para no fastidiar á vd. le diré, que al fin de un mes nuestra correspondencia estaba perfectamente arreglada, y que ya le había concedido una entrevista, en la que por cierto no puedo decirme ni una sola palabra: pues su pecho se comprimí, y se soltó llorando como un niño de la escuela.

Con esto, y estas muestras evidentes de amor, en el fondo de mi corazón no correspondía francamente á su pasión vehemente y generosa, y solo cultivaba yo este amor como un ensayo para cerciorarme del poder y tiranía que ejerce una muger en el corazón del hombre. Pero cree vd. que acostumbrada á tener tantos amantes, me contentara con quedarme con solo uno! Eso me hubiera parecido tan horrible como hallarme sola en un desierto de Arabia. Así, pues, no dejaba de emplear mis atractivos naturales y mis ensayos cómicos para conservar un cierto círculo de vasallos, de que yo era la reina. De uno recibí algunas cartas; á otro le di un rizo de mi pelo; al de mas adelante le permití que conservara un guante; al otro, que me seguía en la calle, no le reclamé la liga que se me cayó, y él se apresuró á levantar. Antonia fomentaba es-

tas intrigas; y yo, descuidada del porvenir, y divertida y engolada con este género de vida, no me acordaba ni de Dios, ni de mi familia, ni del mundo que me observaba.

Este estado de cosas no podia durar mucho tiempo, y debe vd. figurarse que tantas prendas amorosas como habia yo repartido, habian de servir para ponerme en un conflicto.

Era una noche: me hallaba yo en uno de esos bailes espléndidos, en que los acentos de la orquesta entusiasman, en que la luz de la esperma parece que aviva los deseos de nuestro corazón; en que el ambiente de aromas y de rosa que se respira, embriaga y comunica á los sentidos cierta voluptuosidad indefinible. Hubiera querido tener diez existencias para darlas á mis diez amantes; pero era una sola muger, y deseaba contentarlos á todos; esto era imposible. Ballé con uno, estreché la mano de otro, y me sonreí con dos; di una cita á Perico Continela; convidé á Juan Bodoque para que me acompañara á casa, y... pero cuando mas contenta y complacida estaba, reclinada en un sofá, en una de las piezas solas de la casa, meditando en el poder de mi hermosura, se apareció delante de mí la figura pálida de Arturo, y me presentó su mano, de donde gotaba sangre.

—¡Arturo! Arturo! exclamé temblando de terror, ¿qué es eso!

—Nada, señora, me contestó con voz ronca, un pequeño rasguño que me ha dado uno de los mil amantes que vd. tiene.

—¡Arturo!

—Señora; pero la sangre que destila de la mano nada vale: es al fin de un miembro que no es esencial para la vida; pero cuando destila sangre del corazón, entonces no hay remedio, es menester morir.

—¿Como, Arturo, estás herido! exclamé arrojándome á él, y buscando entre su camisa y corbata la herida.

—Valia mas, señora; me contestó con voz mas fuerte, y rechazando mi mano. Vos sois la que habeis herido mi corazón, la que en una sola noche le habeis quitado cuanto sangre, cuantas lágrimas, cuanto vida tenia.

Yo iba á hablar; pero Arturo me lo impidió. —Todo lo se, señora: tenéis diez ó mas amantes á un tiempo, y me habeis tratado como un niño, engañando mi amor, traicionando mi buena fe, secando mi corazón y... Susana, Susana, continúa con la voz ahogada, ¡por que me habeis engañado! ¿Que mal os he hecho para que así me castigéis!

Yo, recurriendo á mi coquetería, prorrumpí en risa escusas; pero Arturo me arrojó un paquete de cartas, y dijo:—Adios, Susana, adios; quiera el cielo que nunca te engañen tan vilmente como tú me has engañado á mí. Apenas salió

Arturo, cuando Perico, que era un libertino, entró, y antes de que yo pudiera ocultar el paquete de cartas, se apoderó de él, y tirándome á la cara el rizo de pelo que yo le había dado, me dijo:—Así se vean las infamias de una muger coqueta. Estas cartas serán leídas en los corrillos de los cafés, y mucho vamos á reírnos á costa de vd.

—Perico, por piedad, no se va vd. cruel: no me deshonre.

—Vd. sola se ha deshonrado; me contestó escaradamente, volviéndome las espaldas.

Caí en el sofá anonadada, como si un rayo hubiera tronado en mis piés, y solo me sacaron de mi enagenamiento las fuertes exclamaciones de Juan, que me llamaba vil, infame, perjura; pateaba el anillo, y cerrando los puños me amenazaba. El miedo me dió fuerzas, y volando me dirigí á la sala del bañó.

No pasó mucho sin que cada amante contara la aventura del baile: mis cartas se leyeron en los cafés, y de boca en boca se repelía esta cruel palabra: «Es una coqueta.»

Al día siguiente de esta fatal noche me asaltó una violenta fiebre, y no volví á saber de mí hasta los siete días, que merced á los cuidados de mi familia me restablecí en breve.—Yo.

(CONTINUARÁ.)

Pensamientos.

La amistad puede subsistir con toda su delicadeza, entre personas de diferentes sexos; sin embargo, la muger siempre mira al hombre como hombre, y recíprocamente el hombre siempre mira á la muger como muger. Este enlace no es ni pasión ni amistad pura; es de una especie particular.—B.

La esperanza, que en un pueblo es una virtud, porque un pueblo jamás es oprimido ni esclavo, si no estando quieto serio: la esperanza tenia un templo en medio de Roma: el rayo lo consumió tres veces; pero los romanos lo reedificaron siempre.—B. Constant, *Del politeísmo romano.*

Las mugeres sonan de su pereza, por la vanidad ó por el amor; la pereza por el contrario, en las mugeres activas es el presagio del amor.—B.

La muger que tiene un galán cree que no es coqueta: la que tiene muchos cree que solamente es coqueta.—L. B.

Los ingleses para denotar que algo es de todo punto falso, dicen: esto es *jesuiticamente falso*.—Montesquieu.

La justicia es el pan de los pueblos.—L. M.

PARTE HISTORICA.

DOCUMENTOS SOBRE EL DESAFIO

Del emperador Carlos V. con Francisco I, rey de Francia.

(CONCLUSION.)

CARTA DEL MARQUÉS DE DENIA.

19 de junio de 1528.

No dice á quien va dirigida, pero creamos que á D. Francisco de los Cobos Secretario del Emperador.

Lo que á mí me parece en el cartel que el Rey de Francia envió á S. M. con Guiana su rey de armas á Monzon en 7 de junio de 528, es que no habiendo cumplido lo que juró y prometió al Emperador nuestro Señor, no ha lugar de poder desafiar á S. M. siendo claramente su prisionero como lo es. Ya que el Rey de Francia quiere en esto poner la poca honra que le queda, hablando con el acatamiento que se debe á un Príncipe como él, y que el Emperador nuestro Señor como Príncipe tan animoso y como quien piensa que por esta vía se ha de conseguir la paz que tantos años ha que procura, quisiera responder al Rey de Francia como á persona que tiene libertad para desafiarle, la cual él no tiene, pareceme que el Emperador nuestro Señor debe señalar las armas, pues conforme á la costumbre que en esto se tiene, se ha de hacer así, y que el Rey de Francia señale el campo y le asegure. Esto es lo que á mí me parece en omniendo de los que me sabrán. Fecha en Tordesillas á 19 de junio de 528 años.—El Marqués de Denia.

CARTA DEL MARQUÉS DE DENIA AL EMPERADOR.

19 de junio de 1528.

S. C. C. M.—Recibí la carta de V. M. de 14 del presente, y vi la escritura de lo que antes V. M. había pasado con el Rey de Francia y con sus embajadores, y así mismo el cartel de desafío que agora ha enviado con Guiana su rey de armas; y las diligencias y autos que V. M. le dejó hacer, fue muy bien conforme á las otras cosas que V. M. hace y ordena. Los pies de V. M. beso por mandarme hacer saber esto; y Dios es testigo que si yo tuviese veinte vidas la prometa de mejor voluntad en servicio de V. M., que aconsejalle ni suplicalle lo que en este caso debe hacer; pero como yo sea tan obligado como

nuestro vasallo y leal servidor á lo que conviene á nuestro servicio, así por esto como por cumplir el mandamiento de V. M. yo envío aquí mi parecer. V. M. reciba mi intención, á la cual suplico que en las palabras y demostraciones V. M. satisface tan cumplidamente al Rey de Francia, cuanto yo espero en nuestro Señor que si esto llega al cabo, le satisfará en la obra y según la verdad é justicia que V. M. tiene en esto, y la paz que él ha tenido en no cumplir lo que al prometió, dejado á parte las otras calidades que en vuestra Cesárea Persona concurren y las que en la suya en contrario de esto hay, las cuales nuestro Señor no menos suele favorecer é ayudar en semejantes casos, que la justicia y verdad. Y porque es este negocio tan grande que no puede ser mayor, puesto caso que al parecer de V. M. y los que están cerca de su Cesárea Persona basta para esto, quisiera yo que V. M. mandara llamar muchas personas que hay en sus reinos y que en su Real presencia se placieren, porque las cosas que se han de llevar al cabo, es muy gran razón que vayan muy bien sustentadas y justificadas con Dios y con el mundo; y pues en esto no puede haber mucha dilación, yo suplico á V. M. humildemente así lo haga. Ruego á nuestro Señor guarde vuestra Cesárea Católica Majestad bienaventuradamente con acrecentamiento de su Real corona, como yo deseo. De Tordesillas á 19 de junio de 528 años.—Siervo y vasallo de V. M. que sus Reales manos beso.—El Marqués.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Emperador y Rey nuestro Señor.

SEGUNDA CARTA DEL MARQUÉS DE DENIA AL EMPERADOR.

11 de octubre de 1528.

S. C. C. M.—Recibí la carta de V. M. de primero de setiembre y vi el traslado del cartel que V. M. envió al Rey de Francia con Borgoña su rey de armas en respuesta del que Guiayna su rey de armas á V. M. trujo, y háme parecido

muy bien lo que V. M. respondió; y agora he recibido la carta de V. M. de nueve del presente, y he visto las diligencias que Borgoña rey de armas de V. M. hizo en Francia, y como no le dejaron hacer su oficio, por donde parece que el Rey de Francia debe tener fin á que se le de la patente del campo, pretendiendo que esto hecho, á él quedará el señalar de las armas, y en esto podría usar de alguna cabala de las suyas. E como quiera que á mí ver V. M. ha cumplido tan largamente, que todos los súbditos y vasallas debemos dar gracias á nuestro Señor de habernos dado Príncipe que tan bien haya cumplido con su honra y con la de sus reinos, cuanto en este caso conviene; y cuando de las de los cumplimientos hechos V. M. quisiera hacer otro para mas satisfacer á su ánimo, pareceme que V. M. debía de enviar á pedir salvo conducto al Rey de Francia, y enviar un caballero con el mismo rey de armas y con el mismo cartel que V. M. envió sin mudar ninguna palabra, y enviar á decir con este al Rey de Francia que V. M. le envió con Borgoña su rey de armas la respuesta del cartel que con Guiayna su rey de armas le envió, el cual volvió sin respuesta suya y sin haberle dejado hacer las diligencias que en tal caso se requieren; y como quiera que V. M. ha cumplido, que para mas cumplimiento envía á fulano con su rey de armas y con la patente del campo, y para que en lo de las armas se determine conforme á lo que V. M. responde en su cartel. Y si el Rey de Francia esto aceptare, espero en nuestro Señor que mostrará la verdad y justicia que V. M. tiene como lo hace en semejantes casos, y si no lo hiciera parecerá claramente que queda por él, y así V. M. aunque con el pasado ha cumplido, quedará mas satisfecho de haber hecho este cumplimiento. Beso los pies y las manos á V. M. por hacerme saber la victoria que su ejército hobo en Nápoles de que doy gracias á nuestro Señor, y así espero en el que pues la intención de V. M. es ordenada á su servicio, examinará lo que más á V. M. toca como sus servidores y vasallos lo deseamos. Ruego á nuestro Señor guarde muy bienaventuradamente la Cesárea Persona de V. M. con acrecentamiento de su Real corona. De Tordesillas á 11 de octubre.—Siervo y vasallo de V. M. que sus Reales manos beso.—El Marqués.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Emperador y Rey de España nuestro Señor.

En el membrete.—A. S. M.—El Marqués de Denia 31 de octubre.

CARTA DEL DUQUE DE ALBUQUERQUE AL EMPERADOR.

30 de junio de 1528.

En lo que V. M. respondió de palabra al rey de armas se presume toda sustancia que puede

llevar la respuesta en escrito, y por esto son excusados todos los otros pareceres; mas pues V. M. manda que yo diga el mío, aunque sea mas excusado que todos, lo haré y es que V. M. procure que en palabras no gane honra el Rey de Francia, pues en ellas y en obras la ha ganado hasta ahora con el V. M., y que esto sea con toda la moderación y templanza que el caso sufre, porque lo contrario siempre fue reprobatado entre grandes personas en semejantes autos. Y porque no hay manera para que este pueda llegar á efecto aunque V. M. lo desee tanto como todos venos, no hablo en la renaja que el Rey de Francia toma desde ahora en el señalar de las armas ni en otros inconvenientes que no se podrían dejar de decir y de sentir cuando esto llevarse camio de conclusion, porque son para vuestros reinos muy mayores y de mas notable daño, que cuando derramamiento de sangre y de fuego en ellos puede haber; y cuando para el sosiego de ellos esto se hubiese de determinar por desafío, había de ser entre personas particulares de Castilla y Francia, y no poner la de V. M. en ello quedándonos todos fuera, porque es cosa muy nueva y desusada poner el Rey y su persona en peligro de batalla por sus súbditos cuando ellos fuera de ella; pero ya el negocio no puede venir á estos términos sin responder V. M. á lo del campo que el Rey de Francia pide, del cual él no se ha de contentar ni tendrá ninguno por seguro para él en todo el mundo, porque V. M. no creo que se fiará ya de lo que él puede asegurar de lo de su firma, y la misma causa que él ha dado á V. M. para esto, bastará para que temiendo él de sí mismo, no se fie de cosa que V. M. pueda asegurar, y vista esta imposibilidad á que por su parte no se ha de hallar remedio, ni recibir el que V. M. hallase, parece que de allí podrá resultar como fué dicho en los súbditos; y pues yo lo soy, y no con menor voluntad para servir á V. M. que otro, si en este caso se ofreciere en que, lo que pueda hacer suplico á V. M. se acuerde de mandármelo. Y por no confiar tanto en mi diligencia como en la de este correo para allegar al tiempo que V. M. manda, dejo yo de ser el mensajero, y guardo nuestro Señor la Santa, Cesárea, Católica y Real Persona de V. M. con acrecentamiento de sus reinos y señorías. De Cuellar hoy viernes 29 de junio.—S. C. C. M.—De su servidor de V. M. que sus R. M. B.—El Duque de Albuquerque.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Emperador Rey nuestro Señor.

En el membrete: Del Duque de Albuquerque 30 de Junio.

CARTA DEL CONDE DEUX DE NAVARRA AL EMPERADOR.

30 de junio de 1528.

S. C. C. M.—Una carta de V. M. he recibido;

hecha á 15 de este mes. Las imperiales manos y pies de V. M. beso por la merced tan señalada que me ha hecho en mandarme dar parte de los negocios que entre V. M. y el Rey de Francia se tratan, y por la carta dice V. M. que de mas del desafio general que en Burgos le hicieron los reyes de armas de Francia á Inglaterra por ciertas palabras que entonces V. M. dijo al embajador del Rey de Francia y á su rey de armas, agora de nuevo ha tornado á enviar un firante con el cual desafia á V. M. persona por persona. Yo creo bien que V. M. con el seso y tiento que ha tenido y tiene en todas las otras cosas, mandará responder lo que en tal caso conviniere; porque yo pienso que el quiere adobar con esto los yerros y faltas de honra en que ha caído. Si en algo yo puedo servir á V. M., suplico á V. M. se mande acordar de mí, pues mi persona con los años que me quedan de vida, estoy presto y aparejado para lo emplear todo en servicio de V. M. con la fe y voluntad en que siempre he vivido y viviré. La Imperial Persona de V. M. guarde nuestro Señor y su Real estado acreciente con mas reinos y señorios. De Letin á 20 de junio.—De V. M. obediente servidor y vasallo que las Reales manos y pies de V. M. beso.—El Condestable.

En el sobre A la S. C. C. M. del Emperador y Rey nuestro Señor.

En el membrete. A S. M.—Del Condestable de Navarra.

CARTA DEL OBISPO DE AVILA AL EMPERADOR.
20 de junio de 1528.

S. C. C. M.—La carta de V. M. recibí acerca del desafio del Rey de Francia y por tan grande merced beso los Reales pies y manos de V. M., y el caso es tan grande que tan pocas veces suele acontecer entre tan grandes principes, que no sabría que decir sino que como el Apostol dice, los juicios de Dios son incomprensibles y sus vias investigables, y que él solo sabe el secreto porque lo ha permitido y el fruto que de ello entiende sacar. Es verdad que estoy muy alegre de dos cosas, la una por el santo zelo y fin que V. M. tuvo y la intencion con que dijo las palabras de donde el Rey de Francia tomó ocasion para dicho desafio, porque fué por la honra de Dios y por pensar que por esta via, pues por otras muchas no habia podido ser, le alcanzara la paz universal de la cristiandad y el remedio de los grandes y universales males de su pueblo. Porque sobre tal fundamento no se puede esperar sino próspero suceso y glorioso triunfo del competidor. La segunda es porque tengo á V. M. por tan excelente y valeroso principe y tan sabio que no ignora con delicada sea la honra de los caballeros, mayormente de los principes de quien tanto pende, y que habido primero maduro y deliberado consejo, la res-

puesta será tal que convenga al honor de Dios y de V. M. y de sus reinos, y que en este caso no perderá punto de todo aquello que deba y sea obligado á hacer, ni menos excederá de manera que provoque la saña del Señor, cuya causa, principalmente V. M. defiende, sino que se acordará de lo que está escrito por el profeta: *honor Regis judicium diligit: et justus est. Dominus et rectum judicium ejus*, y tambien tengo creído que este caso no ha de confiar en su propia virtud y brazo sino en el divino, con lo cual y con saber la sobrada y notoria justicia de V. M. como he dicho, yo no dudo la victoria; y porque sabe V. M. que los sacerdotes no podemos ni tenemos entera libertad de hablar particularmente en semejantes cosas, como nuevas armas sean mas espirituales que temporales, y nuestro oficio sea encomendarlas á Dios; sea cierto V. M. que tal cual yo soy, en mis oraciones y sacrificios tengo y terá muy especial cuidado de este caso, y suplico á V. M. que si para algo de lo necesario á lo sobredicho se ha de servir de algunas personas de mi profesion, que no reciba tanto agravio que permita que yo no sea puesto en el número de ellas. Asimismo doy muchas gracias á Dios por la grande merced que á V. M. y á todos sus reinos ha hecho con la nueva Infanta: plega á él sea para su servicio y para el bien y consolacion de ellos, y que del fruto que hasta aquí se ha dado y de aquí adelante se dará, vea muy cumplido gozo y le de muchos reinos y señorios para que los pueda dejar con tan larga y bienaventurada vida como todos sus súbditos y naturales deseamos y habernos menester. De Avila 20 de junio de 1528.

—El humildísimo siervo y indigno orador de V. M.—Episcopus Abulensis.

CARTA DE LA CIUDAD DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA AL EMPERADOR.
22 de junio de 1528.

S. C. C. M.—Lunes en 8 del presente esta su ciudad de Santo Domingo de la Calzada recibió la carta de V. M. sobre la novedad ofrecida de parte del Rey de Francia, á general é particularmente todos con el debido amor é veneracion que debemos, besamos los pies é manos de V. M. por la crecida é gran merced que en hacernoslo saber nos hizo, é suplicamos al Señor de los cielos nos deje ver á V. M. en la tierra: E pues estos é semejantes trances ofrece Dios por las culpas de los pueblos é súbditos, no queda sin sentimiento de mucho cuidado esta su ciudad de tan grande ingratitud contra tan grande clemencia, y piedad é misericordia causada, á de ver puesto en ello á V. M. por tan bien comun á que V. M. ha tenido é tiene respeto. E no nos entremetiendo á decir en esto el parecer que nuestro amor entrañable nos dá á sentir, porque no nos sea imputado á atrevimiento indehido, de cualquier

manera que Dios toviere por bien ordenar el negocio, ofrecemos á V. M. nuestras personas é haberos con la acostumbrada fidelidad á V. M. debida: cuyos hechos Dios Todopoderoso ordena de tal manera que á solo V. M. veamos Señor del mundo todo: cuya Imperial y Real Persona por luengos tiempos la Santa Trinidad prospere con acrecentamiento de mayores reinos é señorios, é venimiento de sus contrarios y enemigos, é bienaventurado deje vivir, imperar y reinar. De esta su ciudad de Santo Domingo de la Calzada á 22 dias del mes de junio de 1528 años.—Por el Concejo, Justicia y Regidores de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada.—Juan de la Canal.

En el sobre. A la S. C. C. M.

CARTA DEL CONDE DE MIRANDA AL EMPERADOR.
23 de junio de 1528.

S. C. C. M.—Recibí la carta que V. M. me mandó escribir y así mismo todos los otros memoriales y traslados que con ella vinieron. Yo B. L. R. M. de V. M. por la merced que me ha e en mandarme comunicar negocio tan grande y en pedirme parecer para lo que en adelante será servido de hacer, especialmente teniendo V. M. cores de sí personas tan señaladas y experimentadas que no es de creer que se le pueda esconder ninguna de las que para esto fueren necesarias. Bien puede creer V. M. que si yo confieso tanto de mí parecer como de lo mucho que deseo acordar á aconsejar á V. M. en caso tan nuevo y tan grande como este, que no quedara cosa por decir de cuanto conviene al verdadero servicio de V. M.; pero de cualquier manera que sea por obedecer lo que V. M. me manda, dire en algunas lo que me pareciere con aquella fidelidad y voluntad que V. M. sabe que yo le siempre tengo y tengo á su servicio. Y lo primero es que yo beso las R. M. de V. M. por lo que dice que le movió á desear que estas querellas que V. M. tiene con el Rey de Francia, se acabasen por batalla singular de sus personas, porque se muestra cuan gran amor tiene V. M. á sus súbditos, pues por ellos quiere V. M. tomar este trabajo; y esto es muy gran razon que todos lo conozcamos, y que por ellos desemos hacer muy grandes y señalados servicios á V. M. como requiere y se debe á tan nueva y excesiva merced, y esta nos obliga á que todos los servidores de V. M. deseemos ponernos antes y despues en el mismo peligro, y recibire muy señalada merced de V. M. en que en todo lo que yo pliniere servir en este caso se le acuerde de mandármelo.

En lo... á la respuesta del cartel digo que á mi juicio se debe tener por notorio que las palabras que V. M. mandó decir y despues escribir, son tales que como muy verdaderas V. M. las puede y debe mantener, pues las dijo constando

como consta claramente por los capítulos de la paz y por sus cartas haber faltado el Rey de Francia en todo lo que prometió, y no solamente en aquello que le pudiera excusar en algo la dificultad, por aun en todo lo que ha estado y está enervamente en su mano de cumplir, que era volver á la prision como juró y prometió; que de aquella su excusa que dice que todo hombre guardado no puede haber obligacion de fe, como de cosa notoriamente falsa por el derecho de las gentes, y por toda costumbre guardada, no hay necesidad que yo la diga. A lo qual dice que V. M. no le responda sino que le asegure el campo, me parece que V. M. ni puede ni debe dejalle de responder, así para justificar y declarar su querella como para castigar de aquello que V. M. por su consejo hallare que le pare de cargar; que aunque á todos es notorio que son muchas y muy grandes causas, siempre parecerá cosa digna (1) de V. M. que se pongan las importantes y necesarias y claras con la honestad de palabras que se requiere por decillas V. M., y que las otras se callen. Parece tambien que seria razon que pues V. M. por su magnanimidad y grandes respetos le quiso de inhabilitar hacer juicio, que en la respuesta del cartel se debe hacer de esto, expresa mencion, para que se conozca en esto la grandeza del Real corazón de V. M., y que crean que no se pudo esto hacer sino con tan gran causa, y tan justa como es la que V. M. tiene para decirle lo que le dijo, y esto se debe hacer con gran consejo porque no pueda parecer soberbia ó inadvertencia habelle hecho tanta gracia que fué habilitarlo. Y porque parece á muchos que el Rey de Francia escoge las armas contra razon, pues el no ha oido decir á V. M. sino que le mantendrá, que es lo mismo que defenderá, por lo cual no se concluye necesariamente desafio; parece que en la respuesta V. M. habiase como quien acepta esta batalla con las causas y justificaciones que V. M. tiene de que ha resultado la guerra universal en la cristiandad; pareciera siendo V. M. servido que de esto se tuviese mucho cuidado, pues va en ello tanto como V. M. ve, porque si á V. M. compete la eleccion de las armas, no es razon que el Rey de Francia usurpe esto porque se desvergüenza á pedirlas; que aunque V. M. con su grande ánimo no mire en esto por lo que toca á su persona Real, mucho debe y es obligado á mirarlo por lo que toca á sus reinos y á toda la cristiandad. Recogiendo V. M. las armas parece que el asegurar el campo incumbe al Rey de Francia por la costumbre que hoy se guarda; mas si V. M. le hobiese de asegurar, hecho discurso de todos los Reyes, parece que nadie le puede mas convenientemente al presente asegurar que el Rey de Portugal: si

(1) Digna por digna.

respuesta de su demanda, especialmente señalando V. M. lo mismo que pide y tan enteramente; lo cual V. M. pudiera excusar con muchas y grandes causas. Por cierto, Señor, nunca vi ni oí que en honra ajena el enemigo tuviese poder para que conforme a esto cada uno dejase de responder conforme á la estimación que su dueño la tuviese; porque si el enemigo tuviese poder para limitar la respuesta de su demanda; todos los que desafían quedarían muy honrados; porque la respuesta sería á su contentamiento. Parteceme, Señor, que el mejor parecer que á V. M. se puede dar entre vuestros vasallos y súbditos que somos, es el que el mismo Rey de Francia le da por su ejemplo callando y no oyendo vuestra respuesta, y no querer más que en esta cosa se platicue, y que V. M. se contente con lo hecho; que esto quiere decir en buen entendimiento, que así Dios me salve, que como otras veces la he escrito; tantas venturas le trae V. M. en la honra de esto que ha pasado, cuanto siempre le hace y ha hecho el campo de V. M. al suyo en Italia; y creo que publicado esto en vuestros reinos, todos estarán de este parecer que en esta cosa no se hable más; que pues el Rey de Francia calla, V. M. debe hacer lo menor; que bien creo que se le debe haber quitado la pasión con que á V. M. escribió, pues tan injusta causa le hizo no querer oír al rey de armas. Pléga á nuestro Señor que de todas las cosas que á V. M. tocan en honra y acrecentamiento de nuestro Real estado, salga como en esto ha salido; que Dios que tanto cuidado tiene de favorecer las cosas de V. M., la subirá todo en la cumbre, si mas puede subir, como vemos por experiencia muy clara que lo hace; y lo que yo desto huelgo y tengo contentamiento, él es testigo dello. Nuestro Señor S. S. C. C. M. guarde y su Real estado prospere. De Guadalupe 10 de octubre de 528 años.—Poderoso Señor.—Las M. de V. M. B.—El Duque.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Emperador y Rey nuestro Señor.
En el membrete.—Del Duque del Infantado á 10 de octubre.

CARTA DEL DUQUE DE MEDINACELI AL EMPERADOR.
11 de octubre de 1628 (1).

S. C. C. M.—Aunque teniendo tanta experiencia en todas las cosas, cuando mas en esto negocio que tanto importa, habia poca necesidad de mi parecer; por cumplir el mandamiento de V. M. no dejé de decirlo, y es que pues el Rey de Francia envió á desafiar á V. M. con su rey de armas, y V. M. aceptó el desafío y envió

(1) Ya en 19 de junio de este mismo año habia escrito el Duque de Medinaceli una carta breve y respetuosa á S. M., en que se le ofrecia con su persona y casa, como antes á otra del Emperador.

la respuesta del cartel con Borgoña rey de armas y la patente para el campo, certificando por él que irian caballeros de cada parte con pedregales bastantes á entender en el asiento y seguridad de él, y elección de las armas, que pues no quiso oír ni dejar hacer su oficio como se acostumbra, que V. M. ha cumplido con lo que es obligado á su honra, porque si de aquí adelante el Rey de Francia quisiese hablar mas en ello, á aquello podria V. M. responder como á cosa nueva; aunque pareciendo á V. M., figurásemse á mí que no seria inconveniente de mas de todas las diligencias que V. M. ha hecho, que han sido tan bien guiadas que no se podrian mejor ordenar, se hiciese alguna diligencia pública, así para lo que conviene el caso como para que todo el mundo conociese claramente cuan bien se habia cumplido por parte de V. M., como por que si el Rey de Francia quisiese hacer alguna diligencia para dar á entender lo que á él le pluguiese, supiesen como sabemos que por V. M. no ha quedado ninguna cosa por hacer para efecto de ver el fin de la batalla. Y si alguna cosa de estas pareciere á V. M. no se dice tan al propósito como se requiere, á V. M. suplico reciba mi voluntad y la regle con su discreción y prudencia tomando de mí la intención con que lo digo, pues es desahogado el servicio de V. M., cuya Real Persona nuestro Señor guarde y ensalce por largos años.—Las R. M. de V. M. besa.—El Duque.

En el sobre. A la S. C. C. M. del Emperador y Rey de los reinos de España.

En el membrete. A S. M.—Del Duque de Medinaceli á los 17 de octubre.

EPITAFIO

PARA EL SEPULCRO DE UNA MUJER.

¡Pobre flor! furioso el viento
Soplándola en un humilde cunco,
Arrebató una por una
Tus hojillas, ¡pobre flor!
Apenas sobre la tierra
Fresca, para sonreírte,
Por siempre desapareciste,
Sí, por siempre, ¡pobre flor!—J. N. N.

Los hombres no pueden asegurar el porvenir; solo las instituciones fijan el destino de los pueblos.—Napoleon.

El honor y el deber, inspiran el verdadero valor; y la ambición produce la temeridad.—Norzans.

Los hombres se avergüenzan merced de sus crímenes, que de sus debilidades.—L. B.



LOS CEMENTERIOS.

En todas épocas y en todas las naciones, los cementerios ó panteones han sido el objeto de la atención de los vivos. Los egipcios tenían especial cuidado en conservar sus muertos y prepararles convenientemente su última habitación, según el rango y la fortuna de que gozaron en vida: entre los turcos, los cementerios son acaso los sitios que se adornan y embellecen con mas esmero, procurando, por decirlo así, hacer olvidar con la pompa y lozanía de las flores, las ideas tristes que inspira la vista de la postrimer morada de la deleznable raza humana. En las grandes naciones europeas, los panteones son objetos que visita con admiración y curiosidad el viajero. Windsor y Westminster en Londres, y Le Pere, la Chaise y Montfaucon en Paris, dicen los viajeros que merecen una atenta contemplación, por la belleza de algunos monumentos y la magnificencia que ostentan en su totalidad.

Parece que los antiguos mexicanos, y otras naciones que poblaban la América antes de la conquista, tenían, como los egipcios, el secreto de embalsamar los cadáveres (1), y gustaban de sepulturarlos en catacumbas subterráneas ó pirámides; mas durante la dominación española, este secreto, así como otros que habrían servido de mucho al mundo, quedó ignorado para siempre, y los indios tomaron el partido de sepulturar á sus grandes personajes en las grutas y cavernas de las montañas (2).

Después se construyeron templos cristianos, en las bóvedas de ellos, ó al pie de los altares, se enterraban todos los cadáveres, lo cual tenía el grave inconveniente de que la putrefacción se hiciera sensible al olfato en las iglesias, hasta un

grado increíble. Quizá por esta causa, así como por las pestes que en algunas épocas han desolado á México, se mandaron construir panteones en los suburbios de la ciudad. Creo que el de S. Lázaro y el de Santa María la Redonda fueron los primeros; mas la premura del tiempo me ha impedido indagarlo, y si en esto cometió alguna equivocación, la reformaré con gusto. Posteriormente se edificaron los de S. Pablo, S. Yermudo y la Santa Veracruz, y en tiempo del colera, en que la mortandad diaria era considerable, se abandonó el cementerio de S. Lázaro, y se sustituyó con el de Santiago Tlalotelco, punto mejor ventado que el primero.

En fin, abolidaafortunadamente la práctica de enterrar en las iglesias, se hallan en la actualidad en México los panteones ó cementerios siguientes: Nuestra Sra. de Guadalupe, S. Pablo, S. Fernando, la Santa Veracruz, Nuestra Sra. de los Angeles, el Sepulcro de padres dominicos, y Santa Paula.

De este último debe hacerse particular mención, pues los anteriores son simplemente unos recintos rodeados de nichos embudados en la pared, donde se sepultan los cadáveres.

Una tarde, á la hora del crepúsculo, me dirigí á Santa Paula (3), acompañado de mi amigo poeta, lleno de esa tristeza y melancolía habitual en un joven pensador. Era una hora misteriosa en que las luces del día se van estinguendo gradualmente, en que las brisas comienzan á esparcir su frescura y aromas, y en que se escuchan las últimas armonías del himno respatino que eleva la naturaleza á Dios. Así, para visitar un cementerio, para orar sobre la tumba de un amigo, ó esparcir flores y llanto sobre el sepulcro de una madre ó de una querida, es menester escoger una hora de meditación y de melancolía, en que crea-

(1) Hace algun tiempo me se encontró, según recordé en Santiago Tlalotelco, una momia perfectamente conservada, y la cual se halla hoy en el museo nacional.

(2) Recordó haber leído que en la gruta de Cacahuamillo, se encontró una momia perfectamente conservada.

(3) Santa Paula está situado en el mismo lugar donde antes estaba el campamento de la parroquia de Sta. María la Redonda.

mas ver á las sombras amigas, que como brillantes apariciones iluminaron un instante nuestra vida, y se extinguieron en el polvo misterioso de las tumbas.

La entrada es por un puente angosto de madera, echado al través de una accecua cenagosa; pero desde allí se descubre una calzada enlosada, con unas hermosas balustradas de piedra á los costados; y allá en el fondo de la calzada, se divisa la capilla mortuoria donde la religión reza sus últimas y tristes plegarias por las almas de los difuntos. Penetrando á esta calzada se miran de uno y otro lado naranjos, rosales, mirasoles, jazmines y violetas, que embalsaman este recinto de la muerte.

Imposible es describir la dolorosa sensación que se apodera del alma, cuando se contemplan aquellas flores galanas y vistosas, que alzan al cielo sus corolas, que dan al viento sus aromas, y aquellos colibris y gúlgueros que se mecen en los sauces lorones, y vuelan y pisan en las coronas de las tumbas que encierran la miseria, la corrupción, el polvo... la nada.

Es raro que se pase algún día sin que un pobre mortal deje de ir en su estrecho ataud á dormir el sueño eterno entre las flores y los naranjos de Santa Paula. Cuando entre, un gran número de carruages espléndidos estaban parados en la puerta; y en la capilla, vestida de luto, ligubre é imponente con la fulgurante luz de unción de cera, entonaban los sacerdotes la plegaria de difuntos; las campanas de las torrecillas, pintadas de negro y con sus cruces doradas, hacían resonar de tiempo en tiempo su pesado y triste sonido. El débil es el llanto de las campanas.

Al derredor del jardín que rodea á la capilla, hay una espaciosa galería, en cuyo fondo están los nichos de los muertos. Cada nicho está cubierto con una lápida de mármol ó de metal, y en las lápidas hay grabados con letras de oro, de plata ó de esmalte, epitafios y poesías, entre las cuales se notan algunas dignas de atención. Pero cuán distantes están estas poesías de expresar los dolores del corazón y los sentimientos del alma! ¡Habría poesía que pueda expresar lo que siente un hijo cuando pierde á su madre, un esposo á su esposa, un amante á su querida, una madre á su pequeño ángel...!

Una generación entera duerme silenciosa y quieta en el panteón de Santa Paula. Todos los sexos, todas las edades y todas las condiciones, se hallan allí reunidas, agrupadas, hechas polvo... Jóvenes de veinte años, muchachas de quince, niños... ¡Oh Dios mío! ¡Cuántas existencias marchitas! ¡Cuántas esperanzas malogradas! ¡Cuántas vírgenes, castas y puras, que tenían una existencia pomposa, brillante como las flores del jardín, tropezaron con sus pequeños

piés en el sepulcro, y se hundió allí entera toda su vida de placeres y de ilusiones!

Al ver los mirasoles que nacen junto á estas tumbas, con sus hojas de oro, frescas y esmaladas, inclinarse hacia el sol, se me vino á la mente una idea. Así como estos mirasoles, inclinámos los hombres nuestra alma al sol de la felicidad: así como estos mirasoles, vemos tristes, afligidos, desaparecer el último rayo de la luz, y esperamos que el día siguiente será mejor... ¡Ah! y nunca llega ese día: siempre deslumbrados con una claridad fantástica, corremos en pos de la dicha, y cuando creemos alcanzarla, nuestro pie se desliza en la eternidad.

También éstos mirasoles morirán. Vendrá un viento helado, y desaparecerá el oro y el esmalte que mece sus hojas. Vendrá el aguilo, y espantará por el suelo sus hojas secas y marchitas. Nada quedará de la flor, como nada queda del hombre.

Vagando así por entre aquella numerosa familia de cadáveres, vine á dar frente de un túmulo cuya construcción se está concluyendo. Nada he visto más bonito que este gótico catafalco, con sus ventanas ojivas, sus graciosos florones, y sus agujetas delgadas y primorosas. Concluido este monumento será digno de verse, tanto más, cuanto que este género de arquitectura tan bello, solo es conocido en México por las estampas. Siempre he pensado como Diógenes, que después de muerto tanto vale reposar en una ignorada sepultura, como entre el mármol; pero la vista de este túmulo me agradó tanto, que estoy por decir vue grandes deseos de morir, á condición de ser enterrado en un lugar semejante.

En la áfrica del panteón hay esparcidos otra porción de túmulos; pero su construcción es demasiado común, y no ofrece cosa particular, excepto una columna, que blanca y esbelta, descuelga entre la verdura del cementerio; y la cual se construyó hace pocos días para depositar (como se hizo) la pierna que el general Santa-Anna perdió en las playas de Veracruz.

Ya las sombras bajaban rápidamente á la tierra; uno que otro hombre empujando vagaba por la galería leyendo los epitafios; y los sepultureros, que esa tarde enterraron un difunto, se retiraban envueltos en sus frazadas, silbando una canción popular. Lleno de tristeza, y casi evadiendo la paz y el reposo de aquella multitud de muertos que dormían quietos en sus nichos, me retiré pensando, que es muy raro tener una esperanza, y conservar una religiosa creencia en el corazón, de que saliendo de este mundo de duelo y de lágrimas, hay detrás de la tumba una vida eterna.

Octubre de 1843.—MANUEL PAYSON.

La historia de los reyes, es el martirologio de las naciones.—Gregoire.

CRONICAS INGLESAS.

LA FAMILIA DE ENRIQUE I, REY DE INGLATERRA.

LOS REHENES (AÑO DE 1190).

Entre los turbulentos súbditos del rey de Inglaterra, ninguno había más temible que Eustaquio, conde de Breteuil. Con el objeto de asegurarse la fidelidad de este activo vasallo, Enrique I le había dado por esposa á su hija natural Juliana, á quien amaba tiernamente; y muy pronto la joven condesa se vió madre de dos hijos de una belleza y dulzura tan angelicas, que hubiera sido difícil reconocer en ellas la sangre de su fogoso abuelo.

Repetidas veces había suplicado Eustaquio á su suegro que le concediese la torre de Irvy, fortaleza inexpugnable y que causaba grandes inquietudes al conde de Breteuil, por ser la llave de sus estados. Enrique se había negado constantemente á deshacerse de este punto importante; pero con el objeto de probar á su yerno, que al rehacerse no lo hacia con intención hostil, había obligado á Raoul de Harenc, gobernador de la torre, á que entregase su hijo único en rehenes á Eustaquio de Breteuil; por otra parte, queriendo quietar la ternura paternal de Raoul, conservó en su poder las dos hijas del conde, obligándose á no entregarlas ni al padre ni á la madre, si no era en cambio del joven Arturo de Harenc.

Una hermosa mañana de invierno, Raoul conversaba en los baluartes de su fortaleza con su fiel compañero, cuando repentinamente vio acercarse por la llanura una tropa numerosa de caballeros y soldados, que se dirigían hacia la torre al mando de Eustaquio de Breteuil. El fiel gobernador estaba tan lejos de temer una traición, que no pensó ni en poner su guarnición sobre las armas.

Bajad el puente levadizo, Raoul de Harenc, gritó Eustaquio tan luego como hubo llegado á la orilla del foso, y entregad esta torre al yerno de vuestro soberano.

—¡Tened órdenes firmadas del rey que comunicareis preguntó Raoul.

—No tengo más órdenes que transmitirlos que mi nombre, y este basta; jamás se le ha desobedecido.

—Entonces, bien podéis retiraros, replicó

TOM. II.—XIV

Raoul; á menos de que queráis aprender á vuestra costa, que los muros de Ivry son tan inexpugnables, como la lealtad de su gobernador.

Una gruesa piedra, lanzada por una honda, vino á caer á los piés de Raoul, después de pasar muy cerca de la cabeza de su muger.

—¡Traición! gritó de Harenc. María, retirate, ¡A las armas! ¡A las armas!

—Monsieur, respondió la joven helada de espanto: nuestro hijo está en poder de ese hombre.

—No se atreverá á tocar un solo cabello de su cabeza; sabé que el rey tiene á sus hijas en rehenes.

El asalto comenzó en el momento. Multitud de fleugas cayeron en los fosos; se fijaron escuas contra las murallas de la torre; pero Raoul y sus guerreros defendieron valientemente su puesto, y la fortuna favoreció la causa de la justicia. Las escuas cargadas de combatientes fueron hechas pedazos y derribadas. El conde de Breteuil, que salió herido en la refriega, comprendió que del asalto no podría obtener un feliz resultado.

—Raoul, gritó, ¡peradís! aun en no entregar las llaves al yerno de vuestro soberano.

—Solamente las entregare al que me pueda libertar de mi juramento.

—Pues bien: mirad ahora de qué manera vamos á asaltar la torre que defendéis.

Al decir estas palabras, elevó en sus brazos un niño que derramaba amargas lágrimas.

—Permanece el gobernador de Ivry, continuó Eustaquio, tan firme como las murallas de su torre!

—Conde Eustaquio, respondió Raoul con demudada voz, no os atreveréis á cometer un crimen tan infame. No os hablaré de Dios, porque es imposible que creais en él, vos que usais de un medio tan vil para haceros saltar á mi deber; pero vuestras hijas, que están aún en poder del rey ni amo, responden de la seguridad de mi hijo.

—Insensato! replicó Eustaquio con una estrepitosa carcajada: ¡pensais que para vengar al hijo de uno de sus oficiales, quiera el rey derramar su propia sangre! Juliana, condesa de Bre-

teuil, acércala en este momento á sus dos hijas en mi castillo. El rey os ha faltado, ¿qué importa que vos lo falteis también?

—¿Es posible? murmuró Raoul, trémulo de espanto.

—Es, repuso Enstaquio, concluyamos; dame las llaves, y quedaremos tan amigos como siempre; á pesar de que me habeis matado algunos de mis mejores soldados.

—Si acaso es cierto que el rey Enrique hace traición á sus vasallos, Dios lo ha de castigar; pero jamás tendré derecho de decir, que Raoul de Harenc le ha dado el ejemplo de semejante felonía. Cuadé de Breteuil: fuera de estos muros podéis hacer lo que os urja; pero ningún crimen que cometáis, será capaz de hacerme abrir las puertas de esta torre.

—Pues entonces, gritó Enstaquio; mirad á vuestro hijo; contemplad con atención sus hermanos ojos llorosos de fuego; está sobre la última vez que os gozará en ellos.

Un chasquido de armas se oyó al derredor del joven de Harenc, y este lanzó un sordo gemido. El semblante cubierto de cicatrices de Raoul, se puso horriblemente pálido, y los defensores del fuerte se sintieron mas conmovidos por este débil grito, que por el ruido de los guerreros del conde. El gobernador se alejó de las balaustradas, para no ver realizarse á su vista la amenaza de Enstaquio.

Pocos minutos después sonó una trompeta al pie de la torre. Raoul volvió á aparecer sobre las murallas, lleno de angustia. Sin embargo, una esperanza vaga se mezclaba á su dolor. Su hijo no ocupaba ya el sitio en que le había dejado al tiempo de retirarse.

—No veo su cadáver, decía para sí; no desesperemos todavía.

—Me habeis roto, dijo Enstaquio, las órdenes del rey relativas á la rendición de la fortaleza. Ahí os los remito dentro de esa caja.

Un cofrecito sellado fué puesto en manos de Raoul. Solamente el vislumbre que contenía; pero varias personas observaron que salían de él algunas gotas de sangre. Apenas lo hubo abierto, cuando lo volvió á cerrar con un movimiento convulsivo.

—Raoul, ¡obedeceréis por fin! gritó Enstaquio con aire de triunfo.

Una lluvia de flechas fué la respuesta del gobernador.

—Mañana volveré, continuó el conde. Pensadlo bien, Raoul. Hoy os he comunicado mis órdenes; espero que no me obligaréis á transmitir otras mas terminantes.

Diciendo esto, Enstaquio y sus tropas se alejaron al galope.

Al anochechar de ese mismo día, Enrique I estaba solo en los aposentos particulares que tenía

en su palacio de Rouen. Había tenido en la mañana que presidir un consejo, y en la tarde que oír un sermón, de suerte que sentía vivamente la necesidad de deponer los graves cuidados de la corona, para no ser ya mas que padre de familia.

Apartó el tapiz que cubría una puerta lateral, y llamó en alta voz:

—Rosamunda! ¡Inea!

Al momento dos graciosas niñas, de luenga y rizada cabellera, entraron al aposento y se colgaron del cuello del rey, pasando sus pequeños y torneados dedos por su barba blanca, riendo, gritando, y llenándolo del placer mas puro con sus inocentes caricias.

—Mucho habeis tardado, papá, dijo Rosamunda, que era la mayor.

—Hijas mías, dijo el rey: he estado esta mañana en el consejo.

—¿Y qué es el consejo? pregunto Inés, en alguna cosa muy bonita?

—No, respondió Enrique, no es bonito; pero es útil.

—El decir, que entonces será como esos pergaminos viejos que nos hacen delectar, replicó la niña.

No describiremos la pequeña escena de familia que se siguió á estas palabras; baste decir que hay veces en que los reyes son hombres lo mismo que todos, y tan sensibles al amor paternal, como el más insignificante plebeyo.

Jugaba Enrique con sus dos nietas, cuando un ruido que se oyó en la ante-cámara vino á turbarlos. La condesa de Breteuil entró en el aposento, y sus hijas se abalanzaron á su cuello.

—Eres tú, mi querida Juliana! dijo el rey; no te esperaba por cierto. ¿Qué aires son los que te traen aquí?

—Señor, tartamudeó la joven: mi marido está gravemente enfermo, y me ha convido con el objeto de suplicaros que le permitáis que vea por última vez á sus hijas.

—¿Está enfermo de gravedad? preguntó el rey. Esta es la primera noticia que de ello tengo. Resíronse todo lo que ha sucedido, hija mía.

—Señor, repuso la condesa de Breteuil, volvia de cazar el javalí....

—¿Cómo está eso? ¡Mi yerno caza el javalí! Pues eso sí que es extraño, porque antes lo que le agradaba caza corderos á los barones sus vecinos.

—Sí, señor, y á su vuelta, asaltado con el ejercicio, comió la imprudencia de beber un gran vaso de agua fría.

—¿Vaya otra cosa extraordinaria! Mi yerno bebe agua... pues á fe mía, que la transformación es completa.

—Sí, señor, y le ha atacado una fiebre voraz.

—Es decir que su vida está en peligro.

—Sí, señor; casi no hay esperanzas de salvarle, y desea ardientemente despedirse de sus hi-

jas. No lo negareis este consuelo, ¿es verdad? padre mío! Sería para vos una fuente de continuos remordimientos, el haber deseído las súplicas de un padre moribundo.

Al decir Juliana estas palabras, su turbación, su empujo y su trémula voz, indicaban sobradamente que no decía la verdad. Lo que en realidad habia era, que sus lágrimas y sus fervientes súplicas no habian sido capaces de hacer desistir al conde de su culpable proyecto, y que el amor maternal la habia impellido á tratar de recobrar á todo trance á sus tiernas hijas del poder de Enrique.

—No puedo concederle lo que me pide, Juliana, dijo el rey, que dudaba de la sinceridad de su hija. Mientras que el hijo de Raoul de Harenc esté en poder de su marido, estas niñas son las que responden de su seguridad. Tráedme al joven Arturo, y Rosamunda é Inés os serán entregadas en el momento.

—Padre mío, es lo suplico; miradme á vuestros pies.... El tiempo es precioso.... Juro que Enstaquio está en el lecho de muerte; juro que los instantes de su vida están contados.... ¡No despediré mi corazón!

El rey se sintió conmovido. Engañado por la desesperación de la joven, no pudo resistir á sus instancias. Juliana, estrechando á sus hijas contra su corazón, se preparaba á partir; cuando un hombre fatigado, sudoroso y pálido como la muerte, entró con violencia en el aposento, y le obstruyó el paso. En un abrir y cerrar de ojos se apoderó de las dos niñas, á pesar de los esfuerzos de la desgraciada condesa. Gran número de caballeros armados entraron en pos del desconocido, y antes de que el rey pudiese pronunciar una sola palabra, ya habian formado al derredor de los rehenes una barrera inespugnable.

—¿Qué es esto? gritó Enrique. ¿Quién es el temerario que así pone la mano sobre las niñas de su rey?

—Señor, respondió Raoul de Harenc, cuyo semblante estaba tan inmudado que era muy difícil conocerle; aquí no hay ningún temerario, lo que hay es un poder muy superior al rey mismo. ¿Y cuál es ese poder? preguntó Enrique irritado.

—La palabra de honor del rey.

—¿Mi palabra de honor!

—Sí, señor; la palabra real que me disteis á mí, Raoul de Harenc, de que mi hijo permanecerá seguro; la palabra que me disteis sobre la cabeza de estos rehenes.

—¿Yos aquí, Raoul de Harenc! ¿Y con qué autoridad habeis abandonado la torre de Irvy que os habia yo encomendado?

—La torre de Irvy no necesita de arqueros ni de máquinas de guerra para defenderse. Estas dos niñas son suficientes....

—¿Y qué quereis hacer con ellas! preguntó Juliana aterrada.

—Justicia, respondió Raoul. Enstaquio, conde de Breteuil, ha arrancado los ojos á mi hijo; es justo que sus hijas sean tratadas del mismo modo.

—Padre mío! exclamó la condesa lanzando un grito de dolor. No permitáis semejante atrocidad.... No, no, no la podéis permitir. Si el rey, su padre, soy hombre. Cualquiera de estos títulos es suficiente para obligaros á impedir un hecho tan horrible, una crueldad tan inaudita.

—Vuestro marido, repuso Raoul, me ha forzado esta mañana á hablarle en esos mismos términos; pero ha sido en vano.

—Raoul, interrumpió el rey, á mí me toca decir este asunto; sea cual fuere mi decision, es sijo que me devuelvas esas niñas.

—Por qué no me decís de una vez que las restituys á vuestra hija! exclamó amargamente Raoul. Sois mi rey y seréis obediendo.... Os debo respeto y sumisión. Certo es que el día que me arrancasteis á mi hijo para entregarlo al conde de Breteuil, os dije con el acento de la desesperación: «Señor, es mi hijo único; es para mí y para mi familia, lo que para vos y para la Inglaterra es el príncipe de Gales; pronto lo imolará el conde Enstaquio, y el cadáver de mi hijo será el primero que caiga en los fosos que circundan la fortaleza de Irvy.» Pero vos no me quisisteis dar oído, y mi hijo pasó á ajeno poder. Certo es tambien que me respondisteis: «Yo, tu rey, cuya palabra es sagrada, retendré en rehén á las dos hijas de Enstaquio, y ellas responderán de la seguridad de tu hijo; será sangre por sangre.» Certo es que el conde de Breteuil, como es lo acabo de decir, ha sitiado la torre de Irvy, y que yo á la cabeza de mis soldados me he puesto á sus tiros ciertos. Certo es, igualmente, que viendo estrecharse sus esfuerzos contra mi firme resistencia, el bárbaro ha arrancado los ojos á mi Arturo, y me los ha enviado en una caja sellada con el pomo de su espada de caballero. Certo es, por fin, que puede hacer padecer nuevos tormentos á ese desventurado é indefenso niño, antes de quitarle la vida; pero nada extraño hay en todo esto. El hijo de un miserable vasallo no puede servir mas que para ser inmolado como su padre. Las hijas del conde son princesas.... Serán restituídas sanas y salvas á su padre, sin que se toque un solo cabello de sus cabezas.... Sin embargo, cuando el traidor me enseñó á mi pobre niño, cubierto de lágrimas, y me dijo que contemplase sus hermosos ojos por la última vez yo que soy padre; yo que no tengo mas que ese hijo en el mundo, resistí á las lágrimas de su madre, y decidí á cumplir con mi deber, me aparté de los balaustrados para no presenciar el suplicio del hijo de mi sangre.

Al oír estas palabras, pronunciadas por un padre desesperado y lleno de indignación, Enrique se quedó estupefacto, y Juliana sin respiración, y como paralizada, no hizo más que echar sobre el rey una mirada deprecatoria.

—Señor, esclamó Estevan Osborne, uno de los caballeros que habían entrado con Raoul; algunos de nosotros hemos dado igualmente rehenes al rey; y si Raoul de Harené no obtiene hoy una venganza tan pronta como terrible, más de un brazo leal, que sin eso hubiera seguido combatiendo por vos, haré pedazos su espada.

—No quiero una rebelión, respondió Enrique con aire vacilante. Si un rey dobla su cuello con tanto dolor, bajo el yugo de su juramento, ¿quién se atreverá á quebrantarlo? Juliano, un solo recurso te resta: implora la clemencia de Raoul para con tus hijas; porque tus hijas le pertenecen.

La joven lanzó un profundo gemido.

—Raoul, dijo el rey, mira la desesperación de esa pobre madre, y la de tu rey: mira la poca edad y la inocencia de esas niñas. No te mostraré tan desapiedadado como Estaquio de Breteuil; serás misericordioso.

—Misericordioso! gritó de Harené. ¿Existe aun por ventura esa palabra?

—Raoul, dijo Juliana abrazando las rodillas del gobernador; tenéis una mujer, una mujer que es madre. . . . Me someto á vuestra decisión, si ella la confirma después de ver á mis hijas; á mis hijas, inocentes de las crueldades que con vuestro hijo se han ejecutado.

—Sí, respondió Flaxenc con amargura; las perdono como ella puede en la actualidad perdonarlas.

—Temo comprenderos, repuso Juliana.

—Ha muerto de dolor, respondió de Harené.

—Raoul esclamó el rey en tono de súplica.

—Señor, dijo el gobernador, la noche se acerca. Mañana volverá el conde Estaquio de Breteuil á atacar vuestra hermosa fortaleza de Ivry. Apenas me resta el tiempo suficiente para llegar. Fortísimo es que parta, y que me lleve mi venganza.

Diciendo esto desapareció con las dos niñas, y Estevan Osborne impidió que Juliana se lanzase en pos del rabador de sus hijas. . . .

Al día siguiente, en el momento en que Estaquio de Breteuil se acercaba á los muros de Ivry, le fué devuelto el cofrecillo ensangrentado con una tarjeta, en que leyó el conde estas palabras:

—Vuestras hijas viven aún: si queréis salvarlas, respetad la vida de mi hijo Arturo.

En la mañana del día siguiente, Estaquio rebelado contra el rey de Inglaterra, militaba bajo las banderas de Luis VII. Enrique I marchó en persona contra su yerno. Incapaz de resistir á

un adversario tan temible, Estaquio abandonó á Breteuil, no pudiendo llevarse consigo á Juliana, á quien su estremada debilidad impidió seguirle en la fuga.

Enrique no encontró resistencia bajo los muros de Breteuil, cuyos habitantes se apresuraron á entregarle las llaves. Después de la diputación, se presentó Juliana con paso vacilante y más pálida que un cadáver. Había envejecido en pocos días, sus ojos centelleaban con un brillo extraño, y por su semblante se veía difundida una expresión del sombrío abatimiento que no se hubiera podido distinguir si era la calma de la conformidad, el estupeor de la desesperación, ó el reconocimiento de una venganza pronta á estallar.

—Juliana, hija mía, dijo Enrique, perdóname; mi juramento me obligaba á hacer lo que hice; más creíame, Juliana, he padecido tanto como tú.

—Pálido como yo! respondió la castellana, cuyo semblante sonrióse; ¡oh, sí, lo creo, Señor! Una palabra vuestra hubiera sido para salvar á mis hijas, y esa palabra no la pronunciaste. Pueda ser que otro padre no hubiera comprometido la existencia de las hijas de su hijo. Pero, ¿qué importa! Eráis rey, y para un rey su familia no es más que una propiedad; dispone de ella según mejor le cumple á su antojo, sin interés ó su ambición.

—Eres injusta, Juliana, esclamó Enrique; Dios es testigo de que he sido cruelmente castigado por el consentimiento que Raoul me arrancó para satisfacer su venganza. Juliana, hija mía, perdóname.

—Yo os perdono, respondió Juliana, en tanto que una lágrima humedecía sus párpados ardientes; pero hasta ahora no habeis cumplido mas que con vuestros deberes de rey. Tiempo es ya de que consielos á vuestra hija atendida despedid á los caballeros que os rodean, á fin de que pueda verter mi llanto en vuestro pecho.

El rey hizo señas á sus oficiales de que se retirasen á cierta distancia.

—Señor, le dijo en voz baja Estevan Osborne, no os alejéis demasiado; temed una traición de parte de los vasallos del conde de Breteuil.

—Estoy con mi hija, respondió Enrique.

—Venid, padre mía, dijo Juliana, venid; desalojé hablar á solas con vos.

Juliana condujo á su padre sobre los parapetos.

—¿Qué tenéis que decirme, querida hija mía? dijo Enrique.

Juliana se levantó repentinamente, y cayó á Enrique por el pergamino.

—Tengo que deciros, esclamó tomando una expresión terrible de rabia y de delirio, que pa-

recia haber arrancado la máscara hasta entonces puesta á sus facciones: lo que tengo que decirós es, que estais cubierto con sangre de mis hijas; porque vos las entregasteis á Raoul, y Raoul para vengar á su hijo, muerte de resultas de la herida, ha degollado á mis hijas. En castigo de este crimen, rey de Inglaterra, vais á morir.

—¡Morir! esclamó Enrique; ¡oh! sin duda no será por mano vuestra. Esto sería muy horrible.

—No, no será por mi mano. La condesa estendió el brazo, y al mismo instante una flecha hirió el aire, y vino á estrellarse contra el pecho del rey. Felizmente tenía debajo del pergamino una cota de malla impenetrable, que rechazó la jara sin dejarla penetrar al cuerpo.

Muy pronto Enrique se vió rodeado de sus caballeros, que le formaron con sus cuerpos una muralla de hierro. Juliana, después de lanzar á su padre una mirada de rabia, se precipitó en el foso profundo que circundaba el castillo de Breteuil, y las aguas congostas se cerraron haciendo burbujas sobre su cabeza.

(Traducción del inglés para el Museo, por Agustín A. Franco.)

LA FLOR SOLITARIA.

¡Sublime soledad! en tu silencio
Triste suspira el pecho congojoso,
Y al Ser supremo en canto religioso
Levanta melancólica oración.
¡Sublime soledad! abre tu seno,
Y al resonar mi mística plegaria,
Acoge de mi lira solitaria
La dolorida ruda vibración.

Hora que muella la cansada luna
Triste derrama su fulgor divino;
Hora que el dulce viento vespertino
Susurra apenas de la noche en pos.
Y que en el cielo azul brotar se miran
Una por una fulguridas estrellas;
Escucha, pues, mis tímidas querellas,
Y alivia mis pesares, santo Dios.

Hijo del hombre, en este mundo vivo
Juguete de la suerte incontrastable;
Ten compasión de mi ser tan miserable,
Y templá tus enojos, por piedad.
Desde mi tierna edad, llorando siempre,
Te he pedido en mis entes un consuelo;
Oye mi voz, Señor, calma mi duelo;
Grande es mi culpa, inmensa tu bondad.

¡Felices seres por do quier contemplo,
Felices seres que tu mano creara;
La mano que felices los formara,
¡Por qué no alivia mi pesar, Señor!

Al despuntar la aurora nacarada
Alzan las aves cantos de alegría;
Yo profano su rústica armonía
Con gritos penetrantes de dolor.

Miro á los peces, del inmenso Océano
Argentando las aguas eternas,
Que yagan con las ondas designales,
Llenos de vida por el hondo mar.
Miro al insecto vil zumbar alegre,
Por el viento que aduerne al ancho mundo;
Y al reptil que se arrastra en fango inmundado,
Con envidia, Señor, de su gozar.

Entre las fieras el león salvaje
En cuyos ojos la arrogancia brilla;
La oruga en la menuda yerbecilla,
Todos llaman la dicha en el amor.
Con corazón sencillo en mi aislamiento,
A una muger aún con amor santo;
Ella enjugo mi lastimero llanto,
Y la estreché en mis brazos con ardor.

Casto como la luna en el zafiro
La miré, como arcángel de pureza;
Fascinado también por su belleza,
A adorarla feliz me abandoné.
Yo respire la magia de su aliento,
Encantado goce dichas del cielo;
El talisman rompióse. . . . y fue mi duelo
Falaz, a muger solo encontré.

Y desde entonces, desde entonces gimo
En medio del festín y del bullicio,
Y sufro solo perfinaz suplicio,
Porque el alma no encuentra á quien amar.
Mugeres miro lánguidas, hermosas,
Fuentes de amor que el mundo nos presenta,
Podrá beber el ánima sedienta,
Si han de venir la vida á emponzoñar!

Una esperanza ¡oh Dios! en este instante
Mi mente alumbra con fulgor divino;
En este valle misero, mozaquino,
Tal vez palpita un puro corazón.
De las mil flores que la brisa balaga,
¡Ay! una miro solitaria, bella,
Cual de la tarde la modesta estrella
Al extinguirse moribundo el sol.

FELIX MARIA ESCALANTE.

El murmullo confuso y el desasosiego sintieron de los pueblos conmovidos, son la señal precursora de la tormenta que en breve ha de pasar sobre las naciones trémulas.—L. M.

El ejercicio entiendo mejor la idea de gloria, que la de libertad.—Segur.

El fastidio mata el amor, y el olvido lo sepulta.—L. B.

NOVELA HISTÓRICA.

UN RASGO DE LA VIDA DE TRUJILLO.

I.

Una noche del año 1812, daba las ocho en Valladolid el reloj de su catedral, interrumpiendo por unos momentos el silencio profundo que reinaba en la ciudad, casi desolada por la violencia de la revolución, y por el bárbaro despotismo de los gefes militares que la gobernaban.

En medio de un cuartito pobre se veía una mesilla de madera, encima de la cual en un candelabro de barro ardía, próxima á extinguirse, una vela que iluminaba escasamente las paredes emnegrecidas por el humo. Un hombre y una mujer, con los codos apoyados en la mesa, la mano en la mejilla, y los ojos fijos en el suelo, parecían entregados á profundas meditaciones; y un perro echado en el suelo, con la cabeza apoyada sobre sus manos, contemplaba aquel cuadro grave y melancólico. Ya hacia algun tiempo que nuestros personajes estaban en la situación que hemos descrito, cuando el galope de un caballo, que hizo parar precipitadamente al perro y latar con fuerza, vino á distraerlos de sus consideraciones.

—Oyes, María! dijo Perez, señalando con el dedo la calle, y escuchando con atención el ruido, que iba disminuyendo poco á poco hasta que se perdió á lo lejos.

—Sí, debe de ser algun correo de los que están llegando á cada instante.

—Si supieras la inquietud que me agita...

¡Ah, María! Dios tenga piedad de nosotros.

—¿Cómo! ¿Qué peligro temes?

—Y me lo preguntas! ¡No sabes que todos los americanos estamos espuestos á perecer á cualquiera hora, á la menor señal de nuestros opresores! ¡Ignoras que la delación, ese monstruo del infierno, espía nuestros mas ligeros movimientos, y escucha nuestras palabras mas insignificantemente, para contarlo todo á ese hombre abominable á Trujillo!... ¡Ah, María! Una delación...

—¿Dios mío! ¿Te has expresado con indiscreción delante de alguno? ¿Qué has hecho?

—No, de mala me acusa mi conciencia. Escierito que amo á mi patria como el mejor ciudadano, que su independencia es para mi corazón el bien mas precioso; pero ya sabes que la enfermedad de mi padre, nuestro reciente matrimonio, y otras mil razones, me han estado abrazando la causa de la patria, y correr á saltarme en las filas de nuestros valientes. Nadie conoce mis sentimientos mas que tú; mas á algunas expresiones mías, interpretadas maliciosamente, si algun enemigo oculto... entonces, ¡qué sería de mí?

—¿Y qué pruebas podrían dar entonces contra tí?

—Pruebas! ¿Cuáles necesita la arbitrariedad? ¿Cuáles han sido menester para levantar tantos cadalsos, y empapar este suelo en la sangre de nuestros hermanos?

—¡Ah! es cierto; nadie está seguro de estos hombres inhumanos. Vámonos, pues, de aquí, á otro lugar gobernado por despiadados crueles. El poco tiempo que llevamos de ensayos, ha pasado entre lágrimas y desolación; si un momento de dicha ha endulzado la amargura de nuestra existencia, ¿Qué desgraciados somos! ¡No es verdad!

Y María, enlazado suavemente con sus brazos el cuello de su esposo, dejando rodar por sus mejillas dos lágrimas.

—Tentarázon, respondió Perez, con voz ahogada por el dolor, tenes razon; pero ya le he escrito á mi hermano, contándole nuestros infortunios, y no dudes que nos socorrerá en cuanto lo fuere dable. Nos iremos á otra parte, donde seremos quizás menos desgraciados, si es que pueden tener alivio nuestras penas. ¡Ah, María! Si no fuera por tí, ya me hubiera matado la desesperación; si, te eres el único ser que me ana en la tierra.

Perez apretó contra su corazón á su esposa; y volviendo entonces el rostro, puso su cabeza sobre las rodillas de Perez, comenzó á mover la cola y á moverle suavemente un brazo, como diciéndole: Ingrato, te olvidabas de un amigo que es capaz de derramar por tí su sangre; aquí le tienes.

II.

En el palacio episcopal, edificio situado hacia la parte septentrional de Valladolid, estaba entonces la comandancia de la plaza. En la sala del despacho habia dos mesas cargadas de papeles, y dos sillas cerca de las mesas, un reloj, y un candil que iluminaba con luz clara y apacible, aquel aposento donde se fraguaban los mas espantosos crímenes. Se paseaban por él, con paso pesadísimo, dos hombres; jéven el uno, y el otro de edad avanzada.

—¿Cuánto tarda! Si no le habrán dejado llegar las guerrillas de insurgentes que plagan las caminos; dijo el jéven deteniéndose repentinamente, y dando en el suelo una patada; á lo que contestó el otro con un gesto de duda.

Prosiguieron andando, y consultaban frecuentemente el reloj que estaba encima de una mesa, y fruncian las cejas en señal de impaciencia. Las fiscomías de ambos personajes, indicaban perfectamente el carácter de cada uno; el jéven se tendria arriba de veintinueve á treinta años; era de cuerpo mas bien chico, que grande, pelo castaño, nariz aguileña y de lanoso regular; sus ojos garzos brillaban con suma viveza; en su rostro algo pálido, y lanzaban miradas altivas y penetrantes, trasunto fiel de una indole violenta, y

que no toleraba la mas leve contradicción. Traia sus chaqueta de paño guarnecida con piel de nutria, unos pantalones ajustados, cubiertos hasta la rodilla con unas botas fuertes, y en la cabeza una gorra, inclinada á un lado con gracia. Era D. Torcuato Trujillo, comandante de la plaza.

El que le acompañaba, hombre entrado en años, como lleva dicho, mostraba en su mirar torvo la crueldad y en su rostro enroscido, que se entreabría á los accesos de la colubriguez. Era D. Manuel Concha, comandante del escuadrón de Patriotas de Valladolid; viejo astuto, que conociendo el carácter de Trujillo, y la protección ciega que recibia del virey que entonces gobernaba la Nueva-España, sabia arrancarle, cuando lo creia conveniente, las providencias mas infames.

Se percibió cerca del palacio un tropel de caballos, y á poco se presentó al comandante un correo cubierto de lodo, con la bolsa de la correspondencia.

—Por qué habias dilatado tanto! le dice Trujillo encarándosele. Si otra vez traes tan tarde la correspondencia, corre peligro tu pescozo.

—Señor: no habia podido llegar, por lo mucho que ha llovido, y por la necesidad, que tuve de detenerme en varios puntos, para no encontrar á las partidas de insurgentes que inundan los caminos. Como á dos leguas de aquí, estuve á punto de caer en manos de Sanchez, que manda una partida considerable, á la que no hubiera podido resistir el corto número de soldados que me acompañaba.

—Está bien; véte. ¡Malditos! Si me fueras dado ahogar en un solo momento esos gritos insensatos con que piden independencia!

Una hora haria callar al mas griton, contestó Concha sonriendo con ferocidad.

Salió el correo, y habiendo abierto Trujillo la bolsa, comenzó á ver con Concha todas las cartas dirigidas á los particulares de la ciudad, viéndolo así con mano marfileña un secreto verdaderamente sagrado. Estando así con ojos ávidos carta por carta, queriendo encontrar en cada palabra un misterio, en cada frase el indicio de alguna oculta maquinación; y repasaban lo que habian leído, y se miraban mutuamente un buen espacio, como para descubrir sus dos inteligencias, y advertir así algun secreto que pudiera haberse escapado á la penetración de uno solo. Llegaron por fin á una carta rotulada á D. N. Perez, que devoró.

—Hermanos! He sabido tus infortunios, y se ha llenado mi alma de amargura; bien puedes confiar en mí. Aparta mis recursos para sacarte de ese cindal; muy pronto te mostraré los dos caballos y las armas que me pediste, para que puedas ponerte en camino.

Al llegar aquí, miró Concha á Trujillo con ojos centelleantes.

—Las armas, coronel, oye vd., las armas; hemos logrado descubrir un enemigo.

—Ciertos eso me infunde sospechas vivísimas; es necesario prender al sujeto á quien viene dirigida esta carta, para averiguar de ese modo si en efecto es culpable.

¿Y qué duda puede quedarnos de su crimen, en vista de este papel? Ha pedido armas y caballos, para salir de la ciudad, para ir á reunirse con los sublevados; es necesario castigarle, y pronto.

—Sin embargo, quisiera...

—¿Qué ya se le olvidó á vd. el odio mortal que nos tienen esos criillos infames! ¡Ya se apagó en el corazón de vd. aquel celo ardiente por la buena causa, que le ha grangeado la estimación del virey! ¡Ya, en fin...!

—Díes vd. bien; á su cargo dejo este negocio; haga lo que mejor le parezca.

Y Concha salió inmediatamente, dejando á Trujillo entretenido en leer las demas cartas que aun no habian sido examinadas.

III.

Espesas nubes cubrían el cielo, y comenzaban á caer ya gruesas gotas de lluvia, que azotaban el viento contra las paredes de las casas. De cuando en cuando resonaban, entre el profundo silencio que dormia la ciudad, el alarido de los centinelas y las vibraciones de la campana del reloj, que arrastrada por el viento, se percibian confusamente como el rayo que un moribundo esthma con trabajos respiración.

Perez y su esposa dormian profundamente, cuando los despertó el ruido de recios golpes en la puerta de la casa, á los cuales respondia el leal perro con latridos estrepitosos.

—¿María! María! ¿Quién llamará de ese modo! ¿Qué deberé hacer...!

—Dios mío, qué está de nosotros! ¡No oyes un ruido como de armas! ¡Ah! Si fuera posible huir; pero, ¿por dónde!

—Es imposible, María! Adiós; abrízame, quérida mía, porque presagio...

—Siento que me muero... Señor! Señor! ¡Llévame misericordia de nosotros...!

En aquel momento rodaban los golpes con tal fuerza, que rompiéndose la cerradura, se abrió la puerta y entraron seis soldados, llevando uno de ellos una traera arrojada en una mano, y en la otra la espada desenvainada. El perro se lanzó furioso contra el último, quien lo travesó de parte á parte. El pobre animal, herido mortalmente, se dirigió con paso vacilante hacia el lugar donde estaban sus amos, y cayó muerto, víctima de su fidelidad. Se precipitaron inmediatamente contra Perez, clamando con infernal algazara:

—Vamos: insurgente maldito, hasta que caiste en nuestras manos.

La pobre María, apretando fuertemente entre sus brazos á su esposo, clamaba con voz ahogada por los sollozos, que su marido era inocente; suplicaba por la Reina de los Angeles, que vivieran compasion de una mujer que moriría de dolor; pero se le contesto tomándola por los cabellos con brutal ferocidad, rozándola contra la pared con un fuerza que se liria la cabeza, y dejándola tendida en el suelo, privada de sentido.

IV.

Al día siguiente, en la plazuela de San Juan, varias personas formando un círculo, examinaban atentamente un objeto que llamaba su atención en gran manera: María se habia informado por todas partes del paradero de su esposo, sin poder averiguarlo; en la comandancia habia esperado inútilmente, pues no logró ver á Trujillo, y ninguno de los soldados supo darle razon de lo que preguntaba. Iba á preguntar á un amigo de su marido que vivia en aquella plazuela; cuando escútiéndole la curiosidad aquella gente, se silenciosa y desparovida observaba en el suelo alguna cosa, se acercó, y vió al cadáver de Perez, el cual habia sido fusilado la noche anterior en aquel sitio. Reshaló un ¡ay! ahogado, su rostro se puso tan pálido como el cadáver, y sus ojos permanecieron fijos algun tiempo, y giraron luego desencajados sin fijarse en nada: se fué por fin de allí paso á paso, con la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos cruzados, y sin profirir una queja ni derramar una sola lágrima.

Un año después, resonaba en la misma plazuela la algarazara ruidosa que formaban los muchachos, siguiendo á una mujer desgreñada, andrajosa, macilenta, que con risa con vulsiva y estendiendo su brazo descarnado, señalaba una piedra que conservaba todavía una mancha de sangre. Los muchachos reían, y arrojándole lodo gritaban á una voz: ¡Loca! ¡loca! — N.

SIMPLE ANALISIS
DE LAS AGUAS DE XOCHITEPEC.

En el pueblo de Xochitepec, á distancia de un cuarto de legua hacia el Sur, corre de un arroyo llamado *Apallaco*, en un paraje nombrado *La Vega*, entre un ángulo formado de los bancos de una montaña de acarreo, se hallan tres fuentes de agua sulfurosa, una en la base del banco, otra hacia su medianía, y la última mas alta; sus diámetros poco mas de tres pulgadas, y la agua sale con una fuerza constante é igual; sus corrientes se dirigen al Oriente, cercadas de plantas del pais.

La agua de color agrisado ceniciento, olfativa, olor azufroso no muy fuerte, sabor ninguno, ca-

lórico en lo sensible no excede al de la atmósfera; y cuando allí cuando era de 16°, 58, no llegaba á los 17°.

Las hojas de las plantas que yacen en el fondo de la corriente, tienen un color agrisado ceniciento, con su rivete negruzco.

Donde hace mardio, se le forma en la superficie una tela agrisada cenicienta, ligeramente oleosa, que arde en la lumbre con una llama azulada; pero pronto se desvanece.

Se descompone con el óxido de plomo caliente, con una veintinueve decena parte se desnaturaliza y quita todo el gas; el óxido mezclada con la agua, se vuelve oscuro y pasa á negro, y pierde totalmente el color y las propiedades salinas.

Con el ácido sulfuroso se precipita el azufre, en cinco noventa partes de grado por libra. Esta agua, como que contiene un gas hidrógeno sulfurado, es buena para aquellas enfermedades causadas por la fijacion del oxígeno, á fin de que perturbe la acidez ó oxigenacion que causa, por lo que será muy útil á herida, cuando se sienten eructaciones febriles á gria, indigestiones, dolores del abdomen causados por la oxigenacion demasiado de los alimentos, ó de los sucos gástricos.

Será muy provechosa para curar las afecciones cutáneas ulcerosas, que vienen de la fijacion del oxígeno, como la cloperia, tina, sarna, y toda otra sordida; para el vicio escorbútico, en baños y bebidas.

El lodo, que tiene el color agrisado, tambien será medesimo en sípico para la tina y hervor de sangre; hará buen efecto en los dolores artísticos, reumáticos, venereos, y principalmente los acompañados de úlceras y comezon en la piel; muchos han sanado de estos mismos accidentes bañándose nueve veces una en esta agua, que por estos lugares llaman *Hellondas de Xochitepec*.

El tiro al público de las virtudes que contienen estas fuentes para las enfermedades propuestas, y para los tintes y otras cosas en que se necesita un gas hidrógeno sulfurado, me ha parecido ser muy conveniente. Y si en muchas partes de Europa se han sabido estimar las fuentes minerales, y se ha procurado indagar el principio que las mineraliza, ¿por qué nos hemos de pasar en silencio por nuestra diligencia las que tenemos en esta América? Y por qué hemos de ocultar al público las virtudes y usos que en ella tienen?

En fin, si parece bien avisar al público de las utilidades de esta agua, me parece que no se dejará de hacerle algun servicio. — Un *abogado antiguo*.

Es copia. Guadalajara Abril 4 de 1813. — *Regino Goyena*.

CARTAS SOBRE MEXICO.

SEÑOR D. JUSTO NIVEL.

Pueblo de N. Mayo de 18....

Muy Señor mio: Por fin la severa persecucion política obligó á nuestro buen Jacinto á tomar las de Villadiego, y cumplo con sus últimos encargos diciendo á vd. que marchó no sé donde ni con cuanto, porque estaba bien alcanzado su señoría; según me dijo, la última libranza, y algunos otros papeos, quedan sin pagar; empleó en varios artículos que algun dia abrirán los ojos al pueblo, que hasta ahora duerme como de costumbre, á pieza suelta, y en otros gastos, entre los de su partido, que le pintaban palacios y gigantes para no dejar, ni peso en gaveta ni clavito en pared.

No obstante, queda en mi poder un cuadro de la constitucion de 24, varios impresos, una *levita* en el último tercio de su vida, algunos muebles, y un rollo de papeles en que hay cartas de amores y proclamas, avisos de muertos, targetas, rizos de pelo, borradores de versos, y que sé yo cuantas baratijas.

Como en este Estado es donde puede hacer daño, yo fui de opinion, al despedirme, que se dirigiese á México, que al fin cercano al gobierno, puede componerlo todo y volver cuanto antes á nuestros brazos.

Soy de vd. &c.—*Lucas Verdán*.

Hacienda de H. Mayo de.

SEÑOR D. LUCAS.

No esperaba yo otra cosa de la desconcertada cabeza de mi primo: él se imagina que todo el mundo es orégano, y no ha de ser la primera pesadumbre, la de su loca partida, que nos da. Jaque, presumido, atrabiliario, sin experiencia, con sus pretensiones de hombre de mundo y su fondo de sinceridad, va á engolfarse en mares que no conoce; con esta fecha le escribo, dándole los signos consejos sobre los peligros de la corte; pero esto es predicar en desierto: le digo tambien el mal estado de las siembras, y la peste de ranilla que tiene el ganado, para que se vaya con viento en los gastos: los papeles reservélos vd., y no deje de escribirme cuáles son sus deudas mas urgentes, para satisfacerlas conforme la fortuna me ayude.

De vd. &c.—*Justo Nivel*.

Tomo II.—27

QUERRIDO LUQUELLAN:

México, 4 de.

Ya estamos en Madrid y en nuestro barrio; ya me tienes en México, curado de todos mis males, y tendido á la bartola en una malida cama de la mejor posada; justo se tirará de las barbas cuando sepa que ya soy cortésano, y que solo pienso en pasar el tiempo lo mejor posible.

Este hospedaje es divino: vela de esperma, ropa de cama, espejos; vaya, estoy como un príncipe; los criados, como aun no los gratifico, me ven de reojo; pero todo se compondrá. En cuanto á la comida, estoy encantado; figúrate que estoy abonado á la mesa redonda! Los primeros dias me quedaba sin comer, porque todo lo devoraban mis contrarios, es decir, mis compañeros; son una escuadra francesa que meto una bulla infernal, agrégale media docena de españoles de la última remesa, pero nada como tres ingleses que no chistan; ¡que comer! ¡Carra! Se presentan unos ideos; y cuando en un ósano de caldo. ¡Sus! ¡Cupharones en mano, se despañan caiga el que caiga! El *Sístec* parece de suela; y á no ser por la repulacion de la casa, le diria que los caballos del tiro no tienen mas porvenir que nuestros estómagos. Dos mexicanos que comen con nosotros, son descontentadizos por demas; que paus un infante! Esto no tiene remedio. ¡Que calles! ¡Que te acorral! Vamos, si son terribles; tendido me veo de echar los al demonio; por lo demás, la posada es un tesoro, y al bello meso marzante se le da entrada, que es un gusto. ¡Esto si es civilizacion!

Yo aun no veo nada, porque no me han vestido mi ropa; que levita me pondrá gorro y hermoso como hay niñas. Eso sí, llevaré alpedu dos montañas de algodón; estas sastreras de México reforman el cuerpo con molestias; aquí todos son sastreras de Paris, de Londres y de Madrid; al tomarte medida, conoces de luego á luego que son unos sabios; figúrate que hablan de toda, y son de la oposicion, porque dicen que sus contrarios son los cuerpos. ... ellos se entienden: me dijo que remitiria la cuenta, y que el pondria al género, que le acababa de llegar; tal vez será eso hehir por dos filos: ayer vino á me-

dir el vestido.—Hombre, no puedo respirar; cómo levanto este brazo!—Señor, está uniforme por el figurín.—Sí; pero el figurín no se mueve, y yo sí; ¡y esta arruga del cuello!—¡Ah! sí, cuando vd. irá con levantada la cabeza estará bien.—Vaya, ¡y esta del costado!—Mete vd. la mano por la burla, irá bien Señor.—¿Cáscara! Es decir que ó tengo de andar con la cabeza levantada y la mano en la bolsa, ó con mil arrugas.—Señor, la suada de París.—¡Item me ha traído unos pantalones con plateras de firme, que infierno! Si se te cae medio á la bota te desnudas; y si te echan una yesca, ó te conviertas en poco mecos que un Adán, ó te incendias. Tengo un dolor de cabeza terrible; figúrate que el peluquero ha hecho de ella cera y pabillo; se empujó una refriega entre su cepillo y mi pelo, que eré morir; me ha dejado una melena hacia la espalda, que da grima; y tengo una raya á un lado de la frente, que medita la gracia que te causaría.

Por los periódicos me he informado de cuanto pudiera desear, pues sus avisos son un repertorio utilísimo para el extranjero.

Por ejemplo, hay casas en el bañó de las Culebritas, en que se ofrece que las familias vivan tranquilas y contentas; esas habitaciones son una especie de panacea contra el pesar; ¡ojá! las fueran á habitar tanto poetecilla de esos nerviosos y patibularios, que nos acataran con sus fobos y llantos, y desesperaciones negras! Hay maestros que infunden ciencia; y siendo tú vivito como yo, de 20 tajos ¡pap!... escribes á las mil maravillas, aunque seas un asno; en seis meses hablas y escribes francés de modo que te haces comprender aunque tú mismo no te entendas; en fin, los dentistas y peluqueros prometen cosas que solo para vistas; lo que te as decir es, que en Mexico hay lo mejorcito de todo; los mas extranjeros que vienen aquí, se llevan con sus respectivos reyes como tú y yo. ¡Pobre atrevido que no tiene patente! ¡Pobre estudiante que no posee título de académico!

Mañana ha de venir por mí Enrique Espoleta, para que vayamos al teatro y á muchas partes; el tal Enrique es un aturdido, conoce el mundo como un salito, y está perfectamente relacionado; vamos, es el hombre que yo necesitaba.

De dinero no estoy mal; con esta fecha giro una libranca para que Justo la pague; mis negocios toman buen aspecto; y un coronel que está en esta posada, D. Píoquinto Calman, que tiene mucha varas-alta en palacio, me ha ofrecido su infante, y yo lo tengo casi comprometido; porque sin que él lo sepa, he pagado lo que debía en la fonda. Espresiones á las muchachas; díles que yo les contaré lo que vea de modas, y demás cosas de por acá.

Soy muy, como siempre, afectísimo &c.—*Jacinto Canaleón.*

Sr. D. Justo Nivel.

México, &c.

Mi querido primo: Aburrido de la reducción á que me ha condenado el maldicido sastré, salí anoche con Espoleta á las cadenas: soplaban un viento agradable, y la luna brillaba con una hermosura singular.

De pantalón sabes que estoy surtido, y de una bota inglesa de primer órden; aunque calumnia mi pie exagerando su tamaño. Enrique me dijo que esto era buen tono, y me hizo inclinar sus puntas hacia arriba, obligándome á que las doblase contra la pared; prestóme el propio Enrique un frac, que mas parecia un gorrión pegado á mis espaldas que vestido, obligándome la estrechez de las mangas y la cortadía de la sisa, á marchar abierto de brazos, mas como quien nada que como quien anda; con esto, y un sombrero de *Jippiga*, salí, llenando las calles, entre el ausocheño Espoleta y un D. Margarito Filigrana, adorado, atento y afectado como el solo.

No puedo decirte nada del aspecto de la ciudad, porque de noche, y en un tránsito veloz, no puede nadie formarse cargo.

La vista de la plaza es magnífica: yo la contemplo á la luz de la luna, y su estension, y la augusta catedral que la domina, y los soberbios edificios del Empedradillo y calle del Seminario, forman el cortejo digno de su grandeza y hermosura: á mi frente relucían unas lumbres; era el portal de las Flores: las lumbres servían como de rótulo á varias fondas portátiles que allí se encuentran.

Cuando con desprecocacion y atentamente se mira esa plaza, coronada de edificios gigantes, como realizadas las torres de la opulenta catedral en un cielo tranquilo y despejado, se esclama involuntariamente: "Mexico es la señora del continente de Colon!" La sombra que caía sobre algunos edificios, la claridad española que bañaba á otros; las azoteas elevadas y las cúpulas de las torres, cuya blancura duplicaba la luna, todo me tenía lleno de encanto.

Ya conoces el atrio de la catedral, y has visto el paseo de las Cadenas; por eso omito la descripción material del lugar.

Anoche, la concurrencia era numerosa y brillante; las gradas que están al pie de las cruces del frente de la fachada, se hallaban convertidas en un estrado de hermosas; eran una especie de apuradores, en que el mas descontentadizo joven podía admirar mas de una belleza.

En las cadenas se mecían con blandura y abandono, ya la joven tímida en silenciosa mediación, con los ojos elevados hacia la virgen de la noche, en una actitud romancesca y melancólica; ya la pareja traviesa de unos mal equitribados ciclistas, que se colmaban invadiendo el terreno de los

pedestres pasantes, en medio de las mas estrepitosas algazaras; ya la vieja regordida y comodina, haciendo dengues y aspavientos por las oscilaciones de la cadena, y tal vez para que la sostuviese de un brazo el joven pretendiente de su hijo, que la impelia; tributos impertinentes, atenciones que pocas veces deja una suegra de escogir; ya se veía un perillan acostado groseramente sobre otra cadena, con el sombrero sobre el rostro, y dejando ver el puño de su tizona... ¡Era un barbero! En las gradas y en el borde de la mesa que forma el atrio tras de las cadenas, se divisaban los trages de señoras cubriendo las gradas, torciéndose sobre el quicio de la puerta del Sagrario, derramándose vistosos y graduales en las escalerillas, mientras una tropa infantil, en ese intermedio cubierto de mnsco color de esmeralda, triscaba juguetosa, y poblaba con sus gritos debilibo el purísimo ambiente que respirábamos.

Sentimo fatigado en una cadena: mis Ciceroes Espoleta y Filigrana, me espelaban las figuras de la linterna mágica que giraba en rededor mio.

—Ese grupo que se acerca, pon mucho cuidado.

—¿Qué algazara!

—Mira, lo capitanea Epiridion Matraca, es de calaceras; lo dicho: ¡oyes que desvergüenza! es para concepnarase con las señoras de gente de mundo... ¡Uhas!... Le metieron el pie al pobre mendigo... ¡Cayó!... ¡Aplausos!... El sub-teniente de la travesura es Julian Triquíuela; anda con los pies vueltos hacia dentro y con un enorme garrote; lleva el sombrero á lo jacue... y no puede concebir cómo se puede ser militar sin dar estupendos sorbos de aguardiente, sin quejarse de enfermedades vergonzosas, y sin dar un petardo al mismo demonio. A las hijas de la alegría las detiene ó habla; en un baile promueve disputa y amarga el gozo; difama á sus hermanas y á su madre, y habla de su padre, llenándolo de injurias y maldiciones.

—¿Ves esa pareja! La D^a Petra Agus-cola, va con su padre.

—Antes tenía novios á millares.

—¿Qué no sabes la causa de su aislamiento?

—Lo ignora...

Has de saber, Jacinto, que la hermosa de la Pal Purita, era notable por cierto color pálido y sentimental, levemente desvanecido por el apacible tinte que sonrosaba sus mejillas. Algunos malvólos decían con Argensola:

Amor blanco y carnis de Doña Elvira
No tiene de ella mas, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.

Esto, no obstante, pasaba como despreciable calumnia. Muchos decían que la almohada de su camio tenía cierta semejanza con las *hijas* de los peñeros, segun los rastros de alta y de y carmin que hallaba en su funda la lavandera, se-

mana á semana; otros decían que la habían visto renovarse á guisa de sopito, porque sudaba cascarrilla y encarnación; y que las lágrimas de sus ojos las comparaban á las perlas, porque ese color dejaron sobre su pañoleta en cierto duelo que no pudo reprimir su llanto; ya digo, todo esto se ería maligna suposición; hoy han pasado estas á la categoría de datos históricos.

Noches pasadas, en un baile, se empujó tanto Petria en el wals alman, que por la fatiga y la opresion del corsé, cayó desvanecida en brazos de su diligente compañero; quitaron las bailarinas al estricto corsé; mil cortaplumas brillaron en la sala para trozar los cordones; la ansia de la paciente continuaba, y todo era agitación y desconcierto, cuando un secundianista de medicina dijo, que el ataque era apoplético, y que amenazaba congestión, y que se yo... el caso es que le rociaron la cara con agua; despues... ¡ah! despues le enjugaron con un lienzo, y quedó el pafuelo teñido de un color sanguineo; la infeliz vieja que ejecutaba la operacion, lanzó un grito: todos acudimos... y soltamos la carcajada... Era colorite superfluo teatral. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Petria realmente se enfermó del bochorno, y sus novios huyeron como un conjuro por eso va ahora con su padre...

—Un lado, un lado; ya se acerca ese tropel, es de extranjeros de la infima clase; mira que arrogancia; qué aire tan insolente que osada en las miradas y en el porte!

—Esta es gente grande, y que trae cada una un *ullimatuz* al estremo de la nariz; ya se ve, ¡como este es un país medio salvaje! En los templos entran formando algazaras, y arrellenándose en los asientos, ridiculizando cuanto ven; tratan en las casas á las señoras como rameras, y es su tono estrujarlas e hablarles en el lenguaje de la broza mas soca; en las baladas dan salos como energúmenos, y se hacen dueños de la festividad; en los teatros, se tienden á la bartola medio acostados en el asiento, y con las colosales patas alzadas casi al nivel de las cabezas de los demás concurrentes; imitan nuestras costumbres á nuestros ojos, y hacen patente el desprecio con que nos miran; se creen de otra masa y de otra categoría; todos nos echan en cara la cultura y la grandeza de sus países, viéndose como condenados á vivir entre nosotros; y el obrero humilde de París, y el limpiador de chimeneas de Londres, y el matolo madrileño, se creen como Gulliver entre imbeciles filipinenses, que no alcan una ochava del suelo; al fin, todo esto no es culpa suya. Pero; ¡no observas los que les siguen tambien de patito, y andando á su imitación y tofoll... Esos son mexicanos, satélites de los otros, sus paródias eternas; ninguno de esos sabe que cosas es *mole*, ni nada que no sea de París y Liverpool; mentecatos, mingos de los extranjeros, blasfemas

del paje que los dió el ser; aun cuando sean unos cajerillos de tienda, ó escribientes serviles de oficina, dicen que comen *biotec* y que visten *bata*; llaman *chapana* al sombrero, y *argent ó dollars* á las pesetas; detractan cuanto miran; y si hablan contra Mexico delante de ellos, afirman y esplan cuanto se dice, las mas veces con injusticia, en mengua del país que los enriquece y los distingue.

—Ea, pareja si es feliz... Amantes, ¡oh amantes! El paseo de las Cadenas es la tierra de Canaan para los enamorados.

A la luz de la luna, protegidas dos manos ávidas por un indulgente capote, interceptados por otros concurrentes, allí palabras sentidas y celos, y sabe Dios...

—Mira qué cara de marido.
—Adelante va su mitad, con otra mitad que no es su mitad... é las custodias, y se divierte con los arbolitos. ¡Oh almas grandes!

Y crece el movimiento, y la gente se agrupa, pasando como en un ajinado cosmorama, dejando en su tránsito oír, ya conversaciones amorosas, ya ardientes altercados políticos, ya proyectos mercantiles, ya desvergonzadas crónicas, ya listas de géneros y artículos, ya carcajadas estrepitosas, ya los monólogos secretos del solitario esclavo de Bijan, ya el gurgiray y las risas de un coro de doncellas.

Regresa aturrido á la posada, desde donde te escribo con premura, porque ya te habrás fastidiado mi charla. Mañana voy al teatro, y yo te contare despacio lo que vea, si me lo permite el desgarrador violín de un vecino, que me solfea en el oído desde que nace la luz.—*Jacinto Castellón.*

(Se continuará).—FIDEL.

LA LIRA DE MI HIJO.

En las ramas flexibles
De este saúz elevado,
Que otro tiempo ha escuchado
Mi dulce suspirar.

Una temprana lira,
Alegría de la veje,
Que hoy triste llanto riega,
Mi mano ha de colgar.

Emmudeció por siempre:
Sus cuerdas se trozaron,
Apenas preludiaron
El carfio filial.

De madre el dulce nombre,
El mágico sonido,
No será repetido
Por ella con ardor.

De hoy mas abandonada,
Juguete de los vientos,
Mis débiles acantos
No podrá acompañar.

Nunca ensayó en sus tonos,
Fieros conquistadores,
Criminales amores,
Himnos de adulacion.

De la fértil pradera,
Del risueño sembrado,
Del bosque, del collado
Nació su entonacion.

Ya del claro arroyuelo
Imitaba el murmullo,
Ya el amoroso arrullo
De la tórtola fiel.

Eran sus armonías
Los suspiros del viento,
Ese susurro lento
Que aduerme el corazón.

Sonidos vagarosos,
Tiempos indefinibles,
Que en las almas sensibles
Ejercen su poder.

Alguna vez sin trabas,
Vigoresa, imponente,
Cual soberbio torrente
Que salta el valladar.

Remontábase al cielo,
Posaba en las montañas,
Descendia á las cabañas,
Retrataba al pastor.

¡Quién sabe si algun día
Hubiera resonado
Como la de Collado,
De Prieto, de Alcaráz!

Los melindros gorgoros
Del cenizille canoro,
Anuncian un tesoro
De armonía sin igual.

Pensamientos tan dulces
En la tumba se hundieron...
Como mi hijo murieron
En su primera flor.

Pabellón, Octubre 17 de 1843.—*Una Zaca-tecana.*

(Escriba para el Museo)

Para juzgar á los hombres es preciso estar
escueto de las preocupaciones de su época.—
Montesquieu.

PARTE CIENTIFICA.

DEL ACTO VITAL DE LOS ANIMALES,

É INFLUJO DE LA ATMOSFERA, POR J. LIEBIG.

Las primeras condiciones para la conservación de la vida animal, son la ingestión de los alimentos y la absorción del oxígeno.

El hombre, en cada momento de su vida, absorbe oxígeno por los órganos de la respiración, y durante su existencia jamás se observa ninguna interrupción.

Las observaciones de los fisiologistas demuestran, que el cuerpo de un adulto, nutrido con un sustento suficiente, no aumenta ni disminuye de peso al cabo de veinticuatro horas; á pesar de ser muy considerable la cantidad de oxígeno absorbido durante el transcurso de este tiempo.

En un año introduce en su cuerpo un adulto, 746 libras de oxígeno que ha tomado de la atmósfera, segun las observaciones de Lavoisier; 837 libras segun Menzies; y no obstante, encontramos que su peso al principio ó al fin del año, no ha cambiado absolutamente, ó bien la disminución ó aumento no asciende mas que á un corto número de libras.

¿Qué se ha hecho, puede preguntarse, de este enorme peso de oxígeno, que un individuo absorbe en el curso de un año?

Cuestión es esta que puede contestarse satisfactoriamente: en el cuerpo no queda ninguna porción del oxígeno absorbido, sino que vuelve á salir bajo la forma de una combinación de carbono ó de hidrógeno.

El carbono y el hidrógeno de ciertas partes del cuerpo animal, se han combinado con el oxígeno absorbido por la piel ó el pulmón, y se han desechado transformados en ácido carbónico y vapor acuoso. En cada respiración, en cada momento de la vida, ciertas cantidades de los elementos de la organización animal se separan despues de haberse combinado dentro del mismo cuerpo con el oxígeno del aire atmosférico.

Si admitimos con Lavoisier y Seguin (para tener un punto de apoyo en nuestro cálculo) que el adulto absorva diariamente 65½ onzas de oxígeno (36.037 pulgadas cúbicas 15,661 granos en peso francés), y que ostmemos la masa de su sangre en 24 libras, con un 80 por 100 de

TOM. II.—27

agua, resulta por la composición conocida de la sangre, que para la transformación completa de su carbono y de su hidrógeno en ácido carbónico y en agua, se necesitan 66,040 granos de oxígeno; cantidad que absorbe un adulto en cuatro días y dos horas.

Importa poco que el oxígeno se combine con los principios de la sangre, ó con otras materias ricas de carbono y de hidrógeno contenidas en el cuerpo; el que en menester introducir con ayuda de los alimentos en el cuerpo animal, en cuatro días y dos horas, bastante carbono é hidrógeno para proveer á 24 libras de sangre, es una conclusión á la que no es posible objetar nada, suponiendo que el cuerpo no ha de cambiar de peso, y que debe conservar su estado normal: esta introducción la producen los alimentos.

De la determinación exacta de la cantidad de carbono introducida en el cuerpo por los alimentos, como tambien la de la cantidad que se encuentra eliminada por los excrementos y la orina, sin que haya experimentado combustion, esto es, bajo otra forma que la de una combinación de oxígeno; resulta que un adulto, sujetándose á un ejercicio moderado, consume por día 27,8½ onzas de carbono, las que se exhalan por la piel y el pulmón, bajo la forma de gas ácido carbónico. Para su transformación en gas ácido carbónico, las 27,8½ onzas de carbono, escogen 71½ onzas de oxígeno.

Segun las determinaciones analíticas de M. Boussingault (Annales de Chimie et de Physique LXXI, pág. 136), consume un caballo en veinticuatro horas, 158,75½ onzas de carbon, y una vaca lechera 141,56.

Las cantidades de carbono aqui citadas han sufrido de sus cuerpos en estado de ácido carbónico: el caballo ha consumido en veinticuatro horas, 13½ libras, y la vaca 11½ libras de oxígeno para la transformación del carbon en ácido carbónico.

Puesto que de la economía animal no sale ninguna porción del oxígeno absorbido, bajo otra forma que de la de carbono ó de hidrógeno, que

rillo con una docena de velas; podríamos también beber la misma cantidad de aguardiente, ó aceite de ballena, sin daño alguno, porque el carbono y el hidrógeno de estas sustancias son puntualmente los únicos capaces de equilibrarse con el temple exterior.

Con que según lo espuesto, la cantidad de alimento necesaria, se regula por el número de inspiraciones, por la temperatura del aire que respiramos, y por la cantidad de calor que cedemos á los cuerpos que nos rodean. Ningun hecho aislado, contradictorio, puede afectar la verdad de esta ley natural. No puede el napolitano, sin quebrantar su salud pasajera ó permanentemente, ingerir en sus alimentos más carbono é hidrógeno que el que respira; ni el habitante del Norte puede espirar mayor cantidad de estos elementos que la introducida en su sustento, á menos que no esté enfermo ó que tenga hambre. Examinemos ambos estados mas de cerca.

En Jamaica ve con sentimiento el inglés desfallecer su apetito, y por mucho tiempo manantial de frecuentes y reiterados golpes; y por mucho de la pimienta de Cayena y los mas poderosos estimulantes, consigue en efecto tomar la misma porción de alimentos que acostumbraba en su país. Mas no todo el carbono introducido en su cuerpo se ha consumido; la temperatura del aire es muy alta, y un calor enervante no les permite (por el ejercicio ó activo movimiento) aumentar el número de respiraciones, y poner en consecuencia el consumo en relacion con la cantidad de alimentos introducida en la economía, lo que ocasiona alguna enfermedad. Por el contrario, cuando en ciertos enfermos los órganos digestivos afectados, pierden ó debilitan la facultad de poner los alimentos en el estado propio á la combinacion con el oxígeno, y que por tanto ofrecen menos resistencia al indio que reside en la atmósfera, que la que exige su clima natal; la Inglaterra nos envia entonces á los países meridionales, donde la cantidad del oxígeno inspirado se disminuye tan considerablemente, manifestando sus buenos resultados en la mejora de su salud. Aun enfermos los órganos de la digestion, tienen suficiente fuerza para poner la menor cantidad de alimentos en equilibrio con el oxígeno inspirado; en los climas fríos, los mismos órganos de la respiracion habrian sido consumidos, para manifestar la resistencia necesaria á la accion del oxígeno atmosférico.

Las enfermedades del hígado (originadas por un exceso de carbono) son las que predominan en nuestros países en el estío; y en el invierno las del pulmon (producidas por demasía del oxígeno).

Cualquiera que sea la causa del enfriamiento del cuerpo, nos obliga á tomar mas alimentos. Aumentándose por la simple exposición al aire

libre, en una diligencia, ó sobre la cubierta de un bañero, la irradiación y la evaporacion, la cantidad de calor también se aumenta; lo que nos obliga á comer mas que de costumbre. Se verifica lo mismo con los que acostumbraban tomar grandes cantidades de agua fria, que vuelve á salir tan caliente como la temperatura del cuerpo (37°); el apetito se aumenta, y las personas de constitucion delicada (deben por un ejercicio continuo, administrar al cuerpo el oxígeno necesario, para restañar el calor que el agua fria ha robado. La accion sostenida en la palabra ó en el canto, los gritos de los niños, el aire húmedo, todo esto ejerce un indujo determinado y apreciable en la cantidad de los alimentos que se toman.

Hemos admitido en lo que precede, que son principalmente el carbono y el hidrógeno, los que sirven á la combinacion con el oxígeno, y á la produccion del calor animal; en efecto, las observaciones mas sencillas prueban que el hidrógeno de los alimentos hace un papel no menos importante que el de su carbono.

Aparece mas patente todo el acto de la respiracion, cuando consideramos el estado del hombre, ó del animal, totalmente privado de sustento. Los movimientos de la respiracion no varían, y antes, como despues, hay absorcion del oxígeno de la atmósfera, y espiracion de ácido carbónico y vapor de agua. Conocemos con una precision indudable el origen del carbono y del hidrógeno, porque los vemos disminuir en el cuerpo si continúa el hambre.

El primer efecto del hambre es, la disminucion de la gordura, lo que no puede encontrarse ni en los escasos excrementos, ni en la orina; su carbono y su hidrógeno se han eschaleado por la piel y el pulmon bajo la forma de una combinacion de oxígeno, y es claro que estos elementos han servido para la respiracion.

Un hombre estenuado de hambre absorbe 65 onzas de oxígeno, las que vuelven á salir combinadas con parte de su cuerpo. Currie habla de un enfermo, en quien la deglucion era imposible, y cuyo cuerpo perdió en un mes mas de 100 libras de peso; un cochino gordo que se halla encerrado entre las escobras, en el hundimiento de una montaña, vivió 160 dias sin nutrimento, y perdió mas de 120 libras de su peso (Martell en las Transactions of the Linnean Soc. vol XI, p. 411). Toda la historia de los animales que dormen en invierno, y los hechos bien establecidos de la acumulacion periódica de gordura en ciertos animales, gordura que en otros periodos de su vida desaparece sin dejar señales, prueban que el oxígeno, en el acto de la respiracion, consume sin excepcion todas las sustancias susceptibles de combinarse con el, haciéndolo con todas las que se presentan, y la falta de hidrógeno es la única razon de que se forme principalmente ácido car-

bólico; pues á la temperatura del cuerpo, la afinidad de hidrógeno con el oxígeno es mucho mas grande que la del carbono.

Sabemos, en efecto, que los animales herbívoros respiran un volumen de ácido carbónico, igual al del oxígeno inspirado, mientras que los carnívoros, la única clase de animales cuyo sustento contiene grasa, absorven una cantidad de oxígeno mayor que la que corresponde al volumen del ácido carbónico espirado. Han, pues, demostrado experimentos positivos, que en muchos casos, solo la mitad del oxígeno es eliminado bajo la forma de ácido carbónico. Estas observaciones no pueden ser objetadas, y son mucho mas convincentes que todos esos fenómenos artificiales y arbitrarios que se hacen, llamados experiencias; experiencias que practicadas sin atender á las condiciones naturales y necesarias, como suelen serlo, son enteramente inútiles; mas, cuando como en el caso presente, la naturaleza ofrece la oportunidad de observacion, y cuando nos aprovechamos de ella con discernimiento.

Pero en los que sufren hambre, no solo desaparece la grasa, sino también gradualmente todas las sustancias sólidas y disolubles. En los cuerpos estenuados completamente de los individuos que mueren de hambre, los músculos se ponen delgados y blandos; pierden su contractibilidad, y todas las partes del cuerpo que eran capaces de pasar al estado de movimiento, han servido para proteger el resto de los órganos contra la accion destructiva de la atmósfera; finalmente, las partes constitutivas del cerebro, vienen y participan del acto de la oxidacion; y el desvarío de las ideas, el delirio y la muerte, terminan la escena; es decir, toda resistencia al poder oxidante de la atmósfera cesó, y el acto químico de la putrefaccion comienza; todas las partes del cuerpo se combinan con el oxígeno, excepto los huesos.

El tiempo preciso para que un hombre muera de hambre, se regula por su estado de robustez, el grado de ejercicio, como el trabajo ó el estuero de cualquier especie, la temperatura del aire, y finalmente la presencia ó ausencia del agua; así es que se evapora por la piel y el pulmon cierta cantidad de agua, que es esencial para los movimientos vitales, y su disipacion acelera la muerte. Se citan casos, en que, careciendo el paciente de agua, ha sobrevivido por el espacio de veinte dias; otro hay que vivió sesenta en igual circunstancia.

La muerte, en todas las enfermedades crónicas, es debida á la misma causa, á la accion química de la atmósfera. Cuando faltan en la organizacion las sustancias destinadas á sostener el acto de la respiracion, cuando los órganos del enfermo rehusan ejecutar las precisas funciones,

para producir estas sustancias; cuando, en fin, han perdido la facultad de dar á los alimentos ingeridos la forma propia que deben tener sus elementos, para que entranen en combinacion con el oxígeno, protejan al cuerpo de su influencia; entonces se consumen inevitablemente para este fin, la sustancia de los órganos, la gordura del cuerpo, la sustancia de los músculos, y los nervios y el cerebro.

La verdadera causa de la muerte en estos casos, es el acto de la respiracion; es decir, la accion de la atmósfera.

Falta de sustento y de fuerza para convertirlo en parte de la organizacion, son falta de resistencia; es la causa negativa de la cesacion de la actividad vital. Así como la llama se apaga cuando el sebo se ha consumido, y es el oxígeno del aire que lo consume.

En ciertos estados de enfermedad se producen sustancias incapaces de asimilacion, la simple abstencion de alimentos las elimina del cuerpo, y desaparecen sin dejar señales, mientras que sus elementos se combinan con el oxígeno del aire.

Luego que se interrumpe la funcion de la piel ó del pulmon, se ven aparecer en la orina sustancias abundantes en carbono, que cambian su color en pardo; la respiracion es el péndulo y el resorte que conserva el movimiento en un reloj; las respiraciones son las oscilaciones del péndulo que lo regulan. En nuestros relojes comunes, conocemos con una exactitud matemática, los cambios que sobre su marcha ordinaria ejerce, la longitud del péndulo, ó la temperatura exterior; y sin embargo, pocos tienen una opinion clara de la influencia del aire, y de la temperatura sobre la salud del cuerpo humano, aunque la investigacion de las condiciones necesarias para conservarla en su estado normal, no sean mas difíciles que en el caso de un reloj. La falta de exactitud en las ideas de fuerza, de accion, como tambien del encadenamiento de los fenómenos naturales, ha inducido á los químicos el atribuir parte del calor que se produce en la organizacion animal, á la accion del sistema nervioso. Si se excluye, por esto, un cambio de sustancia, como condition de la accion nerviosa, es querer hacer provenir de nada la existencia del movimiento, la manifestacion de la actividad; pero de nada, no puede resultar ni fuerza, ni actividad.

Nadie negará seriamente la parte que toma el aparato nervioso en el acto de la respiracion; no se puede producir ninguna especie de cambio en el cuerpo animal, sin los nervios, porque ellos son los que determinan el movimiento. Por ellos y por su consorcio, los intestinos producen las sustancias que sirven al desarrollo del calor animal, como medios de resistencia á la accion del

oxígeno, y con la cesación de sus funciones debe tomar otra forma todo acto de la absorción del oxígeno. Cuando se hace una incisión en el cerebro de un perro, sobre el puente de varolio, ó cuando el animal recibe golpes contusos sobre la corona ó el occiput, continúa suspirando por algún tiempo, frecuentemente con mas viveza que en su estado normal; la rapidez de la circulación de la sangre en el primer encuentro, aumenta mas bien que disminuye; pero el animal se enfria, como si hubiese sido herido de una muerte súbita, que entonces le sobreviene inevitablemente; y observaciones del todo semejantes se han hecho, cortando la medula espinal y el nervio vago. Continúa por algún tiempo los movimientos de la respiración; pero el oxígeno ya no encuentra en su tránsito las sustancias con las cuales, en el estado normal, se hubiese combinado, por lo que la imposibilidad en que se encuentran de ministrárselas los órganos abdominales paralizados. La extraña opinión, sobre la producción del calor animal por los nervios, ha proveído, como puede notarse fácilmente, de la idea de que el oxígeno absorbido se transforma en ácido carbónico en la misma sangre; en cuyo caso la temperatura del cuerpo no debió ciertamente disminuir en las precedentes experiencias; mas como veremos en adelante, no puede haber opinión mas errónea que esta.

Así como por la división de los nervios pneumogástricos, cesan las contracciones del estómago, y la secreción del jugo gástrico, impidiendo así el acto de la digestión; así también la parálisis de los órganos del abdomen, cambia el acto de la respiración; estas funciones están lo mas íntimamente unidas, y toda perturbación del sistema nervioso, ó de los nervios de la digestión, ejercen á su vez un influjo sensible sobre el acto de la respiración.

Se ha hecho la observación de que la contracción de los músculos, del mismo modo que un pedazo de cau-chuc, tirado violentamente por sus dos extremos produce calor, y han llegado á atribuir una parte del calor animal á los movimientos mecánicos del cuerpo, como si los movimientos pudiesen producirse por sí solos sin cierto consumo de fuerza que gastan estos movimientos; mas puede preguntarse de dónde viene esta fuerza.

La combustión del carbono, la disolución de un metal en un ácido, la neutralización de dos electricidades opuestas, la absorción de la luz, producen calor, y se desarrollan tambien, frotando con cierta electricidad uno contra otro dos pedazos de un cuerpo sólido.

Podemos por un número cualquiera de causas, en un aparato enteramente distinto, producir un solo y mismo efecto. En la combustión y en la producción de la electricidad galvánica

tenemos un cambio de sustancias de las partículas materiales; cuando se produce el calor por la absorción de la luz ó la fricción, tenemos la conversión de una especie de movimiento en otro, que afectan nuestros sentidos diferentemente. En tales casos tenemos una sustancia dada que toma la forma de otra sustancia, tenemos en todos una fuerza y una acción. Por medio del fuego en la caldera de una máquina de vapor, podemos producir cualquier movimiento, y por cierta medida de movimiento, podemos producir el fuego.

Si vivamente frotamos un pedazo de azúcar contra un rallo de hierro, queda en la superficie de contacto, como si hubiese sido alterado por el fuego; y dos trozos de hielo, frotados uno contra otro, se derreden en los puntos en que se tocan.

Recordemos que los físicos mas distinguidos, han considerado los fenómenos del calor, como fenómenos de movimiento, porque la idea simple de una creación de materia aun impoñible, es absolutamente incompatible con su producción por causas mecánicas, como la fricción y el movimiento.

Aun añadiendo el influjo que las corrientes eléctricas y magnéticas del cuerpo animal puedan tener sobre las funciones de sus órganos, todavía la última causa de todas estas fuerzas es un cambio de sustancia de las partículas materiales, que puede expresarse por una transformación súbita á un cierto tiempo, de los principios de los alimentos en combinaciones del oxígeno; los que no experimentan este acto gradual de combustión, son desechados bajo la forma de excrementos sin haberla experimentado, ó por ser incapaces de quemarse.

Ahora bien, es absolutamente imposible que una cantidad dada, de carbono ó de hidrógeno, sean cuales fueren las formas que tomen durante la combustión, produzcan mas calor que el que son capaces de dar por su combustión directa en el gas oxígeno ó en el aire. Si encendemos el fuego bajo de una máquina de vapor, y utilizamos la potencia conseguida para producir por rozamiento calor, es imposible que el calor así obtenido, jamás pueda ser mayor que el empleado para calentar la caldera; y si usamos de una corriente galvánica para producir calor, la cantidad de éste no es jamás en ninguna circunstancia mayor que el desarrollado por la combustión del zinc que se ha disuelto en el ácido.

La contracción de los músculos produce calor; la fuerza necesaria á esta acción se suministra por los órganos del movimiento, los que la deben á un cambio de sustancia. La última causa del calor producido, no puede naturalmente ser mas que este cambio de sustancia.

La disolución de algún metal en un ácido

produce una corriente eléctrica; conducida ésta por un alambre, se vuelve un imán que nos permite el producir diferentes efectos. La causa de todos los fenómenos desarrollados es el magnetismo; la causa del magnetismo la buscamos en la corriente eléctrica, y la última causa de la corriente eléctrica la encontramos en un cambio de sustancias, en una acción química. Hay varias causas de producción de fuerza ó movimiento: un resorte comprimido, una corriente de aire, una cierta velocidad, la caída de una masa de agua, el fuego aplicado á una caldera, la disolución de un metal en un ácido; todas estas diferentes causas de movimiento producen, un solo y mismo efecto. Pero en el cuerpo animal no conocemos mas que una sola, como la última causa de toda producción de fuerza, y es la acción química que mutuamente se ejerce entre los principios de los alimentos y el oxígeno del aire. La única causa conocida, y la última de la actividad vital tanto en los animales como en las plantas, es un acto químico; escluyámonse, y se acaban las señales de vida, ó cesan de ser apreciables; impidámos la acción química y tomarán otras formas los fenómenos vitales.

Segun los experimentos de M. Despretz 11 onza de carbon desarrolla en su combustión bastante calor para elevar á 75° la temperatura de 166½ onzas de agua; se tiene por todo 105 veces 75° = 7875° de calor. Por consiguiente, las 27,81 onzas de carbon que se transforman en el cuerpo de un soldado en ácido carbónico, desarrollan 27,81 veces 7875° de calor = 218 825°. Con esta cantidad de calor se puede elevar 14 onza de agua de 0° á aquella temperatura, ó hacer hervir 68½ libras de agua, ó elevar 185 libras, hasta 37° (temperatura del cuerpo) ó convertir en vapor 12 libras de agua á 37°. Ahora bien, si admitimos que durante 24 horas se evaporen por la piel y el pulmon 48 onzas, queda restando la cantidad de calor necesaria á esta evaporación 382 003 grados de calor, que salen del cuerpo por la irradiación, por la calefacción del aire espirado, por los excrementos y por la orina.

No ha entrado en este cálculo la cantidad de calor emitido por la combustión del hidrógeno, para su transformación en agua. Se debe recordar solamente, que el calor específico de los huesos, la grasa, la sustancia de los órganos, es mucho menor que el del agua; que por consiguiente, para calentarse á 37° necesitan mucho menos calor que otro igual volumen de agua; y no cabe duda que teniendo en cuenta todas estas circunstancias, bastará completamente el calor producido por el acto de la combustión, suficiente para explicar la temperatura constante del cuerpo y la evaporación de la piel y pulmones.

Todas los experimentos de los físicos sobre la cantidad del oxígeno que consume un animal

en un tiempo dado, y las conclusiones que de ellas han sacado respecto de la producción del calor animal, son insignificantes; porque estas cantidades de oxígeno varían segun la temperatura y densidad del aire, el estado de movimiento, de trabajo y de ejercicio, y cambian tambien por la cantidad y calidad de los alimentos, ingeridos con el calor comparativo de los vestidos, y con el tiempo de la digestión. Los prisioneros de la casa de forzados (ó casa de trabajos) de Marienscloss no consumen mas de 21½ onzas de carbon; los de la casa de arresto en Geissen, que están privados de todo ejercicio, no pasan de 19½ onzas; y en una casa particular, cuya familia se compone de 9 personas, 5 adultos y 4 niños, no consumen, terrino medio, mas de 17½ onzas de carbon. Se puede admitir aproximativamente que las cantidades absorbidas de oxígeno están en la razon de estos números; pero el uso de la carne, del vino y de las sustancias grasosas, varían estas proporciones, ó consecuencia de la dimension del hidrógeno de estos alimentos, que en su transformación en agua produce bajo pesos iguales, una cantidad de calor mucho mayor.

No son mas insignificantes los experimentos que se han hecho para determinar la porción de calor emitida por un animal, consumiendo una cantidad dada de oxígeno. Se ha hecho respirar á los animales en espacios cerrados rodeados de agua fria; se ha medido por el termómetro el aumento de temperatura del intermedio ambiente, y determinado por el análisis del aire que ha entrado y salido, la cantidad de oxígeno desaparecido, como tambien la del ácido carbónico producido. Por estos experimentos se ha encontrado que el animal ha perdido cosa de un decimo mas del calor que corresponde al oxígeno consumido; y si se hubiese estado la trípica arteria del animal, se habria observado el fenómeno notable de la transmisión del calor á la agua que circunda al animal, y esto se habria enfriado sin consumir ningún oxígeno: la temperatura del animal era de 38°, la del agua de 8,5 en los experimentos de M. Despretz. Prueban, pues, estos experimentos, que cuando existe una gran diferencia entre la temperatura del cuerpo animal y el intermedio que le rodea, á consecuencia de la privación de todo movimiento, se desprende mas calor del que corresponde al oxígeno inspirado, del que se produce en tiempos iguales con toda libertad de movimiento. En ciertas épocas del año se observa este estado, tanto en los animales como en los hombres, en cuyo caso decimos que tenemos frio, ó experimentamos la sensación del frio, y es claro que si le pusiésemos á un hombre vestidos metálicos, y le alisásemos pies y manos, la pérdida de calor, respecto á un igual consumo

de oxígeno, sería mucho más considerable que si lo envolvieramos con pines, ó con lana; aun en el último caso, tenos que comienza á sudar, saliendo agua caliente de los poros de su cutis.

Si á estas consideraciones añadimos que existen observaciones muy positivas, de que la temperatura del cuerpo de un animal, forzado á respirar en una posición contranatural, acostado por ejemplo sobre las espaldas, con los miembros estados de modo á impedirle el movimiento, ha disminuido de una manera apreciable al término de tres horas; no podemos menos de sacar conclusiones deducidas de tales experimentos. En una palabra, estos experimentos y las conclusiones que de ellos se deducen, son de ningún valor para el que piensa que existe en el cuerpo del animal otra fuente desconocida de calor, además de la recíproca acción química, entre los principios de los alimentos y el oxígeno del aire. De la existencia de esta última no puede dudarse, y es mas que suficiente para explicar todos los fenómenos.

Septiembre 28 de 1843.

(Traducción del "Journal de Pharmacie et de Chimie." Tercera serie, Tomo 1.º núm. 4, por A. del Castillo).

DOCUMENTOS RELATIVOS A HERNAN CORTES.

Los dos primeros, que son los castros de Carlos V á Cortés, se han sacado del archivo de Simancas. Los otros se copian del archivo de los Marques del Valle en Mexico, y de ellos existe un tratado entre los manuscritos de la Academia de la Historia, autorizado por el secretario D. José Miguel de Flores.

CARTA DE CARLOS V. A HERNAN CORTES EN QUE SE LE DA POR BASTANTE DE SU SERVICIO EN NUEVA ESPAÑA.

Madrid 19 de octubre de 1522.

El Rey.—Hernando Cortés nuestro Gobernador é Capitan General de la Nueva España llamada Acapulcan é Uloa. Luego como á la divina clemencia plugo de me traer á estos reinos, que desbarbaré con toda mi armada Real en la villa é puerto de Santander á diez y seis dias del mes de Julio de este presente año, mandé que se entendiese con mucha diligencia en el despacho de las cosas del estado de esas partes como en cosa tan principal, especialmente quise por mi Real Persona ver y entender nuestras relaciones é las cosas de esta Nueva España, é de lo que en el susceso de estos reinos en ella ha pasado, porque lo tengo por cosa grande y señalada, y en que espero nuestro Señor será muy servido, y así tanto fué estúpida y acrecentada, que es nuestro principal deseo, y de que estos reinos recibirían mucho provecho é noblecimiento, en que por la dicha mi ausencia no es ha podido entender. E para que mejor se pudiese hacer y proveer mandé oír á Martin Cortés vuestro padre, y Alonso Hernandez Puer-

toacerozo y Francisco Montejo vuestros procuradores y de los pueblos de esa tierra, y los procuradores del Adelantado Diego Velazquez, así mismo el Vecedor Cristoval de Tapia que después llegó, que habia sido proveido de la gobernación de esa tierra por nuestros Gobernadores en nuestro nombre, y por todo ello parece cuan dañosa ha sido para la poblacion de esa tierra é conversion de los naturales de ella, y estorbo para que Nos no fuésemos servidos, y estos reinos é naturales de ellos aprovechados, las diferencias que entre vos y el dicho Adelantado ha habido, é como aquellas y la idea de Pánfilo de Narvaez, é la armada que llevó, fué causa de se alzar é perder la gran ciudad de Tlaximiltan (México) que está fundada en la gran Laguna, con todas las riquezas que en ella habia, y de los miles é muertes de cristianos é indios que ha habido, de que nuestro Señor ha sido muy servido, y Nos habemos recibido desplacer. E Nos queriendo proveer en ello de manera que lo pasado se remedie, y adelante pueda haber cambio para que en esa tierra se haga el fruto que es razon é Yo tanto deseo para el acrecentamiento de nuestra santa fe católica y salvacion de las ánimas de los indios naturales y habitantes en esas partes, é por vos quitar de las dichas diferencias habemos mandado las dichas diferencias y debates que entre vos y el dicho Adelantado hay é pueda haber á justicia, y lo habemos cometido y mandado al nuestro gran Canciller é á los del nuestro Consejo de las Indias para que ellos conozcan de ellas y brevemente os hagan y administren entero cumplimiento de justicia, y envío á mandar al dicho Adelantado que no arme ni envíe contra vos gente ni fuerza, ni haga otra violencia ni novedad alguna. E porque soy certificado de lo mucho que vos en ese descubrimiento é conquista y en tornar á ganar la dicha ciudad é provincias habeis fecho é trabajado, de que me ha tenido é tengo por muy servido, é tengo la voluntad que es puzo para vos favorecer y hacer la merced que vuestros servicios y trabajos merecen, y confiando de vuestra persona é creyendo que me serviréis con la lealtad que debéis, y que en todo poréis la buena diligencia é recado que conviene como persona que tanta experiencia tiene de lo de allá, vos habemos mandado proveer del cargo de nuestro Gobernador y Capitan General de la Nueva España y provincias de ella por el tiempo que nuestra merced é voluntad fuere, é Nos mandamos proveer en ella cosas, como vereis por las provisiones, é podereis é instrucciones que vos mando enviar. Porende Yo vos mando y encargo que useis de los dichos oficios conforme á ellos, con aquella diligencia y buen recado que á nuestro servicio, y á la ejecución de la nuestra justicia y poblacion de

esta tierra convenga, é Yo de vos confío: que como dicho es Yo envío á mandar al dicho Adelantado que no haga cosa alguna que pueda ser perjudicial á la dicha vuestra gobernación, é á la paz é sosiego de esa tierra, y que principalmente tengais grandísimo cuidado y vigilancia de que los indios naturales de esa tierra sean instruidos é doctrinados para que vengán en conocimiento de nuestra santa fe católica, trayéndolos para ello por todas las buenas mañas é buenos tratamientos que convenga, pues (á Dios gracias) segun vuestras relaciones tienen mas habilidad y capacidad para que se haga en ellos fruto y se salven, que los indios de las otras partes que hasta agora se han visto, porque este es mi principal deseo é intencion, y en ninguna cosa me podreis tanto servir.

Y para lo que toca al recado de nuestra hacienda, y porque haya con vos personas cuerdas y oficiales buenos, enviamos á Alonso de Estrada continuo de vuestra casa, por nuestro tesoro, y á Rodrigo de Albornoz nuestro secretario, por nuestro contador, y Alonso de Aguilar por nuestro factor, é á Peralmindez Cherino por nuestro vecedor, á los quales vos encargo que useis é tratéis bien como á criados é oficiales nuestros, é les deis parte de todo lo que os pareciere que conviene á nuestro servicio, é que por razon de sus oficios la deben haber, de manera que ellos bien y ejerzan, y puedan usar y ejercer como conviene; que ellos amen y asaten como es razon, y en todo los favorezcan como de vos confío.

Las instrucciones locales, así para la buena gobernacion de esa tierra como para que los dichos indios sean bien tratados, doctrinados é instruidos en las cosas de nuestra santa fe católica, que es lo que principalmente deseamos, como á la forma é manera que los dichos nuestros oficiales han de tener en sus oficios, llevan ellos, las cuales vos mostrarán por mi servicio; que vos por lo que toca á nuestro oficio las guardéis y cumpláis, é hagais guardar é cumplir, é á ellos para que las guarden cuidado de mi escribir muy largo de todas las cosas de allá, é de lo que á vos os parece que deho mandar proveer para el buen gobierno de esas tierras. De Valladolid á quince días de octubre de quinientos y veinte é dos años.—Yo el Rey.—Por mandado de S. M.—Francisco de los Cobos.

CARTA DE CARLOS V. A HERNAN CORTES AVISANDOLE QUE HABIA MANDADO TOMARLE RESIDENCIA EN SU OFICIO.

Madrid 19 de Septiembre de 1523.

El Rey.—Don Hernando Cortés nuestro Gobernador é Capitan general de la Nueva España, si vuestra letra de quince de octubre del año pasado de mil é quinientos y veinte y cuatro años que Don Diego de Soto é los procuradores de

TOMO II.—27

esta Nueva España me escribistes, é ansimismo la relacion largi é particular que con ellos me enviastes de las cosas de esas partes de lo sucedido en cada cosa de ello, é por lo uno é por lo otro mostrais bien la voluntad que tenéis á mi servicio, é la gran diligencia é cuidado con que en ellas habeis siempre entendido, de lo cual Yo he tenido la confianza que es razon; é como quiera que en esto sea así, y Yo conozco cuan provechosa ha sido vuestra persona para la pacificacion de esa tierra é la reducir á nuestro servicio, porque despues que vos mandé proveer de ese cargo de nuestro Capitan General y Gobernador, por muchas personas y cartas he tenido muchas relaciones contra vos y vuestra gobernación, é como quiera que segun vuestros servicios se debe pensar que los que lo escriben é dicen, es con alguna pusion ó envidia de lo que vos Nos podriades servir; pero por cumplir con lo que soy obligado á la justicia, y conformarme con las leyes é costumbres de estos reinos, he acordado de mandaros tomar residencia para me informar de la verdad, porque sabida haya mejor lugar para honrar vuestra persona, y así hacer las mercedes que Yo tengo voluntad, y para ello envío al Licenciado Luis Ponce de Leon que es persona de conciencia, é que con toda rectitud hará su oficio. Porende Yo vos encargo é mando que luego como llegare, proveais como sea recibido conforme á su provision, é le sean entregadas las varas para que con brevedad pueda tomar la residencia dentro del tiempo de su comision, porque Yo le he mandado que luego pasado aquel, me envíe la relacion de ello para que con toda brevedad la mande ver é proveer como convenga.

E porque como veis el dicho Licenciado Luis Ponce de Leon no tiene experiencia de las cosas de esa tierra, ni de lo que convenga á los principios hacer é proveer para la pacificacion é gobernacion de ella, vos como persona que tanta noticia tiene de ello, é tan bien servido nuestro, le podreis informar é aconsejar la forma que debe tener para no errar, vos encargo mucho que en todo lo que el dicho Licenciado Luis Ponce de Leon de vuestro consejo é industria se quiera aprovechar, gelo deis é ayudeis en lo que de mi parte os dijere como Yo de vos lo espero, que me terná por servido.

Yo lo que decir cerca del salario que vos mandamos señalar con ese cargo de nuestro Gobernador é Capitan General de esa tierra, que os parece bajo para segun los gastos, é calidad de esa tierra. Vos tenéis razon, y Yo lo mandaré proveer para adelante como es menester, é como vos tengais causa de estar contento. De Toledo á cuatro de noviembre de mil é quinientos y veinte é cinco años.—Yo el Rey.—Por mandado de S. M.—Francisco de los Cobos.

CEDELA DEL EMPERADOR CARLOS V. NOMBRANDO GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE NUEVA ESPAÑA A HERNAN CORTES.

Dada en Barcelona á 2 de Julio de 1520.

Don Carlos, por la divina clemencia Emperador siempre augusto, Rey de Alemania: Doña Juana su madre y el mismo D. Carlos por la gracia de Dios Reyes de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, y de las Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano, Condes de Barcelona, y Señores de Vizcaya y de Molina, Duques de Atenas y Neopatria, Condes de Rossellon y Cerdeña, Marqueses de Orisán y de Gociano, Archiduques de Austria, Duques de Borgoña y de Brabant, Condes de Flandes y de Tirol, &c. Por cuanto vos D. Hernando Cortés, Marques del Valle, habeis hecho muchos, y grandes y señalados servicios á los Católicos Reyes nuestros Señores Padres y Abuelos, que santa gloria hayan, y á Nos, y de cada día vos los hacéis, é esperamos y tenemos por cierto que nos los haréis de aquí adelante continuando vuestra lealtad y fidelidad, é teniendo respecto á nuestra persona y servicios, y confiando de vuestra suficiencia y habilidad; y porque entendemos que así cumplís á nuestro servicio, y á la paz y sosiego de la Nueva España, y costa, y provincia de la mar del Sur de ella que vos descubristeis y poblastes, que son en los lumbes y paraje de la dicha Nueva España; en nuestra merced y voluntad que, ahora y de aquí adelante, quanto nuestra voluntad fuere, seáis nuestro Capitán General de la dicha Nueva España, y costa y provincia de la mar del Sur de ella, é por esta nuestra carta vos mandamos poder y facultad para que podáis usar y usar de dicho oficio y cargo en los casos y cosas á él anexas y concernientes, así por mar como por tierra, por vos, y por vuestros lugartenientes, que es nuestra voluntad que, en el dicho oficio podáis poner, y lo quitar y adormer cada que quisierdes, y por bien tuvierdes y vierdes que conviene á nuestro servicio. É mandamos á nuestro Presidente y Oidores de la nuestra audiencia y chancillería Real de la Nueva España, y á los Consejos, Justicias, y Regidores, Caballeros y Escuderos, Oficiales y omes buenos de todas las ciudades y villas y logares de la Nueva España, y provincia del mar del Sur, é á cualesquier capitanes y gente de guerra que en ellos estuviere, é á otras cualesquier personas de cualquier calidad, preeminencia ó dignidad que sean, que vos hayan, y reciban y tengan por nuestro Capitán General en las dichas tierras, é usen con vos y con vuestros lugartenientes; é manda-

mos que vos guarden y hagan guardar todas las honras, gracias, mercedes, franquicias, y libertades, preeminencias, prerogativas, y inmunidades, y todas las otras cosas y cada una de ellas que por razon de ser nuestro Capitán General de las dichas tierras debéis haber y gozar, y vos deben ser guardadas segund se uso y usa, y debió y debe usar y guardar á los otros nuestros Capitanes Generales de estos nuestros reinos, y de las Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano, de todo bien y cumplidamente, en guisa que vos no menguen de cosa alguna, y que en ello ni en parte de ello, embargo ni contrario alguno vos non pongan sin consentirnos poner; que Nos por la presente vos recibimos y habemos por recibido al dicho oficio, y al uso y ejercicio de él, é vos damos poder y facultad para lo usar y ejercer, caso que por ellos ó por alguno de ellos á él no seáis recibido; y mandamos que todos se conformen con vos, y vos den y hagan dar todo el favor y ayuda que les pidierdes y menester hubierdes para el uso y ejercicio del dicho oficio, é para todo lo demás que dicho es; que por esta nuestra carta os mandamos poder cumplido con todas sus incidencias y dependencias, anexidades y conexidades; é los unos ni los otros non pagad ni logan ende al por alguna manera so pena de nuestra merced é de diez mil maravedís para la nuestra cámara. Dada en Barcelona á seis dias del mes de julio año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil y quinientos y veinte y nueve años.—Yo el Rey.—Yo Francisco de los Cobos Secretario de sus Cesáreas y Católicas Magestades la fice escribir por su mandado.—Señalado con una rúbrica.—Fr. G. episcopus Oxomien.—El Doctor Beltrán.—El Licenciado de la Corte.—Registrada.—Francisco de Bribiesca.

CEDELA DEL EMPERADOR CARLOS V. CONCEDIENDO TITULO DE MARQUES DEL VALLE A HERNAN CORTES.

Dada en Barcelona á 30 de Julio de 1520.

Don Carlos por la divina clemencia Emperador siempre augusto, Rey de Alemania: Doña Juana su madre y el mismo D. Carlos por la gracia de Dios Reyes de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, y de las Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano, Condes de Barcelona, y Señores de Vizcaya y de Molina, Duques de Atenas y Neopatria, Condes de Rossellon y Cerdeña, Marquesses de Orisán y de Gociano, Archiduques de Austria, Duques de Borgoña y de Brabant, Condes de Flandes y de Tirol &c. Por cuanto Nos por una nuestra carta, firmada de mi el Rey habemos hecho merced á vos D.

Hernando Cortés nuestro Gobernador y Capitán General de la Nueva España, de veinte y tres mil vasallos en la Nueva España que vos descubristeis y poblastes, señaladamente en ciertos pueblos del valle de Guajaca que es en la dicha Nueva España, y en otras partes de ella, como mas largo en la provision que de ello vos mandamos dar se contiene; por ende acatando los muchos y señalados servicios que habeis hecho á los Católicos Reyes Nuestros Señores Padres y Abuelos, que hayan santa gloria, y á Nos, especialmente en el descubrimiento y poblacion de la dicha Nueva España de que Dios nuestro Señor ha acido tan servido, y la corona Real de estos reinos acrecentada, y lo que esperamos y tenemos por cierto que nos haréis de aquí adelante, continuando vuestra fidelidad y lealtad; teniendo respecto á vuestra persona é á los dichos vuestros servicios, é por os mas honrar y sublimar, é porque de vos y de vuestros servicios queda mas perpetua memoria, é porque vos y vuestros sucesores seáis mas honrados y sublimados, tenemos por bien, y es nuestra merced y voluntad que agora y de aquí adelante vos podáis llamar, firmar é titular, é os llamemos é intitulemos Marques del Valle, que ahora se llamaba Guajaca, como en la dicha merced va nombrado, é por la presente vos hacemos é intitulos Marques del dicho Valle llamado Guajaca, é por esta nuestra carta mandamos al Illustrissimo Principe D. Felipe nuestro muy caro y muy amado hijo y nieto, é á todos los Infantes, Duques, Marqueses, Perlados, Condes, Ricos homes, Maestres de las órdenes, Priores, Comendadores, y Sub-comendadores, Alcaldes de los castillos y casas fuertes y llanas, é á los del nuestro consejo, Presidentes y Oidores de las nuestras Audiencias y Chancillerias de estos reinos, y de la dicha Nueva España, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra casa y Corte, y Chancillerias, é á todos los Consejos, Corregidores, Asistentes, Gobernadores é otras cualesquier Justicias y personas de cualquier estado, preeminencia, condition ó dignidad que sean nuestros vasallos, y súbditos y naturales que sean de estos nuestros reinos y de las Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano, así á los que agora son como á los que serán en adelante, y á cada uno y cualquier de ellos, que vos hayan, y tengan y llamen Marques del dicho Valle de Guajaca, é vos guarden y hagan guardar todas las honras, gracias, mercedes, franquicias y libertades, preeminencia, prerogativas y otras cosas que por razon de ser Marqués debéis de haber y gozar, y vos deben ser guardadas de todo bien y cumplidamente en guisa que vos non mengue ende cosa alguna; é los unos ni los otros non pagades nin logan ende al por alguna manera so pena de á nuestra merced y de diez mil maravedís para

la nuestra cámara, á cada uno y á cualquier de ellos por quien ficare de lo anst hacer y cumplir. Dada en la ciudad de Barcelona á veinte dias del mes de julio, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil y quinientos y veinte y nueve años.—Yo el Rey.—Yo Francisco de los Cobos, Secretario de sus Cesáreas y Católicas Magestades la fice escribir de su mandado.—Señalado con una rúbrica.—Fr. G. episcopus Oxomien.—El Doctor Beltrán.—El Licenciado de la Corte.—Registrada.—Francisco de Bribiesca.

ASIENTO HECHO POR EL EMPERADOR CARLOS V. É HIA POR LA EMPERATRIZ EN SU NOMBRE, DON EL MARQUEZ DEL VALLE SOBRE EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LAS ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO.

En 20 de Octubre de 1520.

La Reina.—Por cuanto vos D. Hernando Cortés, Marqués del Valle, nos feristes relacion que con deseo de Nos servir, y del bien y acrecentamiento de nuestra corona Real como siempre lo habeis hecho, queríades descubrir, conquistar é poblar espuesquier islas, tierras é provincias que hay en el mar del Sur de la Nueva España, que no sea en paraje de las tierras en que hasta agora hay provistos Gobernadores, todo á vuestra costa é mención, sin que en ningún tiempo seamos obligados á vos pagar los gastos que en ello fuerdes, mas de lo que en esta capitulacion vos fuere otorgado, y me suplicastes y pedistes por merced vos mandase encomendar y dar licencia para hacer la conquista de las dichas tierras, y vos concediese é otorgase las mercedes, y con las condiciones que de yuso serán contenidas; sobre lo cual Yo mandé tomar con vos el asiento y capitulacion siguiente.

Primeramente vos damos licencia, poder y facultad para que por Nos y en nuestro nombre y de la corona Real de Castilla podáis descubrir, conquistar é poblar cualesquier islas que hay en el mar del Sur de la dicha Nueva España que estén en su paraje; y todas las que falláredes hacia el poniente de ella; no siendo en el paraje de las tierras en que hoy hay provistos Gobernadores. Y ainesimismo vos damos la dicha licencia y facultad para que podáis descubrir cualquier parte de Tierra Firme que falláredes por la dicha costa de el Sur hacia el poniente, que no se halla fasta agora descubierta ni entre los limites á paraje norte é sur de la tierra que está dada en gobernación á Panfilo de Narvaez, ni Nudo de Guzman.

Item entendiendo ser tan preciso al servicio de Dios nuestro Señor y nuestro, y por honrar vuestra persona, y por vos hacer merced prometimos de vos hacer nuestro Gobernador de todas las dichas islas é tierras que como dicho es descubriéredes y conquistáredes por todos los dias de vuestra vida, y de ello vos mandáremos dar, y vos serán dadas nuestras provisiones en forma.

Ansimismo vos fuémos como por el presente vos la fago del oficio de nuestro Alguacil mayor de las dichas tierras por todos los dias de vuestra vida, y de ello vos será dada provision en forma.

Otrosi por cuanto vos me suplicastes vos fuémosos merced de la dozana parte de todo lo que descubriéredes en la dicha mar del Sur, perpetuamente para nuestros herederos y sucesores, por la presente digo que habida informacion de lo que vos descubriéredes, y sabido lo que es, tendrémos memoria de vos hacer merced y satisfaccion que el servicio y gasto que en ello fuéredes, mereciere, y que dello se termine respecto á vuestra persona y para entretanto que venida la dicha relacion lo mandásemos proveer como dicho es, habido respecto á los gastos y costas que en la dicha conquista y descubrimiento hubiédes de hacer, tenemos por bien que gocéis de la dozana parte de todo lo que como dicho es descubriéredes por el tiempo que nuestra merced é voluntad fuere, con el señorío é jurisdiccion en primera instancia, reservando para Nos y nuestra corona Real todas las cosas concernientes á la suprema.

E porque Nos siendo informados de los males y daños que en descubrimiento y poblaciones nuevas se han fecho y fieren, y para que Nos con buena conciencia podamos dar licencia para los hacer, para remedio de lo qual con acuerdo de los del nuestro Consejo, y consultado nuestro, está ordenada y despachada una provision general de capitulos sobre lo que vos habéis de guardar en la dicha poblacion y descubrimiento, la qual aqui mandamos incorporar, su tenor de la qual es este que sigue.

Cédula de Carlos V sobre el buen tratamiento de los indios, de 15 de noviembre de 1520.

Don Carlos por la gracia de Dios Rey de Romanos, Emperador siempre augusto. Doña Juana su Madre y el mismo D. Carlos, por la misma gracia Reyes de Castilla, de Leon, de Aragón, de las Islas de Sicilia, de Jerusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Marcin, de Jaen, de los Algarbes, de Algezira, de Gibraltar, de las Islas de Canaria, de las Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano, Condes de Barcelona, Señores de Vizcaya, de Mallorca, Duques de Atenas y Neopatria, Condes de Ruisellon y de Cerdeña, Archiduques de Austria, Duques de Borgoña, de Brabant, Condes de Flandes, de Tirol &c. Por cuanto Nos somos certificados y es notorio que por la desordenada codicia de algunos de nuestros súbditos que porseron á las nuestras islas é Tierra Firme del mar Océano, por el mal tratamiento que hicieron á los indios naturales de las dichas islas é Tierra Firme, así en los grandes

y excesivos trabajos que les daban, teniéndolos en las minas para sacar oro, y en las pesquerías de perlas, y en otras labores y grangerías, haciéndolos trabajar excesiva é incómodamente, no les dando el vestir ni el mantenimiento necesario, peor que si fueran esclavos, lo cual todo ha sido é fué causa de la muerte del gran número de los dichos indios, en tanta cantidad que muchas de las islas y parte de Tierra Firme quedaron yermas y sin poblacion alguna de los dichos indios naturales de las islas, y que otros huýesen, é se fuesen á se ausentasen de sus propias tierras é naturalezas, é se fuesen á los montes é otros lugares para salvar sus vidas y salir de la dicha sujecion y mal tratamiento, lo qual fué tambien grande estorbo á la conversion de los dichos indios á nuestra santa fe católica, y de no haber venido todos ellos entera y generalmente en serpendero conocimiento de ella, de que Dios nuestro Señor es muy deservido, y ansimismo somos informados que los capitanes y otras gentes que por nuestro mandado y con nuestra licencia fueron á descubrir y poblar algunas de las dichas islas, é Tierra Firme, seyendo como fué y es nuestro principal intento y deseo, de traer á dichos indios en conocimiento verdadero de Dios nuestro Señor, y de su santa fe con predicacion de ella y ejemplo de personas doctas y buenos religiosos, con las fechas buenas obras y tratamientos de prójimos, sin que en sus personas ni bienes no recibiesen fuerza ni perjuicio, daño ni desaguado alguno, y habiendo sido todo así por Nos ordenado é mandado, é llevándolo los dichos nuestros capitanes y otros nuestros oficiales y gentes de las tales armadas por mandamiento é instruccion particular, enviados con la dicha codicia, olvidando el servicio de Dios nuestro Señor é nuestro, hicieron é mataron á muchos de los dichos indios en los descubrimientos é conquistas, y les tomaron sus bienes, sin que los dichos indios les hobiesen dado causa justa, ni hobiesen precedido ni hecho las amonestaciones que eran tenidos de las hacer, ni fecho á los cristianos resistencia ni daño alguno para la predicacion de nuestra santa fe; lo cual demas de haber sido en grande ofensa de Dios nuestro Señor, dió ocasion y fué causa que no solamente los dichos indios que recibieron las dichas fuerzas, daños é agravios, y otros muchos comenzaron que tuvieron de ello mucha é subiduria, se levantaron é juntaron con gran armada contra los cristianos nuestros súbditos é mataron muchos de ellos, é aun á los religiosos é personas eclesiásticas que ninguna culpa tuvieron, y como mártires padecieron predicando la fe cristiana; por lo cual todo suspendirnos y sobrecémos en el dar de las licencias para las dichas conquistas y descubrimientos, queriendo proveer é practicar, así sobre el castigo de lo

pasado como en el remedio de lo venidero, y escusar los dichos daños é inconvenientes, y dar orden que en los descubrimientos y poblaciones que de aqui adelante se hobieren de hacer, se fagan sin ofensa de Dios é sin muerte ni robo de los dichos indios, é sin captyarlos por esclavos indubidamente, de manera que el deseo que habemos tenido y tenemos de ampliar nuestra santa fe, y que los dichos indios á infieles vengan en conocimiento de ella, se faga sin cargo de nuestras conciencias, y se prosiga nuestro propósito, y la intencion é obra de los católicos Reyes nuestros Padres é Abuelos en todas aquellas partes de las islas é Tierra Firme del mar Océano, que son de nuestra conquista, y quedan por descubrir é poblar; lo cual visto con grande deliberacion por los de nuestro Consejo de las Indias, y con Nos consultado, fué acordado que debiamos de mandar dar esta nuestra carta en la dicha razon, por la cual ordenamos y mandamos que agora y de aqui adelante, así para remedio de lo pasado como en los descubrimientos y poblaciones que por nuestro mandado y en nuestro nombre se fieren en las dichas islas é Tierra Firme del mar Océano, descubiertas y por descubrir en nuestros límites é demarcacion, se guarde y cumpla lo que de yuso será contenido en esta guisa.

Primeramente ordenamos y mandamos que luego sean dadas nuestras cartas é provisiones para los oidores de la nuestra audiencia que reside en la ciudad de Santo Domingo en la Isla Española, y á los Gobernadores y otras Justicias que agora son ó fueren de la dicha isla, y de las otras islas de San Juan, y Cuba y Jamaica, é á los Gobernadores y Alcaldes mayores, é otras Justicias, así de Tierra Firme como de Nueva España, y de las otras provincias de Panamá é de las Igueras, ó de la Florida, ó Tierra Nueva, é para las otras personas que nuestra voluntad fuere de lo cometer é encomendar, para que cada uno con gran cuidado é diligencia, cada uno en su lugar é jurisdiccion, se informe cuales de nuestros súbditos y naturales, mas capitanes como oficiales, y otras cualesquier personas, fieren las dichas muertes, y robos, y excesos, é desaguados, y horronen indios contra razon y justicia; y los que se fallaren culpados en su jurisdiccion, envíenlos ante Nos en el nuestro Consejo de las Indias, la relacion de la culpa, con su parecer de el castigo que se debe sobre ello hacer, lo que sea á servicio de Dios nuestro Señor y nuestro, y convega á la ejecucion de nuestra justicia.

Otrosi ordenamos y mandamos que si las dichas nuestras Justicias por la dicha informacion ó informaciones vieren que algunos de nuestros súbditos de cualquier calidad ó condicion que sean, é otros cualesquier tobiere algunos in-

dios por esclavos, sacados é traídos de sus tierras é naturalezas injusta é indubidamente, los saquen de su poder, y queriendo los tales indios, los fagan volver á sus tierras é naturalezas, si buenamente é sin incomodidades se pudiere fazer; y no se pudiendo esto fazer cómoda y buenamente, los pongan en aquella libertad é encomienda que de razon é justicia, segun la calidad ó capacidad de sus personas hobiere lugar, teniendo siempre respecto y consideracion al bien y provecho de los dichos indios para que sean tratados como libres y no como esclavos, y que sean bien mantenidos y gobernados, y que no se les dé trabajo demasado, y que non los traigan en las minas contra su voluntad, lo cual han de hacer con parecer del parlado ó de su oficial habiéndolo en el lugar, y en su ausencia con acuerdo y parecer de el cura ó su teniente de la iglesia que ende estoviere, sobre lo cual enargomamos mucho á todos las conciencias; é si los dichos indios fueren cristianos, no se han de volver á sus tierras aunque ellos quieran, si no estovieren convertidos á nuestra santa fe católica por el peligro que á sus ánimas se les puede seguir.

Otrosi ordenamos y mandamos que agora é de aqui adelante cualesquiera capitanes y oficiales, é otros cualesquier nuestros súbditos é naturales de fuera de nuestras tierras que con nuestra licencia y mandado hobieren de ir é fueren á descubrir y poblar, ó rescatar en algunas de las islas ó tierra de el mar Océano en nuestros límites é demarcacion, sean tenidos y obligados, antes que salgan de estos nuestros reinos: cuando se embarcaren y é hacer su viaje, á llevar á lo menos dos religiosos ó clérigos de miss en su compania, los cuales nombren ante los del nuestro Consejo de las Indias, y por ellos habida informacion de su vida, doctrina, y ejemplo: sean aprobados por tales cuales conviene al servicio de Dios nuestro Señor y para la instruccion y licuimiento de los dichos indios, é predicacion y conversion de ellos, conforme á la bula de la conservacion (1) de las dichas Indias é la corona Real de estos reinos.

Otrosi ordenamos é mandamos que los dichos religiosos ó clérigos tengan muy gran cuidado é diligencia en procurar que los indios, sean bien tratados como prójimos; mimdos é favorecidos, y que no consientan que les sean fechas fuerzas ni robos, ni daños ni de aguados, ni moltatamientos algunos, y si lo contrario se ficiere, por cualquier persona de cualquier calidad ó condicion que sean, tengan muy gran cuidado é solicitud de nos avisar luego en pudiendo particularmente de ello, para que Nos é los del nuestro Consejo lo mandemos ver é castigar con todo rigor.

Otrosi ordenamos é mandamos que los dichos

(1) Tal vez concision.

capitanes y otras personas que con nuestra licencia fueren á hacer descubrimiento, ó población, ó rescate, cuando hubieren de salir en alguna isla ó Tierra Firme que facen durante la navegación ó viaje en nuestra demarcación ó en los límites de los cuales fueren particularmente señalados en la dicha licencia, lo hayan de hacer á fagan con acierto ó parecer de nuestros oficiales que para ello fueren nombrados, y de los dichos religiosos ó clérigos que fueren con ellos, é no de otros nombres, so pena de perdimento de la mitad de toda su hacienda que fuere lo contrario, para nuestra cámara é fisco.

Otrosí mandamos que la primera é principal cosa que despues de salidos en tierra los dichos capitanes, é nuestros oficiales ó otras cualesquier gentes hubieren de hacer, sea procurar que por lengua de intérpretes que entiendan los indios é moradores de la tierra ó islas, les digan é declaren como Nos los enviamos para les enseñar buenas costumbres, y apartarlos de vicios y de comer carne humana, y á instruirlos en nuestra santa fe y predicarles para que se salven, y atraerlos á nuestro señorío para que sean tratados muy mejor que lo son, y favorecidos, y tratados como los otros nuestros súbditos cristianos, y les digan todo lo demás que fué ordenado por los dichos Reyes Católicos que les habla de ser dicho, manifestado y referido; y mandamos que lleven el dicho requerimiento firmado de Francisco de los Cobos nuestro Secretario y de el nuestro Consejo, y que se lo notifiquen é fagan entender particularmente por los dichos intérpretes una é dos y mas veces, quantas pareciere á los dichos religiosos ó clérigos que conviniere é fuere necesario para que lo entiendan, por muestra que nuestras conciencias queden descargadas, sobre lo qual encargamos á los dichos religiosos, ó clérigos, é descubridores ó pobladores sus conciencias.

Otrosí mandamos que despues de fecha y dada á entender la dicha amonestación y requerimiento á los dichos indios, segun y como se contiene sobre el capítulo *supragrónimo*, si viérelas que conviene é es necesario para servicio de Dios y nuestro, y de seguridad nuestra y de los que adelante hubieren de vivir é morar en las dichas islas é tierras, de hacer algunas fortalezas ó casas fuertes ó llanas para vuestras moradas, procurarán con mucha diligencia y cuidado de las hacer en las parias y lugares donde esté mejor y se puedan conservar y perpetuar, procurando que se fagan con el menor daño y perjuicio que ser pueda, sin los herir ni matar por causa de las hacer, y sin les tomar por fuerza sus bienes y hacienda; antes mandamos que les fagan buen tratamiento é buenas obras, y les animen y alleguen y traten como á próximos, de manera que por ello y por ejemplo de sus vi-

das de los dichos religiosos ó clérigos, é por su doctrina, predicación é instrucción vengian en conocimiento de nuestra feé y en amor é gana de ser nuestros vasallos, y de estar y perseverar en nuestro servicio como los otros nuestros vasallos, súbditos y naturales.

Otrosí mandamos que la misma forma y orden guarden y cumplan en los rescates y en todas las otras contrataciones que hubieren de hacer é facieren con los dichos indios, sin les tomar por fuerza ni contra su voluntad, ni les hacer mal ni daño en sus personas, dando á los dichos indios por lo que toviéren, y los dichos españoles quisiéren haber, satisfacción ó equivalencia de manera que ellos queden contentos.

Otrosí mandamos que ninguno no pueda tomar ni tome por esclavo á ninguno de los dichos indios so pena de perdimento de todos sus bienes, y oficios, y merced y las personas, ó lo que nuestra merced fuere, salvo en caso que los dichos indios no consintiesen que los dichos religiosos ó clérigos estén entre ellos é los instruyan en buenas usas é costumbres, é que los predicquen nuestra santa fe católica, y no quisiéren darnos la obediencia, é no consintieren, resistiendo é defendiendo con mano armada, que no se busquen minas ni saquen de ellas oro ó otros metales que se fallaren; si en estos casos permitimos que por ellas y en defension de sus vidas y bienes los dichos pobladores puedan con acuerdo y parecer de los dichos religiosos, seyendo conformes y firmándolo de sus nombres, hacer guerra ó facer en ella aquello que la dicha nuestra santa fe y religion cristiana permiten y mandan que se faga y pueda hacer, y no en otra manera ni en otro caso alguno, so la dicha pena.

Otrosí mandamos que los dichos capitanes ni otras gentes no puedan apremiar ni compeler á los dichos indios á que vayan á las minas de oro, ni otros metales; ni á pesquería de perlas, ni á otras granjerías suyas propias, so pena de perdimento de sus oficios é bienes para nuestra cámara; pero si los dichos indios quisiéren ir á trabajar de su voluntad, bien permitimos que se puedan servir y aprovechar como de personas libres, tratándolos como tales, no les dando trabajos demasiados, teniendo especial cuidado de ellos, enseñarles buenos usos y costumbres, y de apartarlos de los vicios de comer carne humana y de adorar los ídolos, y del pecado y delito contra natura, y de los traer á que se conviertan en nuestra feé y vivan en ella, é procurando la vida y salud de los dichos indios como las suyas propias, dándoles y pagándoles por su trabajo y servicio lo que merecen y fuere razonable, considerando la calidad de sus personas é condicion de la dicha tierra, y á su trabajo, siguiendo eeren de todo esto que dicho es el parecer de los dichos religiosos ó clérigos, de lo qual

todo é especial el buen tratamiento de los dichos indios, les mandamos que tengan particular cuidado, de manera que ninguna cosa se faga con cargo y peligro de nuestras conciencias, y sobre ellos les encargamos la suya, de manera que contra el voto y parecer de los dichos religiosos y clérigos no puedan hacer ni fagan cosa alguna de las susodichas contenidas en este capítulo, y en los otros que disponen la manera y orden con que han de ser tratados los dichos indios.

Otrosí mandamos que si vista la calidad, ó condicion, ó habilidad de los dichos indios pareciere á los dichos religiosos ó clérigos para el servicio de Dios é bien de los dichos indios, que para que se aparten de sus vicios, y especial del delito nefando é de comer carne humana, y para ser instruidos é enseñados en buenos usos, costumbres y en nuestra feé é doctrina cristiana, y para que vivan en policía, conviniere y es necesario que se encomienden á los cristianos para que se sirvan de ellos como de personas libres; que los dichos religiosos ó clérigos los puedan encomendar, siendo ambos conformes, segun é de la manera que ellos ordenaren, teniendo siempre respecto al servicio de Dios, bien, é utilidad y buen tratamiento de los dichos indios, y á que en ninguna cosa nuestras conciencias puedan ser encargadas de lo que fuéredes y ordenáredes, sobre lo cual les encargamos las suyas, y mandamos que ninguno vaya ni pase contra lo que fuere ordenado por los dichos religiosos ó clérigos en raxon de la dicha encomienda, so la dicha pena, y que con el primero navio que viniere á estos nuestros reinos, nos envíen los dichos religiosos ó clérigos la informacion verdadera de la calidad é habilidad de los dichos indios, é relacion de lo que acerca de ello hubieren ordenado para que Nos lo mandemos ver en el nuestro Consejo de las Indias para que se apruebe y confirme lo que fuere justo y en servicio de Dios, y bien de los dichos indios, y sin perjuicio ni cargo de nuestras conciencias, y lo que no fuere tal se entienda y se provea como convenga á servicio de Dios y nuestro, sin daño de los dichos indios, é de su libertad é vidas, é se escusen los daños é inconvenientes pasados.

Item ordenamos é mandamos que los pobladores é conquistadores que con nuestra licencia agora é de aqui adelante fueren á rescatar, é poblar é descubrir dentro de los límites de nuestra demarcación, sean tenidos é obligados de llevar la gente que con ellos hubiéren de ir á cualquier de las dichas cosas de estos nuestros reinos de Castilla, é de las otras partes que no fueren especialmente prohibidas, sin que puedan llevar ni llevar de los vecinos, y moradores é estantes en las dichas islas y Tierras Firmes del mar Océano ni de alguna de ellas, si no fuere una ó dos personas en cada descubrimiento para lengua é

otras cosas necesarias á los tales viajes, so pena de pernilencia de la mitad de todas sus bienes para la nuestra cámara, del poblador ó conquistador ó maestro que los llevaré sin nuestra licencia especial, é guardando é cumpliendo los dichos capitanes é oficiales, é otras gentes que agora y de aqui adelante hubieren de ir é fueren con nuestra licencia á las dichas poblaciones, é rescates é descubrimientos, hayan de llevar é gozar; é gozen é lloven los salarios, é quitaciones, provechos é gracias é mercedes que por Nos y en nuestro nombre fueren con ellos asentado é capitulado: lo cual todo por esta nuestra carta prometemos de las guardar é cumplir, si ellos guardaren é cumplieren lo que por Nos en esta nuestra carta les es encomendado é mandado, é no lo guardando ni cumpliendo, é viniendo ó pasando contra ello ó contra alguna parte de ello, demás de incurrir en las penas de suyo contenidas, declaramos é mandamos que hayan perdido y pierdan todos los oficios y mercedes que por el dicho asiento é capitulacion hubiéren de gozar. Dada en Granada á diez é siete dias del mes de noviembre de mill é quinientos é veinte é seis años.—Yo el Rey.—Yo Francisco de los Cobos, Secretario de su Cesárea y Católica Majestad la feé escrivir por su mandado.—F. García episcopus Oxoniensis.—El Doctor Carvajal.—I. episcopus Canariensis.—El Doctor Beltrán.—G. episcopus Civitatis (1).—Registrada.—Juan de Sámano.—Urbina, por el Cancellor.—Por ende por la presente faciendo vos lo suyo dicho á nuestra costa, é segun é de la manera que de suyo se contiene, é guardando é cumpliendo lo contenido en la dicha provision que de suyo va incorporada é todas las otras instrucciones que adelante vos mandásemos guardar, é hacer, y á la dicha tierra, y al buen tratamiento é conversion á nuestra santa fe católica de los naturales de ella, digo é prometo que vos será guardada esta capitulacion y todo lo en ella contenido en todo é por todo, segun que de suyo se contiene, y no lo haciendo ni cumpliendo así, Nos vosmos obligados á vos mandar guardar ni cumplir lo suyo dicho ni cosa alguna de ello. E de ello vos mande dar la presente, firmada de mi nombre y referendada de mi infrascripto Secretario. Fecha en Madrid á veinte é siete dias del mes de octubre de mill é quinientos é veinte é nueve años.—Yo la reina.—Por mandado de S. M. Juan de Sámano.

Pensamiento.

LEER es cambiar horas de fastidio por horas de placer.—Montesquieu.

(1) Ponemos los nombres de estos consejeros segun se hallan en un extracto que hace de esta cédula D. Juan Bautista Muñoz, pues en el manuscrito que nosotros usamos están equivocados.

FR. ANTONIO ALCALDE,

OBISPO DE YUCATAN Y DE GUADALAJARA.

Los cultos filósofos nunca conciliaron el entusiasmo divino que anima al apóstol del Evangelio. Ninguno de los discipulos de la sabiduría abandonó las polidas de la Academia, ni las delicias de Atenas para ir, guiado por una inspiración profana, a cruzar á los salvajes, á sentir á los cobreros, á traer á los indios y á sembrar la civilización y la paz entre las naciones enemigas, y eso lo han hecho y lo hacen todos los días los religiosos cristianos.

Clatembriand.

Tratándose de consignar, en esta obra, el recuerdo de los hombres grandes que han florecido en nuestra patria, ninguno puede considerarse con mas títulos á este homenaje de admiración, que los varones verdaderamente apóstólicos, que desde el primero hasta el último de los dias de la dominación extranjera, aparecieron para oponer al atroz espíritu de la conquista el poder reparador del cristianismo.

En las páginas de este periódico están ya el retrato y la vida de Las Casas, *del padre de los indios*: concuéntanse tambien en ellas conservado el retrato y bosquejadas las escelutas virtudes de aquel D. Vasco de Quiroga, cuya memoria y beneficios no se olvidarán jamas entre los michoacanos; y fuera impenonable olvido no mencionar en esta al hombre verdaderamente grande, cuyas hiecciones venerables se ven al frente de este artículo, y á cuya vida, toda de ardiente é ilustrada caridad, debe la segunda de nuestras ciudades inmensos y perdurables beneficios. El nombre de Fr. ANTONIO ALCALDE, obispo de Yucatan y despues de Guadalajara, no necesita mas que ser pronunciado para excitar profunda veneración, y bastará referir sencillamente los hechos de su vida, para hacer su mas cumplido elogio.

Honory prez de la Iglesia mexicana, este hombre célebre, nació en Cigales, pueblo inmediato á Valladolid de España, el día 15 de Marzo de 1701. Sus padres, José Alcalde é Isabel Barriga, no le legaron ni un nombre ilustre, ni una posición venturosa en la sociedad; mas dirigieron de tal suerte la sensibilidad esquisita de que lo había dotado la naturaleza, y le inspiraron tales hábitos de frugalidad y moderación, que se puede asegurar muy bien, que los pocos años de vida que pasó en el hogar paterno, decidieron completamente de su futuro destino. Los pormenores de su infancia, si es que tuvieron algo de extraordinario, no han llegado á nosotros; y

se sabe solo, que el jóven Alcalde á los diez y siete años de edad tomó el hábito de Santo Domingo en el convento de San Pablo de Valladolid: que allí profesó, recibió los sagrados órdenes, estudió las ciencias análogas á su carrera y enseñó la filosofía y la teología escolástica, desde el año de 727 hasta el de 753.

Concluida esta tarea, pasó de superior al convento de Valverde, situado cerca de Madrid, y allí llegó para él, religioso todavía oscuro y desconocido, un suceso que decidió los destinos de su vida, y mostró al mundo todos los tesoros de filantropía que encerraba una de las almas mejor dotadas por la Providencia, y que durante sesenta años había permanecido oscura, como una joya escondida.

Es universal la tradición, de que el nombramiento del Sr. Alcalde para el episcopado se debió á que un día, cazando el Rey Carlos III en las cercanías de Valverde, entró al convento para descansar un rato, y sorprendió al prior en su celda, en donde no tenia mas muebles que una tarima, un cilicio colgado en la pared, algunas imágenes, y una mesa con un tintero y una calavera. Este aparato devoto, se dice, que unido al esterior humilde y modesto del Sr. Alcalde, hizo una impresión tan profunda en el monarca, que la primera vez que se ofreció presentar para una mitra, dijo á su ministro: "*Nombre ed, al frente de la catedral, precisamente.*" La mitra era la de Yucatan, y la elección no podía ser mas acertada.

El Sr. Alcalde no solamente era apreciable por la carrera distinguida que había hecho en las aulas, por la severidad, con la cual había observado siempre las reglas monásticas, y por la irreprehensible pureza de sus costumbres, sino por la caridad ardiente que formaba la base de su carácter. Hacer bien á los hombres, era una necesidad que su corazón había recibido de la naturaleza, y que la religión dirigía, convirtiéndola en un deber. De simple religioso, como de obispo,



FR. ANTONIO ALCALDE
Obispo de Yucatán

®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUADALAJARA
BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

cuantos bienes le pertenecieron, todo aquello de que podía disponer y las limosnas que su eloquencia bienhechora arrancaba de los vivos, fueron el tesoro de los infelices y de los desgraciados, á los que muchas veces dió aun los vestidos que le eran mas indispensables, y á quienes sus servicios personales fueron tan preciosos como sus socorros. Habría con los desgraciados; asistía personalmente á los enfermos, y no omitiendo con el infortunio consideracion alguna, habia venido á ser en Valverde y sus cercanías una especie de ángel tutelar de los desgraciados.

El obispo le ofrecia un campo mas ancho para el ejercicio de tan sublimes virtudes. Pero la cruz superior á sus fuerzas, y despues de haberlo renunciado, obedeció solo la voz del ministro general de su órden, que le mandaba secrete los decretos de la Providencia, y consagrado ya en 1763, abandonó para siempre su patria, y atravesando el Océano en edad tan avanzada, llegó á las playas del Nuevo-Mundo; como antes de él habian llegado tantos religiosos, para llevar á aquellos pueblos infortunados los consuelos y beneficios del cristianismo. A Alcalde no tocaba ya; ni luchar como á su inmortal hermano *Los Cazas* por economizar la sangre de los venedidos; ni que poner, como tantos otros, los miserables restos de los pueblos esterminados, al abrigo de un sistema de esclavitud y de barbarie; que los estingua aún mas que la muerte recibida en las batallas. Las leyes eran ya mas benignas: coditando á los esfuerzos de los defensores de la humanidad, las costumbres se habian dulcificado, y una apariencia de órden social, conservada por muchos años, hacia crecer sin combates y sin sangre las nuevas colonias. Pero estas eran pobres, oscuras, é ignorantes, y la tarea de mejorar y elevar esas generaciones esclavizadas, sustituyendo á una obra de barbarie y de tiranía, otra de ilustracion y de filantropía era tarea inmensa y difícil, que hoy mismo está muy lejos de haberse cumplido, era en la que el anciano dominico venia á trabajar, con un zelo que por cierto no cedió á otro alguno, y con un éxito que pocos contarán.

Llegado á Yucatan, se dedicó ardentemente á procurar el bien de sus diócesanos; y en el corto espacio de seis años, habia ya visitado dos veces el territorio de aquella península, penetrado hasta sus mas mortíferas costas, con peligro de su vida y contra la expresa prohibicion de los médicos, promovido por todas partes el culto, dotado las iglesias, fomentado la educacion pública, ahorrado un sinnúmero de desgraciados, y enseñado con sus exhortaciones, y mas aún con su ejemplo, la moral mas sublime, cuando fué llamado para la celebracion del cuarto concilio mexicano. En aquella congregacion de obispos y doctores famosos, presididos por el célebre Lo-

renzana, el Sr. Alcalde se distinguió por sus esfuerzos para sistimar reformas útiles y piosas, que quedaron sin efecto por no haber sido aprobadas las determinaciones del concilio, ni en España ni en Roma; y al terminar sus tareas recibió su promocion al obispado de Guadaluajara, á donde llegó el mismo año de 1771. Los que viven hoy todavía, de entre los que presenciaron su llegada, recuerdan, que al ver á aquel anciano septuagenario, consumido por el trabajo y la serenidad de su vida, se le vió generalmente como á un pastor que próximo á la muerte, no podría desempeñar trabajo alguno, y dejaria su silla muy en breve. [Justos temores que Dios tuvo la bondad de desmentir!

Guadaluajara era entonces una ciudad pobre y atrasada, y lo primero que llamó la atencion del Sr. Alcalde, fué la educacion pública, que se hallaba en el mayor abandono: en las escuelas los jóvenes apenas conseguian aprender á leer y escribir no mas que lo necesario para hacerse entender, y la enseñanza de los establecimientos científicos se resentia mucho de su estado infantil, y de la poca ilustracion que habia en aquel tiempo.

El Sr. Alcalde estableció dos escuelas para hombres y una para niñas, todas decentemente dotadas: repartió centenares de libros elementales, premiaba los adelantos y la aplicacion de los jóvenes, y recompensaba generosamente los esfuerzos de los profesores. Dotó tres cátedras en el colegio de S. Juan, aumentó el número de las que habia en el Seminario, mejoró la dotacion de las existentes, y constantemente mantuvo en ambos establecimientos un gran número de estudiantes pobres, que sin socorros nunca hubieran recibido educacion literaria.

La Universidad ya instalada no tenia recursos, y por consiguiente servia de muy poco; mas el Sr. Alcalde no solo le procuró buenos profesores, sino que le donó sesenta mil pesos, y consiguió de la corte que se le aplicasen los bienes de temporalidades de los estinguidos jesuitas. Esto era en cuanto á la educacion de los hombres.

Mas los cuidados del Sr. Alcalde por la educacion pública se extendian principalmente á aquella porcion preciosa de la sociedad, destinada á formar los encantos domésticos y la felicidad privada. Todas las imágenes son débiles para expresar la malísima educacion que las niñas recibian en aquel tiempo, y al Sr. Alcalde debe Guadaluajara las mejoras que tiene, y las que si no son tan numerosas é importantes como podia esperarse, es preciso considerar que luchaba no solo contra preocupaciones generales, sino contra ideas en que las familias fundaban groseramente su honor y su reputacion. Hemos dicho que estableció una escuela para niñas y esta se hallaba al cuidado de unas pobres beatas que sin mas rentas que el trabajo de sus manos, habian formado una

especie de institución monástica, y se dedicaban á la educación y enseñanza de las niñas. El Sr. Alcalde conoció cuánto provecho se podía sacar de este establecimiento, dirigiéndolo y dotándolo; y á poco tiempo las heras de Santa Clara se vieron trasladadas á un espacio, y cómodo edificio, y disfrutando para su conservación la renta de noventa y una casas, edificadas no mismo que el colegio, por las cañadas y con las rentas del obispo. Allí hasta hoy, las jóvenes á quienes faltan recursos, ó que algún peligro amenaza, encuentran una educación, que garantiza su virtud, les proporciona también ventajas sociales: á más de todas las labores propias de su sexo, que se les enseña con un primer asombroso, aprenden á leer, escribir y contar; y al este, como los demás establecimientos fundados por el Sr. Alcalde, no están en el estado que demandan las luces del siglo, es necesario tener muy presente el tiempo en que fueron fundados, y que posteriormente no han recibido mejora alguna. También auxilió y reformó el colegio de S. Diego, y en ambos mirtivos durante su vida muchas colegias, dejando fundadas 12 ó 15 becas de merced, que hasta hoy subsisten.

Ochenta años han pasado, y después que la sociedad progresó rápidamente, cuando la nación ha quebrantado las cadenas que entonces la oprimían; con tantas frías pompas en favor de la instrucción de los pueblos, ¿quién es el que ha hecho siquiera la mitad de lo que hizo este religioso humilde, que obró el bien sin ostentación y sin vanidad, porque se creía solo el instrumento de Dios? Únicamente en la educación de niñas constan en su libro de gobierno, cuyos apuntes son muy dilatados, que gastó ciento trece mil setecientos pesos.

La mejora material de la población, fué también uno de sus principales cuidados. Anualmente daba sesientos pesos para las cárceles de la ciudad: gastó más de once mil en composición de calles y caminos, y viendo que la población estaba reducida á muy corto espacio, y que los infelices tenían suma dificultad en proporcionarse una habitación cómoda, emprendió edificar la parte Norte de la ciudad, y construyó en ella á sus expensas y bajo su inmediata dirección, diez y seis manzanas de casas. Con esto aquella parte de la población, que hoy se conoce por el barrio del Santuario, adquirió un nuevo ser, y el obispo fabricó entonces desde sus cimientos la iglesia del santuario de la Virgen de Guadalupe, donde hoy descansan sus cenizas, y la cual es uno de los mas grandes templos de la ciudad. El convento de Capuchinas, el de Jesús María, y la parroquia de Mexicalcingo fueron concluidos y mejorados por sus trabajos y á sus expensas, y á más, auxilió y mandó limosnas no solo á la mayor parte de los con-

ventos de su diócesis, sino á muchos de otras partes. Erigió también, como luego diremos, el mas grande y magnífico hospital que se conoce en la república, y dejó ochenta mil pesos con los cuales se ha construido en estos días el Sagrario de la catedral. Según su libro de gobierno, las cantidades gastadas en estos últimos objetos, importaron seiscientos cuatro mil, doscientos treinta y nueve pesos, tres reales (1).

Ni cuidando á un tiempo de tantas cosas abandonó por esto á los desgraciados, objeto predilecto de su corazón. Su alma era muy grande, y su virtud elevada no tenía límites. Jamas un infeliz lo hizo confidente de sus males, sin que su mano caritativa no le prontase el remedio. La vida de lo vio sustituir al espolo que floraba, y dar á sus abandonados hijos la subsistencia y la educación: el huérfano no estrafó con el ni las caricias á los cuidados paternales, y el desgraciado á quien un evento imprevisto puso al borde de la miseria y del apoplejo, después de haber sufrido la inútil compasión del poderoso, halló un hombre que le conservara su reputación y su subsistencia, sin pensar siquiera en la gratitud debida á su beneficencia. Se consideraba sola dorecho alguno para convertir en provecho propio las pingües rentas que disfrutó, y á las que veía como un depósito sagrado perteneciente á los pobres, de cuya inversión creía deber dar una tan estrecha cuenta, que llevó un libro de gobierno en el que quiso se asentara minuciosamente todo lo que gastaba. En él se ve la suma de 75,514 pesos 6 reales repartidos en limosnas, á más de muchas que se sabe hizo y no se hallan anotadas en él, y de lo que gastó en promover la educación de los niños, y en la asistencia de los enfermos, y en los socorros con que con mano pródigo salvó á la población de los horrores del hambre del año 80. Este desgraciado suceso acaeció en los últimos años del Sr. Alcalde, y cuando sus tesoros parciales agotados, vino á escalar la energía de su alma y á consumar su gloria.

Ya los rigores de la esterilidad que se experimentó en los años anteriores, le había hecho preñtir el mal, y aunque conoció que era entera-

(1) He aquí el pormenor de esta cantidad, tal como aparece de su libro de gobierno.

En la fábrica del hospital de Belén.....	365,166 3
En la del beaterio, dotación de la escuela y el capellan, y construcción de las casas que le donó.....	70,440 0
En la de la parroquia de Guadalupe, y de 158 casas que le donó.....	240,835 0
En dotaciones á catedrales y parroquias pobres.....	27,015 0
En el de conventos pobres de religiosas.....	10,700 0
En el de los de Capuchinas y Jesús María para su fábrica y mantención.....	41,626 0
En el de otros conventos de religiosas.....	4,459 0
En objetos piadosos, como misas, aniversarios, &c.....	44,000 0
Suma.....	704,234 3

mente imposible evitar del todo sus funestos estragos, se consagró á disminuirlos en cuanto le fuera dado. Por las poblaciones en que el mal era mas amenazante, distribuyó grandes sumas para que comprando con tiempo semillas y efectos de toda necesidad, los repartieran en el momento oportuno; y en Guadalajara prestó á las autoridades cien mil pesos para que acopiaran maiz y lo esparcieran al costo. Mas quedaban innumerales infelices sin recursos, que no podían proporcionarse la subsistencia, por barata que fuese, y que parecían condenados á una muerte tan cierta como horrosa. La piedad del prelado los salvó. Deede que la hambre se hubo declarado, estableció en los cuarteles de la ciudad depósitos de víveres que se repartían diariamente, y á más costó dos cocinas donde ya preparados los alimentos, se ministraban á todos los que los pedían.

En medio de una atmósfera contagiada, respirando los mismas de los cadáveres, é imprugnándose del aliento de los infelices que llenaban las calles de la ciudad pidiéndole pan, el obispo á pié y con los ojos humedecidos, recorría todos los barrios, y penetrando hasta el sucio lecho de los moribundos, repartía en persona y con un celo infatigable, alimentos, medicinas, abrigos y vestidos. Si alguna vez sus pies no tocaron los umbrales del infeliz, no era porque sus auxilios le habían faltado, sino porque su modestia lo escondía á la gratitud, ó porque juzgaba su presencia embarazosa á los que no estaban acostumbrados á subsistir del amargo pan de la limosna. Cuántas familias que preferían la muerte á la vergüenza de alargar la mano públicamente, ó al reposo de la almohada de un lazareto, recibieron de su beneficencia ingeniosa auxilios que no sentaban, y tales como los escogían las necesidades de su educación!

Al mismo tiempo que se salvaba á la población de la hambre, era necesario socorrer á los apretados por la fiebre que hacía iguales estragos. El Sr. Alcalde puso hospitales en el convento de San Juan de Dios, en el hospicio y en el colegio de San Juan; agregó otros dos órdenes de camas al que había en el convento de los Belenitas, y puso enfermerías en las piezas destinadas á la escuela, y aun en las celdas de los religiosos: con estos auxilios y su celo y cuidado, inútil es decir que millares de infelices debieron la vida á su beneficencia. Las cantidades enormes que gastó en esta ocasión, no aparecen en su libro de gobierno.

Mucho tiempo hacía que el Sr. Alcalde meditaba los inconvenientes de un hospital colocado en el centro de la población (1); reducido con to-

das sus oficinas y el camposanto, á una área de 70 varas en cuadro, y abandonado á los cuidados de los padres belenitas; y en la peste quedó convecido de que era un lugar mil veces mas nocivo que favorable á la sanidad; y entonces aunque lleno de enfermedades y en la avanzada edad de ochenta y siete años, concibió un proyecto digno de su alma elevada, capaz por sí solo de colocarlo en el número de los grandes bienhechores de la humanidad, y el que debía eternizar su memoria.

Pidió licencia para edificar á sus expensas un magnífico y espacioso hospital, en el lugar mas adecuado de la población, y con todas las ventajas artísticas y científicas que entonces se conocían; y el día 26 de Febrero de 787 se tomó posesion del terreno, y se delineó sobre un espacio de 760 varas de largo y 580 de ancho, la fábrica del hospital de San Miguel, la que cuatro años después quedó concluida, y es hasta hoy el mas grande y suntuoso edificio de aquella ciudad y uno de los mas bellos que la adornan. A más de siete hermosas salas, con mas de mil camas para enfermos, tiene un cómodo departamento para dementes, una oficina de botica, celdas para religiosos, y unas viviendas tan amplias que habitando allí todos los dependientes, quedan la mayor parte vacías. Contiene tambien una iglesia, y un camposanto capaz de recibir los cadáveres de todos los que mueren en la ciudad, sin perjuicio alguno de la salubridad pública.

A más del dinero que gastó en habilitar el hospital de todo lo que necesitaba, le dejó para su conservación muchas de esas casas que había edificado para poblar la parte Norte de la ciudad, y algunos ranchos que le compró. Tales casas en su mayor parte han sido vendidas un establecimiento tan útil se las vió privado muchas veces aun de lo necesario, y llegó aun á anunciarse que sería preciso cerrar por falta de recursos, hasta que se hizo cargo de él, el actual obispo de aquella diócesis, que se muestra digno de su glorioso predecessor, no dejando perecer ese establecimiento importantísimo. Si un error de aquellos que nos han sido tan comunes, ha disipado los fondos del hospital de San Miguel, es necesario conpedecer este resultado, y procurar repararlo; mas en el caso de que la mala versacion los haya extravariado, solo la caridad del fundador podría perdonar la mano sacrilega que arrebató á la humanidad doliente, los bienes que le había dejado la piedad del Sr. Alcalde. Los sentimientos mas naturales inspiran horror hácia tamañó atentado.

Pero sea de esto lo que fuere, á nosotros nos toca solo el recuerdo de sus virtudes, en cuyo obsequio debemos decir que la mas leve mancha no embalsó la gloria purísima de aquel prelado.

Dedicadas sus rentas á tantos objetos de utilidad pública, inútil es decir que lo que gastaba en

(1) Donde hoy se halla la plaza del mercado, circunscrita por de Yéngas en tan poco espacio se hallaban la telamín, el convento, las enfermerías, la botica, las oficinas de la escuela y tambien el camposanto.

vagan todavía algunos colibris que no fulguraron ya, como cuando los bañaba el sol con su luz de oro; agitadas sus aletillas, parecen un vapor plateado y trasparente.

Casi todas las aves canoras han desaparecido; otras que viven aun entre nosotros están pelecando, emudecidas, y retiradas al fondo de las selvas. Se ausentaron aquellas aves, dejando vacíos y abandonados aquellos nidos que construían poco ha con tanto arte y con tanto afán, como si fuesen de aquellas tribus salvajes que emigran de su país, dejando en el desierto sus chozas solitarias.

Las grullas son las aves que en mayor número llegan en el otoño á estas comarcas. Unas son pardas como si aun no sacudieran de su plumaje el polvo del desierto; otras tienen las alas teñidas de rojo, como si tuvieran sobre ellas manchas de sangre; otras son blancas y brillantes como si la nieve del polo cubriese todavía sus velladuras. Estas forasteras han acudido del Septentrion, han atravesado por las llanuras y serranías de los Estados soberanos de América; han entrado después á las tierras de los salvajes; en seguida á los desiertos del Nuevo-México, y á las soledades del Mapiní; han llegado por otros rumbos á las sierras y llanos de Chihuahua; han dormido en las márgenes de los ríos pintorescos de Durango, y han pasado sobre las montañas románicas y bellas de Zacatecas, dispersándose de allí por todas las llanuras cubiertas de sumirados. Estas aves cruzan ahora por el cielo á diferentes horas del día y de la noche, describiendo ángulos en su marcha, haciendo evoluciones, graznando fatigadas para ir á reposar junto á los lagos. Diferentes familias de patos han venido también á poblar nuestras charcas y lagunas; unos son pardos y jaspados de diversos colores, otros verdes con un reflejo azul sobre las plumas, otros morados, ó de un color mezclado de rojo y ceniciento, ó cubiertos con un plumaje tornasol, siempre brillantes. El pescador azul con su cuello más blanco que el armiño, es uno de los más bellos pájaros de otoño; se mece en las ramas del saúz que crece hasta las orillas, y se retrata hermoso y pintoresco en el espejo de los lagos. Suelen llegar también en estos días algunas otras aves pasajeras. Algunas pájaros extranjeros que van de tránsito, y que se quedan aquí por poco tiempo: son pelícanos blancos con jaspes verdes sobre las alas, que tienen tal vez de Chapulapán, de Patzeuro, ó de otros lagos magníficos de México, y que han caminado más de cien leguas para llegar á estas comarcas. Son quizá ganjos hermosos que vienen de otros continentes, espátulas color de aurora, ó flamantes con su alas color de fuego; cuya belleza contemplan envidiosas otras aves;

todos estos pájaros acuáticos ó ribereños son facinorosos, pero de formas muy grulladas, y de plumajes muy brillantes. Entre las selvas quedan aun algunos mirlos azules siempre salvajes, escondidos entre el ramaje de los árboles; se ven también algunos colorines, y pájaros multicolores copiones de melodioso canto.

En esta estación la caza de aves es un recreo. Al medio día, cuando en el campo todo es soledad, melancolía y silencio, se oyen los tiros del cazador, y los ladridos de sus lebreles, que resaca en las cañadas, y que repite el eco de los barrancos asustando á las aves de la selva. Entonces pasa por el cielo la reina de los lagos, esa gorda de cuello tan alroso, que flota sobre el aire más leve que una espuma, más argentada y blanca que la nieve.

Los pájaros que el campo nos presenta en el otoño, son bastante variados para recrearnos contemplándolos. Los árboles no presentan a quel verdor casi uniforme, que tiene su fallaje en otras estaciones; tampoco son aquellos esqueletos desnudos é inanimados, en los que silba el viento del invierno. En el otoño algunas arboledas están verdes y lozanas todavía, cuando en otros ocaganos el follaje se ha marchitado, y en algunas se ha empalmeado; unas tienen un color pardo, ó ceniciento, otras un tinte cobrizo ó ferruginoso, y esta variedad de colores y de sombras produce hermosos contrastes, y diversifica agradablemente las vistas y paisajes.

Pero las noches del otoño son tan melancólicas; el recogimiento de la naturaleza en esta estación es tan augusto, y tan grave el silencio de la soledad en estas horas letárgicas y tristes, que únicamente el estudio y la meditación, pueden inspirar á nuestro corazón algún deleite; porque no se oye un pájaro que cante, ni insecto que susurra, ni se ve uno de esos rusanos de fuego que vagan en los prados, ni una de esas órdalas de luz con que la luna inundó á la tierra de claridad, cuando asoma por un instante entre las nubes; todo es opacidad, calma y silencio; apenas se oye de cuando en cuando el maullido del gato montés que sale de las breñas, el silbido de las culebras, el graznido de algunas aves pasajeras. Hé aquí por qué hemos dedicado una de estas noches enlaidas y sombrías á bosquejar ligeramente las bellezas que en el otoño apareció Dios sobre la tierra.

L. R.

Las ideas generales y abstractas son la fuente de los más grandes errores de los hombres; nunca el jergon de la metafísica ha hecho descubrir una sola verdad, y ha llenado la filosofía de tantos absurdos, que se avergüenza tan pronto como se le despoje de sus grandes palabras.

—R.

LITERATURA MEXICANA.

Discurso pronunciado por el Sr. Lic. Don José María Lacunza en la apertura de la Cátedra de Humanidades del Colegio de San Juan de Letran.*

Es la época de civilización en que vivimos, el estudio de la historia no necesita recomendarse. Contiene la experiencia del universo y de todos los siglos, y el ejemplo de lo pasado es el pronóstico de lo futuro. Cuanto hay de grande en los pensamientos y acciones humanas, cuanto hay de variedad y profundo interés en nuestra naturaleza, en su elevación, sea exaltada por los medios naturales ó por la gracia divina: en sus padecimientos santificados ó no santificados, martirios y pruebas ó castigos, en sus extraños reveses, en sus diversificadas aventuras, en sus distintas facultades, todo esto es la medida del interés y variedad de la historia. El corazón humano anhela poseer los secretos de los tiempos pasados, y quisiera, si fuera posible, anticipar el momento de la resurrección universal, para preguntar á los hombres que hoy duermen en el sepulcro, los sucesos de su vida. Así no hablará una palabra más para estimularlos al estudio.

Pero en la serie continua de acontecimientos, que se han sucedido desde los primeros días de que hay memoria histórica hasta los en que vivimos, es más difícil leer las revoluciones morales y sociales de la humanidad, que las que han conmovido el mundo físico. Las piedras de las montañas, la superposición de las capas de tierra, y aun los ornamentos de animales cuyas razas se han extinguido, son indicios de las segundas; pero el polvo de las naciones en que las primeras estampan su huella, queda hoy mezclado á la arena de los desiertos del mundo antiguo, y tal vez de los de este que llamamos nuevo, porque se colocó el segundo en la serie de las ideas de Europa. La incertidumbre, pues, es el primer obstáculo en este estudio.

Y la multiplicidad de cosas es el segundo. Cada generación ha tenido sus días de virtud y de crimen, de gloria y de abatimiento, y cada pueblo, y cada tribu ha producido sus héroes y sus reyes, y para vergüenza de la humanidad, sus

tiranos. Una sola línea consagrada á cada monarca, á cada triunfo de un pueblo, á cada degradación de la humanidad, á cada suceso de los que rebolaban la admiración, bastaría para formar un volumen mayor que lo que la mente humana puede contener. Felizmente este conocimiento minucioso que sería imposible, no es de gran necesidad; porque en el oceano de los tiempos, como en el de las aguas, no es necesario conocer cada gota por día ni gota á gota, sino solo los grandes contornos, las formas del conjunto, las masas, en una palabra. Se alza, sin embargo, entre la multitud, de cuando en cuando, la figura colosal de un hombre ilustre, que en mayor ó menor estension es árbitro de los destinos de sus contemporáneos, que personifica á su siglo, á su nación, y esta figura no puede pasar inapercibida. Pero lejos de distraer la atención, sirve para fijarla, y estos personajes contribuyen á la unidad de la historia, concentrando sus intereses. Recordad á Alejandro y á César, á Mahoma y á Napoleón. Cada uno de estos nombres, no despierta en vuestra imaginación una historia entera?

Aun el conocimiento de algunas naciones es de poca utilidad hoy para el mundo, y señaladamente para nosotros; pero estas son por fortuna las que han dejado menos vestigios, cuyos hechos son más inciertos. En la móvil escena del universo, las ruinas de las naciones primitivas ha desaparecido. Los Egipcios anteriores á los Farones, los Babilónicos, los Fenicios y aun los pobladores de Europa antes de la fundación de Roma, poco han dejado tras de sí; y la ignorancia de sus acontecimientos, no conocemos al menos, cuál es el daño que puede causarnos. Poco menos sucede, señores, y dispensadme si os causa extraña la proposición, con las naciones que poblaban nuestro continente antes de su descubrimiento por los europeos. Todas estas naciones en calidad de tales, han sido borradas de la faz de la tierra por el dedo de

* Debemos al favor y amistad del Sr. Lacunza, el que nos proporcionó la oportunidad de publicar este escrito, más como los que en lo sucesivo voy a pronunciar. Cuando insertemos el segundo discurso, pondremos también la lista de los individuos que concurren á dicha cátedra.

Dios. Como naciones han cesado enteramente de existir. Sus ejércitos fueron vencidos, y en pos cayeron sus tronos: murió el cuerpo social con sus costumbres y con sus leyes, con sus religiones, y aun con sus dioses.

Verdad es que habíamos las mismas tierra que ellos habitaron; pero somos unos sucesores singulares de parte de su propiedad adquirida por los medios, que en los juicios de la Providencia, estaban en el destino de estas naciones; pero apenas les hemos sucedido en otra casa; y el estado social que hoy tenemos ha sido llamado a la existencia desde el momento en que esas naciones sucumbieron. Mas vivos son en Europa los recuerdos romanos; y sin embargo gran parte de los elementos de su orden social, no es anterior a la mezcla de la raza germánica con la del imperio.

En nuestro siglo que ha tomado por divisa el avari *utile est quod facinus autila est gloria*, la intención de haber establecido este curso es, la de ofrecer a nuestra juventud conocimientos usuales en la vida. No será yo quien pretenda disminuir el mérito de sabios, que han pasado su existencia preguntando a los antiguos años sus acontecimientos: ninguna instrucción carece de provecho por estéril que a primera vista parezca; pero nuestro objeto ahora, y el corto tiempo que a él destinamos, no nos permite representar el papel de aulicarios: es necesario ceñirnos a los conocimientos indispensables para alternar en la sociedad, así en el círculo pequeño de las relaciones individuales, como en el mayor de las internacionales, á que algunos de vosotros seréis llamados por la patria en el trascurso del tiempo.

Ocuparán, pues, muy poco lugar en estas lecciones las naciones antiguas: apenas el suficiente para que las tinieblas de la ignorancia no sean palpables. Hay algunos pueblos, sin embargo, que exigen alguna consideración. El de Israel, familia santificada en su origen desde los días de la creación y del diluvio; después pueblo escogido, guerrero y devastador; mas adelante ingrato, rebelde y de mudable fortuna; decidida al fin y castigado con una larga persecución del universo, cuyos mas brillantes destinos acaso todavía son proféticos y están por cumplirse; este pueblo de Dios no puede ser olvidado por quien lleva el nombre cristiano; fijáremos nuestras miradas sobre el árbol que cubria en Eden al padre de la raza humana; sobre la tienda del arabe en el desierto; sobre el trono y el templo del rey sabio; y no sin profunda veneración sobre la cruz de Jesucristo.

Grecia tambien nos ocupará: la tierra clásica de los héroes, de las artes y de las ciencias; pais mitológico de los dioses, destinado á preceder y á sobrevivir al imperio de Roma, y cuya haza-

ñas de este siglo no desdican de las de los mas brillantes de su existencia histórica. Seria imposible omitir á Italia y á Roma. Roma, que contemporánea de todos los siglos, ha sobrevivido á todos los pueblos que venció, y aun á los que á su vez la vencieron: patria antes de libertad turbulenta, y de gloria no siempre inocente, hoy centro de la religion católica, y muchos siglos de cuanto llevaba el sello del cristianismo; Roma que nos ha legado sus leyes no pasará sin ser objeto de varias lecciones.

La raza, entre tanto, del pueblo rey, llegó á su día final, y los bárbaros de Alemania, nuestros tíuclos, señores, porque es necesario confesar que la sangre que circula en nuestras venas no se encuentra sin mezcla de Godo ó Sajon, Bretón ó Francés: los bárbaros se posesionan de Europa, y mezclan á todos los elementos que entonces existían en el órden social, el nuevo de la raza germánica que debía alternar enteramente de la faz del mundo. Aquí empieza la historia moderna, a por mejor decir, de la edad media de esa época de transición, que acaso fué necesaria para restituir á la Europa degradada del imperio de los Césares, la elevación de ideas, el valor y dignidad de los siglos últimos. Este período que llamamos de oscuridad y de ignorancia, tiene sin embargo bellas escenas y grandes caracteres, universal interés sobre todo. Sin las Cruzadas, tal vez hoy el mundo entero sería mahometano, tan degradado como el imperio turco; y sin las invasiones de las razas germánicas, habria continuado la esclavitud á las guardias pretorianas y á cortes corrompidas, solo Dios sabe hasta qué grado, en el goce del poder tranquilo en el trascurso de tantos siglos. Recordad á Constantiopia. Tal vez en los juicios de la Providencia, son necesarias estas renovaciones periódicas, y un bautismo de sangre para volver á templar el resorte laeso de la raza humana.

Aparecen después la imprenta y el Nuevo-Mundo; ya somos nosotros: Leon X y la reforma, y Carlos V y la batalla de Lepanto. Este período de la historia es el que con mas propiedad puede llamarse moderno: aqui es donde hay mayor certidumbre, mayores medios de investigación y mayor utilidad; pero aqui es tambien donde se necesita mas precaución en la lectura. Cuando hablamos ó leemos acerca de los hechos antiguos, somos imparciales, no somos griegos ni romanos. *Tros Terjaceo mihi nullo discrimine habetur.* Mas el lector de la historia moderna no es simple espectador; es individuo de los cuerpos que son actores, y una patria común le hace participante de su gloria y de su deshonra. El historiador se halla las mas veces dominado por la misma pasión, si no por otras menos honrosas, y no es raro que el mismo sea

uno de los personajes de su narración, y que habie en primera persona.

La historia moderna tiene otro carácter distintivo de la antigua. En esta hay en cada período un pueblo mas distinguido que los otros que fija la atención, y al cual se refieren los sucesos de los demas, es el centro de unidad, el héroe del gran drama; mas en la historia moderna muchos pueblos, y aun muchas reuniones de pueblos caminan de frente en una linea igual, de manera que cada uno produce sus héroes y sus hazatas, no hay unidad en la acción, son muchas historias que deben poseerse á un tiempo. Todo lo que estaba fuera de los límites del imperio era llamado bárbaro por los romanos, no merecia su atención; pero hoy ¿cuál es la nación que podría decir otro tanto?

La misma historia moderna podría admitir una última división: el mundo recibió por la revolución francesa del fin del siglo pasado un sacudimiento, que hizo tan distinta la época que le precedió de la que le siguió, que bien pueden separarse en la historia. Estos últimos cincuenta años serán objeto único de nuestras últimas lecciones. Esta historia contemporánea, si así puede llamarse lo que está pasando á nuestros ojos, ve lo que está mas sujeta á parcialidad, y á los errores consiguientes: apenas podríamos hablar de los sucesos que hemos presenciado sin sujetarnos á nuestras simpatías y antipatías, sino á las de los hombres y aun á las de las cosas, á lo menos hacia nuestras opiniones políticas, hacia nuestras ideas de progreso y de libertad, título del siglo XIX, en cuya descripción acaso no estamos de acuerdo; pero á quien nadie se atreve á rebuilar en voz alta su adoración. Y cuántas veces la memoria de un hecho es la de nuestras esperanzas de engrandecimiento ó de nuestras alegrías, de nuestros temores ó de nuestras desgracias!

Después del plan, según el cual dividiremos la historia, no omitiremos algunas consideraciones sobre su materia. La historia es la biografía de las naciones: estas tienen una vida como los individuos, y todo lo que se refiere á cada vida es del dominio de la historia: pero es necesario entender que el ejercicio de esta vida consiste en el de los intereses sociales, en los hechos comunes y no en los de cada miembro de la sociedad; las biografías de todos estos, aun cuando fuese posible reunirlos, no serían para los objetos de la historia. Mas la vida de la comunidad como la del hombre es ó la vida exterior, vida de relación, ó la vida interior y doméstica. En la primera para las naciones están las alianzas, las guerras, las conquistas; en la segunda, sus instituciones políticas, sus ciencias, su religion y sus costumbres. Aunque la vida interior del todo en la otra, de manera que

son casi imposibles los progresos en la una cuando la otra se degrada, el entendimiento en el análisis de las cosas que componen la idea de una nación puede separarlas, y hay puntos muy evidentes de distinción entre ambas.

Los gobiernos son los representantes de las naciones, generalmente en la vida de relación; la historia del gobierno es la historia de estas, porque el extranjero no puede tratar con un pueblo sino por medio de sus gefes, buenos ó malos, legítimos ó ilegítimos: el pueblo está asociado á los triunfos ó derrotas de su gobierno, y si no participa de sus provechos, lo que rara vez sucede, es al menos compañero de sus glorias, que hacen brillar el nombre de la nación; así tambien es casi siempre la víctima de sus reverses, y muy frecuentemente el esclavo del vencedor. Pero en la vida interior puede ser al contrario: el pueblo y el gobierno son dos seres: la opulencia y grandeza de los palacios no acompañan al bienestar de las caballerías. Dichosas las naciones si estas dos seres no son enemigos! La historia para ser completa no debe plantar solo á la corte: es necesario plantar á la nación. Aquí se presenta otro carácter distintivo de la historia antigua y la moderna: aquella nos ha conservado poco de la vida interior, y la mayor parte de lo que hay pertenece á la vida de relación: esta se ocupa en ambas cosas, porque mas cercana á nosotros, aun no han desaparecido las leyes, las costumbres, las religiones; en una palabra, las instituciones sociales. En los tiempos en que la parte noble de la nación era el todo y el pueblo nada, la historia pasaba á estar en silencio, de la misma manera que no contaban con él los magnates, y solo se ocupaba en ellos. En una ó otra crónica de algun convento orden encontrarse nombres plebeyos, porque la religion era el último asilo de igualdad. Hoy no faltan autores que cuentan á la par la historia del pueblo y la del gobierno, porque ha llegado el tiempo en que el estado llano sea el todo.

Como el que estudia la historia no puede haber sido testigo presencial de los hechos, no solo de los que han pasado en épocas ó épocas remotas, sino aun de los que pasan en su propio pais y en el período de su existencia, es preciso que recorra su instrucción por conducto de otros, enseñando así en la fe humana; Es demasiado cierto, por desgracia, que no solo la ignorancia y los grandes intereses personales, sino aun el simple deseo de contentar la atención, hacen desgarar la verdad, ya insertando muchas falsedades, ya dando á las cosas ciertas un colorido que no siendo el suyo, las coloca fuera de los límites de aquella y hace su descripción muy propia para estraviar el juicio: es preciso de toda importancia precaverse de este peligro, en cuanto es posible, porque no siempre lo es ab-

absolutamente. No es mi intento, ni esta la ocasión oportuna para escribir una obra de crítica. Pero es necesario decir algo de los documentos históricos y de su credibilidad.

Ocurren en primer lugar los escritores contemporáneos, como que escriben lo que se supone pasó á su vista, testigos presenciales: he dicho antes que un hombre no puede reputarse tal ni de lo que pasa en su tiempo y en su nación; pero habrá mayor probabilidad de que tenga instrucción directa de los sucesos, que cuando refiera lo que pasó antes de su nacimiento, ó en países lejanos: así, generalmente hablando, su testimonio es más fidedigno: tiene aun otra ventaja, y es que su mismo escrito es un ejemplo de las ideas dominantes de su siglo: describe una época, y nos trasmite el retrato moral de un hombre de ella, el suyo propio; pero es indispensable, como en todo testimonio, abrir los ojos sobre los intereses del testigo: si ha figurado, si es personaje principal en los hechos que refiere, es muy creíble que todos sean pintados á su placer en la parte que le pertenecen, pues no faltan ejemplos de hombres que sacrifican sus fortunas, sus vidas, y aun los objetos más caros á su corazón, á sus creencias y á sus afectos políticos ó religiosos: pero apenas los habrá, que gusten pintarse por su mano como imbéciles ó malvados, para llamar sobre sí el desprecio ó la execración de la posteridad.

Conviene si es posible, usar para este caso el correctivo de leer otro autor perteneciente á la nación rival ó enemiga: este segundo testimonio se hallará dominado por la pasión contraria, y pintará con sombras oscuras, lo que el otro hacia resplandecer con colores brillantes: entonces el que estudia representará el papel del juez que ha oído á las dos partes. Tales naciones hay que aparecen poco ventajosamente en la historia, porque su destino fué sumir; y los vencedores destruyeron hasta sus panegiristas, si es que hubo alguno que mitigase sus degradingas con palabras histéricas, pues hay pocos enemigos para las derrotas; pero que hubieran sido vistos á diferente luz si Dios las hubiera favorecido más. Se ha escrito, que si Cartago hubiera vencido á Roma, la antigua expresión *fides publica* con que se designaba el fraude, se habría convertido en esta otra: *fides romana*. En la fama como en todo sobre la tierra ¡viva victis! ¡Ay de los vencidos!

En la historia moderna principalmente, hay otro medio de buscar la verdad, que es más escaso en la antigua, y esto consiste en las piezas oficiales. Son de dos clases: la primera aquellas relaciones que se publican refiriendo los acontecimientos en que se pretende historiar directamente uno ó muchos sucesos, y esta es la menos fidedigna, porque puede estar afectada de

grandes intereses como la descripción de una batalla en que siempre se encomia el partido que la cuenta; pero en muchos casos la intencionalidad de mentir se disminuye, y aun los obstáculos para hacerlo se aumentan: así sucede en la narración de una expedición científica ó comercial, en la relación de adelantos en artes ó ciencias, y sobre todo, en los datos estadísticos que unos cuerpos del gobierno presentan á otros, sea que la falsedad sería dañosa para todos y fácil de demostrar, cubriendo de vergüenza á su autor. De todos modos sucede con mucha frecuencia, que por imperfectos que se juzgen estos datos por el lado de la credibilidad, es necesario atenderse á ellos á falta de otros mejores.

La segunda clase de piezas oficiales, consiste en las leyes mismas y alianzas, y en todas las que son propiamente el resultado de los sucesos: estas tienen completa seguridad histórica, ya porque ellas mismas son hechos históricos que no pueden negarse, ya porque muy poca reflexión basta para conocer que no habrían podido realizarse sin otros antecedentes, cuya expresión llevan en sí sus caracteres muy legibles: los tratados ó alianzas respecto del exterior, son consecuentes de una guerra ó de una negociación, y en uno y otro caso manifiestan con claridad la posición en que las dos partes se encuentran relativamente y arreglan la en que deben encontrarse por algún tiempo. Las leyes son los lineamientos del orden social: demuestran no solo el estado del pueblo, sino su mayor ó menor dependencia del gobierno, y la fuerza intelectual, moral y física de este. En los códigos de las naciones hay historias; y nuestras leyes mexicanas, y entiendo por tales aun las que se dictaron para México en su estado de colonia, son un cuadro muy fiel y animado de lo que ha sido ésta en sus diversas vicisitudes. La disposición que declaró á los indígenas poseedores de una alma espiritual, y partícipes de los beneficios de la religión, es la palabra más elocuente con que se ha pintado la inmensa opresión que pesó sobre esta raza en los primeros años después de la conquista. Dado mucho que se pueda presentar un ejemplo semejante de envilecimiento y degradación. No deben olvidarse aquí los concilios: reuniones las más veces no puramente eclesiásticas, sino que contenían en su seno cuanto había de civilizado ó de grande en las naciones.

Las memorias de los personajes célebres están hoy por decirlo así, en moda: por muchas de las razones ya expresadas adquieren un grande interés, y además como pintan no solo la vida pública, sino la doméstica, las anécdotas privadas, aun las debilidades de los héroes, excitan vivamente la curiosidad, y gustamos ver á los hombres á quienes hemos considerado siempre

como en una esfera superior, reducidos á nuestro nivel y á nuestra altura. Entonces nos parece que son más las cosas que tenemos de común con ellos. Pero como es tan fácil escribir novelas bajo el nombre de memorias, y siempre se pretende dar á estas un giro é interés dramático, la descripción de esta clase tienen cierto aire de naturalidad que seduce; pero es preciso no olvidar que las más veces se habla de cosas secretas, que bien pudieran pasar de otro modo, y de que no hay más prueba que la palabra del escritor. Mas cuando las memorias se multiplican respecto de una época, y todas ellas, conformes por otra parte con hechos históricos, explicándose tal vez coinciden en el modo de pintar las costumbres, aunque no se pueda confiar en la particularidad de los hechos, podrá darse crédito al carácter general; así es como conocemos la corrupción de ciertas cortes en períodos determinados.

Suele suceder con mucha frecuencia, que no exista como historiador contemporáneo ó al menos primitivo, sino un solo escritor de quien con más ó menos exactitud han extractado ó copiado los siguientes: esto se verifica á menudo en la historia antigua; entonces no puede recomendarse demasiado la importancia de consultar los escritores primitivos, porque no siempre son fieles los que copian ó extraen, por distinguidos que sean por sus calidades intelectuales y morales, y además, es muy frecuente que el original, ya por la abundancia de los hechos, ya aun por el modo de contarlos, presente más instrucción que los escritores que lo han tomado por material. Debe, pues, siempre que sea posible, que las más veces no lo es, consultarse el original.

Merecen alguna atención los monumentos propiamente llamados: las ruinas especialmente en las que hay jeroglíficos: esto tiene aplicación á naciones muy antiguas, ó poco civilizadas: el medio usado para transmitir los acontecimientos, para hablar por decirlo así, una generación con la que ha de seguirle, es hoy la escritura alfabética, en que cada signo corresponde á un sonido: así se representa no el hecho directamente ni la idea, sino la palabra. Pero aun sin el testimonio de la historia, no puede desconocerse por el más sencillo raciocinio, que este método tan ingenioso de fijar las palabras, es un invento no propio de estades poco adelantadas ó de naciones groseras. En estas era más natural retratar, pintar el hecho ó la idea, ya sea por una idéntica representación del suceso, como cuando se pintaba una batalla, delineando el combate; ya por la de cosas análogas, como cuando se indicaba la guerra pintando armas. Este modo de escritura que es lo

que se llama jeroglífica, especialmente la segunda, ha sido usada en las naciones más antiguas, y en las naciones últimamente descubiertas que no se hallaban provistas de escritura alfabética: tales eran las americanas. Los jeroglíficos son oscuros por sí mismos, aunque los trabajos de ciertos sabios modernos los hayan dado algún grado de claridad; es preciso tenerlos como fuente de conocimientos, y los trabajos de los que se dediquen á su estudio no pueden reputarse perdidos, supuesta su aplicación á los monumentos de nuestra historia antigua (1).

El estudio de la historia exige preliminarmente los de la cronología y la geografía, ó al menos debe acompañarse con ellos; por estos dos conocimientos debe fijarse el tiempo y lugar de los hechos; circunstancias esenciales de que depende las más veces el concepto de los hombres y de las cosas: aunque estos dos estudios se suponen preliminares, nosotros nos ocupamos algo de ellos por dos consideraciones: la primera, que los alumnos á quienes hoy me dirijo no han cursado con anterioridad estas dos ciencias; la segunda, que aun suponiendo algún conocimiento anterior de estas materias, el tiempo de estudiar la historia es el de recordarla y fijarla para siempre, pues en ella tienen su aplicación, y es tal la disposición del alma humana, que el uso de un conocimiento y el hábito de ponerlo en práctica, es el medio más seguro para aclararlo y darle estabilidad en la memoria. No haremos sin embargo tratados especiales ni estensos de cada una de estas ciencias. Por lo que hace á la cronología, fijamos el modo de contar por años antes y después de la venida de Jesucristo, aunque al hablar de los pueblos más nobles, diremos una palabra sobre su modo de contar el tiempo, y procuraremos desentendernos de todas las cuestiones. De la geografía nos ocuparemos en lo indispensablemente necesario para entender los acontecimientos de cada nación. Esta superficialidad con que se adquirían las nociones en la academia, me hace recomendar á los que me escuchan, el estudio de ambas fuentes de ella.

Finalmente, antes de concluir este discurso, debo advertir, así para el como para todos los que seguirán, que no puedo ser original: el puesto que tengo el honor de ocupar, exige que presente á mis oyentes el fruto de mis lecturas: las más veces no haré otra cosa que copiar los trozos de los autores que juzgue más convenientes á la instrucción, y designaré al fin de

(1) Las medallas son también monumentos históricos: estas monedas acentuadas para conservar la memoria de un hecho, contienen una imagen ó un jeroglífico, y las más veces una leyenda. Una ciencia entera, la Numismática, ciencia no despreciable, nace de ellas.

cada lección los autores de donde yo he tomado mis pensamientos, y de donde podrán los que quierán, tomar aun mas, con una profusion que el tiempo y objeto de este curso no me permitirán. Poco será esto para mi propia gloria; pero aspiro á que sirva mucho para el aprovechamiento de los que me oyen.

COSTUMBREROS VARIADOS.

EL JAROCHO.

Ya pasado Malibran,
Camino de Medellín,
Del Espartal al conito,
Catalga en manco alazan
Compadre Chico Crispin.

Natural del Novillero,
Tres mancos allí tejan,
Seis reses en el potrero;
Cerca de la Noveria
Hace oficio de vaquero.

Calzon de pie ajustado
Hasta media pantorrilla,
Con medios liera abrochado;
Sambbrero de medio lino,
Con espejos su toquilla.

Y un puro con tal esmero
Lleva en su boca el galano,
Que, si no es tabaco habano,
Es de las vegas vegero,
Pues el no fuma villano.

A paso lento camina
En su alazano troton,
Y á los rayos de Lucina
Que los campos ilumina
Comienza aguesita cancion:

Churrupampiti ce cace
Con la torera,

Voy poco le dice Churrupampiera:

Y esjo ej tea peró,

Opeú rex á un burrico más

Por loj lejanos;

Churrupampiti de mi pensamiento

¿Dónde se hallará?

Y en la eguina tomando café,

Y en la eguina tomando café.

Si merej á loj toros,

Cuando lojavé,

No monte jen la rueta

Sino en la laya;

Y si tienej eluero

Tomaréj el asiato primero,

Con grande ternura;

Y veráj al negrito Ventura

Con su ejarapela;

Ese si que la para la pela,

Ese si que la para la pela.

Por una choza pasaba
Cuando su canto acabo,
Y el manco alazan paró,
Que algo de allí le gustaba,
O alguno allí le llamo.

Una hamaca habia en la choza
Junto á un pequeño jirdin;
De allí se paró una moza,
Jarochita, que destroza
El corazon de Crispin.

Levantada la cabeza
Mostraba al andar, serena,
Tanto garbo y gentileza,
Que si no fuera moyma
Fuera romana belleza.

Suchiles blancos y orientes
Entre su pelo tenia,
Y cocuyos que cogia
Y en su cabeza, lucientes.
Con alfileres prendia.

Con su camisa de olan
Y con su celoste enagua
Se fue acercando al galan,
Que montado en su alazan
Tenia por pecho una fragua.

Y el galan que así la vió
Hasta la cerca acercarse,
Con ternura suspiró;
Hizo al sombrero ladearse,
Y así amoroso le habló:

“Oigajé, ña Sacramenta,
Le dire ajé mi pasion,
Y si me ej erijilina uenta
Tiene me ajé un corazon
Que con me se amedrenta.

“Soy cojante en el quejer,
Y en el amar dudivoso,
Si me lo lo quiere erer,
Lo diré por Simferoso,
Que me el que me lo hizo yer.

“Mi dinero no dejimembra;
Y si en gularlo me puló,
Puedo darle un cachirulo
Como el que tiene la jembra
Muger de flor Cleto Angulo.

“Enaj maguné le daré,
Y una banda de burato,
Y prendaj le compraré,
Que en amar no soy harato
Cuando se me ama con fe.

“Y rémoj á Meclim
Montando uté un guen andante,
Y si hay algún ambulante
Que ofenda allí á flor Crispin,
Se manejaré mi cortante.”

Crispin acabo de hablar;
La moza su rostro escondió.

Y después de suspirar,
Con composivo mirar,
Así al galan le responde:

“Ese amor que uté me jura
No puedo eucharlo, no,
Puej que me ama flor Ventura,
Y ejoy de su amor segura,
Y soy muy cojante yo.

“El é jombre muy celano:
Tal vej ya pronto vendrá:
Camine alante erijitiso,
Que si nos ve mano á mano
Y hablando, se enojará.”

—“Querido ángel humano!
De dir no me tengo, no:
Yo soy hombre muy cabal,
Y que venga mi rival,
Que aquí verá quien soy yo.”

En esto estaban los dos,
Cuando al oír de Ventura
La seca robusta tos,
Ña Sacramenta se apura,
Y el galan le dice: “Adios.”

Y luego, de mal talante,
Mudando el color Crispin,
Saca el moruno cortante...
Y arrienda su flaco andante
Camino de Medellín.

Veracruz, Septiembre de 1843.—José M. Es-
trada. (Escrito para el Museo.)

MEMORIAS SOBRE EL MATRIMONIO.

LICEROS APUNTES SOBRE LA COQUETERÍA.

(Segunda conversacion con Doña Susana.)

POCAS de las lectoras que hayan meditado con detenimiento en el capítulo anterior, habrán dejado de pensar lo que yo, cuando me retiré de la casa de D^a Susana; á saber, que una muger cuando estravia su juicio, cuando abandona la senda que murean la moral y la religion, recibe al fin el castigo merecido por sus errores. ¡Qué suplicio mas cruel para una jóven bella, y acostumbrada á dominar con una sola mirada á los hombres, que el que éstos la insulten groseramente, y publiquen sus defectos! ¡Qué humillacion mas terrible puede sufrir, que la de verse de improviso privada de las dulces y sinceras comunicaciones que proporciona un casto amor!

El recuerdo solo de estos dolores vagos ya, y adormecidos con el tiempo, hizo derramar lágrimas á Susana, y no tuvo valor para decirle que continuara su conversacion. Al dia siguiente, deseando que terminara su interesante historia, volvió á su casa, y ella prosiguió en estos términos: “Apenas me restablecí de mi enfermedad, cuan-

do seriamente dije á mi madre que descaba entrar en un convento. Mi madre, aunque ignoraba la verdadera causa, sospechó fácilmente, que esta resolution provenia de alguna desgracia amorosa, que seguramente no podria aliviar la vida solitaria y aislada de las monjas; sin embargo, yo insistí; pero felizmente se opuso á esto toda mi familia, y tuve que resignarme. Quédame en mi corazon un vacio un grande, sentia en todo mi ser moral un disgusto tan indefinible, que nada bastaba á remediar. Sentia mi existencia sola y abandonada, y al pensar que un hombre sincero, leal y honrado, me podia dar la felicidad que buscaba, lloraba amargas lágrimas. ¡Lágrimas estériles que nadie se atrevia á enjugar!

Este estado fatal de mi alma, duró mucho tiempo: aislada y sola, sin tener á quien quejarme, pues Antonia, confidente de mis errores, se habia marchado de mi casa y contribuido á desacreditarme, como lo hacen todas las criadas: pasaba los dias entregada á la melancolia, y las noches llenas de insomnios y de fatales pesadillas. ¡Con qué envidia miraba yo á esas parejas de amantes, felices y tranquilas, que parece que comunican dicha y bienestar á cuanto los rodea! ¡Con cuánta tristeza contemplaba á esas niñas, de candida alma y de virtuoso corazon, que no dejándose dominar por la moda, ni vencer por el atractivo de unos gooces efimeros y pasajeros, conservan el amor de un solo hombre en su corazon, y se atavian, y se ponen espléndidas y bellas para complacer al único objeto de sus pensamientos!

No juzgo vd. que me salaban amantes que rondaran mi calle y me dirigieran cartas; pero yo no admitia ninguno de estos obsequios, y solo veía con alguna satisfaccion, pasar todos los dias á cierta hora, á un jóven de buen parecer y vestido brillantemente. Sin quererlo, me ponía detras de la vidriera diariamente, y esperaba con impaciencia la hora en que debia pasar. Si algun dia no pasaba, como de costumbre, me ponía de mal humor, reñía con los criados, y no comía ni podia dormir con sosiego.

Una vez que fui de visita á una casa, al estaba allí. Luego que lo vi, sentí un trastorno general en los nervios, me puse pálida, y tuve que decir que de un desvanecimiento me habia acometido. Al retirarme de la visita, se ofreció Alberto (que así se llamaba) á conducirnos á casa. Dió á mi madre un brazo, y á mi otro. Cuando el brazo de Alberto estrechaba dulcemente el mio, un calorífico discurría por mi cuerpo; sentía que el calor de este brazo querido era el calor de mi alma y de mi corazon. Alberto me dirigió algunas palabras, á las cuales no pude responder, á causa de la turbacion que no producía ese enagenamiento, ese éstasis amoroso en que me hallaba. ¡Oh, qué hermoso, qué sublime es amar

así, con el corazón, con la alma, con todas las fuerzas físicas y morales de nuestro ser! Mientras me duró la compañía de Alberto, me creí arrebatada á otra región superior, y sentí placeres de esos vivos, ardientes, desconocidos, que no pueden expresarse en ningún idioma del mundo, y que sólo experimentamos poquísimas veces en el curso de nuestra vida. Preocupada con estas ideas llegué á mi casa, me quité el vestido de seda, y cuando al soláyo ó vi reflejar en el espejo mi imagen en un sencilló *desabilló*, cuando observé que mis pies no habían perdido su fina construcción y pequeñez; que mi seno estaba aún morbido, y brillante y blanco como el alabastro; que en mi rostro, aunque pálido y un tanto estenuado, brillaban dos ojos negros y expresivos; un rayo de esperanza alumbró mi espíritu, y dije para mí: ¡Aun soy bella, y Alberto puede amarme.

Meñime en la cama, y apenas puse la cabeza en la almohada, cuando la lánguida y casi mortuaria luz de la veladora, el silencio que sólo interrumpía una que otra mosca descañariada, me despertaron otra clase de pensamientos, ¡Alberto me amaría! El haberme acompañado á mi casa, debía atribuírsele á un seto de política, ó á un interés que Alberto tenía en mí! Las palabras que me dijo en la calle, ¿se las dictaría su corazón, ó serían esas galanterías vagas que los hombres dicen á todas las mujeres! Estas dudas *zetas* me atormentaban, y cuando pensé que podría no ser amada de Alberto, y que sin embargo necesitaba para mí dicha, para mi tranquilidad, para mi existencia, este amor, estuve á punto de saltar del lecho, gritar, correr y golpear mi frente contra las paredes. Al fin el sueño alivió alguna tanto este vértigo, pero fué de esos sueños inquietos, en que ni se vea ni se duerme, y que en lugar de mitigar los dolores, aumentan los sufrimientos físicos y morales.

Al día siguiente me vi al espejo; estaba como si me hubiera levantado de la tumba.
Tenía la esperanza de encontrar á mi Alberto en la visita, lo que en efecto sucedió á cabo de algunos días. Volví á ofrecernos su compañía, y al darme la mano para bajar la escalera, deslicé entre mis dedos un papelito. Manijalmente lo tomé y lo oculté en mi seno. Luego que llegué á mi casa, me encerré en mi alcoba, y abrí temblando la carta. ¡Oh Dios mío! Era una carta de pocos renglones; pero firme y expresiva. Alberto me acusaba Alberto había escrito con su misma mano el billete. ¡Oh! Engañada de placer y de gozo, besé mil veces la carta; la leí una, dos, tres veces; la regué con mis lágrimas; la puse contra mi corazón. ¡Oh!... ¡Qué locura!

Nuestra correspondencia se arregló perfectamente, y aun teníamos largas horas de conversa-

ción en la visita consabida. Alberto era cada vez mas fino y mas cumplido conmigo, y yo era feliz, muy feliz.

Una noche invitaron á mi madre á concurrir á un baile. Desde la aventura que referí á vd. en mi conversación anterior, había concebido una especie de horror por este género de diversiones; así es que me resistí á ir, temiendo por otra parte que esto disgustara á Alberto. Mi madre se empeñó, y yo condescendí por darle gusto. Era el baile, aunque en una casa particular, bastante espléndido; así es, que luego que la música comenzó á tocar unas cuadrillas, y los concurrentes á animarse, se dispuso mi mal humor. A poco rato divisé á Alberto entre un grupo de jóvenes, y esto colmó mi alegría. Alberto bailó conmigo, se rió, y escucho áfable; y yo pasé mas de la mitad de la noche engañada de placer.

—Mucho ha bailado vd., señorita, me dijo un joven sentándose á mi lado.

—Sí señor, le contesté sencillamente; pero á pesar de esto, continué dirigiéndome la palabra.

—¿Sabe vd., señorita, que apesar de haber multitud de jóvenes en esta sala, vd. es la bella de todas?

Yo no le contesté, y volví la cara á otro lado; mas el inescusable charlatan continuó:

—Todos dicen que Adelina es la mas guapa y linda de todas; pero yo insisto en afirmar que vd. es la reina del baile. Mire vd., qué orgullosa y qué pagada de sí misma va la tal Adelina.

Volví el rostro por curiosidad, y vi que Alberto daba el brazo á una criatura de blanca frente, ojos de estrella, hermosa y fantástica como una maga. El abanico se me cayó de las manos, una nube turbó mi vista, y la sala toda me pareció que giraba en una danza infernal.

El galán que estaba á mi lado alzó mi abanico, y con una sonrisa expresiva me lo dio, diciéndome:—¿Se halla vd. mal?... ¡Algun accidente!...

—No es nada, caballero. Le contesté aparentando mucha calma; pero, dígame vd. ¿quién es esa Adelina?

—Toma! ¡No la conoce vd! Pues es una muchacha muy fastidiosa, muy presumida, muy insufrible, que va á casarse con Alberto Segura, que es ese jóven que la conduce...

—¿A casarse! interrumpí yo.

—Y muy pronto; ya las diligencias están practicadas, y pronto...

—Es imposible, contesté yo, disimulando cuanto fué posible mi emoción.

—Por qué ha de ser imposible?

—Porque yo sé que ese caballero, Alberto, tiene otra muchacha.

—¡Ah! ¡Ah! Ya caigo, me contestó con risa insolente; esa es una coqueta de quien él se quiere vengar.... Esa debe ser aventurera curiosa.

La sangre me subió al rostro. Ardía en cólera, rabíaba de celos. El jóven charlatan se apartó riéndose de mi lado, y se puso á charlar con un grupo de elegantes.

En cuanto la oportunidad me lo permitió, tomé á Alberto de una mano, y lo arrastré á una de las piezas solas.

—Alberto! le dije con una voz melancólica, ¿es verdad que me has traicionado?

Alberto me miraba fijamente sin responderme. En este momento se presentó ante mi imaginación la figura pálida y convulsa de Arturo, como la imagen de un remordimiento.

—Alberto! Alberto! exclamé llorando. ¿Es cierto que me has traicionado! ¿Que te vas á casar con otra?

—Señora, me contestó con voz hueca y sepulcral: tenía yo un amigo que os amó con todo su corazón, con toda la fuerza de su alma juvenil. En una noche como esta, en que estabais embriagada con el placer del baile, llena de aromas y de brillantes, vino ante vos el pobre muchacho, desahogado, agonizante, á pediros una palabra, una mirada que le fuera la vida; pero vos, teníais muchos amantes, y un corazón de coqueta, insensible, frío, y lo dejasteis partir sin una palabra de consuelo. Arturo, sin gusto, sin esperanza, con el corazón comprimido y doliente, se mareó de México, y se hizo matar en la guerra.

—¡Piedad, Alberto, piedad! exclamé arrojándome á sus pies y bañando sus rodillas con mi llanto.

—Levantad, señorita, y concluyamos. El pobre Arturo era mi amigo, y juré vengarle. ¡Comprendéis ahora?

—Eso es una infamia, Alberto!

—Ponle el nombre que queráis.

—Alberto!

—Os aborrecia con todo mi corazón: en este momento os compadezco; pero nada puedo hacer por vos. Adelina, con criatura de corazón viciado de alma sencilla, que pronto ha de ser mi mujer, me aguarda para que la acompañe á su casa. Adios, señora.

Alberto me volvió las espaldas.

—Susana! Susana! exclamé yo. ¡Y vivís así!

¡Y estáis tan alegres!

—Que quiere vd. le contesté conjugando con su pasado una lágrima que temblaba en sus párpados; el tiempo va cicatrizando poco á poco las heridas del corazón; pero os explicaré el sistema que despues le seguí.

—¡Halla!

—Cuando recibí este golpe terrible, una segunda enfermedad me asaltó; pero estenuada y débil como estaba, me encerré en un convento; y así, en la soledad del claustro, lloré amargamente, ante los pies del Salvador, mis errores

pasados. Despues de un año, mi madre murió, y me dejó dueña de una fortuna inmensa. Ya mas resignada, salí del convento, y he vivido en el mundo, admitiendo la amistad de cuantos hombres me la conceden; pero rehuyendo siempre el amor de todos. Así he logrado vivir tranquila.

—Pero no feliz, le interrumpí.

—Es verdad, no soy feliz; me contentó.

Creo que la segunda conversacion de D^a Susana no necesita comentarios. ¡Cuidado con la coquetería, niñas!—Yo.

ALCONEDC.

Luis Rodríguez Alconedo nació en Atlixco, Departamento de Puebla, en donde pasó los primeros años de su niñez. Apenas comenzó á manifestar sus disposiciones intelectuales, cuando fué conducido á México, en donde hizo sus estudios, sobresaliendo en la pintura al pastel, de que nos han quedado algunas obras verdaderamente grandes; sus bellas prendas personales, sus modales hábiles y corteses, á la par que sus conocimientos artísticos, lo atrajeron la estimación de muchas personas distinguidas de la corte vicreal, y el virey mismo lo distinguió con su aprecio. Era entonces Hurrigaray el que desempeñaba este encargo; su ojo perspicaz conoció en Alconedo el amor patrio, el deseo de independencia que ya fermentaba en él, y no dudó hacerle partícipe de aquella conspiración que un desgraciado desíto tuvo para el virey y sus cómplices; en ellos se distinguía el nombre de Alconedo, que bajo partida de registro fué conducido á España, en donde permaneció dos años preso; pero en el centro mismo de su prisión logró llamar la atención de los inteligentes; allí trabajaba sus pinturas, sus relieves, y con su producto tenía lo bastante para subvenir á sus necesidades y dejar algo en reserva, lo que aprovechó en el momento de su libertad, para hacerse de una excelente colección de pinturas que trajo consigo al volver á su patria. Durante el tiempo de su cautiverio, fué invitado por unos ingleses con el objeto de que fuese á radicarse á su país, ofreciéndole un partido ventajoso y su estancia en prisión; pero todo lo rechazó, esperando con calma el momento en que terminase su prisión.

Vuelto al seno de su familia, se ocupó sólo de las artes, y no se le veía sino dedicado á sus estudios; mas repentinamente resucita en Dolores la voz de Hidalgo; Alconedo se conmueve y sin titubear, sin tomar en consideración los riesgos á que se esponía y lo incierto de aquella revolución, marcha y se incorpora al ejército de Morelos; este grande hombre sabe apreciar su mérito, deposita en él su confianza, y lo nombra su

secretario; sigue la suerte de la guerra, prestando á la patria servicios ya como soldado, ya como artista, construyendo artillería, ofreciendo troqueles para sellar moneda y por último, como hábil político, combinando los materiales heterogéneos para consolidar la opinión, y llevar al cabo su empresa.

Llegan al pueblo de Ajmal, en el Estado de Oajaca: Morelos y el ejército se adelantan, y Alcomedo y el cura Crespo permanecen en el pueblo como objeto de miradas; estaban en el templo dirigiendo fervorosos puros al Dios de Israel por la libertad de los mexicanos, cuando hirieron sus oídos las terribles palabras: ¡los españoles! ¡los españoles! pronunciadas con todo el horror que ellas inspiraban y proyectándose de la confusión que en todas partes reinaba, logran ponerse en salvo. Habrían caminado como media legua, cuando Alcomedo recordó que la secretaria debía irremediablemente caer en poder de los españoles. Es presentaron en su imaginación los inmensos males que de esta aprehensión resultarían á la causa de la patria, y espontáneo su vida, vuelve las riendas á su caballo, y sin atender á las observaciones de Crespo, parte á salvar aquel tesoro, logra en efecto sacarlo; ya se creía triunfante, pues cambiaba con cuanta esterilidad le era posible, cuando de improvise escuchó detrás tiros disparados contra su persona, y la voz le alto allí: ¡Voz que aunque eon repugnancia se vio en la necesidad de obedecer; pero su asistente no obedece, y á todo correr marcha á dar aviso al cura Crespo, que retrocede con la esperanza de salvar á su compañero, consiguiendo tan solo sacrificarse el mismo, pues que fué hecho prisionero también. Algunos días después fueron pasados por las armas, contando entonces Alcomedo 63 años de edad: estaba escrito que debía morir en esta vez, pues algunas horas después de la ejecución llegó á Heriva, general que mandaba las fuerzas españolas, el indulto de aquellos dos héroes, y ya era tarde.

Puebla, 9 de Septiembre de 1813.—E. de P. E.

IMITACION DE LOS CANTOS DEL NORTE.

LA NIÑA TRISTE.

—DIME, María, ¿no encuentras belleza en estos sauces verdes, cuyas copas se mueven blandamente al dulce soplo de las brisas de otoño?

—No llenan tu alma de alegría esas praderas llenas de flores, donde saltan gozosos los blancos cardelillos?

—No tienen eco en tu alma los trinos del giguero y del cauzone, que balanceándose en las ramas del fresno, cantan su amor y sus placeres?

—No experimentas un grato consuelo, cuando

ves correr sobre un lecho de arroyos y clavales, la línia pura y trasparente del arroyo?

—No admiras el Críador, cuando alzando tu vista al cielo contemplas las ligeras nubes, que como un vellón de púrpura y de oro bordean ese manto azul y trasparente, que está tendido sobre el mundo?

—María estaba triste, y dos lágrimas rodaban por sus mejillas.

—María! ¡Mi hermosa María! No llores así, porque tus lágrimas caen como un veneno en mi corazón.

—Consólate, María; tienes veinte años, y debes soñar en un porvenir de rosa y de oro: debes esperar que la felicidad sufrirá para tu vida sus puertas de topacio y de safiro; debes pensar que puede aun desahozarse tu juventud entre las rosas y las azucenas.

—Pensar, contestó María, que cuando el corazón está yerto y marchito, que cuando el mundo levanta en vólo, y nos mostró una sociedad périca y venal, que cuando se rompió el prisma brillante de las ilusiones más puras y más tiernas del alma, se puede hallar consuelo en las bellezas de la naturaleza!

—Para mí el cielo es de plomo y pesa sobre mi cabeza; las flores no tienen color, y el aroma de las brisas que resgan en los campos, es un veneno que quema mi corazón y destruye mi vida. Estoy sin luz, sin sol, no tengo amor, estoy triste.

—María, aun no has perdido la inocencia; aun eres pura y casta; aun eres ángel en el mundo, y el Señor te dará consuelo y felicidad.

—Señor! Señor! La pobre niña está triste; pero tú la consolarás, porque los ángeles deben ser felices.

(Escrito para el Museo.)

ANUNCIOS Y EFECTOS DEL VIENTO NOROCCIDENTAL EN EL SENO MEXICANO.

—¿Qué prodigiosos son las obras de Dios, y cuán incomprendibles son sus juicios! Se ve que el hombre de sus desgracias, sin advertir los beneficios de que se ve rodeado, y se abate hasta el último por un contratiempo que no es mas que el momento de su orgullo. La historia de la vida de cada persona, es el proceso de esta verdad, y el estudio de la naturaleza nos manifiesta que en todas partes la trampa se halla cerca del veneno, y que los grandes sucedimientos atmosféricos son siempre útiles á la humanidad, si bien alguna vez la lastiman parcialmente.

En los meses de Agosto y Septiembre, son las grandes lluvias en las costas de la república, que caen en el Seno Mexicano; y tanto cuanto son mas impetuosas, la estación de los nortes se adelanta; pero lo general es que principien estos del 15 al 31 de Octubre, siendo los prime-

ros flojos y con intervalos de lluvias, siguiendo en adelante las aguas á menos, y los nortes á mas, de modo que su mayor fuerza es desde Diciembre á fin de Febrero, y ya en Marzo son flojos y de poca duración hasta concluir en Abril ya se sabe que hay varios instrumentos, que entre sus aplicaciones tienen la de anunciar las temporales; mas la venida de cada norte dá señales tan perceptibles, que están al alcance de todos la primera es, que el viento que sopla en otras direcciones es escaso y veniso; menos cuando es sur; pero éste anuncia á su antipoda con fuerza, y ráfagas impetuosas; el calor sube mucho en todos casos; la respiración se hace difícil, y la humedad de la atmósfera se aumenta tanto, que todo está mojado, y las paredes de las casas chorrean gotas gruesas de agua salada; la mar después un olor desagradable; los peces saltan con impetuosidad, los pájaros marinos revoletan y gritan con frecuencia, y los domésticos se ponen en silencio, y aparecen asustados; el norte no fue reventado en el día, la noche hace salir estas señales con una calma tan grande, que no se mueve ni una pluma, y esta hace que aun las gentes se aferran de aquel malestar, que produce el trabajo desusado de los pulmones, cuando un ambiente muy flojo no surge bien sus delicados elaboratorios. Llegó por fin el norte, casi siempre con espada en mano, como dicen en Veracruz, soplando con furia, levantando la mar, poniendo en conflictos á los marineros, y haciendo que los transeúntes agarren bien sus sombreros para no perderlos; á las dos horas de soplar, han cambiado todos los referidos anuncios, el calor ha disminuido notablemente, la respiración se pone fácil, y separándose de la corriente del viento, se goza de un estado muy agradable; su duración es la de cincuenta horas, siendo fuerte; pero si no, suele durar cuatro ó seis días, aumentando ó disminuyéndose según las mareas. Si á la conclusión sopla inmediatamente el sur ó algun otro viento próximo á él hacia el Nordeste, la calma del Norte es sospechosa de volver; pero si aparece el toral (Este en Veracruz) puede creerse, que no volverá, hasta un nuevo período lunar. Desde Panzacola hasta Matamoros, es dicho viento un temporero; pero aun adelante, va arrojando, de modo que en Tampico es ya temido, por Tuxpan es furioso, y desde Punta Delgada, pasando por Veracruz, hasta las sierras de S. Martín en impetu en espantoso, disminuyendo luego progresivamente, de modo que por frente á Campeche y Cabo Catoche, se calma ó se corre sin gran incomodidad.

Para dar á conocer mejor la naturaleza del norte en el Seno Mexicano, referiré uno de los mas recientes que se han sentidos. El año de 1805 los productos de las rentas de la isla de Cuba

eran tan escasos, que para mantener la corta guarnición española que la cubría, iba de Veracruz (que entonces pertenecía tambien á España) una cantidad periódica de dinero que en dicho año se entorpeció porque una escuadra inglesa bloqueaba á esta plaza y á la de la Habana. La necesidad apuró tanto, que se dispusieron en ella cuatro bergantines, que por su misma peregrinación y su mucha velocidad, pudiesen buscar la vigilancia de sus guardianes, siendo nombrado para esta ardua y difícil expedición, el teniente de fragata D. Luis Caballero, quien arribó á Veracruz salvo con su menuda armada; pocos días bastaron para cargar el dinero y arrojarse á la Habana, cuanto los prácticos hicieron presente á Caballero que demorase su partida hasta la caída del norte que se anunciaba, pues las señales eran tan marcadas, que iba á ser un temporal irresistible; el jefe de los buquecitos no pensó así, y una tarde del mes de Noviembre salió de Veracruz con ellos al remo, porque la calma era tal que no se movía ni un caballo, y por esta razón los anocheció á pocas millas del puerto; este conjunto de circunstancias había llamado la atención y el interés del vecindario, de modo que sin embargo de mis pocos años entonces, me acuerdo que en la noche todos hablaban de la expedición, y todos se recogieron formando cáleles de su deseo; erui las que cuando de improvise se sintió el bramido áspero y atronador del norte; al momento su fuerza se manifestó tal, que se abrieron las puertas rompiendo los cerrojos y derribando las tranca; las casas se sacudían como en un horrible temblor; las pedruzuelas volaban con impetu, y chocando contra las paredes hacían el redoble sordo de cien caños de guerra; el viento introduciéndose por las oquedades, sonaba á la manera de multitud de fogatas destempladas; la mar emborvada ebochaba contra sí misma, haciendo los oídos con sus multiplicadas detonaciones; y en fin, una negra noche aumentaba el terror de nuestros pechos compungidos.

En esta cruel situación estuvimos hasta el siguiente día en que el viento calmó lo suficiente para poderse andar en la calle, y todos preguntaban por Caballero; mas él ya no estaba, pues con sus cuatro bergantines fué tragado por las ondas; pasado enteramente el temporal se reconocieron todos los escollos de la mar y todas las playitas vecinas, sin que se encontrara ni un cadáver, ni un barril, ni una tabla, ni nada que pudiera dar á conocer dónde y como ocurrió la catástrofe; siendo esto tan raro que casi nunca se verifica un naufragio cerca de las costas, sin salir á ellas muchos fragmentos, y de aquí se deduce que el mucho peso y gravitación del dinero, junto con

los embates de las olas, los precipitaron integros hasta el fondo, en donde consiguientemente fueron tapados de arena ó de fango.

Si los nortes causan estas desgracias, producen en recompensa multitud de bienes, pues hacen desaparecer el vívido negro y todas las enfermedades estacionales; mitigan el calor y proporcionan un clima fresco y agradable; ahuyentan el mosco, purifican la atmósfera; socoran la tierra que los lluvias, han anegado; espesitan las comunicaciones; aligeran el cuerpo para el trabajo, y en todo difunden la hermosura, la salud y la alegría.—N. Z.

México, Octubre de 1843.

(Escrito para el Museo.)

LA LUNA.

A MI HERMANA DOSSOZ.

Pédica virgen del ríeteo cielo,
Que al anudo velas en la noche fría:
Al contemplar tu faz el alma oía
A ti se lanza en alas del amor.
Tú que rompiendo la arreceda niebla,
Te levantas sublime, resplandeciente;
Baña piadosa mi agobiada frente
Con tu divino cándido fulgor.

Vuelve la paz al pecho que la implora,
La ilusión á la ardiente fantasía;
El corazón palpita de alegría
Al verte, ¡oh luna! en el zenit brillar.
Fuente de inspiración y de saludo
Luminar puro, antorcha de consuelo,
Desde el inozuimo fango de este suelo
Te vuelvo, bella luna, á saludar.

Allí entre sedas en velados gozos
En los brazos de infame cortesana,
Que yonga el sol fulgente en la mañana
Al impuro nalgoste á sorprender.
Allí en palacios de opulencia, centro,
Duermen los reyes sueños de fortuna;
Mientras que emagenada, blanca luna,
El espacio te miro recorrer.

Y en mis memorias dulces encantado,
Y en ilusiones que tu luz me inspira,
Me miraré en los brazos de mi Elvira
Como otro tiempo que fingé pasar.
Tiempo feliz, que al suspirar del viento,
Y de las flores al aroma blando,
Sus inocentes párpados cerrando
Sobre mi pecho amante se adormió.

Mirando atento los arroyos claros
Que cruzan en mil giros la pradera,
Contemplando tu faz que reverbera
Al deslizarse el líquido cristal;

Recordaré mis horas de ventura,
Horas que el mismo cielo envidiaria,
Cuando á mi lado la alborada mía
Esperaba la aurora mistral.

Porque ese bosque que á lo lejos miro,
Y de esas flores el fragante aroma,
Tienen para mi pecho un mudo idioma
De misterios, de vida, de pasión:
La yedra en la arbolada entretejida,
De azucenas en torno circundada,
Grutas formando en toda la enramada;
Que asilo fueron de mi dulce amor.

Al serpentear las aguas argentadas
Del seraz Atoyac en la ribera,
Me parece que escucho Isongera
La voz de mi querida resonar;
Y entonces finge la ilusión delicias,
Y percibe la vista entre el ramaje,
Como una sombra cual sutil celaje
Su imagen bella en mi redor vagar.

Y de la vida que con odio miro,
Vuelvo á gozar los sueños tan queridos,
Que vuelve á resbalar por mis sentidos
La que perdiera, pérdida ilusión.
Porque tú, ¡oh luna! fero de la noche
Al ostentarte en medio de tu cielo,
Derramas con tus luces el consuelo,
Vuelves la paz al triste corazón.

Porque á tu luz, ¡oh luna! en mi memoria
Se reproduce mi placer pasado;
Como la flor silvestre en el collado,
Como las olas en el ancho mar.
.....
.....

Porque cuando insensato, en mi delirio
Reniego de mis creencias maldiciente;
Miro en tu faz divina, resplandeciente,
La imagen del Señor, y tengo fe.

Porque cuando á mi padre lloro triste,
Su sepultura con tus luces bañas,
Y como un ángel tierna me acompañas
Cuando me postro de su losa al pie.

Y al levantar mi faz para mirarte
Vuelve á mi pecho la perdida calma,
Porque en tu seno de mi padre el alma
Me parece que vela mi orlанда.
Brilla fulgente en el étereo cielo,
Con tu carro de estrellas tachonado;
Porque eres el fanal del desgraciado,
Destello de la inmensa iragstad.

FELIX MARÍA ESCALANTE.

Muy mal sistema es el de algunas mugeres,
que creen que la desgracia es para ellas inevitable, y se empeñan en ser infelices toda su vida.

BOTANICA.

UNA PLANTA MONSTRUOSA.



Una Planta monstruosa.

El diseño que hemos colocado al frente de este artículo, representa una de esas monstruosidades que suelen verse en los vegetales, y cuyo estudio es tan útil en la botánica para conocer hasta qué grado pueden llegar esas aberraciones de la naturaleza, que abandona, de cuando en cuando, en la forma y en la organización de los vegetales, los tipos primitivos. La planta que representa el diseño, y cuyo esqueleto conservamos, es una especie de *solano*, muy conocido en nuestro país con el nombre de *jaltamate*, y que nace silvestre, principalmente en los terrenos de cultivo. Hemos visto á esta planta vegetar con toda lozanía entre un viñedo, y la hemos conservado hasta que llegó á fructificar (1); se ha diseñado á nuestra vista cuando ya comenzaba á marchitarse: debía tener un tallo cilíndrico, como todas las de su especie, y al extremo del tallo debían haber brotado las ramas en todas direcciones; pero no sucedió así, sino que desde que salió de la tierra, ya presentó, en lugar de un tallo cilíndrico, un tronco plano y acanalado, como si hubiese sido muchos tallos que se hubieran ungerado por aproximación; y cada uno de estos tallos, que realmente no son sino uno solo, se ha transformado en la parte superior, en un brazo que después se ha ramificado; pero conservando siempre todas las ramas la misma dirección que el tallo ó tronco principal.

Podríamos hacer algunas conjeturas sobre la manera con que se ha verificado este fenómeno, valiéndonos al efecto de la *Teoría Phylogénica*, recientemente establecida por Mr. Ch. Gaudichaud (2); pero como nuestras explicaciones no pasarían de conjeturas, reserváramos esta materia al examen de las personas científicas, y nos limitamos á consignar en esta miscelánea un fenómeno, que para nosotros es curioso y raro.

(1) En la hacienda del Conejo, distrito de Pinos, Departamento de Zacatecas.

(2) Nuestros lectores podrán ver esta teoría, con algunos detalles que facilitan su inteligencia, en los *Nuevos elementos de Botánica* de M. A. Richard. París 1838.

y que merece ocupar la atención de los que se complacen en el estudio de las plantas.—L. R.

ESTUDIOS MORALES.

EL TEMPLO.

A MI AMIGO EL LIC. MARIANO OTERO.

¡Templo del Señor! como en los brazos de una madre he descansado en tu seno. Esplaya mi alma el éco solemne de tus cánticos: revive mi corazón el aura que perfuma tu incienso.

¡Dios mío! En medio de los campos, en el zumbido del insecto, he creído oír la confesión de tu grandeza; he fijado los ojos en el sol, atrevido como el águila, y se han destumbrado menos que mi inteligencia, cuando osa meditar en el mas simple de los arcaicos de tu gloria.

Es dulce contemplarte ¡o Señor! cuando la brisa como un himno infantil se eleva desde el cáliz de las flores á tu trono.

Cuando el mezcquino terror del hombre erece que centelles tu mirada terrible en el rayo que rasga las nubes y renumbando estrepitoso; interpreta el trueno como tu anatema; y compadecido nuestra miseria; tras el velo de esa tempestad brillan pacíficos los astros, y tu mirada apacible cae tranquila sobre la melancólica frente de la luna.

Al amigo de tu enojo carria el mundo en la nada, como una pedruzca en los mares, como la roca de Bavia que trazó el torrente, como la escuilla del encino que incendió el rayo.

El aroma de las flores, y el fragor del trueno, y el estruendo de los mares, es el lenguaje con que te haces palpable á la materia proterea.

Grandioso es ¡Dios mío! el reconocimiento de tu templo; elocuente y austero su silencio; feliz el ana que sabe comprenderlo!

Los invernaáculos guardan las flores de extraños climas, defendiéndolas del hielo y conservando sus colores y lozanía en tu templo, Señor; nuestras almas, plantas de otros climas, concurren también su perfume y su frescura.

Asilos del alma, playas benéficas que en el tormentoso mar de la vida nos ofrecéis amparo. Templo sacrosanto! en el desierto de nul existencia fuiste para mí como el oasis para el árabe: á la sombra de tus alas se refrescó mi frente abrasada por mis ideas febriles, y en el raudal de tu bondad humedecí mis labios, secos de gozar y de quejarme.

A tus puertas llegó el forajido cubierto de harapos y apoyando sus rugosas manos en un bácullo humilde, había gemido á la entrada de los festines, y oído hambriento el choque de las copas de la orgía; te hizo, borrado, confidente de su miseria; pegó sus labios á la tierra y erocó tu nombre, y le sonrió la esperanza de la inmortali- dad, y compadeció á los grandes, y foló á ellos superior, y te habló entonces con ternura: á tí, el amigo del pobre, el que robustecia con el infor- tuno á las almas, el que erívate en la gavista para que bogara festiva sobre las ondas alteradas.

¡O templo! yo me recogí con tu pomposa sublimidad: he visto de tus columnas perder el terciopelo y el oro, como un instante negro; he visto ondear la seda en tus cornisas, como la gasa sobre la frente de una bellida; he percibido el aroma de mil flores, símbolo de la secreta liban- da del espíritu; he oído entre el perfume del incienso suspirar la armonía de tu órgano, como si estuvieses en una nube te alabaran oídos los arcángeles.

Y desdichado tanto brillo, sin fijar la aten- ción en el sol que ríela en las molduras del al- tar, ni en el arrullo de las aves suspensas de sus jaulas, que te bendicen en sus gorgoros; yo niño, huérfano, y sin mas amparo que tu existencia, de rodillas, en el lugar mas solitario, te he contado mil penas he pedido, hablando, mis labios á las paredes, porque creía que del opuesto lado me estabas escuchando; y la flor marchita que reco- gi en mi paseo solitario, pensando en tí, fué á po- nerla á los pies de tu altar, como un símbolo de sencilla inocencia, como muestra pura de mi ruego, como recuerdo de mi ternura, como el rizo de nuestro pelo que colocamos en un relicario, y lo colgamos al cuello del padre de nuestro amor que se ausenta.

¡Dios mío! ¡Dios de mi vida! En el mundo resplandec tu gloria; el templo es el trono de tu ternura.

He visto á la madre diligente, enseñar á su niño tu alabanza, y purificarle su súplica cuando pasaba por aquellos labios virginales; y floré de gozo y de amor hacia el Dios que vigila sobre nuestra infancia, y guarda la miel en el seno de la flor para que se nutra la abeja frágil.

¡Sueño de oro del niño, que se confunde en nuestra memoria con los allagos de la madre dolatrada, con los primeros alboros de la vida, y el solo aroma puro de la humanidad. ¡Reli-

gión augusta, yo te bendigo, porque siempre que recurro á tí, eres el bácullo de las heridas de mi vida!

Muger á quien desechó el crámen y agotó la crápula; alma pervertida, degradada en el fango del vicio como la semilla del Fresno que cayó de la rama á la rambra de arena; evita el hombre con horror tus miradas; espanta tu anticipada vejez tu tráfico impuro; te repudió el libertina- je; en la agoda; la hipocresía te vuelve la espalda; la virtud de la tierra se cubre los ojos cuando pasas; y yo la vi en el templo, y allí lloro y vió á ese mundo al través de un velo de lágrimas, y el desengano le mostró silencioso la religión, y en la religión halló consuelo. ¡Pobre niña! víctima de la miseria y de la seducción; la ven- tura le brindó con el crimen; tras de la virtud encontró al vicio; el interés brutal se rió con el mundo de la compasión; tornó el amor en un tráfico; y su cuerpo mismo en una mercancía después ni... el escarnio la señalaba con su dedo insultante. Habló el Señor, limpió sus plantas con un hálamo de Egiptas, como la amger de la Escritura, y en sus ojos brilló una esperanza de consuelo celestial.

¡A tí tengo yo templo como el peregrino fati- gado que sube á la altura para ver el término del camino que tiene que recorrer.

Mansion de la virtud, libro material de la sa- biduría eterna, tabernáculo que guardas la espe- ranza del género humano, vengo á tí; sé tí el confidente de mis penas, y escucha día á día mis plegarias ardientes.

Las velotas y las cruces de sus torres me pa- recen los telégrafos con que el cristiano revela al siglo inercioso tu omnipotencia.

Templo sacrosanto, arca de los misterios de la vida; pórtico espléndido, elevado á la entrada de la muerte; tribuna en que te proclama el dogma de igualdad ante el trono de la virtud; templo su- puesto del Dios de mis padres, acrece en tu seno mi expresión de ternura, como la limpura que arde ante tus altares, como acrece el ruego del mendigo y del huérfano.—GUILLERMO PATERO.

PENSAMIENTOS.

La mayor parte de las mugeres se rinden mas bien por debilidad que por pasión: de aquí viene que frecuentemente los hombres atrevi- dos consigán mas victorias que los que no lo son.—R.

Se puede decir de nuestras virtudes, lo que un poeta italiano ha dicho de la honestidad de las mugeres: á saber, que frecuentemente no es otra cosa, sino el arte de parecer honestas.

CARTAS SOBRE MEXICO.

(CONTINUAN.)

ALAMEDA Y BUCARELLI.

Sa. D. JUSTO NIVEL.—México, de 1841...

Querido primo: A no conocerme tú á pal- mos, fallo de seso, suelto de lengua y amigo de atarajar necios, te esperaba un mundo de erudi- ción en mi carta, de modo que pian pianito, te dejaba con la boca abierta.

Es tan obvio el talento de los juíces, que con una poca de andaría y unos cuantos catálogos, he visto hacer prodigios; que no haría yo ahora que te voy á hablar de la Alameda, teniendo presente un artículo de Betancourt y otro del Semanario de Señoritas, donde se expresa el origen de ella, su crecimiento, sus mejoras, y hasta el número de sus árboles!

Tanto me he visto de escribirte:

Querido Justo: Todas las naciones cultas de la tierra, en sus paseos y obras de recreación pública, han presentado las páginas fieles, como dice un sabio, de su estado de cultura: Atenas y Roma, en lo antiguo; París y Londres, han escrito sus anales en sus monumentos; la policía misma parece encargada de consignar en sus ac- tos la crónica de los sucesos y de las progresi- vidades de los pueblos; ¡No te canses, Justo, yo soy un pismo cuando se trata de charlar.

Pensando en esto como filósofo, me dirigí á la Alameda de México, y me detuve en la indi- cación de su origen, que se cuenta desde el go- bierno de D. Luis Velasco; limitábase entonces á un cuadrado cuyos laterales llegaban á los frentes de Corpus Cristi y S. Juan de Dios; te diría cómo se entendió después el paseo hasta formar el cuadrilongo así como hoy lo ves, no olvidando por supuesto la mención del foso y el cerco de piedra, que antes era de madera; en fin, abando- no mi erudición para hablar mas á mis anchuras, que antes era de madera; en fin, abando- no mi erudición para hablar mas á mis anchuras.

Hecho todo un perimetro, y sin otro mastro de provincialismo que la figura de mi ropa, aun nueva, salí el domingo con mi inseparable *Espe- leta*, después de las cinco de la tarde para la Al-ameda; ¡qué pluma describirá la belleza de este sitio de recreo! Aquellas calles sombrías de frescos y sauces que enlazan en algunas partes sus ramas frondosas, formando un dosel de esmeral- da por donde apenas se desliza tímido uno que otro rayo del sol; aquella ilusión óptica de las fuentes, que se ven lejanas alzarse orgullosas co-

mo plumaje de cristales, y brillando al derramar- se sus gotas diáfanas con los colores vivos del iris; aquellos triángulos, muchos de ellos for- mando un bosquecillo de mirtos y rosas, selvas y violetas, que perfuman el aire bajo el ramaje inaudacioso y abatido de los sauces *Loranes*; allí se oyen los rínos del corrien y el zumbido de la abeja, y revelan las uaricipas con sus mate- ces espléndidos.

¡Qué bello es contemplar embebecido los juegos hidráulicos de la fuente principal, y al tra- vez de esa tela diáfana que se despliega con arro- gantes abultes, distinguir los árboles que se mecen en el viento, los cambias caprichosas de la luz del sol poniente, y los caballos y las carro- zas rápidas que pasan por la calzada exterior!

La concurrencia de los domingos en la tarde por la parte interior de la Alameda, es por de- mas heterogénea; y ya me acuerdo que no soy de los de mas aguzado ingenio para eso de las descripciones.

Humildes parças, que el galán de capa color de olivo, y la dama de fúpal de damases; fami- lias enteras; el fílderio inclusivo que calaba en los brazos de la fresca matrona; *fracs* escurri- dos como solvrepuestos en la ancha espalda de un portero de oficina, que ostenta su importan- cia de funcionario público, apoyado en su para- guas con funda; empalidido de oficina, de raya y varita, guante y pantalón de moda (el que fun- ge con el uniforme), adjunto á su mitad, de des- gobernado zapato, y el renuevo de la hacienda pública en sus brazos... cesantes melancó- licos, que contemplan la naturaleza campestre, chimas garbosas con sus enaguas pomposas de muselina, dejando ver la *punta* tejida de algodón que adorna y cae á la mitad de la pierna tor- neada, y forma como cortinaje á un pie abrevi- ado y limpio (las mas veces), banda de fícco de oro, canicas con desgote y bordado de cha- quira; y á su lado un *tépero* de *tez morena*, som- brero de ala estera, con chapetas y toquilla de plata, calzonera abierta, zapato con herradura y aire abusto y pendencioso; en fin, en todas di- recciones atraviesan bandadas de niños, bellos como las ilusiones, alegres como la infancia, cus- todidos por sus padres ó por los criados.

Ya triscan en torno de un pacífico borrego, con estrepitosas algazaras; ya rápidos como el viento, saltan las zaujas que sirven para el riego; ya enlazados de las manos, y en festiva gritería, defienden a la monja, del diablo; ya en hilera tras de S. Miguel, escapan de las asechanzas del demonio; ya imitando otro niño los bufidos y el ardar del toro, se lanza a la liza en persecución de una turba de gladiadores.

El niño que apenas se sostiene en sus piesscitos vacilantes; la jovencita que ya al pasar cerca de los espectadores de mayor edad, limpia su traje y arregla su pañoleta que jugaba con el viento; el mozouelo que haciendo cabriolas creyó volar en los lomos del ardiente baidón; y el rapaz que juega como su papá, á monte fina y á señor decente, y se pasea como apartado del bullicio, pero inapaciente porque no fijan la atención en él.

Estos cuadros, todos placen, todos recuerdan, los observan ya el padre embebecido y lleno de ternura; ya el anciano solitario que revive los recuerdos de su edad primera; ya la turba de ávidos dulceros y de vendedores de muñecos.

La Alameda es un recuerdo de flores y de perlas; es una página en que ha dejado escrita todo mexicano la historia de su infancia; allí recuerda á sus padres, á su nodriza, al viejo criado que hacía desesperar; aquellas auras balsámicas flotaron en sus cabellos de niño; aquellos prados resonaron con sus gritos de gozo, y su caballo de palo, y su pelota, y su borrego allí lucían, porque entonces esa posesión era su orgullo, y el ruido de las piedrecuelas de una sonaja ahuyentaban sus penas.

Por las calzadas exteriores cruzan, como dice, carruages espiadados, bridones hijos del Norte y de la Europa; cascados y culeridos simonios hundidos en sus varas; caballeros bien ó mal montados, pero en abundancia: como domingo, la Alameda era un lugar de tránsito, sin más concurrencia permanente que la postivísima de su entrada, compuesta de uno que otro fatigado aniano al lado de una que otra reloxera, aunque obesa vieja; uno que otro rosagante religioso, y un grupo de ancianos respetables armados de paraguas, entregados á su conversación eterna de recuerdos á novedades políticas, indiferentes al paso.

Espoleta, que como te digno es incansable, quiso que nos dirigiésemos al paseo; el portado, yo curioso; el chigaravil y amigo de la sociedad, yo inapaciente por ingresar en ese círculo, resido de nuevo; pronto ya estábamos en camino y tocando las paredes de la Acordada.

No dejó de repugnarle altamente la vista de una puerta con su verja de hierro que guarda la de un cuartito humilde, en donde se esponen los cadáveres recogidos por la policía.

Además de no ser tal parage introducción de muy buen gusto para un sitio de recreo, la fealdad del lugar puede ser nocivo á la salud; por otra parte, y pon cuidado lo sería que te digo esto, la vista de cadáveres de ambos sexos, medio y más que medio desnudos, goteando á veces sangre corrompida, repito que es desagradable; en la verja pocas veces dejan de llorar los deudos de los difuntos; yo aparté la vista, y cuando quise dar vuelo á mis lángüres reflexiones no pude, por el singular agrado con que me vi frente á Bucarchi, no sin llevar mi pañoleta á la nariz, al terminar la susodicha banqueta de la Acordada.

El paseo no es más que una estensa hilera de árboles, sin más ornato que los porcos de piedra que en los laterales hay para la gente de á pié, y tres soberbias fuentes, cuyas estatuas alegóricas se ven dominando á considerables distancias.

Pero cuando colocado en la fuente principal, observas el paisaje delicioso que tienes á tu frente, entonces, es otra cosa, se juzga un paseo encantador.

El sol está en Occidente; sus ráfagas le forman un dosel de oro y de nubes de cascadas; sus rayos se modifican al bañar el azul ocaso de las montañas, y la estrella de la tarde parece una lámpara suspendida ante el lecho fúnebre del sol moribundo.

Así, bañados con la indecisa luz del crepúsculo se estúnden los dilatados llanos contiguos al Egipto; se ven de trecho en trecho ya una casita humilde de paja, en medio de un rebano pacífico; ya al fin de una corta cañadilla, blanqueando las fachadas de las haciendas de la Teja, Coacá Blanca y otras fincas rústicas; mas allá se distinguen la arquería de la Verónica, y por los mismos arcos, como los muros de otros tantos fuertes, se ven los sembrados de esmeralda y oro de las milpas y los trigales, como colgados de las desnudas lomas que trepan, descarnadas y salcárgas, como huyendo, hasta besar el pie de los montes, que enruelados entre las nubes, forman el término del cuadro.

Al Sur, y siguiendo la carrera del acueducto de Chapultepec, la inagotable perspectiva ofrece la vista romanesca del bosque con sus anchos árboles, sobre los que descuella el pitocobroso castillo, dominando aislado en cuanto le rodea; al Norte se perciben las casas de la ciudad, las azoteas; y sobresaliendo de los arcos la austera fachada del monasterio de San Fernando.

Yo formaba parte de una hilera de palmímetros que con sazónada crítica espelaban las agüetas de la linterna mágica que daba vueltas á nuestra vista; frente á nosotros, pacíficos gimetas habían hecho alto formando otra hilera; y á nues-

tra izquierda, pero dándolos el frente, en semi-círculo estensos, yacían los carruages de otros comidosos paseantes.

Imposible es que pueda recordar uno á uno los epigramas que bullían: se dispersaban eléctricos, y brotaban de nuevo; cómo he de poder con la pluma traducirte lo expresivo y picaresco de tal gesto, de la otra sonrisa, de la presión de un codo: en todo había sátira, todo se refería á una crónica, á una anécdota, á un rasgo burlesco.

—Adios, señoría.
—De quién es ese magnífico carruaje? Tren soberbio!
—No lo conoces. Alquitran!
—Es de D. Alfredo Plinaria [coche de papel!
—Cómo es eso? Si señor, de puros váles de alcance y créditos.

—Es muy fuerte para tan frágil materia.
—Bobada! finas he visto yo de lo mismo, y no hay cuidado de que se caigan.

—Eh! eh! Adios Triqui-traque. ¡Qué simon, que traza, que resma de laón!

—Ayer gané siete viejos á la dobla, y en vez de pagar á sus acreedores, y de comprar relevo de su única piqueta, va con amigos; comió en la fonda y ha hecho diabluras.

—Ya lo veremos pidiendo un cigarro sin tener quien se lo dé; ítem: los que lo acompañan, serán los primeros que en su pobreza le desahucien.

—Señor D. Jorge, beso á vd. la mano.
—Lo mismo que siempre, D. Jorge Fagote; espamando con su cara en los paseos; ocupado en su prosopopeya y la de la niña.

—Lo dicho, al estirbo del coche.
—Liberramos Domine.

—D. Pánfilo Buena Pasta, alerta, miralo, como siempre.

—Qué trinidad!
—Qué armonía!

—Doña Ursulita y D. Claudio en la testera; ¡son tan amigos!

—El juega con las motas del coche, y admira la naturaleza.

—Qué quiere vd. ¡son filósofos!
—D. Higüino, saludo á vd.

—Qué figura de D. Higüino Musgano!
—Pero eso sí, enmarcado como el demonio.

—No hay contralhecho que no sea lo mismo: cobartas y chalesos de color repugnante; calzada original; y siempre embebecido en que lo quiere, y risueño, y entre los jóvenes de primera fila, hablando desvergüenzas.

—Señor, adios.
—A ese sí no conozco.

—Ese sí es un sabio, D. Modesto Camándula; día á día ve su santa misa, y se dá una vuelta en la Santa Escuela; en el simon de adelan-

ta van con la maná tres frutos naturales de su devoción; ¡es un santo!

—¡Salario!
—Pues para hombres así, es un banco de plata la virtud; es un descubrimiento que no va en zaga al agiotaje.

—¡Dios te valga!
—Gomesindo Gorgus en el paseo, con espada y chaparreras; ¡paf! Sentó el caballo.

—Ojando saludar.
—Adios, amo.

—Adios, Gorgus.
—Va contento; su caballo es del Bajío; su resta ya está hecha; la cabeza de su silla de perro, trae una rozada misa.

—Margarito Filigrana también iba á cierta distancia en su caballo peimolito, recogido y almidonado como su dueño; parecía tener *toilet* también el animal; un moño en la frente, la cola y la crin encarnada; el albardón bien puesto, sin un pliegue su sudadero; Margarito iba en las puntas de los pies, con su traje como de baile; guante de cabrullita y componiéndose el pelo, y haciendo sus monas contorsiones.

Lo demás nada ofrecía particular; ya era un infelice el que pasaba hecho un et cetera, con el pantalón alzado y un chilete en mano; ya una especie de adivinanza por arriba como frulle, y por abajo como mozo de café, según el zapato; y el ancho pantalón de coleta; ya una cándida pareja en un ético rocín, cultería la dama y no el galán.

Ya un coche con rico tren y grande aparato, cuyos dueños, según las cocoras, tenían en su casa, muebles desvencijados y otras cosas no correspondientes al aparente lujo; pero que la familia todo lo posponía al placer de gritar en medio de las visitas; que pongan el coche, que suba el negro.

Ya por fin, familias respetables, lustre y honor de tal patria, cuyos talentos, cuya moralidad y cuyo aspecto riguroso, y son como nuestros títulos de gloria, y cuyas vidas presentamos como vindicación á las viles columnas con que nos han agobiado vingeros instantáneos, para los que solo hay una arma... el ridiculo.

Te ofreci escribirte del teatro; ya no me comprometo sino á decir lo que me ocurra, y con el desorden que hasta aquí.

Tengo muchos amigos; figúrate que he conocido la voz de que soy rico; todos me importan á su modo en las circunstancias que aconecían, y me dicen que me libre de los denas. Quieren enseñarme hasta á andar y ponerse la corbata; y entre paréntesis, si viene lista como hasta aquí, ó me dignella, ó la divoreto do mi cuello.

Se me olvidaba: ha llegado al meson un extranjero literato, que va á escribir un viaje; anoche por primera vez durmió en cierta casa.

chilla *non sanza* que está á la otra puerta; vi-no hasta sin sombrero, y ha escrito:

«Las damas mexicanas, aunque de un alegre trato, son robustoras de sombreros á los euro-peos.»

«NOTA.—La prostitución de México espanta observacion geográfica: los indios venden pe-los.» Yo te hablaré luego de este ser original.

Tengo una vecina como un grano de oro; su marido viene á emplear en guantes, yo me em-plico en servirlo, y ya admito antes de ser un peron de mi plato que trasladó al suyo; mientras el marido en encamuzada refriega con una co-stilla á la milanesa pasó el tiempo de la comida sin *plolar* bocadillo. Ha traído un perico una señora del Sur que vive en el número 11, moni-simo; dos veces le comprado arsenico para li-berarme de su trompeta, y de su Santo Dios.

Los negocios se componen, me han dicho que ponga un escrito de cuatro versos, y la co-sa es hecha.

Recibí la libranza, que en suestre y comida es-pirito; si sabes lo que esto tiempo párrafo quiero decir.

Expresiones á las muchachas y á la Ola-la; te manda en tu primo—*Jacinto Camaleón*.

P. D.—No sería malo comprar para nuestro uso, y para cuando váyanos á ver las siembras, un par de *patitos*: son muy cómodos, y son de la moda de París.—*Valc.* Frona.

VINDICACION DE LAS CAMPANAS.

Las campanas son los instrumentos usados con mas frecuencia para dar señales por medio del sonido en una estension considerable. El principio de su construccion es sencillísimo; endiguese un vaso metálico, póngasele un ma-zo que lo hiere, y se tendrá una campana. Es por consiguiente natural, que las campanas ha-yan sido conocidas desde la antigüedad mas re-mota; su invencion es tan fácil como la de las tambores, é los que no van en zaga en lo rui-doso: hay muchas pruebas de haber sido usa-das entre los pueblos antiguos: los egipcios las usaban en la celebracion de las fiestas de Osí-ris; los griegos en las de Proserpina y de Cibé-les, y los romanos por último, con bastante fre-cuencia. Pero es de advertir que las campanas de que se hace mencion con diversos nombres en los escritos de los antiguos, mas bien eran campanillas ó campanas de mano que de torre. Parece no obstante, que los chinos, tan sfo-cados como todos saben, á los instrumentos musi-cos de persecucion, tienen grandes campanas des-de los siglos mas remotos. Los misioneros se maravillaron de encontrar en bogá esta clase de instrumentos en pueblos tan distintos de noso-

tros bajo todos respectos. En Europa, el uso de las grandes campanas no data sino desde el siglo V, y en concepto de los etimologistas se llamanon *campane*, como se las designa en la baja latinidad, del nombre de la Campania en donde se las aplicó por primera vez al servicio de la iglesia.

Las campanas gozaron de una veneracion especial en toda Europa, durante la edad media; las bendecian y las bautizaban con pompa, y las consagraban particularmente al servicio de Dios; cada ciudad se vanagloriaba de poseer sus cam-panas, y entonces un repique era motivo de re-gocijo público. No puede negarse efectiva-mente, que hubo un fondo de poesia en los acentos de aquella voz robusta, que resonando en dias fijos, en la torre del templo, convo-caba indistintamente á todos los fieles á la oracion, ya en sus casas, ya en lugar santo; en esa voz estrepitosa que imploraba para cada cris-tiano á su vez, y en las circunstancias mas gra-ves de su vida, en la hora de su nacimiento, de su matrimonio y de su muerte, la gracia de Dios, la intercesion de los santos, ó los piado-sos pensamientos de sus hermanos. La cam-paña era para los oidos, lo que la cañal para los ojos; si esta armonía la perdido todo su en-canto, no debemos atribuirlo á que nuestro oido musical sea muy perfecto que el de nuestros mayores, sino á que ese sonido monótono en el cual puede oír tantas cosas un espíritu medi-tabundo, es para nosotros ahora un lenguaje eclesiástico, enteramente incomprensible, y que solo hace vibrar vanamente nuestros oidos, sin excitar ninguna emocion en nuestros corazones. ¿Quién podría negar, no obstante, que en ciertos casos, en la tarde por ejemplo, en medio de las soledades melancólicas de la campiña, el ruido lejano de la campana de la aldea, despierta en nuestras almas como por una especie de remi-niscencia, algunas armonías esteras y religiosas, ora de los dias de nuestra infancia perdida tras de nosotros en el mar de lo pasado; ora de la sencilla fraternidad de todos los hombres, re-presentada á nuestras almas por una señal co-mun de oracion.

Esto nos puede dar á conocer lo que fué pa-ra las almas fervorosas de la edad media, el so-nido de estas campanas que hoy nos parecen tan incómodas y tan barbitas, señaladamente en el interior de las ciudades. Las campanas en la edad media, dominaban no solamente en la vida religiosa, sino tambien en la civil. Pa-ra comprender la grandeza de estos instrumen-tos, basta recordar cuáles eran sus officios en la época de la emancipacion de las comunidades: el derecho de poseer una campana, se colocaba al lado de las libertades mas preciosas: era lo mismo que tener en el seno de la ciudad un ór-

gano público; era, por decirlo así, el de tener un orador. Hay un incendio, la campana toca á rebato, despierta á los ciudadanos, excita su celo, sostiene su ardor; su vez es mas imperio-sa, sus instancias mas vivas, á medida que el pe-ligro es mas urgente; habla sola y domina el tu-multo, difunde en todas las almas el espanto, el valor y la compasion; reúne á todo el mundo, y sin que pueda resistirse nadie, precipita la po-blicacion entera á socorrer al pueblo amenazado. Se trata de una revolucion interior, de un sa-que á la ciudad, ¡qué tribuno podría igualar la elocuencia de la campana de alarmar todos los corazones sienten á un tiempo, lo que difícil-mente se les podría comunicar con prolijos dis-cursos; la campana basta para resumir todos los sentimientos adormecidos, y para resucitar-los con toda su energia; el honor, el interés, el amor de los concucladanos y de la familia; los odios y las pasiones políticas, todo lo reuerda la campana; su voz penetra en los repliegues mas íntimos de las almas, y su voz solemne trenza con mas energia que toda la elocuencia de Demóstenes.

En nuestros dias, las campanas han llegado á su decadencia. Sirven para proclamar las horas, y gustosos las desterraríamos del interior de las ciudades, como conspiradoras contra la tranquilidad, y aun de ciertos dias como culpables de la algazara nocturna; que hoy no se les profese respeto alguno; es un signo eviden-te de decadencia de la religion que las estable-cio, y por cuyo desprecio nadie se sobresalta. Pueblos atrevidos como por ejemplo los rusos, cuyo *Kerálin* está lleno de robustas campanas, son los solos que conservan veneracion á estas mágnitas, las únicas que las muestra con orgullo como creaciones imponentes de las artes, y enseñan con satisfacion su música que las hacen figurar sin falta en las ceremonias es-tranajeras de su bautismo. Sin embargo, por todas partes la civilizacion ha marchado con mayor rapidez. El principio sobre que se fundaron las campanas será ya extraño á las necesi-dades actuales del mundo. Los instrumen-tos de comunidad serán inútiles hoy, que el sen-timiento de asociacion es mas vigoroso que nunca. Las poblaciones modernas no se cui-darán ni de conserarlo, ni de demostrarlo públi-camente. ¿Deberán su desveredito las campanas á la grosera forma que recibieron de nuestros antepasados? ¿La idea que les dió vida para que correspondiesen á las necesidades de lo pasado, las hará revivir tarde ó temprano para las es-cigencias del porvenir? ¿O tal vez las campanas solo incomodan por su armonía insignifican-te y pesada, y por nuestra parte consentirí-mos en que permaneciesen entre nosotros si pensásemos de su de antigüa barbarie? Sería

temerario mirar como absoluta y definitiva la senten-cia que las condena. Transportemos nues-tra imaginacion á una de las rosas y elegantes ciudades de los siglos vandoros; se aproximan una festividad, un aniversario relativo á noso-tros ó á nuestros padres, tal vez ocupa y tiene en expectativa todas las almas, los regocijos pú-blicos, las ceremonias religiosas, los santos pla-ceres de la tierra unidos á los benedictos del cielo, deben llenar con su esplendor un dia sereno y augusto; han aparecido los primeros rayos del sol, y torrentes de armonía se derraman en el espacio con la luz; su movimiento crece, la ciudad se llena, sus calles mas retira-das inunda el gentío, la campaña misma sabe ya que un dia de júbilo acaba de brillar. Pare-ce el pueblo circuido de otra atmósfera; á las horas penosas del trabajo, á las tinieblas silen-ciosas de la noche, el grito musical de las so-lenidades las rodeado de gozo la tierra. Un artista inspirado por el sentimiento de la festi-vidad, y por la grandeza del papel cuyo desem-peño se le ha confiado, anima la ciudad con la ayuda de amorosas vibraciones, con las emocio-nes fecundas de su almas; bajo su impulso las almas de sus concucladanos se arrojan en un entusiasmo celestial, ya se afectan de sensacio-nes profundas, ya se recojean por que saben que los sentimientos que pechan son comunes á sus hermanos, y porque no for-man por decirlo así, sino un solo concierto que vibra y se reúne á otro concierto. ¿Qué armonía tan poderosa la que puede producir esto por sí misma! ¿Quién podría negar que la magis-tad de esta depende singularmente de su audito-rio? La voz de un orador es magnífica, so-bre todo cuando puede dirigirse á un pueblo enteramente apoyándose en el efecto indefinible que produce en la multitud, cobra prestigio la pala-bra, y animándose recíprocamente el que habla y los que escuchan, la elocuencia puede elevarse á los mas sublimes misterios de su grandeza. ¿Y dónde encontrar una asamblea mas digna, y al mismo tiempo mas populosa que una estensa y opulenta ciudad! ¿Y dónde encontrar para di-gnificarla ella, una lengua mas noble que la len-gua musical, esta lengua casi divina, las ota que la mitología cristiana ha juzgado bastante de-cible y bastante pura para servir de intérprete entre los ángeles y la divinidad! ¿Y qué es-pectáculo mas grande que un himno cantado de esta manera!

Como despues de este vuelo un poco avanta-dado, puede ser, al porvenir, volver ahora atras y pronunciar el nombre de los groseros instrumen-tos con los cuales ejecutamos nuestros bár-baros repiques? Propongámonos enastruir un instrumento capaz, tanto por la riqueza y esten-sion de su diapazon, cuanto por la posibilidad

de dirigir á largas distancias los sonidos para llenar el objeto que queda señalado; y puede que entonces se fijé nuestra atención en las campanas. En efecto, ¿qué cuerdas emplear para esta lira gigantesca, sino cuerdas metálicas?

Ciertamente los sonidos mas armoniosos pueden producirse por la vibración de los metales, y que al mismo tiempo la intensidad de estos sonidos puede ser aumentada á lo infinito, resta solo determinar la forma que debe tener este metal, para producir vibraciones mas sonoras ó mas puras, y aunque la teoría de las campanas y de las voces metálicas no se ha hecho aun, no es dudoso que el cálculo demuestre, que determinada figura puede ser mas ó menos análoga para las campanas; satisfaciendo esto las condiciones del problema que queremos resolver. Estudio tan complicado presenta muchas cuestiones de acústica, dignas de la seriedad de los geómetras. Comúnmente se calcula, que los sonidos de dos campanas del mismo tamaño y materia, se corresponden recíprocamente, como las raíces cúbicas de su peso; de suerte que la gravedad de los sonidos se aumenta con proporción á las dimensiones del instrumento. Pero esta regla que es con pocas excepciones suficiente para la práctica de los fundidores, está lejos de bastar para todo lo que se necesita saber, en un establecimiento perfecto de campanas. ¿Qué amalgama produce mejor armonía? ¿Podría reemplazarse el cristal á los metales? ¿Hasta qué punto hace variar el espesor la sonoridad? ¿Cuál es la figura que determina mejor las vibraciones concordantes en todas las zonas del instrumento? Cuáles son las relaciones geométricas, necesarias para producir entre dos voces un concierto cualquiera que sea?

Y lo que es mas importante, ¿cómo mantener igualdad ó intensidad entre los tonos elevados y los graves? En una palabra, formado un órgano con construir una serie de campanas correspondiente exactamente á un serie de tubos; hé aquí el problema de las campanas. El resto pertenece á la mecánica, porque ¿cómo hacer sonar por la presión de la mano del artista esos esquileo colosales que no se pueden hoy mover sino con un regimiento de campaneros? Es evidente que la cuestión se reduce á adherir á cada tecla de un piano, la llave de un resorte, con la fuerza suficiente; nada es mas simple.

Resta examinar si otros instrumentos, por ejemplo los tubos de un órgano, podrían reforzarse ó multiplicarse, de modo que pudieran propagar sus vibraciones en una extensión tan considerable como las campanas, y ser propias á la vez para formar conciertos. Esta consideración conduce á otras cuestiones bajo un aspecto mas técnico. No insistirémos sobre este objeto que

se nos presenta en la marcha de nuestras reflexiones, si no es porque nos parece que todo lo que es muy vulgar es por lo mismo muy elevado, y que las palabras mas familiares en un pueblo, son frecuentemente aquellas que corresponden á las verdades mas esenciales en el mundo.—R.

(Traducido para el Museo por D. I.)

LA INSTRUCCION Y LA EDUCACION.

La educación se compone del conjunto de los medios empleados para formar el corazón y el carácter; que es lo que por decirlo así, hace al hombre moral. La instrucción no es pues mas que una de sus partes, pues no se dirige mas que al cultivo del talento, mientras que la educación comprende la dirección de todas nuestras facultades morales. Con la instrucción se sabe mucho, pero con la educación se conduce uno bien y de aquí proviene la inmensa diferencia que hay entre estas dos cosas. Nada es mas peligroso que un hombre instruido cuando es vicioso; porque dedica su saber al ejercicio de todos los vicios. Ejercitar por la instrucción el talento de un hombre que puede mal emplear sus conocimientos, es lo mismo que enseñar al asesino á hacer un uso ventajoso del puñal.

Esta idea deberian tener delante sin cesar, los que se encargan de la educación de los niños; no basta pues instruirlos para ponerlos en camino de que tengan una posición honrosa en la sociedad; sino que es necesario desarrollar en ellos sus buenos sentimientos por medio de la educación, para que poniéndolos en ejercicio, sean dignos enteramente de ocupar el lugar que adquirieron por su talento.

La aristocracia del talento requerirá muy pronto en el mundo. En esta época hemos visto ya que Victor Hugo ha entrado á formar su asiento en el parlamento, con sus obras literarias debajo del brazo.—P.

La mas falsa de todas las filosofías, es la que bajo el pretexto de libertar á los hombres de las pasiones, les aconseja el abandono y el olvido de ellos mismos.—V.

De todo lo que existe en la creación, lo mas incomprendible es el corazón de las mugeres.—P.

El interés habla todos los idiomas, y representa todos los personajes, aun el del desinterésado.

PANORAMA DE MEXICO.

LA VILLA DE TEAPA.

Al Sur de S. Juan Bautista, capital del Departamento de Tabasco, y á distancia de diez y seis leguas de esa ciudad, se haya una población que mirada desde una altura que está á sus inmediaciones, viniendo de la villa de Tacotalpa, presenta un hermoso panorama, que no es posible describir perfectamente en este artículo; pero del que á lo menos procuraremos dar una idea fiera, y de su bella posición: lo primero que se descubre á la vista del viajero, cuando ha llegado á aquella altura, es el fondo verde oscuro de un gran cuadro cuya figura se asemeja, de algun modo, á un vasto anfiteatro que se despliega á su frente: sobre los elevados muros de este grande semicírculo, que es una sierra frondosa en todas estaciones, se ve regularmente una faja blanca, de anchura desigual y de variable posición, sobre la que reflejan los brillantes rayos del sol que se levanta á espaldas del observador, fácilmente se entenderá que son grupos de blancas nubes que pasan tranquilamente sobre aquellas alturas; el azul purísimo del cielo, pues la atmósfera goza allí de su mas sublime claridad, cierra el grandioso cuadro en la parte superior: en su base corre rápida y bulliciosamente un río, sobre un lecho de guijarros, y sobre su margen derecha está dibujada la escena mas pintoresca de este magnífico paisaje: allí se ven mil casitas blancas con sus tejados rojos, separadas en varias é informes direcciones, por hileras verdes que son sus calles, siempre alombadas de manada gruesa; pero estas casitas que parecen incrustadas en el fondo verde oscuro del cuadro, no ocupan todas un suelo absolutamente llano, sino que muchas de ellas se elevan suave y alternativamente sobre las otras, presentando una perspectiva tan variada como bella; algunas otras casitas de setos, cobijadas de paj amarillenta ó gris, y apiladas sin orden sobre las lomas inmediatas de la villa, la dominan orgullosas por su situación y disfrutan constantemente sus humildes moradores, del hermoso panorama que tienen á sus pies, y de la brisa del Norte que los baña dos torres macizas, de altura regular, de arquitectura semi-gótica, ennegrecidas por el tiempo y las lluvias, y que pertenecen á la parroquia del lugar, sobresalen en el

centro del cuadro, y dominan sin ostentacion al caserío que se despliega á sus costados. Hacia la izquierda del que contempla estas vistas, en la misma base del cuadro, se ven otras dos torres de inferior y comun arquitectura, algo mas bajas que las otras, é igualmente oscuras; son de otra iglesia llamada de *Protagoras*, porque fué de un pueblo de este nombre que hoy está confundido en la población que nos ocupa; mas allí siempre á la izquierda, descuellan majestuosamente el elevado pico de *Etampogoya*, cuyos montes contrastan melancólicamente con el alegre paisaje que se representa casi á las inmediaciones de su anchurosa base. Los mirros de otra iglesia sin concluirse, y que hoy sirven de cementerio general, ocupan la parte mas cercana del que mira arroyos serpean rapirosamente por algunas cañes y á los contornos del lugar que describimos; algunos son semejantes á pequeños rios por su regular anchura y por sus irregulares corrientes, y otros se parecen á cascadas de plata ó de cristal entrelazadas sobre un verde alfombrado, pues este color embellece todo el suelo de aquel lugar. Varias fuentejillas naturales, llamadas allí *manas*, no sabemos por qué razon, brotan humildemente sus aguas cristalinas al nivel de la tierra, y son las que sirven para el uso de aquellos habitantes, por ser las mas puras, frescas y delgadas. Si el viajero que estubo en el punto donde este sublime perspectiva, desde la altura en que lo hemos colocado, bajase á la población, recibiría otras agradables sensaciones, de distinto género, viendo las escenas animadas que pasan sobre las orillas y en el fondo de los arroyos que tendrá que vadear; muchas mugeres y de todas edades, semejantes en alguna manera á las *Nayades* de la fábula, pero menos poéticas; dominan las aguas; unas lavan la ropa de uso, propia ó ajena, sobre las alisadas piedras de los arroyos; otras las tienden en enredas al sol, presentando la imagen de una fiesta, por la variedad y matiz de los colores, y por las diversas formas y tamaños de los trajes y vestidos que flamean en todas direcciones; otras con medio cuerpo dentro del agua, y el otro las mas veces desnudo, se ba-

han, charlan y rien bajo las sombras de los árboles y enramadas naturales que forman los arbustos y juncos que crecen viciosamente en las cercanías; algunas se peinan ó visten; otras lujan y grifican á sus chiquillos, y muchos de estos retona y gritan alegremente por en medio de las aguas. Si el viajero sorprendido está fiesta diaria y familiar, ha hecho ruborizar á alguna jóven, que cruzando ambas manos sobre su pecho virginal, ó metiendo el resto de su cuerpo en el arroyo, para sustrerse de las miradas del profano que ha venido á turbarla, y éste ha pasado adelante en busca de posada, no hallará ninguna pública en que hospedar; pero si no ha estado antes en el pueblo y adquirido algún conocimiento, le bastará una simple carta de recomendación para ser acogido sin ceremonia y alojado cómodamente: no verá en la casa en que haya sido recibido, el fastidio ni el lujo de las ciudades; pero encontrará amplitud, sencillez y asce, y la mas cordial hospitalidad; mas será precioso que no conviese sino de los preciosos corrientes del cacao y del estado triste ó homogéneo de la próxima cosecha: la alta política muy poco lugar tiene entre aquellos, sencillos, laboriosos y honrados vecinos; hay, no obstante, allí algunos hombres ilustrados, que hacen mucho honor al país de su nacimiento. La segunda parte de la conversación general, son regularmente las charlas de lugar, como en todas partes en ignicas circunstantes. Las gentes de este hermoso pueblo no residen todas en él; una mitad por lo menos, se hallan viviendo en sus haciendas de cacao, en las que disfrutan, á su modo, de todas las comodidades de la vida, y de una enviable tranquilidad. Antiguamente las habitaciones del campo eran casi semejantes á las que hoy tienen sus sirvientes; mas desde la época de la independencia han mejorado mucho aquellas: hoy son muchas de mansión, y algunas de altos ó de fachadas bonitas, con corredores y arquerías. La riqueza agrícola y territorial de la villa de Tepepa se halla en un estado sobresaliente: las cosechas anuales del cacao, que es el principal cultivo, no bajan de diez mil cargas de sesenta libras, que el precio de catorce á quince pesos, que las mas veces es el corriente, produce á aquellos habitantes una entrada de ciento cuarenta ó ciento cincuenta mil pesos todos los años. Este pueblo es indudablemente el mas sano de todo el Departamento de Tabasco, y tiene un censo como de seis mil habitantes: de estos, apenas muere uno cada tres dias aproximativamente, lo que equivale á un 2 por 100 anual; mortalidad sumamente baja respecto de casi todos los países del mundo. El otro es siempre puro, pues está rodeada la población de plantaciones; no hay terrenos ni pantanos en sus contornos; el terreno es alto y ventilado, y todo contribuye á su reconocida

salubridad. Este solo pueblo y el de Usumacinta tienen la ventaja, sobre muchos, que les son comunes, de no tener mosquitos, que es la plaga mas ó menos general que hace molesta la residencia en aquel país, como en toda la costa del Seno mexicano. El calor tampoco es excesivo, relativamente, en aquella villa, pues nunca pasa de los 90 grados de Reaumur en la estación mas elorada, á la vez que en la capital asciende frecuentemente de 96 á 98 grados. Tal es uno de los lugares mas bellos del Departamento de Tabasco, del que hoy se tienen tan pocos, vagas ó falsas noticias, y que procuráremos ir ratificando.

México, Octubre 30 de 1843.—M. Z. y Z.

LA FLOR DEL DESIERTO.

Esta una flor muy bella con sus hojas blancas y rojas, mas brillantes que la seda, y mas suaves que el terciopelo: era una flor que nunca contemplaba yo todos los dias con amor y admiración: una vez la veía crecerse dulcemente en su tallo, al soplo de las auras matutinas; otras la miraba lánguida y amorosa abrir su cáliz para recibir las gotas de rocio de las tardes de verano; otras en fin, estasiado con el primer de sus colores tornasolados con la luz del medio dia, y enagenado con el suave y grato olor que despedía, acercaba mis labios, besaba dulcemente su corola, y le consagraba un suspiro y una lágrima.

¡Hermosa flor! he pensado en tí en todos los instantes de mi vida, cuando lejos de esos tristes y lejanos bosques donde vegetas, aislada, he buscado consuelo en mi corazón: te he presentado á mi mente con tus mismos colores, con tus mismas aromas, meciéndote galana y orgullosa al impulso de las brisas de Abril.

¡Agrata flor! Aun continúa alegre y espléndida, siendo el ornato de esa selva triste donde comencé tu vida, sin acordarte que estás lejos de tí el que amoroso y tierno te contemplaba, como si tú fueras la alma de su corazón.

¡Pobre flor! tampoco existes ya en la selva, vinieron las tempestades del otoño, cambiáronse las brisas en huracanes y la flor tan hermosa, cuanto débil, perdió sus bellezas y sus olores, se marchitó; nada existe ya, un tallo seco, unas cuantas hojas marchitas; algunos pétalos sin color esparcidos en el suelo.

Así es nuestra vida. Flores olorosas, espléndidas, pasan ante nuestros ojos, y nos encantan con su hermosura, nos embriagan con sus aromas; pero los huracanes del mundo las marchitan, acaban y mueren, dejando con su ausencia un vacío eterno en el corazón.—Y.

VIAGE SENTIMENTAL A SAN ANGEL

AL SR. GENERAL DON JOSE GOMEZ DE LA CORTINA.

I

EL CAMINO.

Hé aquí un artículo en que no encontrarán los lectores aventuras maravillosas, ni naufragios, ni incendios, ni desafíos, ni muertes. Cuando se cuenta un viage al derredor del mundo, todo esto y mucho mas puede haber; mas cuando el viage es de tres leguas y dura un dia ¡qué quereis que haya de notable en él! No obstante, aun tanto á mis desconocidos lectores, por la indulgencia con que toleran mis escritos; estoy tan acostumbrado á darlos cuenta casi diariamente de mis aventuras, de mis sensaciones, y hasta de mis dudas interiores, que me es imposible dejar de contarles en tono sentimental, á la manera del buen Sterne, mi viage á San Angel.

En una deliciosa mañana; unas cuantas nubes blancas, vaporosas y flotantes como un crepón, velaban por intervalos la faz del sol, mientras los rayos de este astro iban á iluminar las cimas de azul oscuro de las montañas de la cordillera, que se dibujaban en el horizonte. Así, bajo las influencias melancólicas de un dia semejante al de México, atravesé rápidamente las cañes, y muy en breve me hallé en la entrada de álamas que conduce á San Angel.

Pocos de los lectores no habrán visto un album pintoresco: muchos libros llenos de grabados finisimos que representan escenas de la naturaleza de los países mas célebres del mundo. Cuando ve uno tal libro es imposible dejar de exclamar: «Oh, qué vista tan sorprendente! Qué cascada tan magnífica! Qué campo tan bello! Si yo viera estas escenas, sería el mas feliz de todos los mortales!» Pues bien, el pintor que presenta por todos lados este delicioso camino de tres leguas, es un album pintoresco que excede á toda ponderación. Quien ve estas alfombras de verde esmeralda que circundan á México, esas calzadas de álamas y sauces que atraviesan por en medio de los campos de trigo y de maíz, no puede menos de bendecir la mano de Dios que prodigó tanta hermosura, tanta fertilidad en este suelo. Así, cuando el ánimo está tranquilo, el corazón quieto y el pensamiento

dispuesto á meditar sobre las bellezas que la naturaleza cria en medio del silencio y del misterio, no hay cosa mas grata que vagar en una de estas calzadas, respirando la brisa suave y aromática de las flores; mirando ya el insecto que corre en la tersa superficie de los arroyuelos; ya el pájaro que meciéndose en la rama atisa al gusanillo ó á la mariposa; ya á las pequeñas culicinas que se escabullen entre los insectos.....

En esos momentos de contemplacion olvida uno las miserias é inconsecuencias del mundo, y admite hasta las mas insignificantes creaciones de Dios, y ni un solo pensamiento egoísta viene á deturbar su veneno al corazón. ¡Sabéis, lectores míos, en lo que se piensa cuando se abraza de una sola mirada un cielo de azul y oro, un horizonte de carmin, y un campo de esmeralda! Primero se bendice involuntariamente al que crió estas maravillas, y dió al hombre el imperio y el retinado de este bello mundo, y despues recuerda uno tal vez á la pobre madre que yace bajo el polvo y el vilido de la tumba; tal vez á la muger, cuya voz, cuyas miradas y cuyas sonrisas, nos dan idea en la tierra de la felicidad de los ángeles; tal vez á los hijos, inocentes vástagos de un amor sagrado, y que como florescillas tímidas y delicadas, necesitan de la sombra y abrigo paternal. Toda estas meditaciones melancólicas, por cierto, tienen una dulzura inapreciable. El corazón parece que necesita de vez en cuando un alimento así, suave, tierno, melancólico; que no puede dársele sino por medio de esos reconocimientos íntimos del alma en el silencio de la soledad y del esplendor de la naturaleza de los trópicos.

Preocupado con este género de pensamientos llegué á una crucerija donde se dividen los caminos. Desde allí estendi la vista. Por mi frente seguía una calzada frondosa, cuya perspectiva óptica realizaba esos cuentos de nalgas con que nos arrullan en la infancia; á mi derecha se veía esa sucesion de lomas con sus azules mas ó menos desvanecidos, con sus tintas verdes y rojizas, que son la desesepacion de los pintores. En primer término estaba el grupo de árboles del bosque de Chapultepec, de cuyas copas parece que brota risuello y alegre el po-

queño casillero edificado en el cerro; mas allá eran las lomas de Tacubaya sembradas de casas que brillaban como el blanco vellón de un rebaño de ovejas; mas al fondo el lomerío de Santa Fé, recamado con infinitos matices y sombras ya de los árboles, ya de los sembrados que hay en él, y al último, cerrando este magnífico paisaje, se divisaban las altas montañas de la cordillera, azules en parte, en parte negras, y dejando ver los pinos y árboles de sus cimas, como las almenas de una torre feudal: á mi izquierda se observaban grandes y espaciosas sabanas verdes, salpicadas de cuando en cuando por un grupo de árboles, por un pequeño cerro ó por el caserío de alguna hacienda; á mi espalda se divisaba esa aglomeración de cúpulas, de torres, de miradores y de casas, que reverberaban con los rayos del sol: una ligera niebla cubría á la ciudad. Un poeta diría que la mañana envolvía con un resplandor de gasa el seno de la radiante y voluptuosa capital.

Mis ojos no se cansaban de admirar tanta belleza y tanto esplendor. Siague mi cartera y quisiera hacer algunos apuntes; pero me fue imposible. ¡Qué pobre es la imaginación! Qué débil la pluma para describir estos cuadros, pintados con los sublimes colores de la naturaleza, y animados con el soplo vivificador del Señor de los cielos!...

Continué mi camino. A unos de cien pasos encontré, debajo de un grupo de álamos, una capilla pequeña de toscas arquitecturas: unos pobres indios que conducían fruta en unos barriles rezaban con fervor, y adornaban con marajales el altar donde estaba colocado un Señor crucificado.

El que erigió esta modesta capilla en medio de la soledad del campo, no supo que levantada una página poética á la religión. Aquel Crucificado solo, en medio de un campo; aquellos pobres indios, humildes y sencillos, que adornaban aquel solitario altar; aquellas flores silvestres que cubrían su perfume á su Criador; aquel ruido religioso de la brisa que vagaba en las hojas de los álamos. . . . Todo esto era una meditación de La-Martine; mas digo, un poema sublime y vivo, digno de ser cantado por el harpa del Rey Poeta.

No sé si molestado mi caballo por el sol, ó incomodado á causa del peso lento á que lo había obligado á caminar, hizo una cabriola y se puso á galopar. Era un noble bruto negro como el azabache, que conocía mis caprichos; estaba inclinado hasta en sus secretos amorosos, y me servía siempre alegre y festivo, así lo dejó ir á su voluntad, prometiéndole también en mi interior inmortalizar su nombre en cuanto la oportunidad se presentara. Noble y valiente animal, ¡cuántas veces acaricié tu robusto cuello! ¡Cuántas veces mis lágrimas cayeron en las cerdas de

tu flotante y enrispada crin! ¡Cuántas veces te amé con la ternura de un amigo, porque diésti y manso lleváste en tus robustos lomos, el cuerpo áiroso y mágico de mi Laura! Muchos hay que creerán ridículo este apostrofe á mi leal Bastardo; pero otros, y serán los mas, comprenderán que un caballo inteligente, vivo y fiel, es una prenda que se ama mucho en la vida.

Todo pasa, todo muda y desaparece con el tiempo. Mi pobre caballo, Laura, mi amor, mi juventud, mis sueños de felicidad, todo pasó como un relámpago. ¡Tristes recuerdos de!

Dichos que pasarán y ya no volverán!
Rápido, como el pájaro que surca el viento, pasó parte del camino, y solo detuve esta carrera fantástica que me había hecho ver el panorama de la ruta como las figuras de una linterna mágica, cuando me hallé delante de Panzacola (1).

II.

EL CONVENTO Y EL PUEBLO.

Panzacola es una magnífica quinta, situada á la izquierda y al otro extremo de un río, cuyas aguas barrosas se derrumban y echan por las grietas y los pináculos que hay en el lecho. Imposible es describir la belleza de este sitio. El grupo de casas blancas y encarnadas; la áirosa y gallana balconería; el lujo que se observa en las vidrieras y cortinajes; y la oportuna situación de este edificio rodeado de árboles y de verdor, lo hacen uno de los mas hermosos é interesantes de los alrededores de México. Desde Panzacola se descubre todo el caserío de San Angel, al parecer plantado en las lomas; y las haciendas de Guadalupe y Guicococha, y dominando todo esto, y flotante y aérea entre la pompa de una naturaleza esplendorante y magnífica, se halla la capilla de azulejos del convento del Carmen. Paso á paso, y estudiando con esta nueva y magnífica perspectiva, llego á una capilla que está á la entrada del pueblo, y según costumbre la cerca de la huerta del convento, hasta que finalmente me hallé frente del atrio del Carmen.

Un grupo de indios, y una multitud de burros, estaban mezclados y aglomerados á una ventana; eran los compradores de peras gamboas y perenes, que disputaban acaloradamente con el lego y mozos encargados de su especie, sobre el tamaño, la calidad y la cantidad de la fruta. Dejé á los especuladores ocuparse de su negocio; tomé una hermosa pera que con ingenua franqueza me brindó una india, dejando asomar sus dientes blancos como el marfil, y me introduje en la portería rogando al mozo avisara al padre Fr. Juan de S. Elias.

(1) Casa de campo de la pertenencia del Sr. D. Manuel Barrera, donde actualmente hay fabrica de paños.

Un momento estuve contemplando multitud de mendigos cojos, mancos, ciegos, ancianos, que saboreaban con muestras de grande placer, una porción de comida, que los padres les distribuyen cotidianamente. ¡Bendita sea la caridad! Es una de las virtudes mas dignas y mas nobles, que los hombres pueden ejercer en la tierra. Era una escena evangelica el ver aquellos pobres, abatidos, aislados, segregados como miembros inútiles por la sociedad, encontrar bajo las bóvedas de un claustro, un alimento que regaban con lágrimas de gratitud, y que pagaban con sinceras oraciones al Criador por la felicidad de sus bienhechores.

Maquinalmente me dirigí por aquellos corredores y galerías donde reinaban la soledad y el misterio. No sé qué temor y respeto infunden aun al hombre menos religioso, esas galerías oscuras donde retumba el eco del ruido de nuestras pisadas; esos arcos y columnas antiguas, elevadas por la piedad cristiana; esos corredores sombríos empapados de pinturas religiosas, donde solo se han escuchado el llanto del arrepentimiento y las plegarias del afligido. ¡Santos y tranquilos recintos, donde se estrellan las oleadas de la sociedad, en el continuo flujo de sus revoluciones y de sus maldades!

Allá, al fin de un corredor, divisé á un portero con un manojo de llaves en la mano, y al buen padre que venia á mi encuentro.

Nos saludamos.
Es el padre Fr. Juan de San Elias un hombre de mas de ochenta años, con su fisonomía surcada y llena de arrugas; al través de la cual se percibe la lozanía y la salud, propia de quien ha tenido una vida sobria y arreglada. Es el padre Fr. Juan de San Elias, un excelente anciano lleno de virtudes, con su fisonomía abierta y franca, y como dice Sterne, uno de esas bellas cabezas escapadas del pincel de Rafael.

—Vamos, amigo, me dijo; vd. viene á honrar á los pobres frúiles. Es hora de refectorio, y sabe vd. que nuestra regla nos prohíbe comer con visitas, á no ser en señalados dias; pero la cocina de los carmelitas de San Angel, permite obsequiar á los pasajeros y á los pobres.

En esto, el sonido de una campana se escuchó por el claustro.

El padre se dirigió hacia un corredor donde venían hasta media docena de frúiles con las capuchas caladas; y todos, con los ojos bajos y en el mayor silencio, se dirigieron al refectorio; yo por mi parte me dirigí á la cocina, cuya puerta no me fue difícil encontrar, guiado por el humo y el olor que se percibía.

Juan, el cocinero, es un sugeto importante, rapido completamente, infundido en manteca y aceite desde la cabeza hasta los pies, con una fisonomía indiferente de filósofo estoico, y sus caerolias

en la mano, hace treinta años que se ocupa en hacer empanadas, tortillas de huevos y arroz con leche. Ya verán los lectores que con treinta años de ejercicio en este ramo, debe haberlo elevado al último grado de perfección.

Por una ventana abierta en la pared, y que comunica al refectorio, se sirven los manjares á los padres. El refectorio es una pieza de mas de treinta varas de largo, y rodeada de una mesa angosta con sus respectivos bancos, de manera que cómodamente pueden asistir á refectorio ciento cincuenta individuos; mas la comunidad del Carmen está reducida á su menor expresion, pues apenas llegará á seis ó ocho entre legos y profesos. En medio del refectorio hay una gran cruz de madera, colocada en un pedestal de piedra. Los padres, antes de acantarse, se prosternaban ante la cruz.

Ya que estuvieran colocados en sus respectivos asientos, entonaron en voz alta el *Benedicite*, y Juan comenzó á enviar los platos. Toda esta escena, vista al través de la humareda de una cocina, y respirando el embriagante aroma de las frituras y pescado, tenía algo de romántica.

Concluido el refectorio se dirigieron los padres al coro, y á poco Fr. Juan de San Elias vino á encontrarme. Á la sazón era que sostenía una acalorada conversacion gastronómica con el buen Juan, el cual recibía y escuchaba con sumisa veneración las órdenes que su superior le imponía para que me tratara bien.

—Se bañará vd. primero, me dijo el padre, y en seguida haré que en la huerta le sirvan á vd. la comida.

—Me parece excelente la idea.

Nos dirigimos á la huerta, y entretanto tomaba yo un baño en un tanque de agua cristalina, mi venerable guía se entretuvo en arrancar las hojas inútiles y secas de los rosales, y recoger y aglomerar en un punto la fruta madura que se había despreñado de los árboles. Fresco, alegre y experimentando un bienestar indefinible, me dirigí en busca de mi amigo, el cual me aguardaba debajo de un senador, donde estaba ya colocada una mesa con un cubierto. Juan no tardó en venir, conduciendo en un gran cajón lo siguiente: Una enorme tiza de caldo de habas; un plato de excelente sopa, llamada por el bello seco *capiroñada*; otro idem de picadillo, formado con diversidad de pescados, y condimentado de una manera especial; una tortilla de huevos, de una sossa de diámetro y otro tanto de espesor; un par de empanadas, cuya fama es tradicional, rellenas de ranas; una taza de arroz de leche de cabra; una botella de excelente brandeados.—Esto es cualquier cosa, me dijo el padre; pero completará vd. con fruta, que la hay excelente en los árboles.

Recomiendo á todo hombre filósofo, aficionado

nado algún tanto á la buena mesa, y deseoso de pasar un día patriarcal, una vez cada año en tiempo de primavera, pase un día en el convento del Carmen de San Angel. Sobre todo, las empanadas y la sopa no hay palabras con que ponderarlas.

Después de un abundante comida, nos internamos á vigiar por esas cumbres inmensas y espaciosas de árboles frutales. La pera, la manzana, el peron, las uvas, las ciruelas de España, las castañas, toda cosecha y fructifica en este espacioso y ameno pensil, con una pompa y una belleza admirables. Ya ora un arbol propiamente el que llamaba nuestra atención; ya un árbol agobiado y doblado sus ramas por el peso de tanto fruto; ya un rosal con rosa flores que hojas; ya los lirios y las arceñas esparcidas con profusión en el suelo. . . .

Condióme en seguida el padre á su celda. Era una estrecha y sencilla habitación, sin fausto, sin adornos. Una mesa con un Crucifijo, un sillón, una cantimplora con agua, y una porción de esteras colocadas en un rincón y que hacían veces de cama, era todo el adorno de la celda. Mansión humilde y pacífica, propia para un hombre que retirado del mundo en un santo asilo, habia visto desfilarse muchos años de su vida entre la oración y las contemplaciones de las bellezas de la creación!

El sol habia declinado un poco, y sali al pueblo á dar un paseo. No es una ciudad grande y populosa, pero sí una aldea lujosa, con hermosos edificios adornados sumamente, y que hacen honor al buen gusto de la aristocracia mexicana, que en la época de la primavera pasa alegremente sus días, en medio de los paseos campestres y de esplendidas orgías.

III.

EL CABRÍO.

«Cuántas citas de amor! Cuántas declaraciones tiernas é interesantes! Cuántas lágrimas se han desprendido de los hermosos ojos de las lindas mexicanas, y se han mezclado en la lina transparente y pura de los arroyos! Cuántas escenas de amor y de recuerdos tal vez, han presenciado estos frondosos árboles, y estas rocas cubiertas de musgo y de flores! Enagelado con estos pensamientos trépidos, ayudado de un enorme bastón, por el augusto sendero que conduce al pueblo de Tizapan, y creis ver aque-lla multitud de damas que en un tiempo de primavera pasaban por esos sitios: las percibía desfilando sus pequeños pies por la orilla del precipicio, con sus trages blancos, sus chalecos nác-ares y azules de gasa; una con sus sombrerillos de paja, y otras con sus rizos blondos y flotantes; todas bellas como las flores; todas llenas de amor; todas románticas y melancólicas; to-

das tiernas y conmovidas al aspecto de tan rica y voluptuosa naturaleza. . . . Nada de esto habia entonces: un muchacho, trepando como un saltapared por las breñas, reunía las ovejías y las cabras, y las llevaba al lado opuesto del barranco; y uno que otro asno pastaba entre los matorrales y magueyeras.

De repente divisé una jóven, que cabalgando en un robusto caballo tordo, se aproximaba rápidamente. Tenia un gracioso sombrerillo de paja; una bata color de rosa que flotaba al viento, dejando ver un calzon bombacho blanco. Pasó cerca de mí; saludóme con una graciosa sonrisa, y haciendo caracolear su caballo por el borde del precipicio, se internó en un soto de árboles, y desapareció de mi vista. Era bella, fantástica, é ideal, como Diana la cazadora.

Seguí mi camino, el cual es una angosta vereda ascendente. Por la derecha hay un barranco abierto en las breñas, que se hace mas profundo á medida que uno avanza: allí, en el lecho, se ven enormes peñascos desprendidos, y otros que á una altura inmensa están suspendidos de un solo extremo, y que parece que bastaría un soplo para precipitarlos. Por la izquierda es la escena de una belleza singular. Multitud de árboles frutales llenos de frondosidad, forman una sucesion de sotos y boscajillos, donde á causa de la esuberancia de las ramas, apenas se desliza furtivamente uno que otro rayo de sol á iluminar las modestas chozas de piedra y carrizo, pertenecientes á los indios dueños de estas huertas. Por todas partes atraviesan y serpean arroyos cristalinos, cuyas márgenes están cubiertas de variedad de flores; por todas partes se oyen los trinos de los pájaros, y se ven meciéndose en las ramas y picando la fruta á los rojos cardenales y vistosos azulejos.

Allí, en el fondo de esta perspectiva, y al parecer brotando de entre una guirnalda de flores, se ve un arco brillante de agua que se despeña al barranco, y forma lo que llaman la cascada.

No es la cascada de San Angel una de esas enormes musas de agua que como en el Niágara ó Tequendama, se precipitan rugiendo desde una grande altura, no; la cascada de San Angel es formada de un riachuelo que sonoro, apacible y silencioso, corre entre los manzanos y sauces, y se precipita formando un arco cristadino por entre las campanulas, maravillas y madre-selvas que se enredan entre los matorrales, y entapizan los peñascos. Su ruido es algún tanto solenne é imponente; mas cuando se inclina la vista al precipicio, y se ven los opacos de espuma que se levantan, la lluvia espesa que como un rocío de plata cae sobre las plantas, y los brillantes colores del tría que se reflejan en los transparentes hilos de agua que se desprenden,

se desecha toda sensación de terror, y un sentimiento apacible é grato se apodera del alma.

Alterando con esta música de la naturaleza escuché los acentos de una guitarra, y las dulces vibraciones de una voz que modulaba una de esas canciones populares, llenas de sentimiento y de espression. Diríjime por entre un soto de árboles, y muy pronto encontré una casita pintada de blanco, sencilla y modesta como es preciso que sean las habitaciones campestres: edificada frente de una frondosa marea cargada de frutos.

Esta casita pertenece á las buenas gentes que ministran quesos y leche de cabra á los que pastan por estos sitios. Allí vivía una recomendable familia, que la oleada de las revoluciones políticas tenia por entonces confinada en aquel solitario y apacible destierro. Mi bella Diana de vuelta ya de su paseo, tocaba la vihuela y cantaba. Saludáronme con afabilidad, y consentí en tomar asiento para contemplar un instante aquella escena patriarcal. Unas ovejías y cabras pequeñas, blancas como la espuma de la cascada, triscaban alegres y juguetaban por el corral: una buena muger hacía quezcos; un hombre sencillo á cuyo cuidado están las cabras, reconocía las líneas de las manos de unas niñas, y les decía la buena ventura: la familia tranquila oia con complacencia á la jóven que tocaba la vihuela. . . . todo era bello é interesante.

Era ya la hora del crepúsculo cuando me retiré: el sol se habia puesto ya, y unas nubes graciosas y teñidas de púrpura se reflejaban en las aguas de la cascada; los pájaros volaban cantando sobre el precipicio; las luciérnagas comenzaban á hacer relucir sus alas de fuego, y los campos eshalaban un perfume delicioso. . . . allí lejos oí los últimos acentos de la canción que cantaba M*** alternados con el ruido de agua, y con los concertos inefables de la naturaleza, cuando brillan los últimos y dulces fulgores del crepúsculo de la tarde.

Al día siguiente regresé á México.

Mucho tiempo ha tra corrido desde que hice esta excursión hasta hoy. Las impresiones que dejó en mi alma fueron vivas é indelebiles.

En medio de la nieve de las cumbres de la tierra, en las inmensas llanuras del desierto, debajo de los árboles tostados por el hielo, en las arenosas orillas de la mar, en todas partes he recordado esos aromas, ese ruido misterioso, esas nubes de grana; ese paisaje en fin espléndido, magnífico, encantador, que presenta la cascada de San Angel, vista á la última luz del crepúsculo.

Octubre 15 de 1843.

MANUEL PAYNO.

PENSAMIENTOS DEL CREPÚSCULO.

I.

VAGANDO lejos de la patria mia,
Las selvas de la América mis plantas
Hollando van, cuando á velar el día,
¡Oh noche de las tardes! te levantas.
Triste es cruzar sus vastas soledades,
Y entre el polvo tal vez de sus veredas,
El polvo alzar de incógnitas ciudades
Del tiempo rotas por las raudas ruedas:

Es triste profanar los cementerios
Donde las tumbas mil de sus mayores
Guardaban los salvages, con misterios
Vertiendo en ellas lágrimas y flores.

¡Mojadas en sus sarcófagos dejaron
Bajo sauces y opacos simonios!
¡O los huesos llevando, abandonaron
Al invasor sus tierras, sus tesoros!

¡Quién sabe lo que fué. . . ! El ala rota,
Herida, pliega el pensamiento humano,
La duda esteril en el alma brota
Ante el profundo inescrutable arcano.

II.

¡Allá va el sol! Las cúpulas gigantes
De la blanca ciudad, los verdes montes
Con los rayos dorada agonizantes,
Al declinar á extraños horizontes.

Corona del volcan, encima ardía
Del ancho cráter que la nieve abarca,
Y en pérgura la nieve convertía,
Cual rico manto de oriental monarca.

Mas ya cayó; levántase la sombra
Y discute la niebla en los montañas,
A donde trepa por la verde alfombra
El humo de las miserias cabañas.

Un lago allí tranquiló y azulado;
Allí se agrupa un blanco caserío;
Y en el antiguo alcazar derrumbado,
La ermita pobre y el bosque umbrío.

Su melena de espigas de oro agita
La niebla, formando espléndido horizonte,
Y su llanura tremula limita
Por aquí la ciudad, por allá el monte.

III.

¡Ni un ave, ni un insecto, ni un ruidito!
Ni una rama en los árboles se mece:
El viento en los espacios enmudece,
Y en las playas lejanas duerme el mar.
Brotó por fin la brisa del crepúsculo;
Rompe la solva un líbil armonía,
Y á los destellos últimos del día
Parece con las copas saludar.

Es la mnda plegaria; que en las tardes
Murmura al Creador naturaleza,
Al reclinar su lánguida cabeza
De la noche en el lecho fúnebre!

Himno de amor cual la oración del niño
Que de hinojos oraba, y cuando el sueño
Tocóle con su vara de báculo,
Se reclinó en el seno maternal.

¡Oh! si tocara mi abrasada frente
Y adormiera mis fervidas pasiones;
Si en ensueño inmortal, mis sensaciones
No dejaran en mi alma amarga herida.

¡Cuán libre el pensamiento rolaría,
Mundos salvando y recorriendo espacios,
A levantar efímeros palacios
En un mundo fantástico como él!

Mas traigo aquí mi corazón marcelito,
Del que cayeron tantas ilusiones
Cual de otoño á los broncos aguileños
Hojas ya! de esos árboles caerán.

Para estos una fértil primavera
Traen en triunfo rápidos los años;
Y en mi, tronco podrido, desengañado
Donde antes ilusiones brotarán.

Grande es la soledad, aunque el invierno
Sus robles cambie en esqueletos secos;
Cubriendo el musgo bienhechor los fuecos,
Conserva el germen de la vida allí.

¡Ah! que el hombre en sus miserios tarapos
El germen solo de su muerte guarda,
Y á su raza pasando le bastarda,
Es infecundo, estéril para sí.

Sublime es esta hora en que una duda
La mente asalta, el corazón oprime:
¡Esa desnuda humanidad que gime
Marcha á encontrar un trono ó una cruz!

Su miseria mortal sacudiría
Para seguir en pos de una creencia,
Si este incierto crepúsculo á su ciencia
Preludase una sombra ó una luz.

Triste es dudar, y el noble pensamiento
Cual la materia inerte ir arrojando,
Y al pie de los cipreses meditando
En misterios que vela el porvenir!

Tristísimo pasear por la existencia
Con la duda en el alma, una mirada,
Y contemplar la raza condenada
Por el polvo del mundo á discurrir!

Lejos de mí su funebre memoria;
Lejos de mí su horroso bullicio:
Hace el ara, aun después del sacrificio,
A la olvidada víctima temblar.

¡Feliz, si á tristes desengaños, frió
Vivir pudiera en lánguido reposo,
O detrás de un pasado tormentoso
Los mares del olvido colocar....!

Augusta soledad, hora sublime,
Llévame mi corazón de vuestra calma:
Honda meditación ensalce á mi alma
En éxtasis purísimo hasta Dios.

Vaga melancolía, un sentimiento
Eriste y dulce en mi seno se difundió
Y el mundo, y sus recuerdos, todo se hundió
Ante el silencio augusto de los dos.

IV.

Vago clamor de funeral campana
Anuncia la oración!
Trae á mi oído lánguida la brisa
El último eco del sublime son.

V.

¡Ah! los que en la tierra fuisteis,
Dignos del cielo y de vos;
Los que paros sueñabsteis,
Y en espíritu os hundisteis
Allá en el seno de Dios;
Los que, pájaros caídos,
Volviendo á los patrios nidos,
Bajo el ala maternal,
Llevasteis las almas puras
A las mansiones seguras
De beatitud perennal.

Los que sois polvo en la vida,
Y ángeles ante el Señor;
Planta que en fango escondida
Teneis la raíz podrida,
Y en el jallo blanca flor;
¡Perdisteis ya la memoria
De esta tierra transitoria
De miseria, de ofuscaidad!
¡O ese acento resonando,
De tumba en tumba rodando,
Que en vuestra eternidad!....

¡Dormid! que el sueño profundo
De esa eterna beatitud
No surbe un eco del mundo.
¡Dormid! que el oído inaudito
Polveriza el ataúd.

Yo os consagro un pensamiento
Hora que estremeció el viento
Ese funebre clamor:
En mis locos desvarios
Nunca ¡oh manos de los míos!
Nunca os olvidé mi amor.

Lejos ¡ya! vuestros despojos
Y vuestros tumbas estéril;
Ni en estas carnes de hinojos,
Ni sobre aquellos mis ojos
Vuestro lágrimas podrán
Mas creo ver vuestro giro,
Y en mis vigillas os miro,
Y os tengo en mi corazón;
Y siempre á mi lado os siento,
Os hablo, os toco, y ni al viento
Que abrasa, huye mi ilusión!

Es verdad que cuando estendido
La muerte el pardo capuz,

El alma los aires hiede
Y una eternidad se enciende
Sobre la estinguída luz;
Pero ¡ah! mis cenizas frías
Ni en las bóvedas sombrías
Nunto á vos reposarán:
No, dispersarás crudo
De mi infortunio sañudo
El turbulento huracán.

VI.

¡Mi alma yace en soledad amarga!
¿Cuándo podré la deleznable carga
En la losa de un túmulo posar?

Dios quiso que mi senda recorrieran,
Y que mis pasos trémulos siguieran,
La duda, el desengaño y el pesar.

Si hizo nacer en mi camino abrojos,
Paso lágrimas muchas en mis ojos,
Y en mi pecho también resignación.

¡Balsamo celestial, santa ambrosía!
De mis labios cayeron cada día
Palabras de ternura y bendición.

VII.

Mas ya espira el crepúsculo; brillante,
Tras de los montes, la modesta luna
Asoma entre la niebla, que importuna
Cual pájido reflejo, sube en pos.

Así al traves de un velo de misterios
Jamás alzado por humanos bríos,
Allá, detrás de los sepulcros fríos,
Se alza sublime la esperanza en Dios.
Septiembre 10 de 1843.—C. COLLADO.

CRITICA.

LOS ADJETIVOS.

El nombre adjetivo, como saben no digo los literatos, sino hasta los muchachos de la escuela, sirve para calificar al sustantivo, y es parte esencial de la oración, que sin él tendríamos que decir aisladamente los nombres de las cosas, sin poder designarles sus cualidades. Esto sería una ventaja para ciertos individuos de la sociedad; por ejemplo, no se podría decir mujer *convulsa*, casada *perjura*, literato *charlatán*, abogado *imbécil*, &c.

Peró si ha sido el adjetivo siempre una necesidad para los idiomas, hoy lo es mucho mas; y sin exageracion puede decirse que es el siglo de los adjetivos, y estos el auxilio de todos los escritorizuelos que á fuer de palabras retumbantes, sonoras y campanudas, y del uso inmoderado de las interrogaciones, admiraciones y puntos suspensivos, quieren dar á sus escritos un tinte romántico-estético, que tiene un sabor, no Calderoniano, sino diabólico.

Examinad, pues, curiosísimos lectores, los

que leís folletos y poesías fugitivas en los periódicos, á todos los escritores cadavéricos de esta generacion nerviosa, y vereis como derraman á torrentes los adjetivos. ¡Contentarse en estos tiempos un poeta, con decir: «Mi Laura hermosa!» Si, homitos son para andarse con tantas eufonias, y mas en adjetivos que no cuentan un ochavo dicen, pues, que Laura es *bella*, *linda*, *hermosa*, *pirosa*, *casta*, *sensible*, *virtuosa*, *amorosa*, *cándida*, *fulgida*, *esplendente*, *donosa*, *cajosa*, *madrosa*, *olerosa*, *primorosa*, *virtuosa*. — ¡Oh! pero no hay remedio: las composiciones quedan frías si no se les sazona con la abundante sal y pimienta de los adjetivos.

Cuando un enamorado trata de elogiar á su Dulcinea no es dueño de su cabeza, y puede pedontárselo que vacie un costal de adjetivos, pero queda dicho que hay fuer en prodigarlos: así vemos que cuando un poetastro habla de la noche, comienza con tono lagubre:

Era una noche *negra*, *tempestosa*,
Horrible, *cadavérica*, *espantable*,
Fantástica, *neblada* y *pacorosa*.

Si en estos tiempos escribimos una carta de amor á una querida que nos traiciona, no nos contentamos con decirlo simplemente y como Dios manda, sino que le agregamos, eres: una *muger infiel*, *traidora*, *perjura*, *coqueta*, *feliza*, *perfidia*, *ingrata* &c.

Mas para no cansarnos en hablar minuciosamente de la aplicacion de los adjetivos, baste solo copiar un trozo de prosa que pasará hoy por el mas acuchado y elocuent que pueda salir de cerebro humano.

«Guillermo el Rojo se acercó *frenético*, *agitado*, *rabioso*, y poniendo un puñal *agudo*, *reluciente* y *afilado* en la garganta *blanca*, *torneada* y *alabástrina* de la doncella Catalina, la dijo estas palabras *tremendas* y *terribles*:

«Catalina, yo soy un hombre *depravado* y *ciego* de amor; y si no te rindes *amorosa* y *afable* á mis caricias *tiernas*, *animadas* y *ardientes*, te daré una muerte *lenta*, *horrible* y *espantosa* con este puñal *lucido* y *acerado*».

—Quitate de mi presencia, *hombre malvado*, *inefeco*, *indecente*, *atrevido* y *criminoso*, ó muérete, pues nunca te he de conperder este amor *puro* y *sublime* que está reservado para mi *gallardo* y *caballeroso* Enrique.

—Condenacion eterna, gritó Guillermo, y hundiendo el puñal en el *tierno* y *virgen* corazón de la doncella, cayó *en un desangrado*, *pálida*, *convulsa*, *agonizante*.

El papel se acaba, y las ganas de escribir sobre adjetivos. ¡Collado, Señores escritores, con el uso inmoderado de este *especifico* gramatical! De lo sublime á lo ridículo no hay mas que un paso.—Yo.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

COLA DE RIENZI.

Ex se sequitur cuncti.

LEONARDO.

El excesivo poder se derriba por sí solo.

Apárcense de tiempo en tiempo en las naciones, hombres cuya insensible influencia los hace para siempre memorables monstruos, por decirlo así, de poder y de fortuna, destinados a hacer ya la felicidad ó grandeza de su patria, ó ya su desventura y ruina. Tales hombres por lo regular, salen de entre la multitud del pueblo, al que han tenido la dicha de dominar, bien por sus arengas en las plazas públicas, bien por sus elocuentes discursos en la tribuna parlamentaria, ó bien por sus proezas en los campos de batalla. En las grandes crisis de las naciones, y cuando la anarquía se ha apoderado de ellas, ó el despotismo las ha subyugado, es cuando se presentan estos hombres, que después la posteridad llama escleros, y á veces les concede el pomposo título de héroes, entre los cuales acaso hay algunos que á no haber sido el influjo de ciertas circunstancias, jamás hubieran adquirido tal celebridad, ni sido de una esfera en que se habrían tenido por incapaces para ejercer la menor influencia en los destinos humanos pero el destino es para las naciones, como para los individuos, una fuerza irresistible.

La historia de todos los tiempos nos presenta varios ejemplos de lo espuesto. Rienzi en Roma, Masaniello en Nápoles, Cromwell en Inglaterra, Bonaparte en Francia, y tantos otros... Pero, recordamos aunque sea rápidamente la historia del primero.

Hacia algún tiempo que Roma había dejado de ser la reina del mundo; los gefes degradados del imperio de los latinos habían desaparecido, y aun el padre de los fieles abandonando la ciudad que San Pedro le legara, había trasladado su residencia á una ciudad de Francia. La anarquía se había apoderado del estado, y el descontento de todas las clases de la sociedad había llegado á su colmo; eran continuos los motines y las querrelas intestinas, entre el pueblo y las diversas facciones de la nobleza; los

Orsini, los Colonna y los Savelli marchaban por las calles de la ciudad á la cabeza de sus partidarios, y á cada instante se variaba el gobierno; pues como dice, no recuerdo que político, al modo que un enfermo, cuando se alargan sus dolencias se consulta con varios médicos; así también los pueblos se consultan muchas veces cuando el poder muda de mano: así es, que los senadores, los prefectos, los cónsules y los tribunos, se sucedían frecuentemente, y puede muy bien decirse, que ya no había ni libertad ni opresor.

Tal era el estado de Roma en el siglo XIV, cuando del matrimonio de un tabernero y de una labandera, nació Nicolás Gabrini, conocido con el nombre de Cola de Rienzi, quien á pesar de su condición módica, fué el caudillo de una revolución, que asombró no solo á la Italia, sino á la Europa entera. La familia de Gabrini no podía proporcionarle, ni distinción ni riquezas; pero á costa de mil privaciones y sacrificios, le dió una educación cameral, á la cual debió su grande elevación y su trágico fin. Entregado con ardor al estudio de la historia y de las antigüedades, leía con ansia los escritos de Cicerón, Séneca, Tito-Livio, César y Valerio Máximo; y dotado de un talento extraordinario, y de una gran vivacidad, se elevó á una esfera superior, y se hizo célebre entre sus contemporáneos, quienes no le cedían un solo punto en su veneración á los antiguos romanos, ni en el deseo de volver á su patria la organización republicana, y hacer renacer en ella sus antiguas costumbres. Hombre fogoso y dotado de gran verborruidad popular, esplicaba hábilmente todos los rasgos de grandeza y de gloria que distinguían á la antigua república; y cuando consideraba su decadencia esclamaba: "¡Adónde están aquellos esclarecidos romanos! ¡Adónde están sus virtudes, su poder y su justicia! ¡Cómo no he cesitado en aquellos días tan dichosos!"

"Ningun hombre de su siglo, dice Mr. Simondi (1), tenía mayor veneración á la antigüedad, ni una emulación mas noble, para hacer revivir sus virtudes; ninguno había hecho un estudio mas profundo de las costumbres y de las leyes de la república romana, ni sabía interpretar mejor las inscripciones y los monumentos que hasta entonces había mirado el pueblo con ojo estúpido, sin encontrar en ellos el recuerdo de las virtudes de sus antepasados; ningun otro estaba tan animado de un celo mas ardiente por el bien común, ni de un patriotismo mas exaltado; ninguno en fin, comunicaba á los demas sus sentimientos y sus pensamientos con una elocuencia mas persuasiva."

Todas estas circunstancias hicieron que en el año de 1342, Rienzi fuera nombrado diputado, en compañía del célebre Petrarca, asendrado patriota, y pocha esclarecido, para que pasasen á Aviñón á suplicar al papa Clemente VI que se trasladase á Roma, residencia natural de la Santa Sede, y pudiese así término al despotismo de algunos nobles que eran ya muy poderosos. Rienzi arengó con entusiasmo al pontífice, quien le escuchó benignamente; y reconociendo su gran talento, le nombró notario de la cámara apostólica; y aunque pretestando algunas causas políticas, se negó á seguir á los diputados, les encargó que anunciásen al pueblo romano, que en lo sucesivo se celebraría el jubileo secular cada 50 años (2), y les hizo grandes promesas, las cuales no fueron cumplidas.

Cuando Rienzi regresó á su patria, la encontró en la misma ó en peor situación, que cuando había salido de ella; la desamoralización era extrema; los caminos estaban infestados de asesinos y ladrones, y ya no había ni tranquilidad ni justicia, sin la cual no puede subsistir ninguna sociedad; pero la posición de Rienzi era mucho mas ventajosa que antes de su partida, y un día en que su entusiasmo fué extremo, convirtiendo sus brillantes recuerdos en halagadas esperanzas, mandó colocar en la puerta de la iglesia de San Jorge, un anuncio concebido en estos términos. "Dentro de pocos días los roma-

(1) *Historia des repúblicas italiennes du moyen age*, C.XXXXVII.

(2) El papa Bonifacio VIII instituyó el Jubileo Secular ó Año Santo, el primero se verificó en 1300, y mandó que se celebrase cada 100 años; luego Clemente VI, en su morada por las catinales de la iglesia, por la invasión de los infieles, por las guerras entre los cristianos y considerando corta esta en la vida del hombre, redujo el periodo á 50 años. Urbano V en 1260 abrevió mas el término, reduciéndolo á 33 años, en conmemoración de los 33 años que vivió en el mundo N. S. Jesucristo; pero Nicolás V en 1449 lo volvió á aumentar á 50 años, en 1470 Pablo II lo fijó en 25 años; y finalmente, en 1473 Sixto IV confirmó esta última reducción que subsiste aún. Además de este jubileo, los papas suelen conceder otros al tiempo de su elección, y aun en algunas casas estrordinarias.

"nos serán como antiguamente, y entrarán en el "buen estado." En seguida, convocó al pueblo en el monte Aventino, y para poner remedio á tantos males, propuso un cambio en la forma de gobierno, para que de este modo volvieran los romanos á lo que él llamaba *buen estado* (*buono stato*). Presentóse con un traje magnífico, y que tenía algo de misterioso; arengó á la multitud con toda la vehemencia de que era capaz, y al eshortarle á que recobrase su libertad, su elocuencia fué tan patética, que le hizo derramar lágrimas; le recordó la extensión que en otro tiempo había tenido el territorio romano, que descendía del pueblo rey; y finalmente, le eshortó á que tomase con él parte en la salvación de la patria; de modo que consiguió que todos los concurrentes prestasen juramento sobre los Santos Evangelios, de que harían todos los esfuerzos posibles, para el restablecimiento de la libertad romana.

Desde este instante, 19 de Mayo de 1347, puede decirse que resumió Rienzi la potestad suprema, pues á su arbitrio gobernaba al pueblo; en seguida mandó que desde las doce de la noche en adelante, se celebrasen treinta misas al Espíritu Santo, á las cuales asistió; luego salió de la iglesia con la cabeza descubierta, pero bien armado y rodeado de sus parciales; á su derecha iba el obispo de Orvieto, vicario del papa, y por delante de ellos se conducían tres estandartes, sobre los cuales se veían los emblemas de la libertad, de la justicia y de la paz; el primero representaba á Roma sentada sobre dos leones, y teniendo en una mano una palma, y en la otra un globo; en el segundo se veía á San Pablo con una espada en la mano; y en el tercero á San Pedro con las llaves de la concordia y de la paz. Con todo este aparato se dirigió al Capitolio, y cuando llegó á él presentó al pueblo unos reglamentos que llamó *edictos de buen gobierno*, y solicitó su aprobación; la multitud que en todos tiempos y en todos los países es amiga de lo extraordinario, y se deja llevar de sus primeras impresiones, no solo recibió con entusiasmo los reglamentos que se le presentaban, sino que aprobadoslos sin el menor cesamiento, hizo que inmediatamente se pusieran en ejecución, y proclamó á Cola de Rienzi *tribuno y libertador del pueblo romano*.

Ta nobleza, que hasta aquí no había visto en Rienzi mas que un denegado elocvente, comenzó á recelar, y quiso oponerse á sus demasías, mas ya no era tiempo, la revolución estaba generalizada, y se vieron obligados á reconocer la autoridad del tribuno, quien mandó que los principales nobles saliesen inmediatamente de la ciudad, y el resto prestase solemnemente juramento de obediencia. Cosa maravillosa, á todo confesaron aquellos nobles, poco antes tan altivos;

no parecía sino que ya no tenían ni poder ni influencia. "El toque de alarma del Capitolio, dice Mr. Duru (1), obligó á los barones á abandonar sus fortificados domicilios, para venir á humillarse ante el tribuno popular y la historia nos representa á los Saveli, á los Frangipani, á los Colonna y á los Orsini, en pie, tambaleando, con la cabeza descubierta, y en la actitud más sumisa, prestando el juramento de fidelidad á la ley del buen estado entre las manos del hijo de un tabernero."

Desde luego el árbitro de la nueva república, se ocupó en poner en ejecución sus reglamentos para destruir á los malhechores que infestaban los caminos, reunir el tesoro público, y administrar pronta y cumplida justicia. "Acaso, dice el sabio y elocuente inglés Gibbon (2), nunca ha producido la energía de un solo hombre, tan grandes efectos como en la atropellada revolución hecha por el tribuno Rienz. Sometió á la disciplina de un ejército ó de un convento, á una guardia de bandidos; oia á todos con paciencia; administraba pronta justicia, y era incesante en sus castigos; el pobre y el extranjero obtenían sin dificultad su audiencia, y ni el nacimiento ni la dignidad, ni las inmunidades de la iglesia, podían salvar al culpable ó á sus cómplices."

Con semejante conducta Rienz no solo consiguió que los habitantes de Roma, quienes creían haber recobrado su libertad, estuviesen satisfechos de su tribuno; sino que muchos príncipes extranjeros saludaron benignos al feliz rebelde, é hicieron alianza con él; envió correos á toda la Italia, éstos llevaban una vasija de plata con las armas del pueblo romano, del papa y del tribuno; con cuyo distintivo eran por todas partes respetados. "He llevado esta vasija, dice uno de ellos, así por las calles de las ciudades, como por los bosques, y millares de personas se han arrojado delante de ella, y la han besado, derramando lágrimas de alegría, dándole así gracias por la seguridad de los caminos, y la destrucción de los bandidos."

Los correos de Rienz habían recorrido en efecto una gran parte de la Europa, para anunciar que en Roma se había restablecido el buen estado, y con él la paz y la justicia; y para invitar á los soberanos del continente á que enviasen á Roma diputados ampliamente facultados, con el designio de establecer en toda Europa, el mismo buen estado. "Rienz, embriagado con los buenos resultados que había logrado, dice el citado Gibbon, concibió una idea que era grande, pero acaso quimérica: quería formar de los diversos estados de la Italia, una

confederación cuya cabeza fuese Roma. No era menos elocuente en sus escritos que en sus discursos, y con el objeto indicado escribió á las ciudades libres, y á diferentes príncipes por medio de mensajeros."

Estos mensajeros fueron bien acogidos en toda Italia, la cual parecía estar dispuesta á recibir las órdenes de Rienz; pues la sabiduría y equidad que precedieron en toda su conducta, le granjearon aun en el extranjero tal nombradía, que hasta de los lugares más distantes sometían algunas cuestiones á su decisión, y en aquel instante no parecía sino que la vieja ciudad de las siete colinas había querido elevarse bajo la dirección de un solo hombre, á su antiguo esplendor.

Hasta aquí puede pintarse la vida de Rienz con colores vivos y lisongeros: hasta aquí puede decirse que fue la última chispa de la libertad romana, y hasta aquí en fin puede considerarse como un hombre digno de la antigua Grecia, ó de los más bellos días de Roma; pues desde este instante, la suerte que le había saqueado del polvo, para colocarlo en tan elevado puesto, le volvió la espalda: era ya escaso su poder, y debía caer por sí solo. Embriagado el tribuno con el fausto y la pompa de que se veía rodeado, comenzó por olvidar la moderación y la prudencia que habían distinguido sus primeros actos, y se alucinó hasta el punto de creer que podía dominar al mundo; que ciertos es que el orgullo hace cometer tantas bajezas como el interés! "La repulción y el poder del héroe declinaban rápidamente, dice el mismo Gibbon, y el pueblo asombrado que había visto con admiración la ascension del meteoro, comenzó á notar las irregularidades de su marcha, y las vicisitudes de la luz y de la oscuridad."

En efecto, sus virtudes se habían convertido en vicios; pues su justicia degeneró en crueldad; su liberalidad en profusión, y su deseo de adquirir una buena reputación, no fue ya más que una vanidad pueril. Quiso imitar á los Griegos, y estos se habían indignado, ó al menos reído de ver al que se decía su sucesor, darse el título de "candidato del Espíritu Santo, severo y misericordioso, libertador de Roma, defensor de Italia, amigo del género humano, de la libertad, de la paz, de la justicia, y tribuno no augusto." Su cabeza no era bastante fuerte para resistir á tan vivas y variadas impresiones: su traje espléndido y misterioso, los estandartes alegóricos, las águilas de que iba siempre precedido, y el globo y la cruz que en las procesiones llevaba en la mano, todo lo cual formaba un aparato teatral, y una mezcla ridícula de las dos Romas, que contribuyó no poco á trastornar su perturbado juicio. Multiplicaba las fiestas pa-

ra tener oportunidad de lucir sus adornos, y presentar á su esposa, rodeada de damas de honor las felicitaciones y regalos que se le remitían de varios puntos de Europa; los embajadores que recibía de los soberanos, que ó solicitaban su amistad, ó le pedían alguna gracia, lo alucinaron hasta el punto de decir: "Yo juzgaré al globo de la tierra, según la justicia, y á los pueblos según la equidad," y su creciente vanidad lo condujo hasta el punto de hacerse armar caballero, pues quiso pertenecer á la antigua nobleza. ¡Insensato! ¿Qué no se consideraría superior á toda ella, después de haberse la dominado? Pero, organos en la relación de una ridícula ceremonia, el autor de la famosa Historia de las repúblicas italianas, Mr. Simondi, de Simondi.

"Esta ceremonia, dice, se efectuó el día 19 de Agosto (1847) en la iglesia de S. Juan de Letran; fue precedida de una gran reunión, en la cual se dieron los festines más espléndidos á los embajadores, á los extranjeros y á todos los romanos de distinción en los tres palacios de Letran. La víspera de la función de S. Pedro Adriano se levantó el tribuno en la plaza pública, donde según la tradición, se había batido Constantino, después de haber sido enrado de la lanza por el papa San Silvestre. Colá duró después en el recinto del templo, y al día siguiente se presentó ante el público vestido de esclavista, y se hizo oír la espada de caballero y se levantó el tribuno romano (1); oyó después nada en la capilla del papa Bonifacio, y á la mitad de esta función se adelantó hacia el pueblo, exclamando: "Nosotros os oíamos. Si papa Clemente para que os entregara á Roma, hijo de nuestra iglesia, con todo nuestro colegio de cardenales. Con citamos Luis de Baviera y Carlos de Bohemia, que es llamado rey y emperadores de los romanos, y con vosotros á todo el colegio de electores alemanes, para que nos juzgaran ver qué derecho tienen el imperio, y sobre que fundamentalmente pretenden disponer de él. Declaramos, en consecuencia, que la ciudad de Roma y todas las ciudades de Italia son, y deben permanecer libres; concedemos á todos los ciudadanos de estas ciudades, el derecho de ciudadanos romanos, y tomamos al mundo por testigo de que la elección del emperador romano, la jurisdicción y la monarquía pertenecen á la ciudad de Roma, á su pueblo y á toda la Italia." Luego, sacando su espada y esgrimiéndola en el aire del lado de cada una de las tres partes del mundo, repitió: *Esto es mio, esto es mio, esto es mio.* Al instante envió correos á llevar las citas á Avignon y á los dos emperadores. El vicario del papa, obispo de Orvieto, que

había asistido á toda esta ceremonia, permaneció atónito con tan inesperado atrevidamiento; no obstante, llamó á un escribano para protestar ante él y en presencia del pueblo, que sin su consentimiento y sin el parecer del papa se tomaba el tribuno tanto poder; pero Colá hizo en el momento que sonaban todas las músicas militares para que los romanos no pudiesen oír tales protestas. Mas á pesar de todo esto, el vicario no hubo, en el festín que siguió á esta ceremonia, comer solo con el tribuno en la mesa de mármol; mientras que la mujer de Colá presidió en el palacio nuevo la mesa de las damas nobles. En el palacio viejo se servían otras mesas indistintamente, para todos los hombres de todas las clases, abates, monges, caballeros y mercaderes que habían sido convidados á la ceremonia; en ninguna parte se había visto desarrollarse aún tanto lujo y magnificencia en un festín."

Entre tanto los Colonna y los Orsini, que por un instante parecía que habían doblado la cerviz ante la audacia del tribuno, dejando á un lado su mítica animosidad, se miraron y trabajaban de destruir al tirano; pero sus planes fueron descubiertos, y los caballeros de la insurrección arrestados. Rienz convocó el 17 de Septiembre al parlamento ó asamblea general, para anunciarle que la seguridad de la república exigía que rayesen las cabezas de algunos nobles, pues que había descubierto sus traiciones. Todo estaba dispuesto para la ejecución; pero cuando estaba el pueblo reunido, el tribuno le preguntó, y por una de aquellas contradicciones tan frecuentes en la especie humana, si mismo intercedió por los que iban á ser sus víctimas, y después de haberles escogido un solemnemente juramento de que serían con fidelidad al pueblo romano, y que sostendrían el buen estado, les concedió la libertad; mas los nobles á pesar de su juramento, en el instante que se vieron fuera de la prisión, se apoderaron del castillo de Marino, donde reunieron á sus partidarios, y emboblando al estamento de la república, se dirijieron en seguida á Roma á ocupar todos sus alcázares.

El restaurador de la república romana era hábil orador, pero torpe guerrero; pues con la lectura de Tito Livio no había adquirido ni los talentos que conjetivamos al general, ni el valor indispensable al soldado. La campaña del Capitolio no es relato y Colá marchó á la cabeza de más de veinte mil hombres, los cuales á su vez no hicieron más que asolar las inmediaciones de Marino, según lo habían sido las de Roma; después de esto, el tribuno volvió con su ejército y se hizo revestir en el Vaticano con la púrpura imperial, con cuyo traje recibió á un legado que el papa enviaba á Roma, para mantener allí su autoridad.

Los nobles intentaron atacar directamente la

(1) Histoire de la république de Venise, lib. VI.
(2) Histoire de la décadence et de la chute de l'Empire Romain, cap. LXX, traducción al francés.

(1) Frammel, di Storia Romana, L. II cap. 25 pag. 419.

ciudad; pero sus esperanzas se frustraron, bien sea por el mayor número de combatientes que la defendían, ó bien por su valor, ellos fueron rechazados, perdiendo algunos de sus caudillos, y teniendo el resto que replegarse á Marino. La victoria del tribuno había sido completa, si en el instante mismo se hubiera dirigido á Marino en persecución de sus enemigos, á los que tal vez habría aniquilado en su huida; pero lejos de esto se regresó á Roma á sus ridículos festines y á armar á su hijo caballero, de manera que á cada instante conocían mas y mas sus enemigos cuán incapaz era de gobernar, y aun el mismo pueblo miraba ya con indiferencia el *buen estado*.

El legado del papa tuvo dos entrevistas con el tribuno, y después de inútiles negociaciones, fulminó contra él una bula de excomunión que lo despojaba de su autoridad, tratándole de rebelde, sacrilego y herege. Los nobles no dejaron de aprovechar la ocasión, y procurándose la amistad del legado le ofrecieron sus servicios con el objeto de derrocar al usurpador; uniéronse ástímismo Juan Pepino, conde de Minerbino, desterrado de Nápoles, que se había refugiado en Roma, con algunos de sus partidarios. Vistióse Rienzi de tal modo amenazado, mandó tocar á rebato; pero en vano; ya el pueblo era indiferente; sin embargo, agrupóse la muchedumbre en el Capitolio; pero sin armas y atraída solo por la curiosidad. "El tribuno no se desalentó en esta circunstancia, dice M. Artaud (1), y recurrió á su acostumbrada elocuencia, y á los movimientos de inspiración que tanto le habían favorecido. El pueblo se enterneció; pero muchas veces se había conocido que el tribuno no tenía mas que el don de la palabra, y algunos hombres desengañados, gritaron que no debía escucharse."

Rienzi lloró... y en un momento de desesperación, exclamó: "Después de haberos gobernado siete meses, voy á renunciar el poder." Nadie se atrevió á levantar la voz para hacerle variar de propósito, y entonces atravesó la ciudad y fué á encerrarse en el castillo de Santángelo.

Tres días después, la ciudad de Roma estaba ocupada por la nobleza, y envuelta de nuevo en la anarquía.

Un mes permaneció Rienzi oculto en el castillo de Santángelo, sin poder salir; hasta que al fin determinó fugarse disfrazado con el hábito de un monje, y fué á implorar la protección de Luis de Hungría, que á la sazón se hallaba en Nápoles; pero cuando este príncipe dejó la Italia, Rienzi se vio precisado á ocultarse entre los eremitas del Apennino, y según refiere uno de los historiadores citados (3), volvió á Roma con la

(1) Histoire de l'Italie, pag. 184.

(3) M. Gibbon.

multitud de peregrinos que concurrieron al jubileo de 1350. Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que después de haber vagado por las ciudades de Italia y Alemania, se presentó al emperador Carlos IV, rey de los romanos, con la esperanza de obtener su protección; pero á pesar de su persuasiva elocuencia nada consiguió, y el emperador mandó arrestarle con el designio de ponerlo en seguida á disposición de Clemente VI. Así sucedió en efecto, y por aquella movilidad tan común en el destino del hombre, el mismo que en 1347 se había visto en el Capitolio rodeado de toda la pompa de un soberano, en 1352 se miraba entrando en la ciudad de Avignon custodiado como un malhechor, y á no haber sido por las recomendaciones de su amigo Petrarca, indudablemente se habria visto en el cadalso; no obstante, yacía encerrado en una prisión, esperando por momentos su sentencia, y sin mas consuelo que la lectura, al tiempo que la muerte de Clemente VI vino á dulcificar su suerte.

Cuando en 1352 Inocencio VI ocupó la silla de S. Pedro, Roma continuaba despojada por la anarquía; era insuportable la alvitez de los nobles; y el desenfreno de sus costumbres era tal, que el pueblo había llegado á echar de menos al tribuno y á su *buen estado*. Acababan los romanos de entregar el mando supremo á un escribano, hombre que aunque se expresaba como patriota se manejaba como tirano, llamado Francisco Baronehi, cuando el papa Inocencio VI determinó enviar á Roma en calidad de legado, para hacerla volver á su obediencia, al cardenal español Gil Albornoz; nadie podía acompañar al legado en tal empresa, mejor que aquel que había dominado en otra ocasión al pueblo, y que lo había hecho conciliar tan halagüeñas esperanzas; así es que Inocencio mandó que Rienzi se uniese al legado con el título de senador, después de haber exigido de él un solemne juramento de fidelidad.

Los romanos habían olvidado ya los desastres del tribuno y lo recibieron, llenos de entusiasmo, esperando que restableciera el orden, como al principio de la época en que se vio investido de un poder absoluto. Mas desgraciadamente no fué así, pues Colá no había sabido aprovecharse de las lecciones de la experiencia, y se hallaba en una posición demasiado complicada, como dependiente del papa, quien no lo había nombrado senador, sino que aun le había reconocido como noble y caballero; y además se encontraba sujeto á la inmediata vigilancia del cardenal legado, el cual le escrutaba toda especie de recursos, de manera que Rienzi se vio obligado á contraer deudas con unos apoderados, ofreciéndoles dividir en ellos el poder que iba á recobrar; pero lejos de cumplir sus

ofertas, tan luego como logró restablecer las leyes que él llamaba tan enfáticamente del *buen estado*, uno de sus primeros actos fué mandar al suplicio al hermano de los alucinados que le habían proporcionado recursos, porque le resistió el cumplimiento de sus promesas; el pueblo sin embargo de que en tal ejecución no veía mas que un acto de justicia, pues que se castigaba á un ladrón público, no dejó de notar la ingratitude y mala fe del antiguo tribuno, y comenzaba ya á murmurar cuando vió con sorpresa conducir al cadalso al ciudadano mas virtuoso y estimado de Roma; en consecuencia la guerra civil continuó, y los Colonna levantaron el grito contra Colá echándole en cara sus iniquidades; el para sostener una lucha, y mantenerse en el poder, quiso establecer una nueva contribución, y entonces el pueblo desengañado por segunda vez se reunió en el capitolio el día 8 de Octubre de 1314, gritando: ¡Viva el pueblo! ¡Muera el traidor Colá de Rienzi! Pronto se vió abandonado Colá de sus criados; trató de arreglar á la multitud para conjurar así la tempestad; pero todo fué en vano; el pueblo estaba furioso y no quiso oírle, y antes por el contrario, tan luego como le vió en el balcón lanzó sobre él tanta piedra, que le obligó á retirarse. Estaba ya el palacio por un lado ocupado por el pueblo, y por otro devorado por las llamas, cuando Colá determinó huir; disfrazóse al efecto con una capa sucia; salió á mezclarse con la multitud; atravesó algunas piezas sin ser conocido; pero al salir por la tercera puerta que debía pasar, un romano se le encaro, diciéndole: ¡A dónde vas? Colá tuvo bastante entereza en este momento, y poseído de cólera respondió: ¡Soy el tribuno! Entonces la muchedumbre se apoderó de él, y lo condujo al mismo lugar en que solía pronunciar sus sentencias; sin embargo, nadie se había atrevido á atentar contra su vida; no parecía sino que todos le miraban con veneración; Rienzi iba á aprovecharse de las circunstancias, y estaba de dirigir de nuevo la palabra al pueblo, cuando un artesano llamado Cecco del Vecchio, temiendo que la elocuencia del antiguo tribuno hiciese algun efecto en la multitud, se adelantó y con mano firme le clavó un puñal en el corazón. En el mismo instante cuantos le rodeaban se aproximaban á herirle; su cadáver fué porfiadamente despojado y arrastrado por todas las calles de la ciudad.

Así pereció aquel hombre, cuya elevación y poder asombraron á la Europa, que después de brillantes y memorables sucesos, experimentó los rigores de la muerte que está reservada á todo despotas, que gobierna solo guiado por el impulso de sus pasiones. Todo hombre colocado por la fortuna en un puesto elevado debe procurar que sus acciones estén conformes con los

principios mas sanos de la moral, de la política y de la justicia, pues tan luego como se separa de ellos, su caída es inevitable, y desdichado de él si olvida que el que gobierna una sociedad está sostenido por dos fuerzas, la moral y la física, muy poderosas cuando estas remudas; pero que en el instante en que falta la primera, la otra queda reducida á la nulidad. Le vida del tribuno Rienzi es una prueba irrefragable de esta eterna verdad, y cualquiera que la recorra atentamente no podrá dejar de exclamar: "Oh, y cuán cierto es que la historia no se ha escrito, sino para dar graves lecciones á la prudencia humana!"

Septiembre de 1843.—J. M. de Torreccano.

ESTUDIOS MORALES.

LASCIVIA OMNI SPERANZA.

A. M. M. M. P.

TRISTE te miro, ó joven; como el esqueleto del árbol en el invierno, yace tu corazón sin ilusiones; esprimió su hiel la incredulidad en la coya de tu juventud, y con el último sol de tu infancia se perdió ¡ay! para siempre la única luz que pudiera alumbrarte en el porvenir, ¡la esperanza!

He contemplado la luz de los cielos envuelta en el manto de la tiniebla ciega; la oscuridad formaba el horizonte; ni un relámpago, ni una estrella; ni la luz fúta, hija de los sepulcros; ni el vuelo inconstante de la luciérnaga, apareciendo y muriendo entre las zarzas; era la imagen del caos; la ví y me horroricé, porque comprendí lo que puede ser la asistencia sin esperanza.

El perfume de la flor que se divaga en el viento; la vibración del laúd que se pierdo entre el estrépito de las ondas del torrente; la planta que desraiga el buracan, y va á morir mistia y perdida en la agua salobre del mar, ¡ah! todas son imágenes infelices de la vida sin esperanza.

Yo te ví, joven, triscar ardiente en medio de los festines, y acosado por la fiebre de la duda, lanzarte en el mar de los plácemes vedados; enlazar frenético el talle breve de la mujer impúdica; esconder tu frente abrasada entre los brazos de ébano de su cabellera; incorporar tu semblante y tu labio en su seno perdido de deleite, y un momento separaste el rostro, y el llanto que vi en tus ojos era de hastío y de amargura; y era la revelación del infierno que quemaba tu alma.

Comenzaste prostituyendo tu razon, entregándola virgen al servil espíritu de la moda, como conduce la madre desventurada á la hija cándida en medio de las orgias de buen tono.

¡Infeliz! Creías que la pureza de la virtud te conquistase amigos; que la ruidosa carcajada que se tributa entre libertinos al sarcasmo contra la

Omnipotencia, lisonjear mas allá de esos templos de ocio, de charlatanería, que se llaman cafés.

Cuando descendías á la soledad de tu corazón hallabas en él una horrible herida; cuando pasabas de la mano por tu frente, echabas de menos una flor de las que formaban la corona de tus virtudes.

Y fué para tí la amistad un contrato, cuya intimidad calculabas por la suma de goces impuros que te producía; y fué para tí el amor un tráfico para saciar una pasión brutal; y fué burla para tí la creencia; y farsa el dogma; y risible conseja la inmortalidad.

Y así errante de una en otra orgía, sepultando en cada bacanal una creencia, sacrificando en cada conquista amorosa una virtud; en tus horas de fastidio echaste la vista sobre los libros frivolos de tu mesa, y sus ideas se unieron á tus ideas como los copos de hielo que caen de las nubes á la nieve que corona los volcanes; como se unen dos nubes tempestuosas formando una sola.

Identificado con los personajes frivolos de las novelas, escogerías cuanto veías; y en tu frente encontraras la maldición; y te eriste fujo del acaso, y gimiendo maldijo tu labio á la Providencia augusta.

Tu pensamiento, esclavo del crimen, obedecía á la materia degradada; el placer careció de novedad, y en consecuencia de atractivo; eneslécida el alma descabía impresiones mas vivas; entonces sonrió el crimen, y clamando: "Vivir es gozar," te embriagaste con los nuevos hechizos que te ofrecía.

Angel caído, flor pura que arrancó de su tallo el torbellino para arrojarla al cielo, corriente de agua limpida, cuyo curso estravió la maleza para precipitarla en el fango.

Sopló entonces el viento de la adversidad sobre tu frente y marchitó tus ilusiones pueriles, como el ala del invierno cuando pasa sobre el tallo del almendro.

Audaz culpante al Eterno; con el compas mexicano de la inteligencia medir quisiste la inmensidad; y del triunfo pasajero, y de la caída de la hoja del árbol, sacar quisiste argumentos en contra de la justicia del Eterno, y que sirviesen como de mentis á la promesa ó al anatema de inmortalidad.

En las horas de agonía y abtimiento, cuando los dolores que aquejan al alma, suscitaban sollozando en nuestro pecho la desesperación, es dulce contemplar el firmamento; parece que entre esa página infinita escribió la mano de Dios con caracteres brillantes y eternos: "Creed, y esperad!"

Cuando se pasea sobre las ondas la tempestad, en las alas del rayo, y á la luz del relámpago, revela la faz de la muerte sobre la roca en que puede estrellarse el bajel perdido; allá, en el lejano horizonte, se ven interrumpidas las nubes, y so-

bre un cielo de zafiro resbalando los rayos del sol poniente en la blanca pared de la muralla del puerto. ¡Dulce es mirar esa muralla, porque es la imagen de la esperanza!

Leyendo á Chateaubriand me horrorizó la pintura patética de una tormenta, y lo veo aterrado junto al mástil de un buque, teniendo un abismo á sus plantas, con el sobresalto en la frente y la zozobra en el corazón; en tanto que un oscuro marino enciende una humilde lamparilla á la Virgen, simbolo de su ruego y su creencia; y duerme tranquilo arrullado por la tempestad; en esa vez cerré el libro con el llanto de consuelo en los ojos, y exclamé con entusiasmo y con ternura: "Creed, y esperad!"

En las montañas del Norte de mi patria, entre esos ramales gigantes de la sierra, repentinamente se encuentra uno en medio de una cañada sombría, y ásperas rocas y salvajes quiebras trepan á los cielos, reduciendo la vista á un círculo mequino; y cuando el viajero se cree sepultado en un abismo, halla que la naturaleza caprichosa horadó los peñascos; y desde aquella agreste atalaya se divisan llanuras risueñas y árboles frondosos, cristalinos rios y alfombras de flores, cortinajes de plantas, que asidas á los árboles agitan sus campánuas de zafiro y alabastro, con el viento que conduce la armonía de los bardos alados del desierto.

¡Feliz quien distingue desde el abismo del sepulcro, otra vida de paz y de bienandanza!

¡Ay de aquel verdugo de su alma, que anticipándose la muerte, sacrilego contrasentido en la existencia, cree que el sepulcro es la hoguera que devora la gota de lluvia que en ella cayó por acaso; cree que el sepulcro es el mar en que se embeben y confunden las corrientes de los rios, ó la llama que aniquila el ala débil de la mariposa, que revuela inconstante á su derredor desde que nace!

¡Ay de aquel que lee en la lápida de la tumba aquellas palabras, que con brul tremendo grabó el génio tenebroso del "Dante" á la entrada de su infierno: *Lasiate omni speranza*.

GUILLERMO PRIETO.

Regularmente los maridos tienen la culpa de la perdición de sus esposas.

Una mujer celosa y desperchada, está en riesgo de perderse.

Los tontos no pueden comprender á los hombres de talento.

Los grandes pensamientos vienen del corazón.—V.

COCINA FRANCESA.

CONTINUA EL VIAGE A EUROPA EN 1841.

M. S. D. A. M. E.

Mi bienamado N. A. Dos son las principales ventajas de la cocina francesa: limpieza y prontitud en los procedimientos, y en Paris se debe contar una tercera, la excelencia de la materia prima. Muchas veces los platos que vd. pide al sentarse á la mesa, están todavía en el momento de los posibles, y sin embargo, unos cuantos minutos bastan para ponerlos en presencia de vd., tales como los ha mandado. En cuanto á la limpieza, es de ver cómo se distinguen perfectamente hasta los menores condimentos en varios manjares; y cómo en todos están dispuestos con cierta curiosidad que agrada mucho. Por lo que respecta á los materiales, le aseguro á vd. que carnes, pescado, legumbres, especias y vegetales, son de la primera calidad, y que muchos de estos artículos no admiten ya perfección: es un gusto ver los mercados en donde se espere, ó las tiendas en que se prepara y conservan todo está con el mayor esmero, y aun muchas cosas excitando el apetito. Pero nada puede compararse en este ramo con las carnes que presentan las comarcas, que gordas, que bien destazadas.

Los parisienses son probablemente el pueblo mas goloso del mundo: hasta en las clases, últimas de la sociedad se encuentran quienes pretenden voz y voto sobre el bocado mas tierno: la carne mas jugosa, la salsa mas adecuada, la combinación de mejor efecto, y es chistoso ver á una dama discutir estas sutilezas con la misma gravedad y aparente inteligencia que pueda mostrar el gastrónomo mas refinado. Cual mas, cual menos, todos los parisienses pretenden el derecho á este voto; pero hay ciertos seres degradados, que se creen vendidos al mundo para solo comer; que no piensan ni obran sino para comer; que todos los negocios de la vida no tienen para ellos mas carácter que el de medios de comer ó hacer la digestión, y que son capaces de los mayores abatinientos, y aun tal vez de algunas maldades por comer; personas, en fin, cuyo Dios es su vientre, el comedor su templo, la mesa su altar, y la

comida toda su religion y su existencia. Y no crea vd. que estas son exageraciones: cuanto menos de decir sucede al pie de la letra, y por desgracia no es uno solo el individuo á quien convenguan así estos rasgos.

Y yo no sé si será el clima y la calidad peculiar de los alimentos, ó si el uso de sus buenas preparaciones hace mas sensible el paladar; pero lo cierto es que yo, cuya compañía de tantos años habrá concurrido á vd. de mi perfecta indiferencia sobre platos, comienzo ya á sentir esta maligna influencia, y á no encontrar bueno el bistec sino cuando la carne está tierna, y escurre sin embargo la sangre; ni la leche, sino cuando está gorda; ni la fruta si no está perfectamente madura; y otras imperfecciones del mismo estilo en que no habia pensado antes, sino cuando me veía obligado á sentarme á una mesa sin tener hambre. Y aunque aqui no presente, esto un grave inconveniente por ser tan fácil procurarse estos objetos, y con ellos la satisfacción apetecida, me entristece sin embargo verme en tan falsa ruta, porque es una retrogradación en filosofía, aunque sea al mismo tiempo un adelanto en civilización.

Pero mas bien querrá vd. saber algunas particularidades en concreto, que todas estas abstracciones; y como por el deseo de complacerle he informado de una á otra cosa que me han parecido poco conocidas de vd., le diré algo sobre ellas. Lo primero que comi en Burdeos, y me llamó la atención, fué una sopa que llaman *purée* y que debiera hacerse de uso general entre nosotros, así por la facilidad de prepararla, como por su buen gusto y su sustancia. Se compone de arroz, habas, chícharos ú otros granos, juntos ó separados, y que despues de molidos en seco, curados ó tostados, se hacen hervir hechos ya harina en agua ó caldo, que se azoñan al paladar. La especie llamada *purée aux croûtons*, tiene ademas unos cubos ó dados de pan tostado en manteca, que se echan por encima de ella al tiempo mismo de servir, y no antes, porque se pondrían corcosos y avaqueados. Un inteligente me ha dicho que la mejor

purée era la que se hacía con chicharos verdes cocidos ligeramente, esprimidos, guisado el caldo que de ellos resulte, con rebollas, sal y manteca, y vuelto á color para que quede solo.

Otra buena sopa es la Juliana, y consiste simplemente en el caldo común, con varias verduras cocidas en él, especialmente chicharos y zanahorias; diré á vd. de paso, que la zanahoria que aquí se come, es toda de la especie de aquella hierba que cultivamos en la huerta, y no tiene como la común de México el resabio que la hace desagradable. La costumbre es servir la sopa muy aguada, y comerla sola, es decir, sin pan alguno, y aun en algunas mesas no se pone éste, sino después de servida aquella. La carne del puchero solo puede comerse en las cocinas de los particulares, pues en los restaurantes ó fondas lo escuden hasta un grado tal, que no dejan de ella más que un bagozo insípido: así puede decirse que en las comidas del pablon no hay olla. Por esto siguen los guisados después de la sopa, y aunque en este anónimo artículo desearía dar á vd. algunas noticias detalladas, veo con sentimiento por vd. que soy un ignorante, de quien no se puede sacar provecho.

Los asados son otros artículos de mayor importancia, y de más frecuente uso, pues todos ó casi todos, se hacen en crudo, y lo que más comúnmente llamamos nosotros así, se llama acá fritura. Un plato de legumbres y una ensalada, se consideraban también como platos indispensables: sobre las primeras tengo que notar á vd. los chicharos, que se guisan en manteca y con harina y azúcar cuando están verdes, y las alcachofas, que además de nuestros condimentos comunes, reciben el de ser envueltas en huevo todas sus partes blandas, después de haberlas cocido y sazonado con aceite, vinagre, sal y pimienta, y ofrecen entonces una fritura agradable; se comen también estas, lo mismo que los espárragos, simplemente cocidos y con una salsa que se llama y es blanca, y se compone de manteca, huevos y limón. La ensalada de lechuga merece también una mención particular, no solo por la preparación que llama á la Chaptal, que es tan sencilla como agradable; sino también por otra salsa con que la cubren, y se hace con aceite, sal y limón, batido hasta dar al todo la misma consistencia que una mantecaquilla á medio derretir. La preparación del conde Chaptal, que lo mismo se ocupa de política que de manufacturas, de cultivos como de cocina, consiste en mezclar la sal suficiente con el aceite, y revolver bien los pedazos de lechuga bien lavada y escurrida, hasta que estén todos unidos de aceite, echando hasta entonces el vinagre.

En punto á dulces, el sistema francés es enteramente distinto del nuestro; sus compotas, mer-

meladas y frutas en aguardiente, no valen nuestros postres; pero del mismo modo nuestras conservas, cajetas y cubiertos, no pueden compararse con los métodos de conservar puestos aquí en práctica. Vd. sabe que en este ramo puedo dar voto, y por lo mismo me creeré cuando le aseguro que color, sabor, y hasta olor, se conservan mucho mejor en los dulces franceses que en los nuestros; y si tuvieran nuestras cidras, sandías, plátanos, nanceyes, bonetes, jarillas, y sobre todo nuestras guayabas, cuente vd. con que harían maravillas. Con solo los ocho ó diez géneros de frutas propias para dulces que ellos tienen, hacen primicias, y saben variarlas y combinarlas de infinitos modos. Sus jaleas no valen un comino, y las de nuestros tejocotes y membrillos cuando están hechas por manos tan maestras como las de vd., pueden desahar todas las grosellas del mundo. Nada he visto de pastas, y así las nuestras de pepino, almendra, camote, piña ó coco quedan sin rivales.

Debía haber comenzado por el almuerzo, y aun mejor por el... no, no, no, iba á decir desayuno, pero aquí no lo hay; más el hablar de él después de la comida, no turbará la digestión. Es artículo verdaderamente curioso, y que presenta una variedad sin ejemplo en nuestra simplicidad hispano-americana, el almuerzo usado en Francia. Los huevos y café de los venezolanos y jalepeños; la cocina de las costas del Sur; la carne de puerco de Guanajuato; el hígado ó té de nuestros ingleses, y una ó otra ligera modificación, son todo lo que conocemos en nuestras clases acomodadas; y en las pobres, la tortilla, chile y atole, ó el panabazo y el chinguirito; pero aquí hay una variedad prodigiosa. Prescindiendo de que París encierra habitantes de muchas partes del mundo, y que estos siempre que pueden hacen su cocina al estilo de su país, al menos de cuando en cuando, basta considerar los hábitos mismos para tener diferencias sin cuento.

Pan y queso, pan y mantecaquilla, pan y alguna fruta horada, pan y cerveza, pan y vino, son el diario de las gentes pobres. Pero los que tienen alguna comodidad, varían desde el chocolate á la *babaraine* solos, hasta el café con leche, mantecaquilla y rabanitos; y desde el caldo de la compañía holandesa, hasta los magníficos servicios del *Roquer de Luncaul*. Un plato de fresas, y un buen vaso de vino, es un almuerzo de que hemos oído hablar muchas veces á nuestro buen vecino el chileno, que lo tomaba con frecuencia cuando estuvo en Inglaterra, y aunque el paladar de vd., intolerante como el mío, por nuestra ignorancia, lo calificaba de malísimo; le aseguro que errábamos en nuestra calificación, y que es excelente. Muchas veces he visto comenzar por una rebanada de melon, y lo que pareciera á vd. más extraño, esta misma rebanada sirve algunas veces en vez

de salsa, para comer con ella la olla, y... sabe muy bien.

Sobre provisiones de víveres no hablaré á vd., pues ya le dije algo en mi anterior sobre mercados. Así será mejor contarle que el almuerzo se hace á las nueve de la mañana, y la comida, de las cinco de la tarde en adelante, y decirle algo sobre el chocolate. Cuando vd. pregunta si se usa el chocolate en Francia, le contestan, que muy raramente, que apenas se encuentra quien lo tome, y que es una espalolada indigesta, indigna de la finura y civilización francesa; pero si vd. da unas cuantas vueltas en las calles, y echa una ojeada sobre los avisos de los numerosos periódicos, al ver tantas tiendas consagradas ya parcial ya exclusivamente á su venta, y tantos anuncios sobre él solo, creerá que no se toma otra cosa diariamente, y que todas las clases lo consumen en abundancia. Será bien falso, sin embargo, el juicio que vd. forme sobre las informaciones de otros, ó sobre el testimonio de sus ojos.

El chocolate en París, como entre nosotros el café con leche, es un término medio entre las golosinas y los manjares de necesidad ó de costumbre. Es decir, que en la marcha ordinaria de la vida, á nadie le vendrá autojo vehementemente de tomarlo, ni estrañeza de no haberlo tenido tal ó tal día; pero de cuando en cuando, y por poco que lo favorezca el acaso, vendrá el deseo de hacerse servir una taza. No fué poca mi sorpresa la primera vez que por conocer el modo de servirlo aquí pedí uno; figúrese vd. que me van presentando una charola con su correspondiente copa y botella de agua; una taza, ó mejor diré, una tina de la capacidad de un cuartillo nuestro, con casi un dedo de espesor en sus bordes, y sostenida en un platillo que tenía dos de grueso, y al lado de ella la charolita de plique con la azúcar ordinaria; pensé que equivocados iban á servirme café; pero nada quise decir hasta ver el resto. Pues, no señora, aunque la pieza de hoja-de-hoja en que traían lo que iba á llenar mi taza, tenía la forma común de una cafetera; su contenido era un atole, ó mejor diré, un champurrado en que el más torpe hubiera convenido de que entraban como partes elementales el cacao y la leche. Lo que proporcionaban estaba uno y otro, no me atreveré á decirlo; pero es seguro que me basé de aquel bebrage era harina u otra cosa así.

Supongo que aun el extranjero más desvergonzado habría hecho pié atrás á tal aspecto; pero yo que estaba bien decidido á probar el café que me preparó mi curiosidad, le arremetí intrépidamente con la cuchara, y habiéndolo probado, no pude menos que exclamar como *Mi paisano* al ver la panza con que nos ha hecho reír tanto: ¡O chocolate el más desgraciado que se ha visto desde la invención de los chocolates! ¡En vano había pensado saludarte como á un antiguo co-

nocido en país extraño! Y encomendándome al genio del immortal Vattel, para que se dignara convertirme en un *puting* á la *chipolata*, ó cualquiera otra cosa menos mala que la que acababa de probar, tuve bastante ánimo para echarle tres terrones de azúcar, y volverlo á gustar cuando ya estuvieran disueltos. El primer trago fué con los ojos cerrados, así como si fuera á engullir una purga; pero furlos poco á poco abriendo, hasta ver distintamente el fondo del plátopo, y es necesario que confiese á vd., que malo como es, no lo era tanto como yo aguardaba. Otra vez me lo han servido con la azúcar ya disuelta, y aun esto es lo más común. Nosotros hacemos nuestro chocolate dentro de casa, ó lo compramos hecho; en el primer caso lo distinguimos con el nombre de las personas, ya nominalmente como de F. ó S., ya en general, como del amo, de los criados, y en el segundo por el precio, así decimos, chocolate de á dos, de á tres, &c., tabillas por medio real. Aquí cada chocolate tiene nombre específico según la mezcla, y se llaman *ferruginosos*, de *salud*, &c., ó del autor, como *chocolate Meunier*, &c., y es el uno de los artículos que da más ejercicio á la charlatanería.

Otra de las grandes ventajas de la cocina francesa consiste en los varios métodos que tiene para conservar toda especie de alimentos. Hablaré á V. de los guisados que supongo será lo que más llamará su atención, y al mismo tiempo es lo más sencillo. Acabado de hacer, y sea de lo que fuere, en vez de ponerse á la mesa, se echa caliente como está en una caja de lata ó mejor de plomo ó de zinc estañado, procurando que la llene exactamente, se suelda en seguida la tapa, se hace hervir nuevamente, y es probada, como dice Cortés en los Secretos estupendos, como siguen á su tratado de la Pisononía, Mouton al fin de muchos *secretos de artes y oficios*, y la gran Colección de patrones, publicada en 12 tomos con este título: de este modo puede vd. servir á nuestras visitas, ehiles rellos en *Pinto*, ejóticos en *Diplomate* etc., y de la misma suerte puede vd. conservar su panza con un de ante de porri hasta Mayo ó Junio, que ya no los hay ni frescos ni conservados.

Pero entre otros inconvenientes que presenta el sistema francés de cocina, ninguno es tan grave como la usanza de comer las carnes munitas; más que llevar hasta un grado increíble, y que los hace comer las aves especialmente podridas, como suena, polidas. Los votos más competentes y decisivos, encuentran este método superior, delicado, sensual, y vd. deberá suponer que nosotros lo hallamos al contrario, inmundito, insufragible. Es verdad que una carne recién muerta conserva todavía demasiada elasticidad y cohesión para que pueda ser tierna y sabrosa; pero lo es también que cuando ya fermenta, y es-

tá oliscada, que es nuestro término, se vuelve repelente, y el olfato, este centinela aranzada del estómago, depona en contra del temerario que se presenta á visita en términos tan poco convenientes, y su consejo se sigue casi siempre por la boca, primer ministro de aquel importante gobierno.

Pero volviendo al sistema de conservar los guisados, diré á vd. que la soldadura puede, según creo, reemplazarse con una ó dos vueltas de un trozo embreado, con solo la diferencia de que entonces será necesario que los botes tengan tapadera estráña, y no un simple fondo que se firme en el estajo. Como lo mas, por no decir lo único, importante es preservar las sustancias del contacto del aire, el lienzo embreado deberá aplicarse muy caliente, y procurando quede bien unido al bote por todas partes. Todo esto se supone que es para dentro de casa, porque cuando se quiera hacerlos caminar, creo que nada puede reemplazarse á la soldadura. Vd. convendrá fácilmente en que, cuando uno tiene en reserva algunos de estos botes, por imprevista que sea la visita, é incomoda la hora, se le puede servir una buena mesa; sin mas trabajo que el ordinario de calentar los platos, porque no hay cosa alguna, hasta la sopa, hasta el caldo, hasta la leche, que no se conserve así perfectamente.

Vaya otra friolera de economía doméstica, cuyo conocimiento supongo que estimará vd. Lavando la mantecilla rancia en agua suficiente, y revolviéndole de doce á quince gotas de cloruro de cal por libra, se le quita enteramente lo rancio, sin perjudicar á su calidad, ni hacerla nociva á la salud. No hay mas que batirla bien, dejarla reposar con la misma agua unas dos horas, y volverla á batir con agua limpia. Este medio es aplicable aun para las mantecillas que sin estar rancias tienen cualquiera otro mal sabor, y repito que la salud en nada se perjudica, haciendo uso de la sometida á este procedimiento.

Una de las cosas que mas se usan y aprecian en Paris, y de las que se hace un gran consumo diario es los hongos, á pesar de las prevenciones que hay en general contra ellos, y del veneno que indudablemente tienen algunas especies. Los mejores platos hechos con ellos son lo que llaman *blanquette* y la fritura de ella en aceite, que es lo mas sabroso, así como lo mas indigesto, y tal vez de mayor peligro. Para hacer la primera... pero no, esto sería ya un tratado de cocina, mas bien que una carta sobre ella. Así, prefiero remitir á vd. un buen libro sobre este arte, cuyas principales recetas he traducido para vd. del mismo modo que su índice, si en el encuentra vd. algo que le llame la atención y no haya sido puesto en castellano, ocurra vd. á nuestro buen vecino y amado amigo S., que según

es de complaciente y comedido, tendrá un verdadero gusto en servir á vd., al tiempo mismo que dará parte á sus apreciables hermanas, de lo que haya encontrado á su gusto.

Ojalá vd. encuentre en leer esta pesada carta, tanto como al escribirla pensando en vd., ha tenido su muy obligado hijo y constante amigo
—O.

SAGACIDAD DE LOS INDIOS.

Al volver un indio á su choza, se encontró un dia con que le habian robado un cuarto de venado que habia puesto á secar colgado de una estaca. Después de haber observado bien el sitio, se puso en camino en persecucion del ladrón, siguiendo la huella por entre el monte. Habiendo andado una buena tirada, encontró á unas gentes, á quienes preguntó, si habian visto á un hombre blanco, viejo, y chico de cuerpo con una escopeta corta, acompañado de un perro chico y rabón. Luego le respondieron que sí, sobre lo cual el indio les aseguró que aquel era un picaro que le habia hurtado el venado. Esto movió la curiosidad de las gentes, quienes le hicieron varias preguntas sobre si conocía al ladrón, ó le habia visto perpetrar el robo; quienes informadas de que no estaba ni en uno ni en otro caso, se maravillaron de las señas tan puntuales que de él habia dado el indio; pero éste las sacó del embarazo diciendo: "Sé que el ladrón es un hombre chico, porque puse un monton de piedras para poder, subido en ellas, alcanzar donde estaba el venado; que es viejo, lo conozco por los pasos cortos que he rastreado por entre las hojas secas del monte; que es blanco, es claro, porque al andar echó los pies para afuera, cosa que jamas hace un indio; que su escopeta es corta lo seco por la señal que dejó la boca en la corteza del árbol á que la tubo arrojada; que su perro es pequeño, lo deduzco de sus pisadas, y por último, me he cerciorado de que es rabón por la señal que dejó en el polvo, donde estuvo sentado al tiempo de estar su amo descolgando la carne."

PENSAMIENTOS.

Oveidme á veces á la virtud en su tránsito por el mundo, mas revive al fin; tarde ó temprano; la sacan de las tumbas, como sacan en las escavaciones una estatua antigua que es el nombre de los hombres.

Bueno es que te prosternes en el polvo si has cometido una falta; mas no es bueno que permanezcas en tal postura.

Chateaubriand.



EL ABEDUL Ó ALAMO.

ARBOLES AMERICANOS.

En los Estados Unidos se han encontrado no menos de seis especies de abedul; estas son el negro, el blanco, el amarillo, el rojo, el piragua y el abedul europeo comun. De estos, el negro crece á la altura de setenta pies; la corteza de los mas pequeños árboles, es umida y lisa, de color gris, y perfectamente semejante en su organizacion á la del cerezo. La madera cuando está recientemente cortada, es de un color rosado que oscurece esponiéndola á la luz. Su grano es fino y cerrado, y puede por esto admitir mucho pulimento, siendo usado para mesas, camas, armozas de sillas de brazos, &c. Cuando las hojas y la corteza son machacadas, su jugo es estremadamente agriado. El abedul amarillo abunda en los bosques de la Nueva Escocia, Nueva Brunswick, y en el Maine, Nuevo Hampshire y Vermont. Su madera es inferior en calidad y apariencia á la del negro, y nunca admite un color oscuro: es sin embargo fuerte, y se usa para hacer muebles; algunas veces sirve tambien para la parte de la armadura de pequeños buques que permanecen en el

agua. Es tambien usado como leña. El abedul piragua (llamado así por el uso que se hace de él para botes) crece en el declive de las montañas, y en el fondo de los valles fértiles. Sus ramas son frágiles, flexibles, y cubiertas con una corteza parda liciente, manchada de blanco. Sin embargo, en los árboles que no escuden de ocho pulgadas de diámetro, la corteza es de un blanco brillante. Esta corteza es destinada á muchos usos: en las poblaciones nuevas del país, el pueblo las acumula bajo los maderos de los techados de sus casas; se hacen de ellas igualmente canastos y esojones, y cuando son divididas en hojas sirve al papel. El mas importante uso á que es aplicado es, á la construccion de botes; para ello se escogen los troncos mas largos y flexibles. En la primavera se hacen dos incisiones circulares al árbol, muchos pies separada una de otra, y dos longitudinales en lados opuestos del árbol, despues de lo cual se introduce una caña de madera, y la corteza es separada facilmente. Estas láminas ó tablones son desde nueve á doce pies de largo, y de dos á

tres de ancho. Al formar el bote, estos tabloncitos se cosen juntos con la fibra membranosa del pino blanco, tomándolas del guiso de una pluma, despojándolas antes de su corteza mojándolas en agua. Las costuras se cierran con resina. Estos botes son muy ligeros, uno bastante largo para contener cuatro personas, puede pesar solamente de cuarenta á cincuenta libras. El abedul ó álamo blanco (*populus foliata*) es mucho mas chico, subiendo solo á la altura de veinticinco á treinta y cinco pies. Su madera es tierna y perfectamente blanca; se destruye muy pronto, y en consecuencia no se puede usar como madera. El abedul rojo (*fabra*) se halla en mucha abundancia en los Estados Meridionales, en los cuales es llamado simplemente *abedul*. Llega al tamaño de las otras clases, y su madera es marcada longitudinalmente por venas rojas que se interseccionan unas á otras en diversas direcciones. Es empleada para hacer tazas grandes, cucharas, &c., y también para aros. El abedul europeo (*italica*) se encuentra en algunos países de los Estados Unidos; pero en Europa es casi el mas común de los abedules ó álamos. En general, llega á la altura de cincuenta ó sesenta pies, con un diámetro de uno hasta dos. Retoña pronto en la primavera y produce cuatro cogollos ó cuajados de flores. La madera de esta especie es dura, correaosa y blanca, y es usada por los constructores de ruedas, torneros y carpinteros, en la manufactura de varios artículos usuales y de adorno. En algunos países se hacen de él los zapatos de madera ó choelos. La corteza es correaosa y cubierta con una epidermis callosa; blanca. Es amarga y acre, y ha sido usada en la curación de fiebres intermitentes. Con respecto á la materia viscosa que contiene, sirve para hacerlos ó untarlos á los habitantes de los Alpes. Un cocimiento de la corteza es usado por los lapones, en la preparación de las pieles de remo ó reanigero. Se obtiene igualmente un aceite empuerugante, que los rusos emplean para curar, y por este aceite las pieles de Rusia toman su color peculiar. La parte interior de la corteza en su estado fierro, contiene cantidad de resina ó engrudo, con el que los habitantes de las regiones del Norte hacen un especie de licocoteo ó pastel que relleno ó mezclado con pesado almidado, constituye su alimento durante el invierno. Las hojas del abedul son amargas, y han sido usadas como una sustitución del té. Ellos tienen la lana de un color amarillo. Un cocimiento de las mismas, se dice que tiene cualidades vermífugas y diuréticas, y ha sido recomendado para las enfermedades de cálculo y sífilis. Una infusión espirituosa de ellas es empleada por los rusos y suecos, como un baño ó aspersión contra el reumatismo.

HOJAS Y FLORES DEL ABEDUL.



(Traducción del Family Mag. para el Museo.)

A MI ALBERG CASIMIRO COLLADO.

PLEGARIA.

Domine, exaudi vocem meam.

¡PIEDAD! Piedad, Señor! Tu nombre santo
El alma mia en su amargura invoca;
Mi frente el polvo avergonzada toca;
El criminal implora tu perdón.

No se lo negarás, que el mundo sabe,
Que tu misericordia es infinita,
Y que la raza del Edén proscrita
Mas que enojo te debe compasión.

Dicen que mas te agrada la plegaria,
Y del contrito pecador el llanto,
Que del gozoso querubín el canto
En la morada de la eterna luz:

Y que quieras su bien, porque tu diestra
Que en mar inmenso convirtiera el suelo,
El iris de la paz pintó en el cielo,
Y levantó en el Gólgota la cruz.

Yo la creo, Señor; y una esperanza
Alimento de vida y de ventura,
Que sin dispa de mi alma la amargura,
Como dispa la tiniebla el sol.

Ángel de bendición, ensueño de oro,
Mi desmayado espíritu sustentas;
En sus alas pasando la tormenta
He tocado el umbral de tu mansión.

Ella arrojó la duda de mi mente,
La ciega duda que atormenta el alma;
Y en su regazo, deliciosa calma
Sobre tu pecho recliné la sien.

Y huyeron esas horas de agonía
En que el misterio que tu manto vela
En vano lucha descubrir sin ella
Audaz el hombre, sin amor, sin fe.

Insecto vil que arrástrase en el lodo,
De tu inmensa bondad ingrata hechura,
Con insolente presunción procura
Por su esencia tu esencia modelar.

¡Ah! yo también, Señor, abrí mi seno
Alivo un tiempo al pensamiento impío,
Y ultrages á tu nombre el labio mio
Atreviése también á pronunciar.

Yo negué tu poder y tu justicia,
Alturas levantando á mis pasiones;
Desconocí los soberanos dones
Que manso y tierno derramaste en mí.

De un mundo criminal busqué la pompa,
El lujo, y el bullicio y los placeres;
Eo pos corrí de pérfidas mugeres,
Y en su torpe regazo me adorné.

Era tu nombre para mí mentira,
Invento vil de la ambición humana;
La sagrada virtud palabrá vana,
Sus tranquilas delicias ilusión.

Y en medio de sacrilega algazara
Amigos ciegos, en la desgracia infieles,
Mi frente coronaban de laureles
Muechitos, sin aroma, sin color.

Y creí ser feliz; pero mi sueño
En el silencio de la noche umbría,
Pavorosa vision interrumpía,
Mostrándome el abismo al despertar.

Y creí ser feliz; pero temblaba
Cual hoja sacudida por el viento,
Al silencio el leve movimiento
Que hacia el patellón al ondular.

Y creí ser feliz; mas si los gozos
Cantaba aceso de pasión villana,
Légrebre son de funeral campana
Me hacia de terror estremecer.

Quise arrancar mil veces de mi mente
Una idea fatal, atterradoro,
Que sin tregua, sangrienta, á toda hora
Sofocaba mis dielios al nacer!

¡Yo debía morir!... Jóven, ahivo,
En vano al ver triunfante la malicia,
Tu poder provocaba y tu justicia
Y rey de farsa te llamaba yo.

¡Miserable! Faltábame un asilo
Donde esconder mi orgullo y mi flaqueza
Al anunciar tu gloria y tu grandeza
El huracán y el rayo abrasador.

Hundido en las tinieblas de la duda
Y del crimen estúpido en el cieno,
Jama el cielo contemplé sereno
Ni brisa pura refrescó mi sien.

Natura para mí perdió sus galas;
Marchitas eran para mí las flores,
No tenían aromas, ni colores,
Solo alobramos punzabanme do quier.

Tú me alumbraste al fin tras larga noche;
Tú arrojaste de mi alma la amargura
Con aquella esperanzas de ventura,
Que no pudo abrigar el criminal.

Yo sé que pueden mitigar tu ira
De mi alma los tristísimos enojos,
Y el llanto que brotado de mis ojos
El mármol has regado de tu altar.

Yo imploro ese perdón que nunca niegas,
Cuando flora sin culpas el humano,
Tórne á mi pecho tu paternina mano
Mi perdida inocencia y la quietud.

Y espero en tí, Señor, porque tu diestra,
Que en mar inmenso convirtiera el suelo,
El iris de la paz pintó en el cielo,
Y levantó en el Gólgota la cruz.
México, Agosto 31 de 1843. — Alejandro Arango y Escandón.

PENSAMIENTOS.

Los hombres de genio son por lo común hijos de su siglo; forman, por decirlo así, el compendio; representan su espíritu, sus ideas, sus opiniones; mas también á veces nacen ó muy temprano ó demasiado tarde. Si nacen muy temprano, antes de su siglo natural, pasan ignorados, y su gloria no comienza sino cuando asoma el siglo á que deben pertenecer: si nacen sobrado tarde, después de su siglo natural, nada pueden, y jamas consiguen duradera fama. Se les contempla un instante por mera curiosidad, como contempláramos á unos viejos que se paseasen por las plazas públicas con el traje de su época. Los hombres de genio que llegan sobrado tarde son en suma desconocidos como los hombres de genio que llegan muy temprano; mas aquellos no tienen como éstos un portento, una posteridad, descendientes que establezcan su gloria; solo podrian ser admirados de lo pasado, de sus ascendientes, de los muertos, público silencio.

Después de épocas de infortunio y gloria se inclinan los pueblos al reposo, y por poco tolerables que sean las instituciones que les rijan, se dejan conducir fácilmente por los ministros mas pigneros del mundo; esto les recrea y les solaza; comparan esos enanos á los gigantes que han visto, y se ríen. Ejemplos hay de leones unidos á un carro y conducidos por niños; mas siempre han acabado por devorar á sus conductores. — Chateaubriand.

PARTE CIENTIFICA.

UTILIDAD DE LOS INSECTOS.

A MI AMIGO FERNANDO OROZCO Y BERRA.

La obra es del Señor en toda su plenitud: es ya el mundo y cada lo que en él habita. SALMO XLIII.

GRANDE y sabia es la mano de aquel Sér que para repetir la sublime expresión del Génesis, dijo: "La luz sea; y la luz fué." Impenetrables son sus arcanos, y la juvencile inteligencia del hombre no debe hacer más que prosternarse ante su trono escelsó, y acatar la Omnipotencia que le ha llenado de vida, y que vela sobre todas sus necesidades.

Sin embargo, notase con dolor que la criatura se ha alzado del suelo en que yacía, y dirigiendo su miserable acento á la morada del Señor, ha dicho: "Es falso que en el universo todo tenga su misión, y que esta misión sea de utilidad para los demás seres. Yo no alcanzo para qué puedan servir esas myriadas de insectos que cubren el aire, ni todas esas plantas que cubren la faz de la tierra. Muchas son las cosas que me rodean, en que no encuentro objeto alguno."

Tal es el lenguaje de la vanidad y del error; mas aquel en cuyo corazón ha fructificado la simiente de la verdadera sabiduría, contempla las obras del Altísimo con madurez y reflexión, y si no puede descubrir sus altos fines, veiera la obra de sus manos, y repite con el santo obispo de Hipona: "Imposible es medir con el entendimiento lo que es superioral entendimiento."

¿Cuántas veces ha excitado en mi mente esta séde de reflexiones, la vista de uno de esos insectillos que surcan con sus alas de ametista y de esmeralda, el puro ambiente de un hermoso día del mes de Mayo! ¿Cuántas he procurado investigar su empleo en la gran cadena de los seres!

Sería una temeraria presuncion en el hombre tratar de escudriñar los misterios de la creación. La Providencia, muchas veces, rasga benigna el velo que oculta una de sus obras, y entoncez sin esfuerzo se convence el entendimiento de que sobre la tierra nada hay inútil.

Multiplicadas son las pruebas que pueden

darse de esta verdad, y superior, muy superior, su enumeración á mi corta capacidad. Limitáreme, pues, á hacer algunas reflexiones sobre la utilidad de los insectos.

Pocos de mis lectores no habrán visto unas orugas velludas y negras que devoran las hojas de toda clase de legumbres, y sobre todo las de la col. Pasado el período necesario estas orugas se tornan en esas mariposas blancas que tan abundantes son en los jardines desde el mes de Mayo hasta fines del estío. La asombrosa reproducción de estos insectos acarrearía consecuencias fatales talando nuestros campos y poblado el aire con tantos de ellos, que apenas sería posible andar sin ser sofocado por su número. Mas esto contrariaría la ley de que "una cosa debe alimentarse con otra; para que nada haya con demasiada abundancia sobre la tierra". Así pues, la infinita sabiduría ha puesto coto á la fecundidad de las mariposas por medio de un mosquito de cuatro alas. Este insecto fué clasificado por Linneo en el género numeroso *Ichneumon*, y designado con el nombre específico de *glomeratus*; mas los entomólogos modernos han tenido que hacer muchas subdivisiones, y el nombre de la mosca es ahora *Microgaster glomeratus*. Parecerá á muchos de mis lectores, flara esta denominación; pero yo se las explicaré diciendo, que este nombre *Microgaster* está compuesto de dos palabras griegas, á saber: *micro*, pequeño, y *gaster*, vientre; y se ha dado al insecto por la pequeñez de su abdómen. El epíteto *glomeratus* le viene de que sus ninfas (1) se encuentran por lo común en grupos, ó como decimos tambien en español, *aglomeradas*.

(1) Llámase ninfa al insecto, cuando despues de haber vivido en el estado de larva, se encierra en una membrana mas ó menos delgada, revestida á veces de otro cuerpo regularmente oval y estéril, como se ve en el capullo del gusano de seda.

Veamos cuales son las funciones del *Microgaster*. Tan luego como siente la hembra la necesidad de poner, busca una oruga de mariposa y deposita en ella treinta ó mas huevecillos por medio de un instrumento á manera de aguijón, que tiene precisamente con este objeto. Los huevos á su debido tiempo, se transforman en larvas que se alimentan con el interior de la oruga misma; pero con un instinto portentoso evitan atacar las partes vitales, y de esto resulta que la larva sigue creciendo, sin notarse en ella variación de ninguna especie; mas cuando ha tomado ya todo su incremento y ha llegado la época de su trasformación, se ve con asombro que en lugar de volverse ninfa, como debia ser, segun el órden natural, produce un racimo de cuerpecillos ovales de color de limon muy brillante, y que en realidad son ninfas del *microgaster* que no tardan en salir de su inercia agitando sus pequeñitas y sutiles alas.

Tal es la útil misión de este insectillo. El ninguna devastación comete en las plantas, y si impide por el medio maravilloso que he referido, un mal positivo para la especie humana. Antes de concluir esta breve reseña de su historia natural, no me parece fuera del caso advertir que el nombre *ichneumon* que se ha dado á estos insectos, proviene de la analogía que tienen por su oficio, con el del raton de Egipto que hace la guerra á los coodrilos, y que mereció por su utilidad, el culto de los antiguos habitantes del pais regado por el Nilo. Otro insecto del mismo género, pero de distinta especie, destruye las langostas del propio modo que el *microgaster glomeratus*, las larvas de la mariposa.

Mas ¡quién al hablar de la utilidad de los insectos, puede olvidar á la industriosa obrera, que por medio de su infatigable destreza nos proporciona dos sustancias; una agradable al paladar al mismo tiempo que útil en la medicina; y otra de tanta importancia en la industria y el comercio!

La abeja [*apis mellifica*] es una de aquellas creaciones, ante quienes el hombre enmudece y admira entusiassimo una obra que jamas podría salir tan perfecta de sus manos, y una inteligencia superior al instinto, inteligencia que en otro tiempo, su soberbia negó á los animales. ¿Cuál es la persona que no ha visto esa estructura maravillosa con que las abejas tapizan el interior de las colmenas? ¿Quién no ha visto á ese pequeño arquitecto hendir los aires cargado con el rico boñ de las flores? Pero es tan conocido este insecto, que no juzgo necesario extenderme mas acerca de él.

Otro tanto me sucede respecto del gusano de seda (*bombyx mori*, LINN.) sus preciosos trabajos no son en el día un arcano, y se ha pa-

sado el tiempo en que los romanos compraban la seda á los pueblos llamados *Seres* por su peso en oro, y en que las hijas de Carlo-Magno usaban trages de seda tan solamente en las ocasiones mas solemnes.

Los insectos sirven tambien de alimento á las aves y á los peces. La mosca llamada *ephemera* (1) es tan agradable á estos últimos, y la buscan con tanta avidéz, que de ella se sirven los pescadores como de ceba, y la han dado el nombre de *maná de los peces*.

No solamente contribuyen los insectos con sus obras al alimento, salud y adorno del hombre; sus cuerpos mismos sirven de remedio á la humanidad afligida.

La cantárida [*cantharis vesicatoria*] aplicada como revulsivo, es de grande utilidad en la medicina, y raro será entre mis lectores, el que no haya sido testigo de sus saludables efectos.

Mas ¡para qué prolongar esta lista! Basten los ejemplos citados, y que he escogido entre otra multitud, para corroborar la sublime verdad de que "nada hay inútil sobre la tierra."

Conchuyo, recomendando á los que fijen su atención en este humilde ensayo, el estudio de la historia natural. Young ha dicho:

"An undevisit astronomer is mad."

Yo hago estensiva su proposición al estudio de todas las ciencias naturales, y afirmo, que solo démente puede uno contemplar la mas pequeña de las obras del Criador sin reconocer su omnipotente mano y adorar sumiso su infinita sabiduría y su inestinguible bondad.

México, Octubre 28 de 1843.

AUGUSTIN A. FRANCO.

—Ved á ese hombre: su sentimiento no tiene límites. ¿Cómo se queja Teodilo de haber sido ofendido por mí! ¿Qué insolencia! Mas hombre poderoso, si Teodilo tambien lo es, si á nadie reconoce el derecho de ultrajarle, ¡qué podreis replicar! Acabose el tiempo en que un cortesano hacia temblar á todos: ya no hay favor ni disfavor posibles, si se acepta á los ayudas de cámara: todo se ha reducido al valor personal. Quien pueda decir en la actualidad "necesitais de mí y yo no os he menester" ese es el verdadero superior. Quizá fueran preferibles las prácticas antiguas; mas tales son ha de hoy. Lo que el hombre ha perdido en poder, los hombres lo han ganado. —*Chateaubriand*.

La esperanza y el temor son inseparables. —R.

La dependencia ha nacido de la sociedad.—L.

(1) Este nombre lo ha tomado de su corta vida, que no pasa de un día.

REMITIDO.

EL DIA DE MUERTOS.

Hoy cesa un tanto el bullicio de las ciudades: hoy es el día del corazon; hoy es el día que escita recuerdos de los que ya no existen. Los rostros se ven hoy llorosos por el dolor. Todo muestra un triste luto. El ronco clamor de las campanas conmueve el corazon, y cada uno de esos toques despierta un recuerdo triste y melancólico.

Un cementerio presenta un cuadro deplorable y funebre; allí, apoyado sobre una losa funeraria, se divisa á un anciano que enjuga de cuando en cuando sus lágrimas, lágrimas que vierte por su esposa á quien la muerte le arrebató; mas allá una niña bella é inocente acompañada de un joven que es su hermano, dirige sus plegarias al cielo por el alma de su madre, que la abandonó á las miserias de la orfandad; los dos lloran, gimen, suspiran y piden á su madre los proteja desde el cielo; lo piden tambien la muerte para reunirse con ella como único alivio de su desgracia: un joven se pasea tambien por aquellos lugares de desolacion y de horror; su semblante está agitado; su corazon, comprimido de dolor, preñado de llanto; si lo pudiera derramar, algun desahogo daría á su acerbá pena... besa conmovido la inscripcion de una de aquellas tumbas; besa el nombre que tiene grabado; ese nombre es el de la muger que amaba; al recordar sus caricias, sus promesas, sus juramentos, maldice el desgraciado la fuerza de su fatal destino, y maldice tambien su malogrado amor: arrodillada cerca de una urna está una muger, una muger desesperada é infeliz; una muger que derrama su llanto sobre las heladas cenizas de su hijo, se le hace imposible que una madre sobreviva á su hijo, é implora á la muerte que ha causado su desgracia, para que venga á terminarla.

Se oye allí, en el cementerio, la voz de los sacerdotas que rezan los suffragios por las almas de los muertos.

Todos gimen este día por el padre, por el hijo, por el esposo, por el amante, por el amigo, y todos dan rienda suelta á su dolor; solo el pescador, el jornalero, el criado doméstico, el pobre, en fin, no puede llorar por los que ha

perdido; mas en su humilde morada se ve encendida una vela, arde por su padre, por su amigo, ó por su hermano; pero el tiene que trabajar; no puede entregarse á su pesar, pues como ha dicho Arnaud, el pobre debe trabajar con una mano, y enjugar su llanto con la otra.

¡Miseria humana! Desde que el hombre nace hasta que muere, apura una copa de dolor; en este mundo no goza un momento de placer; siempre, siempre es desgraciado; está condenado á soportar la pérdida de los que ama; esto es horrible, ver muertos á los que nos endulzan la vida... pero es preferible perder un amigo por la muerte que por la infidelidad; el hombre á quien un amigo que creia verdadero es infiel, es el mas infeliz; lleva una desgracia peor que la muerte... la ingratitude. ¡Por qué, Dios Santo, llenas al hombre de tantos padecimientos? ¡Por qué le hundes en la miseria! ¡Por qué le sumerges en la desgracia? ¡Por qué...? Pero ya conozco mi error, mi vano atrevimiento; perdon... perdon... ¡Dios de clemencia! Yo, vil insectillo, quiero alcanzar tus misterios; quiero penetrar tus arcanos; quiero quejarme de tu justicia, olvidando que has ofrecido al justo, al que arrostra la tormenta del mundo y sus engaños, al que vengza la borrasca de las pasiones, olvidando que le has ofrecido una felicidad eterna, una emision de gozo y de contento. ¡Ah! Sin esta esperanza de consuelo ¿qué sería del hombre en este mundo? Esta esperanza nos hace desear la muerte sin horror; nos sostiene en la virtud, y alivia y mitiga nuestros males.

Noviembre 2 de 1843.—Francisco Zarco.

Estraño fuera que el hombre aspirase á una constancia inalterable, cuando toda la naturaleza cambia en torno suyo: el árbol pierde sus hojas; el pájaro sus plumas, el ciervo sus astas. ¡Solo el hombre diría "mi alma es inmóvil! ¡Tal como es hoy será mañana!" El hombre cuyos sentimientos son mas inconstantes que las nubes! El hombre que quiere y no quiere! El hombre que se fastidia hasta de sus gozas como un niño de sus juguetes!—Chateaubriand.

FR. MANUEL NAVARRETE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

En todos tiempos, tales ó cuales circunstancias, mas ó menos favorables han dominado, y señalado, por decirlo así, á los ingenios que han aparecido entonces, el camino necesario é invariable que deben recorrer durante el curso de su vida laboriosa. Estos han cedido á su influjo poderoso, ora siguiendo el vuelo del progreso, ora transigiendo con las preocupaciones eclesásticas; y esto es un cierto, que los escritos de todas las edades, con poquísimas excepciones, son un reflejo vivísimo, ya de las costumbres é ideas de la sociedad de la época, ya de las opiniones preponderantes en la reducida, pero influente clase de los literatos. Esto supuesto, no me parece ahora tan difícil revelar el mérito de un poeta á quien muchos, siguiendo el impulso que á la literatura ha dado la escuela moderna, darán hoy el epíteto de *clasicista*, y no sin razón, si se atiende á la forma de sus composiciones; mas á quien se dará su verdadero lugar, y se tributarán sus debidos elogios, si haciendo á un lado la forma, y no atendiendo mas que al fondo de las ideas, se llega á descubrir después de un examen maduro, algo del *genio dulce* de Horacio, que sólo á quien le pesare, ha de ser siempre el norte fijo á donde deban dirigirse los conatos del poeta digno de llevar este nombre.

Fr. Manuel Navarrete pertenece á aquella época, en que la literatura española no hacia mas que imitar á la clásica francesa, y en que olvidando los españoles que en otro tiempo los extranjeros no hicieron otra cosa que imitar á sus grandes hombres, cedieron al imperio de la preocupación, y olvidando á Lope, Calderón, Moreto, Alarcón, Fr. Luis de León y otros, por Corneille, Racine, Moliere y Boileau, dieron una prueba evidente de esa inconstancia del espíritu humano, que cansado de beber sus inspiraciones en sus propias fuentes, y aun quizá creyéndose ya agotadas, va á buscar las aguas para apagar su sed. Quién no se admirará de ver en esa época á los maestros convertidos en discípulos! Porque no hay duda en que los clásicos franceses de los siglos XVII y XVIII, debieron una gran parte de su celebridad á la constante lectura de los hoy olvidados libros de los autores españoles de los siglos XVI y XVII, edad de oro de la península, como se le ha llamado después. Nosotros no éramos entonces sino una parte esencial de la sociedad española;

y siendo uno mismo el idioma, y una misma la educación, fuerza era que participásemos de las mismas costumbres, de los mismos caprichos y aun de las mismas preocupaciones. ¡Qué extraño es, pues, encontrar en Navarrete el carácter, la forma y todo cuanto distinguía á la literatura en esa época, pues que no hizo mas que escribir segun el gusto de su tiempo! Los poetas de hoy, que viven en una sociedad harto escéptica por desgracia, gimen y se quejen, porque sin la indiferencia de la incredulidad, ni la confianza de una fe ciega, solo les queda la amargura de la duda que continuamente los atormenta, y esa inquietud, consecuencia de aquella que los hace andar vagando de un objeto á otro sin determinarlos á fijarse en ninguno. No así los de entonces, quienes en medio de una sociedad demasiado crédula, vivían contentos y entregados á los trasportes de las dulces pasiones que en vano aspiramos hoy á gustar, ó que abandonando las ciudades por los prados, las márgenes de los arroyos, y la sombra de los árboles, iban á delirar allí con pastorillas que hoy son ya un verdadero anacronismo en la poesía. Los poetas de entonces además creían que para llegar á ocupar un lugar distinguido en el catálogo de estos hijos privilegiados de la naturaleza, no sólo era preciso guardar fiel y aun servilmente los preceptos de Aristoteles, de Horacio y de Boileau, y hacer una oda de este ó del otro modo, porque así la hicieran Pindaro y Anacreonte; y cortar un drama por el mismo molde que los de Sófocles, Eurípides, Menandro y Terencio, sin atender á que estos obedecieron únicamente el impulso de su genio; sino que creían que era preciso tambien valerse de los mismos medios, y emplear los mismos recursos que aquellos emplearon para interesar y conmover. Plagaron, por tanto, sus composiciones, de esa fábula mitológica que tan bien emplea Pindaro en los juegos olímpicos, y que tan mal éxito tiene hoy que el cristianismo ha impuesto un carácter tan diverso á las ideas; contribuyendo con esto no poco, á que no se considerara la poesía sino como una ocupacion mas bien perjudicial que provechosa, y á que no se mirara al poeta sino como un ente destinado para divertir al público, puesto que desconocía su verdadera misión, menospreciando las circunstancias, y queriendo vestir á los hombres de las

edades modernas con la tónica y el manto de los antiguos griegos. ¿Y quién es hoy el que en una composición telara el embrollo de la mitología, después de la revolución que en nuestra literatura ha hecho el ilustre cantor de los Mártires, el sublime autor del Génesis del cristianismo? ¿Y quién también no aprecia hoy en muy poco al Horacio francés, cuando hablando del poema épico en su Arte poética, después de empeñarse en probar lo interesante que en él es la mitología, continúa con aquellos versos:

C'est tout bien raisonément que nos auteurs de sens,
Bannissons de leurs vers ces tenebreux secours.
Person n'a fait autre Dieu, ses Saints, et ses prophètes.
Ces images d'homme étoient du cerveau des poètes.
Mieux à chaque pas le lecteur en enfer
N'offroit rien que Astoroth, Belzebuth, Lucifer.
De la foi d'un chétif les mystères terribles
D'ornemens égyptes ne sont point susceptibles.
L'Evangile à l'esprit a ôté de son coté.
Que persévère à flatter, et tourner en raillerie.
Et de ses fictions le mélange coupable,
A peine sans vérité donne l'air de la fable.
Et qui objet en dit à proscrire aux yeux,
Quelle diable toujours hantant autour le dieu,
Que de vaines heres veut raviser la gloire,
Et souvent avec Dieu balance la victoire?

No se sabe qué pensar al leer esto, especialmente cuando en él se traduce que se trata de ridiculizar el inmortal poema del ilustre Milton: aunque por lo que á esto respecta, lo más probable es que jamás lo leyera Boileau, si es cierto que Voltaire fué quien después de su vuelta de Inglaterra lo dio á conocer en Francia, pues de otra manera no se puede comprender cómo el célebre crítico no descubriera las bellezas, ni conociera la ventaja que á los héroes de otros poemas sacan los ángeles y los demonios del Paraíso perdido.

Desgraciadamente Navarrete mismo exageró quizá, como nadie, ese defecto de que acabamos de hablar, y que á los ojos del autor citado no era sino una de las principales bellezas; pues no contento con atestar sus composiciones profanas de Venus y Máries, de Júpiteres y Vulcanos &c., incurrió en el crasísimo error de introducir el mismo gurgig en sus poesías sagradas, como la prueba el anetoá la Concepción de la Virgen, que comienza:

En su mente divina preparaba
El alto Jove la beldad mas pura, &c.

La octava de la paráfrasis que hizo de aquellas palabras de Job: *Vocabis me, et ego respondebo tibi:*

No porqué ahora me veis cual *Prometeo*
Atido sin tener acción alguna:
Me abandonais, ingratos, al *Letéo*, &c.

Alusión mitológica en que probablemente jamás pensó el puerilísimo Job, y como lo prueba también otros muchos pasajes. De qué vértigo, de qué manía estaba apoderado Navarrete cuando pensó en tal cosa! Diríase tal vez que esa no son más que palabras que se atiende al fondo de la idea, y no se verá en el Jove que Navarrete puso, sino el Jehová que pensó poner, ó quisó que se entendiera: á lo cual yo contestaré, que es tal el poder de las palabras sobre nuestro espíritu, que dado mucho que haya alguien, medianamente instruido, que al leer aquello de que

El alto Jove la beldad mas pura,

no recuerde en el acto á aquel dios grosero que se convertía en lluvias de oro, y en no sé qué mas, para ir á satisfacer sus brutales deseos. ¿Y fué esto acaso lo que se propuso el poeta? No, ciertamente. Y es de creerse que sin pensar en ello puso á Júpiter en vez de Jehová, y cuyo cerebro solo pudo salir María, esa muger destinada para quebrantar la cabeza del enemigo del linaje humano.

No se crea por otra parte, que lo que llevo dicho menoscaba en algo el cordado mérito de Navarrete, pues no me parece que tal sea el resultado, cuando únicamente trato de indicar en ello las causas que lo obligaron á escribir como lo hizo, y los errores en que á consecuencia de ello incurrió. Destituido de relaciones, y sin otros modelos que los que le ofrecía la metrópoli, ¿qué nuevo giro podía dar á sus ideas! Moratin, Melendez, Jovellanos y Cienfuegos, eran los únicos que tenía á la vista, eran los únicos que constantemente estudiaba; era preciso pues que al estudiarlos los imitara, puesto que la imitación es inherente al hombre; mas al tomando la dulzura y delicadeza de unos, y el fuego y la energía de los otros, le venos presentar un carácter hasta cierto punto original, y distinguirse especialmente en aquella poesía filosófica, moral y religiosa, que debió de ser sin duda á la que mas tendencia tenía, como lo prueba en sus *Ratos tristes* su canto á la *Immortalidad*, y en otra parte, sus dos poemas, el de la *Divina Providencia*, y el de la *Alma privada de la gloria*. ¿Quién no reconoce al verdadero poeta, al poeta filósofo y sentimental, cuando en el canto á la *Immortalidad*, después de aquella pintura tan fresca y tan risueña del tiempo pasado, continúa con aquella melancolía tan dulce:

¡Oh tiempo, y lo que venen tu rigor!
Llega del año la estación mas creda,
Y mostrando el invierno sus enojos,
Todo el campo donada
A vista de mis ojos,

Que ya lloran ausentes
Los pájaros, las flores y las fuentes.
En los que miro ay tristes retratados
Los pasos de mi vida,
Por la mano del tiempo arrebatados,
Cuando helada queda mi edad florida.
¡Dulces momentos aunque ya pasados,
A mi vida volved, como á esta seiva
Han de volver las cantadoras aves;
Las vivas fuentes y las flores suaves,
Cuando el verano delicioso vuelva!
¡Mas ay! ¡Votos perdidos,
Que el corazón arroja
Al impulso mortal de mi congoja!
Huyéronse los años mas floridos,
Y la edad que no para,
Allí se lleva mis mejores dias. ---
Adios, pasadas breves alegrías,
Que no volveis siquier la dulce caraf. ---

No es el poeta cristiano el que después de haber contemplado las miserias de la vida en la vejez que sucede á una juventud ardiente y fogosa, vuelve los ojos al cielo, y lleno de esperanza esclama en la misma composición:

Pero ¿qué rayo ay Dios! á mi alma enciende!
¡Ah! luz consoladora,
Que del solio estrellado se desprende. ---
Mas allá de la vida fatigada. ---
Si, de la vida cruel que tengo ahora.
Cuando sea reanimada
Esta porción de tierra organizada,
Entonces, por influjos celestiales,
En los campos eternos
Floréerán mis gustos inmortales
Seguros de los rigidos inviernos.

Vaseo ahora en su poema de la *Divina Providencia*, aquella descripción de las estaciones, y de todo aquello de que la mano provida del Omnipotente ha colmado á sus criaturas: nótese esos cuadros, todos tan animados, tan tiernos, tan religiosos, como el siguiente:

¿Cuán bella se nos muestra por el llano,
Y cual es su decoro.
De esa, la amable niña del verano,
Cuando el sol entra ufano
En la alta casa del carnero de oro!
¡Cuán risueña se mira en la espaciosa
Y afortunada selva coronada
Al jóven año de clavel y rosa!
Y al verla tan hermosa,
Los apacibles céfros volando,
Los arroyos corriendo,
Los melodiosos pájaros cantando,
Y las flores riendo. ---
Naturaliza toda á su presencia
Alaba á la Divina Providencia.

Y si se quiere ahora uno de aquellos cuadros terribles que nos sobrecojen de espanto: de

aquellos en que Navarrete abandonó su lira de marfil para pulsar la de ébano de Young, no hay más que pasar la vista por su poema del *Alma privada de la gloria*, y meditar en las inquietudes y los temores del pecador, que reconocido sus faltas, siente el peso de la ira de Dios:

Desde que este cuidado me rodea,
Melancólico vago por el mundo,
Como huyendo el semblante á la alegría,
Conformes solo con mi triste idea
Sea las ligúberes sombras, tu profundo
Silencio, noche oscura. El claro dia
En vano para mi su luz enciende:
La ciudad, su rumor, todo me ofende.
El espacio se sigue á la tristeza,
Y el mas leve ruido
Me parece el horrible estallido
De un rayo que me hiende la cabeza.
La imagen de la muerte á cada instante
Se me pone á los ojos;

Pero aun mas me horroriza tu semblante,
¡Eterna Dios! de donde se desprende
Contra mí, almi el rayal de sus enojos
Que en ta furor la enciende.
¡Pallezo! En el instante me parece
Que el hermoso espectáculo del mundo
Con sempiterna noche se oscurece:
Sale del fondo pecho, el mas profundo,
El último suspiro, en que lanzada
Va mi alma á tu preséncja
De crímenes horrendos acusada;
Y herida de tu voz, como de un trueno,
De tu justicia escucha la sentencia.
De tu eterno castigo irrevocable,
Adiviñala mis ojos, y el sereno
Replandor de tu rostro lo parece
Nube que annicia rayo formidable.
Cuando trueno el alimpo y se enardece.

¿Y quién no se siente conmovido cuando después de contemplar al hijo que en el empuje ve á la madre que separa de él su rostro, y que se ve abandonando de todos en la tierra y acusado de sus remordimientos, oye el poeta concluir apostrofiando su lira:

Quédate, ó Dios, en lágrimas bañada
De este alamo pendiente.
Cítaras triste, y á tu voz cansada
Prosigue de mis ojos la corriente.

¿Se necesita mas para probar la excelencia de Navarrete, y sus verdaderas dotes poéticas! Las ideas son acomodadas al objeto, y los versos robustos, finidos, armoniosos y sonoros.

¡Infiendo mal! la tierra en el momento
De monstruos se inundo, que vomitaba
Rebramando el abismo: su lamento
Gemebunda la patria redoblaba!

Lloró la religión, y el sentimiento
Al pecho de los justos se lanzaba:
Las tablas se rompieron de las leyes,
Y cayeron los tronos y los reyes.

He aquí una muestra de su versificación: habrá quien se atreva á poner alguna tacha á esta octava, una de las de la composición que con motivo de la escultación del grupo de Fernando VII, presentó nuestro poeta en el certamen que celebró la universidad de México en 29 de Octubre de 1838, un premio de la cual se le otorgaron dos medallas de oro, y cuatro de plata.

Solo es de sentirse el poco ó ningún estudio que Navarrete había hecho de la prosodia, bien que esto entorpeciese en México era defecto general, que no se corrigió sino hasta hace muy pocos años, de lo cual nos dan pruebas todos los poetas de ese tiempo: Navarrete nos los ofrece á cada paso, y para no ir mas adelante, citare un ejemplo de los mismos trozos que he copiado:

Quando sea terminada.

Verbo que por insonda de siete slabas que debia tener, tiene nueve, lo cual lo hace duro é insufrible. Este, que en mi concepto es un punto esencial de la versificación, se vio, como ya dije, muy descuidado entre nosotros hasta hace pocos años, sin que sea fácil explicar la causa de esto, pues aun suponiendo que fuese cierto que no se estudiaba entonces la prosodia, lo es tambien que se leia continuamente á los poetas españoles, quienes jamás hacen una sílaba del concurso de dos ó mas vocales, si no es en casos particulares, defecto no solo frecuente sino comun en todos nuestros poetas, quienes al menos por imitación debieron no incurrir en él. Mas estos defectos, son pocos, en comparación de las bellezas que en él se encuentran, las que unidas al mérito de ser uno de los primeros que entre nosotros pulso la lira con solerte, venciendo los obstáculos que al desarrollo de la inteligencia oponia el sistema colonial, y al de haber precedido á los Tagles, á los Quintana, á los Carpiós y Pesados, lo hacen acreedor á nuestra admiración y respeto. Dirijamos ahora una rápida mirada sobre su vida.

El R. P. Fr. Manuel Martínez Navarrete, nació en la villa de Zambra, perteneciente en las entonces intendencia y diócesis de Michoacan, el día 18 de Junio de 1708, en donde estudio primeras letras y latinidad. Algunos incidentes desagradados que ocurrieron en su familia, le obligaron á pasar á México á dedicarse al comercio, en cuya profesion se distinguió por su honradez, probidad é inteligencia. En seguida, quizá porque su génio no se acomodaba con la vida oscura del simple comerciante, y no hallando otro medio de brillar en aquel tiempo que en-

cerrarse en un claustro, tomó el hábito de religioso Franciscano, en Querétaro, en el convento de S. Pedro y S. Pablo de la provincia de Valladolid (hoy Morelia), el año de 1787, decimo-nono de su edad. Concluido el noviciado, se dedicó por segunda vez á la latinidad; emprendió luego el estudio de la filosofía, y entonces fué cuando empezó á descubrir sus talentos poéticos, siendo de advertir aquí, que á pesar de lo mal visto que era todavía entre nosotros el estudio de la filosofía moderna se dedicó á él, despreciando el de la peripatética, en compañía de Fr. Victoriano Borja, con quien siempre llevó estrecha amistad. Cursó todas las ciencias con el mayor aprovechamiento, y en seguida obtuvo la cátedra de latinidad en su convento, de donde pasó á Morelia, y de aquí á Rio Verde, y á Silla con el cargo de predicador, despues de lo que pasó á ocupar el curato de S. Antonio de Tula, donde á pesar de sus ocupaciones consagró cuantos ratos le eran posibles al estudio y cultivo de la poesia.

Quando comenzó que podía dar á luz algunas de sus composiciones, lo hizo en el Diario de México, periódico que comenzó á publicarse el año de 1835, y fueron aplaudidas á pesar de ignorarse el nombre del autor, quien trató de ocultarlo, denotándose tristemente á través de las correcciones y aumentos (1). En fin, terminó su vida el día 17 de Julio de 1809 (2), á los 31 años de su edad, en el convento de Tlalpujula, del cual era guardián. Tenia nuestro poeta una alma noble y un carácter sincero, franco, amable y moderado; cualidades morales á las que unia las físicas, que no le excedió la naturaleza. Se dice que antes de espirar quemó sus manuscritos; masafortunadamente una gran parte se había publicado ya en el Diario de México, para que pudiera cumplirse el intento del poeta; y estas y otras muchas lindas que se podieron recoger, fueron las que se ordenaron en la colección que el Sr. Valdes hizo en 1823. No hubo género de poesia en que no se ejerciera Navarrete; y sus finalares fueron el erótico y amoroso, el bucólico é el elegiaco moral y amatorio, como el epigramático, el jocoso, el didáctico y el sagrado; aunque á decir verdad, en su todo no se á distinguir, pues en mi concepto, si la poesia seria, y elevada le valieron todos sus laureles, no fué tan feliz en la sátira para que esta le acarrase uno solo. En to-

(1) En esta época habia en México una reunión de amigos, que con el nombre de Arendia Mexicana, ésta, y otros con nombres particulares, se dedicaban á la poesia, y publicaban sus composiciones en el Diario de México; para mayor conocimiento, de esta Arendia, escribí á Navarrete sin conocerlo, quien siguió escribiendo bajo el nombre de Andrés.

(2) El Lic. D. Carlos María de Bustamante hizo su necrología en el Diario de 9 de Agosto de 1809.

dos estos géneros empleó las principales variedades del metro castellano, desde el de cuatro sílabas hasta el de once, aplicados al soneto, á la octava, al romance, á la silva, á la medida sálica, y á una multitud de juguetillos y epigramas. Es de creerse que hizo algunos dramas que no publicó, segun se infiere de los siguientes versos de su amigo Barzabal:

Mas bien lo fuera yo si apareciera
Sus bellos dramas, replicó Thalia.

Dos ediciones se han hecho de sus poesías, la mexicana de que ya hablé, y la de Paris de 1835.

Pongo á continuación el juicio que un literato extranjero forma de nuestro poeta, únicamente con el objeto de dar una idea de la alta reputación que fuera de nuestra república goza. La celebridad, dice, que el P. Fr. Manuel Navarrete tiene entre sus compatriotas, es bien merecida; primera de antigüedad entre los poetas pertenecientes á la nueva, á la grande era de la independencia; carácter poético perfectamente adoptado al *virginibus puerisque cano* de su epigrafe; todo reclamaba este obsequio á favor del tierno, del candoroso, del delicado Navarrete, cuyos versos son en realidad travessos, é inocentes, como los juegos de los niños, y púdicos y halagüeños, como la hermosura de las virgenes. Semejante al suavisimo Delio, ha sabido berramar lo divino con lo humano, sin ofender la austeridad de su profesion religiosa, ni descubrir la aspereza del sayal que vestía. Los nombres de Fr. Diego Gonzalez, y de Fr. Manuel de Navarrete, adornan el escaso catálogo de los que han consiguído en sus poesías el respeto que se debe tener á la hermosa y difícil virtud de la eutropia, demarcando la linea en que deben contenerse sus licitos y amables desahogos. Uno y otro parecen inspirados por aquel ángel de los santos amores, que el célebre cantor de los Mártires imaginó para la poesia cristiana, en oposicion á la Venus de los gentiles. La musa de Navarrete es ciertamente menos alizada, y aun tal cual vez se olvida de que la poesia, siendo el lenguaje de los dioses, se desleña de la trivialidad; pero esto mismo defecto contribuye casi siempre á la agradable sorpresa, de ver la elegancia ventajosamente remplazada por la sencillez, y por un amable abandono.

«La versificación es constantemente fácil; si bien algo descuidada en tal cual pasaje, tiene mucha dulzura y fluidez, aunque con demasiada frecuencia comete contra la prosodia el pecado muy grave y vitando, en mi opinion, de no hacer la debida reparacion de la concurrencia de las vocales que deben pronunciarse como otras tantas sílabas distintas, y no como un

dipongo; lo cual ademas de ser anti-gramatical, da al verso un desahío insoportable, ofendiendo gravemente el oido, como en estos:

Todos los síeres que hermocean la tierra
¡No te dan todaria bastante gloria!

Y cual soldado en la campaña instruido

Que no sea de dolor el alma mia.

«Por desgracia no es necesario hojar mucho en cualquiera de los dos tomos, para tropezar con varios versos que adolecen de este mismo defecto; pero tambien es justo decir en alabanza de su autor, que es el único de que se le puede hacer un cargo formal, y que merece particular animadvertencia, por ser tanto mas peligroso en un poeta, cuya versificación puede por lo demas recomendarse como dechado, entre las mejores que ha usas la poesia moderna castellana. Por lo que hace al lenguaje, tengo la satisfacción de decir que es de lo mas castizo y puro que hemos visto en nuestros tiempos; y felizmente libre de los resabos tan fáciles de contraerse por los que se han nutrido demasiado con la lectura de los libros franceses, merece acaso ocupar entre los modernos poetas hispano-americanos un lugar igual al que bajo este respecto ocupa entre los españoles el correcto Iglesias. El estilo de todas sus composiciones es natural, limpio del mas remoto asomo de la afectación, claro y escueto del todo, de esa especie de algarabía y martirizada fraseología, hoy tan comun en la poesia castellana. Las tres cualidades indicadas, que cada una por sí sola haria á Navarrete digno de ser leído con aprecio, reunidas le dan un realce, que muy pocos le pueden disputar entre sus contemporáneos; y si á ella se añade las que sobresalen en el carácter particular de su nombre, será justo decir, que la nacion mexicana puede gloriarse de tener un excelente poeta lirico. Pulsando el blanco hueso de Anacreonte, mezcla la filosofía mas amable con las imágenes y alusiones mas cristianas, con la mas graciosa invención, y con la ligereza significativa. En las composiciones puramente amorosas, la decencia, la ternura, la verdad de los afectos, y una dulzísima y envidiable melancolía, las sacan de la clase general de fastidiosas, á que las de este género están condenadas, por el exceso con que abundan en la poesia castellana. Si se ejercita en objetos mas graves, y canta inspirado por las augustas máximas de la religion y de la moral, lo que infunde su noble voz, no es precisamente aquel respeto encogido, aquella veneración mezclada de temor, ni aquella elevación de ideas convulsas en cierta rigidez, que se siente al leer muchas de las mejores producciones de este género;

sino mas bien una afición cariñosa á la virtud, una obediencia fácil y gustosa de sus máximas, y una santa amistad á los preceptos y verdades de la religión. Aun en su poema del *Alma privada de la gloria*, asuntó bien lígubre y terrible por cierto, el afecto de la sensibilidad es lo que mas sobresale; presentándolo por principal realce del cuadro á un hijo que cifra la mayor causa de su tormento en verse privado para siempre del amor de una madre á quien mira colocada en la mansion de los justos. ¡Sublime concepción, que pinta toda la ternura del alma de Navarro, semejante á la de la serafica Virgen de Avila, que compadecía á Satanas, porque por es paz de amar. Estos son los principales géneros en que brilla el vate mexicano!"

Y habrá quien despues de esto no se apresure á hojear al menos los libros de los pocos escritores que tenemos. Digno es Navarro, por lo que antecede, de nuestra admiración y respeto digna es su memoria de perpetuarse, y digno el de aparecer al frente de nuestra gloria poética.

México, Noviembre 15 de 1813.—R. J. A.

EL LAGO DEL BOSQUE.

A R. J. ALGARAZ.

Reina silencio apacible
Y en medio del bosque umbrío
Ténes suspiras del río
La corriente de cristal.
El viento en las ramas secas
Produce triste murmullo,
Y se oye el sentido arrullo
De la tórtola tenaz.

En medio al dospel que forman
Los asnes, se ve la luna
Matizando la laguna,
De luz y de oscuridad.
Retraza en su fiel espejo,
El cielo azul, los ramajes,
Y los hermosos celages
Que inciertos se ven volar.

Ya el lago rizando el viento,
El cuadro fiel desbarata,
Y laves él de plata
Hieven con dulce fulgor,
Ya terso el cristal se mira
Estender sus olas bellas,
Con una faja de estrellas
Que tiemblan con esplendor.

Yo cuando del cielo miro
La bóveda en lo profundo,
Me parece de otro mundo
La benéfica ilusión.

Creo contemplar las aguas
Del piélago de la muerte
Y ver en la eterna suerte
El trono hermoso de Dios.

La hojilla que se desprende
De ese sauge fúnebrío
Al soplo del viento vario
Y ni tus aguas riza.
Me parece una esperanza
Del corazón desprendido,
Y que va á morir podrida
Por la agua que la nutrió.

Pobre hojilla! Así han caído
De mi alma las ilusiones;
Así han muerto las pasiones
De mi ardiente juventud.
Un solo viento del lago
Borra la imagen del cielo,
Cual mis recuerdos de duelo
Desvanecen mi quietud.

Así me arrancó del seno
De mi padre idolatrado,
De la muerte el soplo helado
Hundiéndome en la orfandad.
Te halagó al nacer la aurora,
Tal vez pérdida la brisa,
Como mentida sonrisa
De caprichosa beldad:

Y al gozar de sus halagos
Del sol naciente á la llama,
Tu vinculo con la rama
Tal vez traídorla gastó.
Para volver y en la noche
Con lísongera delicia
En pago de una caricia,
De tu árbol te derribó.

¡Ilusión! lo mismo fuiste,
Prometiéndome ventura,
Y en medio de la amargura
Me sepultastes infiel.
Cuando tus alas de arcángel,
En el pensil mas risueño,
Me cubrían en mi sueño
Como mágico dospel.

Vengo aquí, lago tranquilo,
Porque allaga al alma mía,
Te gusta melancolía
Y tu tristic soledad.

Y es dulce ver apacibles
En la scita los huecos
Y los celages ligeros
En tu diáfano cristál.

Página que reproduce
En la tierra el firmamento;
Inocente monumento
De pureza y claridad.

En medio del bosque umbrío
Hiimo material al cielo,
Belleza oculta en el suelo
Que nos promete la paz.

Compañero silencioso,
Dulce alivio en mis males,
Que me escribe en sus cristales
La omnipotencia de Dios.
Santo espejo colocado
En medio á la selva ingrata,
Que de la luna de plata
Reflejas el resplandor.

Sobre tu faz los celages
Abren sus alas de arañío,
Como en la mente del niño
Un ensueño de placer.
El sol desde Occidente
Tu superficie engalana,
De olas de gualda y de grana
Y nubes de rosicler.

Si sopla dulce el ambiente
Grata tu faz se despliega,
Cual la hermosa que se entrega
A una risueña ilusión.
Cuando el relámpago estalla,
Entre tus ondas vagueva
Y se duplica y serpea
Del cielo la maldición.

Intérprete del Eterno
¿Qué oculta correspondencia
Tiene con la Omnipotencia
Tu trasparente beldad?
La tierra te presta asilo,
Los vientos son tus pasiones,
Las flores tus ilusiones,
Y tu amor la soledad.

Hora que estás apacible
Y me agobia la tristura,
Mis lágrimas de amargura
Bebe, lago de cristal.
Caerán en la hoja seca
Que se erió alegre y sencilla,
Con el agua de tu orilla
Cual con leche maternal.

GUILLERMO PRIETO.

DE LA GOBERNACION.

Un gran filósofo, Aristóteles, no ha vacilado en afirmar, que el descenso y la diversion eran tan necesarias para la vida, como el alimento..... mas no quiere que los sabios pasen su vida como la paja el volgo. El comercio de las palabras debe ser su mas dulce ocupacion. Ha indagado las costumbres virtuosas que deben arreglar este comercio, y extenderse á todos los

entretenimientos que tienen los hombres entre sí: ha descubierto entre el mal humor y la bufonaría un término medio, aprobado por la razon, en el cual la alma se dilata por un movimiento moderado; sin enervarse por el libertinage; esta es la primera condicion que considera necesaria: quiere tambien que en este comercio haya una cierta dulzura y flexibilidad de modales que pueda acomodarse á las circunstancias, que no sea ni servil y rústico, y que no apruebe todo sin reflexion ó lo deseché por disgustoso.

(Causa de Balmes sobre la conyestacion de los romanos.)

ESTRATAGEMA SINGULAR.

DE ORIBTORAL COLON.

CRISTOBAL COLON hizo un desembarco en Jamaica en 1504, y trató de formar un establecimiento. Los indios se apartaron de la costa, dejando á los españoles sin viveres. Una estratagemá singular se puso en ejecucion en vista de tal apuro.

Debia haber muy en breve un eclipse de luna. Colon mandó llamar á los gefes de los pueblos vecinos, diciendo que tenia que comunicarle asuntos muy áridos. Habléndoles reprehendido su conducta, les dijo con un tono firme muy pronto acera castigados; el Dios todopoderoso de los españoles que yo adoro, va á castigaros con el mayor rigor, y en prueba de lo que os digo, vereis desde esta noche alumbrar la luna, despues oscurecerse y negaros su luz. Este será el preludio de vuestras desgracias, si no os aprovechais de mi aviso.

Comienza en efecto á pocas horas el eclipse. La desolacion entre los salvages es tan grande, que van todos á postrarse á los pies de Colon, jurando que nada le faltaria. Este hombre hábil, aparenta dejarse conmovir; se encierra como para desearn la cólera celeste, y muestra-se poco despues, anunciando que Dios se ha apiadado, y que la luna volveria á aparecer. Los bárbaros, que quedaron persuadidos de que este extranjero disponia de la naturaleza á su arbitrio, no le dejaron carcer de casa alguna.

VERDAD Y POLITICA.

El caballero Williams, ingles, gobernador de Virginia, estaba hablando con un negociante en cierta calle. Pasaba un negro que le saludó, y al punto fué correspondido: "¿cómo!" dijo el negociante, "V. E. se humilla hasta el punto de saludar á un esclavo!"—"Sin duda," respondió el gobernador, "me sentiria mucho que un esclavo fuese mas político y atento que yo."

SEGUNDO DISCURSO

Sobre la Historia de los Hebreos, pronunciado por el Lic. Don José María Lacunza en la cátedra de Humanidades del colegio de San Juan de Letrán.

El origen y la infancia de los pueblos primitivos se pierde en la oscuridad de los tiempos. Moisés es el único que nos presenta la historia, no interrumpida, desde el nacimiento del género humano. La historia de la religión, es la de los primeros días de la tierra. Cuanto tan sagrada nos impone el deber de presentar sin discusión las luces y los milagros que de ella emanaron. Es la voz de la divinidad al hombre debe ante ella callar, creer y obedecer.

Dios por su palabra creó el mundo en seis días, y formó al hombre Adán a su imagen de una coxilla de este tentado forma, formó a la mujer Eva, y se la dió por compañera. En el paraíso debían gozar de una felicidad perpetua.

El demonio bajo la forma de una serpiente, les indujo á violar el único precepto que Dios les impuso; sucumbieron, y quedaron espulsos del paraíso, y sujetos á los dolores y la muerte, y á la esclavitud de las pasiones. Pero Dios apiadado les ofreció al Mesías. Los hijos de Adán, Cain y Abel, era usual el primero y bueno el segundo; el primero mató á su hermano por envidia de que el cielo había aceptado las ofrendas de este y no las del otro. Dios condenó al homicida á andar errante, y que la tierra que laburase, no le diese frutos. Los hijos de Cain se dejaron arrastrar por las pasiones. Seth, tercer hijo de Adán y su descendencia, pecaron nacieron fieles á Dios, y á la virtud. Enoch, uno de sus descendientes, fabricó la primera ciudad y se distinguió por su virtud, no murió; Dios lo trasladó vivo al paraíso. El vicio sin embargo machucó á todo el género humano, excepto á Noé y su familia. Dios intimó á los hombres por conducta de éste, que volviesen á la virtud; no quisieron hacerlo, y el diluvio universal, una lluvia de cuarenta días y cuarenta noches, sumergió la tierra levantando las aguas quince codos sobre los montes mas altos, y ahogó á todos los animales, excepto á Noé, que con su mujer, sus tres hijos, y las tres mujeres de estos, y un par de animales inmundos, y siete cabezas de los demás de cada especie, se sal-

vieron en una gran nave conocida con el nombre de arca, que construyó por orden de Dios.

Una de las cosas notables del hombre antediluviano, era la longevidad: de 900 á 1000 años era el periodo ordinario de la vida. Los hombres antediluvianos, inventaron algunas artes y vivieron en ciudades. La religión presenta las dos circunstancias siguientes: la santificación del sábado y los sacrificios, en que cada uno era sacerdote. Los monumentos antediluvianos son diluvios: se ha pretendido que México conserva algunos en las ruinas de Mida y el Palenque.

La fundación duró 150 días, y al empezar á bajar estas las ares descansó sobre el monte Ararat en Armenia. Noé, para saber si la tierra estaba enjuta, soltó un cuervo que no volvió; despues soltó una paloma trayendo una rama de olivo: viendo la tierra seca, y por orden de Dios, el patriarca salió del arca, ofreció un sacrificio en acción de gracias, y Dios le mostro el iris en las nubes en señal de paz, y de que no volvería á inundar la tierra con otro diluvio. Noé bebió del sumo de las uvas, se embriagó, y su hijo Can se burló de su desdado; pues el patriarca quedó dormido en una posición indecente. Sem y Jafet sus otros dos hijos, cubrieron la desnudez de su padre, y cuando este despertó y supo lo que había pasado, maldijo á Can.

Los tres hijos de Noé volvieron á poblar el mundo, y sus descendencias se mantuvieron distintas. Jafet pobló el Occidente.

La descendencia de Can, fué la de los cananeos, pues uno de sus hijos, se llamó Canaan; acaso tambien de los Egipcios y Sem, es el tronco de los hebreos, llamados así de Heber, uno de sus antepasados.

Los descendientes de Noé, pretendieron edificar una torre que llegase al cielo, y hacer su nombre célebre, antes de esparsirse por la faz de la tierra; pero cuando la obra estaba ya muy adelantada, Dios trastornó su designio. Hasta entonces no había mas que un lenguaje; pero

Dios hizo que hablando muchos los trabajadores, ya no se entendiesen; y de esta confusión se dió á la torre el nombre de Babel, con el que es generalmente conocida. Sé cree que la ciudad construída al rodeador de esta torre es Babilonia, y que su fundador fué Neurod, que en hebreo significa el rebelde. Era un cazador valiente y forzado, y comenzó á ser prepotente.

Abraham, nono descendiente de Sem, erigió en Canaan un altar á Dios, que se le apareció y le prometió dar á sus descendientes este país, y que en su generacion serian benditas todas las naciones de la tierra; la promesa del Mesias (1). Mas desolada por la hambre la tierra, que habitaban, marchó á Egipto, donde tratándose algunas persecuciones, le hizo pasar por su hermana. El rey se enamoró de ella, la hizo conducir á su palacio, y colmó de riquezas á Abraham. Pero Dios castigó al rey y á su corte con grandes plagas, y este volvió á Abraham su esposa, reprochándole su falsedad, y le mandó conducir fuera de Egipto con todo lo que tenia.

De aquí fué á vivir á Bethel, y Loth su sobrino que vivía con él, se separó, y se retiró á Sodoma. Colobahozor, rey de los elamitas ó persas, tomó esta ciudad, y llevó cautivos á los habitantes, entre los que fué Loth. Su tio marchó á su socorro, alcanzó á los vencedores, los derrotó y libró á Loth. Al volver de este combate Abraham, encontró á Melquisedech, rey de Sela, y sacerdote del Altísimo, el cual le dió su bendición y sacrificó pan y vino; Abraham le ofreció el diezmo del botín. La santidad de Abraham y de Loth, no pudo salvar á Sodoma, Gomorra y otras ciudades, del castigo que Dios decretó á sus crímenes, y haciéndose aquejado de ellas el segundo por orden especial de Dios, bajo fuego del cielo y las cenizas. La mujer de Loth, que huía con el del castigo, al oír el estruendo volvió la cara, y en pena de su curiosidad quedó convertida en estatua de piedra. En el sitio que ocupaban las ciudades destruídas, quedó el lago Asfaltites ó mar Muerto.

Abraham no tenía hijos; Sara era infanzón; ella aconsejó á su marido que tomase por concubina á Agar su criada. El consejo fué tomado, y de Agar nació Ismael; Ismael se hizo hábil tirador de arco, creció en el desierto de Fara, se casó con una egipcia, y de él descendien las naciones árabes, llamadas ismaelitas ó agarenas.

Sara, de noventa años, no esperaba tener hijos; un ángel le anunció que le nacería uno, y ella rió del pronostico: el hijo nació y se le pu-

(1) Esto es lo que se llama la antigua alianza, y Dios en señal de ella, impuso á Abraham para todos sus descendientes, la circuncisión.

so Isaac. La familia de Loth se aumentó por sus hijos que usaron de su padre embriagado, despues de la destrucción de Sodoma, creyendo no haber mas personas en el mundo. La mayor engendró á Moab, tronco de los Moabitas, y la menor á Ammon, tronco de los Ammonitas. Isaac tenía treinta y siete años, cuando Dios mandó á Abraham sacrificarlo en holocausto; el patriarca iba á obedecer á Dios; pero éste contentó con su obediencia, mandó un ángel que detuviese el brazo levantado del padre, y en lugar del hijo, se sacrificó un cordero que estaba cercano.

Con esta ocasión el ángel renovó á Abraham el nombre del Señor, la promesa de que todas las naciones serian benditas en su posteridad.

Abraham viéndose viejo, quiso casar á su hijo y mandó á Nachor, mayor deudo de su casa, que fuere á Mesopotamia donde habitaba aun su familia, á buscar mujer para Isaac. Llegado Nachor cerca de la ciudad, pidió á Dios que le diese una mujer que viniese á sacar agua de un pozo á cuyo lado descansaba, y le acogiese firmemente, fuese la que conviniese por esposa á Isaac. Hija de ayó, y la que se presentó fué Rebeca, hija de Bethuel y sobrina de Abraham. Era una doncella muy hermosa. El mayor deudo le pidió agua para apagar su sed, y ella no solo se la sacó para él, sino para toda su comitiva y sus animales. Nachor le hizo regalos, de los que ella dió noticia á su madre. Un hermano de Rebeca salió al encuentro al mayor deudo, y le condujo á la casa de Bethuel que le dió hospitalidad, y reconociendo en todo la voluntad del Señor, le concedió á Rebeca para mujer de Isaac. Nachor la condujo á casa de Abraham, y se efectuó el matrimonio. De este nacieron dos gemelos, Esau y Jacob. Los hijos de Isaac tuvieron caracter diversos: Esau el mayor, era fuerte, labrador y cazador. Jacob el menor, de costumbres dulces y pacíficas, era objeto del afecto particular de su madre. Esau fatigado por la caza, vendió á Jacob su derecho de primogenitura por un plato de lentejas. Isaac anciano, casi ciego, quiso bendecir á su hijo mayor. Jacob se disfrazó para que su padre lo tomase por Esau, y obtuvo así la bendición paterna. Por consejo de su madre Rebeca, se puso los vestidos de Esau, y cubrió sus manos con piel de cabra, porque su hermano era velludo. Su padre lo tomó por Esau, y lo bendijo primero.

Jacob para huir la colera de su hermano, irritado por este suceso, fué á casa de Laban, donde casó con sus hijas Lia y Raquel. Llegó á Mesopotamia, despues de haber tenido en el camino un suceso misterioso: vió una escala cuyo pie se apoyaba sobre la tierra, y con su parte superior tocaba al cielo, y los ángeles su-

biendo y bajando por ella. Dios desde la altura le prometió una posteridad numerosa, y la tierra en que dormía, y le renovó la bendición en su posteridad de todas las naciones.

Jacob al volver á su país, pidió á Laban por recompensa de sus largos servicios, los corderos y ovejas que nacieren pintas, lo que se le concedió. Jacob tomó raras vestidas, á las que á trechos quitó la corteza, y las puso en los abrevaderos; las ovejas concibieron otras pintas, lo que aumentó la riqueza de Jacob. La noche que precedió á su entrevista con Esau, que venía con gente armada á matarle, luchó con un hombre hasta que amaneció, y este hombre que no había podido vencerle, le tocó el nervio de la pierna que al momento se secó, y el hijo no se llamase Jacob, sino Israel, esto es, el que combate con Dios; de aquí el nombre de Israelita. Esau se reconcilió con su hermano al ver. Isaac murió de 185 años: sus hijos se partieron su herencia. Jacob quedó en el país de Canaan. Esau volvió al de Edom. Su posteridad fué llamada amalecita por su descendiente Amalech.

Jacob tuvo doce hijos, cabezas de las doce tribus, y José, á quien había tenido de Rachel, fué vendido por sus hermanos que le tenían envidia, y llevado á Egipto; allí tuvo por dueño á Putifar, cuya esposa se le aficionó torpemente, resistiendo José á sus solicitudes; le dejó la capa, y ofendida por la resistencia, le acusó de seductor ante su marido, mostrando la capa como testimonio del delito. — El año le puso en la cárcel, donde se acreditó por el modo profético con que interpretó algunos sueños, y habiendo tenido uno el rey, lo interpretó diciendo que pronosticaba siete años de abundancia, á los que seguirían siete de escasez y hambre. El rey le nombró primer ministro, para que ocurriese á las calamidades que había pronosticado José; desempeñó esta confianza, y en los siete años de hambre, sus hermanos vinieron á Egipto á buscar trigo. José á quien no conocieron, aparentó tomarlos por espías, y les obligó á que le presentasen á Benjamín, á quien su padre no había dejado ir, pues era el mas querido de los hijos que le quedaban. Cuando estos desataron sus sacos de trigo, se sorprendieron de encontrar en ellos el dinero que habían dado. Jacob no cesó á enviar á Benjamín, sino urgido por la hambre; por fin, se presentaron á José que los obsequió mucho; pero sin darse á conocer.

Al día siguiente partieron con el trigo; pero por orden de José se había escondido su copa de plata en el saco de Benjamín. Mandó que los revolviessen del camino, y habiéndolos hecho registrar, y sacado la copa del saco de Benjamín, dijo que se quedaba con este por es-

clavo, en pena de su delito, y que partiesen los demás. Estos le manifestaron la desesperación y el dolor de su padre, á quien este suceso causaría la muerte, y Judá ofreció quedar por esclavo en lugar de su hermano. José se declaró á sus hermanos, que quedaron confundidos; pero él los alentó: hizo venir á toda su familia á habitar en la tierra de Gosen, donde murió Jacob á los 147 años de edad. José murió de 110 años, dejando dos hijos, Manases y Efraim, y ordenando que su cuerpo fuese conterraneo entre los hijos de Israel.

Después de la muerte de José, los israelitas que se habían hecho poderosos, excitaron la envidia de los egipcios, que los persiguieron violentamente y los cargaron de trabajos, hasta ordenar que se hiciese morir á todos sus hijos varones luego que naciesen.

Entre la nación proscriba nació un niño; su madre lo escondió dos meses; pero temiendo ser descubierta, lo puso en una canasta, y lo colocó sobre las aguas del Nilo, observándole á distancia una hermana suya.

La hija del rey que venía á bañarse le recogió; su misma madre fué aceptada por nodriza, y el niño creció educándose é instruyéndose en la casa de la reina, en el palacio real. Este era Moisés, que salvado por la Providencia, creció para la libertad de Israel, y la humillación de Egipto.

Moisés habiendo llegado á la edad viril, vió un día á un egipcio que maltrataba á un hebreo, mató al egipcio, y sabiendo que estaba descubierta, se separó del palacio y huyó al país de Madian, donde habiendo socorrido á los hijos de Jetro, á quienes enseñaban en las artes, casó con una de ellas, y pasó 40 años en el desierto, guardando los ganados de su suegro. Entonces se le apareció Dios y le mandó intimarse á Faraón dejase salir de Egipto al pueblo de Israel, á hacer un sacrificio en el desierto, á tres jornadas de camino. El rey lo rechazó, hasta que diez plagas adhirieron al reino. En la décima, que fué la muerte de todos los primogénitos, consintió en la salida del pueblo, y este partió cargando los huesos de José. En esta ocasión se instituyó la pascua. Moisés por orden de Dios, mandó que cada familia matase un cordero sin mancha; que con la sangre del cordero fuesen salpicadas las puertas de las casas; que se preparase tambien, pan sin levadura, y que en la noche del día 14 de aquel mes, se comiesen estos panes y corderos en pie, con el brazo en la mano, y las tunicas ceñidas, y que esta ceremonia se repitiese todos los años, en memoria de la libertad y los beneficios del Señor. El ángel del Señor, que esa noche debía dar muerte á los primogénitos egipcios, no tocará las casas manchadas con la sangre del cordero.

Camaban en orden de batalla, y cada tribu acampaba separadamente. El camino fué á lo largo del mar Rojo, y en sus orillas les alcanzó Faraón; que arrepentido de haberlos dejado salir, les persiguió; Moisés tenía á su frente el mar, y á la espalda el ejército egipcio irrito y poderoso, y el pueblo sin esperanza; murmuraba preguntando, ¿si no había bastantes sepulcros para morir en Egipto? Moisés tiende la vara sobre las aguas del mar, y estas se levantan como dos murallas, dejando ancho camino para pasar á pie enjuto; el pueblo pasa por allí; los egipcios le siguen; pero apenas el último israelita ha pisado la orilla opuesta, cuando el jefe tiende de nuevo su vara, las olas se desploman y surgen todo el ejército egipcio; después arrojan las armas y los cadáveres á la orilla. Moisés improvisó un canto en acción de gracias al Señor.

Seis semanas después de la salida de Egipto, llegaron los israelitas al desierto de Sin, careciendo de alimento; Dios, además de otros milagros, hizo caer del cielo una especie de rocío al amanecer, que sirvió para alimentarlos en su peregrinación, y se llamó el maná. Llegaron al monte Sinaí, donde Dios entre truenos y relámpagos, dió su ley á Moisés; este es el Decálogo (1). Un año entero pasaron en este desierto, y se pusieron en marcha precedidos de día por una nube que los libraba del sol, y de noche por una columna de fuego que los alumbraba. Cuando se acercaban á la tierra prometida, Moisés envió exploradores, entre ellos Caleb y Josué que encontraron sobrenumerosa su feracidad; el pueblo dudó de ella, y Dios en castigo no quiso que entrasen, sino Josué y Caleb, y los jóvenes menores de 20 años. Careciendo de agua el pueblo se rebeló; Moisés tocó una roca dos veces con su vara, y brotó de ella una fuente de agua viva; pero había desconfiado de Dios, y éste le castigó con que no visase sino de lejos la tierra prometida.

Cuando el pueblo se acercó á cana, los reyes que estaban en posesión de ella, le hicieron una guerra obstinada, á la que Israel correspondió con una conquista devastadora.

En una de estas batallas, fué cuando Moisés

suyó á una montaña, desde donde imploró el socorro del cielo, alzando sus manos hacia él; mientras las tenía levantadas, los hebreos triunfaban; y cedían á sus enemigos luego que Moisés caudillo bajaba las manos. Aaron vió esto, sostuvo los brazos de Moisés, y la victoria se completó, bajo el mando de José. Una rebelión secundada por Coré, Datan y Aviron, fué castigada, abriendo la tierra y tragándose á los reyes, con un gran número de sus acudidos. En la misma época, los principales de las tribus, celosos de Aaron, le disputaron el privilegio del sacerdocio; y habiendo tomado al Señor por juez, colocaron en el tabernáculo sus varas con sus nombres grabadas; solo la de Aaron floreció, y el sacerdocio le quedó á él y su familia para siempre.

En castigo de otra rebelión, el Señor mandó al campo una multitud de serpientes, que causaron grandes males; pero arrepentidos los ordenó que levantasen un serpiente de bronce, y con solo mirarla, sanaron todos de las heridas.

Es notable en este periodo Balaam, cuyas maldiciones se creía que eran proféticas; fué mandado á maldiceir á Israel; pero un ángel detuvo á la burra en que iba montado, y este animal habló á su dueño; Balaam cuando abrió sus labios, produjo involuntariamente bendiciones, en vez de maldiciones, y pereció en el combate que siguió.

Moisés hizo el censo del pueblo, y se encontraron 601.730 varones, además de 23.000 levitas. Josué y Caleb, eran los únicos que quedaban de los que salieron de Egipto; el legislador, el jefe triunfante, tocaba al término de su misión, y Dios destinó á Josué para sucederle; Moisés reunió á la nación, entregó á los sacerdotes el libro de la ley, escrito de su mano; y dirigió su voz por última vez al pueblo que había libertado. Su canto fué sublime; bendijo á su nación; subió solo á la montaña de Nevo, y espiró de 120 años, conservando aun el vigor de su salud. Nadie ha podido descubrir su cadáver.

Josué continuó la conquista de la tierra prometida que Moisés había empezado, y Dios continuó dándole victorias sobre todos sus enemigos; son notables en el curso de sus campañas, las hechas siguientes: Faltándole la luz, para completar una victoria, paró el sol y prolongó el día, hasta que hubo concluido la derrota de sus enemigos. En esta ocasión se pintó en el cielo este caudillo. Para pasar el Jordan, hizo que las aguas de este se parasen, y repitiendo el milagro del mar Rojo, atravesó con el pueblo el río, á pie enjuto. La ciudad de Jericho, rodeada de fuertes murallas, prometía larga resistencia. Josué por orden de Dios, manda que el arca llevada en procesion,

(1) Esta es la ley escrita: desde la creación hasta la época señalada al principio de la ley natural, la ley escrita dura hasta el Mesías, y entonces comienza la ley de gracia. El Decálogo está escrito en dos tablas de pedruzco, que con otras cosas fueron depositadas en una terna, que se llama de las almas, y es edificado en la historia del pueblo de Dios. Moisés vivió al monte Sinaí, residencia de Dios; grabó las tablas en piedra, todas las leyes para el pueblo; en la gran asamblea hizo caer á uno que no voló; construyó un becerro de oro y le adoró. Cuando Moisés lo vió, destruyó el becerro, rompió indignado las tablas de la ley, á hizo matar mas de veinte mil israelitas. Arrepentido el pueblo, Moisés apelo á la clemencia de Dios, quien renovó sus promesas, y el jefe trajo nuevas tablas.

y el pueblo tocando sus clarines y entonando cánticos al Señor, don siete vientos al rededor de la ciudad; las murallas caen, y el ejército de Israel se apodera de la ciudad, la incendia y extermina á sus habitantes, excepto á una familia de la que los exploradores habían recibido hospitalidad.

Acabada la conquista, Josué dividió la tierra prometida entre las tribus, sin comprender la de Leví, consagrada al sacerdotio; pero las demas fueron obligadas á pagar á ésta cierta parte de sus rentas. Se señalaron seis ciudades de refugio ó asilo á uno y otro lado del Jordán, y se levantó el tabernáculo en Siló. Se menciona en la Escritura un personaje célebre por sus desgracias. Jób, colmado de bienes de fortuna, los perdió todos y se retiró en un millar, cubierto de flestras y abandonado é insultado por su familia. Su paciencia sin embargo, le valió la piedad de Dios, que le restituyó con aumentos cuanto había perdido. Su libro está lleno de poesía.

José murió de edad de 110 años. Caleb y los ancianos le sucedieron en el gobierno; pero habiendo caído los israelitas en la idolatría, sufrieron diferentes reveses, y quedaron por ocho años sitiados á Chusan, rey de Mesopotamia. Othoniel, yerno de Caleb, los libró de ésta primera servidumbre, y fué el primer juez de Israel. El pueblo consiguió nuevas victorias; pero sus infidelidades le trajeron la celeridad de Dios. Entre estas vicisitudes, llaman la atención los hechos siguientes, y abraza el gobierno de los jueces, hasta el siglo XI antes de la venida de Jesucristo.

El pueblo de Israel, gemía bajo el yugo de los cananeos, cuando una mujer llamada Débora, sentada á la sombra de un palmero, sobre la montaña de Efraim, juzgaba á sus convecinados que acudían á ella en multitud. Sus virtudes y saber hicieron que gobernase al pueblo en unión de Barac como generalísimo, que Sisara, jefe de las tropas enemigas, sería vencido y después inmolado por una mujer. Huyendo Sisara después de la derrota de su ejército pidió asilo en la tienda de Haber; la mujer de éste, Jael, se lo dió; y cuando estaba dormida, ésta tomó un clavo, y aplicándolo á una sien de Sisara, le dió un golpe con un martillo y le clavó al suelo, pasando así del sueño á la muerte.

Volvieron á caer en esclavitud los Israelitas; y cuando volvieron al Señor, éste suscitó á Gedeon para librarlos. Convenido de su misión por algunos milagros, se vió rodeado de un ejército de 32,000 hombres, que finalmente se redujo á 300 por orden de Dios, á los que solo armó con una luz escondida en un cántaro, y una trompeta. Fué secretamente al cam-

po enemigo, y oyó que los soldados hablaban de un sueño que pronosticaba su derrota. Durante la noche, avanzó con sus 300 hombres, que á cierta señal rompieron los cántaros y tocaron las trompetas, á cuyo sonido y al ver las luces, los enemigos creyeron tener un grande ejército que combatía; huyeron y fueron derrotados, y en su sorpresa se destruyeron entre sí mismos. En otro combate en que los Madianitas fueron derrotados por Gedeon, éste mató á dos de sus greyes, Zebeo y Salmana. Los judíos quisieron coronar rey á Gedeon; pero él lo rehusó, y fué solo juez por cuarenta años: tuvo setenta hijos, á quienes uno de sus hermanos Abimelech degolló, quedando solo Jostiam que pudo escaparse. Este suscitó después una revolución contra Abimelech, en la que aunque éste tuvo ventajas al principio, pereció al fin.

Jephtá, uno de los jueces, tratando de librar al pueblo del yugo de los Amonitas bajo el que gemían, hizo voto de sacrificar á Dios, si volvía vencedor, al primero que viesse de su casa: triunfó, y su hija salió al encuentro. Ella se sometió sin murmurar á su destino; y el voto fué cumplido, después de haber llorado dos meses su virginidad en los montes, acompañada de otras doncellas.

Sanson, uno de los jueces, es célebre por su fuerza que empleó en servicio de su patria: el secreto de aquella consistía en sus cabellos. Dáfila, á cuyo amor se había entregado, se los cortó, y entonces cayó en poder de sus enemigos, que le trataron cruchemente; pero luego que estos empezaron á crecer de nuevo, habiéndole llevado á un templo donde los Filisteos iban á hacer un sacrificio á su Dios, en honor del triunfo que habían obtenido, y donde se encontraban mas de tres mil de los principales, echó á tierra las columnas del templo, y todos, incluso el mismo, perecieron bajo las ruinas. En un intervalo de anarquía, esta condujo al pueblo á la idolatría, y á los mayores desórdenes. Un levita, caminando con su mujer llegó á Gabaon; los habitantes se apoderaron de la mujer, de la que usaron de tal modo, que vino á morir en la misma noche á la puerta del anciano, en cuya casa estaba refugiado su marido. El levita llevó á su país el cuerpo de su esposa que hizo doce pedazos, de los que mandó uno á cada tribu, pidiendo venganza. La de Benjamín, defendió á los malhechores; pero después de haber conseguido dos victorias contra la liga de las otras, cayó en una emboscada y pereció, á escepcion de seiscientos hombres. Las otras tribus habían hecho voto de no dar sus hijas por esposas á los Benjamitas; pero apiadados de ellos, y no queriendo violar el voto, permitieron que en una fiesta, fuesen robadas aquellas por estos.

Samuel es el último de los jueces y el primero de los profetas. Cansados los hebreos del gobierno de los jueces, pidieron un rey, y Samuel por orden de Dios consagró á Saul, designado por la suerte, después de haberles mostrado los inconvenientes de la monarquía.

Este rey no fué reconocido luego que se coronó por todo el pueblo. Poco después obtuvo una victoria contra los Amonitas, de cuyas resultas fué reconocido por todos, después de haber perdonado á los que al principio le negaron la obediencia. Habiéndose renovado la guerra con los Filisteos, Jonatás, hijo de Saul, confiando en Dios y en su espada, entró solo con su escudero en el campo de los Filisteos, mató un gran número, y les inspiró tal terror, que se destruyeron unos á otros. Saul, ignorando la causa de esta, y con 10,000 hombres únicos que había podido reunir, acometió á los enemigos, entregando á la cólera divina al que comiese un solo bocado antes de la noche, y de que hubiese destruido al ejército enemigo. La victoria fué completa, y después de ella queriendo Saul perseguir á los vencidos, consultó al oráculo, que no le respondió; lo atribuyó á que se habría violado el voto de no comer hasta completar la derrota, y juró que moriría cualquiera que fuese el culpable. Jonatás confesó que ignorante del voto había mojado la punta de su vara en un panal de miel, y la había gustado: Saul le condenó á morir; pero el pueblo libró al héroe de aquel día.

Saul siguió reinando con prosperidad, y triunfando de sus enemigos; pero no siempre obedeció las órdenes de Dios. Samuel, por orden de éste, consagró rey á David en presencia de todos sus hermanos. El espíritu maligno se apoderó de Saul, y éste no encontraba alivio sino en los momentos en que David tocaba el harpa en su presencia.

En una guerra con los Filisteos, cesista entre estos un gigante llamado Goliat, que desafió en combate singular á cualquiera del ejército de Israel; pero todos le temieron. David, que llegó al campo por casualidad, se ofreció á combatir al gigante, y Saul le prometió por recompensa á su hija en matrimonio. David, para obtener la licencia del rey, le dijo que ya había vencido, aunque tan joven, á un león y un oso. Aunque revisieron á David de una armadura, era tan nueva para él, que le estorbaba; se la quitó y se armó solo de su cayado y una honda: una piedra lanzada por esta, mató al gigante, hiriéndole en la frente. David le cortó la cabeza, y la derrota de los Filisteos fué completa. Las mujeres de Israel cantaban que Saul mató mil Filisteos, y David diez mil; y de aquí se suscitó una rivalidad en el corazón del rey. Este no dio por esposa al vencedor á su hija mayor, sino á

otra, Michol. David obtuvo nuevas glorias, y Saul le persiguió; Jonatás que era amigo de David, le protegió cuanto pudo.

Habiendo los Filisteos declarado la guerra de nuevo, Saul ocurrió á una pitonisa célebre que vivía en Eudor, pidiéndole que le presentase la sombra de Samuel que había muerto ya, para consultarle: la sombra se apareció, y su respuesta fué un pronostico fatal que hizo caer á Saul en tierra desmayado. La profecía fué cumplida: los Israelitas vencidos en la batalla, y Saul herido, se lanzó el mismo sobre su espada y murió. Un soldado por adular á David, le presentó la cabeza de Saul, gloriándose de haberle muerto; pero David indignado, en vez de premio, condenó á muerte al soldado. En esa batalla murió Jonatás y otros dos hijos de Saul.

David sucedió al trono, y fué reconocido por la tribu de Judá; las otras reconocieron á Isaboth, hijo de Saul. Después de una larga guerra civil, dos traidores presentaron á David la cabeza de su rival: David les hizo ahorcar; pero por esta justicia mereció el amor del pueblo, y todas las tribus se le sometieron. Este rey venció dos veces á los Filisteos, y se distinguió por su piedad. Formó el proyecto de levantar al Señor un templo magnífico, para colocar en él la arca de la alianza; pero Dios le advirtió por medio del profeta Nathan, que esta gloria estaba reservada para su hijo Salomon. David siguió triunfando de sus enemigos, que fueron muchos y formidables.

Habiendo salido que un hijo de Saul vivía pobre y enfermo, le colmó de bienes y le hospedó en palacio, en memoria de la amistad que tuvo con Jonatás. David vió un día desde su terrado á una mujer bañándose, llamada Betsabé, que era muy hermosa, y casada con Urias, oficial de su ejército; la sedujo, y dió á Urias una orden para el general, en que le prevenia colócase á éste en puesto peligroso: lo que se verificó, y Urias pereció. El hijo del adulterio murió en castigo, y una serie de desgracias domésticas afligió al rey culpable: algunos tribus se rebelaron, y costó una guerra civil el someterlas: la peste se declaró en el reino, y en tres días murieron 70,000 personas. David entre tanto se arrepintió, y de Betsabé nació Salomon, á quien el rey designó por su sucesor, en cuantos de las maldades de sus otros hijos: después de dar á éste muchos buenos consejos, murió á los cuarenta años de reinado. Fué el mas fuerte de los reyes de Israel.

Salomon comenzó su reinado, castigando inefablemente á los que habían cometido delitos, y premiando á los que habían servido á su padre con fidelidad. Dios ofreció á Salomon cumplir el deseo que formase: el rey pidió la sabiduría, y Dios complacido de esta petición se

la concedió, y además todos los otros bienes terrenos. En el principio de su reinado fué el célebre juicio de las dos madres: dos mujeres tenían dos hijos; habiendo sido sofocado uno de ellos, cada una quería apropiarse al que quedaba, y ninguna prueba aclaraba la verdad: el rey mandó dividir al niño por mitad, y dar su pedazo á cada una; luego que la espada estuvo levantada, una de las mujeres se echó á los pies del rey, pidiéndole que no le matase, sino que lo diese entero á la otra. El rey, reconociendo á la verdadera madre en este sentimiento, mandó darle al niño vivo y entero.

Salomón edificó el magnífico templo que lleva su nombre, y que fué una de las maravillas del mundo: todo su poder y sus relaciones fueron empleadas para adornarlo y enriquecerlo, y la dedicación que Dios honró con milagros, fué una de las fiestas más espléndidas de Israel y duró siete días. No fué este el único edificio que levantó con suntuosidad, y su trono, y todo lo que le servía, brillaba con riqueza inmensa. La sabiduría de Salomón pasa en proverbio, y las obras que se conservan de él, corresponden á su grande ciencia: es sobre todo célebre como moralista. Los extranjeros acudían á admirar su sabiduría, y se hace memoria entre otros de la reina de Sabá que vino á rendir homenaje á sus hnos. Al fin de su vida, sin embargo, se estravió: el orgullo, el lujo y los placeres carnales, mancharon sus últimos días, é hicieron incierto el destino final de este hombre, uno de los mas grandes sobre la tierra.

Antes de morir Salomón, vió rebelado á uno de sus súbditos llamado Geroboam, y los hijos del rey se cerraron con el pesar de dejar á su hijo Roboam las semillas de la guerra civil. Diez tribus antes de reconocer á este por rey, quisieron que susvazase las contribuciones: el nuevo monarca se negó á ello con amenazas, y las diez tribus formando reino aparte, eligieron por rey á Geroboam; aunque Roboam con las tropas de Judá y Benjamin que le quedaban fieles, quiso atacarle, un profeta se lo impidió, y así quedaron divididos los reinos de Israel, cuya capital fué primero Sicheu y después Samaria, y de Judá cuya capital fué Jerusalem. Roboam cayó en la idolatría: Dios le entregó en mano de sus enemigos: Seneo, rey de Egipto, con un poderoso ejército se posesionó de Jerusalem, y aunque usó con moderación de la victoria, se apoderó del tesoro de Salomón, y dejó á Roboam un trono ya desgraciado: continuas guerras entre Judá é Israel, solo produjeron grandes males á ambos pueblos. Murió Roboam á los 58 años, habiendo reinado 17, y le sucedió su hijo Abías. Este reinó con gloria; pero solo tres años.

Jeroboam tambien se entregó á la idolatría;

desgracias domésticas y públicas fueron su castigo: gran parte de la poblacion de Israel que se conservaba fiel al Señor, abandonó el reino y emigró á Judá: en un combate en que Geroboam tenía un ejército de 800,000 hombres y Abías ni aun la mitad, Dios protegió á éste, y aquel fué vencido, quedando 500,000 hombres muertos, y cayendo varias plazas importantes en poder del vencedor, que sin embargo, por sus desórdenes, no sacó todo el fruto que podía de la victoria. Geroboam quiso asegurar el trono á su hijo Nadab, y le asoció á la soberanía aun vivo él; murió un año despues, al mismo tiempo que en Jerusalem Azá sucedió á Abías su padre.

Cuatro reyes pasaron sobre el trono de Israel sin marcar su memoria, sino por crímenes y desgracias: el único acontecimiento digno de memoria es, la fundacion de Samaria por Auri. Muerto éste, le sucedió su hijo Acab.

Acab casó con Jezabel, que le arrastró á la idolatría, y le hizo edificar un templo á Baal. Hijo este reinado existió el profeta Elias; éste ejecutó diversos milagros, entre ellos, el de hacer morir un muerto, y hacer bajar fuego del cielo para sus sacrificios, cuando los sacerdotes de Baal no pudieron hacer otro tanto: el pueblo les dió muerte de resultas de esto. Jezabel, para hacer que el rey se apoderase de la propiedad de uno de sus vasallos, calumnió á éste, y le hizo matar. Elias pronosticó al rey, que Dios haria en castigo de sus iniquidades, que su familia fuese exterminada, y el cuerpo de Jezabel comido por los perros. La profecía tuvo pleno cumplimiento: Acab pereció en una batalla: su familia acabó tambien algun tiempo despues, y Jezabel arrojada de un balcón por orden de Jehu, llamado por Dios al trono de Israel, se estrelló la cabeza en el suelo, y su cuerpo fué vorado por los perros. El profeta Elias fué arrojado vivo de la tierra, en un carro de fuego. Acab sostuvo con buen éxito una guerra contra los Sirios. Una serie de reyes perversos, y continuamente en guerra con todos sus vecinos, pasó sobre el trono de Israel. Ocas, el último, fué la vergüenza y ruina de su pueblo. Incapaz de defender su reino, se sometió á Salumanzar, rey de los Asirios, pagándole tributo; mas habiendo sabido éste que Ocas se armaba para librarse del tributo, marchó contra él, y se apoderó de Samaria despues de un sitio de tres años. Condujo el resto de los Israelitas á Asiria, é hizo venir Babilonios para ocupar á Samaria y al reino de Ismel.

En Judá, Azá sucedió á Abías, y su reinado fué bueno: igualmente lo fué el de Josafat, que lo siguió á éste: sucedió Joram que habia casado con Atalia, hija de Acab, y que le pervirtió: fué infame, y murió lleno de úlceras despues

de haber sido vencido por los Arabes y los Filisteos, que saquearon su palacio, llevándose á sus mugeres é hijos. A éste siguió Ochozias, tambien infame, y que pereció cuando Jehu caminó la casa de Acab en Israel.

Cuando Atalia supo esta catástrofe, mató á todos los hijos de Joram, y se apoderó del trono; mas Jons, hijo de Ochozias, muy niño aún, fué salvado por la muger del gran sacerdote, y educado en el templo. Atalia habia reinado siete años sobre Judá con tal despotismo, que sublevó contra ella al pueblo y al ejército, hasta hacer que el gran sacerdote proclamase rey, en el templo, al niño Jons. Atalia fué muerta en esta ocasion: Jons, sin embargo que al principio reinó rectamente, dirigido por el gran sacerdote, á la muerte de éste se estravió, y el nuevo pontífice que quiso detenerle en sus desórdenes, fué hecho morir. Siguióse una guerra desgraciada con los Asirios, aunque las tropas de Jons eran mas numerosas, y el pueblo irritado le mató.

Cuatro reyes mas reinaron en Judá, cuyas vidas muestran crímenes y reveses, que Dios mandaba en castigo de los primeros, y despues aparece Ezequias. Obtiene los elogios de la historia santa, por su piedad, restableció el culto del verdadero Dios. En su tiempo, Sennaquerib, rey de Siria, hizo una gran irrupcion en Palestina. Ezechías sin olvidar á Dios á quien oraba en union del profeta Isaias, se preparó á la guerra por todos los medios que aconseja la prudencia humana. El Señor envió un ángel que destruyó el ejército de Asiria, y aun al gefe que lo mandaba, y Sennaquerib volvió ignominiosamente á Babilonia, donde fué asesinado por sus hijos en el templo de sus falsos dioses.

Ezechías, sin embargo, no estuvo exento de orgullo, é Isaias le profetizó la cautividad de Babilonia: el rey se humilló, y Dios le prometió que su venganza no comenzaria hasta despues de su muerte. Ezechías, atacado de una enfermedad mortal, fué visitado por Isaias que le anunció su curacion, y para probarle que hablaba á nombre de Dios, atravesó diez grados la sombra del relux del sol, á peticion del mismo rey. Este murió despues de 29 años de un reinado próspero, y se le colocó en un sepulcro mas alto que á sus antecesores.

Por este tiempo, los habitantes de Betulia sitiados por Holofernes, general Asirio, estaban para rendirse, cuando Judith viuda, inspirada por Dios, se adornó magníficamente, salió de la ciudad y se presentó á Holofernes. Prendido éste de su hermosura la recibió en su tienda donde cenó con ella, y habiéndose embriagado y dormido, Judith le degolló con su misma espada, y al día siguiente se presentó en Betulia, armada, con la cabeza del guerrero: el ejército asirio se puso en fuga y fué perseguido por los Israelitas.

Manases, de 12 años de edad, sucedió á su padre y reinó 52 años: los principios de su reinado fueron dados á la idolatría, y Manases llevado cautivo á Babilonia por los Asirios; pero habiéndose arrepentido el vencedor, le permitió volver á sus estados, y entonces espuso con la bondad de la segunda mitad de su vida, los extravíos de la primera. Le sucedió su hijo Amon, que imitó sus crímenes y no su arrepentimiento: fué muerto por sus criados á quienes el pueblo castigó, y coló en el trono á Josias, hijo del rey muerto.

El reinado de éste es célebre por su piedad y su fin desgraciado: en él se descubrió un nuevo libro de la ley, que pronosticaba desgracias: la pascua se celebró con una solemnidad, no vista desde los dias de Samuel. Neco, rey de Egipto, se adelantaba hácia el Eufrates: Josias le dió una batalla, y éste quedó vencido y herido, y fué á morir á Jerusalem en medio del dolor del pueblo. Le sucedió Joachaz, su hijo; pero habiendo el rey de Egipto entrado en Jerusalem, le depuso y dió el cetro á su hermano Eliachim á quien llamó Joachin. Este y su hijo, que le sucedió, reinaron mal, y fueron conducidos cautivos á Babilonia por Nabucodonosor, que puso sobre el trono á Sedecias. El reinado de éste fué un mal como el de sus antecesores, y habiéndose rebelado contra Nabucodonosor, éste se apoderó de Judá, saqueó á Jerusalem, incendió el templo, y se llevó á los judíos cautivos á Babilonia: esta es la gran cautividad que duró setenta años.

Nabucodonosor solo dejó en Judá, á los mas despreciables hebreos, y apenas los bastantes para el cultivo de las tierras. Puso por gobernador á un judío llamado Godolias; pero aun entre estos judíos hubo revolucion, y Godolias fué muerto. Despues de la muerte de Nabucodonosor, Evilmerodac que le sucedió, trató mejor á los judíos y á su rey. En fin, Cyro reinó. Este monarca protegió al pueblo de Dios, le dió permiso para volver á Jerusalem y reedificar el templo, y le volvió todos los vasos sagrados que Nabucodonosor habia traído á Babilonia. Volvieron á Judá, bajo el mando de Zorobabel, mas de cuarenta mil personas. Los habitantes de Samaria persuadieron á Ariarjes cuando reinó, que si permitia reedificar á Jerusalem, los judíos se rebelarian y se harían independientes, por lo que mandó suspender los trabajos; pero despues se continuaron bajo el reinado de Darío. Este envió á Jerusalem á Esdras como gran sacerdote, el que en union de Zorobabel restableció el orden y reedificó las murallas, teniendo los judíos que combatir al mismo tiempo que las edificaban, por los continuos ataques de los Samaritanos. En esta época se cuenta el fin de la cautividad, y despues los judíos continuaron

do sujetos á los reyes de Asiria, gozaron sin embargo de su religion propia y de sus leyes.

Durante la cautividad vivió Daniel, de la familia de los principes de Judá: desde muy joven fué empleado en el servicio del rey, en union de otros jóvenes. Nabucodonosor tuvo un sueño que le causó terror: al despertar no pudo acordarse de él. Ninguno de los adivinos de la corte pudo decirle lo que había soñado, y Daniel le ofreció decir lo que había soñado, y explicárselo. Recordó al rey que había visto una estatua grande, cuya cabeza era de oro, el pecho y brazos de plata; el vientre y muslos de bronce; las piernas de hierro, y los pies, parte de hierro y parte de barro: que contemplaba esta vision cuando una pedruzuela despreciada, sin que interviniese mano de hombre, de una montaña, vino rodando hasta abajo; y fué á herir los pies de la estatua, la que cayó al instante, y se hizo pedruzcos hasta reducirse á polvo; creciendo entro tanto la pedruzuela, llegó á cubrir toda la tierra. Era éste realmente el sueño, y Daniel le explicó así. La cabeza de oro representaba el imperio de Nabucodonosor, al cual sucedería otro menor, simbolizado en la plata: seguiría otro tercero, simbolizado en el bronce, y despues el cuarto de hierro, al que nada podría resistir: que éste se dividiría como espescha la mezcla del hierro y el barro, y por última, vendría otro que destruyendo á los demas, aunque pequeño en sus principios, se estendería por todo el orbe, y éste estaba representado en la pedruzuela.

Daniel fué colmado de honras, y el rey protegió algun tiempo á los cautivos, pero habiéndose éste hecho representar, en una gran estatua de oro, y pretendido que todos le adorasen, no habiéndose obedecido los judios, los persiguió, mandando echar en un horno ardiendo á tres jóvenes compañeros de Daniel, los que por milagro salieron ileso de las llamas.

Los sucesores de Nabucodonosor, trataron á Daniel con gran consideracion. Este descubrió algunos de los artificios con que los sacerdotes de Bel engañaban al pueblo, y el rey los castigó con la muerte. Evenció á un dragon á quien veneraban como á Dios los Babilonios; pero estos irritados pidieron la muerte del profeta, y el rey le mandó echar en el lago de los leones, para que éstos le despedazasen allí: estuvo seis dias, durante los que no se dió alimento á estos animales; pero el Señor hizo el milagro de que estos no le ofendiesen, y milagrosamente provveyó de alimento á Daniel: sorprendido el rey con esta maravilla, mandó sacar al profeta, y echar á los motores del motin, los que fueron al instante despedazados por los leones.

En una cena espléndida que Belasar dió á

los grandes de su corte, usó sacrilegiamente de los vasos sagrados, traídos del templo de Jerusalem. De medio del festin, apareció en la pared de la sala una mano, que escribió en ella tres palabras misteriosas. Nadie pudo explicárselas hasta que lo hizo Daniel, manifestando al rey que expresaban, que Dios por las iniquidades de Belasar, había entregado el reino de éste á sus enemigos: en la misma noche los persas, que tenían sitiada á Babilonia, la tomaron, y el rey fué muerto. Entre las profecias, se celebra la de Daniel, que anunció la venida del Mesias, dentro de setenta y nueve semanas de años. Lo es tambien el juicio de Susana. Dos viejas respetables, irritadas de que esta muger resistiese sus torpes solicitudes, la acusaron de adulterio; salvó su testimonio caminando la acusada al suplicio; mas Daniel los hizo declarar sobre la espescha del árbol bajo que la habían visto pecar: encontrándoles discordes, se absolvió á Susana, y ellos murieron en su lugar como culmados.

Al fin de la cautividad vivió Esther.

Asenao ó Artajerjes, rey de Persia, en cuyo dominio vivian dispersos los israelitas, habiendo repudiado á la reina Vasthi, escogió por esposa á Esther, sobrina del judío Mardocheo. Este descubrió al rey una conspiracion, acontecimiento que se consignó en los anales del reino; pero no fué premiado por entonces. Aman era favorito del rey, y se irritó contra todos los hebreos, porque Mardocheo no doblaba ante él la rodilla: consiguió del rey una orden, para exterminar á los judios: avisada la reina Esther, se presentó al monarca, quien tendió hacia ella su cetro en señal de gracia, y le suplicó que concurriese á un convite al dia siguiente en compañía de Aman, á lo que el rey accedió: el favorito entonces, había mandado levantar, para Mardocheo una torre muy elevada. El rey pasó aquella noche sin dormir, y mandó que se le leyese los anales del reino: el pasaje fué puntualmente el de la conspiracion descubierta por Mardocheo, á quien el rey determinó premiar: cuando se presentó al siguiente dia el favorito, el rey le preguntó, cómo podria honrarse á un hombre á quien pensaba favorecer; y Aman creyendo ser el mismo el protegido, señaló los honores que le dió: en su ambicion: el rey le mandó que los ejerciese en Mardocheo. En el convite de Esther, ésta descubrió al rey la proscriptura de su pueblo: intercedió por él, y el monarca revocando la orden de Aman, dispuso que éste fuese ajusticiado en la misma horca que había preparado á Mardocheo.

Los judios vueltos de su cautividad, continuaron viviendo bajo el gobierno en parte teocrático de los sacerdotes, y en parte republicano como en los tiempos de Moises, y antes de

los reyes, aunque dependientes de los reyes de Asiria. A pesar de algunas contrariedades, la republica judia prosperó, hasta el reinado de Alejandro.

A la muerte de Alejandro, la Judá tocó á Laomedon, despues fué gobernada sucesivamente por los reyes de Egipto, y por Antioque, bajo el cual el gran sacerdote Simon embelleció á Jerusalem y la cercó con murallas. Despues de la batalla de Ipsus, casi toda la Judá quedó sometida á Seleuco Nicator: á la muerte de este principe, pasó á los Lagidas, hasta el reinado de Antioque el grande. Este rey de Siria persiguió á los judios. Su hijo, Antioque Epifanes, obligado por los romanos á prescindir de la conquista de Egipto, se vengó de esta ofensa sobre la Judá; pero de un modo indirecto, entregó su autoridad á Tolomeo Philopator, que vencedor en Jerusalem, quiso penetrar al santuario, de donde fué milagrosamente rechazado. En su indignacion ejerció contra los judios las mas horribles persecuciones. Por ésta época fué la célebre version de la Biblia por los Setenta intérpretes.

Algun tiempo despues, Jerusalem fué reconquistada, y millares de judios llevados cautivos. La infamia fué proscrita por toda la Judá, y los que observaban la ley de Moises, condenados á los mas crueles suplicios. El piadoso Eleazar y los siete hermanos Macabios, murieron en los tormentos, mártires por su religion; pero la causa de Dios encontró un celoso defensor, á pesar de la tiranía de Antioque. Matthias sacerdote, animó á sus compatriotas oprimidos, les reanó, y al frente de un corto ejército, comenzó á libertar á su patria del yugo de los Asirios: sus cinco hijos concluyen esta noble empresa. Uno de ellos llamado Judá Macabeo, el héroe de su nacion, vence muchas veces á los ejércitos asirios, y derrota á los amonitas é italmes; pero despues de prodigios de valor es muerto por detrás en un combate. Su muerte pone en consternacion á la Judá: sus hermanos quieren vengarle, Simon fortifica á Joppe, y hace rendir por hambre al ejército asirio, dueño de Jerusalem. El reconocimiento de los judios se manifiesta por un decreto solemnado, depositado en los archivos del templo, que hizo hereditarias en la familia de Simon, las dignidades de gran sacerdote y jefe de la nacion.

Á Simon asesinado en un festin por la perfidia de Tolomeo su yerno, sucedió Juan Hircan I su hijo; el asesino fué castigado, despues de haber vivió á Jerusalem sitiada por el rey de Siria. El nuevo jefe libertó á su pais, subyugó á los italmes, y destruyó el templo de Garicim, y se apoderó de Samaria.

Artabábelo I su hijo, y sucesor, despues de

haber consolidado el gobierno de Judá, tomó la diadema y el titulo de rey, que no se había atrevido á llevar ningun gefe despues de la cautividad de Babilonia. Su reinado solo duró un año, y sin embargo, fué lleno de crueldades.

Hizo morir de hambre á su madre: cargo de cadenas á sus hermanos, y mandó matar á uno de estos, por las calumnias de su muger Salomé. Se dice que se arrojó de estos crímenes, y murió de desesperacion.

Cuando Siria y Egipto se hicieron provincias romanas, la Judá tambien reconoció por soberano á Octavio, emperador romano, quien confirmó á Heródes en el trono de Judá: en su reinado fué el nacimiento de Jesucristo: con él comienza la historia de la iglesia. En vano quiso Heródes envolver á Jesus en una matanza de inocentes que mandó hacer: el niño fué salvado y educado en Nazareth, donde vivió 30 años como un artesano oscuro. Despues bajo el reinado de Tiberio, predicó en todas las regiones de Judá, y confirmó su mision divina con la santidad de su vida y con milagros. Su religion regeneró al mundo. Sin embargo, fué perseguido por los judios: que le crucificaron.

Estos causados del yugo romano: se rebelaron: tuvieron al principio algunos triunfos; pero Vespuciano que tomó el mando del ejército, recobró la superioridad y á Jerusalem las dimensiones civiles se exaltaron entre los sitiados, y faltando los viveres, se vieron reducidos á una hambre horrorosa. Nombrado emperador Vespuciano, dejó el mando á su hijo Tito, que habiendo reducido á Jerusalem á la última estremidad, llegó despues de insultos padecimientos de todo género de la infeliz ciudad, á apoderarse de ella. Los soldados romanos entraron á sangre y fuego: la esclavitud y la muerte fueron la única esperanza de los vencidos: el templo fué incendiado á pesar de las ordenes y diligencias de Tito para salvarle, pensó sobre él la profecía de destruccion hecha por Jesucristo. El arado pasó por la ciudad; no quedó piedra sobre piedra. Se acuñó una moneda que representaba á una muger envuelta en un manto, sentada al pie de una palma, con la cabeza apoyada en las manos, y esta inscripcion: "Judá cautiva."

MATERIALISMO.

Un impio que había escrito mil absurdos para probar que no tenemos alma, preguntó á una señora con aire de triunfo, qué era lo que opinaba sobre su filosofia! A lo cual ella contestó:—"Me parece, señor mio, que vd. ha empleado mucho talento para probar que es vd. un bestia."

PANORAMA DE MEXICO.

EL RIO UZUMASINTA.

Hay un Departamento de la república del que muchos hablan mal, y pocos conocen bien: al que sin haber mirado más que su capital, que es la menos sana, se han excusado con derecho para calificar, y decir: no lo vemos que no han visto; y han decidido que el todo es como una parte. Es verdad que en esta vilísima concepción de aquel Departamento algunos han perdido prematuramente á una esposa ó á un hijo, ó se han visto acaso en la última escala del sepulcro; pero otros muchos han gozado de vida y salud, y á la vez se han enriquecido. A este lugar del cual se ha maldecido muchas veces, cuando se ha salido de él por algún grande infortunio ó por un contratiempo irresistible, frecuentemente se ha procurado ó deseado volver á él; siempre se ha recordado con dulzura, y jamás ha podido olvidarse muy de veras. De este país han salido lanzados muchos comandantes generales que solo habían ido por obedecer al gobierno, por capricho ó curiosidad; pero después se habían arraigado á su vida, reconciliándose con el clima y decididos á no salir sino muy tarde, ó por la fuerza, como lo han conseguido las más veces. Es, finalmente, la tierra de las calenturas intermitentes, de los mosquitos y pantanos; pero también es la tierra de promisión; son sumamente bellos sus campos, alfombrados de una vegetación eterna é inmarcescible; es proverbialmente fértil; pueden sembrarse en ella los granos de primera necesidad, en cualquier mes y día, y estar seguro de cosechar el ciento por uno; no se usa ni se necesita allí de arados ni de abonos; el terreno es todo de aluvió y de productos vegetales, sin una sola piedra que resista al frío ó sazón del labrador. Puede uno conducirse fácilmente por tierra ó agua á donde le dá la gana. Con las bolsas llenas de oro y sin bastón ni cortaplumas se anda allí, de día y de noche, en las poblaciones y caminos, y nunca el asesino ni el ladrón sorprenden la quietud y seguridad de los transeúntes.

En este pequeño Departamento, que sin duda se conocerá ser el de Tabasco, hay cien ríos y mil arroyos que lo riegan en todas direc-

nes, lo fertilizan periódicamente, lo embollean y amenizan, y sirven, además, de vías cómodas de comunicación y de transportes para casi todos sus pueblos, haciendas y rancherías. Si el río *Tabasco*, propiamente llamado *Grijalva*, es el más célebre porque aporta á él todas las embarcaciones que hacen el comercio extranjero, y por que conduce directamente de su barra principal á S. Juan Bautista, que es la capital; hay otro río poco frecuentado, que es sin duda el más hermoso de aquel país, el más caudaloso, el que tiene mas extensión y anchura y que ostentablemente prodiga mas sus beneficios á los felices moradores de sus orillas é inmediaciones. Este río es el *Uzumásinta*, que naciendo en la república de Centro-América, bañad después una parte del Departamento de Chiapas, y descendiendo en seguida ingrotescamente una linda cascada al de Tabasco, desde la cual recorre lentamente una espaciosa curvilínea, fecunda un terreno poco hallado de cerea de cien leguas, y va á perderse en nuestro golfo por tres conductos muy abiertos que describen imperfectamente la figura de una cruz: el de la derecha forma escuáramente el río de la *Palmira*, que va á derramarse en la gran laguna de la isla del Carmen; el de en medio constituye el río de *San Pedro y San Pablo*, que desemboca en la barra de su nombre, entre la principal de Tabasco y la de la isla del Carmen; y el de la izquierda, que arrastra el mayor caudal de sus aguas, y es el verdadero *Uzumásinta*, se mete en el río *Tabasco* por cuatro canales, tres de los cuales se hallan como á cuatro leguas arriba de la barra principal en el parage llamado *Tres brazos*; y el último á cuatro leguas mas allá, en un lugar nombrado *los Tolos*. El río *Uzumásinta* tiene de anchura media como trescientas varas, y de profundidad de cinco á seis en el verano. En los meses de Octubre crece espontáneamente y se desbordó en casi toda su longitud; pero los rios de estas inundaciones á que solo están expuestos los ganados, se precavan fácilmente conduciéndolos á las zonas con oportunidad. Este río se halla limpio y no tiene

grandes tortuosidades: su curso es suave regularmente, y no presenta ningún obstáculo ni peligro en su navegación para buques de 50 toneladas. Ocho pueblos pequeños que son Jonuta el mayor, Monte-Cristo, Balancán, Santa Ana, Mula, Kamzari, Uzumásinta y Tenosique, y que todos comprenden un censo de tres á cuatro mil almas, son los únicos que disfrutan de las riquezas que presenta el encañado río. Sus orillas están encañadas con una infinita variedad de palmares que desuelcan por la cima de los bosques sombríos que allí abundan; pero á poca distancia, se descubren hermosas y variadas florestas que por la derecha van á perderse en el Departamento de Yucatán y por la izquierda en el de Chiapas. Estas llanuras poco sembradas á las inundaciones periódicas del río, están entre-arriadas por arroyuelos de agua fresca, pura y cristalina que sirven para las vailleras del cultivo ganado vacuno que peca desmenuzados y holgadamente el zacatillo verde que tapiza el valle y las suaves colinas que lo atraviesan. En los parages mas bajos se hallan las *tierras bajas*, que por mejor decir, esos plantíos naturales del *gato de India*, que son las tesoros inagotables de Tabasco, pues se reproducen espontáneamente y sin ningún esfuerzo humano; estos *tierras bajas* ocupan centenares de leguas cuadradas, pues ya no se encuentran á las orillas, porque ordinariamente se está cortando el campo por canales que fácilmente se abren, ó por los arroyos se estrían hasta las márgenes del río, en donde se convierte en oro, pues siempre hay mucho interés por tener listas cargamentos de paño, para los buques extranjeros, de los que no hay uno solo que no saque resacaño, hasta sobre cubiertas de este precioso fruto: casi toda el paño bajó por el brazo de la Palmira, por la isla del Carmen, en donde siempre hay mucha demanda de él.

En los lugares mas elevados de ambas orillas se encuentran abundantes caobos, corapulentos cedros, brasil, jobillos y otros árboles de construcción; muchas plantas medicinales, romas, resinas y otra infinita variedad de árboles y arbustos más ó menos útiles. Todos los productos intertropicales se dan allí asombrosamente, se acaban, con poco trabajo, los de las zonas templadas.

El *Uzumásinta* atraviesa el partido de su mismo nombre, y es uno de los nueve en que está dividido el Departamento de Tabasco. Algunos rios son tributarios del que nos ocupa, y son principalmente el *S. Pedro*, que nace en el Penet, provincia de Guatemala, y el *Catacuaj* en las Chiapas; el primero desemboca á dos leguas arriba de Balancán, y el segundo entre Jonuta y Monte-Cristo; otros muchos riachuelos y arroyos se derraman y confunden en el mis-

mo *Uzumásinta*. Una infinita variedad de peces y crustáceos pueblan las profundas mansiones de este río y sus tributarios; fuera de él, en los bosques y praderas inmediatas, abundante caza y volatería abastecen á sus indolentes moradores.

Una elevación y grande muralla, tapizada de un verde oscuro, forma el fondo del pintoresco cuadro que se presenta, cuando el espectador mira río arriba desde los pueblos de Uzumásinta ó Tenosique; son las sierras de Chiapas que abanzándose hasta los confines de Tabasco, se interruen después en Yucatán, formando un vasto y abierto semi-círculo que comprende á los tres Departamentos. Pero esta gran muralla tiene un tajo ó brecha, y esta brecha le abrió en su furor un monstruo gigante, cuya pesadísima cabeza reposa en el territorio de Guatemala, y sus enormes seis pies se han confundido en el golfo mexicano; por esta brecha se pasó, con la rapidez de un soberbio fugitivo, el caudaloso *Uzumásinta*, que cuando se recorren vanamente las tempestades de Centro-América y de Chiapas, en solitud del campo que no halló, rompió al fin con impetuosa fuerza sobre las barreras de marzo y de agosto, que fácilmente se opusieron á su impetuoso furor y poderío, lanzándolo en pedruzcos, bramando, arrollándolo todo, y arrojándolo se por de sí los enormes pedascos y pedruzcos pedales que cayeron á su paso, y que se resistieron por algunos instantes á la impetuosa fuerza del gigante de las aguas; se precipitó en resaca sobre un suelo llano y arenoso, que constituyéndolo, á su grado, hasta al inmensa brecha de los rios, después entonces su rabia se volvió indomable, y recorrió entonces su rumbo con su último camino; pero siempre enojado de estorbos y de trabas, quiso abrirse seis veces en distintos lugares, por los que se esperaron y confundieron finalmente las aguas del hermoso *Uzumásinta*.

México, Noviembre 15 de 1843.

M. Z. y Z.

EL ARREPENTIMIENTO DEL JUGADOR.

Se fué un día á apostar un jugador, que al fin también los jugadores son cristianos aunque malos y supersticiosos, y después de haberse acusado de lo mucho que le dominaba esta maldita pasión, el confesor le amonestó con vehemencia á que dejara un vicio que traía tanto desasosiego y tan malas consecuencias, y entre otras cosas no dejó de inculcarle lo perjudicial que era la pérdida del tiempo.—Eso sí, padre, le interrumpió el jugador, eso es lo que me incomoda siempre; que pierdan los coicetas tanto tiempo en barajar.

CARTAS SOBRE MEXICO.

DIVERSIONES PUBLICAS.

TEATROS.

Sr. D. JESU NIVAN.

Querido primo.—Asaz, colérico y de mal talante te escribo esta, pues para mí no hay mayor tormento que cumplir una promesa y hacer las cosas á derechas.

Ni concuro á ellas ni pago lo que dicho, y esto lo hago por ir de acuerdo con el espíritu del siglo en que los drogueros hacen brillantísimo papel.

No espere que te diga cómo se introdujo en México la diversion del teatro, ni si los recitantes de comedias anduvieron á salto de mata ó se establecieron en corrales como en España; esto es muy formal para mí porque que escribe sin borrar, dispareta, y ziz, zaz improvisa cartapacios que pueden ser en un canchil.

Decirte puedo, porque me lo ha dicho quien tiene lo sabe, que la figura del teatro no pasó por el magín á ningún geómetra, y según yo, poco sudaron las penas de aquel tiempo, al menos habia, cuando el teatro se estableció, discutiendo sobre curvas y parábolas y gresor, y &c. &c., con que hoy sus petrifican cruditos arquitectos.

Entrase al interior del teatro por una especie de gateras que tienen el pomposo título de puertas y una arquitectura palmáfrica es el primer metro que llama su atención; cuartijos en forma de sepuleros en tres mesquitas laterales, coronadas por una galería (la capilla), en donde ambos sexos se clasifican solos y por antonomasia.

Yo como payo, á las ocho de la noche tenía el alma en un hilo, y estaba arrellenado, donde plugo al acomodador colocarme, es decir, lo mas lejos posible, como muy poco relacionado con tan honrada gente.

Dada ya la plégaria, comenzaron á alzar los cataleidos y opacos quinqués, apagándose muchos al prender, á los que dirigian los sabidos versos.

O tú que mueres sin haber nacido,
Tu ser evocando con la nada.

Algunos foráneos fueron ocupando los tercetos con toda su clientela, sin fallar el recien na-

cido y el retolito de cinco años sentado en el suelo del palco, descubriendo su carita al ras de la barandilla del propio palco.

Estos foráneos no desaprovechaban el tiempo, se habian prevenido para el espectáculo como para una romería, dando á luz, despues de instalarse todos, dejando un lugar entre retirado y preferente á un cleriguito como una plata; dando á luz digo, un embolitorio de sabrosos bizcochos, queso y dulces, que con el desenfado mas campechano, engullian á coro, no sin envidia del oprimido.

Hay en este teatro una especie de repúblicas confederadas en el quinto piso, frisando con el techo que se llaman ventillas, nadadores, terráctos, curiosísimos estuches de gran tono, repertorios de personas de doble carácter, por adentro como versas, y por afuera como claraboyas.

Allí se congregaban los espectadores y echaban el pecho, no á la agua, y si á un muldillo y estacionario colchon; las ventillas son una especie de anónimo de trahuz, es un recurso vergonzante de la elevada clase, y lo que es mas, el órgano de las religiones de los cócoras.

No nos distraigan; con padrosos docencia en unas periquetas, que por ironia sin duda se llaman gradas, fueran aparascando las señoras de la escuela; bello espectáculo que así se llama alumbreado, y que solo se sabe á veces que existe por sus sempiterns algarabias.

El aña de figurar tambien ha convertido en buen tono la coxacha, es un *faciéndito* del cuadro de Santa Ursula y compañeros; es un retablo en que hay figuras de movimiento, que así se ven de cuerpo entero, merced á la cornisa que la forman dos mugrosas y elásticas correas de toro.

En el opuesto lado de los hombres está verificado, aunque imperfectamente, el dogma de la igualdad; sobre una cabeza rímicamente rizada, cabalgan un sentimental manchero con su ancho sombrero y su zarape al hombro, sobre un silvestre moñillo lustroso, ya, por el tacto frecuente de brazos y de manos no muy limpias; es aquel un mar de cabezas, interrumpido por

las piernas de los que ven de cuerpo entero, matizado por capas, frazadas y levitas ó fraques, y embellecido por el crepasculo de aquellos humeantes y soñolientos quinqués.

Cuando comenzaron á entrar las señoras de los palcos primeros y segundos, estaba junto á mí un amigo decidid y viperino como él solo, llamase Panzalan Estorruja, y era el guía que yo necesitaba en aquel laberinto.

—Vd., me dijo, ha venido á una hora que es de muy mal tono; para otra vez entre vd. precisamente á la mitad del primero ó segundo acto, azotando el suelo con pasos estropeados, de modo que la atencion se lije en vd.; despues hiriendo rodillas, poniendo en pié á los gordales concurrentes, tome su asiento, saludó fatigado, limpie con la mascada el cojín, y arrellénese melancólico pero no sin ruido en su luneta.

La regla era cierta, ya comenzando el primer acto principiaron á entrar.

—Llega ahí la familia de D. Epifanio Cascahel, viejo marrullero empujado al gran tono por su familia; pero él con cierto apego á las costumbres económicas de su tiempo; ¡pobres muchachas, viven mártires, figúrese vd. que ese propio tápalo lo estrenó aquella niña desde principio de la temporada! ¡Qué si eso es un marfírio! Se sientan, arrastran las sillas, esgrimen su abanico á los otros palcos, ya sonrín, y al volverse á la escena, dejan caer su mirada al patio donde está el buailis.

Vea vd. con qué prosopopeya se sienta D. Rubicundo Trapanoja; ese es nada menos que último escribiente de oficina, gasta guante y fuma habano; tipo de esas existencias misteriosas que ni se sabe de donde tienen ni cómo viven en lo secreto; pero que así bota dinero en sus caprichos, como en hermosear su persona; hombre que son un enigma, pero á quienes todos acatan por aquello de *tanto vale lo cuanto tienes*.

Ese que pasa envuelto en su ajeja y desmebrada capa, es D. Brígido Almahanon, concurrente por costumbre al teatro, donde ronca desde que entra, á piernas tendidas, y solo pregunta si acabó el negocio en muerte ó en casorio para no llevar á su casa la ignorancia de si asistió á drama ó á comedia.

Porque ha de saber vd. que este teatro está compuesto de dos públicos en su mayoría: público durmiente, y público gritante.

Aquel grupo de amigos rechonchos y pacíficos, discuten entre verso y verso de Breton, y frase y frase de Dumas, sobre el precio de una chafra de camela, la remesa de algun cuñete, y el estado del comercio de abarrotes.

El otro grupo mas espiritual de amigos de furia alzada, gesticular animado, &c., es de políticos; esos son furiosos: se dicen al oido los desmanes de los magnates, las reformas que ne-

cesita la patria, y se enseñan con misterio un papel anónimo que dice con letra gorda, que de Adán acá todos son ladrones....

Mejor aprovecha el tiempo aquel moicito de luengo y compuesto cabello, tez pálida, ojos abatidos, y negro bigote: vuelto al disimulo hacia aquel palco, enclavaba las manos en signo de súplica, aliza su mostacho, en señal de que manda á su dueto un beso volador, y que lo recibe con la intencion: se amosca de que la niña vea al capitán contiguo; y es todo una pantomina divertida.

El marido, entre tanto, bosteza descuidado con los raptos líricos de *Torreo*; pone una sobre la otra pierna, y crítica de inmorales las escenas, no las de su mujer, sino las del pícaro-co autor dramático.

Esta banca que tenemos al lado, de donde salen carcajadas reprimidas, y donde bulle inquietud tanta algarabía, es de calaveras, de cócoras. ¡Oh! Esa es la flor y nata de la juventud, de jovencitos enclaustrados y siete-muchos; pero que fuman puro y blasfeman con su voz de triple como renegados.

El primero es Agapito Berruga, hijo de una muchacha pipirita y dispada, que para vivir á sus anchuras ha dado rienda suelta al infanticidio; su desahelo lo ha verificado en el villar; ya hoy se queja de inocentes enfermedades; apara una copa con marcial demorado aunque en la escuela no escribía de suello, ha enviado una epistola á cierta matrona, que conoce y sabe apreciar las gracias de la infancia; y por último, trae un bolsillo, junto á la obra misma de la impudica Lucinda, un botecito con veneno para suicidarse. ¡Qué niño tan vivo! Ni se quita el sombrero si pasa Nuestro Amor; mofa la religion; se retira tarde á su casa, y estropea á sus criados por quitarse esos pañales. ¡Qué niño! Esperanza de la patria! Habla insolencia; espía á las señoras al bajar una escalera ó al subir al coche, y juega con sus criadas á presencia de la mamá, que dice embellecidas: ¡qué alegre es Agapito!

La otra banca si es de calaveras tremendas; de los que se baten y arman gresca; de los que andan paltuertos, con el sombrero á la ceja; de los que interrumpen una representación, y deciden del mérito de las comedias entre una conversacion de aballos y milagros, se saludan. Todos se salutan sus vidas y milagros, se saludan, se mofan, se destrazan recíprocamente, y no pueden andar separados. Despues de charlar, se discuten sobre una carambola, una corbata, una contrabandía, ó una caída redonda, abismelven ó reprobaban la comedia con un magisterio que escandaliza.

Aquellos otros tres, son literatos que por bocanadas sueltan nombres de autores franceses, españoles, griegos y latinos; criticastros pedan-

tes que no hay dos de una sola opinión, que se hieren de la reputación agena, y á todo paman pero; hablan como diez y no saben lo que se dicen; á todos aturden con sus propios nombres, y son sus disimulados panegiristas; naturales enemigos de los cómicos como el perro y el gato; vanos, y que creen que están á la altura de Virgilio porque le hallaron el consonante á potage, diciendo gefe.

—Ya está, por Dios, de charla, dije á Estorrija; hábleme vd. algo de los cómicos, y se lo agradeceré infinito.

—Primero, me contestó algo embarazado: ya los cómicos no son cómicos, ni recitantes, sino artistas: en el teatro principal forman una república federativa con sus ribetes de anarquía, y tienen preocupaciones raras: primeramente, se les ha metido en la cabeza que los quinqués no son para alumbrar, sino para arrancar lágrimas con su pestilente humareda; creen también que la basura es parte integrante del espectáculo, y que la sociedad es conveniente al arte de Talma.

Creen que el público pertenece á ellos, y así se cuidan de su opinión como de las coplas de Calainos; piensan que estamos en la época en que con una propia decoración, diciendo, ahora es selva y ahora palacio, se queda todo el mundo loco de gozo.

Hay muebles con los que se tutea el público, y en comedias de magia se hacen por la destreza.

Por lo demás, son modestos; adviértales vd. un defecto, y ó lo desdian, ó ponen á vd. como un Cristo, porque creen que un cómico se improvisa como un meritorio ó un subteniente.

En los espectáculos y paseos, miran sobre el hombre; deciden del mérito de los autores, y les enmiendan la plana; tienen sus puntos de literatos, y sus pretensiones de hombres de mundo.

En su torno bulle y circula una corporación de *atachés*, jóvenes de entre bastidores, apasionados á tal teatro; que saben los vestidos que tiene tal dama, los puntos que calza, los amantes que la rodean; que saben si el trueno se remedó con tejamanil y tablas, ó con balas rodadas por el suelo; que indagan si el galán está celoso, y si la bailarina tiene amantes.

Si el barba fué cuido por una deuda, y si el otro como anchas ó mole de pavo.

Y de esto se enfurecen, y de esta chismografía viven riñendo con los *atachés* de *Belchite*, citando sus campeonos, comparando, gritando en los cafés como energúmenos: y para estos, ni hay patria, ni partidos, ni ingleses, ni prohibiciones, sino balustradas y dramas; y una pirueta ó un galán que no está en su cuerda, los consume, los alegra ó entristece, y decide de su suerte.

Disgustos muy formales, se han suscitado

por el Vaso de agua, y por quién ejecuta mejor *Marino Falleró*; estos locos de estar todo lo irastornan, y ellos y los cómicos como el cuerpo y el alma, andan juntos, y son reciprocos sus penas y sus gozos.

En la siguiente carta te diré de *Belchite*, y de otras diversiones populares, que aunque me acarrearán el título de lépero y qué se yo: vale que estas son cartas confidentiales que no deben salir de tu poder.—*Jacinto Camaleón.—Fidel.*—(Continuaré).

ESTUDIOS MORALES.

LA JOVEN SIN AMOR.

Pasanos tus primeros días, ó niña, alegres y brillantes; pero sin dejarle un solo recuerdo, como se dispersa una parvada de aves en el viento, sin dejar señal alguna de su rápido tránsito.

Brotaron los sentimientos en tu corazón, y fáciles se perdieron entre los festines, como las semillas de una flor hermosa que arrojó á los mares el torbellino.

Como el árbol que yace sin hojas en medio del desierto está tu corazón, estáril y marchito, y tu imaginación, en otro tiempo manantial de tus fogaces ilusiones, está hoy árida, y como la fuente agotada, cubierta de arena y de malezas.

Yo te ví en los primeros días de la existencia, felice, á la luz voluptuosa de la espermia, cuando los orientales pibeteros te circundaban, cuando los orientales perfumes; cuando al compás precipitado y ardiente de la música, girabas rauda por el inmenso salon tapizado de alfombras y sedas, adornado de candelas, y de espejos que reproducían tus actitudes hechiceras.

Cuando tú pasabas, la juventud te tributaba un murmullo de alabanza, y el viento que producía el punto delicado de tu traje, era dulce como el aura que embalsama las flores.

Cuando fatigada de goces, chria de alabanzas, y con proyectos de placeres y de ilusiones nuevas soñabas pobre niña! te concentrabas y descendías á tu corazón, lo hallabas solo y huérfano, como el ave encerrada en una jaula de oro.

Aquellas palabras de amor, aquellas miradas de una ternura hipócrita, pasaban por tus oídos sin penetrar en tu corazón, como las gotas de lluvia que mueren entre el polvo sin fecundar la semilla que está debajo de la tierra.

Pero en ese tiempo, orgullosa con tu beldad, y aturrida entre los festines, no veías mas allá de ese horizonte que limitaba á tu vista la nube de oro del placer.

Vana é insustancial te divertías con las penas del amante desdichado, como con un romance; las creías ficticias porque en tu corazón no ha-

laban éco, y el amor siempre fué ridículo para los que no amaron.

La gentileza de un joven, la cultura de otros; la elocuencia de aquel, y los infortunios de éste, tenían para tí atractivos iguales, y vagabas inenarrable entre ellos como la mariposa en los jardines.

El arrullo de la tórtola de la selva, encuentra éco en las quebras del monte vecino: á la armonía del sonido de la harpa, corresponde el estremecimiento de las cuerdas del laúd cercano; pero tu corazón no se estremecía á ninguna voz; y mas semejante era al gusano indolente que duerme en el capullo de la rosa, que á la fuente de las sensaciones y de la existencia.

El amor esquiva esa sociedad tumultuosa en que los resortes de la ternura se laxan, en que se trafica con los sentimientos, y se especula con las debilidades y con las lágrimas; como el lirio de la montaña estendiendo sus pétalos hermosos, y derrama su perfume entre las rocas ignoradas, pierde su hermosura con el contacto como la sensitiva, y se percibe entre las sombras sus armonías como se percibe en medio de la noche el dulcísimo trino del bardo de las selvas, el cenozoje de mi patria.

Como te quejas de desamor, ó niña, si numeras esta pasión del alma entre tus dig, y lo buscas en medio de hombres que lo cuentan entre sus pueriles diversiones!

El frabe purifica su cuerpo y desnuda sus plantas para penetrar en la tierra sagrada: el terreno santo de las almas es el amor; ¡por qué hollarlo con la planta insolente que trisó en los sacros!

Te ví después al lado del esposo, y lamenté la union, porque la forjó tu deso de novedades; porque la concertó la vanidad y la codicia, y porque tu corazón dormía como antes, indiferente, al cambio solemne que se operaba en tu suerte.

Tú viste en tu esposo el manipi de tus caprichos; por su parte él contempló en tí un conservatorio de su salud, y un mueble de figura hermosa que embellecía su habitación.

No sabías que es ternísima y sublime esa comunión beatífica de las almas, que se llama matrimonio, esa alianza de dos espíritus que se unen en el mundo para volar juntos á su Dios.

No sabías que los goces de la vida doméstica, son el paraíso de la existencia, que la lágrima que enjuga la mano querida, se convierte en bálsamo angélico que cicatriza las heridas del alma. No sabías cuán voluptuoso, cuán blando y encantador es verse duplicado en otra existencia; hacer comunes los sinsabores, multiplicar el placer, ver alimentada y felice otra

vida, que nos es preciosa con nuestra propia vida, con nuestra felicidad íntima.

Bello es mirar reflejar el pomposo ramaje del Fresno, en el límpido lago á cuya márgen crece; es cálida y hermosa la luz de la luna, retratada en las tranquilas aguas del Océano; pero nada es mas bello que reconocer en nuestros hijos nuestras facciones rejuvenecidas é infantiles.

Estos sentimientos preciosos y secretos como la belleza de la perla en su concha, como la cristalización escondida en la áspera quiebra de la gruta, no lo conociste, y tus hijos cuando te llamaban madre te dirigían una mirada de ironía sangrienta; disfrutaron cuidados vendidos: mas fueron hijos de tu oro, que de tu amor.

Cuando los vistes morir quedaste insensible, como el árbol á quien el viento arrebató una rama seca, y cuando la muerte sego tu esposo, dejaste el lecho nupcial, insensible, como la golondrina deja el nido en que pasó la primavera. Llegó la vejez, y hoy que en los festines eres una caricatura, que en el templo mismo no puedes abrirse tu corazón, estrallo á todo sentimiento de ternura, hoy desciendes á él, y está como siempre, árido é impacible.

La muger fivola no tiene amigos, su modestia le conquistaba admiradores, su hermosura versátiles amantes; hoy su faz entre las galas y la moda, es un contrasentido; su vista en un baile, un recuerdo imprudente del fin de las cosas; sus arrugas un anacronismo entre las jóvenes.

Yace sola, árbol inútil que ni produjo fruto, ni abrigó al viajero con su sombra; vejez estáril y sombría, sin un solo recuerdo ni una esperanza.

GUILLERMO PRINCE.

ZELO INDISCRETO.

ACERDOME que en mi juventud, habiendo pasado algun tiempo entre los Mollacks, se me pegaron sus costumbres. Cuando volví á casa de mi padre, hombre sábio y virtuoso, me acosté una noche en su alcoba en medio de toda la familia: todos dormían profundamente pero yo no había pegado los ojos, por citar lo yomó el Alcoran, del cual hasta recibia en alto frecuentemente algunos pasajes. Mi lectura despertó á mi padre, y así que yo lo advertí, dijo:—*Mirad como nuestros hijos están señalados en el sueño sin pensar en Dios.*—*Hijo mío, me respondió el buen anciano, mas nada dormir que estar velando para tildar las faltas de tus hermanos.*"

Las cosas que se hacen con precipitación no pueden salir perfectas.

DESALIENTO.

Hetz, mein Herz, wachst so traurig.
CANTION ALEMANA.

Pobre corazón mío,
Confíame tus culpas;
¡Por qué ya no palpitas
Con el antiguo brío!
¡Qué nueva desventura
Tu tristeza presiente,
Que mi cuerpo se siente
Envuelto en amargura!

Y el corazón responde:
Siento que en mi cual en sabrosa fruta,
Gusano vil se esconde,
Cuyo aliento mortal mi vida enluta;
Siento un terrible tedio
Contra el que, en vano, quiero hallar remedio.

Una lenta gangrena
Me penetra y consume poco á poco;
Y su fugo envenena
De mi precaria vida el sacro foco:
Su influencia me domina,
Y en todo veo desengaña y ruina.

En mí ya no resuena
La voz de la pasión, del entusiasmo:
El vacío me llena;
Y al mundo entero lanzo atroz sarcasmo,
No viendo, en sus quimeras,
Mas de imágenes torpes, embusteras.

Y un tiempo la hermosura
Con su hechizo divino me embargaba,
Y acentos de ternura
Y de pasión ardiente me arrancaba:
Mas hoy, tristes! no veo
En ella ni el estímulo al deseo.

Muger pura y divina
Ante mí se presenta, y no percibo
En su faz peregrina
Aquel ímán irresistible y vivo,
Que antes en ella ballaba
Cuando el amor mi ser todo animaba.

¡Y la gloria que invoco
En acento inmortal que al mundo plazca!...
¡Ah! ¡qué insensato y loco
Soy yo, si espero que del bicho nazca
Luminaria, que asombre
Al mundo con el brillo de mi nombre!

El divino destello
Que el viento gémio en su fulgor despide...
Lo sublimó, lo bello,

Lo grande, en fin, que el hombre apenas mide,
A mí ya no me inspira,
Y al contemplarlo exclamo: ¡vil mentira!
Sueño falaz y absurdo,
Que el orgullo mortal se alza y adora,
Fascinado yo me aturdo
Al oír tu zumbido que enamora
A la flaqueza humana
Con la esperanza de una sombra vana.

Empero, yo vacilo
Errante en los umbrales del desierto
En que he buscado asilo:
Y con ánimo enfermo y peso incierto,
Perdido peregrino
Procuro hallar mi lóbrego camino!

Dijor: y suspiro triste
Se escaño agonizante, cavernoso,
Como aquel que resiste
En vano, al brazo fuerte y poderoso
De la muerte invasora,
Cuando ha sonado ya la postrera hora.

Y yo compadecido
De tanto sufrimiento,
Le dije: ¡Ah! ¿cuánto siento
Tu sin igual desgracia.

Mas allá de la esfera
Estrecha en que gravitas
En incessantes culpas
Podrás encontrar gracia.
Existe un Ser supremo,
Padre de la criatura,
Cuyas inmensas ternuras
Sobre nosotros vela:

Nadie su auxilio implora,
Que no sienta al momento
Su inefable contento.
Que sostiene y consuela.

Torna lífida el tu mirada,
Tu aspecto suplicante,
Y cariñoso, amante,
Te admitirá en su seno.

Y entonces rescatado
Del error ponzoñoso,
Tú gozarás dichoso
De un porvenir sereno.

Tepic, Agosto 7 de 843.—Francisco Plácidio Fletes.

(Escrito para el Museo)

BIBLIOGRAFIA.

PASEOS EN LONDRES.

Por Madama Flora Tristan. Un tomo en 4to., impreso en Paris.

Esta obra vino por casualidad á mis manos, y habiéndola leído con ansiedad, encontré un estilo rápido y fluido, muchas observaciones que suponen en la escritora talento perspicaz y analítico, y sobre todo, una pasión encomada contra lo que es inglés, porque ella nada perdona, nada mira con indulgencia, y aun los defectos positivos y reconocidos, los pesugera con un estudio que no oculta. Los Pasos de madama Tristan, merecen colocarse en el catálogo de esas producciones fugitivas, de que en nuestra época tanto abunda el mundo literario, y cuyo objeto es mas bien que bosquejar el carácter de las naciones, el de entregarlas al ridículo por animosidad, y hasta por pasatiempo.

Como la nación mexicana, á que tenemos la gloria enviable de pertenecer, ha sido el blanco de los tiros de oscritores de esta calaña, me ha parecido oportuno dar á conocer por el escríben crítico de una obra, que debe haber herido y subvertido todos intereses de una de las primeras naciones de Europa, hasta donde llega el espíritu mal intencionado de detraerle; y el poco crédito que merecen los que escriben separándose de las reglas severas de la crítica, de la verdad ingenua que todo escritor debe á sí mismo, y á sus contemporáneos, y de la modesta imparcialidad de un filósofo. Advertirán los que leyeren este artículo, que aunque se nos ha vilipendiado en diferentes obras, que en Europa se han acogido con un pueril entusiasmo, que en ninguna de ellas hemos sido tratados con la armonía con que madama Tristan despectuza á los ingleses, quizá porque nuestra reciente existencia política, y nuestras costumbres pastorales, no han permitido todavía que nos hundamos en el abisal inundo que tan impropriadamente apellidan algunos *civilización*. No es mi designio que se preste entero ascenso á las opiniones de madama Tristan, y solo deseo que se escaminen, que se compare su escrito con tantas otras obras que andan en manos de todos, y que sirva de consuelo á los me-

xiomos que han sido víctimas de la manía de escríbura, que es uno de los rasgos característicos del presente siglo, el que pueblos mas antiguos, mas orgullosos y mas elevados en la esfera de la cultura, sufren tambien ataques impíos, críticas severas, y esos reproches que humillan y avergonzan.

Como la naturaleza dotó á las mugeres de un grado mas vivo de imaginación que á los hombres; y con muchos mas de sensibilidad, son mas impetuosas cuando piensan, y cuando escriben, y si les domina una pasión rencorosa, se olvidan de todas las convenciones, inmolando á su víctima y después la insultan. ¿Quién no ha rotos el odio y no se ha espantado, cuando Madama de Staël alza su pluma, para secudirla después sobre las cosas y los hombres, sobre los héroes y sobre los plebeyos, que cayeron en desgracia de su coquetaría literaria! Así que madama Tristan es tan mordaz, como cualquiera puede serlo, y sus rasgos críticos van acompañados de una viveza que sorprende, de una severidad que aterra, y de una gracia que seduce, encanta y empuja. Su obra es de aquellas que satisfacen al entendimiento, y son condenadas por el buen juicio. ¡Por qué, sin embargo, nos hemos de privar del gusto de estas bellezas pesadoras, en que sobresalen el ingenio y una destreza incomparable para escribir! Gracias al cielo, y á la educación que me dieron los Sres. mis padres, no soy tan maligno que quiera presentar á los mexicanos un objeto de diversion, á espensas de prójimos ultramarinos, ni ofrecerles un desquite de los agravios que por allá se nos inferen de tiempo en tiempo: las obras literarias se escriben para que se estudien y se analicen, y no es otra mi tarea, aunque el pobre de Juan Bull crea lo contrario. Me propongo seguir el mismo órden que he dado á sus asuntos madama Tristan, y comenzaré por la inserción íntegra del prefacio, y de una ojeada sobre Inglaterra que coloca al frente de sus paseos, aunque no es autor de ella.

Prefacio.

"Cuatro veces he visitado yo á Inglaterra, y siempre con el objeto de estudiar sus costumbres y su carácter. En 1826 la encontré muy rica: en 1831 lo era mucho menos, y la observé muy inquieta: en 1835, la miseria comenzaba á hacerse sentir en la clase media y en los trabajadores: en 1839 hallé en Londres una pobreza profunda en el pueblo; la irritación era extrema, y el descontento general.

"En la obra que ofrezco al público, no tengo la intención de pintar todas las miserias del pueblo inglés. Para esto era necesario escribir grupos voluminosos, la colaboración de muchos individuos, ó la vida entera de uno solo. Yo quiero solamente bosquejar las pocas cosas que he visto en ese país, y dar á conocer las impresiones que he sentido. Hablando con franqueza, tan distante del temor como de los intrumentos, yo he esperado abrir el camino en que deben entrar los que realmente quieren servir á la causa del pueblo inglés. Para cegar la fuente de los males, desvanecer las preocupaciones, y hacer cesar los abusos, es indispensable remontar con paciencia á las causas, no retroceder ni delante de la fatiga, ni de los sacrificios de todas clases, y dar á las investigaciones la mayor publicidad, con aquella intrépididad que es el carácter del apóstolado. Yo no me he dejado deslumbrar por las apariencias; yo no he sido reducida por las brillantes y ricas decoraciones de la escena inglesa; yo he penetrado en los bastidores, yo he visto el disfraz de los actores y el cobre de sus galones, y les he escuchado en propio idioma. En presencia de la realidad, yo he apreciado á las cosas en su justo valor. Mi libro es un libro de hechos, de observaciones recogidas con toda la exactitud de que soy capaz; yo me he precavido en cuanto he dependido de mí, de que me arrastre el entusiasmo ó la indignación. Yo he señalado los vicios del sistema inglés, á fin de que se procure evitarlos en el continente; y yo me encontraría suficientemente recompensado, si los gratos desengañar á mis lectores de las opiniones erróneas, ó de las ideas falsas que podían haber adoptado ligeramente, sobre un país que no se puede conocer sin haberse impuesto el penoso trabajo de estudiarlo.

"Uno de mis amigos que por el espacio de 30 años, ha mantenido relaciones con el gobierno inglés, ha escrito algunos rasgos sobre la política interior y exterior de Inglaterra, sobre sus relaciones comerciales con las naciones extranjeras y con los pueblos que están bajo su dominación. Yo coloco el artículo de mi amigo como introducción á la cabeza de mi libro, porque las ideas que contiene se hallan en armonía con las que he emitido en el discurso de mi obra."

Ojeada sobre Inglaterra.

"La aristocracia es la que gobierna la Inglaterra; ella la gobierna únicamente en su interés; el comercio se hace para su provecho; para ella son todas las rentas y empleos lucrativos en el ejército, en la iglesia y en la administración."

"Nosotros podemos seguir en la historia, la marcha progresiva de la aristocracia inglesa, y ver cómo en último resultado, las revoluciones y los acontecimientos de todas clases, han redundado en su beneficio. No hay necesidad de remontarse á la gran carta, arrancada por los barones al rey Juan, para reconocer la habilidad con la cual esa aristocracia se ha servido siempre del pueblo, para luchar contra el poder real; en la época de la reforma religiosa, ella se apoderó de los bienes de los conventos, y así respetó los bienes y diezmos de la iglesia romana, fué para que por otro medio llegaran á ser su presa. En efecto, los nuevos obispos se toman entre las familias poderosas; y ellas se lo parten todo con los propietarios de las tierras nobles, y también influyen en el nombramiento de curas, y participan de la renta de los diezmos. No habiendo sido representado jamás el pueblo en Inglaterra, jamás ha sido defendido. La cámara de los comunes, elegida bajo la influencia de los propietarios de tierras, constantemente se ha mostrado devota á la aristocracia, á la cual pertenecen todos estos propietarios. Así que se vió que bajo el ministerio de Pitt, no fueron llamados más que los propietarios á los comunes, despojándose á los proletarios para quienes los comunes se habían establecido. Esa asamblea siempre ha prestado su apoyo á los ministros que aseguraban por la guerra, despojos y pensiones á la nobleza, empresarios y mercaderes á los capitalistas, y para el pueblo la deuda creciente, que está invariablemente condenado á pagar sobre el pan que come, la cerveza que bebe, sobre el carbon que quema, el jabón de que usa, el aire que respira, y en fin, sobre todo lo que es necesario para su existencia.

"Las leyes de Inglaterra han concentrado la propiedad territorial y el poder político en un pequeño número de manos, y el progreso de las riquezas, tanto en comercio como en industria, ha tenido lugar en el sentido del principio sobre el cual el gobierno está fundado. El se ha creado una aristocracia comercial, cuya potencia reposa sobre inmensos capitales, y que hace causa común con la aristocracia feudal. Es indispensable para el comercio, poseer una fortuna tan considerable para dominar la concurrencia, y las manufacturas se establecen sobre escalas tan grandes, que la clase media no se halla en estado de luchar con los capitalistas, emigra ó acaba por confundirse en la masa popular.

"Todo concurre para hacer omnipotente al cuerpo aristocrático; las altas clases son las únicas que gozan de la educación universitaria; ellas administran la justicia, mandan el ejército y la marina, constituyen las dos cámaras, imponen su voluntad al monarca, y hacen soportar al pueblo todo el peso de las cargas públicas. En fin, tal es el grado de poder de la aristocracia territorial, que participa de todos los salarios y de todos los beneficios, por el monopolio que ejerce sobre la subsistencia. Así colocada y atrayendo sobre sí todas las riquezas comerciales, la aristocracia ha debido escoger como objeto de su política el aumento del comercio, á fin de poner á los proletarios y á la clase media en disposición de poder pagar las contribuciones que ella les impone. El motivo que ella indica está casi siempre encaminado á enmascarar su verdadero objeto, que no es jamas otro que el engrandecimiento de su fortuna. Al principio de la revolución el ministerio inglés prodigó el oro para formar coaliciones contra la Francia, cuya industria y espíritu de empresa formaban un obstáculo para la preponderancia mercantil de Inglaterra; y no fué al oprobio de la libertad al que persiguieron los ministros ingleses en Napoleón, sino más bien al hombre que habiendo comprendido el interés del continente, lo cerró á las mercancías inglesas. Ese gobierno, sin embargo de ser el soldado de las cortes liberales y de Fernando absolutos, en medio de la paz la alienta con socorros, llevando adelante su designio de asegurar el comercio de la América del Sur. En todas estas circunstancias, sea la administración Tory ó Whig, su política es la misma, y su objeto destruir todo lo que se opone al desarrollo de la industria mercantil de Inglaterra y al imperio universal de sus manufacturas, y en esta parte nunca se desmiente; además, este gobierno, indiferente siempre á la causa de la humanidad, ha combatido por el despojo ó servido á la libertad, según que lo han prescrito las ventajas del comercio inglés.

"No queriendo recibir la Inglaterra sin pagar derechos, otros productos del suelo continental, que las que alimentan sus fábricas, y reargando á los demás que se importan en ella sin derechos esorbitantes, es evidente que si los gobiernos del continente no usan de represalias, y no imponen sobre las mercancías extranjeras, derechos iguales á los que la Inglaterra impone sobre los granos, los vinos, los aceites, y los frutos del continente; es muy evidente, decimos, que la aristocracia inglesa con la aplicación completa de su sistema, tendrá á su disposición todo el dinero de Europa, y aun del mundo entero; mientras que arreglado en su seno

el precio de los salarios, por medio de contribuciones sobre las subsistencias, ella está colocada en la mejor situación para combatir en el exterior toda concurrencia extranjera. Este sistema sobre el cual insiste la aristocracia inglesa en querer que la Inglaterra funde sus relaciones comerciales, es de tal manera opresivo, que es la causa de la ruina de las naciones que están unidas á Inglaterra por tratados de comercio; y que actualmente sepulta en una miseria horrorosa, y aun reduce á la esclavitud á veinte millones de proletarios de los tres reinos; porque no solamente cesase la aristocracia que estos proletarios paguen por su trabajo setecientos á ochocientos millones de impuestos, sino que arrienda sus tierras al precio más elevado á que pueden llegar; y para alcanzar su objeto debe gravar con derechos esorbitantes las provisiones de todos clases, los vinos y aguardientes, los frutos y los granos, y en una palabra, todas las sustancias que vienen de fuera y pueden servir para el alimento.

"La aristocracia ha obtenido todas las ventajas de que es capaz su sistema: las tierras en los tres reinos, se arriendan por término medio, en un valor de cinco á siete veces mayor que el que tienen en cualquiera parte del continente. De ochenta á cien mil individuos, miembros de esa aristocracia, sus criados ó sus dependientes, viven permanentemente en el continente; sus gastos pueden ser estimados por persona á treinta francos por día, como término medio, y causa asombro la inmensidad de riquezas de esa aristocracia inglesa, y la prodigiosa habilidad que ha debido desplegar para hacer servir toda la actividad de la nación, únicamente para el aumento de su fortuna; de manera que únicamente para ella se mueven todos esos millones de máquinas, y trabajan los veinte millones de proletarios, y todos los pueblos conquistados.

"Claro es que si los ociosos de Inglaterra en número de ochenta á cien mil, consumen en el continente de ochocientos á mil millones, es porque la Inglaterra hace frente á este gasto, por medio de importaciones al mismo continente que exceden al valor de esa suma; y porque si los ingleses tienen estancada una enorme masa de los fondos públicos de Europa y América, y de las naciones industriales, también sus exportaciones exceden con ventaja á sus importaciones.

"La Inglaterra es la primera que estableció prohibiciones y derechos prohibitivos: partiendo desde la famosa acta de navegación de Cromwell, se ha visto que el gobierno inglés, se ha adelantado siempre en esta vía hostil, y se podría demostrar que la Inglaterra no ha llegado á esta preponderancia comercial, que ofende á todas las naciones, sino porque los gobiernos de la Europa continental, no han cuidado suficien-

temente de defender los intereses de sus súbditos respectivos.

“Parece también que el efecto del sistema continental establecido por Napoleón; fué una revolución para la Europa. Se vio que las mercancías de la India, los productos del Nuevo-Mundo y los artefactos de las fábricas inglesas, se amontonaban en los almacenes de Inglaterra, al mismo tiempo que ella experimentaba la mayor miseria; porque le estaba cerrado el acceso á los mercados del continente para vender las mercancías de todas clases. Estas mercancías y los productos de los dos mundos, son el lodo de Londres, según decía Barrera, y decía una verdad. Durante los años de 1811, 1812 y 1813, el cambio sobre Londres de una libra esterlina, tenía el valor de 14, 15 y 16 francos. La Inglaterra entonces lejos de poseer dinero para prestarlo á todo el mundo, no lo tenía para sí misma; una guinea cuyo valor es de 21 shillings, se vendía en 30, en billetes del banco de Inglaterra; y sin embargo, en el espacio de tiempo que transcurrió desde el principio de 1814 hasta el fin de 1815, el cambio sobre Londres llegó á la par de 25 francos, porque los puertos del continente ya estaban abiertos para las mercancías inglesas. Después, al cabo de algunos años de paz, esa misma Inglaterra que no producía en 1813 proporcionalmente á sus aliados subsidios en metálico, los daba letras de cambio con largos plazos, cuyas provisiones se hicieron en mercancías en el continente; esa misma Inglaterra, decimos, no solamente asistía con un millón para los gastos de los ingleses en el continente, sino que también prestaba sumas enormes á los estados de la América Meridional, y emprendía la esplotación de todas sus minas. Desde entonces quedó demostrado, que en el comercio con el continente, encontraba la Inglaterra insuperables riquezas, y que si las condiciones de este comercio hubieran sido tan ventajosas para el continente, como para Inglaterra, su gobierno no hubiera ejercido, durante cincuenta años, un ascenso tan irresistible en los consejos de Europa, y que no se creería ahora bastante fuerte para pretender que sobre todo se le den explicaciones, y que prevalezca su voluntad sobre la de todas las grandes potencias europeas.

“Abundando la Inglaterra en hierro y en carbón de tierra poseyendo las minas de estanho y de cobre mas ricas que existen; pudiendo vender todas las mercancías que le produce el monopolio de la India, y aventajando á todas las potencias de Europa por sus establecimientos manufactureros, es muy evidente que si por la elevación de los derechos que impone sobre los productos agrícolas que estas naciones le dan en cambio, ella restringe á su propio consumo,

ella absorberá por la venta de sus mercancías el numerario de las otras naciones, según que convenga á sus intereses hacerlo, lo que tendrá lugar actualmente, sin la manión de los rentistas ingleses en el continente.

“La Francia y las naciones del Norte de Europa, han seguido para su defensa respectiva, mas ó menos felizmente, el ejemplo de Inglaterra, y por la osageración ó aumento de derechos de aduanas, han destruido el equilibrio establecido por la Providencia entre el Norte y el Medio-día.”

“En todos esos países que forman el Boral del Mediterráneo, desde Ceuta hasta Constantinopla, desde el Bósforo hasta Gibraltar, la experiencia ha enseñado al agricultor que él debe plantar árboles en sus campos, para evitar que el ardor del sol vaya á secar el suelo. El cultivo de los árboles frutíferos, mezclado con el de los cereales, del lino, del cáñamo ó del algodón, ofrece el mas rico sistema de explotación rural de los países meridionales; sin embargo, este sistema no se ha adoptado mas que parcialmente, y no podrá ser seguido del todo mientras que el consumo de frutos no esté limitado en el Norte por derechos desproporcionados con el valor de los frutos.

“Cuando en las llanuras de Andalucía ó de la Mauritania, se observa la cantidad considerable de frutos de que están cargados los olivos, los almendros, las higueras, la grosura de las uvas, la hermosura de los morales, y la abundancia de naranjas, limones, cidras y otros frutos de esta especie, y en las ciudades de la Algeria esos numerosos camellos que conducen los dátils del desierto; cuando se reflexiona que todos esos frutos pudieran transportarse fácilmente al Norte que carece de ellos; sea en su estado natural, transformados en bebidas, ó vuelven capaces de conservación, y cuando se considera que la mayor parte de esos frutos no sirven solamente para la sensualidad de la masa del rico, sino que son también sustancias alimenticias; que los vinos y los aceites se hallan incontestablemente en esta categoría, y que si las frutas secas no son vistas en el Norte bajo este aspecto, es porque su carencia las pone fuera del alcance del proletario; cuando se advierte á esas poblaciones del Mediterráneo, cubiertas de antraxos, despoñadas sus llanuras de árboles y sin cultivo; y cuando se escuchan los gritos del hambre de las orillas del Rhin, de la Inglaterra y de la Irlanda, en donde los pueblos mueren de hambre sobre montones de tejidos, de lana, y de todos los artículos de fábrica humana, el corazón se desata en maldiciones contra el egoísta monstruoso de esos propietarios, quienes para arrendar mas caro sus tierras, llovan de hambre á los pueblos, y desde el Báltico

en hasta el Mediterráneo, paralizan el trabajo y detienen sus progresos.

“No puede formarse una idea de la abundancia con que esos frutos vendrían á producirse, del bajo precio en que caerían, si los derechos que en el Norte restringen la importación llegaran á quitarse; el cultivo sería entonces mas general, porque se vería alentado por la frescura que los árboles procuran al suelo, y por la venta de sus frutos; una libra de frutas secas exige menos trabajo que una libra de trigo; una vez nacido el árbol, la naturaleza es la que hace lo demás. Si el cultivo de la vinya se desarrollara en el Medio-día, sería allí tan bajo el precio de los vinos, que no habría bebida fermentada que pudiera venderse tan barata. ¿Cuánto se aumentarían los recursos del pueblo de las islas británicas, si se aplicaran al cultivo del trigo ó de las papas, las tierras empleadas en el de la cebada, ó si esta se transformara en pan, en lugar de serlo en cerveza! ¿Cuán considerable sería la navegación que requeriría el transporte de los frutos, y de las bebidas del Medio-día en el Norte! ¿Cuán inmenso aumento de trabajo, manufacturero y agrícola, nacería del consumo, por las poblaciones esclavizadas del Norte, de las bebidas y frutos del Medio-día, y por las poblaciones industriales del Medio-día, de los artefactos del Norte, y cuánto bien general por todo ello!

“La Inglaterra, por medio de sus tarifas, se ha constituido en hostilidad permanente contra todas las naciones, y la cuota de sus impuestos se aumenta todavía en la percepción, por los avalúos esagerados de las mercancías (1); sin embargo, ella pretende hacer recibir al extranjero los artículos de sus manufacturas, bajo de-

(1) Las leyes de las aduanas inglesas son tan numerosas, fueran un tal laberinto, y encierran algunas cláusulas tan capciosas, que los buques extranjeros están expuestos constantemente en los puertos ingleses, á sufrir la arbitrariedad. Desde siempre alguna ley que legitima el cobro, al el gobierno tiene por conveniente aplicada; así que, cuantas disposiciones legales arrojan las toneladas de los buques que pueden cargar tal especie de mercancías, el volumen y el peso que deban tener los fardos, declaran contrabando tal mercancía procedente de tal país, &c. la cláusula penal es siempre la confiscación del buque; una ley, entre otras, hace responsable á todo buque que pase de 150 toneladas, cuando á bordo se encuentra la mas pequeña parte del contrabando. Si la ley se aplica fuertemente, no habría un solo buque que pasara de nuestros puertos de la Mancha, que quisiera espionarse á Gibraltar, entendiéndose el riesgo de ser decomisado, por el contrabando de un anzuelo. Según las ordenes que las aduanas reciben, son mas ó menos severas, y ha habido un tiempo después de la paz, en que los buques franceses podían varar en la costa de Francia, mas bien que arribar á los puertos ingleses, por causa de los enormes impuestos que se les cobraban; y por ordenes ministeriales, se puso en vigor el acta de navegación. Se puede, pues, asegurar, que las reglas de las aduanas inglesas son enteramente arbitrarias.

rechos de 3, 5, 10 ó 25 por 100 cuando mas. Cuando los derechos impuestos sobre sus mercancías exceden de este último término, el ministerio inglés se irrita, hace amenazas, emplea la arbitrariedad contra la nación que ha manifestado tan poca consideración al gobierno inglés; mientras que los derechos ingleses sobre las mercancías de fabrica extranjera son de 35 á 60 por 100, y sobre los productos agrícolas del exterior que no son necesarios á sus manufacturas, los derechos impuestos por los aranceles ingleses llegan desde 100 hasta 600 por 100 (2).

“El tratado de comercio de Metuen ha arrojado mas profundamente á Portugal, que hubieran podido hacerlo muchas invasiones; y Portugal admitió las mercancías inglesas bajo los derechos de 10 por 100, de modo que Inglaterra le surtía de todo lo que consumía en artículos manufacturados, y venía desde el negocio del Brasil hasta al gran señor de Lisboa. Entretanto con el derecho de 7 á 3 shillings por galón, el consumo de vinos de Portugal estaba de hecho prohibido á la masa de la población inglesa; y la Inglaterra además no admitía en sus mercados los zincos y cañes de las colonias portuguesas, por no perjudicar á las producciones semejantes de sus propias colonias. Resulta de este sistema, que ni los vinos, ni los frutos de Portugal, ni el oro, ni los diamantes del Brasil han bastado para pagar el comercio inglés, y que la tercera parte de las tierras de Portugal hayan quedado baldías.

“Después de la paz, no ha respondido el gobierno inglés, la única condición del tratado de Metuen que era favorable á Portugal; condición por la cual el derecho sobre los consumos de los vinos portugueses en Inglaterra no debía exceder jamás del importe de las dos terceras partes del derecho mas alto, establecido sobre los vinos de otras procedencias; las mercancías inglesas no han dejado de ser recibidas en Portugal bajo derechos en extremo suaves; y el Brasil, aunque separado de la metrópoli, no ha creído que podía dejar de favorecer á las importaciones inglesas, mientras que el gobierno inglés que siempre ha usado, con suma habilidad, del poder para adquirir riquezas, y de las riquezas para adquirir poder, no ha concedido ni al Portugal ni al Brasil, la mas pequeña reciprocidad. Relaciones comerciales tan onerosas han empobrecido á los dos países, y todos los recursos de Portugal han sido absorbidos por el déficit en estanho al Brasil, al que la naturaleza ha dotado tan ricamente, y cuyas minas de oro producen anualmente un millón de

(2) Los derechos sobre el aguardiente de Francia, son de 60 francos por galón.

libras esterlinas á los accionistas de la compañía inglesa que las explota; el Brasil está reducido á no contar con otra moneda, que un papel desacreditado; la carencia de capitales impide el desarrollo del cultivo, y la miseria, estruendo que resalta de este estado de cosas, provoca diariamente levantamientos en las provincias.

Las órtes portuguesas se atribuyeron á tentar el establecimiento de otro sistema; ellas hubieran querido obrar para con las naciones extranjeras conforme á lo que estas naciones obraban con el Portugal; y en ejecución de este designio, los derechos sobre las mercancías inglesas hubieran sufrido algunos aumentos; pero el ministerio inglés ha castigado severamente esta audacia; ha tomado por pretexto el comercio de negros para ingresar en la policía de otras naciones, y ha establecido un crucero delante de las colonias portuguesas de Africa. Los cruceros ingleses han destruido á buques portugueses procedentes de Angola, cargados por cuenta de franceses ó portugueses, y los han enviado á Sierra-Leona y también á Inglaterra, sin tener ni un solo esclavo á bordo. ¿Cómo asombrarse de que las naciones europeas toleren esta piratería, cuando durante muchos siglos se han humillado hasta el punto de pagar tributo á los corsarios berberiscos? No sería sin embargo necesario empeñarse en algún combate para poner un término á las tiranías británicas; bastaría entenderse, y la independencia comercial de cada nación, quedaría garantida por el interés de todas en hacerla respetar. El continente cerraría sus mercados á los productos ingleses, y lejos de perder garantía con esto, porque es evidente que mientras el comercio inglés no se ejerce á iguales condiciones, será una verdadera calamidad para Europa.

Los países meridionales han sufrido mas que ningunos otros, por la organización actual del comercio, de lo que se convencerá cualquiera que recorra el territorio bañado por el Mediterráneo, y si se comparan lo que eran en el siglo XVII, y en la primera mitad del siglo XVIII, y lo que son ahora las fábricas que han iniciado al Norte de Europa en las artes industriales que ya no existen, y tambien los productos territoriales que tan considerablemente han disminuido. En Italia se nota menos este daño, por la muchedumbre que visita su antiguo suelo, para inspirarse, bajo ese cielo tan hermoso, con el génio de sus grandes hombres; mas dista mucho de la época en que Génova resistía á Luis XIV, y en que Venecia detenía los progresos de los turcos. La España del tiempo de la sucesión, es un coloso de poder y de riqueza si se le compara con la España de Fernando y de Cristina; y si seguimos el litoral Musulmán del Mediterráneo, quedaremos convencidos de

una declinación semejante. El Norte de Africa produce mucho menos en granos y en frutos que en otro tiempo; y el Egipto estaba arruinado cuando un frances lo ha llamado á nueva vida, introduciendo allí el cultivo del algodón. Por lo que toca á la Siria, á la Asia menor, á la Turquía europea, y á las islas del Archipiélago, han disminuido sus productos en una gran desproporción, respecto de los que se reunían en el siglo XVIII; esos países han disminuido mucho en numerario, y las poblaciones de las provincias turcas deben haber sufrido una fuerte disminución, si se juzga por la debilidad comparativa del imperio. Podrá decirse que esta decadencia debe atribuirse á las guerras, y á la opresión de los gobiernos; pero los cristianos han sufrido mas guerras que los musulmanes, y estos no son los únicos que han sido regidos despoticamente; tan lejos como puede conocerse por los documentos históricos, nosotros vemos al Oriente gobernado siempre por el despotismo, sin que su situación haya sido nunca tan deplorable como en la época presente; es, pues, indispensable que exista una causa general para la ruina del Medio día. La Serbia, la Bosnia, la Transylvania, la Valachia y la Moldavia, cuyos territorios son tan fértiles, y de donde se exportaban tantos granos, no producen lo bastante para la subsistencia del imperio, y las provincias rusas son las que lo alimentan; las provincias rusas son las que lo alimentan; la producción de granos, como cualquiera otra, se hace inferior á las necesidades cuando no hay seguridad de vender lo superfluo.

Los tratados de comercio, á los cuales ha hecho el gobierno inglés que suscriban las repúblicas de la América española, al principio de su independencia, no les han sido menos funestos que al Portugal y al Brasil. En toda la América del Sur, las mercancías inglesas son recibidas bajo derechos excesivamente bajos, mientras que en Inglaterra pagan derechos exorbitantes, los cacao, los azúcares y cafées.

«Echémos ahora una rápida ojeada sobre los países sometidos á la dominación inglesa.

«Si se leen con atención las relaciones de los viajeros, y los documentos publicados sobre el inmenso imperio que los ingleses han conquistado en Asia, se advertirá que esta espeluznada conquista señala por todas partes huellas profundas de opresión. En la India, que es víctima de todos los abusos de la fuerza, y de la autoridad, el déficit del presupuesto se aumenta anualmente. Es la magistratura, en la administración y en el ejército, reina una codicia desenfrenada, y los cultivadores, hloados á la desesperación por las esacciones; se organizan en bandas de ladrones y de asesinos, en todas las partes del extenso territorio regido por la compañía.

«El impuesto de la India, que no llega, comprendidos los tributos de los principos sometidos, mas que al valor de sesientos millones de francos, no parece enorme si se compara con las cifras de nuestros presupuestos europeos; pero en Europa el impuesto no es mas que una fracción de la renta disponible, cuando en la India no hace mas que absorberla, pues que frecuentemente sucede que no se dejan al cultivador las subsistencias. El suelo habia sido confiscado por los conquistadores musulmanes, y los conquistadores ingleses han conservado la confiscación, y la compañía inglesa percibe sobre las tierras un impuesto en dinero, equivalente á la mitad de la renta, y que las esacciones de los colectores aumentan considerablemente. En los países conquistados sobre los principos indígenas, se ha dejado el suelo á los cultivadores y propietarios que lo poseían; pero nada ganan ellos con esta propiedad nominal: la espiación, y las contribuciones sobre los pueblos, suben tan altos como los impuestos de las provincias musulmanas, y estas contribuciones no se perciben de una manera menos opresiva; por esto se ven obligados los principos indios á privar de la mitad de la renta á sus súbditos para poder satisfacer los tributos que les impone la compañía.

«Ninguna parte de este impuesto, arrancado por la violencia, se emplea en el interés del país, si se exceptúa una suma de 66,553 libras esterlinas destinadas nada menos que á la instrucción primaria de la población de ciento sesenta millones de habitantes que contienen las tres presidencias, que á cubrir la opresion con un barniz filantrópico, especie de charlatanismo en que tanto sobresalen los ingleses; exceptuando, repetimos, esta suma de una chocante insuficiencia, la totalidad de sesientos millones, es absorbido por el ejército y la administración.

«Este país es Eldorado de la aristocracia inglesa; allí es donde son colocados las segundas de las familias, donde la influencia parlamentaria hacen colocar sus protegidos.

«Los ingleses empleados en la India, son solamente titulados en las funciones que se les confían, porque no podrían desempeñarlas ignorando el idioma y las costumbres del país, y viviendo enteramente separados de las poblaciones, á las cuales tratan con el mas ultrajante desprecio. Estos funcionarios se hallan todos necesitados á tomar sus agentes entre los indios; é indios son en realidad los que ejercen el poder y los que gobiernan sometidos á sus soberbios amos; estos agentes como no temen ser objeto de alguna investigación, se permiten toda clase de concesiones, y lo mismo que sus amos, acumulan riquezas.

«Mas por opresor que sea este monstruoso

gobierno, las leyes comerciales de Inglaterra le son mas todavía, y arruinan á la India, como si fuera el único objeto que se hubieran propuesto. Así que la Inglaterra para favorecer sus colonias occidentales, rechaza casi totalmente de sus consumos, por la enormidad de derechos, los azúcares y cafées, de que podría la India surtir al mundo entero, si de alguna manera fuera protegido su cultivo. El añil, y la seda son casi todos los productos del suelo indiano que se hallan reclusivamente colocados en los mercados de Europa; los algodones de la India son cortos y poco propios para ser hilados, por medio de la mecánica; la mayor parte se exportan á China porque allí se hila todavía á mano. En los mercados de Europa no se venden mas que á muy vil precio, de manera que mientras que la agricultura indiana casi no recibe ninguna estimulo del comercio exterior, las importaciones inglesas anulan casi cualquier industria de la India, que durante algunos siglos habia aumentado en las riberas del Indo y del Ganges, las riquezas de todo el mundo. La habilidad del indio no puede luchar con las fábricas inglesas, y aunque su jornal es escaso, los tejidos de la India resultan mas caros, y no pueden sostener su concurrencia con los de Inglaterra.

«Hay, sin embargo, un cultivo en la India, al cual dispensan los ingleses toda protección, y este es el del renamo. El opio con que los ingleses emponzoñan á los chinos, es artículo de una inmensa explotación rusa; es para ellos una fuente de abundantes riquezas, y cierto es que no la han de renunciar, á no ser que mas tarde por la concurrencia cesase la venta de ser ventajosa, y entonces condenarían este comercio con las mas bellas declamaciones. Entonces será: *The most nefarious, the most obnoxious trade!* Entonces el gobierno inglés declarará que este comercio es semejante á la piratería, é interesado por la salud de otras naciones, establecerá empujos para evitar que se compre y se venda opio. Si los productos agrícolas de la India no estuvieran sujetos en Inglaterra á otros derechos que á los que pagan los productos de las manufacturas inglesas en la India; si en lugar de abandonar como presa á los caballeros viciosos y á los loores arruinados en los garitos de Londres, los sesientos millones arruinados al sudor de los indios; si no se pagara en la India á otros empleados que los que funcionan, y estos empleados no fueran pagados mas que en proporción con el precio de las subsistencias, y con los talentos que exigieran sus empleos; si en fin, el gobierno inglés quisiera obrar con justicia, defender á los pueblos indios contra las esacciones, propagar la instrucción entre ellos, y protegerlos como

criaturas humanas que Dios les ha confiado (3), la India entonces prosperaría, y las tres cuartas partes de los sesientos millones de impuestos, podrían aliviar á las clases laboriosas de los tres reinos de las cargas pesadas que las hacen sucumbir.

«No sería suficiente para que la agricultura tomara incremento en la India, el que el consumo de los productos agrícolas indios fuera protegido en Inglaterra, y sería necesario que el gobierno inglés admitiera en la India los artefactos de las otras naciones de Europa, con los mismos derechos que los ingleses; porque es muy evidente que si las manufacturas continentales continúan prohibidas en la India, los gobiernos del continente, si entienden sus intereses, favorecerán el consumo, los azúcares y cañeros de los países en que sus mercancías son admitidas con menores derechos, y harán por representar á los productos indios que no sean necesarios á sus fábricas con prohibiciones semejantes.

«No es solamente en la India donde el gobierno inglés desconoce los principios de moral universalmente admitidos entre los hombres, porque de la misma manera obra para con las colonias salidas de Inglaterra, para con sus súbditos nacidos en el suelo británico, y para con todos los pueblos del mundo. Jamás ha existido un gobierno en el mundo mas descaramente materialista, bajo formas mas hipócritas: léase esa larga serie de despojos cometidos en Irlanda, desde Isabel hasta nuestros días, esas leyes que prohíben á los irlandeses fabricar estofas de lana, y vender sus granos en los mercados ingleses, y es tanto mas notable esta opresión ejercida por la aristocracia inglesa y la iglesia anglicana, cuanto que se ejerce sobre una población católica, haciéndola mas destable el que teniendo esa aristocracia y esa iglesia á su disposición, las fuerzas de Inglaterra, nada tienen que temer, lo mismo que los funcionarios de la India, por los excesos que cometen. ¿Cuáles fueron las causas de la insurrección de los Estados Unidos de América, sino esas atroces iniquidades fiscales, mercantiles y legislativas del gobierno y del parlamento británico? No merecen atribuirse los últimos disturbios del Canadá, á la odiosa institución de un cuerpo de privilegiados que disfrutaban de todos los empleos, que no están sujetos á responsabilidad, y que aun han de aprobar según la voluntad del gobierno inglés, los actos de las asambleas coloniales; á esa maquiavélica institución de una cámara

(3) M. Westmanott dice en su obra, que el sistema seguido por los ingleses en Oriente, ha hecho necesario el establecimiento de gran número de prisiones que están repletas de señores desgraciados y de ladrones, mientras que en los estados indios, las casas de detención son muy raras.

compuesta de agentes del gobierno, y nombrada por el gobernador! En esa lucha impía de la fuerza contra los derechos sagrados de la humanidad, el ministerio inglés, esos *schégs*, esos pretendidos liberales, han derramado la sangre con una barbarie monstruosa, y esto en un siglo como el XIX. Los cadáveres levantados por el fanatismo político-religioso, son los deplorables efectos de las fiebres intelectuales, y los que se alarmaban á excesos semejantes, muy dignos son de nuestra piedad, que de nuestra execración; pero todo lo que hay de noble en la naturaleza se subleva á la presencia de esas condenaciones á muerte para sostener monopolios, pensiones, concesiones, y también para dar lugar á las confiscaciones.

«Confiscaciones! Ese gobierno que se dice liberal, y que se brida para la imitación del mundo, deja todavía subsistir en sus leyes esta arca del despotismo, y para castigar á un hombre, arrebató el pan á su familia. El gobierno inglés es indubitablemente de todos los gobiernos europeos, el que en los últimos 50 años ha hecho mayores progresos en la carrera de la verdadera libertad, porque el todavía confiscaba en 1840. Las propiedades de los insurgentes canadienses acaban de ser su presa.

«En el último siglo, el hizo un frecuente uso de la confiscación: cuando la conquista del Canadá, un número considerable de canadienses fueron expulsados del país, y despojados de sus propiedades; una parte de ellos ocupaba un cuartel de la isla de Santo Domingo, y varios de sus descendientes figuraban todavía en los estados de socorros en la época del directorio. En la toma de nuestras Antillas, los ingleses han obrado del mismo modo: los conquistadores se apoderaban no solamente de los almacenes de azúcar y café, sino que también confiscaban bajo diferentes pretextos los ingenios y los cafetales. Por último, la aristocracia inglesa no concibe ahora, como no lo concebía en la edad media, y en el siglo XVIII, que puede haber guerra sin botín: que lo pregunte el que lo dade á esas opulentas familias de los lorces, Cleves, Hastings y Wellesley, de esa porción de generales y militares de todos grados, que han tomado su parte en los grandes despojos de la India.

«Estado organizado el gobierno inglés en el interés esclusivo de la aristocracia, su sistema comercial durará mientras que está organizado subsista. Sin embargo, para mantener este sistema, el gobierno está comprometido á proporcionar nuevas salidas, porque las que tiene el comercio inglés disminuyen por efecto de la concurrencia de las manufacturas del continente, porque el aumento de la población y de la miseria, llevaría la contribución de los polvres á

tan alto punto que no pudiera ser pagada, y en fin, porque los disturbios son inminentes y amenazan destruirlo todo. El espíritu de empresa no falta al comercio inglés, y explota todos los mercados á que puede tener acceso; así que, para llegar á ellos, es indispensable triunfar de los obstáculos que los gobiernos oponen á la admisión de las mercancías inglesas, y es necesario triunfar por medio de la intriga, de la corrupción ó de la fuerza.

«Algunos años ha que el gobierno de la Gran Bretaña, prosigue su objeto por todos los medios imaginables, con un prodigioso ardor, y que dá una estension desmesurada á sus esfuerzos, se le ha visto asaltar con importunidades reiteradas á todos los gobiernos de Europa, y para seducir á la opinión, derramar por todas partes sus agentes, comprar pregoneros y pensionar á la prensa. Con el Austria lo ha logrado; esta potencia ha suscrito con Inglaterra un tratado de comercio. Que nos diga el hábil Metternich, si ha obtenido de los agentes ingleses, de esos astutos apóstoles de las libertades comerciales, que los vinos y los granos de Hungría, que los aceites y los frutos de Italia sean recibidos en Inglaterra con los mismos derechos *ad valorem* que los que pagan los tejidos ingleses en las posesiones austríacas. Claro es que por falta de esta reciprocidad Inglaterra se absorberá el numerario de Austria, ella en verdad lo restituirá á la Austria en subsidios cuando la alique para batirse en defensa de intereses ingleses. La Austria ha ganado, pues muy útiles aliados por sus concesiones; en efecto, el ministerio inglés le ha hecho esperar que en primera ocasión le prestará su apoyo, y la ayudará á apoderarse de los boses del Danubio, de la Valachia y de la Moldavia, á fin de colocar á la potencia austríaca entre la Turquía y la Rusia; y los grandes diplomáticos de la corte de Viena, se han erigido ya señores del camino de Constantinopla. En Madrid, Mr. Villiers, titulado despues Lord Clarendon, ha acusado en vano con sus solicitudes al ministerio español para obtener un tratado de comercio. Los diputados de la Cataluña, de Sevilla, y de todas las ciudades de España, en que subsiste todavía la industria manufacturera, han opuesto invencibles obstáculos al dependiente-negociante de la aristocracia inglesa. M. Henderson, consul inglés en Cartagena, en su obra intitulada: *La España, su situación actual y futuro*, publicada en 1830, calcula que con un derecho de 20 por 100, las importaciones de las mercancías inglesas en España, ascenderían annualmente al valor de veinte millones de libras esterlinas. M. Henderson hace notar muy bien la gran diferencia de precio que existe entre las mercancías catalanas y las inglesas; pero

olvida decirnos á conocer, con qué pagarían los españoles esos veinte millones de esterlinas de mercancías inglesas. Ciertamente, un tratado de comercio, por el cual las mercancías inglesas de todas clases, entraren en España, pagando un derecho de 20 por 100 y por el cual todos los productos tanto del suelo como de la industria española, entrarán en Inglaterra satisfaciendo igual derecho, sería de una inmensa ventaja para los dos países; pero no es así como lo entiende ni Mr. Villiers, ni Mr. Henderson: el tratado propuesto á España estaba redactado conforme á la antigua jurgaría británica, de establecer la reciprocidad por *aspectu* de mercancías, es decir, recibiría Inglaterra de España los algodones, los tejidos, la quinacalla, la lora, los artefactos en cuero &c., con el derecho del 20 por 100, y la España recibiría los mismos artículos de Inglaterra con el mismo derecho. Por lo que toca á las sedas, como España en algunos de sus artefactos, no es inferior á ninguna nación, la Inglaterra propina hacer ascender el derecho por las sedas de los dos países á un 40 por 100; en cuanto á los vinos, á los aguardientes, á los higos, á las pasas &c., se establecían derechos fijos, excediendo el valor de estos productos, y no se admitían en Inglaterra con derechos *ad valorem*, de manera que se hubieran encontrado fuera del alcance del obrero inglés, al paso que la mercancía inglesa hubiera penetrado en la casa del pobre mismo español, y en el palacio de la grandeza. Un tratado semejante de comercio, agotaba el numerario de España, arruinaba sus manufacturas, sin favorecer por esto á su agricultura; por lo demás, la España sabe hasta qué punto debe atenderse á la amistad de la oligarquía inglesa; ella conoce su amor desinteresado por la libertad de Europa y de América, y á falta de su propia experiencia, las cartas españolas tienen á la vista la brillante posición á que ha llegado Portugal por un tratado de comercio con Inglaterra, y no ignora las piraterías ejercidas por la marina inglesa sobre el comercio portugués.

«Las maniobras inglesas (4) tanto en Nápoles

(4) El artículo 5.º del tratado de comercio de 1816 entre la Inglaterra y el reino de las dos Sicilias, concede á los ingleses el derecho de adquirir propiedades en los estados de S. M. Siciliana. Los diarios ingleses se sirven de este artículo, y proponen que el rey de Nápoles no pueda censurar el monopolio del azúcar á favor del francés llamado Tris, porque según alega, por efecto de este monopolio las propiedades inglesas en Sicilia han disminuido su valor; mas, es claro que los ingleses que llevan á ser propietarios en un país, están exentos de las impuestos y monopolios que el soberano establece. Es evidentemente poner en cuestión la soberanía en sí misma, equitativa á esto, el que los americanos nos disputen el derecho de entrar el tabaco bajo el pretexto de que no les conviene.

«Los tratados de comercio establecen las condicio-

como en Viena, han prevalecido sobre los intereses del país que no fueron consideradas. Apenas el ministerio inglés entró en posesión de un tratado de comercio que ya se opuso al estanco del azúcar, como ya lo había hecho con el gran Señor contra los monopolios ejercidos por el pachá de Egipto, y es preciso convenir que es una rara impudencia de este gobierno que tiene sometidos á 100 millones de indios al monopolio de su comercio, el que interviene en la administración interior de otros países para hacer suprimir los monopolios que lo perjudican. Algunos años ha que habiendo mandado el pachá de Egipto por al mar Rojo para la India, un cargamento de algodón hilado, las antenas inglesas le hicieron pagar el derecho de 60 por 100. El pachá pudo desde entonces tener derecho de imponer un 60 por 100 sobre las mercancías inglesas importadas en Siria y en Egipto, pero no es bastante fuerte para usar de represalias, y lo mismo que todos los estados débiles, tiene que someterse á las voliciones del comercio inglés.

«Hay todo el mundo convicido en las riquezas de Inglaterra, resultan mucho menos de su industria productiva, que de la opresión de los pueblos conquistados, y de las condiciones todas á su favor, con que hace siempre su comercio con las naciones independientes, y del asistente tiránico de los que se hallan fuera de situación de luchar con ella. Las proposiciones del gobierno inglés se ejecutaban en Europa con la mayor desconfianza; la confederación de las aduanas alemanas antes de establecer su nueva palabra, ha exigido que los reyes del Báltico no pagasen en Inglaterra otros derechos, que los que las aduanas inglesas pagan en Alemania.

«Solamente en el Oriente es donde el ministerio inglés encuentra esa buena fe sin desconfianza, eso candor, esa ignorancia completa que tanto le acomoda para tratar. Su tratado de comercio con la Puerta no impone mas derechos

nes respectivas para las naciones que comercia con él; pero como las naciones todas han recibido más de otras, estos tratados no son obligatorios sino mientras existan los motivos que los hicieron suscribir. Estarían muy dispuestos de querer decir que los gobiernos alguna vez quieren libres de las obligaciones que les impone el derecho de gentes; pero así sería muy odioso tiranía el pretender que en todo gobierno que una nación fuera viciada para siempre de la incapacidad ó de la corrupción de un ministro. Hasta aquí se ha concedido á la fuerza el derecho de imponer tratados obligatorios; pero por sí solos que sean las tropas diplomáticas, ellas no consiguen á las zonas otro derecho que el de la fuerza. Conforme al modo de entender las cosas por el ministerio inglés, él considera como vicio de Inglaterra á todo pueblo que ha celebrado con ella algún tratado de comercio, y quiere las armas para hacer ejecutar las obligaciones que es absolutamente volver á caer en la barbarie, y no reconocer otro derecho que el de la fuerza.

que un 3 ó 5 por 100, á la entrada de las mercancías inglesas en el territorio otomano, y nada estipula sobre la admisión de las producciones turcas en Inglaterra, que continuarán en ser gravadas al arbitrio del gobierno inglés.

«El Asia central ofrece al comercio inglés las mismas ventajas, y Trebisanda es su depósito; los ingleses mandan á él anualmente el valor de tres millones de libras esterlinas en mercancías. Hasta 1831 fué cuando el gobierno ruso pensó en defender á sus pueblos contra la invasión de las mercancías inglesas, y les impuso un derecho de tránsito cuando atravesaban la Georgia; por consecuencia de esta medida, el comercio inglés se vio precisado á tomar un camino mas largo, y disminuyó su importancia, al paso que el comercio ruso con Khiva, Bakhara, Candahar y Caboul se aumentó considerablemente. Desde entonces el gobierno inglés concebía el pensamiento de anular el comercio ruso en el Asia central, y de reemplazar por el ruso.

Desde esta época sus agentes en Constantinopla han surtido constantemente de armas á los pueblos del Cáucaso, y sus emisarios en la Circasia y en el Turcomán; han enviado las tropas á la revuelta, á las incursiones sobre el territorio ruso, y á las correrías de los bandidos. El gobierno inglés no se contentó con esto; la guerra de los Persas en el Afganistan, la resistencia del Shah para conceder un tratado de comercio á la Inglaterra, sin embargo de que admitía las mercancías rusas en Persia, aumentó estorbos para el proyecto del gobierno británico, de destruir la influencia rusa en el Asia central (5), y amaron de terminar la expedición inglesa en el Caboul.

«El gobierno inglés había enviado desde la India á la América central, para reconocer las dificultades que la expedición debería encontrar y proporcionar alianzas. Vemos en el informe de Barnes, uno de sus agentes, publicado para instrucción del comercio inglés, que los primeros comerciantes y el visir de Bakhara le había asegurado, que importaciones mas considerables de mercancías inglesas, y sobre todo de telas blancas, de machinas de algodón y de lana, darían por resultado la destrucción de ese favoritismo del comercio ruso.

«Esta ahora, todo le ha salido bien al gobierno inglés, ya se dejó concebir el efecto que

(5) Desde las campañas de 1828 y 1829, los rusos dominan en Persia por la alta idea que ese hábil gobierno ha sabido impartir á sus tropas. Enormes sacrificios había costado á la Inglaterra, anular el proyecto del general Gardane desde aquella época hasta 1828, ella había surtido á la Persia de instrucciones para sus tropas, de nombraciones y de dinero. Sin embargo ya no existía en Persia, cuando emprendió su expedición sobre Caboul y Candahar, una idea que en la Rusia dejará en paz dominar á los prefectos ingleses.

ha debido producir sobre las imaginaciones, la marcha de un ejército que en siete meses ha recorrido mas de quinientas leguas, y allanado todos los obstáculos opuestos á su triunfo.

«Mas si veinte mil ingleses han podido marchar desde Bombay hasta Candahar y Caboul, también está fuera de duda que cincuenta mil rusos pueden dirigirse desde Astrakhan hasta Calcuta (6). El emperador de Rusia en su declaración de guerra contra el Kan de Khiva (7), anuncia que tiene por objeto fortificar la legítima influencia de la Rusia sobre aquella parte del Asia; podría decirse modésta sobre la del Lord Auckland, porque la Inglaterra se presenta siempre como protectora de los pueblos que despoja.

«Por el tratado de 20 de Julio de 1828, el Shah Soodje á quien los ingleses han instalado en el Afganistan, se entró en negociación con ninguna potencia extranjera, á defender el territorio inglés, á recibir las mercancías inglesas, y á no adoptar con relación al comercio que podría abrirse con la Rusia, otras medidas que las conformes á los intereses ingleses.

«Las tropas de la compañía de la India, se han apoderado de todo el curso del Indus y así han desaparecido los obstáculos que entorpecían las relaciones comerciales entre la India inglesa y Caboul, por los derechos excesivos que los gefes indigenas cobraban sobre la navegación del río, y el gobierno inglés concibe las mas liasones esperanzas de su nueva conquista (8).

«Apenas el gobierno inglés ha puesto por la fuerza de los tratados un nuevo país á disposición del comercio inglés, cuando los artefactos y las exportaciones inglesas se pusieron al nivel del nuevo mercado abierto, y dentro de pocos años será necesario emprender nuevas guerras, y conquistar nuevos compradores.

Entretanto la aristocracia inglesa declina con un tono autoritario contra las ideas de engrandecimiento de la Francia, y contra la ambición de la Rusia, y sin embargo la Europa alguna vez con paciencia desarrollará el monstruoso sistema de Inglaterra.

(6) El poder de los ingleses en la India, depende de la opinión que de él tienen los pueblos; al primer revés que ellos sentirían, se levantarían los odios contra ellos en todas partes, y los abandonarían. Westwalli radice reformar fundar á uno de sus camaradas que habla á quien en un momento de guerra; este hecho en de una inmensa importancia, y no debe ser el índice de este género.

(7) Esta primera expedición ha regresado sin haber podido llegar á Khiva, por causa de los ruidos de la estación; mas no es probable que el emperador se contentara con esto.

(8) Los diarios de Bombay señalan, que á principios de Octubre de 1829, varios comerciantes afganos llegados de Caboul, habían comprado efectos por valor de cuatro lacs de rupias.

«Entretanto la Francia y la Rusia jamás han conquistado pueblos que no hayan incorporado en su unidad, sin establecer diferencia entre vencedores y vencidos; al paso que la oligarquía Inglesa, invade los pueblos para enriquecerse; y los somete á recibir sus mercancías exclusivamente, mientras les queda un espolón de que pagaries. La Italia ha prosperado bajo la dominación francesa, é inmensos trabajos artísticos se han ejecutado en su suelo; la Crimea ha progresado asombrosamente desde que se agregó á la Rusia; mientras que los pueblos de la India forman votos para que nuevos conquistadores los liberten del yugo que los oprime.

«La India inglesa, por las conquistas hechas sobre los Birmanes, se acerca al celeste imperio, y en estos momentos la Inglaterra emprende una expedición sobre la China. Los ministros proclaman que lo hacen para vengar su honor ofendido. ¡El honor de la Inglaterra, interesado en el envenenamiento de los chinos! Así es como ese gobierno moral confiesa su convivencia en el contrabando de opio que hacia el comercio inglés en China, y recurre á la fuerza para obligar al emperador de China á tolerar ese comercio de asesinatos. ¡Ha habido jamás un gobierno que emprenda una guerra con intención tan infame! La aristocracia inglesa logrará, sin duda, hacer triunfar lo que llama su honor; ella podrá continuar enriqueciéndose con la venta del veneno (9); ella someterá á la China á recibir el opio, y todas las mercancías que convenga al comercio inglés llevarle. El gobierno inglés fijará por sí mismo los derechos de importación de sus mercancías, y los de exportación á las mercancías chinas; y no es probable que se abstenga de reglamentar los derechos de aduana del comercio de la China con las otras naciones. Después de haber despojado de esta manera al emperador del celeste imperio, de su soberanía, el ministerio inglés, hará, para asegurar la ejecución del tratado, ocupar las ciudades chinas por un ejército; las dificultades que después se oírocurán sobre la ejecución de este tratado, acrecentarán una nueva guerra, y se realizarán entonces la conquista completa de la China. Ya se asegura que así como en la India, se formarán tres presidencias en la China. ¿Cuántos empleos habrá que dar á los miembros de los dos cámaras!

«La Europa debe al maravilloso progreso de sus fabricas, el desarrollo inmenso que han tenido sus exportaciones para el Asia oriental. La

(9) El suplente de Elliot acusa en su correspondencia á los chinos, de haber envenenado los pozos. Suponiendo si hecho probado, el ministro inglés dice, que este es un atentado contra el derecho de gentes, y el mismo ministro ningún interés manifiesta de hacer cesar el comercio del opio.

(10) Los diarios de Bombay señalan, que á principios de Octubre de 1829, varios comerciantes afganos llegados de Caboul, habían comprado efectos por valor de cuatro lacs de rupias.

(11) El suplente de Elliot acusa en su correspondencia á los chinos, de haber envenenado los pozos. Suponiendo si hecho probado, el ministro inglés dice, que este es un atentado contra el derecho de gentes, y el mismo ministro ningún interés manifiesta de hacer cesar el comercio del opio.

Inglaterra se reserva para sí sola, proporcionar los artículos manufacturados que consumen en la India ciento sesenta millones de habitantes. El continente, privado del comercio de la India, se dejará también quitar el de China! La China consume diez veces más de mercancías de Europa que la Turquía, y la cuestión nos parece mucho más importante que la de Constantinopla; la Turquía es impotente para regenerarse por sí misma, y convendría mejor ciertamente á los intereses del continente, que el paso de los Dardanelos estuviese en poder de Rusia que en el de Inglaterra.

Así es que en todas partes encontramos pruebas de nuestra aserción, que el sistema inglés es el azote del mundo; si reduce á la deseseración á ciento sesenta millones de indios; arruina á las naciones ligadas por tratados de comercio con Inglaterra, é impone la más dura de todas las servidumbres á veinte millones de proletarios que habitan las islas británicas.

Derecho único. Las relaciones comerciales de las naciones, no serán igualmente ventajosas para todas, que cuando los productos territoriales y los artefactos pasan de una nación á otra sometidos á un derecho único, igual en todas las naciones.

Pasando todas cosas semejantes y diferentes en cantidades diversas, es muy evidente que el sistema que fija derechos distintos para cada especie de cosa, forma todo un obstáculo para que las cosas se pongan al nivel entre los diversos países, conforme á sus necesidades respectivas; en efecto, los cambios no pueden hacerse entonces en toda la extensión de las necesidades, porque la mercancía que sufre menores impuestos, es tomada en mayor cantidad y en mayor valor que la mercancía sobrecargada de derechos; de aquí resulta que la diferencia entre los cambios, no puede igualarse más que con dinero, y que las naciones están expuestas á constantes perturbaciones, por la fluctuación del numerario que circula.

Resulta por las combinaciones de este sistema que una nación vende á otras mucho más de lo que compra, que de esta manera se atraiga constantemente el numerario; que el aumento de éste, haciendo crecer el precio de las cosas, obligue á una parte de los ciudadanos á vivir en los países vecinos; y como en Inglaterra el poder social se encuentra en manos de los propietarios, ellos obligan por medio de este sistema á los proletarios, á huir, á morir de hambre, ó á ser sus esclavos, y como esta nación ha llegado, por sus progresos en la mecánica y la potencia de sus establecimientos, á fabricar más barato que ninguna nación, y á poder surtir al mundo entero con los artículos de sus fábricas, su gobierno por este sistema hace dependientes á to-

das las naciones, porque ninguna de ellas puede recurrir á represalias.

Los productos del suelo y de las fábricas, forman las riquezas movilizadas de un país, y con estas riquezas se pagan los derechos, los impuestos y contribuciones de todas clases. La relación de la totalidad de los impuestos (10) con la totalidad de los productos, forma el impuesto medio que pesa sobre los gravámenes. El precio de los salarios, de las materias primeras, de las locaciones de tierras y de edificios, y aun el precio del interés de los capitales movilizables, se aumentan en una proporción mayor ó menor por los diversos impuestos, y en consecuencia el precio de los productos se aumenta en la cantidad en que estos impuestos gravan á todos estos elementos de producción. Así que si la relación del total de los impuestos con el total de los productos es de un quince por ciento, el impuesto medio que pesa sobre toda la producción, es de quince ó veinte por ciento.

Los economistas del último siglo no querían otro impuesto que el territorial, y en este sistema, las aduanas quedaban suprimidas; pero es muy evidente que mientras el género humano está dividido en varias naciones con cargas legales más ó menos pesadas que soportar, este sistema no podrá existir; en efecto, aumentado el precio de la producción por los impuestos, el de aduanas es el único que puede igualar entre los países las cargas legales, que pesan sobre la producción. Si los productos del extranjero fueran admitidos con un derecho demasiado inferior al impuesto medio del país, el trabajo no sería suficientemente protegido, así como este trabajo estaría del todo sin protección, si los productos del país no fueran recibidos por el extranjero, bajo los mismos derechos con que se reciben los suyos.

No existe un país en Europa donde el total de los impuestos exceda en mucho al valor de la quinta parte de todos los productos del territorio y de la industria; así, pues, dos naciones que recibieran recíprocamente sus productos con el derecho de un veinte ó más bien de un 15 por 100, desnivelarían el trabajo de algunos cultivos y de algunas fábricas; más como el objeto de este derecho no es reducir los consumos, la producción total sería proporcionada á la producción de los dos países.

Dios ha equilibrado las ventajas respectivas de cada país, por la diversidad de los productos y las ventajas que resultan de las facultades corporales é intelectuales de las naciones, por la diversidad de capacidades. El comercio no puede tener lugar sino recibiendo un artículo

(10) La palabra impuestos se toma aquí en la acepción general que comprende á toda suma impuesta por la ley y cuyo pago es exigible por el estado.

como equivalente de otro; la ley no podría pues establecer la reciprocidad comercial entre dos países, sino por la adopción de un derecho único para los productos de todas clases, sea que provengan directamente del suelo, ó de la industria manufacturera, ó de la igualdad de derechos de navegación. La reciprocidad comercial es entonces verdadera, porque se funda sobre la ley providencial. Es imposible establecer entre dos países por la distinción de las cosas; porque para llegar por este medio á la igualdad de una y otra parte de ventas y de compras, de donde resulta la igualdad de ventajas, era indispensable apreciar primero de una manera exacta las cantidades y valores de los artículos de todas clases que los dos países producen, y en seguida, la cantidad y el valor de los artículos que los dos países consumirían, con el derecho especial que se señalara á cada uno de estos artículos; pero estas cantidades y valores se escapan de todo cálculo; así pues, fuera de la igualdad de derechos para todos los artículos, no hay entre dos países, más que errores y sorpresas intencionales, que provocan incessantes reclamos, hacen nacer rivalidades y odios, y obligan á las naciones á aislarse por prohibiciones, ó por derechos más ó menos restrictivos.

Matemáticamente está demostrado que por la reciprocidad que se funda en la unidad del derecho, las relaciones comerciales entre dos pueblos adquirirían todo el desarrollo posible, y es indudable que las inmensas ventajas que resultarían para cada uno de ellos, harían adoptar universalmente esta reciprocidad entre los pueblos civilizados; entonces desaparecerían las preocupaciones hostiles que existen entre las naciones; entonces la propagación de los descubrimientos de las ciencias, se haría con una extrema rapidez, y la armonía comenzaría á reinar entre los hombres.

Si los gobiernos de Europa reflexionasen la prodigiosa extensión que tomarían sus estados respectivos, el consumo del azúcar, del café, del té, del cacao, del vino, del aceite y de las frutas &c., si los derechos quedaran reducidos al 15 por 100, que es sobre poco más ó menos, el término medio sobre el impuesto de la producción europea, si nos limitáramos el aumento de cultivo que tendrían los cereales, así como todos los productos agrícolas si fueran admitidos en todos los países con un 15 por 100 de derechos, y en el impulso que recibirían la explotación de minas y la industria manufacturera, convendría en que esta medida exceda actualmente en importancia á todas las que ocupan el pensamiento. En efecto, con esta modificación de derechos, los consumos llegarían á su máximo; las mercancías de todas clases

obtendrían la mayor circulación, los más altos precios y la más pronta venta, de donde resultarían la producción más abundante, y el principio de locación el más bajo para los dos principales instrumentos del trabajo, los capitales y la tierra; porque la pronta realización de las mercancías hace bajar el interés, y el acceso de los mercados para los productos de la agricultura extranjera, disminuye también infaliblemente los arriendos.

Las naciones conocen demasiado sus intereses para que no se penetren pronto de que la reciprocidad en sus relaciones comerciales es imposible de otra manera que por la igualdad de derechos impuestos sobre los productos de todas clases; y como la reciprocidad es el derecho innato de todos, y una nación que no está dominada, puede siempre en sus relaciones comerciales, obligar á otras á la reciprocidad, usando de represalias para con ellas, está fuera de toda duda que esta reciprocidad es en definitiva, la sola que no es ilusoria, la sola que deja á los pueblos el pleno y entero goce de las ventajas que Dios ha dado á los países que habitan, y á los que han conquistado por su talento y por su trabajo, y por lo cual es imposible que los pueblos no adopten para sus relaciones comerciales sucesivamente, la sola reciprocidad que es verdadera.

La aristocracia en Inglaterra, se afana por alzar á los fabricantes, los mercaderes, los comerciantes, y en fin, á todos los individuos de la clase media, sobre las intenciones de los trabajadores; pero estos no reclaman el sufragio universal, más que con el objeto de llegar á la libertad comercial, y á una justa repartición de las cargas y de las ventajas de la sociedad. La clase media se halla tan interesada como los trabajadores, en que la venta de las mercancías inglesas no se restrinja en el extranjero por el obstáculo que opone el aumento de derechos al hacerse la venta en Inglaterra de los productos agrícolas del extranjero; porque así como por la adopción recíproca de una unidad para el derecho de aduanas impuesto sobre todas las cosas, el trabajador obtendría la subsistencia, al precio más bajo posible, y subiría el precio de los salarios, así también por efecto de esta reciprocidad, los negocios comerciales recibirían el mayor desarrollo posible, y ciertamente la clase media no está menos interesada que los trabajadores, en hacer triunfar el principio de la repartición de los impuestos en la proporción de las rentas, y en la distribución de los empleos, con relación á los talentos, porque sobre ella y sobre los trabajadores, pesan todas las cargas sociales, al paso que los empleos lucrativos y las rentas, son todas para la aristocracia.

«La clase media es en Inglaterra demasiado ilustrada, para que razonablemente se pueda temer que la cognición; así pues la aristocracia no cuenta para persistir en su sistema, más que con los tratados de comercio que obtiene por la intriga ó el temor, y con los sucesos de sus armas. Pero los pueblos se ilustran cada día más, y como no puede suponerse—que consienten voluntariamente en ser burlados, todos los que los sea posible sin peligro romperán los tratados comerciales con que el gobierno inglés ha creído amarrarlos. Se cree que el Brasil y las repúblicas de la América del Sur, no llegarán á cesar la reciprocidad de Inglaterra, y que sobrevienen largo tiempo todavía que los azúcares, el cacao, café, vainilla, y otros productos de su suelo, sean gravados en Inglaterra con derechos tan exorbitantes que escapen muchas veces del valor del artículo? Como la situación de estos pueblos es cada vez más crítica, se han de ver obligados á cesar, que todos sus productos sean recibidos en Inglaterra con los mismos derechos con que ellos reciben los artículos de manufacturas inglesas, y de otras naciones. Todos los estados del continente europeo adoptarán la misma conducta respecto de Inglaterra, y si ella no cede, harán de represalias. En cuanto á los mercados conquistados por las armas inglesas, no es probable que pueblos tan gloriosos y tan bravos, dejen pacíficamente consolidarse la dominación inglesa en el centro del Asia. El czar, su jefe supremo, no podría sufrir sin disminuir el afecto que lo profesa. No podemos persuadirnos que el emperador de Rusia tocare la formación de un imperio británico en el Afganistán, que deje á los ingleses dominar en Herat, en Caboul, en Candahar y Bakikina, y pierda así toda la influencia adquirida sobre la Persia, por las brillantes campañas de 1825 y de 1829. Menos podemos creer que la Europa sufra que los ingleses se establezcan en la China, ó la dominen: el gobierno inglés está muy lejos de hallarse en una situación que justifique una ambición tan gigantesca; en efecto, si se quieren cesaminar sus medios de acción, son más débiles y más precarios de lo que generalmente se imagina. Su ejército es uno de los más débiles de Europa; los habitantes de las ciudades están animados contra el gobierno, de un espíritu de resistencia tan hostil, que no se atreve á reclutar sus soldados en ellas, y se ve obligado á tomarlos en los campos distantes de las ciudades. Aunque es cierto que las islas británicas contienen 24 millones de habitantes, la población urbana compone las dos terceras partes de la general, de lo que resulta que 5 millones son los que hacen la recluta en el ejército. En este estado de cosas sucede que mien-

tras se gastan enormes sumas para hacer engrasar anualmente de 90 á 100 mil individuos de Inglaterra, el gobierno inglés hace guardar á la India con tropas indianas, y que la mayor parte de los regimientos de la expedición contra China, sean igualmente compuestos de estos soldados. En cuanto á la potencia financiera de la Inglaterra, es conocido el secreto: se sabe que si todos los estados del continente, imponieran derechos de un 50 por 100 sobre sus mercancías, ella quebraría. Sin embargo, si se atendiera no más á la arrogancia del lenguaje de que se usa en la cámara de los lords, se creería que esos orgullosos señores son los dueños del mundo.

«Nunca tiene el negociante más necesidad de que su prosperidad se crea que va en creciente, que cuando ella va en declinación. Si se eacara de dar tanto crédito á la fortuna de Inglaterra, ella perdería su influencia en los consejos de Europa, y no podría ya intimidar á los reyes, para hacerse entregar las riquezas de los pueblos, por medio de tratados de comercio.

«El gobierno inglés ha obtenido siempre inmensas ventajas, por las ideas grandiosas que ha cuidado de propagar sobre la inmensidad de sus recursos financieros, y ahora más que nunca siente la necesidad de imponer; esta es la razón porque sus numerosos agentes se derraman por todas partes: ellos son caballeros de moda, cuyo buen tono, cuyas finas maneras y el gran trato del mundo, forman contraste con el estúpido orgullo, y el grosero exterior de la muchedumbre inglesa que permanece en el continente. Sus agentes se encuentran en todos los grandes salones de Europa, se hallan al corriente de todo, no hablan más que á propósito y con exactitud; su misión es mantener una alta opinión de Inglaterra, desacreditar todo lo que puede debilitarla, verlo todo, adquirir conocimiento de los secretos, y transmitir á su gobierno cuanto descubren.

«Se ha querido presentar como un hecho sin consecuencias, la disminución de 90 mil libras esterlinas, que han sufrido los ingresos de Inglaterra. En los grandes estados del continente, en que casi todos los ingresos proceden de los impuestos sobre las propiedades, un déficit semejante no tendría más que una débil importancia; pero en Inglaterra, en que la mayor parte de las rentas públicas, proceden de los impuestos sobre los consumos, una disminución en los ingresos anuncia siempre de una manera cierta, la miseria pública.

«Las personas que conocen el interior de Inglaterra, no se dejan seducir por esos tonos pomposos en que las importaciones, las exportaciones y la marina, son vistas en una progresión ascendente; ellas saben muy bien, que por

el hecho de la concurrencia y del inmenso desarrollo que han tomado sus medios de producción industrial, que los fabricantes no podrían comprometer sin perder el capital enorme que representan sus vastas fábricas, y sus innumerables máquinas, no obteniendo más que raras veces, el interés de este capital por el trabajo exorbitante de 16 horas por día, trabajo pagado á tan corto precio, que el obrero no puede vivir de su salario. Las personas que están al corriente de los negocios comerciales, saben que en estos tres últimos años, los fabricantes ingleses han hecho cuanto ha estado en su poder, para arruinar las manufacturas extranjeras: que han hecho vender á cualquiera precio en el Brasil, y en toda la América del Sur, sus mercancías, las que pierden todo su valor, por el demérito que han sufrido los artefactos ingleses en su calidad. Una escasez extrema de dinero, se ha hecho sentir en Inglaterra, durante los dos últimos años, y la penuria ha sido tal, que el banco inglés se ha visto precisado á pedir prestado al banco de Francia su embargo, se ve en los estados del movimiento comercial comunicados al parlamento por el ministro, que la exportación creció en 1838, á la importación, en veinte y siete millones, noventa y cinco mil, trescientas sesenta y ocho libras esterlinas, y en 1839, en cuarenta millones, novecientas dos mil veintiocho libras esterlinas.

Se debe de aquí concluir, que los gastos de los ingleses que hacen manchar fuera de su país, y las pérdidas sufridas en la venta de las mercancías, han absorbido una suma más fuerte que la que representa el excedente de la importación, sobre la exportación en los años de 1838 y 1839, porque las escaseces que sufrió entonces Inglaterra, demuestran que una masa enorme de numerario, había sido esportada. Así que, cualquiera que sea la cifra á que los nuevos tratados de comercio, y las nuevas conquistas, puedan hacer subir las exportaciones inglesas, la miseria pública en Inglaterra no será menos grande, porque procede de todo el sistema de organización de la sociedad inglesa. Las personas cuya renta es moderada, no pueden permanecer en un país en que la subsistencia es tan cara, y las que poseen pequeños capitales, nada pueden emprender; los salarios de los proletarios, tampoco podrían aumentarse. Las facultades productivas de las máquinas de Inglaterra, y la potencia de sus motores, podrían surtir de artefactos á toda la población del globo; de acuerdo que cualquiera que sean las demandas de fuera, la producción, es siempre excedente; el fabricante no puede entonces continuar moviendo sus máquinas, y empleando sus capitales, más que disminuyendo los salarios y aumentando las horas de trabajo. El cultivo

de tierras ocupa el menor número de brazos posible, y todas las mejores tienden también á disminuir el número, porque el objeto de la agricultura inglesa, no es producir la cantidad de alimentos necesarios para los habitantes, sino el obtener la mayor venta posible; así, que los caballos de lujo que se venden al consumo interior, ocupan la cuarta parte del suelo. Resulta de este estado de cosas, que para una población de 12,000,000 de habitantes que encierra la Inglaterra, sufre un impuesto de 250,000,000 de francos para sus pobres; que la Escocia está igualmente sobrecargada, y que en Irlanda, la tercera parte de la población muere de hambre en la mitad del año.

El consumo de todas las cosas disminuye en los tres reinos, como lo asegura Mr. Loloche, y la lepra de la miseria hierde á las masas del pueblo, á pesar de los nuevos mercados que la diplomacia y las armas inglesas han abierto, y el aumento enorme en la exportación que resulta; pero si las importaciones se hallan tan restringidas es porque la aristocracia inglesa prohibe á 20 á 22,000,000 de habitantes, si no es que á 24, el uso de vinos, aguardientes, frutas del continente &c., y porque los cereales y todas las sustancias alimenticias, están sujetas á derechos prohibitivos.

Si la Inglaterra adoptara para con las naciones la reciprocidad fundada sobre un derecho de 15 por 100 para todos los mercancías, el consumo de artefactos ingleses se aumentaría en el exterior, en una proporción de que no se forman idea; las personas que no han fijado su atención sobre los diversos pueblos de Europa, del litoral africano, del Mediterráneo, y de toda el Asia, que no han cesaminado el gran número de cosas que les falta para su comodidad, y que no pueden sufrir por causa de las tarifas ocultas, que les privan de las mercancías de cambio. Con el derecho único de 15 por 100, la importación en Inglaterra de los productos agrícolas, estaría en relación con el aumento de exportación, porque 20,000,000 de proletarios en los tres reinos, la disparían en su consumo. Entonces el comercio, lejos de ser para los gobiernos motivo de viles maniobras, de odiosos despojos y de opresión tiránica, sería para todos los pueblos causa de una igual prosperidad, y llevaría en todo su extensión el objeto que la Providencia le ha señalado, de unir á los hombres diseminados por todo el globo, con lazos fraternales. Mas por esta reciprocidad, la locación de tierras en Inglaterra, bajaría al mismo precio que tiene en el continente, y la aristocracia que posee el suelo de los tres reinos, rechazaría con todo su poder, una reciprocidad que reduciría considerablemente sus rentas, que

democratizar la tierra, poniéndola al alcance del proletario, rompería las grandes haciendas, ó las haría cultivar por asociaciones, que no permitirían ya á la nobleza feudal, conservar sus pérdidas y sus faisanes, ni mantener sus caballos de lujo; que, en fin, quitándole su preponderancia política con una parte de su fortuna, la haría bajar al nivel de sus colonos, y la aristocracia atrovadamente desafa al pueblo, y le arroja el guante.

Ese pueblo está lleno de valor y de energía, y si Dios suscita un hombre para quitarlo, sus opresores caerán, y se les verá tan pequeños, que dará vergüenza haber sufrido semejante dominación. La lucha es inevitable. Algunos socorros prestados á la miseria, podrán retardar la explosión; aunque la cuestión no nos parece de aquellas que pueden resolverse pacíficamente. La alta aristocracia será degollada, ó ella destruirá la mitad del pueblo.

En resumen, los males del país proceden de su organización aristocrática, de las leyes que concentran la propiedad en un pequeño número de manos, de las que hacen en parte la mayor parte de las contribuciones sobre los artículos de primera necesidad, y sobre todo, del sistema sobre el cual está fundado el comercio de Inglaterra, sistema que por la elevación de derechos sobre casi todas las cosas importantes, exceptuándose las materias primeras, reduce el consumo á la clase rica, y pone á los proletarios á merced de los propietarios, rechazando todas las sustancias alimenticias que vienen de fuera; sistema que establece las ventajas generales del comercio, sobre el exorbitante de las importaciones sobre las exportaciones; los límites á las necesidades de los ricos; impide en el exterior el desarrollo de las manufacturas. Está demostrado que la miseria pública llegado á un tal punto, que no se podría remediar de otra manera, que por la adopción de un derecho único para todas las cosas importadas de países que consistieran en usar de reciprocidad; derecho que no sería demasiado clerical, para que el trabajador pudiera adquirir los artículos de su gusto.

«Estamos muy seguros de que la Inglaterra arruina por su comercio á las poblaciones que dependen de ella, y á los que se están ligados por tratados de comercio; que sus tarifas son hostiles, y que llegará tiempo en que las naciones usen de convenientes represalias.»

El autor de la anterior reseña manifiesta conocimientos profundos del sistema político y mercantil de Inglaterra en las causas que han producido su situación presente, y sobre todo, de los peligros que amenazan á las naciones, sin en sus relaciones con Inglaterra no consultan

á sus verdaderos intereses. Si los nuestros han sido ó no comprometidos en los tratados con esa potencia, eminentemente especuladora, resultará del examen de los medios que ella haya empleado y está empleando, para obligarnos al consumo de sus manufacturas, no solamente perjudicándonos por medios directos ó indirectos, á arruinar las nuestras.

Como no es mi designio entrar en el examen de todas las cuestiones que comprende la *Opada*, y menos de las económicas que se refieren á Inglaterra, me limito á reflexionar, que bajo el aspecto literario, único en que se juzgan las obras, en esta clase de escritos, es digna la producción inserta del mas alto aprecio, porque en ella se razona y se prueba, se desdice de los datos mas auténticos, á consecuencias y resultados muy precisos. Sería de desear, que desentendiéndose un poco de los escritos de mero entretenimiento, se aplicaran nuestros hombres estudiosos al escusin análisis de cuadros trazados por manos diestras, acerca de los intereses materiales de las naciones, intereses desatendidos por desgracia, en una época, en que el romanticismo es un entumecimiento que invade aun á los estudios mas serios de la vida social. No falta cierta oportunidad, que he estado bien distante de solicitar, porque ella me sirve para un fin moral, no para un fin político; es decir, que presento algunos rasgos de las costumbres del pueblo inglés, para que, ó se compare con las nuestras, lo que resultará muy en favor del carácter del pueblo mexicano, ó se contenga en la escasa atención de que son merecedoras ciertas obras de fantasía, especialmente las que redactan algunos viajeros, para ganar celebridad, sea para desfogar pasiones ocultas, sea en fin para alcanzar algun objeto político. Pasemos ya á extrañar el curioso y satírico escrito de madama Tristán.

CAPÍTULO I.

LA CIUDAD-MONSTRUO.

Basta el apodo con que madama Tristán anuncia á la ciudad de Londres, á esa ciudad magnífica, á esa ciudad llena de recuerdos, á esa ciudad que es la capital de una grande monarquía, y el emporio del comercio del mundo, para venir en conocimiento de las prevenciones que la animan y del afán con que solicita el descrédito de una nación, tan influente, tan poderosa y tan histórica en los anales del mundo. «Cuán inmensa es, dice, la ciudad de Londres! Cuánto esa grandeza, tan fuera de proporción con la superficie y la población de las islas británicas, trae inmediatamente á la memoria la opresión de la India y la superioridad comer-

cial de Inglaterra. Pero las riquezas que provienen de las sucesos de la fuerza y de la justicia, son de una naturaleza efímera; ellas no podrían durar sin el trastorno de las leyes universales, que quieren que en día señalado, el esclavo rompa sus cadenas, que los pueblos sometidos sacudan el yugo, y que las luces útiles para el hombre se difundan, para que sea tambien destruida la ignorancia.

«Qué sería entonces la sombría opulencia de esta ciudad! Sobrevivirían sus proporciones gigantescas al poder esterior de Inglaterra, y á la supremacía del comercio inglés. Esos caminos de fierro que atraviesan á la ciudad-monstruo en todas direcciones, le aseguran un crecimiento sin límites! Tales son las preocupaciones del pensamiento, al aspecto de esas oleadas de pueblo que aparecen y desaparecen, silenciosas en la oscuridad de esas largas calles, á la vista de ese prodigioso conjunto de casas; y se siente la necesidad de entregarse al examen de los hombres de todas clases, y de sus obras de toda especie, para encontrar una solución á las dudas de que el espíritu está agitado.»

Romántica es mi verdad la señora Flora, desde sus primeras pinceladas, y recordando quizá la larga serie de ciudades inmensas que han ido desapareciendo por las revoluciones del globo, por los trastornos políticos, ó por las injurias del tiempo, se complace desde ahora con la idea de que Londres llegue á ser, ó dejar de ser, otra Babilonia, otra Cartago, ó alguna otra de esas poblaciones, donde reinó la actividad del espíritu, y donde ahora solamente domina el géneo de la antigüedad, donde el filósofo estudia las vicisitudes humanas; donde el arqueólogo adelanta la historia de un pueblo entero por una inscripción ó por algunos geroglíficos grabados en un pedruzco de mármol, en que mismas voces se siente el hombre del desierto, á descansar de sus fatigas; y qué, no podría alcanzar el anatema de destrucción, á Paris y á cualquiera otro pueblo del mundo! La ciencia de lo futuro no nos pertenece, y esos vaticinios fantásticos, no son mas que decoraciones de un escrito.

Después de haber hecho madama Tristán una descripción brillante, y hasta exagerada, de la metrópoli británica, se apresura á decir que la fascinación se desvanece como la visión fantástica, y como el sueño de la noche; el extranjero vuelve pronto de su encanto del mundo ideal, al caso en todo lo que el egoísmo tiene de mas ávida, y la existencia de mas material. «Se pasa, continúa, de la activa población de la ciudad, que tiene por único móvil el deseo de la ganancia, á esa aristocracia silenciosa, despreocupada, que viene á Londres todos los años, para escapar de su fastidio, y hacer ostentación de

un lujo desenfrenado, ó para gozar en ella del sentimiento de su grandeza, por medio del espectáculo de la miseria pública. En los barrios se encuentran una tumba de trabajadores muy flacos y muy pálidos, cuyos hijos tienen el aspecto mas miserable; en ellos se hallan enjambres de prostitutas, desenvueltas y líbricas en sus miradas; brigadas de ladrones de profesión; tropas de muchachos que como aves de rapina salen todas las tardes de sus guardias, para lanzarse sobre la ciudad, donde roban sin temor y se entregan al crimen, seguros de evitar las miradas de la policía, que no pueden alcanzarles en esa inmensa estension.»

«Mas de una vez se han escandalizado ciertos extranjeros muy frívolos, de que en México exista ese contraste entre la suma opulencia y la suma miseria, como si no fuera natural que en todas las grandes capitales se reunieran los dos extremos de la fortuna. ¡Y qué podrán decir ahora de sus señores, sobre la apariencia desenvuelta de nuestros *teperos*, de los ladrones que tanto los escandalizan, y de las pobres hijas de Eva, que especulan por vicio ó miseria, con sus gracias mal empleadas y efímeras!»

Pequeñas son en México estas deformidades del carácter de una nación, y si se nos da en cara con ellas, es porque se supone que nos usamos en el estudio de la especie humana, y que se arrinconan nuestras investigaciones.

CAPÍTULO II.

DEL CLIMA.

Al frente de este capítulo coloca madama Tristán, la siguiente noticia, que toma de un viajero: «En Londres hay ocho meses de invierno y cuatro meses de mal tiempo.» ¡Para qué más! Recuerdo que el hombre del desierto, á descansar de sus fatigas; y qué, no podría alcanzar el anatema de destrucción, á Paris y á cualquiera otro pueblo del mundo! La ciencia de lo futuro no nos pertenece, y esos vaticinios fantásticos, no son mas que decoraciones de un escrito.

Después de haber hecho madama Tristán una descripción brillante, y hasta exagerada, de la metrópoli británica, se apresura á decir que la fascinación se desvanece como la visión fantástica, y como el sueño de la noche; el extranjero vuelve pronto de su encanto del mundo ideal, al caso en todo lo que el egoísmo tiene de mas ávida, y la existencia de mas material. «Se pasa, continúa, de la activa población de la ciudad, que tiene por único móvil el deseo de la ganancia, á esa aristocracia silenciosa, despreocupada, que viene á Londres todos los años, para escapar de su fastidio, y hacer ostentación de un lujo desenfrenado, ó para gozar en ella del sentimiento de su grandeza, por medio del espectáculo de la miseria pública. En los barrios se encuentran una tumba de trabajadores muy flacos y muy pálidos, cuyos hijos tienen el aspecto mas miserable; en ellos se hallan enjambres de prostitutas, desenvueltas y líbricas en sus miradas; brigadas de ladrones de profesión; tropas de muchachos que como aves de rapina salen todas las tardes de sus guardias, para lanzarse sobre la ciudad, donde roban sin temor y se entregan al crimen, seguros de evitar las miradas de la policía, que no pueden alcanzarles en esa inmensa estension.»

«Mas de una vez se han escandalizado ciertos extranjeros muy frívolos, de que en México exista ese contraste entre la suma opulencia y la suma miseria, como si no fuera natural que en todas las grandes capitales se reunieran los dos extremos de la fortuna. ¡Y qué podrán decir ahora de sus señores, sobre la apariencia desenvuelta de nuestros *teperos*, de los ladrones que tanto los escandalizan, y de las pobres hijas de Eva, que especulan por vicio ó miseria, con sus gracias mal empleadas y efímeras!»

Pequeñas son en México estas deformidades del carácter de una nación, y si se nos da en cara con ellas, es porque se supone que nos usamos en el estudio de la especie humana, y que se arrinconan nuestras investigaciones.

se siente una desesperación profunda, un dolor inmenso, sin poder señalar la causa, un humor negro aun para lo que mas se ama, en fin, un disgusto para todo, y un deseo irrealizable de suicidarse.

“En esos días nefastos, el inglés bajo la influencia de su clima, es brutal con todos los que se le acercan; hereje y es herido sin dar ni recibir esasanas.”

Si nos atreviéramos á las influencias físicas, y las identificáramos con las causas morales, México llevaría grandes ventajas, no solamente á Londres, sino á la mayor parte de los pueblos de Europa, y podríamos deducir que en la parte moral, ateniéndonos á los principios del ilustre Montesquieu, alcanzamos la perfección, porque nuestro clima es el del solado Eden ó el del Paraíso, en que se creó la cuna del hombre entre aromas y delicias. Sea de esto lo que fuere, no podrá dejarse de convenir en que la plebe, lo es tanto en Londres como en México, y en que los vicios de nuestra hermosa capital, jamás entrarán en paralelo, con los que reinan en aquella ciudad, de perpetuo flato y desabrimiento.

CAPÍTULO III.

CARÁCTER DE LOS HABITANTES DE LONDRES.

Se concibe fácilmente que la escritura francesa, aunque afirma que no es su intento analizar las numerosas y diversas influencias, que modifican al individuo humano, ni escudriñar el grado de acción que puede tener el clima, quiso prepararse el camino, y que fuera tan natural como el que se sigue hacia los efectos, después de penetradas las causas. “El habitante de Londres es muy poco hospitalario. Lo raro que cuesta el vivir, dice, el tono ceremonioso que arregla las relaciones, se oponen á que lo sea. Además, se ocupa demasiado de sus negocios, y no le queda tiempo para agasajar á sus amigos; él no hace alguna invitación, ni manifiesta alguna política, mas que por motivos de interés. En sus relaciones de familia, es frío y ceremonioso; exige muchas atenciones de respeto, y se hace un deber de correspondérselas. Con sus amigos, es circospecto y hasta desconfiado con los extranjeros, finge una modestia que no tiene, ó finge una superioridad, que toca á los extremos del ridículo. Para con sus superiores, es dócil, bisongero; y lleva la adulación hasta la bujeza, para con aquellos de quienes algo espera. Para con sus inferiores es brutal, insolente, duro, inhumano.

“El habitante de Londres no tiene gusto ni opinión que le sea propia; sus opiniones son las de la mayoría de moda, y sus gustos los establecidos por ella. . . . sus sentimientos y odio para

con los extranjeros, particularmente contra los franceses, y que se fomentan con tanto empeño en las masas por la aristocracia, van desapareciendo cada día, á pesar de los esfuerzos del torismo para conservarlas. . . . Su rivalidad comercial ó envidia, los ingleses su manifiestan celosos de los franceses: su odio se expresa en cada palabra, con una intensidad que aumenta, con los cuidados que toman para disminuirlo.

“La pasión dominante del nativo de Londres es el lujo; estar bien vestido, bien alojado, tener un área de casa que lo ponga bajo un púe respetable, es la aspiración de toda su vida, y el objeto de su ambición. Al lado de esta pasión se encuentra otra, cuyas proporciones son gigantescas, y esta es el orgullo, á la cual él sacrifica todo, bienestar, fortuna y porvenir.

“El habitante de Londres no vive con la vida del corazón; en él el orgullo, la vanidad y la ostentación, ocupan el mayor lugar. Habitualmente él es triste, silencioso, y se enfunda con facilidad. Cuando su profesión y la situación de su fortuna, no oponen un obstáculo invencible, ríe sin cesar, llevando consigo ese fastidio profundo, que raras veces deja penetrar un rayo de sol en su alma. Al ver las elegantes comodidades de que goza el natural de Londres, se podría creer que es feliz; pero si se toma algiuno la pena de estudiar la expresión de su fisonomía, se percibe en sus rasgos, que llevan el tinte del enfado y de la fastidiosa, que no solamente no es feliz, sino que le es imposible hasta el aspirar á ello.”

Hé aquí que se dirigen las mismas acusaciones contra el carácter de los habitantes de Londres, que algunos hacen pesar contra el carácter de los habitantes de México. Si el escocés, ó Barón de Lowenstein, niega á los mexicanos la recomendable virtud de la hospitalidad, Madame Tristán supone á los ingleses despojados de ella y alega sus razones que parece ha sacado del estudio de la vida inglesa. Si el mencionado Barón creyó descubrir en México cierta antipatía contra los extranjeros en general, Madame Tristán asienta que el pobre de Jean Ball detesta conlialmente á los franceses. Ella no vio á los ingleses sino perpetuamente envidiosos, orgullosos y brutales, y les da la puerta hasta para entretenerse con las naciones de felicidad, que son cuando menos el patrimonio de la imaginación.

CAPÍTULO IV.

LOS ESTRANJEROS EN LONDRES.

Este artículo se ha consagrado todo entero, á presentar á los ingleses como grandes bobalico-

nes, y á los extranjeros, particularmente franceses, como caballeros de industria, que viven á merced de la ignorancia y de la credulidad de los londouduidos. Muy largo sería repetir los chascos que cuenta Madame Tristán que reciben los ingleses, por su prurito de venerar á la aristocracia sobre todo lo que hay de venerable; y ría á verlos tributar y rodir atentamientos á duques, marqueses, condes y barones, que sin serlo por la gracia de Dios, lo son por la suya, sin que Jean Ball reconozca sus títulos, ni los registre los despojos que los autorizan, para convertir su pecho en otro monte Calvario. A propósito de esta manía de nobleza y aristocracia, cuenta Madame Tristán, que “la de títulos llega á tanto en Londres, que las mugeres públicas se sirven de ellos, como de medios para recomendar; estas damas se hacen llamar *condesas, baronesas y marquesas*; hacen uso sin escrupulo, de las armas de la familia á que han robado el nombre y el título; señalan sus cartas con magníficos sellos, de forma antigua y con ricos blasones; marcan su ropa y su servicio de plata, con la cifra de su casa; en fin, sus lacayos, cuando los tienen, llevan una librea feudal.”

Graciosa y burlesca es esta parodia de la aristocracia y es la primera vez que llega á mi noticia de que sea preciso en alguna parte del globo, comer los frutos del pecado, bajo la sombra de un árbol genealógico. Muy lucidas empresas pudieran darse á tan nobles señoras, y Scarron hubiera ejercido su genio satírico, registrando los nuevos pergaminos de esta aristocracia pedadora, que mendiga ó roba títulos, para embutir que se ha despojado del mas ilustre de todos, que es el del honor.

Copiaría yo un largo episodio que contiene este espíritu contra Napoleón, si fuera de mi propósito seguir á Madame Tristán hasta en los extravíos de su propio plan. Mas sin embargo, inserto algunos párrafos para que se perciba hasta dónde avanza el fido de una muger, que tal paréceme inspirada por una furia. Napoleón, en sentir de Madame Tristán, es el soberano que la llevado mas lejos el poder de la fuerza sobre las pueblos que dominaba: “su poder alcanzaba, al pobre en su cabaña, y al rico en su palacio, sin que nadie pudiera escapársele, y que nos ha dejado de duradero.” ¿Cuál de sus instituciones es la que ha mejorado la suerte de la humanidad? ¿Qué ha hecho él de una utilidad permanente? Esos códigos, de que se ha pretendido formar un título de gloria personal para él, son en opinión de todos los legistas, muy inferiores, á la legislación llamada *intermediaria*, que existía cuando llegó al poder. El ha substituido sus preocupaciones y sus instintos de tiranía á los principios liberales de la legislación

republicana; él ha transformado el matrimonio en servidumbre, al negociante en hombre asneboroso; él ha atontado contra la igualdad, estableció los mayorazgos y la confiscación; aminoró la no revelación, al crimen, sustrajo los actos de los agentes, de la autoridad, del juicio de los tribunales; él casi anuló el jurado, estableció las apelaciones al consejo de estado y las sártes preconstales, y privó al pueblo del derecho de nombrar á sus magistrados.”

Después de cargar Madame Tristán de derechos á todo el sistema político de Napoleón, dentro y fuera de Francia, se complace en repetir con Monsieur Fontanes, que *una prensa invisible había hecho morir al emperador; es horrible convulsión.* Los ingleses habian dicho, que era Napoleón otro Prometeo atado á una roca, para que lo devoraran sus remordamientos; y una francesa, enemiga furiosa de los ingleses, es la que insulta á la ilustre victima, con las mismas frases con que un académico adulator habia herido al héroe, que encamiaba mientras se conservó su poder, temblando y de rodillas. Alta lección para los grandes que se dejan atraer y seducir por los mentidos elogios de bisongeros, sin conciencia ni sinceridad!

CAPÍTULO V.

LOS CARTISTAS.

En este artículo no hace Madame Tristán mas que reproducir las ideas contenidas en la *Ojeada*, antes inserta, y para que se forme una idea de los desiguales y eredo político de estos agitados, dire en una palabra, que en su petición de 14 de Junio de 1836, reclamaron que el sufragio fuera universal, secreto y libre; que las elecciones fueran frecuentes, y los parlamentos anuales que se pagaran dichas á los representantes, y que la elección se pusiera fuera del alcance y de la influencia del gobierno. Estos mismos cartistas en sus juntas, se han entregado á toda clase de exageraciones, han apelado frecuentemente á las viles de hecho, é introducido el desorden en muchos contados. El pueblo lucha cuando, y cuando puede, con la aristocracia, que prevalece todavia, por el influjo de sus riquezas, y porque los temores que inspira naturalmente la anarquía, defendedor y robustecor la causa del partido conservador.

CAPÍTULO VI.

UNA VISITA Á LAS CAMARAS DEL PARLAMENTO.

Esta visita es de la misma Madame Tristán, que asegura haberse introducido disfrazada de turoco, en las cámaras, y preguntándole la invención, ó la mentira, nos dirigiremos al grupo, para saber el juicio que formó, ó le hicieron for-

mar, de los cuerpos legisladores de Inglaterra. "El aspecto de la sala de la cámara de los comunes, es de lo más mezquino: ella forma un cuadrilongo, y no tiene dignidad ni en la arquitectura, ni en las decoraciones. Los honorables se sientan sobre los bancos, que son de madera pintada, como hombres fatigados y fastidiados; varios de ellos están acostados y durmientos; estos ingleses, tan ceremoniosos, expresan en la cámara un desprecio completo de todos los miramientos que imponen los usos de la sociedad. Es de buen tono parlamentario, presentarse en la sesión, enlodado, con el paraguas debajo del brazo, y con traje de mañana; de llegar á caballo: entrar á la asamblea con espuelas, el légado en la mano y en hábito de caza. Cuando un diputado habla, se quita su sombrero, se apoya sobre su bastón ó su paraguas, mete las manos en su chaleco ó en las bolsas de su pantalón. Reina entonces un profundo silencio, porque la mayor parte de los miembros *querrens*, ó leen sus diarios.

"El salar de los lores, no vale más que el de los comunes está construido bajo el mismo plan y sin adornos. Los señores lores no guardan más circunspección que los miembros de la cámara de los comunes: conservan su sombrero puesto, por orgullo de rango; pero exigen que los que asisten á la barra ó á las tribunas, estén descubiertos."

Ruego yo á nuestros detractores que se acerquen algún día á nuestras cámaras, y advertirán que en este pueblo, llamado inculto, prevalece un sentimiento de dignidad y de decoro, tanto en los representantes que sin escepcion alguna, son moderados y circunspectos; como en el público, que apenas se permite, de tiempo en tiempo, algunos ligeros aplausos, que cesan inmediatamente que el presidente impone silencio con su humilde campanilla. No es en verdad la pasión que justamente profeso al lugar en que nací, la que me inclina á adular y reverenciar el carácter de un pueblo, tan horriblemente descifrado en las relaciones de los viajeros, sino la contraposición con el de naciones, que se llaman á sí mismas las más cultas del globo, y que aun sostienen la superioridad de su raza, sobre la que hoy puebla la superficie del Nuevo-Mundo. Admira que ciertos hombres, que vienen á darse el tono de sabios y de filósofos, y que cuando regresan á Europa, escriben para insultarnos y degradarnos, no recuerden el poder de los contrastes, y que como ellos, podemos viajar ó investigar, ó cuando menos tomar en la mano ciertas obras que pasan los mares, y que nos revelan costumbres y crímenes insólitos, de aquellos que pueden avergonzarnos, no solamente á una nación, sino á la especie humana entera.

CAPITULO VII.

LOS TRABAJADORES DE MANUFACTURAS.

¡Cuán negra es la pintura de estos infelices, que con el fruto de su trabajo sirven á la Inglaterra, para que establezca su dominio en las cuatro partes principales del globo! «La mayor parte de los trabajadores carecen de vestidos, de lecho, de muebles, de fuego, de alimentos sanos, y muchas veces hasta de papas para alimentarse. Están encerrados doce ó catorce horas, y son raquíticos, flacos y débiles: su color es pálido y sus ojos muertos; y podría creerse que todos estaban afectados del pecho. Yo no sé á qué atribuirlo, si á su fatiga permanente, ó á la sombra de desprecipación de que su alma es víctima, porque no puede ser más miserable la economía de los obreros en general. Es difícil encontrar su punto vital, porque todos tienen los ojos bajos; y solamente miran al traves, lo que da un aspecto horriblemente feroz, á esas figuras frías é impassibles, dominadas por una profunda tristeza. En las fábricas inglesas, no se escuchan cantos, chismas, ni risas. El amo, no permite que un recuerdo de la ociosidad vaya á distraer á los trabajadores; exige el silencio, y reina un silencio de muerte, porque el hambre del trabajador hace omnipotente la palabra del amo. No existe entre el obrero y los jefes del establecimiento, ninguna relación de familiaridad y de política, y nada suaviza en el corazón del pobre, los sentimientos de odio y de envidia, que naturalmente hacen nacer el desden, la exigencia, y el lujo de los ricos." ¿Quién nos hubiera podido persuadir, que los artesanos de Inglaterra pasaban una vida tan melancólica y desesperada? Si esta es la suerte del que enriquece al país con su trabajo, ¿cuál será la del proletario, y del campesino? Todo esto prueba, que la miseria y la desgracia, son las toalleras en nuestra patria que en otros mil pueblos, orgullosos con su sanada felicidad; y que el artesano, el jornalero, y cuantos viven en México de su trabajo, no sienten, no sufren otras penas, que las consiguientes á ese mismo trabajo, que no carece de recompensas.

CAPITULO VIII.

LAS MUJERES PÚBLICAS.

Me vi tentado de omitir el extracto de este capítulo, no por modestia ó hipocresía, sino porque en México, no solamente no se puede hacer ni se hace lo que se puede y se hace en Londres, según refiere Madame Tristan; sino porque no es posible, ni aun leerlo, sin un disgusto, sin un escándalo, sin un horror, á que los pobres mexicanos no estamos acostumbrados; y si me he referido á copiar algunos párrafos, es porque cien-

tos viajeros, sin tomar en cuenta las miserias humanas, alzan la voz contra la prostitución de México, escogiendo, ponderada y mal representada, como si entre nosotros se hubiera erigido la prostitución en una ciencia, con sus reglas y sus principios; en un establecimiento permanente con fondos y directores: en uno de los recursos de la policía, conforme acontece en esa ilustrada y desdichada Europa. Refiere sin embargo Madame Tristan ciertas cosas, que no repetiré, porque ignoro cómo pueden pasar, cómo las pudo ella ver, y cómo las pudo escribir, faltando al respeto á su sexo, y á sus lectores: insertaré no más lo que sea tolerable.

"En Inglaterra las mujeres nacidas en la clase pobre, son arrastradas á la prostitución por el hambre; porque estando escluidas las mujeres de los trabajos del campo, cuando no se ocupan en las manufacturas, no les resta otro recurso que el servicio ó la prostitución.

*Allons, mes sœurs misérables, le seul comme le jour
À vous servir, à tout prix, si faut être pauvre.
Né le fait, les-bis le fait, nous à faire
Pour garder le ménage, et les femmes honnêtes (1).*

"Las mujeres públicas, son en Londres tan numerosas, que á todas horas se les ve por todas partes; en las calles hay una grande afluencia de ellas, y en ciertas épocas del día, vienen de cuarteles distantes, á las calles, á los paseos y á los teatros, donde concurre la gente. Estas mujereszuelas llevan á sus presas á esas desdichadas al oficio, que se encuentran en todos rumbos, y que el doctor Ryan asegura, que son tan numerosas, como las tabernas de Ginebra.... Ochenta á cien mil mujeres, la flor de la población, viven en Londres de la prostitución; y cada año mueren quince ó veinte mil de estas desdichadas, y mueren con la muerte de un leproso, en un total abandono. Cada año, un número mas considerable todavía, viene á reemplazar á las que han perdido su horrible existencia....

En Londres todas las clases son profundamente corrompidas: en la infancia, el vicio se anticipa á la edad; en la vejez, sobrevive á la estinción de los sentidos, y las enfermedades de la disolución han penetrado en todas las familias. La pluma se rehusa á trazar los extravíos, las torpezas á que se entregan hombres estenuados, que ya no tienen sentidos, cuya alma es inerte, el corazón seco, y el entendimiento sin inspiraciones. A la presencia de una tal depravación, San Pablo hubiera exclamado: *Anatema á los fornicarios!* y hubiera huido de la isla, sacudiendo sus zapatos.... M. Talbot opina, por resultado de sus investigaciones, que existen en Londres cinco mil casas públicas; y M. Ryan calcula, que cinco mil individuos, hombres ó mujeres, están ocupados en proveer de mujeres

á estas casas, y que cuatrocientos ó quinientos que tienen el nombre de *trappers*, se ocupan de tender redes á las muchachas de diez á doce años, para arrastrarlas de grado ó por fuerza, á esas espantosas cavernas. El congetura, que cuatrocientas mil personas están interesadas directa ó indirectamente, en la prostitución, y que solamente en Londres se gastan en ella cuarenta millones de pesos. En Mayo de 1835, se estableció una sociedad para *evitar la prostitución de la infancia*. En su aflocución al público, expone el estado de depravación de las clases populares en Londres; afirma, que existen escuelas en que se instruye á los jóvenes de los dos sexos, en la ratería y en todos los actos de inmundicia; que la prostitución y el robo son abiertamente estimulados por los que sacan provecho; que el crimen está organizado regularmente. Esiste, dice ella, en gran número de hombres y de mujeres, cuyo comercio consiste en vender muchachitas de diez á quince años, que han caído en la red. Atráidas bajo pretestos plausibles, á casas de depósito de disolución, á los quince días son perdidas para siempre por sus padres.

"En Mayo de 1836, la sociedad en su memoria anual nota, que cualquiera que sea la pena que un hombre de moralidad sienta, á la vista de las escenas de los vicios que se manifiestan con descaño en la metrópoli, el espectáculo mas chocante que se ofrece, es el espantoso aumento de la prostitución de la infancia. A favor de la noche, y aun en pleno día, se recorren las calles por desgraciadas niñas, separadas de los senderos de la virtud, y de la protección de sus padres, por malvados que han consumado su destrucción, con la mira de hacer ganancias, y seguros de la impunidad.

"Los numerosos artículos, continúa la misma sociedad, que se emplean para atraer al turbillon de la miseria á los niños de ambos sexos y sin experiencia, son tan complicados y tan varios, que sería imposible detallarlos; y es por lo que hablaremos solamente del trato que sufren estas criaturas infortunadas, cuando han llegado á chor en la red. Inmediatamente que la niña ha entrado en una de esas cavernas, se le despoja de sus vestidos, de que se apodera el dueño ó dueño del establecimiento; se le adorna con el traje de las mujeres ricas; que la maldad facilita. Los abandonos son avisados, y cuando la muchacha no atrae mucha gente á la casa, su amo la envía á recorrer las calles, donde la hace vigilar, de manera que le es imposible escaparse: si ella lo intenta, el espía, hombre ó mujer, que la sigue, la acusa de haber robado al amo de la casa los vestidos que lleva; y entonces el agente de la policía la arresta, y ordinariamente entrega la esclava fugitiva á su amo, mediante una

(1) Lázaro. Por Auguste Barbier.

recompensa. Vuelta á la infame mansion, la infeliz es cruelmente tratada, y despojada de todos sus vestidos, se le deja todo un día enteramente desnuda, para que no se pueda escapar, y se le priva hasta de alimento. Llegada la noche se le vuelve su ropa y se le manda pasear por las calles, vigilada por un espía; se le castiga severamente, si en sus correrías nocturnas, no reúne y lleva á la casa, un cierto número de hombres, y no puede apropiarse ni un sueldo del dinero que recibe.

“La misma sociedad en 1838 llamaba la atención del patriotismo, de la virtud, de la religión y de la humanidad, sobre los esfuerzos desahogados que se hacían continuamente, para alienter la disolución con nuevas víctimas. Apenas, dice, se pasa por una calle, sin encontrar alguna casa de depósito de este infame comercio. Numerosos agentes están empleados en capturar y en atrapar, de mil maneras, inocentes niñas sin experiencia, y los barrios, los bazares, los parques, los teatros, les facilitan sin cesar nuevas presas. La junta tiene pruebas sin poder afirmar que los sostenedores de malas casas y sus agentes, tienen la costumbre de dirigir á las *casas de trabajo y á las penitenciarías*, y que obtienen frecuentemente muchachas jóvenes.”

“La misma sociedad, en Mayo de 1838, se lamentaba de la inepticia de sus nobles niñas. “Mientras que los miembros de la junta, llevaban al cabo sus operaciones comenzadas, han tenido que luchar con obstáculos de una naturaleza extraordinaria; estos obstáculos proceden de la apatía y de la indiferencia, casi universal, que reinaba sobre el objeto de la sociedad. Los miembros de la junta, han sido recompensados de sus fatigas por la fuga y desprecio de un mundo profano é inmoral; por las censuras y desaprobación de los que creen que el libertinaje es necesario para el bienestar de la sociedad; por la indiferencia desdenosa y por la negligencia de los hombres religiosos, sin que en ninguna parte hayan encontrado el más mínimo apoyo.”

Creo que será suficiente lo referido, y que se ha tomado de documentos oficiales de una sociedad inglesa, para penetrar el exceso de la prostitución en la capital de Inglaterra, sin decir que allí se emplean, para degradar y envilecer á la especie humana, en términos que parecen inconcebibles. De tales relaciones, sacarán los padres de familias mexicanas, alguna utilidad, y es la de guardarse mucho de enviar á sus hijos, con motivo de darles educación, á alguna de esas ciudades europeas, donde los vicios encuentran tantos estímulos; donde la prostitución es una ciencia, como cualquiera otra y donde, en fin, trán á olvidar todo principio de religión, de moralidad, y de decencia, para re-

gresar después, mas corrompidos y mas contagiosos que un leproso, á introducir tal vez en nuestra sociedad, crímenes y desórdenes que felizmente ignora. El gobierno mexicano llevará adelante, por un nuevo estímulo, su honrosa empresa de perfeccionar mas y mas los establecimientos de educación, á fin de que no sea necesario ir á mendigar á países extranjeros, con el peligro de que se pierda, en la juventud, esa inocencia y esas costumbres, que mas honrarán á una nación que los conocimientos sublimes, cuando no se decoran con el honor y con la virtud.

CAPÍTULO IX. LAS PRISIONES.

En este siglo, de mejora para la especie humana, se caudían, y con razón, los delincuentes y cultura de un pueblo, en el estado de sus prisiones, porque han cesado de ser consideradas como depósitos en que se imponen castigos, y se convierten en que su único objeto es la detención, y seguridad de los reos. Ocupándose Madama Tristan de las cárceles de Inglaterra, no puede negar los esfuerzos que se han hecho para mejorarlas, y aunque no se manifiesta muy satisfecha de los progresos del sistema penitenciario, ella hubiera deseado que se fijara la atención de preferencia, en la condición miserable de los proletarios y manufactureros, para prevenir los delitos y cesar la necesidad de castigarlos. Conviniendo ya, en que tanto uno como otro, son objetos de una sociedad bien regularizada, aplaudo sin embargo las atenciones que se presiplantean en las prisiones, adonde se fuerza que rayen los criminales, porque también es fuerza que haya crímenes, atendiendo á la corrupción del hombre, y á la inepticia de las leyes para corregirlo. Madama Tristan, que visitó la prisión de Newgate, asegura que tiene uno de los aspectos mas salvajes. Allí esclama, así es como la imaginación se representa las prisiones de los tiempos bárbaros. Después de describirla, se lamenta de que le falte luz y otras comodidades, cuando se ha ganado tanto en piedras y en hierro para darle seguridad. Yo la abandono en su detalle, porque la veo inclinada á condenarlo todo, sin crítica ni cesámas, y á no consentir ni solo elogio, de lo que ciertamente lo merece, en la policía de las cárceles de Inglaterra. Las medidas empleadas para la seguridad de los reos, son inevitables, y si ellos padecen, fuerza es que sufra, de que abandonó á la virtud, que atacó al individuo y violó las leyes de la sociedad. Por otra parte, las prisiones de Inglaterra se acomodan al genio de la nación, y este es un pensamiento filosófico. ¡Ojalá y algún día, abundasen los mexicanos en medios para plantear

nuestras cárceles, tomando del sistema penitenciario de Inglaterra y de los Estados Unidos, lo que es adaptable á nuestras circunstancias!

CAPÍTULO X.

PARROQUIA DE SAN GIL.—CUARTEL DE LOS IRLANDESES.

El designio de este capítulo es, presentar en toda su estension la miseria del pueblo irlandés, y Madama Tristan lo desempeña cumplidamente. Toma lo mas notable de la *Irlanda social, política y religiosa* de Mr. Beaumont, para demostrar la suerte infeliz y los intensos sufrimientos de mas de doscientos mil irlandeses que habitan la capital de Inglaterra, y que disputan á los perros en las calles, las cáscaras de las papas. “En ese cuartel se encuentran hombres, mugeres y niños, con los pies desnudos, patinando el fango inhumado de las alcancas; acostados los unos sobre la pared por falta de sillas para sentarse; agrupados otros en la tierra, y hundidos los niños en el lodo como puerco. No á menos de haberlo visto, es imposible figurarse una miseria mas horrorosa, un envilecimiento tan profundo, y una degradación mas completa del ser humano. Allí, yo vi niños enteramente desnudos, niñas y sus nodrizas con las pies descalzos, que no tenían mas que una camisa, que les caía en tirones, y que dejaba ver su cuerpo casi enteramente desnudo; á viejos acurrucados sobre paja convertida en estiercol, á jóvenes cubiertos de andrajos. En la mayor parte de estas habitaciones, ni las ventanitas, ni las puertas tienen cerraduras, y juntos se acuestan, padre, madre, hijos, hijas y amigos; sin otro recurso. Es espantoso ver todo esto; pero mucho mas observar sus semblantes. Todos son flacos y llenos de cuturnedades en la cara y en las manos, y sus cabellos enredados y ensortijados como los de los negros, y si se les ve de cerca, toman el aspecto vil del mendigo.”

Madama Tristan, en su empeño ó manía de cargar á la aristocracia inglesa, con todos los males y pecados, no deja de culparla por la mezquina condición de los proletarios irlandeses, y por la de los proletarios de los tres reinos unidos: la Irlanda es desgraciada, y donde quiera que habitan los irlandeses, lo son también, sin que sea necesario averiguar la causa, cuando es conocido el efecto. Por mucho que se escargare la miseria y el aspecto ingrato de nuestros *laperros*, es nada todo esto, si se compara con el retrato de un irlandés de un barrio de Londres, trazado por el pincel de Madama Tristan. Vamos ya mirando que si se trata de vicios y deformidades morales, los pueblos mas poderosos y cultos no nos van en zaga; que reina la pobreza hasta en las regiones del lujo y

de la opulencia, y que plebes hay mas asquerosas y mas chocantes, mas miserables que la de México. Tiempo ha que he estado convencido, y ahora mas me confirmo, en que todos los países tienen de bueno y de malo; que los hombres son los mismos en iguales situaciones, y que la pobreza y la vergüenza son el seguro patrimonio de la especie humana.

CAPÍTULO XI.

CUARTEL DE LOS JUÍDOS.

Al frente de este capítulo, coloca Madama Tristan las lamentaciones de Jeremías, y ciertamente que no pudo escoger pensamientos mas poéticos, mas sentidiales, mas sublimes que los del inspirado por Dios para describir el inmenso infortunio de ese pueblo disperso por los romanos, perseguido por todas las naciones, y heredero de la maldición que cargó sobre el primer asesino del género humano. “Mil ochocientos años (son palabras de Madama Tristan) han pasado desde la toma de Jerusalem por Tito, y la dispersión de los Judios; y este pueblo, con sus creencias religiosas, sus leyes y sus costumbres, se ha conservado en medio de las naciones. Los romanos y los destructores de los romanos, han pasado, y este pueblo permanece en pie. Cuando comparamos á Moisés con otros legisladores, nos asombra la prodigiosa duración de sus instituciones; no puede borrarse el sello del gran revelador. Nada han podido cambiar diez y ocho siglos de persecuciones fanáticas; el pueblo de Israel no ha succumbido; ha permanecido judío en sus tribulaciones y en su miseria, como lo fué en los días de su gloria.”

“Eminentemente laborioso, económico y sin desear jamás de la fortuna; viviendo entre las naciones y fuera de la protección de sus leyes; expuesto á toda clase de esclavitudes, no teniendo justicia mas que como favor, y no como derecho; continuamente obligado á comprar el permiso de existir, el judío no ha podido dedicarse al cultivo de la tierra, y en todas partes se ha ocupado en el comercio.”

“Tratados siempre como Parias, rechazados siempre los judíos de la sociedad, han forjado entre sí una especial, lo que les ha proporcionado la inapreciable ventaja de no detenerse por alguna consideración al elegir medios de subsistencia; las persecuciones de que han sido el blanco han contribuido á que se acordaran unos y otros, mientras que su confianza en la Providencia y en la esperanza de un Mesías, han dado un fantasma divino á esa existencia sumida en la abyección y les han permitido que sobreviven sus sufrimientos con una resignación religiosa.”

“Los judíos ricos son muy caritativos para

con sus co-religionarios, y viven entre sí de una manera manifiestamente, que varias sectas cristianas.

«En Londres la población judía es considerable; ella se encuentra diseminada en todos los barrios; pero como se ha amontonado en la parroquia de San Gil, se llama *caserío de los judíos* á las calles en que residen.

«Las calles de Montague y San Gil, están llenas de tiendas, en que se amontonan como muestras, malos zapatos, trapos y vestidos viejos. ¡Oh! la vista de esas millares de chancas, de esos harapos, y de todo ese conjunto, objeto de un gran ramo de comercio, suministra una idea más verdadera de la ciudad-mostruo, que todas las investigaciones y memorias que pudieran presentarse. Todo esto causa horror, y la imaginación espantada pregunta: ¿quién puede comprar semejantes deshechos? ¿Quién! ¿Se ha olvidado que el pueblo de Irlanda está enteramente desnudo, y que jamás ha usado de zapatos ni de camisa! ¡Dios mío, cuán gran miseria! ¿Quién se atrevería á parar en ella el pensamiento!»

En efecto, la suerte del pueblo judaico es un hecho Providencial enigmático, misterioso, desde que sus antepasados levantaron una cruz para asesinar al Hombre Dios. Al meditar sobre las ruinas vivientes de una nación en cuyo favor se obraron tantos prodigios, mientras fue depositaria de la buena creencia, el entendimiento se confunde y queca en el la convicción de que cuando se alza el brazo de Dios sobre un pueblo que ha pecado, se muestra la omnipotencia de la ira del Señor. El filósofo, sin embargo, y también el cristiano, comparece á los judíos, y cree que aliviar su suerte, donde las leyes permiten que vivan, es una obligación, no menos social que caritativa y recomendada por el sublime ejemplo de Jesucristo que impetró de su Padre celestial el perdón de los judíos por que ignoraban lo que hacían. Abandonados por la sociedad, proscritos por las leyes, condenados por las costumbres, forman donde quiera que existen, una sociedad inquieta y peligrosa, un conjunto de miserables de una raza permanente de la especie humana. Dejo ya á los judíos porque se atropellan en mi imaginación dolorosos y profundos pensamientos, sobre su destino.

CAPÍTULO XII.

ROBO DE MASCADAS.

«Fácil es concebir que en un país donde los hombres no tienen más deseo que el de ganar dinero; donde el gobierno mismo, aprovechándose de la ignorancia en que algunos otros gobiernos se hallan sumergidos, les hace pasar por convenciones mercantiles que les son desventu-

rosas, haciendo uso con aquellos que son débiles, de la violencia, para arruinarles concesiones que les son ruinosas; fácil es de concebir, repito, que en un país de tal naturaleza, siempre que se trate de ganar algo sin riesgo el escrupulo de conciencia no deberá servir de retrato, que toda la *scriptural education* del Dr. Comiling no será suficiente para destruir los atractivos de la plata. Allí en efecto, todo lo domina el dinero; se venden las conciencias, y se compran: la idea de adquirir barato, la de metalizar empleos, es común á todos; así es que fomenta la ignorancia, la negligencia, las pasiones, los vicios, los crímenes á muy pocas gentes repugnan. Honrados, industriuosos ciudadanos que van á medias con el fisco, provocan á la embriaguez, para mejor esponder su *gín*: otros dueños de casas de juego, compran la tolerancia de que gozaban, circulan sus avisos y reciben á los concurrentes en sus salones de treinta y cuarenta, de roleta etc. Hay otro género de especulación: hay hombres que se emplean en comprar las hijas á sus padres para traficar sus encantos, y otros que presentan á la prostitución de las altas clases, habitaciones amuebladas con el mayor lujo.

«Todo el mundo sabe que en Inglaterra no se conocen los *juergados*; no es pues extraño que en un país donde la impunidad puede casi siempre comprarse, ya sea indomizando á la parte ofendida, ya por medio de fianza que se acobilla, ó ya empleando el cohecho, no es extraño digo, que los frutos del crimen hallen por todas partes compradores, y que la ocultación del robo, lo mismo que los demás ramos análogos á esta especie de industria, se consideren como muy licitos.

«No se busquen monte-píos en Inglaterra porque ni uno solo existe; y he aquí por que el préstamo sobre prendas es uno de las industrias más lucrativas; no hay policía que vigile sobre tal ejercicio con el objeto de impedir su práctica, seguro está que el *paran broker* tenga la más ligera inquietud cuando se le presenta una alhaja, sobre el *derecho de propiedad* que puede tener á ella el individuo que viene á empeñársela; lo que le interesa es ver si es desprecioso, y si al fin de año no se le paga capital ni intereses, quedarse con la alhaja, sin que pueda su dueño reclamar el cohecho hasta el cumplimiento de su valor. Traense á las tiendas de estos usureros todas las alhajas hurtadas, y asimismo un gran número de otros varios objetos. En fin, una multitud de individuos, hombres, mugeres, y niños, tanto elegantes como trapiseros, se dedican á robar *mascadas*; y es tan abundante la cosecha, que la venta de las *mascadas* obtenidas de este modo, forma el particular objeto del comercio de porción de *justificados tenderos*.

«May inmediato á New-Gate hallase una callejuela que conduce hácia *Holborn Hill*, denominada *Field Lane*, que es muy estrecha, por la cual no transitan enrruages, y donde no se ve absolutamente otra cosa sino personas que venden *mascadas de lance* (*second hand*). Inútil me parece prevenir al curioso lector que tenga tentaciones de seguirme, que es indispensable que deje su reloj, su bolsa, su *mascada*, si es que quiere penetrar en *Field Lane*, porque debe presentarse que los *gentlemen* que acostumbran concurrir á aquel sitio, son muy ágiles de manos. De noche sobre todo, es cuando merece aquel asilo de bribones que lo visitan; entonce es cuando se aumenta la concurrencia, lo cual se conoce en que compradores y vendedores tienen un igual interés en conservarse incógnitos, porque después de su bolsa no hay cosa más preciosa para un caballero de la industria, que su cartera, ó lo que es lo mismo, la reputación que se ha labrado.

«Las tiendas tienen á guisa de puestecillos un cubertizo que adelantándose hácia la calle, presenta á los ojos del comprador una serie de *mascadas* que cuelgan de una varilla de hierro: mas de un individuo reconoce allí la que le han hurtado. Los tenderos y tenderas, cuyo aspecto está en la más perfecta armonía con la especie de comercio en que se ocupan, se mantienen á la puerta, y de cuando en cuando se disputan de una manera que hace temer pendencias, los marchantes que al abrigo de la noche, vienen á comprar á un vil precio los efectos que fueron hurtados durante el día. «¿Qué movimiento en aquella callejuela! Mugeres públicas, niños rateros de todas edades, de todos aspectos, concurren á ella á vender *mascadas*. Hácese entrar á los vendedores en la trastienda para celebrar el ajuste, y las *mascadas* á medida que se van comprando, van pasando á manos de un sirviente que va quitándoles las marcas y lavándolas, única ocupación que tiene. Se pretexto de buscar dos *mascadas* que se nos habían hurtado y que apreciábamos, entramos á cuatro ó cinco tiendas, donde se nos hicieron ver todas las que habían estado trayendo los cinco días anteriores; ascendían á mil; y como hay mas de veinte tiendas en la callejuela, deberá inferir que se traen someramente á este *bazar* de robos de cuatro á cinco mil *mascadas*. Algunas vi elegantísimas, que se vendían á 2 y 3 *shillings* (2 francos 50 céntimos y 3 francos 75 céntimos). El comercio de *Field-Lane* es tan activo como cualquier otro de la ciudad puede serlo; por su medio, según parece, muchos han hecho fortuna.

«La falsificación cuyo efecto es menoscabar el crédito público; el robo con violencia, el asesinato y otros crímenes que comprometen la seguridad, son los únicos que la policía trata con

actividad de descubrir; en cuanto á los rateros, no se les aprehende sino en caso que se les sorprenda infraganti. Mucho tendría que hacer la administración si se dedicase á perseguir á los autores de simples robos. Bien conoce que no son las leyes bastantes para reprimir los innumerables que se cometen, consecuencia del estado social del país; no quiere informarse de quéites son los que albrigan, porque teme encontrarse con que el número de los delinquentes es demasiado alto. Si se quiere hacer en Inglaterra lo que hacemos en Francia; todas sus cárceles no serían suficientes para encerrar á los ladrones, y á los individuos que los sostienen, ni bastarían todos los buques para hacerlos trasportar á la Australia.»

No sé si es mala intención que el diablo me ha sugerido, ó meramente el deseo de divertir á mis lectores, lo que me ha decidido á copiar integro un capítulo, que nos revela, lo que pocos acaso creerán, y es que en Londres hay barullo, en una escala infinitamente mayor que la del nuestro, y en el cual se compra y se vende lo robado, particularmente pañuelos y *mascadas*, ejercicio favorito de nuestros laperos, y que servía para argüir que entre nosotros la astucia y maldad de los rateros son tales, que nos causan vergüenza, porque carecen de imitadores entre las naciones que se llaman á sí mismas, las más civilizadas. «Cuán cierto es que todo el mundo es Popayan! No se entienda que me complazo en advertir los defectos de algun pueblo del mundo; soy cosmopolita y apetezera que la especie á que pertenezco, fuera cuando no inmaculada, al menos no tan imperfecta como ella existe por los vicios de la naturaleza y por los muchos mas que ha introducido lo que se llama cultura social. Redúcese mi pensamiento á procurar que sean mas circunspectos nuestros detractores de oficio, y que se atengan al caritativo consejo de que no aprietes el tejado vecino, el que tenga el suyo de vidrio.

CAPÍTULO XIII.

LAS CARRERAS DE CABALLOS DE ASCOT-HEATH.

«Ocupada madama Tristán de referir las impresiones que le dejaron las carreras de caballos de Inglaterra, en especial las favoritas en Londres, de Ascot-Heath, dirige á los ingleses un cumplimento que no es sin duda, el mas agradable que han recibido. «En Francia, dice, y en todo país que se pica de parecer galante, el ente mas honrado de la creación es la muger; pero en Inglaterra lo es el caballo. No solamente se le prefiere á la muger, sino tambien al mismo hombre.» Sabida es la estimación de los ingleses á sus caballos, y su empeño en conservar y mejorar las razas; mas yo entiendo

—No obstante mi error, me puse á contemplar á este *muero Chabrier*, con un vivo interés; sus facciones, su fisonomía, en fin, todo su conjunto formaba un singular contraste con los demas que le cercaban. Fijáronse en mis ojos grandes, negros y centellantes; su hermosa figura meridional se animó; una sonrisa de alegría entreabría sus labios, y un vislumbre de felicidad parecía brillar en su mente; se regocijó como se regocija la sombra soñada cuando el sol la ilumina con sus rayos. Se dirigió á mí y saludándome con aquel donaire, con aquel despojo que distingue al hombre que ha recibido una educación esmerada, me dijo en francés: ¡Ah señorita! ¡Cuán grato es llegar á ver una compatriota, una mujer! El mismo idioma habíamos, y podré comunicarle ya, cuanto poderé; podré comunicarle á vil, cuantas penas me agobiaban en este miserable asilo, donde me tiene encerrado la mis ódiosa injusticia.

—Me siguió al patio donde los demas locos se hallaban reunidos; á nadie vi sino á él. Me estuvo hablando mas de media hora; pero de una manera tan sensata, tan racional, con sus observaciones de tal fuerza, tan profundas sus reflexiones, que me hicieron tentaciones de creer que no era loco. Me fué forzoso separarme de él, para visitar el resto del establecimiento, y le prometí que no saldría sin verlo.

—Como ya he dicho aludiendo á las mugeris, nóte en los locos criminales la misma impresión que habia observado en la fisonomía de los criminales de New-Gate, á escepcion de tres ó cuatro que merecen que hable de ellos en particular.

—Vi á James Hatfield, el que intentó matar á Jorge IV, lanzándole una piedra á la cabeza: lleva 22 años de encierro. Igualmente si hubo un tiempo en que fué, lo que verdaderamente se llama loco, porque en el día, sus acciones y sus palabras, no presentan indicio alguno de locura.

—Habia un aposento reducido, y tiene gusto en conversar con las personas que van á ver el hospital. Tuvimos un largo rato de conversacion con él; sus hábitos demuestran que está dotado de una sensibilidad espasiva, de un corazón tierno, y que tiene una fuerte necesidad de afecto. Sus compañeros de soledad han sido dos perros, tres gatos, algunas aves, y últimamente, una ardilla. Prefirió á estos animales un tierno afecto, lo tomó el pesar de verlos morir, el mismo los ha diseccionado, y en su habitación los conserva. Ha puesto su epitafio á los restos de cada uno de estos seres, objetos de su cariño, composiciones que sirven de desahogo á su pesar. En la parte superior del epitafio de su ardilla, ha delimitado á iluminado la figura de este último amigo que ha perdido.

—También debo decir, que hace de sus afec-

tos cierto *pequeño tráfico*, que le procura una renta no despreciable: distribuye sus epitafios á los que le visitan, y estos en cambio, le dan algunos shillings. Despues de este anciano James Hatfield, que es un buen hombre, afable, afecto á conversar, se siguen los *dos amantes de la reina*. Uno de estos es un jovencito de 22 años, que ríe y se escapa cuando se le pregunta si aun tiene amor á su futura; el otro es un hombre de 30 años, que tiene cuello y cabeza de toro; como es un loco furioso, no le vimos sino por entre las barras de hierro de su aposento.

—En tanto que visitaba las diversas partes del establecimiento, se turbaba la razon del pobre Chabrier. En la reja del corredor me esperaba; sus movimientos, su agitacion, manifestaban una estremada impaciencia; le centellaban los ojos, se le alteraba la voz y se estremacion todos sus miembros. ¡Ah hermana mia! hermana mia dijo con un acento fraternal, y que tenia no sé qué de angelico. ¡Sabes quien es la exaritada á este lugar de desolacion? Dios; y es ha encerrado, no para que me salveis, por que debo perecer aqui, sino para que salveis la idea que he venido á traer al mundo. ¡Escuchad, oh hermana mia, escuchad! bien sabéis que soy el representante de nuestro Dios; el Mesias que anuncia Jeonacristo; tengo á concluir la obra que él dejó comenzada: á destruir reinos, todas las corintumores; á libertar á la muger del yugo del marido; al pobre de la esclavitud á que le quiere sujetar el rico, y al alma de la servidumbre en que la tiene el pecado.

—Este lenguaje, en mi juicio, no era el de un loco; no se esplicó en otros términos Fourier. Continué: Sobre mi pecho traigo el testimonio de mi vision. Se desabotonó su levita y sacó en efecto del pecho, una gran cruz que habia formado con la paja de su colchon, y atado con la lana hilada de su colcha.

—Aun dudaba yo de su estado, cuando arrojando sobre Madama Wheeler una mirada terrible, dijo con aquel acento, con aquellas ademanes de la demencia. Esta muger es inglesa, en ella veis representada la materia, la corrupcion, el pecado; real de aqui, muger impial, fuiste quien me asesinaste. ¡Apodérense de esta muger! Hermana, oh! tenéis á la que os casais, á nuestro Dios! Yo le arresté exclamó precipitándose sobre ella; de arresto en nombre de la ley nueva!

—Madama Wheeler, sobrecogida de espanto, huyó; por lo que á mi tocs, no estaba muy tranquila. Hermana, prosiguió, voy á darte el reino de la redencion, porque te soy digna de él. Tenia el infortunado sobre su corazón, una docena de cruciecitas de paja envueltas en un pedazo de crespon, y circundadas por un listón

cillo rojo. Léanse encima estas palabras: "Luz y sangre." Tomé una de ellas, y me la dió diciéndome: Toma esta cruz, conservalas en tu pecho, y ve por el mundo á predicar la nueva ley. Luego poniendo una rodilla en tierra, tomó mi mano, y me la estrechó muy fuertemente repitiendo: ¡Enjaja, hermana, tu llanto! En breve al reino del diablo se seguirá el reino de Dios.

—Inquietísimos estaban los guarda locos; querian hacer uso de la fuerza para desprender su mano de la mía, pero me opuse á que los irritasen; estaba persuadida de que ningún daño me haría. Le rogué que dejase mi mano, y me obedeció sin resistencia. Se inclinó luego hasta el suelo, besó la orilla de mi vestido y repitió vertiendo copiosas lágrimas, con una voz que sus sollozos interrumpian: ¡La muger sobre la tierra es la imagen de la Virgen, y la desocean los hombres!... ¡la arrastran por el cieno!... —Me volví; yo también lloraba. ¡Infortunado! ¡Cuánto debe padecer, cuando llega á recobrar su razon! Al pasar por el estremo del corredor, me puse á observarle desde la viga que le sirve de division. Continuaba en el mismo sitio de rodillas con las manos juntas, el cuerpo inclinado y fijos los ojos sobre su gran cruz que tenia delante, tendida en tierra. ¡Oh! su figura en esta actitud, era verdaderamente interesante. Me parecia otro San Juan.

—¿Era en efecto loco este hombre? Quanto me habia dicho, no manifestaba sino un hombre en cuya imaginacion abundaban ideas sociales, políticas y religiosas; cuyo corazón rebosaba de amor hacia sus semejantes. El aspecto de la bajeza, de la corrupcion, de la hipocresia, sublevaron su alma, y su religiosa indignacion estalla. ¡Observe en él una fuerte disposicion á exaltarse; pero no encontré aquellos rasgos característicos de la locura. Bellaba en sus palabras por intervalos, aquel fuego creador del genio. Tal vez le eran odiosos sus perseguidores; pero sus discursos eran lógicos y fácilmente se percibía el orden de aquellas ideas por las cuales le eran sugeridos.

—¿Estraña cosa! Entre los cuatrocientos locos que habia encerrados en Belen, se habia admitido por especial favor á un francés, y este francés se cree el Mesias, se dice representante de Dios y habla en el nombre de la ley nueva (1).

(1) En Belen suplé que Mr. Chabrier, antes de ser admitido á aquel hospital, vivaba solo su tiempo en ejercicio de profesora en un colegio, en educar las hijas de los señores, sobre las cuales enseñó personalmente filosofía y ciencias muy profundas. Se le encerró como loco, á consecuencia de un gran le. insensibilidad.

(2) Se alojaba en una reduccion yonada de la ciudad.

(3) Sucedió que un Domingo, cuando todos estaban entregados á la lectura de su Santa Biblia, se paraba en el locu-

—Personas fidedignas me han asegurado lo que acabo de relatar. Mr. Chabrier es muy tenaz en su opinion, y la defiende en un tiempo muy inoportuno; pero su pensamiento en si, es evidentemente racional. Cansado anunció que habia de cesar la práctica de la Biblia.

—Si como una ley social y moral á un tiempo mismo, nos hubiésemos abstenido desde aquella época, de ponerla en uso, ¿de qué modo esplicáramos los triunfos del cristianismo, y los que seis siglos despues obtuvo el mahometismo?

—Mr. Chabrier es marselles. El administrador del hospital de Belen me dijo, que habia escrito al prefecto de aquella ciudad, de su nacimiento, y á Madama Chabrier igualmente. No comprendo cómo puede ser que persona alguna haya reclamado á este pobre hombre; de suerte que se halla desamparado en Londres, abandonado á la merced de extranjeros. Tendrá acceso la familia de Mr. Chabrier, algunas razones particulares que puedan servir de excusa á tal exceso de crudelidad?....

CAPÍTULO XV.

TEATRO INGLÉS.

A sus noticias sobre el teatro inglés, hace preceder Madama Tristan sus consideraciones acerca del teatro en general, y discurre de una manera tan ideológica, que no he creído preciso seguirla, porque mis lectores saben sobre poco mas ó menos el origen del teatro, sus efectos, su influencia en el movimiento de la civilizacion, y cómo participa del espíritu dominante en las épocas de su existencia. Como Shakspeare es, hablando con propiedad, todo el teatro inglés, la señora francesa que se pasó en Londres, describe su genio, su literatura y sus gustos con bastante propiedad, y avanza una opinion que siempre ha sido la mia, de que Shakspeare es el primer romántico del mundo, el hombre sin estudio y sin reglas, el hombre, sin embargo, de su nación, porque nada es mas ágil que este atrevido poeta, y es un inglés sin disfraz, un inglés aristócrata y plebeyo, un inglés siempre brusco,

torio Mr. Chabrier. Si dijese representaciones delante de la Audiencia de las cosas, interrumpir en aquellas lechura ó de preguntas, qué hacia con las cosas viejas, cuando habian, lo mismo tanto que, que no podian ser escritas? Le ingles lo que habia, suprimiendo de preguntas, le hizo en respuesta: las que, no para excusar el hecho. ¿Por qué no las va tú, guateando? Por qué, porque cuando vivas parias un hombre. Pues bien, mejor luego por, con la ley vieja, lo que hace con sus excusitas, excusitas del juicio, y sin desamparar su mente con ideas que fueran locuras en su tiempo; pero que ya de nada sirven. ¡Ah!, tomó la Biblia á esta muger, y la lanzó al fuego.

—Este incidente hizo una fuerte impresion, y estuvo á punto de producir un tumulto en el teatro; que los señores se apresuraron del impio; pero el loco tiraba contorne el trapo con la fuerza de su manada, y el signo de su brava; y nadie se atrevió á tocarlo.

y permitasme decir, un inglés que convirtió en brutal á la literatura. Yo he visto en los Estados-Unidos puestos en escena los tremendos dramas del poeta inglés; yo he admirado tanto su fuego como su furor; y me he regocijado de no haber nacido inglés, porque así no siento placer en esos elocuentes estravios de la razón, en esos torrentes de poesía, cuya sublimidad solamente puede encontrarse en el terror. Yo suplico á mis lectores, que mediten sobre ese Hamlet, y si no se estremecen, yo diré que son ingleses; yo les ruego que confiesen, que uno de nosotros no puede sufrir que un juicio se pague sus dividendos con un pedazo de carne, y tantos otros rasgos que salpican de sangre las concepciones del bardo inglés. El es sin embargo para su país, un día sin aurora y sin tarde; un poeta sin abuelos, sin hijos y sin imitadores. ¿Qué nos resta? Ver como se representan esas piezas en Londres, porque las traducciones inglesas de los Vaudevilles franceses, son, como decimos, guindas para la tarasca, y ligeros entretenimientos de un pueblo, que solamente gusta del teatro cuando corre sangre en las tablas y mancha á los espectadores. Los espectáculos, cuenta Madame Tristan, que comienzan de seis á siete, y la ópera á las ocho de la noche; todos acaban á la mitad de ella. Alumbreadas las salas con gas, en verano, son escésivamente calientes, y en invierno muy frías. El olor que despide el gas se dirige á la cabeza y la enferma; después los candlabros, colocados en las tres líneas de los palcos, llevan á los ojos oleadas de luz que los ciega. Estos inconvenientes no son los únicos; á las nueve y media en todos los teatros los asientos valen la mitad de precio; entonces llegan masas de mugeres públicas y de hombres de todas clases; las mugeres circulan por todas partes, se sientan al lado de cualquiera si encuentran lugar, escallan un olor de ginebra, capaz de producir una asfisia; entran y salen de los palcos cada rato, porque la representación no es su objeto, y asisten al espectáculo solamente por descompenar su ocio, y constantemente están expuestos los concurrentes á sufrir torrentes de aire por las puertas, que se dejan abiertas. En los corredores se perciben ruidosas carcajadas, gestos y chanzas licenciosas: todas esas voces roncadas y que parecen ladridos, chocan y hacen creer que aquella es una de las eteas de la bella civilización. El ambiente tiene no sé qué cosa de deletéreo que oprime al pecho; en el teatro la desverguenza no tiene límites, y la prostitución se manifiesta con descaro; allí ocurren escenas de tal manera escandalosas, que la pluma se resiste á trazarlas. En todos los teatros, las decoraciones son lujosas, los bancos y las sillanas son elegantes, la sala está adornada con miles de luces; y se encuentra un café con toda clase

de refrescos, y en el invierno un buen fuego; pero en todos los teatros las mugeres públicas se apoderan de los mejores lugares, y la obscenidad de sus provocaciones excluye á toda muger dotada de algun pudor, y á los hombres que no han abdicado enteramente toda delicadeza. Cuando estuve en Londres en 1835, las mugeres públicas en el teatro Drury-Lane, llevaron su cinismo hasta el extremo de quitar sus vestidos á un joven á la vista de todo el mundo, de robarlo y de dejarlo enteramente desnudo. Este desgraciado, de quien se habían apoderado cuarenta ó cincuenta Mezeras, pidió socorro y nadie se lo dió. Cuando el salón quedó desocupado, se le halló metido en un rincón de que no se atrevía á salir."

Con vista de lo relacionado, y esto que caritativamente omito muchos mas escándalos, quedan desde luego declarados conventos regulares, y de lo mas ansteros nuestros, teatros Principales y de Nuevo-México. Si alguna alma pecadora se desliza entre la multitud, el público le impone respeto, y ella guarda circunspección. Los amantes del orden y de la decencia, critica-ban entre nosotros ligeros delicias de la fragilidad humana. Conociendo, pues, con semejantes contrastes, y vean que nuestro pueblo es mejor de lo que se pensaba, y que nada debe envidiar allende los mares.

CAPÍTULO XVI.

TRIBULACIONES DE LONDRES.

En este artículo he recogido Madame Tristan cuantas miserias y escaseces sufren los Ingleses, después de reprehenderlos porque fuera de su país se factan de que todas son para ellos mortificaciones. Conviéndolo con esta implacable señora, que el inglés padece mucho en su casa, merece que se le advierta, que donde quiera que mora el hombre, tiene gozos y siente privaciones, sea en París ó en Londres, sea en México ó en Tehuacan. Además el placer, tanto como el dolor, es relativo, y lo que en la Groenlandia causa pena, es acaso en Roma motivo de satisfacción y entretenimiento. Donde yo no percibo otro talento que el de la caricatura, paso adelante hasta no dar con observaciones dignas de un filósofo.

CAPÍTULO XVII.

LAS MUGERES INGLESA.

Si es exacta la relación que hace Madame Tristan de la suerte y condition de las mugeres en Inglaterra, ella no puede ser mas infeliz y desgraciada. Esclava y miserable desde su infancia; mal educada si no se le prepara para que brille entre los literatos; mas esclava todavía en su enlace con un hombre que no habla mas que de

negocios, ni piensa en otra cosa que en amoutrar dinero; degradada si no toma un marido, y considerada como hermafrodita si prefiere el celibato; es en fin, la muger inglesa, un verdadero nuble, si no se convierte en autora, y son entonces sus gozos meramente espirituales, sin que pueda prometerse ni un paraíso como el de Malhoma, ni el modesto jardín de las delicias en que comió la fruta maldadada la madre del género humano. Ciertamente que la muger mexicana, no puede aspirar á otra felicidad que á la de obtener un esposo ó encerrarse en un convento; mas el esposo mexicano es dulce, tierno y compasivo; y en un convento de nuestras monjas, el único sacrificio es la separación del mundo, porque las monjas antiguas son verdaderas madres, y las jóvenes inspiradas que sacrifican su libertad y su cabello, son tratadas como hijas queridas, y respetadas como primicias del bello sexo que se consagran en el altar de Dios. Estoy intimamente convencido de que el hombre mexicano debe anteponer su patria á todas, y de que la muger mexicana debe preferir su esposo á todos los esposos y su convento á todos los conventos. La triste celibataria, lo mismo vive en Londres que en México, porque no vive, y donde quiera su mansion es un sepulcro.

CAPÍTULO XVIII.

LAS CASAS DE ASILO.

Madama Tristan se complace en recomendar los objetos de esta caritativa institucion, y en buscar á los establecimientos de Inglaterra algunos defectos, que no he considerado verdaderos. Las salas de asilo es un recurso inventado para atender á la miseria; y no puedo unirme á los que critican las imperfecciones de las que existen en Inglaterra, porque no veo en mi país que se haya adoptado un pensamiento cuyo designio es tan conforme con los preceptos y ejemplos de la caridad cristiana. La única institucion que medio se les asemeja, es la casa de correccion fundada en esta capital por el Sr. D. Manuel Eduardo Gorostiza, quien deja en ella un monumento á su memoria, que será tan duradero como la moralidad que procura para la juventud. Yo desearé siempre con ternura, la mano que ha sembrado esas semillas de virtud entre mis compatriotas; y apetezco que el hombre filántropico que ha emprendido estos trabajos, sin apoyo y sin estímulos, lleve esa misma mano bienhechora al corazón, y que en él encuentre su mas pura y mas bella recompensa.

CAPÍTULO XIX.

OWEN.

Permitame Madama Tristan que condenando tanto el sistema de Owen, como su juicio apo-

lógico, no entretenga á mis lectores con el extracto de sus opiniones, que ha calificado mi razon de peligrosas y absurdas. Ciertamente que Owen pondera y escaseza la pobreza de los proletarios de Inglaterra; pero no lo es menos, que escaltando y estraviando su imaginacion, lejos de proporcionarles recursos y consuelos, los precipita en el abismo de la desesperacion ó de los trastornos civiles. Owen, si no es un ateo es un materialista; y esos reformadores, que comienzan por desconocer á Dios, destruyendo la primera esperanza del hombre, ó que rebajan y degradan su especie, son unos verdaderos conspiradores contra la felicidad humana, y que merecen ser apreados en la plaza pública. En otros siglos era combatida nuestra creencia en detail. Ahora se dirigen los ataques al todo del sistema moral que predicó el mejor de los Hombres, para la dicha de nuestra especie. Estas tentativas impías, no pueden producir efecto alguno en las masas, porque su creencia se ha afirmado en la esperiencia de que si el desgraciado no alza la vista al cielo y fija su esperanza en Dios, en vano torna los ojos para escitar la misericordia de los hombres.

RESUMEN.

Después de haber dado fin Madame Tristan á su obra, todavía escribe unas *pincladas*, lo que es muy propio del carácter de las mugeres, quienes no pueden redactar una carta sin agregarle su *postdata* y *exmienda*. Mas como la señora repite sus declaraciones, y señala de nuevo objetos muy frivolos de su critica, no continúe mi extracto, siendo suficiente el que presento al público, para dar á conocer á esa ciudad y á esa naci6n, por los rasgos vivos, animados, satíricos y hasta atroces, de una muger dotada con altas cualidades para la literatura. Sus relaciones, aunque apasionadas, presentan siempre un fondo de verdad; y han podido servirme como de puntos de contraste para recomendar el carácter del pueblo mexicano, y limpiarlo de las manchas con que lo cargan escritores inadverdidos ó malvotos. Estos escritos que se ven sobre los hechos, hábitos y costumbres de un pueblo, que se consideran mas civilizados que el nuestro, sirven para considerar, que es una indemnizacion suficiente de los defectos en que abundan por necesidad ciertos pueblos medio cultos, la carencia de otros vicios, que siguen á la civilización mas adelantada. No estamos obligados, hoy, á avergonzarnos del carácter imperfecto de nuestra naci6n, cuyos caracteres son pronunciadamente, son hábitos y costumbres, que es el requisito esencial de la organizacion de las sociedades. Concluiré diciendo con el vije Ho-

racio, el maestro de la poesía en todos los siglos: *Non ego paucis offendar maculis*. Pequeñas son, en verdad, las manchas del carácter mexicano: trabajemos sin intermisión porque sea el mas honesto entre todos los pueblos de la tierra.

México, Diciembre 10 de 1843.—José María Tornel.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO

A JULIO G....

DUERME en la alcoba sombría
Y cabe un humilde altar,
Pálido niño, á la sombra
De alto lecho maternal.
En tanto que así reposa,
Su párpado virginal
Para la tierra cerrado,
Se abre para el cielo ya.
¿Cuántos sueños...! Mira alegre
Un vastísimo arenal,
De relucientes diamantes
Cubierta su inmensidad!
Y mira radiantes soles,
Y hermosas que con afañ
En sus brazos, almas puras
Llevar á la eternidad.
¡Dulce ensueño!... Ve arroyuelos,
Y oye una voz celestial
Que del agua clara sale
En armonioso cantar.
¡Qué hermosas ve á sus hermanas!
Junto á ellas su padre está:
Con alas, como las aves,
Sueña á su madre mirar.
¡Ve tantas cosas tan bellas!...
Lirios, jazmin y azahar,
En un corredor que cubren
Pabellones de arrayán;
Lagos do los peces corren
Bajo el onda de cristal
Que, en las cañas de la orilla
Se arruga y riza al tocar....

¡Ah! duerme siempre, amor mio!
Duerme ¡oh niño! duerme en paz.
Tu alma de querube ignora
A dónde tus días van.
¡Qué importa! Como alga muerta
Vas por el turbio raudal:
La corriente te arrebató:
Pero tú durmiendo vas.
Sin cuidados, sin afañes
Tú duermes al caminar:
De la inquietud fatigosa
Nunca la mano glacial

Sobre tu cándida frente,
Que aun sin arrugas está,
Con sus estériles uñas
¡Mañana! escribe tenaz.

¡El pobre duerme! Los ángeles,
Que saben desde antes, cuál
De los miseros humanos
La suerte cierta será;
Viéndole inerte y tranquilo,
Sin temor y sin pesar,
Le besan las maucetas
Con lágrimas de piedad:
Con sus labios de los suyos
Rozan la miel al pasar;
Y el niño, que ve que lloran,
¡Gabriel! les dice no más.
Pero el arcángel le toca,
Y su cuna al mentar,
Le pone en la boca un dedo,
Y otro alza al cielo inmortal.

Mas la madre se apresura
El niño rabío á arrullar,
Creyendo que algun ensueño
Negro, le oprime tenaz.
¡Con alto orgullo le admira
Y oyéndole suspirar,
Le hace sonreír dormido.
Con un beso que le da!
Octubre de 1843.—C. COLLADO.



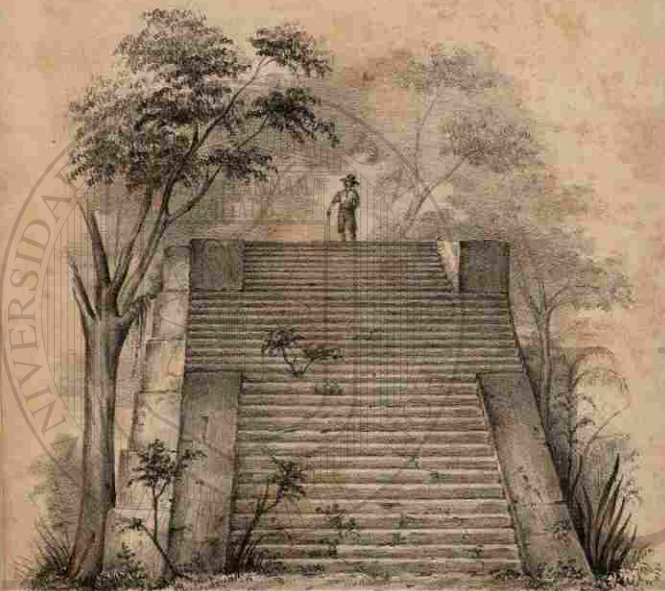
BOTANICA.

ACRECIMIENTO DEL REINO VEGETAL EN EUROPA.

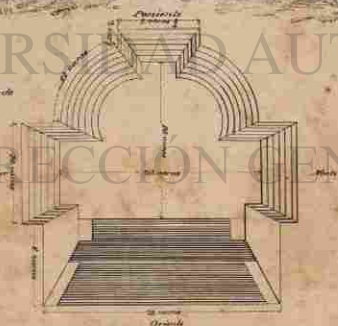
Una de los mas sabios botánicos ha calculado, que despues del descubrimiento del Nuevo-Mundo, 2,345 variedades de árboles y de plantas de América, y mas de 1,700 del Cabo de Buena Esperanza unidas á otras originarias de la China, las Indias Orientales, la nueva Zelanda, y diversas partes de Asia de Africa, y de los comines de la Europa, han hecho subir á mas de 20,000 las clases de las plantas cultivadas con las cuales está enriquecida la zona templada de Europa.

[La Mosaïque].

APUNTES ARQUEOLOGICOS.



Plano de la escalera
del templo



DEPARTAMENTO DE VERACRUZ.

Plano de un Templo situado en las ruinas del Puente Nacional.

HACE algunos días que hablando con el R. P. M. Fr. María Cabeza de Vaca, amigo mío sobre las ruinas que se han encontrado y pueden encontrarse en nuestro país, me refirió que siendo cura del "Puente Nacional," por los años de 1819 ó 1820, había visto casualmente unas entre aquellos bosques. Desde luego que tal cosa oí, formé el proyecto de ir al "Puente," lo comuniqué á mi amigo D. A. Oubossier, y convenimos en salir de esta ciudad el día 7 de Noviembre. A las tres de la tarde de dicho día verificamos nuestra salida, acompañados del conde de Sussanet, de D. Juan Naudin, y de Mr. Castillo. Llegamos al "Puente Nacional" á las 11 de la noche, y nuestra primera diligencia al siguiente día, fué presentarnos al cura de aquel punto con una carta que al efecto llevábamos, del R. P. Fr. M. Cabeza de Vaca, para que nos informara del paradero de un labrador llamado Murrieta, que era el único que cesaría de los que lo habían acompañado á las mencionadas ruinas. A pocos momentos se nos presentó este anciano, y le dijimos el objeto que allí nos llevábamos. Nada recordó por lo pronto, y á haber sido menos curiosos nos hubiera desatendido cuando lo hizo, pues nos dijo que eran algunas paredes viejas que no tenían qué ver; que estaban á dos ó tres leguas de distancia, y que hallándose dentro de los montes, debía ser muy dificultoso el tránsito hasta ellas. Nosotros insistimos en ir, y le dijimos que llevara dos ó tres hombres para que rozaran en el monte lo que fuese necesario. Así lo hizo, y serían las diez de la mañana cuando emprendimos nuestro camino.

Antes de llegar á la cuesta de la Calera, en un lugarcito que llaman el "Pionche" á una legua ó legua y media del "Puente Nacional," tomamos á la izquierda separándonos del camino real. Bajamos una barranca por lugares apenas transitables, y sin poder dar con el rumbo por donde estaban las ruinas, salimos dos ó tres veces á la margen del caudaloso río del Puente, y anduvimos perdidos entre aquel monte. Rozando siempre el espeso ramaje que nos impedía el paso, nos encontramos de pronto con aquellas hermosas ruinas.

Difícil es describir la alegría que tuvimos al ver que aquello, tan despreciable para las sencillas gentes que nos guiaron, era un templo del

tiempo de la gentilidad de los indios. ¡Qué pensamientos tan poéticos! ¡Qué ideas tan sublimes se agolpan á la imaginación, cuando se contempla uno de estos monumentos que sobreviven á los siglos, como para perpetuar la memoria de los pueblos que lo levantaron! La naturaleza estaba en calma: el sol resbalaba perpendicularmente sus ardorosos rayos sobre el hermoso templo; y ni el mas ligero vientoillo venía á retozar entre las frondosas copas de aquellos árboles gigantes. Había, sin embargo, algo de encantador en aquellos lugares; y el silencio religioso que allí reinaba, interrumpido de vez en cuando por el lejano canto de alguna ave solitaria, y por el rumor sordo con que se arrastran las aguas del caudaloso río, convidaban á una profunda meditación. El bosque es espesísimo. Innumerables y gruesos bejucos cierran el paso por todas partes, enredándose como enormes serpientes en los troncos de aquellos viejos y robustos árboles. Tal parece que la naturaleza formó allí aquella muralla impenetrable, para guardar la obra de un pueblo que ha desaparecido ya, y que si no fué tan culto como otros pueblos contemporáneos suyos, pudo al menos legar un recuerdo á la posteridad, firmando sobre la tierra con una firma semejante á la que dejó el orgullo de los Faraones en las llanuras del Egipto.

El templo está situado en la cumbre de un montecillo, elevado á unas treinta varas de altura sobre el nivel del río, que corre magistrosamente á sus pies. A causa de la desigualdad del terreno en que está levantado el edificio, tiene este treinta y tres pies castellanos de altura por unos lados, y cuarenta y dos por otros. El frente queda al Oriente, y se sube á la plataforma ó atrio superior, por una escalera de treinta y cuatro escalones, tan pendiente, que está casi perpendicular á su base. La plataforma tiene en su mayor longitud cuarenta y ocho pies castellanos, y presenta en su mayor latitud. La media circunferencia de la base, tomada desde el escalón ó cuerpo A. B. C., pues más abajo no se podía tomar con exactitud, es de ciento cincuenta y seis pies castellanos. Al edificio lo rodean seis escalones de un pie de latitud, y los cuerpos que hay entre uno y otro escalón, tienen como siete pies de altura, los mas próximos á la base; disminuyendo esta altura progresiva-

mente en los de arriba, ó mas próximos á la plataforma. El edificio está construido con cal, arena y piedras grandes del río, y aunque en la plataforma y escaleras han vegetado algunos arbustos, se mantiene perfectamente conservado, debido tal vez al lugar oculto en que se encuentra. Cualquiera á primera vista juzgaría que el templo era macizo; pero no es así, pues el interior es un subterráneo de bóveda, el cual tiene su entrada por el lado del Poniente, en el lugar señalado en la estampa con la letra D. Dicha entrada es tan inclinada, que sin embargo de haber escavado nuestros mozos para dejarla algo espedita, no presentaba mas que la que área puede abarcar la media circunferencia de un círculo de una vara ó poco mas de diámetro. Las paredes tienen tanto espesor, que arrastrándose uno por el suelo, y llevando una luz en la mano, puede, con dificultad, llegar al punto adonde comienza la bóveda. Nosotros lo hicimos así; pero nos fué imposible entrar á ella, porque á causa, tal vez, de haberse desprendido alguna parte, había gran cantidad de tierra que imposibilitaba el ponerse en ella. Desde el lugar hasta donde nos fué posible entrar, se veía parte de la bóveda; que es grande; y se distingue la entrada á otros subterráneos, de los que con bastante sentimiento mio, no puedo por ahora dar razón. Permanecimos allí dos ó tres horas, y desahucamos que los hombres que habíamos tomado en el "Puente," entraran á despejar el tránsito hasta la bóveda; pero nada sirvió para obligarlos, y perdidos la esperanza, cuando vimos que no se atrevían á entrar ni hasta el lugar adonde nosotros lo habíamos hecho; temiendo, según decían, que alguna fiera ó alguna serpiente estuviese allí oculta. A alguna distancia del edificio, se distinguen los cimientos de una muralla, que sería, según parece, la que formaba el átrio que tenían toda esta clase de templos.

Según mi pobre opinion, este templo debió ser erigido al dios Quetzalcohuatl, á quien el Dr. Sigüenza y otros escritores han tenido por Santo Tomás. Sabido es que todos los templos de los antiguos mexicanos tenían la plataforma, ya formando un cuadrado completo, ó ya un cuadrilongo, y que solo había partes circulares en la de los templos erigidos al culto de Quetzalcohuatl. Este templo según se ve en el plano, la tiene en esa disposición. El lugar en que está situado me lo hace creer tambien, pues sea porque los indios sabían por tradición, que cuando este dios quería publicar una ley, hacia subir á la cumbre de un monte á un progenitor, cuya voz se oía á una enorme distancia; sea porque lo tenían por el dios del aire, siempre le levantaban sus templos en las cumbres de los montes. Por eso construyeron los Tolteques en Cholula, la colosal pirámide que ha llegado á

nuestros dias; por eso en Tala le hicieron un templo en lo mas alto del monte, y en casi todo el imperio mexicano hacia lo mismo, pues era general el culto á este Dios.

En algunos mapas colocan á Cempoallan en el mismo sitio en que hoy se encuentra el "Puente Nacional;" y aun Cortés en sus cartas á Cárlos V, lo supone á cuatro leguas de Veracruz, que es precisamente, ó poco mas, lo que dista el "Puente," de la "Antigua," lugar en que estaba Veracruz cuando Cortés hablaba. Pero las ruinas de Cempoallan, según el dicho de personas fidedignas, se ven aun á algunas leguas al Norte de la "Antigua;" de modo que ó no habia poblacion alguna donde hoy se encuentra este templo, ó habia dos poblaciones con el mismo nombre de Cempoallan. Esto último no es creíble, porque aunque en el imperio mexicano habia muchas poblaciones con el mismo nombre, pues se encontraba v. g. un Jalapan en el territorio de Coatzacoahuac, y otro en el de Tototzacapan, y por este estilo muchas, parece imposible que hubiese dos de igual nombre, en el mismo territorio de los Totonacos, y á tan corta distancia una de otra. Por otra parte, lo espeso del bosque, y la antigüedad de muchos de sus árboles, dan á conocer que aquel terreno es virgen, notándose una gran diferencia entre la parte del bosque que está dentro del átrio, cuyas cimientos según he dicho, se distinguen aún, y la que está fuera de él. Si convenimos pues, en que no existió allí poblacion alguna, y en que ese templo desde su origen estuvo aislado en el monte, es á mi entender una prueba mas para creer que fué erigido á Quetzalcohuatl, porque, según entiendo, solo á este dios levantaban templos en esa disposición. Por último, Quetzalcohuatl fué el que les dió á conocer el uso de la cruz, prometiéndoles por medio de esta señal, la serenidad en el aire, la lluvia necesaria, la salud corporal &c.; y las escaleras ó gradas de este templo, forman exactamente un hermoso átrio, como se ve en el dibujo. No se puede creer que la formación de tal señal, fuera obra de la casualidad; porque los escalones que forman los brazos de la cruz, no pudieron tener uso alguno, pues son absolutamente innecesarios.

El subterráneo llamó tambien mi atencion, como que, según entiendo, los otros templos de esta clase que se han encontrado, han sido macizos enteramente. Yo creo que se haría con objeto de guardar allí los tesoros del templo; y aun ocultarlos en caso necesario, pues según he dicho, la entrada es pequenísima, y está situada en una hondonada que forma el terreno, de manera, que poniendo un poco de tierra hasta enparejarlo, quedaria invisible. Podría creerse que en su origen estuvo el terreno igual; y que despues del tiempo que ha pa-

sado, los vientos formaron allí un depósito de tierra, que lo ha levantado por algunas partes; pero esto no es posible, porque ni puede tener efecto por el espeso bosque que circunda á aquel lugar, ni aunque así fuese, estaria la hondonada por el lado del Poniente, siendo el Norte el viento reinante allí, y el que sopla con alguna fuerza.

Difícil sería para mí, por mi escasa instruccion, y demasiado estenso para un artículo como el presente, el entrar en materia sobre la antigüedad que pudiese tener dicho templo, máxime, cuando todas serian conjeturas, no habiendo ningun dato cierto sobre que poder fijarse.

He visto la obra del alemán Nebel y algunas otras, y en ninguna se habla de tales ruinas, por lo cual juzgo que estos apuntes pueden tener algun interés.

Por el plano y dibujos que acompañan á este artículo, obras de B. A. Oboussier, se puede formar una idea exacta del templo.

Veracruz, 18 de Noviembre de 1843.

José María Esteva.

POESIA ESPAÑOLA.

A la memoria de una gran señora, de celebrada memoria.

FRAGMENTOS.

Allá por silveo anchísimo y umbrío,

Corre insensible el insondable río

Del tiempo y de la vida, sin que alcance

La débil vista de la mente humana

Ni su origen ni fin; pasa las olas

De los años, por años impelidas:

En pos los apresuras la carrera

Los siglos en corriente impetuosa,

Hasta hacerlas entrar desvanecidas

Del olvido en la tumba misteriosa.

Estos pasan tambien y desaparecen

Entre ruedas y círculos fugaces.

Que otros siglos y siglos renacientes

La eternidad les lanza poderosa.

De sus perennes caudalosas fuentes.

Por medio de los turbidos raudales

La mente postulante arredrando,

Se ven llegar en formas colosales

Los sucesos que truncan las diademas,

Que trastornan imperios; devastando

Regiones y metrópolis supremas,

Llegan entre las lluvias de los males,

Con ímpetu estrallándose en la prole

Añorada de Adán que evita en vano:

El fiero anago de la horrible mole:

Las gentes de los ámbitos del mundo,

Inciertas corren, huyen espantadas,

Dan al viento sus tristes alaridos,

Y en los presentes ecos resonantes,

De cien generaciones ya pasadas
Se ahogan los gritos que acordaron antes.
La márgen del no ser encierra al río
Con la márgen del ser en ancho cauce,
Enlazando á los dos con honda fauce
Un puente de magnífico atavío
En arcos de firmísimo topacio
Y dió la tierra al hombre en señoría.
Envolvía con las nubes del secreto
La entrada y el final del edificio,
Que la vida y la muerte son arcanos
Para el mortal un hondo precipicio
Se traga al infeliz de los humanos
Cuando el velo que cubre tal misterio
Pretende alzar con sus impuras manos.
De las alas arcadas por remate
Se levantan las anchas galerías,
Y se tiende el grandioso pavimento
Por do en la inmensa de los dias
Al dolor entregadas y al combate
Con mil diversos títulos y nombres
A recibir un mismo scatamiento
Van las generaciones de los hombres.
Dos desiguales sendas se dividen
El ancho espacio del mármoreo puente
En cada cual alzándose eminente
Un templo allí al placer, aquí á la pena;
El ámbito mayor éste decora.
Sus grandiosas estancias y sus átrios
La especie humana por naciones llena,
Y en su afliccion desesperada arrastra
De ageno crímen bárbara cadena,
Los miseros que suerte tan horrenda
Pretenden esquivar huyendo ansiosos,
Con prisiones se ven la mucha senda
Por invisible mano detenidos;
Y los ministros del dolor rabiosos
Lanzándose con gritos espantosos,
Alcanzan á la turba sin ventura,
Y con moña cruel empedernidos
Venciéndoles su resistencia loca,
El cáliz de la hiel y la amargura
Les hacen apartar con triste boca.
La muerte en tanto son segur tirada
Los hierre y lanza al insondable río
Que los lleva al abismo de la nada,
Colmando al punto el funeral vacío
Otra generacion mas desgraciada.
En la otra senda de recinto estrecho
El cuadro es otro y el placer habita
En su séglo feliz multido lecho;
Son su imperio vergeles y jardines;
En torno con la música concita
Los coros de las damas y festines,
Y al armónico son y dulces voces
Se allegan fascinados los mortales,
A su pesar pasando veloces
Sin apagar la sed de los placeres,
De aquel centro de toda las delicias,

Casi al coger la flor de las caricias,
Número breve el séquito compone;
Que por alto decreto el cielo quiso
Hacer la tierra yermo para muchos,
Para pocos florido paraíso.
Por tal camino entrastes en la vida
Enuelta en sedas, infeliz matrona;
Oro y marfil ornáronte la cuna.

El ebano oriental con fierros sonos
Aprendizate á pulsar, y en dulce canto,
Simulando de amor el blando idioma
Te enseñaste á repetir los corazones
En arrullos de tímida paloma.
Con planta airosa de ligera pluma,
Que aun ni hollara el heno de la orilla,
Ni deshiciera entre la blanca espuma
Las pompas de cristal que toman el agua.
Te adiestraste á medir el rico suelo,
Del soberbio salón, con leves giros
Y en tu gentil donaire y suelta danza
Fiechabas del amor los dulces tiros.
Encabe el desden, la duda, y la esperanza,
El amor inspiraste con tus ojos,
Y el desvío con habla delicada,
Que si un rey se arrojaba ante una hermosa
Y un reino sacrificaba sus antojos,
Quién no se rinde en tal voluptuosa
Á la mujer que titula en calza.
De princesa feliz con faz de diosa
Lo mas galán, la flor de la nobleza,
Los señores de alcázares y villas
Siguiéron officiosos tu belleza,
Y arrojándose en finos galanteos
Los estados que ofrecen dos Castillas
Rindieron á tus pies como trofeos,
Cuidadoso rondando tus jardines
Acaso en tanto por la noche umbría,
A mas fino galán viste templando
El hermoso land de Andalucía,
Y entre fervidos ayres y suspiros
Cantar le oíste en triste melodía,
Respondiéndole tú con blanda quejas.
Oh qué placer en el amor primero
Hablar furtiva por las altas rejas
Con un tímido amante caballero!

¿Qué se hicieron las plumas y las flores
Que de tu sien realizaban la belleza?...
Todo murió, y en vez de gala veo
El mongil funeral en tu cabeza:
Tus miembros que vistieron por trofeo
Las riquísimas telas que en Oriente
Con oro teje el indio tributario,
Con místico sayal groseramente
Ora los cubre el mísero sudario.
Las turbas que vagaban placenteras
Cerca de tí y tu séquito florecían,
¿Dónde se fueron? ¡Ay! Te asisten hora

Solo yérías estátuas de alabastro,
La adusta faz cubierta de viseras,
O matronas que empañan con su loro
El manto de las finébras bandéras.
No tal estancia alumbran mil antorchas
Sobre cristal en trípodos soberbias
Cual émulas del sol las viste un día,
En azul artesón y en alto estuco
Arderse entre la rica argentería.
Una lámpara triste, solitaria,
Suspensa de las bóvedas oscuras
Brilla con lumbré temerosa y varia,
Y al siniestro esplendor que el pecho pasma,
Ve la mente cruzar negras figuras
O pavosca faz de una fantasma.
¿Qué de verdades reveló la muerte
A tu alma en los senos del sepulcro?
Abrió la eternidad ante tus ojos
Por entre el éter trasparente y pulcro,
Te mostró la mansion de los enojos
De la vida inmortal el alto arcano,
Y viste á Dios, en fin en el empirio
Las aguas contenido con su mano.
Al Señor de las celestias alturas
Que mil soles suspende con su aliento;
Y millohus de arcángeles preside
Desde el pirope inmenso de su asiento.
Ven evocada á mi rogar ferviente,
Añima triste, al señalar la una
El bronce vibrador de la alta torre;
Ven, en la noche, al brillo de la luna;
A mi fatal curiosidad descorre
Los velos misteriosos que la suerte
Solo nos alza dándonos la muerte.

SERAFIN CALDERÓN.

CHASCO MERECIDO.

El hijo de un labrador de la provincia de
Wiltshire, en Inglaterra, llamado Brown, de
edad de doce años, acostumbraba ir á una villa
cercana á hacer las provisiones. Como aque-
llos contornos se hallasen infestados de ladro-
nes, el muchacho escortaba á prevención las mo-
nedas de oro, llevando en el bolsillo las de pla-
ta y cobre. Un día que iba por el campo, se le
presentó un ladrón pidiéndole el dinero. Brown,
fingiéndose sorprendido, le dijo: ya que queeres
mi dinero, justo es que vayas por él; y tiró del
otro lado de un foso un puñado de monedas;
el ladrón viendo que eran muchas, fué á reco-
gerlas dejando á Brown el tiempo de huir; mas
volviendo la cara, vió con sorpresa al muchacho
que, montado en su caballo, corría á to-
do escape. Seguramente no esperaba esta ac-
ción de un contrario tan jóven. La muleta del
ladrón valia infinitamente mas que las monedas
que Brown habia arrojado.

PANORAMA DE MEXICO.

MONTERREY.

CAPITAL DEL DEPARTAMENTO DE NUEVO LEON.

REGULARMENTE hay un concepto equivocado,
entre las personas que no han salido de su país
natal respecto á la cultura, belleza y civilization
de otros Departamentos de la república. Estas
ideas y la carencia de comunicaciones rápidas y
frecuentes en un punto á otro, hacen que suela
observarse en los Departamentos cierta especie
de provincialismo, conveniente si llega á deter-
minado límite; pero perjudicial cuando excede
de él y ocasiona que los individuos vean todo lo
que no es de su país con cierta indiferencia, y
puede decirse aversión y encono.

En cuanto á nosotros, esentos por fortuna de
este instinto, pues en México no existe tal preocu-
pación, hemos procurado presentar en nuestro
periódico una serie de artículos con el nombre
de *Panorama* que dan idea de las bellezas de
otros pueblos del interior, convencidos que si
tal vez no tan bien escritos como fuera de desear-
se al menos manifiestan terminantemente las de-
seos que tenemos de conciliarlos las simpatías
de nuestros amatorios y benévolo suscritores
foráneos.

Una de las ciudades mas pintorescas y acaso
no conocida bastante, es la de Monterrey,
capital del Departamento de Nuevo-Leon,
bien que todo este terreno puede sin acesgura-
ción llamarse un jardín.

Monterrey está situado en un pequeño valle
al pié de las últimas montañas de la Sierra Ma-
dre, dista de la capital de la república como dos-
cientas noventa leguas, y de los puertos de Tam-
pico y Matamoros poco mas de cien leguas. El
plano de la ciudad es bastante regular: los edifi-
cios de buen gusto de esa clase de arquitectura sin be-
lleza ni elegancia, son sólidos, de buena aparien-
cia, y cómodos en la interior: las calles son rec-
tas, con sus respectivas banquetas, empedradas
y alumbradas en las noches, y la catedral es un
templo semejante á nuestros celebradas iglesias
de Santo Domingo ó San Agustín.

Pero lo que hace que tal población sea es-
tremadamente bella, es su situación al pié de
dos cerros elevadísimos, el de *La Silla* y el de

La Mitra. El primero cuyo nombre le viene
sin duda de la perfecta semejanza que tiene la
figura de su cima con un fuste de silla, es de una
altura prodigiosa y tiene una hermanera y
un encanto indefinibles. Tan lleno de verdor,
tan congestionado, dibujándose en el azul del firmamento:
he visto multitud de cerros y de mon-
tañas, pero nunca habia contemplado otro tan
lleno de belleza como el cerro de la Silla de Mon-
terrey; parece el protector de la ciudad y el con-
sistente de los astros. Por las mañanas el sol
le envía sus primeros fulgores, y lo tife de púr-
pura; por las tardes recobra un momento sobre
él y sacude su cabellera de oro en su cima: lle-
na de flores y de caribambos, y en las noches se ve
sobre el último picacho al parecer clavada á la
luna blanca y hermosa como una perla, ó al lu-
cero vespertino arrojando sus pálidos y temblo-
rosos fulgores.

El otro cerro tiene aunque imperfectamente, la
gura de una mitra, y tambien por ese motivo le
han llamado así; pero ni su situación ni su figu-
ra, ni su fertilidad, igualan á la del antecedente.
El cerro solo, como ya expresado, haria de
Monterrey uno de los sitios mas bonitos de la
república; pero aun tiene otros extremadamente
pintorescos, tales como el Ojo de agua; el puen-
te de la Purísima, y el bosque de Santo Do-
mingo. El primero es un manantial de agua
clarísima, situado en un extremo de la ciudad
y rodeado de árboles, de plantas, y de flores,
pero que crecen con tal esuberancia y fertili-
dad, que casi se entretienen y enlazan unas con
otras, formando materialmente una alfombra de
flores, y un toldo de verdura. En este ojo
de agua, hay algunas clases de pescado bastante
bueno, y sobre todo un excelente camarón,
de un tamaño extraordinario que no lo habia yo
visto, ni aun en las lagunas de las orillas del mar.

El puente de la Purísima está construido en
el rio que se forma, segun creen, con las vertien-
tes del Ojo de agua, para comunicar una parte de
la ciudad con otra donde se están edificando mu-
chas casas, y se comenzó á levantar una nueva

catedral. A la izquierda del puente hay una calle formada de preciosas casitas y de huertas, sembrada por unos álamos, y este punto es el del paseo en los días festivos. Acaso se figurarán los que han esto que ninguna belleza debe tener un paseo semejante; por el contrario, la vista de la campiña verde y frondosa termina por el cerro de la Silla, y la dulzura que se experimenta al ver desfilarse las aguas del río, diáfanas y cristalinas por entre vauitad de árboles y de plantas silvestres, y el ambiente tan puro que se respira, hacen que este paseo formado mas por la mano de la naturaleza que por la del hombre, sea uno de los mas gratos que puedan concebirse.

El clima de Monterey es estremoso, y en tiempo de otoño el calor es á veces mas sofocante que en la costa, habiendo ademas la circunstancia de que caer fuertes chubascos, acompañados de multitud de rayos. Por lo demas es bastante sano; y los mosquitos y animales ponerosos no son abundantes.

Concluiré este artículo diciendo una palabra sobre los habitantes. Salvo algunas afecciones pronunciadas de provincialismo, es la clase de gente mejor que yo he conocido: amables y hospitalarios, no dedican del carácter mexicano, habiendo ademas la ventaja de encontrar particularmente entre las mugeres una sencillez y un candor y modestia apreciables.

Si Monterey estuviera completamente libre de la terrible plaga de los indios bárbaros, que en tiempo de invierno suelen cometer sus depredaciones en las cercanías, sin duda que progresaria mucho, y sería uno de los mas deliciosos países para pasar una vida quieta y tranquila.—M. PAVÓN.

LONGEVIDAD COMPARADA.

Un escritor inglés, M. Madden, ha publicado bajo el título de fisiología de los literatos, una obra en la que procura generalizar algunas observaciones sobre la relacion que tiene el talento, y el género de trabajo con la salud, el carácter, la fortuna y la longevidad de un gran número de sabios, de artistas, de poetas, de oradores, &c., reuniendo las diferentes edades de los individuos de cada serie; M. Madden ha obtenido los resultados siguientes.

30 Sabios han vivido	1,494 años término medio.	75
1 Filósofos	1,409	70
1 Escultores y pintores	1,412	70
1 Jurisconsultos	1,294	69
1 Médicos	1,268	68
1 Teólogos	1,250	67
1 Fisiólogos	1,237	66
1 Músicos	1,184	64

30 Romanos	1,259 años término medio.	69
1 Autores dramáticos	1,249	62
1 Poetas	1,164	57

Segun se ve, la ventaja resulta en favor de los sabios y filósofos, y la desventaja en contra de los romanceros, poetas y autores dramáticos. Sin embargo, entre estos últimos Young llegó á 84 años, que por cierto es una respetable edad y Dryden murió á los 70 años. En cuanto á los autores dramáticos, tambien se encuentran excepciones: Crebillon murió de 80 años, Goldoni de 85, Voltaire de 84, Goete de 82, Corneille de 78, Lope de Vega de 73, Otway, autor de *Vencido salvado*, de 34; Schiller de 46, Shakspeare de 52, Racine de 60. Los mas notables ejemplos de longevidad referidos por Madden, se encuentran en la columna de los artistas: Miguel Angelo y el Ticino, llegaron ambos á 66 años; Rafael y Byron murieron de 37 años; Mozart de 36.

Las indagaciones de Mr. Madden nos dan á conocer que Buffon vivió 81 años, Franklin 85, Herschell 84, Copérnico 70, Leibnitz 70, Laplace 77, Dante 56, Milton 66, Aristóteles 64, Pope 50, Tasso 52, San Lambert 88, y Newton 84.

[Traducido para el Museo.]

PATRIOTISMO.

Los españoles, con el fin de entrar en Francia, concibieron un proyecto contra Bayona en el año de 1592. Para ello, el gobernador de Fuenterrabía habia ganado en Bayona á un médico, llamado Blancpignon, con el que mantenía una correspondencia epistolar muy seguida, y que le informaba de cuanto pasaba en la plaza, en términos de medicina convenidos entre ellos; y bajo la figura de un enfermo que ya sanaba, ya peligraba, ya necesitaba de prontos remedios, ya debía tratarse con mas tiempo, le indicaba el tiempo y precauciones que era menester tomar para coger la ciudad. Blancpignon dirigia todo este negocio de acuerdo con un español establecido mucho tiempo hacia en Bayona; y las cosas estaban ya tan adelantadas, que una escuadra y un ejército de tierra debían presentarse derrepente delante de la plaza en un cierto día designado. Pero un propio, que venia de Fuenterrabía de parte del gobernador, fue sorprendido con unas cartas por el cuñilo de las que habian precedido, y confesó que iban destinadas al médico, y al español. Estos fueron al punto presos por Hillero, gobernador de Bayona, que los envenció de traicion; y para sorprender entonces al mismo á los españoles, induciéndolos á presentarse con sus tropas delante de la plaza, prometió la vida al español, si quería escribir al gobernador una carta que él le dictaria; pero queriendo aquel mas morir que vender á su nación, fue ajusticiado con el médico.

DON CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA.

..... Sapientia uno minor est Jove.
Horat. lib. 1.º ar. 1.º

Bacon dijo que la historia del mundo sin la de los sabios, sería la estatua de Polifemo sin su ojo; pensamiento brillante que nos revela el vasto y grandioso plan de historia, que el sabio inglés habia concebido y trató de inspirar á los historiadores de su tiempo, para que lo realizaran. Mas desgraciadamente la historia de los sabios ha caminado siempre tan poco de acuerdo con la del mundo, que no hay mas que ponerse á hojear las crónicas é historias de las naciones, para convencerse de esta verdad, y ver en ellas opacados esos astros de la sabiduría, sin los que el mundo hubiera quedado eternamente sumergido entre las sombras del crepúsculo. Arrastrados los historiadores por no sé qué fascinacion fatal, han empleado siempre todo su conato en fijar su atencion de aumento, sobre aquellos hombres que guiados por una ambicion desmedida, no han sabido sino llenar de desolacion y de espanto á la misera humanidad; y Alejandro, y César, y Napoleon, y otros, á quienes no debe el género humano sino desesperacion y lágrimas, han aparecido á sus ojos como gigantes, mientras que ante ellos han pasado desenoñados todos esos animos ilustres, á quienes el mundo debe su felicidad, por el constante empeño que han tenido en mostrarle la verdad en el camino de la vida. ¡Miserable condicion la del hombre que doblase la cerviz ante el vicio mismo, cuando éste aparece rodeado del fausto y esplendor de los magnates, y desprecia la humilde y austera virtud de aquel

Que sigue la escondida
Sendra, por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

Tal ha sido el sistema incompleto de casi todos los historiadores; si Lacedaemon, Darío y otros nos han legado en sus historias los nombres de los sabios, y los adelantamientos que han impreso á las ciencias, son estos muy pocos, en comparacion de todos los que han guardado un silencio vergonzoso, sobre todos esos grandes acontecimientos.

Se han escrito, es cierto, historias literarias que abrazan los fastos de todas las ciencias, des-

de su nacimiento hasta la época en que se escribieron; y todos, ó si no todos, los mas, habrán leído la del abate Juan Andrés; y últimamente la de M. Villemain, los que en un concepto no han hecho otra cosa que dar un paso muy avanzado en la realizacion del gran pensamiento de Bacon. Mas á pesar de todo esto, un gran recurso le ha quedado al hombre para hacer que la memoria del sabio pase á la posteridad, y viva eternamente en ella, como la de los orgullosos conquistadores, y es la biografía; ese cuadro vivo y animado, en que se bosqueja la vida laboriosa del sabio, y se le hace aparecer en medio de todas sus opiniones, que por diversas que á primera vista parezcan, todas no obstante se dirigen á un fin comun, que es la investigacion de la verdad. Ya en la antigüedad tenemos ejemplos de la alta reputacion de que gozaba este ramo literario en las vidas de los filósofos, que en estilo claro y elegante nos dejó Diógenes Laercio, y en el libro de oro de Plutarco, en sus Vidas de varones ilustres, porque ya entonces se habia comprendido cuán interesante es la vida del sabio, por la íntima relacion que con ella tienen las opiniones que en sus escritos desarrollan, y si quiere probar el estado de ese mismo ramo entre los modernos, no se tiene mas que echar una mirada sobre tantas obras, como con este solo objeto se han publicado. Ahora bien, nosotros hemos tenido sabios que si hasta aquí han permanecido ignorados, no ha sido sino por nuestra incuria, y por el desprecio con que siempre hemos mirado las cosas que nos pertenecen; nosotros, pues, debemos adoptar la biografía, como el único medio que tenemos de levantarles un monumento literario, y de hacer que su memoria se perpetúe en las generaciones venideras; y á ella es á la que me propongo recurrir ahora, para trazar, aunque rápidamente, la vida de un sabio, hasta aquí desconocido de la mayor parte de mis patrios; de un sabio que en Europa hubiera participado de los laureles gloriosos de Galileo y Newton, de Leibnitz y Descartes; de un sabio, en fin, que si no levantó su ingenio á la altura á que hubiera podido levantarle, sí lo hizo hasta donde pudiera ser mi-

rado clara y distintamente, por la vista poco penetrante aún de la generación que lo contemplaba: este sabio insigne es D. Carlos de Sigüenza y Góngora, nombre no conocido sino de unos cuantos verdaderos apreciadores de nuestras pocas curiosidades históricas.

D. Carlos de Sigüenza y Góngora, poeta, filósofo, matemático, historiador, anticuario y crítico, nació en México el año de 1645, siendo virrey de Nueva-España el conde de Salvatierra, del matrimonio que D. Carlos Sigüenza, su padre, español de nacimiento y maestro del príncipe D. Baltazar, contrajo con una criolla. Recibió su primera educación moral y literaria en la misma ciudad, y fue dirigido, á lo que es de suponerse, en sus primeros estudios por su padre mismo, quien á juzgar por el empleo que desempeñó en la corte, debió de haber sido hombre de vastos y sólidos conocimientos; y quien convencido sin duda de que una esmerada educación literaria desde los primeros años de la vida, unida á la penetración y al talento, es lo que más contribuye á formar á los grandes sabios, no debió de perdonar medio para poner á su hijo en aptitud de ir siendo iniciado poco á poco en los misterios de las ciencias, en que tanto se distinguía después. En consecuencia le fueron revelados todos los arcanos de las matemáticas, pues debían ser la base de todos sus profundos conocimientos ulteriores; y á los diez y ocho años de su edad, sus conocimientos matemáticos, físicos y astronómicos, excedían en mucho á lo que era ordinario entre jóvenes de su edad, especialmente en México, donde los medios de instrucción eran casi nulos.

Sabido es por todos, que la Compañía de Jesús era en esa época el centro de la ilustración y del saber, y el punto de donde partían todos los conocimientos nuevos, en lengua y descuerdo de los antiguos, de lo cual más de un ejemplo pudiera citarse; y sabida es también la singularidad de sus miembros para descubrir y atravesar á todos aquellos jóvenes, en quienes advertían la chispa del talento, capaz de producir grandes cosas por la cultura y el estudio. ¿Cómo hubieran sido, pues, posible que se hubieran escapado á su diligencia, el precioso talento y la prematura instrucción de un joven ante quien se destacaba un porvenir de grandes empresas científicas y literarias? Sigüenza, joven de diez y ocho años, fue buscado, solicitado por ellos, y el 17 de Octubre de 1660 tomó la sotana de jesuita, habiendo hecho sus primeros votos el 15 de Agosto de 1662 en el colegio de Tepozotlán, circunstancias que como dice Beristain, que vio por sí mismo el libro original de profesiones de dicho colegio, se ocultó al Illmo. Eguía. Aquí comienza una época de nuevos estudios para Sigüenza; aquí se perfecciona en las matemáticas,

en la física, en la astronomía; aquí descubre mas y mas sus dotes poéticas, su propensión feliz á la crítica; adquiere conocimientos profundos en el griego y en el latín, conoce á fondo el idioma mexicano, y adquiere en fin un gusto finísimo á la historia y las antigüedades de los aztecas, cuyo historiador y arqueólogo debía ser en lo sucesivo con tan buen éxito, que eso contribuyeron no poco á formarle la mas hermosa flor de su corona literaria. Nadie se admirará de ver los progresos de Sigüenza, si no ignora la excelente enseñanza que esa congregación, que después profeso á los Clavijeros y á los Alegres, suministraba en esa época. La erudición de Sigüenza era asombrosa, y la repatriación de que gozaba entre sus compañeros, hubiera bastado para enriquecer á otro sabio menos modesto y humilde. . . . Aquí hay una circunstancia cuyas causas no he podido averiguar en cuantos libros he revuelto, bien que Caro le asigne por motivo el que Sigüenza quiso en esto complacer á su padre, y que Sigüenza abandonó el veintiseis años de su edad la Compañía de Jesús, y que muchos pudieron impelerle á abandonar aquel empleo de las ciencias, donde tanta instrucción había bebido, donde se le dispensaban tantas consideraciones, y al que el mismo dice que conservó siempre una gran veneración y respeto "por lo mucho que debo á tan doctísima y ejemplarísima religión desde mis tiernos años, en que de la benignidad de los muy reverendos padres de esta mexicana provincia, mis antiguos, mis maestros, mis padres, merecí tan singulares favores, como siempre publico! No lo sé, como antes he dicho, y este además, es un punto tan oscuro de su vida, que ocioso me parece insistir mas en él.

Aquí comienza, por decirlo así, la segunda época de la vida de Sigüenza, la época mas gloriosa de la vida del sabio, que dirigiendo sus miradas sobre la humanidad, se entregó en las tinieblas de la ignorancia y del error, se dedica escrupulosamente á fundar la senda del saber y de la verdad, porque si en algún existe la verdadera filantropía es en el sabio, que para sus días y sus noches entregado al estudio y al trabajo, para mejorar la condición de sus semejantes infelices, si es cierto que la ignorancia es una de las fuentes de la infelicidad humana. Al abandonar la Compañía de Jesús, Sigüenza promovió su secularización, obtiene la cual fue ocultarse al hospital del Amor de Dios, en donde sirvió el oscuro empleo de capellán, y el de limosnero del arzobispo D. Francisco Aguilar y Selgas.

Al llegar á esta época olvidamos la vida del sabio, para ocuparnos exclusivamente en tributar los elogios debidos á cada uno de los actos del hombre filósofo y caritativo que ora conti-

nuela á sus semejantes en el lecho del dolor, ora alivia las necesidades del pobre, haciéndose acreedor á que se le aplique aquel sabido verso de Terencio:

Homo suus, hominem nihil a me alienum puto.

Sin que en este retiro donde estaba entregado á los ejercicios piadosos de su ministerio, dejase de emplear todos los ratos que sus ocupaciones le dejaban libres en el estudio de las Escrituras y de los Padres de la Iglesia, en la revisión e interpretación de los manuscritos y jeroglíficos de los aztecas, y en la meditación detenida de las grandes obras que pensaba legar á la posteridad. Mas en vano Sigüenza quiso permanecer aislado é ignorado de todos; su fama había volado ya, revelando al público que en su seno abrigaba un sabio ilustre; y todos aquellos en quienes ardía el amor á las ciencias, le buscaron solícitos hasta hallarle, y declararse sus amigos mas adictos y sinceros. Así se hizo Sigüenza de la amistad para el inestimable, del Cicerón de la lengua mexicana, como él mismo lo llama, D. Juan de Alva Ixtlixochitl, descendiente de los reyes de Texcoco, y el mas diligente y laborioso investigador de las hazañas y antigüedades de sus antepasados hasta Sigüenza; adquirió de la misma manera la del célebre náutico D. Sebastian de Guzman y Cuelobá (discípulo del insigne matemático español D. Francisco Rueta), al cual debemos poner impresas algunas de las obras de nuestro Sigüenza, y el que nos ha transmitido una idea de las que él había leído, y no han llegado á nuestros días.

En cuanto á la amistad del primero fué como dije, inestimable para Sigüenza, porque con el se perfeccionó en la lengua mexicana, en el conocimiento de los jeroglíficos, y en su gusto á las antigüedades de México, y por haber heredado sus manuscritos que tanto le sirvieron para sus laboriosas tareas, manuscritos que considerando Alva que nadie sino un sabio podía apreciarlos como él, los legó en su testamento á D. Carlos de Sigüenza y Góngora, su hermano en ciencias, y su maestro en ciéncias; esta adquisición para Sigüenza, unida á su penetración y discernimiento, fué la que le decidió á emprender sus grandes trabajos sobre la historia de los mexicanos, ora fundándose en la interpretación de pinturas originales, ora en la de los jeroglíficos, ora en tradiciones de hechos, que desde las generaciones mas remotas se habían perpetuado entre las familias y en el pueblo, y que eran, por decirlo así, los cautos populares de aquellos tiempos; ya en las hipótesis que su sagacidad y su instrucción le sugerían; ya en fin, determinando las épocas de aquella historia, y arrojándolas á las ordinarias de la historia moderna europea, por sus observaciones astronómicas y el cálculo de los eclipses

observados hasta allí. Mas antes de dar una idea de los trabajos históricos y arqueológicos de Sigüenza, harémos una ligera revista de sus otras obras, y daremos una noticia de las que quedaron impresas que á escepcion de una ó dos son las mas insignificantes.

Poco antes á su época, había sido el célebre Descartes quien dió un golpe mortal á la filosofía peripatética, y era ya el corifeo de la nueva escuela filosófica llamada de los Cartesianos. Las nuevas doctrinas filosóficas cumblan de día en día en Europa, y solo en España, cuyas puertas estaban cerradas á todo conocimiento nuevo, no eran conocidas sino por uno que otro que leía á hurtadillas, lo que de otro modo le hubiera hecho incurrir en el terrible anatema del Santo Oficio; y como era indispensable que esas preocupaciones y esa ignorancia, pasaran á América su colonia, de allí viene que entre nosotros el peripateticismo habiera estado entronizado todavía en este época y acatado públicamente por nuestrosísticos doctores y maestros, por la sola razon de que su escuela había sido probada por el Sol de las Escuelas. Mas Sigüenza, cuyo ingenio elevado era incompatible con preocupaciones tan erradas, y á quien no eran desconocidos ni Descartes, ni Galileo, ni Gasendi, ni otros muchos, dió al traste con ellas, y reconociendo la excelencia de las nuevas doctrinas filosóficas, las profesó, si no en las escuelas porque no le era dable, si al menos en todos sus escritos, lo cual no es poca recomendación de ellos, puesto que además estaban libres del indigesto escolasticismo, tan común en todos los escritores de esa época.

Ahora, en cuanto á su estilo claro y elegante, creo yo que pudiera servir de modelo de la castilla locucion castellana, pues en nada cede en esto á los mejores escritores españoles del siglo XVI, y principios del XVII. Libro y aun enemigo del inoportuno gongorismo, que hacia algunos años había invadido la lengua de Cervantes, el mismo lo ridiculizó, cuando en su prólogo al Paraiso Occidental dice de D. Luis de Góngora y Argote, y del padre Paravicino, prebendado de la corte de Felipe IV, lo siguiente: "Por lo que toz al estilo, gusto en este libro el que gastó siempre, esto es, el mismo que observo cuando converso, cuando escribo, cuando predico; así por que quisés no pudiera ejecutar lo contrario si lo intentase, como por saber haber perdido algunos traidos por su lenguaje horroroso y nublado, lo que merecían de aplauso por su asunto heróico. Escribí de una difunta, el que es vez de mostrar púllas tristes ó marchitas perfecciones, en enroscadas de rojas colores, ó colorias de rosas carmesies, las cuales aludaban mas de lo que puede, enroscaron la cara apudale de la difunta yerta; y servir todo esto de circunloquio,

co, donde publicó un tomo que se imprimió luego en folio, con el título de: *Descripción de la bahía de Santa María, de Galze y antes Panacola, de la Morelia, y río de la Palizada ó Misisicopi, en la costa septentrional del Seno Mexicano.* (1) Hablemos ya de sus manuscritos.

Al llegar á este punto apenas encuentre palabras con que expresar el sentimiento que á mí y á todo amante de las glorias de la patria, debe causar su pérdida, esa pérdida irreparable de que incandescentemente debemos lamentarnos nosotros, como el mundo entero se lamentaría, si á su noticia no hubiera llegado más que los títulos de los poemas inmortales del grande Homero. Famos manuscritos, fruto de los estudios y trabajos de toda la vida del sabio, objeto de sus más detenidas y escrupulosas investigaciones, y en las que el ingenio de Sigüenza había desplegado su vuelo de águila para remontarse hasta las generaciones más remotas, y seguir los pasos de las naciones que poblaban nuestro continente, desde el diluvio hasta que sucumbieron bajo el yugo de sus conquistadores españoles, y en los que si no resolvía del todo tantos problemas, como cen cen respecto á nuestros antepasados han ocupado, y aun ocupan á tantos y tan distinguidos sabios, derramaría al menos sobre ellos una luz vivísima; esos manuscritos han desaparecido de entre nosotros, han sido quizá el pasto de la polilla, enterrados en alguna de las bibliotecas de nuestros conventos, olvidados hasta de sus mismos dueños, debido todo, como ya antes dije, á nuestro desprecio de todo lo que nos pertenece, y más que esto á las astutas mañas de un gobierno déspota, que celoso aun de nuestras glorias literarias, dejaba perder los frutos de los entendimientos gigantescos que á su pesar desarrollaban, y permitía que el sabio muriese en la indigencia, y acosado por el hambre.... ¡Y que otra cosa pudiéramos esperar nosotros de él, cuando abandonaba á sus mismos

(1) D. Gabriel de Chárdenas en su Ensayo cronológico á la Historia general de la Florida al fin del año de 1600 en un libro: "Dispos con gran brevedad y diligencia el Almirante D. Andrés de Pán, lo que necesitaba para el descubrimiento de la isla en la Vera-cruz á 25 de Marzo, en la fragata holandesa llamada Señora de Guadalupe, de que era capitán D. Cristóbal Prometov de Santiago, hermano menor de D. Nicolás de Sigüenza y Chaves: colofón de manuscrito en la Universidad de México, publicado por una biblioteca por su erudición y seriedad, que su autor era un simple labrador, nacido el mes de mayo en un pequeño pueblo de las Indias en 13 de Enero de lo que se había de celebrar aniversario de la fragata una holandesa de que era capitán Juan Jorján." Sigue refiriendo luego el descubrimiento y descubrimiento que hizo D. Cristóbal de Sigüenza de la costa septentrional del Golfo Mexicano, hasta entrar en el río de la Palizada, á Minisicopi y en el cual reconociendo por cierto que el río de la Palizada, su nombre el uno de los Estados de la costa, llamado de Cuba Sigüenza. Deben entenderse de donde de copiar toda esta página, de la gloria de nuestro ilustre conquistador más en demerito largo para que pueda agregarse á un artículo que por su naturaleza debe ser corto.

lujos, y había dejado morir pocos años antes, en la más espantosa miseria, á Cervantes, al hombre más grande que después de Cristo ha vivido entre los hombres? No habrá persona sensible que no sienta como convolver el leer el siguiente tomo, que el mismo Sigüenza pone en el prólogo á su *Paraíso Occidental*: "Si hubiera, que hoy costeara en la Nueva-España; dice las impresiones (como lo ha hecho ahora el convento real de Jesus María) no hay duda sino que sacara yo á luz diferentes obras, á cuya composición me ha estimulado el sumo amor que á mi patria tengo, y en que se pudieran hablar singularísimas noticias, no siendo la merca estimable, deducir la serie y cosa de los *Cáctimeses*, que hoy llaman mexicanos, desde luego después del diluvio, hasta los tiempos presentes, y esto no con menos pruebas que con demostraciones innegables por matemáticas: cosas son estas y otras semejantes que requieren mucho volumen, y así probablemente quedarán cortadas (pues jamás tendré con qué poder imprimirlas por mi gran pobreza). Quiera Dios nuestro Señor no sea así, á lo que tengo averiguado de la predicación de Santo Tomás Apóstol en esta tierra, y de su cristiandad primitiva; ni al Teatro de la santa Iglesia metropolitana de México, donde se hablarán las grandezas que de esta ciudad ha tiempo tengo prometidas, y casi escritas. De lo mucho que he comenzado con los indios para saber sus cosas, puedo decir el que me hallo con cierta ciencia de las idolatrías, supersticiones y vanas observancias en que hoy entienden, y de que me alegrara me mandasen escribir, para su remedio &c." Como se ve por esto, el mismo predijo el paradero de sus manuscritos, con aquel sentimiento que debe causarle naturalmente el sabio, el pensar que por su pobreza, sus trabajos van á ser infructuosos; y con la pérdida de manuscritos tan interesantes, podemos decir hasta cierta parte, que una gran parte de la historia de nuestro país, la memoria de muchos años ha desaparecido de entre las generaciones posteriores, para sepultarse eternamente en el olvido con sus héroes, sus costumbres, y sus adelantamientos prodigiosos en las ciencias y en las artes.

Hasia aquí se ha perpetrado entre nosotros de tal manera ese sumo desercio, con respecto á nuestros manuscritos y antigüedades, que puedo asegurar, según lo que he leído, y sin temor de equivocarme, que nosotros no poseemos ni la diez y seisava parte de los manuscritos y antigüedades que poseen las bibliotecas y los museos de Europa. ¡A quién debe, pues, inculparse de esto, cuando aun después de la independencia ha continuado la misma incuria, sino á todos nuestros gobiernos que distraídos,

y entregados completamente á la negra política de las revoluciones, no se han dejado un solo instante de reposar para dirigir una mirada protectora sobre las ciencias, y sobre las antigüedades del país, sobre esos monumentos brillantes que cada nación puede presentar á las otras, como prueba de la mayor ó menor cultura de su antepasado? Y si hoy mismo, gracias á la diligencia, concienzudos arqueólogos y dedicación constante del actual conservador del museo, poseemos algunos de las cosas pertenecientes á las artes, no son sino delicias á escavaciones posteriores, siendo cosa verdaderamente sorprendente, el no encontrar ni un solo manuscrito en las bibliotecas públicas, pues ó se han perdido, ó las han sacado, que es lo más probable, estrangeros más curiosos de nuestras cosas que nosotros mismos, ó las tienen arrojadas en sus estudios, sin que ni á ellos ni á los demás les sean de ninguna utilidad, algunos mexicanos que queriendo dar luz de historiadores, no tienen ni la capacidad para formar una indigesta erudición. Mas ahora es ya tiempo de que nosotros, que pertenecemos á una época menos preocupada, nos ocupemos en investigaciones que puedan ser de alguna utilidad para nuestros patriotas, y al mismo tiempo para los estrangeros; y el estudio de los idiomas del país, deberá ser la base de este nuevo ramo que debe abrazar con ansia la juventud estudiosa; esos idiomas útiles, y necesarios acaso por tantos respetos, que el desprecio en que todos los han tenido, ha contribuido quizá á que nuestros gobiernos hayan cuidado poco de su enseñanza y su propagación.

Los títulos de los manuscritos de Sigüenza son los siguientes: *La Piedad herética de D. Fernando Cortés*; *Tratado sobre los reliquias de los Tratados de la esfera*; *Elogio fúnebre de Sor Juana Inés de la Cruz*; *Vida del arzobispo D. Alonso Cárdenas Bernaldoz*; *Teatro de la Santa Iglesia metropolitana de México*; *Historia de la universidad de México*; *Tribunal Histórico*; *Historia de la provincia de Tejas*; *Anotaciones críticas á las obras de Bernal Díaz del Castillo y Torquemada*; *El Finis de Occidente*; *Genealogía de los reyes mexicanos*; *Ciografía mexicana*; *Historia del imperio de los Chalcincanos*; *Calendario de los meses y fiestas de los mexicanos*; *Año Mexicano*. De todos estos hay constancia; y del *Finis de Occidente*, del *Año Mexicano*, de la *Historia del imperio chalcincano* nos dejó una idea D. Sebastián de Guzman, amigo íntimo suyo, en el prólogo á la *Libra Astronómica* de Sigüenza que el mismo Guzman publicó. Su idea es como sigue:

"Si en mi concepto, dice (lo mismo dirán sin duda cuantos lo leyeren) es sobradamente bueno

este libro (habla de la *Libra Astronómica*), son mejores otros que tiene ya perfeccionados el autor de éste. De todos ellos puedo dar razón, como quien los ha leído con notable gusto; y siendo contingente se pierdan por su descaído, si no se imprimen, pondré aquí sus títulos, y epilogaré sus asuntos para que siquieren esta memoria se conserve de ellos en aquel caso.

"*FELIX DEL OCCIDENTE*: *Santo Tomás Apóstol, hallado con el nombre de Quetzalcoatl, entre las cenizas de antiguas tradiciones conservadas en piedras, en Teocanostli, Tultecoy en cantares teochichimecos y mexicanos.* Demuestra en el haber predicado los apóstoles en todo el mundo, y por consiguiente en la América, que no fue absolutamente incógnita á los antiguos. Demuestra también haber sido *Quetzalcoatl* el mismo Santo Tomás, prófeta del mundo con la significación de uno y otro nombre, con su vestidura, con su doctrina, con sus profecías que expresan, dice, los milagros que hizo; describe los lugares, y el país mismo donde dejó el Santo apóstol vestigios suyos, cuando ilustró estas partes, donde tuvo por lo menos cuatro discípulos.

"*ASO MEXICANO*: *Esto es, la forma que tenía el que tenían los de esta nación, y generalmente los más políticos, que habitaron la Septentrional América, desde que á ella los condujo Teochichimecal poco después de la confusión de las lenguas en Babilonia.* Este libro en no grande cuerpo, tiene gigante alma, y solo D. Carlos pudo darle el ser, porque fundiendo la misma aplicación que desde el año de 1608 (según me ha dicho) ha puesto en saber las cosas de los antiguos indios, con lo que acerca de la constitución de todos los años, de las naciones orientales sabe (que es en extremo mucho) y también sucesos comunes que anotan los españoles en sus calendarios, y los indios en el propio, y aun viéndolo con eclipses de que hay memoria, con solo la expresión del día, en un par vijecientos de los indios, de que tiene gran copia, halló lo principaban en el día en que pocos años después de la confusión, fué el Equinoccio verno. Trata del mismo admirable con que valdese de tresdecenas en días y años, usaron del bisesto mejor que todos los asiáticos y europeos, y pone á la letra el *Tonalantli*, que es el arte con que pronosticaban lo porvenir.

"*INTEROCCIDENTISMO*: *Fundado en la América Septentrional, por su primer poblador Teochichimecal: engrandecido por los ulmeas, tultecas y acoltzacs, tiranizado por los mexicanos cultivos &c.* contiene lo que dice el título con estimable y precisa curiosidad, sirviéndole grandemente para corregir las confusiones de otros autores, haber hallado la forma del año que

usaron los indios, y la distribución de sus siglos. Distingue naciones de naciones; manifiesta las propias costumbres y ritos de cada una, así en lo militar como en lo político y sacro, hallado todo esto en pinturas hechas en dibujo de la gentilidad, y en varios manuscritos de los primeros indios que supieron escribir, que ha recogido de cuantas partes ha podido con mucho gusto.

«No tiene por ahora lugar aquí el Teatro de las grandezas de México, por no tenerlo perfeccionado. Deberían los que componen esta nobleísima ciudad, no omitir diligencia alguna, para que publicándose, honrase á tan ilustre y benemérita madre, tan aplicado hijo. Es mucho lo que está perfecto, mucha también lo que está apuntado, y no es poco lo que me parece que falta. Las grandezas que tuvo en tiempo de la gentilidad desde su fundación, así formal como material, son dignas de que no se borren de la memoria, si concuerden los interesados con noticias que solicita quien con ellas debía ser solicitado, si se conseguirá lo que aun no tiene perfectamente ciudad alguna de la América. Describírase su sitio en la tierra; y el que le corresponde del cielo, su temperamento, sus salidas, lugares de disterion que tiene contiguos, las cosas admirables de su laguna, y la obra magnífica y sumptuosa de su desagüe. Díganse no solo las catedrales, iglesias, monasterios, conventos y colegios que llustran hoy, sino el día y circunstancias de sus fundaciones, sus rentas, habitantes, ocupaciones, congregaciones, cofradías, imágenes milagrosas, reliquias y santísimas cosas. Expresese, hablando de los conventos, cuales sean cabezas de provincias, cuánta el número de sus casas, calidades de las tierras en que están fundados, provechos que hay en ellas, y lo que distan de México por su arrembolimiento. Por lo que toca al gobierno eclesiástico y secular, cuántos puestos militares, corregimientos y otras plazas; cuántos curatos, beneficios, capellanías provienen los víveres y arbolajes, y con que rentas.

La función de todos los tribunales y juzgos, las ocupaciones, salarios y número de sus ministros. Díganse las familias con que se embellean la ciudad, y los mayorazgos y títulos que poseen, hárase memoria en diferentes estadólogos de sus muchos hijos ilustres en santidad, en martirio, en letras, en preclara, en acciones militares, subdividiéndolos en arzobispos, obispos, oidores, títulos, gobernadores, capitanes, escritores de libros. Aun para decir esto en compendio, y lo demás que solo escrito se halla, y aquí no digo, era menester mucho papel. Díganse lo que será donde se leyere con difusión, si se consigue para perfeccionarlo fomento público.

«Mercedia este trabajo su recompensa, como

también la suya este presente libro (la Libras astronómica) pareceme la tendrá su autor (y la juzgará por bastante) si se leyere desproporcionadamente, sin atender á otra cosa, sino á lo que se discurre, y con qué razones; si alguno disiente no hay quien se lo estorbe; si pareciere mal y no á propósito lo que en él se dice, no se ponga objeciones donde no se puedan satisfacer, sino publicárense por medio de la imprenta para que las cigamios, y si no tuvieren para su gusto yo la haré con toda franqueza, para que si aun no se hubiere conseguido, la absoluta, y deseada manifestación de la verdad en lo que hasta ahora se ha discurrecido, con nuevas especulaciones se abstenga en lo de adelante, para nuevo esplendor de la literaria republica. No tengo que recomendar lo precisamente matemático, y astronómico, porque bien sabrán los que estas ciencias profesan, no tener la luz necesidad de que la recomienden, &c.

«México 19 de Enero de 1670.—Sebastian de Guzman y Córdoba.»

Los otros manuscritos que aseguran Equilar y Beristain, que en su tiempo existían todavía en la biblioteca de la Universidad, son: *Informe al virey de México sobre la fortaleza de S. Juan de Ulúa, en 31 de Diciembre de 1665, MS. en folio; Reducciones de estancias de ganado á caballerías de tierra, hechas según regla de aritmética y geometría, MS. en folio (1). Debe agregarse también á todo esto, la colección de MSS. originales, que en 28 volúmenes reunió Sigüenza, que á su muerte legó á la biblioteca del colegio máximo de S. Pedro y S. Pablo, y que en la época de la extinción de la Compañía de Jesús, pasaron á la de la Universidad; y de los cuales Equilar asegura que en su tiempo existían todavía ocho volúmenes que el mismo vió; y entre los que estaban los de D. Juan de Alva, y los de otros muchos que este sibilo había coleccionado (2).*

(1) *D. Nicolás Antonio en su biblioteca Hispano-Nova dice: "Sigüenza y Góngora en México, según sus propios datos, copiaron varias ediciones parciales bajo los títulos de: ... Parva diaria scriptura; Mitología mexicana, de los dioses mexicanos, comparándolos con los de la gentilidad romana, egipcia y griega; obra que yo no he visto citada más que por José y por Leon Florez en su Biblioteca Occidental, quien tomó la noticia del mismo Nicolás Antonio, según asegura. Quédate Nicolás Antonio del Tratado sobre este asunto del padre Torquemada, que es el libro que he visto, lo que á esta escritura sobre ella, y de las conclusiones que á Torquemada hizo Sigüenza formó una misma obra, atribuyéndola á este último. No me parece muy difícil que haya incurrido en esta equivocación, pues solo él, y nadie más, lo mencionaba.*

(2) El padre Cayo menciona también un manuscrito interesante que Sigüenza regaló á Gemelli para la formación de su *Atlas* manuscrito de que hablo en tomo III, y cuyo título era el siguiente: *Viaje de los aztecos, desde su salida de Aztlan, hasta su establecimiento en las lagunas de México.*

Durante su vida, Sigüenza trató con frecuencia y con intimidad á nuestra poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, á la muerte de la cual escribió un elogio fúnebre, y la que le dedica un Soneto que ponga á continuación por no haberse insertado en la edición que se hizo de sus poesías, y por no ser conocido sino de una que otra persona:

Dulce, amoro ciste mexicana,
Cuya voz, si el estigio lago oyera,
Segunda vez á Euridice te diera.
Y segunda el Delfín te fuera humano.

A quien, si el Tesoro mudo, si el Tebano
El sér en dulces cláusulas debiera,
Ni á aquel el griego incendio consumiera,
Ni á este postrara alejandrina mano.

No al sacro número con mi voz ofendo,
Ni al que pulsa divino plectro de oro,
Agregue vena concordar pretenda;

Pues por no profanar tanto decoro,
Mi entendimiento admira lo que entiendo,
Y mi fe reverencia lo que adoro.

En los últimos cinco años de su vida, Sigüenza se decidió á volver al seno de la Compañía de Jesús, en donde siguió entregado á sus estudios, y en donde se le confirió el empleo de corrector general del Santo Oficio, en cuyo desempeño permaneció hasta el día de su muerte. El 22 de Agosto de 1700, siendo virey de Nueva-España el conde de Moctezuma y Tula, se separó por todo México la funesta noticia de que había fallecido en el hospital del Amor de Dios, D. Carlos de Sigüenza y Góngora; en efecto, habiendo espirado ya, pobre como hasta allí viviera. Sus amigos y todos los inteligentes á quienes con mano tan liberal socorria, lo lloraron; los padres jesuitas le hicieron unos funerales llenos de pompa y de magnificencia, y su memoria quedó por tres perdidos poco á poco entre el turbulento porvenir que ya se descubría á lo lejos; levantámosla de entre el funesto polvo del olvido, y únanos dignamos á la Europa: «Nosotros también tuvimos un sabio,» y repitámos con Horacio: *Sapientis uno minor est Jovis.*

México, Diciembre 15 de 1843. — R. L. ARCARAZ.

BOTANICA.

DE LAS HOJAS DE LOS VEGETALES.

DURANTE el invierno los árboles sin hojas se muestran desnudos y como heridos de muerte; mas en los primeros días de la primavera, la savia detenida en su curso, se resana por la acción de una temperatura húmeda y suave, y muy pronto vemos á los árboles, que los hielos habían despojado de su adorno, recobrarlo á la vuelta de los céfiro, y los animales encontrar en los bosques la sombra y la frescura; veré-

mos una bóveda de verdura formarse como por encanto encima de nuestras cabezas. El renacimiento de las hojas es y puede ser de todos los fenómenos de la naturaleza, el que ejerce más influencia en todos los seres animados; el que siempre causa mayor sorpresa y admiración; anuncia los días hermosos, el brillante cortejo de las flores y de los frutos que producen, y las riquezas que nos prometen; en fin, las hojas se muestran, y la naturaleza renovada ofrece á nuestra vista el mas imponente, como el mas brillante de los espectáculos. Si no tienen los colores seductores y el perfume agradable de las flores, son mas numerosas y mas durables; sostenidos por capilares muy delgados y flexibles, se juegan á merced del aire que purifican y renuevan.

Pero las hojas no solo están destinadas á ser el adorno de los bosques, á procurarnos su sombra, y recrear nuestra vista por la variedad de sus formas; funciones mas importantes tienen que desempeñar en el acto de la vegetación.

Muchos botánicos las consideran como los pulmones de los vegetales, pues por ellas absorben las sustancias gaseosas que les son favorables, y expulsan las que no les son útiles; funcionan muy análoga á la respiración animal. Absorben en el aire el ácido carbónico que contiene, y mientras están expuestas á la acción de la luz, descomponen este ácido, apropiándose el carbono, y volviendo el oxígeno á la atmósfera; de aquí nace la sensación agradable que experimentamos al respirar en los campos un aire mas puro.

La savia en su ascension llegando hasta las hojas, se pone en contacto con la atmósfera; pues estas presentan una grande superficie, lo que la elabora mejor haciéndola mas alimenticia, y de esta manera contribuyen tambien las hojas á la nutrición de los vegetales.

Las hojas, por los millares de poros de que están provistas, atraen las nubes, y de consiguiente son mas abundantes las lluvias en los lugares poblados de vegetales; á mas, la caída de las hojas fertiliza el terreno, volviéndole los jugos que había suministrado á las plantas.

Las hojas, que son granos tan importantes á la vegetación por sus funciones, presentan á la botánica descriptiva muchos caracteres, por ser muy variadas en su situación, figura, tamaño, &c. Haremos conocer algunos de los mas principales.

Pueden considerarse las hojas, compuestas de dos partes: la lámina, es decir, la parte frecuentemente plana y de color verde, que constituye la hoja propiamente dicha, y el pecíolo ó raballo que la fija al ramo. En la lámina se distinguen dos su-



perfiles: la superior, ordinariamente más lisa, el color verde más subido, cubierta de una epidermis más compacta, y sombreada de poros escrotoarios; y la inferior de un color menos oscuro, frecuentemente cubierta de pelo, y cuya epidermis presenta una infinidad de poros que absorben los fluidos que emanan de la tierra, y se encuentran repartidos en la atmósfera. Se notan también en la superficie inferior, unas fibras salientes que se llaman *nerrios*, y cuando estas fibras son muy delgadas y se ramifican, toman el nombre de *venas*.

Las hojas se dividen en sencillas y compuestas:

Sencillas: cuando el pezon lleva una sola lámina.



Compuestas: cuando el pezon se divide en otros pezonillos que llevan las hojuelas.

Alternas: cuando nacen alternativamente de varios puntos del tallo.

Opuestas: cuando nacen esencialmente enfrente una de otra.

Escaladas: cuando tres ó más hojas nacen á la misma altura rodeando al tallo.

Lanceolada: la que siendo más larga que ancha se estrecha insensiblemente por ambos extremos.

Runcinada: la que tiene senos profundos y ángulos salientes, cuyas lacinias son convexas por arriba.

Recortada: la partida en senos estrechos y lacinias darchas.

Cuando la hoja carece de pezon, y que la lámina adhiere inmediatamente al tallo ó raño, se llama *sentada*, y puede ser:

Abrazadera, la que por su base cñe en parte al tallo.

Perfoliada, la que por su base rodea enteramente al tallo.

En forma de *vasina*, la que por su base forma una especie de tubo que cubre una parte del tallo.

Trabada ó reunida, la que formando un mismo cuerpo por su base con la de enfrente cñe con ella el tallo.

Pinnada, aquella en que hay muchas hojuelas dispuestas á manera de las barbas de una pluma, adheridas á lo largo de un pezon común.

Recompuesta, aquella en que el pezon común se divide en otros parciales, de los cuales nacen las hojuelas.

Las hojas presentan otros muchos caracteres; pero la estrechez de este artículo no permite extenderse más.—P. S.



MEDITACION.

LA MUERTE.

*Si tres de la tumba un cielo
Se encuentra al dejar la vida,
Si suelta sola adormecida
Duerme en sueño nanciano,
Venca la muerte corriendo,
Durmiese su eterno sueño,
Y no temamos su ordo
Pues dispersamos en Dios.
PAYVO.*

¡Qué fantasma horrible es la que se presenta á mi imaginación, armada de una guadaña formidable, con que amenaza cortar el hilo de mi existencia! Acá en mis sueños la veo pálida, descarnada, ansiosa de sangre en que echarse; y cuando está delante de mi vista, cualquier pintura que la representa, me estremece de horror, porque considero en ella la muerte.

Mas cuando me pongo á meditar sobre este objeto es el de trasportarnos de esta mansion de dolor é infortunio, á otra de ventura y bienestar, no puedo menos de condolerme de nuestra necedad en temer semejante suceso.

¡Oh, y cuántos desearán la muerte á esta hora, como el término de sus penalidades! Sin embargo, ella sorprende muchas veces al hombre, en medio de los festines y orgias, y otras tantas recibe en su seno, el último gemido del desdichado que sucumbe bajo el peso de su miseria. Para éste, la muerte es un alivio... es el trance terrible que todos tienen que sufrir para llegar al Eden, en que deben ser recompensados sus sufrimientos y miserias.

No obstante esto, los hombres siempre conservan un apego á la vida, causado principalmente por lo poco que reflexionan sobre los designios de la Omnipotencia, pues considerada la muerte filosóficamente, aparece desnuda de todos los aparatos espantosos con que la consideramos así siempre.

Diciembre 6 de 1843.—R. BARGENA.

(Escrito para el Museo.)

CUENTO ROMANTICO.

AVENTURA DE UN VETERANO.

I.

ERA una noche del mes de Diciembre de 18... el viento azotaba las ramas secas de los árboles del monte, y el brillo de las estrellas, y la transparencia de la atmósfera anunciaban que estaba próxima á caer una de esas heladas frecuentes en México, en la estación del invierno.

Un ginetete montado en un caballo negro como el azabache, con su anecho sombrero jarano calado hasta las cejas, y envuelto en unas mangas, se paró en la puerta de una fonda de un pueblito del Departamento de Morelia, cuyo nombre poco importa saber, y con voz entre regañona y meliflua gritó:

—¡Hola, patrona! ¡Habrá algo que darle de cenar á un viajero hambriento y fatigado!

A esta interpelación salió á la puerta una muchachona, rolliza y fresca, vestida con unas cuaguas de castor encarnado, y dejando asomar por entre el reboso un pecho blanco y turgente, ligeramente cubierto con una camisa finísima llena de bordados de seda negra y chaquiras.

—Decía, prendá mi, continuó el ginetete, que esas lindas manecitas podrian preparar algo con que alimentar su estómago un hombre que ha corrido hoy veinte leguas, y hace doce horas que no prueba un bocado.

—¡Toda la comida se ha acabado, caballero, respondió la moza con voz espresiva; sin embargo, ha quedado por ahí un cuarto de pollo, y se bascarán unos huevos y unas tortillas...

—Con setenta de á caballo, que es una famosa cema...

—Aposo vd. y pase á sentarse, entrelantando...

—Y apróposito, no olvide vd. hacer unas sales picante como ese tallo, patrona.

—Desca vd. cenar muy pronto!

—Tan breve como se pueda, contestó el viajero descombolándose la manga y apesándose del caballo que estaba sudoroso y jadeante.

—Pues voy al instante...

—Escuche, patrona, ¡Y no habrá un poco de grano y de rastrojo para obsequiar á Satanás!

A este nombre la fonderita hizo una mueca,

que quería significar su sorpresa, y como nuestro desconocido lo advirtió, procuró tranquilizarla.

—No se asuste la perla, le dijo, Satanás no es el diablo, sino mi caballo. Como es prieto como el carbon, y además salta barrameos con ligereza, y corre tan veloz como un águila vuela, y es tan demonio, y tan... por eso le he puesto ese nombre, pero tendríamos un par de cuartillos de maiz siquiera!

—Está muy caro, contestó la muchacha.

—¡Buenos estamos! ¡Pregunto acaso el precio! La bolsa está bien provista, y á la disposición de vd., patrona.

Al decir esto, sonó con el dedo los pesos que contenía el bolsillo de su chaleco, á hizo en seguida un carrito en la mejilla de la mozoala.

—¡Atrevido! exclamó ésta dando una rápida y armoniosa vuelta, que dejó ver al viajero un pequeño pié, calzado con un zapato de raso blanco.

—¡Cáscaras! murmuró el viajero mirando alejarse á la muchacha: es una perla esta fondera. ¡Pero qué... Soy un viejo avachacho, amor de cicatrices, que infundo espanto y no aborá á las mugeres. Veamos qué tal ha sudado Satanás...

—El maiz está aquí, dijo la fondera volviendo seguida de un muchacho que conducía un costal con el grano; pero no hay pesbre ni caballeriza.

—Dime, pedazo de alcornoque, le dijo el viajero al muchacho, ¿dónde dártelos agua á mi caballo?

—¡Aquí cerca...

—Pues deja el maiz y ven conmigo... Patrona: aquí queda mi silla y mis armas, continuó el viajero introduciendo en el cuarto los atavíos que había quitado al caballo; luego pronto, y que no se olvide la salsa picante y las quesadillas...

La fondera se puso al brasero, y el ginetete tirando su caballo se encaminó á darle agua, según del muchacho.

A poco rato volvieron: el viagero puso en la boca del caballo un morral con maíz, y tranquilizado ya con las dentelladas que Satanás daba a la cena, se quitó las espuelas, desconfió de su cintura un ancho machete, y se introdujo en la fonda.

Era la fonda una pieza baja, en forma de cuadrilongo; á los costados estaban unas mesas toscas de madera con sus bancas de lo mismo; en el fondo se veía en la pared lo que se llama un tinajero, es decir, multitud de pequeñas ollas, y vasos y jarras, colgados en unos clavitos, y en formas simétricas y variadas; y en el otro extremo frente á la puerta, estaba un limpio y reluciente brasero de piedra, enjarrado con una argamasa roja.

Luego que el viagero entró y recorrió con una ojeada el conjunto que se acaba de describir, dijo sonriendo:

—Adivino, patroncita, que nació vd. en San Miguel el Grande.

—¿Por qué lo dice vd.?

—Este tinajero tan curioso; estos manteles tan limpios, y luego ese zagalajo encarnado, y esa camisa bordada, y... pero nada de mucacas, patrona; soy un hombre que tengo un buen corazón y las tres eses, es decir: feo, fuerte y formal.

Con efecto, el personaje era como de cuarenta y cinco años; alto, de robustos miembros, tez morena, ojos negros y chispeantes, y un largo bigote retorcido que le llegaba hasta las orejas, mientras una cicatriz surcaba su cara desde el ojo izquierdo hasta la barba.

La fonderita, que vio á nuestro extraño personaje, á la coreana luz de una bujía colocada en la mesa, no pudo menos de hacer un gesto y sonreír con desden, por lo cual el huésped se apresuró á referirle el vulgarismo refrán de las tres eses, acompañando á este elocuente verborio, el retintín de los pesos y onzas que tenía en los bolsillos, lo cual, según él pensaba para sus adentros, debería infundir mucho en que la cena estuviese buena, y aun se le proporcione un lecho en que pasar la noche.

—Vamos, señor capitán, porque vd. debe ser por lo menos capitán, dijo la muchacha presentándole un plato; aquí tiene vd. un pollo muy bien frito, que me había reservado yo para cenar.

—Gracias, vida mía, por tanta generosidad, y á fe de Pedro Celestino, que no dejaré de recompensarte: toma á buena cuenta.

Diciendo esto arrojó un par de duros relumbrientes.

—Con que ¡vd. se llama D. Pedro Celestino! contestó la muchacha tomando los dos pesos y echándoselos en el seno.

—Para servirte, hija mía.

—¿Y no es vd. capitán! porque en estos tiem-

pos que corren, no hay un solo hombre que no sea militar, bien sea independiente ó realista.

—Mira, tal cual este bigote, esta cicatriz y ese lindo machete, te dirán que soy soldado; pero en estos tiempos que corren, es menester desconfiar hasta de las buenas mozas como tú. Dime: ¿quieres tú al rey!...

—¡Bah! interrumpió la jóven con ingenuidad; ¿cómo puedo quererlo si solo he visto un retrato! y es un viejo haragán, mas feo que...

—Mas feo que yo, ¿no es verdad! Pero lo que quería decirte es, que si eras realista ó insurgente.

—No soy por ahora mas que fondera, que doy de comer indistintamente á todo el que paga; pero á decir á vd. verdad, como Pascual dice que anda con el Sr. Morelos...

—Y ese Pascual ¿será tu querido?

—Caballito, señor capitán, y lo espero con ansia para que se case conmigo, pues mi madre, que está muy enferma y vieja, puede morirse de un día á otro, y entonces...

—Entonces te quedarás sola, y vendrás conmigo, paloma. ¿Cómo te llamas?

—María de los Dolores, contestó la muchacha luciendo una mueca y dirigiéndose al brasero donde se estaban friendo en un sartén unos huevos.

—Veo que no te agrada que haga yo el papel de enamorado; pues bien, hablemos de otra cosa. Trae ese platillo, y mándame buscar con tu muchacho un cuartillo de aguardiente refinado, para empujar un poco tu maldito pollo duro.

La muchacha entró al criado con una botella por el aguardiente.

—Dígame, querida, que si has cenado este pollo te habría sido muy mal; en cuanto á mí, carnes mas duras está acostumbrado á digerir mi estómago; pero volviendo á lo que decíamos, parece que tú eres una completa insurgente, y puedo, por tanto, satisfacer tu curiosidad, despidote que en efecto soy capitán insurgente, y mal que bien, mando una partida de valientes, que no dejan de dar que hacer á las tropas del rey.

—Aquí está el aguardiente, señor capitán.

—A tu salud, salero, dijo el veterano echando el aguardiente en un vaso y sorbiéndose la mitad.

—Mil gracias, señor capitán.

—Puff, Puff, no es malo el aguardiente; pero mejor lo bebíamos en el sitio de Puruarán, dijo el veterano limpiando con los labios su bigote.

—Ul, ul, dijo la muchacha haciendo un gesto.

—Soldado viejo, hija mía, y como tal no hago mayores gestos con el aguardiente; pero apropiado y como parece que esta tortilla con sal es lo único que podrá meter debajo de las nar-

ces, quería preguntarte si no podías proporcionarme una cosa como cama en que dormir.

—Vd. es soldado viejo, y como tal, estará acostumbrado á dormir en el suelo, dijo la fonderita con sonrisas sardónicas.

—Veo que no comprendes lo que quiere decir un soldado viejo. Cuando tenemos el campo por cama y el cielo por pabellón, nos acostamos riendo, y nos dormimos tranquilos; pero cuando encontramos una linda patrona como tú, y esta nos proporciona un colchón, una almohada y un par de sábanas limpias, también nos acostamos riendo y nos dormimos tranquilos. Con que ¿qué me dices; me darás alojamiento por esta noche?

—Es imposible; le prestaré á vd., señor capitán, sábanas y colchón; pero será menester que busque vd. otra casa...

—Esquira estás, con mil diablitos, interrumpió el veterano dando una palmada en la mesa, y luego después de un rato de pausa continuó.

—Hay caballeriza en esta casa!

—¿Ya dije á vd. que no.

—Entonces décididamente no te molestó, pues donde duerma yo, allí ha de dormir mi caballo, y si no quieres darme un rincón en tu casa, mucho menos querrás partir tu lecho con mi pobre Satanás. Me voy... toma este otro par de duros, y Dios te ponga mas buena moza y te traiga á tu Pascual. ¡Ay qué lástima es ser viejo y feo! murmuró el capitán entre dientes y tomando los arreces de su caballo para ensillarlo...

—¿Qué generoso es este soldado! murmuró también la fondera, y luego en voz alta dijo:

—Señor capitán, me da lástima el que vd. vaya á pasar la noche en la calle.

—Cómo ha de ser, soy soldado viejo, contestó el militar apretando las cinchas á su corcel.

—En las orillas del pueblo hay una casa vacía; pero espantan.

—Españal! interrumpió el veterano.

—Si señor; noche con noche se oye un ruido de cadenas terrible, y después dícese se aparece un muerto con hábito de fraile franciscano...

—Me gustaría ver eso, dijo el militar entrando y sentándose otra vez en la mesa.

—Y después el muerto muere, y...

—No es mas que eso!

—Y luego del susto se mueren las gentes que tienen el arroyo de hablar á esas almas de la otra vida.

—¿No es mas que eso?

—¿Carabala! ¿Y le parece á vd. poco?

—Ya se ve que sí.

—Y está vd. decidido á ir á esa casa!

—Seguramente que iré. ¡Cáscaras! La cosa no es de desperdiciar, pues dicen que cuando los muertos hablan, es porque tienen dinero enterrado.... Con que haz que me indiquen la

casa, y si algo logro, te prometo darte la mitad para que seas feliz con tu Pascual.

—Señor capitán, se va vd. á exponer.

Deja esos temores, chica. Bastante he tenido que hacer con los vivos, para que ahora tenga yo miedo á los muertos. Otra vez á tu salud y á la del muerto vestido de franciscano.

El capitán se sorbió el otro medio vaso de aguardiente.

—Dios lleve á vd. con bien.

—Él te guarde tan linda y tan salerosa, contestó el capitán; pero dame esa botella por si esas almas en pena desearan remojarse en esas nates.

La muchacha se santiguó.

El capitán que entretanto había acabado de ensillar su caballo, montó en él y siguió al muchacho que debía guiarlo á la casa donde espantaban.

II.

Dando el toque de ánimas llegó el veterano á una casa situada á estramuros del pueblo, casa cuyas ruinas fantásticas parecían al trémulo fulgor de las estrellas, ya un castillejo, ya un templo, ya un monasterio. Era un molino de trigo capcioso, y abandonado hace algún tiempo por sus dueños, como es español, andaban prófugos quietos, ó agregados á las filas de los realistas.

El guía se alejó corriendo cuando estuvo á la vista del edificio, y el veterano se adelantó impávido, hasta una gran puerta que cediendo á un leve impulso de la mano, dió paso al ginete á un patio espacioso, circundado de una portalería en partes arruinada y en partes próxima á desplomarse, pues las columnas se veían torcidas, y sus capiteles, y cornisas despostilladas; multitud de botijas abiertas y oscuras circundaban este recinto, y en un ángulo de él había un estrecho callejón que conducía á otros pasadizos y galerías. Cuando el veterano se encontró completamente solo en medio de estas ruinas, y que las pisadas de su caballo hacían eco en aquellas bóvedas oscuras, en aquellas agujeradas paredes, no pudo menos de sentir que un calorífico recorrió rápidamente todo su cuerpo; pero desechando este miedo pueril, recobró su buen humor y sangre fría, y gritó con todas sus fuerzas:

—En, en, ¡no hay un diablo en este molino que pueda indicar á un soldado, dónde puede pasar la noche con comodidad!

Nadie contestó, y solo el eco de la voz ronca del capitán se fue apagando gradualmente.

—Veo, continuó Pedro Celestino, que es menester que yo mismo busque mi alojamiento.

Diciendo esto se apesó del caballo, lo ató á una columna; sacó sus trastos de lumbre y en-

endió una de las velas que la patrona había cuidado de proporcionarle. Armado así con su luz en la mano izquierda, y una pistola preparada en la derecha, comenzó á visitar los cuartos y bodegas. Todos estaban cubiertos de polvo y de telarañas, y los murciélagos asustados con la luz formaban círculos eternos y fantásticos al derredor del veterano.

—Malditos vejeteros, exclamaba el soldado espantado á los murciélagos; buena la harán si les da gana de apagarne la luz.

Vistió, por fin, multitud de cuartos y bodegas, y todas aruinadas y sucias, no le ofrecieron comodidad para instalarse; entoncez colocandole la buja en un rincón abrigado del aire, se dirigió por el pasadizo, resuelto á explorar todo el edificio. Intenóse en efecto en una galería húmeda, y de allí salió á otro patio tan espacioso como el primero y lleno de montones de tierra y escombros, donde pudo notar algunas calaveras y canchales de muerto.

—He aquí, dijo suspirando, las calaveras de muchos inselicitos que se han dejado acobardar por los muertos, y no han tenido valor para soltarles una bala en la mitad del casco; pero lo que importa es hallar un sitio apropiado en que descansar, de frente. . . . avancen. . . .

Siempre con la barba sobre el hombro, como suele decirse, se introdujo el capitán á varias piezas, las registró con minuciosidad, y se retiraba ya desconcertado, pensando que le sería necesario dormir á los pies de su caballo, cuando oyó una voz lánguida y prolongada, que decía:—A la izquierda, en la tercer puerta.

—¡Hola! verémoslo que hay á la izquierda en la tercera puerta, dijo el veterano dirigiéndose con calma hacia ella. Entró en efecto, y vió una pieza aseada, con un cómodo lecho en un rincón; un par de sillas y una toaca mesa de cedro con un sillón, en el que estaba sentado gravemente un esqueleto.

—Cracias, chico, por el aviso, dijo el capitán entrando; hace media hora que estoy visitando estos malditos cuartos, que parecen mas bien bartolinas de la inquisición, y había perdido la esperanza de encontrar una cama.

El esqueleto incluyó la cabeza hacia adelante, turbado que fué por un momento el veterano mas acercándose impávido y accediendo por un brazo al esqueleto, observó que una rata enorme saltó del cráneo hueco.

—¡Ah! ya veo que soy un chiquillo de la escuela! ¡Bah, así serán todos los prodigios de este molino encantado!

Escaminó la cama; las sábanas estaban limpias y eran de lienzo fino, y ademas había dos colchas nuevas de San Miguel y una sobrecama china de damasco.

—Por vida mía, que este lecho es digno de

un rey, y pasará en él una excelente noche. Desciégase el machete y colócese en un rincón, y poniendo la vela en la mesa frente del esqueleto y las pistolas debajo de la almohada, se echó en la cama; mas casi al momento le ocurrió una idea.

—Miserable de mí, que he dejado á mi caballo solo; voy por él, dormirá frente á mi cama.

Fué, pues, al primer patio y encontró á su corcel que impacientemente trataba de comer un manojo de maiz seco que había á poca distancia.

—Vamos, mi querido Satanás, parece que estos fantasmas no te han olvidado; esto diciendo, desató su caballo, tomó el tercio de rastrojo, y se dirigió á la recámara referida, donde alojó tambien al corcel.

Instalado así, se echó en el lecho y comenzó á reflexionar sobre la estraña situacion de este edificio, deseadó que cuanto antes se ofreciera la ocasion de descubrir estos misterios y apariciones, que tenían llenos de pavor á los habitantes del pueblo. Pensando en estas y otras cosas análogas, cerró los ojos y comenzó á dormir.

Entre sueños creyó escuchar un ruido prolongado de cadenas, alternado con dolientes y lastimeros quejidos; abrió y estregóse los ojos, y frente á su lecho miró abierta una puerta que no había observado al entrar, y que comunicaba con una serie de piezas y galerías.

El ruido de cadenas y los quejidos aumentaban.

El veterano se puso en pie; tomó una de sus pistolas que ocultó por detrás, y santiguándose con gran devoción, se preparó, retorciéndose el bigote y con una sonrisa que indicaba la serenidad de su alma, á recibir á las misteriosas y nocturnas apariciones.

No se hicieron estas esperar mucho, pues el veterano observó alla en lo mas profundo de las habitaciones, un fantasma con una linterna sorda en la mano, que empinacaba, por decirlo así, multitud de bultos deformes.

El capitán se santiguó de nuevo.

Los fantasmas se acercaban lentamente.

—¡Hola, camarada! gritó el capitán con voz firme cuando estuvieron á corta distancia; si os atreveis á dar un paso mas, os enviaré una bala que os haga ir segunda vez al otro mundo.

Los fantasmas se acercaron; entoncez el capitán disparó la pistola; pero la ceba se había caído y no dió fuego. Entoncez, y antes que tuviese tiempo de tomar la otra pistola ó la espada, se le echaron encima tres fantasmas y le sujetaron los brazos, mientras otros se apoderaron de las armas.

—¡Veo, camaradas, dijo el capitán con calma, que tenéis fuerzas sobrenaturales, y me confieso rendido; pero tambien veis que no tiemblo co-

mo un muchacho á la vista de calaveras y esqueletos. Nada me importa el motivo porque estáis aquí, ni pretendo indagar si sois muertos ó vivos. Un desafío con una muchacha buena moza, y el deseo de tener una aventura ó pasar la noche con comodidad, me han traído aquí; pero lo demás, creo que no ultrajareis cobardemente á un viejo guerrillero que no trata de haceros mal.

Los fantasmas soltaron al capitán, y el que tenía la linterna sorda que era un fraile franciscano, no con una calavera en vez de rostro, contestó con voz sepulcral.

—Hermano: nosotros estamos ya juzgados por Dios, y no queremos hacerte mal, sino darte solo una leccion de que debes respetar estos misterios del Altísimo.

—Hermano, repuso el capitán imitando la voz sepulcral del muerto; lo que yo sé hace mucho tiempo es, que cuando los difuntos andan en pena es porque en la vida han cometido ciertas trascurridas que les impide entrar al ciclo. Con que si tú y tus compañeros tienen por estos rumbos algunos barriles de onzas ó de pesos enterrados, pueden conducirme á donde están, seguros de que yo pagaré todas las mandas que deban, y mandaré decir misas por el descanso de su alma.

—Somos muertos, que tenemos otra misión en la vida, dijo el fraile franciscano.

—Os he dicho, interrumpió el veterano, que poco me importa que seáis muertos ó vivos, y ni quiero indagarlo tampoco; lo que deseo es que con una legión de diablos os marcheis de aquí y me dejéis descansar, pues la noche debe estar muy entrada.

—Nos hemos propuesto acompañarte hasta que sueces la última campanada de las doce, contestó el franciscano.

—Que diablos de horas misteriosas tienen ydes, los muertos, para aparecerse y desaparecerse; pero sea lo que fuere, es menester que entretanto suegan las doce estamos alegres, porque el guerrillero Pedro Celestino, no conoce el mal humor. Ea, muchachos, bebed un trago.

El capitán echó aguardiente en el vaso, y lo ofreció á los fantasmas.

Los fantasmas bebieron silenciosamente, y devolvieron el vaso al capitán.

—No os parece muy mal el aguardiente á lo que creo, mi carísimo huésped, y si hubiera media docena de botellas [voto á brios! pasaríamos la noche alegremente.

Apenas acababa de decir esto el veterano, cuando bajaron del techo, por medio de unos alambres, las botellas que deseaba.

—¡Bravo! ¡Bravo! exclamó el capitán frotándose las manos: son ydes, unos guapos mu-

chachos. ¡Y son tan aficionados á la baraja como al licor!

—¡Juguemos, bebamos, gritaron los fantasmas dando saltos y formando círculos y evoluciones al derredor del capitán.

—¡Está gritó éste con voz de trueno: órden, y ponga cada uno su dinero. Esto diciendo, metió mano á su bolsillo, sacó una baraja y un puño de monedas de oro y plata.

—Sota y mauro; ¡a cuál van!

—A la sota, guerrillero, á la sota.

—Se entra.

—¡Vamos!

—Cuatro viejo, á la segunda.

El capitán recogió multitud de monedas y siguió barajando.

—Cabello y dos.

—Al caballo.

—El dos, mozo.

—¡Tenéis fortuna, capitán, exclamó el espectro franciscano, dando una palmada en la mesa.

—Una poca, y no sé si hará bien de guardar un dinero que huele un poco á humedad y á azufre; pero al fin no es falso.

—Cese el juego, dijo el muerto, y brindemos por este esqueleto, que es nada menos que el de un antiguo vuestro.

—¿Quién es ese antiguo!

—Rascón Fernandez.

Con setenta legiones de diablos, gritó el capitán cerrando los puños y erizando el bigote, que se me revuelven las entrañas solo al escuchar ese nombre.

—¿Cómo! ¡os ha hecho mucho daño ese Rascón Fernandez!

—¡Friolera! incendié mi casa, asesinó á mi mujer, á mi virtuosa Teresa, y hubiera llevádose al único tesoro que tengo en el mundo, á mi hija Rosa; á no ser porque llegué á tiempo con mi guerrilla, hice huir cobardemente á los malditos que me argüían, y á él lo dejé muerto con mi propio machete.

—No obstante, capitán, brindad por Rascón Fernandez dijo el espectro con voz ronca.

—¡Mala bamba! gritó el capitán estrallando el vaso que tenía en la mano, contra el esqueleto que estaba sentado en la mesa.

En esto sonaron en el reloj de la iglesia del pueblo, las doce de la noche; el ruido de cadenas se hizo oír con fuerza, y los fantasmas, silenciosos y graves, se alejaron lentamente por donde habían venido, dejando al capitán confuso y como si acabara de despertar de una horrosa pesadilla.

Pasado un momento se recostó en la cama, cuando bajaron del techo, por medio de unos alambres, un puro, y envolviéndose en su manga se salió al patio á dar unos paos y á respirar el aire libre.

Cosa de las cinco de la mañana, y cuando los primeros rayos del alba empezaban á pintar el horizonte entró á la roedimara y vió una mujer vestida de blanco, cubierta el rostro con un velo, que ponía una hoja seca de maíz debajo de su almohada.

Quiso hablarle; mas la mujer se alejó rápida como una exhalación.

El capitán creyó reconocer en la vision las formas cabelladas de su hija Rosa. Miró la hoja de maíz que estaba debajo de su cama, y acercándose á la buja, que aun estaba encendida, leyó estas palabras escritas con carbón: "Salvadme, por Dios."

Los pensamientos siniestros cruzaron entonces por la mente del capitán; pero procurando desecharlos ensilló su caballo y salió del molino encantado.

III.

—Gracias á Dios que vivo á vd. vivo, dijo la forastera luego que vio llegar al capitán.

—Ya ves, hija mía, que vuelvo otra vez en cuerpo y alma á tu casa, y algo mas habilitado de dinero que anoche. Te ofrecí darte la mitad de lo que adquiriera, y he aquí lo que he ganado á los muertos: dos, cuatro, ocho, diez, doce onzas cabales.

—¡Virgen de Atocba! exclamó la muchacha, ¡y cómo he de tomar este dinero, señor capitán!

—¡Fresca estás, muchacha! Es dinero bueno y sonante, que te servirá para casarte con ese mozo cuando regreses.

—Pero, cuénteme vd., señor capitán, lo que le ha pasado anoche.

El capitán le contó en extracto lo que le habia ocurrido, mientras María de los Dolores le sirvió el desayuno.

—Estás un poco triste, capitán, le dijo la muchacha.

—Con efecto, Dolores, estoy impaciente por ver á mi hija, y.... me voy pronto nos volveremos á ver, pues quizá habrá monstrer de tu auxilio; guarda ese dinero, y acuérdalo del capitán guerrillero Pedro Celestino Castaños.

La muchacha tendió una mano al capitán, mientras con la otra enjugaba una lagrimea que rodaba por su mejilla.

El capitán montó á caballo, y desapareció como un relámpago.

IV.

El deseo de arrostrar una aventura, porque el veterano se preciaba de valeroso y caballero como el buen Hidalgo de la Mancha, lo hizo pasar la noche en el molino encantado; pero ansioso por una parte de llegar á su casa, é inquieto por demas con la aparicion de la blanca fantasma que tanto se asemejaba á Rosa, devoraba el espacio, y habria querido que su corcel hubiese tenido la rapidez de una aguilá.

Caminó todo el día y al caer la tarde se internó por una calzada de árboles secos, á la sazón, separada del tránsito que conducía al pequeño y escondido rancho donde vivía su hija. Soló la rienda á Satanás, el cual, fatigado con la carrera andaba lentamente. Cúala paso que daba era un martirio para el capitán, pues el corceon se le estrechaba y la cabeza le dolía. Por fin, dividió la casa que estaba en un terreno un poco hundido y casi cubierta entre los árboles y matriciales; mas notó que no descollaba blanca y graciosa, como un coridero que trisca en las lomas; sino que era una masa negra y confusa que se confundía con el seco ramaje de los árboles.

Se acercó mas; su hija á quien habia mandado con anticipación avisar el día de su llegada, no estaba como otras veces con los brazos abiertos, para estrechar en ellos á su padre, y esto le inquietó mas. Prendió las espuelas al caballo, y de un brinco llegó á la casa.

Eran ya unas ruinas; la casa estaba quemada, y todo yermo y solitario.

De una choza miserable salía una columna delgada de humo, que se perdía entre la neblina del cielo. El capitán, temblando, se acercó á la choza.

La buena vieja María Teresa, nodriza de su hija, salió encorbada y temblorosa á la puerta tan luego como vio al capitán, se le llevaron los ojos de agua, cruzó los brazos, inclinó la cabeza y guardó silencio.

—¿Dónde está mi hija? exclamó el capitán con una voz hueca y comprimida por el llanto.

La vieja alzó la mano y señaló al veterano la casa quemada.

—¡Mil rayos del cielo! ¡Han asesinado á mi hija! ¡Ha perecido entre las llamas!

—No, capitán, no; se la han robado.

—¿Cuánto todo, anciana; los que como yo tienen el cuerpo y el alma llenos de cicatrices que destilan sangre, no deben llorar por cosas poseñeras.

El capitán sin embargo se bebía las lagrimas y sus miembros temblaban.

—Hace un mes, capitán, que escuchamos las pisadas de muchos caballos y el ruido de espadas y armas de fuego, y á la media luz del resplandor divisamos una partida de hombres armados de lanzas con banderolas encarnadas. Entrada la noche, rodearon la casa....

—Y esos miserables cotardes que tenía ya en el rancho parascando de vides, ¿qué hicieron?

—Murieron defendiendo á mi hija, á mi hija Rosa.

—Bien, prosigue, interrumpió el capitán apoyando sus manos en la cabeza de la silla.

—Muy corta es la historia. Los enemigos eran muchos, y los defensores aunque valientes eran pocos. No obstante, desde la zozoca hicie-

ron un fuego vivísimo, y mataron á muchos de esos pícaros bandidos; pero estos incendiaron las puertas, entraron como unas fieras, mataron á dos ó tres mozos que habrían quedado con vida y se robaron á Rosa, dejando la casa entregada al fuego, y á mí con vida para que contra á vd. esta desgracia.

—Eres insensible, anciana, gritó el capitán, y me has contado ese suceso con una indiferencia que merece castigarse. ¿No sabes que Rosa era el único tesoro que tenía en el mundo? ¿No sabes que era mi hija, la hija de mis entrañas y de mi sangre. ¡Ah, Dios eterno! ¿Por qué no me envías un rayo.

—Capitán; séceme como la que ha pasado en este rancho, embargan el sentimiento, y matan el cuerpo y el alma. Hace un mes tambien que la calentura devora lentamente mi débil cuerpo, y si tres días mas tarde hubieseis venido, habria encontrado solo el cadáver de María Teresa. Adios, capitán; buscad á vuestra hija, pues es he dillelo que vive aún; en cuanto á mí, voy gustoso á salir de esta miserable vida.... pero.... tanta de mí, que no os ofrezco algo de comer. Tomad estas tortillas, y en ese rincón hay maíz para darle un pienso al caballo.

El capitán se apodó del caballo sin hablar palabra; le quitó el freno, le dió agua y un pienso de maíz, y envolviéndose en su manga se sentó debajo de un mesquite.

Á cosa de la media noche ensilló su caballo y se dispuso á marchar al molino encantado, donde no le quedaba ya la menor duda que debería encontrar á su hija, aun cuando le costase la vida libremente. Antes de marchar dió un vistazo á la choza.

La anciana estaba ya muerta, y la hambre apacánduse.

El capitán encendió un puro, arrojó una mirada profunda al cadáver, moató despues en su caballo, y desapareció entre las tinieblas de la noche.

V.

Dos noches permaneció el capitán en el molino encantado, y la farsa no se repitió entonces registró con minuciosidad el edificio, y vio evidentes señales de que los que lo hablaban eran no muertos ni fantasmas, sino una compañía de bandidos, que impútemente cometían robos y asesinatos inauditos. Convencido de que si daba parte á la autoridad podria ser arrestado, se resolvió á vagar por todos los pueblos, haciendas y edificios arruinados hasta encontrar á su hija, y tomar un venganza digna de un crimen semejante.

Tres meses vagó sin fruto alguno, hasta que se resolvió á reunirse con su guerrilla y proseguir sus pesquisas.

VI.

Entretanto, el capitán con una guerrilla de doscientos bravos, recorre como un león las aldeas, los montes, los edificios y los pueblos, no ya luchando por la libertad de México, sino por su linda hija Rosa; trasladámonos al lugar donde pasaban otras escenas, no menos importantes para el conocimiento del lector.

VII.

En los tiempos en que se ha colocado esta narración, es decir, cuando el gran Morelos favoreció por la fortuna, habia vuelto á levantar el estandarte de la libertad, era muy frecuente que así mexicanos como españoles, perseguidos simultáneamente por sus enemigos, abandonaran sus casas y parte de sus intereses. Resultaba de esto, que muchas de las ricas posesiones de campo, quedaban yermas y solitarias, y á la merced de las primeras tropas que querían instalarse en ellas. Tambien en esta época habia no solo ejércitos que venidos combatan por sus opiniones, sino guerrilleros que reunían mas ó menos número de hombres, y hacían la guerra por su cuenta, y cometían todo género de robos y maldades, desacreditando y entorpeciendo el progreso de la causa que defendían.

En este caso se hallaban los capitanes Pedro Celestino Castaños, y Rascón Fernandez, con la diferencia de que el primero tenía á sus órdenes doscientos soldados, antiguos servidores suyos, que defendían leal y valerosamente la causa de la independencia, mientras el segundo, aunque mexicano, habia abrazado sus opiniones; y la defensa de su patria, y reuniendo una coleccion de hombres criminales y profanados, recorría los pueblos y haciendas de la Tierra-Adentro, cometiendo en nombre del rey, los mas inhumanos excesos y crueldades.

Varias veces, como era natural, habian venido á las manos las fuerzas de los dos guerrilleros, y siempre Rascón Fernandez habia tenido que huir vergonzosamente; así es que medió venganza de cualquiera manera, como lo verificó la primera vez, secuestrando la hacienda del veterano, y asesinando á su hijo, y la segunda, incendiando la única posesion que le habia quedado, y robándole á Rosa.

Rascón Fernandez habia concebido una pasión vívida por Rosa, que luego cierto punto santificaba su vida pasada, pues teniendo en su poder, le habia guardado todo género de consideraciones; si bien trayéndola cautiva, y oculta de lugar en lugar, hasta el día en que la casualidad condujo al veterano al molino encantado, donde Rascón Fernandez se habia instalado, fraguando los supercherias de duendes y fantasmas, como un recurso seguro para ponerse á cubierto de las pesquisas de sus enemigos.

La noche que el capitán durmió en el molino, hubiera podido muy bien haber sido la última de su vida, pues Rascón Fernández ardia en deseos de vengar las heridas que recibió de mano de éste, y que lo invicieron mucho tiempo en las orillas del sepulcro; pero la consideración de que Rosa podría dar la muerte también, y el grande amor que la tenía, lo hicieron contenerse; así es, que salió y salvo dejó salir al capitán, limitándose sólo á marcharse con sus bandidos al día siguiente del molino, para establecerse en otra hacienda, abandonada, y cuya posesión era en la cima de una cañada, la hacía muy ventajosa para la defensa.

VIII.

En una sala de esta hacienda, amueblada decentemente con grandes sillones de damasco, y decorada con los retratos de los antepasados del dueño, que era último ystago de esos pliebes conquistadores, á quienes Cárlos V hizo nobles vasallos, había instalado su sitio real el intrépido guerrillero Rascón Fernández, cuya fisonomía espresiva y agradable, no anunciaba que sus inclinaciones y costuras fuesen de todo punto depravadas.

—Hola, Ruiz, decía á un personaje seco y esquelético, vestido con un uniforme azul, con vivos y galonaduras amarillas: es menester que esta noche distribuyas cigarrillos en la azotea, y mandes una patrulla á que reconozca las avenidas de la cañada, pues he tenido positivas noticias de que una partida de independentes está acampada por estas cercanías.

—En ese caso, contestó Ruiz, sería mucho mejor reunir toda la gente mil, y marchar á atacarla.

—En otra época, repuso Rascón Fernández, no me habrán dicho eso dos veces; pero ahora... ahora es otra cosa, temiera perder la vida.

—Vive Dios, capitán! ¿Dónde se ha ido ese valor y ese arrojo que habéis mostrado en todas nuestras campañas?

—¿Qué quieres? Ahora, repito, no soy dueño de mi vida ni de mi corazón: ahora tengo otro género de ideas, y francamente, si pudiera adoptar una vida tranquila y pacífica...

Micela se mordió los labios.

—Bien lo decía, murmuró entre dientes el viejo Ruiz, que esa mozneta había de trastornarle á vd. los casaca.

—Te he prevenido, Ruiz, que no hables una sílaba que pueda ofender á esa niña en lo mas leve; y otra vez será menester dividirse la cabeza con mi machete...

—Yo, nada digo, capitán, sino que si efectivamente esos picaros insurgentes están cerca, es necesario escarmentarlos.

—Bien, tomá cincuenta hombres escogidos,

y haz lo que te dé la gana... pero no: será mejor que tengamos vigilancia, pues me temo que será la guerrilla de ese viejo testarudo de Pedro Celestino; por una parte, esa es gente que no se deja jugar las barbas, y por otra, he ofrecido á Rosa, no atacar jamás á su padre, con que veto á ejecutar las órdenes que te he dado, y de paso dile á Micela que entre.

El viejo Ruiz salió gruñendo entre dientes, y á poco entró Micela, que era una mulata moretana y robusta, que había sido primero, sirvienta, luego concubina del capitán Rascón, y finalmente, una especie de nodriza ó cuidadora de Rosa.

—¿Qué se ofrece? dijo con aire altanero Micela, encarándose con el capitán.

—No dejas jamás ese tono soberbio, miserable mulata.

—Otras veces me ha llamado el capitán, su perla, su diosa, y...

—Ahora ya sabes, Micela, que no te puedo decir estas palabras; pero en cambio, te doy oro y diamantes á montones, y...

—Y balas, y lauzadas y peligros á montones es necesario arrostrar, interrumpió Micela, y al fin de cuentas una prision como esta, á una barranca en la sierra por asilo...

—No hablemos mas de eso, Micela, dijo el capitán con calma, pues sabes que llegará tiempo en que te veas libre de mí, y dueña de una fortuna considerable.

—Es verdad, es verdad, repuso Micela sonriendo con esta idea, y estoy dispuesta á escuchar á mi dueño.

—Dime, Micela, preguntó con voz entrecortada el capitán, que hace Rosa?

—Rosa llora siempre, y se desespera.

—Y no está agradecida porque perdoné á su padre la vida, la noche que pudo haber sido asesinado en el molino?

—Esto, señor capitán, ha disminuído un poco el odio que habia concebido por vd.; pero no lo ama.

—Bien convencido estoy de ello, y soy un necio en alimentar esperanzas; pero al menos, Micela, quisiera una sola mirada espresiva de Rosa. Esto me haría el mas feliz de los hombres.

Micela se mordió los labios.

—Bien sé que esto te atormenta, Micela! pero ya te he dicho que cuando consigas que Rosa sea mas compasiva conmigo, te pondré en el paraje que quieras, y te colmaré de riquezas, con las cuales podrás pasar feliz, y quizá amada el resto de tu vida.

—¡Ah, capitán! ¿Pensais que una muger celosa puede contentarse con el oro? Volved esa muchacha á su padre, y amádmela como antes: con esto haréis dos buenas acciones, que quizá os libertarán de muchos males.

—Rosa, Rosa, te juro que aun vive tu padre, y que respetaré su vida!

—Gracias, capitán: esa seguridad que me das, y que yo trato de creer, disminuye la aversión que os tengo.

—Te he dicho que mi resolución es invariable. No temo ni á la cólera del capitán Celestino, ni á tus celos, ni á nadie. Rosa ha de ser mía, á pesar de cuantos obstáculos puedan oponerse.

—Y si ella se manifiesta inflexible y obstinada!

—Entonces... entonces... no será de otro, ni la verá su padre mas: la mataré.

Los ojos de Micela brillaron con una alegría indefinible.

—Cuidado, Micela, con manifestar tan abiertamente tus sentimientos. ¿Pensas que si yo atentara contra la vida de Rosa, te dejaría yo en el mundo para que te rieras de mí desgracia y de mi locura? ¡Ah! tú morirías primero, Micela.

—Ese sería un bien para mí, capitán, contestó tristemente la mulata.

—Dí á Rosa, continuó el capitán, que deso hablarle, que se lo ruego...

La mulata salió, y volvió acompañada de Rosa.

—Buenas noches, Rosa, dijo el capitán con voz dulce y espresiva.

Rosa inclinó ligeramente la cabeza.

—Déjanos solos, Micela, prosiguió el capitán; y luego volviéndose á Rosa le dijo con la misma voz espresiva:

—Toma asiento Rosa, y dime algo que calme mi inquietud.

—No tengo que decirte, contestó Rosa, sino lo mismo que os he dicho siempre, que no puedo amar al hombre que despues de haber asesinado á mi madre y á mis criados, incendió la casa de mi padre, y me ha traído cautiva por los montes y por las selvas.

—Eres muy cruel, Rosa.

—Restitúlmela á poder de mi padre; jurádme que no os vengareis de él, y entonces...

—Me amarás? Interrumpió el capitán arrojándose á los pies de Rosa.

—Entonces os perdonaré, contestó ésta secamente.

—¡Ah! Rosa, Rosa, teme mi furor; el inferno me inspira ideas terribles.

—Vamos, capitán, dijo Rosa con sonrisas sardónicas, poned en planta vuestra venganza: haréis á mí y á esa pobre muger á quien habéis abandonado, un beneficio grande. Me fastidia y me abruma la vida, desde que he perdido la esperanza de volver á ver á mi padre, á mi pobre padre, á quien tal vez habreis tambien asesinado.

—Rosa, Rosa, te juro que aun vive tu padre, y que respetaré su vida!

—Gracias, capitán: esa seguridad que me das, y que yo trato de creer, disminuye la aversión que os tengo.

—Bien, Rosa, muy bien: te agradezco lo que haces por mí, y mi conducta tal vez hará que me ames, y que seas mía. ¿Deseas descansar, Rosa?

—Lo necesito, capitán.

—Me prometes que me amarás?

—No puedo prometer lo que no sé si sucederá.

—¿Serías mía?

—Nunca!

Rosa se retiró á la alcoba que le habian destinado en el castillejo, y el capitán quedó sumergido en una profunda cavilación, de la cual lo sacó Ruiz que venía á avisar que estaban ejecutadas sus órdenes.

Entretanto pasaba el diálogo que acabamos de referir, Micela perfectamente enterada de que la remisión de insurgentes que estaba en la cercanía era nada menos que la guerrilla del capitán Pedro Celestino Casañas, se dirigió por una puerta oculta, y con el mayor silencio y precaución se deslizó por una barranca, y llegó en breve á donde estaba acampada la guerrilla de Pedro Celestino. Uno de los centinelas avanzados le tendió el fusil, amagándola con darle la muerte; mas Micela sin acordarse, le dijo con voz firme y enérgica, que la llevase ante el capitán.

Cuando se halló frente de Celestino, le tomó una mano, se apartó con él hacia donde crecían entre las rocas unos espesos matagones, y con voz firme le dijo:

—Capitán, ¿quieres vengarte?

—De quién?

—Del asesino de tu muger, y del raptor de tu hija.

—Daria toda mi sangre... qué digo, mi felicidad en la otra vida significaría, por verme frente á frente de Rascón.

—Pues yo puedo proporcionarte ese placer.

—Y mi hija, mi Rosa? Interrumpió el capitán con agitación.

—Tu hija!...

—Si estará ya deshonrada!

—No: aun está pura como salió del vientre de su madre.

—Gracias, muger, gracias, dijo el capitán, tomando las manos de la mulata y llevándola á sus labios con emoción.

—Ningun favor te hago.

—¿Cómo? ¿Quién eres tú entonces? ¿Quieres traicionarme!

—No, soy una muger celosa: el capitán ama á tu hija Rosa, y me humilla, me ultraja, á mi que otras veces he dominado esa fiera, y he apagado su furor y su orgullo con una mirada.

—Hablas con tu corazón, mujer, ó engañarás las esperanzas de un padre!

—Quiero como tú veigasme, y todo está dicho.

—Muy bien, haré lo que tú quieras.

—Toma estos vestidos de mujer y ven, que yo te colocaré frente á frente de Rascón Fernandez. ¡Tendrás miedo!

El capitán por toda respuesta, se puso los vestidos, y ocultó bajo el rebozo sus luengos bigotes.

—Perfectamente: ahora llamada á nuestro teniente y dádle estas escalas. Detrás del edificio de la hacienda hay una claraboya, y esta claraboya da precisamente á la pieza donde veréis á Rascón Fernandez y á Rosa. Que vuestros soldados se deslicen con el silencio de una pantera, por estas rocas y matorrales, fijen la escala, y... lo demás queda de su cuenta.

—Y los centinelas! Los centinelas han bebido esta noche mas aguardiente del necesario, y puede ser que ya estén dormidos.

Con estas seguridades, el capitán dió sus convenientes órdenes á su tropa, y se dirigió en seguida al castillejo acompañado de Micaela. Encontraron con efecto con algunos centinelas casi ébrios, que los detuvieron el paso; mas luego que reconocían á Micaela, la dejaban pasar.

Entraron pues al patio, y se internaron en un callejón oscuro que conducía á la escalera. Al subir el primer escalón, se sintió aído por dos brazos nervudos que le oprimían el pecho, como si fueran tenazas de hierro.

—Traición, exclamó el capitán, procurando desasirse; pero antes de que pudiera gritar mas, ó usar de algun movimiento, sintió que lo habían fuertemente con cuerdas, y casi al mismo tiempo escuchó un grito agouizante.

—Jesus, Jesus mio, perdóname.

—Luces, gritó Ruiz.

Un soldado trajo una lámpara encendida y el capitán Celestino vió á Micaela revolotándose en el suelo cubierta de sangre, y á un viejo alto y decolorado con un puñal en la mano.

—¡Cobarde! dijo el capitán Celestino, lanzando una mirada terrible á Ruiz.

—Era una maldita traidora á quien me fué preciso quitar de enmedio. Esta noche la seguí y teniendo algo me propuse capturarla. Como salió sola y volvió acompañada, fué preciso castigarla á ella y anarrar á su buena compañera de bigotes.

—¡Maldado!

—Tira en el foso ese cadáver, Matias, continuó Ruiz en cuanto á vos, señor, nuestro capitán Rascón se encargará...

Solieron, pues, la escalera, y entraron en la recámara de Rascón, el cual aun estaba sumergido en sus meditaciones. El ruido que hicieron

al entrar lo sacó de sus éstasis y con voz bronca dijo:

—¿Quién va?

—El capitán Pedro Celestino, á quien la desgracia ó una traición infame ha conducido á tu presencia.

—¡Pedro Celestino! exclamó Rascón sobresaltado, poniéndose en pié súbitamente como si hubiese sido impulsado por un resorte.

—El mismo que te ha bañado mil veces en el campo de batalla; el mismo que luchó cuerpo á cuerpo mas de una hora y te dejó tendido en el campo cocido á puñaladas; el mismo cuya esposa asesinaste y cuya hija robaste cobardemente. Mi vida eterna daría porque un cuarto de hora soltaran estos cordeles que me oprimen y me pusieran con mi espada frente de tí y de tus infames secuaces.

—Silencio, viejo, gritó Rascón encarándose con el capitán y amagando darle una puñalada en el rostro.

—Eres muy despreciable y muy vil, Rascón, y no hago caso de tus amenazas.

Al decir esto arrojó á la cara del capitán una saliba, este sacó su puñal y alzó el brazo para herirlo; pero se contuvo, y bajando lentamente la mano dijo con calma:

—Capitán Celestino, por última vez en nuestra vida voy á proponer un convenio que nos ponga á ambos en paz. Aguarla.

Rascón abrió una puerta, se introdujo por ella y á poco salió acompañado de Rosa, pálida, con unos ojos llenos de lágrimas y su cabello blando flotante por la espalda como la Magdalena de Carlo Dolci.

—¡Me das á tu hija por mujer, Pedro! dijo Rascón.

—Jamás, contestó el veterano.

Rosa, continuó Rascón, tomando una pistola y apuntando al capitán, ó me prometes ser muy tiernamente ó...

—Padre mio! exclamó Rosa cayendo de rodillas.

—No, Rosa, no accedes, dijo el capitán con voz firme: ese hombre es el asesino de tu madre...

Silencio, capitán, gritó Rascón y luego dirigiéndose á Rosa á quien tenia asida de un brazo le dijo:

—Diez minutos tienes para resolverlo; ó juras ser mi esposa y entonces será el amigo de tu padre; ó si no, verás caer á tus pies su cabeza.

—¡Dios mio, Dios mio, amparadme!... ¡Rascón será... perdonad á mi padre, retírad esa arma con que amagáis su vida... tened piedad...

—¡Ja has tenido tú de mí, Rosa!

—Esperad: yo me resolveré, haré un sacrificio...

—Jamás, Rosa, jamás, dijo el veterano enérgicamente; recuerda que es el asesino de tu madre y que si le prometes lo mas leve, te arrojaré mi maldición.

—Rosa, qué dices! preguntó Rascón.

—Que jamás será vuestra, contestó la muchacha enjugando las lágrimas con sus propios cabellos; que quiero obedecer á mi padre.

—Gracias, hija mia; eres digna hija del guerrillero de la independencia mexicana. Disparad, Rascón, y acabemos de una vez.

Rosa repentinamente arrebató el puñal que pendía de la cintura de Rascón, y retirándose algunos pasos dijo sonriendo:

—Disparad ahora, capitán, no os temo, pues me ire á juntar á la tumba con mi padre y con mi pobre madre á quien habeis matado cobardemente.

—Piedad, compasión, Rosa mia, exclamó Rascón desviando la pistola de la frente del veterano.

—Poned en libertad al momento á mi padre, ó me dará la muerte.

—Rosa, haré lo que quieras; pero serénate: esas facciones, esos ojos indican que has perdido la razón.—Rosa, Rosa... Ruiz desata al capitán, ponlo en libertad...

—A la otra vida lo despaacharé, murmuró el viejo sacando el sable.

En esto un tiro partió de la claraboya á lízo saltar el cráneo del viejo Ruiz, el cual cayó vertiendo torrentes de sangre por la boca. Inmediatamente multitud de soldados se dejaron caer por la claraboya y Rascón se vió amenazado por Rosa que le puso el puñal á la garganta.

La tropa de Rascón ébria y dispersa opuso muy poca resistencia, y pasada una hora el veterano Pedro Celestino salía del castillejo acompañado de su hija y llevando preso á su antagonista Rascón Fernandez.

IX.

A los diez meses de estos sucesos y una mañana espléndida y diáfana, en que no empataba el cielo ni una sola nube y el sol enviaba á la tierra un agradable calor, se divisaba por una cueva elevada que se halla entre los caminos de Guanajuato y San Luis de la Paz una partida hasta de cincuenta soldados con sus lanzas con banderolas negras y sus sombreros juranos. A la cabeza de esta guerrilla venia un viejo robusto, de gran bigote y junto á él cabalgando en un lindo alazán dorado, una jóven hermosa y fresca como las azucenas de la selva. Cuando llegó la tropa á lo mas elevado de la cuesta se detuvo.

—Tráedme al prisionero, teniente Bustos, exclamó el viejo de bigote.

El teniente Bustos se dirigió al centro de la guerrilla, y condujo al prisionero ante el jefe.

—Os he dado tiempo, y os he suplicado mucho, Rascón, que arregleis vuestras cuentas con Dios, y procuréis salvar vuestras almas.

—Os he dicho que Dios me ha abandonado, capitán, y que no puedo alcanzarme su perdón.

—Os engañabas, Rascón: Dios perdona los mas grandes crímenes, y los hombres no podemos hacerlo. El asesinato de tu mujer ós lo habria perdonado; pero la deshonra de mi hija... ¡jamás, Venid!

El capitán Castaños condujo el caballo en que estaba liado Rascón, á la orilla de la cuesta.

—¡Ved, le dijo.

Rascón apartó la vista exclamando:—Jesus, ten misericordia de mí.

—Es un precipicio de trescientas varas de profundidad, y allá en el fondo hay un río erizado de peñascos. ¡No es verdad, Rascón!

—Es verdad, conozco este sitio. ¡Y así debo morir!

—No hay remedio.

—¡No podré obtener piedad, capitán Celestino!

—Ninguna, capitán Rascón.

—Entonces...

—Llamará al capellán, y confesará.

—Estoy pronto.

Celestino llamó al capellán, el cual escuchó los pecados de Rascón, y habiéndolo absuelto, se prosternó de rodillas ante el veterano, pidiendo la gracia del reo.

—Alzad, padre mio, alzad: este hombre es asesino, incendiario, adúltero, raptor y ladrón, y no debe vivir mas entre la raza humana.

El capellán se levantó, y cruzando los brazos se retiró en silencio.

—Ven, Rosa, por entre estos árboles.

—¡Va á morir Rascón! preguntó Rosa, asustada.

—No, hija mia: está enfermo y ha querido confesarse: ahora se le va á dar otro caballo... Ven.

El capitán y su hija se apartaron del camino. Entonces el teniente vendió los ojos á Rascón, y lo condujo á la orilla del precipicio...

Después, con el cabo de una lanza le empujó por la espalda, y... un ruido sordo y prolongado, anunció que Rascón Fernandez rodaba incendiándose el cráneo pedazos, hasta el fondo del precipicio.

El capitán y Rosa volvieron adonde estaba la tropa: el teniente dijo á su jefe:—Todo está concluido, mi capitán.

—¿Dónde está el prisionero? preguntó Rosa sobresaltada.

—No es nada, hija mia; ha querido huir, y se ha caído en ese precipicio.

—¡Dios mio!

—¡Lloras, Rosa!

—Si, padre mio: al fin me amó mucho, y llevo á su hijo en sus entrañas.

El capitán miró á su hija y derramó una lágrima; mas recobrando su valor, dió las voces de mando, y la cabalgata se puso en marcha y desapareció en breve en un recodo de la montaña.

Noviembre de 1843. —MANUEL PATNO.
(Escribo para el Museo.)

FONDA DE EUROPA.

(Alguno devoción traidora, enpeñada en la tiranía de mi fanatismo, pero la hace partir mudada de mi corazón.) ¡Pasa, mi vecino, sea casual, o no, y me libre de sufrir tu nacionalidad! Barco de Aparrento.

TORRE DE VILLAFRANCA.

¡Famoso título para un artículo, amabilísimos lectores! Hombres que como Balzac manejan el escarpelo de la crítica, de él sacan notable utilidad. Pero ¡guay! mi triste padre de propaganda que camina de zorra en colodra, buscando infieles que catequizar a un reverendo que ve casi derrumbado su instituto, por la venida de los agudos discípulos de Loyola a un mismo en demanda de crédulos catecúmenos, al presente que es el siglo de oro, me parece un anacronismo, y no lanzará por su boca el rayo de la irresistible palabra religiosa; mas bien tomará la pluma del escritor laudico, mientras engulle los mendrugos de pan, con que le brindan en su miseria.

Hice voto de castidad, como de pobreza, y ambas cosas las he observado rigurosamente; no temas por tanto que os corrompa, permitidme que os hablé alguna vez, de las observaciones hechas en casas donde manjares apetitosos, con olor provocativo, me hacían pasar los tormentos que se padecen en el purgatorio de San Patricio.

Una de las verdades que me asaltan, cuando el hambre me acusa, es que nada existe más cosmopolita que una fonda; nada más costellador que un cocinero: esto explica por qué individuos de distintas creencias, de diversas opiniones políticas, y opuestas regiones, yacen congregados bajo el mismo techo.

No importa un bledo que haya poca educación en los compañeros de mesa; el hambre con mano de hierro, á sufrirlas nos fuerza, y guírase ó no, hay que tolerarlas. Por esto pesas sin parar las mientes en los desmanes de nuestros vecinos los americanos del Norte, quienes tienen la costumbre graciosa de poner la bola del tabaco que mascaban, en la cornisa de la chimenea; por la misma causa los veis que os arrebatas las sillas de las manos con riesgo de romper el estornón, y no hacéis caso de ese sistema de comer muy ruy, que es arrojár-

se con furia loca sobre los manjares, tomar su ración, devorarla, y en el mismo plato servirse nuevas viandas, y otras mas para engullirlas.

¿Qué os importa verlos que sin punto de reposo beban el café, y acabado éste vuelvan á tomar el tabaco que antes mascaban? ¡A qué irritarnos por aquel su peculiar y continuo escupir! ¡A qué hacer caso de la rabia que tienen por lo general todos ellos, de aparentar negocios, y que convertidos en galgos, corran por esos trigos para fatigarse, muchas veces sin hacer nada!

Dejallos pasar: ellos tienen la manía de aparecer ocupados perdurablemente, de ser los mas sabios, los mas patriotas, los republicanos del mundo por excelencia; y el mejor castigo que podéis darles, no es otro, sino fingir que no los veis. ¡Qué! Nada os indican sus cabezas siempre levantadas y tiesas, como si estuvieran clavadas en picas, sus sombreros continuamente puestos, y que su mentada sencillez no es mas que pura vanidad!

Evadidlos la veneración con que miran al patriarca de su independencia, al celestial Washington, seguidlos en el ejemplo que os dan, acatando sus instituciones: tened amor á vuestra patria; mas no habéis por las narices á ejemplo suyo, no os limpiéis los dientes con la navaja, ni seáis tan idolatras del oro, ni tan perdidos con vuestros vecinos como son ellos, á guisa de sus padres los impacientes ingleses.

«Hémos ya en la ruidosa, en la inteligente revolucionaria, erudita, sapientísima y lechuguina ciudad de París. Nada podemos añadir á lo que tantos viajeros han escrito, ni es incómoda nuestra, hablar de sus calles fangosas, de sus variados paseos, de sus grandiosos monumentos, ni de sus teatros, donde reina gusto tan vario, que si sois amantes de las monstruosidades artísticas, á manos llenas se os representarán en el *Ambigu cómico*, en la *puerta de San Martin*, ó en la de *San Antonio*. Si gustais de lo ligero, mas al centro de París moderno, vereis el de las Varietades, y no lejos del severo teatro francés, llamado así por excelencia, gozaréis de las zarzuelas que autores conoídos vuestros dan al público, en las cuales veis pintada muy al vivo, la vida íntima de los franceses.

¡Y la *grande opera*, con su orquesta monstruosa, con sus decoraciones tan sorprendentes como perfectas, con tanta riqueza, propiedad y lujo de sus autores, con aquel conjunto mágico, que al verlo dudais si estais soñando! ¡Y la italiana mezuquina comparada con esta; pero mas en boga para los pisaerdes, para las graciosísimas francesas, que son capaces de reñir con sus maridos á todas horas, por conseguir el abono! La *opera italiana*, tan irreprochable respecto de sus actores, es la mas apreciada de

los artistas, porque allí está la fuente donde beben sus brillantes y originales inspiraciones.

«Dejemos la *opera cómica*, graciosa, *coqueta* (con perdon sea dicho del buen hablar castellano), considerada nada mas que como un templo en que brillan la novedad, y hábiles *cantantes*; así como el espectáculo de jóvenes lindas, y de hombres ruidosos antes de la representación; pero llenos de beatitud al escuchar los voluptuosos gorgéus de la seductora *Dumoreau*. ¡Peste! París, no hay duda, se hizo para la juventud, aunque tambien hallan consuelos viejos ricitos, con tantas criaturas condonadas á la vergüenza, y las dueñas quintañonas, á quienes gustan de sus rancias notorias.»

Esta ó semejante arenga, glosaba cierto grupo de jóvenes mexicanos, al rededor de una mesa del café de París.

Luego, dando un vistazo por la hermosísima sala, fijaron su atención en mí: entónces á una voz dijeron con absolutísimo elegancia:—«Parece que no ha inventado la pólvora ese vejete calva-trueno, y tomando la palabra uno de los mas *recherchés*, delgado, de mediana estatura, moreno de color, y bastante pálido, comenzó á charlar de esta suerte, alargando hacia afuera los labios:

«Ninguno paga el almuerzo, sino yo: pido ser declarado presidente de la reunion (aplauso prolongado de aprobacion): «A mí me toca poner orden á la discusion de vdes. si es que ha de haberla, y por derecho gozo la prerogativa de escoger los platos.

«Gascon!... Pero yo no hablo bien el francés, si fuera el inglés... Truxequé, dígame vd. que nos traiga pollo satisficido á la marengo, pavo tartarico, perdices á la diablo, ó diablitas para cuatro (1). Ah!... No se olvide el canapé á la inglesa.

«Ya saben vdes., amadísimos co-hermanos, que si algunos vinieros á estudiar medicina, bellas letras, y el arte del maestro, en *fait d'armes* (como ellos dicen en su idioma un ramplon), nada de todo ha sido para nosotros, objeto de profundo ni ligero estudio.

«La *moda*, esa venerable y valiente diosa, es la que tan solo recibe nuestros obsequios; la moda, cuadradero de cabeza para las diminutas, retrecheras y graciosísimas mexicanas; la moda que es nuestro mayor embelesco, sea el primer sujet de nuestra liberacion.

«A la moda, la nueva-mexicana juventud.» Aquí hubo choque de vasos, y la voz robusta del blanco y apuesto Truxequé tronó diciendo: «Señores, *rubis sur l'ongle*!.

Al llegar á paso tan dramático, D. M. O. es-

(1) Según las instituciones, variadas, interesantes y eruditas observaciones del viajero D. M. O. se refiere que ocho eran los concurrentes.

placaria que rigurosamente significa esta frase la última gota de vino que se derrama y se bebe sobre la uña; pero yo me sonrío con el recuerdo de que el orador que bebí por la moda, fúe diputado liberal en 1840, y al antiguo partido de que fué miembro, dá el nombre *nerbioso* y elocuente de *canalla*, en esta época *doble*, en un siglo de transición. ¿Cuán sabia y enérgica es la voz del convencido patriótico, mientras que acompañada va de un empleo lucrativo!

Volvieron á sentarse los jóvenes amables, y despues de frases interrumpidas, y de agudezas de no muy buena moral, preguntó al presidente un joven flaco, de lenguaje pausado, de pelo negro y ensortijado:—«¿Cuándo te vas á desempeñar á Roma *eterna* en misión de secretario de la legación? Pierdes aquí el tiempo miserablemente, la acción te paga por servir allá, y tú entre tanto, no haces más que andar de las Tullerías á la ópera, de esta al *concerto Mucard*, y del concierto al perfumado retrete de...»

«Bah! Escuchó el secretario Fonte.—«¿Qué mejor diplomacia puede haber, que tratar á lindas mugeres? ¡Qué mejor estudio de economía política me das, que recorrer los *Baluartes de París*, en donde se vé claramente que el comercio es la fuente de la riqueza pública, y el vapor que á tantas máquinas industriales dá perpetuo movimiento! Para qué devanarte los sesos con el de la historia de las naciones, si el corazón humano es el mismo, si son iguales ahora que añatan las pasiones, y si en los monumentos que miro, encuentro imágenes vivas de las diversas fises de la sociedad?

«La Magdalena, por ejemplo, la Magdalena me revela que Napoleón con el gusto italiano inyectado en sus venas, quiso establecer en París un modelo arquitectónico, que recordara los felices tiempos de Augusto, y al fundar un templo, intentó destruir con la religion, los recuerdos de gloria que habia dejado la revolucion de 789, á la cual todo lo debió, y á la que ahogó con su inmenso prestigio, con su saber, con su ambición desmesurada.

«El edificio de la *Lottja*, no es el mejor indicante, de que el siglo XIX por moda religiosa es puramente especulador! ¡No manifiesta que así como Francia rindió culto á la razón, allá en época tempestuosa, sin escuchar otra, mas que la de propagar una guerra mortal á todas las creencias y á los tronos, mientras que hoy tan solo debe y quiere adorar al becerro de oro? Los nombres de Génova y Amsterdan, los de Londres, Hamburgo, y otras tantas ciudades altamente comerciales, escritos en sus paredes con relieve sorprendente, no dicen que á la usura y al comercio viven avasallados magnates, pecheros, príncipes, reyes y naciones?

«Ved si soy diplomático: hablad á Inglaterra

de que suyo será el comercio de México, de que no permitiréis adelantos industriales en vuestra patria; que sus tejidos no serán cargados de derechos; y estáis seguros de su amor y de que la pondráis sus hijos en los cuernos de la Jumi. Pero si le supplicais que no pretenda conveniros con su ojo; si á nombre de vuestros miserables artesanos le regaláis que os deje desarrollar vuestra capacidad industrial, ella que no se cura de lo que llamamos honrosos y honesto, gritará: "La nación británica está ofendida, queréis empañar su radiante gloria, y..." Muy grande será la que voel del escritorio de un juicio, y por entre la espesa nube del humo de carbon de tierra que despidió su infierno falote! (Vivos aplausos y ruido de copas).

Prosigue el liberal renegado:—"En apoyo de mi tesis general, réstame hacerlos presente, que ese obelisco levantado en la plaza de Luis XV, en vez de la guillotina de Maati, será el emblema de que el rey ciudadano, aunque guste de hacer la guerra á naciones como la nuestra, mejor quiere introducir su política en Egipto por medio de pasteles, que comprometerse en una lucha con la caballería. Alíon, con sus hijos los filibusteros, con ese compuesto de extravagancia y avaricia comercial.

"Señores: acabóse la época de que los hombres se mataran por la gloria y el amor; sucedió á entrambos el egoísmo; el valor, el estelito; á la sinceridad, la falacia; no habéis de honor sino de pasadas, y si por desgracia tomáis el nombre del pueblo, sea para llamarlo carnalito que se lleva delante de quien le carga. Emplead ahora solo la voz de *religion*, para enmascarar todo el daño posible, y que no os paguen con la misma moneda; pero si no borrais las palabras de *humanidad* y *décor*, de vuestro diccionario, seréis la burla de todos, y exclamarán: "¿Quié diablos quiere por aquí este romántico!"—He dicho, mis amigos.

Aquella reunión de jóvenes lo miró, y se dio por convencida de sus argumentos sin réplica, cuando sobre todo les aseguró que para conocer el corazón humano y los grandes trastornos sociales, no era necesario estudiar.

Mucho les agrada también la idea de que nuestro orador iba á escribir cierto libro con el original título que sigue: "El *Passioné en exiles*, ó el Secretario de cualquiera legación mexicana."

—Por supuesto que á ti no te olvidaré, mi querido Pipereta, bien que seas oficial de la embajada al rey de Prusia, y aunque la misión de Roberto Macario, tenga el resultado que la del gran Tamerlan.

Al oír el nombre de Roberto Macario me quedé petrificado, porque recordé que me debía ciertos reales, y acercándome al fiaco pipereta

con respetoso talante, le pedí noticias pecuniarias del militar diplomático.

"—Ay amigo! Quiza quiera que vd. sea, repíete, no se acuerde á su mortaja, pues que se halla en viéctima de dar el estalido. En lugar de pagar á vd. pedirle prestado; aquí, en París, entre la flor y nata de los fulleros, es ya su nombre célebre, y el objeto del singular y curioso cuidado de la policía. Contemple vd. que yo encompadré con el célebre Vidocque, y esto le explicaré..."

"—Vd. cobrar y el pagar! Qué donosa ocurrencia! Debe á judíos, á rupa-vejeros, á joyeros; debe á las once mil vírgenes, y aunque vd. se queje á Poncio Pilatos, nada regulará, porque hasta sus uniformes tiene empañados en el *passadito de los panoramas*. Behar á un térmico y hambriento marino, de una froidsosa y tierna *milpa* (1), es mas fácil, que sacar un cuarto de su cajita bola."

Concluida tan precisa cuanto críal arenga, me volví á mi asiento, y vi que tomaron los jóvenes el último trago de despedida, en honra y gloria de México, que tan generosa providencia es para nacionales y extraños. "Nadie podrá decirme, prosiguió el orador, que son inútiles los jóvenes agregados á nuestras legaciones, ni menos sus secretarios, cuando al detramar en Europa nuestro rabio y juvenil or, manifestamos que somos altamente ricos. Si me objetan que por acá no hay necesidad de nuestros servicios, yo responderé, que pues he pagado por dos horas de charla, trescientos francos en la fonda, mas *fashionable* con tan selecta compañía, no puede hacer la república cosa mas sana, que mandar ministros á todos partes, con sus correspondientes sanguijuelas, dros, empleados. Así lucrará sus talentos productivos sus hombres de estado y su lozana juventud!"

"—Señores, basta mas ver: mañana marcha para Roma..."

Todavía él por segunda vez la palabra Roma, que se ahoraba con el ronco susurro de aquella colmena de séres racionales y brutos, que á cesar se agita en los *Baluartes de París*.

II.

Aseguro que á imitación de la mayor parte de los hombres, me hallaba en aquella dichosa posición, de uno que imagina cumplir con su deber estudiando las extravagancias de nuestra indefinible raza. Diré pues, que hacia *castillos en el air*, ó *castillos en España*, ó á fuer de buen inglés me complacía en *to build Castles in the air*.

"—Para qué indica vd. una misma idea con distintas palabras, me preguntará cualquiera!"

(1) Voz provincial, con que se denota la sustancia de maíz nacido.

—Para seguir el ejemplo de nuestro viajero D. M. O. que piensa encontrar el espíritu de la nación que observa, en un refrán usado por varias, según entiendo. De otra suerte no es posible explicar tan extraña manía. Pero, ¿quién no tiene la suya en este mundo subilunar!

Esperaba pensativo y entregado á sabrosas memorias la venida de un compatriota mio, en la fonda llamada de *las mil columnas*. Las salas cómodas de semejante parage, se veían completamente llenas de toda clase de personas y secos. Por aquí aparecía un joven leyendo con avidez el periódico republicano; por allá un grupo de provinciales contemplaba el *Petit Courier des Dames*, y echando una mirada de admiración en su vestido sin gracia, y de gusto estravagante. Al menos tal idea se tiene de lo que no es parisiense, tan luego como ve uno lo perfecto é irreprochable de todas y cada una de las partes que componen el traje de un habitante de París.

Halaba estroordinario movimiento en aquel laboratorio de la gula, y el desenfreno de las pasiones carnales se hallaba en el mas alto punto de furor.

Los campos no bastaban para producir toda la variedad de hortizales con que saciar el apetito de un viejo ahilado de vientre, de rostro rubicundo dividido en dos territorios macedonios, á saber, lo que se llama propiamente la cara, y una papada en donde rodaban antes de salir las palabras del voraz personaje. Daba voces el miserable luego que consumía lo que tenía delante para que le trajeran toda la clase de pescado, y mil golosinas que se hallan en esos diccionarios, que no listas de fonda; pero nada bastaba para saciar su hambre canina; llamó al criado, le preguntó el nombre de fierca semejante, y no respondió:—"Llámasse Mr. Lawrenstern padre; muy conocido es en la capital, porque no hay fonda que lo mantenga, y porque es padre de un hijo, que siendo como el que mas, tiene la idea peregrina de que es profundo en sus observaciones político-filosóficas, y de que escribe con el *humor inglés*, cuando el pobre viajero apenas cuenta con la pesadez austriaca, forrada con la ingratitude, la suspicacia y perdición griegas..." Pero, Señor, no hay en el *jardín de plantas* animal de diente mas agudo, ni con hambre mas rebelde.

Nos henjos visto forzados á admitirle aquí en compañía de su padre, porque dan asco su bestial modo de comer, y su rabia en desgarrar la carne. ¿Cómo satisfacer el estómago herético de semejantes gansos?

En aquel instante el voces descomponidas, y las daba cierto pisaverde, que iba en pos de un hombre gordo, de bella presencia, pero que te-

nia una mirada traidora, una mirada que revelaba su mequino corazón, su sinita baja y lebruna.

—Detengan á ese ratero, señores; me daba un reloj que le presté para empujarlo en Frascati, reloj que perdí en el juego y que no me paga; detengan al pillito mas redomado de la cristiandad, al fullero mayor que calienta el sol...

Por entre tantas cabezas pude distinguir... lo ahilvato!—No al príncipe D. Miguel de Portugal, no lectores; sino el barbilucio enredado y desvergonzado Roberto Macario.—Yo también reclamaba las pesetas que me debía, pero tantas gentes como estaban al paso, así como la marcha violenta del diplomático, y por mejor decir, la fortuna desecha de todo zángano, hicieron que no volviere á ver nunca jamás á tan notable mecatano.

Azaz molino me saltó de la fonda sin haber probado nada, y en espera del informal compatriota. No había qué partido tomar, cuando el amable Estevan Arago se me presentó con aquel aspecto franco y alegre que lo caracterizaba. "Nunca consentiré, me dijo, que vd. coma solo más; tardaríamos á tener tanta reunión de artistas, en la fonda mas al uso, el *Roquer des gens* siguen vd., porque ya no puede disponer de su persona.

Por una calle torcida y estrecha, vi la casa que tanto me recomendaba mi amable compatriota; nada favorable influía su exterior; pero cuando nos pusimos á comer, conocí la certeza del refrán español: *hecho una mala capa, se le habien un buen bofetón*.

Las voces, las carecadas que daban en el primer piso, eran el indicio de que los convidados nos aguardaban ya. Mas antes de pasar á la sala que ocupaban ellos, vi á un hombre alto, de pelo castaño, azules ojos, nariz aguileña, pómulos salientes, y mostacho retorcido, su estatura sería de seis pies; era mas gordo que mediano, y tenía el vientre muy bien dibujado. Platos mas que apetitos nutritivos lo rodeaban, así como gran número de botellas; al molino de su boca no cesaba su acción, de aucto que bien se podía tomar como emblema del movimiento perpetuo; omnia desesperadamente. El ruido de nuestros pasos lo sacó de su enagenamiento, y con la boca llena exclamó:

"—Buenos días, Señor Arago, aquí me tiene vd. gozando de la vida; París nada valiera, si no tuviese tan buena cocina; pues por lo demás, juzgo que es inmoral, egoísta, fatal, y no puede compararse con Viena, mi patria.

—Señor conde, vd. con aforismo semejante, destruiría la buena opinión que disfrutaban los pueblos, si tuviera fama de viajero en el mundo literario; afortunadamente no es así; yo celebro, porque con la predisposición que vd.

tiene contra todo gobierno constitucional, á disfrutar de la nominación del Barón de Humboldt, morería vd. una cruzada contra toda la Europa meridional, y los pueblos hispano-americanos.

—No me jable vd., porque fera vd., todos son unos picaros que nos involan, negando la pondades de un monarca absoluto, como las de nuestro emperador Fernando. Yo los bitaré según merezcan: desde ahora digo que son ladrones, estúpidos, corruptos, vanos y...

—Señor Lowenstern, tengo el honor de presentar á vd. un sacerdote mexicano.

—¡Ah! ¿Qué ratol! Es vd. mexicano, y viaja y habla francés!

—Parlémos!

—Perdone vd., Señor americano, que dudo que haya en México quien hable lenguas extranjeras: en fin, fo á vd., y dudo que sea de España.

—Por qué!

—Tengo mis ideas, mi modo de ser las cosas, y un sistema particular para fiagar: sobre todo, eroo imposible que ningún mexicano tenga folor para solabrarse de su patria, pues nada lo anima para pensar la instrucción.

—Señor conde, le interrumpió Arago, permítame vd. hacerle la observación de que el moderado continente, con que á vd. respalda mi amigo, prueba claramente que hay más curiosidad en la educación de los mexicanos. Por cierto que, no le dá vd. la mejor idea de nuestra hospitalidad europea, cuando invitada á una persona, ni de nuestra lógica, cuando sin cesar miran práticamente á un pueblo como el francés, lo tacha de mal defectos, y el mexicano lo pone, sin comocerlo, en el último eslabón de la cadena social. Finalmente, la ostiosidad de la cuestión que vd. promueve aquí, no es el mejor argumento de su buen juicio, ni es correspondedor caballerescamente á la presentación que le hacía del americano, insultarnos con gravedad. Si tal es el sistema de los caballeros austriacos, si pagan la hospitalidad con la calumnia, si hablan de la coherdad de los demás hombres, á quienes vio siempre las espaldas el soldado francés, fuerza es convenir que se han trocado las papeles, pero será muy conveniente separarnos. Dios guarde á vd.

El Señor de Lowenstern, se quedó abriendo la boca con un aspecto estúpido, sin responder á nuestra salutación.

Pasamos á la sala que nos tenían dispuesta para el convite y mi buen conductor me presentó al reformador Victor Hugo, el autor de *Chatterton*, Alfredo de Vigny, á Soulié, á Balzac, que acababa de publicar su *Balthazar Claes*, con aplauso de todo París, y á otros escritores célebres, de cuyos nombres no me acuerdo. Cuando llegó á la presentación de los se-

ñoras, no cabía en mí de gozo, pues veía sin la meseara de actor á la inimitable Mars, á la Dorval, tan sensible, inteligente y completa en los dramas, á la jóven Rachel con su aspecto israelita, y su gracia y melancolía seductoras.

Habiéndome llamado la atención la voz fresca y sonora de uno de los concurrentes, pregunté al Sr. Arago quién era.—Tiene vd. razón de recordarme que no le he puesto en contacto como debía, con nuestro trágico Banvalat, con el discípulo de Talma Ligier, con uno de nuestros mejores cómicos Monrose, con Pablo Desjarpeche, que ha compuesto el bello cuadro de *Jasna Gray*, tan lleno de pasión y de vida; presentaré á vd. finalmente al Sr. Imbres, autor del martirio de San Sinfoniano, cuya corrección de dibujo no tiene semejante, y que tanto ha dado que decir á los inteligentes, sin que por esto deje de ser la gloria de nuestra pintura nacional.

No me acordaba de ver á tan célebres personajes, y pendiente de sus labios como si fuesen oráculos, no hacía caso ni de sus modales tan llenos de elegancia, ni de aquella perfecta indulgencia que tienen los franceses ilustrados con embustera extranjero.

Sentados para comer, la conversación se hizo general: volvió el órden mas perfecto: era de ver cuán tolerantes se manifiestaban todos en materia de gusto. El Sr. Delaroché no entraba en contradicción con Imbres, que mejor pintor y con dibujo mas severo, representa de interer todo los objetos; tampoco se ofendió éste de que Victor Hugo prefiriese el estudio de la escuela flamenga al de la francesa. La única bien celebrada Mars no mostraba desagrado por que madama Dorval fuese superior á ella en el *Arges*, y que la juzgase inimitable en el drama de *Chatterton*. Bostifando su gloria pasada y los aplausos con que la recibió el público cada vez que se presentaba en los papeles de damas jóvenes.

—Yo tu vieja, decía, no sé cómo soy tan aplaudida cuando represento á Susana en el *Cesanteo de Figaro*.

—Ea, respondió Balzac, que vengas en vd. la tradición viva de las maneras elegantes y graciosas de la corte de Luis XV. Ea, que la voz tan flexible y melodiosa que vd. tiene, ninguna jóven la posee; intérprete de la naturaleza, como nautic, ninguno puede disputarle su talento: lé aquí la razón por qué no queremos que vd. se separe del teatro: sin vd. se romperia el modelo mas acabado del talento cómico y de la verdadera inspiración dramática.

—Esegera denunciado el Sr. Balzac, replicó ella: plónde deja vd. á la señorita Anais!

—No disputo su saber: pero ella no tiene conocimientos tan varios y estensos como los de vd., interrumpió Monrose, quien dejó la con-

versación de Vigny, por dar la preferencia á la Talia francesa sobre su propia madre.

Ligier y la Dorval, comenzaron á traer á la memoria el triunfo de los poetas franceses: hablaron de las traducciones de algunos jóvenes; pero sin explicar aquel tono absoluto que usan, segun sé, con los traductores mexicanos, ciertos actores de nueva estofa que no han impudido de la Habana, una escuela de declamación bastarda, que veo aplaudir por un público que se dice ilustrado, elegante y gracioso, por el público campechano de Nuevo-México.

—Ya cae en demiso el sistema declamatorio de la *Giorges*, tan chillon, dijo Julio Janin. A fuerza de representar dramas epasendicos y patibularios, en los que no se ven mas que caracteres de condenados, y rabia de todo género en vez de pasiones, nada extraño es que á su voz gritona y tono áspero, haya cedido el campo la representación llena de inteligencia que antes tenía. Es un modelo pésimo para los jóvenes actores, que las mas veces se deslumbran con los aplausos, no del público ilustrado y sensible, sino del compuesto por taberneros, especieros, artesanos y pisaverdes. Todos ellos no buscan ni la verdad histórica, ni el fin moral del drama, ni los sentimientos tiernos ó vehementes del alma, en todo su esplendor y escaetitud: ¡sábete lo que quieren! Una pesadilla.

—Por qué recuerdo yo esto siempre, cada vez que la señora Peluffo y Armenta se hallan en la escena, representando feroces y ostipidos melodramas! Ea *Caterina*, ea *Brigida la azotada*, traída del francés al gavacho, en donde campea una dición rastrera: esos abortos de una imaginación enferma y de alma nutrida con mézimas altamente inmorales, hablan por mí. Luego, diganme los padres de familia cuando ven temblar de horror á sus hijas, y encendidas de rubor al presentar asquerosas escenas; si tal espectáculo se puede llamar escuela de las costumbres, en un pueblo morigerado.

Sin embargo, tenemos seis censores, tenemos autoridades que dejan correr á mudales el veneno de la corrupción, en un teatro de moda. Eso tambien se aplaude con frenesí, y vemos descompuesto el semblante de algunas señoras, que no pueden resistir las impresiones que causan cuadros de inmoralidad terrible y completa. Acompañados despues con los sollozos de la protagonista, que se me antojan gruñidos, vengo en armonía cierta gesticulación agulosa, y no habrá mas que pedir, pues ella me recordará la de ciertos mascarones de iglesia gótica.

Pero prosiguiendo mi narración, aseguro que á medida que se vaciaban las copas de vino de Borgoña, mas se animaba la conversación entre los convidados: á pesar de la divergencia de opiniones que habia entre los personajes allí

reunidos, todos se prestaban á escucharnos con la mayor bondad, y cada uno cedía á las razones que cualquiera esponia, en lo que juzgaba que era exacta.

Arago, bebido por el triunfo de las ideas republicanas, fué correspondido por Vigny que opinaba de distinto modo: Victor Hugo brindando en honor del romanticismo, recibia las felicitaciones de Janin. Llegó el momento de que Federico Soulié bebiera por la gloria literaria de España, y todos lo verificaron en pie.

—Antes de sentarnos, dijo Victor Hugo, hago presente á todos los circunstantes, que Pedro Corneille, mas que ninguno, merece los recuerdos de todo verdadero poeta francés. A él debemos que la musa trágica levantara su vuelo hasta los cielos, y desde entonces podemos decir que tenemos teatro; pero en la *comedia*, señores, en esa parte quizá la mas difícil del arte dramático, nos dejó el verdadero y mas exacto modelo que seguir. El sublime ingenio descubrió un tipo verdaderamente cómico, una debilidad nueva en la naturaleza humana, y lo puso con rasgos tan notablemente bellos, tan verdaderos, que su *Meñtroulo* será el orgullo de la escena francesa. Tal vez sin él no hubiéramos tenido al hombre prodigioso y popular del mundo, hablo de Moliere, porque habria continuado escribiendo sainetes ó comedias que se representan por las ferias. Pero profundo Corneille en sus creaciones, se propuso antes que nada el fin moral del drama, sin el cual nada valdria toda producción: mas ese fin moral, ¿quién lo puso primero en práctica entre los modernos? ¿Quién lo inspiró al ilustre francés! Un mexicano, *D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*. Debemos á él la *Verdad sospechosa*, que por sí sola bastaría para eternizar la fama de un hombre. Como todas las almas superiores, la de Alarcón jamás se acordaba por las injusticias y envilece de sus contemporáneos. Vanamente aquel ministro de la naturaleza, *Lope de Vega*, quiso confundirlo con mezquinos epigramas, para ocultar en cara una irregularidad corporal: seguro de su misión sagrada prosiguió su marcha ingenuosna, y compuso nuevas comedias que deleitarán á los que se solazan en el ameno campo de la poesía. ¿Cómo explicar tampoco las pables sagrientas que lo asoló el Juvenal español, aquel prodigio de originalidad y erudición, D. Francisco de Quevedo! Ambos ingenios eran superiores á la envilece; y no obstante ellos como los poetas que rodeaban á Felipe IV, no dejaron de la mano al vate de México. El mismo rey compuso una cuarteta chavacana en su contra (1), ráisico del aplauso po-

(1)

Victor D. Juan de Alarcón,
Y el francés de la Merced,
Por castigar la parca
Y no por otra razón.

pular que gozaban las producciones de éste, y del fecundo y festivo Tiro de Molina?

—Señores: brindemos á la memoria del autor del *Tijedor de Segovia*, imitándole todos en su constancia, y si deseamos adquirir gloria inmortal, supiémos á her caracteres nuevos como el de *Un Medico* castigado, en el protagonista de *Los Parados* vivir, presentémosnos caballerosos, personajes, semejantes á los que componen la comedia de *Ganar amigos* ó la de *D. Domingo de D. Blas*. En ellas está la escuela del mundo, en ellas se nos presenta un espejo donde vemos no la sociedad de una época, sino la de todos los siglos. ¡Gloria eterna al grande escritor del *Escamen de maridos*!

¡Lenos de buena fe y de entusiasmo, bebámos la última copa de champagne, y fuimos á pasar el resto de la noche al concierto de Musard, en cuya sala se hallaban congregadas las bellas mas fancesas de Paris. ¡Por qué de tanto esplendor, solo me ha quedado un triste recuerdo!

¡Lectores! Trayendo á la memoria los sucesos que llevo escritos, pasaba por la calle de Zuleta, y en el número 3 vi el rótulo siguiente tan presuntuoso, en letras gordas: FONDA DE EUROPA.

Una puerta con rejas de madera que á la entrada existe, fué lo primero que me llamó la atención; luego vi una sala pequeña, con mesas desahitadas, que están en contraposición del lujo excesivo que tienen semejantes lugares en aquella parte del Viejo-Mundo.

No hallé literatos, ni artistas, ni elegantes, ni *grisetas*, ni cosa que se pareciera á lo que habia visto. Dos artesanos franceses tomaban cerveza cada cual en su rincón aisladamente, con singular egoismo; se reconocieron, y uno de ellos preguntó al otro:—¿Trabajas tú?—*Guy's que los fatigants qui travaillent* (únicamente trabajan los horaganes). Viva la república: le corresponde á ella asegurar mi porvenir: tal fué su respuesta. Luego que hubo agotado el vaso, se salió, incierto de miradas, y tartamudo de palabras.

Entos que así esplican sus conceptos, sin rebozo; son los mismos que en sus hogares después nos hacen estúpidos; ellos, tras de recibir entre nosotros las muestras mas sinceras de hospitalidad, no se creen obligados á la gratitud siquiera, pues juzgan que superiores á los mexicanos en todo, harlo favor nos otorgan con admitir nuestros obsequios. Vuelven á su país, pasa alguno de nosotros por cualquiera calle, y ve en sus esquinas escandalosos cartelones que anuncian *Un Voyage á Mexico*, donde solo está la caricatura de nuestras costumbres, *jamás la realidad*. Verdad es que hay entre nosotros personas sin urbanidad, que en teatros y en salo-

nes de baile guardan sus sombreros puestos, y soldados barbá-lampños insolentes; pero tambien es cierto que por todas partes se observa lo mismo. La diferencia consiste en que las naciones europeas distraen con su brillo á los que hacen su peregrinaje, en tanto que para los sucesores de Moctezuma sobran plumas empapadas de sangre; falta la imparcialidad, y á costa nuestra quieren hacer el papel de Tácito. ¡Qué hacen ellos de una sola plumada! Descubrir su mezquindad con sus caricaturas indignas. ¡Ojidos viajeros! ¡Pobre patria mía!

México, Noviembre 17 de 1843.—P. C. Lancha.

EL FUEGO FATUO.

Desce este sauce doliente
Que al soplo del viento leve,
Sus brazos lánguido mueve
E inclina su miésta frente:

Oh postrimera morada
Del hombre! yo te saludo,
Y admiro con habio mudo
Tu faz de diablo velada.

Morada donde el mortal
Duérme en el eterno sueño,
Bajo el ala de beheño
De tu genio funeral.

A ti vengo delirante
Con el cerebro abrasado,
Lejos del mundo meguardo,
A reposar un instante:

A humedecer con mi llanto
Las cenizas de los muertos,
A abrazar sus cuerpos yertos,
Y á oír el fúnebre canto.

De ese nocturno agorero
Que al caer de la tiniebla,
La fría atmósfera puebla
Con su acento lastimero.

Tierno, y augusto, y sagrado
Tu silencio es ¡oh mansion!
¿Cuál descansa el corazón
En tus brazos entregado!

Como el estruendo se olvida
De ciudades bulliciosas,
Cuando descanso en tus losas
La cabeza dolorida....

Mas ahora que ni zumba,
Ni suspira el viento sibil,
¡Qué luz se levanta débil
De aquella modesta tumba,

Triste, como la mirada
Postrimera de un amante!

Pálida, como el semblante
De una virgen desahorada:

Que se estingue, y de repente
Renace mas encendida.
Como el fuego de la vida
De un moribundo en la frente:

Que en el suelo del panteon
Misteriosa se derrama;
Que alza su trémula llama
E ilumina una inscripción!....

Una inscripción que mi mano
Con toaca letra grabó,
Do la historia consignó
De una madre, de un hermano.

Una inscripción que he regado
Con lágrimas que el arbusto,
Que ahora la cubre adusto
Han sin cesar fecundado....

¡Oh fuego! que así importuno
A mi memoria has traído,
De un pasado ya en olvido
Los recuerdos uno á uno;

Lámpara del cementerio
Que mano ignorada enciende;
¡Por qué mi alma no comprende
De tu fulgor el misterio!

Tú cuando la noche impera,
Y al mundo impio adormece,
Y en los flamas se mece
Su nocturna compañera;

Tú pávido y solitario
De los sepulcros entonces,
Tras la vibración del bronco
Del humilde campanario

Despiertas como la luna
Tras la rancion vespertina,
Del ave que dulce trina
De su polluelo en la cuna.

¡Quién eres, pues, tú que ahuyentas
Y haces temblar al insecto
Con ese sombrío aspecto
Que en la oscuridad ostentas!

Del ángel que esta mansion
Melancólico preside,
Eres el ojo que mide
Su oscura dominación!

¡O la antorcha del destino
Que en el libro de la muerte
Viene á mostrarnos la merie
Que el Eterno me previno!

¡Eres el alma de aquella
Que ahora en los cielos brilla

Tan pura, tan sin manella
Como rutilante estrella;

De aquella que sonrécia
Si en sus brazos me estrechaba,
Y con cantos me arrullaba
De maternal armonía;

Y ora embriagada en su amor
Tierna besaba mi frente
Cual la gota del torrente
El pétalo de una flor;

Ora al porvenir mirando
Lanzaba débil suspiro,
Y una lágrima que aun miro
Por su mejilla rodando!

Si, tú eres esa alma pura
Que de su tumba ha salido,
Llamada por el gemido
De la negra desventura.

Yo te vi cuando lloroso
Bebí su postror sonrisa,
Ir en alas de la brisa
Por el éter vaporoso.

Y perdiste en las regiones
Do la luz es engendrada,
Y por ángeles llevada
En blandas oscilaciones.

Eres tú sí, ven á mí,
Espíritu celestial,
Que en mi soledad fatal
Siempre he evocado, aquí, aquí,

De mi corazón cansado
Ya débil y sin latir,
Ven en el centro á dormir
Blandamente recostado.

¿Cuid dormen tras los furoros
Del agua y del aguilon,
En las mares el oleon
Y el rocío entre las flores.

¡Ven; en mi pecho tenerte
Quiero un momento, un segundo....
Bórrame entonces el mundo,
Hástrame entonces la muerte....

Mas te estingues.... ¡oh vision!
No engañes así mis ojos,
Mirame ante tí de hinojos....
Desprecie.... fúé fusion....

¡Husion! tú me condenas
A sempiterno martirio....
¡Ah! mi goce fué un delirio....
Solo son ciertas mis penas.

México, Septiembre 25 de 1843.—RAMON I. ALCÁZAR.



LABRADOR CHINO.

Es vestido común de los hombres, entre las clases laboradoras, es notablemente bien apropiado, para dejar desembarazado el cuerpo; consiste en el otono únicamente en unos calzones de algodón ligero, tado en medio, y de una camisa igualmente ligera, que que sobre ellos. En tiempo muy caliente, se desujan sostenidamente de la camisa, y solo se dejan los calzones. Libertan la cabeza de los rayos del sol, con una especie de sombrilla muy suelta, de estructura de sombrero, construida de hojas de bambú tejidas, que en el invierno es sustituida por un sombrero de lana, y en tiempo de lluvias, usan una especie de capotillos, cuyo tejido deja por de fuera largas puntas á tiras de bambú, por las cuales se desliza el agua, como de una mantelleta. Una gran porción del paisanaje es una especie de campesinos de los chinos, que han sido hechas sin ninguna consideración, en cuanto á su orden ó arreglo.

Los dichos y proverbios favoritos de todas las naciones, se han considerado entre los mejores datos, para informarse de su carácter y condición; y con este objeto se presenta en seguida al lector una colección de los mas usuales entre los chinos, que han sido hechas sin ninguna consideración, en cuanto á su orden ó arreglo.

Un hombre sabio se adopta á las circunstancias, como el agua toma la forma de la vasija que la contiene.

Los infortunios se olvidan, cuando las enfermedades comiencian.

El error de un momento, ocasiona el pesar de toda la vida.

Las enfermedades pueden curarse; pero no el destino.

Un espíritu vacío, está abierto á todas las sugerencias, como las oquedades de la montaña repite todos los sonidos.

Cuando el árbol está caído, desaparecen sus sombras. (Los parásitos desertan del poderoso, cuando deja de serlo).

Aquel que persigue al venado, no mira á las liebres.

Si se dejan las raíces, la yerba renacerá de nuevo. (Razon dada para exterminar la familia de un traidor).

Relajacion en lo alto, produce negligencia en lo bajo. (En autoridad).

La piedra preciosa, no puede pulirse sin fricción; ni un hombre puede ser perfecto sin sinceridad.

Lo que se dice al oído, es á menudo oído á cien millas de distancia.

Un hombre sabio, olvida antiguas querellas.

Los ricos son mejores despues de la pobreza, que los pobres despues de la riqueza.

Un pájaro no puede dormir sino en una rama; un ratón no puede beber mas agua, que la que saca de un río. (Lo necesario es tan bueno como un festín).

Cuando el estanque está seco, se pueden ver los peces. (Cuando las cuentas están ajustadas, el balance ó nulidad aparecen).

No se pueden sacar dos pieles de una vaca. Hay un límite á la estorsión.

Es mejor no hacer lo que no se puede decir.

El tormento de la envidia, es semejante á un grano de arena dentro del ojo.

El que desea elevarse en el mundo, debe encubrir su ambición bajo las formas de la humildad.

El deleite extremo, produce su contraste. Cava y limpia un pozo antes de que estás sediento. (Estar preparado para todos los accidentes).

Las palabras dulces, son veneno; palabras ásperas, son medicina. (Adulación y reproche).

La negligencia crea sensación á la deshonestedad.

Los huevos son una cosa cavada; pero al fin salen de ellos los polluelos.

Vale mas ser perro en paz, que hombre en anarquía.

Instrucción y agricultura, son las dos principales profesiones.

Una pluma diligente, suple la memoria y los medios.

(Traducido para el Museo, del Fara. Mag. de Nueva-York).

LO PASADO.

¡Oh lacrimarum font!....
Quar.

I.

¡Lo pasado! ¿Quién no siente palpitar su corazón al escuchar esta mágica palabra! ¡Lo pasado, que unas veces es la maravillosa lámpara de Aladín revela á la alma en medio de sus silenciosas modulaciones, dulces recuerdos de la infancia si es joven, y si toca á la vejez, prestigiosas memorias de la ferviente juventud! ¡Lo pasado, que otra y las mas viene á imprimir en nuestras ideas una tinta vaporosa, melancólica, aerea, como el vago que se desprende de las alas del ángel de la compasión.

Cuando la memoria de lo pasado viene á mezclarse entre los ensueños que agitan mi trabajo fantástico, mi sentimiento indefinible se dilata por todo mi ser. Entonces conozco la verdad de estos sentidos versos de Rebout:

En medio del gozo, tiro

Lanza el dolor con fiereza;

Tiene pincer la tristeza,

Tiene el deleite suspiros (1).

Los incidentes de mi infancia se vienen á atropellar en mi memoria. Mis juegos de niño; mis deses en aquella época que muchos llaman feliz porque es la menos desgraciada de la vida; mis pesares infantiles; todo se agrupa y me sumerge en la meditación. Y luego pienso en mi juventud, en aquella ocurrencia que siempre formo una era en la vida del hombre, en mi primera declaración de amor. ¡Cuán desgraciado fui! ¡Yo que con toda la efusión de mi alma ofrecí

(1) Traducción de I. Rodríguez Galvan.

á aquella mujer las primicias de mi corazón! ¡Pérdida! Parecía aceptar con placer mis juramentos de amor, y se burlaba de mí. ¡Despues de esto, hay quien diga que solamente los hombres son injustos!....

II.

Lo pasado tiene otra razon mas para interesar, y es que nos lanza en el oceano del porvenir. La mente vaga entre la dicha que la esperanza le presenta, cual un oasis en medio de las abrasadas arenas de Sadara, y entre el acibarado presentimiento que le influyen la pasada y la presente desventura. Jamas olvidará aquella expresion de Buffon: "El primer anuncio de la llegada del hombre al mundo, es un gemido".

Triste es la creencia de los que nada ven mas allá del sepulcro; sin embargo, serian tan culpables como generalmente se cree, cuando rompen con mano violenta la pesada cadena de una existencia preciosa! No; ellos deberán escitar la compasion, porque en su pecho se desecó la esperanza como agostada flor, porque volvieron la vista á todas partes y se encontraron sin auxilio, porque lanzaron un suspiro que se perdió sin eco en el espacio; porque, en fin, se desconocieron, religion santa, único manantial del verdadero consuelo; religion pública, en cuyo cándido seno reciosa su fatigada sien el desgraciado!

Pero no, ¡Dios mio! en mis crudes momentos de amarguras, cuando siento que las fibras de mi corazón van á romperse; cuando siento el hábito impuro de la falsedad y del error, difundirse en lomo de mí; mis ojos se elevan hácia tu trono de luz, y tñ, estendido tu mano paternal sobre mi frente abrasada, me haces ver que despues de un mezquino y efimero tránsito por el mundo, hay un sitio en que el alma del justo y la del pecador arropentido, encuentran una felicidad real, de que apenas pueden tener idea los hijos de la tierra.—F.

EL PERJURO.

Un bribon usurero negó en presencia del magistrado un depósito que se le habia confiado, violando al mismo tiempo la religion del juramento; su contrario, bien armado, le esperó en un sitio retirado, y no contento con llevarle de improposito, sino que empezó á sacarle de pelo su misericordia, "pero, hombre" dice el perjuro muerto de miedo, "yo no encuentro motivo para que vd. se deszone; entre vd. y yo se puede hablar con franqueza, y así, ahora que estamos solos, no niego ser cierto el depósito; pero qué necesidad tenemos de que los jueces sepan nuestros asuntos!"

NECROLOGIA.

DON JUAN MARIA DESPREAUX.

Es ciertamente desgracia lamentable, que en lo general los hombres que consagran su vida á las ciencias, y que desprendidos de todo egoísmo se dedican á hacer la felicidad de sus semejantes, sean mirados por la mayor parte de éstos como unos hombres inútiles que pasan su vida en frívolas investigaciones, y de consiguiente se vean abatidos y despreciados por los mismos que mejor saben aprovecharse del resultado de sus ideas y vigilar. Todos los siglos nos ofrecen abundantes ejemplos de ello, y nos hacen también conocer, que los mismos hombres que vivieron en la obscuridad sin hallar una sola persona que los protegiese, ni que tomara el menor interés en su suerte, después que una fría losa los ha cubierto, y son ya vanos los elogios, y estériles las alabanzas que se les prodigan, entonces todos desean conocer su vida y perpetuar la memoria de sus acciones. A estos á lo menos se hace una justicia tardía; pero hay otros muy desgraciados, que después de haber pasado su vida en contrariedades y fatigas, mueren oscura y miserablemente, lejos tal vez de su patria, donde dichosos si encuentran siquiera una persona que les consuele en sus últimos instantes. Tal ha sido la suerte del infortunado D. Juan Despreaux, que al fin de dilatados viajes y largos años de dedicación á las ciencias, ha venido á dejar sus cenizas en un suelo extraño, lejos de su familia y sus amigos.

D. Juan María Despreaux, naturalista, viajero, individuo de varias sociedades científicas, doctor en medicina y socio corresponsal del Ateneo Mexicano, nació en Fougères, Departamento de Ille y Vilaine, antigua Bretaña, el 25 de Diciembre de 1794. Hizo sus estudios en París hasta la edad de 11 años, que comenzó á servir en la marina real, donde permaneció hasta el año de 1811 en el que pasó á la infantería, haciendo en ella todas las campañas del emperador, y acompañándolo hasta su retirada á la isla de Elba.

Vuelto Napoleón de esta isla, tomó de nuevo Despreaux las armas durante los cien días, sin dejarlas hasta el momento en que las tropas es-

trangeras ocuparon la capital de Francia, y el emperador fué llevado á Santa Elena. Entonces Despreaux se retiró á la vida privada, y continuó su carrera literaria hasta recibirse de doctor en medicina, cuya facultad ejerció en París, tomando al mismo tiempo parte en los negocios políticos de su patria. Servía en este tiempo de secretario en una de las asociaciones políticas de la capital, y ayudaba también á la redacción del *Nacional*, que escribía el célebre Armand Carrel.

Sobrevino en esto la revolución del año de 30: Despreaux volvió á tomar por tercera vez las armas para derrocar á Carlos X, y continuó en el servicio hasta el año de 33, en que el gobierno le nombró, mas bien con el objeto de alejarlo de Francia, que con el de honrarle por este nombramiento, miembro de la comisión científica enviada á la Morea. Desempeñó su encargo recorriendo la Grecia y parte del África, y de regreso á su patria se halló con una orden del gobierno, que le mandaba marchar á las islas Canarias con otra comisión. Hizolo así, recorriendo estas islas y describiéndolas; pero ya no debía volver á su país. Muchos políticos impidieron su regreso, y solo, sin recurso, abandonado de su gobierno, se vio en muy triste situación, de la que salió, merced á los señores que recibió de algunos de sus amigos. Viéndose en este estado, se resolvió á pasar á la isla de Cuba, la que también examinó y describió, y deseando siempre, según decía, recorrer la América y explorar este país virgen, se embarcó para Veracruz á principios de 1842. Durante su servicio en la marina, había dado la vuelta al mundo en la expedición del *Astrolabe*.

Llegado á Veracruz, se puso en camino á pie, por no tener con que hacer el pasaje de otro modo, y llegó á México en el mes de Abril. No era el bullicio de la ciudad lo que él buscaba, sino la soledad y sosiego de los campos, que era donde debía hallar materia para sus investigaciones, y además se veía en México sin recursos, por lo que en Septiembre del mismo año marchó con otros compatriotas suyos á la

hacienda del Mayorazgo, con el objeto de extraer la resina de sus montes, para fabricar con ella pisos de betún. Pero á poco tiempo se desahinó con sus compañeros, y separándose de la negociación, fijó su residencia en la dicha hacienda, estimulado por la benévola acogida que había encontrado en el administrador y su familia.

Establecido ya en la hacienda, se dedicó á estudiar con empeño la naturaleza, á recoger todas las noticias que podía, y á observar las costumbres y trages nacionales, con objeto, según decía él, de dar á conocer en Europa una nación que tanto lo merecía.

No era esta su única ocupación: sus ratos ociosos los ocupaba en dibujar, en ordenar sus colecciones de plantas, y en escribir varios artículos para el Museo Mexicano; pero su más grata tarea, y que con más anhelo desempeñaba, era prestar toda clase de auxilios en sus enfermedades, no solo á los operarios de la hacienda, sino aun á algunas personas de las inmediatas. Cualquiera que fuese el tiempo que hacia cuando se le llamaba, bueno ó malo, día ó de noche, estaba siempre pronto para emplear sus conocimientos en beneficio de sus semejantes, rehusando constantemente con la mayor generosidad, las recompensas que aquellas gentes agradecidas le ofrecían. El desinterés fué siempre la divisa de sus acciones.

Despreaux pensaba continuar recorriendo la república, y aun hizo algunos viajes durante su permanencia en la hacienda; mas desgraciadamente á poco de estar en ella enfermó del estómago: su enfermedad hizo progresos, y después de muchos padecimientos y de continuas alternativas y recaídas, se decidió á venir á esta ciudad en principios del pasado Octubre, manteniéndose igualmente con varias alternativas, hasta el 27 de Noviembre que espiró.

Era el Señor Despreaux de un carácter amable, de trato fino, y de agradable conversación. Poseía grandes conocimientos en varios ramos; pero su inclinación le hacía preferir siempre el estudio de la naturaleza, principalmente la botánica: no se detenia en viajes ni en fatigas, creyéndose ampliamente recompensado de sus trabajos, con encontrar una yerba ó flor desconocida que ofreciese alguna utilidad. He aquí lo que en 6 de Marzo de este año, le escribía de París, Bony Saint-Vincent: «Vd., solo, sin dinero, sin otro recurso que sus conocimientos médicos, y sin el menor estímulo del gobierno, ha viajado diez años por amor de la ciencia, batiéndose á sí mismo.»

Jamas hablaba de nuestro país, si no era para elogiarlo, y si bien conocía nuestros defectos, solo los hacía observar á algun amigo, procurando disculparlos, y no escogéranselos y apre-

surándose á darlos toda la publicidad posible. En sus artículos se encuentran varias pruebas de ello, y de sus deseos por la prosperidad de la república.

Hombre benéfico, afable, fino y desinteresado, fué apreciado de cuantos le conocieron: su pérdida ha sido muy sensible para sus amigos, que cumplen hoy con un triste deber, consagrando este último homenaje á su memoria.

Diciembre 17 de 1843.—J. G. I.

A MARIA.

¡Pobre niña! ¡por qué lloras!
¡Por qué en la noche á deshoras
Yo te escucho suspirar?
¡Por qué si llamo á tus rejas,
Cierres: ¡oh niña! y te quejas
Si en ella me oyes cantar!

Dime tú, bella infelice,
¡Nada mi acento te dice?
¡No late tu corazón
Al escuchar mis canciones!
¡No llama tus ilusiones
De mí harpa el sentido son!

También mi lecho es de duelo,
Y de amoroso desvelo
Testigo mi soledad.
Cantando mi desventura,
Paso aquí la noche oscura
Al viento y la tempestad.

¡Por qué no enjugas tu llanto
Y en blando y fúnebre canto
Te querellas como yo?
¡Temes que burle tus quejas
El mundo imbecil que dejas,
Que despiadado te holla!

Tu eres pura, eres hermosa,
Con tus mejillas de rosa
Y tu frente virginal;
Y blancos sueños cruzaban
En la mente do vagaban
Visiones de un mundo ideal:

Que un mundo bello soñabas
Donde, reina, dominabas;
Y de encantado jardín,
Entre aromadas praderas,
En alas del sueño fueras
De ese Edén hasta el confín.

Mentira fué... ¡mas tan bello!
También caminé en pos de ella,
También á mí me engañó,
Y á la vuelta del ensueño,
Lloré su importuno empeño,
Y mi frente se arrugó.

De entonces en mi alma pura
Mis lágrimas de amargura
Ardientes rodando van;
Aquese ensueño de gloria
De un corazón es la historia,
Que nunca comprenderán.
¡Quién la flor de tu pureza
Marchito, joven belleza!
¡Quién mancelló tu virtud!
¡Dónde arrastras la existencia,
Perdida ya la inocencia,
Sin honor la juventud!

María... ¡Pobre María! Hollo un villano
En tu tierno corazón de fuego,
Y el hombre, sordo á tu dolor, tirano,
Ríe de tu llanto y te maldecie luego.
No te es dado ¡oh muger! alzar la frente
Ante esa sociedad que te condena:
Victima de sus leyes inocente,
¡Por que romper osaste su cadena!

A la voz del amor, esa alma pura
Entusiasta y ardiente responderá...
¡Ignorabas que amar es desventura,
Que al que ama aquí la fragradud le espera!

No siempre fué mi corazón de hielo,
Ni marchitas las flores de mi vida;
Amé también, y en incessante anhelo,
Vagué, quizá tras ilusión mentida.

Un mundo ante mis ojos me soñaba,
Espléndida creación de las esperanzas,
Que aquí en mi mente plaeido rodaba,
Que solo mi alma á comprender alcanzaba.

Un mundo en que cruzaban misteriosas
Bellas visiones, que mi sien besaron,
Do inségnos de gloria, deliciosas,
Ante mis ojos mágicas pasaron.

¡Que hallé tras ello! Duelo y amargura,
Olvido á aversión en lo que amaba,
Mentira en mis ensueños de ventura...
Mentira hasta en la fe que veneraba!

¡Y tú, ¡pobres muger! tú, que soñaste
Amantes mil, amigos y placeres,
¡Que al fin de tus ensueños encontraste!
Ese lecho de duelo donde mueres...

¡Que eres de hoy mas en la tierra,
Adonde el pecho se cierra
Del infortunio á la voz?
¡Ay! répóla criatura,
Que lleva en su frente impura
El sello del deshonor.

Tierno lirio que ha arrancado,
Y sobre el ceno arrojado
Quien no le supo preciar:
Arroyo claro y hermoso,
Donde el repul venenoso
Ponzofia fuera á arrojar.

¡Pobre muger! Nadie llora
Sobre tu lecho á implora
Para tí la caridad.
Ninguno á tu lado vela,
Ninguno aquí te consuela...
¡Y creíste en la amistad!

Huyó el padre, huyó el amigo
Te negaron un abrigo,
E insultaron tu dolor,
Y ahora aquí desolada,
En silencio abandonada,
Devoras tu deshonor.

¡Cuántas horas de amargura
En medio la noche oscura
Pasan, niña, para tí!
Esas horas de desvelo
En que yo la faz me velo
Y vengo á llorar aquí.

María... ¡Podre María!
Horrible es tu suerte impía,
Y es horrible tu dolor,
En tanto, el mundo á tus quejas,
Pasa cantando, y tus quejas
Ahega el sordo rumor.

Veracruz, 1833.—Manuel Díaz Miran.
(Escrito para el Museo.)

LA DONCELA DE UN JOVEN, CANTA UN GRAN SUCCESO.

Mientras los españoles mantenían en 1826 el
temaz medio de Ambéres, sucedió una cosa de
poca importancia, que acarreo un grande acontecimiento.

Estaba enferma una señora de la ciudad, y necesitaba para su cura tomar leche de burras. Como no era posible hallarlas en la plaza, un jóven se ofreció á ir por una á los arrabales, no obstante hallarse en poder del enemigo; en efecto, ya traía una, cuando fúe apresado y conducido al duque de Parma.

Este general trató con bondad al jóven; alabó su honradéz, é hizo cargar la birra de pedernales, capones, y de cuanto pudiese ser útil á un enfermo, ordenando que todo se lo llevase á la señora, y diciendo al ayuntamiento y pueblo de Ambéres, que él les deseaba toda suerte de prosperidades.

Esta generosidad inesperada del duque hizo una revolución general en su favor, decidiendo, se el enviarse, á nombre del público, dulces y vinos de la ciudad. Los espíritus se calmaron con estas miltimas atenciones, se acostumbraron á pensar que los españoles no eran tan fieros como se creía, y esta opinión evitó muchos males. é hizo que se rindiese la plaza. Este suceso causó tanta alegría á Felipe II, que habiéndole llegado la noticia á media noche, á pesar de lo misterioso y austero que era, fué al cenar de su hija Isabel, dando golpes á la puerta, y gritando: "Ambéres es nuestra."

BIBLIOGRAFIA.

POESIAS

DE LA SEÑORITA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

EL tomito que con este título se publicó en Madrid en 1841, es muy digno de atención, así por su mérito, como por la circunstancia particular de ser obra de una señorita que ha sabido realizar sus gracias, citando sus sienes con la hermosa guirnalda de la poesía. Laudable es en un hombre la dedicación á ese ramo delectable de los conocimientos humanos; pero no hallo palabras con que encarecer la dulce satisfacción que me causa ver á una señorita que sin descuidar sus obligaciones domésticas, sabe sentir las bellezas de los grandes poetas, estreñerse con el Dante y aspirar con Petrarca, saborear las dichas de la soledad con el inimitable Leon, y volar á otras regiones desconocidas del comun de los hombres, en alas de la musa que inspiró al cantor del rey D. Sebastian y de la batalla de Lepanto. Y si no contentas con admirar á los grandes ingenios, pulsa también la lira y nos ambelesa con su armonía; entonces es forzoso convenir en que la muger es la obra maestra de la naturaleza, la joya inestimable con que plugo á Dios enriquecer este valle de dolores.

Quisiera que me fuera posible recorrer una por una todas las poesías que contiene la colección á que me refiero, pues ninguna de ellas es indigna de ósculos; pero tendrá que contentarse con apuntar tan solo algunas de las que á mi vez merecen llamar mas la atención de los amantes de las letras, y copiar, algunos trozos que devida del gran mérito de la Poetisa Cubana. El consocio literato que suscribe la suil vertencia ó prólogo que acompaña á dichas poesías, juzga de ellas con su acostumbrado tino; y si se hubieran difundido las colecciones por toda la república, sería inútil quizá formar otro juicio crítico, que si es acertado debe forzosamente convenir con el del Sr. D. Juan Nicasio Gallego, autor de la advertencia preliminar; mas como es acaso el número de ejemplares que ha llegado á México, creo necesario desperar la curiosidad de mas conculadanos, para que busquen y lean tan preciosa colección, pa-

gando así un justo tributo á la que ha sabido escribir su nombre en el templo de la celebridad. La primera composición es un soneto titulado: *Al partir*, que merece copiarse.

¡Perla del mar! Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! tu brillante cielo
Las noches cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente,
¡Voy á partir!... La chusma diligente
Para arrancarme del nativo suelo
Las velas iza, y pronta á su desvelo
La brisa acude de tu zona ardiente.
¡Adios, patria feliz, Eden querido!
Do quiet que el lado en su furor me impulsa
Tu dulce nombre halagará mi oído.
¡Ay! que ya cruge la turgente vela,
El ancla se alza, el buque estremecido
Las olas corra y silencioso vuelva!

La poesía *Al mar*, es notable por sus pensamientos elevados, su verificación sonora y robusta, y por la buena elección del metro que corresponde admirablemente á lo grandioso del asunto.

Suspende, mar, suspende tu eterno movimiento;
Por un instante acalla el húrrido bramur,
Y pueda sin espanto medirte el pensamiento,
O en tu húmeda llanura tranquilo reposar.

Del infinito imágen terrífica y sublime
Concibe la mente temblando el corazón,
Tu inmensidad severa con su poder me oprime
Y comprenderte no oia mi tímida razón.

Del Dios que te creara imitas la grandeza,
Y se revela al verte sin altiva magestad;
Yo némla contemplo tu indómita fiereza
Y piárdome admirando tu eterna soledad.

Espíritu invisible, que roinas en su seno,
Y oscilacion perpetua le imprimes sin cesar;
¿Qué dices cuando bramas terrible como el trueno?
¿Qué dices cuando imitas doliente suspirar?

EGIPTO.

TERCER DISCURSO.

Pronunciado por el Sr. Lic. D. José María Launza en la cátedra de Humanidades, del Colegio de S. Juan de Letran.

El nombre de Egipto está unido á los recuerdos primitivos del género humano, á la historia de los libros santos del pueblo de Dios, y á los grandes monumentos de las artes y de las ciencias. Sus pirámides y sus templos no son ignorados ni aun por la educación que tiene su origen desde los primeros días de nuestra infancia. La curiosidad, sin embargo, consistió á tan profunda impresión, no había podido satisfacerse en los días más adelantados de nuestra vida, de un modo correspondiente á la madurez del juicio, y que escuchando el entusiasmo no repugnase á la razón. Las vicisitudes de la raza humana habían hecho desaparecer las generaciones, y tal vez las razas de hombres que construyeron sus eternos edificios, y la tumba que las había encerrado, parecía sepultar el secreto de su historia y de sus conocimientos, bajo un peso tan inamovible como las poderosas moles de sus pirámides.

Y no era porque ellos no hubiesen entizado sus recuerdos al curso de los siglos, ni porque hubiesen dejado de formular su voz para transmitir al porvenir, consignándola en escritos duraderos en caracteres que ni el tiempo, ni los furiosos de los hombres habían podido borrar; existían sus inscripciones; y las hojas de sus libros eran columnas de granito y paredes de mármol; pero estas voces eran ininteligibles para la ignorancia de los hombres que les sucedieron: sonaban como el eco de incógnitas ideas, y personas que aspiraban al renombre de sabios, llegaron alguna vez á creer que sus jeroglíficos eran adornos fantásticos, y sin sentido ni objeto más que embellecer, con muy mal gusto, á la verdad, sus edificios.

Si algún autor nos había consultado sus largas genealogías de reyes, y sus grandezas prodigiosas, le dejamos con desconfianza, y apenas podíamos retener en nuestros labios la palabra maldeciente de fábula; las más circunspectos tributaban un respeto religioso á lo que no podían comprender, y se entregaban á la duda, ó cuando más á la veneración que escita una fe

misteriosa; podía aplicarse á sus inscripciones casi de sentido literal que eran una letra muerta. Y tal habían sido aun para Grecia y Roma. Estas naciones aunque mucho más próximas á ellas que nosotros, no las entendían mejor; el velo había cubierto la sabiduría y la gloria, y aun no era llegado el momento que la Providencia había señalado para que se corriese.

Este momento ha llegado, en nuestros días, sabida es la expedición que en fines del siglo anterior hicieron á Egipto los ejércitos de Europa, en el tiempo de la revolución francesa; en aquella fueron sabios destinados á examinar científicamente los monumentos de la region del Nilo; desde entonces la energía mental de la sociedad europea tuvo por objeto esta investigación, y sus esfuerzos fueron coronados. Un oficial francés de ingenieros, M. Bouchard, al abrir los cementos del fuerte S. Julián, erigido entre Roseta y el mar, encontró una lámpara, que después se ha llamado la piedra de Roseta, de tres pies de largo y dos de ancho, en que se encontraba una inscripción; la piedra se presentaba dividida en cuanto á la escritura en tres partes; la última estaba en griego, y por lo mismo era clara. Esta parte manifestaba la relación de la coronación de un rey, y en su parte had se prevenía, "que para que fuese conocido este acontecimiento, se grabaría el presente sobre una tabla de piedra dura con caracteres sagrados ó jeroglíficos, en escritura popular, y en griego." Se tuvo, pues, asegurado la existencia de dos clases de escrito, el jeroglífico y el popular, y lo que fue de más alta importancia se tuvo un escrito en ambos, con su traducción literal en una lengua conocida, el griego.

No era sin embargo empresa fácil la traducción, y ejerció por algunos años la habilidad de los principales sabios dedicados á esta especie de trabajos; por el de 1819 un inglés, el Dr. Young, había descubierto algunas letras, el valor de ellas á algunas de los caracteres; y por el de 824 un autor francés, Champollion, completó la clave y les describió casi todas; no recordará ni el progreso por menor, ni las con-

tradiciones que acompañaron y siguieron á esto; basta saber que se principió, como en todos los descubrimientos notables, por negar la gloria, se siguió por disputarla, y se concluyó por reconocer el gran bien que se había hecho.

El resultado de los trabajos de Champollion sirvió para establecer el hecho, contra la opinión comun sostenida antes, de que los egipcios usaron escritura alfabética, esto es, que sus caracteres no solo designaban un objeto ó idea, sino también un sonido que es el distintivo de la escritura alfabética, y á las cifras que tenían la significación de un sonido, los llamaron caracteres fonéticos.

Apareció de un modo indudable que los Egipcios tenían un modo de escribir, que se puede llamar sagrado ó sacerdotal, y éste era jeroglífico, y otro popular que se llama demótico, y esta era fonético ó alfabético. Que los modos de transmitir por escrito las ideas, fueron:

Primero. Figurativo, representado por una pintura idélica el suceso; así una batalla por la delimitación completa del combate: un rey por su retrato.

Segundo. Simbólico: esta se dividía en diversas clases; pero el fondo consistía siempre en plantar un objeto análogo; así un guerrero valiente se designaba por un león: un mes por una luna naciente.

Tercero. Fonético: en el que una figura representaba un sonido y nada más, así como en nuestro alfabeto.

Mas no eran usados con tal separación estos modos de escribir; que no se mezclasen no solo en un mismo escrito, sino aun en una misma palabra, representándose parte en el método simbólico, y parte en el fonético; éste, sin embargo, era el popular y el más comunmente usado.

Aunque había algunas figuras determinadas para un sonido, sin embargo, solía suceder que un mismo sonido se expresase con muchas, indistintamente. Era comun en esta clase de escritura, designar la letra con una figura cuyo primer sonido en su nombre fuese el de la letra.

Así para designar el sonido A, podía pintarse, el español se hubiera escrito de este modo, una águila, un árbol, un harpa, ó cualquier cosa cuyo nombre empezase con el sonido A. Producción esto una grande dificultad ciertamente, aun puesta la multitud de caracteres para un mismo sonido; pero el ejercicio debía disminuirse en gran manera, y se obtenía otra ventaja, y era que las que escribían con habilidad ó ingenio, podían elegir para representar sus sonidos, figuras análogas al pensamiento, y hablar de este modo al mismo tiempo, al oído y á la vista: si el objeto era la magestad, la ligereza, el valor, se representaban las AA con águilas; si era la

firmeza, con árboles; si la alegría, con harpas, y así en otros casos.

Todo este descubrimiento y explicación de los jeroglíficos es sumamente curioso, y merece algún mas conocimiento que el poco que yo puedo daros de él en esta academia; he corrido superficialmente los descubrimientos; pero daros una idea de un suceso que hoy ha conmovido al mundo histórico; pero el que desee mas instrucción, no debe contentarse con esto: ahora pasemos á la historia del país, cuya escritura nos ha ocupado.

Egipto se halla en Africa. Se dividía el antiguo Egipto en tres partes: la mas meridional se llamaba Tebaida, la del medio ó centro Heptanomis, y la septentrional Delta ó Bajo Egipto. Las ruinas y monumentos principales se encuentran en la Tebaida y Heptanomis. Hoiner dice que la capital de la primera, Tebas, tenía cien puertas, y una población que podía hacer salir por cada una 200 carros y 10,000 hombres. En el Heptanomis están las pirámides del labrinto.

Otro monumento mas útil era el lago Moeris; su vaso, probablemente natural, pero agrandado por mano de los hombres, se dice que tenía 184 leguas de circunferencia, y 300 pies de profundidad: el objeto de esta grande obra era, corregir las irregularidades del Nilo, cuyas inundaciones hacían sentir el Egipto. El lago descargaba la tierra cuando estaba demasiado inundada, y proveía de agua en tiempo de seca. Dos pirámides, de las que cada una tenía una estatua local, se levantaban en medio del lago: eran huecas, de 300 pies de altura, y servían de adorno y provisión á este inmenso estanque. El tiempo lo hecho justicia á los sentimientos humanos: las pirámides que servían de sepulcro, no han podido conservar el nombre de sus orgánicos autores; pero el lago conserva el del benéfico Moeris.

La mayor maravilla de Egipto es el Nilo. Casi nunca llueve en este país; mas el rio con inundaciones periódicas riega la tierra. El reino estaba cortado con canales que eran al mismo tiempo su alimento y su defensa. La inundación generalmente comienza el fin de Junio, y dura tres meses. El Bajo Egipto tiene la figura de un triángulo, y es una especie de isla formada por dos raras del rio, que descendían cerca de Palmira y de Canope. Alejandría es la principal ciudad que aun existe en el Delta.

Aunque algunos opinan que los Egipcios eran de raza negra y habían venido de Etiopia; hoy sin embargo está mucho más acreditada la opinión de que fueron de raza blanca ó caucasiata, y que su emigración fué del Asia por el istmo de Suez. Se asegura que la población pasaba de ocho millones de personas.

Misirain fué el gofo de la primera colonia

egipcia: es probable que su primera mansion fué el Hajo Egipto, y que de allí subiendo el río se fué extendiendo la población hasta las cataratas, y hasta Meroc. La agricultura sustituyó á los hábitos pastorales, y el progreso de la civilización debió ser asombrosamente rápido para que sus épocas muy antiguas pudiesen loyantar los monumentos que nos han dejado.

Algunos datos de tiempos casi fabulosos, pueden inducir á creer que el primer gobierno en Egipto fué una aristocracia sacerdotal, creada gradualmente por la unión de las cabezas de cada familia, que probablemente era gobernada como las tribus árabes. Se cree que este gobierno, empezando dentro de pocas generaciones de Misraim, duró hasta Menes, el primer rey, cosa de 400 años. Había distinción de castas en el Nilo; pero no era mas que una diferencia de clases, sin las humillantes divisiones de otros países.

Estas clases eran la sacerdotal, la militar y el pueblo: las dos primeras dominaban á la tercera, que era como siempre, la mas numerosa. Mas entre los sacerdotes y los militares habia una rivalidad, y los segundos que tenían la fuerza física, adquirieron al fin el poder. Un jefe militar empujó el cetro, hizo el gobierno monárquico y hereditario en su familia: era un soldado de fortuna; pero hábil político, continuó el progreso, y lo apresuró en la nación y la hizo lo que fué por muchos siglos después. Este guerrero era Menes; mas el poder no fué absoluto, y siempre tuvo límites, ya por la clase sacerdotal que no fué totalmente subyugada, ya por el pueblo: desde entonces data el gobierno regular en Egipto.

Todo el período de la historia Egipcia, puede dividirse en tres épocas: Primera: gobierno de los dioses: Segunda: gobierno de los semi-dioses: Tercera: gobierno de los hombres. Ya se deja entender que las dos primeras son del todo fabulosas, y que no se conservan datos fidedignos de ellas. Sin embargo, se les ha dado la esplicacion siguiente, para reducir las á la razon.

Bajo el gobierno de los dioses puede conjeturarse, que colocaron los Egipcios los recuerdos de tradiciones del mundo anti-filuziano, pues así como Moisés dió á su pueblo noticias de aquellos tiempos, es verosímil que las ramas de los patriarcas tambien contasen algo á sus descendientes de lo que ellos sabian por tradicion, siendo atendible que las generaciones de estos dioses, no difieren mucho en número de las que segun Moisés mediaron entre Adán y Noé.

Los semi-dioses se esplican refiriéndolos al período de gobierno sacerdotal que hubo entre Misraim y Menes; es decir, desde Noé hasta

que este último venciendo el poder sacerdotal estableció la monarquía. Finalmente, los hombres són Menes y sus sucesores que componen treinta y una dinastías hasta Alejandro el Grande, 332 años antes de Cristo: sobre ellos las noticias son mejores.

Menes fué guerrero feliz, sabio político, y edificó, ó al menos aumentó á Menfis y á Tébas: llevó el primero el título de Paron, ó rey; comenzó la grande obra de poner diques y hacer canales, tan esencial á la prosperidad de Egipto.

De las treinta y una dinastías que se cuentan despues de este rey, las quince primeras están en vueltas en incertidumbre, y solo puede defenderse que uno de sus reyes Shoooh, ó Cheops fué el fundador de la gran pirámide que lleva su nombre; y que estos reyes, con los que les sucedieron hasta la décima octava dinastía, gobernaron sobre todo el Egipto, hasta la dominación de los Hycsos ó reyes pastores: época memorable para esta nacion. Sobre esta invasion copiaré algunos períodos de la Crónica de Manethon, autor egipcio, y acaso no disgustará ver cómo se pinta por un sacerdote indigena este suceso, despues de haber leído en Moises, la mansion de los hebreos en Egipto, pues se pretende que los pastores eran israelitas.

"Tañamos, dice Manethon, antiguamente un rey cuyo nombre fué Tímo. Dios se disgustó con él, y vino del Oriente una clase estraña de hombres de innoble linaje, que colaban en invadir nuestro país, y subyugarle enteramente sin una batalla: cuando tuvieron en su poder á nuestros gobernantes, quemaron las ciudades, demoliéron los templos de los dioses, y salieron á los habitantes con todo género de barbaridades, matando á muchos y reduciendo á las mujeres é hijos de otros á la esclavitud. Al fin nombraron rey á uno de ellos llamado Salatis. Vivió en Menfis é hizo tributario al Alto y Bajo Egipto, guarneciendo las plazas que le parecieron mejores. Atendió principalmente á la seguridad de la frontera oriental, pues crevia que los Asirios algun dia harian una invasion en el reino. Y observando al Oriente del canal Bubastite una ciudad llamada Avaris, á distancia fuerte propia para ese fin, la reedificó y protegió fuertemente con murallas, poniéndole una guarnicion de doscientos cincuenta mil hombres, completamente armados. Salatis venia á esta ciudad en la primavera, para pagar su tropa y ejercitar á sus soldados para inspirar terror á los extranjeros.

"Murió Salatis despues de un reinado de diez y nueve años, y le siguieron varios reyes que en todo el período que gobierno su dinastía hicieron la guerra á los Egipcios con la esperanza de exterminarlos. Esta nacion era llamada He-

so, esto es, reyes pastores: la primera sílaba He significa rey, y la segunda so, pastores (tambien significa cautivos). Se dice que eran árabes.

"Los reyes de Tébas y otras provincias de Egipto se levantaron contra los pastores, y se siguió una guerra larga y estorzada; hasta que los pastores vencidos por un rey que se llamaba Alisphragmuthos, fueron arrojados de las otras partes de Egipto, y encerrados en Avaris, que contenia diez mil acres. Los pastores cerraron esta con una estensa y fuerte muralla, para poder conservar allí todas sus propiedades y sus poseses.

"Thumosis, el hijo de Alisphragmuthos, intentó rendirles por sitio, y envió á Avaris con un ejército de 480,000 hombres. Desesperaba ya de conseguir su objeto, cuando ellos capitularon, conviniendo en dejar á Egipto, y que no se les molestaria en su retirada, conformes á lo cual salieron de Egipto con todas sus familias y bienes, en número de mas de 240,000, y dirigieron su camino por el desierto hacia Siria. Mas como temian á los Asirios que dominaban la Asia, fabricaron una ciudad en el país llamado ahora Juda, de un tamaño suficiente para contener este número de gente, y la llamaron Jerusalem."

En otra parte se dice: "Que el rey desuso de congregarse á los dioses, consultó á su sacerdote que tambien se llamaba Amenofis, y que pasaba por profeta: éste le respondió que en su mano estaba complacer á los dioses, purgando el país de los leprosos y otras personas inmundas. Aceptado el consejo, el rey hizo pasar á los inmundos á las cancheros del Oriente del Nilo, para que trabajasen en ellas separados del resto de Egipto. El número fué de 80,000 personas, y entre ellas aun prelados muy instruidos.

"Pasado algun tiempo, los enviados á las cancheros pidieron al rey para su habitacion separada la ciudad de Avaris, abandonada por los pastores, y les fué otorgada la peticion. Mas posesionados de la ciudad, y encontrándola apropiada para una revolucion, eligieron de entre los sacerdotes de Heliópolis, un jefe cuyo nombre era Oansiph, y le juraron obediencia. Éste dió una ley para que ninguno adorase á los dioses, ni se abstuviesen de los animales sagrados que veneraban los Egipcios, y que no se aliasen sin, no con los de su misma comunidad. Hechas estas leyes y hechas muchas contra las costumbres de Egipto, reedificó las murallas, y se aperebió para la guerra contra el rey Amnoda. Formó consejos con los sacerdotes y otras personas inmundas, y envió embajadores á Jerusalem á pedir auxilio á los pastores espulso, ofreciéndoles volverles la ciudad de Avaris, su alianza y otras ventajas: recibió un socorro de doscientos mil hombres.

"El rey Amnoda se retiró á Etiopia consternado, salvando los objetos que mas amaba, y allí estuvo trece años, que segun una profecía, debía durar aquella invasion. Entretanto el pueblo aliado de los pastores y los inmundos, trataba á los Egipcios con tal barbaridad, que se creia que era mas suave el yugo de los pastores solos, pues no solo incendiaban las ciudades y aldeas, sino que comian todo genero de sacrificios. Se dice que el sacerdote que ordenó sus leyes y gobierno era nativo de Heliópolis, y su nombre Oansiph, fué tomado de Osiris, dios de Heliópolis; pero que cuando gobernó aquellos pueblos mudó su nombre en el de Moises. Despues de esto, Amenofis volvió á Etiopia con gran fuerza, y combatiendo á los aliados les derrotó con mucha carnicería, y los persiguió hasta las fronteras de Siria."

Mencionáramos ahora algunos personajes, y sucesos que se hacen notables.

Osmundias, famoso sobre todo por su sepulchro, en el que están representadas las campañas de este rey contra los Baetrimios, el sitio de una ciudad circunvalada por un río, el rey combatiendo en persona sobre su carro, ayudado por un león doméstico, y todas las circunstancias de una campaña feliz, conducida por un jefe valeroso, á la cabeza de 400,000 hombres. En seguida de las salas decoradas por estos cuadros militares, se ve un santuario, un lugar para paseo, y una biblioteca titulada *Remedio del alma*. Sobre la cima de este edificio, hizo colocar este rey el famoso círculo de oro de cosa de 500 pies de circunferencia, que en 3065 divisiones correspondia á los dias del año, y tenía, segun se dice, indicada la hora del orto y ocaso de los astros, y los pronósticos de las variaciones atmosféricas.

Moeris es famoso por el lago que lleva su nombre: su vaso que se cree natural, fue ampliado por orden de este rey, que hizo de este modo el mayor beneficio que podia hacerse al Egipto: se distinguieron ademas por una multitud de edificios públicos, y un reinado glorioso.

Sesestris, uno de los reyes mas famosos. Todos los niños nacidos en el reino, el mismo dia que él, fueron traídos á la corte por orden del rey, y educados juntamente con Sesestris; participaron de todos sus ejercicios é instrucción, y esta y aquellos fueron precisamente los conductores para la guerra. Esta juventud, unida por un vínculo casi fraternal é su jefe, fué el apoyo del trono, y ningún príncipe estuvo mejor servido. Fue sabio en el gobierno interior, y guerrero invencible con los extranjeros, conquistador poderoso. Extendió su imperio desde el Ganges hasta el Danubio, mas no pensó en conservar su autoridad sobre los pueblos vencidos, sino que contento con el triunfo, y ven-

gado con el botín de la Asia volvió á Méfis. Se ocupó en obras útiles al país, y su reinado fué siempre modelo en Egipto. En su reino fué cogido no pudo sobrelevar esta desgracia y se mató.

Sáhasa es célebre por haber abolido la pena de muerte, y sustituido la de obras públicas. Levantó muchos templos y reinó con benignidad 50 años.

Sethos ó Sereucus: se dice que abandonó y despreció el ejército por entregarse al sacerdocio; que habiendo venido Senacharib rey de Asia á invadir á Egipto, y rehusado las milicias defender á Sethos, éste á la cabeza de gentes despreciables, alcanzó al enemigo que entró acorrapado; pero que por favor de Vulcano, una multitud espantosa de ratones royó las cuerdas de los arcos y los correns de los escudos de los Asirios, y que estos así desarmados se pusieron en fuga. El rey Egipto erigió una estufa en el templo de Vulcano, que tenía en la mano un ratón, y con una inscripción que decía: "Mi ejemplo enseñará á respetar á los dioses."

Necesó fué celebre tanto como guerrero, pues hizo muchas conquistas; tanto por que en su tiempo y por sus genes, se dio la vuelta completa al Africa, por una expedición marítima; quiso unir el Nilo al mar Rojo; pero habiéndose hecho perecer en esta empresa mas de cien mil hombres, no la pudo concluir.

Amasis se distinguió por sus talentos; comenzó á gobernar como tirax; pero las contumacias civiles le dieron lugar á apoderarse de la autoridad soberana. Entre sus obras se admiraba una capilla hecha de una sola piedra, que tenía diez varas de largo, siete de ancho, y cuatro de altura. Dos mil hombres fueron empleados durante tres años, en trasportarla de Elefantine á Saís.

Psmmentis: fué célebre, porque en su tiempo Cambises, rey de Persia, hijo de Ciro, subyugó al Egipto. Los habitantes de este reino, asesinaron á un heredero enviado por Cambises; el rey en castigo de su delito, incendió á Méfis, y cargó de cadenas al rey de Egipto, y á todos los grandes de este país. Dos mil egipcios fueron inmolados á los manes del heraldo, haciéndolos pasar en presencia del rey en posiciones infamantes. El yugo de los persas fué sumamente duro, y el Egipto fué el teatro de distintos combates á muerte, para recobrar la independencia.

Queriendo extender Cambises despues sus conquistas, se internó hácia el alto Egipto, pero no pudo superar los obstáculos que le presentaba el desierto, y sus ejércitos perecieron, ya bajo las armas, ya por el hambre, refiriéndose escenas horribles. Se dice que Cambises quitó el círculo de oro que coronaba el sepulcro de Olimandias.

Cuando volvió á Méfis, encontró la ciudad llena de fiestas; se celebraba la de Apis. Creído de que celebraban sus reveses; hizo perecer á muchos; pero mejor informado, hizo que se le presentase el buey Apis y le hirió en una pierna en señal de desprecio, lo que irritó mucho á los egipcios. Algun tiempo despues, habiendo caido el rey de su caballo, se hirió con su propia espada, y murió de la herida. Los egipcios notaron que el rey habia sido herido en el mismo lugar que habia herido á Apis.

Toloméo, Lago ó Soter, era gobernador de Egipto á la muerte de Alejandro, de quien se le creía hermano. Amado por las tropas y por el pueblo, se apoderó del trono y se sostuvo en él. Fuó feliz en varias guerras, y por haber librado á los Rodios de Demetrio Poliorates, recibió el nombre de Soter, que significa salvador; adelantó el canal del Nilo al mar Rojo; agrandó y embelleció á Alejandría, que fué llamada la reina del Oriente; hizo construir el faro, que era una torre de mármol blanco, en cuya cumbre se encendía una gran luz, para que sirviese de guía á los navegantes. Ordenó que se grabase sobre ella esta inscripción: "El rey Toloméo, á los dioses salvadores, para el bien de los navegantes." Mas el arquitecto aplicó un barniz ligero, sobre el que escribió estas palabras, y luego que éste cayó, quedó en lugar de ellas: Sistrates el Caidio á los dioses salvadores, para el bien de los navegantes.

Toloméo formó la famosa biblioteca de Alejandría; reunió en ella cuatrocientos mil volúmenes; esta biblioteca que se llamaba la madre, tenía otra agregada que se llamaba la hija, y constaba de trescientos mil volúmenes. La primera pereció por accidente, y la segunda según opinion comun, por el fanatismo de los mahometanos. Las gentes del pueblo eran recibidas por el rey fácilmente. "Son mis amigos, decía, me dicen las verdades que mis cortesanos me ocultan."

Durante su reinado, que fué de 40 años, el Egipto se engrandeció en todos sus ramos, y dejó el reino tranquilo, floreciente, y respetado á su hijo, á quien diez años antes de morir, habia asociado al trono. Este y su hijo, es decir, nieto de Soter, que también fueron llamados Tolomeos, continuaron, especialmente el último, el gobierno benéfico de su padre y abuelo, y esta fué la edad de oro para Egipto.

Cleopatra: aunque hubo en el trono de Egipto varias reinas de este nombre, las mas distinguidas por sus crímenes, ahora solo hablo de la última hija de Toloméo Meltés, que fué la mas famosa de todas. A la muerte de este rey, Cleopatra casada con su hermano Toloméo, era llamada á reinar. Se procuró que reinase solo el último; pero Cleopatra ofendida se fugó

del reino, á donde solo volvió á disputar el trono de su esposo y hermano.

Entrando César llegado á Egipto, y á quien otros motivos hacían parcial contra Toloméo, mandó citar ante él á los contendientes, para decidir en su tribunal esta gran cuestion. Cleopatra, jóven, cuya hermosa pusi en proverbio, contaba mas sobre sus encantos personales, que sobre la elocuencia de los abogados que César habia mandado nombrar, para que defendiesen las partes. Dejó su ejército, se lanzó en un barquillo que la condujo al pié de la ciudad de Alejandría; y de allí, oculta en unos lienzos y en hombros de su criado Apolodoro, penetró al aposento de César. Este no resistió á los artificios de esta muger, cuyo talento era igual á su hermosura, y el señor del mundo quedó esclavo de su cautiva.

Mandó á Toloméo que dividiese su trono con Cleopatra; mas aquel, furioso al ver su causa perdida, y que su muger habia pasado la noche en la cámara de César, salió á sublevar al pueblo, y puso en peligro al jefe romano. A pesar de las tentativas de este, para calmar á los egipcios, la guerra se prolongó de un modo que dió graves cuidados á los romanos; pero habiendo obtenido una victoria completa, de cuyas resultas murió Toloméo, César colocó en el trono á Cleopatra, asociándola por el bien parecer á su otro hermano Toloméo, que solo tenía once años. Entonces se entregaron ambos amantes á los placeres; pasaban el tiempo en fiestas, y embarcados en el Nilo, recorrieron el Egipto.

Cleopatra tuvo un hijo llamado Cesarion, lo que aumentó su union con César, y se asegura tuvo intencion de casarse con ella. Pero se vió obligado á arriarse de sus brazos para ir á combatir á un hijo de Mitridates, llamado Farnaces. César volvió despues á Roma. Cuando el joven Toloméo cumplió 15 años, époa en que las leyes de Egipto le declaraban mayor para reinar, Cleopatra le envenenó y reinó sola.

Cuando se supió en Egipto la muerte de César, y que el triunvirato de Antonio, Lepido y Octavio iba á vengarle, Cleopatra se declaró por ellos, y les mandó las legiones que César le habia dejado; pero Casio se apoderó de ellas. Ant. urrió su esposa la reina; para introducir en auxilio de los triunvires; pero una tempestad le hizo volver á Egipto. Un año despues, vencido Bruto y Casio, Antonio volvió á Asia, encargado por sus colegas del gobierno de aquella parte del mundo. Sabiendo que el gobernador de Fenicia, dependiente entonces de Egipto, habia dado socorros á Casio, mandó á Cleopatra compareciese á justificarse en su tribunal.

La reina se embarcó con sus tesoros, y una

comitiva magnífica. Se presentó en el rio Cidno, en una galera cuya popa brillaba con el oro; las velas eran de púrpura, y los remos estaban guarnecidos de plata; en la cubierta habia un pabellon de telas de oro. Bajo él estaba Cleopatra, vestida ó como se representa á Venus, y cercada de las mas hermosas doncellas de la corte, en traje de greclas y de niñetas; se oían músicas, y los reinos que herian las aguas con medida, hacían estos sonidos mas agradables; se quemaban perfumes, y la ribera estaba llena de una multitud de gentes, que ronzaban á Cleopatra por una divinidad.

Antonio queriendo conservar su dignidad, quedó solo en su tribunal con sus guardias. Convidó á la reina á cenar en su palacio; pero ella le contestó que pasase á su tienda, donde le habia preparado un festin. Antonio cedió, la vió, y desde entonces, en lugar de juez, no fué mas que un adorado sumido. Pasaban los dias en festines espididos, despues de los cuales, la reina hacia distribuir á los oficiales romanos los vasos de oro en que habian bebido. En una de estas fiestas, Cleopatra hizo disolver en vinagre una perla que valia un millon, y le batió. Antonio evió hacerse lo mismo con otra igual; fué enviada al Capitolio.

La reina cesó del jefe romano, que hacia se morir á Arzinoe, hermana de Cleopatra, y fué complacida, arrojándola del templo de Diana donde estaba refugiada. Antonio siguió á Cleopatra á Egipto, y un día que ambos pescaban, le dijo esta: "Dejad la caña para las reinas de Africa y de Asia; la pesca que os conviene es la de reinos."

Obligado Antonio á volver á Roma, casó allí con Octavia, hermana de Octavio su colega; pero habiendo regresado á Oriente, volvió á ver á Cleopatra, y se encendió mas que nunca su pasión. La reina, que protegía y cultivaba ella misma las ciencias, hizo reedificar la biblioteca de Alejandría, y Antonio le mandó para ella de Pérgamo doscientos mil volúmenes. Se asegura que la reina habia con facilidad varias lenguas.

El jefe romano dió á Cleopatra varias provincias con perjuicio del pueblo romano; su muger Octavia fué á buscarlo; pero él no le permitió pasar de Atenas, y le ordenó volviere á Roma. Octavio irritado, aprovechó la ocasion de dedicarse de su colega y mandar solo, y se armó contra él. Interin Antonio triunfante del rey de Armenia, le llevó cargado de cadenas de oro, tras de su carro triunfal, y lo ofreció en homenaje á Cleopatra.

En su delirio, ofreció el imperio romano á la reina, que fué coronada en Alejandría. En esta ceremonia se presentaron los amantes en un trono de oro macizo, con escalones de plata.

La frente de Antonio llevaba una diadema: estaba armado con una cimitarra persa; tenía un cetro magnífico, y un manto de púrpura bordada de oro, con botones de diamantes. La reina á su derecha, tenía un traje de una tela riquísima, destinada antes á solo las estatuas de los dioses: alajo del trono estaba Cesario, hijo de César, y Alejandro y Tolomé, que eran de Antonio y de Cleopatra. Un heraldo distribuyó entre la reina y sus hijos, la soberanía de varios países, de los que alguno estaba aun por conquistar. Egipto en este momento que precedió á su ruina, se presentaba mas poderoso y brillante que nunca.

Octavio declaró la guerra á Antonio, y todas las naciones de Europa, Asia y Africa, se dividieron entre ambos rivales, cuyo choque iba á decidir el destino del mundo: la reputación militar de Antonio, sus fuerzas, y la prontitud con que estuvieron preparadas, fueron superiores á las de su rival; mas perdió un año en Alejandría en los brazos de Cleopatra: repudiando entre tanto á Octavia. Cuando supo la marcha de Octavio, se armó para combatir, y Cleopatra le siguió, mandando ella misma su escuadra. Aunque el combate con el ejército de tierra, ofrecía á Antonio mas esperanzas de victoria, Cleopatra quería que la gloria perteneciese á su escuadra, y el combate fué naval en el golfo de Ambrasia, cerca de la ciudad de Accium. La batalla fué sangrienta, y la victoria era incierta, cuando Cleopatra espantada huyó con sus bajeles; Antonio no escuchando mas que su pasión, abandonó el honor, la victoria, y el imperio del mundo para seguirla; su flota se batió largo tiempo despues de su fuga; pero fué vencida, y las legiones sin jefe se pasaron á Octavio. Cleopatra volvió á Alejandría, y Antonio á Livia, donde tenía un ejército; pero al llegar, encontró que las tropas se habían sometido á Octavio: sin fuerzas y sin esperanza, fué á reunirse con Cleopatra: ésta al entrar en el puerto, hizo coronar sus bajeles como si volviesen victoriosos, y teniendo que los grandes de Egipto instruidos de la verdad se rebelasen, le hizo asesinar. Quiso hacer pasar su escuadra por el Nilo al mar Rojo, mas los árabes la atacaron y la incendiaron.

Entretanto Antonio y Cleopatra mandaron embajadores al vencedor; Antonio prometía vivir en Atenas como simple particular, si se dejaba el trono de Egipto á Cleopatra, y ésta ofrecía abandonar á Antonio y favorecer á Augusto, si éste le concedía su amistad. Augusto avanzó hasta Palmira, que por órdenes secretas de la reina le abrió sus puertas; mas ésta, incierta de su suerte, ocultó sus tesoros en un sepulcro.

El ejército romano llegó sin obstáculo hasta

Alejandría. Antonio en su desesperación, hizo una salida feliz, y volvió triunfante á pasar la noche en un festín al lado de Cleopatra; quería dar una batalla al día siguiente; pero la escuadra egipcia se había entregado á Octavio: desesperado por esta traición, denegó á su rival á combate singular; pero éste respondió, que si Antonio estaba cansado de vivir, buscarse la muerte de otro modo: Cleopatra para deshacerse de Antonio, le hizo informar de que se había dado de puñaladas; él entonces mandó á un esclavo que lo matase; pero éste le desobedeció, y se mató á sí mismo: Antonio se arrojó sobre su espada desnuda y se hirió; pero sabiendo en aquel mismo instante que la reina vivía, se hizo vendar y llevar á la fortaleza donde estaba encerrada: teniendo una sorpresa no se abrió la puerta, y Cleopatra ayudada de dos mujeres, le suspendieron con cuerdas y le hicieron entrar por un balcón. Antonio conjuro á la reina para que velase sobre su seguridad: le dijo que no se avergonzaba de su derrota, pues que Roma sola le había vencido, y que moría feliz en brazos de ella: entonces espiró.

En ese instante se presentó Proculeyo á nombre de Octavio, invitando á la reina á rendirse: rehusó recibirle; pero este oficial seguido de algunos soldados, entró por una ventana á su cámara: Cleopatra quiso matarse; pero Proculeyo le quitó el puñal; la reina resignada en la apariencia, solo pidió el permiso de sepultar á Antonio, y habiéndolo obtenido, le hizo honores magníficos, le embalsamó, y le colocó en un sepulcro de los reyes de Egipto.

Augusto, despues de haber dejado algunos dias al dolor de esta mujer, fué á verla: ella agotó cuantos medios le sugirió su talento para seducir al vencedor; pero á la escucha finalmente, la cesórti á que tuviese valor, y nada le prometió: la reina conoció su destino, y para no sufrir la humillación del triunfo, resolvió matarse. Cubrió de flores la tumba de su amante, vuelta á su casa entró en un baño, y se hizo servir una comida magnífica; cuando se levantó de la mesa, escribió un billete á Octavio, y quedó sola. Pidió un plato de frutas, que uno de sus criados disfrazado de aldeano acababa de traer: un momento despues se acostó en el lecho dormida: estamando las mujeres de su servidumbre su largo sueño, se aproximaron, y vieron que se había aplicado al brazo un aspido oculto entre las frutas, y que había muerto sin ninguna señal de dolor. Augusto despues de haber leído el billete en que la reina le pedía que colocase su cuerpo en el sepulcro de Antonio, cavó emisarios que le impidiesen morir; pero llegaron tarde.

Las estatuas de Antonio fueron derribadas, las de Cleopatra permanecieron en las plazas pú-

blicas, porque uno de sus favoritos compró este favor, ofreciendo á Augusto una cantidad considerable de dinero. Egipto fué entonces convertido en una provincia romana, y solo salió de esta servidumbre para pasar á la de los árabes y de los turcos.

RECUERDOS.

Nace el hombre, y nace para gozar. Por qué, pues, su misión en la tierra es una serie de padecimientos? En la infancia se desea con entusiasmo el tiempo de la libertad; el pensamiento de disponer por sí mismo de sus acciones, es para el niño una esperanza halagüeña, que endulza las amarguras y privaciones, que arrastra consigo la educación; y cuando se ha llegado á ese tiempo apetecido, recordamos con delirio los dias venturosos de la inocente niñez; porque aquellos dulces placeres, aquellos positivos contentos, todo dice al corazón, que huyeron para no volver. En esa nueva vida, pasamos con igual alegría de la ocupación al juego, y del juego á la ocupación. ¿Quién será capaz de poder explicar la dicha de esta alternativa? Serás tú, esclavo enervado, tu que te sientas desfallecer bajo el yugo de penosas tareas! ¡Tú, magnate orgulloso, sumergido en los deleites y en indolencia, y para quien el sueño no ofrece dulzuras, ni el placer encantos! ¡Ah! conviene mas bien al mortal que ahora sufre; á él es solo á quien pertenece describir los latidos inocentes del corazón y los trasportes de aquel periodo de ventura. El podrá decir cuánto se deben apreciar esos recuerdos encantadores! Con qué entusiasmo se repasan en la imaginación, los gustos que se experimentaron! Y tambien ¡cuán dolorosa es la realidad del tiempo en que nos atormentan las juveniles pasiones!

Cuando en aquella noche primera de mi vida, una ráfaga pura de felicidad resplandecía á mi alrededor; cuando ese astro de contento, cuntinuo iluminando las horas serenas y apacibles de mi tierra niñez; cuando acostado en la infancia, cubierto de flores bellas que echaban puro aroma, te ví, ¡oh Luna! brillar en medio de los cielos, iluminándome con dulce y melancólico resplandor, ¡podría, como ahora, pensar que lámpara funeral de los sepulcros, alumbraras tambien con pálido fulgor mi tumba silenciosa! ¡Me era dado, acaso, discurrir, que cuando yo espire, tu rodarás hacia el Ocaso, arrojando sobre la tierra destellos moribundos! Sin embargo, ya sea que sus pálidos rayos, atravesando el éter de los cielos, reflejen melancólicos sobre los bosques, como la magia apari-

ción de alguna vírgen; ya sea que riele tu luz sobre las olas de algun lago, como una decidida misteriosa; que mora entre las aguas: ó que me encuentre tu esplendor cuando ploteas las solvas, y luego aparece con fantásticas formas, las rocas escarpadas; ó que semi-oculta entre los pardos pabellones del firmamento, dejes entrever tu claridad espíritu, como un fantasma que vaga por los cielos; tu resplandor será siempre para mí una inspiración; tus destellos escitarán en mi alma recuerdos dulces y positivos de una felicidad pura, la misma que experimenté cuando iluminaste la noche en que ví la luz primera.

Yo creí, ¡inmensos! que mi dicha seria tan duradera como mi vida; yo pensé que antes de desvanecerías como un meteoro ¡una celestial! que mis contentos se extinguiesen; y no obstante, mi ventura desapareció, y tú ¡luzes todavía.

Brilla, pues, luminoso final de los cielos; brilla siempre, aunque solo sea para que mi espíritu se adormezca suavemente á contemplarte, para que mi alma estenuada deslize á tu vista con placidos ensueños, considerándote como un recuerdo indeleble de mi inocente niñez.—F. de P. C.

(Escrito para el Museo.)

EL CELAGE.

A MI AMIGO D. GUILLERMO PRIETO.

Bello celage de oro
Que mecido por las auras,
Cruzas el azul del cielo
Cual barquilla el mar en calma;

Trono de luz, donde mora
El ángel de la esperanza;
Qué de memorias queridas
Haces revivir en mi alma!

Cuando mi existencia pura
Era un espejo sin mancha,
Tierno boton de azucena
De suavísima fragancia;

Al mirarte embebecido
Volar del viento en las alas,
Añable te sonreía
Y á tí mis brazos alzaba.

E iban á fijarse luego
En el lago mis miradas,
A contemplar tu belleza
En el cristal de las aguas.

De mis años entre flores
Iba la corriente clara;
La dicha era mi presente
Y la dicha mi esperanza.

Y ahora también te veo,
Mas por un velo de lágrimas:
Hay de un cáliz de dolores
Bébo las heces amargas.

Hoy sin ventura se aloja
Entre criminalos ansias
El pecho en que tuvo un tiempo
La inocencia su morada.

Mi corazón, el destino
Con dardo pinzante clavó:
Ya no te pudo la dicha,
Sino abvio á mi desgracia.

Alivio... sí; qué yo dices
Al hombre, nube de nacer,
Trono de luz, donde mora
El ángel de la esperanza!

¡Tú que con vuelo tranquilo
A los cielos te levantas,
Como del niño inocente
Las cantadoras plegarias!

Esperar... sí; calmarse
Siento mi pena inhumana,
Esperar en Dios, es solo
El bálsamo de las almas.

Sigue, ¡celaje apacible!
Sigue tu carrera mansa,
Al son de la brisa fresca
Que murmura entre las palmas.

Arrulládate armoniosa,
Cual madre que con voz grata,
Adormece con canciones
Al hijo de sus entrañas.

Mas ya te ocultas... ¡peán presto
Traspasaste la montaña!
Así traspaso los montes
El colaje de mi infancia.
Octubre 10 de 1843.—Juan N. Navarro.

OBSERVACIONES

SOBRE LA TEMPERATURA DE MÉXICO.

Tanto cuanto mejor sea el conocimiento de una cosa, será mayor el producto que se sigue de ella: de este principio he partido para desear un esdímam científico, franco y sistemado de la república, pues aunque algunas producciones aialadas pueden ser muy útiles, nunca hacen el efecto que harían si fueran miembros de un gran todo: casualo es el enumerar las manchas y grave causa que impiden por ahora el emprender esta especie de enciclopedia arqueológico-mexicana, pues son tan claras que todos las conocen y las perciben; sin embargo, é interesante se toma gusto á esta importante materia, y

nuestros sabios dedican la suficiente atención á ella, parece que habiéndose indicado algunas particularidades de la belleza del país, de su abundancia y de su críado poder, no está de más decir algo para allanar ciertas dificultades que ofrece esto mismo, pues si bien es natural la sorpresa que renite todo el que por la primera vez anda estas tierras, sintiendo á cada paso un nuevo clima, y viendo á cada momento una nueva decoración, es muy exagerada la idea que generalmente se tiene de los males que acarrean estas mutaciones, pues los habitantes de las costas creen, que si suben á la Mesa Central son atacados al momento de la paltonia, de la fiebre, &c., y los de la Mesa Central, que si bajan á las costas son heridos por las calenturas, los mocos y las culebras; siendo estas creencias tan perjudiciales que entorpecen el comercio, limitan la civilización, estacionan el tráfico, y mantienen cierto desvío perjudicial entre individuos de una misma familia nacional.

Respecto al vómito negro, es cierto todo temor y toda prevención contra esta cruel y misteriosa enfermedad; mas con relación á las otras que son como fulgurantes de cada temperatura, basta una discreta precaución en las transiciones muy repentinas, para pasar sin riesgo esa sublime *compensación* que hace la naturaleza, á lo que llamamos aclimatación, y la cual merece algunas observaciones para demostrar que sus resultados no convienen con la opinión generalmente recibida, de que el aire de México es tan tóxico, que no alcanza para la respiración, siendo éste el objeto que me propongo tratar.

Si en México, Puebla, Toluca, y otras poblaciones muy elevadas se padeciese fatiga para respirar, era preciso que se advirtiese en las gentes y en los animales, una grande dificultad para el trabajo y para todos los movimientos predijados, ó cuando menos una ansiedad, una demostración física que hiciese notar los mayores esfuerzos que aquí se tenían que hacer para ejecutar aquello mismo que en Orizaba, Acapulco, y otros sitios poco elevados y bajos, se hacía con un moderado impulso; mas tan lejos de ser así, en ninguna parte se ve mayor movilidad, con menos apariencia de cansancio. Los carboneros, las fruteras, los vendedores de papeles públicos, y en suma, la multitud de personas de todos sexos y edades que corren día y noche las calles de México, se paran de repente en un zigzag, echan su pregon con una voz fuerte, firme y bien acabada, y siguen su carrera: los cargadores con tres mil pesos en las espaldas, andan á paso vivo sin parar cuatro ó seis calles, es decir, ochocientos ó mil varas. Los corredores del comercio, por un cálculo aproximado, caminan dos leguas diarias, permaneciendo muchos años en este

ejercicio sin detrimento de su salud. Los médicos, cirujanos y agentes de negocios, suben cada día veinte escaleras de grande pendiente y elevación: los oradores, así religiosos como civiles, peroran largo tiempo, y acaban su discurso aun con mas brío del con que comenzaron: los agadores, cargados con siete arrobas, suben á las casas con tan corta fatiga, que habiéndose yo detenido para observarlos en el momento de acabar de subir y sin dejar la carga, me han hablado con tal claridad, que apenas se les notaba algun menudeo en la palpación de sus arterias: los caballos y las mulas de tiro, despues de dar cuatro ó seis vueltas en la Alameda á trote largo, se detienen, y á los ocho minutos ya han cesado de hujadear: en fin, séase por los grandes tamaños de estas poblaciones, ó por cierta propensión al pasage que tienen los habitantes de las ciudades populosas; lo cierto es que todos, y aun los viejos, van siempre apresuradamente, y que esto no podría verificarse si la respiración no fuera cabal: lo cual puede probarse en nuestras mismas personas, pues cuando á la Alameda ó á otro sitio despejado, en donde el viento se manifiesta tal cual es, se ejecutan dos ó tres aspiraciones, como si el pecho abriera sus puertas para dar mejor entrada á un huésped benéfico, y á poco se siente una tranquilidad, una paz que se difunde por todo el cuerpo, y cuyo estado se manifiesta tambien con la regularidad del pulso, con el curso pacífico de las ideas, y con cierta propensión al sueño, que es siempre el signo infalible del buen estado de la naturaleza.

Vista la cuestion bajo el aspecto de efectos que debieran notarse y no se notan, pasemos á verla bajo el supuesto de que esos efectos se verificaran, y entonces se conocerá, que el caso no está sujeto á éste ó el otro cálculo fundado en ápices de la percepción, sino en pruebas fuertes, en manifestaciones terminantes, y en resultados siempre perentorios y nunca indecisos.

Yo creo que el aire así como el agua, es un fluido que adaptándose exactamente á todos y á cada uno de los puntos de nuestros cuerpos, los bufa y los empaña hasta los tuétanos; y así es que la naturaleza del viento, sea cual fuere, se comunica á nosotros con tal eficacia y tal velocidad, que al momento alama á nuestras guardias avanzadas del nifato, para que nos avisen si llegan de paz ó viene de guerra, excepto alguna muy rara vez que entra por sorpresa á nuestro cuartel general, y nos destruye como si con esto tuviésemos un recuerdo de la desgraciada suerte que corrieron las Virgenes néctas por no haber cuidado de sus lámparas: á esto propósito, todos tienen sus respectivos órganos para observarse, y yo por mi parte diré lo que ha pasado á mi derredor y en mi mismo: al ve-

rificarse el equinoccio de Noviembre de 1837, me hallaba en Tampico, y por el término de cinco días se notó que la mar arrojaba una cantidad inmensa de peres de toda clase, muertos, ó que como si huieran de la mar venían á morir á la tierra, entendiéndose este fenómeno á todo el Seno Mexicano, según se supo despues: como no se hicieron observaciones para conocer la causa que produjo tal rareza, no pudo averiguarse, ni aun siquiera inferirse; mas lo cierto es que una cosa no perceptible descompuso la calidad del agua y que esta descomposicion hizo tan numerosa y repentina mortandad. En el mismo Tampico, á las siete de la noche de un día del mes de Marzo de 1840, empezaron las gentes á sentir una fatiga para respirar, la cual fué aumentándose y generalizándose de tal modo, que al cuarto de hora toda la población estaba en inquietud, corriendo unos para alcanzar resuello, echándose otros al río, porque creyeron ser aquello efecto del calor, y otros encomendándose á Dios para que los salvara de aquel trance: afortunadamente todo habia pasado á la media hora, y yo tuve la casualidad de observar que algun vapor sofocante, proveniente de las lagunas, habia motivado aquel conflicto, pues hallandome encerrado en mi cuarto á causa de una enfermedad, el veneno no penetró hasta allí, y por consiguiente apenas sentí una corta opresión en el pecho: despues, he sabido que se ha repetido lo mismo, mas con la diferencia de ser una tos, si bien no tan imponente como la falta de resuello, fué mas general y mas duradera: ahora bien; si tan perceptibles y violentos asaltos, se sienten al instante en que el aire deja de ser bueno, podríamos vivir un año en México si su atmósfera no fuera cabal.... En contra de esto se dirá, que habiéndose analizado el aire de México, ó lo que es lo mismo el de la Mesa central de la república, no aparece con el suficiente gravedad para servir de lastre á los pulmones; yo contesto, que á mi juicio se verifica en este caso esa compensacion de tan descomodado mecanismo, como lo son otras muchas que palpamos: el ojo mata; pero no al turco que se aclimató á él: el vómito negro dá á todos, menos á los nacidos en sus dominios, ó á los que ha impregnado con darlos una vez en los países cálidos, nuestra piel se abre para espeler el calor; y esa misma piel en los frios se aprieta y se cierra para repeler el frio: tambien se alegrará que los recién llegados á México, sienten los primeros días fatiga y cansancio; mas tales molestias provienen de la multiplicacion de ejercicios, por causa del aumento en las distancias, respecto á las poblaciones de donde cada uno viene, ó del tiempo que se tarda en modularse nuestro cuerpo á la atmósfera de aquí.

Se citarán igualmente los casos de apople-

gias, de aneurismos, de insultos, y de otros accesos violentos de la naturaleza, y á mí me parece que aun cuando estos accidentes se verifican en México con mas frecuencia que en otras partes, proceden de causas positivas tan influencias y tan numerosas, que lo que estraña es el no ver que sus estragos sean mucho mayores y mas lamentables las víctimas del trato. Demas siempre de sangre y de tribulación, la sud hidrática de diversos meses; el recogerse á mediados de la noche, y levantarse á mediados del día; las bellas prisiones en que los sacros y modestos llevan á una mitad de los habitantes; el derecho exclusivo que las cárceles y las reposteros tienen para dar la calidad á nuestros sangres; el pésimo método adaptado para vaciar las artagas; y en fin, esa carrera en todas las cosas que constituye el tono general de los grandes capitales, son agentes muy poderosos de todos los males. El último orden de mis observaciones, se dirige á un argumento que ciertamente es el que mas persuade, pero que sin embargo es tan frágil como los demas: los viajeros que han trepado al Chimborazo, al Popocatepetl, y á otras grandes cumbres, han sentido tan afectada su respiración, que ha llegado el caso de arrojar sangre por los órganos de la cabeza, y de tener que bajar rápidamente para no perecer: esto es indudable, pero tambien lo es que la altura de estos gigantes de los montes sobre la mar, es mas de dupla que la que tiene México sobre los oceanos; por consiguiente, figurémonos que la respiración de un resorte que tiene un espacio, sin soma, para metálar, pero que de ningún modo puede extenderse ni estenderse indefinidamente, pues entonces transpiraría los líquidos que vemos en todas las cosas de este mundo: de aquí deduzco yo que el hombre va bien y con libertad dentro de los espacios vitales que rodean al globo: uno horizontal que se extiende á diversos grados la latitud, según que el frío y los accidentes locales le permiten acercarse á los polos; y otro perpendicular ó atmosférico, que parte de las playas, y se eleva hasta Bogotá, Quito, Toluca, Zacualtipán &c. hasta si esto no fuera así, la superficie de la tierra: toda, no seria mas alta que Ampalco, Cadix &c. ó el hombre no podría moverse de las costas: en el primer caso, encerraciones de rios, de mareas fijas, y de tantos otros objetos prodigiosos que conocemos, y que no entendemos; y en el segundo, quedaría desierta la mitad del globo; y en uno y otro caso, el hombre seria de poca condición en esta parte, que las vegetales, pues el encino, el liquidámbar, el Fresno y otros, tienen su faja vital, conocida y clasificada con los nombres de limite inferior y limite superior: por que, pues, la respiración humana no ha de tener reconoci-

dos y clasificados tambien sus limites. Será porque ellos son tan estrechos: como se pretiene, ó porque su ancho es superior á los mas anchos?... Yo creo lo segundo; porque así como la organizacion de la boca, indica el clase de alimento de que se nutre el viviente, los limites de las cereales marcan tambien los vayas del hombre, pues parece que para solo los pajirros y los cuadrúpedos, no habia de ser el maíz, el feijol, el trigo, y tantas otras sustancias como se producen desde Veracruz hasta Toluca, ni que mas tierras que ofrecen tales maravillas para la mas perfecta y mas grata segunda nutrición del hombre, tuviesen incompleto lo relativo á su primer sustento, que es el del resuello.

He notado algunas compensaciones, algunos equilibrios subalternos ó en pequeño, que se verifican en la naturaleza, para conservar la coincidencia ó adaptación que hay de una idea á otra cosa, y ahora presentaré un caso ideal, pero poco considerado, por el que se verá, que esa portentosa armonía, existe tambien en las grandes porciones. Supongamos que Moscú estuviera tan elevada como México, y que México estuviera tan bajo como Moscú, en este caso, el hombre no podría hablar ni á una ni á otra ciudad, pues la primera aumentaría mucho su frío glacial, porque se privaba del abrigo que le dá su poca altura, y la segunda aumentaría tambien en calor tropical, porque se privaría del fresco que le dá su mucha estatura; conviene á saber, que aunque en estas mismas regiones hay parages habilitados tan bajos, ó mas que Moscú, su gran calor se modifica, porque la mucha inmundicia á la mar les proporciona sin cesar los vientos húmedos y puros que han posado sobre ella, cuya compensacion no podría tener México, por su distancia de los dos mares que ciñen á la república.

Antes de concluir este artículo, y para redondear estas observaciones, es preciso notar que el aire de la Meridional de la república, es eminentemente puro, y que en la ciudad de México tenemos pruebas de hecho que lo testifican: hay algunos puntos en las calles, particularmente en las inmediaciones de las escuelas, de los colegios, y de otras casas habitadas por mucha gente, no que sin notarse la menor afluencia, sufre el olfato una impresion horrible, y esto es proviniendo de la inmundicia que transpira por las rendijas de las artagas, las cuevas son abiertas para limpiarlas, y en el acto mismo en que el viento y la luz las penetran, cesa del todo el mal olor, y (aunque con mucha inprudencia) se espere aquel lodo venenoso sobre la calle, en cantidad de dos ó tres mil pies cúbicos, sin que se advierta la mas mínima cosa que indique una decomposicion en el ambiente;

llevando á tal grado estos abusos del clima, que aquellos depósitos subsisten á la vista de todos seis á ocho dias que dura la limpia; y yo he notado en este cortísimo tiempo, transformarse esa materia desde ser un liquido negro como la tinta, hasta quedar en tierra parda, polvosa y vegetal, que he visto aplicar muy bien á las macetas: podemos, pues, decir, que una operacion que en otros temperamentos causaria la muerte y la desolacion, en México produce flores y causa recreo; y á este propósito puede tambien referirse el que los cuerpos pútridos que están á toda la luz y á todo el viento, se estinguen mas bien por disecacion que por disolucion, pues las reses que vemos en las carnicerías, se revisten á poco de una especie de costra seca, brillante y apergaminala, que va reduciendo el volumen de la pieza, de modo que aunque en su interior se verifique la putrefaccion, su mal olor no se percibe sino muy cerca, y nunca sucede está hinchazon de la carne, que la hace fermentar en otras partes de una manera tan desagradable al olfato á largas distancias, y lo cual el ocurrese en México, traería multitud de males en atencion á que la suma de emanaciones corruptas de cada hogar, produciría en esta gran ciudad un capelo constante de atmósfera pútrida.

Con mi acostumbrada desconfianza, he puesto estas indicaciones, temiendo incurrir en algunos errores; sin embargo, creo que si ellas son examinadas por personas facultativas, tendrán éstas un vasto campo para discurrir, tan hermoso, tan nuevo, y tan variado, como lo es esta México, museo de los templos, archivo de los palacios, y margarita de las ciudades.—N. I.

Diciembre 15 de de 1843.

(Escrito para el Museo).

A MI PRIMO

IGNACIO F. ALTORRE.

Huyó veloz el tiempo de ventura,
Tiempo de gloria, de placer y amor,
Y dejéme en sus huellas amargura
Y recuerdos de angustia y de dolor.

De amor la llama que abrasó mi seno
Dentro mis venas ¡seco! correr;
Y en copia de oro yo apuré el veneno
Que me brindó en su beso una mujer.

¡Una mujer! que con ardiente abrazo
En mi pecho estreché con frenesí;
Yo me adorné, ¡insensato! en su regazo,
Y entonces ¡pues! ¡ser feliz creí.

No es tan grato el aroma delicioso
Que da el capullo de naciente flor,

Como el aliento cálido y precioso
Que yo en sus labios respiré de amor.

Ella era pura como tierno lirio:
Yo con el suyo confundí mi ser:
Era mi amor frenético delirio,
Y era placer del cielo mi placer.

Era de gozo el encendido llanto
Que vertíamos fervidos los dos;
Y era de dicha el animado canto
Que dirigíamos al potente Dios.

Dentro de mi alma placida delicia
Ella inundó con su feliz mirar,
Y al recibir su angelica caricia
Yo creía en sus brazos espirar.

Después... otro mortal la llamó mía...
Ella miróme, me abrazó y lloró;
Mas ella con sus lágrimas mentía
Y á los brazos de ese otro se arrojó.

Y fementida, y perfida y perjura
Rebosando en su alma la crueldad,
No se dolió de mi fatal tristura
Y me dejó en horrenda soledad...

Después... la vida pálida y florosa,
Víctima débil de furor sufrir,
Desfallecida cual marchita rosa,
Sin la grata ilusión de un porvenir!

La ví y lloré, porque la amaba tierno,
Porque endulé mi vida con su amor:
¡Al verla con las penas de un infierno
Creí que mi padecer y mi dolor!

Guadalajara, Diciembre 7 de 1843.—Manuel
R. Altorre.

(Escrito para el Museo).

MORALIDAD DE PLATON.

Frecuente este sábio que viajaban juntos por casualidad un marinero y un comerciante, y que éste preguntó al primero:—¿Dónde murió vuestro padre?—En el mar, respondió.—¿Y vuestro abuelo y bisabuelo?—En el mar tambien.—Y sabiendo eso, ¿es posible que tengais valor para embarcaros?—Disimulé el marinero, y satisfizo al mercader, diciéndole que no tenía otro medio de vivir: pasado un buen rato le preguntó el marinero:—¿Ha muerto vuestro padre?—Sí.—¿Y donde falleció?—En un cama.—¿Y vuestro abuelo?—Tambien en su cama.—Y es posible, Señor, que con ese desengañto tengais aliento para acostaros?—De este modo le hizo ver, que por mar y por tierra, son inevitables los peligros, y cierta la muerte.

PALACIO DE OAJACA.

Es el tiempo del gobierno español, se hallaban en las Casas consistoriales de la ciudad de Oajaca, su Intendencia, Esco. ayuntamiento, los juzgados de los alcaldes, y la cárcel de hombres que ocupaba gran parte del edificio.

Después de proclamada la independencia y el sistema federal, fueron ocupadas por las cámaras de diputados y senadores &c. hasta el año de 1832.

Notándose la parte alta del edificio cuartada, á causa de la mala construcción que tenía, pues se componía cada pared de dos lienzos, y el espacio entre ellos lleno de argamasa; desprendido el lienzo interior del exterior, presentaba una cuarcadura de ocho y media pulgadas de ancho, con desplomes hacia la plaza mayor. Se trató entonces por el gobierno, de acuerdo con las cámaras, de distribuir de mejor y mas decorosa manera el interior del edificio, y evitar el mal que pudiera causar el desprendimiento de la pared exterior de los altos, si á causa de algun temblor (que antiguamente eran temibles por su fuerza) se desgajaba la parte insegura, dejando por consecuencia, casi el todo del edificio reducido á escombros. Se trató entonces de un arquitecto que se encargase de la dirección de tal obra.

La obra antigua constaba de un portal de ciento diez varas de largo y diez y seis de ancho, con veintisiete arcos, de dos varas de claro y sostenidos por pilares de una vara cuadrada; dos grandes estribos en sus extremos, y otros dos que dejaban al centro tres arcos, todo de estilo gótico. Sobre cada claro de arco, habia en los salones de la parte superior, un balcón.

En la parte baja habia construido (casi todo de adobe) las piezas que ocupaban las cámaras de diputados y senadores, con sus secretarías, el salon de sesiones del Esco. ayuntamiento, una sala de comisiones, otra de recreo, otra de etiqueta, los juzgados de los alcaldes de 1.^a, 2.^a y 3.^a nominacion, con una pieza de reserva cada uno y la cárcel de hombres.

En 7 de Febrero de 1832, siendo gobernador del Estado, el Sr. coronel retirado D. José Lopez de Ortigosa, y de acuerdo con las cámaras del mismo, ofreció al señor senador por Oajaca, como representante del Estado en México,

D. Demetrio del Castillo, para que solicitase y contratase formalmente, á nombre y con aprobacion del gobierno del mismo Estado, á un arquitecto, y lo verificó; contratándose para la direccion de tal obra, desde su principio hasta su conclusion, el arquitecto mayor D. Francisco de Paula Heredia, quien puesto en camino para Oajaca, llegó á dicha ciudad el 4 de Marzo del mismo año, y procedió á la formacion del valor de las casas consistoriales.

Concluido que fué, formó los planos de la obra proyectada, los que puestos á la aprobacion del gobierno, éste, antes de darla, citó á todos los gefes de las oficinas que allí se iban á construir, para que oyendo sus opiniones, diese su resolucio.

Se presentaron algunos obstáculos para llevar al cabo los primeros planos, pues siendo diferentes entre sí el número de piezas y las comodidades ó necesidades de cada oficina, hubo grandes variaciones por las distintas opiniones de cada uno de los gefes de las oficinas.

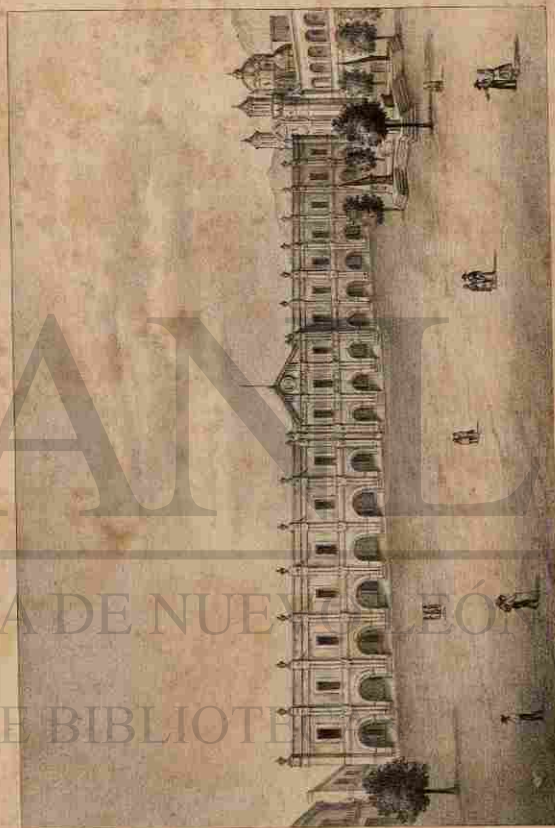
Se procedió á la formacion de segundos planos; y aun no conciliando estos el deseo de todos los gefes, hicieron nuevas objeciones. Repitiéndose esto mismo por seis veces, resultó que los planos que por la séptima vez se hicieron, conciliaban ya el gusto general.

Los citados planos contienen en la parte inferior del edificio, la aduana con todas sus necesidades; la comisaría con todas las suyas; el salon de sesiones del Esco. ayuntamiento, su secretaría; archivo y piezas de naceros; los juzgados de 1.^a, 2.^a y 3.^a nominacion; el cuerpo de guardia y pieza del oficial de cla, y otras varias.

En los altos, el salon de etiqueta del Esco. Sr. gobernador, su antecala, otra pieza de espera, su secretaría y archivo, un despacho particular de S. E. y una amplia habitacion para sí y su familia. El tribunal superior de justicia con todas sus salas, secretaría, archivo y pieza de despacho; la cámara de senadores con todas sus oficinas, y una amplia habitacion para el gefe superior de rentas, sobre su misma oficina.

Frete á la puerta principal del palacio, la cámara de diputados con su secretaría, archivo, pieza de recreo, &c.

Mientras el arquitecto director formó los dis-



PALACIO NACIONAL DE OAJACA.

tantos planos que se han referido, se procedió á la destrucción del interior para comenzarse la obra nueva. Fué forzoso destruir el todo del portal, por estar sin mas cimientos que dos hiladas de piedra, lo que ocasionó su desplome.

Trabajaron simultáneamente cerca de doscientos hombres diarios, entre libres y forzados, hasta el 11 de Junio de 1833, que á consecuencia del sitio puesto á la ciudad por el Sr. general D. Valentín Canalliza, se suspendió, no solo esta obra, sino tambien la de la apertura del camino carretero de Oajaca á Tehuacan, cuya dirección se habia encargado al mismo director de la obra del palacio.

Un decreto de la legislatura, dado en 11 de Junio, suspendió dichas obras para atenderse á la guerra en el año de 1833.

En Enero de 1834 se siguió la obra del palacio con pocos trabajadores, y por fin despues de grandes restricciones por las escaseces de numerario, se concluyó la fachada, la que aun quedó sin recorrer, por no haber fondos ya para satisfacer á los canteros que debieron ejecutarla.

A lo interior, solo quedó construido la mayor parte de la aduana y la comisaria, teniendo ambas mucha parte á lo exterior que mira al poniente.

La fachada que mira al norte, consta de un portal de diez y siete arcos, en ciento y diez varas de largo. Su ancho, con todo y grueso de arcos, es de ocho varas: en el centro, tres arcos mas salientes hacia la plaza, hacen en el ancho del portal un espacio de cerca de once varas, cuya amplitud, única quizá en esta clase de obras en la república, unida á la estremada solidez de la obra y hermoso ornato sujeto al orden dórico con todos sus necesidades, le hacen ser (según un certificado dado por el gobierno del Departamento al arquitecto director de la obra D. Francisco de Paula Heredia) la mejor en su linea en toda la república mexicana.

La elevacion del palacio no es mas que de catorce varas; y el trozo arquitectónico saliente en el centro, está coronado de un frontis ó tímpano triangular, habiendo en la superficie interior que dejan sus cornisas labradas en relieve, las armas de Oajaca, y al pié esta inscripción: "Año de 1837. Gobernando el Escmo. Sr. D. José Lopez de Ostigosa."

De cada uno de los arcos parte hacia el fondo del portal un arco, que forman todos á cierta distancia la mas simétrica vista. Toda esta hermosa fachada es construida de sillares y buena cantería: la parte exterior en ambos cuerpos está adornada de columnas apareadas, coronadas en la parte superior por un jarrón de

dos varas de alto; de suerte que pueden considerarse unidas, á la solidez de una fortaleza, la arrogancia magestuosa de un palacio.

Esta obra sin concluir, y paralizada desde que se concluyó la fachada, sufre deméritos considerables. Están de hecho amortizadas las sumas de pesos que se invirtieron, pues nada de lo construido tiene el uso de su destino: ni se le puede dar otro alguno en tal estado, pues las paredes se encuentran sin torta: los claros de puertas y ventanas, sin hojas de madera, aunque para estas, existen mucha parte de sus cerros y peñinos cortados desde el año de 1834: alguna clavazon y tablon de plancha para forros: los suelos están sin arreglo, y lo comenzado á construir, desmejorado por los soles y aguas que sufre.

Tal es el triste estado que guarda la obra del palacio de Oajaca, cuya vista se acompaña á este artículo.—Z.

BUENA FE.

Lord Peterborough, vencedor del virey que mandaba en Barcelona á nombre de Felipe V, en 1705, arreglaba con el los artículos de la capitulación, cuando de repente llegan á sus oidos unos gritos espantosos.—"Vos nos haceis traición, milord," le dice el virey, "nosotros capitulamos de buena fe, y ved á los ingleses que han entrado en la ciudad por los baluartes, degollando, saqueando y cometiendo todo género de violencias."—"Os equivocáis," le replica Peterborough, "los que han entrado son sin duda las tropas del príncipe de Darmstadt; dejádmelos entrar inmediatamente en la plaza con mis ingleses para contener el desorden, y volveré á la puerta de la ciudad á concluir la capitulación." Fírmese en él: entra en la ciudad, acude con sus oficiales, arroja á los soldados, haciéndolos dejar el botín que llevaban, y despues volvió á la puerta á firmar la capitulación. ®

ESTRATAGEMA.

Situada Úla, ciudad de España, por los hijos de Pompeyo, no podia defenderse ya sin ser socorrida; curió, pues, á ella César seis cohortes de infantería, y otros tantos hombres de caballería, bajo el mando de Junio Pacheco. Habiendo llegado este famoso capitán español al campo enemigo durante una tan grande tempestad, que no era posible distinguir al amigo del enemigo, mandó marchar de dos en dos su caballería; y como le preguntasen:—"¿Quién va allá?" Respondió: "Cállense, quiero sorprender la plaza." De este modo entró sin peligro en ella.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

PANORAMA DE MEXICO.

LAS INUNDACIONES DE TABASCO.

El territorio de Tabasco ocupa una gran llanura baja, que se extiende desde las montañas de Chiapas, con que continúa, hasta el mar, en una distancia N. S. de cuarenta leguas poco mas ó menos, si no es por la parte de Yucatán, que se dilata hasta cerca de cien leguas, describiendo por ese rumbo la figura de un rectángulo que va á terminar con la pequeña provincia del Peten de la república de Centro-América; se sabe que entre E. y O. colinda Tabasco con Yucatán y Veracruz, y que la distancia media entre ambos Departamentos es, de cincuenta leguas; todo este país parece de reciente formación, pues á mas de que sus terrenos son de aluvián, y su alzamiento gradual y continuo se verifica todavía á la vista de una generación; por lo que esta idea es que desde la costa, en toda su longitud, hasta á diez leguas en el interior, las tierras son tan bajas que muy poco se elevan sobre el nivel del mar; y mas allá, muy imperceptiblemente se van alzando hasta que por su inmediación á las montañas adquieren una elevación no muy considerable; como este fértil territorio está cruzado por multitud de ríos, las inundaciones son frecuentes y en todas direcciones, desde mediados de Junio hasta fines de Octubre; mas las desbordamientos de los ríos que en otras partes son temibles, en Tabasco, á pesar de la degradación de su suelo, son esencialmente benéficos, y una inundación se espera regularmente con tanto anhelo como en Egipto, aunque no con la misma incertidumbre en sus favorables resultados, pues son muy diversas las causas de esta expectativa: en Tabasco, crecen ó no los ríos, puede estarse siempre seguro de las cosechas, pues estas dependen allí de la bondad de los terrenos, y de la abundancia de las lluvias, á mas de que casi en cualquier mes del año pueden sembrarse las semillas de primer necesidad, y obtenerse siempre mas ó menos felices resultados; mientras que en el Bajo Egipto solo se consiguen después de las inundaciones del Nilo, pues sabido es que pocas veces liere en aquellas comarcas. Las crecientes en Tabasco, además del eminente beneficio que producen alzando y me-

jorando progresivamente los terrenos, con los despojos de las montañas que arrastran las aguas y depositan en su reposo, todavía presentan otros no menos importantes para los moradores de aquel Departamento: en la época de las inundaciones, el tráfico interior adquiere una asombrosa actividad, y se pone todo en movimiento extraordinario; entonces el país se convierte esencialmente en otra Venecia; pero por supuesto en mucha mayor escala: á todas partes se puede entonces ir y venir embarcado cómoda y fácilmente: los palos y maderas preciosas, retenidas poco antes en los depósitos del campo por la dificultad de conducirlos por tierra, pueden trasportarse á donde se quiere con prontitud y pocos gastos; las pingües cosechas que estaban entrojadas en los montes, expuestas á perderse y desmejorarse por las lluvias, se llevan embarcadas á los graneros de las haciendas, ó se bajan á los mercados convenientes; y adquieren desde ese instante casi el doble de su valor. Los cenagosos depósitos de palo de tinte, que por falta de agua suficiente en los arroyos ó canales se hallaban todavía en los lugares en que fué cortado, siendo allí casi inútil su valor á sus laboriosos dueños, se conducen hasta las margenes inundadas de los ríos, y sobre ellas se forman montañas artificiales de esta valiosa madera, que por su gravedad específica se sumerge y no hay riesgo de que sea arrastrada por las corrientes. Los plátanos del cacao reciben un riesgo saludable, que si alguna vez, pague tardar mucho tiempo sus troncos bañados por las aguas, suelen *cafrarse*, como allí dicen, é impedir la fructificación (1), otras, y son las mas ocasiones, les preparan convenientemente para producir ricas cosechas. Los pueblos que por no estar situados en el día sobre las márgenes de los ríos, porque algunos de estos hoy están cambiado su curso, pueden entonces exportar sus frutos y demás efectos, ahorrando un 50 por 100

(1) Acaso por este subito enfriamiento, se condensan los gases de la planta, y obstruyendo su libre circulación, se perturbaban las funciones orgánicas, y disminuían la fructificación.

de fletes, pues tal es la diferencia de conducirlos por tierra al verificarlo por agua. En esa época se vé en S. Juan Bautista á su hermoso río, á la gran laguna que tiene á sus espaldas y al Jicaro, arroyo que atraviesa una parte de la ciudad, embellecidas sus orillas con inmensidad de canoas, cargadas de todos los frutos del Departamento; por aquí se ven maderas preciosas hacindas; allí cortes completos de casas que han bajado en balsas; mas allá piraguas nuevas de diversos tamaños, cargadas de artefactos de madera que se han construido á la vez en el fondo de los bosques y se traen ahora para vender, á merced del auxilio de las aguas que se han derramado en todas direcciones: en fin, por todas partes se observan los productos de la industria y de la agricultura, que aprovechándose de la escasez inundación, se agitan de mil maneras por presentarlos en el mejor mercado de aquel país.

En los meses de Octubre, regularmente todo Tabasco presenta la imagen de un gran lago, apenas salpicado de algunas islas, pues aun muchos de sus pueblos se sumergen hasta dos y tres pies de profundidad bajo las aguas: entonces no se conoce, sino apenas, el curso de los ríos, pues estos se nivelan con las antiguas lagunas, que tambien se han desbordado y confundido sus cenagosas aguas con las de aquellos. Pero esta tempestad, verdaderamente divertida y útil para los hombres del campo, es de alarma y destrucción para los animales; entonces se ha visto al cuidado ciervo perder el miedo que tiene á la especie humana, y buscar inquieto en las poblaciones, el refugio que en vano ha querido hallar en las florestas: los *puercos de monte* se dejan mas bien matar á palos, que volver á arrostrar los peligros de que han huido, porque cansados de nadar, é inciertos de encontrar otro asilo, se agrupan en el primer islote que han hallado y allí son muchas veces sacrificados por el primer cazador que los ha visto. Los tigres se trepan en los árboles, y las culebras se enroscan en sus ramas; y estas dos razas malditas se escapan casi siempre de los estragos de una inundación, á la vez que multitud de animales pacíficos sucumben ahogados, ó bien son victimas del *machete* ó plomo del cazador, pues por ese tiempo hacen estos, embarcados, grandes y divertidas escursiones, siempre con feliz suceso.

Afortunadamente en estas crecientes de los ríos, casi nunca sobrevienen desgracias considerables; como tienen lugar todos los años y se repiten varias ocasiones en cada uno de ellos, todos los acontecimientos están previstos oportunamente: las grandes y peligrosas inundaciones, en que las aguas traspasan sus límites conocidos, rara vez se verifican, y aun entonces no son muy temibles en sus resultados: rara vez se ha causado la pérdida de alguna vida, pues

las canoas, tan abundantes en el país de las aguas, sirven para prevenir cualquier fortuito caso; y solamente los ganados vacuno y caballar suelen perecer, cuando sus dueños no han cuidado de trasladarlos á su debido tiempo á las lomas, ó porque las inundaciones han sido tan repentinas que no han dado tiempo suficiente para evitar sus estragos: algunas veces tambien las cosechas han solido perderse, si en los meses de Junio en que no se han asegurado todavía, sobreviene alguna considerable creciente; mas como solo por Octubre se verifican regularmente las grandes avenidas, porque antes no han caido suficientes aguas para llenar las lagunas y bajos, circunstancia indispensable para que salgan de madre los rios, de allí es que por ese tiempo ya se han cogido las cosechas, á la vez que los ganados han sido retirados á las alturas designadas previamente, pues todos se preparan para las crecientes de estos meses.

Las inundaciones de los rios de Tabasco no son solamente de importantes beneficios para sus habitantes, sino que son designadas como temporadas de diversiones y fiestas campestras para algunas poblaciones, principalmente en la capital del Departamento, en donde se preparan ó improvisan pasos de familias y de amigos, por medio de grandes canoas que surcan las aguas mangas de una laguna, ó navegan por los que poco antes eran caminos carreteros, y ahora son hermosos canales, sembrados de una vegetación gigantesca, y embellecidas sus orillas por sencillas casas de campo que descuellan sobre las aguas, poca mucha de ellas, con sus huertos y cercados, se hallan sumergidas, presentando en alguna manera, el aspecto de un pequeño archipiélago: por otra parte, los frondosos y corpulentos naranjos, cargados de sus frutos dorados, los esbeltos palmeros, los encumbrados cocos, los piramidales mameyes orindos de Haiti: los inmensos plantíos de cañas de azúcar, y los plátaneros, como otros mil árboles preciosos, decoran el gran cuadro: la multitud de aves acuáticas, que con su agudo ó ronco grazido, huyen desparpadas á la proximidad de los viajeros: los ganados vacuno y caballar, nadando inciertos de aquí para allá, ó bien hundidos hasta el costillar entre las aguas que han venido á invadir sus dominios, y á ocultarles los verdes pastos que allí abundaban, y sin mas recurso ahora que *rumiar*, levantando percerosamente sus cabezas á este fin: el ir y venir de otras canoas, cargadas de productos del país, ó bien de otras familias que han salido igualmente á solazarse: el cambio mágico, en fin, de toda la antigua escena, pues todas las vistas se han mudado con la elevación de las aguas, como puede imaginarse: este conjunto de movimientos y perspectiva, estasia el alma sen-

sible del que lo contempla, y hace rebosar la alegría entre las divertidas familias, que tal vez en estas solas ocasiones, han salido á gozar del hermoso panorama de los campos, y de la magnífica vista del conjunto de las aguas. Felizmente casi nada viene á turbar estas inocentes diversiones, pues formidos y ágiles remeros conducen diestramente las canoas destinadas al efecto, ó bien navegan á la palanca por los caminos principales y savanas, cubiertas entonces por las aguas masas que se han esparcido, cuya profundidad en estos paseos, apenas es de tres á cuatro pies. Ni la idea de grandes padecimientos en las familias proletarias, cuyas casas hasta un tercio están bajo las aguas, puede contristar á los alegres viajeros; pues si bien, entonces esas familias tienen que dormir en sus *tapanacos* (1), acompañadas de sus perros y gallinas; esta penosa situación que no dura sino dos ó tres días, se dulcifica con la abundante caza y pesca que les proporciona una creciente, y disfrutan además, las facilidades de conducir y vender á mejores precios sus frutos antes estancados. Son no obstante, muy pocas las casas que son invadidas por las aguas de una avenida, pues al tiempo de construirse en ha cuidado de elegir el terreno mas elevado, si lo hay cercano, ó se alza artificialmente y se rodea de estacadas para impedir su desmoronamiento, y por este medio se precaven los efectos de una inundación.

Regularmente estas no duran en las tierras próximas á la sierra, sino doce á veinticuatro horas ó lo mas; pero son tambien allí mas rápidas y sorprendentes, pues las aguas descienden muchas veces con una violencia espantosa, y llenan y desbordan, en pocas horas á los rios, pues no habiendo por esos rumbos lagunas ni bajos por donde pudiesen desahogarse, se derraman sobre los caminos principales, que comunmente están paralelos con los rios, y los cubren las aguas como á los terrenos inmediatos, hasta seis y ocho pies de altura sobre su superficie; mas en los parages distantes, doce ó quince leguas de las sierras hacia la costa, las crecientes las dan mas tiempo, y se presentan con menos impetuosidad; y cuando empiezan las aguas á bajar, es con lentitud, pues ballándose toda la superficie del pais cubierta de una gran cantidad de aquellas, los desagües de las barras no son suficientes para arrojárselas al mar con mucha prontitud; pero á los quince dias de la mayor creciente, si no ha sobrevenido algun fuerte norte que vuelva á renovarla con mas ó menos fuerza, todos los terrenos bañados por

(1) Especie de cielo grueso de las casuchas del campo, compuesto de paños ó cañas colocadas horizontalmente, y unidas entre sí por medio de junco que los sujetan.

la avenida quedan enjutos; y esta es la razón por que durante una inundación, se nota esa actividad y movimiento en los transportes, pues es necesario entonces aprovecharse de las facilidades que se tienen á la mano, y que tal vez no volverán á presentarse sino hasta despues de corrido un año.

Tales son los resultados y ventajas de un acontecimiento, que en otras partes se mira con terror ó como una calamidad pública, y que en Tabasco despierta mil intereses, y produce mil beneficios.

México, 19 de Diciembre de 1843.—M. Z. y Z.



A UNA MARIPOSA.

Ligerilla.
Mariposa
Que volando
Placentera
De los nardos
A la rosa.
De los mirtos
Al jazmin;
Con tus galas
Y colores
Siempre inquieta
Revolando,
Juzgas pocas
Tantas flores
Mariposa
Para tí
Vuela, vuela,
Castellos.
No te pares
En ninguna,
Que tras esa
Miel sabrosa
Hay veneno
Mataador.

En el mundo
Las mugeres
Miel ofrecen,
Flores son;
Pero cuestan,
Sus placeres,
Una vida
De dolor.

J. M. ESTEVA.

AL RIO DE MEDELLIN.

Como tranquilo, magestuoso rio, mientras sentado aqui á la sombra de esta verde palmera que se mueve al soplo de la brisa, te contemplo y lloro con el recuerdo de esas horas de placer y de ventura, por las que ha rebaldado mi existencia en estos mismos sitios, ahora tan tristes y solitarios. Yo te he visto, rio, alegre y bullicioso, arrastrar tus aguas cristallinas entre multitud de frescas y vistosas enramadas; yo he surcado tus aguas en una ligera barquilla, al lado de una virgen mas hermosa que el primer rayo de luz que dora la superficie de los mares, y mas pura que la gota de rocío, que duerme en el cáliz de la flor. Con sus esbeltas formas, y suelto sobre la espalda su rubio cabello, yo la juzgaba en mi enagenamiento en un ángel descendido del cielo, para divinizar mi existencia, ó una sílfide nacida de tus cristallinas ondas, para llenarla de placer y de ventura. Nuestros acentos de amor se mezclaban con el dulce murmullo de tus aguas, y respirando el aroma voluptuoso de los sésufles y jazmines que adornaban tus orillas; y acariciados por la fresca y consoladora brisa, nos adormiamos, dulcemente arrullados con los rumores del bosque, con el armonioso canto del enmurnado conejillo, y con el quejido triste y monótono de la sensible tortola. Tú me viste feliz y contento, adornar con corona de jazmines la frente de mi querida; é imprimir en su mano de marfil el beso del amor. Su seno, mas blanco que la nieve, se movía agitado, como se mueve oscitando la espuma de los mares; y tal vez, tú participaste de mi entusiasmo, cuando una nube de rosas dibujó el pudor en sus senos; cuando sus negros y brillantes ojos ligeramente empañados con la lágrima del placer, clavaron en los míos una mirada lánguida y apasionada; y cuando reshalaruh por sus ucarados labios aquellas palabras de amor, mas dulces que la miel que sale del nectario de las flores, y mas tiernas que las notas con que canta el ruiseñor las oraciones de la noche. Escuchas mis quejas, magestuoso rio; aquellos tiernos juramentos; aquellas horas de felicidad y de ventura, huyeron veloces y se han perdido en la nada, como huyes tú á perderse entre las aguas de un mar agitado y borrascoso. El tiempo pasa, y arrastra consigo las horas felices de nuestra vida. Todo huye con él, y se pierde en lo pa-

sado, dejándonos tan solo un recuerdo y algunas lágrimas que verter. Tú mismo corrías ayer risueño y bullicioso; tus cristallinas aguas se rizaban al soplo de una brisa, embalsamada con el aroma de las flores, y hoy correas magestuoso é imponente, cubriendo hasta los bordes de tu cauce, y arrastras en tus turbias aguas, los troncos de árboles gigantes que has arrancado en tu furor. Dime, rio, ¿adónde están aquellos cuadros llenos de encanto y de poesia, que presentabas por todas partes, y que mas de una vez, en el silencio de la noche, y á la pálida luz de la luna vine yo, gozando, á contemplar! ¿Adónde están los innumerables cocuilos, que con sus bellas luces iluminaban débilmente la bóveda de laurelos que te cubría! ¿Adónde ese ambiente voluptuoso que se respiraba junto á tí. Dime, en fin, ¿adónde están esas hermosas virgenes que ayer recibías en tu seno, y cuyas esbeltas formas se dibujaban graciosamente en el cristal de tus aguas; esas verdes y vistosas enramadas, á cuya sombra te desizabas tú en el caloroso día; esas ligeras barquillas que te surcaban, y ese ruido y alegría que se escuchaba por todas partes! Hoy reina un silencio sepulcral en tu rededor, que interrumpe de vez en cuando el rechúmdo de algun árbol que desgaja el viento, y el sordo rumor con que le arrastras. El pueblo que se levanta en tus orillas, duerme desierto y solitario, como el náfrago infelice duerme el sueño de la muerte en las orillas de un mar enturpecido. Corre, corre, magestuoso rio; tú tambien me has visto ayer alegre y placentero, cantar bebido de amor y de ventura, las felicidades de la vida; y hoy me miras en tu márgen, contemplándote triste y silencioso, y derramando amargas lágrimas, que enen y desaparecen entre tus turbias ondas.

Veracruz, Noviembre de 1843.

JOSÉ MARÍA ESTEVA.

PENSAMIENTO INGENUOSO DE UN ESPAÑOL.

Uno de los últimos reyes de España, á quien la suerte de las armas habia quitado muchas plazas importantes, recibia no obstante de sus contemporáneos el título de grande. «Su grandeza, "dijo un español, "es como la de las zanjias, que son mayores cuantas mas tierra les quitan."

GUADALAJARA.

LAS DELICIAS DE JALISCO.

WALS PARA FORTE-PIANO.

COMUESTO Y DEDICADO AL

SR. D. JOSE FRUTO ROMERO.

POR SANTIAGO DIAZ DE HERRERA.

TIEMPO
DE
WALS.

Musical score for the first system of 'Las Delicias de Jalisco'. It consists of two staves: a treble clef staff for the right hand and a bass clef staff for the left hand. The time signature is 3/4. The key signature has one flat (B-flat). The first measure of the right hand is marked 'P. dol'. The score includes various musical notations such as slurs, accents, and dynamic markings.

Musical score for the second system of 'Las Delicias de Jalisco'. It continues from the first system with two staves. The right hand staff features a 'len' (lento) marking and a 'loco' marking. The left hand staff includes dynamic markings such as 'p', 'f', 'sf', 'cres', 'ff', and 'fin.'. The score concludes with the lyrics 'cre - cen - do' and 'f di - mi -' written below the notes.

mu - en - do *p*

f

p *f* *D. C.*

The musical score is arranged in three systems. The first system features a vocal line with the lyrics 'mu - en - do' and a piano accompaniment. The second system continues the piano accompaniment with a dynamic marking of *f*. The third system concludes the piece with dynamic markings of *p*, *f*, and *D. C.* (Da Capo). The score is written in a key with one flat and a common time signature.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





RECUERDOS DE UN DÍA EN EL PUENTE DE CALDERÓN.

En Homage
AL CRONISTA DE LA LUCHA DE LA INDEPENDENCIA,
EN MUESTRA DE AMISTAD,
AL SR. D. CARLOS MARIA BUSTAMANTE.

En día 8 debíamos hacer la jornada que hay de Zapolanejo á Tepicáñan, y yo resolví que nos levantáramos mucho antes de la salida del sol, no para llegar temprano á aquel lugar; sino para permanecer todo el día en Calderón, y recorrer detenidamente los lugares en que el 17 de Enero de 1811 se dió la terrible batalla de este nombre, y en la cual la fortuna tres veces favorable á los heroicos campeones de la independencia, les volvió al fin las espaldas, dando al ejército español el triunfo mas importante que alcanzara en la lucha de la independencia.

El nombre de Calderón nunca fué para mí un nombre vulgar. Enlazado con los mas grandes sucesos de mi patria, habia sido en particular para Guadalajara el desenlace de un drama terrible. Las batallas de la Boreca y Zacualco, en que habia muerto la florida juventud de la ciudad: la entrada triunfante de Torres, precedida de un aparato indecible de terror y de la huida del obispo, suceso extraordinario entonces: la aparición de Hidalgo y su mando: la concentración del ejército independiente, y los preparativos de la batalla: la persecución y la muerte de los españoles sacrificados al resaca de un montón interior: la derrota de ese ejército, anunciada por centenares de fugitivos: el terror con que se aguardaba al implacable Flon: la entrada de Calleja y las ejecuciones con que ensangrentó la ciudad; todos estos sucesos pasados del 11 de Noviembre al 31 de Enero, habian dejado en cada familia memorias dolorosas y recuerdos de espanto que aquella generación no podia olvidar, y que los que nacimos algunos dias después de tan terribles sucesos, recogíamos desde nuestra mas tierna infancia. Antes de poder comprender lo que era una batalla, ni por qué se habia dado el terrible combate, el nombre de Calderón era para nosotros un nombre de infortunio, de sangre y de lágrimas, impreso en el alma por los primeros recuerdos de la infancia, é intimamente ligado despues con la idea del sacrificio de los parientes y los amigos de nuestros fa-

milia, del terror y la desolacion de una ciudad entera, de la sangüinaria venganza de los opresores extraños, y del infortunio de nuestra patria.

Calderón era, pues, para mí, como para tantos otros, un nombre de indefinibles emociones, un recuerdo doloroso y de gloria á la vez; y por el sentimiento natural que excita nuestra curiosidad, deseando ver los lugares en que se han verificado los grandes sucesos históricos, yo ansiaba, hacia mucho tiempo, por pasar en Calderón algunas de aquellas horas solennes de meditacion que se pasan en la soledad, ocupada la mente de serias reflexiones, y conmovido el corazón con el recuerdo de los pasados sucesos. Durante mi vida he contemplado muchas veces los lugares de nuestras ciudades consagrados por alguna memoria, y yo no sé por qué la vista de los hombres despojados sus encantos á estos monumentos; mientras que en la soledad adquieren un no sé qué de grave y de solemne, que hierre el alma y la aterra.

Tal fué lo que sentí en Calderón. La mañana estaba fría y nublada, como mañana de Diciembre; el viento surt del Norte penetraba nuestros poros; produciendo un sordo murmullo las hojas secas de algunos árboles; y las estremidades de innumeras ramas desecadas seco, sobre cuya superficie el aire describía mil fantásticos dibujos; delante de nosotros se divisaban las altas cimas de los montes, y á nuestros pies, y á nuestro alrededor habia una loma árida y desigual, sin árboles y sin agua, de un color rojizo y lleno de piedras: en el fondo se veían algunos jacales y uno que otro animal pastaba rumiando en el campo.

Estábamos en Calderón, en Calderón que silencioso ahora, fué con todo un día el lugar en que cien mil hombres se reunieron para destruirse, para empapar aquel campo en sangre, y dejar sobre el centenares de cuerpos humanos que sirviesen de pasto á las aves de rapina; y á los animales feroces de aquellas cercanías; aquel silencio volvió luego, y no volverá á interrumpirse quizá hasta el fin de los siglos.

artillería gruesa y cuyos calibres eran de 16 á 24. Su trasporte fué un verdadero prodigio, puesto que aquellas piezas enormes fueron arrastradas durante mas de cien leguas de un camino fragosísimo, y por el cual en algunas partes jamas han pasado ruedas; sin mas máquinas que los hombres de millares de mexicanos que "regaban materialmente la tierra con el sudor de su cuerpo," como ha dicho el Sr. Bustamante. Algunos de aquellos cañones quedaron desaharrados en Moctitlic, y llegaron á Guadalupe 43 de los que se mandaron treinta y tantos al campo de Calderon, donde se reunieron 103, de los que 8 se desbarancaron y 87 cayeron en poder de los españoles; de estos, 43 eran fundidos por los insurgentes (1). En cuanto á Calleja, su ejército constaba de seis mil hombres perfectamente disciplinados, con la mitad de caballería, diez piezas de campaña y un repuesto enorme de municiones (2). Tales eran los dos ejércitos que debían batirse.

En la tarde del 16, Calleja se acercó á hacer un reconocimiento del enemigo: dos compañías de voluntarios de Celera y Guisnajuat, prosiguiendo el reconocimiento, se encontraron con las avanzadas americanas, y sostuvieron con ellas un tiroteo, que alarmó á Calleja de tal suerte, que mandó en su auxilio al cuerpo de infantería ligero de San Luis, á la compañía de escopeteros de Rio-Verde, y á los esquadrones de España y Mexico (3). Las avanzadas sostuvieron el fuego, y se retiraron en orden al puente. Calleja se situó á tiro de cañón de este, y no volvió á ocurrir novedad durante la tarde. Llegó la noche, y los dos ejércitos durmieron acampados á tiro de cañón el uno del otro, y en medio de aquel silencio profundo, que no era mas que el légal precursor de las tremedades escenas que debían verificarse á la vuelta del día. Torres instó por que se le diesen unas piezas y alguna fuerza, para molestar toda la noche al ejército realista; pero Allende no convino con esta idea, que según uno de nuestros historiadores (4), hubiera podido dar grandes resultados, debilitando y aterrorizando á los enemigos, en los cuales, la multitud de los contrarios, debía siempre producir gran temor.

En cuanto á Calleja, conocia las ventajas de la disciplina: aseguró á su ejército, que "aquellas mas inmensas de caballería, invalidarian el desorden y la confusión en sus líneas dandoles la victoria (5)", y después de practicado otro reconocimiento por el comandante de la artillería, D. Ramon Diaz de Ortega, formó su

plan reducido á que "una columna atacase por la derecha del enemigo, hasta desalojarlo de "la loma y baterías, al mismo tiempo que otra "por la izquierda, la llamara la atención por ambos lados, y á travérsala el puente, ó vadeses "el arroyo según conviniera, cayendo á un "tiempo con todas las fuerzas sobre el centro, "en que se percibía las fuerzas sobre el centro, "contrario (1)". En la noche hizo reconocer si habia algun paso viable para subir á la loma donde estaba la batería principal, y por la mañana distribuyó su fuerza en tres columnas. La primera se puso al mando de D. Manuel Flon, conde de la Cadena, antiguo gobernador de Puebla y famoso por el carácter inapacable y sanguinario que habia desplegado en la guerra de la independencia, y se componia del regimiento de infantería de la Corona al mando de D. Nicolás Barri, y de los regimientos de Mexico, Puebla y Querétaro al mando, el primero, del capitán Baron de Antonelli, y los otros dos al de los coronales D. Diego Garcia Gánde y D. Manuel Pastor, con cuatro cañones de batalla (2). Al mando de D. Manuel Emparan formó otra columna de caballería, para que acometiese por la derecha, flanqueando la última batería de aquel lado mientras que el coronel D. José María Jalou debía acometer por el centro, quedando Calleja con la reserva para ocurrir á donde conviniera (3).

Por su parte Allende dispuso que Abasco se encicrara en la cabeza del Puente mandando una fuerte division que se extendia al pie de las dos baterías, con el objeto de impedir el paso del ejército de Calleja. Tales fueron las disposiciones de la batalla.

El día 17 el ataque comenzó con la claridad de la aurora. El conde de la Cadena marchó el primero con su division, llevando los cañones á mano y superando la dificultad que presentaba el terreno, y la acción se emprendió en el acto. Las valientes tropas de Allende lo salieron al encuentro, y emprendieron una lucha sangrienta con objeto de impedirle que subiese á la loma, y pretendiendo cortar de la division principal una seccion considerable de infantería, que al mando del capitán D. José Ignacio Vizcaya, protegía la marcha de aquella, con la que logró al fin reunirse, llevando dos cañones que quitará á las fuerzas independentes. Entónces Calleja que se habia movido protegiendo la

(1) Estas son las palabras de un parte, aunque es probable que haya querido presentarse, previendo el plan de batalla, en el mismo orden, que observó después, estrechado por circunstancias tanto desfavorables para él. En su proclama después de la victoria dice, que la batalla fué obra de sus fuerzas, y en muchas otras de sus comunicaciones se van sus fracasos á las fanfarrias y voluntariosas mas ridiculas.
(2) Parte de Calleja.
(3) Dr. Mora.

marcha de la primera division, se dirigió hácia el Puente con objeto de tomarlo, y no pudiendo hacerlo porque "tenia delante el grueso del ejército enemigo y consideraba ventajosa su posición (1)", se adelantó con su estado mayor, cuatro cañones, el batallon ligero de Patriotas, la compañía de escopeteros de Rio-Verde, las dos de voluntarios y su escolta, y ocupó una pequeña eminencia que se ve á la izquierda del Puente y cerca del lugar donde estuvo la tercera batería.

Entre tanto la acción se habia comprometido en la izquierda y en la derecha. El conde de la Cadena, orgulloso con el éxito que habia obtenido y llevado de su natural fogosidad, atacó la gran batería. Ni el parte de Calleja, ni el detall de los cuerpos realistas, ni las noticias tradicionales que sobre esta batalla nos han quedado, ministran los datos suficientes para seguir todas las evoluciones del ejército; pero sabemos sí que después de cuatro horas de un combate obstinado y sangriento, la victoria parecia favorecer á los gefes de la independencia. El fuego de la batería principal, el ataque sostenido de la infantería, cuyos tiros eran secundados por multitud de piedras y de flechas, y el récto encierro de la caballería, tenían, después de dos horas de combate, reducida á la division del conde de la Cadena al mayor apuro. Fatigada la tropa y escaseando las municiones, se habia visto en la terrible precision de retroceder y hacerse fuertes en su rotaguardia (2); allí la artillería viendo acabarse su parque, sostenia ya apenas un fuego tenue; desordenada la infantería buscaba mas ya la retirada que el combate, y los dos regimientos de dragones de Puebla y S. Luis que se sostenian contra todo el grueso del ejército enemigo, comenzaban á retroceder (3), cuando se advirtió que Calleja, apercebido de aquel desastre, mandaba una fuerte division compuesta del 29 batallon de Granaderos, los dos escuadrones de caballería del cuerpo de Frontera y los dos cañones del Parque, al mando del primer ayudante D. Bernardo Villamil. Sin el extraordinario valor de Flon y las ventajas de la disciplina, el combate hubiera terminado en aquel momento. Allende trataba de aprovecharlo, y mandó que la division de Torres continuara sus ataques con el mayor empeño, y que la caballería se precipitara sobre la indecisa fuerza de Flon. Dos veces se tocó á degüello, y dos veces la caballería fué rechazada, porque el fuego de la artillería no causaba todos los estragos que debiera, porque las cruñetas de los cañones eran bastante imperfectas y no podian dirigirse bien con

ellas las puntorias, y porque ademas los cuerpos de infantería no tenían la disciplina necesaria para vencer aquella resistencia de fuerzas perfectamente instruidas y organizadas. Estas circunstancias fatales que por dos veces impidieron la victoria, dieron tiempo á que Villamil llegara dirigiendo los fuegos de su artillería, con lo que la batalla se restabeció, salvando á la division del conde de la Cadena, de una derrota casi segura. Pero los independentes no cedían, y habiéndose incendiado á poco con los fuegos un gran pajonal que habia en el campo (4), Allende quiso aprovechar aquella circunstancia, y mandó que el grueso de la caballería é infantería, de fiscal fueran un recio ataque á la division; pero lo resistió la seccion de Villamil, haciendo que la infantería cargara á la bayoneta, yendo á carrero, formando en batalla y protegida por la caballería. Este movimiento, y la circunstancia de que el viento arrojaba el fuego y el humo contra el frente del ejército mexicano, hicieron que

[1] El incendio del pajonal y la explosion del carro de la pólvora, han sido esplicados de diversa manera. Torrente que lleva su parcialidad hasta un extremo ridículo, calla esta circunstancia que disminuyó el efecto de un tiro, y nada dice de ella el Sr. Zavala. El doctor Mora omite el incendio del parque, y atribuyendo el éxito del pajonal á la descarga simultánea de las ascuas y siete piezas en los últimos instantes de la batalla, trata por principal causa de la derrota. El Sr. Bustamante dando igual importancia al incendio del pajonal, ni atribuye al del parque. Yo he procurado examinar este punto con todo detenimiento, y me parecen incontestable que hubo en efecto un carro incendiado y un pajonal en el que prendió el fuego. Testigos oculares de aquel suceso me han referido que vieron los estragos del carro, y que encotraron multitud de muertos y heridos por él, de suerte que en este hecho no me cabe duda, y como el pajonal no podia haber causado otros estragos, parece indudable que es incorrecta la relacion del doctor Mora. Ademas, si como este señor supone el incendio del pajonal se hubiera verificado en los últimos instantes de la batalla, que fué cuando dispararon á un tiempo las ascuas y siete piezas de la gran batería, este suceso no hubiera podido influir en la batalla, porque en aquel mismo instante de la caballería y la artillería de los españoles estaban á tiro de pistola de la batería americana, y obraron con tal igualdad que los cañones cargados á metralla no pudieron dispararse. Por esta misma circunstancia creo tambien que debe rectificarse la relacion del señor Bustamante, como yo lo he hecho, poniendo el incendio del parque al fin de la batalla, que es cuando en efecto sucedió, y el del pajonal en la acción particular entre el conde de la Cadena y la division de Torres. En esta explicacion se contraría perfectamente lo que era tan difícil de combinar, en el supuesto de que el incendio del parque hubiera causado el del pajonal, es decir, que el fuego y el humo hubiesen dado contra el frente del ejército independiente cuyos carros de municiones debían consistir colocados detrás y no delante de sus filas; y ademas está apoyado en un documento de mucho crédito, en el extracto que el mayor general de infantería hizo de la relacion dada por el teniente coronel D. Joaquín del Castillo, en cuyo parte se habla del incendio, del campo, en el lugar y con las circunstancias que yo lo he adoptado. Y debo agregar que esta historia se verifica tambien en la tercera batería, y en muchos otros puntos del campo de batalla.

(1) Son palabras de su parte mismo.

(2) Extracto del parte de la infantería.

(3) Parte de Calleja.

(4) Dr. Mora.

(1) Estado remitido por Calleja.

(2) Dr. Mora.

(3) Parte de Calleja.

(4) Dr. Mora.

(5) Su proclama de la víspera.

después de disputar largo rato la victoria, se replegase á su antigua posición; sin que las fuerzas enemigas pudieran aprovechar esta ventaja, porque demasiado fatigadas ya y habiendo consumido las municiones se limitaron á guardar su campo, haciendo una resistencia cada vez mas débil y que mas presagiaba la derrota que la victoria.

Durante este tiempo la division española de la derecha estaba en los mayores apuros. El general Emparán avanzando con su division, habia tomado la espalda de la tercera batallia sobre la cual se dirigian tambien los fuegos de la artillería de Calleja, y lejos de lograr que se desconcertara la fuerza situada en aquel punto, encontró en ella una resistencia tenaz y obstinada. La artillería habia hecho un fuego incesante sobre la caballería, y esta desconcertada por tanto valor, por la multitud de enemigos, y por la circunstancia de estar muy mal herido el mencionado general Emparán, cedia ya cuando la division que habia quedado á las órdenes de D. José María Jalón marchó con toda celeridad á auxiliarla. Aquellas tropas de refresco vadearon el río teniendo el agua hasta la rodilla y llegando al campo en el momento de la derrota desplegaron en batalla su izquierda y poniéndose en el intermedio de la caballería casi vencida del ejército independiente, cargaron á la bayoneta, y con aquel movimiento hábilmente combinado, arrebataron con torrentes de sangre (1) la victoria que los gloriosos campeones de la independencia creían alcanzar por segunda vez. Con todo, no por esto cedieron: Aldama y Portugal que defendían aquella línea, mandaron sobre ella un nuevo refuerzo que ya no llegó al campo, porque el estado de la batalla exigía del jefe realista un movimiento rápido, general y decisivo.

En efecto, después de tantos y tan sangrientos como obstinados combates, la victoria sonreía aun por tercera vez al ejército independiente. En la gran batería de la derecha, después de cinco horas de combate, el conde de la Cadena sin poder adelantar un paso, se limitaba á guardar su posición en espera de auxilios y municiones; mientras que las fuerzas de sus enemigos sin cesar reforzadas suplían la disciplina con el brío. A la izquierda Emparán gravemente herido, y apenas escapado de la derrota, estaba acometido por las fuerzas que volaban contra él; mientras que una fuerte division se dirigía con objeto de cortar los equipajes del ejército realista y ponerlo entre dos fuegos; operación dispuesta por Allende, y que verificada de-

(1) Este combate fué muy sangriento, y en los partes se asegura, que en la infantería de Jalón, no habia una sola bayoneta que no estuviese manchada de sangre.

bia poner en confusión y completa derrota á las fuerzas todas de Calleja. Este conoció la enormidad del peligro, y se decidió á hacer un último esfuerzo, concentrando toda la accion en la batería principal del ejército independiente, y aventurando á un golpe instantáneo y decisivo la suerte de aquella batalla, cuya prolongacion le era funesta por la superioridad del número y el indomable valor de sus contrarios. Se puso al frente de toda la reserva; reunió la division de la derecha, y pasando el puente fué á reunirse con la division de Flon que estaba en los últimos apuros, y en la que su presencia infundió valor y su prestigio consiguió reunir á los dispersos. Los independientes replegaron en el acto su campo sobre el punto de la batalla, y allí comenzó el combate. Las divisiones de Calleja y Flon, y las de Abasolo y Torres, estuvieron en un momento la una enfrente de la otra, y comenzaron un combate sangriento, en el que los americanos no cedían un palmo de tierra; Mas Calleja que tenia resuelta avanzar, lo arrojó todo y se adelantó, mandando por delante sus diez cañones de batalla, los que seguidos del batallón de Granaderos y el regimiento de la Corona, tomaron la izquierda por la orilla de la barranca en que estaba apoyada la batería principal: el batallón de Patriotas y los cuerpos de caballería marchaban al mismo tiempo por la derecha, protegiendo el peso de la division de Emparán que en aquel acto desembocaba por el puente un momento después, aquel por la retaguardia de la derecha y Flon por la de la izquierda; se dirigian tambien á la batería principal, y de esta manera el ejército todo se batía entre el punto y la loma.

El independiente doblaba sus fuerzas con su valor. Abasolo cargaba por detrás; Aldama se dirigía con su division á proteger la batería, y Torres defendía esta con una gran serenidad de ánimo. La batalla era general y terrible, y hacia ya un cuarto de hora en que los dos ejércitos á medio tiro de fusil se atacaban con un furor cíclopeo, sin ceder ni uno ni el otro, cuando una granada cayó en un carro lleno de municiones del ejército mexicano, é hizo en su campo una explosion tremenda. Multitud de hombres perecieron incendiados: las fuerzas próximas al lugar de la catastrophe se desconcertan, y Calleja aprovecha el momento: la caballería se precipita por la izquierda; por la derecha avanza Ortega, comandante de la artillería, y detrás de él la infantería ataca á la bayoneta, cargando en batalla y á la carrera. El ejército independiente aterrorizado con la explosion del carro de municiones, incapaz de poder dar direccion á las piezas de la gran batería, y atacado por un movimiento veloz, se vió estrechado, teniendo á su espalda una inmensa barranca y por su frente un ejér-

cito de 6,000 hombres bien disciplinados y armados. No pudo resistir, y este fatal momento decidió de la victoria. Las piezas cargadas á metralla no llegaron á dispararse, y las fuerzas que guarnecian la batería principal tomaron la huida; en tanto que Abasolo, Allende y Aldama se retiraron batiendo el ejército español, impidiéndole que persiguiese á los fugitivos, y apoderándose de la última batería prolongaron allí bastante tiempo la resistencia, hasta que cediendo ya al número, á la disciplina y á la fortuna, se retiraron tranquilamente del campo de batalla, teniendo el tiempo necesario para recoger sus equipajes, y organizar las pequeñas secciones con que marcharon después para Aguascalientes.

El enemigo no pudo atacarlos en su retirada (1), y un solo hombre, el conde de la Calena, á cuyo corazon no bastaba la sangre derramada y que ciego en su furor se dirigió con solos dos dragones para continuar su carnicería en los vencidos que huían, encontró bien pronto un muerto horrible y demasiado merceda. En el día de la victoria un cadáver livido, desengridido y lleno de heridas, era todo lo que quedaba en el campo de los vencedores del feroz asesino de Guanajuato. Guadalupea vencida, entregada sin piedad á la venganza de sus crueles vencedores, era el objeto con que su afán se habia deleitado muchos dias antes, y así la ciudad firme tuvo un consuelo al saber que su vendigo ya no podria perseguirla. Pero Calleja y Cruz le quedaban todavía. El primero hizo fusilar en el campo de batalla ciento y tantos prisioneros que se habian tomado (2), reservando otros doscientos para ostentar su triunfo en Guadalupea, en cuyo lugar los diezmos y Cruz iba á tomar el mando de la Nueva Galicia, donde después de diezmar las poblaciones y sacrificar multitud de inocentes, debia huir como un cobarde á la proclamacion de la independencia.

La batalla de Calderon, tan grande y terrible

(1) Torres, que es sin duda, uno de los pocos historiadores que se conocen, no solo calumnia á Allende, suponiendo que se retiró del campo de batalla, dejando abandonadas en él sus tropas, sino que asegura que el ejército realista no huía, porque los que huían que habian eran tan compuestos é innumerables, que la caballería no tenia choros por donde pasar.—Este hombre es mal hablado y peor novellista.

(2) Esa noticia me la ha dado una persona muy fiable, que asistió á aquella memorable batalla, y la misma me ha asegurado que la pérdida del ejército independiente en la batalla, no pasó de 500 hombres muertos. Lo sé así porque segun los partes, fué de 50 muertos y 125 heridos. El Dr. Mora dice que los prisioneros pasaron de 500, y Zavala asegura que en el ejército independiente perecieron 16,000 hombres. En un solo guarnecido está escrito por número, otro que por errata de imprenta hay un cero mas; antes que suponer que un hombre como Zavala cometiese tan alto error. Ann el ejército de 2,800 me parece escogido, y está dividido sin duda de los partes del ejército español, que dicen una cosa equivalente.

en la historia, cómo no será un mamantál de sentimientos dolorosos y de pensamientos profundos, cuando sobre aquel suelo consagrado por la sangre generosa de tantos héroes, se ven todos los lugares en que la suerte del combate se decidió por rícos encuentros, y la imaginacion nos transporta á aquel día de heroísmo y de infortunio! Yo me figuraba viendo los esfuerzos prodigiosos de la multitud que allí combatió. Miraba á los solos entre meses de proclamada la emancipacion, un ejército con cien mil hombres y cien piezas de artillería, ir á batirse con una division bien disciplinada. Contemplaba cómo aquellos hombres desnudos y sin armas, lucharon seis horas sin retroceder, ante las baterías que los segaban á centenas. Me figuraba á los nobles gefes de la independencia dirigiendo el combate, supliendo la ciencia de los ejércitos con el instinto de la libertad, y separándose los últimos del campo de batalla, para ir á continuar la santa lucha, hasta que su sangre preciosa se vertiera en los cadáveres; y entonces cuán grandes me parecían los héroes de mi patria, y cuán pequeños los que sin haber participado una chispa de su elevado patriotismo, han querido oscurecer su memoria, reprochándoles los errores de la época y las dificultades naturales de aquella lucha: como si ellos no hubieran aprovechado todos los elementos de que pudieron; como si no hubieran hecho todo lo que el valor y el patriotismo podían hacer, y como si los hombres á quienes no ha sido dado seguir dignamente en el oscuro horizonte de las discordias civiles, tuvieran derecho de tocar una sola hoja del laurel de los mártires de la independencia!

Siempre he creído que la generacion que venga, y que compare á las dos que se han precedido, y cuya herencia habrá de recoger, dirigiéndose apenas una mirada de compasion, consignará un culto puro y asacudido á los que destruyeron la obra de Hernán Cortés. ¡Que obra! ¡Que hombres los que la demolió!

En aquel lugar recordaba yo, que allí mismo habia estado Torres, honrado y sencillo campesino, que abandonó su familia y sus comodidades, para seguir el estancarte peligroso de Dolores, y que vencedor en Guadalupea, no derramó la sangre de los vencidos, ni hizo volver lágrimas á las familias de los que perseguía. Torres al mismo tiempo que Calleja entraba á degüello en Guanajuato, y que Flon mandaba de sangre á Granaditas, dió libertad á todos los prisioneros, y garantizó á todos sus enemigos, en la ciudad misma, en la que poco después se le pasó por vilipendio en una carreta, castigándole que levantara aquella mirada que debia atarar á sus asesinos. «Yo no tengo, dijo, porque bajar los ojos, y sin necesidad de ser

"instrumento los llevaré altos." Con la misma seriedad que subió á la horca, en la que su cadáver permaneció espuesto, hasta que se lo bajó para dividirlo en trozos, que se clavaron en varios parages de la ciudad. Este fué el gobierno español en la guerra de independencia.

Torres murió como un héroe, por el ingrato país, que todavía no inscribe su nombre glorioso en el lugar destinado para recordar el de los campeones de la independencia; y sus asesinos han arrastrado, y llevarán hasta el fin de su vida el enorme peso de aquel crimen nefando (1). La muerte de Torres me inspiró mil reflexiones melancólicas, sobre el triste fin que por lo común han tenido en el mundo la virtud y el heroísmo.

Mas adelante estaba el campo en que combatió Abasolo, hombre que como Torres, había libertado de la muerte á multitud de españoles, para sufrir como él el peso de su ferocidad. La historia del noble y valiente Abasolo cuyas cenizas descansan en una mazmorra extranjera, y la de su heroica esposa, son uno de los episodios más tiernos y sublimes de aquella lucha. Mis lágrimas cayeron sobre los lugares que me recordaban tan vivamente su memoria. ¡Y cómo olvidar la de Allende! Como no pensar en el jefe demorado de aquella batalla! Hidalgo acusado de los malos sucesos de su causa, por la natural division de los gefes de una empresa desgraciada, había dado una relevante prueba de su desprendimiento, cediendo á Allende el mando y todas las disposiciones del combate, del cual se mantuvo retirado con el cuerpo de reserva, á mas de una legua del campo de batalla.

Hidalgo, Aldama, y Allende, fueron los primeros autores de la independencia. Solos los tres en la casa cural de Dolores, habian pasado la suerte de la patria, en la noche para siempre memorable, del 15 al 16 de Septiembre de 1810, y entonces desconcertados en sus proyectos, perseguidos ellos y presos ya sus compañeros, Hidalgo con voz de trueno anunció, que era llegada la hora de quebrantar las cadenas, y solo con cinco hombres empezó para un combate de muerte á un poder terrible. Yo no sé que la historia refiera algo que se parezca á esto, y por ello he creído siempre que Hidalgo y sus dos compañeros de aquella noche eran grandes, colosales en la historia. Los tres emprendieron aquella guerra, y los tres vieron disiparse á los cuatro meses sus esperanzas en el campo funesto en que me encontraba. Aquí, decia yo, la victoria les sonrió: aquí pudieron crear un im-

(1) Torres murió el 23 de Mayo de 1812. Los otros tres que se le hicieron en su entrada, y los horribles términos de la sentencia, fueron en realidad la obra de Cruz; mas segun la *Historia D. Juan J. de Souza y Frana, D. Francisco Antonio de Velasco, D. Manuel Garcia de Quevedo, y D. Domingo Maria Güirald,*

tante realizadas sus esperanzas; y aquí tambien tuvieron que medir su grande alma con el infortunio. ¡Cuánles serian los sentimientos que agitaba á Abasolo y á Allende, cuando al frente de sus filas, hacian caer las de los opresores de su patria, y cuando resistiendo su choque veian en su esfuerzo y su disciplina, el signo precursor de la victoria! ¡Qué horas tambien las que Hidalgo pasó, oyendo el estrépido de la batalla, y sabiendo sus variables nuevas!...

Yo pensaba en todo esto: yo recorría todos los lugares, en que creía que hubieran pasado los sucesos mas importantes de la batalla figurándomelos con la imaginacion, y llené el alma de pensamientos dolorosos y de ideas melancólicas. Despues, en la mañana misma procuré encontrar alguna de las piezas desbarbancadas en aquella batalla, y no encontré ninguna: probablemente estos monumentos únicos que han quedado en aquel campo de tan terrible suceso, estarían ya enterrados en el polvo de tantos años. Vi tambien una multitud de piedras sobre las que en otro tiempo se levantaban unas pequeñas cruces de palo, y en las cuales el vulgo creía que se habian recogido las osamentas dispersas de los cadáveres que quedaron insepultos en aquellos sitios, y retirándome despues al rancho, hablé de aquel acontecimiento, esperando encontrar algunos recuerdos tradicionales que nada nuevo revelaban, y que con todo, tenian para mí no sé que de sorprendente y solemne, escuchándolos en el lugar en que se habian verificado, y de la boca de los que hacian de ellos un recuerdo diario.

En la noche la luna brillaba sobre el firmamento. Millares de estrellas lucian sobre aquel cielo purísimo, y una calma profunda reinaba en los contornos. Me acerqué al puente, y sentado en una piedra de él, pasé largo tiempo revolviendo los recuerdos del día, y pensando sobre todo en las tremendas noches, que en aquel mismo lugar pasaron los dos escritos, la víspera y el día de la batalla. En la primera, mas de cien mil hombres, en la flor de la vida y con el corazón lleno de esperanzas estuvieron allí, pensando todos en el combate y en la victoria, y los mas de ellos en la grande obra de libertad y de justicia, que esperaban alcanzar con su valor y su vida. Al día siguiente, el tigre descansaba ya despues de haber devorado su presa: miles de hombres huían desparvoridos con el terror de la derrota: los gefes de la independencia se retiraban con el corazón lleno de pesar, acercándose al lugar en que debían hallar fin sus días preciosos: el campo estaba lleno de cadáveres, empapado de sangre, cubierto con los escombros de la batalla, y en él existían solo vivos, aquellos á quienes la victoria habia favorecido, y los que

prisioneros en sus manos, se guardaban para servir al orgullo de los vencedores en su entrada triunfal, y satisfacer despues su sed implacable de sangre. ¡Cuánto infortunio y cuántos dolores en este horrible drama! Lo que entonces sentí, no puede describirse, porque á pocos hombres ha dado Dios la facultad sublime de revelar lo que hay de mas íntimo y de mas tierno en el corazón humano. Pero yo jamas olvidaré aquel día, en que á la pálida luz de la luna, y con los ojos humedecidos por una emocion profunda, fijos en el teatro del tremendo sacrificio, mi corazón preguntaba á la Providencia, ¡si tantas lágrimas, tanta sangre, y tanto heroísmo serian inútiles, ó si bien llegaría un día en que la sangre derramada en Culebrón produjera la libertad, como al cabo de diez años produjo la independencia! En aquellos momentos, al menos mi fe en el porvenir de mi patria fué completa y segura, y mil otras ocasiones he servido de consuelo á mi corazón, el pensar que Dios no abandonaríá jamas la causa, por la cual quiso que se vertiese tanta de la mas noble y mas pura sangre que ha habido sobre la tierra.

México Diciembre de 843.—M. ORTIZ.

LA FLOR DEL SEPULCRO.

Flor solitaria y hermosa
Que en este asilo sagrado
Te levantas misteriosa,
Teniendo en el pie una losa,
Teniendo una cruz al lado,

Dime, flor, ¡si la ventura
Te hace tan galana estar!
Como puedes así gozar
Entre tanta sepultura
Donde se viene á llorar!

¡Cómo puedes tan hermosa!
En tu tallo ser muerte?
¡Cómo puedes, silenciosa,
Estar tan fresca y vistosa,
En la mansion de la muerte!

¡Cómo pudiste nacer,
Aquí, do la nada habita:
Do en polvo se torna el ser:
Donde se acaba el placer:
Donde todo se marchita!

Aquí el ambiente aromoso
No mueve tu blanca frente;
Ni al arroyo bullicioso
Miras pasar, sonrososo,
Con su limpida corriente.

Mil frescas y hermosas flores
No te envillan, flor, aquí;
Ni los tiernos ruiseñores

Cantan sus dulces amores
Volando en torno de ti;

Ni te adormece el arrullo,
En la siesta enorgañada,
De tórtola enamorada;
Ni oyes el tierno murmullo
Que sale de la erumada;

Ni tienes vistosa alfombra
Para tu pie virginal;
Y cuando el sol te hace mal
No te cobija la sombra
De algun vecino rasil;

Ni oyes el cantar sencillo
De la inocente pastora,
Que canta bajo el tomallo
Mientras tije un canastillo
Para el pastor que la adora.

Dime, flor, ¿quién te ha plantado?
Por tu hermosura ¿quién vel
Y cómo no te has secado
Teniendo una cruz al lado,
Teniendo un sepulcro al pie!

Tal vez en la noche umbrosa
Viene, misteriosa flor,
Alguna joven hermosa
A regurte cariñosa
Con lágrimas de dolor;

Tal vez esa tumba encierra
De una virgen la existencia,
Y consolado su ausencia
Brotaste tú de la tierra,
Emblema de su inocencia;

O serás el alma pura
De algun ser angelical,
Y vienes en la noche oscura,
A velar por tu hermosura,
El cariño maternal.

Tal vez guardas, olorosa,
En el tu cáliz, ¡oh flor!
El suspiro de una hermosa,
A quien encierra esa losa
Su primero y tierno amor;

Tal vez eres la plegaria
De algun inocente niño,
Y en la losa funeraria
Quedaste así solitaria
Recuerdo de su cariño.

Dime, dime, flor galana,
¡Por qué has venido á vivir!
Do está la muerte cercano,
Donde ese fatal "mañana"
El hombre viene á dormir!

¡Qué representantes así,
Mostrándote tan hermosa,

Quando al rededor de tí,
Tan solo se mira aquí,
A la humanidad llorosa?

Alma, recuerdo, plagaría
O emblema de la inocencia;
Vive, vive solitaria
Bajo esa cruz funeraria,
Con tu frescura y tu esencia.

A verte el hombre vendrá
Por sus penas arrastrado:
Aquí, flor, las florará.
Y en tí el presenta verá
Entre cenizas aislado.

Quédate, sí, tan hermosa,
Con tus misterios ¡oh flor!
Mientras al pie de esta losa
Entono canción luctuosa,
Plagaría de mi dolor.

Veracruz, Octubre 19 de 1842.—José M.
ESTEVA.

(Escriba para el Museo.)

MEDITACION.

HA DADO UNA HORA.

Doces veces se ha escuchado el sonido de una campana. El compás del tiempo ha dado un golpe. El metrónomo que marca á los mortales los instantes de la vida, les anuncia que ha pasado uno. El hombre ha dado un paso á la eternidad; el mundo se ha acercado á su fin. Una hora ha pasado, y ésta hora que ha pasado no volverá, y si te sucedieran algunas que tambien pasarán para no volver más.

El hombre ríe; el hombre goza de su existencia, y entre el algarazán del mundano festín, ó en el lecho tranquilo del sueño, no piensa, no siente que ha pasado una hora.

Gozará el amante en los brazos de su bella todas las dulzuras, todas las delicias del corazón. ¡Ah! él contemplará, estasiado, los ojos de su amada, empapados con las lágrimas del deleite; él libará en sus labios de carmín los encantos del placer, y hará resbalar por su frente de azucena el beso del amor. Ellos gozarán. . . . Entre multitud de caricias que se prodigan, jurarán amarse, se jurarán un cariño eterno. ¡Infelices! Ellos disponen de su existencia, y su existencia tiene ya una hora menos; y su existencia que camina al sepulcro, ha hecho ya una jornada.

Pasan las horas para perderse en el olvido se desprenden del presente y caen para confundirse en la nada del pasado. La vida pesa con ellas como pasa á pequeñas gotas por los poros de una vasija de barro el agua que contiene. El hombre ríe y goza, sin embargo; porque ignora si la vasija se habrá mediado ya; porque no

piensa que cada hora que suena en su oído es una gota de agua que se desprende de ella. Ha dado una hora.

El avaro quizá se desvelará acumulando riquezas pécio de él como el condenado á muerte que en su tránsito al patibulo busca un remedio para aliviar una dolencia: sí, porque todos los hombres, al nacer, somos condenados á muerte; y la vida, esa misera existencia que gozamos, es el tránsito que hay de la capilla al lugar de la ejecución; y cada paso que damos es una hora que suena en nuestro oído. Ha dado una hora.

Son las 12. Ha concluido un día. Un día se ha borrado en la existencia de la presente generación. El silencio de los sepuleros reina por todas partes. Los mortales duermen: cual los personajes de un drama, ensayan hoy el papel que representarán mañana. El sueño de la muerte! ¡Ah! después de un siglo, todos los que hoy habitan la ancha extensión del mundo, habrán desaparecido en él. Los reyes, los orgullosos magnates, confundidos estarán en la buena con los miserables esclavos, y se habrán levantado nuevas generaciones, sobre las que pesará tambien la maldición del Señor.

La luna; ese astro hermoso que resbala en los campos, y en los mares, y en las ciudades sin apacible luz, que cual la reina del espacio recorre su silencioso imperio, ¡qué es sino una lámpara mortuoria que alumbrá los sepuleros de las generaciones, y que á la consumación de los siglos se apagará tambien!

Una hora ha pasado. ¡Cuántos habrán dejado en ella de existir! En cada hora, en cada minuto, en cada instante arrastra el tiempo en su carrera centenares de víctimas. Dentro de algunos momentos, tal vez, se cumplirá la maldición que pesa sobre nuestra existencia; y tranquilos dejemos pasar estos momentos, y sonreímos al placer, y sublimamos títulos y honores cuando nuestra vida comienza á agonizar, cuando el implacable destino ha levantado quizá la cuchilla que ha de caer sobre nuestra cabeza.

El hombre goza en el mundo y lo ama: ama sus placeres, sin pensar que ellos son únicamente algunas flores que recoge en el camino del cementerio para adornar su misma tumba. Sí, porque el mundo es un vasto cementerio, continuamente transitado por una multitud de éntes animados; por una grande caravana, que se dirige á un lugar donde debe arrojar una carga que pesa sobre sus hombros. A ese lugar, cansados unos del camino, lo distinguen de lejos; distraídos otros, tropiezan con él; y á esa grande caravana, á la que continuamente se agregan pasajeros y comienzan el camino, le señala una miserable campana los instantes que debe tardar en él. Ha dado una hora.

¡Adónde están Memphis y Cartago! ¡Adónde está Atenas! ¡Adónde, en fin, aquellas ciudades opulentas donde se erigian estatuas, con las cuales se creía inmortalizar algun nombre; donde se levantaban monumentos que desafiaban al tiempo! ¡Locuras de los hombres! El tiempo no dejará inmortalizar ninguno de sus monumentos, pues le basta para destruirlos, arrojar en cada hora un poco de polvo en ellos, ó separar un grano de tierra de su cimiento. El filósofo toma el báculo del viagero y se dirige á la patria de César y de Pompeyo; ¡qué es lo que ve! Un cementerio donde están los sepulcros de magníficas ciudades: campos criales sembrados de ruinas; terrenos inmensos en que el hombre distingue, en una columna derruida, ó en el cimiento de un templo, las huellas de un pueblo sabio y numeroso que cruzó por ellos. Al tiempo nada sobrevive, porque es un insaciable monstruo: una colosal estirpe que se alimenta con multitud de víctimas, y se complace en destruir lo que la mano ó el orgullo del hombre ha levantado. Monstruo que recorre ansioso la ancha extensión del mundo; cuyos ojos de fuego secan cuanto ven; cuyas garras de hierro destruyen y angustian cuanto pisa; y cuya espaciosa boca absorbe y traga cuanto en su curso encuentra. El hombre descansa tranquilo sin acordarse que este formidable monstruo se ha acercado á él; que sus pisadas suenan en el bronce de una campana. Ha dado una hora.

El patal levantado ya sobre la víctima, caerá de las manos del asesino; el avaro, que arrastra una vida llena de remordimientos por obtener riquezas, las despreciará; el tirano que por alcanzar un trono devasta los campos, arruina las ciudades y diezmá á los habitantes de ellas, apartará sus miradas del pedazo de tierra que anhela; si el infame asesino, y el insensible avaro, y el orgulloso tirano pudieran comprender el lenguaje elocente y misterioso con que el tiempo, con sus lenguas de bronce, nos dice: "Moriréis: ha pasado una hora."

Veracruz, Noviembre de 1843.—José María
ESTEVA.

TRATADO DE LA CIUDAD DE MEXICO.

Y LAS GRANDEZAS QUE LA ILUSTRAN DESPUES
QUE LA FUNDARON LOS ESPAÑOLES.

La escasez de las obras de Betancourt, y lo interesante del opúsculo que lleva el antecedente título, me inspiraron la idea de hacer un extracto de lo mas curioso que contiene, para ofrecerlo en las columnas del Museo.

Varios escritores de la historia antigua de

México se difundieron, y con razón, fijando la época de las fundaciones notables de la capital; pero sea que una relacion minuciosa y detenida, fuese extraña á su objeto, sea que absorbiesen su atención preferentemente las instituciones religiosas, se hallan diseminadas en varias obras notorias y observaciones que recopiladas con sensatez, estudiadas con imparcialidad y sano criterio, darían tal vez una idea mas exacta del espíritu de la época de la civilización, y las costumbres que los indigestos cronicones, que estacionarios y presa de la polilla, yacen olvidados bajo la custodia de misántropos bibliotecarios.

Comienza el padre Betancourt fijando la consumación de la conquista, como es sabido, el martes 13 de Agosto de 1521.—La planta que se le dió á la ciudad fué cuadrada, cercada con aceras, tres de las cuales atravesaban de Oriente á Poniente, para comunicacion del bastimonto: "los barrios y arrabales estaban habitados por los indios, con callejones angostos y inertecillos de carnelones con aceras, como los leman en su gentilidad, donde sembraban flores y plantaban sus arboladas."

Antes de pasar adelante, dire que la obra del padre Betancourt que me ocupa y lleva por título *Teatro Mexicano*, se publicó por los años de 1698, y habia de presente en el *Tratado de la ciudad de México*.

"Entrase á la ciudad, dice el autor, por seis calzadas; las tres antiguas de Guadalupe al Norte, de Tacuba al Poniente, y la de San-Anton al Medio-día; y por otras tres que hicieron los españoles; por la de la Piedad, por la de Chapultepec, y la de Santiago hacia el Poniente.

"Tiene tres plazas, donde no es el contrato, así de las cosas de comercio, como de bastimonto y de comidas: la principal y mayor al Poñiente de palacio; la del Volador, que es la de las escuelas; y la del marqués; otras muchas tiene, donde si los principios eran los contratos; la plaza de San Juan, donde era continuo el mercado y la venta de la ropa de la tierra; la de San Hipólito, donde miércoles y jueves por la tarde era el concurso grande para las cosas de bastimonto; y la de Tomatlan, donde se hacía el tingullo, que todo se ha reducido á la plaza mayor y aunque se ha mandado poblar y vender como antes, no se ha podido conseguir."

Se nota en esta obra la falta de plan; así es, que describiendo muy rápidamente en los primeros párrafos los edificios, habla en seguida de las entradas á la ciudad y de las plazas, en los términos que se ha visto.

Hablando de las aguas de que se sustenta la ciudad, y después de fijar su nacimiento como es sabido, en Santa-Fé una de las fuentes, y la otra en Chapultepec, cuya arquería dice que co-

menzó el marqués de Montes Claros, y acabó el de Guadaluazar, habiendo tenido de costo la obra 150 mil pesos, hasta la caja del agua que allí dice lebla á la esquina del convento de Santa Isabel.

Esto justifica lo posteriores que son el convento, el colegio de Minería, y el Hospital de Terceros. Continúa Betancourt:

"Tiene la ciudad una alameda alegre y vistosa, que fundó el virrey D. Luis de Velasco el Segundo, la primera vez que gobernó, para recreación de la ciudad, con sus calles de álamos y sauces &c., tocando al Poniente el convento de San Diego, descalzos de N. P. S. Francisco, cuya vista se hermosa con la plaza de San Hipólito, y la cruz verde del Santo Tribunal que la adorna." Parece que en su principio, solo llegaban los laterales de la alameda al frente de Corpus Cristi y San Juan de Dios. D. Isidro Rafael Gondra así explica el acrecentamiento y mejoras de este paseo:

"El tiempo y el notable contraste que presentaba la inmediación de un lugar de recreo, con otro de horror y aflicción, contribuirán á destruir el Querandero, y á prolongar la Alameda." En 1791 la mejoró Revillagigedo, y después de la independencia tuvo las siguientes mejoras, "según el propio Señor Gondra: primera, el foso y cerco que la rodeaba; pues antes estaba cerrada con un cuartel de madera; segunda, la colocación en sus cuatro ángulos de las puertas de hierro que antes coronaban la plaza de armas que ocupaba el frente de palacio &c.," menciona otras mejoras que no referimos por no hacer difuso este artículo, y porque se hallan en el periódico titulado el Semanario de Sfortioria, publicado hace muy poco tiempo.

Después de la idea ligera que da nuestro autor de la Alameda, y rompiendo toda ficción, se dirige y recorre en la pintura de los alrededores de México la feracidad de algunos pueblos, sus numerosas haciendas, sus aves variadas, y sus trépan equisitas; hasta que volviendo de la república correá sin anunciarse, dice bajo el rubro de *México*:

"Hay mesones y hospitales para caballeros y plebeyos. Bodegones donde comen, garfios en la plaza donde hay quina hasta chocolate, y coqueiras que venden sus guisados, y está todo al gusto, apeto y necesidad tan abundante, que á las seis de la tarde hay tanto bastimento, como á las nueve del día puede haberse."

He aquí la iniciativa de los cañes! Veamos ahora la idea que da de la población de México.

"Y si lo hermoso de la ciudad está en los que la habitan, por la gala y aseó que los adoran,

pasan de ocho mil los españoles vecinos, y de veinte mil las mugeres de que abunda de todos estados, donde sobra el aseó y excede la gallardía, y la mas pobre tiene sus perlas y joyas que la componen; por infeliz se tiene que no tiene de oro su joyuela para los dias festivos, y son pocas las casas donde no hay algo de vajilla de plata que á la mesa sirva. Hay millares de negros, mulatos, mestizos, y otras mezclas que las calles llenan, mucho gentío de plebe, y como dice Arias de Villalobos en su Mercurio.

"Tanto de esclavos número moreno, Cuento de cuentas y ninguno bueno."

Notables son las diferencias que con el México actual presenta el anterior: la población ha aumentado á cerca de 200,000 habitantes. En cuanto á perlas y joyuelas, sabe Dios como estamos; y no aminoré á decir si en el cambio de negros y mestizos, ó rubios y transatlánticos, hemos perdido ó hemos ganado; lo que ni escribimos con orgullo, recordando algunas otras naciones que se tienen por cultas, es que en México no hay esclavos.

Dejemos proseguir á Betancourt. "Hay tres estancos; uno de los naipes que dejan las bolsas á la luna, en casas algunas con licencia, y en particular donde por diversion se juegan: otro de cordobanes y vaquetas, y otro de solimán labrado para las caras de las damas."

Hoy, gracias al progreso, hay casas de juego, sin licencia se entiende, porque no la necesitan. En cuanto al solimán, se conoce que el holló seco entre nuestros antepasados, era lo propio que el actual; sin mas diferencia, que hoy se recurre á la cascarrilla y toalla de Venus, colorete &c., para cubrir las *triguiseques* de nuestros prójimos.

"Hay un coliseo famoso en el Hospital Real de los indios, con otras dos casas en diferentes barrios, donde los oficiales del contenido representaban comedias, algunas *criollas de la tierra*, y las más de España, engendradas allá, y acá paridas."

Muy sensible es para la literatura, que no hayan llegado á nuestros tiempos, en que pueden perpetuarse con menos dificultad las obras del ingenio por medio de la prensa, ninguna obra dramática de las que menciona Betancourt.

"La gala y el lustro es grande: el aseó y adorno en ricos y oficiales, los de menor cuantía hasta oficiales gastan gollitas y capa negra, andan en carroza y en caballos, grandeza es; pero quien viere á todos en un concurso, no diferenciándose el caballero rico, ó mayorazgo, del oficial mecánico, lo parecerá poca política; pero es bizarría de la tierra que infunde señoría y engrandece humildes corazones, aniquilando cultas condiciones."

Esta bizarría de la tierra que menciona el autor, favorecida por el cambio de sistemas políticos, y los trastornos revolucionarios, ha producido sin duda la confusión en las clases y ha dado á las costumbres ese carácter indefinido que hoy conservan; esa es la razón porque hoy el humilde escribientillo, y el cajero de casa de comercio con proporciones escasas, visten elegante, y es difícil distinguirlos del niño mimado del rico magnate; he aquí tambien por qué ese joven petimetre que salió de la *soiré* de buen tono, entra en conversacion, y tiene unas necesidades domésticas poco diferentes de las del sacroscello oscuro, que vive en el cuarto bajo, y con el se tutea y le sirve de padrino de casamiento; he aquí por qué la señora que se presenta con soberbio *schal* en el teatro, por competir con el lujo de la esposa del capitalista H, se encuentra dentro de su casa calzándose *chancelas* y envuelta en su reboso, gustando en platos de rica porcelana, el plebeyo *pato* regañado por la indígena en las calles; he aquí... Pero dejamos esto, porque eso sería descender á la descripción de las costumbres, y ese no es mi objeto.

"El natural de la gente comunmente es apacible, el lenguaje de lo mas propio que puede desearse; los caballeros y nobles son muchos, como ramas de lo mas ilustré de España; muchos hay de órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, y apenas hay calle de las principales donde no vivan muchos caballeros."

"Los criollos que nacen acá son agudos y profundos en todo género de ciencias, aunque á los cuarenta años los mas desmayan en el estudio, y solo en la juventud trabajan, porque los varios entretenimientos los divierten, y como no hay todas veces para tantos premios, los desahoga; y lo que mas admira á los discretos es, que tan temprano amanezca el uso de la razón á los niños, y que todos sean en general de tan levantados ingenios, que son pocos los que se inclinan á las artes y á los oficios; incógnitos con sus padres ejercian, y es que el clima, la abundancia y riqueza de la tierra, les levanta los ánimos y ennobrece los pensamientos."

"No tiene México que envidiar las glorias de las ciudades antiguas en la riqueza; si el año de 607 se aprecia en 20 millones, y el año de 37 en 60; después acá qué no habrá crecido en varias de 50 años, en que se han labrado mas de veinte templos suntuosos y millares de edificios, que apenas hay calle donde no se ahren ó se ahoren casas? A muchas de nuestra Europa igualan, y pocas lo exceden. Arias de Villalobos la hace entre todas famosa en siete CC, que á bien pensar son, calles, calzadas, caminos, carrozas y cañotes; si bien pone otras dos CC que se hallan muy comunes, que son, criaturas y capas

negras, y pone multitud de oficiales en todo género, que tambien se hallan en cualesquiera."

Como lo tiene de costumbre, se divaga el autor en la pintura de las festividades religiosas y escuro público en el culto, señalado como prueba, el gasto de 50,000 pesos de cera en un solo mes.

Aunque consagra un párrafo á la temperatura, que él llama temple, no dice nada sustancial, sucediendo lo mismo respecto á las enfermedades que numera en seguida.

Todo el capítulo segundo de esta obra lo consagra Betancourt á dar una idea muy dilatada, la cual me abstengo de extractar, por ser muy conocida y menos imperfecta, la que dan el padre Cayo y su continuador el Lic. Bustamante, en los tres Siglos de México.

El capítulo tercero lo dedica nuestro autor á la Santa Iglesia Catedral, fundada por bula de Clemente VII, fecha 9 de Septiembre de 1534, bajo la protección de D. Fernando Cortés, marqués del Valle, dedicada á Ntra. Sra. de la Asunción, fabricándose en el propio sitio que ocupaba el gran templo de Huitzilopochtli, sitio que fue primero perteneciente á los religiosos franciscanos; he aquí como está descrita la parte material del templo.

"*Fábrica*.—La fábrica tiene cinco varas en mas de 300 pies de longitud, y 192 de latitud, que hacen 74 varas. Toda la obra es de órdén jónico, y las bóvedas de cantería fuerte y vistosa; tiene en sus arcos y capillas 164 ventanas; los rayos del sol entran todo lo mas del día; la frontera que á la plaza mayor hacia el medio día, con tres puertas principales labradas con primor, de piedra blanca con la imagen de la Asunción en el lugar principal de relieve, con columnas, lazos, imágenes de talla entera en sus nichos que la adorna. En la testera tiene dos puertas al Norte, y en cada lado una que sale á la plaza del marqués, y otra al palacio arzobispal; á los dos lados delanteros dos torres, en la que está señalada hay finisimas campanas, que hacen un alegre y armonioso repique; las capillas, aunque todas en el adorno de retablos dorados, indiques y pináculos son iguales, al ver á cada cunil de sí parece que lleva á todas la primicia en el adorno, porque cada cofradía ó gremio que la goza en competencia religiosa se aventaja (1)."

De la riqueza de la Catedral se habla con mucha vaguedad y rapidez, mencionando solo como mas notable las dos imágenes de la Virgen, una de oro y otra de plata, el tenebrario que el Señor dean D. Diego de Malpartida dispuso de abano, marfil y plata, cuyo costo fueron 6,000 pesos, lo mismo que la pila bautismal de plata,

(1) El plano de la Catedral lo trazó el celeste Herrera, que construyó el Estoril.

que se hallaba en la sacristía. Después bajo el rubro de *gasto* dice:

"Lo que se ha gastado en la fábrica del templo hasta el día 22 de Diciembre de 1667, en que fue su última dedicación, consagrada al santal de la reina Doña María de Austria, por el Señor marqués de Manera, monta 1,068,000 pesos; y con lo que falta por acabar de portadas y torres, llegará á mas de 3,000,000. La primera dedicación fué en tiempo del señor duque de Albuquerque, año de 1655, que acabadas las bóvedas (en que anduvo muy solícito el señor virey), se hizo con cuatro misas, que á un mismo tiempo se cantaron en un altar, cada cual por su lado, habiendo precedido las tardes antes la procesion solenne, con altares costosos y colgaduras ricas que adornaron sus ceras y ventanas."

Signo una lista de varones ilustres, sin método, en la que ocupan un lugar preferente los panecillos milagrosos de San Fr. y otra igualmente incompleta de los Sres. arzobispos desde el Señor Zúñiga hasta D. Francisco de Aguirre y Celis, que entró en México el año de 81, y ocupaba la silla arzobispal cuando Betancourt escribía.

En el capítulo quinto, bajo el título de tribunales que empuñaban la ciudad de México, se hallan las noticias siguientes que extractaré con brevedad.

"El tribunal y cabildo de la ciudad, es tan antiguo como ella en su fundacion; ha de tener doce regidores, dos alcaldes mayores, y otros dos oficiales, alguacil mayor, y teniente depositario general, alcalde de la hermandad con su alguacil, procurador mayor, que es uno de los regidores; escribano público y mayor del regimiento, con voto y asiento en el cabildo; otro de minas; otros dos escribanos de entradas de cárcel, otro de la Diputación, y un fiscal ejecutor &c."

"En 18 de Enero de 611 se concedió para propios de la ciudad el quinto de su plaza, donde se ponían cajones y mesitas, de que hacen los gastos de la procesion de Corpus, de aros y danzas. El año de 43 se proveyó en Pedro de Navia el oficio de fiscal de la justicia ordinaria, como en Capitulo."

"El tribunal de jueces y oficiales de la real caja donde se recoge la hacienda de S. M., la fundó D. Fernando Cortés, y es tan antigua como la ciudad."

"Fundóse la audiencia en 527, y tenía en tiempo del autor los siguientes empleados: ocho oidores, cuatro alcaldes del crimen, dos fiscales, cuatro relatores de lo civil, dos del crimen, siete porteros cuatro de lo civil, y tres del crimen."

"El tribunal de la Inquisicion se estableció en México en 571: fué el primer inquisidor D. Pedro Moya de Contreras, bajo la proteccion de

San Pedro mártir. Para los salarios se le señalaba una canonjía en cada iglesia catedral de su distrito, con cédula de S. M., del año de 629, despatchada en conformidad de la concesion que le hizo la santidad de Urbano VIII para este efecto. Su fundacion fué, siendo pontifice Pio V, y rey de las Españas Felipe II, inquisidor general."

Tratando de esta fundacion delira y blasfemia el padre Betancourt, probando que nuestro Señor Jesucristo, Moisés y Elias fueron excelentes inquisidores, con otras mil sandeces que no quiero reproducir.

Aunque habla el autor del tribunal de cuentas, y la categoria y prerogativas de los contadores, como de una cosa antigua, no fija la época en que se fundó este establecimiento, sucediendo igual cosa con las alcabalas, de las cuales solo dice que el empleo de contador se proveyó de nuevo el año de 1640.

Habla muy rápidamente del contador de tributos nombrado en 612 del tribunal de bienes de difuntos, fundado en 569 para recoger los bienes de los que murieron intestados, y de la ereccion del consulado de México en 581.

Después dice: "Fundóse la casa de moneda el año de 535, siendo virey D. Antonio de Mendoza; tiene hoy tesoro, con grandes preeminencias; fué vendido el oficio por S. M. el año de 1697, en 150,000 pesos: los tres de fundidor, ensayador y marcadot, en 100,000, perpetuo. El fiscal fundidor es del convento de carmelitas del Desierto de México, aprobado por S. M. por cédula del año de 641, y nombra persona que pague por el tercio 55,000 pesos, aunque ya se ha compuesto el que sea perpetuo. Hay tallador, billanzario, guarda mayor, todos comprados en diferentes cantidades; los señadores son de eleccion del tesoro y dos alcaldes que nombra S. M. con salario á su arbitrio. Hátese oro desde el año de 675, con cédula de S. M., que ejecutó el Sr. D. Fr. Payo de Rivera, arzobispo virey; y en cada año de plata y oro llegan á fabricarse cerca de 5 millones."

Así da cuenta de los establecimientos literarios de su época nuestro autor. La florentísima academia de México, se fundó en 22 de Septiembre de 551: el colegio de Santos en 573, por el Dr. Rodríguez Santos, tesoro de la santa iglesia Catedral. Del colegio de San Ildefonso, solo dice que estaba á cargo de la Compañía de Jesús. Nombra el colegio de Cristo: el de San Ramon, á cargo de los religiosos mercenarios, que hoy está resumiendo en S. Juan de Lerran; y Portuceli, de nuestro Padre Sto. Domingo: S. Buenaventura en Thulefelo, á cargo de religiosos franciscanos; y S. Pablo al de agustinos; hoy existen estos colegios, pero en la mayor oscuridad: depende esto de la enseñanza, ó de la clase

de alumnos que se admitian, ó de su propia independencia del gobierno. Concluiré haciendo una reseña de los establecimientos religiosos en el propio orden que he Betancourt.

Sr. *Santo Domingo*.—Esta religion, compuesta de doce fundadores, llegó á México en 1525, hospedóse durante tres meses en San Francisco, hasta que les concedió Cortés para su convento el sitio que hoy ocupa la ex-Inquisicion, y después el en que hoy se fundó dicho convento; luego adquirió esta religion Portuceli, el hospicio de San Cosme para los miserosos de Filipinas, y el Santuario de la Piedad, una legua al Sur de la capital.

Sr. *Agustina*.—El padre Fr. Francisco de la Cruz, vino en 533, como fundador de dicha religion, en compañía de otros seis individuos de su misma orden. La audiencia les señaló para su convento el sitio que hoy ocupa llamábanse los indios *Zotziquan*, en el lado, porque por causa de un ojo de agua que allí habia, el lugar estaba fangoso. El templo que hoy existe se comenzó á fundar en 541, dondo S. M. para ayuda de su construcion 172,400 pesos, señalando á los padres para su sustento, el colegio de San Pablo, San Sebastian, Santa Cruz, y un hospicio tambien adelante de San Cosme, para los miserosos de Filipinas, con título de Santo Tomas de Villanueva.

La *Compañía de Jesús*, que constó al principio de doce fundadores, entró á México por primera vez en 23 de Junio de 1570, enviados por San Francisco de Borja, que era general de España en ese tiempo.

Tenía el colegio de San Pedro y San Pablo, fundado por Alonso Villaseca; la Casa Profesa, el colegio de San Andrés, el colegio de San Gregorio, donde habia predicador en mexicano, y de donde salieron muchos diestros; y el Seminario, y colegio real de San Ildefonso.

Los *fundadores de Filipinas* del orden de San Francisco, llegaron á México en número de nueve el año de 1576, y el de 1590 se erigieron en provincia por bula de Clemente VIII, en el convento de San Diego de esta ciudad, que se erigió en su consecuencia.

Los *religiosos mercenarios* vinieron á México en 582, y se erigieron en provincia el año de 616; tienen á mas de su convento, el de Belen, el de la Concepcion de las Huertas, y en aquella época poseían el colegio de San Ramon de que ya di noticia.

El mes de Septiembre de 1585, llegaron al puerto de Veracruz los padres *fundadores del convento del Carmen*, en compañía del marqués de Villamanrique que venía de virey. Escogieron el sitio de la ermita de San Sebastian, que estaba donde hoy existe el convento, fundado bajo la proteccion de San Alberto.

No hace muchos años intentaron construir un nuevo templo, del que aun se ven los cimientos; invitaron al célebre Tres Guerras para que le erigiese por la planta del magnífico Carmen de Celaya; pero no lo verificó por las causas que el mismo expone en su carta inserta en la biografía que de este ilustre arquitecto escribió D. Manuel Payno y Bustamante, y se halla en este tomo.

De la *religion de San Benito* solo existe hoy la iglesia de Monserrate, construída á fines del siglo XVII.

No existe ya tampoco la religion de San Juan de Dios, fundada en México á principios del siglo en que escribió Betancourt, donde primero fué Alhóndiga en que se pesaban las harinas, y junto de donde existia una ermita que sería como de casa de espósitos bajo el nombre de Nuestra Señora de los Desamparados.

El hospital, que hoy se halla en el mejor estado, merced á la diligencia y celo cristiano de una sociedad de personas piadosas, lo fundó el Dr. D. Pedro Lopez, y su hijo D. José; esto mismo Dr. fundó el hospital de San Lázaro."

La benéfica institucion de los juaninos era en extremo útil, y su caridad para asistir á los enfermos, y sus beneficios á la humanidad doliente, han dejado en México muchos recuerdos de tierna gratitud.

Igualmente lamentable debe ser la pérdida de los padres beneméritos, que primero establecieron el hospital para convalescentes en el *Amor de Dios*, del que solo ha quedado el nombre en una calle estrecha y descuidada.

Otra fundacion que ha desapreciado tambien, es la de *Hermanos de la Caridad*, de la que habla el padre Betancourt en estos términos.

"El V. Bernardino Alvarez, natural de Utrera, noble en sangre, y en caridad y en virtudes ilustre, con la esperiencia que tuvo el tiempo que estuvo en el hospital del marqués del Valle, de nuestra Señora de la Concepcion, que hoy se conoce por bula de Jesus Nazareno, reconoció los daños en los convalescientes que por falta de regalo y recogimiento volvían á recaer; y viendo las diferencias de enfermos, unos por vejez, otros por locura, trató de fundar un hospital general de convalescentes. Hizole donacion Miguel de Dueñas, y su muger Isabel de Ojeda, ante Antonio Alonso, escribano público, de un sitio que corría desde la puerta del convento de San Bernardo, hasta la vuelta de la calle del colegio de Portuceli, y obtuvo licencia para su fundacion, del Sr. D. Fr. Alonso Montañar, año de 590, en 9 de Abril; pero pareciendo corto el sitio, le depaó Dios el de la ermita de San Hipólito; obtuvo licencia del Sr. D. Martín Enriquez y el Sr. arzobispo, y el año de 67 siguiente,

gastó su caudal en lo material de las salas y oficinas; compró algunos solares para ampliar el hospital; y el aide de la ciudad lo vendió á Dionisio de Cota, en que edificó casas para el convento de *San María*, y aun en esto buscaba el bien de los prójimos, con el estallido de caridad que le acompañaba.

“Ayudado de algunos hombres de buena vida y algunos sacerdotes, hallándose con algunos almonerjos para que se pudieran los pobres albergar, empezó á recoger convalecientes y hombres ancianos, que por las puertas buscaban el sustento; y á los locuaces locos, á éstos quiso recoger, para que viendo á estos inocentes los que se llenan por errores, se enseñen á ser más cautos con el ejercicio de las virtudes, que es la mayor cordura que del mas loco puede aprovechar el entendido si quiere aprovecharse de su juicio.”

Habló en seguida de los progresos y notaciones de un filantropo establecimiento, y dice en otro párrafo:

“Estaba otro hospital dentro de la ciudad con el título del *Expirita Santa*, que Alonso Rodríguez del Vado y Dña Ana Saldivar, su mujer, fundaron; su primer intento fué que sirviese de colegio para estudiantes religiosos de San Francisco y como era forzosa brevedad y despojo de su Santidad, lo entregaron á la religion de hermanos de San Hipólito, con estas que remita para su sustento. El año de 1612 y el de 1634, quedaron por personas los dichos religiosos, donde por haberse interrumpido la renta, son muy pocos, y ánto más de cuenta.”

Hoy se ignora el estado que guardan estos establecimientos de beneficencia; algunos han desaparecido; de otros se sabe el abandono lamentable, y el público no ha visto en estos últimos tiempos un documento en que se sepa la inversion que han tenido las cuantiosas dotaciones que para su servicio concedieron en sus felices tiempos, almas que conveían en alto grado la generosidad y el patriotismo.

Tal vez en la relajación de nuestras creencias, y en el desprestigio del clero ha influido la ausencia de los sacerdotes de los establecimientos de enseñanza primaria, y de los erigidos para alivio de la humanidad, en donde adquirían profundas simpatías que se mezclaban á los recuerdos y á las memorias de ternura del desgraciado.

Concluyo mi imperfecto extracto deseando muy sinceramente que los estudiosos arqueólogos de nuestro país, comprendan una obra metódica de las fundaciones del nuestro, en donde como dije al principio, puedan leerse nuestras revoluciones, marcándose con exactitud el carácter y la naturaleza de nuestra historia y de nuestras costumbres.—GUILLERMO PRILTO.

(Escrito para el Museo.)

UN AMIGO.

Esta duplicación, esta unidad de mi mismo goza conmigo, y conmigo horas; mi alma parece que se traslada á su cuerpo y vuelve al mío para inspirarnos unas mismas ideas, imprimírnosle iguales sensaciones. Un solo soplo de vida nos anima, y la amistad formó á los hombres semejantes al Dios que se hace uno conservando la distinción de personas. Un amigo desgraciado viene á consolarme con el peso de sus males, y yo con placer bebo en la amarga copa de su vida. Nada se llena con tanta voluntad y satisfacción como los deberes de la amistad. Los hombres se unen en ella por el instinto de su conservación; pero este instinto no es de aquellos que menoscaban, y que fundan sin embargo los principios de sociabilidad. Un pobre cieguero tranguilo los ojos, sin turbarse ve su filiforme sol, si deja mi amigo que proteja la oscuridad el contenido, los movimientos impetuosos de una juventud que se precipitaria sin corrección; desde el caudal hecha herfancia sigue y sostiene los respetos que merece la desgraciada vejez. El hombre pensador, cuando se ha dejado un amigo, debe creer que ha ensanchado su existencia, que ha hecho un bien negocio de ganancia para su corazón, y en fin, que por mil títulos ha multiplicado su ser y su valor.

Los amantes, si son felices, pasan á esposos, y de aquí á amigos; este sentimiento de realidad viene á reemplazar las ilusiones del amor. Satisfecho el corazón en sus amuletos, hecha la total aprehension del núcleo de sus ideales desirios, y no encontrada nueva objetos á su conquista, lo convierte más cuerdo y lo hacen buscar el fundamento de la asociación en sentimientos dignos. La hermosura es un don de la casualidad, que se pierde oportunamente atacado por el tiempo; y la amistad se asegura con él. Es evidente; inmutable los días ni los años la quebrantan, y parece se sobrevive á sí misma, porque su beneficio influye en las remotas generaciones. Cuantos desgraciados esposos se han apercebido bien tarde de estas verdades!

Los hombres, por una de sus frecuentes inconsecuencias, han creído que en la ausencia del recato está la presencia del mérito; seducidos por una bella forma, por un brillante atavío, por una loquacidad bien estudiada, conceden al tocador y al estrago de una novela el lugar del raciocinio. Se precipitan sin escrúpulo en el pasado más crítico de su vida; se dan sus compañeros enemigos inseparable que criará una descendencia desdichada y heredera de su fatal carácter, ó una mujer que le abandona todo el peso de sus negocios. Parece que los artículos de la sociedad la concuerden en lo favorable; la olvi-

dan en las obligaciones. Desgraciado el marido que después de un día de fatigas, pasa en la noche las horas de descanso en una triste y fastidiosa concentración. Está reducido á pensar solo porque no tiene un amigo bastante bien formado para entregarle sus secretos y pedirle consejo en sus asuntos; ya lo ha intentado, y solo encontró, ó el silencio que produce la indiferencia, ó las alteraciones que resultan de la diversidad de caracteres y de un espíritu dominador.

Sin embargo, este hombre aislado padece una vez aunque continuo; pero no es atacado de distintos modos como el infeliz que unió su suerte á una mujer vana, caprichosa, incorregible. Concluye su trabajo y viene á descansar; pero donde busca el reposo encuentra la renovación de sus tormentos. Soporta con prudencia cargos injustos, contenta cuanto puede caprichosas exigencias, y voluntariamente se somete á crueles privaciones. A tan caro precio quiere comprar la paz de su corazón; mas quien se nutre de almas, de daños y de todo género de ataques, desprecia la capitulación. Como un gobierno intruso, toma el de la familia para aconsejarle la insubordinación al legítimo señor, y para ganar confidentes en sus crímenes, conductores en su desfiladero, y apoyo en su pretendida superioridad.

Los hombres no se permitirán el derecho de quejarse si hicieran justicia á su imprudencia. Ellos buscaron en los trasportes de un corazón inquieto por el amor, lo que debe hallarse en el reposo de las pasiones. Dichoso mil veces aquel que en el entusiasmo del amor ha podido descubrir los caracteres de una sólida amistad! Este se habrá dado una esposa; quien dedicó los tiernos y fogosos arrebatos de la juventud y la tranquila efición de la ancianidad; ella habrá fijado el destino de ambos, nada turbará la armonía de la sociedad; todo es común en ésta, el placer y el dolor, el trabajo y el descanso. No se oirá una contienda sobre limitación de derechos, ni sobre extensión de obligaciones; transigirán aquellos, y se ayudarán en estas. La paz y la dicha ha tomado aquí su residencia. ¿Por qué los hombres no aprovechan estas raras lecciones! ¿Por qué el espíritu de galantería los hace marchar de ataque á su propia felicidad!

Nada hay más frecuente que oír quejas contra la amistad, porque tampoco nada tan común como la ligereza de los hombres para tomarla. En la concurrencia casual á una sociedad se cruza la conversación de dos personas, y esto se recibe por el principio de un feliz conocimiento; se acuerda la amistad en una copa, y se ratifica en una partida de ajedrez. Así se concluye un convenio que debía celebrarse sobre condiciones más serias y previsoras. Su observancia

TOMO II.—XIII.

corresponde á las causas que la produjeron. No dilata tanto la infidelidad como las formalidades que le sancionaron; y luego se hace cargo á la amistad de infracciones á un tratado en que ella no puso su sello.

Algun esposo lleva al sepulcro las ilusiones y consuelos de la amistad; pero deja á su desgraciada viuda el veneno de su mala elección. Un perdido amigo es el legado que viene á repartirse en la deshonra de la orfandad. Sus beneficios son crimenes. Una compasión de perverso cálculo es el pan negro que se traa al desamparo; se profana el nombre respetable de los muertos, se recuerdan las dlimas y tristes palabras del agonizante que recomendó los desvalidos á la amistad; la malicia triunfa de la inocencia; la virtud opone débil resistencia al vicio; sueñe, y luego sigue el abandono; unas mas horrosos sin el apoyo de una conciencia pura. Esta es la breve y amarga historia de esos amigos testamentarios, de esos amigos todos que se dio la ligereza, la vanidad. La virtud es la base de la amistad; la virtud y la amistad se pratican con el tiempo.

BERNARDO FLORES.

LA ENTRADA DE LA NOCHE

EN EL DESIERTO.

Sobre la piedra solitaria he escrito mi amor y mis desgracias. Todo lo he debido allí á la soledad. El genio del desierto se posaba en mi pluma, el ángel de la melancolía batía sus alas sobre mi corazón y suspiraba cerca de mí. Solo, rechazado de todo el mundo, sin un amigo que oyera mis quejas, sin una alma sensible que las consolara, la mia gozaba de aquel abandono. La naturaleza abría sus brazos para mí y yo desahogaba en ellos mi dolor; mis lágrimas se desahaban con libertad, mi sentimiento se explicaba con la misma. Ha compasión es un martirio cuando hay necesidad de llorar; este es el bálsamo que deja el infortunio. No es enteramente infeliz el que se encuentra con sensibilidad para llorar.

Un aparato salvaje, un silencio profunda interrumpido alguna vez por el lejano aullido de las fieras, es el festín del desgraciado. Mi corazón recuerda al hombre primitivo; mi alma reflexiona en su situación, y mis ojos le felicitan por el llanto; esta es la misión del dolor; para mí es la del placer. Nunca me he creído tan favorecido del destino, como cuando separado de los hombres me he conocido dueño de mis lágrimas.—BERNARDO FLORES.

(Escrito para el Museo.)

ESTUDIOS MORALES.

DESGRACIADOS EFECTOS
DE UNA SEDUCCION.

Carta de un libertino arrepentido, á su Esposa.

Días ha, querida esposa, que insistes en que te revele las causas de mi profunda melancolía; pero no he tenido valor para declarártelo en una conversacion. Sin embargo, conociendo que podria alcanzar algun alivio, depositando mis penas en tu pecho, me he determinado á escribirte esta carta, en la que si bien advertirás que has tenido por marido á un malvado, sabrás al mismo tiempo que hoy se halla arrepentido de sus crímenes, y que la que juzgas tristeza, no es otra cosa que el producto del mas sincero arrepentimiento.

Recordarás, mi dulce amiga, que poco despues de haber contraido nuestro indisoluble enlace, descubriste en mí una conducta tan desreglada, que llegaba ya hasta la depravacion, á consecuencia de la mala eleccion que hice de amigos, los cuales, casi desde mi juventud, vicíaron mis sentimientos y dieron á mi carácter un giro demasiado imprudente. Por mi parte tampoco he borrado de la memoria, que tu incansable silencio, tu heroica prudencia, tu amabilidad y demás virtudes conjugales, me obligaban algunas veces á reconocerme y detener temporalmente mis extravíos. En esos intervalos agitados, tenia lugar de conocer cuánto valia, hallaba gusto en la felicidad doméstica, y me complacia al verme rodeado de mis pequeños hijos, cuya educacion dirigia sin perdonar cuidados. Mas para hacerte conocer los tormentos que ahora despedazan mi corazón, necesito volver los ojos al tiempo desgraciado, en que me dejaba arrastrar del torrente de los vicios.

Apenas habrian transcurrido seis meses, despues de nuestro matrimonio, cuando paseándome una tarde á caballo por la hermosa ribera de San Cosme, y estando ya muy cerca del cementerio de los Protestantes, comencé á caer una menuda lluvia, á la que se siguió un recio y largo aguacero. Me refugié en el zaguan de una casa, en el que se hallaba tambien, por el mismo motivo, tres señoras, á quienes acompaña-

ba un hombre, regularmente vestido, y que tendria unos cincuenta años de edad. Al principio no fijé en aquellas mi atencion; pero mi criado N. que era mi agente en la dilatada escuela de mis desórdenes, las vió mejor que yo, y apénasiose de su caballo, se me acercó para tomar las riendas del mio. Al echar pié á tierra, me hizo notar que una de aquellas señoras era jóven y bonita. Esta observacion fué bastante para decidirme á su conquista, por lo que sin detenerme inventé cualquier pretexto para entablar una conversacion con aquella familia.

—¿Qué tarde tan pésima, señoritas!

—*La señora de mas edad.*—Sí, señor, malísima tarde.

Yo.—Pero al menos, vdes. viviráis muy cerca de aquí.

El hombre.—Oh! no, señor: nuestra casa está muy alejada de la ciudad. Hemos venido á pasear las huertas y nos ha sorprendido la lluvia. . . . ¿Qué quiero v.d. . . . Es tiempo de ellas, y debemos haberlo considerado antes.

—*Las mas bonitas.*—¿X qué haránnos ahora, madrina!

La señora.—Esperemos que caíno un poco la agua.

Yo.—Siento mucho, señoritas, no traer mas de dos cuballos, que no son bastantes para todos; pero. . . .

Todos.—Muchas gracias, muchas gracias.

A este corto dialogo siguieron otros varios sobre cosas indiferentes, en los que noté que á la jóven bonita le daban el nombre de Luisa, y que la otra (que tendria poco mas de veinte años) era hija de aquel matrimonio. Informado de estas particularidades, me resolví desde aquel punto á presentar mis obsequios á aquella linda jóven, ó lo que es lo mismo, juré la ruina de Luisa. Dije entonces á mi criado que se llevara los cuballos, y volviera en un coche, advirtiéndole en secreto, que no fuera el mio, sino cualquiera del sitio, y que no me llamara por mi verdadera

nombre, sino por el de J. C., que fué el primero que me ocurrió. En seguida, supliqué á la familia esperara á que llegara el coche, y me concediera el honor de acompañarla hasta su casa: ofrecimiento que era imposible dejaran de aceptar en aquellas circunstancias, especialmente cuando ya se avanzaba la noche. El tiempo que empleé mi criado en ir á buscar el coche, y el pequeño servicio que acababa de hacer á aquellos señores, dió lugar á que nos tratáramos todos con menos estrañeza.

Animada la conversacion, no tardé en saber que Luisa tenia 17 años, y que era ahijada de la señora. Supe, ademas, que esta niña procedia de una familia decente; pero que vivia en la orfandad, y á expensas del trabajo de sus manos, sirviendo de costurera en una casa particular, donde permanecia toda la semana á excepcion de los dias festivos que los pasaba en compañía de sus padrinos, personas de pocas comodidades, pero que la amaban firmemente.

Ya era entrada la noche cuando llegó el carruaje; entramos en él, y durante toda el tránsito fué particularizándome en la conversacion con Luisa, en quien descubrí gracia y talento, al mismo tiempo que un candor, virginidad; pero noté tambien que mi asiduidad con ella, y la finura de mi lenguaje, le habian causado alguna impresion. Me prometia que al llegar á la casa de los padrinos, me estrecharian estos á entrar en ella, segun se acostumbra en lauces semejantes, y que aun me la ofrecerian para lo sucesivo. Efectivamente sucedió así; paró el coche en la calle de *** y fueron tantas las instancias de aquellos señores para que subiera, que no pude negarme, aunque realmente no deseaba yo otra cosa. Sin embargo de ser esta la primera visita, y que la urbanidad aconsejaba que fuese corta, permaneci allí algun tiempo, fondeado el corazón de Luisa, y encantándose cada vez mas su graciosa y modesta conversacion. La mia fué en esta ocasion muy estudiada; aparentaba en ella un pondonito de que me hallaba escuchando, y una delicadeza que en este género de trato no tenia: si bien extensiva á otras materias, y en cada una desarrollaba un fondo de probidad y un carácter tan generoso y amable, que mis oyentes clogiaban á porfia unos sentimientos, que, segun su propio sentir, eran muy poco comunes. ¡Pobres gentes! Yo las vi felicítas de aquel casual encuentro, ó mas claro, les vi beber el veneno en copa de oro. Era un basilisco el que tenia á su lado, bajo la apariencia de un ángel! Por último, uraa ya las nueve de la noche, y fué preciso retirarme; pero me estrecharon á que los prometiera una segunda visita para el domingo siguiente.

Tal fué, querida esposa, mi primer conocimiento con Luisa. Hallaría luego que una enfermedad repentina y dilatada me habiera sorprendido y borrado de mi memoria: esa linda jóven habia escapado así de los lazos que le tendió su seductor, y éste seria hoy menos desgraciado! Pero estaba escrito que yo debía ser su verdugo, y que por donde quiera debían seguirme los mas crueles remordimientos.

Llegó, pues, el domingo, malgratamente deseado por mí, y sinceramente apetecido por la desgraciada Luisa, á quien hallé mas amable y encantadora que la vez primera. El efecto que en ella y en sus padrinos produjeron mis afectada moderacion, y la lealtad aparente de mis sentimientos, se hizo mas notable que en la noche de mi anterior visita; y como sabia por experiencia, que un hombre de estas cualidades, se hace todavía mas estimable para las mugeres, si á unos modales obsequiosos añade las circunstancias de no ser casado y gozar de algunas comodidades, tuve el cuidado de sembrar en mi conversacion algunas especies que indicaban mi libertad para contraer matrimonio, y la calidad de mi fortuna, con lo que acabé de echar el sello á mi malignidad.

En las frecuentes visitas que seguí haciendo á los padrinos de Luisa, fué ya fácil entenderme con esta, acerca de mis pretensiones, que por lo pronto no se contrajeron á otros fines que á los de una union legitima. No tardé en conocer que poseia un carácter desinteresado, y que me amaba con pureza y sinceridad. Sus padrinos, creyéndome hombre de honor, hacian de mí la mas imprudente confianza, y en varios paseos que dimos á los pueblos inmediatos á la capital, tuve ocasion de tomarme algunas libertades con Luisa; pero fui rechazado con aspereza, pues en esta ocasion era verdaderamente irritable; manifestábame siempre el mayor escrutio; pero repelia mis tentativas con una firmeza que no hacia mas que irritar mis impuros deseos.

En vano le repetia la promesa de matrimonio, añadiéndole que su celebracion solo dependia de la conclusion de un pleito que iba á consolidar para siempre mi fortuna, pues aunque Luisa se allowaba á esperar ese término vago é incierto, no convenia de modo alguno en contentar mis caprichos; y para distraerme de este propósito me hablaba con una forma sencillez y abando, de la distribucion que haríamos de nuestro tiempo despues de habernos unido. ¡O tierra flor! ¿Tú te mostrabas tan bella é interesante á los ojos del hombre bárbaro, cuyo pecho endurecido habia jurado apor tu lozania!

Una vez que di un dia de campo á la familia en el pueblo de T., deseando poner un término á mi infame proyecto, anuncié á todos que dentro de un mes, ó lo mas tarde, podria verificarse mi matrimonio con Luisa, pues ya habia con-

cluido favorablemente el pleito que lo embarrasaba. Esta indicación la trasportó de gozo, y cuando nos sentamos á la mesa, la hice beber de todos vinos en celebridad de mi triunfo judicial, obligándole á escederse en fuerza de sapeáticas, impertinencias y aun enojos. Concluída la comida, y hallándose aquella jóven en un estado cercano á la embriaguez, la llevé á pasear las huertas bajo el pretexto de tomar el aire, y en medio de la soledad que reinaba en una de ellas, rotéle mis conatos y multipliqué mis promesas y juramentos. Perdida casi su razón, debilitada sus fuerzas con una resistencia continuada, y no viendo en rededor de sí socorro alguno humano, la desgraciada niña no pudo impedir que yo consumara su ruina.

Poco tiempo despues, cuando ya se habian disipado los vapores del vino con la frescura de la tarde, conocí Luisa todo el horror de su situación, y prorumpió en el llanto mas doloroso. Ningunos consuelos fueron bastantes á calmar su pena, y aunque repetí mis protestas tradicionales de unión inmediata y de felicidad futura, parecia que ninguna impresion causaban ya en aquella niña inocente, toda ocupada de su pérdida. No hay duda en que el arrepentimiento es un pesar violento, causado por las infracciones de una regla cualquiera, ó por los daños que nos hemos hecho; pero tambien lleva consigo la intencion bien decidida de repararlos, y hacerlos olvidar. Esta es la única tabla que nos queda despues del naufragio, y el único refugio de aquellos males que son irreparables. Las lágrimas sinceras del arrepentimiento, pueden llamar la indulgencia al socorro del culpable, y borrar ó atenuar su crimen. ¡Pobres aquellos que las derraman! Pero mas felices todavía aquellos mortales privilegiados que jamas tuvieron necesidad de ese remedio ántico, y por lo comun impotente!

Reñida una vez Luisa por mucho que se dejara vencer otras varias. Así pecanécimos algunos meses, hasta que ella me declaró con la mas amarga aflicción, que iban á ser nuestras las consecuencias de nuestro criminal comercio. Yo, que ya lo podía todo sobre esta desdichada criatura, logré convencerla de la necesidad de salirse de la casa donde se hallaba, ocultarse á las miradas de todos, é ir á ocupar un alojamiento que ya le tenía preparado en un barrio de la ciudad.

Cuando sus padrinos me anunciaron con dolorosa sorpresa, el desaparecimiento de su ahijada, fingí un sobresalto extraordinario, y tuve la barbarie de injuriarlos, suponiéndoles que me la habían ocultado para frustrar nuestra unión, y obligarme de este modo á que pasara los ojos en su hija. Salí de la casa con afectada indignación; pero antes pude observar que aquellas

buenas gentes sonreían á mis aparentes arrebatos, y pareció que en esta vez no quedaban muy satisfechos de mi sinceridad. Sin embargo, des cansaba yo en que ignorando mi verdadero nombre y domicilio, no se atrevieran á emprender ningún reclamo judicial. Entre tanto, pasaba agradables dias al lado de Luisa, y en mi amoroso emagenamiento olvidaba aun las obligaciones que te debo, y la educación de mis hijos.

Al tiempo fijado por la naturaleza, la víctima de mi seducción dió á luz un niño, que se empeñó en criar por sí mismo, á riesgo de desagraviarme, y á quien puso por nombre el que yo debía llevar; pero desde aquel punto, Luisa no era ya á mis ojos aquella encantadora criatura que tanto me habia cautivado; y de la sociedad pasé al fastidio, y de éste á la resolución de abandonarla.

En efecto, la sociedad, despues de haber sofocado el deseo y los demas atractivos de la posesión, no me dejó ya periclar cosa alguna que pudiese agradarme, en aquello mismo que antes habia deseado con tanto ardor: á esta sociedad sucedió el disgusto, que me inspiró ya repugnancia para el objeto poseído; y luego me asaltó la amargura, que cambia siempre en aversión decidida, la posesión mas deliciosa.

Confieso, querida amiga, que formé el proyecto de abandonar á Luisa, señalándole, sin embargo, un sueldo mensual para que viviera con su hijo; pero un suceso imprevisto frustró mis designios. El dia en que me resolví á la separación, tomando por pretexto un viaje lejano, llegó á la puerta para haber servido muchos años en casa de mis padres. Saludéme delante de Luisa por mi verdadero nombre, y en seguida me preguntó por la salud de ella y de mis hijos. Afectado no conociera, le respondí con desdoro que ni mi nombre era aquel por que me hallaba, y que la salud de mi esposa é hijos, estaba de manifiesto en Luisa y su recien nacido.

Yo no pregunté por esta señorita, atañida la vieja con indignación, sino por su esposa de vd. D^{ra} N. y por sus niños H. y L. En virtud á tomé vd. otro nombre del que le pusieron en el bautismo, y por el que le entooce todo el mundo, bien sabe vd. que no puedo ignorar, me, cuando lo he tratado desde que nació.

—Miente vd., solemnísima embusterata la dije dándole un empujon para que saliera. Y volviéndome á Luisa, añadí: ¿Qué viene á hacer esta inmensa! ¿Qué relaciones tiene contigo?

—Pero Luisa ya no me oía; la habia sobrecojido un mortal desmayo.

Aunque próximo á abandonarla, siempre estuve manteniéndole la esperanza de que neces-

tro enlace se verificaria muy breve; mas en aquel momento acababa de adquirir la convicción de que yo la habia engañado, y que ya era irreparable su pérdida.

Salí la vieja sin necesidad de que se lo repitiese; pero al alejarme, me echó una mirada de desprecio. Tambien salí yo poco despues de que Luisa recordara sus sentidos, y esta salida tuvo por objeto evitar de pronta sus justas convenciones.

A la mañana siguiente volví á verla; pero me sorprendi demasiado al encontrar cerrada su habitación. Al oírse llamar á la puerta, subió una vecina, y me instruyó de que Luisa habia dejado la vivienda desde la noche anterior, y que al irse le habia encargado me entregase una carta, que desde luego puso en mis manos; abrió con impaciencia, y contenía estas líneas:

—El hombre vil que á sangre fría, medió la ruina de una infeliz mujer, no puede ser apropiado para fijar en el corazón de su hijo los principios de una sana moral, y encaminar sus débiles pasos por la senda de la virtud. Hé aqui el motivo por qué he resuelto sustraerlo de su vista.

—La mujer que debe entregarle esta carta, pondrá tambien en su poder la llave de la habitación, en la que no falta ninguno de los efectos que me dió por precio de mi libertad. Nada quieto de mí huembre. Dios, que ve mi arrepentimiento, me dará fuerzas para trabajar, y acudir con el producto de mis labores al susten y educación de mi hijo. ¡Dichoso él, si jamas sigue las huellas de su perverso padre!

—Luisa.

Aunque, como ya le dicho, no existia en mi sombra alguna de aquella pasión ardiente que me devoró un año antes, no pude sin embargo dejar de conmovirme á la lectura de esa carta. Hice los mayores esfuerzos por encontrar á Luisa; pero todos fueron inútiles, y el tiempo, ó por mejor decir, la sequera de otros desórdenes semejantes, me hicieron olvidar enteramente á la desgraciada Luisa.

Pasaron siete años, y ya el olvido de aquella ventura habia echado profundas raíces en mi pecho, cuando hace un mes que al pasar por una calle poco frecuentada, vi sentado en la puerta de una tienda á un niño cubierto de andrajos que lloraba amargamente, sin que nadie se acercara á consolarlo. Su piel blanca y hermosa que se descubria á trechos por todos los agujeros de su vestido; su pelo rubio y finísimo que caía en desorden sobre un rostro gracioso, pero macilento, llamaron desde luego mi atención, y me hicieron creer que aquel niño pertenecía, sin duda, á alguna familia decente y desgraciada. Acercuéme, pues, á él, y entablamos el siguiente diálogo:

—¿Por qué lloras, niño?

—Al levantar el rostro para responderme, faltó poco para que perdiera el sentido, reconociendo en él toda la fisonomía de Luisa. Pasado aquel primer trasporte volví á preguntarle:

—Niño ¿por qué lloras?

—Ay, señor! ¡No he de llorar, cuando mi adorada madre, esta moribunda y no hay con qué alimentarla! Aquí me hallo implorando la piedad de los que pasan para llevarle algun consuelo. Dígame vd. dame una limosna.

—Estas palabras lastimosas, que acompañaba con sollozos, y aquel rostro infantil bañado de lágrimas, acabaron de estremecerme.

—Yo te socorreré, hijo mío, le dije haciéndole una caricia; pero, dime, ¿cómo te llamas? ¿qué edad tienes?

—Mi nombre es J. C., y tengo siete años.

—¿Gran Dios! exclamé en mi interior: ese nombre es el mismo con que quise llamarme cuando emprendí la seducción de aquella infeliz... y la edad del niño conviene exactamente con el tiempo que ha trascurrido desde su parto.

—Y tu madre ¿cómo se llama?

—Se llama Luisa.

—¡Oh, hijo mío! exclamé al punto apretándole contra mi pecho; ven á mis brazos, desgraciado niño, y cesa de llorar, pues has encontrado á tu padre.

—No; vd. no lo es... ¡Parece vd. ser tan bueno!... Mi padre es un monstruo de perfidia... Así le llamaba mi madre con frecuencia cuando se acordaba de él; hoy ya no le llama así, ni de ningún modo, porque apenas habla... ¡Dios libre á vd. de parecerse á mi padre!

—Qué reproche tan merecido, me hacia aquel niño sin saberlo! La confusión y la vergüenza me asaltaron de un modo simultáneo, y no sabia qué responder á aquel inocente; pero disimulando cuando pude estas incoherencias, ¡hévane, le dije, á ver á tu madre, que yo la socorreré.

Entonces el niño, saltando de gozo me llevó á una casa inmediata, de un aspecto tristísimo. Su patio era tambien demasiado desagradable, y en su rededor no se veía mas que una media docena de cuartos que tenían la apariencia de sepulcros verticales. Cabalmente en el mas oscuro y arruinado, era desde Luisa habitada, indicándome el niño, muy ageno de saber la febril impresion que me causaba: "Aquí es, aquí es," repetía la criatura con cariñoso entusiasmo.

Al acercarme, senti que mi corazón latía con violencia, y que mis piernas apenas podian sostenerme. ¡Qué significaban estas sensaciones! ¡Eran nacidas del deseo de renovar los felices ó dables que experimenté en el momento en que las produca el recuerdo de Luisa!

ducta! Pero ya Luisa no estaba en el caso de despertar una pasión que el tiempo había adormecido, y que su estado moribundo hacía imposible. Era tan injusto en aquella especie de estupor que me agobiaba, que no me detenia en acusar á la Providencia de haber permitido que un malvado como yo viviera en el seno del lujo y de la abundancia, mientras que la víctima desgraciada de mis desatenciones, gemía sumida en el oprobio y en la indigencia. Oídlas que esta vida es transitoria, y que hay bienes eternos reservatos exclusivamente á los que han vivido resignados á las privaciones, demasiado comunes en la tierra.

Con paso vacilante me acerqué á la puerta de Luisa, y llamé el niño. Aseóme entonces una anciana, que conocí ser aquella criada antigua de mis padres, que con tanta inquietud despedí siete años antes, por haberme llamado por mi verdadero nombre, y preguntado por la salud de mi familia. Al verme retrocedí algunos pasos, y pareció horrorizarse como si se le hubiera presentado un espectro.

—¿Quién ha conducido á vd. aquí, me dijo colérica. Viene vd. por desgracia, á acabar de asesinarnos!

—No se inquiete vd., buena mujer, le respondí con dulzura, ni abuse vd. por mas tiempo de mi cruel situación.

—No entrará vd., replicó la vieja queriendo cerrar la puerta del todo; sus miradas de vd. son peores que las del basilisco; salga vd., le repito, y no vuelva á poner aquí sus pies.

—Pero, señora T. puede vd. ser conmigo tan insoportable!

—Mas lo es vd., me respondió con enojo, pues con su inesperada presencia quiere atravesar los días de una infeliz jóven, en recompensa de haberlo amado. Niño, añadió dirigiéndose á mi hijo, deja la mano de ese hombre.... Ese es tu desnaturalizado padre.

—Estoy cierto, dijo el niño llorando, que no es tan malo como vd. dice; me ha hecho cariños, y viene á socorrer á mi madre. No me vuelva vd. á decir que es malo....

La inocente intencional de aquel amable niño, me conmovió demasiado; mis ojos se llenaron de lágrimas y permanecí por un instante inmóvil. Entretanto, una voz lánguida y enfermiza, que parecía salir del fondo del cuarto, preguntó ¿por qué era aquella disputa?

—Váyase vd., por Dios, me dijo entonces en voz baja y con mucha inquietud, la insoportable vieja.

—¿Pues qué! no podré verla un momento!

—¡Oh! No, señor: la revolución que haría en su máquina la presencia de vd., le quitaría al punto la vida. Déjela vd. morir con sosiego, y no venga á amargar sus últimos instantes.

Durante esta alteración, se deslizo el niño por entre nosotros y corrió hasta la cama de su madre, gritando:—“Es mi papá que quiere ver á vd., y no es un mal hombre.” En este acto me desambaracé de la vieja, á pesar de los esfuerzos que hacía para contenerme, y me precipité á lo interior de la pieza. Pero.... ¡gran Dios!.... ¡qué espectáculo me esperaba! Mi alma se llenó de horror al recordarla, y mientras viva, jamás se apartará de mi memoria! Luisa, la desgraciada Luisa, á quien pocos años antes había visto brillando en gracias y hermosura, como el sol matutino, y cuyas mejillas mas frescas que la rosa, anunciaban una robusta salud, yacía tendida en su lecho de muerte. Sus formas angelicas habían desaparecido del todo, no presentando mas que un esqueleto, apenas animado: aquellos ojos negros y expresivos que centellaban el alma, se hallaban hundidos, eclipsados, y rodeados de un tinte livido y sombrío; sus labios de carmín, que antes solían sonreírseme, dejando entrever dos hileras de perlas, estaban cárdenos, inmóviles y comprimidos; y por último, en todo su rostro, pálido y amarillento, se hallaban impresas las señales de una próxima desorganización. Aquella jóven, semejante á la flor del desierto, se había marchitado en la primavera de su existencia.

El primer movimiento de Luisa, cuando me la vi, me dio un espanto que me hizo retroceder. El primer movimiento de Luisa, cuando me la vi, me dio un espanto que me hizo retroceder. El primer movimiento de Luisa, cuando me la vi, me dio un espanto que me hizo retroceder.

El primer movimiento de Luisa, cuando me la vi, me dio un espanto que me hizo retroceder. El primer movimiento de Luisa, cuando me la vi, me dio un espanto que me hizo retroceder. El primer movimiento de Luisa, cuando me la vi, me dio un espanto que me hizo retroceder.

El primer movimiento de Luisa, cuando me la vi, me dio un espanto que me hizo retroceder. El primer movimiento de Luisa, cuando me la vi, me dio un espanto que me hizo retroceder. El primer movimiento de Luisa, cuando me la vi, me dio un espanto que me hizo retroceder.

radol continué, acariciando á su hijo, que lloraba amargamente sobre el lecho mortuorio de su madre: ven, pues, á mis brazos, niño infortunado, que reducido en tan tierna edad á impugnar la piedad pública para alimentarme, has dado un ejemplo heroico de amor filial, que avergonzará y llenará de perpetua confusión al que te dió el ser. Mis lágrimas son el único patrimonio que te dejo, y ojalá que ellas puedan mantener siempre frescas en tu memoria las lecciones que te he dado para encaminarte por la senda de la virtud! Dentro de pocos instantes, tu desdichada madre ya no existirá: ella descansará muy breve; pero.... ¡ah!.... á tí te esperan todavía largos días de infortunio sobre la tierra!....

—Y en cuanto á vd., señor, me dijo sin mirarme, su presencia es innecesaria, y aun llega á ser importuna, especialmente en estos preciosos momentos que debo ocupar exclusivamente en mi propia. Siete años he podido vivir sin sus socorros: para morir los necesito menos. Ese tiempo ha obrado en mí una mudanza absoluta, tanto en mi cuerpo como en mi espíritu: quiera el cielo que la vista de este triste espectáculo que le presenta su víctima, haga en la conducta de vd. un cambio semejante. Esto es cuanto le debo en recompensa del mal que me ha causado.

—Confieso, amada Luisa, le respondí sollozando, que soy un malvado, un monstruo indigno de respirar el mismo aire que vd.; pero no me es posible ver con fría indiferencia el cruel estremo á que la he reducido. Pongo por testigo al cielo, de que daría mi propia vida, por reparar el perjuicio que le he ocasionado, y que....

—Basta, señor, me contestó interrumpiéndome; recuérdela vd. que le he visto faltar á sus mas solemnes juramentos. Retírese, pues, y déjeme morir en paz: sea vd. fiel á su esposa, cuide de sus hijos, y no abuse mas de la credulidad de otras jóvenes incautas. Vd. morirá algún día.... quizá muy breve.... y entonces deseara haber obrado bien.

—Y qué me niega vd. su perdón! ¡Oh! Luisa, adorada Luisa! Yo procuraré reparar en parte mis faltas, asegurando á vd. y á este niño una pensión decente, que les proporcione vivir con alguna comodidad.... Yo....

—Ya es demasiado tarde, me respondió con calma. El mal debía haberse prevenido; pero una vez causado, sus efectos son inevitables.... Pero esta conversación se va haciendo demasiado larga; yo no estaba dispuesta á este lance, y ya.... las fuerzas.... me faltan.... yo muero....

Sus últimas palabras eran ya imperceptibles. Entonces me arrojé á su lecho, y le tomé una mano, acción á que ya no pudo resistir por su

estremada debilidad: sentí que se estremeaba entre las mías, como el pajarillo herido en las manos del cazador. Luisa fué acometida de un mortal desmayo.

Me pareció prudente no permanecer por mas tiempo amargando con mi presencia sus últimos instantes; y dando á la vieja que la cuidaba, cuanto dinero letraba en el bolsillo, salí de aquella mansión de dolor, con el corazón oprimido y casi sin poder respirar. Entré maquinalmente á un cuarto inmediato, y me arrojé en una silla, sin captar el consentimiento de su dueño. Este, que era una pobre mujer, procuró consolarme, sin saber que sus consuelos me causaban la mayor aflicción. Redújéronse á hacerme una relación del sistema de vida que Luisa había observado durante el tiempo que allí habitaba. Supe que ocupaba aquel cuarto desde una época que correspondía exactamente al día en que se separó de mí: que para subsistir con su hijo se había dedicado á la costura de una manera tan asidua, que se le encontraba cosiendo día y noche, y que este trabajo continuado unido á una secreta pena, que jamás quiso revelar á nadie, le había acarreado una tisis pulmonar, que la redujo muy breve al triste estado en que la veía. Que no obstante aquella ocupación, que absorbía la mayor parte de su tiempo no descurdaba la educación de su hijo, á quien ella misma enseñó á leer y escribir, é instruyó en los principios sagrados de la religión: últimamente, que su amabilidad, su honradez y su retiro, eran tan ejemplares, que las vecinas la citaban á sus hijas como un modelo que debían imitar.

Al día siguiente muy temprano volví á enterarme del estado de Luisa. Antes de pisar el umbral de su puerta, noté que ésta y la ventana se hallaban entreabiertas, lo que fué para mí un presigio tan fatal, que permanecí inmóvil largo tiempo. El silencio que reinaba en aquel recodo, solo era interrumpido por algunos sollozos sofocados, que parecían lamentar alguna pérdida irreparable. Ningun objeto percibí en lo interior, á causa de la oscuridad de la pieza; pero la ofensiva vieja, que me descubrió desde adentro, salió á la puerta, y arrojándose del todo.... Ahora sí, me dijo, puede vd. entrar sin temor de turbar el reposo de que ya disfruta su víctima. Y

Estas palabras me dejaron petrificado. Sentí que un ógriol oprimía con violencia mi cuello, y me privaba de la respiración; quedé repentinamente á oscuras, como si un relámpago súbito hubiera interceptado la luz del sol, y me faltaron las fuerzas en tal grado, que fué necesario apoyarme en la pared para no caer. Finalmente, aquellas palabras produjeron sobre mí los efectos del rayo.

Pasados algunos minutos, me adelanté con paso vacilante hacia el miserable cuarto que contenía el cadáver de Luisa. Hallábase éste aún en la cama, teniendo fuera una mano que mi hijo besaba y bañaba con sus lágrimas. A la vista de aquel fúnebre espectáculo, fué tal la sorpresa que experimenté, que mi corazón parecía ya insensible á la pena. En efecto, la desolación entregada á los accesos del dolor me vivo por la pérdida de un objeto querido, se comunicó rápidamente á todo nuestro ser; y á los movimientos impetuosos, á los sollozos y á los profundos suspiros, sucedían por intervalos una actitud fija, y un triste silencio, durante los cuales permanecía el dolor como suspenso, para dar á los órganos fatigados el reserite de que tienen necesidad, á fin de obedecer la impulsión que han recibido.

Después de haber dado á la memoria de Luisa el tributo de mis lágrimas, y consolado en lo posible á mi hijo, pensé ya en los preparativos necesarios al entierro de aquella. Dispuse que se verificara en uno de los panteones, no comunes, y que su lápida sepulcral contuviera esta inscripción:

"Aquí yace una flor castida y pura.
Que el ciego venenoso ha ameliado:
Igual fué su molestia á su hermosura,
Y de prudencia fué claro dechado.
Tuvo un desluzo... gimió su desventura:
Tuvo un error... mas cuánto lo ha llorado!
Siete años de espianción le han alienado
Perceña dicha y eternal ventura."

Gratifiqué generosamente á la buena anciana que sirvió á Luisa de segunda madre, auxiliándola en su infortunio, y asistiéndola en su última enfermedad. Vestí decentemente á mi hijo, y lo puse en un pensionado, para que acabara de perfeccionar su educación, y yo he seguido llorando en silencio la temprana muerte de una joven desgraciada, víctima de mi seducción que hubiera podido hacer la dicha de un esposo, y la felicidad de sus hijos.

Desde ese día fatal, me veo á cada paso turbado por las más tristes imágenes. Unas veces en el silencio de la noche, me parece ver á Luisa, tal cual se hallaba el día que precedió á su muerte, esto es, pálida, descarnada, recordándose mi negra ingratitude, y poniéndose de manifiesto el estado miserable á que la había reducido mi perfidia: otras me parece que levanta la cabeza desde su aláud, y me cita ante el tribunal divino; otras, en fin, se me presenta tal como la vi la vez primera, brillando en hermosura y en modestia, y adornada con todas las gracias de la juventud y del amor... Perdona, amada esposa, si me atrevo todavía á ha-

cerle esta última pintura de Luisa; y que para disculpar mi temeridad te acompaño su retrato: ya no puede ser para tí una rival, ni ella creyo jamás serlo, pues ignoraba tu existencia!

He aquí la causa de mi profunda tristeza, que con tanto empeño has querido te revele. Luisa se me presenta por todas partes, bajo distintas formas: su sombra me persigue donde quiera, y mis ensueños son lagobres y horrosos. Comozco que mis dolorosas sensaciones las produzco mis remordimientos. Estos son hijos del crimen; desencadenados contra mí, despelazan mi alma con reprochos amargos y continuos; ellos desarrollan á mi vista el cuadro de mis maldades, y me obligan á meditar sobre cada línea de esta horrible pintura; encargados de castigarme, se unen de puntas agemadas con que penetran mi corazón de mil moios, y cual azotes venegadores de las furias, gravitan sobre mi día y noche, sin darme un momento de reposo.

¡O libertad! Recibid esta lección. Así la hubiera yo recibida antes; quizá no habria hecho la desgracia de una joven inocente, y detenido el curso de su vida á los veinte y cuatro años de su edad! Los que se dejan seducir por esos placeres fugaces, no tardarán en disipar su entereza. El fastidio, la tristeza, el pesar y el remordimiento, los asaltarán indudablemente, y no vivirán sino para gemir sobre los escesos á que se han entregado. Esos placeres se debilitan al multiplicarse, y mutuamente se destruyen. Podrían tal vez rivalizar con los del espíritu, si fueran mas constantes y duraderos, y menos sujetos á alterarse; pero tal es su naturaleza, que nos arrastran bien pronto á escesos que sofocan la razón, obstruyen aun los órganos del sentimiento, y producen la saciedad, el disgusto y la amargura.— *Te amantísimo esposo.*

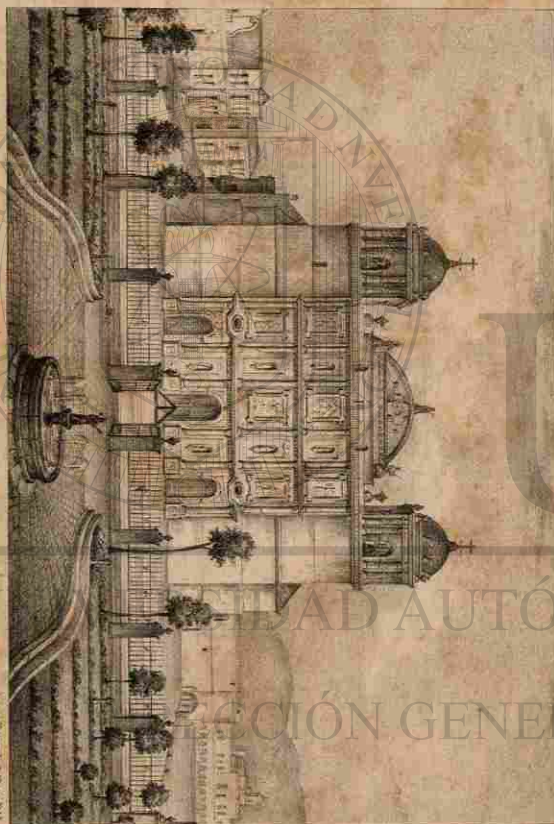
IMPETUABILIDAD.

El condestable de Borbon, cuya traisicion para con Francisco I no le hizo olvidar la valentía y pericia militar, halló la muerte en el asalto de Roma el año de 1527; él sube el primero y recibe el golpe mortal: al caer dice á un oficial suyo: "Acelérate á cubrirme con esta capa; oculta mi muerte á los soldados; y que lleve yo conmigo á lo menos la esperanza de la victoria." Se ejecuta la orden; oye él que los españoles se preguntan unos á otros: "En dónde está Borbon! Ha muerto!" "No," les dice sin descubrirse, "Borbon va marchando mas adelante; seguidle!" y espiró al momento.

Ciegon hijo, que las tres cosas mas difíciles en este mundo son: 1º guardar un secreto; 2º olvidar una injuria; 3º emplear bien el tiempo.

OAJACA.

Su situación, terreno, clima, producciones y riqueza de este Departamento.
Su decadencia y causa de ella.



Una de las vistas de Oajaca.

El Departamento de Oajaca (1), antiguamente llamado Antequera, uno de los mayores de la república mexicana, linda con los de Puebla y de Veracruz, con el mar Pacífico y con el Departamento de Chiapas. Su suelo se halla sembrado por todas partes de cerros, regado por multitud de ríos, y casi cubierto de innumerables pueblos, que aunque mezquinos y pobres, no carecen de hermosura. Los ríos desembocan, casi todos, en el Pacífico, en cuyo mar posee el Departamento de Oajaca algunos buenos puertos. Su clima es benigno, aunque cálido, y su cielo es de un azul purísimo; se gozan en el mismo Departamento de varias temperaturas, y va aumentando gradualmente el calor desde la unión de Oajaca y Puebla, hasta Tehuantepec, en cuyo punto el calor es excesivo. Por esta razón hay en el casi todas las producciones que en el restante de la república, siendo notable el gusto exquisito de las frutas y regularmente su tamaño, que es muy superior al que tienen las de México. Entre las más agradables se puede enumerar la conocida con el nombre de *piñanona*, porque en ella se halla mezclado sin confusión el sabor de la piña con el de la anona, lo que la hace muy grata al paladar, y los *chicozapotes*, que á más de ser de gran tamaño, son sumamente dulces.

Rico, como ninguno otro en maderas, posee algunas muy notables, unas por su dureza y otras por la hermosura de su veta. Entre las primeras se halla el *yagala*, que se puede golpear con el cuerpo mas duro sin quebrarse, y que á costa de gran esfuerzo se hace astillas solamente. Entre las segundas la mas bonita sin duda es, una que está jaspeada de varios colores, que aunque no son sumamente vivos, con el pulimento producen un efecto muy agradable en la vista. Hay tambien otra amarilla como el oro, que barnizada es superior en hermosura á

la caoba. Esta última abunda tambien, y debe haber una variedad portentosa que pocos, ó mas bien dicho, ninguno se ha dedicado á examinar.

Se encuentran tambien en el Departamento de Oajaca, mármoles, cuartzos, jaspe y otras producciones de esta clase, que son tambien desconocidas, como todas las riquísimas producciones del suelo mexicano. Posee minas de oro y plata en abundancia, hallándose muchas de ellas cercanas á la capital. En materias de granos los que se cultivan en el Departamento son de muy buena clase, especialmente el cañazo, y sobre todo el café, que pudiera competir con el mejor del mundo. Su embargo, el cultivo de este último es muy escaso, lo que es muy digno de lamentarse, pues tal vez el café ojaqueño llevaria en el comercio el primer lugar que merece por su aroma blando y su sabor agradable. Hay tambien en este Departamento, gomas y resinas sumamente curiosas. En una palabra, produce cuanto se puede apetecer para la vida y placeres del hombre.

La pesca de perlas es muy abundante en el Sur; lo es tambien la de mariscos, ballenas, ballenatos, y multitud de peces de todos tamaños y figuras, cuya enumeracion seria muy larga y para algunos fastidiosa. Pero en nada de esto ha consistido la riqueza de los ojaqueños, porque el artículo principal de su comercio ha sido la grana y el añil; con aquella, mil familias eran poderosas, y tenían un tesoro inagotable. Impendian un cuidado extraordinario, y tal como lo exige la naturaleza de ese insecto, que los remuneraba con sus productos asombrosos, pues son increíbles las cantidades que se empleaban en este comercio por los españoles. Mas esta fuente de riquezas acabó ya, y el Departamento de Oajaca es hoy miserable, siendo la mayor prueba de esto la baratura de todos los comestibles, que se nota ahora, y que nunca habia habido. Y aunque en esta decadencia han influido gravemente los trastornos políticos de nuestra época, la causa principal ha sido la falta de comercio con la grana. Esta la ha producido el mal método con que se instalaba en los últimos tiempos, por la invencion de

(1) Conquistó esta provincia Juan Nuñez de Mercado, que fué pago de rodas de Hernando de Cortés, año de 1522, y la poblaron despues de 1526, Juan Zedillo y Hernando de Badajoz; su obispado compoúese de 21 alcaldías, y el primer obispo fué D. Juan Lopez de Zarate, canónigo de la Santa iglesia de Oviedo.

(Alcedo, Diccionario geográfico).

un nuevo tinte, y porque el cultivo de este ramo se extendió hasta Guatemala adonde con mil esfuerzos lo plantaron sus hijos. Sin embargo, en el año pasado se sacó de este Departamento para Veracruz, una cantidad muy considerable de zurrones de grana, y ya alguna vez se ha anunciado la resurrección de este comercio, por la mala calidad y efectos del nuevo tinte, cuya esperanza parece fundar la extracción de que hemos hablado.

El ramo de antigüedades es muy considerable. Todo el mundo sabe que existe el palacio de Mita, y que ahora se han descubierto las ruinas de una ciudad; pero signora que en casi todos los cerros, en los más pueblos, escapando la tierra, en todas partes, se hallan ídolos, urnas, vasos y otras manufacturas de los antiguos pobladores del Nuevo Mundo. Omitimos, por evitar la difusión, describir el palacio citado de Mita, no dejando de éste más que la forma de las piedras de que se halla compuesto, que son cuadradas, de poco más de cuarta de largo, están unidas unas á otras con tanta exactitud, que parecen formar una sola pieza.

Para concluir firmemos dos palabras de un árbol monstruoso que hay en el Departamento. Se halla en el cementerio de la iglesia de Santa María del Tule, pueblo muy poco distante de la ciudad de Oajaca; es un *ahúchete* (1) de enorme magnitud, y en cuyo abucado tronco caben veintidós hombres; parece ser de una antigüedad respetable. Por último, en el Departamento se hallan animales de todas clases, siendo hermosísimas las aves, pues las hay de todos colores y de todas especies.

Habitantes.—Sus usos y costumbres.

El indio oajaqueño vive en una casa formada de adobe y cubierta de tejas, ó en un jacal cuyas paredes son dos hileras de ramas rellenas de tierra y bastante apropiado para sostenerse á pesar de los temblores, que son muy frecuentes en el Departamento de Oajaca, y algunas veces muy fuertes, como lo fueron los que ellos llaman del *Rocario*, de los que se conservan aún recuerdos; y que se padecieron hace 60 á 80 años. Tuvieron las gentes, dicen los viejos, que salieron de las casas á los campos; la tierra se movió continuamente; los perros alullaban; los gallos cantaban todo el día, y todas las familias oraban sin interrupción en voz alta y pedían misericordia. Los sacerdotes pasaban el día comulgando á los desgraciados, y todos estaban llenos de aflicción.

(1) De este árbol que inexactamente llama el Sr. Mathieu de Fosse en un Opusculo sobre Oajaca, publicando en varios periódicos, ha escrito una exacta descripción científica, nuestro botánico D. Miguel Bustamante.

Son allí los temblores lo mismo que aquí, de oscilación y trepidación, y como la tierra es firme, cuando tiembla se parte profundamente hasta separarse media vara y un borde del otro.

El indio es taciturno y callado, hospitalario y trabajador; sus formas son regulares y á veces atléticas; pero siempre bien dibujadas y manifestando el hábito del trabajo; es sóbrio y tenazmente apegado á sus creencias religiosas, dócil en todo, excepto en esta materia, en la que es tan portafido, que sucede en algunos pueblos de la Sierra que tengan al cura civilmente muerto y sin comunión con los feligreses, aunque pague con mucha exactitud sus derechos y obenciones. Consérvase entre ellos la creencia de que su vida está unida á la de un animal, y que es forzoso que muera él cuando éste muere. Cuando nace el indio, y en los pueblos distantes de la capital, y especialmente en aquellos en que no hay gente de *razón*, como llaman á los que no son de su casta, el padre y sus amigos comienzan á dibujar y horrar sucesivamente en el suelo de su jacal, varias figuras de diversos animales, y aquel que se está grabando al tiempo del nacimiento del chico es su *tona*; cuando crece el recién nacido, busca la tona, la toca y paldea con él. Es sumamente respetuoso hacia los muertos, en cuyo día tiene una costumbre particular que se conserva aún en muchos pueblos. En todas las casas de la población se ponen fruta y velas ardiendo; uno y otro se regalan por los parientes y amigos entre sí; en la iglesia, en cada sepulcro, pone el dueño fruta también y velas; los panaderos pan y bizcochos, siendo estas ofrendas propiedad del cura, que sale en la noche á decir respuestas en las casas á que es llamado; entonces los muchachos pasean en grupo las calles, y se entran á las casas llevando las frutas y velas; y gritando *ahinagron*, que en el idioma zapoteco, que es el que hablan los oajaqueños, significa *hijo de ahorta*.

Solomizan con toda pompa sus bautismos y entierros en estos últimos, el ruido disonante de sus trompas tiene un no sé qué de lugubre y de solemne, que entristece irremediablemente. Respetan sobrenaturalmente á los descendientes de sus antiguos señores, y en un pueblo no lejos de la capital hemos visto con ternura, á un viejo, hijo de uno de los antiguos señores, pasearse con una magedad que sentaba muy bien á su figura respetable, y á todos los indios quitarse, conforme lo encontraban, el sombrero, besarle la mano que él tendía con mucha dulzura, decirle *daado*, padre, y no cubrir sus cabezas sino hasta que lo habían perdido de vista. Su civilización es muy corta y está estacional, porque no hay ningún empeño en cultivar el entendimiento suyo: de aquí es que conservan la

mayor parte de sus virtudes propias, y que no adquieren sino en muy pocas cosas las de los demás hombres. Son sencillos y francos por naturaleza; pero usan alguna vez del disimulo, principalmente en sus usos religiosos; pues celebran en las cimas de los cerros, en las cavernas y otros lugares, sus convites y ceremonias, sin darse por entendidos de las advertencias de su pastor. Han adquirido un amor ardiente á la libertad, y sólo la fuerza los obliga á ceder sus derechos naturales que ellos conocen. Por todas estas razones no aman mucho al clero, y no pudiendo dudar de la verdad del cristianismo, mezclan sus ceremonias augustas con las de su antigua mitología, y confunden los dogmas santos de nuestra religión, con los absurdos de su teología.

El amor y respeto filial es grande entre ellos, su fraternidad es notable, y su odio y desprecio á los de su raza, se manifiesta claramente en los pueblos que están compuestos de indios solos; nosotros hemos visto pueblo de estos cercano á la capital, en el que á la oración de la noche era inminente el peligro que corría el *de razón* que pasaba por él. Son dulces en sus costumbres domésticas; tratan á la mujer sin orgullo y sin baja, mirándola como la compañera de su vida. La ocupación de estas es preparar la comida y tejer y teñir mantas que son unas piezas de lana muy bien trabajadas, que sirven para su vestido, y cubierta de ambos; y venden en las poblaciones *tortillas* y otras cosas, haciéndose notar por su estremada limpieza. El indio se ocupa en los trabajos del campo, ya sea propio, ageno ó del comarca; para esto último son llamados con una concha que produce mas ruido que una trompeta. Actualmente sus costumbres peculiares van acabando con presteza á causa de la miseria. Por último, son sóbrios y honestos en lo general; su comida común es *tortilla y chile*, que los indios llaman *chintestil*, y *palque* su bebida para calmar se provee el indio de un conchillo lleno de *tortilla seca* y tostado en trozos menudos que llaman *totopo*, y de *posole*, que es una masa parda que disueta en agua es agradable, y que les sirve de único alimento en todo su camino aunque sea muy largo. Su saludo es paternal: se aprietan la mano, é inclinandose se dicen *sher-bezas*, "¿cómo estás?" *hectibili gaxac* (1), "bueno, y tú, hermano?"

(1) En las voces zapotecas que escribimos hemos puesto su pronunciación y no su ortografía, para dar á los lectores una idea de su sonido.

Esto es muy frecuente en los pueblos micos que tienen un idioma particular el cual lleva su nombre. Es de notar que hay en este Departamento varias lenguas, de las que las principales son el zapoteco y el mixteco, se habla el chimalteco, admirable por su armoniosa dulzura, y el mexicano, que hay un pueblo por el nombre de Tehuantepec en que se habla, lo que se atribuye á unas colonias de aztecas.

Su traje es muy sencillo, pues consta en el hombre de calzon de cuero y cotón; y en la mujer, de manta y güepil; el traje de la mujer en Tehuantepec, es muy pintoresco; una enagua de indiana, sin camisas, y su güepil muy fino y adornado con mil encajes y otras curiosidades; no usan *rebozo*, y cubren su cabeza con una manga del güepil, sacando el rostro por una de las aberturas de la manga, lo que las hace parecer monjas, pues se asemeja á una toca. El güepil (2) está muy bordado de sedas y oro, y hace resaltar la hermosura en las tehuantepecas, que son muy bonitas y muy acaudadas. Sus cuerpos son esbeltos y graciosísimos; en suma, son acaso las mejores formas de los indios.

Entre los habitantes de esta parte del Departamento se observa una costumbre particular en los casamientos, á la que llaman *la sobana*, que no describimos por ser no muy propia de este lugar, aunque pudiera ser prueba del aprecio con que se mira la integridad en el bello sexo, y aunque no carezca de ejemplo en algún otro país. Para concluir estos apuntes, diremos que las inclinaciones de los oajaqueños son guerreras y (siguiendo una regla constante) muy pronunciadas á favor del odio; aquellas son más fuertes en los micos (3), aunque no son muy afectos á la disciplina militar. Mantienen bien todas las armas; pero los más en uso actualmente entre ellos, son el *garrote* y la *puñal*, en cuya dirección manifiestan una puntería verdaderamente admirable; del primero hacen uso con mucha agilidad, y en él consiste el derecho de los ladrones que hay en el Departamento.

En el ejército mexicano ha manifestado siempre, el indio oajaqueño, mucha serenidad en el peligro, y un valor heroico para vencerlo.

Respecto de la clase de *razón*, advertiremos que tampoco es muy ilustrada, y que sólo ahora por el comercio frecuente que tiene con la capital de la república, que antes no existía, comienza á ser más culta; sin embargo, se le notan aún varios resabios de provincialismo que indicamos ligeramente al tratar de la capital.

(2) Queñil especie de camisa que llega hasta poco arriba de la cintura, y cuyas mangas son cortas y muy anchas.

(3) A pesar de no ser este el lugar propio, diremos que hay dos mitzucas, una alta y otra baja, cuyo temperamento es por lo regular frío; se cultiva en ellas granos y seda en capullos, sus habitantes son muy activos é industriosos. Es un pueblo de esta provincia nació el Ilmo. Sr. D. Nicolás del Puerto, jurista célebre y varón de mucha ciencia y acrisoladas virtudes, y que fue uno de las mejores muestras de la capacidad indígena; pues se aquellos siempre mereció ser obispo gobernando la iglesia oajaqueña, á la que hizo mil beneficios.

Capital.—Edificios notables.—La catedral.*Costumbres de la capital.*

Juan Nuñez del Mercado fundó en un hermoso valle, el año de 1528, la ciudad de Antequera capital de Oajaca, cuyo nombre lleva ahora, y cuyos patrones son San Marcial desde la conquista, y San José después, por los temblores. Es pequeña y no mal comparada. Sus calles están tiradas á cordel y en la dirección de los puntos cardinales; son muy acasadas y tienen un declive hacia su mitad, que se lleva las aguas que caen á un caño que forma un arroyo, en el cual se desahogan todas las suciedades, de manera que no se ven las calles fangosas ni desaseadas. Las casas son todas, exceptuando una ó dos manzanas, de un solo piso, lo que es necesario para resistir los furiosos temblores á que está sujeto el terreno, y que antes eran muy frecuentes; á pesar de esto son bonitas y alegres; en muchas de ellas se cultivan árboles frutales que dan muy buenos frutos; pero ninguna de esas casas merece mencionarse, especialmente por su arquitectura ú otro mérito.

Los edificios públicos son en lo general buenos; los conventos son ocho; dos de Santo Domingo, uno de San Francisco, uno de San Agustín, uno de nuestra señora de la Merced, de Carmelitas descalzas; todos de buena construcción y algunos de ellos agradables á la vista; otros son notables porque en ellos se veneran imágenes de las que son muy devotas los habitantes; así es por ejemplo el santuario de nuestra Señora de la Soledad, cuya pintura es muy buena, tanto por lo bien trabajado y esculpido de ella, como por su piedad que parece profeta. A esta imagen miran como madre, y á ella ocurre el ojaqueño en sus aliecciones; sin ella el ojaqueño no es en este Departamento muy puro, y se vea á por fanatismo ó por incredulidad. Entre los conventos, el mejor sin duda es el de Santo Domingo, que parece una fortaleza, según el espesor increíble de sus paredes y la solidez de su fábrica; lo que hacen tan fuertes sus bóvedas, que han resistido sin lesión al movimiento causado por el tiro de una pieza de artillería disparada sobre ellas. De más diremos que en la librería de este convento hay buenas obras, y entre ellas algunas tomos de escritores de Oajaca. Hay también dos hospitales, San Juan de Dios y el de Bellemitas; dos colegios, Santa Cruz, y San Bartolomé, que está refundido en el Seminario, siendo sus becas de mucha distinción. Tres monasterios de religiosas agnáticas, y uno de la Concepción, uno de Santa Catalina de Sena, uno de Capuchinas, y un colegio para educación de niñas.

La plaza principal está formada por el palacio, del que se ha hablado ya en otro artículo, por la catedral que está frente á aquel, y por el portal del Señor, que es lo que el de Mercede-res en México, aunque ciertamente no se ve allí la curiosísima variedad que en este; y por el portal de Estrella, llamado así por ser ese el nombre del dueño de las casas á cuyo pie está el citado portal.

La catedral, que está representada en la estampita, fué fundada el año de 1535, bajo el pontificado de Paulo III, reedificada por el Sr. D. Fr. Angel Maldonado, 15º obispo de Oajaca, que tomó posesión de la silla episcopal el año de 1702, y concluida por el Ilmo. Sr. D. Fr. Francisco de Santiago y Calderón, 16º obispo que comenzó á gobernar en 1730, y que la embelleció con las torres y el reloj.

La catedral tiene tres naves á mas de las capillas; se conserva en ella un brazo de San Cristóbal, y una parte de la milagrosa cruz de Huastulco. El frente de este edificio está muy bien representado en la estampita. Frente á la entrada se halla el coro, y en su pared el altar del perdón. El ciprés ocupa la nave principal con la cruz.

La iglesia tiene un cabildo compuesto de un dean, cuatro dignidades, y ocho canónigos. El primer obispo fué D. Juan Lopez de Zárate, que murió trabajando en bien de su iglesia, y trayendo religiosos para los curatos y parroquias en 1554.

Damos á continuación una lista de los Sres. obispos de Oajaca, hijos de nuestra patria, que tan fecunda es en talentos superiores.

Cuarto obispo: D. Fr. Baltazar de Covarrubias, agustino mexicano, promovido en 1605; dejó de gobernar el obispado en 1608.

Quinto obispo: D. Juan de Cervantes, mexicano, electo en 1608; fabricó la capilla de la Cruz de Huastulco, murió en 1614.

D. Fr. Juan Bartolomé de Bakogores, dominico mexicano, promovido en 1617, muerto en 1683 siendo el sexto obispo.

Séptimo obispo: D. Leonel de Cervantes, mexicano, electo en 1637; murió antes de tomar posesión.

D. Alonso de las Cuevas Dávalos, electo en 1664, mexicano, murió sin tomar posesión; era el 10º obispo. D. Nicolás del Puerto de Santa Catalina de las Minas, fué obispo en 1678, murió en 1681, siendo el 12º.

D. Feidro Savinana, mexicano, 13º obispo, murió en 1690.

D. Tomás Montalvo, mexicano, fué electo en 1737, siendo el 17º obispo, murió en 1742.

El Sr. D. I. Perez, que dejó su silla episcopal en 1828.

Después de estos, hemos visto promovidos,

pasado el tiempo en que la iglesia ojaqueña ha estado vacante, á los Sres. Villanueva, Morales, y últimamente al Sr. Mantecón, que se consignará muy en breve.

Notáremos de paso, que lo común del clero no es tan apostólico como debiera, y es de esperar que el Ilmo. Sr. obispo tome medidas que le luga digno de su sagrado origen. Hay sin embargo varones justos que no mencionamos por no ofender su humildad. Ha habido tanto entre estos, como entre las demás clases de la sociedad, varios escritores.

Los colegios son dos: el Seminario fundado por el Sr. D. Fr. Tomás de Monterroso, dominico que tomó posesión de la silla episcopal en 1665, y que falleció en 1678, siendo el 11º obispo que tuvo Oajaca. En este colegio fundó dos cátedras de Gramática, una de Filosofía y dos de Teología; el Ilmo. Sr. D. Nicolás del Puerto, que tomó posesión en 1679, y que falleció en 1684, dejando una buena librería al colegio. El otro es el Instituto, que está en proporción mas adelantado que aquel; pero ni en estos que son públicos, ni en los particulares, que son escasos, hay progresos sensibles de ilustración.

El mercado se hace en Oajaca de noche en la plaza principal, y las señoras compran en los rajones sus efectos por la noche tambien, siendo esta la hora de tono. En esta plaza como en las calles, se miran multitud de indios que vienen de pueblos aun distantes, á vender fruta y otras cosas.

Entre las costumbres poco agradables, se puede notar la de beber licores las señoras por vía de pasatiempo en la conversacion, y entre las que denotan la falta de refinamiento en los usos sociales, la de ponerse en pie cuando entran á una sala, aunque sea un hombre, lo que en nuestro concepto es regular y debido.

Entre las clases en que se divide la sociedad ojaqueña, solo una es de notar, y es, la que componen los *clantizales*, que equivalen á los *leperos* mexicanos, aunque ciertamente son superiores á estos por su limpieza estremada, y su traje camerado, especialmente las mugeres, que son seductoras, pues visten sus formas morbidas y blandas, con unas enaguas mas blancas que la nieve, con una camisa muy bien trabajada, y con una mantilla que es un lienzo de muelle muy fino y trasparente, que deja sospechar la hermosura de lo que encubre. Son muy bonitas siempre; pero mucho mas el viernes Santo, en cuyo día se visten de lujo, y en el que hacen su gala de la procesion. Se ven multitud de *clantizales* blancas como el armiño, llevando en sus manos cirios muy gruesos en

vueltos en finisimos pañuelos, y tan inclinados que van goteando cera por las calles; pero con tal abundancia, que hace algunos años que se juntaba cera suficiente para alumbrar el altar casi todo el año. Hay otras procesiones muy concurridas, como la del Cármen Alto (1), en cuyo corteo se pasea toda la poblacion, mirándose este cubierto de frutas y otras vendimias, lo que lo hace muy pintoresco.

En conclusión, y para honra de Oajaca debemos hacer notar que la prostitucion no tiene lugar en este Departamento, pues aunque no sea muy rigida la moral, no se ve allí como en otros países, esa multitud de casas públicas que son el abismo que traga á los jóvenes en su perdicion, y que sirven para crear, mantener y propagar el *syphilis* (2), esa terrible enfermedad con que castiga Dios á los que prostituyen la imagen de la Divinidad en las orgías.

México Enero de 1844. — J. del C.

Pensamientos.

No es dado á la miseria envilecer las almas fuertes; ni á las riquezas elevar los corazones bajos. En la obscuridad se cultiva la gloria, y en la grandaza se sufre el oprobio. La fortuna, si la que creamos todopoderosa, vale muy poco sin la naturaleza.

Todo el que ha visto en un baile los máscaras que danzaban alegremente, y se apretaban las manos sin conocerse, para separarse un momento despues y no volverse á ver, puede formarse una idea del mundo.

Cuántas veces nos hemos burlado neciamente, de haber persuadido á los demás de lo que nosotros mismos no creemos!

Los hombres medianos tienen muchos pensamientos y pocos entendidos.

Los que pretenden decir siempre cosas extraordinarias y raras, hablan con muy poca utilidad.

Varenargios.

(1) Hay dos iglesias de este nombre, que se distinguen por el Alto y el Bajo; una está situada al pie de un cerro muy inmediato á la capital, y la otra en la poblacion.

(2) No podemos pasar en silencio que es muy raro el atacado de esta enfermedad que se ve en Oajaca; se cultiva allí una planta cuya raíz es un remedio eficaz para ella, de lo que hemos visto algunas especificas, que deseamos se recogen para bien y provecho de la humanidad. Esta raíz es comocada con el hombre, y que es específico para quitar todos los diversos *leucorreas*, etc., bastando tres frutitos, tomados enteros y en ayunas para conseguirlo.

PANORAMA DE MEXICO.

EL CANAL DE LA VIGA.

No quiero describirte, ó canal, en los bulliciosos días de la cuadrantea, cuando sobre tu superficie flotan innumerables caños, en las cuales boga la plebe regocijada y entusiasta.

Entonces te animas, y de tus aguas salen cantos nacionales, y algazara y contento; entonces pobladas tus verdos márgenes, de familias que las matizan con sus trajes diversos, adquieres un encanto pastoral y sencillo, con los niños que junto á ti se entregan á sus inocentes juegos; con los cestos y las *chaluvas* de flores que se administran por donde quiera; con los improvisados navegantes coronados de *amapolas* y de *chichara*; con los alegres sonidos de las guitarras, las harpas y las flautas; con los ademanes líbricos de una ballarina cuyo medio cuerpo apenas se divisa entre un océano de sombreros y rebozos; y con los estrepitosos y ardientes cánticos de los originales *Orficos* que atraviesan tus aguas.

En esos días te he visto también, cuando la aurora tiende sus alas de jazmín y de oro sobre las crestas salvajes de los montes que circundan este hermoso valle, risueña como la inocencia en la frente del niño, llena de atractivos y encantadora como las ilusiones que forja la esperanza del amante.

Era viernes de *Dolores*: recuerdo que en la orilla de la acuegia se veían multitud de mugeres y de cargadores con sus cestos para conducir las flores que esperaban, porque en ese día, aniversario para el católico, del misterio sublime que solo puede comprender la sublime ternura maternal, en cada casa se erige un altar; algunos salones se convierten en templos, y en la humilde choza del jornalero sobre la tabilla suspendida á la pared que sirve de ara á una efigie de la Virgen María se ofrecen flores, y se queman incienso, homenaje puro, vehículo de inocencia, y perfume que une al dolor terreno con el dolor santificado en los cielos.

A lo lejos resuena la cadena de la compuerta, agrietas la multitud, unímanse los semblantes, á poco desaparecen las aguas bajo un penall delicioso, y su perfume empapa las auras de la mañana.

Como describir los majestuosos caprichosos que

presenta entonces esta alfombra estendida por todo el canal!

Frescas *amapolas* y claveles, *amapolas* blancas y encarnadas en ruedos estensos, ramilletes de jazmines y de *copuela* turquí y blanca como el alabastro, retama y trébol, y chicharo aromático, y rosas fragantes y encendidas; y esta hermosa se reproduce y se multiplica y ordena de nuevo á cada raiena de las caños al ingreso de otra á su separación, y deja ver en la agua inquieta indicias las nubes de grana y el azul apacible del cielo.

Como he dicho al principio, no es mi objeto detenerme en esas pinturas: el recuerdo de los días que quiero consignar en estas líneas, es también puro como las flores; pero melancólico y apacible como el fulgor de la estrella vespertina á la hora del crepúsculo.

Entonces era yo niño, volvía con mi padre de un paseo, al que solo había concurrido mi familia; era un solaz doméstico de aquellos que se recuerdan siempre con placer, ya entre las tormentas impetuosas de la juventud, ya entre las nieblas melancólicas de la vejez.

Mi madre venía á mi lado, y parece que ahora veo su dentadura blanca, porque venía risueña; entonces éramos tan felices. Pareció que también veo á mi padre, en pie con su chaqueta de lienzo, y dejando flotar sobre su frente á merced del viento apacible, su cabello negro como el ébano; me parecía hermoso; ¡es siempre tan bello lo que amamos!

Yo iba divirtiéndome con los árboles de la orilla que parecían andar, y luego deshojaba las flores de las *amapolas* que había cortado, viendo caer sushojillas, y arrebatarlas por la corriente que formaba el remol al soplar la canoa.

De repente me puse en pié, y me encamé la perspectiva que me rodeaba.

El sol se había ocultado, una débil línea de fuego rebosaba sobre el azul oscuro de las montañas; en el cielo revueltos y esparcidos volaban celajes, caprichosos; ya eran las ondas de un mar de púrpura, ya montañas de oro resplandeciente; ya ángeles que con sus alas de fuego penetraban solitarios por las regiones de

Dios; ya dragones y caballos fantásticos; ya ondas apañadas que ascendían, y vistiéndose de gradaciones varias de gualda y sombras de carmin, de topacio, y de alabastro; en el Nor-Este aislada y magnífica, gigante, y de un color encendido, se veía como brotar de entre los árboles la luna, que en los lagos y acueguas se reproducía dejando ver en la llanura de trecho en trecho círculos de fuego ó de plata brillante.

A mi derecha (*el Oriente*) se extendía la llanura, interrumpida ya por castas blancas rodeadas de árboles; ya por la calzada frondosa de la *Candelaria*; mas allá se distinguían las lomas con sus colores desecados, con sus alas verdes ó color de oro de los estensos campos, siempre ascendiendo tortuosas, salvajes, hasta tocar con los montes gigantes que limitan el horizonte.

Volviendo el rostro siempre al Sud-Oeste, se distinguían en las llanuras las trojes y casas de las huendidas, las rancherías que indicaban por el humo negro que subía solitario por la atmósfera y las torres lejanas de algunos pueblos, de los cuales, de unos se distinguían las casas blanqueando esparcidas como corderos por las lomas desiguales; de otros solo se distinguía la cúpula de una torre entre los sembrados y los árboles.

A mi frente estaba México, con su variedad infinita, con la calzada del paseo y una parte de la plaza de toros; con sus mil torres, saliendo de un océano de piedra como otros tantos mástil de embarcaciones ancladas: San Pablo, la *Mercad*, con su techo de metal que brillaba con la luna, y *Loreto*; mas al Oeste, y en medio de esta confusión, se alzaban magníficas y sin rival las torres augustas de la catedral, como los asnos de los ángeles estufoños de México.

A mi izquierda entre los tulares y las plantas acuáticas, volaban luciérnagas incógnitas, y moscas que despiden luz viviente, tachonando de diamantes el mano oscuro que cubre los campos; después se extendía un campo inmenso: en el centro de los poterosos se percibía la reducida chochilla del vaquero, y allá, en los confines, medio plateado por la luna, vestido de timbales por el onesto lado, solo y gigantesco, se veía el monarca de los volcanes de México, el *Popocatepetl*!

Las vacas de los establos de aquellas casas de campo, mugían tristemente; se oían los ladridos lejanos de los perros y el balar de las ovejas junto á las humbradas de los pastores; se oía también á la capital, que por sus mil bocas de bronce, entonaba al Eterno el misterioso y solemne canto de las oraciones.

La canoa se deslizaba tranquila en las aguas; comenzamos á percibir en los egidos y en las márgenes del canal las luces de las casas; á po-

co ya se oía el rumor de los transeúntes, después nos hallamos entre dos aceros de casas, que despedían su luz por puertas, balcones y ventanas; luego hizo alto la canoa, habíamos llegado al desembarcadero.—A. G.

LA AGONIA.

A MI AMIGO DOMINGO REVILLA.

Ansé frente á un lecho de agonía que cubre las paredes contorneadas. Una hogia cuyo incierto brillo en las revuelvas alabazas rebala.

Sobre el blando almohadon que afirma el cuello Inmóvil se realiza su cabeza: Se ve en su frente herida de tristeza, Un rizo deshilado del cabello.

La sombra de las alas de la muerte En sus facciones vividas vacía. Y sin ver, pero abierta la pupila Terro; inspira su fijeza inerte.

Cáñena está su boca medio abierta, Estático su busto se descubre, Y bajo el blanco lienzo que le cubre Giran los dedos de su mano inerte.

¡Cómo ves ora la encantada vida Su pompa y sus quimerosos festines. Cuando entre nubes de oro y de jazmines El sol de su niño resplandeció? ¡Cómo ves los amores, los delirios Que inquietos hierren en la mente humana. Al pasar esa día sin mañana, Como una lampara fuésteis encendido!

Como hojas secas sobre suelo caerán Raedán hoy los recuerdos en tu mente. Como la lluvia inútil é imponente Miró el aire en sus labios rebalar.

Tú ves la vida como ve el marino La maralla, la torre, el alio lano Al romper solitario y sin amparo Las bravas olas de ignorado mar.

Allí estás ¡ó mortal! estás ausente, Entre la eternidad y lo pasado. Qué no alumbra tu espíritu turbado Del *Bezo* el *Esdrifin* insonor?

¡El alma que difiere al pensamiento En tu crebro moribundo oscita Como esa luz que al espirar vacila Al frente de tu lecho fonsal!

Y siempre dudas, siempre dudas Atanca tu ilusión luego por hojas. Como cada espirar de tu estompa Te arrebató un instante de vivir.

¡Esa alma dulce quédate perdida En las paredes de la boca yerta; Como pétalo seco de flor muerta Que se deslució entre la yerba ruid!

Contemplar esa bécera sublime De milígonos muros tachonada, Como pompa irrisoria de la vida, Pe la *escriba* magnífico *Bezo*.

Escuchar en el aura una armonía, Percibir un misterio tras el cielo Y al emprender á su region el vuelo En el putrido fango perecer....

¡Ah! no, Señor, que te proclama el trueno.
Tu mirada de amor produjo el día;
Tu eres fuente de paz y de alegría.
¡Por qué nos restarás el corazón?
¡Por qué nos diste envuelto el pensamiento
En la nube terrible de la duda?
¡Por qué á la fe la dejás sin tu ayuda
En medio de este mar confundidor?

¿Cuántas veces, Señor, en tus altares
Al resonar el órgano sonoro,
Al reflejarse en los bláncos de oro
Robosun ciprés de espléndido luz,
Entre el trueno mi oración subía,
Perfume de la vida transitoria,
A pedirte que un rayo de tu gloria
A iluminar viniste mi atisud?

Y pensé que tu Espíritu invisible
Daba voz á la música armonia,
Y que el alma arrebatada, procesada,
Inmortal ¡ó Señor! mi porvenir.
Dalec alivio en los mares de mi suerte.
Adorada lirasia, fruto del crimen,
Bálsamo bendicidior de los que gimen
Del valle del dolor en el conito.

¿Qué miras, taciturno moribundo?
¿A tu vida el viento rasgó el velo
Y espaldado y magnifico en el cielo
Ya ves brillar la eternidad y Dios?
¿Ya miras, fatigado peregrino,
La deliciosa esencia de tu cuerpo,
Y mides la tierra el pastor suelto
Y al despertar encuentras su amor?

Aguda agonizante, ya ampuete
Esa sea frigid que te ayo á la vida
Y jugando al rompecor en tu partida
Vas á perderse entre la luz del sol.
¿Y siempre con la fea en tu agonía
Llegas al borde de la tumba helada,
Dudando hallar el seno de la nada
O las alas de arcángel del Señor?

Después difícil se escuchó un aliento,
Un color espiritual su vista cruzaba,
Se escuchó su exterior, de su pechala
Forma un hilo al llanto de tormento.

Anímase su vista, y rehuciente
Gira en torno á su lecho decarriada,
Cual espíritu luz que se levanta
Levanta fugitiva llamarala.

Por fin, por fin, la vida se despierta
En la faz del sentido moribundo,
Y el gemido de dolor que lanzó al mundo,
Del sepulcro fuera, le abrió la puerta.

Escrito de 1844.—Germánico Pastero.

ALGUNAS IDEAS SOBRE LA SOLEDAD.

ANORA, que por fin ve cumplidos en parte
sus deseos; ahora que vuelvo á vivir, yo solo,
conmigo mismo, lejos del bullicio de la sociedad,
y con el caudal de mi experiencia y de mis
desengaños considerablemente aumentado, co-
nozco mejor que nunca cuán grandes son los
goces que proporciona la imaginación en la so-
ledad. El aspecto agreste de la naturaleza, el
verdor de los árboles, el confuso canto de las
aves, el ruido del agua, el magestuoso silencio
de los bosques, absorben y enagenan á mi al-

ma en términos de que todos mis pensamientos
se transforman en sensaciones. Mi imaginación
da á los objetos un dulcísimo colorido, un as-
pecto suave y encantador que me hace creer
que todo lo que me rodea está libre y tranquilo.
¡Ah! ¡Cuán fácil es aborrecer y despreciar los
placeres ruidosos del mundo, cuando se sabe
gozar de la melancolía filosófica, que inspira
la soledad!

—Aguí paso mis días leyendo y escribiendo.
Leo continuamente pasajes análogos á mi si-
tuación: recorro con el libro en la mano, todos
estos sitios; y por la noche escribo las ideas
que me ocurren: cada una de estas ocupaciones
me sirve de alivio y descanso de la otra; pero
vierto en el papel mis ideas sin orden ni enlace
alguno; según me las inspira mi imaginación.

—En semejante estado, es imposible no aban-
donarse á ese especie de sentimientos que se
llaman hoy *románticos*; pero tal vez esta dispo-
sición del espíritu, aunque espuesta á muchos
inconvenientes, no carece de ventajas. Puede
ser que las ideas quiméricas conduzcan á siste-
mas peligrosos; puede ser que fomenten senti-
mientos despreciables; que estravien nuestro modo
de pensar, y que surman á nuestra alma en un
mundo ideal en donde se perversa su natu-
raleza; pero es muy cierto que esos mismos senti-
mientos *románticos* no siempre nos hacen des-
graciados; porque quién es el que la logrado
encontrarse nunca tan satisfecho y feliz en reali-
dad, como sin duda lo ha sido alguna vez en
los ensueños de su imaginación. *Rousseau* en
su juventud había leído muchas novelas, y afi-
cionado por ellas á las cosas imaginarias, pronto
aborreció todo cuanto veían sus ojos. Este fué
el origen de la inclinación á la soledad que lo
dominó hasta el fin de sus días; éste el origen
de aquella melancolía que atribuye *Rousseau* al
impulso de un corazón demasiado tierno, afectu-
oso y amante, que no encontrando iguales sen-
timientos en persona alguna, se veia reducido
á vivir de puras ficciones. He citado á *Rousseau*,
porque casualmente acabo de leer (por la milés-
ima vez) sus *Confesiones*; pero acaso hubiera
yo podido citar con mas oportunidad á *Madama*
de la Valliere, porque las mugeres sienten
infinitamente mejor que nosotros, los encantos
de la imaginación; penetran mejor que nosotros
los misterios del corazón humano; y mejor que
nosotros saben sacar del entusiasmo un partido
mas puro, y mucho mas digno de la nobleza del
alma y de la pasión que lo produce.

—El amor, propiedad esclusiva del corazón,
aumenta y aviva en gran manera los delicias de
la soledad, porque facilmente se asocia con el
aspecto de una bella y encantadora naturaleza.
Un paisaje agreste, una vista pintoresca, puede
inspirar el amor á las almas tiernas, con la mis-

ma facilidad con que los hace experimentar cual-
quiera otra especie de sentimientos agradables.
El corazón de una muger es mucho mas débil
y accesible bajo la tranquila influencia de un ár-
bol, en la cima solitaria de una montaña, ó en
el misterioso silencio de una noche de luna. Y
así debia ser, porque una emoción, viva obra
siempre con una fuerza en la parte mas débil;
y el entusiasmo, sea cual fuere su origen, tarde
ó temprano arrastra y subyuga al corazón de la
muger. No hay remedio; las mugeres sienten
mejor que nosotros los encantos de la vida cam-
peste, perciben mejor la bella influencia de un
paisaje solitario, el fresco ambiente de un bos-
que espeso y silencioso, y la electricidad con que
la luna habla al corazón y al entendimiento....

¡Ah! ¡Cuántas mugeres, que en la ciudad y en
el bullicio del mundo hacen alarde de insensibi-
lidad, ó de principios severos, vienen á pagar
en la dulce y benigna soledad del campo el tribu-
tuto que deben al amor y á la naturaleza! Y
podrá atribuirse esto, á exceso de debilidad en
la muger? No por cierto; sino á la disposición
en que la soledad pone á todo individuo sensi-
ble, libre totalmente de las influencias perturba-
doras de la sociedad. Entonces recobra la natu-
raleza, á pesar nuestro, todo el goce de los
derechos que son propios, y que tan encarni-
zadamente le disputamos.

—Para una persona que ama, nada hay mas
necesitable que la tranquilidad, y naturalmente
la busca en los paisajes solitarios para entregarse
en ellos al dulce pensamiento que le hace amar
la vida. ¿Qué le importa lo que sucede en la
ciudad! ¿Qué puede interesarle lo que no respira
amor, ó lo que no es capaz de intimidirlo? Una
gruta, un monte, un bosque sombrío, la orilla
de un arroyo solitario, en donde pueda
entregarse á sus reflexiones con entera liber-
tad, son los únicos sitios que convienen á su al-
ma; el sol, la luna y las estrellas, los únicos con-
fidentes dignos de los desahogos de su corazón.

—La soledad hace revivir los dulces recuer-
dos del amor, aun aquellos que por parecerse
indiferentes estaban ya como olvidados para no-
sotros; pero hay en el alma ciertos escondrijos
en donde permanecen encerrados por largo tiem-
po, hasta que repentinamente salen de ellos, y
se precipitan con impetuosidad, inmediatamente
que la naturaleza les entreabre la puerta.

—La soledad, cuando disfrutamos de ella en
compañía de la persona amada, nos proporcio-
na tranquilidad, satisfacción y contentamiento,
y esta es la razón porque entoncec se convier-
te para nosotros en unision de placeres y delicias
inesplicables, la mas pobre y despreciable
choza. Si el espíritu y el carácter están acor-
des, puede el amor, en medio de la soledad,
mantener en el corazón sentimientos nobles,

elevarnos y mas el alma, alimentar la bondad,
desarrugar todos los rictos, fortalecer todos los
virtudes, y endular de este modo el amargo
ediz de la vida.

—Por lo comun hace la soledad que una triste-
za penosa se convierta en dulce melancolía;
y ciertamente todo lo que obra en el alma de
una manera suave y dulce, es un bálsamo salu-
dable para un corazón llagado. He aquí la ra-
zón por la cual un hombre enfermo se muestra
tan sensible al cuidado compasivo de una mug-
er, á su afabilidad; y al interes que ella le ma-
nifiesta. Nada mitiga ni alivia mas nuestros pa-
decimientos físicos y morales, que la persuasión
de que hay en el mundo una persona amable que
no los mira con indiferencia.

—La melancolía que la soledad inspira tiene
la circunstancia particular de ser casi siempre
dulce y apacible, y de provocar al llanto. *Rous-
seau* la resentia con violencia siempre que se
pasaba por las orillas del lago de Ginebra. *Mi
corazón* (dice este filósofo) se arrojava hacia
mi felicidad inocente. Sentíame enterocor,
suspiraba y lloraba como un niño. ¿Cuántas
veces, deteniendo mis pasos para llorar con lí-
bido, y sentido en una piedra, me he discer-
tido en ver cómo caían mis lágrimas en el
agua.... Y yo tambien, al escribir estas líneas,
he sentido correr mis lágrimas, porque mi me-
moría me ha reproducido en estos sitios, uno
de los recuerdos mas dulces de mi vida. Yo
tambien me he sentido varias veces á llorar con
libertad, no á las orillas de un lago, sino debajo
de un sauce llorando, junto al cual recibí la
primera prueba del amor de una muger angeli-
cal.... Puede ella, si es que por casualidad lle-
ga alguna vez á su nombre el papel en que es-
cribo esto, ver en el mi desseo de que semejan-
te recuerdo, produzca en aquella alma sublime
una melancolía tan suave y voluptuosa como la
que hoy produce en mi corazón!

—Poderse tan dulce y tranquilamente, estar
triste por sensibilidad; preferir la soledad á to-
do; buscarla entre las rocas, en las cavernas, en
lo mas espeso de un bosque; no hallar atracti-
vos de ninguna especie, sino en las bellezas ma-
gestuosas ó risueñas de la naturaleza: en esas
bellezas que desprecia ó no conoce el hombre
del mundo; no desear cerca de sí, mas que una
sola persona á quien pueda uno comunicar to-
das sus sensaciones y todos sus pensamientos,
y que sepa comprenderlos y apreciarlos; olvi-
dar todo lo que hace y piensa el mundo entero,
es un estado que debe desear todo hombre, por-
que es un estado que pone al alma en una at-
mósfera de delicias que no se pueden describir.

—Yo creo que una pasión tumultuosa que
no puede satisfacerse en la soledad, tampoco
puede proporcionar este delicioso estado; pero

tambien creo que la soledad bien empleado, puede con el tiempo mitigar ó variar los deseos, y aun compensar la privación de los placeres que se apetecen. Así, por desgraciado que sea un amor, todavía no se han agotado todos los consuelos que ofrece la naturaleza al amante solitario. Bien llegarán que piense melancólicamente, pero sin tristes turbulencias, en esos placeres pasados que nunca han de volver, ó en esas donadas esperanzas que nunca se han de realizar. Y llegará después otro día en que cese de llorar y de padecer para siempre, y en que escriba tranquilamente desde el lecho del dolor: *Si acaso llegare á tí la noticia de mi muerte, considera, dulcísima amiga, que un amor como el mío merece bien una lágrima de tus ojos, y un suspiro de tu corazón. Deja que viva contigo la memoria de mi amor, y que quiera conmigo la de los horribles penas que he sufrido por tí. . . .* Esto si que es puro romanticismo, dirán algunos. Es cierto; pero también lo es que si nadie ha sido dado hasta ahora fijar los límites del poder de la imaginación, ni designar cuáles son los resultados extraordinarios, ó más bien, los milagros que no puede ella producir en la naturaleza humana; y también es cierto que en la soledad todo contribuye á dar elevación al alma y fortalecer el carácter, porque allí se acostumbra el hombre, mucho mejor y más pronto que en el mundo, á los sentimientos nobles y sublimes, y á las resoluciones heroicas.

—La víspera del día que salí de México, pasé algunos instantes en la iglesia del convento de San Fernando. Con cuánto placer me vi casi yo solo en aquel templo. No había en él mas que una jóvena de clase humilde al parecer, y tan enfervorizada en su oración, que ni siquiera volvió la cabeza hacia la puerta cuando yo entré. Tenía razón. Si su enagenamiento religioso era verdadero ¿qué podía interesarle en aquel momento y en aquel sitio la presencia de un mortal? El entusiasmo de la oración es también un misterio entre el hombre y la divinidad, y semejante al pulso, cubre con un velo al pensamiento, para ocultar á los hombres lo que solo pertenece al cielo. Esto consideraba yo cuando empezó á sonar el órgano. La música de este instrumento ha causado siempre en mí alma un efecto que no puedo expresar. Como desde mi tierra edad me acostumbré á oír el órgano, al mismo tiempo que mis ojos veían éntropompas de oro, de incienso y de flores, con que el culto católico encanta los sentidos del cuerpo, y transporta el espíritu hasta las regiones de la esperanza, no pueden ya mis oídos percibir el sonido de aquel instrumento, sin que mi imaginación, impelida por un tropel de ideas tier-
nas, grandiosas y sublimes á la vez, vuele á

buscar en el cielo un Dios de amor y de misericordia, y en la tierra un objeto capaz de participar de las emociones inefables que me agitan. Todo lo que me rodeaba en aquel templo estaba en perfecta armonía con mi situación: el aspecto severo y uniforme de los altares; la soledad que me dejaba descubrir sin obstáculo todo aquel pavimento, tantas veces quizá regado con lágrimas de aflicción y de dolor; la atmósfera cargada del perfume del incienso; la melodía del órgano que se difundía y prolongaba por aquellas bóvedas como una voz del cielo llamando á los hombres para ofrecerles consuelo y esperanza; á mi derecha la puerta del cementerio, la entrada al lugar de los sepulcros, á la eterna mansión de paz y de descanso que nos ofrece el mundo. Ah! Con cuánta libertad pude entonces soltar el freno á mi imaginación, y entregarme enteramente á las ideas de amor y de muerte que son las únicas que me halagan y domantan! ¡Cuán preciosa me pareció la soledad, pues que me proporcionaba momentos tan dulces, y sensaciones tan adecuadas á mis necesidades! *¡Pero amor y muerte! ¡La existencia y la nada! . . .*

—Ayer subí á la cumbre de una de las montañas llamadas aquí *los Organos de Actopan*, que pertenecen ya á la gran cordillera de nuestro continente, y son las más elevadas y magistosas de todas las que circundan estos sitios. No tengo habilidad ni humor para hacer descripciones empéstreas; pero nunca podré recordar sin sentir una profunda emoción, la magnífica escena que descubrieron mis ojos desde aquella altura. A medida que yo me elevaba sobre los árboles más altos, y principalmente sobre las habilitaciones de los hombres, me parecía que iba dejando igualmente allí abajo todos los sentimientos comunes y vulgares; y que al ir acercándose mi alma al cielo, iba abandonando la dignidad y pureza de su esencia. Allí sí, comprendí perfectamente qué vivir en la soledad, sentirse solo, no inspira temor sino cuando se trata de repeler la fuerza con la fuerza; pero que al contrario, la energía del espíritu se aumenta, por la misma necesidad en que nos pone la naturaleza, de concentrar mas nuestras fuerzas físicas y morales, cuando nos apartamos de la vida venga á ayudarnos ó defendernos.

—Pues que esto son los hombres con quienes hemos de vivir, vivamos como ellos viven, y hagamos lo mismo que ellos hacen. . . . Esta máxima, tomada absolutamente, es la máxima favorita de los necios, de los ignorantes, de los hombres destituidos de toda especie de dignidad y de sentimientos de dignidad, sin que ni imaginación, impelida por un tropel de ideas tier-
nas, grandiosas y sublimes á la vez, vuele á

valor para hablar de la injusticia y de la falsedad de los demás hombres! ¡Y aspiran á pasar por sensibles y sinceros, y por capaces de abrigar pasiones nobles!! La filosofía que sirve de base á las grandes cualidades del verdadero hombre da mundo, se aprende en la soledad, en el retiro, en el silencio, lejos del teatro de ese mismo mundo. El carácter y los sentimientos adquieren en la soledad, no solamente mayor fuerza é independencia, sino una verdadera energía. En ninguna otra situación podemos aprender mejor á conocernos, porque en la soledad estamos más cerca de nosotros, y vivimos más íntimamente con nosotros mismos. ¡Con qué dulzura se desliza la vida cuando no nos importa nada lo que dice este, ó lo que hace aquel! ¡De cuántas miserables preocupaciones, y de cuántas pasiones, mas miserables todavía, no libran al hombre de talento las serias reflexiones que la soledad le permite, y aun le obliga á hacer! Entonces desaparece esa vergonzosa idolatría que el hombre degenerado tributa á todas las prácticas; y á todos los objetos (por despreciables que sean) que pueden convenir á sus miras. . . . Entonces echamos de ver con horror que no somos en la sociedad mas que esclavos de lo que se llama *miramientos, costumbres, hábitos, usos admitidos*, &c. . . . Y si no, haga la prueba cualquier hombre de medianos sentimientos. Sonátese de buena fé y con la exactitud mas escrupulosa á todo lo que exigen de él la humanidad, y esas mismas conveniencias sociales: resultará á no despegar sus labios en contra de nada, ni aun de lo mas absurdo que los demás no reprobaban: dejese llevar del torrente con docilidad, haciendo todo lo que hagan los demás hombres, y aprobando todo lo que ellos consideren digno de aprobación, y diga después con sinceridad si no ha empleado los días enteros en aprobar ó reprobar una infinitud de cosas, contra su propia conciencia, solamente por temor de los hombres, ó por hacerlos felices propiamente en estudiar el modo de perfeccionar mas cada vez la falsedad y la hipocresía, en adular á los poderosos, queriendo mas bien ser ministro de sus injusticias, ó panegirista de sus errores, que manifestar ninguna opinion que pueda desagradarles: en fingir sentimientos de amor y de amistad hacia hombres y mujeres que nada le interesan; finalmente, en buscar los medios de compensar de algun modo las privaciones y contradicciones á que lo sujetan los deberes mal entendidos de la sociedad. Cualquiera que medite sobre esto seriamente, allí en el silencio de su corazón, sentirá sin remedio que necesita vivir, á lo menos por algun tiempo, en la soledad, con gentes que piensen mas noblemente, y tengan principios mas arreglados á los de la naturaleza.

—La rápida transición de la alegría á la tristeza, de la esperanza al temor, del contento á la pena, atormenta sin cesar al hombre, que cuando las circunstancias lo exigen, no encuentra en su propio corazón la fuerza necesaria para hacerse superior á cuanto vé. Toda virtud y toda buena cualidad desaparecen, inmediatamente que nos dejamos llevar de la primera impresión que nos afecta, ó cuando nos dejamos dominar de los acontecimientos, por no saber dominarlos á ellos. Pierde también su bondad el hombre del mundo que se deja conducir enteramente por los demás hombres; que nunca tiene delante de sus ojos mas que su propia persona; y que nunca se mueve sino por un interés próximo ó remoto. Es menester vivir en la soledad, no hacer caso de los acontecimientos del día, calcular en el silencio el precio de todas las cosas y de todas las acciones humanas, si queremos tener el valor necesario para obrar con filosofía, y hacer el bien aun á costa nuestra. Las gentes del mundo no saben lo que es despreciar una ventaja momentánea, y hacer el sacrificio de nuestra reputación ó de nuestra fortuna: no juzgan ninguna acción por lo que ella es realmente, sino por lo que les conviene que sea: toda su conducta está fundada en un vil interés: no tratan mas que de conseguir dinero á honores, y para ello, no hay medio que les parezca ilícito: corrijan, adulan, mientan, calumnian, se arrastran ante el hombre que podría perjudicarles, si fuera tan malo y vil como ellos; y luego lo dejan para llevar á otra parte las mismas bajezas con el mismo fin.

—Cuántos tormentos y dolores hay, que el mundo no vé, ni sabe, ni sospecha! ¡que no pueden dividirse con nadie! ¡que no se pueden talar sino lejos del mundo, en la mas absoluta soledad! *Estar solo*, lejos del tumulto de los hombres, lejos de toda especie de relaciones con ellos, sepultado en un lugar desierto y salvaje, es el mas dulce, y acaso el único consuelo que puede hallarse, cuando desquedan á un corazón grandes aflicciones. Cuando el destino nos ha separado violentamente de una persona querida, pérdida millares de veces mas horrorosa que la de nuestra propia existencia, la soledad es la única que puede mitigar nuestra desesperación. El corazón se hace pedazos; el dolor obliga á prorumpir en alaridos; nuestros ojos nos rebujan las lágrimas; creemos que se hunde la tierra bajo nuestros pies, en aquellos terribles momentos en que nos vemos separar de la persona que era todo para nosotros, que nos es imposible olvidar en ningún instante de nuestra vida, y cuya pérdida nos hace odiarnos para siempre todas las cosas del mundo. Nadie extrañará que diga entonces el desgraciado: *¡dejadme solo! . . .* Sí, ciertamente; no nos queda

mas recurso que la soledad para soportar el dolor que debe ir carcomiéndonos el corazón, y reduciendo las facciones de nuestro rostro al estado cadavérico que algún día tendrán enteramente. — Estar solo, lejos de los hombres y de todas sus relaciones, es la primera y mas punzante necesidad de un corazón, cuando se tiene la desgracia de vivir con personas que por no haber experimentado estos tormentos, no son capaces de formarse de ellos en la mas imperfección ideas. — ¡Ah! cuando recuerdo que yo mismo me he bullado en esta horrible situación; cuando traigo á la memoria la imposibilidad en que me encontraba de retirarme del mundo, en aquel tiempo de horrosos desolacion para mi; de aquel tiempo en que llevaba yo la muerte dentro de mi pecho; en que la viveza del martirio hizo desaparecer con cuanta razon y con cada naturalidad esclamaba yo: *dejadme solo!*

— Los albedos que lloran la muerte de alguna persona amada, desean inmediatamente separarse del bullicio y entregarse á la soledad; pero de todos miedos se procura aliviar en ellos un deseo tan natural como involuntario. Por lo comun se les rodea de un conjunto de gentes, acaso hipócritas, indiferentes ó insensibles, que no deben hablarles de la pérdida que han sufrido, sino de las noticias del día, de la buena ó mala estación, de las modas nuevas, de la opera &c., creyendo que este es el mejor medio de disipar sus tristezas, como si las superficialidades, las pequeñeces y frivolidades pudieran jamás servir de bálsamo á un corazón profundamente herido. — Y de todas las costumbres sociales, esta es, en concepto de muchos, una de las mas racionales y meritorias!

— Hay personas que creen que la soledad debe causar muy pronto al que se encuentra en ella, un estado en un principio el mismo la vida solitaria. Este es uno de los errores mas comunes de la ignorancia. Solamente á los necios, á las almas vacías, destituidas de ideas, y de sentimientos delicados, puede cansar la soledad, porque á estas almas todo se les hace pesado, y aun llega el caso de que se fastidian de sí mismas. Por esta razon, las vamos siempre tan codiciosas y sedientas de distracciones y de pasatiempos. — Esa necesidad irresistible que las arrastra continuamente de una parte á otra, que las empuja hacia la multitud, y que las hace gastar el tiempo en vanidades y en afanes ridiculos, está probando claramente que no pueden soportarse á sí mismas; que no se bastan, y que necesitan de un recurso, tienen que ir á buscarlo fuera de ellas, en cada objeto que se les presenta al paso, de baile en baile, de teatro en teatro, en

las tertulias, en los convites, en los paseos, en la familiaridad de las prostitutas, en busca de un puerto cualquiera que ponga á tan tristes almas al abrigo del festivo, y les impida por su propia infinidad y miseria. Esta mas ciega sed de distracciones sensuales es no mas que un medio de huirse á sí mismo. Se fecha una mano ansiosa á todo lo que puede hacer pasar en distracción el momento presente; pero aun para esto se necesita siempre que sea alguna cosa exterior y nueva que libre á esta especie de hombres, de la desgracia de encontrarse solos consigo mismos. Hay algunas personas de talento y de cualidades apreciables, que bien sea por educación, bien por la fuerza del ejemplo, por negligencia, por debilidad de carácter &c., suelen dejarse llevar del torrente del mundo, y no tienen resistencia en estos casos con los necios; pero hay la enorme diferencia de que estas personas se dejan llevar, como hemos dicho, y de que tardó á comprarlo, el talento lleva sus oficios; vuelven sobre sí, conocen su error y lo reparan. Después de una brillante función, me escribía una mujer de mundo, bonita y de alta jerarquía: "Ya vió tú, qué contenta salí anoche de mi casa para ir al baile; pues luego que me vi entre aquellas gentes, y que noté aquella alegría facticia, aquellas sonrisas de circunstancia y de urbanidad convencional luego que consté que el papel que yo hacía allí era puramente de adorno, como no supe á la mayor parte de nosotras, las pobres mugeres, en esta especie de reuniones; sentí en mi corazón un vacío y un disgusto tan grande, que hubiera deseado tener en aquel momento el poder que nos facultan de las encantadoras, para haber hecho desaparecer repentinamente de mi presencia toda aquella barahunda, toda aquella escena de triste fantasmagoría, y haberme encontrado yo sola en mi cuarto, como estaba algunos minutos antes."

— En uno de mis últimos paseos vió un pobre y miserable pueblecillo, que apenas se componía de quince ó veinte chozas diseminadas; y casi en ruinas; pero tiene una iglesia, y junto á esta almas todo se les hace pesado, y aun llega el caso de que se fastidian de sí mismas. Por esta razon, las vamos siempre tan codiciosas y sedientas de distracciones y de pasatiempos. — Esa necesidad irresistible que las arrastra continuamente de una parte á otra, que las empuja hacia la multitud, y que las hace gastar el tiempo en vanidades y en afanes ridiculos, está probando claramente que no pueden soportarse á sí mismas; que no se bastan, y que necesitan de un recurso, tienen que ir á buscarlo fuera de ellas, en cada objeto que se les presenta al paso, de baile en baile, de teatro en teatro, en

las muchachas del Egipto y de Belen. A sus pies se veían unos cuantos ramos de flores, simbolo misterioso de la gratitud de estos infelices habitantes, que en todas las festividades vienen cargados de su miseria á pedir nuevos consuelos á la protectora de los pobres, pues saben muy bien que es la madre del Salvador del mundo, y que vivió pobre y afligida en la tierra, hasta que fue llevada al cielo entre nubes de gloria, y sobre las alas de los ángeles.

— "Todavía mas romanticismo! tirá alguno de mis lectores; todavía mas ideas que sólo pueden agradar á misántropos solitarios, acostumbrados á ver las cosas de un modo diferente del de la sociedad en que viven!" Pero yo contestaré, que las ideas inspiradas por la naturaleza se desprenden de nuestra alma á pesar de cuanta resistencia se les oponga; y que siempre parecerán románticas, por poco que se separen de las ideas comunes y vulgares que la costumbre, los hábitos y la indiferencia nos hacen formar de las cosas. A esto se agrega que las ideas toman siempre la forma que necesitan para poder salir por la puerta que les abre la imaginación, y si el poder que ésta ejerce en el corazón humano, aun en medio de la sociedad y del bullicio del mundo, es tan grande é irresistible, mucho mayor es, y mas difícil de calcular, ayudado de la influencia de la soledad. Diganlo si no los antiguos filósofos de Grecia, los anacoretas, los solitarios de la Tebaida, los monges de amulos secos entregados á la vida penitente y contemplativa, y los innumerables ejemplos de actos extraordinarios y de resoluciones heroicas, que á cada paso nos ofrece la historia, producidos únicamente por la fuerza de la imaginación en la soledad. Mas aun cuando mis ideas sean románticas ó escogoradas, merecen indulgencia porque es muy natural buscar el aspecto mas agradable de cada cosa, y encargar á ficciones halagüeñas, que lejos de lastimar al corazón, le empujan con fuerza, y hacen las cosas de flores en el campo de la vida.

— La misma con muy corta diferencia puedo decir del amor. No ha fallado quien me haya echado en cara que esta palabra hace el papel principal en todo cuanto yo escribo. Y lo contestaré que así debia ser, porque mientras mas escudriño sobre el amor, mas me convengo de que es el único misterio, mas me convengo de que es el único sentimiento en que la naturaleza ha revelado el origen de todos los placeres, y de todas las virtudes; las verdaderas ideas de lo bello y de lo justo; la fuerza de la materia, y la fuerza del espíritu; y el principio de la vida universal. Yo siempre me he complacido en curar la pasión del amor como una de las pruebas mas fuertes de la inmortalidad del alma; y como esto interesa tan directamente á nuestra felicidad, quisé

— XXXV.

estrño será que yo considere al amor como el único medio de llenar el espantoso abismo que existe entre nosotros y esos dos mundos desconocidos, uno de donde venimos, y otro á donde vamos; y que por consiguiente sea el sentimiento del amor el que con mas violencia domina á mi corazón! Acaso no me faltará mas adelante alguna oportunidad para explicar estas ideas, y manifestar las razones que tengo para mirar al amor como prueba de la inmortalidad del alma, como origen de todas las virtudes, como fundamento del orden social, y como único medio de proporcionarnos la felicidad en esta vida. Ahora no sería oportuno entrar en estos particularmente; pero si lo es advertir, que el que piensa de esta manera encuentra un poderosísimo apoyo en la soledad.

— El amor, que como he dicho, pertenece única y exclusivamente al corazón, no solo encuentra en la soledad su alimento natural, sino que adquiere cada vez en ella mayor grado de fuerza y de energía, hasta el extremo de obligarnos á hacer cosas que en otras circunstancias nos parecerían irregulares ó imposibles. Rousseau refiere la historia de aquel hombre que se sustentaba de su querida no mas que para tener el gusto de escribirla. Tenia razón este hombre, y sabia amar. ¿Quién es el amante que ignora que hay ocasiones en que con la pluma en la mano se desahoga y explica un corazón infinitamente mejor que por medio de la palabra, la cual muchas veces no dice nada, ni puede ser jamás tan elocuentemente como los ojos, en esos momentos de engagenamiento celestial en que los amantes no hacen mas que mirarse y callar. — No solamente experimentamos el amor con mucha mayor violencia en la soledad, que en ninguna otra situación, sino que en ningún otro caso lo expresamos mejor. El convento de San Gildas en Bretaña está situado en la cima de una roca aislada, cuyo pie combaten continuamente las olas del mar. En aquella soledad agreste y salvaje se encerró Abelardo, creyendo que los ejercicios de piedad y de la mas austera penitencia serían bastante poderosos para hacerle olvidar á su Eloisa, y borrar á fuerza de lágrimas aquella imagen tan querida y su profundísimo grado en su corazón. ¿Cómo es que Abelardo, dotado de tan gran talento, no previó que la soledad, lejos de triunfar del amor, lo aumentaba hasta el exceso! ¿Cómo no conoció que el dulce nombre de la persona amada se escapaba sin cesar de nuestra boca á pesar nuestro, y que vuelve á traerlo á nuestros oídos el eco de las montañas solitarias, después de repetirlo por todas partes! ¿Cómo no echó de ver Abelardo que el misterioso religioso, esa epíteta celeste del amor, no es mas que una aplicación del mismo fuerte de los sentimientos naturales, al mas cie-

vado, perfecto y poderoso de todos los ángeles! Como no conocí que la imagen de la persona amada se coloca siempre entre Dios y nosotros, porque somos hombres materiales, y tenemos que obedecer, aunque no queramos, á las leyes de la naturaleza!... Una sola carta de Eloísa bastó para escalar hasta el delirio el amor de Abelardo, cuando mas contaba éste en los efectos de las asustadas en que vivía. Su respuesta á Eloísa no fué la de un confesor severo, ni de un solitario ascético, sino la de un amante, la de un hombre que ha amado, ó mas bien, que ama todavía y lo confiesa, y que no sabe consolar á su querida sino refiriéndole todo lo que él mismo padece, y lo que le cuesta vivir separado de ella. En el convento de San Gildas lloraba sin cesar Abelardo como habia llorado antes en el Paraleto, y condenado, cual un reo proscrito á una soledad eterna, consumía los días en combates inútiles y las noches en el mas acerbado dolor. "En medio de estos desiertos (escribía á su Eloísa), en donde jamás cae el rocio del cielo, estoy amando lo que ya no debía amar. Las pasiones irritadas en la soledad, se apoderan del alma en este silencio de la muerte en donde olvida el hombre á Dios sin olvidar nunca al amor." Todas las cartas de Eloísa á Abelardo respiran ternura y delicadeza de sentimientos; pero indican al mismo tiempo un grado de amor tan excesivo, que obliga á Eloísa á decir: "Cuanto me engañaba yo, cuando creyéndote todo mio, y para mí sola, me decidí á tomar el hábito, resuelta á vivir para siempre bajo tus leyes!... Si, Abelardo; yo me sepulté en el claustro, para ser tuya eternamente y servirte á ti solo. Tú exististe, después de tu desgracia, que me retirara yo del mundo, ¡por qué, pues, te ocultaría hoy, que no es la devoción ni la piedad la que me mantiene encerrada entre estas paredes!... Si tú no vives para mí, si no te acuerdas de tu Eloísa, ¡ajá tú no la amas ¡de qué me sirve esta prisión! ¿dónde está mi recompensa!... Este hábito religioso y de castidad, que ahora cubre á mi cuerpo, es una consecuencia de mi amor y de tu infortuno; pero no creas que lo he tomado por un espíritu sincero de penitencia!... En vano me atormento y combato sin descansar: en medio de las espesas de Jesucristo, yo soy siempre tu sierra: en medio de estas nobles escenas de la cruz, yo soy una malhadada ofrenda del amor humano. Me hallo á la cabeza de una comunidad, y no vivo ni respiro sino por tí!...". Abelardo, en su contestación decía á Eloísa: "¡Ah! Si me vieras aquí en este horrible lugar! Si me vieras pálido, enflaquecido, descarnado, hundidos mis ojos, la tez de mi cara embotada, mi frente ya sin cabello! Si me vieras condenado á vivir en medio de esta in-

sufrible turba de religiosos, que me detestan porque oyes decir que soy un sabio, y á quienes ofende el aspecto macilento de mi cuerpo, porque creen que envidio la lozanía del de ellos, qué pensarías de mis suspiros, y de las inútiles lágrimas con que estoy engañando continuamente á estos hombres crédulos, porque sé mi tambien me oprime y abruma el peso del amor, y no el de la cruz!... Témele lastima, Eloísa, y procura tí librarte del amor. Si vieras mi abatimiento, mis incomprendibles dolores, y el triste estado en que me ha puesto mi pasión, ¿podrías acaso desear que yo te amara!... Ven, Eloísa, si te atreves: ven con tu hábito religioso á colocarte en la mansión del dolor y de la muerte entre Dios y tu amante; ven á sacarme del horroroso abismo de mis pensamientos y de mi miseria!... ¿Qué no podrías tú en un corazón cuya debilidad te es tan conocida!...". Y todavía era mas fuerte y obstinada la lucha del amor con la razón en el alma de Eloísa; cada línea de sus cartas prueba la poderosa influencia que ejerce la soledad en el amor.—EL SOLITARIO. S. C.

EL ALDEANO GENEROSO.

En una venida del río Adije, el puente de Verona fué destruido un arco tras otro. Solo faltaba el del medio, sobre el cual estaba una casa, y dentro de ella toda la familia. Desde la orilla se veía á los infelices llorando y pidiendo socorros. En esto la fuerza del agua destruyó á la vista de todos, los pilastrones del arco. En tal peligro, el conde de Spolverini ofreció un bolsillo de cien lises, al que tuviera valor de ir en una lancha á librar á aquellos desgraciados. Había que correr el riesgo de ser llevado por la corriente, ó de que, al ponerse debajo de la casa, se viniese encima el arco arruinado. El concurso del pueblo era grande, pero nadie se atrevió á ofrecerse. A este tiempo pasaba un joven aldeano, á quien se instruyó de la empresa y del premio. Inmediatamente entra en una lancha, y á fuerza de remo gana terreno poniéndose en medio del río; aborda, y perdiéndose debajo del arco, espera que toda la familia, padre, madre, hijos y viejos, se descolguen por una cuerda y entren en el lanchón: "¡Valen!", les decía, "ya estais salvados." En seguida rema, contrasta el esfuerzo de las aguas, y llega en fin á la orilla.

El conde Spolverini quiso darle la recompensa prometida. "Yo no he vendido mi vida," le dijo el aldeano, "mi trabajo es suficiente para mantenerme yo y mi familia, dad ese dinero á estos pobres, que necesitan de ello mas que yo."

REMITIDO.

SRES. editores del Museo.—C. de vdes., Enero 15 de 1844.—Muy Sres. míos: Un amigo cuyo favor me envanece, y cuyos deseos por la prosperidad de la república, el progreso de las artes y el adelanto de las ciencias son notorios, me ha hecho el favor de remitirme el adjunto trabajo, que considero de sumo interes entre nosotros.

Días hace que la aplicación de la electricidad galvánica al arte de dorar y copiar medallas, sellos y demás láminas grabadas, habia escitado en esta capital la curiosidad de las personas instruidas que conocen facilmente las inmensas consecuencias de un procedimiento tan sencillo en su práctica, como importante en sus aplicaciones; pero este descubrimiento no se ha puesto todavía al alcance de los particulares curiosos y de la clase comun de los artistas, que tanto provecho deberán sacar de él luego que lo conocen, en virtud del método que mi amigo el Sr. Montedeccha ha traducido, presentando las ideas con tanta sencillez como claridad.

Me parece, pues, incontestable, que esta publicación utilísima merece un lugar en el acreditado periódico que vdes. redactan, entre otros, con el noble fin de popularizar los mejores y mas recientes descubrimientos de las artes; por lo mismo lo remito á vdes., suplicándoles se dignen insertar un trabajo que sobre su utilidad tiene el mérito de manifestar el interes que el traductor y el Sr. D. José Manuel de Herrera, toman por la propagación de los conocimientos útiles, noble empeño que sabrán apreciar todos los buenos mexicanos como vdes., de quienes se repite afectísimo servidor Q. SS. MM. B.—Ignacio Cumplido.

Sr. D. Ignacio Cumplido.—S. C., Diciembre 30 de 1843.—Mi muy apreciable amigo: Hace un año que tuve noticia por el Sr. D. José Manuel de Herrera, catedrático del colegio nacional de Minería, de los adelantos que en estos últimos años ha hecho el estudio de la electricidad galvánica, y entre ellos el de la facilidad con que por su medio se puede dorar, platear y copiar medallas. Me hizo el mismo un electrotipo, y me comunicó el modo de usarlo; porque ha de estar vd., en que no solo sabe con-

tar lo que lee, sino tambien, siempre que las circunstancias se lo permiten, repetir los experimentos para cerciorarse y adelantar.

En estos últimos dias he oido hablar del arte de dorar por la electricidad química, á algunos estudiosos, y á aficionados á estudiar ó hacer lo curioso; y como la casualidad hizo llegar á mis manos un aparato de Davis, de Boston, con el Manual de magnetismo del mismo autor, que contiene las manipulaciones electrotípicas, me pareció sería bueno hacer una traducción de ellas, por la ventaja que los artesanos pudieran sacar del conocimiento de un nuevo método para dorar y platear, sin el inconveniente para su salud del uso del mercurio, y de la facilidad y sencillez con que obtuviesen copias de láminas grabadas, sellos, &c., &c. Me resolví á ejecutarla, prefiriendo la exactitud y claridad á la elegancia y al estilo, porque quiero mas ser útil, que ostentar erudición que ni conozco; pero como dichas manipulaciones suponen algunos conocimientos físicos y químicos, que no están al alcance de todos, y muchos de los medios necesarios solo se indican, he añadido á la traducción algunos párrafos de los apuntes que el mencionado Sr. Herrera, mi benévolo amigo, me regaló con su aparato; quien no contento con la estimación sin límites que de mi familia y de mí hace, por lo que no desperdicio la ocasion de manifestarle públicamente mi reconocimiento, me ha ofrecido, para aliviar estas dificultades, que las personas que carezcan de la instrucción precisa y quieran tomarse la molestia de consultarle, las recibirá en su casa, calle del Puente de los Gallos núm. 9, ó en su colegio, á las horas que no sean de clase, que da de ocho á diez de la mañana, y creo firmemente que sin aflicción ni orgullo se las proporcionará.

El resultado de mi resolución sería ninguno, si no contara con vd., cuyas luces y dextera por la ilustración nacional son tan conocidas, para la cual del modo que mejor le parezca, ó publicada á unas nociones, que no pueden dejar de ser útiles á unos, proporcionar entretenimiento á otros, y lo que ojalá yo vea, escitar en muchos el deseo de saber, que es todo el causal de su afectísimo servidor Q. B. S. M.—Pedro Montedeccha.

MANIPULACIONES ELECTROTÍPICAS.

1. Se sabe que las soluciones metálicas se pueden descomponer por un corriente magneto-eléctrico, y depositarse los metales sobre el alambre negativo con sus propios caracteres. El mismo efecto se produce por un corriente galvánico: el cobre se precipita sobre la lámina negativa de la batería, y cuando se levanta la lámina de cobre depositada, se encuentra que ha copiado con exactitud todas las rayas e irregularidades de su superficie.

2. La idea de aplicar este hecho á proyectos prácticos, ocurrió casi al mismo tiempo al profesor Jacobi de St. Petersburg, y á Mr. Spencer de Liverpool. Los primeros resultados de Jacobi se publicaron en 1838, y los de Mr. Spencer el año siguiente; pero ya habia hecho algunos experimentos en 1837. Los usos principales á que las manipulaciones se han aplicadas son, copiar medallas, láminas grabadas en talla dulce, moldes de yeso, &c., en cobre; se da el nombre de electrotipos á las copias así obtenidas, y algunas veces se llama simplemente electrotipo á las manipulaciones ó al arte mismo. Este modo de trabajar los metales promete ser de mucho valor para las artes, aunque el suceso completo solo se ha obtenido con unos pocos de ellos.

3. El modo mas pronto de obtener copia de una moneda ó medalla, es hacer un molde de ella en metal fusible, que se compone de ocho onzas de bismuto, cinco de estaño y tres de plomo para una libra: esta liga se funde á 60 grados de la temperatura del agua hirviendo. Fundiendo una poca en un cucharón limpio de hierro, se echase sobre una tala plana, se limpia el exceso de su superficie con un pedazo de cartulina, e inmediatamente se aprieta con fuerza sobre ella la medalla, que de atempero se habrá pegado con la cera á la extremidad de un polizo. Con una ó dos pruebas se puede hacer un molde que presente un perfecto reverso de una cara de la medalla.

4. Despues se suelta un alambre limpio de cobre al borde saliente del molde, calentándolo en una lámpara eólica de su extremidad, sobre la que se pone una poca de trementina. Cuando el alambre se ha calentado bastante para fundir el metal fusible, se quita de la llama, y se aprieta con su punta sobre el molde, que se le adherirá. La parte posterior del molde y las demas que no se tenga intencion de cubrir con el depósito, se barnizan una ó dos veces con una solución de harina en alcohol. Esta se secará en pocos minutos, y el molde está entonces presto para la solución.

5. Una lámina gruesa de zinc se suelta á la otra extremidad del alambre, el que se dobla de

modo que se pueda sumergir el molde en una solución saturada de sulfato de cobre, separada por un tabique poroso, de otra solución débil de sulfato de sosa, en la que se coloca el zinc de manera que esté enfrente de la cara del molde. La solución de vitriolo azul se debe mantener saturada, suspendiendo en ella una bolsita de muselina que contenga una poca de la sal.

6. Otro modo mejor es, unir el alambre del molde con la lámina de zinc de una pequeña batería constante (1). Con la lámina de cobre de la batería se une por medio de otro alambre una pieza de cobre, que se mete con el molde en una solución acidulada de vitriolo azul, contenida en un vaso de vidrio ó de loza bien vidriado. No se usa el separation; pero no debe permitirse que la pieza de cobre y el molde se toquen. Una y otra deben estar unidos con la batería, y el cobre colocado en la solución antes que el molde se introduzca; de este modo se previene la acción química, que de otra manera se ejercería sobre el metal fusible, y la precipitación del cobre comienza inmediatamente.

7. La solución se prepara mezclando una parte de solución saturada de vitriolo azul, con una mitad, ó una tercera parte de su volumen, de una mezcla de una parte de ácido sulfúrico con ocho de agua, por medida. A proporción que el cobre se deposita sobre el molde, igual cantidad se disuelve de la lámina sumergida, de suerte que la fuerza original de la solución es constante, menos la pérdida de agua por la evaporación. El alambre de cobre que une la pieza de cobre con la batería, debe defenderse de la solución del mismo modo que la parte poste-

(1) La forma conveniente de la batería constante, se demuestra en la figura.

El vaso de cobre A, es un simple cilindro con fondo en un lado tiene una copia el estómago de platino, y su otra parte hacia el posterior. E que cubren por un número de perforaciones con el interior del cilindro. Esta está destinada á contener sulfato de cobre sólido, para mantener la solución saturada. Del cilindro de zinc D, se levantan dos capas E, E con tornillos de presión, la superficie interior de este cilindro, que no tiene fondo, está pintada ó barnizada para resguardarla de la acción de la solución. Entre el zinc y el cobre hay otro cilindro de cuero F, cerrado con un fondo de lo mismo; el espacio comprendido entre él y el cilindro de cobre se llena con solución de nitrato de cobre que puede ser saturada adentro del cilindro de cuero se pone una solución mas bien débil que saturada, de sulfato de sosa, ó de tal común. El cuero no debe ser el aceite, porque disminuiría la potencia de la batería. El zinc puede permanecer en la solución varios dias sin que la batería pierda su fuerza; pero es mejor sacarlo cuando no se hace uso de ella, para que no se corra sin necesidad, si se mantiene constantemente dentro.



rior del molde, si no, se disolverá inmediatamente.

8. Durante la solución de la lámina positiva, se deposita una cantidad considerable de materia negra, que dañaría la copia si se dejara caer sobre el molde. Por esta razón es mejor colocar á ambos en una posición vertical, poniendo la cara del molde enfrente de la pieza de cobre. La solución se mantiene con igual fuerza en todas sus partes, moviéndola de cuando en cuando. Si el cobre se disuelve enteramente antes que el depósito tenga el espesor suficiente, se suelta otro al alambre.

9. Cuando la operación va bien, el metal depositado es de color muy claro de cobre. La rapidez de la precipitación depende en gran parte de la temperatura; la operación se efectúa mas pronto en la caliente que en la fria, y mucho mas si la solución se mantiene caliente. Para conseguir el grueso de una décima de pulgada, pueden necesitarse de tres dias á una semana para su formación, cuando no se usa del calor artificial. Conseguido el grueso suficiente, se puede separar la copia del molde sin dificultad, teniendo cuidado de quitar el cobre que abraza el canto del molde.

10. Se encontrará que la forma es una copia perfectamente exacta y delicada del original; su superficie es comunmente de un color brillante de cobre; pero algunas veces presenta un hermoso color de plata. Si está descolorida, se puede limpiar metiéndola por unos momentos en ácido nítrico, lavándola despues con agua. Se puede broncear estregando sobre ella lápiz plomo, inmediatamente que se saca de la solución, calentándola ligeramente sobre un fuego claro, y frotándola rápidamente con un cepillo muy poco húmedo, para quitar el lápiz plomo.

11. Se puede formar un molde colocando la misma moneda ó medalla en la solución, y depositando cobre sobre ella. Para esto se pasa un alambre delgado de cobre al redor del canto para unirla con el alambre de la lámina de zinc de la batería; y como solo una cara se puede copiar ventajosamente en una vez, la otra se cubre con barniz ó cera. El depósito tiende á adherirse mucho, y algunas ocasiones tanto, que es imposible quitarlo. Esto se puede evitar cubriendo la medalla con cera derretida, limpiándola, antes que se enfrie, con un lienzo, para que solo le quede una cubierta muy ligera. Se puede sacar ventaja de la capa muy delgada de aire que le adhiere á los cuerpos expuestos á la atmósfera, no colocando la medalla en la solución hasta que las conexiones con la batería estén establecidas, e introducida la lámina de cobre. Esta capa se separa prontamente por la imersión en el líquido, e inmediatamente por el ac-

do nítrico concentrado, una solución de potasa ó por la aplicación del calor.

12. El molde así obtenido se suelta á un alambre, y se coloca en la solución como el de metal fusible; pero despues de haberlo calentado para soldarlo, y particularmente si se limpia con el ácido nítrico, se espone á la atmósfera por 24 horas para que adquiere una capa de aire, ó se trata con la cera como la medalla original. Siempre tan fácil hacer una copia con el metal fusible, con cera blanca, &c., una medalla preciosa no debe confiarse á la solución.

13. Cada onza de cobre depositada, necesita la solución de algo mas que una onza de zinc de la lámina de zinc de la batería. Se pueden hacer á la vez cinco ó seis electrotipos sin aumentar este gasto, colocando en sucesión varios vasos que contengan cada uno un molde y una lámina de cobre unida por un alambre con el molde del inmediato. Las láminas de cobre y los moldes deben ser casi del mismo tamaño, y la solución ha de contener menos vitriolo azul, y mas ácido sulfúrico del que se dijo en el párrafo 7º, particularmente si la serie se estende mas allá de dos ó tres. Cuando los moldes son pequeños, los vasos comunes de vidrio son los mas convenientes. De este modo se obtienen varias onzas de cobre con solo un ligero aumento en la cantidad del vitriolo azul requerido para que abra la batería, y alguna mas corrosión de la lámina de zinc.

14. Una lámina de cobre grabada, se puede copiar apretándola fuertemente sobre una lámina de plomo, limpia y brillante, por medio de una prensa de gran potencia, ó si la lámina es pequeña apretándola sobre el metal fusible. También se puede hacer el molde depositando cobre sobre la misma lámina; pero debe tenerse cuidado de prevenir la adherencia, tanto de molde al original, como de la copia al molde, como se dijo en los párrafos 11 y 12. La segunda copia que se obtiene por este método, dará estampas que no pueden distinguirse de las impresas con la lámina original, aunque ésta está ejecutada con el mayor primer.

15. Las láminas de acero se pueden copiar por medio del plomo ó del metal fusible; pero no se deben colocar en la solución.

16. Los grabados sobre madera se pueden copiar tomando impresiones de ellos sobre el metal fusible. Los electrotipos así obtenidos, pueden ser con el dibujo en relieve como aquellos grabados, é en talla dulce como las láminas de cobre.

17. Los moldes de los medallones de yeso se hacen colocando éstos en agua caliente, con la cara hacia arriba, hasta que el agua (que no debe ser tanta que los cubra) ha penetrado enteramente el yeso por todas partes; pero ningun-

na debe quedar sobre la superficie. Se saca después el molde y se le pone una tira de papel al rededor del canto, é inmediatamente se echa en la copa que resulta una poca de cera blanca derretida. Todas las burbujas de aire que se ven se desbaratan. Dentro de dos ó tres horas entrará la cera completamente fría y dura, y se podrá sacar del molde con mucha facilidad, si estas medidas opuestas á las que se acaban de indicar pueden evitar el depósito negro.

18. Es necesario ahora volver la superficie del molde de cera, conductora de la electricidad. Esto se hace poniéndole una capa de lápiz plomo, que se estroga sobre ella con un cepillo suave, hasta que adquiere un color negro brillante; una cubierta muy delgada es suficiente.

Después se calienta en una lámpara la punta de un alambre de cobre, y se introduce en el borde del molde. Se asegura la comunicación entre el alambre y la cara del molde, frotándolo con un poco de lápiz plomo las partes del rededor del alambre. Hay gran diferencia entre las clases del lápiz plomo: algunas son malas conductoras. La mejor prueba del buen lápiz plomo es quizá la resistencia y adherencia que presenta cuando se oprime entre el pulgar y el dedo indicador.

19. Preparado así el molde, se puede poner en la solución teniendo cuidado de quitar las burbujas de aire. El depósito comienza sobre el alambre, y se extiende gradualmente sobre las porciones cubiertas con lápiz plomo. Es mejor que el cobre que se une con la lámina de cobre de la batería, y se colorea en la solución, sea un alambre y no una pieza ancha, hasta que el depósito se ha extendido á alguna distancia sobre el lápiz plomo. El molde puede volver á servir dándole de nuevo con el lápiz plomo; los de metal fusible, si no reciben daño alguno, pueden tambien usarse varias veces.

20. Los sellos se pueden copiar por un procedimiento muy simple. Se cubren con una capa delgada de lápiz plomo, estregándolo con un cepillo duro. Si de este modo no se adhiere pronto, se humedece ligeramente el sello con alcohol, cuidando de no rayar la superficie. El restante de la operacion es en todo semejante á la de los moldes de cera.

21. El cobre se puede depositar en tres estados diferentes: como una masa negra, esponjosa ó pulverulenta; en una forma cristalina; ó aluminada como una masa dúctil y maleable. El depósito negro se obtiene cuando la cantidad de electricidad es demasiado, con relacion á la fuerza de la solución. Esto se puede remediar de varios modos; como usando una carga mas débil para la batería, ó aumentando la proporcion de vitriolo azul y disminuyendo la de ácido sulfúrico en la solución. Tambien se

puede separar mas el molde de la lámina de cobre que está enfrente de él, ó achicar esta lámina.

22. El depósito cristalino resulta cuando la cantidad de electricidad es corta en proporcion á la fuerza de la solución. En este caso las cristales son pequeños y el cobre muy quebradizo. La cantidad de electricidad que pasa por la solución se puede aumentar adoptando medidas opuestas á las que se acaban de indicar para evitar el depósito negro.

23. Otra variedad del depósito cristalino ocurre, cuando la cantidad de electricidad es mucha, y al mismo tiempo la solución muy fuerte, y solo ligeramente acidulada, especialmente si el molde es chico y la lámina de cobre que está enfrente muy grande. El metal depositado es entonces muy duro y compuesto de grandes cristales.

24. Para la mayor parte de las operaciones se necesita el metal en estado dúctil y maleable. Para conseguirlo se deben evitar los extremos arriba dichos. Es mejor que el metal sea algo duro y elástico, que muy suave y flexible. Cuando el corriente tiene la fuerza exacta, la superficie exterior del depósito queda casi pulida, hasta que adquiere un espesor considerable, si la solución se mantiene con fuerza uniforme en todas sus partes, moviéndola de tiempo en tiempo. El depósito suave y flexible se forma con la mayor perfeccion, sosteniendo un corriente de tal potencia, que el hidrógeno esté exactamente proporcionado en el punto de desarrollo de la lámina negativa ó molde; si se ven salir de ella burbujas del gas, el corriente es muy fuerte, y el depósito participará mas ó menos del carácter esponjoso.

25. Cuando la lámina de cobre que se pone enfrente del molde en la solución, se cubre con cera y en esta se hacen algunas rayas que toquen al metal, se graba por el ácido, y puede estamparse como una lamina grabada por el ácido nítrico segun el método comun. El ácido sulfúrico disuelve el cobre exactamente en proporcion á la cantidad de electricidad que pasa. La lámina negativa ha de ser del mismo tamaño que la positiva, y se coloca paralela á ella en la solución.

26. La acción que se verifica es como si que el sulfato de cobre y el agua de la solución se descomponen; el ácido sulfúrico y el oxígeno, se establecen al rededor de la lámina que está unida con el polo positivo de la batería, y el óxido de cobre, y el hidrógeno al rededor de la otra. El oxígeno y el ácido se combinan con la lámina positiva de cobre, formando segunda vez vitriolo azul, mientras en la lámina negativa el hidrógeno forma agua con el oxígeno del óxido de cobre, y el metal puro se deposita.

27. La precipitación de los otros metales se regula por las mismas leyes; pero es mas difícil obtenerlos en estado útil. Los que importa mas poder trabajar de este modo son el oro, la plata y la platina. Las soluciones de todos los metales nobles, son buenos conductores de la electricidad, y se descomponen muy fácilmente por esta razon hay gran tendencia al desprendimiento de hidrógeno, y la formación de depósito negro.

28. Una batería compuesta de tres ó cuatro pares de laminas pequeñas y muy débilmente cargada, es la mejor para los metales nobles, porque el corriente debe ser de considerable intensidad; pero pequeña cantidad. El oro se deposita prontamente con sus propios caracteres por el corriente magneto-eléctrico. La cara de una medalla se puede hacer de oro ó plata, depositando una capa delgada de uno ó otro de estos metales, y llenar después la parte posterior con cobre; pero la cara del molde debe ser tambien de oro ó plata. La aplicacion mas interesante es poner á los metales oxidables una cubierta delgada y permanente de los nobles.

29. La plata, el cobre y el bronce se pueden dorar empleando una solución muy diluida de nitrato de oro (1). La pieza se limpia primero con ácido nítrico diluido, ó con solución de potasa; después se lava con agua, se une inmediatamente con la extremidad zinc de la batería, y se coloca en la solución. Su inmersión será la última cosa que se haga para completar el círculo, ó el oro no se adherirá firmemente. Cuanto mas grande y pulida sea la superficie, mas favorablemente se hará el depósito sobre ella. Se usará de un alambre muy fino de oro ó platina, como polo positivo, introduciéndolo mas ó menos en la solución. Siempre que durante la operacion el depósito se pone negro, se saca la lámina negativa y se limpia con greda blanca.

30. Cuando la superficie se cubre completamente con el oro, se puede aumentar la fuerza de la solución. La capa se puede hacer del espesor que se quiera, y limitarse á una porcion de la pieza, cubriendo las partes res-

tantes con cera ó barnizándolas. Las cucharas de plata se doran limpiándolas primero como queda advertido, después se aprieta contra su mango por medio de una tenaza pequeña, el alambre del polo zinc de la batería, y se sumerge el resto de la cuchara en la solución. Cuando se dora cobre, solo se introduce la punta del alambre positivo, y la solución debe ser muy débil; si no lo es, se pondrá rojo por la solución de algo del cobre.

31. La plata se deposita sobre el cobre usando de la solución de sulfato ó acetato de plata (2); pero es difícil impedir la formación de polvo negro. La pieza se limpia con greda blanca antes de colocarla en la solución, y frecuentemente durante la operacion. Como polo positivo, se pone un alambre muy fino de plata.

32. La platina se precipita sobre la plata, el cobre &c. de su solución en ácido nítrico-muriático; pero la operacion es difícil (3). La solución debe ser muy débil, y el objeto que se ha de cubrir, pulido y limpiado por la potasa. El polo positivo será un alambre fino de platina. Cualquier polvo que se deposite sobre la pieza, se quita limpiándola de cuando en cuando con la greda blanca. La capa que se obtiene de este modo, tiene casi el aspecto del acero pulido.

Nota. Las cantidades de los metales están en tolas las soluciones, en la misma proporción: una parte de metal, diez y seis de la sal que se usa, y cinco veintidós de agua.

GRANDEZA DE ALMA EN UN NIÑO.

Un mandarín de la China fué condenado á muerte por prevaricato: un hijo suyo de edad de quince años, fué al palacio del emperador á rogar que se ejecutase en él la sentencia pronunciada contra su padre. Asombrado el monarca de esta accion, y enterrecido del afecto de este generoso niño, le concedió el perdón de su padre, y quiso agradecerle con una medalla de honor por ejemplo de los demas; pero el jóven se negó á admitirla, diciendo:—Que una distincion semejante perpetuaria en la memoria los motivos por los cuales habia sido condenado su padre, y que sería un borron para ambos.

(1) Tambien se pueden usar las soluciones siguientes, desdo de oro hasta pares: fierro-cloruro de potasio diez y seis partes; de agua pura cinco veintidós partes. Se hierve todo por espacio de media hora, y el líquido está así para el uso.

Cloruro de oro disuelto en cloruro de potasio, amarillo ó rojo.

Cloruro de oro disuelto en los mismos cloruros. El cloruro de oro y de sosa disuelto en la sosa, y en fin el sulfuro de oro disuelto en el sulfuro de potasio. Esta última solución es la mas á propósito para dorar los metales ligados, como el bronce y laina, que son los mas sensibles á la sulfuracion; y por este método se obtiene el mas bello y puro dorado. Para dorar el hierro y el acero, es necesario cubrirlos antes con una capa delgada de cobre que favorece la adherencia del oro.

(2) Todo lo que se ha dicho del oro debe aplicarse á la plata.

(3) Haciendo una disolución de potasa cáustica, y mezclándola con cloruro de platina y de potasio, se tiene un líquido que permite platinar con la misma facilidad y prontitud con que se hacen el dorado y el platero.

La platina así aplicada, se puede obtener de la platina natural, porque los metales que la acompañan no impiden los resultados.

LA PINTURA DEL MONGE.

QUE pocos hombres han tenido su vida mas llena de fortuna, homenajes y gloria, que el famoso pintor flamenco Pedro Pablo Rubens, artista ya demasiado célebre á la edad en que otros apenas han logrado distinguirse! Codiciada su posici6n por los príncipes mas poderosos del universo, veia á estos colmar sus magníficas obras de oro, disiparse el honor de figurar en su corte, y rendir á la pobreza de su carácter, y á la estensa elevaci6n de sus conocimientos, los testimonios mas lisonjeros. Habbiéndole hecho saber el duque de Buckingham el vivo pesar que le causaba la nueva desamian de las cortes de Inglaterra y España, le comision6 para comunicar sus desiguos de reconciliaci6n á la infanta Isabela, hija del Arzobispo Alberto. Rubens se trasport6 al momento á Bruselas, dando á la saz6n estaba la princesa, obtuvo bien pronto el objeto de su negociaci6n, y se granje6 de tal modo el afecto de la infanta, que ésta le envi6 al rey de España Felipe IV, con comisi6n de proponer medios de paz y de recibir las instrucciones del monarca. Felipe IV, admirado del mérito de Rubens, le hizo caballero y le concedió el empleo de secretario de su consejo privado. Rubens volvió á Bruselas á dar cuenta á la infanta Isabela del resultado de su comisi6n. En seguida pasó á Inglaterra con comisi6n del rey cat6lico, y concluy6 la paz á satisfacci6n de ambas potencias. El rey Carlos I colm6 de honores á Pedro Pablo Rubens, le concedió sus órdenes, y sacando en pleno parlamento la espada que portaba, se la regal6 al ilustre negociador. Finalmente regres6 á España, donde fué condecorado con la llave de oro, hecho gentil-hombre de cámara y nombrado secretario del consejo de estado en los Países-Bajos. Para esto un año antes se habia desposado con Elena Formant, jóven de incomparable belleza, y que le hizo padre á los diez meses de su union.

Lisonjeado con tanta dicha, y colocado en una posici6n que no debia sino á si mismo, Rubens estaba rodeado de fausto, y jamas caminaba sin un acompañamiento brillante, numeroso y digno de un príncipe. Sus discípulos le habian habituado á una especie de culto, le acompañaban continuamente, y formaban un espléndido cortejo. Y así era como Rubens, durante sus viajes, iba de claustro en claustro, y de iglesia

en iglesia, visitando las obras famosas que encerraban estos edificios: porque en la época de que hablamos, las artes, protegidas por la religion, recibian del clero poderosos estímulos. Mas de un artista que hubiera muerto pobre é inéduito, debió su gloria y su fortuna al amparo generoso que le ofreciera el clero, y como decía el mismo Rubens, la protecci6n de un monje valia tanto entonces cual la de un rey.

Recorriendo un dia Rubens las cercanías de Madrid, se entr6 en un convento de reglas muy sueltas, y not6, no sin gran sorpresa, en el coro de un pobre y humilde monasterio, un cuadro que denotaba el talento mas sublime. Esta pintura representaba la muerte de un monje. Rubens llamó á sus discípulos, les mostró el cuadro, y todos participaron de su admiraci6n.

—Y quien puede ser el autor de este cuadro? pregunt6 Van Dick, el discípulo favorito de Rubens.

—Un nombre estaba escrito ábajo del cuadro; mas le han cuidadosamente borrado, respondi6 Van-Tulden.

Rubens hizo suplicar al prior del convento que fuese á hablarle, y pregunt6 al anciano monje el nombre del artista á quien tributaba su admiraci6n. Este, cruzando sus brazos y sonriéndose, respondi6:

—El pintor no existe ya para este mundo.

—Ha muerto! exclam6 Rubens. Muerto y nadie le ha conocido hasta aqui! ¡Nadie ha repetido con admiraci6n su nombre, su nombre que debia ser inmortal, su nombre que el cual se distinguia quiz6 el bi6l. Y sin embargo, añadió el artista con un noble orgullo; sin embargo, padre mio, de que soy Pedro Pablo Rubens. A este nombre, el semblante pálido del religioso se anim6 de un color sobrenatural, centellaron sus ojos, y fij6 sobre Rubens miradas con que estaba pintado más que la curiosidad; pero esta exaltaci6n no dur6 sino un momento. El monje baj6 los ojos, cruz6 los brazos, que habia levantado hacia el cielo en un momento de entusiasmo, y repiti6:

—El artista no existe ya para este mundo.

—Su nombre, padre mio! ¡Su nombre! ¡Seme permítido al menos revelarlo al universo, pueda yo darle la gloria que le es debida!

Y Rubens, Van-Dick, Dipenback, Jacques Jordans, Justo, Van-Nucl, Van-Tulden, sus

Ft. Antonio Alcalde, obispo de Yucatan y Guadala-jara..... 356
Fragmentos de un viaje á Europa (continúa)..... 394
Ft. Manuel Navarrete..... 408
Fragmentos de una peregrinaci6n..... 467
Fuente de Europa..... 493

G.

Gerónimo Satorrarola..... 523
Gambos (D. Francisco Javier)..... 53
Guadalajara.—Walt para forte-piano por Herrera..... 526
Grandes de alma en un siglo..... 571

H.

Hernandez (la de un jóven)..... 504
Ha dado una hora meditaci6n..... 538

I.

Introducci6n..... 0
Imperialidad..... 552

J.

Juanes de Aro..... 119

L.

La niña indigente estudio moral..... 15
La monja de la Buja en Zacatecas..... 56
La sencilla refrendada..... 46
La villa de Pinar.—Panorama de México..... 73
La mujer..... 73
La Honrada y los Curtaicos..... 110
Los primeros tiempos de la libertad mexicana..... 143
Los obreros de San Juan D. Enrique de Vique, drama original de D. F. Escalante..... 182
La mujer fea estudio moral..... 190
La amistad..... 199
Las pelotas torcazas.—Panorama de México..... 250
La patria..... 315
La sortija del guerrero: cuento con música..... 364
Las Via-Lactas..... 398
Las cometas de San Juan..... 427
Las bellas del Ocho..... 451
La niña triste: imitaci6n de los costos del Norte..... 473
La instrucci6n y la educaci6n..... 482
La villa de Toluca.—Panorama de México..... 483
La flor del desierto..... 484
Los adjectives, crítica..... 491
Lección para aprendices estudios morales..... 497
La joven sin amor: estudio moral..... 499
Longevidad comparada..... 470
La muerte melanc6lica..... 488
Laborador ciego (cuento)..... 500
La puerca estudio moral..... 501

M.

Mariquilla. Cuento moral, continuaci6n..... 97
Mesa sola..... 49
Abreviados epigramas de una planta..... 123
Melanc6lica (sin voluntad)..... 274
Memorias sobre el matrimonio..... 274
Mesa sola..... 269
Minervey, capital de N. Leon.—Panorama de México..... 469
Mis reflexiones..... 619
Moralidad de Edoles: anécdota..... 619
Mantipulaciona electrotipica..... 565

N.

Noches sobre la meditaci6n de las minas..... 44
Notas y sonas..... 301
Narciso de D. Juan N. Lacunza..... 314
Nota de D. Juan Maria Deprenac..... 562

O.

Observaciones sobre la temperatura de México..... 516
Ojiva, su situaci6n, terreno &c...... 553

P.

Punto del rio en Abasco.—Panorama de México..... 297

Puente nacional: Departamento de Veracruz..... 356
Patriotismo an6dota..... 470
Palacio de Oajaca..... 239
Pensamientos de un niño..... 585
Pensamientos..... 585
Pintura, la del monje..... 572

Q.

Quiza varanjada..... 94

R.

Remitido sobre los estudios en los colegios de México..... 119
Recuerdos biograficos de D. Agustin Rodriguez Galvan..... 265
Remitido que sirve de complemento á la biografia de Sr. Pablo de Quiroga, publicado en el primer tomo..... 298
Recuerdos biograficos de Diego Leon, conde de Belcastro..... 393
Icon de un dia en el puente de Calleson..... 520
Remitido..... 567

S.

Sociedad literaria de Puebla..... 330
Simple recuadro de las aguas de Xochitlan..... 326
Sigüenza y Góngora (D. Carlos de) su biografia..... 471

T.

Tercia de los puros catolicos..... 137
Trasfugi6n de Victor Alago..... 464
Tulcan: inundaciones.—Panorama de México..... 522
Tratado de la ciudad de México..... 538

U.

Un inglés..... 33
Un calderero estudia moral..... 311
Un ruego de la viuda de Trajilla (novela)..... 334
Una planta inanimada..... 373
Utilidad de los impuestos..... 406
Urbanidad y politica..... 415
Un amigo..... 514

V.

Verificaci6n de las campanas..... 389
Viaje sentimental á San Agustín..... 395

POESIAS ORIGINALES

INSERTAS EN ESTE 2.º TOMO.

Trova á Maria, por D. G. Prieto..... 15
La sonrisa del niño, por D. Ram6n I. Alvarez..... 26
Oda á D. Agustin Rodriguez Galvan por D. G. Prieto..... 30
Un pensamiento, por D. Manuel Pay6..... 52
A mi Jorob6, por D. A. Parra..... 64
En la Iglesia de San Juan, por D. G. Prieto..... 68
El conde de 1843, por La Castera Collado..... 92
Un recuerdo, por D. O. Peres..... 103
En la Iglesia de San Juan, por D. G. Prieto..... 112
Resurrecci6n, por D. P. M. Escalante..... 123
Plantain, por D. Mariano Estora..... 143
El Ocho, por D. C. Collado..... 147
El sepulcro de mi esposa, por Dolia Lorenza Pez-
ocun..... 151
Las Oraciones, por D. Juan N. Lacunza..... 146
El cántico de David, por D. Francisco de Pona-
le..... 151
Estudio..... 304
La guerra secreta, por D. C. Collado..... 314
Adios, por D. Francisco Oraca..... 321
Desahago, por D. G. Prieto..... 326
La muerte de un niño..... 329
En la muerte de D. Agustin Rodriguez Galvan, D.
R. I. Alvarez..... 363

Las flor del sepulcro, por D. G. Prieto..... 285
 Los barquillo..... 297
 Canción popular, por D. G. Prieto..... 307
 Inquisición, por id..... 315
 Epitafio..... 323
 Los flor solitaria, por D. Felipe María Escobedo..... 340
 La lira de sus Alas, por una sugetina..... 360
 A *** por D. F. M. Escobedo..... 365
 El jarro, por D. José María Estrella..... 374
 Las flores, por D. Félix M. Escobedo..... 385
 Presentaciones del capicé, por D. C. Colado..... 405
 Plegaria, por D. Alejandro Aranda..... 413
 El lago del hogar, por D. G. Prieto..... 423
 Desolación, por D. Feliciano Miras..... 431
 Traducción de Víctor Hugo (a Julio), por D. Con-
 ce Colado..... 434
 El fuego fatuo, por D. Ramón F. Aguilar..... 438
 A Miras, por D. Manuel Díaz Miras..... 503
 El Colage..... 515
 A mi primo Francisco F. Alatorre, por D. M. L. Al-
 torre..... 519
 A una mariposa, por D. J. María Estrella..... 524
 Las flor del Sepulcro..... 537
 La agonia, por D. Guillerme Prieto..... 550
 Las palmas, por D. Concepción Colado..... 572

LITOGRAFÍAS
 QUE ACOMPAÑAN ESTE TOMO.

Retrato de D. Francisco Eduardo Tres-Guerras... 16
 Vista de Veracruz..... 34
 Retrato de D. Francisco Javier Gamboa..... 53
 Idea de María Stuart..... 87
 Idea de D. Miguel Rivas..... 105
 Idea del general D. Manuel de Aza y Terán..... 121
 Idea del general D. José María Morelos..... 163
 Idea del cura D. Miguel Hidalgo..... 183
 Las flores coronadas..... 215
 Retrato del emperador D. Agustín Iturbide..... 231
 El Puente nacional..... 245
 D. Ignacio Rodríguez Galván..... 265
 El general español Lema..... 289
 El Porción y las casas consistoriales de México..... 313
 Fr. Manuel Navarrete..... 326
 Fr. Antonio Alcalá..... 375
 Una planta mexicana..... 409
 El Puente de los cerros a dos leguas del Puente nacional..... 425
 Fr. Manuel Navarrete..... 474
 Retrato de D. Carlos de Sigüenza y Góngora..... 520
 Palacio municipal de Oajaca..... 532
 Plano de la batalla del puente de Calderón..... 532
 La catedral de Oajaca..... 533

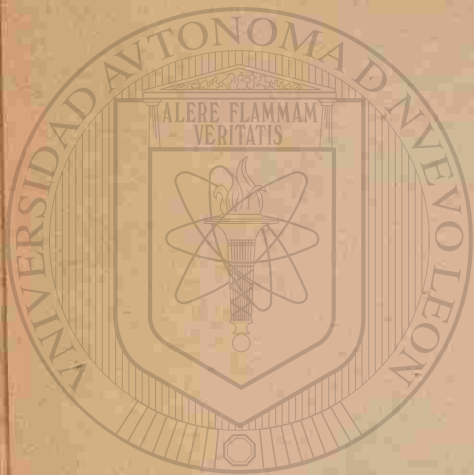


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



L.V.
AP63
M8
v. 2

157046
FHRC

AUTOR

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

